

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

V. BLASCO IBÁÑEZ

ARGENTINA

Y SUS GRANDEZAS

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ARGENTINA

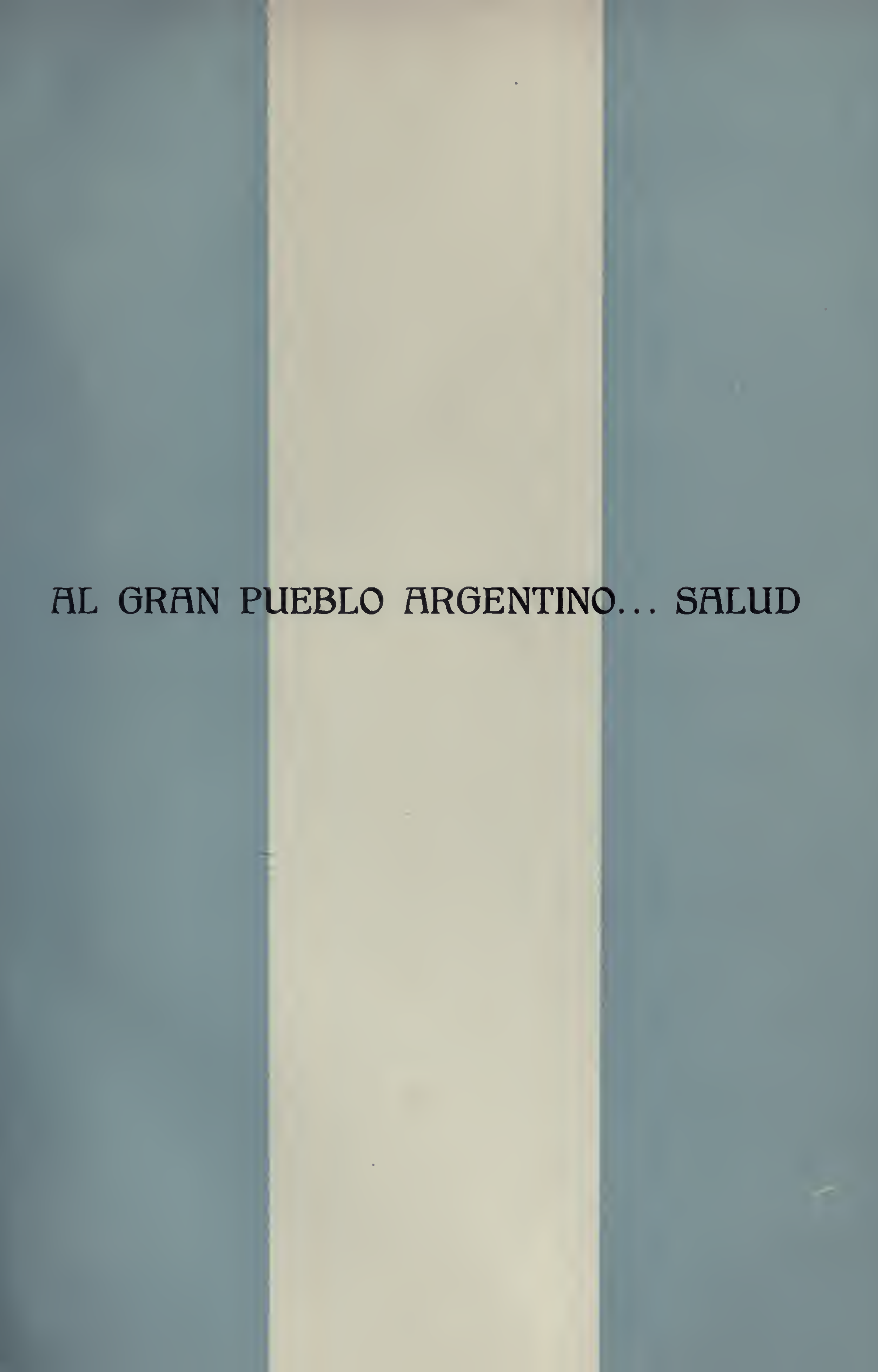
Y SUS GRANDEZAS



SEGUNDA EDICIÓN

358118
7. 12. 38.

PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA


AL GRAN PUEBLO ARGENTINO... SALUD

El lector argentino encontrará en estas páginas algo, y aun mucho, sobre la historia y costumbres de su patria, que conoce indudablemente desde sus primeros años. No tilde por ello al autor de falto de novedad.

Este libro, que dictó el entusiasmo, y que va dedicado á la gloria de un pueblo admirable por sus rápidos adelantos, no ha sido escrito únicamente para los argentinos. Mi propósito es que sea leído fuera de la República, especialmente en Europa, donde grandes naciones de alta intelectualidad, depositarias de todos los conocimientos modernos, no tienen una visión exacta y perfecta de lo que son los pueblos jóvenes y progresivos de Sud-América, al frente de los cuales marcha el de Argentina.

Como el autor, por ser europeo, conoce los extravíos de juicio del Viejo Mundo en su apreciación de los países sudamericanos — defectos de los que también participaba antes de visitar la tierra argentina en un viaje de observación —, su obra va encaminada á desvanecer preocupaciones, falsedades é ignorancias que casi han tomado el carácter de verdades indiscutibles.

Yo quisiera con este libro gritar á Europa:

«Cesa de admirarte. En el mundo hay algo más que tú. Mira por encima del Océano y contemplarás los fulgores de alba de un nuevo día que empieza, los primeros esfuerzos de la Humanidad de mañana, los vigorosos latidos del embrión del porvenir.»





BOLIVIA
ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL
PARAGUAY
ASUNCIÓN
Trópico de Capricornio
GOBON DE FORMOSA
GOBON DEL CHACO
GOBON DE LOS ANDES
SALTA
JUJUY
TUCUMAN
SANTIAGO DEL ESTERO
CATAMARCA
LA RIOJA
SAN JUAN
CÓRDOBA
SANTA FÉ
CORRIENTES
MISIONES
ENTRE RIOS
SAN LUIS
MENDOZA
BUENOS AIRES
GOBERNACIÓN DE LA PAMPA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
MONTEVIDEO
Rio de la Plata
CHILE
SANTIAGO
Valparaiso
PACÍFICO
Territorio Brasileño por el fallo del 6 de Febrero de 1895


MAPA GENERAL
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA
Signos
Ferrocarril { construido / en construcción
Límites de la República.
Límites provinciales.
Monte.
Bañados
Salinas.
Escala
100 50 0 100 200 300 400 500 Kilom.s
Oeste de Greenwich
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
GOBERNACIÓN DEL RIO NEGRO
GOBERNACIÓN DEL CHUBUT
GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ
TIERRA DEL FUEGO
Islas Malvinas ó de Falkland
Stanley
Estrecho de Falkland
Estrecho de Magallanes
Golfo de Sn Matías
Península de Sn José ó Valdés
Rawson
Viedma
Carmen de Patagones
Golfo de San Jorge
Comodoro Rivadavia
Cabo de Hornos
Isla de los Estados
Ushuaia
Punta Arenas
Gallegos
Santa Cruz
Pto Deseado
Cº Tres Puntas
Bahía Camarones
Archipiélago de los Chonos
Isla de Chiloé
Valdivia
Golfo de Peñas
Archipiélago Madre de Dios
Archipiélago Reina Adelaida
Estrecho Nelson
Canal Cockburn
Isla Londonderry
Lago Buenos Aires
Lago San Martín
L. Viedma
L. Argentina
L. Nahuel Huapi
L. Llanquihue



CON RUMBO Á LA ESPERANZA

Europa pierde anualmente una parte de su población, insignificante por el número si se la compara con la gran masa humana que habita su suelo, valiosa por las iniciativas enérgicas y el coraje que demuestra el abandonar la tierra patria con rumbo á lo desconocido.

Todas las semanas apártanse de sus costas enormes buques, que vomitando humo se lanzan á través de las infinitas y azules soledades, repleto el cóncavo vientre de carne humana, que sufre, se agita, sueña ó se estremece con los internos espejismos de la esperanza. Salen de los muelles escarchados y brumosos del Báltico; de los puertos ingleses, negros de polvo de hulla, en cuyo ambiente grasoso parece esparcirse un vago perfume de té y tabaco con opio; de las costas de la Francia oceánica, que opone sus bancos vivos de mariscos y los obscuros pinares de sus landas á los rabiosos asaltos del fiero golfo de Gascuña; de las bahías españolas, inmensas copas de tranquilo azul, sobre las cuales trenzan y destrenzan las gaviotas el blanco aleteo, como asustadas por el intempestivo chirrido de una grúa ó el mugido de una sirena; de las escalas del Mediterráneo, sonrientes y adormecidas bajo la ardiente lluvia de sol; ciudades blancas, con la alba crudeza de la cal ó la suave y aristocrática del mármol; ciudades en cuyos embarcaderos flota un ambiente de hortalizas marchitas y frutos sazonados, y en las que el viento de tierra lleva hasta los buques, junto con el nupcial aliento del naranjo y el varonil incienso del almendro, briosos rasgueos de la guitarra ibera, locos repiqueteos del tamboril provenzal y lánguidos arpegios de las mandolinas italianas.

Los gigantes marinos mueven las invisibles uñas de sus hélices y se despegan de la tierra. Su proa, como un hocico inteligente, parece husmear el horizonte para adivinar la senda á través del infinito, y en torno de su grupa rebullen convertidas en jabonosa espuma las aguas

grises ó negruzcas de los mares septentrionales, las azules ondulaciones atlánticas, ó las verdes linfas mediterráneas, pobladas de chisporroteos de sol y escamas de oro, que pasan y se renuevan como estrellas fugaces en las glaucas profundidades.

En torno de las chimeneas, anchas y redondas como torres, agrupa la ciudad flotante sus blancas galerías, que son calles lujosas; sus viviendas confortables; todo el alto castillo de albura deslumbrante, minuciosa limpieza, maderas barnizadas, bronces pulidos, gruesos cristales y muelles alfombras, que da alojamiento por unas semanas á los pasajeros de clase superior. Apoyados los codos en la borda, siguen con ojos entornados por la somnolencia que da el mar la eterna fuga, á lo largo del buque, de las aguas, que se arrojan al fin en los remolinos de las hélices. Al través de los enrejados de la baranda lucen como alegres notas de color los vestidos femeniles, interpolados con las pinceladas negras ó grises del traje masculino, modificado en su gravedad por la blancura de la gorra de viaje. Estos pasajeros viven en grupos aparte, separados por largos intervalos, como la riqueza y el bienestar viven en tierra firme, cuidando de mantener el aislamiento y la escasez de número, como signos de rareza y privilegio.

Abajo, en los dos extremos de la nave, llenando los amplios fosos entre el castillo central y los de proa y popa, está el amontonamiento humano, la promiscuidad de la miseria terrestre prolongándose sobre el movible reino de las olas: cuerpos faltos de espacio, alineados y entrabados como los ladrillos de una construcción: razas diversas, nacimientos distintos, confundidos por la pobreza, arrastrados por la aventura, aconsejados por la codicia, que ríen, lloran, cantan ó se quejan, debatiéndose en el corto espacio limitado por las bordas para hacerse sitio, para usurpar unas pulgadas del suelo perteneciente al vecino, para ocupar un rincón más cómodo, á impulsos del cruel egoísmo de la lucha por la existencia.

Han ido entrando en las diversas escalas como un chorreo de pobreza y esperanza. Aguardaban en los muelles la llegada del buque, sentados sobre rollos de viejos colchones, líos de mantas y fardos de ropas, restos de la pasada penuria, que les acompañan en su peregrinación. Escudriñaban al horizonte esperando la presencia de la columna de humo, con la inquietud del que por vez primera ve las olas y la alegría del que cree encontrar la dicha al otro lado del misterioso infinito. Por la pasarela que une la tierra con la cubierta, ha ido desfilando, bajo la curiosa mirada de los pasajeros ricos, todo este ejército de miseria: viejos de miembros secos y retorcidos por el trabajo, en cuyos ojos brilla la voluntad como una lejana estrella roja; mujeres que llevan de la mano una fila de pequeñuelos y al andar avanzan el saliente abdomen, abombado por la maternidad, haciendo cambiar de patria y hemisferio al nuevo fruto antes de que venga á la vida; hombres enfurruñados que al poner el pie en el buque se despiden de la tierra con una mirada sombría; perros que se deslizan ocultos entre las faldas embarradas y las flacas piernas; cofres pobres de chillones adornos; paquetes de ropas multicolores, que guardan en sus entrañas cacharros de cocina; y en medio de este amontonamiento, guitarras, acordeones y arpas, fragmentos de poesía del terruño que emigran con los desesperados, como remedios vibrantes para las horas de nostalgia y decaimiento.

Los recién llegados procuran acomodarse entre los que ocupaban ya un lugar en el buque, viniendo de lejanos puertos. Un pueblo se funde con otro pueblo; los diversos grupos se miran con desconfianza silenciosa, se pelean ó fraternizan en el reducido espacio de la cubierta, repitiendo lo que en el amplio escenario de la tierra han hecho las naciones durante el curso de la Historia.

Hombres morenos de cabeza rapada, negros bigotes y gestos vehementes, contemplan con sorna meridional al germano de blonda barba, que fuma silencioso su pipa, con una sonrisa de buen gigante; al campesino húngaro de melenas aceitosas; al judío de vaga nacionali-

dad; al ruso que asoma su rostro rubicundo á una ventana de encendidos vellones, formada por el marco de las guedejas y la capilaridad facial; al dáltama arrogante y membrudo, mezcla de montañés y marinero; al turco misántropo, eternamente acurrucado, que deja vagar su mirada por el infinito; al sirio que lleva el rosario arrollado al puño como una ejecutoria de cristiandad.

Las buenas comadres de Nápoles ó La Coruña, de Génova ó Gijón, habladoras, curiosas, impulsivas y prontas á la bondad, pretenden entablar una plática — en fuerza de manoteos y palabras que restan incomprendidos en el aire — con las fornidas muchachonas rubias, carillenas y pecosas, cuyos cabellos de oro gris se ocultan bajo el lacio volante de un gorrito blanco.



VISTA DE BUENOS AIRES DESDE EL RÍO

Luego se dirigen á unas hembras balcánicas, morenas, enjutas, de ojos de brasa, que ostentan sobre el pecho curiosos amuletos, tan cortas y huecas de faldamenta algunas de ellas, que parecen bailarinas después de arrastrar sus disfraces de opereta á través de largos años de miseria.

Suenan á un tiempo casi todos los idiomas de Europa, y con ellos misteriosos dialectos de desconocidas regiones, de exiguos valles perdidos en la inmensidad del continente. Los ojos y las manos completan con su gesticulación las frases ininteligibles. Algún bachiller que pasea entre los grupos, el abollado sombrero sobre la frente y subido el cuello del gabán para ocultar interiores deficiencias, adivina con asombro en las palabras de la ruidosa algarabía naciones cuya realidad nunca había sospechado. ¡Eslovacos! . . . ¡Rutenos! . . . ¡Tcheques! . . .

La dificultad de entenderse por medio del lenguaje impulsa á los más expansivos á la alegría. El buque parte las aguas con su morro de mónstruo: el viento barre con húmeda caricia las preocupaciones y el mal humor del amontonamiento humano. La velocidad y lo novedoso de la marcha sobre el líquido abismo, parecen excitar á los peregrinos. Mujeres que gritaban amenazadoras disputándose un lugar ó la colocación de unos fardos, conversan plácida-

mente ó se miran con simpatía silenciosa por encima del obstáculo que opone el idioma: los viejos fuman asomados á la borda; los jóvenes se buscan y sonríen con irresistible atracción sexual. Los instrumentos de música surgen de los andrajos empaquetados y se revelan ignoradas habilidades, creándose en torno de ellas un ambiente admirativo. Ganguean los acordeones un vals interminable cortado por bruscas pausas, puntean las mandolinas, runrunean las guitarras como abejorros melodiosos, y á un lado del buque suspira la melancólica romanza de Nápoles, mientras al otro una voz de arrogante y sonora brutalidad entona la copla de Zaragoza como un alarido de combate.

Suenan las castañuelas; la gente se apiña más aún, se esfuerza por dejar un ruedo de cubierta libre, y en este espacio saltan ágiles los bailarines y se arremolinan las faldas al compás de las rodajas de madera de incesante repiqueteo. De vez en cuando, danzantes y público levantan los ojos para contemplar con una mirada bovina la fila de cabezas asomadas al balconaje del castillo central. Son los pasajeros de primera clase, que buscan en la forzada alegría de los emigrantes un motivo de diversión. Algunos arrojan monedas á los enjambres de chicuelos de diversa nacionalidad y raza; unos rubios, otros casi cobrizos, que se entienden misteriosamente á través de las divergencias de lengua, unidos por la santa fraternidad de la infancia y por la costumbre de sonarse con los dedos y asomar los pulgares de los pies por los agujeros de los zapatos.

Mientras tanto, el buque camina. . . camina. Sus zarpas ocultas arañan las aguas profundas; su chimenea arroja una columna salomónica de humo, densa como la tinta, que palidece al dilatarse, convirtiéndose en pálido jirón irisado por el sol. Los cuchillos de espuma brincan y rugen junto á la proa, extendiéndose como un ángulo á ambos lados del buque. En la popa rebullen las aguas con oculta revolución, y quedan luego inmóviles, como muertas, formando un ancho camino verde y blanco, en cuya tersura sobrenadan grandes burbujas.



UN MUELLE DE BUENOS AIRES

Desapareció la tierra: agua por todas partes. El azul blanquecino del cielo sobre el azul negruzco de las olas. La proa, que se alza hasta ocultar la faja del horizonte ó se hunde elevando sobre su ángulo la lejana línea del mar, como una muralla obscura; la popa, que parece desplomarse en el abismo á cada ondulación, ó al remontarse acaricia algunas veces el espacio con infructuosas paletadas de sus hélices; el mugir lejano de las máquinas en lo



BUENOS AIRES: UNA DÁRSENA DE PUERTO MADERO

más profundo de las entrañas del leviatán de acero, revelan únicamente el movimiento, la marcha. Sin esto el buque parecería inmóvil, encantado en medio de la inmensidad circular y monótona. Avanza y avanza, y siempre parece estar en el mismo sitio, en el centro exacto del circo infinito.

¿Adónde va el buque á través del misterio azul? ¿A qué lejana tierra de ensueño conduce su cargamento de miseria y esperanza? . . .

* * *

Hace años, estos férreos transportadores de hombres seguían todos el mismo rumbo, con la tenacidad rutinaria del rebaño que, una vez aprendido un camino, no sabe salirse de él.

Al abandonar las costas europeas ponían la proa al Oeste, siguiendo los mares septentrionales agitados ó brumosos. Todos se daban cita en las costas de una inmensa nación, tragadero insaciable de hombres, olla hirviente de todas las razas, tierra de prodigios monstruosos, de iniciativas desconcertantes en fuerza de ser grandiosas; país rodeado de una leyenda de maravillas, con minas de oro más opulentas que las del tiempo de Salomón, edificios de mayor altura que la torre de Babel ó los pensiles de Semíramis, é invenciones como no las soñaron los antiguos magos.

Ahora ya no navegan todos los gigantes del mar con rumbo á los Estados Unidos de la



BUENOS AIRES: VISTA DEL RIACHUELO

América del Norte. El camino se ha bifurcado. El colosal rebaño de humo y acero se reparte, y mientras unos marchan todavía hacia el Oeste para llevar las últimas provisiones de energía humana al pueblo más progresivo de los tiempos modernos, otros ponen la proa al Sur en busca de un nuevo país abierto á la ilusión y al noble espíritu aventurero de los que desean cambiar de medio.

En todas las épocas de la Historia han existido ciudades de renombre mundial, ciudades esperanza, hacia las cuales se han vuelto con anhelante deseo los ojos de los hombres. Lo que la gloriosa Atenas fué para los artistas de remotos siglos, lo que representó Roma para los varones del mundo antiguo, que veían en ella un escenario sonoro de su actividad intelectual, lo han sido otras poblaciones para los hombres ansiosos de conquistar rápidamente una posición económica, sin tropezarse con las trabas y obstáculos que oponen las sociedades viejas y exuberantes de población.

El nombre de estas ciudades de prodigios evoca imágenes de suntuosidad y amontonamiento de riquezas; sugiere la visión de fortunas amasadas vertiginosamente; suena en los oídos con el sugestivo retintín del oro, y todos los valerosos en el eterno combate de la vida corrieron á ellas con la desesperación heroica del que ansía morir ó abrirse paso.

Bagdad, la mágica Bagdad de *Las mil y una noches*, ha hecho soñar durante mil años á los pueblos orientales, que veían en la lejana metrópoli del Tigris inmensos tesoros guardados por los genios y las peris para premio de los buenos.



BUENOS AIRES: UN MUELLE DEL RIACHUELO

La medioeval Toledo, patria de mágicos prodigiosos, brujos omnipotentes y alquimistas fabricantes de oro, ocupó la imaginación de los europeos siglos y siglos, evocando en su sencilla fantasía montones inmensos de monedas rutilantes, cuevas rellenas de barras del precioso metal, palacios carcomidos, próximos á hundirse bajo el peso de inauditas riquezas. ¡Ser brujo de Toledo! ¡Poseer la receta misteriosa para la fabricación del oro!... Esta ilusión estaba tan arraigada en el

alma medioeval, que ha perdurado á través de los siglos, y aún hoy las viejas judías de Salónica y Constantinopla que guardan las tradiciones de España, patria de sus mayores, cantan viejos romances á la gloria de la ciudad del Tajo y sus fantásticas riquezas.

Durante la colonización hispano-americana, el renombre de una ciudad casi desconocida ahora, conmovió el mundo. ¡Potosí! . . . Al pronunciar este nombre veíase con la imaginación un monte inmenso de engañosa corteza terrena, en la que bastaba arañar un poco para que quedasen al descubierto las entrañas de metal deslumbrador. Semejantes al rey Midas de la leyenda, que convertía en oro todo cuanto tocaba, los hombres de este país de maravillas vivían



PUERTO MADERO: DIQUE NÚMERO 2

rodeados de una abrumadora y forzosa suntuosidad. La plata valía menos que el hierro y la loza grosera. De plata eran las herramientas de trabajo, los objetos de usos más viles, las vajillas ordinarias, y hasta los guijarros con que se apedreaban los muchachos.

¡Potosí! ¡Mágico nombre! . . . En Europa los labriegos se hacían soldados para poder llegar en son de conquista al famoso país: los estudiantes y los clérigos cambiaban las negras bayetas escolásticas por el coleto de ante y la espada del aventurero: hasta los nobles abandonaban el regalo y las intrigas de la corte y partían á la conquista del Vellocino, despreciando la renta vulgarísima y reposada de sus cortijos, toradas y tierras de pan llevar, ante la esperanza de una fortuna inmensa, rápida, fulminante, en un país donde acababa de realizarse el secular ensueño de El Dorado.

Luego, durante una mitad del siglo XIX, otro nombre de América hizo palidecer el de la famosa ciudad del Alto Perú. ¡California! ¡Los *placeres* de oro inmediatos al Pacífico! . . . Y los soñadores de Europa que habían dedicado de antemano su vida á la aventura y el peligro, corrieron al encuentro de esta nueva resurrección de la Quimera que agitaba sus escamas de oro al otro lado de los mares: y las gentes de simple entendimiento y férrea voluntad les si-

guieron en esta peregrinación hacia la riqueza, descuajándose de la existencia sedentaria, arrancándose de las raíces que les unían á la aldea natal, al campo alimentador de su estirpe, para afrontar los peligros de una correría errante é incierta.

Hoy todos estos nombres no son más que recuerdos históricos, rótulos sonoros de ilusiones muertas, de esperanzas hechas polvo. El metal precioso, que era su alma, desapareció arrastrado por la circulación mundial, y sólo queda la mísera cáscara que lo contuvo, ruinas que hablan con su triste aspecto de una esplendidez desvanecida para siempre.

Pero la Humanidad necesita una ilusión, una esperanza de riqueza que la acaricie en sus horas de desengaño y penuria, y otro nombre ha venido á sustituir á los mágicos nombres antiguos: . . . ¡Buenos Aires!

Es necesario ser europeo para comprender lo que estas dos palabras significan en el Viejo Mundo. ¡Buenos Aires! . . . Al pronunciar este nombre, la imaginación no ve minas de oro, tesoros resplandecientes que se ofrecen á la codicia del recién llegado sin más trabajo que agacharse para poseerlos. Hoy hasta los más ilusos saben que la conquista de la riqueza supone esfuerzo, y Buenos Aires, á través de las más optimistas fantasías, aparece siempre como un El Dorado del trabajo. Lo que este nombre evoca en la mente de los peregrinos mundiales que marchan hacia la tierra argentina no es una visión de oro, sino de rebaños infinitos, al lado de los cuales parecen míseras tropillas los ganados bíblicos de los profetas y la fortuna pastoril de los pueblos nómadas de la antigüedad; campos inmensos como un Océano terrestre sobre los cuales tiene el cielo los mismos espejismos y rutilantes atardeceres que sobre el mar; suelos de maravillosa fecundidad, que sólo hay que abrirlos con el surco para que surja al momento, en forma de espléndidas cosechas, una energía fecundante, resto sin duda de las primeras fuerzas que presidieron la formación planetaria y que han estado dormidas durante miles de siglos en las entrañas del globo.

Buenos Aires, cuyo nombre se confunde con el de todo el país argentino en la simple imaginación de muchas gentes, significa la fortuna por el trabajo. Pero hasta este trabajo tiene algo de maravilloso, de inaudito, de nunca visto. El trabajo europeo es para el emigrante una esclavitud penosa, ingrata, degradadora, de la que quiere librarse para siempre: escasos jornales, que apenas si bastan para la satisfacción de las necesidades más primarias; imposibilidad del ahorro como medio de cambiar algún día de posición; falta absoluta de esperanza de mejoramiento; largas temporadas de famélico descanso por abundancia excesiva de brazos, y por encima de todo esto el fatalismo social del mundo viejo, que marca al pobre desde que nace, condenándolo á permanecer eternamente abajo, sin una ilusión, sin un resquicio en su mísera obscuridad, por donde pase la mano de la Fortuna y le busque á tientas tirando de él hacia lo alto.

¡Buenos Aires! . . . Este nombre hace soñar al desesperado. Al repetirlo mentalmente se siente fortalecido, con energías centuplicadas para la lucha. ¡Trabajará!: el trabajo no le da miedo. Desarrollará una actividad triple ó cuádruple que en Europa sin sentir cansancio, porque verá inmediatamente en sus manos el resultado de sus esfuerzos y conocerá la remuneración amplia y generosa. Sus brazos van á ser algo solicitado y respetado, con un valor positivo, sin el deprecio de la infinita concurrencia. Al fin va á entrar en relación con el dinero, antes invisible, y el trabajo le buscará, en vez de marchar tras él implorándolo como una limosna.

Hay además en todo emigrante algo de esperanza novelesca; la quimera que acompaña siempre á los hombres, aun á los de pensamiento más rudimentario, en todas las empresas de su vida. ¡Buenos Aires! . . . Al conjuro de este nombre surgen en la memoria historias maravillosas de rápidas y enormes fortunas; cuentos reales de lo que pudieran llamarse *Las mil y una noches*

de la riqueza moderna: historias de españoles que llegaron al suelo argentino sin otro haber que un hato de ropa al hombro, para juntar en los últimos años de su existencia veinte millones de pesos y extensiones de tierra grandes como provincias: historias de italianos que emprendieron el viaje para ser músicos en cualquier teatrillo de extramuros y acabaron poseyendo centenares de leguas en la fecunda Pampa. ¿Por qué han de ser ellos los únicos? Lo que le ocurre á un hombre, ¿no puede ocurrirle á otro?



BUENOS AIRES: PUERTO MADERO

— ¡Quién sabe! . . . ¡Quién sabe! . . .

Y murmurando mentalmente palabras de esperanza, se duermen sobre la cubierta en las noches templadas de la travesía, unos contra otros, confundiendo miserias é ilusiones, como dormían en sus campamentos, muchas veces sin comer y transidos de frío, los soldados de Napoleón, pensando en el majestuoso Murat, antiguo mozo de mulas; en el rey Bernadotte, nacido en una panadería; en todos los príncipes, mariscales y monarcas venidos de abajo, lo mismo que el último granadero; recuerdos que inflamaban su entusiasmo, borrando con el cálido esponjazo de la ilusión penalidades y desalientos.

¡Buenos Aires!... ¿Qué misterioso poder hace circular este nombre por toda Europa? ¿A impulsos de qué ley surge siempre con caracteres de fuego en la negra pesadilla del desesperado que recuerda con terror los compromisos y miserias del día siguiente? ¿Quién lo murmura, como un tenue susurro de esperanza, al oído de todos los que desean cambiar de suelo y de existencia?



UNA ALA DEL HOTEL DE EMIGRANTES

Años atrás el Gobierno argentino fomentaba directamente la emigración, tenía agentes reclutadores en todas las naciones, pagaba los pasajes; pero ahora hace mucho tiempo que ha abandonado este sistema. Ya no se cuida de atraer gente, pues tiene confianza en las excelentes condiciones del país y sabe que aquélla no ha de faltarle. Deja que el emigrante llegue á impulsos de su espontánea voluntad, costeándose el viaje (con lo que evita en parte el contingente de mendigos profesionales, enfermos é inválidos que proporcionaban las antiguas agencias reclutadoras), y sólo se encarga de auxiliarle y



BUENOS AIRES: UN DIQUE DE PUERTO MADERO

dirigirle desde que pisa el suelo argentino. ¿Quien, pues, aconseja al emigrante europeo este viaje? ¿Quién ha lanzado el nombre mágico, evocador de esperanzas, en el escondido valle del centro de Europa, en la casa de madera perdida bajo las nieves de la estepa rusa ó los fiords noruegos, en la exigua aldea de pescadores á orillas del Atlántico y el Mediterráneo, ó en los barrios policromos de las tortuosas y dormidas ciudades de Oriente?...

Se dirá que los más de los que emigran tienen parientes ó amigos establecidos desde muchos años antes en la tierra argentina. Cerca de dos millones de extranjeros viven en ella, y éstos, satisfechos de su nueva existencia y gozando de una prosperidad — por escasa que sea — siempre superior á la que disfrutaban en el viejo continente, ejercen una atracción poderosa sobre su lejana patria.

Muchos de los que se embarcan sienten acallada su zozobra por la seguridad de que alguien les espera en la orilla americana. El muchachuelo español de boina azul que entona canciones en los bailoteos de á bordo, lleva oculta en el pecho una carta para el paisano y pariente que salió hace años de la aldea asturiana ó la casería vasca para no volver más, sobreviviendo en la memoria de la familia y el vecindario con el prestigio de lejanas y fabulosas riquezas. El personaje omnipotente es almacenero en el campo, tiene un boliche en las inmensidades de la Pampa ó Río Negro, y el muchachuelo, apenas desembarque, pasará por Buenos Aires velozmente, yendo á caer en línea recta tras un mostrador, centenares de leguas tierra adentro, donde con una adaptación sonriente, como si hubiera salido de la casa paterna un día antes, comenzará á servir copas á los parroquianos de poncho, chiripá, bota de potro y sonoras espuelas, que tal vez saluden á un futuro millonario en el listo *galleguito*. Los hebreos del lejano Oriente llevan recomendaciones fraternales para sus correligionarios de Buenos Aires dedicados á industrias urbanas, ó para los que cultivan las colonias de Entre Ríos. Los italianos cuentan siempre en Argentina los parientes á centenares. Algunos de los que van en el buque han hecho el viaje varias veces. Son *golondrinas* que llegan en la época de la recolección de las cosechas, cuando se pagan los jornales á precios exorbitantes, y luego, con los ahorros bajo el ala, emprenden el viaje de retorno, tomando el trasatlántico como quien toma el tranvía. Muchos que llegan por primera vez, serán colonos, peones del campo, al lado de los amigos que les precedieron, ó se dedicarán bajo su dirección y consejo á todas las faenas urbanas.

Es cierto que una parte de la emigración actual va á la Argentina atraída por los compatriotas que hicieron antes el viaje, ó recomendada á éstos. Pero, ¿quién atrajo y aconsejó

á los que llegaron primeramente por su propia iniciativa? ¿Quién impulsa ahora á los que se presentan solos, sin apoyos ni conocimientos, fiados al buen gesto del destino? ¿Quién ha hecho que el recuerdo de Buenos Aires surja como suprema solución en el ánimo de todo europeo que atraviesa uno de esos conflictos que cambian una vida?...

Cada grupo cosmopolita que llega á los muelles de Buenos Aires es una nueva prueba de la fama mundial de la ciudad-esperanza, moderna Sión para todos los que ansían paz, trabajo y bienestar.

Su nombre circula por el mundo viejo como una brisa dulce que despierta las almas adormecidas. Las razas sin patria y los pueblos que empiezan á dudar de la que tienen por no encontrar en su seno más que pobrezas y opresiones, sienten como un rejuvenecimiento al pensar en este país maravilloso donde se realizan los más asombrosos *avatares*. Es la tierra donde el holgazán se siente activo, el apático se mueve con los entusiasmos del optimismo, y el que era en el viejo continente torpe é inútil, deformado por la estrechez del ambiente natal, surge del duro quiste rutinario con originales iniciativas, como si le inspirase el nuevo medio.



BUENOS AIRES: ELEVADORES DE TRIGO EN PUERTO MADERO

«¡Buenos Aires!», murmura el viento en las noches invernales, al colarse por el cañón de la chimenea en la cocina campestre, española ó italiana, donde la familia pasa las horas triste y silenciosa, rumiando cómo podrá evitar al día siguiente el embargo de los cuatro terrones que constituyen su fortuna, ó cómo adquirirá el pan necesario: «¡Bueños Aires!», muge el vendaval cargado de copos de nieve al filtrarse por entre los maderos de la isba rusa: «¡Buenos Aires!», parece escribir el sol con arabescos temblones de luces y sombras en los muros calizos de la callejuela oriental, ante los ojos del pobre otomano, encorvado por la servidumbre y el miedo: «¡Buenos Aires!», repiten las alas de oro de la Ilusión cuando vuela de reverbero en reverbero, á altas horas de la noche, por los desiertos bulevares de las grandes metrópolis europeas, precediendo los pasos del pobre desesperado, sin hogar, sin pan, que

estudió para morirse de hambre, que ha visto fracasadas por falta de ambiente todas sus iniciativas, y tal vez piensa en el suicidio.

Y todos, sin distinción de razas y clases, ignorantes ó intelectuales, fuertes ó humildes, al conjuro de este nombre ven alzarse en el último término del paisaje de su fantasía, bañada por la luz verde de la esperanza, una mujer majestuosa, pero de esbeltez juvenil, sin la pesadez imponente de la matrona; una mujer blanca y azul como las vírgenes soñadas por Murillo, con el purpúreo tocado, signo de libertad, sobre la suelta cabellera; una mujer que sonríe abriendo en cruz los brazos amorosos y deja caer desde su altura de montaña palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro.

— Venid á mí, los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid á mí, los que llegasteis tarde á un mundo demasiado repleto. Mi hogar es grande; mi casa no la construyó el egoísmo. Está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.

* * *

El buque sigue avanzando. Cambia el cielo y cambia el mar. Hay días en que el férreo vaso cabecea con mayor violencia sobre las olas y la muchedumbre aparece menos espesa, con grandes claros. Los que se sienten heridos por el mal del mareo, ocúltanse en las profundidades del buque. Otros permanecen tendidos al aire libre, pálidos, inmóviles como cadáveres después de una catástrofe. Ya no suenan músicas: una tristeza gris parece gravitar sobre la cubierta, rociada de vez en cuando por el polvo acuoso de las olas, que chocan contra los flancos de la nave, levantando una cortina de espumas. Los habituados al viaje, que llevan á prevención como supremo lujo un asiento de tijera ó una silla de lona, permanecen sentados, fuman y miran al mar con aire de conocedores, insensibles á la general molestia que parece enseñorearse del buque.

El aclaramiento de la masa emigrante deja visibles ciertas figuras que pasaron inadvertidas en el momento del embarque. Aparecen sombreros femeniles adornados con flores; vestidos que delatan en su triste vejez un pasado de prosperidad; mujeres de fino rostro y manos deformadas por las faenas que impone la pobreza. Son institutrices sin suerte, dependientas de comercio, ó esposas de hombres arruinados que ansían crearse una existencia nueva en las aventuras de la colonización. Algunos jóvenes de traje raído, escrupulosamente cepillado, con alto cuello y vistosa corbata, adornos que constituyen el único lujo de los señoritos pobres, miran el mar con las manos en los bolsillos y entornan los ojos como si soñasen. Son futuros dependientes de una casa comercial en Buenos Aires ó Rosario; alemanes que sirven para todo, y lo mismo llevan el libro mayor que barren la tienda, dúctiles, sumisos y tenaces, intentando desalojar á todas las razas con una temible concurrencia; españoles en quienes resucita el atávico aventurerismo de la raza, y que van al Nuevo Mundo á conquistar una fortuna con el lápiz detrás de la oreja, como fueron sus ascendientes con la espada al cinto; italianos, franceses y belgas, futuros contramaestres de fábricas; ingleses, que acabarán en mayordomos de estancias; una juventud animosa, procedente de la masa obrera y elevada por la educación, ó venida abajo á causa de reveses de familia.

Tendidos en los rincones, é impasibles para lo que les rodea, con una indiferencia de orientales, hay hombres cuyo aspecto delata un pasado novelesco. Son aventureros de facciones enérgicas y macilentas, que revelan á la vez audacia y vicio. Su aspecto es mísero, y sin embargo, se adivina en ellos costumbres de higiene que son á modo de restos de una antigua existencia honorable. Su traje es casi de andrajos; pero perdura en sus maneras, en sus gestos,

hasta en sus palabras, algo que recuerda un pasado glorioso; algo semejante á los pedazos de rico artesonado, á los fragmentos de papel de oro adheridos todavía á la pared, que aparecen entre los escombros de un palacio en demolición. Los más de ellos llevan en sus mejillas lívidas, en sus ojos saltones y fieros, la huella del olvido por el alcoholismo. Marcharon á los Estados Unidos y se sintieron arrastrados de nuevo por la manía ambulatoria. Han sido después pastores en las praderas de Australia, vagabundos de sus grandes ciudades, y como no hay guerra en ningún rincón del globo y ellos desertaron de todas las legiones extranjeras, no saben qué hacer y marchan á la Argentina en busca de vida libre, sin perjuicio de trasladarse al poco



BUENOS AIRES: DESEMBARCADERO EN EL PUERTO

tiempo á cualquiera colonia de Africa. Serán caminantes vagabundos por las inmensas llanuras argentinas; alcanzarán el título de *atorrantes*, yendo de una parte á otra sin saber con certeza adónde dirigen sus pasos y qué es lo que buscan; tal vez se detengan en alguna parte, como el tronco arrastrado por el río cuando tropieza con los hierbajos de la orilla y queda pegado á ella; tal vez sean peones de una estancia, atraídos por la ruda voluptuosidad de galopar y galopar en la llanura sin límites, y un día, por una carta vieja que se les caiga del bolsillo, por un encuentro inesperado, por una denuncia, sepan sus compañeros de vida campestre que el *gringo* misterioso fué en su país barón y capitán de la guardia imperial, obligado á huir por una aventura terminada en sangre; ó un aristócrata expulsado de los clubs y borrado de todas las listas por tremendas indelicadezas; ó un diputado elocuente que tuvo su hora de celebridad seguida de muerte moral por culpa del dinero.

¡Qué de novelas misteriosas ocultas tras las frentes ceñudas y los ojos fieros de estos ex-hombres, condenados á eterno vagabundaje, que ven en la juventud de la Argentina el único refugio de la tierra! ¡Qué de esperanzas en las miradas de la juventud pobre y honesta, que hace esfuerzos por conservar un continente digno, dentro de su penuria! . . .

El buque sigue avanzando. El mar azul toma una transparencia de esmeralda. Las aguas

están tranquilas, rizadas apenas por la brisa, como las de un lago. Las hélices, al remover las profundidades infinitas, parecen extraer del fondo una luz verde, que es como el sol de un mundo de misterios. Los días son más largos; nuevas estrellas suben cada noche por la curva del cielo para mirarse en el mar como temblones insectos de luz; el calor aumenta; las mantas y cobertores se arrollan en las cubiertas donde acampa la emigración; la muchedumbre va despechugada ó sobria de faldas, y los baldes de agua circulan de mano en mano. El sol aparece por las mañanas en la línea del horizonte más grande, más encendido, más veloz que en el mundo viejo. El amanecer no es lento y suave como en Europa; es un cañonazo de luz que sólo dura un momento y lo conmueve todo. El rojo é inmenso proyectil surge como una detonación del fondo de las aguas, se despega de éstas con rudo impulso, é invade el espacio, sin preparación, sin gradaciones, bárbaramente, poblando el cielo de deslumbrantes rayos y las aguas de peces de fuego.

La gente busca el refugio de los toldos. Luego, al atardecer, son las puestas de sol, rápidas y teatrales, en la línea del horizonte, tras la cual parece adivinarse la presencia invisible de un mundo nuevo y ansiado, de la tierra americana: puestas de sol de un rojo denso en las que las nubes fingen los diversos términos de un escenario inundado de oro, verdaderas apoteosis de último acto de comedia de magia, derroches de fantasía celeste que sólo duran unos instantes y se apagan, cediendo el paso á un crepúsculo rápido. De noche, brillan las aguas con una suavidad fosforescente y blanquecina, como si la nave bogase sobre un mar de leche luminosa. Los vellones de espuma levantados por la proa, parpadean lo mismo que si aprisionasen millares de luciérnagas.

La calma tropical ha devuelto su alegría al rebaño humano. Otra vez suenan músicas y cantos como en los primeros días de navegación. Se habla de las regocijadas ceremonias del paso de la línea. Se averigua quiénes son los que cruzan por primera vez el Ecuador, para someterlos al grotesco bautizo. La fiesta carnavalesca disipa la monotonía del viaje.

Algunas mañanas revolotean gaviotas enormes alrededor de los mástiles, ó se agrupan en espiral sobre la popa para arrojarse voraces en la estela del buque, buscando y picoteando los residuos de la cocina. Son emisarias de la tierra. Nadie la ve; está muy lejos, tal vez leguas y leguas más allá del horizonte; pero todos experimentan un consuelo ante estas aves que traen la seguridad y el recuerdo de que la tierra existe, la certeza de que no van á estar los peregrinos hasta el fin de sus días encerrados en una arca gigantesca, sin otra realidad que el agua y el cielo. Los habituados á navegar van señalando la invisible tierra como



PUERTO MADERO: DÁRSENA DEL NORTE

si tuvieran el don de entender los chillidos de las gaviotas. «¡Madera!» «¡Las Canarias!» Después es Cabo Verde; más tarde el solitario islote de San Pablo, olvidado por la Naturaleza en mitad del Océano, bajo la línea ecuatorial, asilo de tiburones, guijarro perdido en mitad de la inmensa calle atlántica que tiene por aceras África y América.

Durante varios días, la atmósfera permanece solitaria: ni un aleteo, ni un chillido. Luego, una mañana, un pájaro sigue al buque, volando á ras del agua, entre los peces-mariposas que surgen de las ondulaciones azules, agitan sus alas de gasa algunos segundos y desaparecen.



EL CAMPO ARGENTINO

Los maestros de la multitud señalan al vagabundo que viene á su encuentro envuelto en volador plumaje. Es América: están cerca de las costas del Brasil; las siguen sin verlas. Algunos pasajeros aspiran el viento ansiosamente, como si esperasen encontrar en la aérea bocanada algo del Nuevo Mundo. Á través de las emanaciones salinas, su olfato, perturbado por la imaginación, cree husmear perfumes de cacao, canela y vainilla, incienso de flores exóticas, la respiración de una selva virgen é inmensa, todo cuanto sugiere á los sentidos la lectura de lejanos viajes por tierras de misterio.

La banda de música del trasatlántico baja algunas mañanas á dar un concierto en la cubierta, ocupada por los emigrantes. La proximidad de una tierra que no se ve, parece embriagar al gentío. Hasta las mujeres, casi siempre tristes y enfurruñadas por los enjambres de pequeñuelos que las rodean, sonríen y acompañan el ritmo de la música con movimientos de cabeza.

Las noches son plácidas y tibias. Los emigrantes huyen de los profundos sollados de

densa penumbra y duermen sobre cubierta, bajo la eléctrica luz de las lamparillas, tapándose el rostro con las manos.

Cuando yo iba á la Argentina contemplaba algunas noches, desde la baranda del café del trasatlántico, la muchedumbre que estaba abajo, entregada al sueño, ó conversando con apagadas voces. A mi lado se acodaba un rico compatriota, un comerciante español, uno de esos «capitanes de industria» que al fin toman el retiro, no por agotamiento de energías, sino porque el exceso de riquezas y de éxitos los saca forzosamente del campo de batalla del negocio; un vasco honrado y francote, de una firmeza inflexible en sus ideas y en sus tratos.

Conservaba en Buenos Aires un gran establecimiento industrial, regentado por sus socios;



VISTA GENERAL DEL HOTEL DE EMIGRANTES

poseía en la Pampa y en varias provincias muchas leguas de tierra dirigidas por mayordomos, y él vivía en París, volviendo cada dos años á América para echar un vistazo á los bienes y mantener relaciones con el país de su fortuna.

Su esposa, digna matrona argentina, pasaba los días sentada en un sillón leyendo al través de los «impertinentes» de oro. Las galerías del castillo central resonaban bajo el correteo de no sé cuántos niños rubios, hijos suyos, de diferentes alturas y dimensiones, que al alinearse parecían semejantes á la tubería de un órgano; todos ellos guardados y protegidos por doncellas francesas. Por entre sus hermanos pequeños discurría, con la púdica reserva de una señorita en estado de merecer, la hija mayor, escoltada por una institutriz inglesa. Y toda esta prole, producto de una virtud sin otras distracciones que las del trabajo, á pesar de ser tan numerosa tenía asegurado el bienestar futuro con lo enorme de la fortuna paterna. Casa en los Campos Elíseos, numerosa servidumbre, amplia y costosa educación para los hijos, habitaciones guardadas en el mejor hotel de Buenos Aires: todo esto representaba la vida del buen vasco.

Yo, que sólo tenía en el buque un simple camarote, sentíame como humillado al lado de este compatriota que ocupaba un departamento de lujo, con salón de visitas, cuartos de baño especiales, dormitorios de familia y dependencias para la domesticidad. Movilizar su familia en París, llevarla á América por unos meses y volverla á Europa sin perder un solo momento

las comodidades de la casa, suponía el gasto de una verdadera fortuna. El buen vasco realizaba estos viajes costosos sin darles importancia, y en su faz sonrosada de rubio fuerte, sin una arruga, con sólo algunas canas en la barba, delatábase la tranquilidad del que marcha bien en sus negocios, del que sólo gasta lo preciso para la vida y espera que el ahorro amontone sobre su fortuna nuevas paletadas de riqueza al final del año. ¡Los millones que guardaría aquel compatriota, carilleno, sonriente, de una frescura infantil en plena madurez, paseando por la cubierta con las manos atrás, como años y años había paseado por las dependencias de su gran tienda de Buenos Aires! . . .

Un vaho de carne sudorosa, apretada y soñolienta, subía hasta nosotros. Yo lamentaba esta miseria, pensando egoístamente en la fresca soledad de mi camarote.



PAISAJE ARGENTINO

— Sí: van mal — dijo el vasco. — Pero, ¡qué diantre!, así se empieza. Peor vine yo. ¡Si usted me hubiese visto hace treinta y cinco años! . . . Ahora los emigrantes llegan á Buenos Aires con sólo quince días de navegación, en los mismos barcos que los ricos, y les dan carne en todas las comidas, cosa que los más de ellos sólo conocen en su tierra de tarde en tarde. Los gobiernos obligan á las compañías á que compren reses en pie para que la carne sea fresca, y hasta en los puertos de España embarca un médico español encargado de atenderles. Mis tiempos fueron los duros. Yo he venido á América en buque de vela, lo mismo que Colón, lo mismo que los conquistadores.

Y relataba el viaje penoso, heroico, de verdadera aventura, treinta y cinco años antes. La salida de la casería vasca á los diez y ocho años con otros mozos, la boína sobre la frente, el garrote al hombro, y pendiente de él un pequeño lío de ropa envuelto en un pañuelo. Iban á Bayona para embarcar en un bergantín con rumbo á Buenos Aires. La espera en el puerto francés y el precio del pasaje consumían hasta la última peseta. Luego era la navegación; una navegación de dos meses, con desesperantes calmas y tempestuosos vendavales que arrastraban el mísero cascarón de un lado á otro del Océano; la vida dura sobre cubierta, sin otro

abrigo que una lona; la lucha con los parásitos; la alimentación de galleta averiada y bacalao duro como madera; el agua de mal sabor, casi putrefacta, como único refrescante de una comida salitrosa, bajo los ardorosos cielos del trópico.

— Mi única preocupación era cómo podría desembarcar; cómo hacer frente á las primeras necesidades el día de mi llegada á Buenos Aires... Yo tenía un pantalón; más bien dicho, dos pantalones: uno viejo y otro nuevo; esto constituía toda mi riqueza. Llevaba el viejo puesto sobre el nuevo para evitar las manchas y los desgastes de á bordo. Un muchacho de mi tierra que venía en el barco, estaba enamorado del pantalón nuevo... En verdad, la pieza era magnífica.

Y el millonario, vestido por un famoso sastre inglés, se extasiaba ante la imagen de aquella prenda, que había sido el mejor regalo de su familia: la admiraba con ese ingenuo entusiasmo que nos inspiran á través del tiempo los recuerdos de los primeros años de pobrezas é ilusiones. Tal vez era un pantalón de pana, de perneras fuertes y rígidas como el metal, adornado en su parte posterior con una pieza superpuesta, supremo refinamiento de la elegancia campestre.

— Una pieza magnífica — continuó el rico vasco. — Yo pedía cinco pesetas y el chico me ofrecía tres. Así pasamos el viaje. En Río se corrió hasta tres y media; en Montevideo llegó á cuatro, y yo firme en que debían de ser cinco. A la vista de Buenos Aires se entregó el amigo, y yo quedé con sólo los pantalones viejos sobre la carne y un duro en la mano. Tuve que dar una peseta al lanchero y otra al carretonero para que me desembarcasen. En aquellos tiempos, señor, no había puerto en Buenos Aires. El barco quedaba fondeado río adentro, lejos de los escollos de piedra tosca; las lanchas no podían atracar á la orilla, y personas y fardos llegaban á tierra en carretones tirados por caballos. Al entrar en Buenos Aires me quedaban tres pesetas por todo capital. Así empecé mi carrera.

— ¿Y ahora?...

— Ahora — contestó con modestia — se tiene para vivir y educar á los hijos. No crea usted que soy un prodigio. Otros llegaron peor y han hecho más fortuna. Don Ramón Santamarina, el viejo, no vino de pobre pasajero como yo, sino de grumete, cuando murieron sus padres en Galicia, y ya sabe usted lo que significa actualmente la casa de los Santamarina: ¡plata!, ¡mucha plata!: una porrada de millones.

Mientras oía este relato de maravillosas fortunas, miraba yo abajo, á la muchedumbre inmóvil, que se dejaba arrastrar durante el sueño hacia el país de la esperanza. ¡Cómo no creer en ella! ¡Cómo dudar de la realidad de la suerte, cuando la vida ofrecía estos inauditos encumbramientos!...

¡Adelante la caravana de la ilusión!... Muchos caerían extenuados en el sendero, antes de llegar á la cumbre de la fortuna; otros quedarían tendidos en el campo de batalla luego de conocer el éxito, víctimas de su propia audacia; como en todas las empresas humanas, habría afortunados é infelices en este éxodo hacia el bienestar y la riqueza; pero nadie dudaba, nadie sentía miedo ni deseos de hacer un paso atrás: el ejemplo de los vencedores, de los dichosos, inflamaba á todos con la llamarada de la esperanza.

Otra vez la vista de aquellas gentes, dormidas como en un campamento, evocó en mi imaginación el recuerdo de los soldados napoleónicos. Les habían dicho que cada uno llevaba el bastón de mariscal en la mochila, y esto bastaba para que los guerreros marchasen adelante, con paso de héroes.

Caían los camaradas á centenares para no levantarse más. ¡No importa! El que quedaba en pie creíase predestinado para la fortuna, se consideraba de distinta clase que los otros infe-

lices y seguía avanzando. La desgracia de los compañeros servía para darle más fe en la propia estrella, para sentir que á sus espaldas latían la fortuna y la gloria dentro de la mochila, empujándole hacia el triunfo. Si dudaba, la imagen de los mariscales venidos de abajo era bastante para disipar su indecisión.

También cada uno de aquellos emigrantes creía llevar oculto en sus líos de ropas viejas el cetro poderoso del multimillonario, el bastón de mando del «capitán de industria». La duda no era posible. Bastaba recordar la historia de cualquiera de los ricos, llegados años antes al país de las maravillas con igual penuria que ellos, para que al momento renaciese la ilusión, la santa y omnipotente ilusión, maestra de audacias y heroísmos.



UNA DÁRSENA DE PUERTO MADERO

Yo creía adivinar el pensamiento que vibraba en todos aquellos cerebros, entorpecidos por el sueño.

— ¡Llegaré! . . . ¡Mi éxito será igual al de los otros!

Lo mismo que el granadero de Bonaparte que se adormecía en el vivac, seguro de que el bastón de mariscal estaba á pocos pasos de él, metido en el saco, y al día siguiente iba á presentarse la ansiada ocasión de sacarlo de su encierro. Y al despertar con el alba, excitado por estos ensueños, convencido de que al fin había llegado la hora de la fortuna, recibía un balazo de muerte.

* * *

Cuando las muchedumbres europeas de la primera Cruzada, armadas al azar, y sin otra disciplina que el entusiasmo religioso, caminaban hacia Oriente, su fe y su ignorancia les hacían sufrir tremendas decepciones.

Siempre que en el horizonte aparecían las torres y cúpulas de una ciudad, la piadosa é inocente horda estremecíase de gozo.



EL ABUELO «GRINGO» Y EL NIETO ARGENTINO

— ¿No es Jerusalén?... Sí: es Jerusalén; la ciudad santa. ¡Hossana! ¡Hossana!

Los viejos gemían enternecidos; los monjes lanzaban su inflamada predicación; los hombres requerían las armas, creyendo llegado el momento de pelear con los infieles; los niños entonaban cánticos y las hembras gritaban de entusiasmo, incorporándose en los carretones, á la cola del inmenso éxodo.

Estos infelices cruzados, cuando imaginaban hallarse próximos á Jerusalén, estaban aún en las llanuras de la Baja Alemania ó de Austria, y el espejismo del entusiasmo repetíase todos los días al avanzar por el centro de Europa, creyendo haber llegado al término de la jornada cada vez que columbraban á lo lejos una ciudad ó un castillo.

La misma ilusión del deseo acompaña á los pobres emigrantes, entusiastas cruzados de los tiempos modernos. La ansiada Jerusalén surge ante sus ojos en toda ribera que costea el buque, en todo puerto donde echa el ancla.

¡Buenos Aires! ¿Dónde estará Buenos Aires? . . . Un estremecimiento de esperanza corre por la muchedumbre cuando aparece frente á la proa una faja de tierra. Hasta los más ignorantes conocen la cantidad de días que debe durar la navegación; pero la ansiedad les hace creer en un milagro, en una marcha extraordinaria del buque, y al ver tierra, se gritan unos á otros:

— ¡Buenos Aires! . . . ¿Será esto Buenos Aires?

No: no es la ciudad-ilusión. Es Pernambuco, es Bahía, es Río Janeiro; y cuando el trasatlántico queda fondeado á la vista de tierra, los peregrinos se agolpan en la borda, mirando la ciudad lejana, pero sin deseos de bajar á ella, faltos de curiosidad. Para ellos no hay nada que les interese en este país: su esperanza vuela más lejos.

Los que hacen el viaje por primera vez, admiran el color negro y la crespa y lanuda pelambrera de los lancheros; compran las frutas raras amontonadas en las barcas que circulan como insectos en torno del gigante marino; admiran su sabor exótico, y al fin acaban por volver la espalda á la costa, tendiéndose en sus mantas y colchonetas, aburridos de esta inercia, deseando reanudar cuanto antes el viaje. Buenos Aires es lo que les importa. ¿Cuándo llegarán á Buenos Aires? . . .

En la espléndida bahía de Río Janeiro, la hermosura del panorama los conmueve unos instantes. Luego reaparece la indiferencia. Ellos no han de vivir en esta tierra; ¿para qué interesarse por sus montañas rosadas de bizarras formas, y sus calles blancas, con dobles filas de altos cocoteros?

Cuando el trasatlántico emprende otra vez la marcha, la gente canta y ríe, creyéndose

próxima al término del viaje. Ya no aguardarán más: casi se hallan á la vista de la ciudad de la esperanza: la próxima escala es Buenos Aires. Y transcurren varios días sin ver otra cosa que cielo y mar. Algunas veces se marcan en la línea del horizonte manchas obscuras que parecen nubes bajas y son montañas.

El aislamiento de la navegación, la vida en común con gentes tan diversas en medio de la soledad de los elementos, la marcha hacia otro mundo misterioso, parece haber transformado la moral de los emigrantes, creando en ellos una nueva personalidad. ¡Adiós, timideces del terruño, humildades de familia, miedos rutinarios á todo lo que se sale de la estrecha norma de lo vulgar!

El pobre campesino, acostumbrado en su país al expolio y la miseria resignada, se siente ahora altivo, con nuevas fuerzas para hacer frente á todos los obstáculos. El viento del Océano, al ensanchar sus pulmones, parece echarle atrás el pecho, dando á la cabeza una erguida altivez. Oyendo á los aventureros, á todas estas gentes de extraños países, empieza á considerar con cierto orgullo su condición de emigrante y de pobre. La soledad atlántica, las largas horas de recogimiento, lejos de toda organización social, le hacen apreciar la pequeñez de los hombres y de sus leyes, y se contempla á sí mismo más grande, más poderoso. Las preocupaciones que en tierra firme fueron muchas veces su tormento, las desprecia ahora por insignificantes, viéndose lejos de ellas.

El hombre del viejo mundo desaparece. Cada singladura se lleva algo de su antiguo sér. Van desprendiéndose de su ánimo las timideces y resignaciones de la educación tradicional. Son á modo de escamas del primitivo organismo que se despegan de la piel y caen al agua. Cada día pierde una. Cuando llegue al término de su viaje, será otro.

Siéntese capaz de las más grandes iniciativas. El pobre de Europa, sometido al jornal y á la huelga, sin esperanzas, sin afanes de actividad, que al fin tuvo que embarcarse y emigrar, le parece ahora un hombre distinto. ¡Lo que trabajará él en el Nuevo Mundo! Hará fortuna á las buenas ó á las malas. Siente en su ánimo la fría audacia, el egoísmo homicida de los aventureros que todo lo justifican con las necesidades imperiosas de la lucha por la existencia. Su alma es la de los héroes de Balzac que contemplaban París desde una altura, con ojos de invasor implacable y desdeñoso, murmurando: «¡Tú serás mío!»



DESCANSO EN LA PAMPA

¡Buenos Aires! . . . Él conquistará la gran ciudad; se batirá con ella á brazo partido para poseerla, para dominarla. Aislado en el mar, lejos de la realidad, en plena fantasmagoría de la ilusión, se considera capaz de los más estupendos esfuerzos. En sus conquistas imaginativas entra por mucho el desconocimiento del país adonde se dirige, esa ignorancia de América que es en el viejo mundo algo secular é inconmovible. Sabe que Buenos Aires es una gran ciudad, se la imagina semejante á una buena capital de provincias, pero al mismo tiempo, con bizarra confusión imaginativa, ve tigres que saltan y juguetean como gatos en los alrededores de la urbe; serpientes colosales que ondulan ó se arrollan á los árboles de los paseos; negros indolentes á los que hay que dar con el látigo para que trabajen; indios pintarrajeados y emplumados que asaltan los tranvías de los arrabales y se llevan cautivas á las señoras: una mezcla de civilización avanzadísima y de tremenda barbarie. ¡Desdichado país si no viniesen de afuera los hombres blancos para salvarlo! . . . El alma de un paladín de romances de caballería late en él, quitando todo valor á la palabra «imposible». Matará, si es preciso, tigres y pitones; hará prisioneros á los feroces indios y, pasándoles una anilla por la nariz, los llevará á trabajar ricas tierras, escogidas á su gusto. ¡Él lo hará todo! . . .

Las olas violentas que chocan contra el buque han cambiado de color. Ahora son rojizas, como una melena leonada, y sucias por el barro que llevan en suspensión. Se ve el lejano perfil de una costa por estribor, y los emigrantes abren los ojos asombrados al oir que ya no están en el mar, que este espacio infinito de agua, con su oleaje tempestuoso, es un río, el famoso río de la Plata.

Empieza á anochecer, y en la costa, cada vez más cercana, se marcan centenares de luces. Al principio, forman líneas, como si indicasen la horizontalidad de caminos y bulevares exteriores; luego se hacen más densas, se agrupan, se remontan por invisibles cuestas, se diferencian en rojas y blancas, destacándose las eléctricas como gotas caídas de la luna, entre las temblonas pinceladas del gas.

— ¡Buenos Aires! ¡Viva Buenos Aires! — gritan á proa, con entusiasmo de peregrinos.

No, tampoco es Buenos Aires. Es Montevideo.

El buque, tras una detención de algunas horas, sigue su rumbo. Ahora parece que navega sobre algodones. Los pasajeros, acostumbrados al movimiento de todo cuanto les rodea, á sentir ondular el piso bajo sus plantas, á la oscilación general de los objetos, experimentan una extrañeza casi molesta, al ver que el buque avanza, y, sin embargo, parece inmóvil. El río, obscuro, toma blancuras de leche bajo la luz de las farolas de los buques. Una línea de boyas encendidas marca el paso á las embarcaciones en esta inmensidad.

La placidez de la navegación, el momentáneo silencio, el descansar de maderas y hierros que han venido frotándose y cantando con monótono *ric-ric* durante medio mes, todo invita al sueño; y sin embargo, pocos duermen.

La gente, tendida en la cubierta y en los sollados, sueña con los ojos abiertos. Percibe la proximidad de algo extraordinario, algo que la estremece con la emoción de lo desconocido. Cree oir la respiración de un organismo enorme. Buenos Aires está cerca. Y los que ansiaban tanto llegar á ella, vacilan ahora y tiemblan. ¡Adiós, fantasías de la soledad! Ya se hallan vecinos á la gran Esfinge. ¿Cómo irá á recibirles? . . .

Los bravos exterminadores de serpientes y de indios empiezan á dudar de sus fuerzas. Hay algo en el ambiente que repele estas fantasmagorías, que ríe de ellas, como los buenos vecinos de la Mancha reían de los heroicos é irreales propósitos del esforzado hidalgo. El emigrante empieza á sentirse igual á como era antes de poner el pie en el trasatlántico. ¡Acabaron los ensueños del mar! Reaparecen sus indecisiones, sus timideces, su falta de confianza en la suerte.

El animal humano está próximo, la sociedad sale á su encuentro, y esto basta para que se desvanezca el superhombre de vida fugaz engendrado en las soledades de la navegación; el héroe de todos los arrojos, que no reconocía obstáculos.

Apenas apunta el día, la cubierta se llena de gente. Las boyas luminosas destacan sus luces cabeceantes en la penumbra del crepúsculo. Todos se agolpan en la proa deseosos de ser los primeros en la esperada visión.

— ¡Buenos Aires! . . . ¿Dónde está Buenos Aires?

Una cortina de niebla oculta el horizonte. La sirena del buque ruge á ciegas en este ambiente blanco y denso, semejante al de los mares septentrionales. El agua, de un color lácteo, á impulsos de la marea ascendente, choca con manso susurro contra los costados de la nave. Á través de los espesos telones de la atmósfera pasan otras sombras lentas, enormes y negras:



UN PRADO ARGENTINO

vapores que avanzan con la grave calma del peligro; veleros de arboladura escueta que se deslizan siguiendo sumisos el tirón del remolcador.

De pronto, el trasatlántico modera su leve marcha; apenas se mueve ya. Al mismo tiempo desgárranse los velos del horizonte y la luz pálida de la mañana saca de la bruma todo un mundo. Aparece á ambos lados del buque el río inmenso, sin orillas, como un mar de dilatados horizontes, y frente á la proa una ciudad, más bien dicho, una extensión cubierta de edificios, ilimitada, sin términos visibles, infinita como la superficie acuática.

— ¡Buenos Aires! ¡Al fin! . . . Esto es Buenos Aires.

La retina no puede abarcar los muelles, que se pierden de vista; las dársenas llenas de buques, que se esfuman en el horizonte; los almacenes y elevadores de trigo, altos y majestuosos como catedrales; las arboledas que siguen la ribera; las calzadas polvorientas por donde pasan trenes y rosarios interminables de carretas. Detras, altos edificios y suaves rampas marcan una altura, una cuchilla de tierra, el perfil de una meseta de contornos pulidos por el secular arrastre del río; y sobre esta meseta se extiende la urbe, uniforme, baja, monótona, pero de una grandiosidad inabarcable; una ondulación de tejados grises, que se pierde en el horizonte, que avanza tierra adentro, borrando toda idea de límites, desorientando á las imaginaciones, que en vano pugnan por abrazarla; un caparazón gigantesco, en el cual cada escama es la cubierta de una vivienda; un escudo inmenso é igual, del que sobresalen torres y cúpulas como un adorno de clavos, y borlones de seda verde, que son frondosos jardines.

Los que llegan se sienten intimidados por esta enormidad. La capital gigantesca parece caer sobre ellos con mortal gravitación.

— ¡Qué grande!... ¡Qué grande!...

¡Adiós arrogantes propósitos de conquista, gallardías audaces de dominación y rápido encumbramiento! Es la ciudad la que conquista á los recién venidos, la que los hace sus esclavos, tímidos y sumisos, con sólo mostrarse un momento, fría y casi dormida entre las brumas del amanecer.

Muchos de los que llegan nacieron en una aldea ó en el campo, no han visto otras ciudades que las de los puertos de embarque, y quedan espantados, enmudecidos por el respeto y el pavor á la vista de esta gran metrópoli de rápidas transformaciones, que todo lo encuentra estrecho, que rompe cada cinco años el traje de albañilería que le fabrican los hombres, y crece y crece, no reconociendo fronteras en su desarrollo.

Lisboa es más escenográfica, con su caserío en cuesta que permite apreciar las grandezas de la edificación: Río Janeiro realza su belleza arquitectónica dentro de un estuche de verdura, entre montañas que forman un marco rosado á la copa de su bahía; pero los emigrantes experimentan una impresión más profunda, de asombro y anonadamiento, á la vista de Buenos Aires. Sus frentes se contraen; sus ojos miran con incertidumbre.

— ¡Qué grande! ... ¡Qué grande! ...

Y todos piensan con una emoción parecida al miedo, en lo que les aguarda dentro de este caserío achatado, monótono, infinito, igual á la concha protectora de una gran bestia prehistórica.

Avanza lentamente el trasatlántico, con ligeras pausas de inmovilidad, como si fuese tanteando el camino para evitarse un encontrón. Navega entre diques, y va á atracar dulcemente en un amplio muelle defendido por una cubierta de acero y cristales, como una estación de ferrocarril.

En el desembarcadero se reúnen grupos de curiosos. Los marineros de la vigilancia marítima, con el machete al cinto, forman fila para contener al gentío que pretende avanzar y llama á gritos á los amigos que llegan en el buque. La policía huronea y mira con ojos inquietos, temiendo el desembarco de gentes peligrosas, de elementos de desorden barridos por las aventuras del viejo mundo.

¡Cuán pequeño es ahora el trasatlántico! Pegado á tierra puede apreciarse mejor su grandeza, y, sin embargo, parece más mezquino, más insignificante que en medio de los amplios puertos donde echó sus anclas antes de llegar aquí. La comparación con centenares y centenares de otros buques, que alineados en las tranquilas aguas del río, entre muelles, diques y puentes se esfuman en el horizonte, borra la apreciación de su tamaño. La cantidad desvanece el valor de la dimensión. ¡Son tantos y están tan agrupados los gigantes marinos! ... Cada uno de estos buques, destacándose aislado en medio del azul de una bahía, puede admirar por la grandeza y arrogancia de sus proporciones. Aquí no es nada; se pierde entre sus compañeros en una extensión acuática de catorce kilómetros: es una chimenea más entre centenares de chimeneas; dos mástiles que vienen á confundirse en la inmensa selva de palos y cordajes sobre la que revolotean las banderas como mariposas de colores.

Las dársenas, enormes plazas de agua, no son dársenas: son corrales de buques donde se aglomeran los mónstruos flotantes como doméstico rebaño.

Los mercenarios de *Salambó*, al marchar en son de rebeldía por los caminos de Cártago, veían con cierta inquietud, clavadas á los árboles por los cuatro remos, bestias moribundas que agitaban su roja melena entre estertores agónicos.

— ¿Qué nación es ésta que crucifica á los leones? . . . — murmuraban asombrados los personajes de Flaubert.

Algo semejante piensa el viajero al llegar al puerto de Buenos Aires, en una mañana fría y brumosa.

— ¿Qué pueblo es éste que trata á los gigantes del mar como si fueran reses? . . .

Todos los días se presentan en sus muelles enormes trasatlánticos, mansos, lentos, como vacas rojas ó negras que vinieran de pastar en las praderas azules del Océano. Detiénense junto á sus almacenes para ser ordeñados por la poderosa ciudad, á la que dan generoso



PROVINCIA DE BUENOS AIRES: SACOS DE TRIGO ESPERANDO EMBARQUE EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

alimento; y cuando sus entrañas están exhaustas, cuando han soltado el chorro de hombres y hasta la última gota sólida del cargamento, Buenos Aires les da con un pie en la amplia grupa, enviándolos á descansar en sus inmensos corrales de agua. Entran en una dársena, y si en ella no hay lugar, se trasladan á otra, y luego á otra, pasando entre murallas, apartando puentes, seguidos de remolcadores que silban, corren y rodean el pesado rebaño de leviatanes como si fuesen sus zagales. Y en los inmensos apriscos acuáticos descansan los mónstruos varios días, recibiendo la alimentación de tierra adentro, que les sirven grúas y elevadores, hasta que repletas sus entrañas de vigorosas riquezas y con nueva sangre negra en las carboneras, vuelven á emprender la marcha, río abajo, hacia los azules campos.

Ya atracó la nave. Se arrancan los emigrantes de la contemplación de la ciudad, para arrollar y enfardar sus ropas. El puente ha quedado tendido desde el muelle á un costado del buque. ¡Gente á tierra! . . . Las mujeres toman de la mano sus ristras de pequeñuelos y se colocan sobre la cabeza, como enorme turbante, el atado de ropas. Los hombres se encorvan bajo los fardos de mantas y colchones. Algunos, pobremente vestidos de señoritos, desembarcan con las manos en los bolsillos, silbando para distraer su emoción. Otros llevan por todo equipaje una guitarra y saludan con gritos y risotadas á los amigos que les esperan en el muelle.

El rebaño de miseria y esperanza desfila y desfila hacia lo desconocido. ¿Qué les aguardará en el interior de este mónstruo gris y achatado que todos los días devora su ración humana? . . .

Los peregrinos pasan y pasan por el puente de madera, bajo la mirada escrutadora de la policía. ¡Ni una palabra! El ambiente es de libertad. El Hotel de emigrantes ofrece asilo á los que se presentan sin amigos y recomendaciones. Las oficinas están abiertas para los que llegan desvalidos, sin un propósito determinado. La nueva tierra les ofrece cama, alimento y el ferrocarril ó los vapores fluviales necesarios para que se trasladen al interior, donde hay demanda de brazos.

Los que llegan no encuentran obstáculos, y, sin embargo, parecen cohibidos, atemorizados.

«¡Ay, Buenos Aires! . . . ¡Tan grande! . . . ¡Tan grande! . . .»

La inmensa metrópoli sud-americana pesa sobre ellos con toda su enormidad.

Nadie echa ya la cabeza atrás con arrogancia belicosa, ni saca el pecho fanfarronamente. Las frentes se bajan á impulsos de la inquietud; las espaldas parecen encorvarse como si sintieran por adelantado el peso de una vida de laboriosidad que va á empezar.

Y los soñadores del Océano, que fantasearon las más absurdas grandezas como final de su viaje, entran á la nueva vida por un camino fácil, encontrando inmediatamente el trabajo y el pan; pero entran cabizbajos. . . como animales domados. . . como ilusos que despiertan para caer en la realidad.





CUMBRES DE LOS ANDES

EL PAÍS ARGENTINO

I

GRANDEZA DEL TERRITORIO

Si un poeta pretendiera expresar por medio de una imagen corpórea la grandeza de la República del Plata, tal vez la comparase con un gigante cuyos pies estuvieran hundidos en los hielos antárticos y la cabeza reclinada en los verdes almohadones de la selva tropical. Este coloso imponente, este Micromegas americano, tiene enormes barbas que descienden ondulantes por su busto, como las antiguas y simbólicas de los ríos; y estas barbas de plata son el Uruguay y el Paraná con toda su red de vías acuáticas, con toda su maraña de líquidas hebras, que van á fundirse en aquellas dos corrientes, magníficas y caudalosas como pedazos de mar.

Su brazo izquierdo, doblado en ángulo cual si buscase apoyar en él la frente, es la península feraz llamada la Mesopotamia argentina. Su brazo derecho tiene la dureza musculosa y saliente de un biceps hercúleo y lo forman los Andes, tendidos á lo largo de su cuerpo. La cabeza, que busca los calores del sol tropical, presenta tostadas calvicies en las mesetas semibolívianas, pero las oculta en parte bajo la hojarasca de una corona de selvas y de cañaverales de azúcar. Su pecho generoso y amplio, son las pampas, cubiertas por la vellosidad dorada de inagotables mieses. Las piernas buscan al extenderse el último extremo del mundo, y están calzadas con botas de blanco cristal, que le fabrican todos los años los hielos antárticos.



LA PENÍNSULA IBÉRICA COMPARADA CON LA REPÚBLICA ARGENTINA

— Nuestro país es grande — dicen con entusiasmo los ciudadanos argentinos.

Sí, muy grande; enorme. Los mismos que lo afirman con satisfacción y orgullo, no se dan cuenta exacta de las proporciones de su país.



EL AUTOR EN EL NORTE DE LA ARGENTINA (CHACO SALTEÑO)

El argentino conoce poco su tierra. Como los ricos de Buenos Aires se hallan próximos al mar, en contacto con todas las facilidades que ofrece la navegación moderna, y sienten de continuo en su vida cómoda las atracciones del viejo mundo, siempre que experimentan la comezón de un viaje, se embarcan para Europa con rumbo á Inglaterra ó Francia: especialmente Francia. Los habitantes de las provincias ven en Buenos Aires el centro de la vida patria, y todos sus viajes son de la ciudad en que viven á la capital federal. Muy pocos argentinos, por negocios ó por placer, han corrido completamente las provincias y territorios de su enorme país.

Yo he visitado casi toda la Argentina y puedo darme cuenta de lo que significa la palabra «grande».

Sí; la Argentina es grande, con una grandeza disforme, exagerada; «grandeza americana», que altera todas las nociones de proporción y medida de los europeos.

La distancia de París á Madrid ó de París á Roma, nos parece considerable en la vida de Europa. Salvarla en un rápido expreso es todo un viaje para nosotros. Y bien: esa misma distancia la recorren habitualmente los argentinos, sin ningún esfuerzo, entre Buenos Aires y ciudades de provincias que se consideran cercanas á la capital.

Yo hice en cierta ocasión el viaje de Constantinopla á Madrid, todo de una vez, atravesando Europa entera, de Oriente á Occidente, sin más detenciones que las indispensables para los cambios de tren, y me imaginaba que jamás había de repetir esta marcha fatigosa, ensordecedora y monótona. Sin embargo, en Argentina he hecho viajes iguales ó de mayor duración cuando, por mis tareas de conferencista literario ó por curiosidades de escritor viajero, he tenido que atravesar la República de un extremo á otro. Y no hablemos de los viajes á caballo, por tierras alejadas todavía de la onda civilizadora que parte de Buenos Aires.

Sí; la Argentina es grande. Tan favorecida y mejorada se ha visto al recibir la herencia



LA ARGENTINA AUSTRAL: UN PAISAJE DE LA TIERRA DE FUEGO

de la Naturaleza, que posee todos los climas, todas las vegetaciones y hasta todas las razas, pues la emigración vuelca en ella una muestra de cuantos pueblos existen en el planeta.

Su suelo se extiende desde donde nace el cocotero hasta donde el líquen tapiza el peñasco glacial; abarca el bosque de naranjos con sus cápsulas de oro que transforman el sol en miel, y los helechos húmedos que dormitan en una noche polar de varios meses; lo mismo el algodón y el tabaco, de cosecha exuberante, que los raquíticos arbustos torcidos por los vientos helados que ramonean las ovejas en el suelo frío de la extrema Patagonia y la Tierra de Fuego.



PINGUINOS EN LA COSTA DEL CABO DE HORNOS

Dentro de una misma nacionalidad, el tigre, cada vez más escaso y acobardado por la persecución del hombre, se agacha entre el ramaje del Chaco ó marca la huella de sus zarpas en el barro de los ríos de Misiones, y el lobo marino se arrastra torpemente sobre la masa cristalina y luminosa de los glaciares: el caimán se adormece bajo la caricia del sol, inmóvil como un tronco, en los esteros y bañados de las provincias del Norte, y la foca de pellejo viscoso y temblante asoma su cabeza de perro por las grietas de los canales helados: vuela el loro charlatán, ó el papagayo multicolor por entre el dédalo espinoso y verde de la selva tropical, y los torpes pinguinos de cortas alas forman cornisas inmóviles, negras y blancas, en las aristas de los peñascos que se amontonan al final del continente.

La diversidad del clima es tan grande como la variedad de la vegetación y de los organismos animales. El hombre, al amoldar su indumentaria al medio, va desde el traje blanco del plantador de caña de azúcar en las provincias del extremo Norte, hasta la capa de pieles de



MARINEROS ARGENTINOS DEL OBSERVATORIO DE AÑO NUEVO (TIERRA DE FUEGO), DANDO MUERTE Á UN ELEFANTE MARINO

guanaco que cubre la desnudez grasienta de los onas en la Tierra de Fuego.

En las inmensas llanuras del centro de la República, los campesinos guardan, en su mayoría, el traje tradicional, á pesar de los avances del cosmopolitismo, que transforma las costumbres. La necesidad de cabalgar largas horas ó de caminar por lagunas ó entre hierbales, hacen indispensables las botas altas. El chiripá, manta arrollada que cubre los muslos como un faldellín, es útil en extremo para los jinetes de la llanura, que permanecen días enteros á caballo, aguantando el viento frío de la Pampa. El poncho es una prenda inapreciable. De día es capa para el caminante; y al llegar la noche, sirve de cálida cubierta para los que acampan á la intemperie.

Hay que hacer constar que la República Argentina, heredera mimada de la Naturaleza, es uno de los países más aprovechables del planeta. Puede decirse de su suelo que, á pesar de ser tan grande, no tiene desperdicios. Dejando aparte algunas salinas en el corazón de su territorio, y ciertos peñascales situados al Norte y al Oeste en la falda de los Andes, todo el suelo es útil al hombre. ¡Y qué fecundidad!... La tierra parece estar llamando al trabajo con apasionados requerimientos de hembra en celo, y apenas recibe la caricia inteligente de la mano humana, devuelve sin usuras el mil por uno.



UNA BANDA DE PINGUINOS

Á la grandeza geográfica del territorio argentino, hay que añadir la condición de ser todo



UNA SELVA EN EL CHACO

él aprovechable, lo que le hace aún más enorme.

Comparada la Argentina sobre el mapa con otras naciones, aparece menor que éstas. Pero la grandeza de un país no se debe apreciar con arreglo á la carta geográfica, pues hay que tener en cuenta, principalmente, lo que ese país guarda á disposición del hombre para su mantenimiento y comodidad.

Argentina es utilizable desde Norte á Sur. El hombre encuentra sitio propicio desde el Plata á los Andes, y puede detenerse para siempre y fundar una ciudad allí donde establezca su vivac de una noche. La Naturaleza no repele al que llega: es una buena amiga de brazos amorosos. Ni fríos mortales, ni calores que extenúan, ni enfermedades epidémicas.

Tal vez otros países de América sean más hermosos que la Argentina, pintorescamente. Las llanuras infinitas de trigo, las inmensas praderas moteadas de reses, aparecen monótonas y acaban por hacer sentir, con su incesante repetición, un malestar semejante al del mareo. Pero los hombres que recorren el mundo ganosos de crearse una nueva vida, los que conocen especialmente el continente americano y están curados de entusiasmos ante los maravillosos espectáculos de la Naturaleza, saben á qué atenerse. La experiencia de su vida, familiarizándoles con lo hermoso, les hace preferir lo útil. Una cosa es admirar de paso la selva virgen y otra verse condenado á vivir en ella para siempre, teniendo que batirse á todas horas con las indomadas fuerzas naturales.

Un andaluz que hace años vive en América y ha recorrido casi todas sus naciones á impulsos del hereditario espíritu aventurero, cada vez que le hablan de un país de hermosas selvas, ríos majestuosos y casi inexplorados, llanuras cubiertas de intrincada vegetación, con redes de lianas, cortinas de hojarasca, exóticas flores y palmeras y cocoteros que emergen de la penumbra verdosa, para mecer en lo alto sus surtidores de plumas, contesta con graciosa sorna:

— Sí; conozco ese país: he estado en él. . . Muy bonito para tarjetas postales.

Su geografía especialísima, que tiene por base la experiencia del egoísmo, divide los países en dos clases: los que ofrecen vida tranquila, abundante y cómoda, y los que sirven «para ilustrar tarjetas postales».

Yo, que he visto de cerca países del Trópico de maravillosa belleza, reconozco que no son del todo infundadas las originales afirmaciones del andariego andaluz. La Naturaleza es excelente y simpática cuando está educada, cuando el trato con el hombre ha ido desgastando y puliendo las asperezas de su belleza primitiva. Pero, ¡ay, la Naturaleza en plena libertad! . . .

La primera vez que caminé por una selva del Trópico creí soñar, ó haber despertado en un mundo nuevo, extraordinario. Pero desvanecido el encanto de la novedad, á las pocas horas, pensaba con terror en la perspectiva de tener que vivir siempre allí, obligado á crearme una existencia.

El pobre animal humano, que nace mal armado para la vida, aunque la civilización ponga á su alcance toda clase de medios de



LOS ANDES DE MENDOZA Y EN EL FONDO DEL VALLE LA ALDEA DE LAS CUEVAS



TIERRA DE FUEGO: LOBOS MARINOS EN LA COSTA

defensa y acometividad, se encuentra como perdido entre las exuberancias vírgenes de la Naturaleza. La tierra es una amiga cuando está domada y tiene el hábito de ver al hombre; pero antes de domesticarse recibe hostil y ceñuda á los primeros visitantes. Su belleza es sombría en fuerza de ser grande: cada una de sus galas oculta una perfidia: todos sus adornos respiran acometividad. En su seno majestuoso, poblado de mil vibraciones de vida, ó vacío otras veces con un silencio mortal, como si el mundo fuese víctima de repentina anestesia, es imposible el descanso ni el ensueño. ¿De qué sirve tanta belleza, si no se la puede saborear con tranquilidad, como se saborea la hermosa placidez de los bosques y los campos en los países civilizados? . . . Plantas y árboles se cubren de pinchas agudas como bayonetas, para repeler al hombre. Al caminar, la vista, que quisiera tenderse hacia lo alto para distinguir el cielo de un azul denso entre los claros del follaje, tiene que fijarse en la maleza, precediendo con sus investigaciones al pie, que vacila antes de posarse, temeroso de los ocultos reptiles. En la orilla del río ó de la laguna, el tronco informe, verdinegro, inmóvil, adquiere de pronto torpe vida, y saca garras, y se abre con inmenso bostezo, enseñando al sol la doble fila de dientes. Si os tendéis, como en Europa, al pie de un árbol para escuchar el canto de los pájaros y sumiros en soñolienta contemplación, sentís invadido vuestro cuerpo por voraces hormigas que muerden como fieras insaciables. Si seguís el vuelo de una mariposa ó pretendéis acercaros á una flor que abre su corola entre los matorrales, suena la hojarasca con un chasquido semejante al de un muelle en espiral que se distiende y se dispara, y asoma entre el ramaje una cabeza triangular

de vibradora lengua y ponzoñosa defensiva.

Por ninguna parte se ve la paz de esos paisajes plácidos que sirven de grato fondo á la vida moderna. Es la Naturaleza antes de ser conquistada y adecentada por el hombre. La fiebre bate su aleteo sobre las charcas: los mil parásitos que muerden, pinchan ó tajan no han sido aún expulsados por el roce humano, que los aniquila: la tierra se subleva ante el intruso, no domada aún por la planta del hombre, que en fuerza de pisarla la hace su esclava. Tremendas é inexplicables enfermedades reinan en estos países. Las fuerzas naturales parecen vagar furiosas como vengadoras eumenides para castigar al intruso. El aventurero de fuerzas hercúleas, á los seis meses de residir en la selva, es un espectro cuyas carnes se desprenden de los huesos, y al año, un esqueleto que blanquea tendido al pie de las lianas de caucho, riqueza natural cuya conquista pagó con la vida.



ARGENTINA TÓRRIDA: SELVA DE LIANAS

Son países hermosos para ser vistos de pasada, pero en los cuales la existencia resulta penosa y difícil. Por grande que aparezca su territorio en el mapa, habrá que descontar siempre de esta grandeza los enormes espacios cerrados al hombre por la fatalidad del clima. ¿Cuándo podrán ser explotadas esas tierras bajas y ardientes de la zona ecuatorial, que no gozan siquiera la compensación de la altura? ¿Cuántos siglos pasarán antes de que la



ARGENTINA AUSTRAL: CORTA DE ÁRBOLES EN TIERRA DE FUEGO

humanidad, falta de sitio en el globo, se decida á poblar esos bosques, que resultan de muerte por su misma exuberancia? . . .

El hombre, al trasladar su hogar, busca tierras y climas que le recuerden su país de origen, y esto es lo que hace principalmente la grandeza de Argentina.

Elíseo Reclus, el ilustre geógrafo, dice así al hablar de este país:

«El hecho geográfico capital, desde el punto de vista de los progresos de la Argentina, es su relativa proximidad al continente europeo. A despecho de las apariencias y hasta del testimonio del mapa, las riberas del Plata son en toda la costa sud-americana las que ejercen una influencia más poderosa sobre Europa, atrayendo sus buques y sus emigrantes. Las costas sud-americanas que se hallan más al Norte, están á una distancia kilométrica de Europa menos de la mitad que la Argentina, y, sin embargo, no ejercen ni con mucho la misma atracción. Esto se explica con facilidad. Los europeos se dirigen, naturalmente, hacia la región del continente sud-americano que corresponde á su país de origen, por los grados de latitud, las condiciones medias del clima, la vegetación y el género de vida.»



UN GLACIAR DE LOS ANDES

La producción de otros países sud-americanos tal vez sea más esplendorosamente rica que la de Argentina, pero no es tan útil é imprescindiblemente necesaria. El tabaco, el café, la goma y otros artículos preciosos representan una gran riqueza; pero en término extremo, si no existiesen, la humanidad podría subsistir perfectamente sin ellos. De aquí que por no ser absolu-

tamente necesarios para la vida sufran á veces grandes depreciaciones y hagan pasar por tremendas crisis á los países productores.

Argentina es menos «vistosa» en sus riquezas. Produce carne, trigo y lana para ella y para una gran parte del mundo. Estos artículos son tan vulgares, que tal vez no puedan ser cantados por un poeta, pero resultan imprescindibles para la vida.



UN GLACIAR EN LAS COSTAS DEL SUD

El andaluz de que antes hablé, eterno denigrador de los países «para tarjetas postales», terminaba siempre con estas palabras su curso originalísimo de Geografía:

— No me hablen ustedes de esos productos que son de lujo y hoy se venden bien y mañana mal. El pan, la carne y la lana que nos abriga, eso es lo positivo, lo que no engaña, y me parece que va á transcurrir algún tiempo antes de que tales artículos pasen de moda.

Argentina es también grande geográficamente. Naciones importantes de Europa que mantienen muchos millones de individuos, aparecen como de una exigua pequeñez y casi se pierden al ser comparadas con esta República sud-americana. La Península ibérica es cinco veces menor que el territorio argentino. España y Portugal juntas parecen insignificantes cuando la curiosidad geográfica coloca su contorno sobre el de la gran nación del Río de la Plata. España es casi igual en tamaño á una provincia argentina: la de Buenos Aires. Francia, lo mismo que la Península Ibérica, cabe cinco veces dentro de las fronteras argentinas.

Tres millones de kilómetros cuadrados suma aproximadamente la extensión de este país.



UN PANORAMA DE LOS ANDES

Poco más de seis millones de hombres forman su población. De estos seis millones hay que descontar un millón trescientos mil, que constituyen el vecindario de Buenos Aires. ¿Qué queda para el campo y las poblaciones de provincias? . . . Puede calcularse aproximadamente que la Argentina, descontando el gran amontonamiento humano de su capital, sólo tiene en el campo un habitante y medio por kilómetro cuadrado. . . Y con tan reducida población proporciona al mundo una suma de productos muy superior á la de otros Estados de muchos millones de habitantes.

Su extenso territorio, casi todo él utilizable, ofrece cómoda vivienda á una parte enorme de la humanidad.

Cuando tenga la misma población por kilómetro cuadrado que cualquiera nación de Europa, la Argentina será uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Si llega á poseer, como Francia, 73 habitantes por kilómetro (lo que no es mucho teniendo en cuenta la riqueza del suelo argentino), su población será de 219 millones. Si llegase á alcanzar la densidad de Alemania, contendría 330 millones de habitantes.

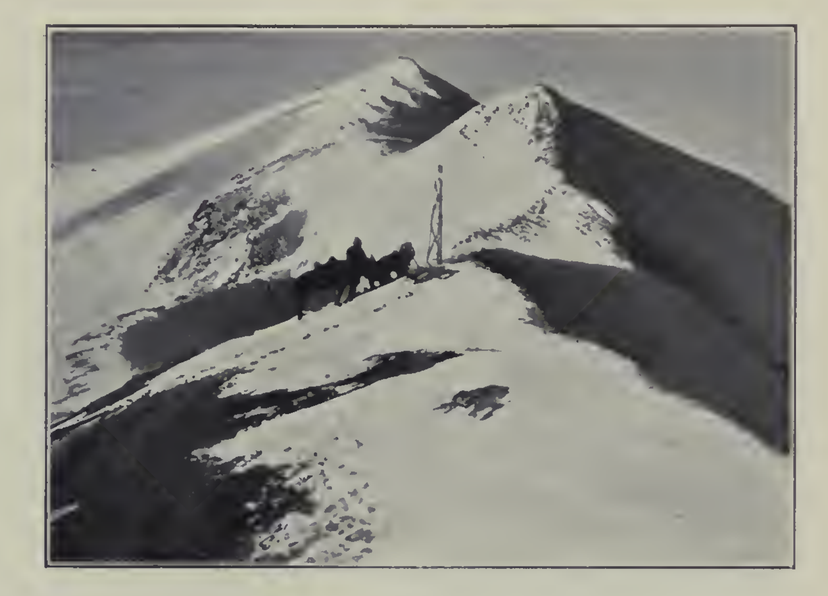
El día, ya cercano, en que tenga 9 habitantes por kilómetro, como Suecia y Noruega, contará con 27 millones de habitantes.

Y si con poco más de seis millones de hombres realiza tales prodigios este país, ¿qué no hará cuando cuente con 27 millones? . . .

El crecimiento de la República Argentina es de tal rapidez, que bien puede llamarse vertiginoso.

Las etapas de su avance no exigen largos lapsos de tiempo.

Mientras Australia desarrolla anualmente su población en un 18 por 1.000, y los Estados Unidos en 20 por 1.000, la República Argentina ha crecido á razón de 33 por 1.000, y en los últimos tres años á ¡50 por 1.000!



PASO DE LAS PIRCAS EN LOS ANDES

II

MONTAÑAS, LAGOS Y RÍOS

Recuerdo los gestos de asombro y admiración de varios argentinos que iban á Europa por vez primera, al entrar el buque en el puerto de Río Janeiro.

— ¡Montañas! . . . ¡Qué hermosas montañas! — exclamaban mostrándose las alturas que bordean la hermosa bahía.

Y yo, que acababa de recorrer el territorio argentino, admirábame no menos del entusiasmo y asombro de estas gentes, que jamás habían visto montañas, siendo nacidas en un país que posee alturas enormes, cumbres de fama mundial.

La Argentina es dueña de una gran parte de los Andes, pero los ciudadanos de Buenos Aires y de algunas provincias costeras viven y mueren sin haber visto una montaña. En este país, tan enorme, pueden moverse las gentes con las más vertiginosas actividades, sin salir de su provincia, grande como una nación; sin ver otros horizontes que los amplios y monótonos de las infinitas llanuras centrales, limpias de ondulaciones.

Muchos viajeros, al llegar á la Argentina, sólo visitan las regiones del litoral, de inago-



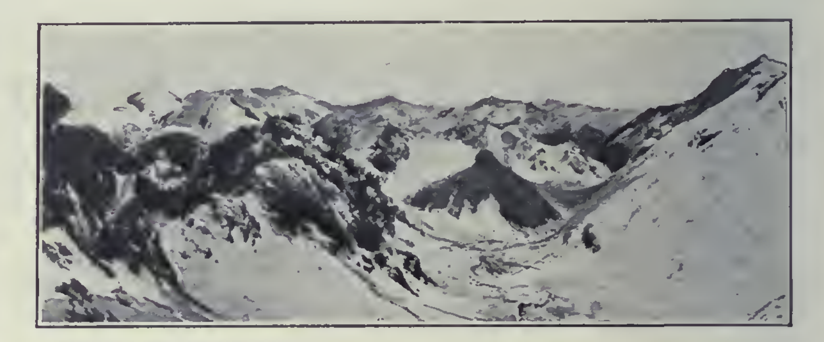
PASO DE LOS ANDES Á LA VISTA DEL TUPUNGATO



PASO DE LOS PATOS

table riqueza, donde están enclavadas las principales ciudades, y se llevan á Europa la impresión de un país de planicies inmensas, de campos infinitos que no altera la más leve joroba del suelo. En el viejo mundo es inevitable, siempre que se habla de Argentina, imaginarse un mar de verdura, igual y monótono, en el que pacen las bestias, sin tropezar con otras depresiones que los lechos de ríos y barrancos, y donde el jinete, por más que se levante sobre los estribos en su incesante galopar, no llega á distinguir nada que corte la rigidez de la línea del horizonte.

Esta imagen resulta falsa. Argentina es un país de llanuras en su parte central, donde tiene concentrado lo más rico de su vida; pero al Norte y al Oeste posee alturas enormes. El Tupungato, el Aconcagua, el Mercedario, el Juncal, el Descabezado y el Famatina, que miden de 6.000 á 7.000 metros, están en su territorio.



LAS CUMBRES DE ACONCAGUA

Las montañas de la República Argentina forman cuatro grupos ó sistemas aislados, á los que dan los geógrafos la denominación de Andino, Central, de Misiones y del Sud. La parte central de la República la más cultivada y poblada, que se extiende entre la cordillera de los Andes y los ríos Paraná y el Plata, es una llanura inclinada ligeramente de Noroeste á Sudeste. Toda ella aparece igual: las depresiones y alturas resultan casi insignificantes. Apenas interrumpen esta uniformidad la Salina Grande en la línea que divide las provincias de Rioja, Catamarca y Córdoba, depresión que en su parte central tiene 150 metros por encima del nivel del mar, Mar Chiquita, al Nordeste de la provincia de Córdoba, y el sistema de montañas llamadas de Córdoba y San Luis, que es como una prolongación del macizo de Aconquiga.



UN PAISAJE DE LA PRECORDILLERA

Al extremo Oeste de la vasta llanura argentina, formando la frontera entre esta República y la de



LOS ANDES: PEONES LIMPIANDO EL CAMINO ENTRE ARGENTINA Y CHILE

Chile, se eleva la famosa cordillera de los Andes. Pertenecen á la región andina las provincias de Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, La Rioja, San Juan y Mendoza y los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. En total, una extensión de 2.100 kilómetros longitudinales, que empieza en los ríos Pilcomayo y Bermejo y acaba en el cabo Froward.

Dos particularidades ofrecen los Andes en este lado de la América del Sud. La vertiente que mira al mar, ó sea la que corresponde á Chile, tiene las faldas más abruptas, de una pendiente rápida. La que mira al continente, ó sea á la Argentina, presenta laderas más suaves y accesibles. Igualmente las ocultas violencias de la Cordillera, sus cóleras, que toman la forma de erupciones volcánicas y de temblores, se desahogan por la parte del mar, ó sea en territorio chileno, mientras que los Andes parecen dormidos é insensibles durante largos períodos por el lado argentino.

La segunda particularidad favorece, por el contrario, á la vertiente chilena sobre la argentina. La cara que da al Océano Pacífico, ó sea la correspondiente á Chile, se ve mojada con frecuencia por las lluvias, mientras la opuesta sufre grandes sequías. Las nubes que vienen de las inmensidades oceánicas, al tropezarse con el murallón de granito, se deshacen en benéficos aguaceros. Por esto la vertiente chilena está cubierta de espléndido verdor, mientras la argentina, á pesar de ser más grande, más suave y dulce en su ascensión, ofrece un aspecto de desolada desnudez. Sólo algunos cactus ó cardones crecen aislados y espinosos en sus soledades. Por el lado de la Argentina, el viajero que marcha hacia el paso de la cumbre de Uspa-

llata sólo ve cerros áridos de 6.000 metros, limpios de vegetación, y rocas peladas, hundidas muchas veces en las espesas capas de nieve permanente que cubren picos y flancos.

Esta desolación, esta falta de exuberancia vegetal, este paisaje horrendo y grandioso, de peñascales escuetos y profundos abismos, sin una mata, sin una hoja, mundo árido y olvidado sobre el cual aletea el condor, no es general en todos los Andes argentinos.

Pueden éstos dividirse en dos secciones, á partir del 37 grado de latitud. Al Norte de este límite divisorio, ó sea hasta la frontera de Bolivia, están las cumbres más altivas y abrup-



UN PAISAJE DE LA PRECORDILLERA EN LOS TERRITORIOS DEL SUD

tas, y por lo mismo más yermas y menos aptas para la vida. Al Sud de esta línea, los picos más elevados no pasan de 3.500 metros: la Cordillera va decreciendo y se viste de una vegetación más exuberante al avanzar por los territorios del Neuquén, Chubut y Santa Cruz, partes extremas del suelo argentino. Aunque las cumbres sean bajas, la línea de congelación es también más baja que en el Norte, por razón de la latitud cada vez más próxima al Polo. Las montañas son menores que las que se encuentran al ir desde Buenos Aires á Santiago de Chile, pero tienen en sus cumbres mucha más nieve y los derretimientos del verano producen enormes masas de agua que duerme en forma de lagos ó se esparce por ríos y riachuelos, renovando y refrescando el verdor de la tierra.

En esta parte del Sur los pasos que permiten al hombre trasladarse de la Argentina á Chile, son más bajos y cómodos, accesibles hasta en lo más crudo del invierno, y los contrafuertes ó sierras que avanzan paralelamente, llamados con razón precordillera, aparecen menos extendidos y de menor elevación que en los Andes del Norte.

El titulado sistema Central lo forman los macizos montañosos de Santiago del Estero, Córdoba, La Rioja y San Luis. Estas alturas, aunque de cierta consideración (2.800 metros las mayores), no pasan de ser exiguas hinchazones del terreno si se las compara con los Andes. La mayoría de estas montañas se asemejan al sistema andino en que siempre presentan su cara más abrupta por el lado del Oeste. Su vertiente oriental es de una inclinación más suave. Casi todas estas sierras son derivaciones más ó menos francas del sistema andino, y penetran tierra adentro, dividiendo con su ondulación la gran llanura argentina. En la provincia de Córdoba toman un carácter pintoresco y sus valles y quebradas presentan cierta semejanza con los más risueños paisajes de Suiza. Los tres ramales principales del sistema Central están unidos por pequeños contrafuertes. El más importante de dichos ramales, Sierra del Campo ó Sierra Chica, se halla dividido en cuatro secciones por los ríos titulados Primero, Segundo y Tercero.



UNA ORILLA DEL LAGO LACAR



EL LAGO FONTANA

El sistema de Misiones, llamado así porque alza sus cumbres en el territorio nacional de dicho nombre, se titula también Sierra del Imán. Así lo bautizaron los jesuítas, sin duda por haber encontrado hierro magnético en sus entrañas. Por su altura (460 metros) estas montañas son insignificantes y apenas merecen ser nombradas. Pero su aislamiento en medio de los bosques de Misiones, y el ser verdaderos gigantes si se las compara con las pequeñas lomas ó colinas llamadas *cuchillas*, de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, las da cierta importancia. Además dividen el territorio misionero en dos regiones, bien marcadas.

El sistema del Sud lo forman dos cadenas que se extienden al Sud de la provincia de Buenos Aires y territorios limítrofes. La primera y más importante surge del Cabo Corrientes, en el Atlántico y corre hacia el Oeste y Noroeste



UN EXTREMO DEL LAGO MUMSTERS



EL ACONCAGUA VISTO DESDE LA ARGENTINA

con los diversos nombres de Sierra de los Padres, del Volcán, de la Tinta, de las Barbosas, del Tandil, de Olavarría y del Azul, hasta que se confunde y se pierde en la llanura, titulándose sus últimas ramificaciones Sierras de Tapalquen y Curicó. Los habitantes de la llanura argentina, como han de contentarse con estas pseudo-montañas, las bautizan con gran variedad de nombres, cual si con esto pretendieran hacer crecer su número. Las mayores sólo llegan á 350 metros. La famosa piedra movediza del Tandil ha dado una celebridad universal á este exiguo sistema montañoso. En todo él, la sierra del Tandil es la de mayor elevación. La sierra de la Tinta merece recordarse por sus mármoles, y la de las Barbosas guarda las cuevas que sirvieron de viviendas á los indios pampas.

La segunda cadena de este sistema es un grupo de serranías que surge 200 kilómetros más al Sur que la anterior, partiendo de la Pampa, al Norte de Bahía Blanca, y corriendo hacia el Oeste. En sus ondulaciones y recobecos hay ricos valles de soberbios pastos. Estas sierras se llaman de la Ventana (1.040 metros), de Pillahuincó, Currumalal y Guaminí.

Además, en el interior de la Patagonia, entre los ríos Colorado y Negro, hay una sucesión de crestas de color rosa, formadas con fragmentos de granito y pórfido. Son líneas interminables de montones de pedruscos que parecen alineados intencionadamente por manos de gigantes. Estas cadenas, de 400 á 500 metros de altura, se llaman *Mahuida*, nombre que significa «Montaña» en el lenguaje de los indígenas.

El gran Darwin, al visitar la Patagonia, estudió esta línea de alturas, inmenso residuo indudablemente de una trituración de montañas.

Volvamos á los Andes y sus ramificaciones. La gran cordillera en su parte argentina empieza al Norte, en la gran meseta del Despoblado, continuación de la conocida con el nombre de Desierto de Atacama, y que, cerca de Jujuy, toma el título de Puna de Jujuy. Esta región, agreste y pobre, en la que existen dos lagos salados, el de Toro y Casalindo, apenas si da con sus raquíticos pastos para el mantenimiento de magros rebaños.



EL LAGO KRÜGER

De esta meseta, que tiene 3.500 metros de altura, parten diversas cadenas de montañas, cu-



EL LAGO COLHUÉ

yos picos conocen las nieves perpetuas. La cordillera occidental de Agua Caliente tiene las cumbres de Cachi (6.500 metros) y de Acay (6.000). La otra cordillera es más oriental: posee la cumbre del Castillo (6.000 metros) y forma el gran muro del valle de Humahuaca y de Jujuy. La cadena de Zenta y Calilegua va descendiendo de esta altura hasta que se sumerge y se pierde en las llanuras del Chaco.

Las montañas de Jujuy continúan á lo largo de la provincia de Salta, atravesándola de Norte á Sur, con los nombres de Cochipampa y sierra de Guilmes, hasta que penetran en la provincia de Tucumán bajo el título de sierra de Aconquija. Del macizo central del Aconquija se desprenden los contrafuertes que forman los hermosas valles de Tucumán. El Aconquija, á su vez, penetra en la provincia de Catamarca, dividiéndose en tres ramas: al Este las montañas de Alto y de Aucasti; al centro las de Ambato, y al Oeste las de Atajo. La sierra de Ambato se prolonga en la provincia de La Rioja por las montañas de Mazán y de Velasco, y más al Sur, en la provincia de San Juan, por la montaña de la Huerta.

Al Oeste de los montes de Velasco se eleva el monte Famatina, unido á aquéllos por una cadena transversal de alturas. El monte Famatina (6.200 metros) es famoso por su gran riqueza mineral. Su renombre de productor de plata casi igualó al de Potosí. Esta cadena preandina, en la que se halla el Cerro Negro (4.500 metros), continúa hacia el Sur, extendiéndose por la provincia de San Juan, donde forma las alturas de Tontal, y las de Paramillo, en la provincia de Mendoza.



EL VOLCÁN LANÍN

La cordillera de los Andes, que tiene más de cien kilómetros



UN EXTREMO DEL LAGO LACAR Y LA LLANURA DONDE HA SIDO FUNDADA LA COLONIA MILITAR DE SAN MARTÍN DE LOS ANDES

de anchura, presenta en su murallón casi inaccesible, á modo de grietas ó desmoronamientos, ciertos pasos por donde pueden los viajeros trasladarse á la falda opuesta. Estos pasos, siguiendo el orden de Norte á Sur, son el de los Patos (4.000 metros sobre el nivel del mar) y el de Uspallata (3.927 metros), cerca del cual acaba de abrirse el enorme túnel trasandino que pone en comunicación á la Argentina con Chile; el del Planchón (3.048 metros); los tres del Portillo; el de las Damas y el de Antuco (2.100 metros) y el de Bariloche ó de Nahuel Huapi, á 840 metros de altura solamente.

Como se ve, los pasos de la cordillera son cada vez más accesibles y cómodos conforme se avanza hacia el Sur, donde los Andes rebajan sus imponentes cumbres.

Más al Norte del paso de los Patos, y á considerables alturas, existen en la provincia de Mendoza los pasos de Dehesa y Cruz de Piedra; en La Rioja, los de Atajo y Come-Caballos ó Pircas; en la de Catamarca, los de Portezuelo y Barrancas; en la de Salta los del Obispo, Acay y Antofagasta, y en Jujuy los de Humahuaca, Zenta y Cortaderas.

* * *

La orilla atlántica de la Argentina, á partir del grado 40 de latitud, ó sea desde la desembocadura del Río Negro hacia el Sud, va levantándose progresivamente sobre el mar, formando una costa ó barranca que llega á tener 130 metros de altitud. Detrás de ella se prolonga la llanura regular y monótona.

Esta llanura, extendiéndose hacia el Oeste, llega hasta los Andes, y es la altiplanicie patagónica; una sucesión de la llanura baja de la Pampa, cortada únicamente á largos intervalos por anchos valles que dan al mar.

La enorme superficie de tierra patagónica se eleva también lentamente hacia el Oeste hasta llegar á la Cordillera. No hay en su uniforme monotonía otras alturas que algunos pequeños cráteres apagados, que sirven de norte á los que caminan por esta soledad inmensa, semejante á la del mar. Escasa en lluvias, la llanura patagógica es de una aridez triste. Anchos y profundos barrancos cortan el suelo para el arrastre de las lluvias, pero están secos casi todo



UN PAISAJE DE LA PRECORDILLERA



PANORAMA DEL LAGO NAHUEL HUAPI, VISTO DESDE LA PENÍNSULA DE SAN TADEO (en dos secciones)


EL LAGO SAN MARTÍN (PARTE ORIENTAL)

el año. Los pastos son escasos: espinosos matorrales forman la única vegetación.

Este país desolado mereció de Darwin, al explorarlo en 1833, el título de «tierra maldita.» Los sabios pueden equivocarse, y nada menos cierto que el juicio de Darwin. La Patagonia es una tierra de maldición cuando no recibe la fecundante caricia del agua; pero en las cercanías de los ríos y los lagos, allí donde la mano del hombre ayuda á la Naturaleza por medio del riego, el suelo patagónico es de una fecundidad estupenda, desconcertante, como no llega á verse tal vez en ningún lugar del globo. Diríase que el suelo, infecundo y dormido desde los primeros días del planeta, quiere resarcirse de su quietismo con un exceso de actividad productora, al ser despertado por el hombre.

Yo he visto en las irrigadas orillas del Río Negro, campos de alfalfa á la que se da varios cortes por año; racimos de uva, absurdos por lo enormes, únicamente comparables á los que trajeron en la leyenda bíblica los exploradores de la tierra de Canaan; peras y manzanas de kilo y medio; melones y zapayos de 30 á 40 kilos; toda una producción extravagantemente colosal, que sobrepasa las medidas corrientes establecidas por la Naturaleza. El día en que terminen las obras de irrigación decretadas recientemente por el Gobierno argentino, y el agua inactiva de ríos y lagos refresque los campos útiles de la Patagonia, ésta se convertirá en un país de prodigios.

Fué una gran fortuna para el país que Darwin se equivocase, no sabiendo apreciar lo que encerraban las «tierras de maldición». De seguro que á ver claro el sabio inglés, estos territorios no pertenecerían actualmente á la República Argentina. La Gran Bretaña mira nuestro globo como cosa propia, y sólo deja á los demás lo que no le conviene. En 1833, aunque la Patagonia perteneciese geográficamente á los argentinos, el Gobierno de Buenos Aires, ocupado en contiendas civiles, no podía ejercer sobre ella una soberanía real. Los indios eran sus únicos dueños, sin temer más represiones que las momentáneas ejercidas por alguna que otra expedición militar. Si Darwin llega á adivinar la riqueza de la «tierra maldita» cuando se halla sometida á irrigación, de seguro que Inglaterra se apropia la Patagonia, como se apropió por aquellos años las islas Malvinas, arbitrariamente, atropellando al Gobierno argentino, contra toda razón y derecho.



UN REBAÑO EN LA ARGENTINA AUSTRAL

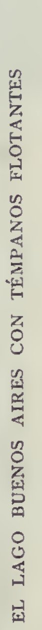
El aspecto de la llanura patagónica cambia rápidamente al aproximarse á los Andes. La árida altiplanicie desciende con brusquedad cerca de la Cordillera, y este reborde occidental es tan rápido y profundo en su caída, que en algunos lugares llega á tener 1.000 metros.

Una enorme depresión, un foso gigantesco se abre entre la altiplanicie que viene de las costas del Atlántico y los Andes de nevada cabeza que contemplan inmóviles su avance, sirviendo de barrera al Pacífico. Esta depresión no es un valle igual y continuo, sino un país accidentado, de gran fertilidad, con ricas praderas y magníficos lagos.

Los lagos de los Andes son una de las más bellas grandezas del país argentino. La liquefacción de las nieves, descendiendo por las vertientes, va á depositarse en inmensas copas de piedra, en lechos profundos é impermeables, formando láminas enormes de una suave color de turquesa, que duermen tersas y brillantes á la sombra de las montañas, ó se enturbian y embravecen con los vientos de la Cordillera. ¡Los lagos argentinos!... En torno de ellos, los bosques son á modo de parques naturales. La vegetación presenta un eterno verdor, jugoso y expansivo. Es la misma lujuriosa exuberancia de la tierra tropical. Pudiera llamarse este país el «trópico frío» por los esplendores de sus frondas, menos brillantes y confusas que las



PARTE OCCIDENTAL DEL LAGO SAN MARTÍN


EL LAGO BUENOS AIRES CON TÉMPANOS FLOTANTES

del verdadero trópico, pero también menos quemadas, con colores más suaves, tiernos y barnizados.

Cualquiera extensión acuática de la Argentina lacustre es más grande que el lago mayor de Europa. No hay en el viejo mundo nada que pueda compararse á estos mares interiores. Se parecen por su belleza á ciertos lagos suizos, y más aún á los lagos de la península Escandinava; pero se diferencian enormemente por las proporciones, como una casa de muñecas lujosa y bonita es distinta de una vivienda de bloques basálticos, levantada por las fuerzas libres de la Naturaleza.

A lo largo de la Cordillera, entre ésta y la planicie patagónica, se alinean los lagos argentinos en una enorme extensión geográfica, desde el grado 40 al 51. Si hubieran de mencionarse todas las masas de agua de alguna consideración que existen al pie de los Andes, el relato resultaría largo y fatigoso en extremo. Además, son tantos los lagos y tan dilatado el país que ocupan, que muchos de ellos á estas horas no están todavía explorados por completo.

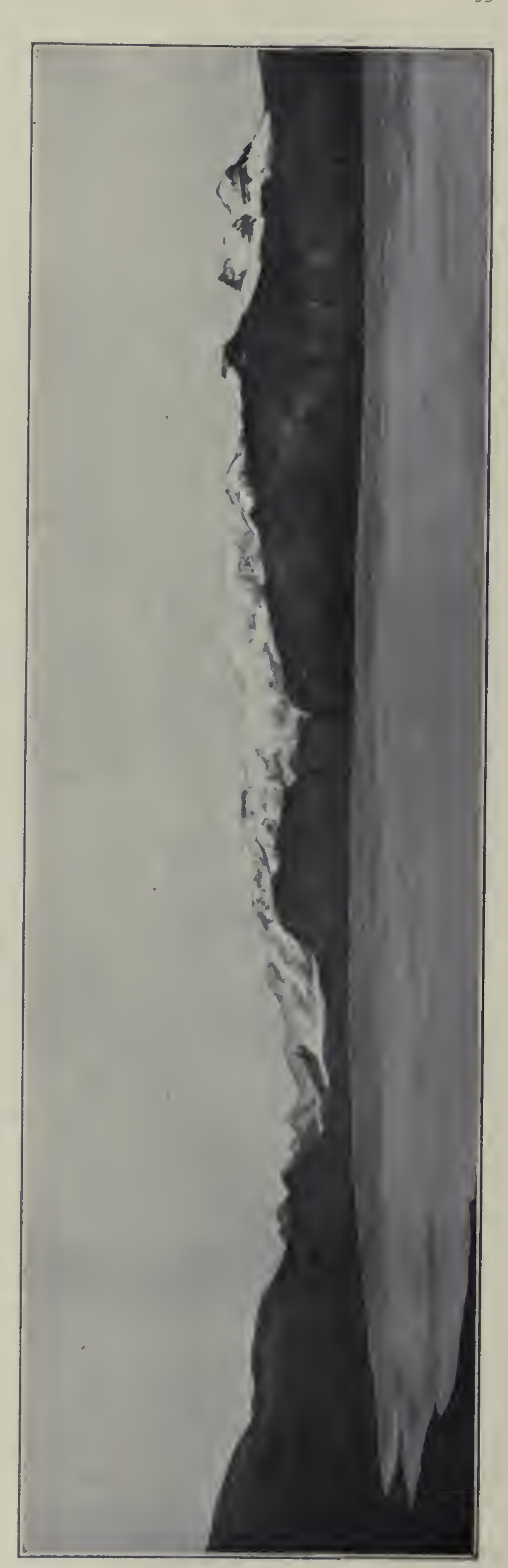
Siguiendo de Norte á Sur, el primer lago que se encuentra es el Lacar, dentro del territorio del Neuquén. En sus aguas unidas y tersas se reflejan invertidos, como en un espejo, los picos nevados de las montañas inmediatas, el bosque obscuro que viste sus laderas por debajo de la zona glacial, y el soberbio cono del volcán Lanin, que tiene una altura de 3.800 metros. El lago se prolonga por su extremo oriental en una llanura fértil, donde el Gobierno argentino ha establecido una colonia militar, llamada de San Martín de los Andes. Todas las planicies inmediatas al Lacar son tan ricas para la agricultura, que los indios, señores de esta región hasta hace pocos años, las cultivaban á pesar de sus costumbres nómadas y de su especial predilección por la ganadería.

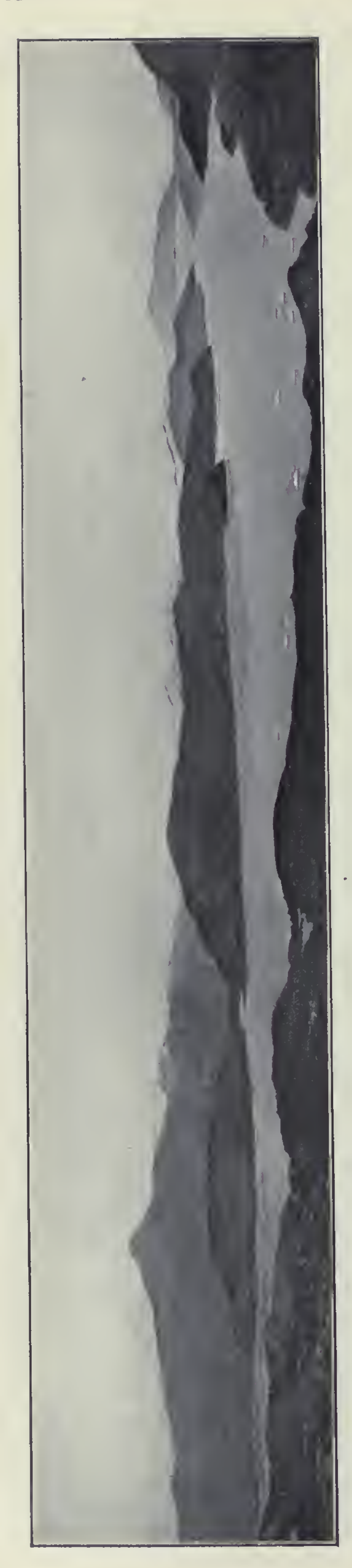
El lago Nahuel Huapi, uno de los más grandes, fué el primero en ser explorado entre todos los lagos andinos. Su extremidad occidental ofrece grandes facilidades para comunicarse con Chile, cuya frontera se halla próxima, y esta circunstancia le ha hecho ser visitado en todo tiempo. Actualmente, el Gobierno argentino construye un ferrocarril desde la costa del Atlántico al Nahuel Huapi. El día en que la locomotora llegue á sus orillas, este lago será un camino más, cómodo y fácil, para pasar al territorio chileno.

El Nahuel Huapi — nombre que según Reclus significa «Isla del Tigre», por una larga isla cubierta de cañaverales, que ocupa el centro de su cuenca — fué explorado hace más de dos siglos. Los misioneros jesuítas se establecieron en sus riberas en 1670, en medio de los indios araucanos, y á principios del siglo XVIII fundaron un pueblecito en el mismo sitio donde empieza el río Limay. Una incursión de indios arruinó el establecimiento, y el lago quedó olvidado hasta 1855, en que se fueron reanudando las exploraciones aisladamente. Después los soldados argentinos se apoderaron en definitiva del país, barriendo á los indígenas. Esto último ocurrió en la famosa conquista del desierto, dirigida por el general Roca; la empresa de resultados más transcendentales que se conoce en la historia de la civilización argentina.

El Nahuel-Huapi es largo, de contornos irregulares, abundante en penínsulas y bahías, y tiene en el centro de su cuenca varias islas cubiertas de bosques que parecen flotar sobre las aguas como dorsos de cetáceos. Su longitud es de 80 kilómetros, su superficie de 4.000 kilómetros cuadrados, su profundidad de 300 metros y se prolonga al Norte con otros dos lagos, el Espejo y el Correntoso, que son como hijos suyos, pues sólo están separados de él por algunas tierras de aluvión. Sus contornos, sinuosos y abruptos, abundan en fiords, semejantes á los de Noruega; callejones acuáticos de altos y cortados murallones, con densos bosques en las crestas y salientes, que se reflejan sobre el lago como planchas de ébano. En los grandes espacios de agua libre, retrátanse invertidos los gigantes blancos de la Cordillera; entre ellos el monte Tronador, de 3.460 metros, una de las alturas andinas más dignas de admiración, eternamente cubierta de nieves, que al desprenderse en forma de retumbantes avalanchas, semejantes á truenos, han dado al coloso el nombre que lleva.

En las riberas del Nahuel Huapi, como en las del Lacar, el clima es moderado y no llega á grandes extremos. Las selvas practicables que cubren las pendientes contribuyen á esta regularidad de la temperatura, que hace la vida muy


EL LAGO ARGENTINO Y SUS VENTISQUEROS


EL LAGO VIEDMA

saludable. Hoy, por la escasez de habitantes y de medios de comunicación, las tierras fértiles inmediatas á estos lagos están dedicadas á la ganadería, pero tras ésta vendrá la agricultura, con una de esas rápidas mutaciones tan frecuentes en el progreso argentino.

Desde el grado 46 hacia el Sur se extienden los llamados Lagos Australes, «la Suiza argentina», salvajemente bella, con sus superficies acuáticas, que son verdaderos mares interiores de invisibles orillas; sus ventisqueros, que dejan rodar los témpanos con el estrépito de un cañonazo por las pendientes verdes hasta hundirse en la sábana lacustre; sus selvas de vegetación exuberante y melancólica, donde los troncos están vestidos de verde moho, y bajo las hojas, hinchadas de humedad, reina una dulce penumbra de crepúsculo.

Este paisaje, de belleza austral, se dilata desde el lago Nahuel Huapi hasta los canales inmediatos á la zona chilena del Magallanes, en una extensión de diez grados geográficos. ¡La reserva de bienestar y producción que representa para los hombres la rica faja lacustre de los Andes patagónicos! . . . Este país está hoy casi desierto, pues tiene, cuando más, algunas colonias ganaderas. Pero la emigración se dirige lentamente hacia él y en pocos años podrá transformar su fisonomía. Hay en su suelo atracción remuneradora para todas las actividades: el minero, el agricultor y el pastor tienen allí su sitio. Visto este territorio en el mapa, asusta por su situación extrema hacia el Polo Sur. La imaginación se representa á los campos bajo una eterna costra de hielo, y á sus infelices habitantes agazapados en subterráneas excavaciones, llevando una vida de esquimales. Nada menos cierto. En territorios que se hallan mucho más al Norte resulta el clima menos llevadero que en esta región austral. El bosque y el lago, poderosos por su abundancia y su grandeza, como verdaderos señores del país, modifican la atmósfera, templan y dulcifican con su humedad la crudeza glacial, dan calor al invierno y alejan al estío respirando brisas. La montaña ayuda á este resultado con sus tortuosidades bien orientadas, cerrando el paso á los vientos inclementes.

Los lagos Mumsters, Colhué, Krüger y Fontana dan origen á varios ríos. El enorme lago Buenos Aires no es un lago, es un mar, en el que se elevan, en días de tempestad, olas altísimas, iguales á las del Océano. Lo mismo puede decirse del llamado lago Misterioso y del lago San Martín, bautizado este último con el nom-

bre del glorioso general por el geógrafo argentino Moreno, cuando lo descubrió en 1877; lago que se desarrolla con un perfil irregular entre altivas montañas de origen volcánico.

El lago Viedma, que lleva el nombre de Antonio de Viedma, el primer explorador que en 1872 llegó á sus orillas, es el más grande de todos. Su contorno ovalado tiene cerca de 100 kilómetros de longitud. Un poderoso río de hielo se derrumba en inmóvil cascada sobre su ribera de Occidente, y los témpanos, al desprenderse, flotan en su superficie como cisnes de cristal.

El lago Argentino, descubierto por Gardiner en 1868 y estudiado por Moreno diez años después, ocupa, en el territorio de Santa Cruz, la región hasta hace poco desconocida, á la que llamó Darwin, en su viaje sud-americano, «Llanura de Misterio». Su profundidad y su extensión hacen de él también un mar, y como en el Viedma y el San Martín, témpanos de hielo flotan muchas veces sobre sus aguas.

En la llanura argentina no existen lagos que puedan compararse con estas extensiones acuáticas de los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz. Más bien que lagos son grandes lagunas, sábanas de agua que rompen la monotonía de las planicies centrales. La Pampa tiene la laguna de Urre-Lauquén; la provincia de Buenos Aires las de Chañar, Mar Chiquita, Chascomús, Gómez y Dolores, y la provincia de Santa Fe, la de Guadalupe, inmediata á la capital, y las de Víboras, Cristal y Palmar.

La laguna de Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba, es una de las más considerables. Su longitud la calculan en 100 kilómetros, y su anchura en 50, con 30 metros de profundidad. El lago Bebedero de San Luis y la gran laguna de Guanacache, entre las provincias de Mendoza y San Juan, también son importantes por su magnitud y profundidad. En Catamarca están las lagunas Blanca y Colorada, y en Jujuy las de Casalindo y Toro, de aguas salobres.

Pero de todas las lagunas, la más famosa es la de Iberá, en la provincia de Corrientes, extensión de 20.000 kilómetros, que aún se halla, en su mayor parte, inexplorada y envuelta en el misterio, como en tiempo del descubrimiento de los españoles, circulando acerca de ella un sinnúmero de fantásticas consejas.

* * *

En el tesoro geográfico de la Argentina, la principal riqueza son los ríos. No existe en Europa nación alguna que pueda compararse fluvialmente con la República del Plata. Las costas de tierra adentro tienen un desarrollo mayor que las marítimas. Sus puertos más importantes (Buenos Aires y Rosario) no dan al mar, sino á los ríos Plata y Paraná.

Hay naciones europeas que tienen en su interior grandes puertos: Londres es un ejemplo. Pero los ríos de Europa que prestan este servicio no pueden compararse por su extensión y su caudal navegable con el famoso río de la Plata.

Cuando se admira la generosidad con que la Naturaleza ha dotado á la República Argentina, la grandeza de sus ríos es lo primero que salta á la vista. La ciudad de Rosario, situada á centenares de kilómetros lejos del mar, en el corazón de la tierra argentina, es un puerto de fama mundial, al que pueden llegar buques trasatlánticos. Paraná y Corrientes, ciudades que se hallan en las entrañas del continente, á varios días de distancia de la costa oceánica, son también valiosos puertos. Concordia, no menos lejana del mar, goza igualmente de esta ventaja, gracias á la caudalosa corriente del río Uruguay. ¿Cómo no admirar este país privilegiado, en el que todo parece hecho para la exuberante producción del suelo y la expansión mundial de sus productos? . . .

Las tormentas derraman líquidos caudales en las altiplanicies de Bolivia, en las miste-

riosas selvas del centro del Brasil y en los bosques del Paraguay, para que la Argentina tenga vías navegables que pongan en comunicación con el Océano las ciudades de su interior. Si al país argentino le faltasen de pronto sus grandes ríos y tuviera que vivir de la costa marítima, como otras naciones, su porvenir sería bien distinto. De haber ocurrido esto hace años, Buenos Aires viviría ahora en la humilde situación de una gran aldea, sometida á la servidumbre de Montevideo, y el país no gozaría ni con mucho su actual desarrollo floreciente. Pero el agua dulce, como mansa sierva, viene arrastrándose desde el corazón de la América del Sud para poner en contacto el pecho ubérrimo de la gran señora con el agua del mar.

Argentina posee una mitad de la cuenca del sistema fluvial del Plata; pero Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay son los que proporcionan la mayor cantidad de líquido. Y sin embargo, ella es la que más goza de las ventajas de esta enorme corriente.

Si los tiempos actuales fuesen propicios á la fundación de nuevos cultos, si el hombre sintiera, como en otras épocas, la necesidad de deificar todas las fuerzas que le favorecen, Argentina habría inventado ya una religión: la del agradecimiento á la Naturaleza; y en los altares elevados á la gran diosa, hubiera podido grabar la siguiente advocación: «A la Madre pródiga é inagotable, la más mimada de sus hijas.»

La red de ríos de la República Argentina se divide en cinco sistemas fluviales: el del Río de la Plata, con la embocadura que lleva este nombre; el Central, del que sólo algunas corrientes de agua llegan al Paraná; el de las Cordilleras, cuyos ríos no alcanza ninguno al Atlántico; el de la Pampa, al Sud de la provincia de Buenos Aires, y el Patagónico.

Como es bien sabido, el río de la Plata lo forman la confluencia de los caudalosos ríos Paraná y Uruguay, al llegar cerca de Buenos Aires. En el mapa es un río, pero en la realidad es un mar de ilimitados horizontes. Los indios guaraníes le llamaron en su lenguaje «Grande como un mar»: su descubridor, el navegante andaluz Juan Díaz de Solís, lo apellidó con razón el «Mar dulce», y no cabía dar otro título á esta infinita extensión que no se sabe ciertamente dónde termina, y que al lanzarse en el Océano endulza una gran parte de sus aguas salobres.

El río de la Plata es uno de los primeros de la tierra, entre los más grandes y caudalosos. Sus aguas se recogen en una cuenca superficial de cuatro millones de kilómetros cuadrados. Su anchura es de 40 kilómetros en su origen, donde se unen el Paraná y el Uruguay. Luego llega á tener hasta 180, y cuando, salvando un trayecto de 350 kilómetros, desemboca en el Atlántico, entre el cabo Santa María (República Oriental del Uruguay) y San Antonio ó Punta Rasa (República Argentina), arroja en la extensión oceánica diariamente 960 millones de pies cúbicos de agua. La marea del Océano



PASANDO UN AFLUENTE DEL PARANÁ



VISTA DEL ALTO PARANÁ

sostiene y retarda muchas veces esta colosal masa de líquido en su desembocadura. El agua salada avanza estuario adentro hasta llegar á la confluencia del Paraná y el Uruguay, y muchas veces remonta por ambos ríos, haciéndose notar hasta 150 kilómetros al interior.

La extraordinaria amplitud del río de la Plata, que lo convierte en el río más ancho del mundo, le quita profundidad. Las aguas, al esparcirse en un cauce tan enorme, resultan bajas y dificultosas para una navegación importante. Su parte más honda no tiene, en estado natural, más de seis metros de profundidad. Además, estorban el paso un gran número de bancos, especialmente entre Montevideo y la desembocadura, y los vientos reinantes influyen también sobre las aguas. El viento *pampero* ó Sudoeste las hace bajar de un modo considerable, y el Sudeste parece aumentarlas, inundando grandes extensiones de la ribera.

De las islas del río de la Plata, las más, por estar próximas á la orilla izquierda, pertenecen á la República Oriental. El Estado argentino sólo posee la de Martín García, pero ésta es tal vez la más importante de todas, no sólo por lo grande, sino por su posición estratégica, que domina la embocadura de los dos ríos Uruguay y Paraná.

Los inconvenientes que ofrece la poca profundidad del río de la Plata, los ha salvado el Gobierno argentino dragando profundos canales, flanqueados de boyas luminosas, por los cuales pueden llegar á Buenos Aires los mayores trasatlánticos. Obras semejantes permiten á los grandes buques seguir su navegación hasta Rosario y otros puertos.

El Paraná y el Uruguay contrastan considerablemente en punto á caudales. El Paraná, aun en sus aguas más bajas, se mantiene potente y majestuoso. En el estiaje máximo arrastra

tanta agua como el Mississipí en sus mejores días, y representa el volumen de treinta ó cuarenta veces el Sena en Rouen, que es su parte más caudalosa.

Como su agua se la proporcionan regiones que viven bajo diversos climas, el río compensa las escaseces de un lado con las abundancias del otro, pues cuando hay sequía en una parte, seguramente llueve en la opuesta, y así mantiene la regularidad de su volumen. Además, los lagos y pantanos que bordean algunas secciones de su curso, y las corrientes del Paraguay, el Pilcomayo y el Bermejo contribuyen á esta regularización, guardando los excedentes de las épocas de lluvia y devolviéndolos en las sequías. El volumen de estiaje del Paraná nunca es inferior más que en una mitad al volumen medio.

El río Uruguay, por el contrario, presenta bruscos cambios y enormes desigualdades en su caudal. Durante las crecidas fuertes, casi iguala al Paraná, pero en las épocas de sequía aparece como un curso de agua secundario, no arrastrando más que la sexta parte de agua.

Nace el Paraná en la sierra de Espinhazo (Brasil), y sus principales tributarios proceden de Bolivia y del mismo Brasil. Su curso es de una longitud de 4.700 kilómetros, lo que le convierte en el río más largo de América, después del Amazonas, que le supera en 700 kilómetros. No existe en Europa ningún río que pueda compararse con el Paraná. El Volga, que es el primer río europeo, sólo tiene 3.100 kilómetros.

El curso del Paraná lo dividen los geógrafos en tres secciones: el Alto Paraná, que comprende desde su nacimiento hasta donde recibe al Iguazú, punto que sirve de límite entre Brasil y Argentina por el Norte; el Paraná Medio, desde el indicado lugar hasta que se junta con el río Paraguay, cerca de Corrientes; y el Paraná Inferior, desde Corrientes hasta su desembocadura en el río de la Plata.

El Alto Paraná, al nacer, marcha de Norte á Sur, encontrándose en el grado 24 de latitud, ó sea en territorio brasileño, con la sierra de Maracayú, cuyo obstáculo salva derrumbándose por el famoso salto de la Guayra, con una anchura de tres kilómetros y una altura de 17 metros. El fragor de esta caída es tan enorme, que se oye á una distancia de 30 kilómetros, y la tierra parece temblar en las inmediaciones de la gigantesca cascada. Poco después (200 metros más abajo), entra el Paraná en territorio argentino y recibe por su margen izquierda el caudal de su afluente el río Iguazú. Este también ha tenido que salvar una cadena de alturas para llegar hasta allí, la Sierra de Victoria, en el territorio nacional de Misiones, dando motivo á las famosas cataratas ó saltos llamados del Iguazú, más grandes y majestuosas que las del Niágara.



UN ARROYO EN EL CHACO

Desde este punto se inicia el Paraná Medio,



CATARATAS DEL IGUAZÚ

encorvándose hacia el Oeste por Misiones y la provincia de Corrientes, hasta que se reúne con el río Paraguay, casi á la vista de la ciudad de Corrientes.

Allí, engrosado considerablemente por este río, casi igual á él en volumen, empieza el Paraná Inferior, que de nuevo se dirige hacia el Sur, formando una curva. Cerca de Rosario esta curva se acentúa, tomando decididamente la dirección hacia el río de la Plata.

Las anchuras del Paraná se acrecientan considerablemente curso abajo. Al juntarse con el Iguazú, en su sección superior, tiene 400 metros; en la Candelaria (Misiones), 800; cerca de Corrientes, 3.000; frente al lugar llamado del Diamante — famoso por el paso de las tropas de Urquiza —, alcanza á 7.000 metros de anchura y en algunos lugares llega á 10.000 el espacio que separa ambas costas. Una de sus particularidades es la periodicidad de las crecidas, muy semejantes á las del Nilo, y que siempre son de Diciembre á Abril y de Agosto á Octubre. Estas crecidas anuales elevan el nivel ordinario en tres ó cuatro metros, pero cada diez ó doce años hay una crecida extraordinaria que aumenta hasta ocho metros.

El Paraná es navegable desde la embocadura hasta Rosario para vapores de gran tonelaje que van á cargar en este puerto las ricas cosechas de las provincias centrales. Desde Rosario á Paraná pueden navegar buques que calen hasta 17 pies: desde allí á la ciudad de Corrientes embarcaciones de 11 pies, y de Corrientes á los saltos del Iguazú otras de menos calado.

Este coloso de la hidrografía argentina tiene muchísimos afluentes. El más importante es el río Paraguay, digno rival del Paraná, en cuyo seno va á perderse. Sus fuentes están en

Matto Grosso (Brasil), en el corazón del continente Sud, y recorre más de 2.000 kilómetros antes de juntarse con el Paraná. Su corriente mansa y dulce permite el ser remontada por los buques hasta muy cerca de su nacimiento, lo que obliga á la marina del Brasil á entrar por el río de la Plata para llegar á sus provincias del interior, realizando un viaje mucho más largo que si se dirigiese á Europa. En las orillas del Paraguay pululan millares de *yacares* ó cocodrilos, que encuentran apropiada vivienda, no sólo en las riberas, cubiertas de una vegetación tropical, sino en los lagos y charcos inmediatos al río.

Yo he viajado por el Paraguay y he podido apreciar en ciertos días que, según parece, son favorables á estos animales y les hacen salir de los refugios acuáticos, cuán inmenso es su número. De lejos se confundían con los árboles secos y negruzcos, caídos á lo largo de las riberas, pero un tiro salido de la cubierta del vapor ó el rugido de la sirena bastaba para que los troncos rugosos y brillantes al sol sacasen patas, abriesen una boca enorme y rampando por el declive fangoso se arrojaran al agua, levantando un canastillo oval de gotas y espumas.

El Paraguay, que tiene numerosos afluentes en los territorios brasileño y paraguayo, y cuenta con una anchura media de 350 metros, recibe, al lamer el suelo argentino por su margen derecha, el tributo del Pilcomayo y el Bermejo. La población de Formosa, capital del territorio de dicho nombre, es el único puerto argentino en este río. El sitio donde el Paraguay se junta con el Paraná, recibiendo poco antes el Bermejo, se llama Las Tres Bocas.

El Pilcomayo y el Bermejo, ríos argentinos que desembocan en el río Paraguay, merecen especial descripción por su futura importancia. Los dos nacen en Bolivia y marchan hacia el Sudeste, paralelamente, siguiendo el declive general del suelo argentino, que ya mencionamos.



EL PARANÁ MEDIO (PROVINCIA DE CORRIENTES)



VADEANDO UN ARROYO

El Pilcomayo (llamado por los indígenas *Piscú-moyú*, «Río de los pájaros»), surge al borde de la meseta boliviana, y su curso sirve de frontera entre la gobernación de Formosa y el Chaco paraguayo. Este río, conocido en sus fuentes y su desembocadura, por hallarse ambos lugares dentro de la vida civilizada, no está todavía bien explorado en su parte media, donde la Naturaleza opone obstáculos al viajero, y las tribus indias, mansas en apariencia, acaban por asesinar á los blancos que intentan establecerse en sus territorios. Desde hace siglos se intenta la exploración completa de este río. En tiempos de la colonización española, un fraile, el Padre Patiño, lo recorrió en barca y á pie con grandes penalidades, dando su nombre al inmenso y peligroso estero, que es todavía hoy el principal obstáculo de su curso.

En Estero Patiño han encontrado la muerte recientemente muchos exploradores, entre ellos el español Ibarreta. El propósito civilizador que guiaba á estos audaces aventureros de la ciencia, era estudiar el río para establecer una comunicación fluvial y económica entre Argentina y Bolivia.

El Pilcomayo sigue por el límite de la gobernación de Formosa siempre en dirección Sudeste y se funde con el río Paraguay, cinco kilómetros más abajo de la ciudad de Asunción, capital de la República paraguaya, frente al promontorio llamado Lambaré. Su curso es de 2.500 kilómetros.

Las costosas expediciones por el Pilcomayo han hecho saber que este río puede ser navegado á su salida de Bolivia por embarcaciones de cabotaje de un calado regular, y que, igualmente, buques de la misma clase pueden remontarlo desde su embocadura hasta muchos kilómetros río adentro. El obstáculo insuperable está en su curso medio, donde, faltas de desnivel, se extienden las aguas en una llanura horizontal, sin poder abrirse un cauce profundo. El río queda sin corriente, como muerto, en la gran extensión del Estero Patiño, y los troncos



UN AFLUENTE DEL ALTO PARANÁ (MISIONES)

y ramajes arrastrados por las inundaciones, así como las islas flotantes de hierbas y hojarasca, forman una barrera inmensa. El día que se abra un canal á través del temido estero, el Pilcomayo será una gran vía de navegación, Bolivia quedará de este modo en contacto con el Atlántico y las fértiles tierras de las márgenes tendrán una salida para sus productos.

El río Bermejo nace también en Bolivia (en el valle de Tarija) y es navegable nueve meses al año desde la villa de Orán en la provincia de Salta, población de la Argentina tropical, famosa por la exuberancia de sus frutos. Cien kilómetros más al Sud, desde las Juntas donde le da sus aguas el río San Francisco, es el Bermejo, navegable todo el año. En las Juntas se divide el río en dos corrientes, el Teuco y el Bermejo, formando la isla de Nacurutú. Luego vuelven á unirse en el lugar llamado Reunión, y desde allí sigue el río su curso natural hasta desembocar en el Paraguay, frente al pueblo paraguayo de Humaitá, en el delta de las Tres Bocas, donde se confunden el Bermejo, el Paraguay y el Paraná. La longitud del Bermejo es de 1.800 kilómetros. Los bancos de arcilla que obstruyen su curso y colorean sus aguas, le han dado el nombre que lleva.

Hablemos del hermoso río Uruguay, digno rival del Paraná. Lo mismo que éste, nace en el Brasil, en la Sierra Do Mar, y corre de Este á Oeste en el suelo brasileño hasta entrar en el territorio de Misiones, donde recibe numerosos afluentes. Tres Estados vuelcan en él sus aguas para engrosar su caudal. Brasil le da el Ibicuy; la República Oriental le envía por su margen

izquierda el Cuareim, el Queguay, y el Negro; la Argentina lo engruesa por la margen derecha con los ríos Pipirí-Guazú, Ipané, Acaraguá, Miriñay, Aguapey, Chimiray, Mocorata y Gualeguachú. Este último, que es turbio y barroso, penetra en el Uruguay formando una mancha obscura sobre las aguas del gran río, en extremo claras y transparentes, hasta el punto de que algunos poetas las hayan comparado con el nácar, sin notoria exageración.

El Uruguay, cuyo volumen, como ya dijimos, no puede compararse con el del Paraná, tiene, sin embargo, algunas secciones en que aparece más grande y majestuoso que éste. En el sitio llamado Concha de Fray Bentos llega su anchura á 12 kilómetros y ofrece un magnífico panorama. Las altas barrancas de las orillas están cortadas en promontorios y ensenadas, lo mismo que una costa atlántica; el cauce es hondo y navegan por él buques de altura; islas frondosas emergen de su corriente, y la vista de buques de guerra y grandes vapores anclados ante las poblaciones uruguayas y argentinas hace creer muchas veces que se está en pleno mar. Sin embargo, el Uruguay, tan hermoso y de anchuras imponentes, sólo es navegable hasta Concordia (provincia de Entre Ríos) para los buques que vienen del mar. Más arriba de esta ciudad dos saltos, el Chico y el Grande, impiden el paso á las embarcaciones. Pasados éstos, circulan algunos buques pequeños para las necesidades de las poblaciones ribereñas; pero en su curso superior, donde el río sirve de límite entre el territorio de Misiones y el Brasil, es completamente imposible navegar por la falta de calado y por los frecuentes saltos.

El Uruguay inferior tiene numerosos puertos, tanto en la ribera oriental como en la argentina.

El segundo sistema hidrográfico, ó sea el Central, lo forman cuatro ríos que parten del macizo montañoso de Córdoba, y son designados simplemente por su número de orden. El río Primero sale del valle de la Punilla y se extiende hacia el Sud con el nombre de río de San Antonio. Después se dirige hacia el Este hasta desembocar en la laguna de Mar Chiquita. Su curso es de 150 kilómetros. El río Segundo nace á unos 40 kilómetros del Primero y forma una línea paralela con él, yendo á perderse al fin, parte en Mar Chiquita y parte en pequeñas lagunas y charcas. El río Tercero surge á 60 kilómetros del Segundo, y al juntarse con el río Saladillo recibe el nombre de Carcarañá, corriendo al Noroeste para desembocar en el Paraná, un poco más arriba de la ciudad de Rosario.



REBAÑO SESTEANDO JUNTO AL RÍO

El Tercero es el único río del sistema Central que puede llamarse navegable. Las embarcaciones lo remontan desde el Paraná hasta el Saladillo, en la provincia de Córdoba. El río Cuarto, que nace como los anteriores en las montañas cordobesas, se dirige al



JUNTO AL POZO, EN LA PAMPA

Sudeste hasta la ciudad llamada Río Cuarto, y doblando luego al Este, se junta con el río Tercero en la aldea del Saladillo.

El río Quinto surge de la sierra de San Luis, y después de recorrer en distintas direcciones un espacio de 500 kilómetros, desaparece en un bajo situado en el grado 35 de latitud.

El sistema llamado de las Cordilleras, se compone de todas las corrientes fluviales que tienen sus fuentes en los Andes, perdiéndose la mayor parte en lagos y esteros, y llegando sólo unas pocas hasta el Paraná, como afluentes indirectos.

El río Grande de Jujuy es el principal en la provincia de este nombre. Nace en la meseta boliviana, atraviesa las provincias de Jujuy y Salta, y acaba por perderse en el valle de la sierra de Tumbaga, dando sus aguas al San Francisco.

El río Salado ó Juramento (llamado así porque el general Belgrano hizo jurar en sus riberas la bandera argentina á las tropas), se forma en los nevados de Acay y Cachi, provincia de Salta, y tiene un curso de 2.000 kilómetros sin salir del territorio nacional, pero variando de nombres hasta que desemboca en el Paraná.

El río San Francisco está formado por el río grande de Jujuy y el Lavallen, y va á confundirse, como ya hemos dicho, con el Bermejo en el punto denominado las Juntas.

Luego de estas corrientes de Jujuy y Salta, hay que mencionar los numerosos arroyos y ríos cortos de la provincia de Tucumán. Estos son cerca de 40 y forman el sistema hidrográfico más admirable de toda la Argentina. Muchas de estas corrientes, que caen de la montaña, forman el río Sali, el cual beneficia con sus acequias y canales las plantaciones de caña de azúcar de Tucumán, y va finalmente á desaguar en la laguna de los Porongos, situada en la provincia de Santiago del Estero.

El río más importante de esta provincia es el Salado ó Juramento, nacido en Salta, como ya dijimos, y que la cruza para penetrar en la de Santa Fe, donde tiene su desembocadura. En Santiago del Estero forma los dos grandes bañados de San Antonio y Paso Grande, y refresca extensos prados que dan sustento á mucha ganadería. Á lo largo de sus riberas abundan los bosques. Otro río es el Dulce, nacido igualmente en Salta. Al principio se llama río Chamorro, luego río Hondo, pero en la ciudad de Santiago del Estero toma el nombre de Dulce, en contraposición con el Salado. Este río es el mismo Sali de la provincia de Tucumán, y va á perderse, como ya se indicó, en la laguna de los Porongos. Sus riberas son boscosas y fecundas, y la horizontalidad del terreno favorece en épocas de lluvias y desbordamientos la formación de numerosos esteros que han dado su apellido á la provincia de Santiago.

En Catamarca no hay corrientes de agua considerables, y los arroyos y riachos son ab-

sorbidos por la irrigación. En La Rioja, el río Bermejo ó Vinchina es caudaloso en verano, durante el derretimiento de las nieves, pero muy pobre en los demás meses.

En la provincia de San Juan, el río de los Patos, ó de San Juan, tiene un curso de 500 kilómetros. Nace en la cordillera y se pierde en la laguna de Guanacache. El río Jachal, que le sigue en importancia, luego de recibir numerosos afluentes, desemboca en Zanjón. El riego consume casi todo el agua de los arroyos y riachos en esta provincia.

La de Mendoza tiene como ríos principales el Mendoza, Tunuyan, Diamante, Atuel, Malargue, El Grande y Barranca, además de numerosos arroyos. Todas estas aguas las utiliza la hermosa red de canales que da fertilidad á los campos mendocinos.

En el sistema hidrográfico de la Pampa, el río más importante es el Salado, que tiene una extensión de 300 kilómetros. Este curso insignificante, si se le compara con el de los grandes ríos del Norte y del Sur, resulta considerable en la provincia de Buenos Aires, donde la Naturaleza ha derrochado sus fuerzas en la fertilidad del suelo, mostrándose mezquina y pobre en la magnitud de ríos, lagos y montañas.

El Salado nace de las lagunas de Chañar y Cómez, cruza la provincia de Buenos Aires de Oeste á Este y se une al río de la Plata en la ensenada de San Borombón, luego de recibir numerosos afluentes. Si los ríos y arroyos del sistema de la Pampa resultan de una importancia secundaria, en cambio son numerosísimos. Pueden mencionarse, á la cabeza de éstos, el Riachuelo, que pasa por el Sud de la ciudad de Buenos Aires; el Arrecifes, que desemboca en el Paraná, junto á la ciudad de Baradero; el Areco, el Luján, el Pavón, famoso por la batalla que dió término al divorcio de Buenos Aires y el resto de la Argentina; el Quepen Grande, nacido en la sierra de Tapalqué y que desemboca en el Atlántico; el Tres Arroyos, el Sauce Grande, el Sauce Chico y el Napostá, todos ellos igualmente tributarios directos del Océano.



ORILLAS DEL PILCOMAYO

En el sistema patagónico hay ríos de gran importancia, nacidos todos ellos en la vertiente de los Andes. Los principales son: el Colorado, el Neuquén, el Limay, el Negro, el Chubut, el Deseado, el Santa Cruz y el Gallegos.

El río Colorado nace de la unión del río Grande (300 kilómetros de curso), y el río Barrancas (100 kilómetros). El Colorado corre hacia el Sudeste con una anchura de 90 á 170 metros, sirviendo de límite primeramente entre la provincia de Mendoza y el territorio del Neuquén, y luego entre las gobernaciones de la Pampa y Río Negro. Al final penetra en el extre-



ATRAVESANDO UN AFLUENTE DEL RÍO COLORADO

mo Sud de la provincia de Buenos Aires, y se arroja en el Atlántico por dos bocas distintas que dan á las bahías de Todos los Santos y de la Unión. En el curso del río hay varias islas, por dividirse la corriente en brazos, y estas islas son la Larga, la de Gamas, la Borda y la Uristi, además de una península que se titula de los Jabalíes. El Colorado sólo es navegable en algunas de sus secciones y por barcas chatas de escaso calado.

El Neuquén y el Limay forman con su fusión el río Negro. El Neuquén, á su vez, está alimentado por un gran número de pequeños ríos y arroyos que descienden de la cordillera de los Andes. De estos afluentes, los principales son el Cari-Leuvú, el Pichi-Neuquén y el Agrio. El Neuquén corre describiendo una gran curva hacia el Norte, hasta que se junta con el Limay para formar el río Negro.

El Limay nace en el gran lago de Nahuel-Huapi. Sus principales afluentes son el Collón-Curá y el Pichi-Leuvú. En el paralelo 39 y el meridiano 68 se une con el Neuquén, un poco más abajo de la ciudad de este nombre. El Limay ofrece la particularidad de correr en todo su curso con una dirección Nordeste, á la inversa de casi todos los ríos del sistema patagónico.

El río Negro, alimentado por el Neuquén y el Limay, sale de la confluencia de estos dos con dirección Sudeste y va á desembocar en el Atlántico, unos 30 kilómetros más abajo de la población de Viedma, capital del territorio de Río Negro. En algunos sitios tiene este río 380 metros de ancho y es navegable en todo el curso. Existen en su cauce tres islas extensas y fértiles: la de



ORILLAS DEL PILCOMAYO

Choele-Choel, la de Tilhué, y la de las Ánimas, cerca de la embocadura. El río Negro, que es por su caudal é importancia el cuarto río de la República Argentina, no fué conocido y explorado hasta el siglo XVIII. El piloto español Villarino, hombre de grandes méritos, fué el primero que en 1772 remontó su curso, haciendo valiosas observaciones.

Se asemeja el río Negro al Nilo en muchas particularidades. Eminentes hidrógrafos que estudiaron primeramente el gran río de África y luego el río Negro, han dejado libros en los que se hace resaltar esta semejanza, sacando consecuencias, todas favorables á la superioridad del río argentino sobre el egipcio. El valle de Río Negro, que recuerda el del Nilo, tiene de 10 á 12 kilómetros de anchura. Este valle ofrece una fertilidad maravillosa cuando lo fecundiza la irrigación. El río Negro, aunque carece de saltos, es de rápido curso, y esto hace que la corriente sea violenta, dificultando un poco la navegación de los buques, aguas arriba. Una embarcación de pocos pies de calado y buena máquina es apta para remontar el río cómodamente, en todo tiempo, hasta la isla de Choele-Choel. De aquí puede avanzar con más cuidado, á causa de los bajos, hasta la confluencia, y seguir por el Limay llegando al sitio donde se une éste con el Collón-Curá. Las aguas del río Negro no tienen nada de obscuras; antes bien son claras y límpidas, con un ligero sabor de zarzaparrilla que las hace muy apreciadas de los naturales y que es producto de las plantas de sus riberas. El título de Negro dícese que se lo dieron los indios por las penalidades que sufrían al remontar á remo su veloz corriente.

El río Chubut serpentea al Sud del río Negro por la extensa gobernación que lleva su mismo nombre. Nace en la Cordillera, en la falda oriental del Corcovado y corre con dirección de Oeste á Este hasta desembocar en el Atlántico, siguiendo un cauce de 15 metros de ancho por 2 de profundidad. En su margen derecha recibe la afluencia del río Chico, que nace en el lago Mumsters. Este lago, á su vez, está en comunicación con el lago Colhué, al que va á morir el río Senger, de una profundidad de metro y medio, y el Senger nace en el lago Fontana, situado en el límite entre Argentina y Chile. De lo que resulta que el Senger es también un afluente del Chubut. La desembocadura del río Chubut se halla cerca del pueblo Rawson, el más importante de dicho territorio. Al confundirse con el mar, el Chubut tiene 70 metros de ancho por sólo 60 centímetros de profundidad, pero en la marea alta llega su fondo á 7 metros y los efectos de tal crecimiento se experimentan hasta 8 kilómetros aguas arriba. Esta oportunidad la aprovechan los buques de algún calado para penetrar en el río, quedándose casi en seco si no se retiran antes de que retroceda la marea.

El territorio de Santa Cruz es más opulento en ríos que el del Chubut, pues tiene el Deseado, el Chico, el Santa Cruz, el Coyle, el Belgrano y el Gallegos, nacidos todos en los Andes y con rumbo directo al Este para lanzarse en el Atlántico.

El Deseado nace en el lago Buenos Aires, ó sea en la precordillera, recorre 400 kilómetros y al llegar al Océano forma el Puerto Deseado. El Chico recibe las aguas del río Chalia y tiene sus riberas cubiertas de una rica vegetación, con magníficos pastos para el ganado y tierras de gran utilidad agrícola.

El Santa Cruz es un río caudaloso, el más importante de esta región. Su cauce tiene 300 metros de ancho y de 6 á 8 de profundidad. Esto no es de extrañar, pues lo alimentan directamente el lago Argentino, que es casi un mar, é indirectamente los lagos Misterioso, San Martín y Viedma, que se comunican con aquél. Al desembocar el Santa Cruz en el Atlántico, uniéndose con el río Belgrano, forma la magnífica bahía de Santa Cruz.

El río Coyle nace en el monte Stokes y desemboca en el Océano entre Punta Norte y Cala Coy. El río Gallegos parte del Seno de Última Esperanza, región que fué objeto de

grandes debates cuando se discutía la cuestión de límites entre Argentina y Chile. Numerosos arroyos son sus afluentes, y al llegar al mar forma el hermoso puerto Gallegos. En su parte inferior, es este río de una anchura regular, con pequeños islotes y colinas de permanente y fresca vegetación. Resulta navegable una parte del año para embarcaciones muy sólidas y de escaso calado. Su valle es fértil y mantiene mucha ganadería.

El río Belgrano nace en el cerro del mismo nombre, recibe las aguas del río Chalia, salido del lago Viedma, así como de varios afluentes que proceden del lago Misterioso y de los montes Alvarez y Chalten, y al llegar al Atlántico se junta con el río Santa Cruz, como ya se dijo.

En la Tierra del Fuego abundan las corrientes de agua, producto del deshielo, pero sólo hay una que merezca mencionarse: el río Pellegrini, llamado también Grande, que nace en la cordillera central de la isla y desemboca en el Océano, al Norte de Cabo Peñas, después de haber formado algunas islas. Tiene una anchura variable, que algunas veces llega á 100 metros, y su profundidad es de dos metros como término medio.

III

LA RAZA

Cuéntase que al visitar Buenos Aires un hombre político de los Estados Unidos, que andaba de viaje por las Repúblicas sud-americanas, la muchedumbre, entusiasta, le hizo asomarse á un balcón de la Casa de Gobierno para saludarlo con aplausos y vítores.

El yanqui paseó su mirada, primero con curiosidad, luego con asombro, por la inmensa muchedumbre aglomerada en la plaza de Mayo:

— ¡Y todos son blancos! . . .

Esto fué lo único que dijo. La frase del ilustre viajero, de no ser cierta, merece serlo. Todos los que llegan á la Argentina desde el viejo mundo, por enterados que estén de la organización, razas y costumbres de la República del Plata, experimentan una extrañeza casi igual á la del yanque. ¡Todos blancos! . . .

En Europa sufrimos una grave enfermedad intelectual. Sabemos muchas cosas, pero entre tanto como sabemos apenas si figura la Geografía. A la general ignorancia geográfica únense las preocupaciones tradicionales que se apoderan de nosotros desde los primeros años y pesan con indestructible obsesión sobre los conocimientos adquiridos en la escuela.

Europa sabe tan poco de Geografía étnica y social, que hasta se desconoce á sí misma, y dentro del mismo continente circulan como verdades indiscutibles las más absurdas creencias sobre los pueblos que constituyen su conjunto.

Existe una Geografía *pintoresca* y caprichosa, en la que todos creemos más ó menos. Cuando nos hablan de un país, la primera visión que surge espontáneamente en nuestra mente, nos la proporciona esta Geografía extravagante, teniendo luego que acudir á la reflexión y al recuerdo de pasadas lecturas para modificar el juicio.

Según esa ciencia geográfica, indiscutida é infalible en las aulas de la calle y en las tertulias de los cafés, el español es un individuo negruzco, arrugado y seco como Don Quijote, incapaz de trabajo alguno, con la navaja en el cinto, aficionado á pasar el día lidiando toros y asistiendo á procesiones, y que no se acuesta contento si no ha dado unas cuantas vueltas

al compás de las guitarras, con gesto grave y hosco, repiqueteando unas castañuelas. El francés, según la misma versión geográfica, es un señor alegre, de faz rubicunda, enemigo de la formalidad, de una moral acomodaticia, que pasa el tiempo en la amable compañía de una botella empolvada, ó corriendo tras unas faldas; el italiano, pálido y melenudo, lleva á cuestas un arpa y se alimenta invariablemente de pastas con queso; el inglés, siempre rubio, con unos dientes agudos, amarillentos y el traje á grandes cuadros, se halla ebrio hasta el punto de no poderse tener en pie así que suenan las ocho de la noche; el alemán, obeso, de barba blonda, chupa á todas horas su pipa como si fuese un biberón, y permanece silencioso ante un vaso, grande como una torre, sudando cerveza por todos los poros... Y así continúa el desfile imaginativo de los pueblos del viejo continente. Claro está que cada europeo reniega de la imagen de su propia raza y grita contra el absurdo, llamando imbéciles é ignorantes á los que la inventaron; pero esto no le impide seguir creyendo á ciegas, con egoísta complacencia, en la verdad de todo lo que se refiere á los otros países.

La América del Sud tiene igualmente su encasillado en esta Geografía fantástica. En Europa se habla casi siempre de América en conjunto, sin distinguir nacionalidades. Cuando más, se hace una separación entre América del Norte y del Sud. Y la América del Sud evoca siempre las mismas visiones: bosques de bananeros, sobre los que revolotean loros, colibrís y pájaros moscas; un calor de horno; hamacas tendidas entre dos palmeras, en cuya panza de red dormitan bellas señoras, muy pálidas, envueltas apenas en diáfano batón y mecidas por una cuarterona que las abanica con un palmito de plumajes; señores vestidos de blanco, con anchos sombreros de Panamá y el machete al cinto; y negros... ¡muchos negros!

La América del Sud no pueden los europeos imaginársela sin el negro. Yo mismo, que antes de llegar á la Argentina había estudiado en los libros la composición étnica de esta República, sabía que los más de sus ciudadanos eran blancos, pero no por esto dejaba de participar de la general preocupación. Los blancos eran los más: de acuerdo; pero no por esto dejaría de haber negros. No encontrar negros en una nación sud-americana: ¿cómo podía ser esto?...

Mi asombro fué parecido al del personaje norteamericano, al ver la muchedumbre en las calles de Buenos Aires, pues casi exclamé como él: «¡Y todos son blancos!»...

Después de recorrer el país, puedo afirmar que Argentina carece de negros. Pero no... me equivoco. Sí que los tiene. En Buenos Aires he contado hasta seis ú ocho, que son hujieres del Congreso de Diputados. Los legisladores argentinos y algunos ministerios se pagan el capricho de tener á su servicio los únicos negros de la República. Estos individuos, cuya faz obscura resalta decorativamente sobre la levita galoneada de oro, y cierto negro mendigo procedente de una isla portuguesa, muy popular en la ciudad de Corrientes, son los únicos individuos de raza africana que he encontrado en la República del Plata.

En España se ven más negros que en Argentina, pues hay algunos procedentes de la última guerra antillana. En las calles de París y Londres se encuentran muchas caras de ébano barnizado que á nadie llaman la atención. En cambio, yo he visto en la Avenida de Mayo de Buenos Aires grupos de chicuelos y de mayores, con la boca abierta por la curiosidad, detrás de unos negrazos africanos que acababan de desembarcar.

La raza blanca, en su mayor pureza, domina las provincias del litoral argentino. Estas son asiento de la inmigración desde hace años, y se ven nutridas incesantemente por nuevas remesas humanas que llegan de Europa. En las provincias del interior, el tipo es menos puro: el blanco tiene mezcla de una sangre que no es la caucásica, pero no por esto, en los más de los casos, participa de la africana.

Argentina, Chile y Uruguay son los tres países de América del Sud que menos rastro

guardan del paso del negro por su suelo. La superioridad étnica de los habitantes, ayudada por las condiciones climatológicas, ha repelido la invasión africana, tan nociva para otros pueblos de América.

Tres razas contribuyeron á la formación del actual pueblo argentino: la blanca, que predomina en todo el litoral; la indígena, que apenas se conserva pura en ninguna parte del país, pero tiene numerosa representación en las provincias del interior, con las familias mestizas; y la raza africana ó negra, que sólo ha vivido un siglo en el suelo de la República, sin dejar otro rastro que el de los cruzamientos.



UNA CHIRIGUANA

Los primeros negros se importaron en 1702 por los comerciantes de Buenos Aires. La Asamblea Constituyente de 1813 decretó la libertad de vientres, declarando libres á todos los nuevos hijos de los esclavos. En 1825, al proclamarse internacionalmente la abolición de la esclavitud, ya no llegaron más negros al Río de la Plata, y los que existían, faltos del sostén de nuevas inmigraciones, se fueron disolviendo en la masa del país, hasta desaparecer como representación pura de la sangre africana.

La raza india tiene gran importancia en el pasado etnográfico de la República. Es á modo del solar sobre el cual han edificado los blancos la actual nación argentina.

Cuando los conquistadores españoles se esparcieron por los territorios llamados luego Virreinato del Plata, las primitivas razas ó tribus que poblaban estos países eran: los Querandíes y Charrúas, al Este; los Quichúas, que ocupaban el Norte y el Centro, hasta las tierras que forman actualmente las provincias de Córdoba y Mendoza; y los Araucanos, en la Patagonia y las dos vertientes de los Andes. Todos estos pueblos, de un carácter indomable y belicosas costumbres, vivían diseminados por el territorio, llevando una existencia nómada, con frecuentes guerras entre ellos, y no habían alcanzado mayor cultura que la de los grupos humanos, libertados de la primitiva animalidad, pero esclavos todavía de la barbarie.

Los Guaraníes, pueblo de costumbres más dulces, vivían en lo que es hoy provincia de Corrientes y territorio de Misiones, y los Minuanes poblaban la provincia de Entre Ríos. En la ribera derecha del Paraná y el Plata (lo que es hoy provincia de Santa Fe y de Buenos Aires), acampaban los Chanás y Timbúes, y en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires la tribu de los Querandíes. En los valles de los Andes, al Noroeste, estaban los Calchaquíes, con una civilización rudimentaria, pero interesante, reflejo sin duda de la incásica del Perú. Los Quichúas, ya mencionados, dejaron tan honda huella en la actual provincia de Santiago del Estero, que todavía conservan actualmente muchos de sus habitantes, como venerable tradición, el uso de la lengua quichúa. En las pampas, al Oeste de Buenos Aires, vivían los indios Ranqueles y los Pehuenches, gente guerrera, aficionada al robo de ganados, y en las márgenes del río Negro los Puelches y los Tehuelches, no menos belicosos y temibles que los anteriores. Una tribu de

Calchaquíes, llamada de los Quilmes, se hizo también famosa por su carácter belicoso é indomable, hasta el punto de que la autoridad española tuvo que deportarla en 1670, desde la provincia de Salta á un lugar á 20 kilómetros de Buenos Aires, dando así origen al actual pueblo de Quilmes.

En el Chaco, junto á las riberas del Bermejo y el Pilcomayo, vivían los Abipones, los Mocovies, los Tobas, los Mataguanos, Matacos, Chiriguanos y otras agrupaciones indígenas.

Estas tribus todavía existen hoy, aisladas y en toda su pureza, lo mismo que en tiempos de la colonización española. Ha disminuído su número indudablemente, pues el contacto con una civilización superior diezma á los pueblos primitivos; pero dentro de su actual decadencia siguen conservándose aparte, con escasos cruzamientos. Algunos indios que por entrar á servir en el ejército argentino aprenden el castellano y se habitúan á las costumbres higiénicas, cuando vuelven á sus tribus se ven elevados á la calidad superior de intérpretes ó *lenguarazes*, siendo los únicos que introducen algo de la vida moderna en los usos de sus hermanos de raza.

Las tribus del Norte de la Argentina se mantienen aún en esta forma primitiva, porque el terreno que ocupan se halla muy lejos del centro civilizador de Buenos Aires, de donde parten todas las ondulaciones de cultura nacional. Además, han molestado poco á los blancos en su obra de colonización, limitándose á contemplarla desde lejos ó á ofrecerla sus brazos como peones, para las faenas que no le es posible realizar al hombre de origen europeo, por escasez de número y por los rigores de la temperatura.

Todos los indígenas de la Argentina primitiva pueden ser comprendidos en dos grupos, haciendo caso omiso de tribus y razas: el indio de á pie y el indio de á caballo.



TRABAJADORES INDIOS DE UN INGENIO DEL NORTE

El indio jinete, el indio de la llanura, ha sido el peligroso demonio de cobre que ha dificultado y retardado la obra de la civilización. Este indio, nómada por las condiciones de la pampa, y aficionado á buscar el sustento en su inmensidad con la rapiña y la guerra, el día que vió cruzar la llanura á un animal desconocido, veloz y gallardo, con las narices ensanchadas por una respiración de fuego, las crines sueltas, el anca brillante de sudor, y pudo copiar de los españoles el arte de domarlo y montarlo, torció bruscamente su destino.



UN DUEÑO DE INGENIO HABLANDO Á LOS PEONES

De seguir á pie, tal vez hubiera acabado por abrir surcos en la tierra y ser un tranquilo agricultor, como otros pueblos primitivos; pero al verse sobre el caballo, devorando leguas y leguas, como señor de la inmensidad, ya no quiso descender de él. Sus piernas se adhirieron para siempre á los sudorosos flancos: el caballo fué como un nuevo miembro de su organismo: nada en la vida tendría fuerza suficiente para despegarlos: sólo la muerte podría echarle abajo de la silla. Y su bastón de caminante ó el corto dardo arrojadizo se prolongó muchos palmos, convirtiéndose en lanza. El indio cazador, habituado á las largas esperas, se hizo caballista y ladrón: en vez de las labores sedentarias del cultivo ó el apacentamiento, prefirió galopar para aprovecharse del trabajo y las reses de los demás; y las nuevas ciudades vivieron aisladas y cerradas como islas en mitad del Océano por miedo al oleaje de los *malones* de indígenas; la vida se estancó durante siglos, y los campos que hoy dan sustento á la Argentina y á una parte del mundo, continuaron siendo eriales bajo los peludos cascos del caballejo que montaba el Atila cobrizo.

Era forzoso para la República morir ó matar al indio de á caballo. Imposible la existencia en el mismo suelo del jinete blanco, de amplio poncho y calzones bombachos, y el jinete bronceado, de recia musculatura chorreando grasa, el rostro juanetudo contraído por una mueca de codicia, los ojos hundidos, brillando con una ferocidad implacable, y las guedejas lacias flotantes en torno de la *guincha* que era su diadema.

La verdadera gloria del país argentino empieza el día en que acabó para siempre con el indio de á caballo. Entonces fué posible la agricultura, la ganadería cerrada y el avance de la raza blanca hasta las fronteras de la nación, ensanchándose las ciudades y apareciendo nuevos



EL AUTOR EN UNA TOLDERÍA DE INDIOS MATACOS

pueblos con una rapidez mágica, como si surgiesen de las entrañas de la tierra en el corto espacio de la mañana á la noche.

Todos los gobernantes del país presintieron dónde estaba el verdadero peligro para su desarrollo; el poder infernal que mantenía la tierra infecunda y desierta. Los Adelantados y Virreyes españoles, faltos de combatientes y de dinero, hicieron cuanto pudieron para cortar el paso á esta calamidad, levantando fortines y valiéndose del inocente procedimiento de aislar la tierra civilizada con anchos zanjones. El tirano Rosas, más bárbaro en sus procedimientos que los mismos indios, á pesar de que muchas veces se había apoyado en las tribus como dóciles auxiliares de sus empresas políticas, marchó contra ellas, comprendiendo su incompatibilidad con la joven República. Todos los Gobiernos reconocieron que era imposible el desarrollo de la nación mientras esta nube de langosta humana infestase las llanuras, hasta que el general Roca, con su campaña del Desierto, dió á la Argentina 15.000 leguas que no eran suyas realmente, aunque apareciesen en el mapa como sometidas á su soberanía; 15.000 leguas que habían sido hasta entonces como una reserva de barbarie que en determinados momentos se volcaba sobre el país, destruyendo la obra lenta de los civilizados. Sólo después de esta enérgica operación de limpieza, que dió por resultado la desaparición del indio, fué posible el alambrado de los campos, la seguridad y multiplicación de los rebaños, la vida aislada del colono en las soledades, y el ferrocarril, que incorporó á la vida de la producción tierras misteriosas y olvidadas.



INDIOS TOBAS EN UN INGENIO

El indio de á pie, el indio de los territorios del Norte, no ha conocido el caballo, y por lo mismo ha hecho poco la guerra. Ha sido cazador y pescador, y allí donde la selva ó la orilla de los ríos le ha ofrecido nu rincón despejado y libre para la agricultura, ha plantado con la punta endurecida de su palo el maíz ó la mandíoca. Este indio

es refractario á la vida moderna, pues aún constituye numerosas agrupaciones que persisten en las costumbres primitivas, pero jamás ha puesto en peligro los avances de la civilización, ni ha presentado un obstáculo importante á las conquistas del blanco. Es más: á pesar de su actual barbarie, la industria argentina lo atrae, y lo tiene ahora á su servicio. En los ingenios de azúcar de las provincias de Jujuy y Salta, en los quebrachales del Chaco y en otras explotaciones de los territorios del Norte, el indio libre, en estado casi salvaje, presta sus servicios como peón durante cierta parte del año.

La existencia de estas tribus medio bárbaras y medio civilizadas, trashumantes, sin hogar y sin patria, es igual á la de los gitanos y zíngaros que aún vagan como un recuerdo de remotos siglos por las naciones más adelantadas de Europa.



PAISAJE DEL CHACO

Cuando llega la época de la zafra, ó sea de la recolección de la caña de azúcar, grandes bandas de indios bajan á los ingenios del Norte, como una invasión pacífica, desde las márgenes más remotas del Bermejo y el Pilcomayo.

Son tribus enteras de Tobas, Matacos, Chiriguanos y Chunapis, que todos los años vienen á ponerse en contacto con la civilización durante unos meses, y luego vuelven á las nativas florestas sin experimentar nostalgia por lo que dejan á su espalda. Á la cabeza marchan los jefes, con el rostro pintarrajeado de blanco y amarillo, ostentando orgullosos un viejo sombrero trocado por unas flechas ó una chaquetilla de soldado cuyos botones corruscantes despiertan la admiración y la envidia de las mujeres de la tribu. Tras ellos vienen los hombres, disfrazados con mugrientas casacas que dejan al descubierto, por la delantera entreabierta, el abdomen de bronce pulido y sudoroso. Algunos ostentan rojos pantalones, que fueron de un jinete del ejército ó de la policía, y se admiran á sí mismos por esta elegancia, que resalta soberbia entre los andrajos y mantas obscuras de los compañeros.

Las mujeres marchan á la zaga, cargadas como bestias, sosteniendo en la encorvada espalda enormes paquetes, por cuyas aberturas asoman vasijas de cocina y cabezas de niños. Junto á los hombres, que no llevan otra impedimenta que la lanza ó el arco, caminan las jóvenes, envueltas como estatuas antiguas en trapos de flotantes pliegues. Son amorosas de gruesos labios, apenas entradas en la edad adulta, con el rostro de una fealdad diabólica, y el cuerpo gentil, de elegantes curvas. Su pecho es saliente y empinado; la grupa firme y rítmica al compás del paso. La esbeltez característica de las razas inferiores, resultado tal vez de una existencia libre y errante, da á estas figuras el aspecto de Tanagras de viviente cobre.



UNA BELLEZA TOBA

Algunos ingenios llegan á reunir en la época de la zafra cinco mil indios, acampados en diversas tolderías, á los que es necesario mantener aparte para que no choquen y se exterminen por odios de familia y de tribu. Indios civilizados que hablan el castellano por haber servido en el ejército y guardan relación con sus antiguos hermanos, van en busca de las tribus á las regiones más lejanas del Chaco y las contratan para los trabajos de la siega, volviendo al frente de ellas como *lenguas* ó intérpretes.

Grupos de indígenas que llevan siglos de odio y de guerra en sus territorios, manteniéndose alejados unos de otros en el suelo natal, tienen que convivir en los cañaverales del ingenio. Los dueños de éste procuran hacerlos acampar á cierta distancia y vigilan para que no se encuentren en el curso de los trabajos. El indio respeta y obedece al blanco, señor del rifle, porque está en sus tierras, y porque sabe manejar el arma retumbante que mata como el rayo; pero apenas se tropieza con otro indio de una agrupación enemiga, empuña la lanza y se despoja de los harapos para combatir desnudo, sin otra defensa que una coracilla sobre el pecho, de fibras trenzadas.

INDIAS CHIRIGUANAS

Estas tribus vienen de muy lejos. Los lenguas, al traducir las palabras de los jefes, hablan de cuarenta y de cincuenta soles que nacen y se ponen en el curso de la marcha. Los dueños de los ingenios, á la ida y á la vuelta de las muchedumbres trashumantes, escalonan á lo largo del camino grupos de reses en las llanuras desiertas, que las sirven de alimento.

El viaje de regreso exige precauciones para que los indios no se peleen y la excursión al ingenio acabe en paz. Primeramente, emprenden la marcha los más pacíficos, y hasta quince días después no se da licencia á las tribus belicosas. De salir éstas antes, esperarían en el camino á los otros indígenas para saciar sus odios tradicionales y robarles de paso lo ganado en la zafra.

Yo quise comprar á una tribu de indios, acampada en un cañaveral de azúcar, algunos arcos y flechas.

— El jefe dice que no puede ser — contestó el lengua con su acento cantante, cerrando los ojos para dar más solemnidad á sus palabras. — Ha venido usted tarde.

Insistí en la petición, llegando á ofrecer mis polainas al jefe; unas polainas inglesas que arrancaban exclamaciones de admiración y codicia al respetable indio.

— No es posible — continuó el lengua. — El jefe dice que sus hombres han vendido muchas flechas y sólo les quedan las que usted pide. . . ¿Cómo podrán volver á su país sin armas?

Los adornos más extraños y bárbaros figuran en estos rostros cobrizos: rayas circulares de colores en torno de los ojos y la boca; botones que atraviesan el labio inferior, dándole una hinchada pesadez, ó que perforan carrillos y narices, formando dibujos jeroglíficos;



DONCELLA MATACA



INDIOS CHUNAPIS

pendientes de plomo que prolongan las orejas, haciendo llegar el lóbulo cerca del hombro. Estos adornos sirven para diferenciar unas tribus de otras. Los Chunapis, más elegantes, con faldamentas de colores, pañuelos arrollados á la cabeza á modo femenil y gruesos pendientes de metal blanco, desorientan al observador, haciéndole creer á primera vista que son mujeres.

Las hembras de las distintas tribus ofrecen también grandes diferencias. Unas son de horrible fealdad é insoportable hediondez; otras presentan alguna gracia, dentro de su decadencia física y guardan por tradición ciertas costumbres de higiene. Las Chiriguanas se bañan siempre que se les ofrece oportunidad: sus tolderías las establecen con preferencia cerca de los arroyos, y durante las marchas, cuando siguen el borde de una corriente de agua, penetran en ella inmediatamente.

El viajero que conoce los grandes progresos de la República, que ha vivido en Buenos Aires, segunda capital latina y tal vez sexta metrópoli del mundo, no puede menos de sonreir ante los contrastes que ofrece este animoso pueblo, todavía en formación. El mismo suelo argentino mantiene la capital federal con sus hermosos edificios y sus numerosas vías férreas, y estas tolderías de cañas secas, donde se amontona una humanidad primitiva, falta de escrúpulos, inocente y colérica, como si no hubiera salido aún de la edad infantil. La bandera azul y blanca cubre por igual todo el territorio.

Pero no vaya á imaginarse el lector extranjero que los indios de la Argentina representan una fuerza en la vida del país. La inmensa mayoría de los argentinos, ni los conocen ni los han visto nunca. Las tribus bajan de los más lejanos territorios del Norte para trabajar en los ingenios, y así que termina la recolección desaparecen. En Buenos Aires y en las provincias centrales se sabe vagamente que dentro del territorio nacional existen indios en estado primitivo. De vez en cuando, á título de curiosidad «pintoresca», las revistas ilustradas de la capital publican grabados representando costumbres y tipos de las tribus, y el público bonaerense se entera de ello como si le hablasen de Taiti ó de Nueva Zelanda. El noventa por ciento de los argentinos no han visto jamás un indio. Para conocerlos hay que ir en su busca, y viven muy lejos, en los remotos confines de una nación inmensa. Además, el argentino no siente interés por ellos: antes al contrario, se enfada, y no le falta razón, contra los viajeros artistas que, llevados de sus predilecciones por lo exótico, se deleitan en detallar la fisonomía y los usos de estos restos de humanidad primitiva. Cada vez que un libro ó un periódico, al hablar de la República del Plata, menciona con alguna prolijidad á los indios que aún existen en su territorio, el buen argentino, orgulloso de los progresos de su patria, muéstrase indignado.

— ¡Pero van á creer que aquí todos somos indios! — exclama. — Europa, que nos conoce tan mal, va á persistir en sus errores al ver estas cosas . . . Que hablen de nuestro Buenos Aires, de las ciudades de provincias, de nuestra ganadería y nuestros trigales. Eso vale la pena . . . ¡Los indios! ¡Pura fantasía de los artistas que gustan de cosas raras, y cuando no las hallan las inventan! . . . ¿Pero es que aún quedan indios?

Sí: hay indios todavía en estado casi salvaje dentro del territorio argentino. Pero este territorio es tan enorme y su progreso tan vertiginoso, que nada tiene de extraño que existan entre sus límites estos violentos contrastes de civilización y barbarie, característicos de un país en formación. Así como la bandera argentina guarda debajo de sus pliegues al naranjo y al líquen glacial, y en la atmósfera en que ondea viven igualmente el loro y el pinguino, dentro del mismo territorio puede existir el ciudadano bonaerense, culto y mundial, que todas las mañanas se entera por el cable de lo que ha ocurrido en París, Londres ó San Petersburgo, y el Chiriguano ó el Toba, que cifran sus anhelos en colocarse un botón más en la cara ó estirar algunos centímetros el cartílago horadado de sus orejas, con un pendiente de media libra.

Repito que el indio no tiene más importancia en Argentina que el gitano vagabundo que recorre el centro de Europa y acampa con sus mujeres y chiquillos en cualquiera feria de los alrededores de París. Tal vez juntos todos los indios, en estado de tribu, que viven al Norte de la Argentina, fuera de la vida civil, no pasen de 30.000, y en vez de aumentar decrecen. ¡Y qué significan 30.000 indios, llevando una existencia de vagabundaje, casi aislados de los seis millones de hombres modernos que pueblan la nación argentina! . . .

El indio del Norte existe aún porque se sometió al blanco y no ha intentado oponerse á sus empresas. Los que vagan independientes por las soledades del Chaco, fraternizan con el cortador de árboles, que avanza selva adentro para derribar el quebracho, del que extrae el tanino y aprovechar su madera, dura como el acero.

Los que se sometieron hace siglos á la vida civilizada, son de una mansedumbre sin límites. En Corrientes y en Misiones pasaron por las manos del jesuíta, deseoso de instaurar una gran República teocrática. El indígena, reformado en este molde de sumisión, es tímido y crédulo como un niño.

Yo he visto en una estancia correntina, llegar por las mañanas los peones, grandotes y forzudos, sombrero en mano, antes de empezar su trabajo.

— ¡La bendición, patrón! — imploraban humildemente al ver al dueño de la tierra, como sus abuelos lo habían hecho ante el jesuíta dominador.

— ¡Dios os haga unos santos! — contestaba el patrón, gran amigo mío, conteniendo la risa por mi asombro.

Y bendecía estas cabezas reverentes, encogiéndose de hombros cuando los peones se alejaban hacia el trabajo, reconfortados por la ceremonia matinal.



Á LA HORA DE COBRANZA EN UN INGENIO

Si el indio del Norte, en vez

de mantenerse aislado y pacífico en las selvas, ó de incorporarse á la vida de las ciudades, se hubiera mostrado belicoso é irreductible como el jinete patagón, hace tiempo que no existiría. Un país grande y progresivo como el argentino tiene el deber de defenderse, suprimiendo todo lo que se oponga á sus adelantos.



UNA TRIBU FORMADA EN UN INGENIO

No por esto hay que afirmar rotundamente que en los territorios extremos del Norte argentino el indígena no constituye un peligro. De vez en cuando hablan los periódicos de incursiones de indios en el Chaco y en Formosa que ponen en peligro la vida y bienes de los colonos establecidos en estos territorios. El Gobierno mantiene una línea de fortines y puestos militares en el límite fronterizo, y la caballería vivaquea en las selvas vigilando de cerca á los grupos indígenas para evitar robos de ganados.

No son los indios establecidos permanentemente en tierra argentina los peligrosos, sino sus hermanos que viven á pocas leguas de ellos, al otro lado del Pilcomayo, en el Chaco paraguayo ó el de Bolivia. Especialmente el indio boliviano, es un peligro para los territorios del Norte argentino. Al Sud y al Oeste de la República, la colaboración de Chile, nación adelantada y enérgica, y la vecindad del mar, hicieron posible la definitiva conquista y pacificación de los territorios dominados por el indio. Una vez sometido éste, no pudo rehacerse ni encontró auxiliares. Pero al Norte se halla Bolivia con 300.000 indígenas en estado salvaje, y esta vecindad hace imprescindible una gran vigilancia y el mantenimiento en la frontera de puestos militares.

El indio argentino no es salvaje. Aun los que siguen llevando una vida errante, lejos de los centros de civilización, han aprendido el camino para ir todos los años en busca de la industria moderna, á la que sirven como económicos auxiliares. Pero estos indios son Tobas, Chiriguanos, Matacos, etc., y de igual raza, tribu y nombre son los salvajes que viven al otro lado de las fronteras, en territorio extranjero. De aquí la confusión y el atribuir muchas veces á los indios del país las bárbaras hazañas de indígenas que no son argentinos.

También se presta á tal confusión el nombre de Chaco, que es, á la vez, el de una gobernación política argentina y el de un gran territorio repartido actualmente entre tres naciones. El antiguo Chaco de los tiempos de la dominación española, pertenece hoy á la Argentina, Paraguay y Bolivia. El indio ignora los repartos internacionales, obra de los blancos, y desconoce las fronteras. Las tribus nómadas, al vagar por este inmenso territorio situado en las entrañas del continente, no se percatan de cuándo pasan de un Estado á otro. Los hombres civi-

lizados tampoco tienen muy en cuenta la división internacional, y muchas veces, cuando los indios belicosos del Chaco boliviano ó paraguayo asesinan á un explorador en Estero Patiño, creen de buena fe que esto acaba de ocurrir en territorio de la Argentina, en la gobernación del Chaco, que es hoy un país civilizado, con industrias nacientes, y donde el indio se convierte en maquinista ú obrero mecánico.

Puede afirmarse que en toda la Argentina, ni al Norte ni al Sur, quedan indios salvajes. Es más: muchos indígenas que se han dejado arrastrar totalmente por la vida moderna, son hábiles obreros, y asombran por la facilidad con que se asimilan toda clase de conocimientos.

Nada indica que sientan nostalgia por la existencia de sus mayores; antes bien, se han compenetrado de tal modo con su nueva situación, que algunos de ellos, con la altivez guerreadora de los antiguos araucanos, hablan de reivindicaciones sociales y de lucha de clases.

Es esta una de las sorpresas que ofrece la Argentina, país de rápidas mutaciones y vertiginosos progresos.

Los padres, semidesnudos, montando caballejos de sucio pelaje y con plumas sobre la *guincha* de la cabellera, todavía galoparon blandiendo la lanza para robar al blanco sus rebaños y mujeres: los hijos, ennegrecidos por la hulla y la grasa, manejan ahora la maquinaria de fábricas é ingenios. Los de ayer preparaban el *malon*, la cabalgada furiosa como una tempestad que se llevaba por delante hombres y bestias. Los de ahora preparan la huelga y piden la jornada de ocho horas.

Y todo esto en poco más de treinta años.



EN UN «CONVENTILLO» DE BUENOS AIRES. EL ABUELO INMIGRANTE Y EL NIETO ARGENTINO

* * *

La gran mayoría del pueblo argentino es actualmente de pura raza blanca ó procede del cruzamiento hispano-indio. Los argentinos de origen europeo, sin el menor vestigio de sangre indígena, son hoy tantos como los mestizos, y en breve les superarán considerablemente.

Pero no por esta abundancia de gentes de procedencia europea debe creer el extranjero que Argentina es un país sin carácter propio, un pueblo de aluvión, un Estado sin raza, una

especie de factoría á la que acuden las gentes para hacer fortuna, con transitoria permanencia, sin echar raíces en el suelo.

Argentina, no sólo ejerce un gran poder de atracción sobre el mundo, sino que posee una fuerza de retentiva irresistible. Su pueblo es un fundente, como esos líquidos de la Química que disgregan diversos cuerpos para juntarlos y solidificarlos, formando uno nuevo y distinto.

Todo el que llega experimenta el encanto de la atracción, y por original y vigorosa que sea su individualidad, ésta se transfigura, adaptándose al nuevo medio.

Las naciones envidiosas del rápido crecimiento de la Argentina (¡quién al crecer no inspira envidias!), intentan echar en cara á la joven República, á falta de otros defectos, la carencia de personalidad nacional.

— Allí sólo hay extranjeros — dicen —. Argentina es inglesa, española, italiana, germánica; todo menos argentina.

Enorme error del apasionamiento. Ningún país del mundo tiene la fuerza asimilatoria de



UNA TROPA DE CARRETAS EN EL DESIERTO

la Argentina. En otras naciones el extranjero se mantiene aparte, formando colonia, y sus hijos sueñan á todas horas con la patria de los padres, como un lugar paradisíaco. En Argentina el inmigrante se hace del país á los pocos meses, siente orgullo por sus grandezas, y sus hijos, al pasar por la escuela, son argentinos para siempre, allá donde vayan.

La Argentina es un mar, y la emigración es la lluvia que se vuelca en él. Sean como sean el color y el sabor de los raudales que caen de lo alto, se desvanecen inmediatamente al confundirse con la gran masa que los recibe. Ciertas emigraciones considerables, como la española y la italiana, pueden compararse tal vez con esos ríos caudalosos que al desembocar en el Océano lo tiñen con su color y le comunican su dulzura, en un amplio circuito. Pero la nación argentina ya hemos dicho que es semejante al mar, y por impetuosas que sean las corrientes inmigratorias, terminan perdiéndose en su seno, como la irrupción de los ríos acaba por disolverse en la inmensidad azul.

Argentina tiene á su disposición, en perpetuo funcionamiento, un crisol que funde las distintas razas que llegan á ella, extrayendo de esta amagalma colosal un pueblo de vibrante patriotismo. Este crisol es la escuela. Todos los grandes hombres de la Argentina se han preocupado de la escuela, no sólo por entusiasmo educacional, sino por deber patriótico.


TIPOS DE GAUCHOS

La nación argentina gana cada veinticuatro horas una gran batalla por medio del maestro. La escuela le quita al viejo mundo millares de almas que forzosamente hubieran vuelto á él. El español, el italiano, el francés, el alemán, el ruso y el turco engendran hijos en tierra argentina con la esperanza de que estos hijos han de llevar en su alma, como sagrada herencia, una chispa de amor al país de origen. En la casa se habla el idioma patrio; hasta en la mesa ciertos platos recuerdan la tierra lejana de los abuelos; pero el niño va á la escuela y una patriótica educación le hace amar sobre todos los afectos al país en que ha nacido.

El maestro y los compañeros de aula desbaratan diariamente con sus palabras entusiásticas la obra del padre, que al verse lejos de su país lo ama con más fuerza, casi irracionalmente, olvidando las amarguras que pasó en él, viéndolo más hermoso, más atractivo á través de los engañosos espejismos de la distancia.

La burla que los compañeros de escuela hacen muchas veces de la nacionalidad de la familia, influye también sobre el niño. Le molesta que lo miren como un sér aparte, que le llamen *gallego* porque su padre es español, ó *gringo* porque en su casa no hablan el castellano.

— No, yo soy argentino; yo he nacido en la República.

Y á esto se une la influencia de una educación en la que las grandezas de la patria van unidas siempre á la enseñanza científica; educación que enumera las glorias de todos los generales, desde San Martín á Mitre; de todos los escritores, desde Sarmiento á Joaquín González; de todos los poetas, desde el viejo Labardén al moderno Lugones; y que entre clase y clase llena los recreos con himnos nacionales y oraciones á la bandera azul y blanca.

El niño acaba por sentirse en la casa distinto á su familia. La ama como siempre, pero la escuela parece darle cierta superioridad sobre los padres. Éstos tuvieron que abandonar el país de nacimiento y él está orgulloso de su patria. Además, influye en la exaltación de su personalidad de argentino la diferencia de cultura. Sus padres, infelices emigrantes, aunque hayan adquirido el bienestar ó la riqueza en el suelo argentino, guardan su ignorancia primitiva. Muchos aprendieron á leer en la nueva patria. El niño, gracias á la escuela, es casi un sabio comparado con la familia y habla de cosas ininteligibles para los suyos. Hasta


PEONES DE ESTANCIA



UNA FAMILIA DE INMIGRANTES ESPAÑOLES Á LOS POCOS AÑOS DE RESIDIR EN ARGENTINA

los más pobres pueden adquirir la enseñanza enciclopédica que se da en las escuelas de la República, gratuitas y abiertas á todos.

Acaba el hijo por darse cuenta de su superioridad sobre el padre, y cada vez que éste le amonesta en la vida del hogar, se subleva mudamente, como ante una injusticia. «Ah, *gringo!* ¡Ah, *gallego!*» — murmura su pensamiento. Le tolera porque es su padre; porque la enseñanza moral que le ha dado su maestro le impone la sumisión. Pero él se halla por encima del emigrante que le dió el sér: él es argentino.

Tan profundo es el amor á la patria inspirado por la escuela, que perdura aun en aquellos que, nacidos en la República del Plata, se trasladan á Europa. Yo he visto en España y en Italia mozos que siendo naturales de Buenos Aires, marcharon luego al viejo mundo siguiendo á sus padres por haber fracasado éstos en la emigración. Hablan con orgullo de su nacimiento en la República del Plata; tal vez no piensan volver á ella; tienen negocios en el país de sus abuelos, medios de vivir que los retienen para siempre; pero á pesar de esto, si se les pregunta por su nacionalidad, contestan altivamente:

— Yo, señor, soy de Buenos Aires. ¿No conoce usted aquello?... Una gran ciudad: ahora dicen que tiene millón y medio de habitantes.

Este poder de asimilación que convierte en argentino al hijo del europeo, se deja sentir en todas las clases sociales; se reproduce en todos los ambientes. No sólo el extranjero rico ve que su prole nacida en la República del Plata olvida ó mira con indiferencia el país de sus antecesores. En los «conventillos» ó casas de vecindad de la capital, el viejo emigrante que toma el sol á la puerta de su pieza con el nieto entre las rodillas, nota la diferencia que existe entre él y la criatura, que es á modo de una prolongación de su existencia. El pequeño ya no le pertenece moralmente. Recita cosas que él no llega á entender; piensa de distinto modo; no comprende á su abuelo cuando éste le habla de las praderas verdes de Galicia y Asturias, ó de las campiñas de Italia. Y cuando intenta corregir al pequeño por una falta, éste huye enfurruñado y desde lejos lo mira con altivez, murmurando indignadas protestas, que siempre son las mismas:

— ¡Gringo de . . . !

Y suelta la palabra que inmortalizó á Cambronne.

El entusiasmo por la nueva patria gana igualmente á los padres. Éstos miran con cierta predilección, entre la prole llegada con ellos de Europa, á los pequeños que nacieron en la Argentina.

Yo he visitado muchas veces á antiguos inmigrantes, que se apresuraron á presentarme á sus hijos.

— Éstos — decía el padre señalando á los mayores — son de la tierra; vinieron de allá. El pequeño nació aquí... es argentino. Ya sabe usted lo que significa eso: puede llegar á ser Presidente de la República.

La loca posibilidad de alcanzar la Presidencia de la República, aun dicha en tono de broma, parece envolver al pequeño en un ambiente de respeto. Sus hermanos mayores, nacidos en Europa, le tratan instintivamente con cierta predilección.

¡Presidente de República!... Esta esperanza, de un optimismo ridículo, pasa por el cerebro de todo inmigrante que tiene un hijo en la Argentina. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!... ¿No es este país la tierra de los éxitos? ¿No ha habido un político famoso al que apodaban el *Gringo* por ser hijo de europeo? ¿No son verosímiles las más absurdas ilusiones en una democracia abierta á todos, donde de la noche á la mañana se amasan fortunas y se realizan los más inauditos encumbramientos?...

Y en todo hogar de inmigrantes hay un futuro Presidente de República que, mientras llega la hora del triunfo, es para su familia un tiranuelo simpático.

La Argentina retiene al europeo y se hace amar por él como ningún otro pueblo de la tierra. En las más de las naciones americanas, el extranjero nunca pierde su carácter de extraño. La sociedad escogida lo recibe fríamente, ó no lo recibe, y si intenta contraer matrimonio, sólo encuentra compañera fácil en las últimas clases sociales, sea cual sea su fortuna ó su educación.

En la República Argentina, aunque el hijo del país, con su carácter fácil para la burla (herencia tal vez de los primeros pobladores andaluces), llame al europeo *gallego* ó *gringo*, estos apodos no pasan de ser simples bromas, pues en los actos más serios de la vida lo considera como un igual. El haber nacido en el país no es un mérito, como ocurre en otras naciones. En las oficinas públicas y en la administración de justicia se encuentran á centenares, si no á miles, funcionarios que sólo son argentinos naturalizados.

— Nosotros — dicen los extranjeros cuando ensalzan á su nueva patria — podemos serlo todo en esta tierra. Todo... menos Presidente de la República ó Arzobispo de Buenos Aires.

El amor á la Argentina es tan fuerte en el europeo, que emerge sobre esa tendencia á la murmuración, que parece innata en el hombre. En los cafés de la Avenida de Mayo se escuchan con frecuencia conversaciones de gentes que hace años viven en la República, están satisfechos de ella, la aman porque les proporcionó la abundancia, pero que experimentan la necesidad de encontrarla defectos, de hablar mal del país por «pasar el rato», por aliviarse de la nostalgia que les entristece á ciertas horas pensando en la lejana patria, que no han visto en muchos años.



TRABAJADORES INDIOS DE UNA REFINERÍA DE AZÚCAR

El español diserta sobre las seculares bellezas de su tierra, y el carácter noble y franco de las gentes de la Península; el italiano recuerda las cien ciudades famosas de su patria, verdaderos museos al aire libre, y las compara con las poblaciones improvisadas y monótonas de la Argentina; el francés sonríe irónicamente ante la idea de que Buenos Aires pueda ser comparada en lo futuro con París, y abarcando con mirada protectora la Avenida de Mayo, declara que «no está del todo mal este pequeño bulevard de imitación».

Todos suspiran mentalmente, con el pensamiento puesto al otro lado del Atlántico. —¡Ay, mi patria! ¿Qué hago yo aquí? . . .

Pero no os fiéis de tales enternecimientos. Las críticas y maledicencias son de labios afuera, por matar las horas, por sostener la fingida superioridad de los europeos sobre los hijos del país. En el fondo de su ánimo hay otros pensamientos. Si asentís á sus palabras en silencio, seguirán hablando mal de la segunda patria, embriagándose con la propia maledicencia. Pero si intentáis hacer coro á sus críticas, una súbita transformación se opera en ellos. Parece como que despiertan, y tirando de las riendas á su facundia, la hacen dar vuelta y desandar el camino, lanzándose á todo galope por los ilimitados horizontes del entusiasmo.



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL

No; ellos aman el país: serían unos ingratos si no lo amasen: se lo deben todo. Han trabajado por la Argentina, han aportado su esfuerzo á la patriótica grandeza, pero ella les ha retribuído con generoso exceso.

— Y, sobre todo, amigo mío — concluyen diciendo con severidad —; es la tierra donde pienso morir, es la patria de mis hijos.

Y le miran á uno indignados, como haciéndole responsable de las críticas frívolas, de las maledicencias superficiales que han salido de su boca poco antes.

«¡La patria de mis hijos! » . . . Estas palabras los unen para siempre á la Argentina con más fuerza que todos los juramentos de nacionalidad y todos los testimonios de ciudadanía.

Aparte de los lazos de familia, existen los del afecto individual, el agradecimiento á un país que ofrece libertad á todos los hombres y amplios medios para la conquista del bienestar. El que vive unos cuantos años en Argentina, difícilmente se habitúa luego á la permanencia en un país de Europa. Se siente cohibido y empequeñecido; experimenta una sensación de afasia, igual á la del que ocupa un piso reducido y bonito en una casa de la ciudad luego de estar habituado á las amplitudes de una quinta, en los infinitos horizontes del campo.

Muchos europeos, después de haber hecho su fortuna en Argentina, donde pasaron la

mayor parte de la existencia, van á disfrutarla en su país de origen. ¡Europa! ¡Eso es lo mejor!... Y cuando se instalan en la lejana patria con toda clase de comodidades, empiezan á sentir que les falta algo. El respeto que les rodea no les satisface lo mismo que la fraternal camaradería de la tierra sud-americana, donde casi todos los ricos han sido antes pobres y muchos pobres han sido ricos, lo que da como resultado cierta uniformidad en el trato. La pompa de una monarquía tradicional ó de una república á la europea, con sus castas y privilegios, les hace recordar nostálgicamente la simpática democracia argentina, donde todos son iguales, y por encima de las miserias políticas se ve cómo avanza el país por su propio impulso, riéndose de tutorías.

El entusiasta de Europa acaba por repeler las comodidades de que se ha rodeado, vende á cualquier precio los bienes recién adquiridos, como el que desea salir cuanto antes de un mal negocio y vuelve á la tierra americana, que será en adelante «la tierra donde piensa morir».



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL

El amor á la patria argentina es tal, que muchos extranjeros, y sus hijos nacidos en el país, lo agrandan hasta la exageración.

Los argentinos de abolengo, las familias patricias que llevan siglos en el Plata y ostentan apellidos de pura cepa española como recuerdo de la aristocracia colonial, hablan discretamente de sus abuelos que se inmortalizaron en las luchas por la Independencia. Un pueblo no va á estar acordándose siempre de sus empresas militares. Una guerra, por gloriosa que sea, pasados cien años, es á modo de esas flores secas, aplastadas dentro de un libro, que conservan sus colores, algo pálidos por el tiempo, pero sin el menor rastro de perfume. Los argentinos de estirpe tradicional, cuando rememoran el pasado, hablan con noble imparcialidad de los hermanos españoles que llevaban sus mismos nombres y su sangre, y á los que tuvieron que vencer los gloriosos abuelos por una necesidad histórica.

En cambio, muchos argentinos de nacionalidad reciente, cuyos apellidos «huelen á *gringo*» por los cuatro costados, recuerdan á todas horas los combates de la Independencia como algo ocurrido ayer, que ellos presenciaron.

Oyéndolos, cualquiera diría que han tomado el mate con los patriotas de la Emancipación y que hablaron de tú al general San Martín.

* * *

La fusión de la raza blanca y la indígena se realizó con el descubrimiento y la conquista de los territorios del Plata por los españoles.

Tres corrientes de población blanca penetraron en el país por diversos puntos. Llegaron por el mar, directamente de España, los primeros descubridores (expediciones de Solís, Gaboto

y Mendoza). Otra corriente española, la más persistente y numerosa, se presentó por el Norte. Esta inmigración, procedente del Perú, al entrar en los territorios del Plata, se dividía en dos ramas. Una seguía el camino directo desde el antiguo imperio de los Incas, extendiéndose en el actual país argentino por los caminos del norte de la Cordillera: otra procedía de Chile, estableciéndose en el territorio de Cuyo, nombre que abarcaba entonces á las provincias modernas de Mendoza, San Juan y San Luis.

La invasión de la raza española se verificó, pues, en el Plata por tres puntos distintos: Este, Norte y Oeste.

Aunque los españoles que llegaron por el Océano fueron los primeros en descubrir y colonizar el territorio, esta corriente de población blanca puede considerarse la menos importante de las tres. Las naves españolas sólo se presentaron en el río de la Plata en los primeros años de la colonización americana. Luego el camino del mar quedó cerrado, recibiendo el país su vida por las rutas del Norte, como dependencia de otros países americanos, en los cuales concentró la metrópoli todas sus fuerzas y actividades.

El monopolio comercial que ejercían sobre América los mercaderes de Sevilla, suprimió el puerto de Buenos Aires, y las naves mercantes se olvidaron de seguir los antiguos rumbos. La marina española navegó, durante siglos, de Cádiz á Portobello y Panamá. Los españoles, pasando el itsmo, se reembarcaban en el Pacífico, bajaban hasta el Perú, y desde allí, hombres y mercancías, en una larga fila de carretas, avanzaban lentamente, siguiendo un viaje de meses y meses, lleno de accidentes y peligros, hasta que topaban con Buenos Aires. La más absoluta soledad reinó durante muchos años en el río de la Plata. Sólo algunas embarcaciones de cabotaje visitaban sus orillas subiendo hasta Asunción.

Al aislamiento comercial, ordenado por un monopolio egoísta, uníanse razones de orden político. Los reyes de España parecían asustados del descubrimiento del estrecho de Magallanes. Este paso era peligroso para la seguridad de sus ricas posesiones del Pacífico, pues abría fácil camino á los corsarios y á todas las naciones en guerra con España. Guardábanse como secretos de Estado todos los papeles referentes á tal navegación, y se dejaban circular diversas leyendas sobre el famoso estrecho. Según unos, estaba cerrado para siempre con enormes cadenas que había hecho tender el Gobierno español entre ambas orillas; según otros, una isla flotante había venido á encallar en el paso, obstruyéndolo de un modo irremediable.



UNA PRADERA EN LA ARGENTINA CENTRAL

La monarquía española estaba interesada en que no se navegase por los mares del Sud; quería hacer olvidar la existencia del estrecho descubierto por sus ma-

rinos, y cincuenta años después de las grandes empresas de navegación, no había nave española que intentase seguir la ruta de Solís y Magallanes.

Otra dificultad ofrecía el rumbo directo desde Sevilla y Cádiz á la embocadura del Plata. La dilatada ribera del Brasil pertenecía á Portugal, y esta nación estaba casi siempre en hostilidad más ó menos franca con España. Los pequeños buques de entonces, apenas atravesado el Océano, tenían que buscar la vecindad de la tierra para seguir su viaje costeando, y las riberas del Brasil les ofrecían un peligro más bien que una seguridad. Aunque largo y costoso, era menos expuesto el viaje por Panamá, y de allí á las costas del Pacífico, internándose, finalmente, tierra adentro.



ARROYO EN UNA ESTANCIA

Por todas estas razones, la corriente de población que llegó á las tierras del Plata siguiendo la vía marítima, fué escasa y fugaz. Sólo duró unos años, si bien por este camino se presentó la gente más aventurera y heroica. Luego quedó cerrada dicha ruta más de un siglo, y sólo volvió á abrirse á mediados del siglo XVIII, con las progresivas disposiciones de Carlos III.

La corriente llegada por el Norte fué más poderosa y la que realmente colonizó el país. Los españoles venidos por el mar, sólo fundaron la Asunción en el Paraguay, y la primera ciudad de Buenos Aires, que tuvo una vida triste y rápida.

Los españoles llegados por el Norte y el Oeste se diseminaron prontamente por todo el territorio, mezclándose con las diversas tribus que lo poblaban, y en poco más de cuarenta años, de 1553 á 1596, levantaron las principales poblaciones argentinas, que luego han sido sus capitales.

En el Centro del territorio, Francisco de Aguirre funda á Santiago del Estero, en 1553; Diego de Villarroel, á Tucumán, en 1565; Jerónimo Luis de Cabrera, á Córdoba, en 1578, y Martín García de Loyola, á San Luis, en 1596.

En el territorio Andino, Hurtado de Mendoza crea la ciudad de Mendoza, en 1560; Jerónimo Jofre, á San Juan, en el mismo año, y Juan Ramírez de Velasco á Rioja, en 1591.

En el Norte, Hernando de Lerma funda á Salta, en 1582, y Juan Ramírez de Velasco, á Jujuy, en 1592.

El litoral también recibe su definitiva colonización por el Norte, con Juan de Garay, que funda á Santa Fe, en 1573, y á la actual Buenos Aires, en 1580, y Alonso de Vera que echa los cimientos de Corrientes, en 1588.

Pasado este período de rápidas creaciones, todavía la colonización española levanta nue-

vas ciudades. En 1683, Francisco de Lima crea á Catamarca, y en 1783, Tomás Rocamora á la ciudad de Entre Ríos.

Aparte de estos centros urbanos, los españoles llenaron el país de pequeños núcleos de colonización. Muchos de éstos llevaron una existencia precaria, acabando por desaparecer, pero han servido luego como de jalones indicadores al actual esparcimiento de población, que ya no tiene que luchar con el indio, el desierto y las enormes distancias, cual los primitivos colonizadores.

Ningún pueblo tan apto como el español para realizar una fusión de sangres. Llegados casi sin mujeres los conquistadores del suelo americano, á los pocos años de establecidos habían dado vida á una raza titulada criolla, que juntaba en su mestizamiento las buenas y malas cualidades de españoles é indígenas. Cuarenta años después de fundada Asunción, Juan de Garay, al descender el Paraná para levantar los muros de Santa Fe y Buenos Aires, llevaba en su tropa más españoles nacidos en tierra americana que procedentes de la Península. Tan corto espacio de tiempo había bastado para crear una mezcla de sangres, una raza nueva de soldados y constructores de ciudades.

Durante muchos años, una historia apasionada y parcial, por odio á España, que pesó inconsideradamente dos siglos sobre Europa, ha venido declamando contra la barbarie de la conquista de América. No hay que negar que la colonización española fué acompañada de tropelías y crímenes, como por desgracia para la dignidad del hombre ha ocurrido en todas las guerras y empresas de dominación que se conocen en la Historia, y seguirá ocurriendo. La conquista, píntese como se pinte, será siempre una violencia, una imposición de la fuerza. Pero de esto á las matanzas enormes por puro capricho, que describen los historiadores extranjeros y el hiperbólico y terriblemente bonachón Padre Las Casas, hay gran diferencia. De sumar las masas de indios que según tales relatos pasaron á cuchillo los conquistadores, serían tantos los millones de víctimas como los de habitantes que tenía el suelo americano. Nadie habría quedado con vida y, sin embargo, todas las repúblicas de origen hispánico conservan hoy en su población una parte considerable de mestizos, y aun algunas guardan numerosas tribus en estado primitivo.

Dejando aparte las violencias propias de una conquista militar, el español vivió desde los primeros tiempos de su llegada en buenas relaciones con el indígena, habitando junto á él é introduciéndose en su familia á impulsos del irresistible apetito que vela por la conservación de la especie.

Hay en los tiempos actuales espíritus secos y crueles, que en nombre de la selección de las razas echan en cara á España, como un crimen, el no haber exterminado totalmente al indio. Según ellos, la mayor parte de los males de los Estados hispano-americanos proceden del cruzamiento de españoles é indígenas. El pueblo ideal para estas gentes es Inglaterra, que allí donde se establece jamás produce mestizos y cuida de enviar mujeres blancas, recogidas en los peores sitios de Londres, á las guarniciones de Asia y África. La suprema ley política es para ellos exterminar todo un pueblo cuando es inferior ó peligroso, como lo ha hecho la Gran Bretaña en ciertas islas de Oceanía ó los Estados Unidos con las tribus indias de sus territorios.

No hay que discutir aquí tales opiniones. Lo que conviene hacer constar es la incongruencia en las censuras á la colonización española. Unos la atacaron hasta hace poco presentándola como un caso histórico, nunca visto, de crueldad sanguinaria: ahora la critican otros por demasiado humana, haciendo responsables á los primitivos conquistadores de los males presentes, por su falta de energía exterminadora.



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL



UNA ESTANCIA EN LA ARGENTINA CENTRAL

Es explicable la rapidez con que se efectuó la fusión de las dos razas. Los españoles de la conquista eran hombres extraordinarios en toda clase de actividades. Su energía concentrada y ardiente necesitaba el derivativo de la acción. Cuando no emprendían exploraciones por llanuras misteriosas, infinitas como mares, ó se enfrascaban en selvas jamás holladas por la planta humana, entregábanse en sus aldeas á un descanso, no reposado, sino activo, de grandes consecuencias para la raza y la población del territorio.

El apellido de cada conquistador repartíase entre varias docenas de niños indígenas, cuyas facciones, menos cobrizas que las de las madres, conservaban algo de la cara del padrino. De Juan de Ayolas y otros capitanes, cuéntase que reconocieron algo de su persona en más de un centenar de pequeños indios. Y no vaya á creerse que la mezcla de razas era producto invariable de la violencia y que el conquistador trataba á la hembra indígena como una presa.

Fervorosos católicos estos soldados de las guerras de Italia y de Flandes, creyentes en la otra vida y en las penas eternas, lo primero que procuraban era el bautizo de la concubina amada para que su alma se salvase; y al final, cuando los hijos eran grandes, se decidían á hacerla su esposa.

Lectores entusiastas de libros de caballerías, habituados como Don Quijote á ver las ventas convertidas en castillos y las maritornes en beldades, titulaban «princesa india» á cualquiera hija de cacique que corría á ellos, deslumbrada por su talle marcial y el brillo de sus armas; y la tal princesa no era mejor que cualquiera chiriguana de las que se encuentran ahora en los territorios del norte argentino.

Enamoradizos cual los andantes caballeros, que necesitaban tener una dama de sus pensamientos, estos paladines de la conquista se engañaban á sí mismos como el hidalgo manchego, que convirtió á la zafia labradora Aldonza Lorenzo en la sin par Dulcinea. El amor y las lecturas sublimes que llevaban en el cerebro transfiguraban cuanto les salía al paso, amplificándolo con una hipérbole propia de su condición de andaluces, pues Extremadura, patria de famosos conquistadores, no es más que una prolongación agreste de Andalucía.

El amontonamiento de unas cuantas tribus parecíales un reino poderoso; las naciones regidas por los Incas ó los déspotas mejicanos las titulaban imperios, describiéndolas con arreglo al patrón del de Carlos V; unas cuantas alhajillas de plata trocadas con unos indígenas errantes, bastaban para dar nombre inmortal á un río; toda india bien bañada, con baratijas en el pecho y plumas en el cabello, era hija de un heroico monarca; y cuando entre ellos iba un poeta como Ercilla, cantaba las peleas de cincuenta españoles y ochocientos araucanos con la misma sonora majestad que el choque del Oriente musulmán y el Occidente cristiano en la gran batalla de Lepanto.

UN RODEO DE GANADO

Estos aventureros de la gloria, estos peregrinos del ideal, navegantes de tierra firme, que avanzaban y avanzaban por un continente de misterio, más temerosos del hambre que de los combates, tan pronto entre los hielos eternos como en la asfixiante caldera de un valle del Trópico, marcando su paso por lo desconocido, no con monumentos de gloria, sino con regueros de huesos, llevaban al Amor como compañero de viaje.

La indígena de regular aspecto que encontraban al paso, era una futura pasión romancesca. En todo país hispano-americano quedan hoy como leyenda venerable los recuerdos de algún amor trágico de indias y españoles.

Hernán-Cortés, el más eminente de los conquistadores, apenas da algunos pasos por la tierra de Méjico encuentra una india fiel y enamorada que al bautizarse toma el nombre de Doña Marina. Sus hijos serán los primeros mestizos con título de marqués, y figurarán en la corte militar de Carlos V, siguiendo á éste en la infausta expedición á Argel.

La «princesa» india, al casarse con el conquistador y recibir el bautismo, tomaba los nombres románticos de Doña Sol, Doña Estrella, Doña Leonor ó Doña Violante. Cuando el soldado de fortuna llegaba á merecer la atención de los reyes, un título de nobleza servía de digno coronamiento á sus hazañas, y la indígena podía ostentar una diadema de marquesa ó condesa sobre los lacios y negros cabellos, que en su pubertad no habían conocido otro adorno honorífico que el de las plumas. Estas plumas se muestran todavía en algunos escudos del armorial español como recuerdo de entronques coloniales. Aún quedan familias en España, de rancia nobleza, que hacen figurar con orgullo entre sus ascendientes á Moctezuma ó á ciertos Incas.

La mestiza hija de india y de conquistador afortunado adquirió enorme importancia desde los primeros años de la dominación española. Algunas veces hasta hubo revueltas y guerras civiles por alcanzar la mano de una de estas princesas coloniales. Así como los griegos se pelearon en Troya por culpa de una mujer, los españoles fundadores de Buenos Aires y otras ciudades argentinas anduvieron en disputas y guerras por una Elena de palidez cobriza, ojos negros y cabellos cerdosos.

El Adelantado del Río de la Plata, Ortiz de Zárate, dispuso al morir en su testamento que el gobierno de la colonia que le había conferido el Rey pasase á la persona del que se uniera en matrimonio con su única hija Doña Juana, legitimada á última hora, y habida con la india Doña Leonor Yupangui, vecina de Chuquisaca, de la noble casa indígena de Manco Inca Yupangui. La tal Doña Juana, mocita indígena, cuyo perfil y húmedos ojos recordaban tal vez la dulce belleza del llama, traía para el novio, junto con su pálida mano, 7.000 ducados de renta en España (cantidad que significaba entonces una gran fortuna),



GANADERÍA EN LA ARGENTINA CENTRAL

abundantes minas en Potosí, casas y huertas en la ciudad de Chuquisaca, estancias y ganados en Charcas, la gobernación del Río de la Plata y el marquesado del Paraguay.

Su tutor, el famoso Juan de Garay, dispuso que la rica mestiza se casase con el licenciado D. Juan de Torres de Vera y Aragón, oidor de la Real Audiencia de Charcas, el mismo que años después, siendo Adelantado del Paraguay, ordenó la fundación de Corrientes á un pariente suyo. El Virrey del Perú, que aspiraba á unirse en matrimonio con la opulenta heredera para hácerse dueño de su fortuna, metió en la cárcel al novio oidor y envió una escolta en persecución de Garay. Éste, al ser alcanzado en el camino por los soldados, hizo armas contra ellos y refugiándose en su tenencia del Paraguay quedó en actitud hostil frente al Virrey, hasta que después de largas disputas, amenazas y choques, se arregló todo como en las comedias antiguas con el consabido matrimonio, yendo la linda y cobriza marquesa del Paraguay, Adelantada del Río de la Plata, con su marido el oidor á tomar posesión de sus dominios, desde la ciudad de Chuquisaca.



UNA PRADERA DE LA ARGENTINA CENTRAL

La raza blanca se extendió rápidamente en el territorio platense. Los habitantes de las ciudades guardaron las costumbres y la superioridad de su origen. Los indios sometidos á la vida civil, que convivían con los españoles, fueron avanzando en cultura hasta confundirse con éstos.

En cambio, los blancos que por la industria del pastoreo salieron á vivir en las llanuras, fueron perdiendo las ventajas de su nacimiento y tomando mucho del indio, con quien estaban en íntimo contacto, hasta formar un tipo mixto de civilización y barbarie. Este tipo fué el gaucho, del que hablaremos más adelante, ya que el gaucho no es una raza, sino una clase social.

Á principios del siglo XIX el territorio que es hoy República Argentina sólo tenía, según el general Mitre, 800.000 habitantes, de los cuales poco menos de la mitad eran indios en estado salvaje ó sometidos á la vida civilizada. Las dificultades de la navegación en los siglos anteriores, el tener que atender España, ella sola, á una parte enorme del planeta donde ahora existen diez y ocho naciones, y el ser el Río de la Plata el lugar más lejano de la metrópoli, según las rutas seguidas entonces, justifican esta escasa población. Lo que asombra, teniendo en cuenta las mencionadas circunstancias, es que hubiese llegado á tal número.

Al constituirse la República Argentina, sus primeros gobernantes se preocuparon de fomentar la emigración europea, ofreciendo tierras «á los individuos de todas las naciones y á sus familias que quisieran fijar su domicilio en el territorio del Estado».

Pero estos generosos decretos no fueron más que simples papeles, sin ningún resultado práctico. Los temblores y cataclismos sociales de una democracia en formación, las incesantes

guerras civiles, la bárbara dictadura del gaucho y la dominación del indio en las llanuras, no ofrecían ambiente propicio para la atracción y desarrollo del inmigrante.

Al tranquilizarse un tanto el país, luego de la caída de Rosas, comenzaron á afluir los primeros contingentes europeos.

Alberdi lanzó su célebre frase «Gobernar es poblar» y desde entonces todos los gobiernos argentinos se han preocupado principalmente de favorecer el aumento del número de habitantes.

Muchas veces, al fomentar este aumento, sin fijarse en la valía de los nuevos pobladores, los gobiernos han causado grave daño al país, creyendo hacer el bien. La emigración alistada por los agentes reclutadores, y el viaje costeado por el Gobierno, sólo han servido para volcar sobre el país el detritus de Europa, creando en las ciudades, especialmente en Buenos Aires, un peso muerto de gentes sin condiciones para el trabajo, prontas á tomar parte en toda clase de rebeldías y protestas.



UN ARROYO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL

En el presente no hay más inmigración que la voluntaria, la que emprende el viaje á sus expensas, y sólo recibe apoyo del Gobierno cuando llega al territorio argentino.

Á pesar de esto, la población de la República aumenta rápidamente, como ya dijimos. Todos los años entran en la Argentina más de doscientos mil inmigrantes, y á éstos hay que añadir el crecimiento vegetativo de la población, que resulta considerable. La República del Plata es un país de moralidad, donde se mantienen firmes los lazos de la familia. El hogar se venera sobre todas las instituciones: la maternidad es la función que más enorgullece á la mujer: las gentes se casan jóvenes y las familias son numerosas, con largas proles, comparables á las de los personajes bíblicos.

Los seis millones de argentinos que existen ahora, ¿cuántos serán á fines del siglo XX? . . . La cifra resultará, sin duda, enorme, asombrosa. Este país, hace treinta años, sólo tenía cuatro millones de habitantes. En tan corto espacio de tiempo, ha aumentado una tercera parte. Fácil es imaginarse, con arreglo á tal proporción que tiende al aumento, lo que será la Argentina dentro de noventa años.

Al estudiar la vida de los inmigrantes europeos que viven en el campo, lo que primeramente llama la atención es la facilidad con que se adaptan á la nueva existencia, copiando usos y costumbres.

Yo he visto en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero familias de españoles



PAISAJE DE UNA ESTANCIA

que, al cabo de tres ó cuatro años de residencia, se confundían con los naturales.

— Nosotros somos muy guachos — decían con cierto orgullo.

Los viejos tenían el mismo aspecto de los campesinos del país, y hablaban igual, con todos los modismos y refranes de la tierra. Los hijos, puestos de poncho y botas altas, cabalgaban sobre potros salvajes, ó tomando la guitarra entonaban la «milonga» ó la «vidalita» lo mismo que un gaucho fino.

Ninguna raza del viejo mundo, por refractaria que haya sido á los roces y mezclas con pueblos extraños, puede resistirse á este poder de atracción y modificación que parece vibrar en el ambiente argentino. El pueblo judío se distinguió siempre por su tendencia al aislamiento, viviendo aparte en el centro de otras naciones. La fidelidad á las costumbres tradicionales toma en los hebreos la importancia de un culto. Faltos de suelo propio, de una patria material y corpórea, han puesto sus ideales políticos y de raza en el mantenimiento y la estricta observación del rito religioso y de las costumbres. En todas las naciones de Europa el judío, vístase como se vista y viva como viva, sigue siendo judío. En Africa y Asia, donde es de uso el traje tradicional y la agrupación por religiones, el hebreo vejeta aparte, en barrios cerrados, con reglas y alimentos que únicamente conoce su raza.

Argentina es el único país del mundo que vence esta tendencia al aislamiento del judío, y le hace despegarse de su adhesión al pasado. En la provincia de Entre Ríos hay varias colonias agrícolas de hebreos procedentes de Rusia, organizadas por el barón Hirsch y la «Alianza Israelita». Los jefes de familia, venerables patriarcas de luengas barbas, siguen fieles al levitón y el sombrero felpudo de copa alta que trajeron de Europa, y en tal facha labran la tierra. Pero las muchachas han tomado los modales y el lenguaje de las jóvenes del campo, y los hijos usan los amplios calzones llamados bombachas, ciñen el talle con el tirador de cuero sembrado de monedas de plata, se cubren con el poncho, y asustan á sus madres, la buena Rebeca ó la dulce Jezabel, cabalgando sobre potros indómitos. Son gauchos, verdaderos gauchos. La facilidad característica de su raza para aprenderlo todo, los ha convertido al poco tiempo en excelentes hombres de campo. Á la segunda generación apenas quedará visible el origen israelita. La familia será argentina, disolviéndose sus condiciones de raza en la enorme fusión nacional. Hoy mismo es preciso mirar atentamente bajo el ala del amplio sombrero, fijándose en los ojos de rasgos orientales y en la picuda nariz, para darse cuenta de que el gaucho gallardo y cabalgador como un granadero de San Martín, es un descendiente de los Macabeos.

El inmigrante blanco establecido en las campiñas, se casa las más de las veces con una de su raza y aun de su nacionalidad, pues cada uno busca el trato con familias que le recuerden la lejana patria, y abundan mucho las mujeres de todos los países europeos. Pero como el

amor es caprichoso y se ríe de leyes y divisiones étnicas, no es extraño que el inmigrante se una en matrimonio con una mestiza del país, con una «china», moza de gallardas y firmes esbelteces, los ojos un tanto oblícuos y diabólicos y la fresca tez de chocolate claro.

Los españoles del campo se casan fácilmente con las mestizas, siguiendo tal vez con esto un impulso tradicional. Al unirse con la «china», se encuentran de nuevo con un fragmento de su propia raza, pues los mestizos no tienen en su sangre india otra mezcla que la española.

La herencia física de los conquistadores de América, de aquellos superhombres de la colonización, no hay que buscarla únicamente en las familias blancas. El héroe se ayuntó con la indígena y muchos descendientes suyos de cobrizo color viven ahora perdidos en las últimas clases sociales. Apellidos sonoramente castellanos, que recuerdan á personajes de Lope de Vega y Calderón, se encuentran llevados por gentes del populacho. Las virtudes cívicas y los heroísmos en guerras y revoluciones de este pueblo de raza mixta, son tal vez una resurrección del carácter de sus gloriosos ascendientes.

Los más de los fundadores de la aristocracia patricia, que ha mantenido pura su sangre blanca, llegaron después. Fueron comerciantes que se establecieron en Buenos Aires; militares y empleados de la colonia; vascos en su mayoría que hicieron el viaje á principios del siglo XVIII para dedicarse á pulperos ó ganaderos. No venían solos: llevaban con ellos á la mujer. Por esto no necesitaron cruzarse con los indígenas, y al mantenerse aparte, constituyeron una clase superior y privilegiada.

La mezcla de razas continúa latente y activa en el país argentino, guiándose algunas veces por atávicas predilecciones.

Personas que conocen de cerca la vida en los campos, desde hace muchos años, afirman al hablar de la simpatía amorosa de razas, que el italiano, ó más bien el napolitano, mostraba cierta debilidad en otros tiempos por las negras (cuando había negras en Argentina) y el español por las indias y mestizas. Para probar esto, llaman la atención sobre el apellido de origen italiano de muchos que, aun siendo blancos, ofrecen en su arquitectura facial vestigios de procedencia africana.

No sé lo que pueda haber de cierto en tales afirmaciones, especialmente en lo que se refiere á mezclas con negras, que ya desaparecieron. Pero sí puedo decir que no es extraño encontrar en la actualidad la ingerencia del inmigrante español en la familia indígena.

En el campo no rigen las mismas leyes de moral que en las ciudades. La vida civil está muy lejos; la animalidad humana crece y se expande al ponerse en contacto con la Naturaleza. La santa simplicidad de las bestias preside las funciones de la vida. Todas las impresiones, buenas ó malas, se resuelven en un impulso hacia el amor. La falta de diversiones y la carencia de barreras sociales, dan gran libertad á las costumbres. Los hijos se consideran propios porque nacen bajo la techumbre del rancho, sin molestarse los padres en inquirir otras pruebas.

Recuerdo que estando en el pueblo del Azul visité, acompañado de varios amigos y compatriotas, una toldería de indios. Son familias de antiguos dominadores del país, que tal vez ayudaron á los soldados argentinos en la conquista del desierto, y por ello mantienen sus chozas de paja y barro en las cercanías de la población. Los hombres, vestidos de gauchos, jugaban á la taba. Las hembras, al vernos, se escondían en sus ranchos precipitadamente, como ranas que se arrojan de cabeza en el agua al oir pasos. El suelo estaba sembrado de huesos. Cráneos de caballos y de vacas servían de asientos. La pradera parecía un cementerio acabado de remover. Un hedor de sangre flotaba en el ambiente, y mis acompañantes me explicaban la persistencia de ciertas costumbres entre los habitantes de la toldería. Comían lo mismo que los «cristianos», pero cuando tenían ocasión de adquirir una yegua á poco precio, ó podían

robarla, entregábanse á la orgía sangrienta, lo mismo que sus abuelos los patagones. La degollaban, bebían la sangre caliente y espumosa, líquido que según sus creencias da valor y nueva vida, y acababan por devorar la carne del animal.

A la puerta de una choza vimos de pie á dos mujeres. Estas no huyeron: antes bien, nos contemplaron con una insolencia sonriente. Eran madre é hija. Al lado de ellas estaba el padre, vestido de gaucho, sentado en un cráneo de vaca.

La madre era una india cobriza, enorme, de una obesidad blanducha é hinchada, que parecía desprenderse de los huesos, con recios telones de arrugas. Los ojos vivos y audaces, ojos de devoradora, parecían revelar el esplendor de un pasado carnal casi cercano á la hermosura. La hija aparecía rubia, escandalosamente rubia, y con ojos azules. El andamiaje óseo de su cara era indio puro: anchos pómulos, fuerte mandíbula, profundas y estrechas órbitas oculares; pero la envoltura era europea, sin la más leve sombra de sangre cobriza.

Mis ojos iban con asombro de la madre indígena, coronada de pelos negros y duros como cerdas, al padre, que parecía más joven, con la resistente frescura que opone el indio á los años, sin una cana en las obscuras guedejas, sin una arruga en sus mejillas tirantes y amarillentas. ¿De dónde habrían sacado á aquella rubia?... Y el padre, como si adivinase la pregunta, fijaba en mí sus ojillos oblícuos, impasibles, sin expresión, ojos de filósofo indiferente á las pompas y vanidades de la vida, mientras se golpeaba con el rebenque las botas, sucias de barro.

La hija, orgullosa de sus pelos rubios y de la blancura del rostro, todavía extremada por una gruesa capa de polvos de almidón, nos acogía con un gesto protector é impúdico. Echando atrás las manos, arqueaba al hablar el fuerte pecho, sacaba el vientre y sonreía petulante y desdeñosa, como sonríe la hembra de raza inferior cuando la escasez y la soledad la hacen ser admirada por el blanco. ¡Ah, la bebedora de sangre, con su traje moderno comprado en una casa de confección, su peinado rubio de *pierrot*, y su ancha cara enharinada! . . .

Al retirarnos hacia el pueblo, hablé con uno de mis acompañantes, hombre sesudo y prudente en sus juicios. . . ¿Quién sería el padre de aquella criatura?

— ¡Vaya usted á saberlo!... La madre ha tenido muchas historias, como todas las indias de aspecto medio regular... Tal vez algún «gringo»; algún inglés ó alemán. ¿No ve, mi amigo, su pelo y sus ojos azules? . . .

No: el color de la moza no era el blancuzco, de oro pálido, de los pueblos del Norte. Su cabellera encendida de mazorca y el azul de sus ojos, recordaba mejor el tipo rubio de la raza vasca.

— No digo lo contrario — repuso mi acompañante —. Entonces el padre tal vez sea alguno de los españoles que le han recibido á usted en la estación. . . Casi lo juraría. Sus compatriotas tienen buen diente.

IV

CLIMA, FAUNA Y FLORA

Exceptuando dos fajas de tierra, una tropical y otra subtropical, que la Argentina tiene al Norte, todo el país pertenece á la zona templada austral.

La República del Plata se extiende de Norte á Sur, ocupando 33 grados de latitud, desde el 22 al 55. Lo enorme de esta extensión basta para indicar cuán grandes han de ser en el territorio las diferencias climatéricas, sobre todo si se comparan los puntos extremos.

Sin embargo, la situación geográfica del país ejerce más influencia en el clima que sus diferencias de latitud. El Océano, que se extiende al Este, y los Andes, que se elevan al Oeste, se dejan sentir notablemente en la temperatura, así como las diversas altitudes del suelo.



GAUCHOS PREPARÁNDOSE PARA UN RODEO DE RESES

Teniendo en cuenta el reparto de las lluvias sobre las diversas secciones del territorio argentino, éste puede dividirse con arreglo á las condiciones climatéricas en tres grandes regiones: la del litoral, la del interior y la andina.

La región del litoral comprende las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. La temperatura media anual puede fijarse en estas provincias en 19 grados. En Buenos Aires es de 17, y se calcula que el termómetro va elevándose medio grado por cada grado de latitud que se avanza en dirección de Sud á Norte. La temperatura media del verano (meses de Diciembre, Enero y Febrero), es de 25 grados; la del otoño (Marzo, Abril y Mayo), de 18; la del invierno (Junio, Julio y Agosto), de 12; y la de primavera (Septiembre, Octubre y Noviembre), de 17. En el mes más cálido (Enero), el termómetro marca, como temperatura media, 26 grados, y en el más frío (Julio) unos 11. Los grados 42 y 5 marcan los dos límites extremos de la temperatura de la región del litoral. Rara vez llega la máxima á 42 grados, pues lo corriente en verano es que se mantenga en 35 de una á tres de la tarde, que son las horas de más calor.

Igualmente es muy raro que en invierno descienda la temperatura á más de 5 grados. Contadísimas veces llega el termómetro á bajo cero, y esto dura muy poco. La nieve es casi un fenómeno extraordinario en las provincias del litoral. Transcurren á veces diez ó quince años sin que sus habitantes sepan lo que es una pequeña nevada.

Como se ve, la diferencia resulta mínima entre los grados extremos de un año. Otra particularidad de este clima del litoral, que participa del clima marítimo, es el cambio rápido de la temperatura dentro de un mismo día. A veces, en el curso de veinticuatro horas, se observan diferencias de cerca de 20 grados. El otoño es la estación más uniforme, y en primavera ocurren las variaciones extremas.

Como el litoral es casi llano por completo, los vientos soplan con mucha regularidad. Las calmas son raras, y los vientos fuertes, así como las tempestades abundan durante todo el año. Entre estos vientos, los más frecuentes son los del Norte y Sur, especialmente los primeros. En Buenos Aires se observa durante el verano la sucesión regular de las brisas de mar y de tierra, la primera soplando durante el día y la segunda al llegar la noche.

Los vientos del Norte son siempre calientes, y hasta sofocantes. Su influencia sobre el

sistema nervioso de muchas personas se manifiesta con dolores neurálgicos. Cuando soplan estos vientos la atmósfera se carga de electricidad, pero al cabo de unos días estalla una tormenta que restablece el equilibrio y acaba con el estado insoportable de la atmósfera.

Realiza esta transformación el viento Sudoeste llamado *pampero*, que en ocasiones sólo dura algunas horas y otras veces se prolonga varios días. Estos *pamperos*, que reciben tal nombre por venir de la Pampa, soplan casi siempre con la intensidad de un verdadero huracán.

A pesar de su violencia, los pamperos no son tan temibles en la rada de Buenos Aires como los vientos del Sudeste, que reciben el nombre de *suestadas*. Estos vientos producen fuertes mareas que molestan y hasta ponen en peligro á las embarcaciones. En cambio, los pamperos, que no son temibles en Buenos Aires, causan en el puerto de Montevideo un efecto tan tremendo como el de las suestadas en la capital argentina.

Cuando soplan los vientos Sudeste en Buenos Aires, el cielo se presenta generalmente muy sombrío, con fuertes y continuas lluvias. Las suestadas son frecuentes en Mayo y Octubre, meses los más peligrosos para la navegación por el río de la Plata.

Las lluvias en la región del litoral corresponden, generalmente, á las diversas latitudes geográficas de esta región. En Buenos Aires la medida media anual es de 865 milímetros; en Rosario, de 978; en Paraná, de 949, y en Corrientes de 1.440. Esta lluvia resulta suficiente; pero ocurre muchas veces, por desgracia, que la distribución es irregular, causando daños á la agricultura y la ganadería. En la distribución de las lluvias, el máximum corresponde siempre al otoño y el mínimo al invierno, aunque son frecuentes las excepciones de esta regla.

En Buenos Aires es muy raro que transcurra un mes sin lluvia; pero más al Norte, conforme se aleja uno de la ciudad, los inviernos resultan más secos y los veranos más lluviosos. Las lluvias no son débiles y prolongadas, sino cortas y torrenciales. Generalmente el año cuenta en esta región del litoral más días tranquilos, de cielo despejado, que tristes y nebulosos.

La región del interior ó mediterránea, exceptuando las partes montañosas de las provincias de Córdoba y San Luis, se distingue, comparada con la del litoral, por su gran sequedad y por un contraste más violento en sus temperaturas extremas. En las llanuras, los veranos son más cálidos y el termómetro sube á 40 grados, mientras que en el invierno abundan las heladas fuertes.

Los vientos de Norte y de Sud son todavía más frecuentes que en el litoral. Los del Norte soplan muy ardorosos, y sobre los arenales y las salinas toman el nombre de *zonda*, siendo semejantes al *simoun* del desierto africano. Aparte de esto, abundan las calmas en todas las estaciones del año. Las lluvias caen más raramente que en el litoral, y sólo son frecuentes en otoño. El invierno resulta totalmente seco.

El clima de Córdoba, que es el que caracteriza á toda la región, revela una temperatura media de 16 grados y medio, con un máximum de 38 en Diciembre y un mínimum de 8 en Junio. La lluvia es torrencial en Córdoba, pero dura muy poco. El granizo es frecuente y la nieve muy rara.

No ocurre lo mismo en Mendoza, que se halla en el límite de la región de los Andes. Cae en ella la nieve casi todos los años en el mes de Agosto, aunque se funde en seguida. Las lluvias son menos frecuentes en Mendoza que en Córdoba, y aún resultan más raras en las provincias de San Juan, La Rioja y Catamarca. En todas estas provincias rara vez llueve durante el invierno, y la nieve es desconocida.

La parte montañosa de las provincias de Córdoba y San Luis recibe más lluvias que la parte llana. Durante el verano llueve mucho en dichas sierras, y estas aguas son las que ali-



UN ARROYO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL

mentan los cinco ríos designados por orden numérico: río Primero, río Segundo, etc., que nacen en sus alturas.

La provincia de Tucumán, situada al Norte de esta región, participa ya del carácter subtropical en lo que se refiere á las lluvias. El invierno es seco, pero en verano llueve mucho, especialmente en la vertiente oriental de la sierra de Aconquija, cubierta de extensos bosques.

En la región de los Andes el clima varía notablemente, según la elevación del suelo. Los cambios de temperatura son bruscos y enormes en un mismo día, y la sequedad resulta excesiva. En la vertiente argentina de los Andes y en las altiplanicies que confinan con Bolivia, no llueve jamás. Estas altiplanicies, barridas continuamente por vientos furiosos, son estériles en su mayor parte. Sólo en los valles existe alguna vegetación y pueden pastar magros rebaños. En estos parajes de enormes elevaciones, donde el aire está muy rarificado, se siente en estío un calor sofocante allí donde llega el sol, mientras que en la sombra, á pocos pasos, se experimenta la punzante sensación de un frío glacial. Los saltos de temperatura de 20 grados en el transcurso de unas horas son frecuentes.

El ilustre geógrafo Latzina, que ha escrito interesantes estudios sobre el territorio argentino, cuenta que, viajando en la parte montañosa de la provincia de Catamarca, por Anillaco y Tinogasta, notó en la atmósfera una tensión eléctrica tan extraordinaria, que los hombres y los animales eran en ciertos días verdaderas botellas de Leyde. «La franja de mi poncho de vicuña — dice el notable geógrafo — en vez de caer naturalmente en una dirección vertical, tomaba la posición horizontal, como las hojas de un electroscopo, y pasando yo la mano por las crines de mi caballo, oía el chisporroteo de las descargas eléctricas. Cerrada la noche, llegaba hasta á ver el centelleo de estas descargas.»

En los *pagos* ó distritos de esta región, según el mismo Latzina, la obesidad es desconocida, y basta que cualquiera persona gruesa, por enorme que sea su peso, vaya á habitar unos meses en los pintorescos alrededores de Anillaco, para que su volumen se contraiga considerablemente. Pero hay el inconveniente de que la repentina delgadez trae con ella una completa desfiguración del tipo físico: la epidermis se llena de arrugas, los cabellos toman la aspereza de la crin y cada año que transcurre vale por cinco, según las huellas que deja. Latzina parece persuadido de que si una familia sajona, rubia y blanca, fuera á establecerse en esta parte de los Andes, aunque se mantuviese aislada, sin mezclarse en su crecimiento y multiplicación con los naturales del país, sus nietos presentarían el tipo del indio calchaqui, bien neto y definido. Tan poderosa se muestra, en este rincón de los Andes, la influencia del clima en la trasformación de las razas.

En esta región andina, la sierra de Aconquija presta un gran servicio al clima del país. Al Oeste de dichas montañas todo se halla desierto y árido á causa de la sequedad, mientras al Este, ó sea en la parte que da sobre el corazón de la Argentina, florece la vegetación más espléndida de la República, gracias á las frecuentes lluvias.

Puede afirmarse que el clima platense es eminentemente saludable, á pesar de los rápidos cambios de temperatura y la sequedad de ciertos territorios.

La mortalidad en la Argentina es escasa. Los países más sanos del globo son todos iguales á la República del Plata, y no hay ninguno que la supere en salubridad.

No existen enfermedades endémicas, y las epidémicas son muy raras. La mortalidad puede afirmarse que es menor que en Europa, y hay que añadir que el europeo alcanza en la Argentina, por regla general, una vida más larga que el hijo del país.

Los casos de longevidad son muy frecuentes, especialmente en las mujeres, que llevan

una existencia más metódica que los hombres. En las campiñas no es raro encontrar viejos casi centenarios.

En resumen, Argentina tiene un clima precioso que conviene á la salud del hombre y á la productividad del suelo. El europeo, al abandonar su tierra, marcha con predilección hacia el Plata, porque en sus riberas encuentra climas semejantes á los del viejo continente.

La gran República ofrece en algunos sitios todas las variedades termométricas, con sólo cuarenta y ocho horas de diferencia.

Yo he temblado á causa de un frío glacial en las altiplanicies argentinas de Jujuy, junto á la frontera boliviana. El cañón de mi escopeta parecía quemarme las manos al través de los recios guantes, con agudas é irresistibles punzadas. Mis miembros estaban entumecidos y casi insensibles, á pesar de su envoltura de ponchos y pieles de guanaco.

Treinta y cinco horas después, al bajar á los ingenios de Ledesma, tenía que vestirme de blanco. Sudaba y huía del sol tropical, buscando la sombra de los naranjos seculares, altas torres de follaje, por cuyas ventanas verdes asomaba la alegría primaveral sus innumerables cabecitas de oro.



UN RIACHO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL

* * *

Al hablar de la raza enumeramos los animales racionales y bimanos que, procedentes de Europa ó nacidos en el país, pueblan el suelo argentino. Hablemos ahora, aunque ligeramente, del resto de la fauna, ó sea de los animales cuadrumanos, de los volátiles, anfibios y reptiles.

Los monos son raros en el territorio argentino: solamente se les encuentra en los bosques de la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones, y en las fronteras de Bolivia, á orillas del Pilcomayo.

De los carnívoros hay tres especies felinas. El jaguar, que los españoles del descubrimiento llamaron tigre por su gran semejanza con esta fiera asiática, y que vive en las riberas del Paraná y el Uruguay. El puma, al que llaman león, y que es del tamaño de un perro grande, el cúal habita con preferencia el Centro, el Oeste y el Sud de la República. El gato salvaje ó montés, que se encuentra en todo el país, pero principalmente en los lugares de bosque. Una variedad de este animal, llamado «gato de la Pampa», abunda bastante en la provincia de Buenos Aires y en la Patagonia. De todos estos animales, el más temible es el jaguar. En algunas provincias parece acobardado por la presencia del hombre y huye de él; pero en las selvas del Chaco hay que temerle tanto como al tigre de la India.

La familia de los perros proporciona las siguientes clases: el *aguara*, especie de lobo que vive en las orillas del Paraná y el Uruguay; el *canis entrerianus*, que habita especialmente la provincia de Entre Ríos; el *aguarachay* de los indios, que es poco más ó menos el



VICUÑAS DE LAS ALTIPLANICIES ANDINAS (PROVINCIA DE JUJUY)

zorro común, muy abundante en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis; y el *canis magallanicus,* conocido en Chile con el nombre de *culpen*, que vive en las provincias de Mendoza y San Juan.

El grupo de las martas está representado por la *chincha* ó *zorrino*, que exhala un hedor fétido; el hurón, esparcido por todo el país, y la nutria, muy abundante en el Paraná, más conocida con el nombre de «lobito de río». Otra especie que vive en los bordes del mar lleva el nombre de «nutria platense». La comadreja abunda en todo el país, causando grandes estragos en las aves de corral.

Dos especies de osos existen en Argentina, pero son poco comunes: el *soncho* ó *coatí*, que vive en las provincias del Norte y el llamado *solitario*, raro en extremo.

En la desembocadura del río de la Plata se encuentran lobos de mar, pero menos numerosos que en otros tiempos. La Isla de Lobos, vecina á este paraje, debe su nombre á la gran abundancia de animales de esta especie que se reunían en sus riberas cuando no eran tan perseguidos.

De los rumiantes, existen dos familias: la de los llamas y la de los ciervos. En la de los llamas figura el guanaco, que corre en pequeños rebaños por las montañas vecinas á la Cordillera, ó se esparce por las planicies de la Patagonia. El guanaco tiene el tamaño de un ciervo de Europa, y en su forma y pelaje se asemeja algo al camello, diferenciándose de él por su estatura más pequeña y por la carencia de las gibas dorsales. Casi siempre vive formando grupos de cinco á diez individuos en la Cordillera, desde el Alto Perú hasta Valdivia (Chile), y en la Patagonia llega al estrecho de Magallanes. Su carne la comen los indios y aprovechan la piel para abrigos. Su caza se efectúa casi siempre por medio del lazo con bolas. Los naturales de la Tierra del Fuego no usan otras vestiduras que las pieles de este animal.

La alpaca es de gran importancia por lo valioso de su lana. Desde el tiempo de los Incas este animal se halla en estado de domesticidad. Los indígenas lo emplean, cuando es grande y fuerte, como bestia de carga, lo mismo que el guanaco, y además hacen diversos tejidos con su lana.

La vicuña es también del género de los llamas, pero más pequeña y de formas más delicadas que el guanaco. Su estructura ofrece líneas de gran elegancia. Vive, como la alpaca, en los valles elevados de la Cordillera. En realidad procede del Alto Perú, pero abunda en el territorio argentino, especialmente en las provincias de Jujuy y Salta. Con su lana se fabrican telas finas de gran duración.



PARQUE DE UNA ESTANCIA

En los bosques del Paraná, el Uruguay y el Chaco, existen ciervos de gran talla, y el gamo abunda igualmente en los citados parajes y en los bosques de Tucumán. El venado, pequeño ciervo de graciosa figura, también es común en toda la República, pero especialmente en las regiones del Este y el Sud.

Además, se encuentran el *pecarí* ó jabalí en el Centro y el Norte, y el *anta*, especie de tapiro, que vive al Norte en los bosques ó en los ríos.

Entre los roedores de la fauna argentina, marcó Darwin diez especies de ratones ó *lauchas*, y de ellas hay una que se extiende por toda la República, hasta la Tierra del Fuego.

El conejo es muy común. La vizcacha, que pudiera titularse conejo de la Pampa, de enorme cabeza, constituye una verdadera calamidad para los campos, pues diezma las cosechas y altera el suelo con sus excavaciones. La «vizcacha de la sierra» habita, como lo indica su nombre, las regiones montañosas. El *carpincho,* especie de cerdo acuático, es el más grande de los roedores y abunda en las márgenes del río Paraná y las lagunas de Corrientes. Según cuentan, el tigre ó jaguar siente una especial predilección por la carne del carpincho y pasa los días en acecho, cerca de los cursos de agua, para sorprenderlo.

La liebre de la Patagonia, llamada *mara*, abunda en el Centro y el Sud de la República, y la *quiya*, titulada impropiamente nutria, está esparcida por todo el país.

El género de los *armadillos* ofrece el *mataco*, en la provincia de San Luis; el *peludo*, que es una especie abundante en toda la nación; el *quirquincho*, muy semejante al *peludo;* la *mulita*, famosa por la delicadeza de su carne, muy apreciada por los naturales, y el *pichi-ciego*, que labra habitaciones subterráneas, en la provincia de Mendoza.

Las especies de pájaros son más numerosas en la fauna argentina que las de mamíferos.



PAISAJE DE UNA ESTANCIA SUBTROPICAL

Abundan especialmente en las provincias del Norte, por ser vecinas al Trópico, y van disminuyendo conforme se avanza hacia el Sud y la vegetación arborescente se muestra más baja.

Las aves de presa tienen una briosa representación. La familia de los buitres ofrece tres clases: el *condor* famoso, cuyo tamaño y fuerzas han sido exagerados enormemente por algunos novelistas, describiéndolo como un ave capaz de arrebatar en sus garras á los hombres, arrastrándolos á las alturas. Esto no es cierto; pero algunas veces se le ha visto hacer presa en corderos y cervatillos, tirando de ellos con vigoroso aleteo hasta sus nidos, colgados de algún picacho. El condor abunda mucho en la Cordillera. También habita la sierra de Aconquija y la de Córdoba, aunque en esta última se le ve con menos frecuencia. El *urubu* es otro buitre que vive en el Oeste. El *gallinazo* existe principalmente en las provincias de Corrientes y Entre Ríos.

La familia de los halcones tiene el *carancho* y el *chimango*, que se encuentran en todo el país, y el gavilán, que prefiere especialmente las orillas de los ríos. Además abunda la lechuza, que ronda los alrededores de las guaridas subterráneas abiertas por la vizcacha. El llamado *rey de los pajaritos* es una pequeña lechuza especial del país.

Los loros son numerosos en ciertas regiones de la Argentina, con extraordinarias variedades. El loro común es el más conocido y la *catita*, especie de cotorra, que se ve mucho en las casas, domesticada. Los loros llamados *carpinteros* forman diversas especies en las provincias del Norte.

A la familia de los *anabatidos* pertenecen el pájaro llamado *cachalote*, sin duda por las

dimensiones de su nido, que es muy grande; el *pájaro del rey* y el *hornero*, que recibe este título por la forma de su nido, hecho de barro. El *gallito* es otro pájaro de forma y costumbres singulares.

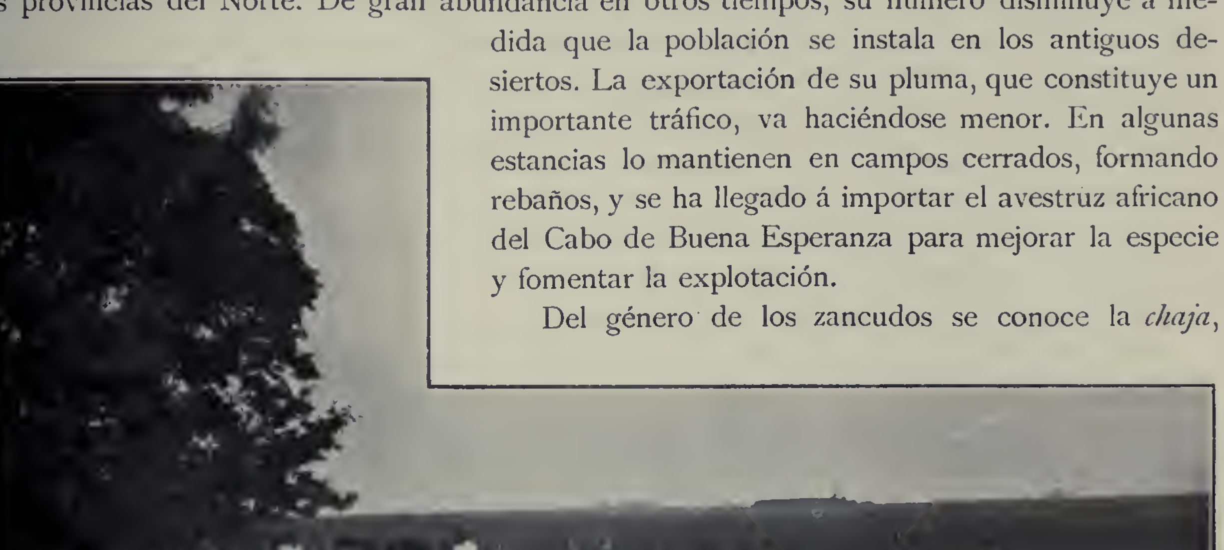
Los llamados *pica-flores* están representados por diversas especies de notable belleza, muy generalizadas en las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, y en los territorios del Chaco y Misiones. Entre los pájaros cantores figuran la *tacuara*, la calandria y el mirlo llamado *zorzal*. Además son muy conocidos el *bienteveo*, el *afrechero*, el *fueguero* ó *churrinche* y la *viudita*. Muchos de estos pájaros sólo viven en las provincias meridionales durante el verano, y al iniciarse el invierno emigran á las provincias del Norte en busca del tibio ambiente tropical. El tordo, que deposita sus huevos en los nidos de otros pájaros; el *pecho colorado* y el *pecho amarillo* abundan mucho, así como el *cardenal*, el *chingolo*, el *cachilo*, el jilguero, el *chipiu* y el *siete cuchillos*.

La familia de los cuervos comprende la urraca y otras especies indígenas. Los pájaros pescadores y las golondrinas son muy numerosos.

Entre las palomas se distinguen la torcaz, la llamada *palomita*, de gran belleza; la tórtola y otras. La perdiz es muy común, lo mismo que la bonita *martineta*, habitante de los altos hierbales. La *charata* se la encuentra en las montañas y bosques, así como las llamadas *pavas de monte*.

El avestruz americano, ó *ñandú*, vive en toda la Pampa, parte de la Patagonia y algunas provincias del Norte. De gran abundancia en otros tiempos, su número disminuye á medida que la población se instala en los antiguos desiertos. La exportación de su pluma, que constituye un importante tráfico, va haciéndose menor. En algunas estancias lo mantienen en campos cerrados, formando rebaños, y se ha llegado á importar el avestruz africano del Cabo de Buena Esperanza para mejorar la especie y fomentar la explotación.

Del género de los zancudos se conoce la *chaja*,



UN REBAÑO VIVIENDO Á CAMPO LIBRE



REBAÑO EN LA PAMPA

pájaro grande, que se encuentra en las riberas del Paraná y río Primero y en la Pampa; la *chuña*, que vive con frecuencia en estado de domesticidad; la garza, el *tuyuyu*, la cigüeña, la *espátula*, la *bandurria*, abundante en la Pampa y en las lagunas; el *terutero*, la becacina, el *chorlo*, el *batitu* y muchos otros. Las palmípedas ofrecen el flamenco y las gaviotas. Estas son muy numerosas al borde del mar y se esparcen por la Pampa, aglomerándose en torno de los secaderos de carne, donde se nutren con las entrañas de las reses sacrificadas.

Los patos ofrecen especies numerosas: el ganso, el pato, el *pinque*, el cisne, la avutarda y otros.

En las costas de la Tierra del Fuego y en algunas de la Patagonia son incontables los pinguinos.

La clase de los anfibios es numerosa en extremo, aunque todavía no están bien estudiadas todas sus variedades. La tortuga terrestre abunda mucho en la Pampa, y otras especies habitan los grandes ríos y las costas oceánicas.

Los saurios no son numerosos en el territorio platense, pero en el curso del Paraná y en las grandes lagunas de Corrientes, la de Iberá sobre todas, se encuentra el *yacaré* ó cocodrilo, que es feroz para el hombre cuando está «cebado,» según expresión de los naturales, ó sea cuando ha probado la carne humana. La *iguana*, gran lagarto exterminador de aves de corral y devorador de huevos, vive en una gran extensión del país. Las lagartijas abundan, y entre ellas la llamada *matoasto* se tiene equivocadamente por el vulgo como un animal de mordedura venenosa.



ORDEÑANDO LA VACA

Los ofidios ó reptiles ponzoñosos son desconocidos en una gran parte de la Argentina, pero al Norte constituyen un peligro en los

terrenos poco poblados. La *víbora de la cruz* es la más extendida. La *yarará* se encuentra en las márgenes del Uruguay. La serpiente de cascabel se halla en el Centro, el Norte y Oeste de la República, en los terrenos secos, donde habita bajo las piedras ó entre matorrales.



CRIADERO DE CERDOS EN UNA ESTANCIA

Los bactracios son numerosos en las cercanías de los ríos. En las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y otras, se conoce con el nombre de *escuerzo* un sapo de enormes dimensiones.

La fauna ictiológica está aún poco estudiada. Se sabe que en las costas oceánicas del Sud existen algunas variedades de ballenas, pero éstas son cada vez más raras por la incesante caza de que son objeto.

Los géneros de peces más conocidos son: las anchoas, la *palometa,* la *tararira,* la *boga*, la dorada, la corvina, el *peje-rey* y la trucha. En las aguas dulces viven diversas especies de carpas y de rayas.

En Buenos Aires, la mayor parte del pescado que se consume es importado de Montevideo, ó procede del Mar del Plata, figurando como especies más frecuentes las corvinas, pescadillas, *palometas*, congrios, *lisas*, *brótulas*, *borriquetas*, lenguados, *sargos*, *pargos,* etc. La laguna de Chascumús proporciona excelentes clases de *peje-rey*. Además, en las costas argentinas se encuentran dos ó tres especies de ostras.

Los insectos son muy numerosos. Las luciérnagas, de intensa luz, cubren los campos en ciertas noches del año con su incesante chisporroteo. El titulado *bicho moro* lo emplean las gentes rurales como vesicatorio. Hay otros insectos llamados *gallitos*, *taladros, vacas de San*



REBAÑO CON ESTABLO EN UNA ESTANCIA



LA CASA DE UNA ESTANCIA

Antonio y *taladra-orejas*. Las cucarachas abundan en las viviendas y los grillos son muy numerosos en el campo.

La langosta, que según dicen tiene su centro de procreación en las soledades del Chaco, resulta una verdadera calamidad para el país. Hay provincias que serían un portento nunca visto de fecundidad á no ser por este azote destructor, que en unas cuantas horas devora el trabajo humano de muchos meses.

Abundan las abejas en la campiña argentina, y las mariposas ostentan una magnificencia soberbia de colores. Los mosquitos y tábanos forman densas nubes en los terrenos pantanosos, y en el Chaco existe el *pique* ó *nigua*, que se introduce en la epidermis causando graves daños. Los escorpiones no son raros. Las garrapatas y el *bicho colorado,* animal muy desagradable, pululan en los campos infestando el ganado cuando las reses no están bien cuidadas y sometidas al baño.

Casi todos los animales domésticos de la República Argentina, que son los más útiles al hombre, fueron importados por los españoles en el primer siglo que siguió al descubrimiento de América. Los toros, los caballos, los asnos, los corderos, las cabras, los perros y los cerdos llegaron de España, y la mayoría de las especies que existen ahora á orillas del Plata podrían encontrar parientes en sus congéneres actuales del Sur de España, ó sea en las ganaderías de las provincias andaluzas y extremeñas.

Los gatos, conejos, pollos, gansos, patos, ocas, palomas, abejas, gusanos de seda, etc., también llegaron con los conquistadores españoles para esparcirse por el país.

Y así como los hombres del descubrimiento trajeron muchas cosas buenas, también importaron algunas malas. Los parásitos de origen europeo llegaron y se desarrollaron, indudablemente, con el hombre blanco.

* * *

Sólo teniendo en cuenta la enorme extensión de la República Argentina, que comprende 33 grados desde la zona tropical y subtropical hasta la austral, puede uno concebir la inmensa diversidad de la flora de este país. Los climas varían mucho favorecidos por el relieve del suelo, y éste contiene una



PARQUE DE UNA ESTANCIA



BAÑO DE TOROS EN UNA ESTANCIA

incalculable fuerza germinativa. Los ríos caudalosos, lagos, lagunas y esteros contribuyen también á fomentar una opulenta y variada vegetación.

Todavía quedan por estudiar la mayor parte de las plantas de la Argentina, y sin embargo, las especies conocidas son más de 12.000. Según los naturalistas Holmberg, Spegazzini y Gallardo, la República del Plata contiene en su vegetación la décima parte de la flora universal. ¡Júzguese por tal dato lo que es la vegetación de este país asombroso! . . .

Nueve formaciones diferentes distinguen algunos sabios que han estudiado el suelo argentino, al describir su flora de Sud á Norte: la de los bosques antárticos, la formación patagónica, la de la Pampa, la del chañar, la subtropical, la del Chaco, la paraguaya y la mesopotámica.

En la primera, el clima marítimo, abundante en lluvias, ha producido una gigantesca vegetación allí donde los repliegues del terreno sirven de abrigo á los furiosos vientos. Los árboles más abundantes en ella son los álamos de enormes proporciones.

De la flora patagónica ya hablamos al describir los ríos y lagos de su altiplanicie. En el valle del río Negro abunda el sáuce americano, muy útil para la construcción, y en las demás llanuras patagónicas se entremezclan las plantas herbáceas, los arbustos y los árboles. Las gramíneas, y en especial la llamada *alfilerillo,* proporcionan un pasto suculento á las ovejas. Los arbustos llegan á ser tan elevados, que ocultan á un jinete sobre su cabalgadura. Las plantas leñosas son la vegetación característica de la zona patagónica.

Por el contrario, la de la Pampa se halla privada casi por completo de estos arbustos


«LADOR», PADRILLO DE CARRERA

leñosos, pero en cambio abunda exuberantemente en gramíneas. Las gentes de la Pampa distinguen dos clases de pastos: el duro y el blando. El *pasto duro* se compone de verdaderas gramíneas y constituye un excelente alimento, más conveniente para los bueyes y caballos que para las ovejas. Entran en este «pasto duro» la hierba llamada *revienta caballo*, el *camambú*, la *quinoa*, el *yuyo de sapo* y el *yuyo amarillo.* El «pasto blando», que la gente llama *gramillas*, se compone, efectivamente, de gramas mezcladas con otras herbáceas, como el trébol ordinario, el trébol odorífero, el alfilerillo y muchísimas más. Estas plantas son un excelente alimento para los corderos. En los lugares pantanosos crecen las llamadas «hierbas agrias» para distinguirlas de las «hierbas dulces» de los terrenos secos. Entre los árboles de la región de la Pampa, el más general y famoso es el ombú, muy apreciado por su sombra, y que ha sido cantado por los poetas como símbolo del hogar y la patria.


CORDERO LINCOLN (PRIMER PREMIO)

La región del chañar, que se encuentra á continuación de la Pampa, marchando hacia el Norte, está compuesta de bosques y matorrales. Entran en ella parte de las provincias de Córdoba, Santiago, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis, y se asemeja á la formación patagónica por su abundancia de plantas leñosas. Es inexplicable cómo han podido formarse bosques en este terreno seco, mientras que la Pampa, que es húmeda, careció siempre de ellos.

Casi todos los árboles y arbustos de la región del chañar son de talla mezquina, y sus ramas están guarnecidas de espinas y hojas punzantes. El algarrobo es de gran utilidad en esta vegetación por su madera resistente. Sus frutos son un buen alimento para los animales. Además se saca de ellos una pasta comestible llamada *patai* y una bebida, la *aloja*, que, al fermentar, resulta alcohólica. El *ñandubay* es una especie de acacia cuyos frutos guardan mucho tanino, y cuya madera sirve para las cercas.


TORO PADRILLO DE UNA ESTANCIA

De todos los árboles de esta vegetación, el más importante y valioso es el llamado *quebracho*, que se divide en tres especies de distinta familia. El «quebracho flojo» ó *quirilui*, es casi un arbusto cuya madera no tiene aplicación industrial y sólo sirve para levantar cercas campestres. El «quebracho blanco» forma extensos bosques. Su madera se utiliza para construcciones, y su cor-


UN ESTABLO DE UNA ESTANCIA

teza amarga en los remedios populares. Pero el quebracho más valioso es «el colorado», que llega á desarrollarse como un árbol corpulento. Su madera tiene casi la dureza del acero y es de gran valor para «durmientes» de vías férreas y para construcciones sumergidas, pues resiste mucho á la humedad. La explotación del quebracho es hoy una de las riquezas más considerables de la Argentina.

El arbusto característico de esta formación es el *chañar*, que la da el nombre. Su madera es resistente y muy apreciada; además, produce un fruto dulce, de agradable sabor. En la región subtropical, el *chañar* toma la forma de un árbol elevado. La *brea*, semejante al *chañar*, produce una resina en la provincia de Catamarca. El *cucharero* es otro árbol de madera dura que sirve para la fabricación de diversos objetos tallados, especialmente cucharas.

Las gramíneas, base del pastoreo, cubren la tierra en grandes extensiones. La hierba llamada *mata-pulga*, que crece entre ellas, se emplea como insecticida. En las regiones donde no falta el agua, da este suelo magníficas cosechas, y los valles húmedos son fecundos vergeles.


CABALLADA DE UNA ESTANCIA

La formación subtropical constituye lo que se llama en Argentina «el jardín de la República», por la magnificencia de sus paisajes y la fecundidad de su suelo. En ella está Tucumán rodeada de espléndidos cultivos. La sierra de Aconquija, con la humedad que recoge y los ríos que bajan de sus cumbres,



CABALLO PURO HACKNEY

hace la principal riqueza de este país privilegiado. En la formación subtropical distinguen algunos naturalistas varias zonas: la del bosque, la del parque, la zona del cebil, la del quebracho, la del aliso y la de las praderas alpestres.

El bosque subtropical ocupa la ladera oriente de las montañas, y se compone de árboles gigantescos, á la sombra de los cuales vegetan innumerables arbustos. En las partes húmedas y sombrías crecen los helechos, y en las soleadas y al descubierto, gran variedad de gramíneas. Los troncos de los árboles se cubren de orquídeas, musgos y líquenes. Las lianas gigantescas se arrollan de árbol en árbol, dejando pender sus raíces supletorias hasta el suelo, mientras las ramas se cubren en primavera de flores magníficas. Los bosques de Tucumán y de Orán son una hermosa muestra de esta vegetación.



PADRILLO DE CARRERA

Entre los árboles enormes, descuella el *tipa*, de espléndido follaje, que en algunos sitios llega á 50 metros de altura, con las primeras ramas á una altura de 20 ó 25. El laurel toma también proporciones gigantescas. El nogal es igualmente grande, así como los llamados *ramo colorado* y *ramo blanco*. El cedro, cuya madera es muy apreciada por los ebanistas, forma bosques enteros. El *cebil*, especie de acacia, se divide en las especies de *blanco*, *colorado* y *horco*. El mirto y el arrayán llegan á ser árboles majestuosos, así como los llamados *palo de San Antonio* y *lanza blanca*.

«BARONET», FAMOSO PADRILLO

El titulado *palo borracho* figura entre los árboles más altos. Tiene el tronco abombado en su parte media, guarnecido de espinas cuadrangulares; sus flores son blancas y sus frutos están rellenos de un algodón filamentoso, que sirve para la fabricación de mechas. El *lapacho* aparece como uno de los más bellos ornamentos de la selva subtropical. Es de enorme altura, emerge por encima de todas las copas del bosque y al llegar la primavera se cubre de flores amarillas, rosa ó violeta.

Entre los árboles de gran talla figuran, además, el *urunday*, el *quina-quina,* que guarda una resina aromática; el *cascarón,* el roble, la *mora*, el *tatané,* el *espinillo*, de flores perfumadas; el *palo mortero,* muy parecido al *tipa;* el *pacay* y el *suiquillo*; todos ellos con excelentes maderas aprovechables.



PADRILLO PERCHERÓN

Los árboles menos elevados, pero también de algún valor, son el *zapallo caspi,* de madera muy porosa; el *duraznillo blanco*, el *coronillo*, el *vicaru*, el *chalchal,* el *runacaspi* y la *coca del monte*. Además, el *naranjo silvestre* abunda mucho en estos bosques, procedente, sin duda, de algunos granos arrastrados por el viento ó esparcidos al azar, y hay un cocotero de montaña, llamado el *cochuchu*, que marca el límite superior del bosque subtropical.



UNA TRILLADORA TRABAJANDO

Las plantas trepadoras son numerosas y magníficas en los bosques de Tucumán. A las más grandes las llaman *bejucos* los naturales del país, y á las pequeñas, *enredaderas*. De estas últimas, la apodada *tripa de fraile* es muy conocida, tanto en Tucumán como en la provincia de Córdoba. Las orquídeas, musgos y líquenes, ya hemos dicho que abundan sobremanera en estos bosques frondosos. Las gramíneas forman por completo el pasto de la región, pero éste es poco abundante á causa de la sombra que proyectan los árboles.

La sección llamada del *parque* es distinta de la del bosque, porque en ella los árboles forman pequeños grupos con amplios intervalos de matorrales, praderas y árboles aislados. Esta región del *parque* es muy fértil y la explota el hombre cultivando, con grandes resultados, la caña de azúcar y el maíz. También se empieza á sembrar en ella el arroz y el tabaco. Los árboles de esta región son los mismos que en la del bosque, y además varias especies nuevas, como el *lecherón*, la *pacara*, cuyos frutos proporcionan un jabón natural; la *higuerita*, el *tarco*, que se emplea como remedio popular para las enfermedades venéreas; el *ceibo*, de hermosas flores rojas, y el *sombrero del toro*, que da frutos comestibles y sabrosos. En sus praderas la hierba es más espesa y nutritiva que en el bosque y proporciona magnífico alimento á los rebaños.



CORDERO LINCOLN

Primer premio en la Exposición de Palermo (Buenos Aires, 1903).

En la zona del *cebil* predomina este árbol, acompañado del *guayacán* y algunos arbustos. El *cebil* es de gran utilidad para los naturales, gracias á su corteza, que con-



«PRINCE ALASTAIR», FAMOSO PADRILLO

tiene mucho tanino. La pradera es también en esta zona muy nutritiva para el ganado.

En la zona del *quebracho colorado* figura principalmente este árbol con el *talas* y el *mirtol*. Es elevado y espléndido, con una copa muy frondosa, y su madera la buscan mucho para importantes explotaciones industriales.

La zona del pino se extiende por encima del bosque subtropical en las vertientes escarpadas de la Cordillera, más bien que en las de Aconquija. Es un árbol de mediana talla, muy ramificado y de copa compacta, que no se parece en nada á los pinos europeos.

La zona del aliso es menos uniforme que la del pino. El aliso forma bosques espesos y sombríos en las pendientes escarpadas y en los barrancos profundos.

CARNEROS DE UN AÑO

La zona del *queñoa* debe este nombre al árbol que la caracteriza, muy nudoso y ramificado, cuya altura alcanza unos veinte pies. Su madera es dura y su corteza rugosa, semejante á la hoja seca del tabaco. Por esto en la sierra de Córdoba lo llaman *tabaquillo*.

Las praderas alpestres ocupan la vertiente occidental de las montañas y abundan en ellas las gramíneas, formando numerosas especies. Matorrales espesos cortan muchas veces estas praderas. En las regiones altas de la Cordillera, más arriba aún de las praderas alpestres, reina un clima duro y desagradable. El suelo es estéril, el agua poco frecuente y la flora, pobre, sólo ofrece los matorrales y arbustos propios de la *puna*.



«POLIKAO II», FAMOSO PADRILLO

Separándose de la Cordillera con dirección Este, el clima es más seco y la vegetación va cambiando. Al llegar al Chaco, los árboles magníficos de la selva subtropical parece como que se encogen, son más reducidos; pero en cambio aumentan las alturas y frondosidades de los matorrales. De vez en cuando cesa el bosque, para dejar espacio á praderas amplias cubiertas de gramíneas. El árbol



SACOS DE TRIGO EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

más generalizado en la formación del Chaco es el *duraznillo*, de talla elevada y espeso ramaje. Su madera es dura y su corteza tiene el color del tabaco. Otro árbol igualmente característico es el *palo santo*, de madera muy resinosa, á la que las gentes del país atribuyen virtudes medicinales. Junto con él crece en la selva chaqueña el llamado *palo mataco*.

También son muy comunes el *vinal* y el *quilino*, dos árboles de forma grotesca, erizados de grandes espinas. El *vinal* es muy estimado, porque sus frutos sirven de alimento á los animales, sus hojas curan algunas enfermedades de los ojos y la madera es buena para quemar.

El *chaguary* proporciona unas fibras muy fuertes que utilizan los indios para confeccionar cuerdas y rudos tejidos de larga duración, especialmente camisas y petos, que les sirven de corazas contra las flechas.

La llamada formación paraguaya se extiende por el Norte de la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones. Bosques semejantes á los de la formación subtropical cubren el suelo. El arbusto característico es la *hierba mate*, que dió considerables provechos á los jesuítas cuando explotaban este producto, tan generalizado hoy en la Argentina y otras naciones sudamericanas.

La formación titulada mesopotámica es la que domina en las



«ALFONSO I», PADRILLO PREMIADO EN LA EXPOSICIÓN DE PALERMO

provincias de Corrientes y Entre Ríos. Esta formación, aunque vecina á la de la Pampa, difiere de ella por su abundancia en árboles y arbustos. Bosques y matorrales no faltan en su territorio. La famosa selva de Montiel, aunque muy maltratada y recortada por el hombre, llena aún una gran parte del suelo. Las riberas del Paraná y el Uruguay tienen magníficas espesuras, en las cuales domina un árbol llamado *yatay*. En las ricas praderas mesopotámicas abundan ciertas hierbas características de este país.

V

AGRICULTURA, GANADERÍA Y COMERCIO

En uno de los innumerables banquetes con que me obsequiaron al recorrer las provincias y territorios de Argentina, experimenté á la hora de los brindis una emoción intensa escuchando á cierto orador.

Hababa fría y pausadamente, sin nerviosos arrebatos de elocuencia, como un señor convencido de que dice las cosas mal y no las puede decir de otro modo, pero satisfecho al mismo tiempo de que sus palabras no sean meras sonoridades, sino exacta y escueta representación de algo positivo... Digo que me conmovió, y más hondamente que todos los grandes artistas de la oratoria que he escuchado. ¡Ah, su humilde palabra, tímida y vacilante, que despertaba estremecimientos de admiración!...

— Habéis venido, señor — decía —, á una tierra que ha progresado mucho en el espacio de unos cuantos años, y que ya puede gritar con orgullo al resto del mundo: «Mira, esta es mi obra: esto es lo que yo he añadido al capital de la humanidad». Hace un siglo éramos poco más de medio millón de argentinos: hoy somos seis millones. Nuestros ganados, casi salvajes, parecían entonces numerosos, y sin embargo, ni por su cantidad ni su calidad podían compararse con los del presente. Cien millones de ovejas y cabras, cuarenta de toros, más de diez de caballos y mulas, forman ahora, señor, en números redondos, nuestra riqueza ganadera. Hace treinta años comíamos pan todos los días porque Chile y otras naciones querían vendernos sus trigos sobrantes. Hoy exportamos el excedente de nuestros cereales á todos los mercados, y hasta empezamos á introducir trigo en la América del Norte.

Y los oyentes, entusiasmados por esta arenga, simple y tranquila, no podían contener su emoción. ¡Llegar á introducir cereales en los Estados Unidos! ¡Vender trigo al gigante de la producción universal!... Los labios trémulos necesitaban exteriorizar con palabras su entusiasmo. «¡Viva la Argentina!» Y yo asentía mentalmente á esta aclamación. Sí: justo era vitorear á un país que en tan pocos años realizaba tales prodigios.

Aquel orador, á pesar de su frialdad, era un gran tribuno de los tiempos modernos. Me recordaba á Napoleón diciendo al Directorio: «Cuando me entregásteis los ejércitos, el país se hallaba en un estado deplorable y sólo alcanzaba á determinados límites: ahora es rico por las victorias y tiene nuevas provincias, grandes como reinos»... No había otra diferencia que la del lugar, la especie de las conquistas y el aparato escénico. Pero, indudablemente, las victorias cantadas con voz tímida y ademán sobrio por aquel orador obscuro, valían para el bienestar humano mucho más que las conquistas del glorioso capitán.

La agricultura y la ganadería han realizado en la República del Plata un progreso

enorme. Tal vez en los tiempos actuales ninguna manifestación del trabajo humano ha marchado tan aprisa.

Hace pocos años la agricultura argentina era algo rudimentario, con más carácter de ensayo tímido que de explotación. Sólo una pequeñísima parte del suelo recibía la caricia del arado. El trigo no bastaba para las necesidades nacionales y había que importarlo. Los ganaderos y pastores, al mantener la tierra sin cultivo, dedicada por entero al sustento silvestre de las reses mal cuidadas, se nutrían de carne, y si comían pan era porque Chile y otras naciones (como afirmaba el orador) querían venderles sus trigos. Los campos de cereales de Santa Fe, que hoy son inmensos mares de grano, no bastaban para el consumo nacional. Inútil es decir que no se conocía la exportación.

Sólo á partir de 1878 empezó el trigo argentino á ser superior en cantidad á las



RECOGIENDO TRIGO

necesidades del país. Se inauguró entonces la exportación, que ha ido aumentando año por año hasta invadir los mercados del mundo. En 1887, nueve años después, había embarcado la Argentina en sus puertos, para el consumo de Europa, 238 millones de kilos de trigo, 7 millones de kilos de harina, 362 millones de kilos de maíz y 82 millones de kilos de simiente de lino. Imposible marchar más rápidamente en menos tiempo.

La agricultura argentina tenía ya en dicho año entregadas al cultivo 2 millones y medio de hectáreas, importante extensión de tierra, de la cual un 33 por 100 estaba dedicado al trigo; una cantidad igual al maíz; un 16 por 100 á la alfalfa; un 5 por 100 al lino; un 1 por 100 á la cebada, y otras fracciones á la viña y la caña de azúcar.

Desde entonces ha venido desarrollándose rápidamente, á pesar de las hondas crisis que sufrió el país en 1888 y 1890 por las desmedidas especulaciones y las catástrofes financieras, producto de locos despilfarros y de un desarrollo sobradamente veloz. En 1905 las hectáreas cultivadas ascendían á 10 millones y medio, de las cuales 5 millones de hectáreas pertenecían al trigo, 1 millón al lino, 2 y medio al maíz y 2 á la alfalfa.

¿Cuántas hectáreas de suelo tiene hoy la Argentina en explotación? Tal vez doce millones: tal vez trece. Imposible fijar el número con puntualidad. Consignaría yo una cifra en el momento en que escribo estas líneas, y cuando el libro llegase á manos del lector esta cifra sería ya inexacta, pues en el corto espacio de tiempo transcurrido la cantidad de tierra cultivada habría aumentado considerablemente.

Cada día que pasa, nuevos fragmentos de suelo desmontado y arado se incorporan al



CASA DE UN CAPATAZ DE ESTANCIA

tesoro agrícola nacional. De sol á sol, la tierra argentina se ve modificada en alguna de sus partes. No transcurren veinticuatro horas sin que el hombre esquile algún rodal en la maraña de vegetación salvaje, que aún cubre parte de la superficie del país, destruyendo arbustos, quemando malezas, hincando el arado en la tierra endurecida por los siglos, para romperla, voltearla, desmenuzarla y peinarla, haciendo emerger de sus entrañas energías fecundantes.

Los vientos de la Pampa, que antes soplaban sobre la inmensidad salvaje del desierto, sin encontrar otros séres que los rebaños vigilados por el solitario pastor, ni otras viviendas que los ranchos bajos y míseros, cual guaridas de topos, hoy tropiezan con el caserío de extensas poblaciones y hacen ondear como mares de oro y esmeralda los rubios trigales que se pierden de vista, las lanzas crujientes y emborladas de rojo de las cañas del maíz, la alfalfa de un verde tierno que se riza y ondula, lo mismo que un lago, al más leve empujón de la brisa.

Máquinas con garras de acero y cortantes cilindros, que tajan y voltean los terrones, se arrastran sobre los campos, modificándolos rápidamente. El páramo endurecido, de una costra blancuzca, deja al descubierto sus entrañas jugosas de bermellón, ocultas durante siglos, al sentir el peso de los férreos artefactos, ruidosos, abrumadores, vomitando humo.

La aradora de numerosos discos, con unas cuantas vueltas de su marcha jadeante, convierte el desierto, compacto, duro y repelente, en tierra blanda y amorosa, que espera abierta las caricias de la fecundación. Las sembradoras derraman automáticamente su lluvia sólida de gérmenes en los frescos surcos, con una regularidad mecánica, trazando la vida á cordel. Las segadoras abaten las mieses con un *tric-trac* colosal, esquilando la tierra como si fuese el lomo de una bestia inmensa. El viejo gaucho, inmóvil en su caballo cual un centauro, acaba por llevarse la mano bajo el sombrero, rascándose la mollera con expresión de asombro y de duda, y piensa en el diablo, en el temible *Juan sin Ropa*, al ver funcionar ciertas máquinas que en el transcurso de varios segundos, con sólo un impulso de sus engranajes, ruedas y resortes cortan la mies, separan la paja de la espiga, desgranan ésta y encierran el trigo en sacos ó bolsas, que van dejando en el rastrojo.

Los puertos tienen edificios enormes, erizados de torrecillas como una catedral gótica. Son los elevadores que toman mecánicamente el trigo de las carretas ó los vagones, lo bajan á sus cuevas en forma de cascada que humea polvo, lo hacen ascender de piso en piso por cintas automáticas, lo obligan á rodar en la espiral de las limpiadoras, hasta que subido á lo más alto del edificio se derrumba como un chorro de oro en las entrañas de los vapores y veleros anclados al pie del coloso.

En las estaciones de ferrocarril los sacos de grano se amontonan en formas geométricas, como una construcción ciclópea. Son pirámides faraónicas, templos asirios que sólo viven unos cuantos días. El ferrocarril los demuele, arrancando sus bloques uno por uno, y estos frag-

mentos, más útiles que el cascote artístico de las ruinas famosas, se esparcen por el mundo para el sustento de los hombres.

¡Ay! ¿Qué se hicieron el arado romano con sus tardas yuntas de bueyes, el arremangado brazo del sembrador de vigorosos voleos, las tropes de segadores en cuclillas, moviendo sus hoces, serpenteantes á la luz del sol como anguilas de plata nadando en la atmósfera? . . .



CARNERO, PRIMER PREMIO

En este rápido progreso de la agricultura argentina hay campos que han pasado del matorral del desierto y el quietismo de la aridez á la aradora y la sembradora de vapor, sin haber visto jamás el arado de bestias uncidas ni las labores hechas por mano de hombre. Son semejantes á ciertas poblaciones de este país de maravillas que han saltado desde la toldería india, hecha de ramas y barro y alumbrada por el resplandor de la hoguera, á la ciudad de blancas calles, plazas con jardines é iluminación eléctrica, ignorando los titubeos de un pueblo en formación y los temblores rojizos del petróleo y el gas.



«ASTÓN», PADRILLO DE CARRERA

Se siente asombro al volver la memoria á un pasado no lejano, y comparar lo que era el campo argentino hace treinta y cinco años y lo que es actualmente.

Uno de los errores europeos es imaginarse la Argentina tal como la describieron algunos autores de hace dos ó tres décadas. La estancia ó explotación agrícola de entonces era la clásica, la que hemos visto reproducida tantas veces en cuadros y grabados: las reses pastando diseminadas en campos infinitos, faltas de refugio, expuestas á todas las variaciones del tiempo, á las crueldades del vendaval, sin otra defensa que acurrucarse en el suelo ocultando la cabeza entre las patas para defenderse de la lluvia ó el viento; los dueños, vestidos lo mismo que los gauchos; sus casas distinguiéndose del rancho por ser de ladrillo, con techumbres de zinc, pero tan rústicas y faltas de comodidad en su interior como las viviendas de los peones.

En las provincias algo apartadas de Buenos Aires aún se mantiene este tipo de estancia; pero en la Argentina Central se halla muy modificado.

Casi todas las estancias modernas son mixtas, dedicándose á la vez á la agricultura y la ganadería. Los rebaños viven en prados artificiales, en campos de alfalfa sometidos á la irrigación, que ofrecen un tierno verdor. Las reses no necesitan separarse, al vivir en tal abundancia, y pastan juntas. El pedazo de suelo que antes bastaba apenas para el mantenimiento de un animal, teniendo que ir



UNA MUESTRA DE ALGODÓN DE MISIONES
(Exposición Agrícola de Buenos Aires).



UN MONTÓN DE ALFALFA

éste de matoja en matoja para encontrar unas briznas útiles, sustenta hoy grupos compactos de reses. Hay extensiones de 20.000 hectáreas (ocho leguas) plantadas de alfalfa, superficie que, por lo enorme, escapa á la concepción de un europeo. El antiguo corral ha sido reemplazado por cuadras y establos donde se refugia el ganado durante las inclemencias del tiempo.

Antes había que cabalgar largas horas y aun días enteros, para llegar á una estancia. Hoy el ferrocarril deja al visitante dentro de sus límites, y un carruaje de última moda, tirado por caballos de lujo, ó un automóvil elegante, le lleva desde la estación á la casa del propietario.

Muchas viviendas de estancieros son verdaderos palacetes, blancos y sobrios á la inglesa ó con los graciosos estilos del Renacimiento. En torno de ellos existe siempre un parque de varias hectáreas con árboles europeos, invernaderos de flores exóticas, fuentes de bronce y mármol y aves raras que extienden en las avenidas los abanicos de su plumaje multicolor.

Cuando llegáis como invitados, os recibe el dueño vistiendo elegante traje de montar, pues viene de recorrer sus extensos dominios; pero luego, á la hora de la comida, lo encontráis puesto de *smoking*, lo mismo que todos los varones de la familia, y á las señoras vestidas con arreglo al último figurín, descotadas y con joyas.

El comedor es de la casa Maple, de Londres, ó de algún mueblista de París: la luz de las bujías hace brillar la plata del servicio, ó saca centellas irisadas de los cristales tallados: las flores forman guirnaldas sobre los arabescos de la fina mantelería. ¡Y estáis en el desierto, á muchas leguas de toda población, rodeados de toros, caballos y rústicos pastores! . . .

El dueño os pregunta vuestra opinión sobre su cocinero, y una vez servido el café en otra pieza adornada con grabados ingleses que representan corceles de carrera y trahillas de perros, escucháis, mientras humea vuestro habano, á la señora de la casa, que en el vecino salón deja correr sus manos sobre un piano de cola. El estanciero muestra con un orgullo de padre satisfecho las copas de plata y las medallas que lleva ganadas en las Exposiciones de Buenos Aires por el mérito de sus bestias ó la calidad de su alfalfa, y os comunica sus esperanzas acerca de los próximos concursos en el Parque de Palermo, con la emoción de un artista que prepara el envío de un cuadro ó una estatua.

Luego os introduce en su biblioteca, habitación de una severidad británica, con profundos sillones de obscuro marroquí y barnizados estantes, donde se alinean todas las enciclopedias inglesas, francesas é italianas que tratan de agricultura y ganadería. Algunos hasta son bibliófilos, y os muestran ediciones raras de libros españoles de los siglos XVII y XVIII; tratados para

el cultivo de la tierra y el cuidado y remedio de las enfermedades de las bestias.

— Si quiere usted saber algo del mundo — os dice con sonrisa de satisfacción — ahí tiene con qué enterarse.

Y muestran un velador, en el centro de la biblioteca, sobre el que están apilados los principales diarios de París y Londres juntos con los de Buenos Aires; revistas ilustradas escritas en francés, inglés y alemán; publicaciones de modas y *sports*, y hasta boletines de Academias de Medicina, que contienen artículos sobre ciertas enfermedades del ganado.

EL CAMPEÓN DE LOS BORREGOS LINCOLN EN LA ARGENTINA

El dueño de la casa es algunas veces más fuerte en idiomas que el visitante, á pesar de vivir en el campo y no preocuparse de estudios. El país, con su cosmopolitismo, le ha servido de maestro. El padre era inglés, la madre argentina, su esposa hija de franceses; un tío suyo, casado con una hermana de su madre, era español; otro era italiano; las niñas hablan alemán y tienen una institutriz germánica que dirige la casa; el mayordomo es australiano, el cocinero polaco, y toda esta asociación de orígenes aporta al idioma usado en la estancia un conocimiento superficial, pero continuo, de las diversas lenguas.



TORO CAMPEÓN EN 1900

Recuerdo que, viajando por el Norte de la Patagonia, viví un par de días deliciosos en la estancia de un amigo mío francés, situada junto al río Colorado. Hacía algunas semanas que no estaba enterado de lo que ocurría en el mundo, y más de seis meses que no había abierto un libro de Europa.

—Lea usted—me dijo el estanciero —. Está usted en su casa.

Y mientras él, montando á caballo salía con un peón á ver sus ovejas ó pasaba parte de la noche en el club de un pueblo inmediato, yo, encerrado en la biblioteca de la estancia, devoraba las revistas francesas recién llegadas, los libros aparecidos en el último semestre. Todo lo de París estaba allí.



TRILLA EN LA PAMPA

Llovía mucho. Cuando me sentía fatigado, asomábame á la terraza de la estancia, llena aún la retina y el pensamiento de las imágenes é ideas del centro de Europa, y experimentaba una impresión de asombro viendo los campos inmensos, cubiertos de matorrales, sin una casa, sin otro vestigio de vida que las ovejas que, con los vellones chorreantes, buscaban refugio entre los raquíticos arbustos. Las aguas del río Colorado rodaban invisibles á pocos pasos, con feroz gruñido, entre dos pendientes de salvaje vegetación. De vez en cuando un trote, un grito humano, y veía pasar á lo lejos un sombrero y la parte alta de un poncho, saltando por encima de la espesura á impulsos del galopar de un caballo invisible. ¡La majestuosa soledad de la Pampa virgen, sorprendiéndome en plena lectura de frivolidades literarias! ¡Aquel amigo estanciero, deleitándose en la contemplación del retrato de alguna artista mundana de París, enterándose de las últimas modas, leyendo las novelas más ligeras y recientes, casi en pleno desierto, á orillas del Colorado, donde aún existen los emplazamientos de los fortines que hace treinta años repelían al jinete patagón y sus temibles *malones!*

En otra estancia más grande y rica, situada en el centro de la provincia de Buenos Aires, pude apreciar con mayor claridad este contraste entre el pasado y el presente. Acabábamos de almorzar en el suntuoso comedor. El dueño de la estancia me mostraba en los establos, inmediatos al edificio, claros, elegantes y confortables como salones, sus bestias de precio; toros y caballos, adquiridos en exposiciones y destinados á la reproducción. Muchos de estos animales habían obtenido premios en los concursos de Inglaterra, comprándolos el estanciero á precios fabulosos, para la mejora de la raza. Un toro le había costado 30.000 francos. Más allá un gallardo corcel de carrera, con los ojos enrojecidos por su ardiente sangre, representaba un precio mucho mayor.

— Fíjese bien, amigo — decía el estanciero con orgullo. — Pocos animales verá en su vida como éstos.

La brisa de la tarde conmovía con dulce susurro el parque de la estancia, hermoso y elegante como un jardín versallesco. El musgo de los arriates estaba limpio y cepillado lo mismo que un tapiz de peluche verde. En las avenidas sonaban risas y carreras. Algunas niñas, vestidas de blondas, con faldas huecas como bailarinas, adorables monigotes de lujosa gracia, jugaban vigiladas por una institutriz, lo mismo que si estuvieran en las Tullerías ó los Campos Elíseos. Llegaban hasta nosotros los lejanos ecos de un piano. La señora de la casa, luego de departir sobre literatura y arte durante el almuerzo, despertaba con sus manos el marfileño teclado, haciéndole cantar el himno á la Primavera, de *La Walkyria*. . . ¡El bienestar, la riqueza, todos los refinamientos de la civilización en medio de la soledad adusta y monótona de las pampas!

Junto al palacete vi un edificio viejo, un cubo robusto de mampostería con ventanucos estrechos, parecidos á saeteras, y que empezaba á desmoronarse por su parte superior.

El dueño, adivinando mi extrañeza, me habló de él en tono de excusa:

— Es un resto de la antigua estancia: una torre de defensa. Debía demolerla, pero no me decido á hacerlo. Tengo remordimiento... Vea, amigo, la construyó mi padre.

Luego continuó:

— Cuando los indios invadían la estancia para robarnos animales, y eran muchos, un *malon* fuerte, papá, se encerraba aquí con los peones armados, y ¡fuego! por las aspilleras contra todo el que se aproximaba á la casa. Á veces, el bloqueo duraba algunos días.

— ¿Y hace mucho tiempo de eso? . . .

El estanciero reflexionó.

— Me acuerdo vagamente de una vez que papá nos despertó á media noche á mi madre

y á mí para llevarnos á la torre. Un peón había llegado con la noticia de que los indios se acercaban. Hasta creo que pasé ahí dentro un poco de hambre . . . Esto debió ocurrir hace unos treinta y cuatro años.

* * *

En tres regiones puede dividirse el territorio argentino apto para la agricultura: la región septentrional, situada al Norte, más allá de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos: la región Central, que empieza con estas provincias y acaba en el Sud de la provincia de Buenos Aires y del territorio de la Pampa, comprendiendo una gran parte de las gobernaciones de Río Negro y Neuquén: la región del Sud, que partiendo de estos límites llega hasta la Tierra del Fuego.

La región agrícola del Norte se caracteriza por un clima caliente, abundantes lluvias en su parte oriental y menos abundantes en la occidental. La del Centro tiene un clima más templado, goza de lluvias regularmente distribuídas en su parte oriental y muy raras en la parte opuesta, donde menudean los períodos de sequía. En la región Sud, las lluvias aun son menos frecuentes y el clima más duro; pero hay que hacer excepción de los territorios del Oeste, vecinos á la Cordillera y los del extremo Sud, que se hallan en la zona lluviosa.

La experiencia, que tanto influye en la agricultura, ha venido, tras numerosas observaciones, á establecer una selección de cultivos, repartiéndolos por el país con arreglo al clima y las condiciones del suelo. Los cereales, tales como el trigo, la cebada, la avena y el maíz, son cultivados en grandes extensiones en las provincias del Centro: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y el territorio de la Pampa. El maíz también se extiende mucho por las provincias del Norte. Ciertas plantas oleaginosas encuentran condiciones propicias en la región septentrional, pero el lino y la colza que prosperan en ella, aún están más extendidos en el Centro, ó sea en la región de los cereales.

La caña de azúcar encuentra en esta geografía agrícola su lugar apropiado en la región del Norte, principalmente en Tucumán, con ramificaciones en Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Corrientes, Santa Fe (parte septentrional), Formosa, el Chaco y Misiones. El cultivo de dicha caña sostiene poderosos centros industriales. En Corrientes y Misiones



CONDUCIENDO LA COSECHA Á LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

se cultiva igualmente el algodón, que da un producto muy fino, superior según los entendidos al que proporcionan los países algodoneros de más fama.

La viña es cultivada principalmente en las provincias de Mendoza y San Juan, que ofrecen para esta planta buenas condiciones de clima y de suelo. Además, los canales de irrigación que existen en las citadas provincias la defienden de la sequía. Es indudable que fuera de ellas la viña puede prosperar igualmente. Existen viñedos, aunque de menor importancia, en La Rioja, Catamarca, Salta y Entre Ríos. Las tierras del valle de Río Negro son también muy adecuadas para este cultivo.

La ganadería tiene sus principales centros en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, en el Sud de la de Córdoba y en una gran parte de la Pampa. En el extremo Sud, cerca de los lagos de la Cordillera, aumenta considerablemente el pastoreo de ovejas, formando importantes colonias ganaderas.

La agricultura argentina es importantísima y merece grandes elogios por los progresos que ha realizado en pocos años; pero como todas las obras humanas, no está exenta de graves defectos. El más principal consiste en la forma que ofrece la propiedad.

Un autor de notables estudios estadísticos, el escritor argentino D. Alberto B. Martínez, ataca en varios libros esta constitución de la propiedad como una de las rémoras que dificultan el progreso del país.

«La Argentina — dice este autor — se halla aún, desde el punto de vista de la constitución de la propiedad agrícola, en un estado primitivo, casi feudal, en razón de la extensión enorme de tierras, que se hallan acaparadas por un pequeño número de poseedores. Éstos las utilizan unas veces para la ganadería, formando los establecimientos llamados «estancias», y otras para explotaciones agrícolas; pero en los más de los casos dejan improductivo el suelo, esperando que el tiempo y el progreso económico del país vengan á darle un valor que su propio esfuerzo es incapaz de imprimirle.

»Las «estancias», que forman el sistema más peneralizado de la explotación del suelo, ocupan superficies que varían entre 5.000 y 75.000 hectáreas. Algunas hay que llegan á tener 175.000 hectáreas (¡68 leguas cuadradas!). Muchas de ellas están situadas á pocas horas de la ciudad de Buenos Aires y tocan á los límites de centros urbanos importantes. Tales extensiones de tierras, consagradas á la ganadería y pertenecientes á simples particulares, no se explican ni se conciben en las naciones europeas, donde los dominios privados están muy subdivididos, ni aun en un país nuevo y de inmensa superficie, como los Estados Unidos de la América del Norte, donde más de una mitad de las tierras cultivadas se dividen en granjas menores de 40 hectáreas, pues las mayores de 400, que sirven á la vez al cultivo y la ganadería, forman excepción, siendo el término medio de las explotaciones unas 55 hectáreas.

»Fácil es comprender, sin que haya necesidad de larga demostración, cómo este estado de cosas contribuye á retardar el progreso general del país. Igualmente se da uno cuenta de que para realizar este progreso hay, ante todo, que obtener un crecimiento de la población extranjera, atrayéndola al campo con el estimulante de que puede adquirir en él pequeñas propiedades.»

Realmente, es la defectuosa constitución de la propiedad el obstáculo principal con que ha tropezado la producción agrícola argentina. El acaparamiento de la tierra por un reducido número de personas y el establecimiento del extenso latifundio, constituyen un régimen odioso y peligrosísimo. Con razón un diputado argentino, al combatir esta concentración de la propiedad del suelo en muy contadas personas, recordaba la decadencia de naciones más vigorosas

y mejor organizadas que la República del Plata, repitiendo el grito de alarma de los Gracos en Roma: «*Latifundia perdidere Italiam et provincias.*»



EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1858).

Según ciertos cálculos estadísticos, existen en los territorios nacionales más de siete millones de hectáreas de buenas tierras explotables; pero pertenecen á capitalistas indolentes ó egoístas que las tienen sin cultivar, inútiles por completo para el crecimiento de la población y la producción, esperando que aumente su precio para vendérselas á otros, que á su vez volverán á revenderlas sin tocarlas ni conocerlas, lo mismo que si fueran un valor de Bolsa.

Los principales responsables de este anormal estado de la propiedad son los gobiernos argentinos, que han derrochado el rico tesoro de tierras públicas, recibido en herencia de la dominación española. Este tesoro, en vez de pasar íntegro á la nación, ha quedado en manos de una reducida clase de grandes propietarios, honrada, pero indolente, ó pertenece á explotadores sin conciencia, que venden y revenden la tierra y la hacen objeto de toda clase de combinaciones y actividades, menos de aquello á que está destinada, pues jamás se les ocurre cultivarla.



SEGUNDA EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1875).

La conveniencia del país exige la subdivisión de las grandes superficies de suelo que se hallan en poder de unas cuantas personas. Con esta medida llegará la agricultura platense al mayor de sus progresos. Si las grandes estancias de veinte leguas cuadradas, con rebaños incontables, se dividen en pequeñas estancias de una, dos ó tres leguas cuando más, con un número menor de reses y el suelo cultivado de pastos artificiales, se realizará un gran beneficio para el país, acrecentándose su riqueza, pues podrán vivir mayor número de animales y mejor cuidados en menos terreno. El sistema extensivo que se ha seguido, tanto en agricultura como en ganadería, debe ser reemplazado por el intensivo, convirtiéndose las estancias actuales en estancias mixtas, mezcla de agricultura y ganadería. Esto exige más brazos, es cierto, pero da mejores resultados para el propietario y para el país.



ÚLTIMA EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1909).

Los gobernantes actuales de Argentina se han preocupado mucho de esta cuestión de la propiedad agrícola. Desde hace algunos años el Estado tiende al fraccionamiento de la propiedad. La ley de tierras promulgada en 1903, combate el acaparamiento, pues reglamenta las nuevas compras de terrenos pertenecientes al Estado y pone límites á la adquisibidad de cada individuo. Esta ley era muy necesaria, ya que aún le quedan á la nación argentina, como propiedad pública, 86 millones de hectáreas



BAÑO DE OVEJAS EN UNA ESTANCIA

de tierras desiertas, aptas para la agricultura, que esperan ser cultivadas y pobladas.

El modo de explotar los campos argentinos varía según la situación de éstos, su fertilidad y sobre todo según los medios de comunicación. La agricultura propiamente dicha se desarrolla cerca de las grandes vías fluviales y terrestres, que aseguran el rápido transporte de las cosechas. Los productos más generalizados (trigo, maíz, etc.), no pueden soportar, por el precio que alcanzan, un gasto de transporte superior á 300 kilómetros de ferrocarril hasta el lugar de embarque ó de consumo, y 30 kilómetros desde la estancia ó granja hasta la estación de la vía férrea más próxima. Solamente las cosechas que consiguen un precio alto (vino, azúcar, etc.), llegan á resistir el transporte á largas distancias, pues aquél compensa todos los gastos.

La región Central, ó sea la de los cereales, es la que tiene más dividida la propiedad, calculándose que, de sus cultivadores, un 32 por 100 son propietarios y un 68 arrendatarios de la tierra ó medianeros, que se reparten la cosecha con el dueño del campo.

De todos los grandes cultivos argentinos, el que en estos momentos predomina, siendo objeto de preferente atención, es el forraje llamado alfalfa. La rápida generalización de este cultivo nada tiene de extraordinaria en un país de riqueza ganadería tan enorme.

La alfalfa es una de las plantas más modernas de la Argentina. En 1775, el Dr. Pérez Castellano, hombre de ciencia que vivía en Montevideo, publicó un libro de *Agricultura*, en el cual hacía atinadas observaciones sobre el cultivo de la alfalfa — forraje importado por los árabes en España, especialmente en Valencia y otras provincias del litoral mediterráneo —, prediciendo el gran porvenir que esperaba á esta planta en las tierras del Río de la Plata. Pero transcurrieron muchos años antes de que pudieran cumplirse las profecías formuladas por este sabio de la época colonial. En 1890 tuvo ya la Argentina 600.000 hectáreas cultivadas de alfalfa. En estos momentos tal vez asciendan á más de dos millones y medio las hectáreas de suelo argentino dedicado á tal forraje.

Con dos fines se cultiva la alfalfa: para la exportación en forma de pasto seco, ó para la alimentación inmediata del ganado. De aquí que se la explote de dos maneras: ó segándola para enfardarla y exportarla, ó dejando que los animales pasten sobre el mismo campo. Lo primero ocurre en las granjas, y lo segundo en las estancias.

Los alfalfares de exportación están en las cercanías de las estaciones de vía férrea, hasta cierta distancia de los puntos de embarque ó de consumo. La siega de la alfalfa, el secarla y amontonarla, son operaciones que duran desde Octubre á Marzo, y el resto del año

lo emplean los agricultores en el embalaje, formando sólidos fardos empaquetados con cercos de hierro, operación para la que se valen de una prensa movida por caballos. La alfalfa ofrece las ventajas de que una siembra sirve para un buen número de años y de que se puede segar el forraje varias veces en el mismo año. Pero la gran zona de este cultivo, los alfalfares más grandes, están en las estancias dedicadas á la cría y engordamiento de rebaños bovinos. Los hay de todas las extensiones, desde pequeños alfalfares en «estanzuelas» de 100 hectáreas, hasta mares de forraje que se pierden de vista, pues tienen seis ú ocho leguas cuadradas, perteneciendo á un solo propietario.

A pesar de lo enorme de tales extensiones, puede decirse que esta planta se halla aún en la Argentina en los principios de su desarrollo. La exportación consume cada vez más alfalfa para los ganados del Brasil y el África del Sud. Algunos años su cosecha produce una ganancia casi equivalente al valor de la tierra. Su cultivo ha de aumentar aún en el territorio del Plata. Hasta hace pocos años, este país sólo era notable por su ganadería, desarrollada extensivamente sobre tierras no cultivadas: ahora se le empieza á llamar «el país de la alfalfa».

Un rasgo notable de la agricultura de la República es la facilidad con que los cultivadores adoptan todos los instrumentos modernos. Si se inventa una máquina agrícola en cualquiera nación lejana, á los pocos meses está ya funcionando en territorio argentino. Las fábricas de maquinaria del mundo entero tienen importantes sucursales en Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca.

Se dirá que la prontitud en adoptar las invenciones obedece á la necesidad de suplir con tales máquinas la falta de brazos, y algo hay de ello; pero la principal causa de este espíritu progresivo, que tanto favorece el adelanto del país, es la curiosidad por todo lo nuevo, la afición á las innovaciones, rasgo el más saliente del carácter argentino. Lo mismo los propietarios de inmensos dominios que los modestos colonos, están prontos en todas ocasiones á adoptar el más reciente y perfecto material, invirtiendo en su adquisición sumas enormes. Tal es el consumo de maquinaria agrícola y la rivalidad de los centros productores, que aquélla se vende comúnmente á plazos, como lo hacen ciertas casas con las máquinas de coser.

Si la agricultura argentina ha realizado en tan corto tiempo tales progresos, no lo debe únicamente al concurso de la inmigración europea, pues ésta ha sido insuficiente en número para operar el prodigio. El progreso es resultado, en primer término, del empleo de máquinas é instrumentos perfeccionados, que se usan hasta en las más insignificantes tareas agrícolas.



MARCANDO ANIMALES

Sólo así se comprende que una nación de seis millones de habitantes dé al consumo del mundo una cantidad tan enorme de producción. Los mejores sistemas de arados, sembradoras, niveladoras, segadoras, desgranadoras, trilladoras, máquinas todas movidas á vapor, y en las cuales se emplea como combustible las más de las veces la misma paja de las cosechas, son perfectamente conocidas y de uso corriente en los campos.

Este gran consumo de máquinas ha dado por resultado el establecimiento en la República de varias fábricas de instrumentos agrícolas, con importantes capitales y una organización tan perfecta como los mejores establecimientos de Europa.

* * *

La industria agrícola es en la Argentina de inmediatos y pingües resultados. Así se comprende que el inmigrante europeo, ganoso de trabajar la tierra, se dirija con predilección á las riberas del Plata.

Muchos que en el viejo mundo fueron pequeños industriales, obscuros empleados ó ejercieron una profesión liberal sin haber tocado jamás instrumentos agrícolas ni conocer la tierra, se dedican á cultivadores en Argentina. Yo he visto alemanes jóvenes que en su país eran médicos, dedicarse en el valle de Río Negro á la explotación de una *chacra* ó pequeña quinta. Dependientes de comercio españoles, cansados de vegetar sin esperanza tras un mostrador de Buenos Aires, se han improvisado agricultores, recordando sus aficiones de la niñez allá en la lejana aldea de la Península, y sus negocios marchan mejor que cuando medían telas ó empaquetaban comestibles.

La República tiene sitio y guarda bienestar para todos los que llegan, siempre que éstos no se detengan en las ciudades y marchen directamente en busca de los campos, que necesitan hombres.

Alberto B. Martínez, en sus estudios sobre la vida de los inmigrantes dedicados al cultivo, proporciona datos curiosos, cuya veracidad he podido comprobar al recorrer las diversas partes de la República. En las tierras buenas de las provincias de Buenos Aires y Córdoba, y en el territorio de la Pampa, la hectárea de tierra puede dejar al colono 50 pesos, moneda nacional, ó sea 110 francos (1). Estas tierras han llegado á producir en ciertos años 2.000 kilos de trigo por hectárea, que á razón



MARCANDO UNA RES

(1) Deduzco el peso argentino en francos, por ser el franco tipo oro y no estar sujeto á variaciones del cambio, como la peseta.



UN REMATE PÚBLICO DE TOROS

de 6 pesos los 100 kilos dan por resultado 120 pesos la hectárea. Estimando los gastos del cultivo en 30 ó 40 pesos, queda un beneficio de 85, del cual hay que deducir 15 por el alquiler de la tierra; de suerte que, finalmente, le queda al agricultor una suma limpia de 70 pesos por hectárea, ó sea 154 francos.

Martínez cita el caso de una familia de cultivadores medianeros de la estación de Laboulaye, en la línea férrea de Buenos Aires al Pacífico. Explotaban una extensión de 50 á 60 hectáreas, con obligación de entregar al propietario la cuarta parte de la cosecha, trabajando además en el cuidado de las bestias los días que la tierra no reclamaba sus brazos. Esta familia ganaba al año 1.000 pesos, ó sea 2.200 francos (16 á 20 pesos por hectárea). Pero hay que tener en cuenta que esta ganancia anual era limpia de gastos, luego de haberse costeado comida, vestidos, etc. La inmensa mayoría de los empleados de Europa, y aun de Buenos Aires, no conocen nunca un ahorro de esta importancia.

Pero, ¡á qué insistir en demostraciones numéricas que, indudablemente, fatigan al lector! . . . Bastará consignar el hecho de que todos los pequeños agricultores, si observan buena conducta y no se entregan á la bebida, acaban por hacerse propietarios en poco tiempo de la tierra que explotan como colonos, ó adquieren campos cercanos. No pasa año sin que la cosecha les deje lo necesario para adquirir una nueva parcela de terreno, guardando, además, el dinero preciso para los gastos de siembra y cuidado de la cosecha próxima.

En el año 1909, el cultivo de la alfalfa ha sido de un rendimiento extraordinario, por la

altura que alcanzaron los precios de este forraje. Yo he visto á algunos cultivadores en ciertas regiones sacar hasta 300 pesos por hectárea, casi el valor de la tierra, no obstante ser los campos sembrados de alfalfa de un precio extraordinario.

Una familia de inmigrantes de cuatro ó cinco personas puede cultivar perfectamente 100 hectáreas de trigo, tomando en arriendo el campo. Para los primeros gastos de su instalación (1) encontrará quien le preste lo necesario, pues Argentina es un país de crédito y hasta en el campo es fácil hallar capitales. Lo malo es que el tipo del interés resulta muy alto, comparado con el de Europa, pues se halla en relación con las ganancias que proporciona el país.

Pero no es raro encontrar ricos propietarios ó colonizadores que necesitan gente para sus territorios vírgenes de cultivo, y facilitan las herramientas, las bestias de labor, el grano para la sementera y hasta los víveres, á condición de cobrar estos adelantos cuando llegue la cosecha. Una vez la recolección terminada, se empieza por separar una cantidad de grano igual á la que entregó el dueño para la siembra, se descuentan los gastos de recolección, y luego se reparte el producto líquido de lo que queda: una mitad para el dueño del campo y otra para el colono. Así empezaron muchos extranjeros que hoy son grandes propietarios.

---

(1) Los gastos de instalación en el primer año pueden calcularse del siguiente modo, según Martínez, Firmin Maciel y otros conocedores del país:

Dos arados	330	francos.
Instrumentos de mano	99	—
Un rulo	99	—
Una trilladora	880	—
Ocho pares de bueyes	1.408	—
Cuatro caballos	264	—
Una carreta	550	—
Arneses y cadenas	187	—
Casa, corral y pozo	2.200	—
	6.017	francos.

El cálculo aproximado de los gastos de cultivo y del producto de 100 hectáreas sembradas de trigo, es el siguiente:

Preparación del terreno para la siembra y gastos de un peón	440	francos.
6.000 kilos de semilla á 5 pesos los 100 kilos	660	—
Gastos de jornales para la siega y amontonamiento de la cosecha	660	—
Para un resultado medio de 1.000 kilos por hectárea, gastos de trilla á 80 centavos los 100 kilos	1.760	—
1.700 sacos ó bolsas á 20 centavos el saco	748	—
Pequeños gastos y renovación de las herramientas	550	—
Comida durante el año	1.760	—
Alquiler de la tierra, 12 por 100 del producto en bruto	1.320	—
Total de gastos	7.898	francos.
La venta de 100.000 kilos de trigo, producto de las 100 hectáreas, calculando á 5 pesos los 100 kilos, produce	11.000	francos.
A deducir los gastos de cultura	7.898	—
Beneficio limpio para el colono	3.102	francos.

El rendimiento de 1.000 kilos de trigo por hectárea, 2.500 kilos de maíz y 900 kilos de simiente de lino, se calcula en las tierras ya cultivadas y algo cansadas. En las tierras vírgenes los resultados son mayores, pues no es raro obtener por hectárea 1.400 kilos, en cuyo caso aumentan los beneficios por 100 hectáreas en 3.000 ó 4.000 pesos.

Los inmigrantes solteros y sin capital, que por carecer de familia no pueden aspirar al arriendo de una tierra y á solicitar un crédito, emplean otro procedimiento para abrirse paso. Entran en la casa de un inmigrante ya establecido, en clase de *peón interesado,* prestando todos los servicios, desde la preparación de la tierra, que se verifica á principios de Marzo, hasta la siega del trigo ó del lino. Por esta ayuda gozan de comida y casa, y tienen, además, el 6 ó el 7 por 100 del producto bruto de las 100 hectáreas. Muchos colocan á interés este dinero, y pasados tres ó cuatro años reúnen lo necesario para adquirir los instrumentos aratorios y ser á su vez colonos. Cuando explotan por su cuenta una tierra, raro es que á los pocos años no compren campos á plazos, acabando por ser propietarios. Pueden contarse á miles los que empezaron de tal modo y siguieron su carrera pacientemente, para llegar al fin á convertirse en dueños de enormes dominios y fundadores de ricas familias. El mayor problema para el inmigrante (problema fácil, como se ve), consiste en hacerse propietario, pues una vez posee alguna tierra y la cultiva con ahinco, el éxito es, simplemente, cuestión de tiempo y de perseverancia. Su porvenir está ya asegurado: el bienestar le espera al término de sus faenas. Los beneficios líquidos se acumulan en progresión geométrica, pues es difícil que las malas cosechas ó las plagas se repitan con frecuencia.

Hay que tener presente que el colono hábil y trabajador logra sacarle á la tierra mayores productos que los enumerados. Además de la cosecha de trigo, puede obtener otra de maíz, igualmente remuneradora, y dedicarse al engorde de cerdos y cría de aves de corral, fácilmente vendibles en los centros urbanos, que ofrecen un consumo enorme.



PISTA EN LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA (PARQUE DE PALERMO)



ENTRADA DE LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA

Centenares de miles de hectáreas de tierra virgen quedan en la República, que se pueden adquirir á precios baratísimos, bien del Estado, bien de los particulares. Basta un trabajo superficial y el derramar la simiente para obtener casi siempre espléndidas cosechas.

El hombre activo que disponga de un modesto capital para la adquisición de máquinas agrícolas — medio seguro de librarse de los peligros que ocasiona la falta de brazos — puede lanzarse á la explotación agrícola con la seguridad del éxito.

* * *

La gran variedad de árboles frutales existente en la Argentina sólo alcanza, por el momento, una mínima explotación, pero representa para el porvenir una cultura llamada á magníficos resultados.

En un país como la República del Plata, que goza de los climas más diversos, lo mismo el frío de la Tierra del Fuego que el subtropical de Corrientes y Jujuy, el templado de las riberas del Paraná y el Uruguay y el dulce de las sierras de Córdoba y la Precordillera, son posibles toda clase de cultivos y el desarrollo de cuantos árboles existen en el planeta.

Muchas provincias argentinas demuestran en sus campos que es fácil la aclimatación de todos los árboles y la producción de todas las frutas. En Corrientes, Tucumán, Salta, Rioja, Catamarca, Jujuy, Formosa, el Chaco y Misiones, se producen en abundancia naranjas, mandarinas, limones, higos, granadas, chirimoyas y «paltas», así como almendras, aceitunas, ananas, bananas y guayabas.

En la región Central abundan los melocotones, ciruelas, albaricoques, cerezas, manzanas, peras, membrillos é higos, especialmente en la provincia de Buenos Aires y las islas del delta del Paraná. Los almendros, nogales y castaños, crecen también en grandes extensiones.

En la región del Sud no hay cultura de frutas, fuera de algunas propiedades del valle del río Negro y del Chubut, pero los terrenos dan resultados espléndidos allí donde se planta el melocotonero, la parra, el cerezo, el manzano y el peral. En los territorios andinos, el nogal y el castaño pueden cubrir enormes espacios de suelo.



MATREROS RODEANDO RESES



UN CORRAL EN EL CAMPO

Hasta hace poco, las cuantiosas ganancias que proporcionan la ganadería y el cultivo de los cereales, apartaron á las gentes de la arboricultura; pero ahora parece que los propietarios de terrenos empiezan á darse cuenta de lo que representa como negocio la explotación de los frutales. En Mendoza existen ya, dirigidos por personas inteligentes, hermosos establecimientos frutícolas, que están llamados á realizar prósperos negocios. Los métodos más recientes y científicos se emplean en la explotación de estos campos, buscando la calidad de los productos antes que la cantidad.

El comercio de frutas se ha limitado hasta el presente á la explotación de aquéllas en estado de frescura. Sólo en las islas del Tigre (delta del Paraná), existen algunos establecimientos que las preparan en forma de conservas azucaradas, de gran consumo en el país.

Dicho comercio tiende á desarrollarse, y es indudable que dentro de pocos años, cuando los campos de frutales se hayan extendido mucho más, Argentina tendrá una gran exportación al extranjero, pues se halla para esto en condiciones excepcionales. Los adelantos de la navegación la colocan á una distancia relativamente corta de Europa, y su situación geográfica, aprovechando la inversión de las estaciones, permite ofrecer á los consumidores europeos frutas de verano cuando éstos viven en pleno invierno, y viceversa. Además, no es temible para ella la concurrencia de las naciones vecinas, pues Chile, por ejemplo, que posee magníficos frutales, carece de un tan vasto territorio para la producción y se halla á una distancia más considerable de Europa.

La Exposición de frutas que el Gobierno de la República organiza todos los años, ha contribuído á llamar la atención de los agricultores sobre la arboricultura, estimulando su perfeccionamiento. Así como los ganaderos adquieren las especies más notables del mundo para el mejoramiento de sus rebaños, muchos agricultores empiezan á importar las muestras más selectas de frutales, y dado el espíritu progresivo del argentino y su afición á las innovaciones, en breve existirán en la República árboles escogidos, que podrán rivalizar con los mejores de todos los países.

* * *

Los españoles de la conquista, así como importaron para la ganadería americana el caballo, el toro, la oveja, etc., dieron á la agricultura del Nuevo Mundo el trigo, la caña de azúcar, el café, la vid, el olivo, el lino, el cáñamo, el añil y otras plantas. En el continente sud-americano se cultivaba cuando llegaron ellos el maíz, la yuca, la banana, la patata, la coca, la vainilla, la quina, el algodón y el tabaco.

Una gramínea, que tal vez vino pegada sin saberlo los conquistadores á sus pobres equipajes, se ha difundido infinitamente por las llanuras, formando con el curso del tiempo la principal riqueza del suelo virgen. Esta gramínea conquistó y civilizó el campo, modesta y ocultamente, cooperando en silencio á la obra del hombre de armas y del navegante. Gracias á ella, las yermas soledades ofrecieron sustento á las bestias en libertad, se formaron inmensos rebaños, y el pastor ó gaucho pudo avanzar desde las costas hacia el interior del territorio, precedido siempre á cierta distancia por la hierba humilde y útil que, como dijo Daireaux, «si la dejan sola mucho tiempo perece, pues necesita para crecer y multiplicarse la ruda pisada del ganado, al que mantiene y al que ha ido mostrando el camino.» Con ella, que fué á la vez alimento y guía, avanzó el caballo tierra adentro. El desierto huyó y fué achicándose bajo la verde invasión de la gramínea y los sonoros cascos del corcel. Al extenderse el pasto, acabaron las soledades y se borraron del mapa las llamadas «tierras desconocidas». La Pampa fué conquistada y domada por la gramínea: gracias á ella el desierto se hizo campo, el campo fué utilizado como pradera, y el hombre levantó su choza tomando posesión de la soledad.

Ya hemos dicho que la agricultura argentina, en su grandeza actual, data casi de ayer. Hasta 1860 ó tal vez 1870, fué imposible su desarrollo por diversas causas.

Durante los siglos de dominación española, apenas si existió en Argentina una agricultura pobre, rudimentaria, y sobre todo restringida. Era en vano que los españoles trajesen con ellos semillas y plantas. Las ciudades vivían aisladas como castillos, en medio del desierto, rodeadas de unas tribus que se mostraban hostiles, con más ó menos franqueza. Apenas si se comunicaban dos ó tres veces al año por medio de lentos y peligrosos viajes. Huertecitas situadas entre las casas, ó cuando más junto á los muros de la población, eran los únicos terrenos dedicados al cultivo. El reducido número de sus habitantes no proporcionaba brazos seguros para una explotación de importancia. El hombre que se lanzaba audazmente en la soledad, perdiendo de vista la torre de la iglesia, era para convertirse en pastor, para llevar la vida del gaucho, casi tan salvaje como los indios, é imitador y perfeccionador de sus astucias y crueldades.

El desierto, la falta de comunicación y de seguridad, y la carencia de brazos, imposibilitaron el desarrollo de la agricultura. Además, el Gobierno de la metrópoli había dictado, con arreglo á las ideas económicas de la época, leyes prohibitivas concernientes á la agricultura. Los vegetales de América no podían transportarse al suelo de la Península: estaba prohibido plantar tabaco, algodón, caña de azúcar y cacao en las provincias cálidas de España. Igualmente se prohibía en las posesiones del Nuevo Mundo el cultivo del olivo, la vid y otros vegetales, pues la madre patria se encargaba de nutrir de estos productos á sus colonias.

Las aceitunas eran en América un lujo costoso y estupendo, que sólo podían permitirse en sus mesas los obispos, gobernadores y ricos mercaderes. «*Aceituna, sólo una*», decía un refrán generalizado en todas las posesiones españolas, pues la rareza y lo caro del fruto habían acabado por hacer creer que era peligroso si se tomaba más de una vez. Cuando un viajero recién llegado de Sevilla ó Cádiz traía, cual planta exótica y preciosa, un pequeño olivo en una maceta, la gente del pueblo acudía á verlo como en procesión, admirándolo largamente.

Este monopolio de frutos, prohibitivo para determinados productos, fué extremadamente



UN SALADERO

absurdo; pero no hay que atribuirle mayor influencia que la que tuvo en la paralización agrícola, durante el período colonial. Sin él, la agricultura hubiera vivido en la misma situación, mísera y estacionaria. La falta de comunicaciones entre los pueblos y de seguridad para las personas, así como la carencia de brazos y el miedo al indio y al desierto, fueron las verdaderas causas del marasmo productor del país. Buena prueba de ello es que, luego de conquistada la independencia y en plena libertad la nación, transcurrieron sesenta años antes de que el pueblo, entregado por completo á la ganadería, se dedicara seria y tenazmente á la agricultura.

Esta necesita para desarrollarse, como condiciones precisas, la tranquilidad del territorio, seguridad absoluta de las personas y las cosechas, medios permanentes de comunicación, y nada de esto es posible cuando falta la paz.

En todo el siglo XIX, hasta 1860, la nación argentina, libre políticamente, pero agitada por los hervores revolucionarios de su constitución, no pudo dedicarse seriamente al cultivo del suelo. La agricultura, un poco más desarrollada que en la época colonial, pero siempre al amparo de las poblaciones, sin atreverse á avanzar en el desierto, bastaba apenas para satisfacer las necesidades locales. Mientras unos pueblos vivían en la excesiva abundancia de una cosecha superior al consumo, otros centros urbanos sufrían el tormento de la carestía, por falta de lluvias ó por otras calamidades. Lo defectuoso de los medios de comunicación y la inseguridad en los transportes impedían todo auxilio económico, todo comercio agrícola, aun entre ciudades de una misma provincia.

La guerra, la incesante guerra civil, venía á agravar esta situación deplorable. Las *montoneras* ó bandas de partidarios infestaban los campos, con más de bandidos en sus fatales correrías que de patriotas armados. En las ciudades, los caudillos se derrocaban unos á otros, por medio de frecuentes y sanguinarias revueltas. Las gentes, antes que pensar en el comercio y la agricultura, debían preocuparse, especialmente, de conservar su existencia. Los indios salvajes aprovechábanse de esta confusión pasando las fronteras con toda impunidad é invadiendo las provincias argentinas como una tromba mortal. Ruínas humeantes y montones de cadáveres marcaban en las poblaciones destruídas el paso de la barbarie cobriza. La astucia, la traición, la sorpresa, eran los medios estratégicos favoritos de estos Atilas del desierto. Las aldeas y las estancias sorprendidas en el abandono del sueño, eran incendiadas, y los hombres alanceados y descabezados. Las mujeres y los niños se los llevaba la indiada á sus desiertos, condenándolos para siempre á la más envilecedora y cruel de las servidumbres. El nieto del europeo, al verse



INTERIOR DE UN FRIGORÍFICO

esclavo del indio, acababa por renegar de su origen y su idioma, siendo un jinete montaraz y cruel como sus amos. La mujer blanca convertíase, á viva fuerza, en la concubina del bandolero cobrizo, y olvidaba un pasado al que jamás podría volver, descendiendo á los últimos abismos de la bestialidad.

La vida en el campo era incierta y peligrosa. No había inmigración y escaseaban los brazos. El cultivador que se atrevía á sembrar la tierra, estremecíase de inquietud desde el momento en que dejaba la simiente en el surco hasta el acto de la recolección, si es que ésta llegaba á realizarse. Las tropas destruían por gusto las cosechas ó las consumían en sus frecuentes correrías. El pacífico agricultor tenía que ocultarse lejos de sus campos para que no lo obligasen á ser guerrillero. Otras veces, á impulso del apasionamiento político, abandonaba el arado, montaba en su caballo de labranza y seguía á las tropas como partidario de un famoso general ó de un doctor convertido en caudillo.

Aunque los años fueran de gran prosperidad y los sucesos políticos le permitiesen recoger tranquilamente la cosecha, no por esto cambiaba su fortuna. La falta de medios de comunicación obligábale á vender los productos en su mismo establecimiento, y la abundancia sólo servía para que rebajasen el precio los compradores, siempre en número limitado.

Cada pueblo vivía de su producción. El comercio, cuando más, se atrevía á avanzar en sus tímidas especulaciones hasta el límite de la provincia cercana. Un artículo de importación, para llegar desde el puerto de desembarque á una ciudad del interior, necesitaba un mes de carreta por caminos borrosos y con escolta de buenos rifleros que hacían frente á los indios.

Las provincias del litoral no podían contar para su mantenimiento con las del interior, y Buenos Aires importaba trigo de Estados Unidos, Chile y Australia; azúcar del Brasil, Cuba y Francia; tabaco de Estados Unidos, Cuba y Brasil; aceites y vinos de España é Italia. En resumen, todo su consumo alimenticio venía de fuera, menos la carne.

En 1862, al terminar las largas guerras civiles, mejorada la seguridad del hombre en los campos, comenzó á llegar á la Argentina la inmigración europea, y este aumento de población despertó al país, lanzándolo en plena actividad económica. Los ferrocarriles borraron con su movimiento la falta de medios de comunicación y lo enorme de las distancias; fueron más abundantes los brazos; el jornalero pudo trasladarse con facilidad de una parte á otra, y se colonizaron algunas provincias, especialmente la de Santa Fe, que tanta riqueza ha proporcionado á la fortuna nacional.

Empezó en esta ocasión el verdadero desarrollo de la agricultura argentina. Hasta entonces, el hombre del campo se había sentido inclinado preferentemente á la ganadería, no sólo por rutina y tradición, sino por dejar á salvo con más facilidad su fortuna y su existencia. Cuando se presentaban tropas enemigas ó avanzaba el indio con sus temibles *malones*, el agricultor, enraizado en la tierra, resistíase á huir. Volver la espalda era perder para siempre el fruto de sus trabajos. Cuando más, ocultábase á cierta distancia, seguido de la familia y de los

animales domésticos, para llorar de desesperación viendo cómo talaban sus cosechas y ardía su choza. Muchas veces esta resistencia á la fuga era motivo de que le prendiesen, pagando con el martirio y con la vida su amor al suelo.

El pastor corría menos peligros. Establecido temporalmente sobre unas tierras que no eran suyas y pronto á escapar con la ligereza del nómada, apenas corría la voz de un *malon* ó estallaba revuelta en la provincia, reunía y arreaba sus ganados á toda prisa, emprendiendo la marcha á campos lejanos, para librar sus reses del lazo del indio y del machetazo del guerrillero. La estancia primitiva podía trasladarse con facilidad de un lado á otro; bastaba encontrar buenos pastos, y éstos eran abundantes en las tierras abandonadas y libres.

La inseguridad, el continuo peligro, motivos de muerte para la agricultura, sostuvieron y fomentaron la ganadería.

* * *

No hay en todo el globo un país tan extenso y de tan excelentes condiciones para la industria ganadera como la República del Plata. Las praderas son inmensas, el forraje nutritivo y abundante, y el clima tan moderado, que permite á los rebaños engordar en pleno campo, sin necesidad de abrigos artificiales ni de pastos supletorios.

Las especies animales se reproducen de un modo prodigioso. Cuando Juan de Garay descendió el Paraná, desde Asunción, para fundar por segunda vez la ciudad de Buenos Aires, vió la pampa, antes solitaria, poblada de miles y miles de caballos, que pastaban bravíos y hostiles entre las altas hierbas. Eran los descendientes de unas cuantas yeguas abandonadas por los españoles compañeros de Mendoza, al retirarse de la primera y malograda población de Buenos Aires. Habían bastado cuarenta y cinco años para realizar esta prodigiosa multiplicación. Las autoridades de la nueva colonia podían decir con justicia á Felipe II al describirle el país, que «poseía más caballos en las riberas del Plata que en todos sus dominios de ambos mundos».

Los enormes rebaños que hoy componen el capital pecuario de la Argentina, tienen por



GAUCHOS EN LA PAMPA



UN DEPÓSITO DE LANA EN EL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

origen dos corrientes de importación realizadas por los españoles. Una partió directamente de España, viniendo á establecerse en las riberas del Plata: la otra del Perú, poblando de rebaños las provincias del interior, más ó menos cercanas á la Cordillera. Las vacas, yeguas y ovejas fueron importadas principalmente de las provincias meridionales de España (Andalucía y Extremadura). Estas vacas y yeguas procedían de las dehesas andaluzas. Los ganados actuales todavía revelan en su aspecto tal origen. Las ovejas eran de la raza apodada *Churra*, que se caracteriza por la escasez de hueso y por su lana dura, luenga y sin rizar.

En los primeros años del siglo XIX los ganaderos argentinos iniciaron la importación de toros ingleses, de caballos de tiro y de pura sangre, de carneros y ovejas de raza «merina», para la modificación y mejoramiento de sus clases, y este movimiento perfeccionador, lento pero continuo durante muchos años, aumentó considerablemente en 1870. Desde entonces se han importado muchísimos miles de animales de raza mejorada, lo más excelente que los ganaderos de Argentina han podido encontrar en todo el mundo: carneros y ovejas merinos de lanas finísimas, llamadas «de peine»; yeguas árabes de pura sangre; costosos «padrillos»; toros y vacas flamencos, suizos, ingleses, etc. Tal ha sido la importación de animales escogidos para la procreación y el cruce, que hoy el ganado originario, semisalvaje, está modificado radicalmente, siendo mucho mayor su peso, su tamaño y la cantidad que rinde de carne y lana.

Enormes capitales representa la ganadería argentina, pero ésta constituye á la vez uno de los negocios más remuneradores que existen, dado el precio bajo de las tierras, el poco gasto de las reses y la facilidad con que se crían, sin exigir minuciosos cuidados.

Sólo teniendo en cuenta estas ganancias considerables de la industria pastoral, pueden comprenderse los gastos fabulosos que han hecho los ganaderos argentinos al comprar en Europa toros, corderos y caballos de raza pura destinados á la procreación. Gracias á estos cruzamientos, el toro llamado «criollo», huesudo, duro, nervioso y de largas astas, se ha convertido en el toro de ahora, gordo, lustroso, de escaso hueso y cuernos cortos. El cordero casi salvaje de las pampas, de pobre lana y dura carne, ha sido reemplazado por las razas de Leicester, Lincoln y el antiguo merino español, recriado en Inglaterra. En cuanto al caballo, ha disminuído sus orejas y mejorado sus piernas y lomos. Hoy, después de esta transformación, la ganadería argentina puede compararse con la mejor del mundo.

Las principales razas de toros ingleses Durham, Hereford y Angus, están generalizadas en el país, habiendo costado 1.000 y hasta 2.000 libras esterlinas algunos de los padrillos adquiridos en las Exposiciones de Londres, á las que acuden asiduamente los ganaderos de la República del Plata. Un autor inglés afirma que si los estancieros argentinos dejaran de asistir

á los concursos agrícolas de Londres, los precios bajarían considerablemente.

Esta clase de ganado bovino se desarrolla con rapidez, engorda más aprisa y permite reembolsarse al ganadero prontamente y con notable ganancia del precio de adquisición.

Los caballos de pura sangre destinados al cruce se han logrado á precios fabulosos. En Londres guardan memoria de un ganadero argentino que compró al rey de Inglaterra su célebre caballo «Diamond Jubilee» por la suma de 30.000 guineas (787.500 francos).

En la República Argentina, algunos animales famosos por su belleza ó lo selecto de su raza, alcanzan una popularidad de grandes personajes. Cuando un compatriota ha adquirido un caballo vencedor en las carreras de Londres, ó un hermoso toro, su desembarco equivale á un suceso memorable entre las numerosas gentes dedicadas á la ganadería. En algunos casos, el célebre animal, al descender del trasatlántico dentro de una gran jaula acolchada y elegante, ha puesto las patas, no sobre la tierra, sino en muelle tapiz, y se ha visto acariciado y aplaudido por las enguantadas manos de entusiastas señoritas. Hay que tener en cuenta que estas bestias representan una verdadera fortuna.

El ganado vive en las estancias de tres maneras, que pudieran titularse *aristocrática*, *burguesa* y *democrática*.

La «cabaña» es la forma más aristocrática y más costosa de la ganadería, pues sólo habitan en ella animales escogidos y de precio. Entre los aficionados á la industria pastoral los hay que aman la gloria como un artista, y no reparan en gastos para que los animales de su «cabaña» sean mejores que los de otras. Por un par de bueyes escogidos pagan 100.000 francos, y no retroceden ante un nuevo gasto, por considerable que ésta sea, temiendo que sufra su reputación y que otros establecimientos seleccionen mejor las razas. En el mejoramiento del cordero llamado «Rambouillet argentino» se han conseguido resultados sorprendentes, hasta el punto de diferenciarse por completo el tipo de ahora del original.

No sólo es gloria lo que consiguen los dueños de «cabañas» con sus trabajos y sus gastos. Cuando está hecha la reputación de uno de estos establecimientos, las ganancias son considerables, pues todos quieren adquirir animales escogidos y perfectos, sin reparar en precios, para que, á su vez, sirvan de reproductores en sus estancias.

El segundo método de industria ganadera, que pudiera llamarse *burgués*, consiste en criar animales selectos, pero más útiles que brillantes. Este sistema exige menores gastos, pero no proporciona gloria al ganadero.



UN MUELLE DE DESEMBARQUE EN BUENOS AIRES



UN ALMACÉN DE ALGODÓN

El sistema *democrático* consiste en comprar animales de todas clases para engordarlos y venderlos. La estancia es simplemente, en este caso, un campo de engorde, por donde pasan los rebaños, cambiándose con rapidez. Los provechos son grandes, pero se corren mayores riesgos que en los sistemas anteriores, pues hay que ser muy experto para conocer los animales y tener en cuenta sus dolencias.

En las «cabañas» y estancias de ganado de raza, los establos son modelo de instalaciones higiénicas y hasta lujosas. Á ambos lados del corredor central, blanco y limpio, están las bestias en magníficos camarotes. Las puertas se abren al exterior y permiten la limpia eficaz y completa de la pieza. Algunas veces el piso es de un enrejado de madera muy espeso, para que no sufran las patas del precioso inquilino, y los orificios dan salida á los líquidos y la basura.

El cordero y el cerdo son objeto también del mismo trato higiénico, refinado y elegante que el toro y el caballo, mejorándose sus razas.

Además de las ventas que se verifican en «cabañas» y estancias, hay en las poblaciones del campo, especialmente en la provincia de Buenos Aires, los llamados «remates» de animales, semejantes á las ferias que se celebran en España y otras naciones europeas. La profesión de «rematador» es de gran importancia cuando se goza de popularidad y se dispone de amplios lugares de venta cerca de las poblaciones. Hay rematador que es casi un banquero, con grandes oficinas y numeroso personal, pues maneja caudales enormes por las compras y ventas en que interviene y los depósitos que se le confían.

El lugar del «remate» es un parque dividido por cercas de madera en distintos corrales, que guardan los animales puestos á la venta. Cuando el lote que se saca á pública licitación es importante, el rematador jefe sube á una especie de púlpito portátil bajo la sombra de un quitasol y perora ante la multitud, mostrando el ganado y ensalzando sus méritos. A veces interpola en su discurso chistes y agudezas del país, que provocan la risa de los estancieros y agricultores llegados desde los cuatro puntos cardinales del distrito. Otras veces son los empleados del jefe los que se encargan de llevar adelante la puja, pues la tarea resulta fatigosa, y en los días de gran venta dura de sol á sol.

Estos rematantes son de una garganta férrea y de ágil mirada. Se necesita gran memoria de rostros y nombres para reconocer en la multitud á los que ofrecen cantidades, y una voz incansable que repita horas y horas el elogio de los lotes. Cubiertos con el guardapolvo de viaje, estos voceadores, que han de regresar por la noche á Buenos Aires, mezclan en su peroración los refranes del campo y los últimos chistes urbanos.

Algunas «cabañas» han llegado á tal prosperidad y representan riquezas tan enormes, que los argentinos las miran como instituciones patrióticas, dignas de infundir orgullo.

Ciertos estancieros son personajes conocidísimos, y su nombre se repite como el de una celebridad nacional. Entusiasmados por sus triunfos y por el aura popular, no retroceden ante gasto alguno, por fabuloso que parezca. Quieren que la República posea los animales más

bellos y selectos del mundo, y allí donde saben que existe uno famoso por sus méritos y por los premios obtenidos, marchan á adquirirlo sin regatear cantidades. Todo lo que en ganadería producen de mejor la Gran Bretaña y otras naciones europeas, va á parar inevitablemente á las estancias argentinas. Algunos diarios de Londres han llegado á quejarse del acaparamiento de sus mercados y concursos por los argentinos, viendo en ello el peligro de una temible concurrencia para el porvenir.



BUENOS AIRES. UNA FÁBRICA DE ALGODÓN

Los amigos de un estanciero opulento de la provincia de Buenos Aires, al visitar su magnífica «cabaña», en la que viven los animales británicos más caros y famosos, le dijeron con burlona admiración:

— Todo muy bonito, pero te falta una cosa: traerte al rey de Inglaterra.

Y el estanciero contestó con sencillez:

— Porque no quiere ponerse en venta; que si se vendiera, estad seguros de que lo encontraríais aquí.

* * *

Todos los años se celebra en el Parque de Palermo (Buenos Aires), la Exposición Agrícola, que reviste la importancia de una solemnidad nacional.

Estancieros que permanecen siempre en el campo, aprovechan la ocasión para ir á la ciudad. Las gentes que no tienen tierras y viven de las industrias urbanas, se fijan poco en este concurso; pero la capital se llena de hombres del campo que llegan alegres como á una fiesta, con anchos sombreros y botas altas, negras ó amarillas. Las familias de los ricos estancieros vienen también á Buenos Aires. Son delicadas señoritas con el rostro un tanto obscurecido por el sol y el viento, que allá en sus propiedades galopan como intrépidos jinetes; niños vigorosos acostumbrados á tenerse en la silla antes de haber aprendido á andar. Quieren ver de cerca el triunfo de los animales selectos de su propiedad, que están en la Exposición, y conocer al mismo tiempo las bestias que exhiben sus rivales.



EXTERIOR DE UN FRIGORÍFICO

Los mayordomos de estancia, siempre encerrados en las grandes fincas que administran, galopando de sol á sol, batallando con peones y animales, tienen en estos días su asueto anual y llegan á Bue-



UNA NAVE DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

nos Aires para estudiar los adelantos de la ganadería y divertirse de paso. Júntanse con la inocente y ruidosa alegría de los marinos cuando se avistan en un puerto tras larga ausencia, y ansiosos como éstos de resarcirse con rápidos y tumultuosos placeres de las horas de soledad y tedio, organizan fiestas que ponen en conmoción á ciertos establecimientos ocultos de la gran ciudad. Esta temporada de la Exposición consume á veces una parte considerable de sus ahorros.

Las intrigas, las protestas, las ambiciones, forman un ambiente pasional en torno de los animales que rumian plácidamente en los establos de la Exposición, levantando sus ojos mansos para contemplar al gentío. Cada uno exige para sus bestias el codiciado premio, que no sólo representa gloria, sino utilidades, pues el establecimiento que lo consigue ve aumentarse rápidamente sus negocios. Estancieros y mayordomos gesticulan, murmuran y forman grupos á impulsos del egoismo y el despecho, lo mismo que en las Exposiciones de Europa se mueven los artistas en vísperas de la adjudicación de premios.

Como las influencias políticas se dejaban sentir en los concursos de Palermo, el deseo de imparcialidad ha hecho adoptar una sabia medida á los organizadores. El jurado principal, encargado de adjudicar las recompensas, es un especialista llegado de Londres. Todos los años se cambia este juez, que ignora el idioma, no conoce á los expositores y da su fallo sin pasión alguna.

Muchas estancias pequeñas se dedican al cuidado de reses bovinas, no para su engorde y venta de la carne, sino para explotación de la leche. Estos establecimientos se conocen en el país con el nombre de *tambos* y se limitan á producir lo necesario para el consumo nacional.

La industria quesera no está muy desarrollada, á pesar de la gran abundancia de materia prima. En algunas provincias se fabrican quesos muy apreciables, pero en cantidad limitada y los productos no van más allá de los territorios donde se confeccionan. Únicamente en la gobernación de Chubut, las colonias ganaderas producen abundantemente un queso mantecoso y rojizo, como el de Holanda, de rico sabor, que se consume en toda la República.

En las estancias argentinas el ganado es objeto de grandes precauciones higiénicas. Al antiguo estanciero, que dejaba abandonadas las reses todo el año en el campo salvaje, confiándolas al azar de su instinto, y sólo las reunía en épocas de esquileo ó de venta, ha sucedido el ganadero moderno, convencido de que su capital pecuario irá aumentándose conforme le preste más atenciones y cuidados.

El baño de los animales es ahora una gran preocupación de los ganaderos. La garrapata y otros parásitos, así como las enfermedades cutáneas contagiosas, causaban graves daños y una creciente mortalidad en las inmensas tropas de reses. Hoy, gracias á la higiene, estos males están muy disminuídos y ciertas plagas tienden á desaparecer.

Dos ó tres veces anualmente, los rebaños, sea cual sea el número de sus bestias, pasan por

un estrecho canal, cuyas aguas están cargadas de un líquido antiséptico, destructor de parásitos. Á veces esta operación dura semanas y aun meses, según la cantidad de animales que tiene la estancia. Los baños para la raza bovina son de mayores dimensiones que los usados por las ovejas, pero unos y otros se hallan construídos del mismo modo. Las reses, guiadas por sus conductores, se apelotonan entre las cercas de un corral y van desfilando á lo largo de un corredor descendente, entre dos filas de postes. Al término de éste, les falta el suelo y resbalan por la pendiente, hasta caer en un canal estrecho y de altos muros, donde es imposible revolverse ni retroceder. El instinto de conservación las hace nadar unos cuantos metros, hasta que salen por la pendiente opuesta, con las lanas ó la pelambre chorreando líquido antiséptico.



VISTA DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

Algunos establecimientos han llegado á la mayor perfección en el cuidado y aprovechamiento de las reses. En las grandes colonias de los territorios de Chubut. y Santa Cruz, como los brazos son escasos y los rebaños de ovejas inmensos, se apela á la máquina para las más importantes funciones de la industria ganadera. El corte de las lanas se hace por medio de esquiladoras á vapor, y en algunas colonias existen cuarenta mecanismos de tal clase, que esquilan miles y miles de animales, realizando tal función con más limpieza y regularidad que la mano del hombre.



INTERIOR DE UNA «BARRACA» DE LANAS

Uno de los inconvenientes con que tuvo que luchar la ganadería argentina hasta hace pocos años, y que entorpeció bastante su fomento, fué el robo. Los «matreros» ó fugitivos de la justicia abundaban mucho en el país. Todos tenían algo de ladrones de reses; los partidarios, que forma-



INTERIOR DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

ban *montonera* ó guerrilla; los viandantes, y hasta los mismos ganaderos, poco aficionados á distinguir lo ajeno de lo propio y propensos á señalar con su hierro la bestia del vecino que no ostentaba la marca con toda claridad. Las gentes ignoraban el respeto al rebaño. Todo animal encontrado en campo libre aparecía ante sus ojos como un regalo de Dios. Si eran viajeros, mataban la res, la asaban y se la comían; si eran partidarios ó simples pastores, arreaban la bestia, llevándola á engrosar sus rebaños.

Hoy las leyes, y más aún la policía del campo, que las hace efectivas, han acabado con el matrero y el ladrón de animales. Además, el alambre, al cercar los campos y sus rebaños, da á la propiedad nueva fuerza, alejando la tentación del que transcurre por el camino. El animal ya no surge al paso en medio del desierto, sino que hay que ir en su busca, saltando las vallas del cercado ajeno, lo que borra toda excusa de circunstancias atenuantes.

Todavía ocurren casos de abigeato en algunas provincias, pero el robo de bestias no constituye ya una calamidad nacional como en otros tiempos, y acabará por desaparecer.

De todas las operaciones que se realizan en las estancias, la más importante es la del «rodeo», que tiene por objeto inspeccionar los animales para darse cuenta de su estado y su número.

Los jinetes pastores, descendientes de los antiguos gauchos, que aún emplean este nombre como título honorífico de sus talentos de hombres de campo, efectúan el rodeo extendiéndose en ala hasta ocupar una gran porción de terreno y avanzan llevándose por delante, en determinada dirección, todos los animales que encuentran.

Esta dirección en muchas estancias la marca un poste de hierro ó madera, que los animales acaban por conocer, dirigiéndose instintivamente hacia él apenas se inician los preparativos del rodeo.

Una nube baja de polvo rojizo se marca en el límite del horizonte. Dentro de ella ondula con esparcimientos y contracciones una línea negra que parece saltar y enroscarse con la furia de una serpiente azotada. Poco á poco esta nube se aproxima, se agranda sobre el inmenso mar de tierra, como una tormenta ruidosa. La línea obscura aclárase hasta tomar diversos colores y convertirse en un palpitante mosaico de piezas blancas, rojas y negras. Su parte superior, antes rígida y horizontal, va dentándose con las agudezas de innúmeras astas y angulares testuces: su parte baja aturde con el incesante temblor de las inquietas patas que, al trotar sobre el suelo, arañan la superficie y la envían á lo alto en forma de rosadas nubecillas. Un confuso fragor de mugidos bestiales y gritos humanos se funde con el sordo retem-

blar de la tierra bajo la invasión de carnales pesadeces. Hay momentos de calma en que sólo se oye el trote desordenado de las pezuñas; pero inmediatamente vuelven á sonar los mugidos y los gritos de los pastores que vigilan y cercan el rebaño.

Miles y miles de reses, formando una sola masa, dan vueltas y vueltas en torno del mástil del rodeo. Llegan nuevas tropas escoltadas por los gauchos, y como mansos afluentes se funden en este torbellino giratorio. Los pastores, inmóviles sobre sus caballos, vigilan la inmensa rueda de carne, y su mirada experta reconoce á los animales, dándose cuenta de su número con asombrosa rapidez de cálculo.

El movimiento circulatorio, incesante y monótono, no se detiene un solo instante. Apenas las reses retardan el paso ó empiezan á hostilizarse unas á otras, gritan los pastores, meten espuela á sus caballos para aproximarse al lugar donde se inicia el enredo dilatorio, y el rodeo continúa. Mientras el toro marcha, esta función distrae su obtusa voluntad. Apenas se detiene, cambia de propósito, y el instinto le hace romper toda disciplina, separándose de la masa, para huir en busca del pasto de los campos infinitos.

De vez en cuando un toro solitario, ó un pequeño grupo, se despegan de la rueda é intentan escapar; pero al punto acude veloz el gaucho, encorvado sobre su trotón, para cerrarle el paso, y el animal vuelve á confundirse con sus congéneres, resignado y bonachón, luego de esta rebeldía de su confuso pensamiento.



INTERIOR DE UN MOLINO EN BUENOS AIRES

Yo he visto rodeos de 14.000 toros... ¡Una selva de astas!... ¡Un mar de olas rojas, negras y blancas, que se entrechocaban furiosamente!... Cuando se retiraron las reses en columnas, escoltadas por los gauchos, para volver á la soledad de sus pastos, el suelo estaba alterado, desmenuzado, con profundos surcos, como si acabara de pasar sobre él una tromba de muerte.

* * *

La agricultura y la ganadería son, en el presente, las dos bases más firmes del comercio de exportación argentino. La República del Plata no ha llegado todavía al rango de país industrial, aunque por sus condiciones especiales lo será en lo futuro.

Las etapas de su progreso siguen la misma gradación que las de todos los grandes pueblos. Hasta hace pocos años su desarrollo era puramente pecuario; ahora explota la riqueza agrícola; en breve plazo entrará de lleno en el desenvolvimiento industrial, del que son claros anuncios



UNA NAVE DEL HOTEL DE EMIGRANTES

las fábricas importantes que empiezan á establecerse en el país. El día en que la abundancia de brazos permita aprovechar los centenares de miles de toneladas de fibras de lino que se pierden, por utilizarse sólo la simiente de este cultivo, y en que los agricultores de la región subtropical planten sus tierras de algodón, á lo que se muestran ahora refractarios, igualmente por la carencia de manos activas, ¡qué de fábricas de tejidos podrán establecerse en las riberas del Plata, cerca de los inagotables campos de primeras materias!... ¡Y qué de otras industrias en el interior, cuando la ondulación pobladora que parte de Buenos Aires llegue á establecerse en la vertiente de los Andes, una de las regiones mineras más ricas del mundo! . . .

La falta de brazos es la causa principal de que este país se halle aún en el período titulado agro-pecuario. Hay también que dar «tiempo al tiempo», pues por vigorosas que sean las fuerzas de desarrollo de un país, es imposible que en cincuenta años de verdadera vida pueda recorrer triunfante los tres períodos: el de la ganadería, el de la agricultura y el industrial. La inmigración europea, el aumento vegetativo de la población, y sobre todo, el curso del tiempo, harán de Argentina, con los años, un país tan grande industrialmente como lo es hoy en la explotación de la tierra. Pero por el momento, solamente la ganadería y la agricultura sostienen el tráfico con el exterior.

Durante la época colonial, el monopolio de los mercaderes de Sevilla sobre el comercio del Perú mantuvo cerrado por largos años el puerto de Buenos Aires, queriendo evitarse con esto una concurrencia en el tráfico. No hubo, por tanto, verdadero comercio en las riberas del Plata, aunque sí mucho contrabando, que se hacía por medio de los corsarios ingleses, holandeses y franceses.

España, de acuerdo con las torpes ideas económicas que en aquellos tiempos eran de moda en todos los países, reservábase el derecho de surtir á sus colonias de artículos europeos, prohibiendo á las otras marinas el comercio sudamericano. Estas mercaderías europeas eran importadas, como ya dijimos, desde Sevilla, donde residían los mercaderes monopolizadores, á Puerto Bello (Venezuela), de allí á Panamá, y de Panamá al Perú. Desde este país se distribuían por tierra á las colonias vecinas, y la del Río de la Plata recibía las suyas á través de la llamada aduana seca de Córdoba.

El sistema absurdo del monopolio, al huir de la navegación directa, recargaba considerablemente las mercancías con los gastos de transporte, que algunas veces cuadruplicaban su valor. Ya dijimos también que la metrópoli, en sus Leyes de Indias, se oponía á la producción en la Península de ciertos artículos americanos, y en América á la de determinados artículos españoles. En las colonias americanas no podían labrarse tejidos ni producirse aceites, vinos y aguardientes. La exportación de los países del Río de la Plata á España, consistía en metales preciosos, plomo y cobre, lanas de vicuña, guanaco y oveja; carne salada, cueros, sebo, astas,

maderas finas y plantas medicinales. Los únicos puertos de la Península habilitados para el comercio con América, eran los de Sevilla y Cádiz.

Á mediados del siglo XVIII, Carlos III, monarca progresivo, acabó con esta absurda situación, promulgando en 1776 su *Reglamento del comercio libre*. En él se disponía que todos los puertos de la Península pudieran comerciar con los de América, y creaba una línea regular de buques (dos por mes) para el Río de la Plata, elevado el año siguiente á la categoría de virreinato. La vida comercial empezó entonces para Buenos Aires. Además, el *Reglamento* declaraba libre el tráfico entre las colonias americanas, que hasta 1774 no habían podido cambiar directamente sus productos. Esta reforma liberal, digna del buen nombre de aquel monarca, fué mejorando la vida económica de las posesiones españolas. En 1794, Buenos Aires fundó, á imitación de Barcelona, Valencia y otros puertos de la Península, el Tribunal del Consulado, institución que tenía por objeto fomentar los intereses mercantiles en unión de los de la agricultura y la industria.

Por desgracia, las guerras internacionales vinieron á paralizar estas benéficas reformas. España púsose en abierta hostilidad con Inglaterra, y de 1800 á 1809 el comercio exterior del virreinato sufrió graves quebrantos por la persecución que hacían sufrir á sus buques los corsarios ingleses. Además, ocurrieron en este período las dos expediciones británicas al Río de la Plata, que tanta gloria proporcionaron á los vecinos de Buenos Aires.

Al ser invadida España por las tropas napoleónicas en 1808, se interrumpieron completamente las relaciones comerciales con la Península, y los mercaderes argentinos, así como los hacendados ó ganaderos, no supieron qué hacer de sus productos. Entonces fué cuando Mariano Moreno dirigió al virrey Cisneros su famosa «Representación de los Hacendados», pidiéndole que declarase el libre comercio con Inglaterra. El virrey cedió á este pensamiento, tanto más cuanto que los sucesos de la Península impulsaban á los patriotas españoles á establecer una alianza con la Gran Bretaña para combatir á Napoleón, su enemigo común. La medida de declarar libre el comercio con los buques ingleses, enemigos hasta poco antes, produjo rápidos y magníficos resultados. El nuevo tráfico llegó á dar mensualmente, por derechos de embarque, á la Tesorería de Buenos Aires 350.000 pesos oro, ó sea 1 millón 750.000 francos.

Luego de proclamada la independencia argentina, vivió el comercio durante muchos años lo mismo que en los últimos tiempos de la época colonial. Lo único que aumentaba era la importación, conforme iban desarrollándose las necesidades del país. La exportación consistía, como antes, en carnes saladas, cueros y otros productos ganaderos.

Al ser vencida para siempre la tiranía de Rosas y proclamada en 1852 la libre navegación de los ríos platenses, aumentó rápidamente el comercio. Además, dos millones de europeos vinieron á sumarse en varios años á la población argentina, y esto acrecentó la potencia comercial del país, hasta llegar á los tiempos actuales, en los que la exportación es muy superior á la importación.

Todas las industrias argentinas están basadas en la ganadería ó la agricultura, lo mismo que el comercio.

Los llamados «saladeros» constituyen una de las más importantes manifestaciones industriales. En estos establecimientos se preparan las carnes (especialmente las vacunas) y ciertos despojos, poniéndolo todo en condición de ser transportado á largas distancias. El primer saladero se estableció en las orillas del Plata á principios del siglo XVIII. En la actualidad existen unos veinte establecimientos de esta clase, que preparan la carne salada ó «tasajo», de gran consumo en las Antillas y el Brasil.

Los saladeros, que están situados á orillas de los grandes ríos ó del mar, para aprovecharse de las facilidades de embarque, consumen anualmente cerca de medio millón de novillos. Son

establecimientos que disponen de medios para realizar en pocas horas enormes matanzas, así como para preparar los cueros, grasas, astas y huesos, pues todo se utiliza en esta explotación industrial. Hoy se verifican dichas operaciones con el auxilio de máquinas modernas; pero hace algunos años la matanza revestía un carácter más primitivo, llamando mucho la atención la ligereza y habilidad de los gauchos encargados de ella.

Á principios del siglo xix, el viajero francés Orbigny describió las operaciones de un saladero. «Los animales — decía — son conducidos á los rediles del establecimiento la tarde anterior, para ser sacrificados á la mañana siguiente. Desde el amanecer, los operarios se preparan para el trabajo. Los unos, á caballo y con el lazo pronto, entran en el redil, amarran á cada animal por los cuernos y tiran de él, mientras otros que van detrás le obligan á marchar dándole golpes. Al llegar frente al cobertizo de la ejecución, le tronchan los corvejones traseros de una certera cuchillada y la res cae al suelo imposibilitada de andar. Entonces, ó la hieren en la garganta para desangrarla y le pinchan en la nuca hasta tocar la medula del espinazo. Todo ello ocurre en unos segundos. Mientras los hombres á caballo continúan la misma operación, otros operarios empiezan á desollar y partir la carne, separándola de los huesos, dividiendo aquélla en cuatro ó seis grandes pedazos, apilando los cueros y amontonando los intestinos, que algunos muchachos cuidan de limpiar. Estas operaciones son tan rápidas, que á veces á las nueve de la mañana están ya muertas 800 ó 1.000 reses. Los pedazos de carne, cortados en forma de lámina y limpios de grasa, se amontonan en una pila cuadrangular, con gruesas capas de sal interpoladas. Así permanece la pila durante quince días, para que las carnes se impregnen de sal, y luego se las cuelga de unas cuerdas ó estacadas con objeto de que se sequen, lo que las hace menos pesadas, más duraderas y de fácil transporte. Finalmente, se juntan en paquetes y se entregan éstos al comercio».

Hoy, estas operaciones de matanza y salazón se han modificado bastante. Las astas, huesos, sangre y otros despojos destínanse á la exportación para los centros fabriles, que los utilizan como primera materia de sus industrias.

Los establecimientos frigoríficos representan un gran progreso comercial. Gracias á ellos, la ganadería ha visto aumentada considerablemente su exportación. El primer frigorífico se estableció en 1883 en el puerto de Campana (Buenos Aires); el segundo en Barracas al Sud; el tercero en Zárate, y luego otros en Bahía Blanca, Barracas, etc. Estos establecimientos congelan las carnes de novillos y ovejas y las exportan á Europa. Algunos años han llegado á embarcar cerca de 4 millones de carneros y 400.000 novillos. Los grandes adelantos de la navegación y el tonelaje de los buques que anclan en el río de la Plata, permiten igualmente el transporte de ganado en pie á los puertos europeos, alistándose en pocos días un cargamento de miles de reses. La congelación de los frigoríficos y la exportación de ganado vivo hacen disminuir año por año la venta de carnes secas de los saladeros.

La agricultura mantiene varias industrias de gran importancia. Los molinos harineros existentes en Argentina se hallan instalados con arreglo á los adelantos más recientes. A fines del siglo xvi se establecieron por los españoles los primeros molinos, en el virreinato del Río de la Plata, movidos á fuerza hidráulica. El estado precario de la agricultura mantuvo hasta hace algunos años la industria de la molienda en su estado primitivo. Argentina tenía que importar el grano para su consumo, así como harinas, de Chile, California y hasta de Australia. En 1845 se inauguró en Buenos Aires el primer molino á vapor, y desde entonces se han creado en la República unos 700 establecimientos de molienda, todos ellos de importancia y con excelente maquinaria, triturando anualmente cerca de un millón de toneladas de trigo. La harina argentina se exporta al Brasil y á muchos puertos de Europa.

La caña de azúcar representa una de las mayores riquezas en las provincias de la región subtropical. A mediados del siglo XVII los españoles residentes en Perú y Chile introdujeron este cultivo en la provincia de Tucumán, desarrollándose con algún éxito. Pero en el tormentoso período que inauguró el siglo XIX, la caña de azúcar fué decayendo y hasta 1821 no se realizaron nuevas plantaciones en Tucumán, extendiéndose poco después á Salta, Jujuy y Santiago del Estero. Pequeños trapiches de madera sirvieron al principio para la fabricación rudimentaria del azúcar. La falta de medios de transporte no consentía mayor desarrollo. Llevar una máquina desde los puertos del Plata hasta Tucumán, era más costoso y largo que un viaje de Europa á la Argentina. La construcción del ferrocarril á Tucumán dió á la industria azucarera un impulso enorme y fulminante. Pudieron traerse grandes maquinarias y exportar con facilidad los productos, naciendo entonces los *ingenios*, que hoy constituyen la principal riqueza de las provincias del Norte.

La Argentina, que hasta 1894 fué consumidora de azúcares extranjeros, satisface en el presente con la propia fabricación sus necesidades de este artículo y exporta á los países vecinos. Su producción anual es de 800 millones de kilos. El Estado protege mucho á esta industria, concediéndola primas de exportación, á semejanza de lo que hacen algunas naciones europeas.

Otros establecimientos industriales producen alcohol y aceites de mani, lino y colza.

La industria vinícola tiene su centro más importante en las provincias de Mendoza y San Juan, llegando á dar á los mercados del país más de un millón de hectolitros. Esta producción aumenta rápidamente, pues cada año se plantan nuevos viñedos. A partir de 1890, comenzaron los vinos argentinos á tener influencia en el mercado, haciendo disminuir la importación extranjera. Pero ésta aun es considerable, pues los vinos nacionales sólo satisfacen una mitad del consumo.

VI

VALOR DE LA TIERRA

Es difícil determinar el valor de la tierra en un país tan extenso y variado como la República Argentina.

Aparte de su precio real desde el punto de vista de la producción, circunstancias especiales lo modifican con frecuencia. La construcción de una vía férrea á través de un campo, un alumbramiento de aguas en las inmediaciones, una cosecha excepcional y otras causas diversas pueden contribuir al aumento del precio. El agua es el tesoro de más valía para las tierras. Dos campos en un mismo distrito alcanzan un valor diferente, según sean mayores ó menores las probabilidades de riego ó se hallen más próximos á la vía férrea.

Las tierras dedicadas á cereales en la región Central, gozan de un precio casi fijo, regulado por el término medio de la cosecha, y su valor no está sujeto á fluctuaciones. Pero dos nuevos factores de valorización han entrado recientemente en la agricultura argentina. La alfalfa y la madera de quebracho alcanzan precios remuneradores en extremo, y las tierras que los producen suben de valor considerablemente.

Todo el que intenta ahora adquirir un campo, lo primero que se informa es de si ofrece posibilidad de riego ó si el agua está en capas subterráneas cerca de la superficie, para

plantar alfalfa y que ésta dure un buen número de años. Si el agua se halla próxima, el terreno adquiere un precio fabuloso, comparado con el que ofrecen cuando no es apto para la alfalfa.

El quebracho ha dado también gran valor á las tierras casi salvajes del Chaco, despreciadas hasta hace poco. Este árbol proporciona una madera durísima, que resiste perfectamente á la humedad, lo que la hace muy útil para construcciones. Además, su corteza proporciona grandes cantidades de tanino. Cuando algunas Compañías industriales dedicadas á la explotación de este árbol, repartieron á sus accionistas buenos dividendos, el quebracho llamó la atención de las gentes y sus bosques alcanzaron precios enormes.

Antes de que se extrajera el tanino de su corteza en las grandes fábricas del Chaco y Formosa, y que su madera fuese buscada para «durmientes» ó traviesas, por los constructores de ferrocarriles, se vendía la legua de terreno, en los bosques de quebracho, á 2.200 francos, ó sea á menos de un franco la hectárea. ¡Imposible pedir la tierra más barata! Ahora la misma legua vale 40.000 francos, y ni á tal precio es fácil adquirirla, pues los poseedores del terreno, con la esperanza de nuevos aumentos, se resisten á venderlo.

Aunque la tierra en la Argentina duplicase ó triplicase su valor actual, todavía resultaría barata, comparada con la de otros países de menos porvenir.

Los que conocen los recursos del suelo argentino, muéstranse de un optimismo sin límites.

— Compre usted tierras — dicen á los recién llegados —. Cómprelas aunque parezcan malas, aunque estén debajo del agua. . . siempre que sean baratas. Aquí todo prospera, todo ha de subir de precio.

El periódico inglés el *Standard*, que se publica en Buenos Aires, hizo un notable parangón entre los precios de la tierra en Australia, que es la Argentina de los ingleses, y los de la República del Plata. En Victoria (Australia), se paga de 270 á 560 francos por la hectárea de un suelo en el que el colono tiene que luchar con la continua sequía, la plaga de los conejos y la enorme distancia á que se halla de Europa. En las tierras aptas para la alfalfa, del centro de la Argentina (Sud de Córdoba y provincia de San Luis), no hay sequedad ni plagas, se vive á mitad de camino del viejo continente, y los mejores campos situados cerca de las estaciones del ferrocarril, pueden adquirirse á 70 ú 80 francos la hectárea. Como se ve, el precio actual de los terrenos argentinos resulta insignificante.

Al hablar de esta modestia en la valorización del suelo y los grandes negocios de colonización á que se presta, el *Standard* hacía el siguiente cálculo. Suponiendo un gasto por hectárea de 19,80 francos en siembra, cultura, etc. (entrando en esto la simiente de alfalfa necesaria, á 9 frs. 80 los 10 kilos), y añadiendo esta cantidad al precio de compra de la tierra, cuesta la hectárea á 100 francos aproximadamente. La legua cuadrada de alfalfa (2.500 hectáreas) resulta, pues, luego de un trabajo de año y medio, á un coste de 250.000 francos en números redondos.

El producto que esta legua puede dar, según el diario inglés, es el siguiente. Se mantienen en ella 4.500 toros de tres años para ser engordados, comprándolos al precio de 110 francos, y se revenden, pasados siete meses, á 198 francos, de lo que resulta un beneficio de 88 francos por animal, ó sea 396.000 francos de ganancia en bruto, luego de descontar 176.000 francos para los gastos, á razón de 13,20 frs. por toro. Queda, pues, un beneficio anual de 220.000 francos por legua, ó sea el reembolso casi completo en un año del valor del campo y su preparación.

Desde que el citado diario hizo este cálculo, ha aumentado algo el valor de la tierra y de su cultivo, pues lo enorme de la ganancia atrae, como es natural, mucha concurrencia. Pero aun con tales modificaciones, siempre resulta que el valor del suelo argentino no está en relación, ni remotamente, con los fabulosos rendimientos que proporciona, hábilmente explotado.

Hace cincuenta años que el valor de la propiedad rural y urbana aumenta bastante en la República, sobre todo en los últimos tiempos, que han sido de una alza vertiginosa. Las vías férreas extendiéndose por el país y el comercio de exportación dando salida á los productos, con gran aumento de sus precios, han sido los principales motores de una rápida valorización, que crece y seguirá aumentando, pues le queda mucho camino que recorrer hasta que llegue á sus verdaderos y justos límites.

Si causa asombro la rápida alza de los terrenos en poco tiempo, provoca á la vez una sonrisa irónica el recuerdo de lo que eran hace treinta años.

En 1879, el Gobierno, para reunir fondos con que atender á la expedición militar dirigida por el general Roca contra los indios del desierto — expedición que dió por resultado la conquista de 24.000 leguas, ó sea 60 millones de hectáreas — sacó á venta pública una gran cantidad de terrenos al precio de 2.000 francos la legua, algo así como 80 céntimos la hectárea, y pagaderos en cinco años. Era entonces tan grande la desvalorización de la tierra (¡hace treinta años!) y tan escasa la fe en el porvenir económico de la República, que la gente no se dió gran prisa en acudir al ofrecimiento. Muchos de los que compraron estas tierras entregaron el dinero por compromiso de partido, por amistad con el jefe de la expedición, ó como donativo patriótico, sin la más lejana esperanza de haber realizado un negocio. Hubo legua que acabó por venderse al irrisorio precio de 880 francos; menos de 40 céntimos la hectárea.

Y bien: muchas de estas tierras, adquiridas con una baratura que puede llamarse ridícula, son hoy, transcurridos treinta y un años, las más caras y productivas. La legua que costó 880 francos, vale ahora 800.000 francos, ó un millón. Y este valor no es más que teórico, pues ninguno de sus poseedores quiere venderlas, ya que dan una renta segura y más grande que la que corresponde á dicho capital.

¿No parece esto un relato prodigioso, como los cuentos de *Las mil y una noches*? ¿No merece el país argentino su título de «tierra de maravillas»?... Un buen número de grandes fortunas de la actualidad proceden de este origen. Sus autores no tuvieron que sufrir para hacerlas grandes quebraderos de cabeza. Compraron á tiempo: he aquí todo. Más bien dicho, no compraron, sino que fueron en su busca para venderles, y las exiguas cantidades entregadas obtuvieron los honores de un donativo patriótico.

Muchos capitalistas argentinos se han enriquecido durmiendo ó dejando dormir la tierra. Mientras permanecían en la inacción, el país trabajaba para ellos con su incesante desarrollo. Luego, á la hora de las grandezas, la República les tocaba en un hombro para despabilarlos: «Despierta, ha llegado tu hora; lo que compraste por ocho vale quinientos mil, vale un millón». Y el favorito de la suerte no tenía más que frotarse los ojos y tender luego la mano para recibir una fortuna, producto de la actividad y las fuerzas del país.

En esta prodigiosa distribución de riquezas, los más torpes y testarudos, los menos activos é inteligentes, fueron los que tocaron la mejor parte, como sucede las más de las veces. El hombre de negocios, exuberante de actividad, apenas vió aumentar un poco el valor del terreno, lo vendió para dedicar el capital á otras empresas. El tímido, el cazurro, el avariento, el falto de iniciativas, dejó muerta y casi olvidada la tierra, por miedo á los gastos y riesgos del cultivo, y el premio de tal desidia fué encontrarse con una fortuna enorme al cabo de pocos años.

La depreciación de la propiedad rural ha durado en Argentina hasta hace poco tiempo. En 1890, un Gobierno imprevisor estuvo próximo á realizar el enorme disparate de poner en venta, de un solo golpe, las 24.000 leguas conquistadas á los indios, cobrando la mitad al contado y la otra mitad á plazos. Afortunadamente, no se realizó el negocio, y fué un gran

bien, pues de lo contrario estos territorios, enormes como naciones, hubieran ido á parar á manos indudablemente de una Compañía extranjera, ingiriéndose un nuevo Estado dentro del Estado argentino.

En 1897 todavía vendió el Gobierno muchas leguas á 1 peso 50 centavos papel la hectárea, ó sea 3.750 pesos la legua, pagaderos en cinco años, lo que representó un buen negocio para los compradores. En 1902 cambió la situación, iniciándose el alza de las tierras, que continúa actualmente, aunque con cierta lentitud.

Han influído mucho en esta valorización, el haberse generalizado el cultivo de la alfalfa, el prodigioso desarrollo de la ganadería, la exportación de animales en pie y carnes congeladas, y, sobre todo, la estabilidad que la «ley de conversión» ha dado al papel moneda, instrumento de todas las transacciones comerciales que se verifican en el interior de la República.

La agricultura y la ganadería aumentan de tal modo la riqueza del país, que á pesar de que éste importa mucho del extranjero, su exportación es siempre mayor. Más de quinientos millones de francos representa el excedente de lo que sale sobre lo que entra.

Esta es, tal vez, la causa más poderosa de la valorización creciente de la tierra, aumento de precio que responde con fidelidad al desenvolvimiento gradual de las intensas energías acumuladas en el país argentino.



UN GAUCHO



LA ARGENTINA DE AYER

I

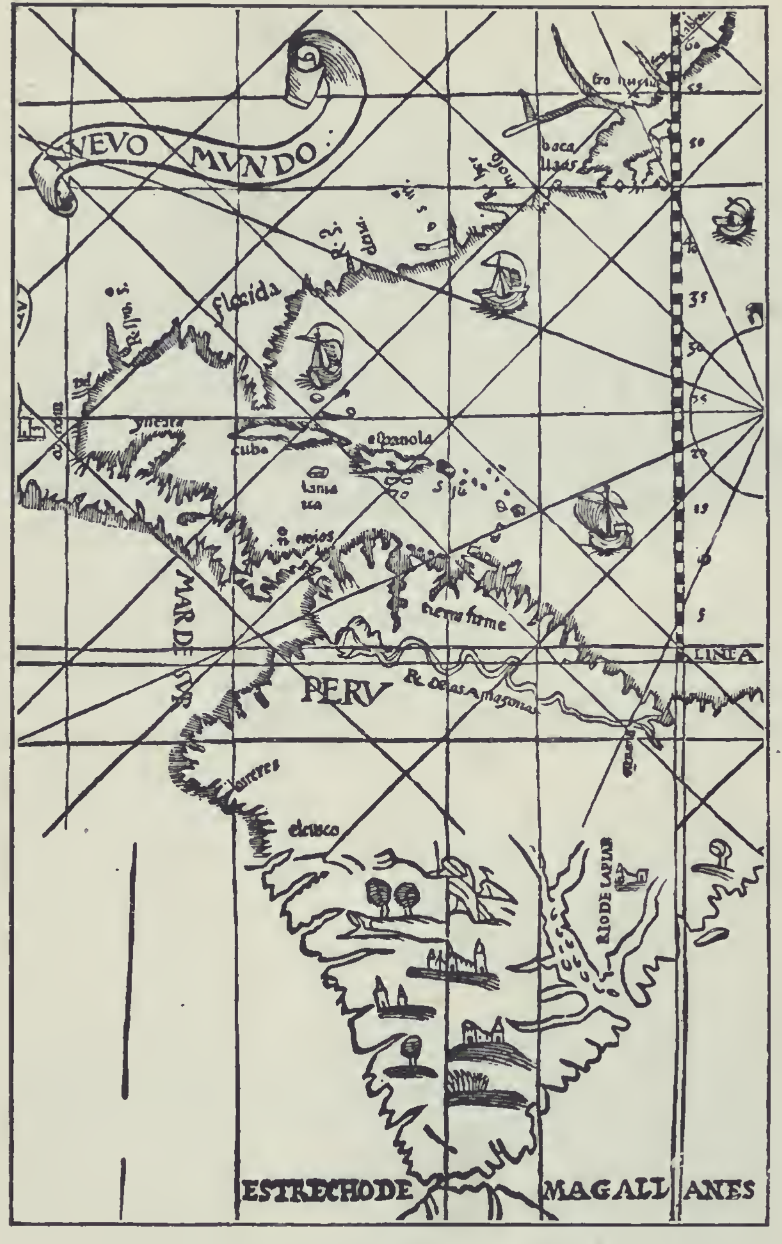
LOS CONQUISTADORES

No fué la pobreza del suelo natal la que impulsó á los españoles al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Ciertos poetas, por su afición á extremados contrastes, han pintado con notoria falsedad á los esforzados aventureros cual una banda de halcones que, huyendo de la miseria de sus nidos, se lanzaron ávidos y feroces sobre el país del oro.

El decaimiento y la ruina del pueblo español ocurrieron dos siglos después como lógica consecuencia del fanatismo religioso, que expulsando á judíos y moriscos empobreció al país, quitándole sus elementos productores más valiosos; como consecuencia también de las incesantes guerras europeas mantenidas por los intereses dinásticos de una monarquía absoluta, y sobre todo esto por la misma conquista y repoblación de América, sangría suelta que durante centurias y centurias se llevó lo más activo y enérgico de la nación, dejando en la Península lo menos útil, el verdadero peso muerto de la raza.

Cuando se descubrió el Nuevo Mundo tenía España tantos habitantes como hoy. Dos siglos después, á fines del XVII, había descendido á nueve millones escasos: á principios del XIX, cuando las colonias se separaron de la metrópoli, contaba unos once; hoy que lleva cien años entregada á sí misma, sin tener que nutrir casi todo un hemisferio, ha vuelto á poseer 18 ó 20 millones de habitantes, como en tiempos del descubrimiento. La gloriosa empresa americana fué, pues, causa principal de su decadencia, ó, más bien dicho, de su anemia.

Los historiadores españoles, con una lamentable miopía, han buscado las razones del decaimiento nacional en la misma Europa, sin extender su mirada al otro lado del Océano.



MAPA TOMADO DE «EL ARTE DE NAVEGAR», DE MEDINA (1545)

Unos vieron la causa decisiva de la despoblación en las incesantes guerras con Italia, Francia, Inglaterra y los Países Bajos; y parece lógico preguntarles: — ¿Es que los pueblos que contendían con los españoles no experimentaron iguales pérdidas en los campos de batalla? ¿Cómo su población no sufrió, pues, el mismo descenso que la peninsular? . . .

Otros buscan el motivo único en el fanatismo religioso; pero, en los pasados siglos, no fué éste un triste privilegio de España. Las guerras de religión y las persecuciones inquisitoriales las sufrieron por igual todas las potencias católicas, y, sin embargo, ninguna de ellas llegó al estado de postración que el pueblo español.

El decaimiento nacional puede decirse que fué semejante á ciertas enfermedades humanas que preocupan y desconciertan á los médicos, por ser resultado de diversas causas patológicas que coinciden y se juntan en una dolencia única. Los motivos expuestos por cada historiador, son ciertos si se examinan por separado; pero la causa predominante en el conjunto de la decadencia fué la colonización de las Indias occidentales, inmenso territorio que pobló y civilizó España, ella sola, sin permitir en su altivez y patriótico egoismo auxilio alguno.

La razón más poderosa de este decaimiento nacional hay que buscarla en la abnegación de la maternidad. No se da el pecho á diez y ocho criaturas sin que la madre quede arruinada por una anemia mortal. . . ¡Y qué criaturas! Algunas de ellas, por su vigor extraordinario, fueron desde el nacer vigorosos cachorros de gigante, absorbiendo lo más rico de la medula materna.

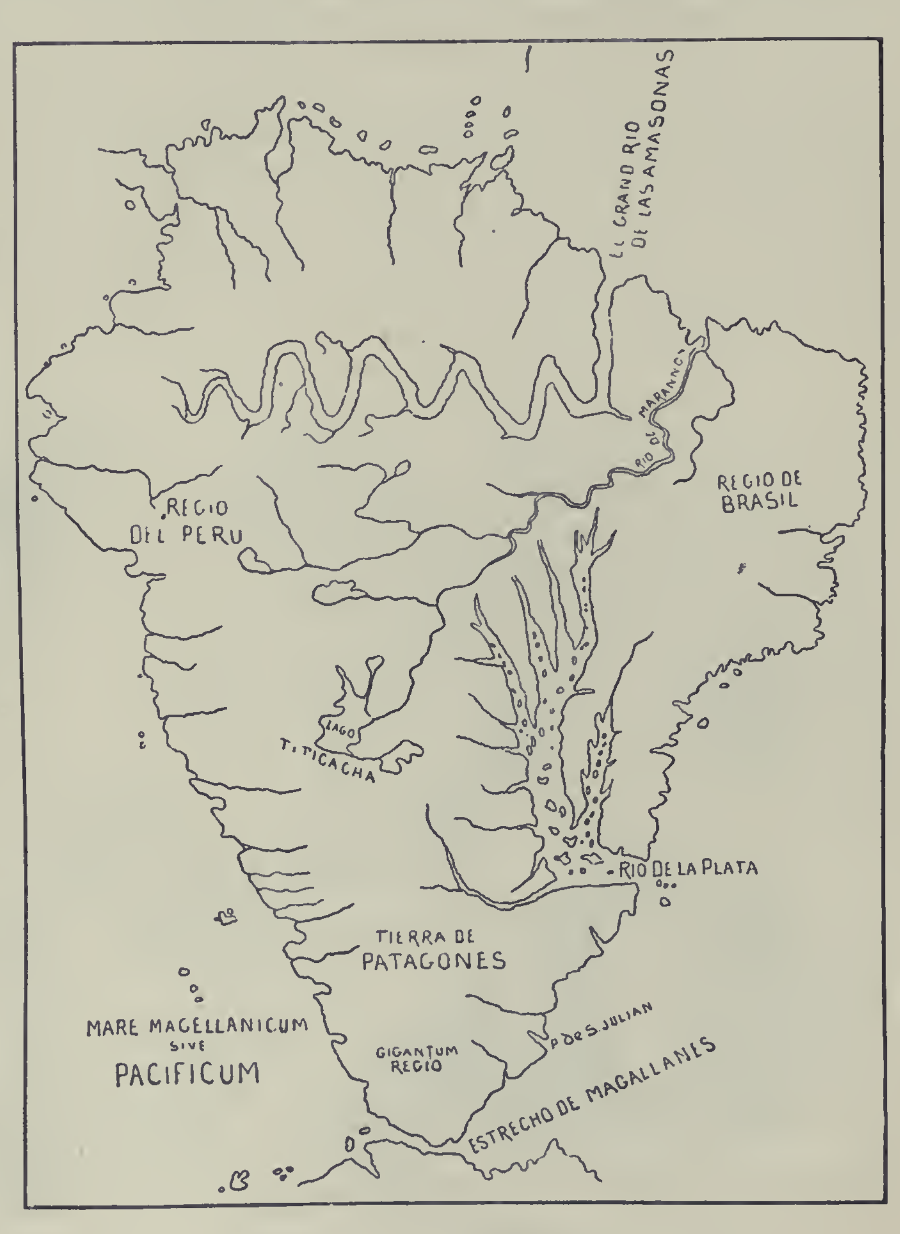
Las diez y ocho naciones de habla castellana que existen hoy en América, se incorporaron, por medio de una inmigración de tres siglos, lo más sano y vigoroso de la Península. Los veteranos de campañas gloriosas, profesionales férreos de energía, los animosos aventureros, los navegantes familiarizados con la ciencia, los mercaderes hábiles, todo cuanto representaba carácter, iniciativas y actividad, se fué al Nuevo Mundo.

Cada vez que terminaba alguna de las guerras de los españoles con Europa y había que

licenciar el ejército, esta selección de varones, formados en la dura religión del deber y el sacrificio, se embarcaba para el otro mundo en busca de aventuras, dando la espalda al quietismo monacal de la España de los Austrias. Los verdaderos depositarios de la leyenda castellana, los nietos del Cid, sólo podían vivir fuera del suelo natal, batallando en las naciones del centro del continente, que eran entonces una España momentánea, ó colonizando y peleando con los indígenas de las Españas situadas al otro lado del Océano. Su estado de ánimo fué semejante al de algunos intelectuales del presente, que aman mucho á su patria y trabajan por ella cuanto pueden; pero se sienten más ágiles y con mayor desahogo mental fuera de su tierra.

En la Península, después de esta emigración lenta y continua de tres siglos, sólo quedaron como reproductores del apocamiento de alma y de la tristeza religiosa, los hidalgos estirados, pedantes y hueros, los frailes dominadores y los mendigos de la sopa boba, que esperaban, como el que espera un milagro, la próxima llegada de los galeones del Perú y Méjico.

En la historia de la América colonial sólo se habla de expediciones marítimas de los descubridores, ó de aquellas que trajeron virreyes, generales y personajes eclesiásticos. Fuera de tales arribos, bien sonados, no se mencionan otros desembarcos. Parece como que España sólo envió altos funcionarios al Nuevo Mundo y que la repoblación blanca la hicieron unas cuantas centenas de personas, llevándose á cabo por arte mágico la fusión de españoles é indígenas. La Historia de aquellos tiempos, así como en Europa sólo mencionaba los hechos de los reyes, ignorando la existencia de los pueblos, veía en las colonias únicamente el arribo de los potentados, siendo ciega y sorda para el continuo chorreo de gente humilde que llegaba de la otra ribera del Océano en busca de fortuna.



MAPA DE DIEGO GUTIÉRREZ (1562)

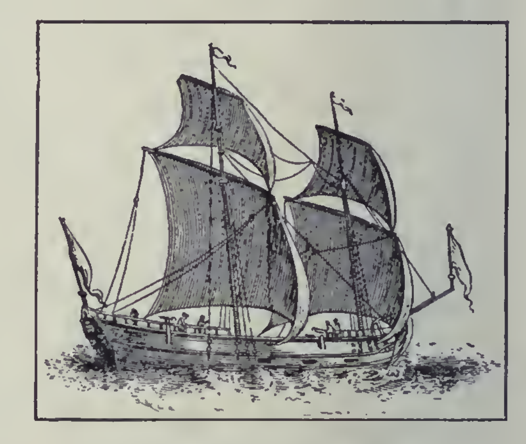
Si un curioso investigador remediase la ausencia de estadística en aquella época, buscando en los archivos de Indias las listas de los pa-



LAS COSTAS DEL BRASIL Y DEL RÍO DE LA PLATA (Grabado del siglo XVI).

sajeros embarcados en puertos españoles desde fines del siglo XV á fines del XVIII, se vería entonces cuán grande y continuo fué el desangramiento de la Península para dar nueva vida á su prole de América. Pero á falta de tales datos concretos, tenemos el étnico, que se ofrece con una claridad elocuente en todo el suelo americano.

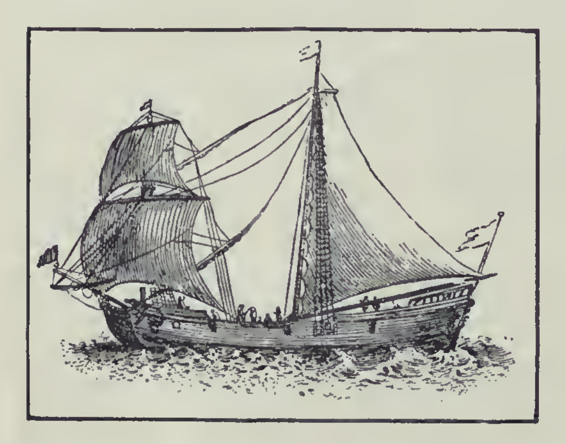
El movimiento de la independencia fué obra de blancos y mestizos. Sin las gentes de raza blanca no hubiera sido posible, ni habría servido de nada á la civilización, este impulso emancipador. Los blancos y semiblancos constituían una mayoría, á principios del siglo XIX, en casi todos los pueblos hispano-americanos. . . ¡La sangre española que fué necesaria para ir aclarando y disolviendo el cobre nativo, en el espacio relativamente corto de tres siglos! . . .



NAVE ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

* * *

La época del descubrimiento fué justamente la de mayor prosperidad interior en España. Acababan de fundirse las múltiples actividades de los diversos Estados de la Península, realizándose con el matrimonio de los Reyes Católicos y la expulsión de los musulmanes la ansiada unidad nacional. Pocos pueblos de Europa eran tan prósperos y adelantados en aquellos tiempos como la España del siglo XV. Una tolerancia religiosa, heredada de la amable confusión medioeval, y que poco después había de verse suprimida por el naciente fanatismo, permitía convivir pacíficamente á cristianos, judíos y moriscos. Poblaciones que hoy parecen cementerios, por haberse retirado la vida de ellas, eran entonces ciudades de vecindario enorme y activos mercados de fama europea. El Manchester de esta época se llamaba Segovia: las ovejas merinas, conocidas sólo en la Península, daban sus lanas á los telares que producían los paños mejores del mundo. Toledo tenía sus aceros; Córdoba sus curtidos; las vegas de Valencia, Murcia y Granada servían de escuela agrícola á todo un continente; los mercaderes y cambistas de los puertos soste-



CARABELA DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

nían un gran tráfico con las naciones mediterráneas, y su marina mercante figuraba como la más activa y hábil de la época.

El descubrimiento no fué un esfuerzo de la miseria española ansiosa de abrirse puertas de escape, sino una consecuencia del desarrollo nacional.

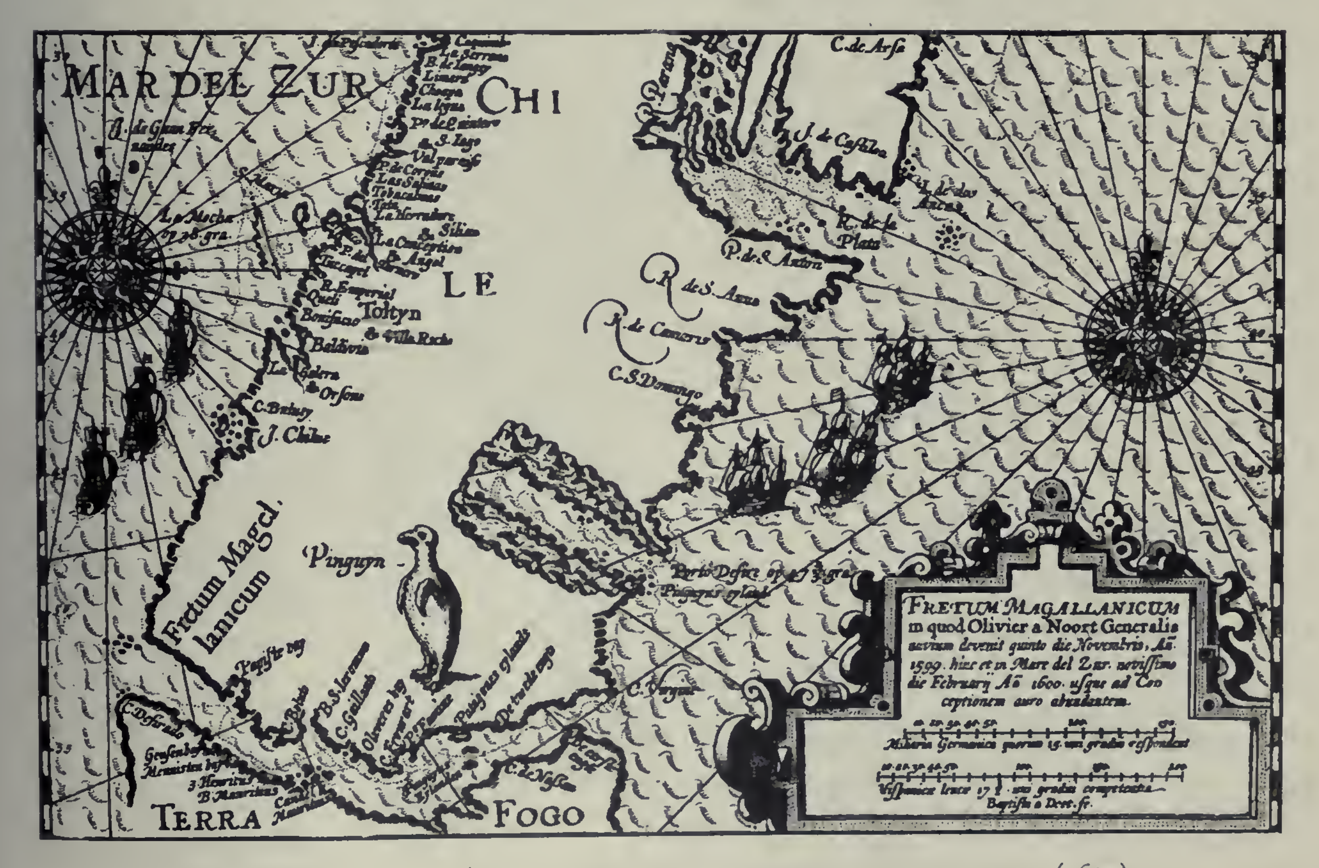


UNA FLOTA EN EL PUERTO DE CÁDIZ ANTES DE ZARPAR PARA LAS INDIAS OCCIDENTALES (Grabado del siglo XVI).

Ningún otro pueblo europeo estaba en las condiciones que España para realizar esta empresa, la más importante que reseña la Historia. Lo demuestran las peregrinaciones de Colón, errante de una corte á otra, implorando auxilio de monarcas y repúblicas, sin encontrar quien le escuchase.

La historia de la España medioeval carecería de lógica y no significaría nada para el progreso humano de no haber sido coronada por el descubrimiento. Cuando se examina desde los tiempos presentes ese período de largos siglos, finalizado por la gran apoteosis de la raza, esparciéndose en un mundo nuevo, se ve claramente que todo en la vida del pueblo hispánico iba encaminado á la preparación de tan glorioso final.

Las condiciones militares de la raza, aleccionada y fortalecida por una guerra de siete siglos; su estado de cultura, que hacía de la España de entonces uno de los pueblos más ade-



MAPA DE PATAGONIA, SEGÚN LA «DESCRIPTION DU PENIBLE VOYAGE», AMSTERDAM (1604)

lantados y estudiosos; la situación geográfica, y ciertas dotes especiales de carácter, la designaban sobre las demás naciones para la realización de la magna empresa.

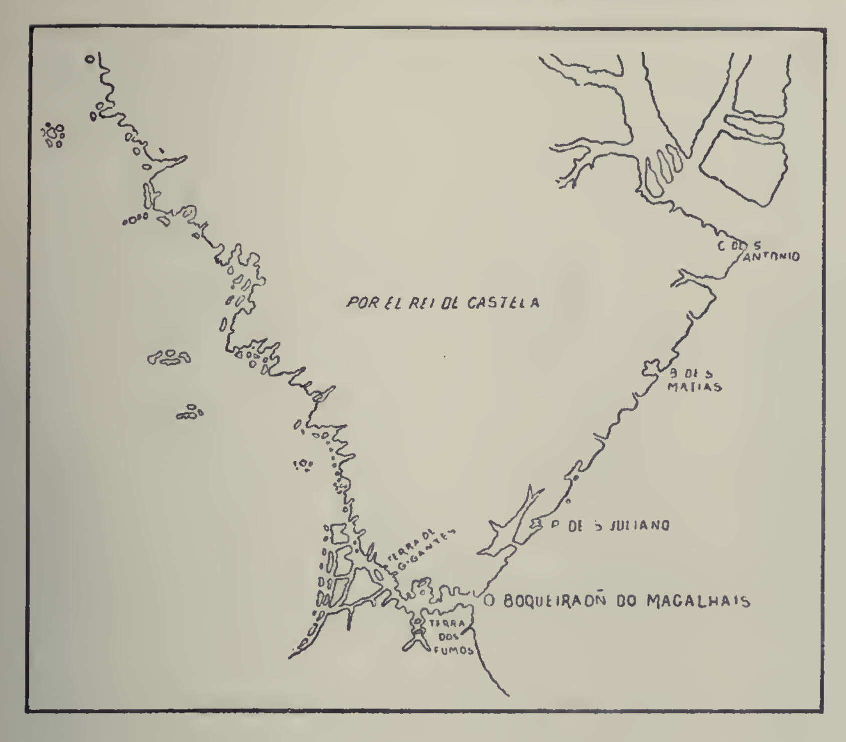
En la Península ibérica la guerra ha sido casi siempre lo cierto, lo indudable; y la paz lo casual, lo inesperado. Camino de todos los grandes éxodos, puente tendido sobre Europa para las invasiones meridionales, su suelo ha sido un eterno campo de batalla en el que se liquidó muchas veces la suerte de los destinos humanos.

Su infancia empieza entre choques de razas. Al salir del caos celtíbero, marcha con Aníbal al exterminio de Roma, y resiste fieramente á la ciudad-señora, cuando ésta, á su vez, viene con las armas en la mano á devolverle la visita. En vano los Emperadores cierran el templo de Jano y declaran la paz universal. Esta puede ser verdad en el resto del mundo, pero al Norte de España siguen resistiendo indómitas las tribus de cántabros y astures, y en las sierras del Centro pululan inapresables los belicosos vagabundos, remotos ascendientes del guerrillero moderno. Cuando al fin parece que España va á gozar una existencia de paz, sobreviene la invasión de los bárbaros septentrionales y se reanuda la lucha con vándalos, alanos, godos y visigodos. No está constituída la monarquía nacional, arde aún en la Península la guerra entre naturales, godos y bizantinos, cuando el chorro de una nueva raza viene á derramarse en la bullente caldera étnica. Son los árabes y berebebe- res; el Oriente, que llega para chocar con el Septentrión: y empieza una nueva lucha, de siete siglos; la famosa Reconquista, definitivo moldeo del pueblo hispánico.



MAPA DE AMÉRICA, DE LA «COSMOGRAFÍA», DE BELLERO (1554)

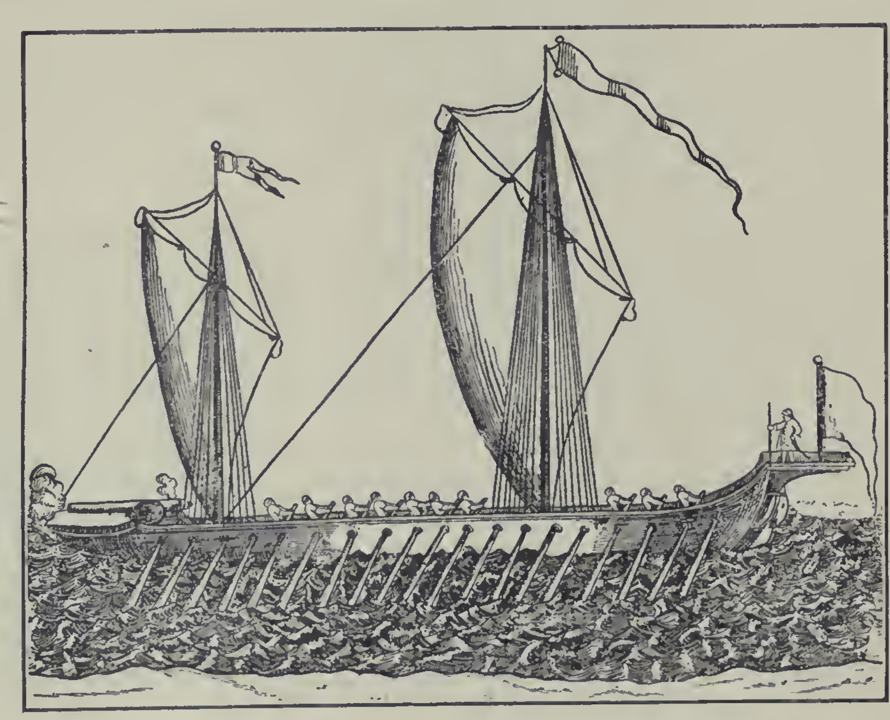
Esta guerra es la escuela de los futuros conquistadores de un mundo virgen. La raza se endurece en una pelea incesante: el



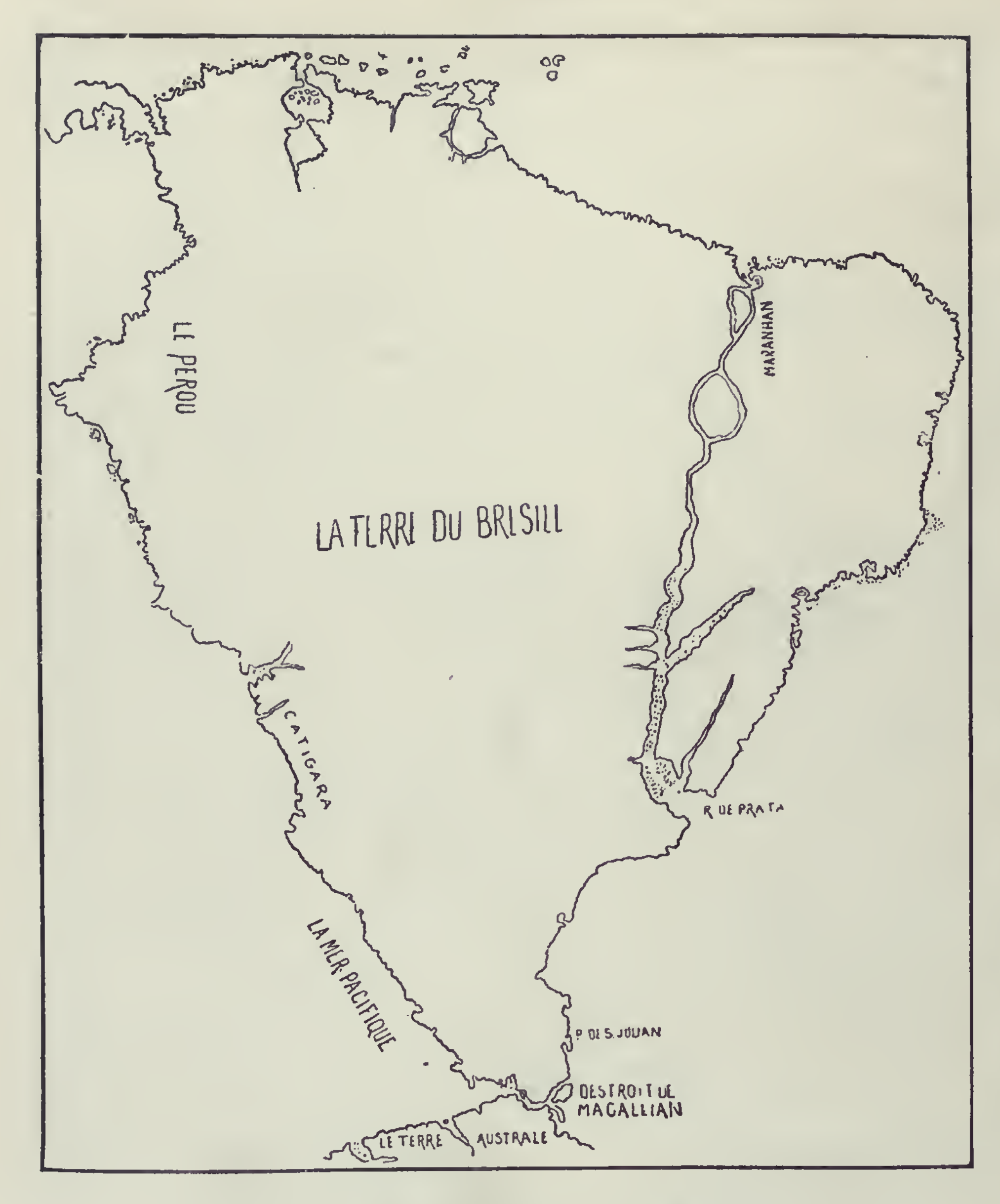
EL RÍO DE LA PLATA Y LA PATAGONIA, SEGÚN EL MAPA DE JUAN FREIRE (1546)

cristiano, al cruzarse con el musulmán, une á sus buenas condiciones nativas la sobriedad del hombre del desierto. La testarudez impasible, la firmeza taciturna del guerrero ibero, se funden con el ardor y la agilidad panteresca del combatiente africano, formando un soldado único. Las continuas algaradas, cabalgadas y rebatos en los límites de los reinos musulmanes y cristianos, obligan al español de una y otra raza á arar sus campos, con la lanza ó la ballesta al alcance de la mano. Las operaciones agrícolas terminaban muchas veces con sangre. Una recolección había que asegurarla con una batalla. La guerra era de sorpresas, de astucias, de salvajes estratagemas y emboscadas. Esta escuela militar, cuyos cursos duraron siete siglos, produjo soldados aptos para la lucha con el guerrero de las selvas americanas, escurridizo, invisible y de golpe mortal como la serpiente. El árabe le enseñó á cabalgar en corceles indómitos y veloces; la tradición guerrera, que databa de las correrías de Aníbal, mantuvo sus arrestos de peón infatigable.

España introdujo en el arte de la guerra un nuevo y poderoso factor: la infantería, llamada «reina de los combates». La lucha de guerrillas, sorpresas y emboscadas en las abruptas sierras de la Península, formó los infantes más duros é incansables. El hombre, armado á la ligera y marchando á pie, cobró confianza ante los férreos jinetes medioevales. Lo que le faltaba de resistencia para el aguante de los golpes, lo ganó en movilidad para darlos al enemigo. Los caballeros de Europa, acorazados de pies á cabeza, con los trotones cubiertos de casacas de hierro, tropezá-



GALERA ESPAÑOLA DE LAS QUE GUARDABAN LAS COSTAS Y RÍOS DE AMÉRICA
(Grabado del siglo XVI).



FRAGMENTO DE UN MAPA-MUNDI FRANCÉS (1540)

ronse en los campos de Italia con la infantería del Gran Capitán, firme muralla humana que los recibió con relampagueos de arcabuz y erizadas masas de picas. Acabaron entonces los dominadores feudales. El rico ya no fué invencible sólo porque tenía medios de adquirir una armadura. La democracia intervino en la guerra con el decisivo valor del número.

De estas tropas, amaestradas por una pelea de siglos, surgieron los conquistadores, aptos para toda clase de operaciones belicosas. Semejantes á los legionarios romanos, que lo mismo peleaban en tierra que sobre el mar, los aventureros españoles fueron navegantes, jinetes incansables cuando la llaneza del suelo permitía la cabalgada, y duros andarines capaces de marchar meses y aun años por selvas vírgenes, sufriendo los rasguñones de la vegetación, el acecho de los indios, la acometida de las fieras y los tormentos del hambre y la sed. Muchos de ellos desembarcaron en Méjico para venir á establecerse finalmente en los confines de la Patagonia, atravesando gran parte del continente. Otros, abandonando la vida regalada á orillas del Pacífico, lanzáronse á través de bosques y desiertos, é improvisaron embarcaciones en ríos como mares para salir, tras odiséica peregrinación, al Atlántico libre por la boca inmensa del Amazonas. El pie incansable valía tanto en ellos como la mano férrea y el ojo de ave de presa. El estómago, avezado á toda especie de carestías, fácilmente adaptable á los más extraños alimentos y pronto á familiarizarse con el vacío, les prestó tantos servicios como su corazón esforzado.

El hambre, un hambre que sólo el español podía sufrir, por estar habituado á las sobriedades africanas de su raza, acompañó al conquistador en las correrías por los desiertos del Chaco y las peladas altiplanicies del Alto Perú. ¡Qué de dramas han quedado ocultos en el mis-

terio de estas exploraciones por soledades que, ni aun en los tiempos presentes, han recibido de nuevo la planta del hombre!... Existen desiertos en el corazón de América de los cuales parece haberse retirado la vida para siempre. El cielo triste relampaguea y tiembla cargado de electricidad, sin soltar una gota de agua; el suelo de bronce no permite el adorno de sus áridos peñascales con la más leve brizna de hierba: roca y áspera tierra por todos lados. El llama y la vicuña tuercen su carrera de trote infantil por no internarse en tales infiernos. Ni un animal, ni una planta se encuentran en estas soledades de leguas y leguas; y, sin embargo, por allí pasó el hombre, por allí caminó el aventurero español á impulsos de una heroica ignorancia, que le hacía marchar en línea recta, tras el revoloteo ilusorio de la Quimera, en busca de las montañas de oro. ¡Si se conocieran los dramas del hambre en estas expediciones á través de la nada! . . . En el primer sitio de la ciudad de Buenos Aires, defendida por los compañeros de Mendoza, la falta absoluta de víveres despertó á la bestia que todo hombre lleva dentro. El hambre, exacerbada hasta la locura, buscó un alimento en la carne humana.

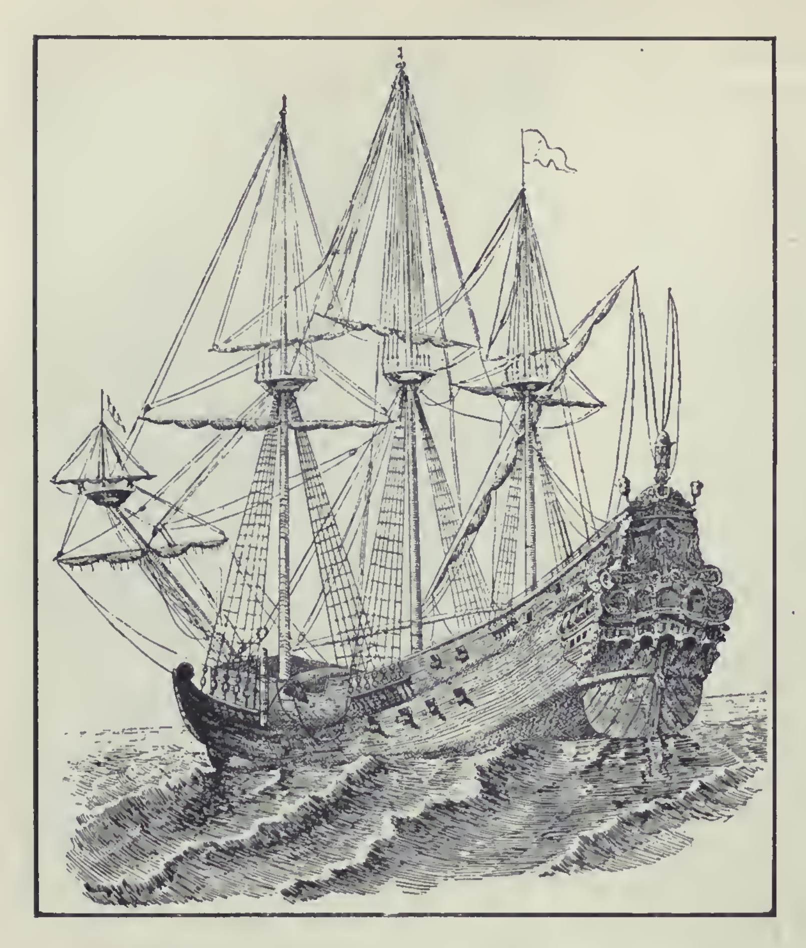


UN CONQUISTADOR

Los bravos exploradores del desierto marcharon muchas veces á través de la más absoluta carestía, sin encontrar una planta, un guanaco extraviado, un charco de agua putrefacta. Tras ellos, llevando á lomos la impedimenta, caminaban los indios, más fuertes y frescos, por hallarse acostumbrados al clima y al país. Había que salir de aquel infierno de aridez: la sangre era un líquido como otro cualquiera para refrescar las ardorosas fauces; la carne se ofrecía indefensa, tras sus pasos, con la diabólica seducción de todas las cosas que resultan urgentemente necesarias para la existencia. ¡Quién sabe! . . . ¡Quién sabe! . . . El aventurero, al volver al regalado descanso de la naciente ciudad indio-española, no iba á contar la hazaña espeluznante á que le había impulsado su instinto de conservación; antes bien, procuraba olvidarla, acallando así sus remordimientos religiosos. Era caballero y cristiano; echaba en cara á los indígenas su antropofagia como un signo de bestial inferioridad; pero, ¡ay!, también el marino en días de bonanza, ó cuando se halla en tierra firme, es un hombre pacífico y culto, habituado al manejo de los más nobles descubrimientos humanos, y no obstante, más de cien veces, al verse en la soledad de las olas,



SOLDADOS ESPAÑOLES DE LA CONQUISTA (De un grabado antiguo).



UNA CARRACA DEL SIGLO XVI (Sacada de un grabado de la época).

sobre la balsa del náufrago; echa suertes entre sus compañeros con horrible frialdad, y mata y come.

Estos conquistadores animosos, estos descamisados de la espada y de la Fe, que se arrojaron á través de un mundo desconocido, en continua batalla con el hambre y la muerte, para marchar tras un ideal (como siglos después se lanzaron otros vagabundos heroicos por el centro de Europa con la *Marsellesa* en los labios y los calzones rotos), no eran gentes rudas é iletradas, especie de perros de presa amaestrados únicamente por el combate. Los ignorantes del arte de escribir, como Pizarro, poseían un talento natural y grandes habilidades estratégicas.

Los más de los aventureros habían vestido bayetas escolásticas antes de ceñirse la coraza y frecuentado las aulas de Salamanca y Alcalá. Muchas veces, en sus horas de vagar, dentro de la choza colonial, tomaban la pluma para escribir el relato de las hazañas de sus camaradas y las propias. Un antiguo estudiante, el capitán Hernán-Cortés, daba cuenta á Carlos V de sus descubrimientos y conquistas, en cartas de vigoroso colorido y palpitante realidad, que parecen descripciones de un novelista moderno.

Las tropas españolas de los siglos XV y XVI, escuelas de las que surgieron los conquistadores del Nuevo Mundo, equivalían á una selección de la raza. El soldado más humilde era un caballero por el hecho de ceñir espada. Los segundones de nobilísimas casas marchaban confundidos con los pobres hidalgos, llevando el arcabuz al hombro, en las filas de los tercios de Italia ó de Flandes. Todos se consideraban tan ilustres como el general, y cuando éste cometía un error no se recataban en publicarlo. Muchas veces, su instinto ó su experiencia les hacía emprender una operación por cuenta propia, sin orden alguna, que al final daba por resultado la victoria. Otras se quedaban sosteniendo una plaza que el rey les había mandado evacuar. Los generales llamaban á la tropa con temeroso respeto «Señores soldados». El fiero duque de Alba, que hablaba con altivez á los reyes, llamaba en sus proclamas y cartas á los individuos de los Tercios «Muy altos y poderosos hijos», suplicándoles que no le dieran disgustos, «por el gran amor y afición que les tenía».

De aquellas tropas podían surgir los simples soldados para convertirse en señores de tierras inmensas, ó virreyes herederos de un imperio. No sólo eran hombres de pelea y de fuerza bruta los soldados españoles de entonces. Uno se llamaba el Señor Miguel de Cervantes, otro Félix Lope de Vega, otro Don Pedro Calderón, otro Alonso de Ercilla. La lista de hombres de letras emparentados con las armas resulta interminable, pues en aquellos tiempos la mente sana iba

siempre acompañada de un brazo fuerte, y los guerreros de la literatura, antes de esgrimir la lengua maliciosa en mentideros y tertulias, habían esgrimido pica y espada en combates sangrientos.

Cuando se inició la epopeya de los conquistadores, la raza hispánica estaba en el apogeo de su vigor. Siete siglos de vida guerrera habían convertido al español en un superhombre de audacia y energía. Un caballero de la corte de los Reyes Católicos, para demostrar sus fuerzas, se arrojaba sobre una muela de molino, en plena rotación, deteniéndola entre sus brazos. Otro, con una galantería digna de Micromegas, arrancaba de un tirón gigantesco, en una iglesia, la pila de agua bendita para que mojase sus dedos más cómodamente una dama de baja estatura. Cierto capitán, futuro conquistador en el Nuevo Mundo, colocaba un tablón horizontal en lo más alto de la Giralda de Sevilla, y avanzando hasta su extremo, cubierto de la testa á los pies con la férrea armadura de combate, ejecutaba varias piruetas en el vacío para diversión de las bellas damas de la reina Isabel.

El día en que los monarcas Católicos plantaron la cruz sobre las torres de Granada, esta raza belicosa, que no comprendía la existencia sin aventuras y combates, quedó en medio de su triunfo como indecisa y desorientada.

Los moros habían sido vencidos para siempre: ya no quedaban en la Península enemigos con quienes reñir. ¡Y ellos sólo eran soldados, y no conocían otra ocupación que la de pelear! La guerra había acaparado toda la actividad de los fuertes . . . ¿Qué hacer?

Soñaban con prolongar su marcha triunfadora hacia el Sud, pasando el Estrecho, y meterse en África, devolviendo á los bereberes la visita avasalladora que habían hecho á España



UNA VISTA DE LA ANTIGUA SEVILLA CON LA FLOTA DE LAS INDIAS (Grabado del siglo XVIII).



BUQUES ESPAÑOLES DESCUBRIENDO NUEVAS TIERRAS
(Grabado del siglo XVI).

siglos antes. La conquista de Marruecos y la penetración hasta las entrañas del continente negro eran empresa decidida.

Hasta la reina Isabel mostraba entusiasmo por este proyecto á impulsos de su fervor religioso. Había que llevar el Evangelio, espada en mano, á los pueblos de África, como éstos habían traído el Korán al suelo español sobre el curvo filo de su cimitarra. Los guerreros sin ocupación, los héroes en huelga forzosa, apoyaban tales propósitos. ¡Á los campos de África, á cualquiera parte donde se diesen y se recibieran golpes, conquistándose riquezas con la punta de la lanza!... El rey Católico sostenía guerras en Nápoles, pero éstas iban acompañadas de frecuentes treguas, y la ordenada estrategia del Gran Capitán no gustaba á los aventureros, ansiosos de poner en práctica sus iniciativas, libremente.

Pero cuando todas las miradas iban hacia África, corrió la noticia de que un navegante misterioso y algo falto de razón, que tras largo importunar á la reina y á sus validos había salido de un mísero puerto de Andalucía con tres carabelas, casi ignorado por la indiferencia pública, acababa de volver, habiendo encontrado tierras nuevas al otro lado del misterioso Océano.

Colón, al atravesar una parte de España, desde Palos á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes, cambió el curso del pensamiento nacional. Repicaban á su paso las campanas de los pueblos; los castillos le saludaban con salvas de artillería; salían las autoridades de los municipios revestidas de sus togas y gramallas á cumplimentarle con graves discursos en medio del camino; corrían las gentes, dejando abandonados los campos, para ver al prodigioso varón que avanzaba modestamente, vestido de color de hábito franciscano, con la cuerda al talle, en cumplimiento de una promesa religiosa. La muchedumbre no admiraba tanto el héroe como las baratijas de oro que traía del país de misterio. Además sentía deslumbramientos de asombro ante las plumas multicolores, las aves raras y los hombres de extraña tez y lacia cabellera que seguían al navegante, temblando sus miembros cobrizos y desnudos, habituados á otras temperaturas, bajo el abrigo de las mantas.

Los futuros guerreros de Africa, los acuchilladores de moros, fruncieron el ceño pensativos y desconcertados al contemplar este desfile... ¡Existían otras tierras! ¡Las tierras del oro! ¿No sería mejor ir en su busca?

Los niños á quienes mostraban las madres esta procesión de gloria, más decisiva para la suerte de la humanidad que los cortejos de los generales de Alejandro y los triunfos de los

Cónsules en el Foro á la vuelta de Asia, sintieron nacer en aquel instante la gran vocación histórica que duró siglos y pobló todo un mundo.

¡Serían conquistadores! ¡Irían á las Indias! . . .

Y las naves de Castilla fueron desde entonces escasas y pequeñas para contener tanto aventurero como se presentaba pidiendo embarque, con la espada al hombro y pendiente de su empuñadura un atado de ropa por todo equipaje. Eran extremeños duros, andaluces fantaseadores, castellanos avellanados y graves, gallegos y asturianos briosos y acometedores, vascos mareantes acostumbrados á luchar con las olas y á dar caza á las ballenas; todo un ejército de Quijotes en busca de su Dulcinea, que era la gloria; de ávidos Sanchos, que soñaban con la ínsula del oro.

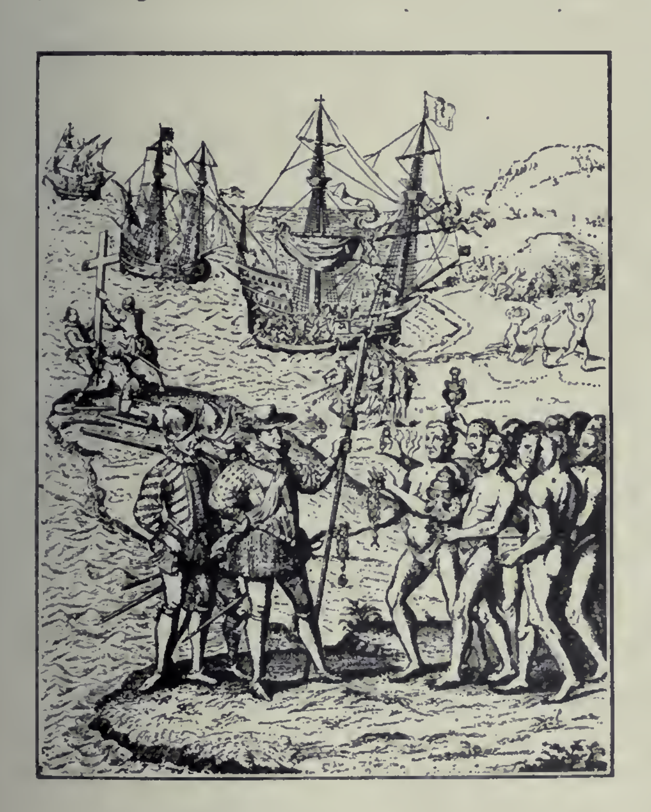


UN EMBARQUE DE ESPAÑOLES (De un libro del siglo XVI).

* * *

La cultura española del siglo XV indicaba también á este pueblo para la realización de la gran empresa.

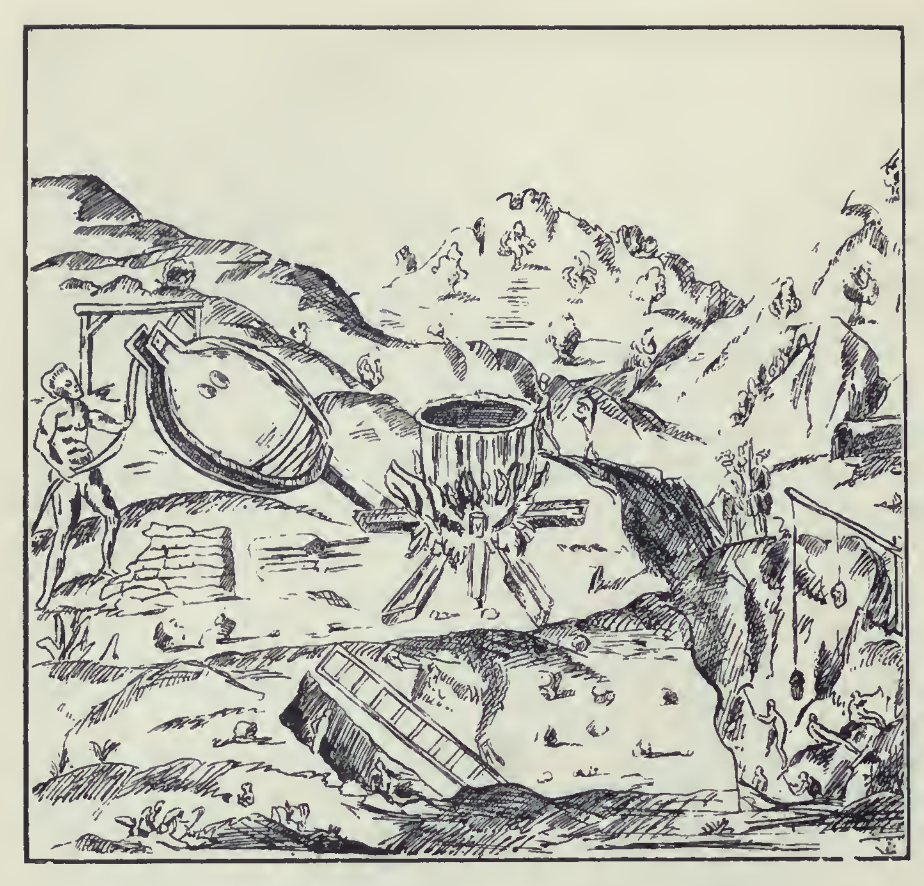
«Los marinos españoles — dice el gran Humboldt al reseñar el descubrimiento — eran para la época en que vivieron hombres notables por su instrucción. Hicieron importantes descubrimientos porque tenían ideas exactas de la figura de la Tierra y de la longitud de las distancias por recorrer, porque sabían discutir los trabajos de sus antepasados, observar los vientos reinantes de las diversas zonas, medir la variación de la aguja magnética para corregir su ruta y lo largo del camino, y poner en práctica los métodos menos imperfectos que los geómetras de entonces proponían para dirigir un barco en la soledad de los mares. Desde aquella época encontramos métodos de navegación casi iguales á los nuestros, aunque más penosos.»



INDÍGENAS RECIBIENDO Á UNA ESCUADRA ESPAÑOLA (De un libro del siglo XVI).

Los navegantes de España y Portugal, familiarizados con el manejo de la brújula por su contacto con los árabes, pudieron arriesgarse en la inmensidad del Océano mejor que otros marinos de Europa. Además, la situación de sus costas parecía empujarlos hacia el misterio del Atlántico. Españoles y portugueses fueron tomando posesión, como exploradores avanzados de la cultura europea, de todos los archipiélagos perdidos en la soledad oceánica, y de la costa occidental de África.

Los mareantes avecindados en las Azores, lugar el más extremo del mundo conocido, creían ver todas las tardes, á la hora en que se pone el sol, la misteriosa tierra de Antilia en el contorno de las nubes que se amontonaban en el horizonte. Sobre las cubiertas de carabelas y carracas los marinos andaluces en-



EXPLOTACIÓN DE MINAS DE PLATA EN LAS INDIAS OCCIDENTALES
(Grabado del siglo XVI).

tretenían sus veladas fantaseando acerca de los pueblos que indudablemente existían al otro lado del Océano.

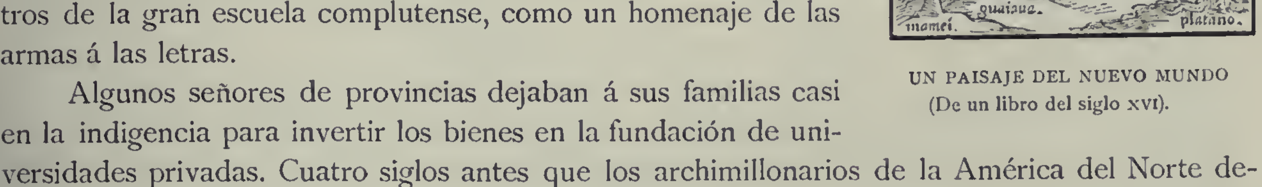
La exploración de las costas africanas aproximó el Nuevo Mundo, preparando su descubrimiento como una consecuencia de los adelantos marítimos de la Península. Aunque Colón hubiese desistido de su empresa, no por esto habría terminado el siglo XV sin que la Península sacara de su misterio las tierras de Ultramar. Siete años después del descubrimiento de las Antillas, el portugués Cabral, que seguía las costas africanas con ruta á la India asiática, se vió arrebatado por una tormenta hasta dar con las riberas del Brasil. La casualidad hubiera descubierto de todos modos el Nuevo Mundo, á no haberlo hecho poco antes la monarquía española.

Desde el día en que el mareante ibérico, fiado en la brújula y en sus conocimientos superiores, se lanzó mar adentro, el hallazgo de nuevas tierras era un suceso inevitable.

Además, los navegantes españoles se distinguían como los marinos menos rutinarios y más propicios á adoptar toda invención ó descubrimiento. Los primeros mapa-mundi se trazaron por cartógrafos de Cataluña y Mallorca. En la escuela de náutica de la corte de Portugal, país de reyes aficionados á la navegación, los mejores maestros eran mallorquines. La astronomía enseñábase como materia aparte de la fe religiosa, libertad que desapareció un siglo después. En las aulas de Salamanca se admitía y explicaba libremente el sistema de Copérnico, á la misma hora en que la Inquisición de otros países intentaba perseguir al gran astrónomo.

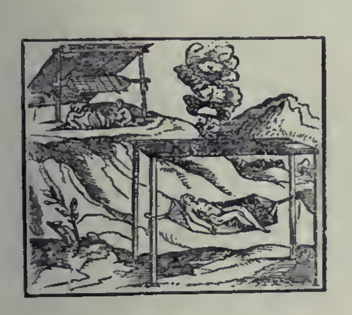
A esta cultura de los navegantes uníase la de las gentes superiores que ayudaron las empresas del descubrimiento. La reina Isabel conocía todas las doctrinas científicas é idiomas sabios de su época. Daba protección á los hombres de estudios de la Península y hacía venir de Italia los maestros de más fama para que educaran á sus hijos y explicasen en las aulas de Salamanca. Damas de palacio eran al mismo tiempo catedráticas en la Universidad, y una de ellas recibía el apodo de *la Latina* por sus vastos conocimientos en letras clásicas. Rudos hombres de guerra, que formaban el grupo militar de la corte, tenían que dedicarse al estudio, próximos ya á la ancianidad, para agradar con ello á la reina y no hacer mal papel entre los palaciegos. Hubo héroe de las guerras de Granada que á los sesenta años empezó á aprender el latín.

El cardenal Jiménez de Cisneros vivía con una pobreza franciscana, para dedicar sus ahorros á la construcción y mantenimiento de la famosa Universidad de Alcalá. Al volver triunfador de sus conquistas de África, con la coraza sobre la purpúrea sotana, hizo desfilar las tropas, los cautivos árabes y negros, y las teorías de camellos que llevaban sobre sus gibas el rico botín de vasos de oro, tapices y pebeteros, por los claustros de la gran escuela complutense, como un homenaje de las armas á las letras.



UN PAISAJE DEL NUEVO MUNDO (De un libro del siglo XVI).

Algunos señores de provincias dejaban á sus familias casi en la indigencia para invertir los bienes en la fundación de universidades privadas. Cuatro siglos antes que los archimillonarios de la América del Norte dedicaran su fortuna á bibliotecas, universidades y escuelas, ya hacían esto los potentados de la culta España de los descubrimientos.



CHOZA DE INDÍGENAS (De un libro del siglo XVI).

* * *

La literatura influyó también considerablemente en la raza de los conquistadores. Los años cercanos al descubrimiento fueron la grande época de las lecturas heroicas. Los romances de caballerías, las novelas de aventuras prodigiosas circulaban de mano en mano. *Amadís de Gaula* era el libro más popular de la Península. Las hazañas de *Palmerín* y de *Tirante el Blanco* inflamaban las imaginaciones. Muy pocos eran los que no habían leído los altos hechos de estos superhombres imaginarios, ó habían escuchado su relato oral en las marchas y en las veladas de campamento.

Largos años de familiaridad con tales historias, disparatadas y sublimes, habían elevado el espíritu de estos hombres que consideraban las armas como el solo arreo digno, y el pelear como el único descanso noble.

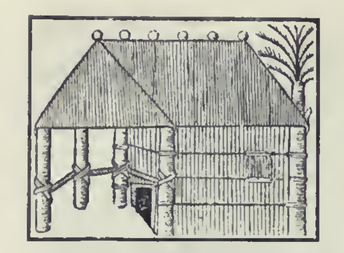
Muchos de los que se extasiaban leyendo el *Amadís* tenían coraza sobre el pecho y tizona al cinto. Una noble envidia, una levantada emulación apoderábase de ellos al enterarse de que «el caballero de la ardiente espada», con sólo un revés de su acero partía por el talle á cien gigantes desaforados y fanfarrones, ó ponía en fuga con los botes de su lanza á un inmenso ejército de malandrines y salvajes, para libertar á varias princesas cautivas, ó hacía pedazos un espantable dragón, que guardaba bajo su panza fabulosos tesoros.

— Lo mismo haría yo — pensaba el español cerrando el libro. — Iguales hazañas realizaría de presentarse ocasión oportuna. Pero, ¿adónde ir? ¿Cómo llegar á las ínsulas y tierras de encantamiento donde los esforzados caballeros pueden encontrar tales aventuras? . . .



GALEONES ESPAÑOLES (De un grabado antiguo).

Y los entusiastas, que día por día dábanse un atracón en libros y cuentos de valor desaforado y



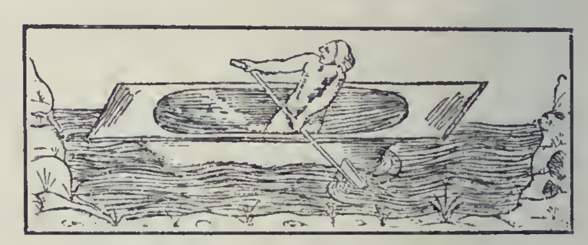
UNA CASA COLONIAL EN TIEMPOS DEL DESCUBRIMIENTO (De un libro del siglo XVI).

loco aventurerismo, temblaron de emoción al escuchar el relato de los descubrimientos y conquistas al otro lado del mar.

Los que volvían de allá, adornado el casco con extrañas plumas, hablando de ejércitos de miles y miles de salvajes desnudos que peleaban como fieras, y mostrando, cual deslumbrantes amuletos, pedazos de oro nativo, acabaron de caldear las imaginaciones. ¡Luego eran ciertas las novelas de caballerías!... ¡Había en el mundo tierras ignotas, donde un paladín esforzado podía crearse un reino! . . .

La juventud entusiasta y romancesca corrió á llenar con sus armas y sus ilusiones las naves que partían de Sevilla y Cádiz para el Nuevo Mundo. Las primeras carabelas sólo habían recibido en sus cubiertas pobres aventureros, gentes obscuras. Las expediciones que las siguieron, años después, llevaban hijos de ricas familias, segundones de glorioso apellido, estudiantes de atropellada imaginación, una juventud ansiosa de gloria que volvía la espalda á los campos de batalla de Europa y á los ejércitos disciplinados, buscando mayor espacio á sus hazañas en un mundo virgen.

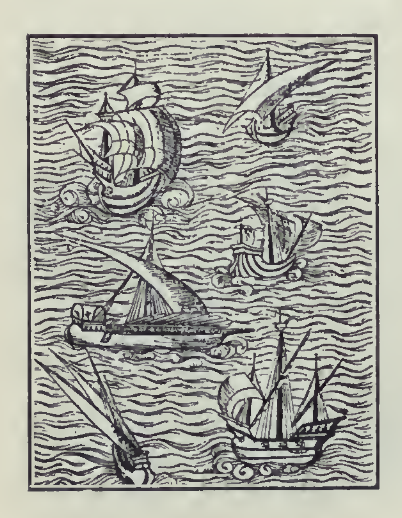
Y empezó la gran epopeya de «los navegantes de tierra firme», más heroica y dolorosa que la de los navegantes del mar. Grupos de hombres armados, sin más guía que el consejo mentiroso del indígena ó el lejano eco de la tradición, vagaron casi á ciegas desde la Florida á la Patagonia, y de las colinas del Callao y Valparaíso á la embocadura del Amazonas. Eran antiguos lectores de libros de caballerías, perpetuamente engañados por la noble embriaguez imaginativa, viendo todas las cosas de diferente especie y tamaño, como el sublime hidalgo manchego.



CANOA INDIA (De un grabado antiguo).

Hombres equilibrados y vulgares, poseedores de una visión ordinaria, no hubieran podido seguir adelante. Lo horrible de la realidad les habría hecho retroceder ó tenderse en el suelo sin esperanza. Pero la Ilusión, sirena encantadora de nuestra vida, que nos enardece con su voz en los malos pasos, dándonos fuerzas para seguir adelante, nadaba en el aire, junto á estos locos heroicos, y cantaba en sus oídos la canción de la eterna esperanza así que los veía próximos á desfallecer.

Las antiguas lecturas, al ser recordadas, alegraban con bellos colores la negra opacidad del presente. En las áridas altiplanicies de la Puna, cuando marchaban casi arrastrándose, próximos á morir de hambre, de sed y de frío, una ficción imaginativa les daba fuerzas, pasando por su mente como un relámpago. Tal vez al salvar la próxima altura verían aparecer, en medio de la repelente soledad, un valle frondoso de mágicos frutos, cobijando palacios chapados de oro. . . ¿Por qué no? Cosas más portentosas habían encontrado otros caballeros en tierras de misterio. Y tirando del cinturón para correrlo unos cuantos puntos, acallaban de este modo el estómago hambriento y seguían adelante, con el arcabuz al hombro, el talle gentil y la ilusión revoloteante ante los ojos.



NAVES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV (De un mapa de la época).

En los profundos valles tropicales, de asfixiadora calma, creían encontrar tesoros. El oro era, según las ideas de la época, un rayo de sol cristalizado por la tierra ardiente. ¿Dónde encontrar mejores veneros que en aquellas oquedades de infierno? . . . Otras



UN PAISAJE ANTIGUO DE LAS INDIAS OCCIDENTALES (De un libro del siglo XVI).

veces se metían en pantanos infinitos, hundiéndose en el légamo con la pesadez de sus armaduras, teniendo que chapotear cual hipopótamos de acero sobre este fango de siglos. Caminaban semanas enteras por la llanura líquida. Dormían sobre un montón de troncos flotantes, teniendo que espantar en mitad del sueño la vecindad, demasiado próxima, de los cocodrilos. A la hora de la comida, encendían fuego trabajosamente sobre un trípode de ramas y devoraban la carne mal cocida con el agua más arriba del pecho.

Bastaba un mal paso para desaparecer. La grosera alimentación y las calenturas hacían de ellos feroces espectros enfundados en sudarios de hierro. La desgracia y la voluntad de vivir los tornaban crueles y sin misericordia. En su marcha por el pantano, no sólo habían de precaverse de las invisibles hondonadas, de las mandíbulas de los saurios y los colmillos de los reptiles. El guía, el compañero, el indio que marchaba tras ellos, era un enigma inquietante. Imposible adivinar la verdad en la mueca sonriente de su máscara cobriza. Á veces, cuando más descuidado caminaba el hombre invencible, el hombre de acero, los indígenas caían sobre él, lo enlazaban con sus fuertes brazos y se chapuzaban en el pantano como un racimo de miembros palpitantes, resignados á morir á cambio de ahogar al blanco.

El aventurero que se libraba de tales asechanzas seguía adelante, familiarizado con el peligro, la muerte y los sufrimientos, viendo en todo ello algo inevitable que servía como de triste prólogo á la gloria y la riqueza. . . ¡Quién podía adivinar los prodigios que le aguardaban! . . . Al final de la charca inmunda, encontraría la ciudad encantada, de techos de plata, con un monarca, poseedor de montones de esmeraldas y diamantes, que acabaría por darle su hija más hermosa y todas sus riquezas. Tal vez le cortase el paso algún dragón de siete cabezas estornudando llamas; pero él se encargaba de rajarlo con la buena espada de Toledo y la ayuda de su patrón el Señor Apóstol Santiago.

Su fantasía estaba pronta á aceptar como verdades indiscutibles todos los cuentos y tradiciones del indígena. Creía firmemente en la existencia de la misteriosa «ciudad de los Césares», en el «Rey blanco» de las «Sierras de la Plata» y en el poderoso monarca, que vivía en mitad de un lago sagrado, cubierto de oro de cabeza á pies, lo mismo que un ídolo, pues todas las mañanas, con el cuerpo untado de grasa, revolcábase en un montón de aurífero polvo. Y para llegar á estas tierras maravillosas, caminaba y caminaba tras los pasos de un guía indígena, tan fantaseador como él, desafiando el hambre y la muerte.

A la energía adquirida por el conquistador en la lectura de novelas caballerescas, hay que añadir la voluntad que le infundió el misticismo de su raza.

En la empresa del descubrimiento tuvieron una gran participación los místicos á la española. El primero de sus héroes fué un personaje complicado, mezcla de mercader y soñador, con desconcertantes arrebatos de misticismo. Colón retarda su viaje varios años, regateando como un tendero sus empleos y ganancias en la empresa: declara que su principal finalidad es la conquista del oro, santo metal en cuyo honor entona un himno sacrílego, añadiendo que «es tanto su poder, que hasta saca las almas del Purgatorio, y las lleva al Paraíso.» Pero al mismo tiempo afirma que en el descubrimiento de las nuevas tierras «no le valió razón ni matemática, sino que llanamente se ha cumplido con ello *lo que profetizó Isaías*». Esta mística humildad no sirve, sin embargo, de obstáculo á sus intentos de crearse en las nuevas tierras una gran fortuna con abusos y rapacidades que obligan á intervenir á los monarcas de España. El aventurero desea acaparar enormes riquezas, vendiendo indios como esclavos y despojándolos de sus adornos de oro. Procede en esto como un mercader sin entrañas, pero ofrece la excusa de que el dinero atesorado es para organizar un ejército de 100.000 infantes y 10.000 jinetes (el mayor de aquellos tiempos), con el que irá á la conquista de los Santos Lugares.

Igual mezcla de dureza y de piedad, de ansia de riquezas y de misticismo se nota en la mayor parte de los conquistadores que siguieron las huellas de este español de adopción . . . tan hijo de España por sus hechos y su carácter.

El misticismo peninsular no fué metafísico, sino un producto espontáneo de la raza. Los místicos de otros países, en fuerza de contemplar el cielo, eran absorbidos por él y olvidaban la existencia terrena, con sus necesidades é imposiciones. El místico español elevaba igualmente los ojos al cielo, pero en vez de dejarse absorber por su grandeza, lo atraía, tiraba de él con la altivez jactanciosa de su carácter, y la divinidad bajaba hasta su alma, dándole una fuerza superior á la de los otros humanos.

La energía nativa de su raza considerábala el español como una chispa de la voluntad de Dios, que había querido encarnarse en su persona, y esto le infundía una fuerza sobrenatural. El misticismo era para el hombre de España un fundamento de heroismo. Todos los místicos de la Península procedían como hombres de acción, y enemigos de pasar las horas en egoista aislamiento dedicados á infructuosas contemplaciones, se lanzaban por los caminos de la vida, buscando aventuras y combates como guerreros de la fe.

Ignacio de Loyola, antiguo soldado, anduvo por Europa cual un caballero andante, queriendo matar al dragón de la Reforma. El carácter belicoso de su misticismo quedó impreso en su obra. Dió á la religión fundada por él una disciplina militar, la llamó *Compañia* y él tomó el título de *General*. La dulce Teresa de Jesús no pasó la vida encerrada entre claustros. Anduvo los más de sus años por las llanuras de Castilla, como un Don Quijote con tocas, deshaciendo los entuertos y agravios de la herejía, con la pluma y con la acción, creando nuevos templos para resarcir al Señor de los que le arrebataba en el centro del continente la impiedad de los luteranos.

Este misticismo activo y militante salvó á Roma y á la latinidad católica. Los conquistadores del Nuevo Mundo también fueron místicos con arreglo al carácter nacional: místicos de acción, místicos de espada. Creían llevar en su pecho una chispa de la energía divina. Cuando realizaban una hazaña estupenda, no se consideraban ellos los autores: era la fuerza de Dios oculta en sus almas la que llevaba á cabo los sobrehumanos esfuerzos. La abdicación de la propia voluntad, que confundían con la voluntad divina, dábales una audacia sin límites, un orgullo sobrehumano, desconociendo el valor de la palabra «imposible», creyéndose aptos para toda clase de empresas irrealizables.

La ferocidad del hombre de armas de aquella época — ferocidad común á todos los pueblos conquistadores, y que aun hoy sólo está atenuada exteriormente por hipócritas convencionalismos —, iba unida siempre á una ferviente devoción. Hernán-Cortés, el más gallardo y culto de los hombres de la conquista, hablaba con la cabeza descubierta á los sacerdotes españoles que le acompañaron en sus expediciones, y éstos tenían que predicarle moderación y calma cuando quería acabar de un golpe con los ritos de los indígenas y sus crueles sacrificios á los ídolos. Otros capitanes de las Indias creyeron ver la divina intervención en muchas de sus hazañas. Cuando peleaban uno contra quinientos, distinguían en el aire señales inequívocas de protección celeste; ángeles que les ayudaban, ó el belicoso apóstol Santiago, patrón de la castellana tierra, metiendo su caballo, blanco y luminoso, entre las apretadas huestes indígenas. En las naciones americanas de origen hispano, quedan aún muchas imágenes que recuerdan estas milagrosas intervenciones en las guerras de la conquista.



GALEÓN DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

El hombre de sayal y cuerda acompañó al guerrero en sus expediciones. Injusto sería no reconocer la influencia civilizadora del misionero cristiano en las Indias Occidentales. Frente á las bárbaras religiones indígenas, este solitario, que llegaba con el impulso desinteresado de la Fe, propagó las dulzuras del cristianismo. El indio, que en muchas países era antropófago y devoraba al blanco, más por rito religioso que por hambre, sintióse subyugado por la mansedumbre del conquistador sin armas, más aún que por las doctrinas que predicaba, incomprensibles para unos pensamientos obtusos y primitivos. Su influencia, rápida y decisiva, hizo cambiar á los pueblos indígenas de creencias, abrazando en masa la nueva religión, aunque perduraran en su alma ciertos restos de la pasada idolatría.

En estos solitarios encontró el aborigen sus primeros protectores. El hombre de armas, influenciado por el concepto aristotélico que aún predominaba en el derecho europeo de aquella época, creía que el vencido de otra raza estaba destinado, lógicamente, á la esclavitud. Espíritus evangélicos como Las Casas y otros religiosos, protestaron contra tal abuso, siendo los apóstoles del indígena, pesando en el ánimo de los legisladores de Indias y llevando su defensa apasionada hasta una generosa y ciega exageración.

* * *



FERNANDO MAGALLANES (De un grabado de la época).

El relieve geográfico de la Península influyó igualmente en las condiciones físicas de los conquistadores.

España, por su situación en el planeta, es un país meridional, de clima templado. Algunas de las provincias del Sud participan de la flora y la temperatura de África. Pero su relieve montañoso, la altitud de sus mesetas centrales y la distribución de los vientos, hacen de ella un país que conoce los climas más duros y extremados. Individuos de una misma nación se habitúan á existencias y costumbres diversas. Basta pasar de una provincia á otra para cambiar de vida radicalmente. Por esto dice Eliseo Reclús que los españoles son «el pueblo mejor preparado para colonizar en todos los lugares de la tierra».

El que llega á aclimatarse en las diversas regiones de la Península, es de fácil adaptación para cualquier punto del planeta. Hay lugares en las sierras de España, donde los habitantes viven entre nieves gran parte del año, llevando una existencia casi igual á la de los esquimales. Cuando Napoleón arrastró á la campaña de Rusia algunos batallones españoles del ejército de La Romana, que no habían podido fugarse de los acantonamientos de Dinamarca, estos soldados sufrieron muy poco en la desastrosa expedición, se habituaron á acampar sobre la nieve, y aprovecharon la primera oportunidad para libertarse de su servidumbre pasando en masa á los rusos.

Hay valles en Andalucía que reciben el apodo de «sartenes» por su calor infernal. Todos los veranos mueren de asfixia algunos segadores, y á ciertas horas es necesario colocarse sobre el rostro un pañuelo mojado, único medio de respirar con facilidad.

Otros europeos, faltos de esta preparación para adaptarse á diversos climas y altitudes, hubieran tropezado con insuperables obstáculos al pretender colonizar los territorios inmensos y variados del Nuevo Mundo. Siendo procedentes de la zona templada, se habrían limitado á establecerse en los valles tropicales: viniendo de un país septentrional, hubieran esparcido su civilización por las altiplanicies.

El español difundióse en todas partes por igual, desafiando al clima y venciéndolo, como desafió toda clase de obstáculos y fatalidades. El mismo conquistador fundaba una ciudad á

una altura de 3.000 metros, donde los pulmones sufren la opresión del «mal de la puna», á causa de la rarefacción del aire, y años después creaba otra á orillas de un río, en profunda hondonada, bajo el asfixiante sol del Trópico. Allí donde creía encontrar medios positivos de vida, ó ilusorias esperanzas de riqueza, plantaba su choza, sin tener en cuenta la salubridad del suelo. En todas partes se encontraba bien: el nuevo continente era su casa. Entre los altos picachos de eternas nieves, únicamente visitados por el condor, hacía surgir poblaciones. Los enmarañados hierbales de las riberas pantanosas, cortábalos con su espada en señal de toma de posesión. Levantando un rollo de justicia, un fortín de paredes de barro y unas cuantas chozas, daba un nuevo pueblo al rey de Castilla.

La energía, la serenidad inconmovible, la fácil adaptación de estos hombres á todos los climas y todas las escaseces, causan asombro. Soldados avanzados de la civilización moderna, dieron juventud y vida por la gran causa humana á la que prestaban sus servicios, tal vez sin darse cuenta de la importancia de éstos. Los navegantes salidos de las costas de Galicia, Vizcaya ó Andalucía fueron los primeros en levantar el plano exacto de la tierra, perdiendo la vida en tan noble propósito. La ciencia cuenta entre sus mártires á estos nautas españoles, que por primera vez registraron y desentrañaron el misterio del globo, para caer á continuación bajo las flechas salvajes, perdiéndose sus restos en el vientre del antropófago. La civilización debe igualmente eterna gratitud á los bravos exploradores de tierra adentro y á sus fructíferas aventuras, las más audaces que registra la Historia. En los tiempos de la conquista, los hombres no eran hombres: eran gigantes.

Con injusta ligereza se les echa en cara defectos que no fueron de ellos, sino de su época. Se les hace responsables de abusos y opresiones en el Nuevo Mundo, que al mismo tiempo eran generales en toda Europa. Se les acusa de ignorancias y atrasos, juzgándolos con arreglo á la cultura presente, como si aquellos hombres hubieran podido estudiar en nuestras escuelas.

La conquista española dió al Nuevo Mundo todo cuanto sabía y cuanto poseía. No dió más porque no tenía más; y ninguna nación de aquellos tiempos podía permitirse



JUAN SEBASTIÁN ELCANO (De un grabado de la época).

mayores prodigalidades. Sus abusos y errores obra fueron de la época más que de su propia iniciativa.

España, en su obra civilizadora, tuvo que luchar con lo enorme de las distancias, lo defectuoso y primitivo de los medios de transporte y los obstáculos que le opuso en el Océano la piratería de las naciones, envidiosas y hostiles. Hay que imaginarse lo que costaba la traslación á los países americanos, desde Sevilla ó Cádiz, en barcos lentos y pesadísimos, de un toro, un caballo, un puñado de trigo, muebles, armas, libros, etc., de todo cuanto aportaron los españoles como primeros gérmenes de civilización.

Y no sólo había que luchar con el espacio, el tiempo y las cóleras de la Naturaleza, en este noble empeño. Los hombres salían á su encuentro para estorbar el paso á la corriente de cultura. Los galeones españoles tenían que defender á cañonazos la inmigración civilizadora, contra los corsarios ingleses, holandeses y franceses, que intentaban aislar á la metrópoli de sus colonias. La bandera de Castilla cobijó indudablemente muchos errores y absurdos (todos ellos cometidos con la más deplorable buena fe), pero durante tres siglos fué la bandera de la civilización en los mares americanos.

Pueblos ajenos á la raza y al idioma españoles, han sido los primeros en hacer justicia á los servicios que la conquista prestó al progreso humano. Los Estados Unidos de la América del Norte ostentan en su Capitolio de Washington, ocupando un sitio de honor, los nombres de los capitanes castellanos de mar y tierra que fueron los primeros en explorar sus ríos inmensos y echar los gérmenes de la vida moderna en las dilatadas llanuras.

Hace poco, el Presidente de la gran República, Mr. Taft, se expresaba así en uno de sus discursos:

«Los que hemos tenido oportunidad de ponernos en contacto con la civilización de la raza española y de sus descendientes en América, hemos podido advertir que la raza anglosajona, á pesar de su engreimiento, tiene mucho que aprender del refinamiento intelectual, de la capacidad de raciocinio, del temperamento artístico, de la imaginación poética, de los grandes ideales y de la cortesía de las razas americano-españolas.

»Es preciso conocer la historia de las colonias españolas de América para darse cuenta de la enorme suma de energías empleadas por España, sin ayuda alguna, en la obra de la civilización. Las grandes obras públicas realizadas por ella en muchas partes del Nuevo Mundo, ofrecen testimonio de su perseverancia y su espíritu emprendedor, en siglos en que nosotros, los del mundo anglo-sajón, estábamos empeñados en empresas más modestas.

»La historia de los primeros navegantes y de las primeras colonias españolas, se agranda á medida que se la estudia mejor.»

II

LOS EXPLORADORES DEL RÍO DE LA PLATA

Las primeras naves que vieron los indios charrúas, habitantes de las riberas del río de la Plata, fueron las tres de la flotilla mandada por Juan Díaz de Solís.

Al iniciarse los descubrimientos del Nuevo Mundo, los reyes de España confirieron el cargo de Piloto Mayor del reino á persona competente por su sabiduría náutica y geográfica. Las cartas preciosas de los nuevos derroteros y descubrimientos quedaban bajo la custodia de este funcionario, residente en Sevilla.

El florentino Américo Vespucio, que acompañó á Alonso de Ojeda en 1499 á una exploración de las nuevas tierras, ocupó el cargo de Piloto Mayor. Había publicado las primeras descripciones de los países descubiertos por Colón, y estos impresos, al circular por Europa, atrajeron la curiosidad pública sobre el autor de la obra más que sobre el héroe de ella, haciendo que el Nuevo Mundo se llamase *América* en vez de titularse *Colombia*, como era lógico. Fué éste un extraño triunfo literario, pocas veces conocido, primando el éxito de la pluma sobre el éxito de la acción.

Muerto Américo Vespucio en 1512, entró á sucederle Juan Díaz de Solís, navegante andaluz (aunque algunos le creen asturiano), nacido en Lebrija, entre Sevilla y Cádiz. Su aspiración, así como la de todos los que se preocupaban de los descubrimientos, era navegar al Sur en busca de nuevas tierras y de un paso marítimo que presentían los mareantes de entonces. Balboa había descubierto un mar, el llamado mar del Sur ó Pacífico, al otro lado de las tierras vírgenes. Parecía lógico creer que el nuevo continente no era una barrera sin término, y explorándolo bien, seguramente podría encontrarse un paso que diera acceso al mar de la otra banda.



TRIPULANTES DE UN BUQUE CAZANDO ELEFANTES MARINOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES (Grabado antiguo).

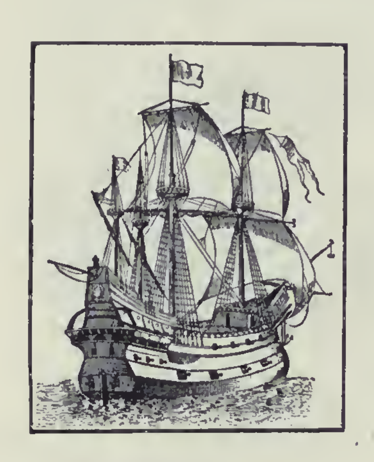
Díaz de Solís, que ansiaba ilustrar su nombre con nuevos descubrimientos á impulsos de la noble emulación que movía entonces á los navegantes españoles, consiguió del rey Católico el permiso necesario para ir á descubrir en su nombre nuevas tierras al Sud de las posesiones portuguesas (hoy Brasil), que Cabral había explorado casualmente.

Al mando de tres naves salió Solís del pequeño puerto de Lepe (Huelva) el 8 de Octubre de 1515, cuando sólo hacía dos años que desempeñaba el cargo de Piloto Mayor, empleo en que le sucedió un hermano suyo. Llevaba como segundos á su cuñado Francisco Torres y á Martín García. Seis años antes había ya realizado Solís, con el famoso Pinzón, un viaje de descubrimiento por las costas meridionales del nuevo continente. El rey ayudó á Solís con 4.000 ducados en el nuevo viaje, obligándose, por su parte, el marino á preparar á sus costas una carabela de 60 toneladas y dos de 30, corriendo con los demás gastos. Los beneficios que resultasen de la expedición se dividían en tres partes: una para el rey, otra para Solís y la tercera para los tripulantes. El rey prestó, además, á la escuadrilla, con obligación formal de ser devueltas, «cuatro lombardas grandes (piezas de artillería) y sesenta coseletes de hierro, con sus armaduras de cabeza». Aparte de esto, adelantó año y medio de sueldos al Piloto Mayor. A los pocos meses de navegación, en 1816, llegó la escuadrilla á la desembocadura del río de la Plata, de orillas invisibles como un mar. Solís creyó sin duda en el primer momento haber hallado el paso con que soñaban todos los navegantes; pero su asombro y el de las tripulaciones no fué pequeño al probar el agua y encontrarla potable. El jefe bautizó el enorme río con el nombre de «Mar Dulce», y, tentado por el misterio de la extensión acuática, en vez de seguir el rumbo hacia el Sud, á lo largo de la costa, se metió con la flota corriente arriba. Solís marchaba delante en una pequeña nave de velas latinas, por la ribera oriental, cubierta de enmarañada y baja vegetación. Tras ella no podía distinguirse el arrastre de los indígenas cobrizos, que seguían invisibles el avance de la nave á lo largo del río.

Descubrió Solís una isla, á la que se dió el nombre del piloto Martín García, y al ver en

la banda oriental un lugar que le pareció á propósito para la fundación de un pueblo, bajó á tierra para la toma de posesión con todas las ceremonias usadas por los descubridores españoles. Iban con él dos oficiales y otros siete hombres, y al avanzar tierra adentro los indios charrúas los recibieron con una descarga de flechazos. Cayó muerto Solís y una parte de sus compañeros. Algunos han dicho que Solís fué devorado por los charrúas; otros, con datos de gran autoridad, niegan este aserto, demostrando que los indígenas de la orilla oriental no eran antropófagos. La cuestión no reviste tanta importancia. Si los charrúas no comían carne humana, otros indios de las riberas del Plata y el Paraná estaban habituados á ella, más por rito religioso que por afición gastronómica: y si Solís no acabó devorado, otros conquistadores españoles sufrieron este ultraje póstumo.

La infortunada expedición sirvió para dejar esparcidos por las riberas del Plata y la costa unos cuantos fugitivos, cuyas aventuras hacen palidecer las de Robinsón. Una de las naves naufragó en la laguna de los Patos, y sus tripulantes tuvieron que vivir como pudieron en las tierras vírgenes, huyendo unas veces de los indígenas y entrando otras en relaciones con los menos belicosos. Francisco Torres, consternado por la muerte de Solís, regresó á España con los restos de la expedición, y dió cuenta al cardenal Cisneros, Regente de Castilla, del descubrimiento del «Mar Dulce» y del trágico suceso ocurrido en una de sus riberas.



NAVÍO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

Los náufragos de la expedición sobrevivieron, no se sabe cómo, largo tiempo en estos parajes, jamás hollados por el hombre blanco. Cuando el navegante Gaboto llegó al río de la Plata once años después, todavía encontró vivos en las inmediaciones á tres compañeros de Solís: Melchor Ramírez, vecino de Lepe, Enrique Montes y Francisco del Puerto. Fueron once, según antiguos relatos, los supervivientes de la catástrofe que, luego de penoso vagar, acabaron por establecerse en la isla de Yurumini, en el territorio brasileño, llamada después isla de Santa Catalina. Este lugar, por hallarse situado en la ruta costera que indudablemente habían de seguir los navegantes europeos que vinieran después, ofrecía mayor esperanza á los náufragos.

Entre los compañeros de Solís, había un joven portugués llamado Alejo García, versado á lo que parece en estudios náuticos y hombre de hechos tan extraordinarios, que su historia casi tiene caracteres de leyenda. Sólo en aquellos tiempos de aventuras prodigiosas podían existir hombres como éste. Con Alejo García se inaugura la heroica serie de vanos esfuerzos y novelescas ilusiones que acabaron por dar al «Mar Dulce» de Solís su título de río de la Plata.

Hombre de entendimiento despierto y gran facilidad de asimilación, García, en el trato continuo de los guaranís y charrúas, aprendió su lengua y sus costumbres, acabando por sostener estrechas relaciones con ellos, como si fuera de su raza. Entre los indios se hablaba misteriosamente del país de los Caracaraes, situado á muchas jornadas tierra adentro, donde existía un *Rey-blanco* ó Inca, poseedor de inmensas riquezas. En este país se hallaban también la famosa Sierra de la Plata, ríos auríferos, la ciudad de *Choque-Chaca*, que significa «Puente de Oro» (la que después fué Chuquisaca), la cumbre de Potosí, que en indígena equivale á *cerro brotador de plata*, y un lago sagrado (el de Titicaca), en una de cuyas islas estaba la Coricancha ó *Casa del oro*. Este país de maravillas lo habitaban los indios Charcas organizados en ejércitos, que llevaban al combate sus ídolos de oro y plata y hacían de los cráneos de los



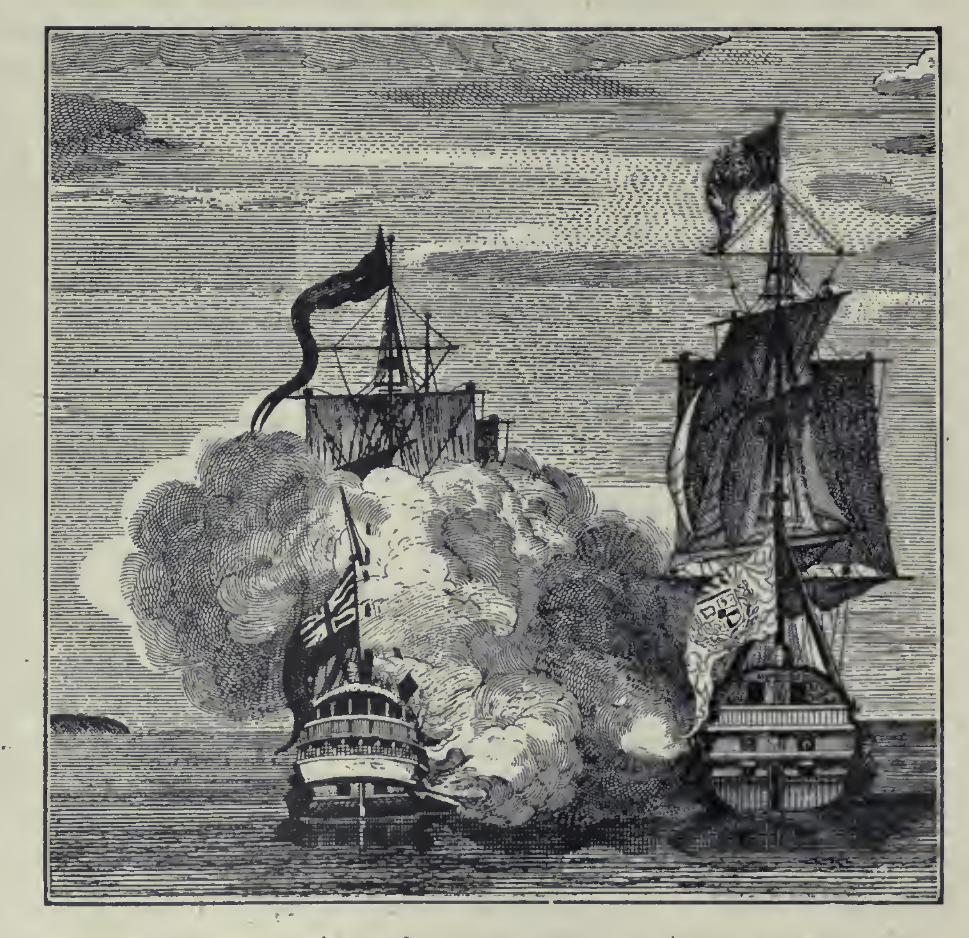
INDÍGENAS DEL PARANÁ (De un libro antiguo).

enemigos vasos para beber. Los Caracaraes eran una tribu de los Charcas, la más rica de todas, porque poseía los cerros platíferos de Potosí y Porco, y su nombre había acabado por ser en los relatos de los guaranís el que designaba á todos los habitantes del Perú.

Cuando los guaranís y charrúas ostentaban una grosera alhajilla de plata, al preguntarles por su procedencia, volvían siempre sus ojos al Noroeste. — ¡Del país de los caracaraes! — decian con gestos de admiración.

La fama de los esplendores y riquezas del Perú había llegado á las riberas del «Mar Dulce», y era transmitida por los guaranís á los compañeros de Solís, mucho antes de que Pizarro llegase á aquel imperio, navegando por el Pacífico. El rumor de una lejanísima ciudad (el Cuzco), metrópoli de la civilización quichúa, había llegado igualmente á estas riberas, transmitido por las tribus errantes, que hablaban con legendaria vaguedad de un pueblo cuyos templos estaban chapados de plata y oro.

Alejo García, enardecido por tales relatos, fué el primer blanco que marchó á la conquista de este Vellocino de Oro guardado en el corazón de América, el cual durante muchos años había de inflamar la codicia y el valor de los aventureros. Con cuatro españoles de los de Solís, uno de ellos llamado Alejo Ledesma, se propuso llegar á la tierra del oro. Los hombres de entonces no sentían desmayar su audacia ante la grandeza absurda de ciertos empeños. En 1524 partieron de la isla de Santa Catalina, atravesando la hoy provincia brasileña del mismo nombre, y cruzando el Paraná, se metieron en el Paraguay. Siguieron casi el mismo camino que hizo años después el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Los que conocen los bosques de Misiones y las cataratas del Iguazú, pueden darse cuenta de lo que representaría, como penalidades y audacia, la marcha de estos cinco españoles, á través del bosque virgen, nueve años después de su naufragio. Debían ser ya verdaderos indios



COMBATE ENTRE UN GALEÓN ESPAÑOL Y UN CORSARIO INGLÉS (De un grabado antiguo).

en su aspecto y sus costumbres, ejerciendo sobre los demás indígenas, que les miraban como hermanos, la superioridad de sus conocimientos europeos.

Los relatos de antiguos historiadores demuestran que, efectivamente, los naturales del país los acogieron como si fuesen de los suyos, según la facilidad con que les escuchaban y seguían. Al llegar á Paraguay, convocaron á los guaranís «para que fuesen côn ellos á la parte del Poniente á descubrir y reconocer aquellas tierras», y tales mañas se dieron en su propaganda, que dos mil indígenas se aprestaron á seguirles, entusiasmados por las promesas de Alejo García. Al frente de este ejército pasó el río por Corumbá y entró en la llanura infinita del Chaco, en la temible *Tierra de los Mbayaes*, marchando con la misma dirección que años después había de seguir Ayolas, siempre hacia Occidente, con el pensamiento fijo en la rica tierra de los Charcas.

La elocuencia fogosa y las habilidades de este obscuro conquistador le valieron en el camino nuevos aliados. Sus descripciones de las grandes riquezas que podían adquirirse fácilmente, sacaban á los indígenas de su calma habitual. Los Chaneses y los Tarapecocies se dejaron arrastrar por él en fuerza de palabras y dádivas. «Al cabo de muchas jornadas — dice Ruiz Díaz de Guzmán — llegó Alejo García á reconocer las cordilleras y serranías del Perú y se internó en él robando y matando, pasando adelante más de cuarenta leguas hasta los pueblos de Presto y Tarabuco. Los indios Charcas, alborotados por la inesperada invasión, corrieron á las armas, saliendo en gran número al encuentro de los invasores; pero éstos retroceden... Alejo, los demás cristianos y sus aliados se retiraron en tan buen orden, que se salieron de la tierra sin recibir daño ninguno, dejándola puesta en gran terror y á toda la provincia de Charcas en armas».

Al volver al Paraguay, tras una marcha aproximadamente de 1.000 leguas, iban Alejo y sus compañeros «cargados de despojos de ropa, vestidos y muchos vasos, vasijas y coronas de plata». Las vagas leyendas relatadas por los indios eran una realidad. Existía un *Rey blanco,* así como la famosa Sierra de la Plata, con sus cavernas de rico metal. Había que volver á la tierra de los Charcas en otra expedición más fuerte y numerosa, para poder conquistarla. García resolvió quedarse en el Paraguay con este propósito, y desde allí envió por medio de unos indios chaneses, á los compañeros de naufragio que aún vivían en Santa Catalina (entre ellos Enrique Montes y Melchor Ramírez), tres arrobas de plata, doce esclavos y cartas en las que hacía el relato de sus prodigiosas aventuras y los llamaba para que le ayudasen.

Alejo García, confiado extremadamente en sus aliados indígenas, no tardó en sufrir las consecuencias de su imprevisión. La codicia quebrantó la lealtad de los guaranís y un día, cuando menos lo esperaba, á orillas del río Paraguay, 50 leguas más al Norte del lugar donde se levantó después la ciudad de Asunción, cayeron sobre él, asesinándolo, «para tomarle los esclavos que traía cargados de metal». Luego, sus matadores lo devoraron, siguiendo una costumbre religiosa. El historiador Ruy Díaz de Guzmán dice que llegó á conocer á un hijo suyo, llamado también Alejo García.

Así terminó en 1525 este compañero de Solís, tan heroico y audaz como poco conocido. Fué el primero que llegó á pisar el suelo del Perú. Cuando murió, aún le faltaban cinco años á Pizarro para dar principio á su conquista gloriosa. Como dice el moderno historiador Manuel Domínguez, «el valeroso Alejo García cruzó Curitibá diez y siete años antes que Alvar Núñez, visitó el Paraguay cuatro años antes que Gaboto, exploró el Chaco trece años antes que Ayolas y entró en Charcas trece años antes que Pizarro».

La noticia de esta expedición de tan sobrehumana audacia se esparció por toda la costa del Brasil y al Sud del Brasil. Francisco de Chaves, que fué de los que acompañaron á García en el viaje á Charcas, se había establecido en un pueblo llamado Cananea y relataba á todos la

prodigiosa expedición. En la isla de Yurumini, ó Santa Catalina, seguían viviendo Enrique Montes y Melchor Ramírez, los que enseñaban las cartas del valeroso camarada, así como una parte de sus regalos á todos los navegantes españoles y portugueses, que en su ruta al Sud forzosamente habían de recalar en este puerto. Los mismos indios, al ponerse en relación con los europeos, hablaban con admiración del extraordinario viaje.

Veremos después cómo estos recuerdos, que poco á poco tomaron el carácter de prodigiosas leyendas, influyeron en la exploración del «Mar Dulce», al cual llamaban ya muchos río de Solís, y que acabó por titularse río de la Plata.

* * *

Luego de la expedición de Díaz de Solís, otra escuadrilla española penetró en el vasto estuario en 1520. Mandábala Fernando de Magallanes, portugués al servicio de España, llevando como segundo á Juan Sebastián Elcano, valeroso piloto vizcaíno.

Buscaba Magallanes un paso que permitiera trasponer la dilatada masa del continente, llegando al mar del Sud, ó sea el Pacífico. Al encontrarse con el estuario descubierto por Solís, exploró ligeramente sus riberas y siguió adelante, comprendiendo que no podían ser sus aguas dulces las del paso buscado. En su navegación hacia el Sud tropezó con el cabo de las Vírgenes, torciendo al Oeste, y finalmente, el 1.º de Noviembre de 1520, encontró el tan ansiado Estrecho, al que puso el nombre de *Todos los Santos*, por ser la festividad del día.

Conocida es la historia de este viaje, tan importante para el progreso humano como el de Colón. Pasando el Estrecho lanzóse Magallanes en el solitario Pacífico, que siete años antes había descubierto Vasco Núñez de Balboa, en Panamá, desde las alturas de Darién.

Navegando en pobres naves por las más grandes extensiones oceánicas del planeta, descubrió las islas Molucas, las Marianas y las Filipinas. Al descender en el islote de Mactán, los indígenas lo mataron, con ocho compañeros, en Abril de 1521. De sus naves sólo quedó una, la *Victoria,* que al mando de Elcano siguió el viaje, dando la vuelta al mundo en menos de dos años, pues fondeó en Sanlúcar el 4 de Septiembre de 1522. De los 265 hombres que partieron á bordo de la flota de Magallanes, sólo 17 regresaron en el buque de Elcano, maltratado por todas las olas y temporales del planeta.

Fué éste el momento más glorioso de la historia de la humanidad. Por primera vez el hombre pudo darse cuenta de la configuración del planeta que habita, y tomó posesión de su redondez.

Las dos naciones de la Península realizaron esta empresa civilizadora. Un día los portugueses establecidos en la India asiática vieron con sorpresa una nave que en vez de venir de Occidente, ó sea de la lejana metrópoli, avanzaba por Oriente, cortando las temidas ondas del mar misterioso y sin límites. Era la *Victoria,* la nave de Sebastián Elcano, aviejada por las tormentas, con el velamen recosido, agrietada, remendada, y, sin embargo, gloriosa como una bandera triunfante.

Españoles y portugueses debieron abrazarse en aquellas tierras lejanas. Era ya inútil la línea de separación trazada por un Papa sobre el mapa-mundi conocido entonces, para dividir la tierra entre los conquistadores de España y Portugal. Unos marchando hacia Occidente y otros hacia Oriente, habían acabado por encontrarse en el lado opuesto del globo.

La Península Ibérica, extendiendo sus brazos, abarcaba el mundo.

* * *

En 1526, el veneciano Sebastián Gaboto, hijo de Juan Gaboto, descubridor de Terranova, que estaba al servicio de España, habiendo sucedido á Magallanes en el cargo de Piloto Mayor, tomó el mando de una expedición de cuatro naves con 200 hombres. Esta pequeña armada, saliendo de Cádiz, iba á seguir la misma ruta de Magallanes, para explorar las islas del Pacífico, especialmente las Molucas, donde se pensaba establecer una factoría, en vista de los informes traídos por Sebastián Elcano. En la flota algunos soldados, según parece, iban acompañados de sus familias para poblar las remotas islas oceánicas.

Al mismo tiempo otra expedición salía de La Coruña mandada por Diego García, con el mismo encargo de seguir la ruta de Magallanes y llegar á las islas oceánicas. Sin embargo, ni Gaboto ni García cumplieron su misión, pasando el estrecho. Los dos sufrieron idénticas atracciones, interrumpiendo su viaje al Sud para meterse en el río de Solís, donde acabaron por encontrarse, entablando recias disputas sobre la prioridad en la posesión de las nuevas tierras.

El recuerdo del viaje de Alejo García, agrandado por el paso del tiempo y las repeticiones orales, surtía ya sus efectos.

Al llegar Gaboto en Junio de 1526 á Pernambuco, los portugueses tuercen su voluntad y caldean su imaginación con las noticias del viaje de García, la existencia del *Rey blanco* y sus tesoros, y la certeza de que el río de Solís, llamado por los indígenas Paraná-Guasú, llevaba rectamente á la famosa Sierra de la Plata. Más al Sud, según le decían, en la isla de Santa Catalina, quedaban algunos cristianos, náufragos de la flota de Solís, que estaban mejor informados de tales maravillas. Como la isla se hallaba en la ruta del Sud, Gaboto fué á ella, encontrándose con Enrique Montes y Melchor Ramírez. Estos solitarios, que vivían del recuerdo de su infortunado compañero, enloquecían de entusiasmo al preguntarles por Alejo García. En su existencia de salvaje aislamiento estaba presente á todas horas el recuerdo de los presentes que su camarada les había enviado desde el Paraguay: tres arrobas de plata y doce esclavos.

Gaboto acabó de perturbarse escuchando á los dos náufragos. Especialmente Enrique Montes, que debió ser de naturaleza entusiasta, recargaba la pintura de las riquezas de aquel país que él no había visto, pero que había saqueado su animoso compañero. Melchor Ramírez mostrábase más parco y sereno en sus informes, pero Montes lloraba de emoción al presentar algunas muestras de oro y plata enviadas por García, llamando á Gaboto y á sus compañeros «los hombres más felices del mundo porque arribaban tan á tiempo». Pajes y marineros volverían á España ricos, como nadie lo fué jamás. Las naos se llenarían de plata y oro, aun siendo más grandes de lo que eran. Según cartas de testigos presenciales, el expansivo Montes describía la ruta que debía seguirse para el país de las riquezas, diciendo que «estaba cierto que, entrando en el río de Solís, se va á dar en un río que llaman Paraná, el cual es muy caudalosísimo, y entra dentro del de Solís con 22 bocas, y que entrando por este dicho río arriba, no era cosa difícil cargar las naos de oro y plata, aunque fuesen mayores».

— Mirá, hijos — decía enseñando unas cuentas de metal precioso enviadas por Alejo —: de esto se cargarán las naos.

Y los mismos testigos cuentan en sus cartas que Gaboto, enardecido ya como Montes, decía á su compañero Gregio Caro: — «Capitán, yo espero en Dios poneros en un pedazo de tierra donde nunca hombres que de España salieron se pusieron en tan rica».

Tales fantasías nada tenían de extraño en aquella época de descubrimientos y prodigios. Además, el conquistador navegaba en busca de oro principalmente, y su imaginación estaba dispuesta á aceptar toda clase de relatos. Gaboto se olvidó completamente del paso del Estrecho y de las Molucas. Su verdadero destino era seguir por el río Solís, al que comenzaban á lla-

mar todos río de la Plata. Nuevos informes, no menos optimistas y enardecedores, encontraba á su paso. Al entrar en el gran río, salíale al encuentro en la orilla oriental Francisco del Puerto, grumete de una de las carabelas de Solís, que milagrosamente había quedado vivo cuando el asesinato de su jefe, á quien acompañaba. También este náufrago, habituado largos años al trato con los indígenas y que conocía su lengua y costumbres, le habló de riquezas enormes que, según ciertas tribus errantes, podían encontrarse siguiendo río arriba. Gaboto penetra entonces por una de las bocas del Paraná, se detiene en la confluencia de éste con el *Caracaraña*, que hoy se llama río Tercero, y allí funda, en la margen derecha, el pueblo de Santi Spíritus, con un pequeño fuerte. Esta fué la primera población española en el Río de la Plata.

Gaboto siguió Paraná arriba, siempre en busca de la preciosa sierra de ricos metales; pero, ¡ay!, las montañas de plata parecían alejarse. Todas las tribus que encontraba al paso hablaban de ellas, pero cada vez las señalaban más lejos, cambiándolas de lugar. En el río Paraguay, 17 de sus compañeros perecieron en una emboscada, y temiendo un nuevo fracaso, retrocedió al río de la Plata.

Allí se encontró con la escuadrilla de su compañero y rival Diego García que, como él, en vez de seguir hacia el paso de Magallanes, se había metido por el río de Solís, deslumbrado igualmente por los relatos sobre la famosa Sierra. Juntos los dos, construyen siete bergantines, barcos de poco calado, para remontar el *Araguay* ó Pilcomayo, adivinando que esta es la dirección que deben seguir para llegar al país de las riquezas. Pero apenas avanzan por el Pilcomayo, tienen que luchar con las asechanzas de los indígenas, que les preparan un final semejante al de Alejo García, y se enteran de una vasta conspiración de las tribus para destruir el fortín de Santi Spíritus, que dejan á su espalda como base de operaciones. Gaboto y Diego García retroceden para reforzar la guarnición.

Informes de los indios querandíes acerca del país de la plata, les hacen cambiar de plan. Según estos informes, marchando por tierra hacia el Noroeste, á través de las soledades del Chaco, podía llegarse á la tierra del «Rey blanco». Gaboto había despachado en esta dirección al capitán César con algunas fuerzas, antes de partir para el viaje del Pilcomayo, y César vuelve al cabo de algunos meses con sólo siete hombres. El capitán se hace lenguas del éxito de su expedición. Ha visto maravillas, «grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas». Entonces Gaboto se dispone á emprender el gran viaje por tierra, siendo el capitán César su guía.

Tres años llevaba el conquistador en las tierras del río de la Plata, pasando del desaliento al entusiasmo, viendo siempre en lontananza los fabulosos tesoros descritos por náufragos é indígenas. En este tiempo habían perecido muchos de sus compañeros, y la traición de los indios le obligaba á vivir en continua inquietud. Aguardaba socorros que había pedido á España, y creyéndolos próximos, descendió el río hasta San Salvador (costa del Uruguay), antes de emprender su viaje por el interior del país.

Pero mientras bajaba el río, ocurrió á sus espaldas la gran tragedia que puso fin á la expedición, privándola de la única base de operaciones. Los indios se apoderaron traidoramente del fortín de Santi Spíritus, entregándolo á las llamas, exterminando á sus defensores y llevándose cautivos á las mujeres y los niños (1).

Una leyenda de amor, la más remota de la época colonial, va unida á la historia de este

---

(1) Muchos dudan de que existiesen mujeres en Santi Spíritus, y dan por falsa la historia de Lucía Miranda, por haber prohibido expresamente el rey que en la expedición de Gaboto se embarcasen hembras. Pero bien pudieron Lucía Miranda y otras mujeres burlar las disposiciones reales por seguir á sus maridos.

pueblo de corta existencia. Apenas se establecen las primeras españolas en el río de la Plata, surge el conflicto pasional, la aventura novelesca. Había llegado en la expedición de Gaboto una mujer de cierta belleza, Lucía Miranda, esposa del soldado Sebastián Hurtado. El cacique de los Timbúes, llamado Mangoré, se enamoró de la dama blanca y quiso hacerla suya, al mismo tiempo que exterminaba á los cristianos. Era gobernador del fuerte Don Nuño de Lara, buen caballero, que al par que sostenía excelentes relaciones con los indios, cuidaba de la seguridad del pueblo y el mantenimiento de la disciplina. Aprovechando Mangoré la oportunidad de haber salido una parte de la guarnición en busca de víveres, se presentó al gobernador seguido de 30 indios cargados de vituallas. Cerca del fuerte quedaba un hermano suyo llamado Siripo, con numerosa horda de indios oculta en el boscaje.

Nuño de Lara, con su cortesía castellana, agradeció mucho el regalo y convidó á Mangoré y los suyos á quedarse en el pueblo, celebrando por la noche un gran banquete. Cuando los españoles se durmieron, el cacique hizo señas á su hermano, prendió fuego á la sala de armas y abrió las puertas del fuerte. Los indios de Siripo cayeron sobre los españoles, pereciendo asesinados durante el sueño la mayor parte; pero algunos, entre ellos el gobernador, consiguieron armarse, emprendiendo una lucha sin esperanza para morir matando. El valeroso Nuño de Lara, con el costado atravesado por una flecha, mantuvo á distancia á sus acometedores, matando á muchos de ellos. Luego, ansioso de venganza, se abrió paso en la multitud hasta llegar á Mangoré, acabándolo con un tajo de su espada. Los dos jefes cayeron para no levantarse más, y Siripo quedó dueño del campo y de la hermosa Lucía Miranda. El fuerte y la población fueron incendiados y arrasados, escapando sólo con vida las mujeres y niños, para sufrir la más degradante de las esclavitudes.

Sebastián Hurtado volvió al día siguiente con la partida que había salido en busca de víveres, y al ver las ruinas del pueblo y enterarse de la suerte de Lucía, se apartó de los españoles para ir en busca de su esposa. Al presentarse ante Siripo, éste quiso librarse de él matándolo; pero intervino Lucía con sus lágrimas y súplicas y el nuevo cacique decidióse á respetar la vida del marido con la dura condición de que tomara mujer entre las doncellas timbúes, dejando la española para él. Los esposos fingieron acceder á todo, con el deseo de ganar tiempo y preparar la huída; pero enterado Siripo de sus propósitos, hizo amarrar á Sebastián Hurtado á un árbol, matándolo á flechazos, y Lucía Miranda, mártir de la fidelidad conyugal, pereció en una hoguera (1).

La catástrofe de Santi Spíritus acabó de quebrantar la energía de Gaboto. Los suyos mostrábanse descontentos de estos tres años de penalidades sin provecho alguno y hablaban de apuñalearlo. Las montañas de plata veíalas cada vez más lejanas, y, para colmo de sus desdichas, no recibía noticia alguna de los auxilios esperados de la Península.

Al fin, Gaboto y Diego García se embarcaron para España sin haber podido llegar á la codiciada tierra del «Rey blanco», al misterioso Perú, cuyo nombre ignoraban. Igualmente desconocían que mientras ellos iban de vuelta á Europa en 1530, otro aventurero llamado Pizarro estaba ya preparando por la parte del Pacífico su famosa expedición al rico imperio.

El infortunado Gaboto volvió á su punto de partida con sólo 20 hombres de los 200 que habían salido en su armada. En vez de traer «las naos cargadas de oro», cual habían soñado

(1) De esta historia, real ó legendaria, sacó una tragedia titulada *Siripo* el primer poeta argentino que se conoce, D. Manuel José de Labardén, el cual vivió de 1754 á 1810. *Siripo* se representó en el Corral de Comedias de Buenos Aires á fines del siglo XVIII. Un incendio acabó con este teatro, de forma primitiva, y las llamas consumieron gran parte de la tragedia, de la que sólo quedan algunos fragmentos.

él y Diego García, volvían los dos, como dice el antiguo historiador Oviedo, «codiciando lo que no hallaron, deseando lo que no vieron, y, finalmente, acabando sin honra y sin provecho.» Gaboto, según se lee en sus declaraciones, trajo á España tres indiecitos «hijos de mayorales (caciques), para que, vueltos allá, fuesen lenguas (intérpretes) y medianeros en la paz». Esto indica que pensaba regresar al famoso río. En punto á riquezas, sólo trajo... ¡una onza de plata! Esto, y una libra que había remitido antes por conducto de un español llamado Calderón, al enviarlo á la Península en demanda de auxilios, era todo el metal precioso que había podido recoger entre las tribus ribereñas.

Pero lo escaso del botín no disipaba las ilusiones. Existía la plata, venida de las remotas y legendarias montañas, y esto bastaba para sostener las esperanzas.

El río de Solís quedó bautizado entonces definitivamente con el título de río de la Plata, gracias á Gaboto y al pedazo de metal que trajo, no más importante que una pieza moderna de cinco pesetas. El desgraciado navegante no pudo volver en busca del «Rey blanco»; pero sus relatos entusiastas enardecieron á muchas gentes. Nadie se fijaba en los infortunios y la derrotada pobreza de Gaboto. Todos escuchaban con avidez la repetición de los informes de los compañeros de Alejo García, de los caciques indígenas y del capitán César. El río de la Plata valía más que los otros descubrimientos de las Indias. Mientras no se conquistó el Perú, este río fué el fantástico Dorado de los navegantes. La onza de metal precioso traída por Gaboto era agrandada por los entusiastas, hasta convertirla en un cerro inmenso.



UNA NAO ESPAÑOLA (De un grabado antiguo).

* * *

El cambio de título del río de Solís fué en cierto modo profético. La plata significa riqueza, y pocos países del mundo son tan ricos como esta parte de la América del Sud.

De plata era el río, de plata sus inmensos territorios ribereños, pero esta plata no se encontraba en minas, cual en otros países. Debía sacarse de las entrañas de la tierra con la punta del arado, en forma de cosechas inagotables, y sólo después de las operaciones necesarias de siembra, recolección y venta era cuando se convertía en metal precioso.

Pero en el siglo XVI los españoles y todos los hombres del viejo mundo despreciaban este modo de producir riquezas. Querían el oro y la plata en forma concreta, sin más trabajo que agacharse para cogerlos, aunque con ello arriesgasen la vida. Jamás se les ocurrió detenerse á examinar si la tierra era explotable. Nada tiene de extraño que ocurriese esto en remotos tiempos, cuando en la época actual, sólo desde hace pocos años se ha pensado seriamente en cultivar el suelo argentino.

Los conquistadores, únicamente á impulsos del hambre se acordaban de la agricultura. Cuando se iniciaron los descubrimientos, gritaba un sabio italiano: «¿Á qué buscar tierras iguales á las nuestras y cosechas que ya tenemos en Europa?... ¡Al Sud! ¡Navegad siempre hacia el Sud; donde están los hombres negros; donde se encuentra el oro!»... Creíase en aquella época que el sol ardiente del Sud, ó sea del Ecuador, quemaba el cutis de los negros, dándoles su obscuridad, y al mismo tiempo se transformaba en oro al hundir sus rayos en ciertas tierras. Por esto, donde hubiera negros ó cobrizos, creíase en la certeza del oro.

El río de la Plata seguía ocupando las imaginaciones. Montes y Ramírez, los dos compa-

ñeros de Alejo García, habían vuelto á España con Gaboto é iban propalando por todas partes sus maravillosas historias del «Rey blanco» y la Sierra de la Plata. Diego García enseñaba en la corte un curioso medallón adquirido de los indígenas ribereños, el cual procedía indudablemente del Perú, representando unos *guacas* ó ídolos, con báculos y mitras; ídolos que los devotos cortesanos tomaban, según una memoria de la época, «por dos obispos y el Padre Santo». Esta pieza, de grosero cincelado, la onza de Gaboto y los últimos restos del envío de Alejo García á sus camaradas, fueron, según el historiador Herrera, en sus *Décadas,* «los primeros pedazos de plata que llegaron de las Indias á Castilla». Los tesoros del Perú enviaban á Europa con esto su primera y más insignificante muestra de riqueza, á través de los desiertos del Chaco y de las tribus del Río de la Plata.

Al mismo tiempo empezaron á llegar noticias de la ruidosa empresa de Pizarro y los enormes tesoros conquistados por él en la tierra de los Incas. ¡Luego el *Rey blanco* no era un sér fabuloso!... Los navegantes infortunados que se habían creído cerca de él y de su reino al remontar el río de la Plata, tiemblan ahora de impaciencia y quieren volver. Pero Gaboto no puede embarcarse por estar comprometido en fastidiosos pleitos, y el portugués Diego García no goza de influencia en la corte. Se prepara una gran expedición á las tierras del Plata, pero el negocio marcha lentamente, pues las guerras de Europa preocupan al poderoso Carlos V, sin dejarle tiempo de pensar en sus posesiones del Nuevo Mundo.

La llegada á España, desde el Perú, de Hernando Pizarro, en Enero de 1534, con un cargamento de riquezas, viene á enardecer aún más las imaginaciones. El aventurero trajo, según relata Herrera, «38 vasijas de oro para el Emperador, 48 de plata; cántaros y ollas, todo de precioso metal; un ídolo de oro como un niño de dos años... y para particulares 24 cántaros de plata y 4 de oro, sin contar la plata y el oro en planchas y barras». Hay que tener en cuenta que el metal valía entonces seis veces más que ahora. Júzguese del efecto que produciría la llegada del enviado del Perú. Una locura delirante pareció apoderarse de todos los que en España ansiaban aventuras ultramarinas.

La corte aceleró la expedición al Río de la Plata. Si Pizarro había llegado por el Pacífico al país de las riquezas, mejor podrían posesionarse de él otros cristianos entrando por el antiguo río de Solís. El cálculo no era falto de razón. Sólo ignoraban, los que tal decían, la existencia del Chaco con sus áridas soledades, que hacen dificilísima toda exploración. El éxito teníase por seguro siempre que se organizara una armada grande. El mismo Gaboto — según las gentes de la corte — hubiera podido triunfar de sostenerse allá más tiempo, pues el Emperador en 1530 había enviado en su auxilio á Juan Gómez de Arbolancha con una carabela, cuando ya el veneciano estaba camino de España.

El entusiasmo por las riquezas del Nuevo Mundo hizo que altos personajes solicitasen el mando de la expedición, volviendo la espalda á las guerras de Europa, cosa nunca vista. Sólo navegantes y soldados de aventura habían embarcado hasta entonces para las Indias. El Adelantado de las islas Canarias y el Comendador Herrera, solicitaron el mando de la armada; pero la monarquía española, siempre falta de dinero por sus negocios de Europa, necesitaba que la ayudasen en la empresa. Entonces los íntimos del Emperador se fijaron en Don Pedro de Mendoza, caballero de Guadix, que había tomado parte en las campañas de Italia y especialmente en el saco de Roma, mejorando mucho su fortuna, ya cuantiosa, con el botín de esta operación de guerra. Pariente cercano de Francisco de Cobos, secretario de Carlos V, gozaba en la corte de poderosa influencia. Además, ofrecía la ventaja de sus riquezas y su pericia de soldado.

De todos los conquistadores americanos, Mendoza fué el más opulento y de mayor representación social. Cuando se embarcó era todavía joven, pues á su muerte sólo contaba cua-

renta años. Sin embargo, las aventuras militares habían quebrantado profundamente su salud, y apenas llegado á la madurez de su vida, era una especie de valetudinario, de genio duro y humor agriado por los tormentos de la enfermedad.

Para darse cuenta exacta del carácter de Mendoza, hay que recordar lo que eran en aquellos tiempos los caballeros andaluces; rudos jinetes acostumbrados á tenerse en la silla antes de aprender á andar, enérgicos hombres de armas recién establecidos en un país que sus padres habían tomado á los moros. Los caballeros andaluces gozaban fama de ser poco respetuosos así que tomaban las armas. Presenciando Carlos V una justa en Jerez, bajó al palenque para romper una lanza en honor de su esposa la Emperatriz; pero los caballeros de la tierra, olvidándose de su rango y viendo en él sólo á un contendiente, le rasgaron la ropilla de un lanzazo, derribándolo del caballo. Después de esto, ya no quiso el Emperador meterse en juegos con estos caballeros montaraces.



RETRATO DE ULDERICO SCHMIDEL (De un ejemplar antiguo de su libro).

Mendoza accedió á preparar á sus costas la expedición, obligándose á llevar á los lejanos países del Río de la Plata cien caballos y cien yeguas, origen de la inmensa ganadería caballar que pocos años después invadió la pampa entera. Recibió el título de Adelantado del Río de la Plata por dos vidas, pudiendo designar libremente su sucesor, y á más el título de conde con 10.000 vasallos indígenas. Hasta previendo el caso de que encontrase al poderoso «Rey blanco», disponíase en las capitulaciones con el Emperador el reparto de sus riquezas inmensas.

Jamás se preparó expedición alguna en España con tanto ruído y éxito. Once naves la formaban, con más de 1.000 soldados y numerosas mujeres. De todas partes acudían voluntarios atraídos por la fama legendaria de las tierras del Plata y la cuantiosa fortuna del Adelantado. Hasta alemanes se alistaron en la expedición, soldados aventureros de los que prestaban sus servicios al Emperador, entre ellos Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de esta conquista. «Publicada la jornada — dice Herrera en sus *Décadas* —, la calidad de la persona de Don Pedro Mendoza, el nombre del río de la Plata y las nuevas que corrían por todo el mundo

de las riquezas de las Indias, por las muestras que veían, acudió tanta gente que, por evitar gastos, convino que se diera mucha priesa en la partida».

Otras razones obligaron á esta urgencia. La fama de los tesoros que podían hallarse remontando el gran río, esparcióse por toda Europa. De Portugal había salido ya Alfonso de Souza con cinco naves, llevando á bordo al vehemente é hiperbólico Enrique Montes, el compañero de Alejo. Otra expedición se preparaba en Lisboa con el mismo destino, para llegar al Perú por la parte de Oriente. El Emperador dió orden á Mendoza de acelerar la salida, y el 24 de Agosto de 1535 partió la flota de Sanlúcar de Barrameda.

El historiador Oviedo, hablando de esta expedición nunca vista, dice que era «digna de César». No se equivocaba; pero por ser demasiado grande, no podía llegar á buen término. El altivo individualismo español se opone á las aglomeraciones disciplinadas de hombres. Cortés y Pizarro llevaron poca gente á sus empresas, y aun así no se vieron libres de disensiones y revueltas. Mil españoles, amontonados en una sola expedición, y teniendo que vivir en forzoso aislamiento, marchaban seguramente al fracaso. Á más de las asperezas del carácter nacional, había que contar con las numerosas mujeres que iban á bordo, algunas de ellas grandes damas de vida regalada que se habían embarcado á impulsos del entusiasmo, por seguir á sus padres y esposos, pero que no podían avenirse á las estrecheces y pobrezas de la navegación (1). Hay que imaginarse á las bellas señoras de Sevilla y Granada con sus huecos guarda-infantes y sus ricos mantos, sin poder moverse apenas en las angostas naves, soportando la vecindad de las tripulaciones medio desnudas, que muchas veces se espulgaban al sol, teniendo que disputarse un asiento, un cubo de agua, una cantidad de víveres de relativa frescura; asediadas al mismo tiempo por los galantes homenajes de aquellos hidalgos espadachines, capaces de ir á estocadas por una mirada, una cinta ó un guante. Las pesadas naos cabeceaban sobre las olas con rumbo á la ilusión y la fortuna, á través del Océano poco frecuentado, como rebullentes hormigueros de intrigas, odios y peleas.

El Adelantado iba enfermo en su cámara, dando muestras de un humor irresistible, dudando de sus más allegados, viendo una conspiración en murmuraciones insignificantes. Los nobles de rancia alcurnia, los gentilhombres del Emperador, viejos combatientes de las guerras de Italia, de una altivez irreductible, creían recibir una ofensa cada vez que un compañero era agraciado con una distinción especial.

Al tocar la escuadra en Canarias, se insubordinaron los soldados, poco acostumbrados á las penalidades del mar, fugándose muchos de ellos. En la bahía de Río Janeiro, el descanso de las naves fué acompañado de un crimen. Iba en la escuadra como segundo jefe ó Maestre de Campo, Juan de Osorio, joven militar de apostura arrogante, refinada elegancia y grandes

---

(1) En la expedición de Mendoza figuraron muchos hombres de alta situación, nobles caballeros, comendadores de Ordenes Militares, etc.

El mismo Mendoza, en la declaración prestada en Sevilla antes de partir la flota, dice así:

«Hay en las naos muchos caballeros é personas desperencia, ansí para cargos como para cosas de guerra, habiendo prestado juramento é pleito homenaje como caballeros hijosdalgo: Pedro Fernández de Ludeña, vecino de Madrid, su maestre de campo en las gentes de á caballo; Juan Osorio, vecino de Morón, en Andalucía, su maestre de campo en la infantería; Alonso de Cabrera, vecino de Loja, alférez general de toda la infantería; Juan de Leiva, vecino de Ronda, su alférez de la gente de á caballo; Galaz de Medrano, vecino de Santa Cruz, su capitán de la Guarda; Gaspar López, vecino de Alba de Tormes, su sargento mayor de infantería; Juan de Ayolas, su alguacil mayor; Gonzalo de Cuadro, vecino de Sevilla, su capitán de la mar, é Juan Salazar de Espinosa, vecino de Pomar, capitán del galeón *Anunciada*.»

A más de éstos, figuraban otros caballeros de alto rango, que hasta habían sido gentilhombres de la familia del Emperador.



MARINA ARGENTINA - ARRIANDO LA BANDERA Á LA PUESTA DEL SOL

ambiciones, que se había distinguido mucho en las guerras de Europa. Entre él y Don Pedro de Mendoza comenzaron á agriarse las relaciones, por diversidad de caracteres.

Juan de Ayolas, otro de los tenientes, futuro explorador del Chaco, por afecto al jefe ó por querer mal á Osorio, dijo al Adelantado que éste predicaba á los soldados de la escuadra «que no tenían por qué obedecer á Don Pedro de Mendoza». Juan de Cáceres y otros oficiales ratificaron el dicho de Ayolas.

Era indudable que los soldados, habituados á recibir órdenes de Osorio y seducidos por su marcial apostura, le tenían en más afecto que al Adelantado, siempre enfermo é invisible. Además, Osorio, en una de las escalas del viaje, había dicho señalando á Don Pedro: «Éste me mira mal, pero saltaremos á tierra y yo tengo de tener veinte arcabuceros de los diabólicos que en haciéndoles del ojo me tengan entendido, y derribarán al que yo les indique».



NUESTRA SEÑORA DE LOS BUENOS AIRES (Imagen existente en Sevilla, en el palacio de San Telmo).

La escasez de provisiones y una tormenta obligaron á las naves, en Noviembre, á refugiarse en la bahía de Río Janeiro. No existía entonces allí más que un pobre fortín portugués, con algunas chozas dentro de la muralla. El enfermo y atrabiliario Mendoza, para sostener la disciplina, había decidido ya la suerte de su Maestre de Campo, en virtud del poder absoluto que le había conferido el Emperador sobre los hombres de la expedición. «Fallo — dictó á su secretario — que doquiera sea tomado Juan Osorio, mi Maestre de Campo, sea muerto á puñaladas ó á estocadas, ó de otra cualquiera manera, hasta que el alma le salga de las carnes». Y encargaba esta ejecución á sus oficiales Juan de Ayolas, Galaz de Medrano, Pedro de Luján y Juan Salazar de Espinosa.

Osorio, que venía en la nave *La Magdalena,* pasó á la *Santa Catalina*, mandada por su gran amigo Don Carlos de Guevara, y luego bajó á tierra, plantando su tienda á corta distancia de la de Don Pedro. En la mañana del 3 de Diciembre, el Maestre de Campo se paseaba por la playa con su amigo Guevara, muy apuesto y gentil, «con calzas y jubón de raso blanco, coleto requemado con cordones de seda, gorra de terciopelo y camisa labrada con hilos de oro». Las damas de la expedición también estaban en tierra y habían sacado de los cofres sus mejores ropas. La costa salvaje era un paseo elegante, con su doble fila de tiendas.

Ayolas y los otros oficiales designados por Don Pedro avisan á Osorio que el Adelantado le llama; pero al llegar á la entrada de la tienda y «tirar de la gorra para hacerle su acatamiento», Ayolas le toma el brazo y le intima rendición en nombre del jefe, mientras Medrano, Luján y Salazar de Espinosa lo rodean amenazantes. Don Carlos de Guevara entra en la tienda para interceder por su amigo, pero Don Pedro le contesta imperativamente: «Quitáos, que yo lo mando».

Ayolas y Osorio disputan á pocos pasos con irritadas voces. El Maestre de Campo se indigna al saber que lo prenden por traidor, y Juan de Ayolas, alguacil de la Armada, parece dudar en el cumplimiento de su terrible mandato; pero le llega un recado del malhumorado Don Pedro, que según dicen, estaba almorzando en el interior de su tienda: «Que hagan lo que han de hacer». Entonces Ayolas se precipita sobre Osorio, le arranca una daga que llevaba al cinto y con ella le da de puñaladas «por la hijada y el pescuezo». Según dice Made-

ro, el notable historiador del Puerto de Buenos Aires, ayudaron á Ayolas en este asesinato Medrano y un tal Jerónimo Ternero. La muerte fué tan rápida, que los amigos y parientes de Osorio no pudieron intervenir en su favor.

El Adelantado se asomó á la entrada de su tienda: «Este hombre — dijo — tiene su merecido; su soberbia y su arrogancia le han traído á este estado». El cadáver, con siete heridas abiertas, fué puesto sobre un tapiz repostero con un rótulo infamante en el pecho: «Por traidor y amotinador». Luego Mendoza publicó un bando con pena de muerte, «para que ninguno se alborote por causa de Osorio, porque le sucederá lo propio que á él».

Quedaron todos apenados y cohibidos luego de este suceso. Siguió la armada adelante, y á principios de 1535 entró en el río de la Plata. ¡Al fin llegaban al país de las maravillas! . . . En la flota se habían embarcado, como conocedores de la tierra, Diego García, el compañero de Gaboto, que murió en las Canarias; Luis Ramírez, cronista de la anterior expedición, y Melchor Ramírez, el náufrago de la isla de Santa Catalina, el camarada de Alejo García, que ahora en este viaje desempeñaba el cargo de escribano.

Al entrar en el río de la Plata Don Pedro, envió delante á su hermano Don Diego, para que escogiese sitio donde establecer una población, y éste se detuvo en la costa meridional, junto á la desembocadura de un riachuelo. La pequeña corriente, por ofrecer puerto seguro para el calado escaso de los buques de entonces, decidió el que los conquistadores fundasen la ciudad en una de sus márgenes. El 2 de Febrero de 1536 se abrieron los cimientos de una tapia de defensa, dentro de la cual fueron levantándose las viviendas de los expedicionarios. En la tapia y sus empalizadas colocáronse algunos *versos*, pequeños cañones ó culebrinas, que equivalían entonces á las modernas piezas de desembarco.

Así quedó fundada la primera ciudad de Buenos Aires. Según una tradición pueril, este nombre proviene de haber exclamado el capitán Sancho García, cuñado de Mendoza, al saltar á tierra: «¡Qué buenos aires son los de este país!» Este origen del nombre de la ciudad, inverosímil y hasta ridículo, no puede aceptarse. Además, la nueva población no fué bautizada con el nombre de Buenos Aires, sino que se llamó desde el primer momento Puerto de Santa María de Buenos Aires.

Era muy venerada entonces en el barrio de Triana (Sevilla) la imagen de Nuestra Señora de los Buenos Aires, patrona de mareantes, por la que sentían gran devoción todos los marinos andaluces. Cada vez que salía para el Nuevo Mundo una expedición de la barra de Sanlúcar, los mareantes, antes de bajar el río en demanda de sus naos, iban á rezar en Triana ante la Virgen, cuyo nombre fué recordado muchas veces en los mares y tierras del otro hemisferio. Hoy Nuestra Señora de los Buenos Aires ya no está en Triana; la trasladaron al palacio de San Telmo como un recuerdo histórico. Es indudable que Don Pedro de Mendoza, devoto de esta imagen, como todos los conquistadores de Indias, pensó dar su nombre á la primera ciudad que fundase. Tal vez Sancho García, si dijo realmente las palabras que se le atribuyen, aludió con ellas al nombre que ya sabía escogido por su cuñado para la nueva población.

La vida del Puerto de Santa María de Buenos Aires fué muy triste. Los grandes de España, los soldados gloriosos, las nobles damas, los aventureros y clérigos, toda aquella expedición brillante y numerosa, llegada en busca de metales preciosos á una tierra de maravillas, encontraron desde el primer instante molestias, enfermedades, hambre y continua guerra con los indios querandíes, raza belicosa, muy hábil en el manejo del dardo y las bolas arrojadizas.

En los primeros días, tal vez por estudiar de cerca á los blancos y enterarse de sus fuerzas, los querandíes proporcionaron á la expedición víveres abundantes; pero luego desaparecieron, dejando á los habitantes de Buenos Aires en hambrienta soledad. Mendoza envió men-

sajeros en busca suya, con amables invitaciones, pero estos emisarios fueron maltratados. Entonces salió para su castigo una expedición de 300 infantes y 30 jinetes, mandada por Don Diego de Mendoza, hermano de Don Pedro, y los indios, que eran algunos miles, la recibieron á pie firme, trabándose un combate sangriento. Perecieron en él unos 1.000 indígenas, pero de los españoles murieron los más principales, Don Diego de Mendoza, víctima de un bolazo; Don Pedro de Benavides, los capitanes Medrano, Guzmán, Pedro Afán de Ribera, Pedro de Luján, Luis Benavides, y 35 soldados.

El historiador Ulderico Schmidel, que tomó parte en el combate, dice así: «Tienen unas bolas de piedra atadas á un cordel largo, como las nuestras de artillería (pedreros), echándolas á los pies de los caballos ó de los ciervos cuando cazan, hasta hacerlos caer; y con estas bolas mataron á nuestro capitán y á otros hidalgos; y á los de á pie los mataban con sus dardos, lo cual vi yo. Pero, no obstante su resistencia, los vencimos y entramos en su pueblo (*toldería*), aunque no pudimos coger vivo ninguno, ni aun mujeres y niños, porque antes de llegar nosotros los habían llevado á otro lugar. En el pueblo hallamos pieles de nutria, mucho pescado, harina y manteca de peces, que sirvieron luego para abastecer á la gente, repartiéndose tres onzas de harina por cabeza y cada tres días un pez, y si alguno quería más debía ir á pescarlo».



PORTADA DEL LIBRO DE ULDERICO SCHMIDEL REPRESENTANDO AL AUTOR MONTADO EN UN LLAMA (Nuremberg, 1602).

Así continuó la vida de la naciente ciudad, teniendo que enviarse expediciones armadas y sostener combates sangrientos siempre que se necesitaban víveres. Los indios tomaron varias veces la ofensiva y llegaron á reunirse hasta 23.000 guerreros entre querandíes, bartenes, charrúas y timbúes frente á las tapias de Buenos Aires.

Mendoza dió posesión de sus cargos á los capitanes que habían venido nombrados desde España y comenzó la vida colonial, que no pudo ser más mísera y triste. La humedad del suelo y la escasez de buenas habitaciones dieron por consecuencia terribles enfermedades que diezmaban el vecindario. La falta de víveres fué cada vez mayor. Algunos tiradores hábiles, saliendo al campo, con gran riesgo de caer en manos de los indios, podían traer pequeñas cantidades de caza para el siempre enfermo Mendoza y los magnates de la expedición (1). Los querandíes atacaban frecuentemente la tapia de la ciudad y los versos habían de dispararse todos los días

(1) Como muestra de lo que los españoles sufrieron en la primera ciudad de Buenos Aires, es oportuno copiar parte del memorial que Bartolomé García, natural de Morón (Sevilla) y vecino de Asunción, dirigió al gobernador Irala exponiendo sus servicios en el río Plata, adonde vino en la expedición de Don Pedro de Mendoza. Dice así este español, que, por lo que se ve, era un excelente tirador:

«Bien sabe vuestra merced que desque llegamos á Buenos Aires, de diez y seis hombres que fueron con Gonzalo de Acosta á descubrir los Tenbúes yo fuí uno de ellos, y en el camino nos flecharon los guaraníes de las islas, y de allí salí herido, que cinco años tuve un palo metido en el brazo y al cabo de cinco años me salió, y pasé de él lo que vuestra merced bien supo y vido por vistas de ojos, y en estos cinco años nunca dejé de hacer lo

para mantenerlos á distancia. Muchos jinetes valerosos, que salieron á perseguirlos, cayeron muertos por las bolas arrojadizas. Los tigres saltaban por la noche las empalizadas atraídos por el hedor mortuorio de la población, obligando á una continua vigilancia á los infelices conquistadores. El hambre, un hambre sin remedio, enloquecía á los españoles. Mataban los caballos que no se habían fugado á las llanuras, aprovechando los momentos en que los sacaban á pastar; empleaban para su alimentación todas las alimañas repugnantes que podían encontrarse, y hasta, juzgando por ciertos informes, parece que el hambre los impulsó á peores excesos. Las pobres damas de la expedición dieron pruebas de una energía sobrehumana, que fué como remota ejecutoria del heroismo y las virtudes de la mujer argentina.

Los querandíes aprovechábanse del desconcierto, del hambre y la peste, para hacer más difícil la vida de la ciudad. Atando á sus dardos y bolas manojos de hierbas encendidas, arrojábanlos sobre las techumbres de paja de las chozas hasta incendiarlas. Juan de Ayolas y otros capitanes mantenían la energía de los combatientes y la defensa de la ciudad, supliendo al quebrantado y triste Mendoza. Hubo frecuentes combates, en los que perdieron la vida muchos caballeros, y la completa falta de víveres hizo insostenible la situación.

Ayolas, buscando mayor seguridad y subsistencias, fundó río adentro el pueblo de Corpus Cristi, poco más ó menos donde había estado emplazado el fuerte de Santi Spíritus.

Allí resucitaron las ilusiones y esperanzas de la Sierra de la Plata, adormecidas durante los infortunios. Un soldado de la expedición de Gaboto, llamado Gonzalo Romero, vino á su

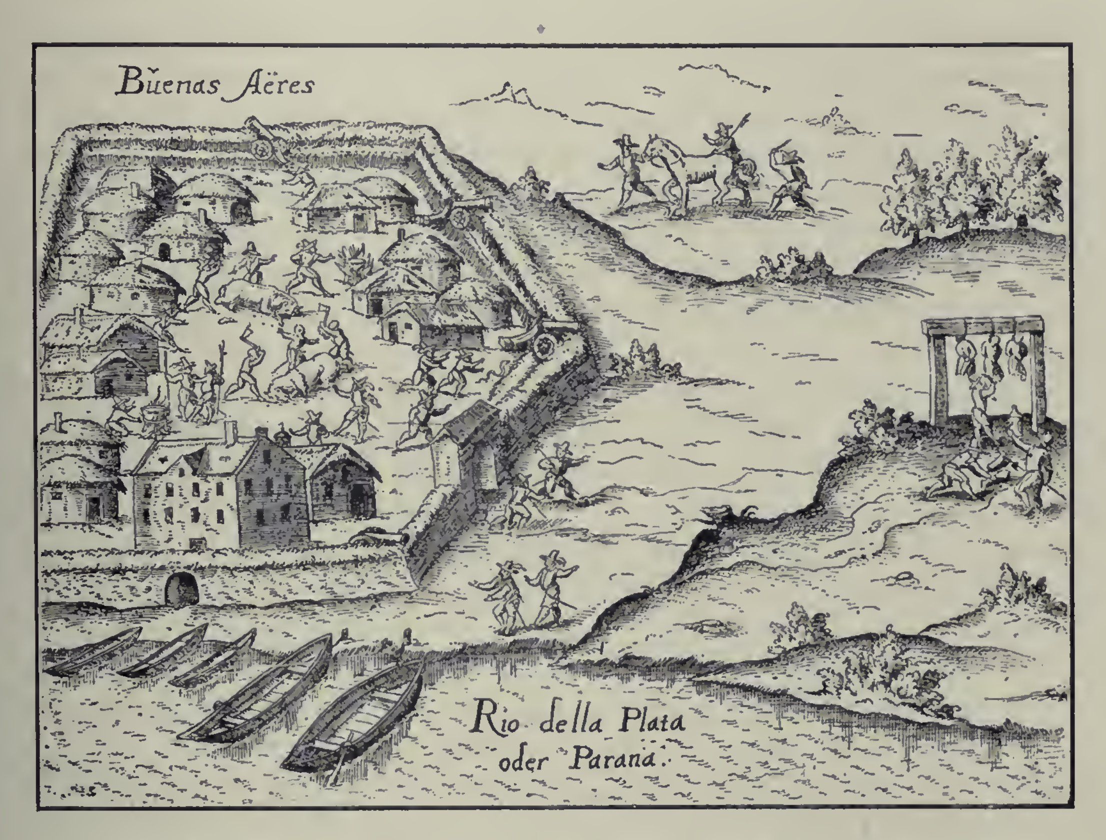
---

que me fué mandado, que el señor Don Pedro, que sea en gloria, y á mí y á otros seis compañeros, los cuales hay vivos, los que vuestra merced sabe, nos mandó que le cazásemos, y así lo hicimos, que siempre todos los días teníamos de trebulto docena y media de perdices y codornices, como vuestra merced es testigo, que comía el señor don Pedro y los que él más quería. Y esto duró hasta que se fué á los Tenbúes, y Francisco Ruiz nos demandó al señor Don Pedro, á mí y á varios para que quedásemos con él en guarda de las naos; y el señor Don Pedro, por lo que á Francisco Ruiz le había prometido, nos dejó, y de allí se fué el señor Don Pedro á los Tenbúes y se tornó otra vez á Buenos Aires. Yo le dí y le daba de comer, como otra vez se lo había dado, de perdices y codornices; porque el día que se embarcó para España metió en la nao más de ciento y cincuenta perdices y codornices, y á esto vuestra merced no estaba presente; mas ahí está el Alférez Vergara, que por su mano las metió en la nao. Vuestra merced bien sabe que en Buenos Aires, después que el señor Don Pedro se partió para España, quedamos con mucha hambre. Yo ballesteaba con mucho peligro de indios y de tigres y daba de comer á setenta hombres que allí estaban, porque todos los días, domingos y fiestas, les mataba dos ó tres venados, con que les daba ración con que se sostenían; y deste trabajo, aun de la centinela no fuí reservado, y desto vuestra merced bien sabe que hay muchos testigos; y que traía las rodillas y manos corriendo sangre de andar á gatas para poder tirar á los venados, como vuestra merced ve que se hace hoy en día quien los quiere matar.

»Vuestra merced bien vido y supo que de los tigres que entraban en la palizada y mataban la gente, yo aguardé uno que hacía mucho daño dende un árbol, fuera de la palizada, contra la voluntad de Francisco Ruiz, habiéndoselo suplicado y pedido por merced que me dejase aguardallo, y lo maté. Pues vuestra merced bien vido cuando íbamos á Buenos Aires por el río de los Tenbúes que salieron los Quirandís á flecharnos en los navíos, y que por un tiro que yo hice, que vuestra merced bien vido, no nos hirieron muy mal, porque muy bien pudieran á su salvo hacello. Cuando vuestra merced ha ido á descubrir y á las guerras, cuando se levantó la tierra, en todas ellas me he hallado delante y á su lado, y desto vuestra merced es testigo. Nunca me he hallado sin armas dobles y de respeto para mí y para otros que las habían menester, porque las habían quebrado, desbaratado, para contratar con los indios é indias para su servicio. Pues yo nunca las quebré, ni desbaraté, ni contraté, ni con el contrato con los indios merqué yeguas ni caballos, como otros han hecho, como vuestra merced bien sabe, porque yo no he reosgatado ni chinchorreado, ni bando de vuestra merced ni de otro que haya mandado, quebrantado, ni menos por montes huído ni aventado, ni en cárceles estado, ni de vuestra merced por cosas mal hechas perdonado, ni por estos servicios ni trabajos que tengo dicho y otros muchos que dejo de decir, que vuestra merced es testigo, nunca de vuestra merced ninguna buena obra hasta agora he recibido. Débelo de causar mi desgracia, que siempre he tenido con vuestra merced, por no ser enportuno, como otros han sido y son. Y ahora que esperaba el galardón de mis trabajos á cabo de veinte y un años, en el repartir y encomendar de los indios vuestra merced me ha dejado sin suerte».

encuentro desde el interior, donde vivía entre los indios, é inflamó las imaginaciones con sus relatos. Al escucharle todos piensan de nuevo en los tesoros del «Rey blanco». Tal es su fe, que algunos contraen deudas ó hacen préstamos á pagar con las primeras cantidades de oro ó plata que conquistaran en la famosa tierra de los Charcas. Dos soldados se entusiasman de tal modo con los relatos de Romero y de algunos indios de Corpus Cristi, que con la audaz ignorancia de la época se alejan solos á través del Chaco, y nadie sabe más de ellos.

Muéstrase Ayolas impaciente por llegar cuanto antes á las montañas de plata. Con este



BUENOS AIRES EN SU PRIMERA FUNDACIÓN (Grabado antiguo con arreglo á los informes de Schmidel, que revela los excesos á que se vieron obligados los sitiados, á causa del hambre).

objeto había venido de España, lo mismo que todos los expedicionarios. Mendoza le concede permiso para seguir río arriba, y de tal modo participa de las ilusiones de su teniente, que le entrega por escrito la proporción en que debe repartir los ansiados tesoros. Con tres embarcaciones y 160 hombres emprende el viaje Ayolas, Paraná arriba, llevando como segundo al capitán Domingo Martínez de Irala. Don Pedro, con una candorosa ignorancia del país, le da cuatro meses de plazo para llegar á la Sierra de la Plata (ó sea el Perú) y regresar al Paraná. Se abrazan Mendoza y Ayolas por última vez. Ya no se verán más. Los dos están dedicados á la muerte.

La navegación río arriba fué penosa, y los temporales tan recios que, según un testigo, «parecía que en los aires hablaban los demonios». En la margen izquierda del río Paraguay encuentran una aldea indígena, atrincherada, llamada Lambaré. Los españoles la toman tras recio combate, y sobre sus ruinas construyen un fuerte que es el principio de la futura ciudad de Asunción. Luego suben hasta Candelaria y allí Irala se queda con 30 hombres y Ayolas se despide de él. ¡Es el adiós para siempre! . . . El 3 de Febrero de 1537 se lanza en plena tierra

de los Mbayaes con 130 cristianos. El mayoral de los indios payaguaes, llamado Tamatia, le da 30 indígenas para que lleven á cuestas su impedimenta. Ganoso de estrechar todavía más las relaciones con el animoso capitán, le da una hija suya como esposa. Ayolas marcha contento y seguro del éxito. Entre los payaguaes ha encontrado un guía inapreciable. Es un indio que vió á otro cristiano marchar por estas tierras trece años antes: es un esclavo de Alejo García, que conoce el camino de la Sierra de la Plata por haber acompañado á su amo en la famosa expedición.

Ayolas marcha incesantemente, bajo un sol abrasador, sin miedo á las tribus enemigas, ni á los desiertos, faltos de agua y de frutos. La esperanza acelera sus pasos. ¡Van á realizarse sus ilusiones! ¡Será el heredero de Alejo García! . . . Conforme avanza va encontrando en las tolderías algunos objetos de plata, aunque de escaso valor. El tesoro se acerca. Al tropezarse con las tribus de los chaneses, antiguos aliados de García, los jefes de más experiencia le aconsejan que no siga adelante, enumerando la fuerza y el número de los charcas que viven en las montañas de plata. Pero Ayolas desprecia los prudentes consejos y continúa su empresa temeraria, arrastrando tras él á gran número de chaneses y otros indios vecinos.

Al fin, tras muchas penalidades, llegó al deseado país de charcas, encontrando «grandes poblaciones de recintos murados».

Tal vez estos pueblos, con cercas de madera y de tierra, eran fortificaciones que habían levantado los charcas luego de la llegada de Alejo García, en previsión de nuevas invasiones por la parte oriental. Los charcas pusiéronse en armas al ver llegar á toda esta gente en son de conquista y se aprestaron á la resistencia. Como eran muchos, el piloto Esteban Gómez, antiguo compañero de Magallanes, que iba ahora con Ayolas, le aconsejó la retirada. Lo mismo que Alejo García, emprendió éste la vuelta al Paraguay «para rehacerse de gente, y con más fuerza volver á la conquista».

El expedicionario español se llevaba, sin embargo, un testimonio de su audaz correría. Veinte cargas de oro y plata eran la impedimenta en su viaje de regreso. Según un relato de la época, «el principal de aquel país le hizo estos regalos» tal vez para que se marchase cuanto antes, sabiendo por experiencia que los blancos tornábanse al punto de partida apenas podían cargar á sus indios con metales preciosos. Este jefe indígena debió ser un cacique charca llamado Tizo, que un año después resistió valerosamente á Gonzalo Pizarro.

La falta de municiones de guerra obligaba también á Ayolas á regresar cuanto antes. La expedición había consumido toda su pólvora en los combates con los caracaraes y otras tribus hostiles que encontró en el camino. Los arcabuces, que tanta superioridad daban á los cristianos sobre el indio, eran con esto armas inservibles. Hasta las ballestas resultaban inútiles por falta de cuerdas.

Ayolas dejó á muchos de sus compañeros, que estaban enfermos, entre los indios chaneses, tomando rehenes para su seguridad. Nada se supo después de estos españoles, perdidos para siempre entre los salvajes. Unos los dieron por muertos; otros creyeron reconocer su descendencia, años después, en ciertas tribus errantes, dando esto lugar á numerosas leyendas que aun hoy se recuerdan en el Chaco.

Siguió la expedición su viaje de regreso, siempre guiada por el antiguo esclavo de García. Caminaban ahora en zig-zag, prefiriendo los parajes desiertos, apartándose de las tribus con tanta prontitud como las habían buscado en su viaje de ida. La pequeña hueste, fatigada, enferma, sin municiones y con las 30 cargas de oro y plata, era una presa fácil, capaz de tentar la codicia de los indígenas. Así llegaron á Candelaria, sufriendo grandes suplicios de hambre y sed, trece meses después de haber salido de este punto. De los 130 hombres que partieron con

Ayolas, sólo volvían 80 espectros, lívidos y enjutos como cadáveres, por este viaje de 400 leguas á través de uno de los países más crueles é inhabitables del planeta. «Volvían dolientes — dice un historiador de la conquista —, trabajados, sin pólvora ni cuerdas de ballesta».

Quiso la fatalidad que al llegar á Candelaria estuviese ausente Irala, que se había comprometido á esperarlos. Al verse solos, dejáronse seducir por los indios payaguaes, que se habían familiarizado con ellos, y les invitaron á descansar en sus aldeas. La necesidad de reposo y la confianza en los aliados, decidió la aceptación de Ayolas y los suyos, y en vez de aguardar en las orillas del río, siguieron descuidadamente, y en grupos sueltos, á los invitantes. Al cruzar un pantano, los payaguaes «los embistieron como perros rabiosos, abrazando dos indios á cada cristiano», mientras otros indígenas salían de la espesura armados de mazas «matándolos á traición y á palos». Hasta el esclavo de García pereció en esta matanza. Los asesinos se apoderaron de las cargas de oro y plata. Ayolas acabó como Alejo García á la vuelta del país de las maravillas y en pleno éxito. Las riquezas de los charcas atraían la desgracia. Morir á traición era el sino de los aventureros valerosos que regresaban cargados de riquezas de la tierra de misterio. García y Ayolas fueron héroes de un coraje sobrehumano. Como dice Manuel Domínguez, «más difícil es cruzar el Chaco dos veces que dar la vuelta al mundo sobre el mar».

Mientras Ayolas caminaba por el desierto hacia la tierra de los charcas, Don Pedro de Mendoza, siempre enfermo y cada vez más inútil para la conquista, decidíase á regresar á España. Tal era el estado de su salud, que murió al poco tiempo de navegación, siendo su cadáver arrojado al mar.

El infortunado caballero pensó hasta en los últimos momentos en la Sierra de la Plata y sus fabulosas riquezas. Estaba arruinado. La desgraciada y enorme expedición había consumido su fortuna, y además devoraba su vida. Murió el 23 de Junio de 1537, nueve meses antes que Ayolas pereciese á manos de los indios. Al embarcarse para España, dejó instrucciones á los oficiales, nombrando á su fiel teniente como sucesor, y además se preocupó, en una carta dirigida á Ayolas, de la distribución de las enormes riquezas que éste iba á conquistar (1).

El pobre Don Pedro era hombre duro en materias de disciplina y de carácter agriado por las dolencias, pero creía proceder en todos sus actos con rectitud y lealtad. Además, perdió fortuna y vida en la empresa, lo que le hace altamente respetable. Fué un iluso más en la larga lista de heroicos aventureros devorados por la fabulosa leyenda del Río de la Plata.

Mientras Ayolas caminaba por el Chaco, Salazar había fundado cerca de la antigua aldea de Lambaré la ciudad de Asunción, «para estar más cerca de la Sierra de la Plata». Martínez Irala, que desde la partida de Don Pedro ejercía las funciones de gobernador interino en nombre del ausente Ayolas, sucesor del Adelantado, intentó una expedición por el Chaco para salir al encuentro de su compañero, llegando, si era preciso, hasta la Sierra. En Noviembre de 1539 partió de la Asunción con 280 cristianos, nueve bergantines y 300 indios. Dejó en San Sebastián (lugar situado ocho leguas más abajo de Candelaria), á Juan Ortega con 70 hombres,

---

(1) «Dejo ahí — decía — al capitán Francisco Ruiz para que me lleve la nueva de lo que, si place á Dios, vos hubiérades fecho, y alguna perla ó joya si hubiérades habido para mí... Toda mi esperanza es en Dios y en vos...

»Si Dios os diera alguna joya ó alguna piedra, no dejéis de enviármela, porque tenga algún remedio de mis trabajos y mis llagas...

»Si Dios fuere servido que halléis algún oro ó plata, sacaréis los costos que yo he hecho, que vos los tenéis por escrito, y sacaréis para mí diez y seis partes, y para vos ocho, y á los capitanes á cuatro, y los otros según hubiere servido cada uno.»

y en Febrero de 1540 se internó en el Chaco en busca de Ayolas. Ignoraba aún que éste había sido asesinado, hacía dos años, en un paraje relativamente próximo. En los primeros tiempos de la conquista, el tiempo y la distancia parecían no tener valor alguno.

Irala sufrió la desgracia de que le sorprendiese en el Chaco el mal tiempo. Diez y ocho días seguidos de lluvia convirtieron la llanura en inmensa charca, por donde caminaban los soldados con agua á la cintura. Era imposible avanzar más, y esta expedición, la más numerosa de cuantas habían salido hasta entonces para la Sierra de la Plata, tuvo que retroceder á San Sebastián. Allí encontró Irala casualmente á un indiecito chané de quince años, que luego se bautizó con el nombre de Gonzalo Chaves. Era el único superviviente de la matanza en que pereció Ayolas. Por él se supo lo que pasó en el viaje de los charcas y la traición de los payaguaes á la vuelta, dos años después de ocurridos estos sucesos. De haber perecido Chaves, es posible que el trágico fin de Ayolas hubiera quedado para siempre en el misterio.

Al saberse la muerte del gobernador designado por Mendoza, los españoles aclamaron á Martínez Irala para sucederle. Éste inauguró su mando engrandeciendo la ciudad de la Asunción, elevando nuevos edificios, formando un cabildo y distribuyendo los indios en encomiendas entre los vecinos de la nueva ciudad. Además, dió orden de despoblar á Buenos Aires, trayendo á la Asunción las pobres gentes que aún se sostenían en ella, y que lo mismo durante su permanencia en la triste ciudad, como en su viaje al Paraguay, tuvieron que sufrir los mayores padecimientos (1). La razón principal para despoblar Buenos Aires no fué que sus vecinos estarían con más seguridad y abundancia tierra adentro, sino «que así se hallarían más cerca de la entrada de la Sierra de la Plata». La imagen de las montañas de metal precioso surgía invariablemente en todos los actos de la primera vida colonial.

Irala deseaba reunir muchos hombres, los más que le fuera posible, todos «gente recia», para ir á la conquista de la tierra de los charcas. El relato de las cargas de oro y plata traídas por Ayolas inflamaba el entusiasmo de los aventureros. Seguía perturbándolos el espectro de

---

(1) Una carta enviada desde Asunción por Doña Isabel de Guevara á la Princesa Doña Juana, gobernadora de los reinos españoles, revela lo que sufrieron los habitantes de la primitiva Buenos Aires, tanto en los últimos tiempos de la ciudad como en su triste retirada hacia el Paraguay.

Esta carta va reproducida íntegramente á continuación, pues demuestra cuál era el temple de las damas españolas que intervinieron en el descubrimiento, animosas mujeres de grandes virtudes é incansable heroismo:

«Muy alta y muy poderosa señora: Á esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador della, Don Pedro de Mendoza, habemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con mil é quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fué tamaña el hambre, que, á cabo de tres meses, murieron los mil. Esta hambre fué tamaña que ni la de Jerusalén se le puede igualar, ni con otra nenguna se puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres, ansí en lavarles las ropas, como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas, cuando algunas veces los indios les venían á dar guerra, hasta cometer á poner fuego en los versos, y á levantar los soldados, los questaban para ello, dar arma por el campo á voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. Bien creerá V. A. que fué tanta la solicitud que tuvieron, que, si no fuera por ellas, todos fueran acabados, y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas escribiera con verdad y los diera á ellos por testigos.

»Pasada esta tan peligrosa turbonada, determinaron subir el río arriba, así, flacos como estaban y en entrada de invierno, en dos bergantines, los pocos que quedaban vivos, y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban, y les guisaban la comida, trayendo la leña á cuestas de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles, que no se dexasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos á cuestas en los bergantines, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. Y como llegamos á una generación de indios que se llaman timbúes, señores de mucho pescado, de nuevo los servimos en buscarles diversos modos de guisados, porque no les diese en rostro el pescado, á causa que lo comían sin pan y estaban muy flacos.

unas riquezas que nadie llegaba á ver, y que cuando se presentaban, iban acompañadas siempre de la muerte.

En Noviembre de 1541 mandó Irala poner bandera de enganche y hacer pregón para que se inscribiesen todos los deseosos de entrar tierra adentro. En el río se aderezaban varios bergantines. La partida iba á ser en Marzo de 1542.

Todo estaba listo, cuando circuló la noticia de que llegaba á la Asunción el nuevo Adelantado del Río de la Plata, Don Alvar Núñez, nombrado por el Emperador para suceder á Don Pedro de Mendoza.

* * *

Alvar Núñez Cabeza de Vaca fué uno de los hombres menos afortunados y más nobles y leales de la conquista. Su historia, que nada tenía de extraordinaria en aquellos tiempos de aventuras, parece hoy una novela. Nacido en Jerez, era nieto del Adelantado Pedro de Vera, al que concedieron los Reyes Católicos la conquista de las islas Canarias. Para esta empresa dejó en depósito á un alcaide moro, por fuerte suma de dinero, á dos hijos suyos, uno de los cuales fué el padre de Alvar Núñez.

Al pasar á la conquista de la Florida el gobernador Pánfilo de Narváez en 1528, fué en su compañía Alvar Núñez, todavía muy mozo, con el cargo de tesorero del Rey. Esta expedición, numerosa y bien preparada, tuvo el destino infausto de todas las que partían para el Nuevo Mundo con gran abundancia de hombres y pertrechos. La fortuna sólo parecía ayudar á los aventureros de escasos medios. Se perdieron casi todos los barcos de la expedición y la mayor parte de los españoles perecieron de enfermedades ó á manos de los indios de la Florida, «gente belicosa, feroz y caribe, que devoraba los cadáveres de sus enemigos».

De 600 hombres que iban en esta armada sólo se salvaron cuatro, que fueron Alvar Núñez, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y un negro llamado Estebanico de Azamor, esclavo de Alvar Núñez, según cuenta éste en sus *Comentarios*.

»Después determinaron subir el Paraná arriba, en demanda de bastimento, en el cual viaje pasaron tanto trabajo las desdichadas mujeres, que milagrosamente quiso Dios que viviesen por ver que en ellas estaba la vida dellos; porque todos los servicios del navío los tomaban ellas tan á pechos, que se tenía por afrentada la que menos hacía que otra, serviendo de marear la vela, y gobernar el navío, y sondear de proa, y tomar el remo al soldado que no podía bogar, y desgotar el navío, y poniendo por delante á los soldados que no desanimasen, que para los hombres eran los trabajos. Verdad es que á estas cosas ellas no eran apremiadas, ni las hacían de obligación, ni las obligaban, sí solamente la caridad. Ansí llegaron á esta ciudad de la Asunción, que aunque agora está muy fértil de bastimentos, entonces estaba dellos muy necesitada, que fué necesario que las mujeres volviesen de nuevo á sus trabajos rosando y carpiendo con sus propias manos, y sembrando y recogiendo el bastimento, sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y comenzaron á señorear la tierra y adquirir indios é indias de sus servicios, hasta ponerse en el estado en que agora está la tierra.

»He querido escribir esto y traer á la memoria de V. A. para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque al presente se repartió en la mayor parte de los que hay en ella, ansí de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese nenguna memoria, y me dejaron de fuera sin me dar indio ni nengún género de servicio. Mucho me quisiera hallar libre, para me ir á presentarme delante de V. A. con los servicios que á Su Majestad he hecho y los agravios que agora se me hacen; mas no está en mi mano, porque estoy casada con un caballero de Sevilla que se llama Pedro de Esquivel, que por servir á S. M. ha sido causa que mis trabajos quedasen tan olvidados y se me renovasen de nuevo, porque tres veces le saqué el cuchillo de la garganta, como allá V. A. sabrá. Á que suplico mande me sea dado un repartimiento perpetuo, y en gratificación de mis servicios mande que sea proveído mi marido de algún cargo, conforme á la calidad de su persona, pues él, de su parte, por sus servicios lo merece. Nuestro Señor acreciente su Real vida y estado por muy largos años. Desta ciudad de la Asunción y de Julio 2, 1556 años. Servidora de V. A., que sus Reales manos besa.—Doña Ysabel de Guevara.»

Se hallaban estos infelices tan flacos, cadavéricos y comidos de mosquitos, que los crueles indígenas se limitaron á hacerlos sus esclavos, «no pareciéndoles de provecho para comerlos». En esta situación Alvar Núñez, según cuenta él mismo, se vió obligado á asistir á algunos indios dolientes que reclamaban sus auxilios, tomando sus rezos y santiguadas por brujerías de gran poder, y el español les aplicó tales remedios. «Todo esto — dice Alvar Núñez con una candidez digna de su época — halló gracia delante del Señor para hacer, no sólo curas maravillosas, sino milagros ciertos, pues en una ocasión resucité á un indio».

El verdadero resultado de estas curas originales fué para Alvar Núñez y sus compañeros de infortunio el respeto y aprecio de los salvajes, que los miraron en adelante como séres superiores. Gracias á esto pudieron correr libremente la península de la Florida y tierras inmediatas, explorando sus ríos, llanuras y montañas, hasta venir á dar, de tribu en tribu, en San Miguel de Culhuacan, población situada en la costa del Pacífico. Su peregrinación entre salvajes había durado diez años. Después de esto Alvar Núñez podía alabarse de conocer como pocos el carácter y costumbres de los naturales de aquel país.

Volviendo á España, en 1588, solicitó acto continuo el Adelantamiento del Río de la Plata, alegando sus trabajos y penalidades, y lo ilustre de su cuna. Los hombres de aquella época tenían el alma forrada de triple lámina de bronce. Llegaba quebrantado por diez años de esclavitud y de vida salvaje en países jamás hollados por el blanco, y deseaba partir inmediatamente en busca de otras tierras vírgenes. El Emperador le hizo merced del cargo que solicitaba, con el título de Adelantado, obligándose Alvar Núñez en las capitulaciones con el monarca á continuar los descubrimientos y conquistas en los territorios del Río de la Plata. Hizo los preparativos del viaje, y el 2 de Noviembre de 1540 salió del puerto de Sanlúcar con cinco naos, en las que iban, sin contar la gente de mar, 700 españoles, muchos de ellos nobles caballeros é hidalgos, ansiosos de seguir las huellas de los que partieron con Mendoza, y cuya mala suerte no bastaba á apagar sus entusiasmos.

También Alvar Núñez experimentaba á distancia el deslumbramiento de la Sierra de la Plata. Antes de partir de la Península, convino con Vaca de Castro, comisionado del Perú, hacer todo lo necesario para que el Perú y el Río de la Plata se pusieran en comunicación. Soñaba con hacer expediciones al rico y misterioso país situado en el corazón del continente, apenas tomase posesión de su gobierno.

Al llegar la expedición á la isla de Santa Catalina, en Marzo de 1541, se enteró Alvar Núñez de que Buenos Aires había quedado despoblado y toda la vida colonial estaba concentrada en la Asunción, «lugar de mayor seguridad y más comida». ¿Á qué seguir hacia el Sud, dando un largo rodeo por los ríos, que consumiría varios meses? . . . El Adelantado determinó ir por tierra á la Asunción, y mandó que las naos con la gente de mar, las mujeres y la impedimenta, siguieran al Sud, y tomando la embocadura del Plata, remontasen éste hasta llegar á la mencionada ciudad.

Atravesar el enorme territorio de Curitibá, cubierto de selvas virgenes desde el Atlántico al Paraguay, como diez y siete años antes lo había hecho Alejo García, era para el antiguo explorador de la Florida una empresa vulgar y corriente. En esta marcha extraordinaria, por países desconocidos, mostró Alvar Núñez su coraje y su pericia. Envió de avanzada á Dorantes, para que explorase una parte del camino, y siguió detrás de él, con el grueso de las fuerzas, teniendo que luchar «con la aspereza de la tierra, la anchura y braveza de los ríos y las enfermedades de la gente». Al llegar al Iguazú, las famosas cascadas y lo rápido de la corriente le opusieron un obstáculo insuperable; pero el Adelantado hizo llevar las canoas á brazos, por el interior de los bosques, una legua más allá, donde pudo efectuar el paso.

La escasez de provisiones obligó á la expedición á mantenerse con los productos de la selva, entre otros, unos gusanos que se encontraban en el interior de ciertas cañas. Tuvieron también que luchar con los animales feroces, pues más de una noche los tigres atacaron el campamento, con gran desorden de la gente, que veía interrumpido su descanso por los gritos de alarma y los arcabuzazos. En setenta jornadas se trasladó del Océano al Paraguay, sin sufrir una sola baja en 400 leguas de camino, expedición que, por lo rápida y feliz, pocas veces se repitió en los anales de la conquista. El 11 de Marzo de 1542 entró en la ciudad colonial, siendo recibido con grandes muestras de regocijo. Irala había enviado á su encuentro tres capitanes para que le besasen la mano en señal de obediencia.

Alvar Núñez nombró á Irala Maestre de Campo, haciendo aprecio de sus buenas condiciones y conocimiento del país, é inmediatamente se dedicó á preparar una expedición con destino á la Sierra de la Plata. Desde el primer momento, el enérgico Adelantado púsose en lucha abierta con ciertos individuos de la colonia que abusaban de los indios sumisos. También se enemistó con los oficiales reales encargados de percibir los tributos, que pretendían cobrar derechos hasta de las cosas más insignificantes.

El Adelantado envió á su sobrino Alonso Riquelme con 300 hombres á castigar á los indios rebeldes de la provincia de Ipané, y él, al frente de 400, «salió á correr tierra y á averiguar noticias de las minas». Llevaba toda esta gente en 4 bergantines, 6 barcas, 20 balsas y más de 200 canoas. Paraguay arriba buscaba Alvar Núñez una buena ruta para lanzarse á través del Chaco, caminando rectamente hacia las minas famosas. El río, poco frecuentado, con sus espesuras inexploradas, guarida de toda especie de animales, fué causa de graves dolencias y molestias para los expedicionarios (1).

Tomó posesión Alvar Núñez de varios territorios plantando cruces, en nombre del monarca de España, trató á varias tribus que habían sido aliadas de Alejo García, y se internó al fin hacia el Oeste, guiado por un indio chané que prometía llevarlo á la región de la plata. Pero las provisiones se consumieron y los oficiales reales que iban en la expedición crearon obstáculos con sus continuas demandas, hasta el punto de que Alvar Núñez, agotada la paciencia, resolvió volver á la ciudad.

(1) De todos los animales que molestaron á la expedición, los más temibles, según se lee en los *Comentários,* de Alvar Núñez, fueron los murciélagos llamados «vampiros».

Cuenta el Adelantado, que los indios que criaban gallinas las encerraban de noche en sus chozas, «por miedo á los morciélagos, que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego».

«Estos morciélagos — añade — son una mala sabandija, y hay muchos por el río que son tamaños y mayores que tórtolas de esta tierra, y cortan tan dulcemente con los dientes, que al que muerden, no lo siente: y nunca muerden al hombre sino en las lumbres de los dedos de los pies ó de las manos, ó en el pico de la nariz, y el que una vez muerde, aunque haya otros muchos, no morderá sino al que comenzó á morder; y éstos muerden de noche y no parescen de día. Teníamos que hacer en defenderles las orejas de los caballos, pues son muy amigos de morder en ellas, y en entrando un murciélago donde están los caballos, se desosiegan tanto, que despiertan á toda la gente que hay en la casa, y hasta que los matan ó echan de la caballeriza nunca se sosiegan.

»Y al gobernador (Alvar Núñez), le mordió un morciélago estando durmiendo en un bergantín; que tenía un pie descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pie, y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frío que sintió en la pierna, y la cama bañada en sangre, que creyó que le habían herido. Y buscando dónde tenía la herida, los que estaban en el bergantín se reían de ella, porque conocían y tenían experiencia de que era mordedura de morciélago, y el gobernador halló que le habían llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pie. Estos morciélagos no muerden sino adonde hay vena, y éstos hicieron una mala obra, y fué que llevamos á la entrada (la expedición), seis cochinas preñadas para que con ellas hiciésemos casta, y cuando vinieron á parir, los cochinos que parieron, cuando fueron á tomar las tetas, no hallaron pezones, que se los habían comido todos los morciélagos, y por esta causa se murieron los cochinos, y nos comimos las puercas por no poder criar lo que pariesen.»

Los días de gobierno de Alvar Núñez en aquellas tierras estaban ya contados. Los oficiales reales, concitados por el revoltoso Felipe de Cáceres, se sublevaron contra Alvar Núñez, que estaba en cama, enfermo de unas fiebres adquiridas en la última expedición. El enérgico Adelantado, tomando sus armas, salió solo al encuentro de los rebeldes, pero al fin tuvo que rendirse y éstos le guardaron once meses en dura prisión. Sus partidarios intentaron reponerle con nuevas sublevaciones, pero éstas sólo sirvieron para llenar la cárcel de presos. Los conjurados nombraron gobernador á Irala, quien se excusó modestamente, con su característica habilidad, hasta que al fin acabó por aceptar.

Alvar Núñez fué enviado á España en una carabela, junto con algunos de sus partidarios y el proceso que le habían formado los enemigos. En representación de éstos, le acompañaban los oficiales reales Alonso Cabrera, veedor, y García Venegas, tesorero, para mantener la acusación. Al llegar á España, el Emperador, enterado de todo, mandó poner en libertad al Adelantado y en prisión á Cabrera y García Venegas. El uno enloqueció, y el otro murió en la cárcel. Alvar Núñez, después de largo proceso, quedó libre, con 2.000 ducados de pensión. Murió en Sevilla, sin querer regresar al Nuevo Mundo, figurando hasta sus últimos años en el Tribunal del Consulado de dicho puerto.

De este modo acabó el segundo Adelantado del Río de la Plata, hombre leal y animoso, cuyo único defecto fué no querer transigir con los abusos de los funcionarios reales. El buen trato que daba siempre á los indios, acreditó su generoso corazón. «Estos hombres — decía — para ser atraídos á ser cristianos y á la obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento. Este camino es el cierto, que otro no». ¡Ojalá hubiesen pensado lo mismo que Alvar Núñez todos los conquistadores! . . .

Al quedar Irala al frente del Gobierno, la ciudad de Asunción sufrió un largo período de desorden. Mientras él salía á correr la tierra, los diversos bandos en que se hallaba dividida la colonia, chocaban mortalmente en motines y revueltas. Hubo ejecuciones numerosas, y cuando un partido dominaba la ciudad, el otro tenía que fugarse á los bosques, viviendo con los indios. La existencia de los indígenas sometidos era muy dura, y el sistema de los repartimientos equivalía á una esclavitud. No eran los indios los únicos que sufrían con estos desórdenes. Muchos españoles, que por no pertenecer al bando de los revoltosos estaban olvidados, escribían al Rey quejándose de su triste situación y de la de los indígenas. Mientras tanto, la vida colonial seguía deslizándose monótona y rutinaria. Había abundancia de maíz, se cultivaba la caña de azúcar, y los españoles, con tortas, miel de caña, la caza de los bosques y las aves de corral, vivían satisfechos. El juego hacía estragos en aquella gente pendenciera, que vivía inactiva. Muchas veces se jugaban la propiedad de un criado indio á la luz de un candil que sostenía el mismo infeliz objeto de la apuesta. Irala, elevado al poder por esta gente reñidora y levantisca, procedía con cierta timidez, no atreviéndose á cercenar sus abusos, y repartiendo los bienes públicos con visible parcialidad. Pero cuando en 1555 le confirmó la corte de España en su cargo, procedió con gran energía á la mejora y moralización de la colonia.

Una expedición enviada por Irala á lo más remoto del río Paraguay, llegó al territorio de los indios chernas, buscando la famosa tribu de las mujeres guerreras ó Amazonas (1). Ul-

(1) Algunos historiadores de América, como el general Mitre, Prescott, etc., tienen por fábula y patraña la existencia de las amazonas. Otros, como Humbold y La Condamine, la consideran posible. El conquistador Hernando declaró luego de una expedición en 1545, ante un escribano de la Asunción, haber visitado un país de «mujeres flecheras». Según parece, se trataba de los indios del grupo Tupinamba, los actuales Uaupés, cuyas mujeres pelean en compañía de los hombres.

derico Schmidel, que iba en ella y tomó noticias de los indios sobre la existencia de las amazonas, las describe así en su libro:

«Estas amazonas son mujeres, y sólo tres ó cuatro veces al año las visitan sus maridos. Cuando alguna da á luz un hijo, si es varón se lo remite á su esposo, y si es hembra se la queda en su compañía. La madre, cuando lo cree oportuno, con un hierro candente le quema el pecho derecho para que no le crezca, mutilación que tiene por objeto el que no le estorbe para el fácil manejo del arco, pues estas mujeres forman un verdadero ejército que sostiene continuas luchas con sus enemigos, y habitan ellas solas en una isla».

Deseando los aventureros conquistar un rico botín en la misteriosa isla de las Amazonas, penetraron al través de los bosques vírgenes del Brasil y Bolivia. Fué ésta una de las expediciones más audaces de la conquista.



UNA CIUDAD DE SUD-AMÉRICA EN EL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

«Teníamos que andar — dice Schmidel — día y noche por un pantano, con agua hasta la cintura. Cuando queríamos encender fuego, colocábamos grandes leños, unos sobre otros, y encima encendíamos la lumbre, aconteciendo algunas veces que, tanto ésta como el puchero en que se estaba confeccionando nuestra comida, cayeran al agua y nos quedásemos sin comer. Además, los mosquitos no nos permitían momento de reposo ni de día ni de noche».

Treinta días duró esta marcha sobrehumana en busca del oro de las amazonas, siempre caminando por selvas pantanosas, y al fin tuvieron que retroceder sin haber tropezado con la isla de las mujeres flecheras.

Irala, por su parte, había realizado el ensueño de llegar á las montañas de plata. Triunfó, al fin, del desierto, del inabordable Chaco, pero su victoria fué acompañada de cruel desencanto. En 1548 partió en busca de una senda que condujera rectamente al famoso país, optando esta vez por el derrotero que había seguido Ayolas. Los aventureros, ansiosos durante veinte años de alcanzar la Sierra de la Plata, habían explorado 600 leguas en la orilla derecha de los ríos Paraguay y Paraná, buscando puntos de salida para sus expediciones al Oeste, y fundando exiguos pueblos en estas riberas, casi todos desaparecidos después.

Irala avanzó por el país de los Mbayaes, se detuvo en un lugar donde fué construída luego la ciudad boliviana de Santa Cruz de la Sierra, y tras mucho caminar y no menos sufrir llegó al río Guapay, recibiendo allí la triste noticia de que Charcas, la tierra de las riquezas, estaba ya conquistada por los españoles de Pizarro desde nueve años antes, y que existía, fundada por ellos, una gran ciudad llamada La Plata ó Chuquisaca.

¡Haber padecido tanto durante veinte años, haber muerto en el Chaco tal cantidad de hombres valerosos, para llegar tarde! . . . ¡Acabaron, para siempre, las riquezas que habían dado su nombre al río de la Plata! ¡Se desvanecieron los tesoros espectrales que á tantos europeos entusiasmaron, haciéndoles remontar las aguas del Paraná! En adelante, los españoles, concentrados en el Paraguay «por estar más cerca de la entrada de la Sierra, con sus minas de metales preciosos», iban á reconocer que se hallaban en un callejón sin salida, aplastados contra el Chaco hostil, y con un movimiento salvador de retroceso habían de buscar nuevamente las puertas del Océano, avanzando corriente abajo para fundar primeramente á Santa Fe y luego á Buenos Aires.

El fracaso de la última expedición de Irala demostró lo aislados del resto del mundo que vivían los colonos de Asunción. Hasta las noticias de España las ignoraban. Nueve años antes se había completado la conquista del Perú, tanto el Bajo como el Alto, peleándose sus dominadores en sanguinarias guerras civiles. Todos en el mundo conocían estos sucesos; todos, menos los españoles del Paraguay, que, geográficamente, eran los vecinos más próximos.

Cuando Ayolas marchaba por el desierto en busca de la Sierra de la Plata, Almagro, de vuelta de su expedición á Chile, apoderábase del Cuzco. Cuando Irala fracasaba por las lluvias en su intento de atravesar el Chaco, Pizarro, enterado en Lima de las famosas riquezas de los Charcas, ordenaba la invasión y conquista de dicho territorio.

Irala debió quedar anonadado por la desilusión y sentir al mismo tiempo una justa envidia. La ansiada riqueza era para otros que la buscaron con menos esfuerzos. ¡Haber peleado personalmente trece años y algunos de sus compañeros veinte (1), en más de once expediciones; sufrir la sed, el hambre y las flechas envenenadas; dedicar toda una existencia á la difícil empresa para, en la hora del triunfo. . . , llegar tarde!

III

LA ÉPOCA DE DON JUAN DE GARAY

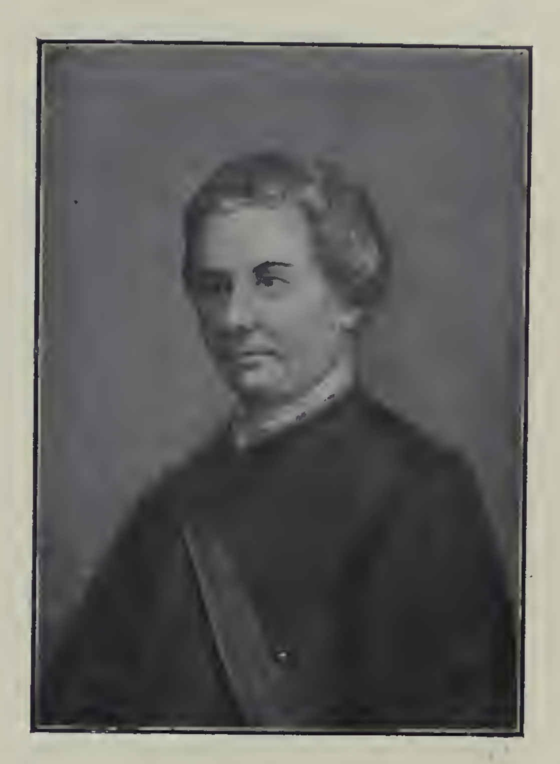
Irala falleció en 1557, á los setenta años, después de veintidós de incesantes fatigas. Su conducta no fué claramente leal en las revueltas que acabaron con la autoridad de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; pero aparte de esto, procedió como un gobernante hábil y progresivo. Él reorganizó todos los servicios de la colonia, fundó las primeras escuelas del país é hizo que el Cabildo funcionase como un organismo de gobierno, sacándolo del dominio de los bandos. Fué el primer legislador platense, y su solicitud por los indígenas igualó á la de Alvar Núñez.

Muerto Irala, le sucedió en el gobierno su yerno Gonzalo de Mendoza; pero éste falleció al año siguiente, y entonces, por voto popular, fué elegido gobernador, capitán general y justicia mayor de los territorios de Río de la Plata, Francisco Ortiz de Vergara. Como éste pasó mucho tiempo en la ciudad de Charcas, desempeñó interinamente el gobierno de la Asunción Juan Ortega. Debía la corona ratificar desde España este nombramiento ó designar otro gobernador, y Don Juan Ortiz de Zárate, rico hacendado de Charcas, establecido en la naciente ciudad de Chuquisaca, de la cual eran suyas la mayor parte de las casas, solicitó el cargo de tercer Adelantado del Río de la Plata.

(1) Con Irala iban algunos de los antiguos compañeros de Gaboto.

Entonces fué cuando apareció en las tierras de este gobierno el hombre más importante de la colonización platense, el ilustre Don Juan de Garay. La colonia, una vez desvanecido el fantasma de las riquezas del Noroeste, necesitaba retroceder, salir del aislamiento del Paraguay, esparcirse río abajo hacia las puertas del mar por donde había entrado, y esta empresa exigía un hombre, que fué Garay.

Hasta entonces el río de la Plata sólo había sido un camino para los navegantes y soldados que seguían tierra adentro en demanda de las minas. Sus riberas estaban tan inexploradas como en tiempo de Solís. Los indígenas, luego de destruída Buenos Aires, contemplaban impasibles desde la orilla las carabelas y bergantines, aves de paso que con sus blancas alas desplegadas, ó moviendo las innúmeras patas de sus remos, deslizábanse hacia el interior.



DON JUAN DE GARAY (1)

Después de cuarenta años de sangrientas exploraciones y de ciudades malogradas, el indio seguía dominando las riberas del extenso y bello estuario. Los navegantes llevaban en su retina intracerebral imágenes de montañas de plata, de poblaciones deslumbrantes, y no podían sentirse atraídos por las costas verdes y salvajes del Plata. Causaba en ellos cierta admiración el río caudaloso y magnífico, las innumerables islas del delta, jardines flotantes sobre los que revoloteaban bandas inmensas de aves de plumaje multicolor. Los ánades silvestres nadaban en los remansos claros y nítidos como espejos; el loro aleteaba en las espesuras; las bandas de monos saltaban de copa en copa, revolucionando con sus escándalos el frondoso ramaje; el papagayo cortaba el silencio con sus chillidos guturales; los antas, los venados y los cerdos monteses correteaban por la selva. En el espacio comprendido entre la desembocadura del Plata y la Asunción escalonábanse diversas vegetaciones, desde la templada hasta la tropical. Numerosas tribus «de distinta generación», sanas y robustas, vivían primitivamente en sus riberas, favorecidas por la dulzura del clima y la exuberancia de la tierra.

Gaboto y Mendoza no habían podido sostener en estos territorios las míseras aldeas fundadas por ellos, á causa de que las tales poblaciones sólo eran lugares de paso, etapas fortificadas en el camino de las minas del interior, que consideraban su verdadera ruta. No habían intentado una colonización firme y duradera en el Plata. Sus miras iban más allá, hacia el interior del continente. Garay fué el primero que deseó establecerse en las riberas del gran río, apreciando éstas por lo que eran y no como lugares de paso; procurando el fomento de la ganadería, la agricultura y el comercio; deseando, en una palabra, crear pueblos y no simples fortines que sólo podían servir de base á operaciones de guerra.

Garay fué un español americanizado. Salido de España cuando era casi un niño, para no

(1) Este retrato de Garay, el único que se conoce, resulta de una autenticidad dudosa. Su traje es distinto á los de la época, y su rostro no está de acuerdo con el tipo ideal que nos hacen imaginar las heroicas hazañas del fundador de Buenos Aires. Más bien parece el retrato de un jesuita colonizador de las Misiones.

volver nunca á ella, mostróse entre todos los caudillos de la conquista el más apegado á su tierra de adopción. Sus frecuentes correrías por el Perú, Bolivia, Paraguay y la actual tierra argentina, sus largas permanencias en los bosques vírgenes y sus navegaciones por los ríos, hicieron de él el más ilustre de los *baqueanos*.

Yo no puedo imaginármelo como un apuesto y galán caballero de los tiempos de Felipe II, con labrada coraza, gregüescos de seda y casco repujado. Vino demasiado joven á América, desde una pobre aldea vasca, para haber adquirido los refinamientos cortesanos ó la arrogancia soldadesca de otros conquistadores, antiguos gentilhombres de los reyes de España ó combatientes en los tercios de Italia y Flandes. Garay más bien fué semejante á sus actuales compatriotas vascos y castellanos, que salen pequeños de sus pueblos, faltos de cultura, pero avispados de entendimiento, con una recomendación para algún pariente que vive en América, y una vez en ella, empiezan tras el mostrador su lenta ascensión, sin desmayos ni arrepentimientos, hasta convertirse en millonarios.

No vino para traficar y enriquecerse; siguió la carrera de su época; fué conquistador y colonizador, pero en estas empresas hizo patente el mismo carácter ordenado, metódico, sin prisas y sin vacilaciones, leal y recto, que muestran los de su raza en los negocios y empeños comerciales de la vida moderna. Yo me lo imagino con las facciones tostadas por el sol; la barba y la melena en espeso matorral; los ojos inteligentes é imperiosos bajo unas cejas polvorientas; la coraza empañada y herrumbrosa por las humedades de los ríos y los relentes de la selva; las piernas defendidas por fuertes botas para las marchas por pantanos y espesuras; la cabeza bajo la sombra de amplio chambergo deformado por soles y aguaceros, pues no era el casco, fuera de las horas de combate, apropiada cobertera para las marchas subtropicales; y la capa española sobre el férreo pecho, modificada en su prendido hasta convertirse en poncho americano.

El gobernador Don Juan de Garay tendría en las ceremonias oficiales de la Asunción todo el empaque majestuoso de un representante del Rey, compatible siempre con su carácter afable y patriarcal; pero el explorador de las selvas, el capitán guerreador que tantos combates sostuvo con los indígenas ribereños, debió ser por su aspecto y género de vida el primero de los gauchos, el glorioso abuelo de los rudos jinetes que luego se extendieron por las pampas, mezcla briosa de pastores y de soldados.

Garay nació en Villalba de Loza, pueblo humilde de las Vascongadas, fronterizo á la provincia de Burgos. El fundador de Buenos Aires tenía en su carácter las buenas condiciones del vasco y del castellano. Todo es incierto y obscuro en el primer período de su vida. Sólo se sabe, por confesión que hace Garay en un pleito, la fecha de su nacimiento: 1529. Su historia es la de un héroe que nace obscuramente y se desenvuelve en un continente alejado todavía de la civilización. Se conocen sus hechos, pero se ignora gran parte de su vida. Se sabe únicamente que su tío, el licenciado Don Pedro Ortiz de Zárate, que pasaba al Nuevo Mundo como Oidor, propuso á sus padres llevarlo á América cuando sólo tenía catorce años, y que aquéllos accedieron con la esperanza de que hiciese fortuna.

Embarcóse el pequeño Garay en la expedición del virrey del Perú Don Blasco Núñez Vela, salida en 1543, y al año siguiente llegó á Nombre de Dios (Panamá). Allí se quedó el Oidor Ortiz de Zárate con su sobrino algún tiempo, y luego trasladóse á Lima. Garay, aunque educado entre gentes de toga, sentía una irresistible vocación por la espada, como todos los hombres de su época. Al poco tiempo fué con Núñez del Prado á poblar el valle de Tarija. Luego estuvo en Charcas con el capitán Manzo, tomando parte en las expediciones al país de los Chiriguanos y llanuras de Condonillo. Más tarde, siguió á Velázquez hasta el paso de Atacama, y según una *Relación* de la época, «fué de los primeros pobladores y de los que más tra-

bajaron y gastaron en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, fundada en 1561 por Nuño de Chaves... Él fué el primero que metió ganado vacuno en dicha provincia, y como persona principal y hombre valeroso, se le encargaron siempre las cosas más honradas y dificultosas de la guerra, de las cuales salió siempre victorioso».

En Santa Cruz de la Sierra contrajo matrimonio con Doña Isabel de Becerra y Mendoza y tuvo varios hijos. Su fama de honradez y pericia se extendió entre los españoles hasta llegar á la lejana ciudad de la Asunción. Era ya gobernador del Río de la Plata Don Juan Ortiz de Zárate, el rico hacendado de Charcas, y éste, por mediación de su teniente Felipe de Cáceres, le ofreció el cargo de alguacil mayor de dicha gobernación. Aceptó Garay, y levantando su casa de Santa Cruz de la Sierra, con numerosos criados y soldados españoles que quisieron seguirle, emprendió el camino de Asunción. Iba á empezar su verdadera existencia. El futuro repoblador de Buenos Aires no llegaba al Río de la Plata por el Océano. Procedía de las costas del Pacífico, y un éxodo de colonizadores había de seguir sus huellas durante dos siglos. Tal fué el curso que tomó la inmigración al ponerse en contacto las dos corrientes de exploradores que, tras grandes esfuerzos á una parte y á otra del continente, acabaron por tropezarse en la tierra de los Charcas.




SOLDADOS ESPAÑOLES DE LA ÉPOCA DE JUAN DE GARAY
(Grabado antiguo).

Cuando Garay llegó á la Asunción, estaba ausente el gobernador Ortiz de Zárate. Debía éste su nombramiento al virrey del Perú, y creyendo que no revestía bastante legalidad, se había embarcado con rumbo á España para solicitar la ratificación del cargo. En su ausencia gobernaba la colonia, como teniente, el inquieto y atrabiliario Felipe de Cáceres. Al llegar Garay, andaba Cáceres en tremendos pleitos con el obispo La Torre que, según parece, acaudillaba á sus enemigos.

Desde la época en que fué depuesto Alvar Núñez Cabeza de Vaca, había un partido hostil á Cáceres, compuesto de descontentos, amargados por sus tropelías, y de antiguos devotos del segundo Adelantado. El obispo excomulgó al gobernador Cáceres, y éste, á su vez, declaró al prelado «suspenso é inhábil para ejercer las funciones episcopales». Además, prohibió que se proporcionasen alimentos al obispo, tapiando las puertas y ventanas de su casa; y un caballero sevillano, Pedro de Esquivel, antiguo poblador de Buenos Aires, que pretendió quebrantar la orden, fué ajusticiado inmediatamente. Tan violenta se hizo la situación, que el pueblo acabó por sublevarse, poniendo en prisión á Cáceres.

Garay manteníase aparte, disgustado por estas revueltas. Su pensamiento se ocupaba en cosas de mayor importancia. Dábase cuenta de la estrechez y aislamiento de la colonia establecida en la Asunción.

—Hay que abrir puertas á la tierra y no permanecer encerrados — afirmaba pensando en el Río de la Plata, que aún no conocía.

En esto llegaron noticias á la Asunción de que Ortiz de Zárate estaba ya de vuelta de España. Por una capitulación celebrada en Madrid con Felipe II, recibía el título de Adelantado, tan ambicionado por él, con obligación de que sus derechos pasasen á su hija Juana, habida con una india, y de la que ya hablamos.

Salió Ortiz de Zárate en Noviembre de 1572 de Sanlúcar de Barrameda con cinco grandes naos, en las que traía 500 hombres, entre obreros mecánicos y agricultores, 50 mujeres y gran cantidad de vacas, ovejas, cabras y caballos. Después de una penosa navegación, llegaron los buques á las costas del Brasil, echando anclas en la isla de Santa Catalina, donde se repusieron algo los expedicionarios. En Noviembre de 1573, un año después de haber salido de España, continuaron el viaje al río de la Plata, deteniéndose en la isla de San Gabriel. En ella encontró el Adelantado unas comunicaciones que le había dejado Cáceres bajo una cruz.

Pocos meses antes el gobernador interino realizó un viaje de exploración desde el Paraguay á la desembocadura del Plata, con la esperanza de encontrar á Ortiz de Zárate, que todavía estaba en Santa Catalina. En dichas comunicaciones le relataba Cáceres sus luchas con el obispo de la Asunción y otras revueltas de la ciudad, pidiéndole que acelerase el viaje para encargarse del gobierno. Aunque Ortiz de Zárate anhelaba lo mismo, no podía moverse de las orillas del río de la Plata por las enfermedades de su gente y el mal estado de los barcos. Echó á tierra parte de la expedición en un sitio inmediato á la actual Colonia, siendo socorrido por el cacique Zapicán, que le proporcionó víveres. Pero al poco tiempo los belicosos charrúas cayeron sobre él, entablándose una serie de tremendos combates, en los que perecieron muchos españoles. Para mayor desgracia, la pólvora de la expedición estaba mojada y los arcabuces tomados de herrumbre, pues Ortiz de Zárate, sobradamente medroso, no quería entregarlos á sus hombres, por temor á un motín.

Los españoles tenían que batirse cuerpo á cuerpo con las bandas indígenas, muy superiores en número y que hacían uso de las bolas arrojadizas. Muchos fueron cogidos vivos de este modo, entre ellos el caballero extremeño Don Cristóbal de Altamirano, que estuvo cautivo hasta que Garay fundó á Buenos Aires en 1580. En otro de estos combates fué tan sobrehumano el coraje del soldado Domingo Lares, luchando solo contra muchos, que al caer vencido, los salvajes le perdonaron, curándole las heridas con gran amor.

Ortiz de Zárate no sabía qué hacer en esta situación desesperada. Unos cuantos jinetes españoles, al mando del capitán Ruy Díaz Melgarejo, se habían presentado á él días antes. Venían desde Asunción en un viaje por tierra, buscando noticias del Adelantado. Esta exigua partida le dió la noticia de que el capitán Juan de Garay se hallaba en el Paraná al frente de una expedición, y Ortiz de Zárate apresuróse, por medio de indígenas amigos, á darle aviso para que viniera en su auxilio, al mismo tiempo que se refugiaba en los buques.

Antes de embarcarse el Adelantado con su gente, huyendo de los charrúas, entregó al cacique guaraní Yamandú, que se ofrecía como amigo, varios documentos para que los hiciera llegar á manos de Garay. Eran copias de las provisiones reales y un nombramiento de su propia mano, designando á aquél como lugarteniente de su gobernación. Las naos buscaron otra vez un refugio seguro en la isla de San Gabriel. Los charrúas apedrearon los barcos al alejarse. Uno de estos indígenas, gigantesco y membrudo, se metió en el agua hasta la cintura, retando insolentemente á los españoles. «Un tiro de arcabuz — dice un testigo — le cortó las razones y dejó allí muerto».

Mientras tanto, Garay estaba en el Paraná fundando una de las ciudades más antiguas de la Argentina, llamada al crearse San Fe de la Vera Cruz. Su viaje había sido motivado por una decisión del gobernador interino Martín Suárez de León, que reemplazó al depuesto Cáceres. Para apaciguar definitivamente la ciudad, el nuevo gobernador y todos los oficiales reales determinaron enviar presos á España, en una carabela, al inquieto Felipe de Cáceres y al no menos revoltoso obispo, medio seguro de dar término á las disensiones. Garay, como hombre ajeno á los dos partidos, recibió el encargo de escoltar la carabela río abajo,

hasta la desembocadura, fundando de paso algún pueblo en los sitios ribereños que le pareciesen más favorables. Para ello se le proveyó de alguna gente de á pie y á caballo, de un bergantín y canoas y balsas. Era lo que deseaba Garay para «abrir puertas á la tierra».

Ochenta soldados iban en junto con él, los más de ellos nacidos en el país. Los españoles establecidos en la Asunción, luego de la ruina de Buenos Aires, parece que fueron gente prolífica. La mayor parte de las solicitudes que dirigían al Rey y á su Consejo de Indias, eran para legitimar los numerosos hijos habidos con blancas y con indias, pues así podían heredar éstos los repartimientos y concesiones de que ellos gozaban. Algunos, después de una vida endiablada de aventuras, justificaban su prisa en legitimar la prole con la declaración de que iban á ordenarse de sacerdotes, queriendo pasar el resto de sus atormentados años en la plácida sombra de la Iglesia (1). Estos criollos, hijos de españoles, eran gente dura y amiga de guerrear, que seguía á Garay con entusiasmo.

Escoltando la carabela que llevaba á la Península á los dos mortales enemigos, bajó Garay hasta la laguna de los Patos (probablemente cercana al lugar que hoy ocupa la Colonia, en la banda oriental), y no habiendo obtenido hasta allí noticia alguna de Ortiz de Zárate, pues éste se hallaba aún reponiéndose en la costa brasileña, ó sea en la isla de Santa Catalina, regresó al Paraná, dejando partir la embarcación para su destino.

Explorando en su viaje de retorno la margen derecha del río, penetró en el Salado y luego acampó en un sitio llamado Cayastak, haciendo correrías por las inmediaciones y poniéndose en relación con los indígenas. Las muestras de cariño de éstos y la abundancia de víveres, así como la posición de la tierra, le decidieron á fundar allí una población, echando un domingo, 15 de Noviembre de 1573, las bases de la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz. Según declara Garay, le acompañaban en esta empresa «nueve españoles y setenta y cinco mancebos de la tierra, con cincuenta y cinco caballos, sesenta y cinco arcabuces, un verso con sus cámaras, la pólvora y pelotas (balas de piedra) y otros útiles».

La fundación de la histórica Santa Fe fué modesta, como lo fueron en sus principios todas las ciudades de origen español, que hoy son grandes y populosas. Garay, con arreglo á las instrucciones dadas por los reyes de España, revistió el acto de todo el ceremonial acostumbrado. Levantó una cruz, plantó el rollo de justicia, cortó hierba con su espada en señal de toma de posesión y redactó el acta del suceso.

---

(1) En una carta de Domingo Martínez al Emperador Carlos V, solicitando la legitimación de sus hijos, para que éstos no pierdan la propiedad de los indígenas que se le habían repartido por sus servicios, enumera dicho individuo en qué consistían estos servicios.

Además de haberse batido muchas veces con los indios, Domingo Martínez, antiguo estudiante venido en la expedición de Don Pedro de Mendoza, declara que fué el primero que construyó anzuelos en Buenos Aires, «invención que hasta el día de hoy ha redundado y redunda mucho provecho», porque sin ella, los sitiados no hubieran podido comer muchas veces. Luego, en la ciudad de Asunción, fabricó peines, «en tiempo que para peinarse la barba no alcanzaban los hombres un peine»; luego «cuchillos de rescate, amolados y encabados como los que traen de Flandes, agujas de coser y de labrar para mujeres y mestizas... y como al exprimir la caña de azúcar se perdía la cuarta parte, hice una rueda de madera, grande y muy pesada, para molerla».

Domingo Martínez se preocupa especialmente de sus hijas mestizas. Si él les deja algunos bienes podrán casarse con un cristiano. De no poder trasmitirles su padre la fortuna irán á parar á manos de indios y «habrá lugar á lo que aquí nos cuentan los que saben de la Nueva España y los reinos del Perú, donde andan las mestizas en poder de los indios, sin ser conocidas ni poderse recoger, lo cual es muy gran daño, porque no solamente es daño de andar perdidas en lo que toca al cuerpo, *que poco hace al caso*, si no se perdiesen en el ánima por contratar como contratan con bestias y fuera de toda razón y buen ejemplo, y desordenados en sus vicios sin corrección alguna».

Domingo Martínez, luego de asegurar la herencia de sus bastardos, quería hacerse cura.

El capitán hizo reparto de los solares, ordenó la construcción de un fuerte con torreones y dió principio al empadronamiento de los indios que vivían en la jurisdicción de Santa Fe, la cual abarcaba muchas leguas. Para conocer á todas las tribus residentes en el territorio, emprendió varias expediciones, llegando hasta las ruinas del antiguo fuerte Sancti Spíritu. Los indios le recibieron con aparente bondad en las riberas del Salado y el Paraná; pero Garay se hallaba muy avezado al trato con los indígenas; conocía sus astucias, y encontrando excesivas las demostraciones de su afecto, adivinó que le preparaban una celada. Iba engrosando la muchedumbre india en torno de su reducido grupo de soldados, y dispuso el embarque inmediatamente, salvándose de un desastre seguro por su perspicacia y conocimiento de los naturales. Apenas entraron los españoles en los barcos, ardieron hogueras de señal en todas las alturas, y compactas tropas de indígenas fueron llegando á la playa con ánimo de atacarlos. Su situación era apurada ante un número tan considerable de enemigos; pero un suceso novelesco, por lo extraordinario, cambió la faz de las cosas. Un tripulante había subido á lo alto del palo de un bergantín para vigilar los movimientos del enemigo por encima de las barrancas de la ribera. De pronto el marinero dió un grito de sorpresa, afirmando que veía un hombre á caballo persiguiendo á unos indios. Luego los jinetes fueron seis, y su número iba aumentando. El suceso hizo palidecer de emoción á Garay y los suyos. ¡Hombres á caballo!... Indudablemente eran españoles. ¿De dónde llegaban tan providencialmente? ¿Quiénes podían ser estos auxiliares inesperados?...

Los indios, no menos estupefactos por la presencia de los jinetes, creyéndolos aliados de Garay, huyeron ante sus corceles. Como los barcos estaban ocultos tras las barrancas, pasaron adelante los soldados sin verlos, persiguiendo á los indígenas, y fué preciso que Garay enviase á uno de sus indios para avisarles de su presencia.

Al llegar los jinetes á lo alto de la barranca, cambiaron sus saludos con Garay y la gente de sus buques. Eran españoles, soldados de Don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador del territorio de Tucumán, que había fundado la ciudad de Córdoba al mismo tiempo que Garay echaba los cimientos de Santa Fe. Cabrera había despachado este pelotón de caballería para que buscase en el Paraná un punto de embarque que le pusiera en comunicación con España. Los soldados de Cabrera habían escogido dos días antes el puerto de San Luis de Córdoba, anexionándolo con todas las islas del río y veinticinco leguas por cada lado, á la gobernación de Tucumán. Calló Garay prudentemente ante tales noticias, que equivalían á un atentado contra su fundación, y cuando Cabrera, que estaba aún lejos, se enteró del encuentro y vino en busca de él, la entrevista fué cordial, pero reservada. Ni Garay quiso bajar á tierra ni Cabrera entrar en sus naves. Se separaron sin llegar á un acuerdo. Su rival le prohibía fundar pueblos en aquellos territorios, que consideraba como pertenecientes á la gobernación de Tucumán. Garay no dió una respuesta categórica, pues rodeado de tribus hostiles como estaba, consideró imprudente un rompimiento. Cuando algún tiempo después Cabrera, que se había vuelto á Córdoba, le envió á Onofre de Aguilar con 30 hombres para que le entregase Santa Fe, Garay dió una respuesta enérgica y negativa. Según Cabrera, el capitán del Paraguay no podía salirse de su jurisdicción. Pero á ello contestaba éste que el Paraná había sido descubierto por Gaboto, y los pobladores de la Asunción estaban antorizados por el Rey para el dominio absoluto del río y todas sus riberas.

Mientras ocurrían estas discusiones, se coaligaban todas las tribus del territorio, quiloazas, pairindíes, colástinés, mepenes y timbués, para caer sobre Santa Fe. La ciudad fué asaltada, y sus defensores, parapetados tras los bastiones, y haciendo jugar arcabuces y versos, realizaron una gran matanza. Garay, con una parte de la guarnición, salió á campo raso, y allí

reanudó el combate, causando á los indios nuevas pérdidas y haciéndoles huir escarmentados para mucho tiempo.

El mismo día de esta victoria entraron en el puerto de Santa Fe tres canoas de indios guaranís, en una de las cuales llegaba el cacique Yamandú, portador de los pliegos que le había entregado en el Río de la Plata Ortiz de Zárate al huir á la isla de San Gabriel. Estos documentos eran, como ya se dijo, copias de las cédulas reales que autorizaban al Adelantado y á sus capitanes para fundar poblaciones desde el río de la Plata á la gobernación del reino de Chile, y además el nombramiento de lugarteniente que Ortiz de Zárate hacía en la persona de Garay. Tales noticias regocijaron al conquistador. Veíase elevado al más alto puesto de la colonia, y las cédulas del Rey le daban razón sobre las pretensiones de Cabrera.

* * *

Luego de hacerse reconocer como teniente gobernador, emprendió Garay una expedición río abajo para auxiliar á Ortiz de Zárate, con 30 hombres y 21 caballos. Seguían la costa, llevando embarcados en balsas los caballos; pero Garay, que era implacable cuando juzgaba necesario intimidar á los enemigos, invadió de paso en son de guerra las tierras de los caciques que habían dirigido el ataque contra Santa Fe. La mayoría de éstos huyeron al aproximarse la expedición, buscando refugio en selvas impenetrables.

Aun aquí fueron á buscarlos los españoles, ocurriendo con este motivo un suceso romancesco (1). El soldado Carballo, natural de Galicia, era uno de los más valerosos y audaces entre los que tomaron parte en la conquista del Río de la Plata. Sabedor de que el cacique Yandubayá, gran enemigo de Garay, se había refugiado en un espeso bosque, lanzóse él solo en su persecución. Al encontrarse los dos hombres entablaron una lucha tremenda, cuerpo á cuerpo. Una india, llamada Liropeya, famosa en el país por su belleza y compañera de Yandubayá, acudió al ruido del combate, y su intervención hizo cejar á los dos enemigos en el empeño mortal. Al fin, cediendo á las seductoras peticiones de la india, el español y el cacique acabaron por hacerse amigos; pero Carballo, reparando en la belleza de Liropeya, quiso poseerla, aunque para ello tuviese que cometer un crimen. Aprovechando un descuido de Yandubayá lo atravesó con su lanza, y luego intentó apoderarse á viva fuerza de la india. Ésta, fingiendo acceder, le pidió que ante todo sepultase á su desgraciado amante, y cuando Carballo procedía á este trabajo, Liropeya le arrebató la espada, y atravesándose con ella el pecho, exclamó antes de morir: «¡Abre ahora otra fosa para mí!» Carballo huyó aterrado, llegando á la orilla del río cuando ya se embarcaban sus compañeros en las balsas, creyéndole cautivo de los indios en vista de su larga ausencia.

Antes de llegar Garay á la isla de Martín García, adonde se había trasladado Ortiz de Zárate, tuvo que sostener grandes combates con otras tribus ribereñas. En Abril de 1573 fué cuando se encontró al fin con el Adelantado y su gente, que se hallaba, después de tantas calamidades, en gran desaliento.

La desgracia había de perseguir hasta en sus últimos momentos la expedición de Ortiz de Zárate. Determinaron fundar una ciudad en las márgenes del río Uruguay, y una gran tormenta casi hizo zozobrar las naves cuando se dirigían al punto designado. Garay tuvo que bajar á tierra, y los charrúas aprovecharon la debilidad de los españoles para atacarlos en gran número. Jamás se vió Garay en situación tan apurada. Él y los suyos pelearon más por defender las vidas

(1) Este suceso lo cuenta José Luis Cantilo en su interesante libro *Don Juan de Garay.*

que por la victoria, que parecía imposible. Herido Garay en el pecho, siguió combatiendo. Todos los indios dirigían contra él sus golpes, con la esperanza de matar á este enemigo, siempre vencedor. El mismo Garay, que rara vez hablaba de su persona, dice al relatar el combate: «Me mataron el caballo y estuve caído y mal herido.» Al fin, el heroísmo de aquel puñado de hombres acabó por dispersar á los charrúas, que dejaron sobre el campo 200 cadáveres. Había allí soldados duros y de gran fama, como Juan Vizcaíno, Hernando Ruiz, Juan Osuna, Juan Sánchez, Aguilera, Rasquín y Carballo, veteranos acostumbrados á pelear con indios de diversas «generaciones», y conocedores de sus modos de batirse.

Ortiz de Zárate se aprovechó de esta victoria para fundar la población de San Salvador en un pequeño río del mismo nombre, tributario del Uruguay. En ella quedaron el Adelantado y su cansada expedición, mientras Garay emprendía la vuelta al Paraná con los títulos de capitán general, teniente gobernador y justicia mayor de Nueva Vizcaya. Este fué el nombre que el vascongado Ortiz de Zárate pretendió dar á su gobierno; pero no prevaleció sobre la antigua denominación de Río de la Plata.

En 1574, el Adelantado, que no podía vivir en San Salvador por estar en pugna con españoles é indígenas, emprendió un viaje á la Asunción, difícil y penoso, como lo eran todas sus empresas. En Santa Fe lo recibió Garay con honores casi reales. Á principios del año siguiente entró en la Asunción, encargándose del Adelantazgo. Su gobierno fué corto y desgraciado. Envió auxilios á San Salvador, pero cuando éstos llegaron los habitantes ya se habían dispersado. En 1576 murió, dejando por heredero de la gobernación al que se casase con su hija Doña Juana, lo que fué causa de sucesos y conflictos que se relataron en otro lugar.

Cuando Garay quedó nombrado por el Oidor D. Juan Torres de Vera y Aragón, marido de Doña Juana, teniente gobernador del Río de la Plata, y pudo proceder con toda libertad en sus actos, dedicóse á la realización de la más amada de sus ilusiones: la repoblación de la tierra; la creación de núcleos urbanos que asegurasen el dominio sobre el país y los indígenas. Este gran fundador, á más de haber levantado á Santa Fe, echó los cimientos de trece pueblos, que vinieron á ser base del poder jesuítico en el Paraná, y creó á Perico Guazú, Talavera y Jerez en la frontera de los dominios portugueses.

Pero otra empresa mayor tentaba la noble ambición de Garay: repoblar Buenos Aires. Su certero ojo, que sabía apreciar hábilmente las condiciones de un país, le hizo fijarse en la posición estratégica de la antigua ciudad fundada por Mendoza, dominando el río de la Plata y la confluencia del Paraná y el Uruguay. Había que «abrir puertas á la tierra», según su frase habitual, y ninguna puerta podía compararse á la que ofrecía Buenos Aires. Muchas veces se había discutido en la Asunción la conveniencia de volver á levantar esta aldea, donde tantas miserias había sufrido la generación anterior, y los más se mostraban favorables al empeño. La orgullosa tenacidad española entraba por mucho en tal resolución. Era una vergüenza que los indios salvajes hubieran podido más que los españoles, haciéndoles huir de las riberas del Plata. Había que volver á restaurar, á viva fuerza, la obra de sus padres.

Por esto cuando Garay anunció su propósito de repoblar Buenos Aires, muchos soldados ofreciéronse para la empresa. Más de 60 hombres se alistaron, y el 9 de Marzo de 1580 salió la expedición, dividida en dos partes: una, mandada por Garay, en varios barcos pequeños, y otra, encomendada al capitán Alonso de Vera y Aragón, sobrino del Adelantado Don Juan Torres de Vera. Esta parte de la expedición marchaba por tierra, y en ella iban los caballos. Entre los 63 compañeros de Garay, nueve eran españoles, y de éstos, cuatro habían venido en la armada de Mendoza. El resto eran criollos, nacidos en la Asunción, que recordaban la historia de sus padres en la primitiva Buenos Aires.

El 11 de Mayo arribaron al río de la Plata los que marchaban con Garay, y hasta Junio permanecieron en sus barcos esperando la llegada de los caballos y ganados, que venían por tierra. Cuando se presentó Alonso de Vera y Aragón saltaron en la solitaria costa, donde treinta y nueve años antes había fundado Mendoza su ciudad.

No se vislumbraba una sola toldería de indios en aquel desierto. A lo lejos, corrían en inmensos galopes, como asustados de la presencia del hombre, miles y miles de caballos. Era la descendencia de las yeguas abandonadas por los primeros habitantes de Buenos Aires. Estos animales, multiplicados de un modo prodigioso, y gozando de una libertad salvaje, podían considerarse los únicos dueños del país.

Los viejos que habían vivido en la ciudad de Mendoza guiaron á Garay, señalando, tras largos titubeos, los sitios ocupados por la antigua población. Apenas si quedaban vestigios de ella. La gente joven sentíase emocionada al conocer unos lugares de los que tanto había oído hablar en su infancia. Muchos, á impulsos de su tenacidad castellana, y tomando la fundación de la ciudad como un asunto de honor, querían que ésta fuese reedificada en el mismo sitio, al lado del Riachuelo é igual en todo á la otra; pero Garay, corrigiendo un error de los primeros expedicionarios, que tanto sufrieron de la humedad y las fiebres, llevó la traza del nuevo pueblo á una vasta meseta, á espaldas de las barrancas, por ser terreno fértil, sano y sobre todo seco.

Todavía no se presentaban indios en las inmediaciones, y los españoles pudieron dedicarse á la fundación de su ciudad sin sufrir molestias. Un sábado, 11 de Junio de 1580, se echaron los cimientos de la actual Buenos Aires. Los expedicionarios, vistiendo sus mejores ropas, y con las armas limpias, asistieron á la ceremonia prescrita por las instrucciones reales. Se plantó el rollo de justicia, se tremoló el pendón del Rey, y el capitán general «echó mano á su espada y cortó hierbas y tiró cuchilladas», tomando posesión de este modo de las nuevas tierras en nombre del Monarca de España. Sólo los caballos salvajes pudieron presenciar la ceremonia. Tal vez acudieron recelosos, con las narices dilatadas y la grupa estremecida, para ver de cerca á estos hombres del país de sus abuelos, huyendo entre relinchos y coces al sonar la primera aclamación.

Los soldados aplicáronse á construir un fuerte, y así que se vieron en buenas condiciones de defensa, salió Garay con algunos jinetes á correr el país, extrañado de su soledad. Á media legua, en las cercanías del Riachuelo, tropezó con una partida de indios, trabando combate con ellos y matando algunos. Eran una avanzada exploradora. Las tribus estaban ya avisadas de la presencia de los españoles, y se coaligaban y aprestaban para la guerra á las órdenes de Tabobá, cacique de grandes prestigios.

Era cautivo de los indios, desde algunos años antes, el caballero español Cristóbal Altamirano, y éste hizo llegar á Garay la noticia de tales preparativos, trazando con carbón algunas líneas y metiéndolas en una calabaza que arrojó al Riachuelo. La noticia llegó á su destino, aprovechándola Garay para ultimar las obras de defensa. Altamirano, al ver que su conducta despertaba sospechas entre los querandíes, acabó por fugarse, entrando en Buenos Aires, donde sus compatriotas le acogieron con entusiasmo, declarándolo meritísimo poblador de la nueva ciudad.

Siete días después de la fundación hizo salir Garay para España la carabela *San Cristóbal de Buena Ventura*. Iban á bordo de ella el franciscano Juan de Rivadeneira y otros religiosos de la expedición, portadores de una carta al Rey, en la que Garay relataba todo lo ocurrido, encareciendo la necesidad de auxilios para Santa Fe y Buenos Aires. El caudillo ensalzaba lo fecundo del país y lo fácilmente que se habían desarrollado los caballos abandonados por las gentes de Mendoza. Con la misma rapidez se reprodujeron las vacas y ovejas traídas luego del Paraguay.

Los indios, coaligados, cayeron sobre la ciudad, trabándose una serie de empeñados y sangrientos combates. De todos ellos salieron vencedores Garay y los suyos. Intentaron los indígenas incendiar las chozas y los barcos por medio de bolas inflamadas, como en la época de Mendoza; pero Garay, aleccionado por la experiencia, adivinaba sus intenciones, desbaratándolas á tiempo. La guerra terminó con un tremendo combate en el que los indios, á pesar de la superioridad numérica, se vieron sorprendidos y cercados por los españoles. El valeroso Fernández de Enciso mató de una cuchillada al cacique Tabobá, y fueron tales los estragos que la caballería hizo en las filas indígenas, que el paraje de la batalla, al Sur de la ciudad, cerca del río, se llamó en adelante «el pago de Matanzas».



ALONSO DE ERCILLA. EL HOMERO AMERICANO (Grabado antiguo).

Los indios, tan ensoberbecidos por sus victorias en tiempo de Mendoza, tuvieron ahora que someterse al dominador del suelo ó huir á las soledades de la pampa. Garay, después de su victoria, realizó una expedición al Sud, recibiendo el testimonio de sumisión de algunos caciques y empadronando á sus tribus. Cristóbal de Altamirano, que iba con él y conocía el idioma del país, contribuyó mucho á las buenas relaciones entre vencedores y vencidos.

Garay, al verse libre de los cuidados de la guerra, hizo la distribución de la ciudad y de los alrededores entre su gente y algunos vecinos de la Asunción, que le habían ayudado con dinero en la preparación de la empresa. En este reparto procedió más equitativamente que Mendoza, pues no dejó á nadie sin solar en la ciudad y sin chacra en las afueras. Trazó en diez y seis manzanas la población, de Norte á Sud, y en nueve de Este á Oeste, dando á cada manzana una extensión por costado de «ciento y quarenta varas de medir». Además destinó varios terrenos á plazas, iglesias y edificios públicos, adjudicando algunos solares á los santos, como Santa Úrsula, San Francisco y las Once mil vírgenes. San Martín fué elegido patrón de la ciudad, y ésta, además de llamarse Puerto de Santa María de Buenos Aires, recibió de Garay el título de Trinidad, que tuvo tan efímera vida como el de Nueva Vizcaya, aplicado á la gobernación del Río de la Plata. También dió Garay un escudo de armas á Buenos Aires, que algunos años después fué reemplazado por el cabildo con el escudo que actualmente se halla en uso.

Avanzó Garay en 1581 unas veinte leguas al Sud de Buenos Aires, haciendo una relación de las tribus visitadas por él en el interior y del aspecto de las costas, donde eran muy abundantes los lobos marinos. El ganado caballar diseminado por la pampa lo apreció en «cien mil cabezas, de las castas de Córdoba y Xerez de la Frontera».

Otros conquistadores españoles corrían al mismo tiempo diversos países que habían de



FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES POR DON JUAN DE GARAY (Cuadro de Moreno Carbonero).

entrar, años adelante, en la presente República Argentina. Del Alto Perú y de Chile llegaban conquistadores y colonizadores para extenderse por el Norte y el Oeste. Antes de que Garay fundase la segunda Buenos Aires, ya existían Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Mendoza y San Juan. Los soldados de Chile, salvando los Andes, extendíanse hacia el Sud, por las soledades de la Patagonia, aunque sin poder fundar nada duradero.

El conquistador, á un lado y á otro de la Cordillera, avanzaba con gallarda audacia hasta los últimos términos del continente, desafiando los obstáculos de la Naturaleza y la fiera acometividad del indio. Un poeta de Madrid, cantor y soldado á la vez, como los héroes de la antigua Grecia, podía escribir en la corteza de uno de los árboles gigantescos de la selva araucana:

Aquí llegó donde otro no ha llegado.

Alonso de Ercilla, el Homero de la América del Sud, resumía en este verso la gloria de sus hazañas personales, y la sublime audacia del pueblo de los conquistadores.

* * *

Siguió Garay trabajando durante cuatro años en el desarrollo de su ciudad. Alonso de Vera, al poco tiempo de repoblada Buenos Aires, decía así al Rey: «La población que de nuevo se hace por mandado de S. M. en este puerto que agora se puebla, de Buenos Aires, será una plaza la más importante que se habrá poblado en Indias, y más en aumento del patrimonio real, por estar tan cerca como están los Reynos de Chile, y estar á 70 leguas la Mar del Sur, camino muy bueno que se camina con carretas, y de allí á todas las Indias del Mar del Sur.» El mismo Alonso de Vera añadía: «La población del Puerto de Santa María de Buenos Aires es necesaria y conveniente para el bien de toda esta gobernación y la de Tucumán.» Resulta de esto que los primeros vecinos de Buenos Aires se daban cuenta, aunque vagamente, de la importancia que había de tener en lo futuro su ciudad.

Garay hizo un viaje á Santa Fe, y volvió á Buenos Aires por última vez para socorrer al gobernador de Chile, D. Luis de Sotomayor, que en 1583 tocó en el río de la Plata con una armada, camino de su gobierno. Luego emprendió viaje otra vez á su ciudad de Santa Fe, y en él encontró la muerte. El valeroso guerrero, que tantas veces había combatido con los indios sin recibir heridas mortales, pereció traidoramente á manos de éstos mientras dormía, víctima de su excesiva confianza.

El tesorero Hernando de Montalvo comunicó al Rey de España, en estos términos, la muerte de Garay cuando iba camino de Santa Fe, con un bergantín, 40 soldados y algunas mujeres. «Juan de Garay en un bergantín seguía á la ciudad de Santa Fe, y cuarenta leguas de aquí quiso entrar con el navío por una laguna, pareciéndole que atajaba camino, y bogando toda la laguna alrededor, no halló salida. Volvió por donde había entrado y era ya puesta de sol. Acordó de ranchear á la boca, adonde los estaban mirando como hasta cuarenta indios que habitaban por allí, y como los vieran entrar por aquella laguna, entendieron ser *chapetones* venidos de España, y como los vieron parar allí y todos en tierra muy descuidados y desnudos, porque le habían dicho al general, soldados que iban allí de los de Chile, que hiciese centinela, respondió: «Estos indios téngolos muy sujetos y me temen. Pueden estar tan seguros aquí como en Madrid», adonde al primer sueño dan con ellos, y matan el primero al general, sin poder decir «¡Dios válgame!», con una macana, de que murieron allí cuarenta personas y un fraile franciscano, y los tuvieron ganado el bergantín.»

Así pereció Garay, víctima de una extremada confianza. Sus triunfos le habían hecho creer en la completa sumisión de los indígenas, y se imaginaba poder atravesar solo todo el país sin riesgo alguno. Barco de Centenera, el Homero ramplón de la conquista del Plata, dice en su poema *La Argentina:*

Garay fué de prudencia siempre falto.

Un cacique obscuro y pobre, llamado Mañuá, con un grupo de indios famélicos, fué el que acabó traidoramente con la vida del capitán, vencedor en tantos combates.

Muerto Garay, el Adelantado Torres de Vera y Aragón, que aun seguía viviendo en el Perú, nombró gobernador á Torres de Navarrete, hasta que llegó él á la Asunción en 1587. El Adelantado era hombre de toga, habituado á la existencia tranquila de un Oidor, y poco experto en las luchas de la colonización. Durante su gobierno quedó fundada la ciudad de Corrientes, como lugar intermedio entre la Asunción y las nuevas ciudades del Paraná y el Plata, y se repartieron las tribus guaranís que poblaban dicho territorio. Pero cansado de las privaciones que él y su esposa sufrían en este país, y excesivamente rico, hizo renuncia del cargo, trasladándose á España. Con él terminó el Adelantazgo del Río de la Plata.

Cuando se retiró Torres de Vera y Aragón, los conquistadores recurrieron al antiguo privilegio contenido en una cédula real de 1537. Según él, podían designar por sufragio á su gobernador, y nombraron en 1591 á Hernando Arias de Saavedra, generalmente conocido con el nombre de Hernandarias. Había nacido en la Asunción y fué el primer criollo que desempeñó gobierno en toda América, viéndose elevado á este cargo por la opinión pública á causa de sus méritos y servicios. En 1609 le relevó un gobernador que enviaron de España, D. Diego Marín Negrón. Éste falleció en 1613, nombrando el virrey del Perú para reemplazarle á Veaumont, cuyo gobierno sólo fué de dos años. En 1615 quedó definitivamente Hernandarias al frente del Río de la Plata como gobernador y capitán general. La monarquía española hizo una provincia aparte del territorio platense, separándolo del Paraguay. Asunción y Buenos Aires no pertenecieron ya á un mismo gobierno. La ciudad fundada por Garay con los nombres de Trinidad y Puerto de Santa María, se llamó en adelante simplemente Buenos Aires, y fué la capital de la nueva provincia del Río de la Plata.

Con esto terminó la época que puede titularse de la conquista. Tres expediciones valiosas había enviado España en este período para la colonización del país: la de Mendoza, la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y la de Ortiz de Zárate. Armas, herramientas, municiones, víveres, cultivos europeos, caballos, vacas, ovejas, todo cuanto pudo enviar la Península, lo envió para las nuevas colonias, incluso mujeres jóvenes y animosas. En estas expediciones, que tuvieron que luchar con el Océano, los vientos, la pequeñez miserable de los buques y las asechanzas de los indígenas, no sólo vinieron guerreros, sino artesanos y agricultores.

Se distinguieron en esto las expediciones al Río de la Plata de las otras expediciones á las Indias Occidentales, como si sus organizadores adivinasen el porvenir. Para Méjico y el Perú, durante muchos años, sólo se embarcaron soldados. Al Río de la Plata, desde el viaje de Alvar Núñez, fueron agricultores y artesanos, y las herramientas de labranza, semillas y animales domésticos ocuparon más sitio en las naves que el material de guerra.

Las grandes figuras de la conquista platense se diferencian también mucho de los otros héroes que envió España para la dominación de los territorios americanos.

Irala y Garay no ofrecen el interés militar de un Cortés ó un Pizarro: no tuvieron que luchar tampoco con civilizaciones casi formadas, cual las de Méjico y Perú; pero á falta del prestigio que proporcionan las glorias de la guerra, ofrecen el mérito de haber sido verdaderos



EL ANTIGUO CABILDO DE BUENOS AIRES (ESTADO ACTUAL)

colonizadores. Como dice el general Mitre, «los primitivos pobladores del Río de la Plata fueron, más bien que aventureros heroicos, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de España». Pocos de ellos, á juzgar por las cartas y súplicas dirigidas al Rey y al Consejo de Indias, se hallaban en el caso del glorioso conquistador del Perú, que no sabía leer y escribir.

Las vidas de Irala y de Garay no guardan los novelescos capítulos de la del vencedor de Otumba ó el tenaz solitario de la isla del Gallo; sus colonias fueron las más modestas y obscuras de toda América; los reyes, deslumbrados por la riqueza minera de otras provincias ultramarinas, apenas fijaron su atención en aquéllas; pero la colonización, gracias á estos dos hombres, fué con el tiempo más útil y más positiva en las riberas del Plata que en el resto del Nuevo Mundo. Unicamente Valdivia, en Chile, es comparable á Irala y Garay. Estos tres españoles, fundadores de pobres establecimientos, supieron poblar y civilizar un país bárbaro, casi desierto, utilizando hábilmente, para infundirle vida propia, los elementos enviados de la Península.

El sabio naturalista y marino español Don Félix de Azara llamó á Irala «carácter maravilloso», añadiendo que «aventaja á todos los conquistadores en que redujo y civilizó un país bárbaro en sumo grado, dictándole leyes las más humanas, sabias y políticas». Como ya dijimos, él fué quien trasplantó al suelo platense el libre municipio español, en forma de Cabildo; quien fundó las primeras escuelas y dió leyes de protección para el indígena. La obra de este Licurgo colonial la extendió y agrandó Garay fundando ciudades en sitios certeramente escogidos y distribuyendo equitativamente los terrenos entre los conquistadores.

Había terminado el ensueño de las montañas de metal precioso. Éstas pertenecían á otros.

En los territorios del Plata no había minas. Era preciso vivir de la tierra, y el soldado español se hizo colono, olvidando los fabulosos relatos que le habían arrastrado á este país.

Además, Garay, adivinando el porvenir de las inmensas pampas, hasta entonces improductivas, las pobló con el caballo y el toro andaluces.

El glorioso Don Juan fué el abuelo ilustre de los estancieros argentinos.

IV

LA VIDA COLONIAL. - LA CIUDAD Y EL CAMPO. - LAS MISIONES JESUÍTICAS

Los conquistadores tuvieron que luchar con un enemigo temible, que aun en nuestros tiempos dificulta el desarrollo de la República Argentina: el desierto.

Asombra el desarrollo de ciudades é instituciones durante tres siglos en un territorio tan vasto y con tan escasos pobladores. Á fines del siglo XVIII, las provincias del Río de la Plata, que constituían un virreinato equivalente á la cuarta parte de la América del Sud, entrando en él Uruguay, Paraguay y una gran parte de Bolivia, no tenía, según el general Mitre, más que 600.000 habitantes; menos de la mitad del actual vecindario de Buenos Aires. Descontando la parte correspondiente á los citados países que fueron del antiguo Río de la Plata, y teniendo en cuenta lo que pudo desarrollarse la población en doscientos años con las inmigraciones peninsulares y el crecimiento vegetativo, júzguese cuál sería el número de habitantes de este gobierno á principios del siglo XVII, cuando quedó terminada la obra de la conquista. Tal vez no llegasen á 100.000.

Las futuras ciudades eran pequeñísimas manchas de población apenas visibles en la grandiosa aridez del desierto. Estos núcleos se comunicaban poco entre sí, y no podían formar un cuerpo político. Cada ciudad, á impulsos de sus necesidades económicas, buscaba salida por donde las circunstancias geográficas le permitían una expansión más fácil.



SOLDADOS COLONIALES DEL SIGLO XVII (De un grabado antiguo).

Muchas poblaciones de la gobernación del Río de la Plata parecían ignorar la existencia de Buenos Aires, viviendo en relación directa con Chile ó el Alto Perú. Transcurrían años enteros sin ponerse en contacto ciudades que hoy sólo están separadas por unas cuantas horas de ferrocarril.

En esta vida de aislamiento y pequeñez en medio de la inmensidad, se fué formando el carácter de los conquistadores y colonos del Río de la Plata. Sus descendientes han acabado por constituir una gran nación con estos elementos originales. Ocupaban una tierra sin minas, sin ninguno de los recursos que en aquellos tiempos formaban la riqueza de un país, rodeados de tribus nómadas y faltas de cohesión social. Estas tribus intenta-

ron resistirse al principio á la invasión europea; pero apenas fueron vencidas, unas se sometieron, ayudando al conquistador en sus trabajos civilizadores; otras huyeron al desierto, donde intentaron resistirse de nuevo, lo que prolongó la guerra de conquista siglos y siglos, hasta tiempos muy recientes. No existiendo entre los indígenas una civilización orgánica semejante á las de Méjico y el Perú, no fué posible la sumisión del país de una sola vez, como lo hicieron Cortés y Pizarro.

El colonizador español tuvo que esforzarse en el Río de la Plata más que en ninguna otra tierra de América. El indígena le ayudó poco en sus trabajos, y no tuvo á mano metales preciosos para seducir á Europa, atrayéndose sus auxilios. Además, el país «bautizado — como dice Mitre — con un nombre engañador, que sólo el porvenir debía justificar», era fértil cuando lo despertaba la mano del hombre, pero en estado natural apenas si bastaba para el mísero sustento de las pequeñas hordas indígenas, que vagaban sobre él parasitariamente, sin constituir nada estable. Llanuras cubiertas de maleza, grandes pantanos, montañas estériles y selvas vírgenes, únicamente utilizadas por las fieras, fué todo lo que encontraron los primeros blancos. Por esto la colonización platense tuvo que luchar en sus primeros tiempos con escaseces y miserias no conocidas en otros países. El indígena cultivaba sólo la tierra en algunos valles del Norte, imitando sin duda á los peruanos, y su agricultura era tan primitiva, que aquél hubiese perecido de necesidad á no ser por la caza.



UNA BALSA DEL PARANÁ (Grabado antiguo).

Hablando un día con el general Roca, que dió glorioso término á la conquista del desierto y pudo ver de cerca en sus campañas la vida del indio, casi igual á la de los tiempos del descubrimiento, me decía este ilustre militar:

— Lo que me ha preocupado muchas veces en mis viajes, es qué comía el indio antes de la llegada de los españoles.

Cuando el caballo y la vaca no habían pisado aún la tierra argentina, y el trigo era desconocido, y el maíz sólo lo cultivaban en exiguos bancales algunas tribus del Norte, el indio comía lo que encontraba al alcance de su arco, ó no comía muchas veces, y así se explica lo exiguo de la población indígena en unas llanuras que hoy son lo más feraz y maravilloso de la República.

La colonización española del Plata fué una empresa de hambre. Nadie se enriqueció en este suelo ni pudo volver á España con enormes tesoros, como los hidalgos de Méjico y el Perú, á los que llamaban *indianos* y *peruleros* en la Península. Hubo que pedir á la tierra, no riquezas, sino simplemente el sustento, arrancándoselo en fuerza de penalidades y lágrimas. Esta escuela de sufrimientos fortaleció el ánimo de la joven sociedad, siendo el dolor y la miseria una excelente preparación de las grandezas presentes. En otros países americanos el descubrimiento de un filón ó el poderío de la espada, bastaban para proporcionar la riqueza. En el Río de la Plata no había plata, y la sociedad fué moldeada por las exigencias de un trabajo incesante, que tenía por objeto no el enriquecerse, sino simplemente poder subsistir.

Á las condiciones especiales de este país, de una opulencia sin límites cuando se le somete

á labor, y de árida pobreza si se le deja inculto, uníase el carácter de las pequeñas sociedades de blancos establecidas en él.

La vida colonial en el Plata fué democrática desde los primeros tiempos. En la expedición de Mendoza llegaron viejos nobles, gentilhombres de la corte, altivos comendadores, porque aún se creía entonces en la existencia de montañas de plata al final del Paraná. Al desvanecerse el fantasma de tales riquezas, los nobles aventureros que vivían en España olvidaron el camino del Sud, y cuando la ruina de sus casas les hacía sentir la necesidad de embarcarse en busca de fortuna, dirigíanse á Méjico ó al Perú.

La gente linajuda de Mendoza, que hubo de quedarse en las riberas platenses, olvidóse de sus privilegios y títulos. Luego del primer sitio de Buenos Aires, con su hambre famosa, «sólo comparable á la de Jerusalén», no estaban las gentes para acordarse de rancios pergaminos. La necesidad de vivir hacía que fraternizasen unos con otros, ayudándose en la obra común. A la generación siguiente, los hijos nacidos en el país curábanse poco de los honores gozados por sus padres en la Península. Además, todos los españoles, por humildes que hubieran sido en la tierra de origen, adquirían en América una gran superioridad al vivir entre indígenas. El indio sumiso de las encomiendas, admiraba á los españoles en conjunto, y éstos formaban una especie de democracia superior, en la que todos los blancos eran iguales en derechos, por su elevación sobre los naturales del país.

Además, no existía el feudalismo, tan arraigado en otros países de América para suplicio del indio, y que facilitaba la creación de enormes señoríos. Como en la Plata no se conocían minas, no hubo la tiranía del trabajo llamada «mita», ni grandes fortunas que elevasen de un modo exagerado á unos hombres sobre otros. Hasta las «encomiendas», lotes de tierra, con los indígenas que los poblaban, repartidos entre los españoles conquistadores, no constituyeron una organización feudal, como en otros países americanos, pues su duración sólo fué por dos vidas. Todo tendía en el Plata á un nivel común, á una vida modesta y activa, sin violentos altibajos. No hubo tampoco la división de razas que en otros países, ni se vieron obligados los conquistadores á grandes exterminios de indígenas. La casta aborigen, por medio de las alianzas naturales del español y la india fué transformándose, especialmente en las ciudades, mezclando su sangre con la blanca y creando una nueva raza, la de los criollos, que desde los primeros años ayudó mucho á la obra colonizadora.

Méjico y Perú fueron, por su organización, un remedo de la corte de España, con sus condes y marqueses. Chile fué menos aristocrático, pero conoció los mayorazgos y su tierra mantuvo un sistema semifeudal de señores y arrendatarios. Las que hoy son provincias argentinas del Norte, como se hallaban en frecuente contacto con el Alto Perú, participaron de esta absurda organización de señoríos y títulos nobiliarios. Sólo las provincias del Río de la Plata ofrecían una homogeneidad democrática, en la que todos eran iguales por derecho. Aun en los tiempos de más lustre y boato de los virreyes platenses, ó sea en el siglo XVIII, éstos no tenían más corte que la de sus empleados y ciertas familias de procedencia peninsular. Un observador de aquellos tiempos decía, hablando de los argentinos: «Tienen tal idea de su igualdad, que creo que aun cuando el monarca acordase títulos de nobles á algunos particulares, ninguno los consideraría como tales».

Mientras los reyes absolutos de España suprimían los antiguos fueros de las regiones de la Península, y anulaban los municipios, los españoles del Plata tenían el Cabildo para los casos importantes de la vida pública, y designaban muchas veces por sufragio popular á sus gobernadores. La cédula de Carlos V autorizaba estas designaciones de autoridades, que se mantenían muchos años en sus puestos sin necesidad de la regia confirmación.

Era aquella sociedad colonial, como dice Mitre, una democracia rudimentaria, tal vez turbulenta por naturaleza, pero laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal. Al vivir entregada á su propia dirección, luego de las primeras y más ruidosas expediciones de la conquista, pasó de la anarquía al orden y del absolutismo al sistema electivo.

* * *

Las ciudades del Plata, como todas las de América, tuvieron un origen militar. Sus cimientos fueron bañados con la sangre de encarnizados combates. Había que resistir la oleada de los indígenas, deseosos de arrasar estos centros nacientes de civilización. La fortaleza fué el núcleo vital de toda urbe.



BUENOS AIRES. LA ADUANA VIEJA

La vida de aislamiento que llevaban estas ciudades, alejadas unas de otras por enormes extensiones de desierto, y el haberse realizado la conquista del territorio argentino por tres puntos á la vez (por el Océano, por el Alto Perú y por Chile), hacía que los centros de población se mantuvieran aparte, mirándose con cierto despego y teniéndose entre sí por extranjeros.

La ciudad colonial «nació egoísta», como afirma un ilustre autor argentino (1), y este egoísmo fué una de las causas originales de las guerras civiles que ocurrieron después de la Independencia y de los choques incesantes entre provincias al constituirse la nacionalidad.

Fomentaba este egoísmo huraño lo difícil de las comunicaciones. Cada ciudad vivía de ella misma, teniendo que amoldar sus necesidades á sus medios. Hasta la justicia tropezaba con la enormidad de las distancias. Los territorios del Río de la Plata dependían de la Real Audiencia de Charcas, y en 1588 el Rey de España enviaba una cédula á los Presidentes y Oidores, amonestándoles para que visitasen con más frecuencia los territorios sometidos á su justicia, pues «hásele informado que la provincia de Tucumán no ha sido visitada desde que se descubrió», ó sea en treinta y cuatro años.

La misma Audiencia de Charcas tenía bajo su jurisdicción á Buenos Aires, y los señores Oidores habían de emprender un viaje de 400 leguas para llegar á ella á través de altas sierras y llanuras desiertas, con gran escolta de soldados que les defendiesen del indio bravo. Fácil es adivinar que transcurrían años y aun lustros sin que se pensase en repetir la extraordinaria visita.

Con el tiempo fué modificándose el aislamiento de la ciudad colonial. Las necesidades

(1) José María Ramos Mejía, en su hermoso libro *Rosas y su tiempo*.

económicas transformaron el carácter militar, asilado y egoísta de su fundación, y para vivir tuvo que establecer relaciones con las ciudades vecinas. Los pueblos del litoral, con sus llanuras, que proporcionaban abundante alimento á los rebaños infinitos de propiedad común, podían mantenerse rudamente, pero sin necesidad de auxilios extraños. Las ciudades del interior, fundadas por los españoles del Perú y de Chile, en países montañosos, como etapas fortificadas de su avance, no gozaban con la misma amplitud de estos medios naturales y necesitaron apelar á ciertas industrias, estableciendo intercambios entre ellas. Como dice Ramos Mejía, «el provinciano del interior tenía que ser, por fuerza, ambulante y viajero. Las necesidades elementales de la vida fomentaron su industria ingenua, y este ir y venir de todas las provincias que se necesitaban las unas á las otras, acabó por vincularlas y confundirlas, aprovechando y cimentando al fin los vínculos de su origen español, de su común gobierno colonial y de su vecindad geográfica. La vida económica del coloniaje destruyó el aislamiento de las ciudades, propia de la vida militar en tiempos de la conquista. Córdoba producía paños, lienzos de algodón, aguardiente, frutas y maderas, y como ciudad de tránsito más directo para el Perú y asiento de una aduana seca, recibía el contacto de casi todas las demás ciudades. San Luis tenía sus ponchos y frazadas, que le compraban Salta, Tucumán y Mendoza, las cuales, á su vez, daban sus tejidos y cueros curtidos, mientras otras poblaciones producían trigo, harina, maíz y un algodón de excelente calidad».


BUENOS AIRES. UNA CASA DE LA ÉPOCA COLONIAL

Las ciudades hacían verdaderos sacrificios para entrar en comunicación comercial con sus vecinas. Les iba en ello la vida. Además, sentíanse empujadas las del interior por una fuerza irresistible hacia las poblaciones ribereñas del Plata. Ya es sabido que las poblaciones tienden hacia el mar, como las plantas hacia la luz. Aunque el monopolio comercial mantuviera casi cerrado el hermoso estuario platense, este absurdo privilegio no conseguía matar el contrabando, que en tal situación gozaba de la respetabilidad de una empresa civilizadora. Por las ciudades del gran río recibían las del interior los productos europeos, menos recargados que si llegaban por la vía legal, ó sea procedentes del Perú, enormemente gravados en la aduana seca de Córdoba.

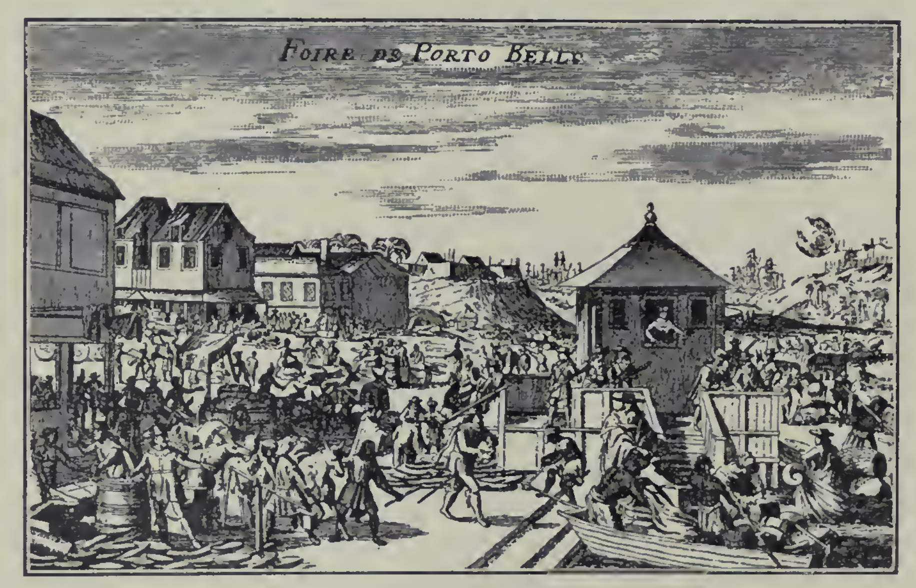
Se critica ahora, con la seguridad que da la experiencia, y desde la altura de los hechos consumados, la torpeza y precipitación con que procedieron los fundadores de muchas ciudades. Tarea fácil es la censura cuando se vive en los tiempos presentes; pero hay que colocarse para ser justo en la situación de aquellos aventureros que caminaban á través de lo desconocido, teniendo que pensar en abatir los obstáculos naturales y defenderse de las asechanzas del enemigo antes que en las futuras necesidades comerciales é industriales de su fundación. Muchas veces creaban una ciudad á orillas de un arroyo porque ya no podían seguir adelante, porque necesitaban descansar, y un paso más equivalía á la muerte de hambre y de sed en medio del desierto. Otras se establecían en un lugar árido é inhospitalario, por la razón de que en la vecina montaña les habían mostrado los guías indígenas algunos minerales sueltos que parecían denunciar la existencia de ricos veneros. Cuando la ciudad estaba ya fundada, secábase el riachuelo; la

pradera, de un verde fugaz, quedaba convertida en erial; la mina, de ricas esperanzas, era una ilusión, y por eso el viajero moderno clama ahora contra el absurdo de tales fundaciones, acusando de ignorantes ó locos á los primeros pobladores.

Separadas las ciudades por la llanura desierta y ardorosa, los coloniales adoraban estos pequeños centros urbanos, en los que nacían sus hijos y habían ellos de morir. La ciudad era la verdadera patria, y el vecino de la inmediata población un extranjero. Su mentalidad admiraba el hogar como un esbozo de la idea de patria, y la concepción suprema de ésta no iba más allá de la agrupación de hogares en torno de la casa comunal y de la plaza de armas con su rollo de justicia en el centro. El aislamiento que le imponía el desierto hacíale amar con mayor vehemencia á su pueblo, que teóricamente estaba regido por el gobernador ó el virrey, pero, en realidad, no obedecía otra dirección que la del Cabildo, fiel reproducción del municipio de la madre patria, desaparecido ya por entonces de la Península.

Los conquistadores, en el primer ímpetu de sus audaces correrías, fundaron ciudades sin pensar en la posibilidad de caminos que las uniesen. Marchaban y marchaban atraídos por lo desconocido, embriagados por la novedad, descansando apenas. Cuando el cuerpo fatigado pedía tregua, la imaginación lo reanimaba con el deseo insaciable de ver otras cosas. En cuarenta años sembraron de ciudades todo un territorio, que luego sus descendientes necesitaron dos siglos para recorrerlo y ponerse en comunicación unos con otros.

Aquellos gigantes de la energía lo veían todo en grande, como si tuviesen el presentimiento de los futuros destinos del país. El conquistador no se contentaba con fundar una modesta aldea, rodeada de un foso. En Europa, las conveniencias militares habían construído las poblaciones en pequeño espacio, para ocurrir mejor á su defensa. Las casas remontábanse unas sobre otras, buscando aire y luz en la apretura de las murallas; las calles eran estrechas y serpenteantes, profundas como barrancos y obscurecidas por arcos que comunicaban unos edificios con otros.



LA FERIA DE PORTOBELO (Grabado del siglo XVII).

El español llegaba al Nuevo Mundo fatigado de la pintoresca y crepuscular tortuosidad de las callejuelas morunas, y al hallar tierra amplia sin amo y horizonte infinito, construía según sus anhelos. Trazaba á cordel calles largas y paralelas, muy anchas, como no existían en su país. La ciudad en tablero de ajedrez, con vías iguales á caminos y plazas que eran campos, admirábala como el resumen de todas las bellezas urbanas. En Sevilla y en Madrid, los graves Consejeros de Indias le habían dado un patrón de ciudad ideal: en el centro, la plaza de armas, con el Cabildo, la casa del gobernador, la iglesia y demás edificios oficiales, y desembocando en ella las principales calles, todas paralelas, todas semejantes, con sus manzanas de monótona regularidad de «ciento quarenta varas de medir por cuadra». Como el terreno era abundante, el capitán fundador repartía



BUENOS AIRES. EDIFICIO DE LA ÉPOCA COLONIAL

los solares pródigamente entre los suyos; pero aun así, quedaban vastos espacios sin llenar.

La ciudad de los tiempos coloniales era un minúsculo grupo de casas esparcidas en un vasto terreno, como si cada edificio fuese un jalón indicador de futuras construcciones. La moderna Argentina se ha encargado de llenar y aun rebasar las gigantescas urbes que imaginaron los héroes del coloniaje.

Pasado el primer empuje de la conquista, cuando ya no se organizaron en España más expediciones para ir á las montañas de plata y el país quedó entregado á sus recursos propios, la inmigración fué voluntaria y lenta, pero continua. Los colonizadores de la Península no llegaban por mar, sino por el Norte, como había venido Garay, pasando antes por Panamá y el Perú. Asusta pensar lo que representaba este viaje: embarcarse en míseros buques, atravesar el Océano hasta el istmo, y luego correr la mitad de un hemisferio para llegar á Buenos Aires, que era entonces el último rincón del mundo. Bolivia y Chile, que parecen hoy las repúblicas americanas más alejadas de Europa, hallábanse en esta época mucho más cerca que la Argentina.

Las curiosas memorias de un español que en el siglo XVII emigró á Buenos Aires en busca de fortuna, y que transcribe Carlos O. Bunge, demuestran lo que era este viaje. Ir de España á Buenos Aires, equivalía á lo que cuesta ahora dar seis veces la vuelta al mundo. Partió el español en la flota que todos los años salía de Cádiz bajo la dirección de un almirante y con tropas de tierra mandadas por un general. Esta flota desembarcaba sus mercancías en Portóbelo, donde se celebraba anualmente la gran feria, en la que se cambiaban las mercancías de toda la América española. Los viajeros que iban á las provincias del Sud cruzando el itsmo, se reembarcaban en la ciudad de Panamá, capital de Tierra Firme, navegando por el Pacífico hasta el puerto del Callao. El citado viajero iba á Buenos Aires con la esperanza de ver á un pariente suyo establecido allá. «El pueblo de Buenos Aires — dice — es reputado como el más tranquilo y solitario rincón de estas Indias Occidentales que muchos llaman América, donde hay países tan ricos y populosos como Méjico y el Perú. Pero por su propia pobreza y despoblación, no es fácil llegar á Buenos Aires. Este puerto está cerrado al comercio regular de la Casa de Contratación establecida antes en Sevilla y ahora en Cádiz». El relato de cómo se viajaba entonces en una carabela, causa cierto pavor. Varios meses de navegación, aprovechando las rachas de viento para adelantar unas millas; después, largas detenciones por las calmas; algunas veces vientos contrarios, que hacían retroceder el buque, perdiendo la distancia ganada: calores insufribles, alimentación salitrosa, desarreglos intestinales, amontonamiento de carne humana en el sollado, nauseabunda suciedad y reparto escaso de agua. Muchos vendían sus ropas á los soldados de la nave á cambio de una cantidad de vasos de agua de su ración, á pagar en varios días. Los mercaderes, los aventureros y los jesuítas de las Misiones, que iban en la carabela, tenían, además, que sufrir los numerosos insectos de á bordo. «Vivíamos rascándonos las muchas picaduras y ronchas».

Al desembarcar en el Callao, el viajero admiraba las riquezas de Lima, Huancavelica y Potosí. En el mercado de Potosí vendía á precios casi fabulosos algunas de las mercancías que había traído de España, y llevando las demás á lomo de mula, partía hacia el Sur con rumbo á la aduana seca de Córdoba de Tucumán, atravesando las sierras del Alto Perú. «Íbamos por caminos al parecer impracticables, abruptos veredones y estrechas cornisas, en una larga fila, escoltados por peones y arrieros armados para la eventualidad de una sorpresa». Describe Salta, con sus copiosas arrias de mulas para el tráfico, sus fábricas de tejidos y su preparación de bebidas alcohólicas y frutas secas, mostrando deseos de quedarse allí. Pero venía resuelto á establecerse en Buenos Aires y siguió adelante, siempre á lomo de mula y durmiendo al raso con varias recuas ó arrias, destinadas á venderse en la feria de Córdoba. En esta ciudad pudo despachar otra parte de sus mercaderías y continuó el viaje á Buenos Aires; pero ahora iba en carreta, por tener que atravesar inmensas llanuras sin la más pequeña cumbre. «Formábamos los viajeros un convoy de quince carretas, tirada cada una por tres yuntas de bueyes. Guiábanlas peones mestizos con largas picanas, y una copiosa tropa de reses nos seguía para repuesto y para nuestra alimentación. Como la estación era aún fresca, andábamos de día y descansábamos de noche en las carretas. En los altos y paradas se encendía un gran fuego para preparar la comida. Los peones se alimentaban sólo de carne y una infusión de hierba que llaman «mate», muy digestiva y agradable... Alrededor del fogón hablábamos de los «malones» que suelen dar los indios á los viajeros. Con frecuencia echábamos una ojeada á las orejas de los animales, para ver si se agachaban y movían por la alarma de un ruido lejano... Pero yo todo lo aguantaba con la esperanza de abrazar á mi pariente y establecerme en Buenos Aires».



UN REBAÑO PASANDO Á NADO EL URUGUAY



TROPA DE CARRETAS EN EL DESIERTO

Al final cuenta su entrada en la ciudad. En todas las poblaciones del tránsito era un suceso la llegada de los viajeros, y en Buenos Aires lo fué también, pues casi todo el vecindario salió en una hermosa tarde á recibir la tropa de carretas que llegaba de Córdoba, luego de un mes de viaje.

«La población de Buenos Aires — termina diciendo el viajero — tiene, como las demás villas indicadas, sus calles trazadas en tablero de ajedrez. En los alrededores del Cabildo, la iglesia matriz y el fuerte que rodean la plaza principal, hay amplias casas de grandes patios y techos bajos de teja. Más afuera sólo se ven ranchos de techo de paja y paredes de barro, á veces recubiertas de cueros. Casi no hay árboles, y el aspecto es triste y pobre.

»No encontré á mi pariente. Después de muchas averiguaciones supe que había muerto hacía la friolera de cinco años, sin dejar bienes ni herederos. Yo estaba solo: híceme ánimo y me dispuse á luchar y encontrarlo todo de mi gusto. En efecto, de mi gusto encontré pronto una bella y hacendosa criolla, con quien casé. Vendí bien mis mercaderías y establecí una pulpería con el permiso del Cabildo. He fundado una familia, y rodeado de hijos y nietos, vivo feliz en esta tierra generosa. No me cambiaría ni por el emperador de la gran China».

* * *

La vida en las ciudades del interior fundadas por las expediciones procedentes del Perú y de Chile, era señorial y monótona. Las iglesias matrices conmovían con sonoras campanadas á ciertas horas del día las calles, blancas de sol, despertando á los hijos de los conquistadores que dormían la siesta en la dulce penumbra de sus alcobas. Las damas coloniales eran excelentes dulceras y portentosas fabricantes de labores de aguja. Estos trabajos, las fiestas religiosas y las murmuraciones en tertulias y saraos entre gentes emparentadas todas ellas más ó menos próximamente, constituían las ocupaciones é ilusiones de su existencia.

Una fiesta en aquellas grandes casas que databan de la fundación de la ciudad, con amplios aleros, habitaciones como plazas y patios que parecían campos, ponía en conmoción al vecindario. Caballeros y damas bailaban mesuradamente al son de las arpas, tañidas por mestizas. Una gravedad ceremoniosa, copiada de la corte española, daba cierta tiesura á estas fiestas. Sin embargo, en su preparación procedíase con extraordinaria llaneza, ayudándose unas familias á otras, al amparo de la confianza dominante en aquella sociedad patriarcal.

La mañana de la fiesta, la graciosa *cholita* que desempeñaba cerca de la señora funciones

de confidente, iba de puerta en puerta hablando á las familias que habían de asistir por la noche al sarao.

— Mi señora pide á vuesa merced la chocolatera de plata. . . Mi señora espera que le empresten para esta noche las bandejas que envió el señor Oidor de Charcas.

Y cuando no, eran sillerías enteras, tapices y mesas lo que se solicitaba para el sarao, despoblándose los estrados de los amigos para mayor lustre de una diversión á la que todos concurrían. Mientras las damas coloniales, orgullosas de sus apellidos, vigilaban las púdicas danzas de las niñas, cogidas apenas de las puntas de los dedos de un galán que las requería en matrimonio, ó ensalzaban los sermones de cualquier fraile recién venido de España, los señores, formando grupo aparte, criticaban al gobernador ó hablaban de sus estancias, enormes como reinos, donde crecía el ganado abandonado y casi salvaje.

La gobernación del Tucumán, que abarcaba Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, era aristocrática y de altivo señorío. La influencia del virreinato del Perú y su ceremoniosa corte llegaba hasta ella. Córdoba, la ciudad de los doctores, hablaba con orgullo de su naciente Universidad y de las pomposas ceremonias, imitadas de Salamanca, que acompañaban á la imposición de grados. Santiago ostentaba su fecha de fundación, que la hacía la primera de las ciudades, y los milagros realizados en ella por santos famosos. Salta y Jujuy tenían marqueses y vastas encomiendas, lo mismo que la fastuosa Lima. La plata del Potosí, al extenderse, llegaba hasta las ciudades de la gobernación del Tucumán.

Otra era la vida de las poblaciones del litoral. En la pequeña Buenos Aires desconocíanse los títulos nobiliarios y las grandes fortunas. No existían en ella opulentos señores como los del Norte, que, luego de enriquecerse en las minas, se retiraban á las ciudades para derrochar el dinero en fiestas ostentosas que deslumbrasen á las autoridades enviadas por el Rey. En el antiguo Puerto de Santa María de Buenos Aires, los vecinos eran ganaderos ó modestos comerciantes, de vida parca y sórdida economía. No conocían otras glorias que las de los rebaños y su prodigiosa multiplicación. El animal tenía tanta importancia como el hombre, y sólo hablaban de él. El licenciado Alonso de Ziraza, dirigiéndose á Carlos V, hondamente preocupado por los negocios de Europa, le hablaba de lo mismo al describir las llanuras del Plata y sus ganados, con entusiasta hipérbole: «La becerra — decía — estando mamando ya se empreña, y paren las vacas á dos comúnmente é á tres muchas veces».

Esta riqueza pecuaria apenas se llegaba á utilizar en aquellos tiempos. Perdíase la carne, falta de exportación. Sacrificábanse miles y miles de reses para utilizar los cueros y el sebo, únicos artículos de salida comercial. El absurdo sistema del monopolio, que grababa en una mitad las mercancías al pasar por la aduana seca de Córdoba, y las dificultades del transporte, impedían el tráfico. Sólo los artículos de poco volumen y gran valor, como los metales preciosos, las plantas medicinales y otros, podían sufrir las restricciones comer-



BOLEANDO AVESTRUCES



PEONES DE ESTANCIA

ciales. Los cueros y demás productos de la ganadería resultaban á precios exorbitantes al ser conducidos por tierra hasta el Perú, de allí á Panamá por el Pacífico, y una vez en el istmo, reembarcados para España.

Pero cuando las leyes oponen torpes obstáculos al desarrollo de la actividad humana, ésta se abre paso, como las corrientes de agua rompen por donde pueden al tropezar con diques que dificultan su expansión. Buenos Aires, viéndose aislada del resto del mundo, y con el puerto cerrado, se dedicó honradamente al contrabando. Todos sus vecinos de alguna fortuna ó con tienda abierta, vivieron de burlar las leyes de la metrópoli. Su conducta no era censurable: necesitaban dar salida á sus productos y ponerse en contacto directo con el resto del mundo.

Tan natural é imperiosa era esta necesidad, que un gobernador de Buenos Aires, llamado Mercado, declaróse abiertamente contra el monopolio en 1660, permitiendo que algunos buques holandeses tomaran cargamentos en el río de la Plata; audacia que le hizo ser gravemente reprendido por el gobierno peninsular. El contrabando era algo justo y lógico que encontraba excusa aun á los ojos de las mismas autoridades. En 1620, decía León Pinelo: «La necesidad no tiene ley, y á falta de licencia, los colonos se han de pasar sin ella, porque tienen derecho á vestirse, á alimentarse y á existir».

Este sistema del monopolio aplicado al Río de la Plata, era absurdo; pero hay que tener en cuenta que así vivían poco más ó menos las demás colonias españolas y aun la misma Península. Y el monopolio no era invención de los gobernantes españoles, sino que respondía á las ideas dominantes de la época. Igual conducta comercial observaba la Inglaterra de entonces con sus posesiones de la América del Norte.

España, antes que impedir con la más torpe buena fe el desarrollo de sus colonias, lo que hacía principalmente era herirse á sí misma. «Con sólo dejar crecer y multiplicar sus productos — dice el general Mitre — y permitir que se cambiasen entre sí, rindiéndole sus tributos, España pudo y debió ser la nación más poderosa y más próspera de la tierra, á haber permitido que se cumplieran las leyes de la naturaleza, aun sin poner de su parte inteligencia ni trabajo. No lo hizo así porque le faltaba hasta el instinto de la propia conservación. Por lo tanto, no es extraño que aplicara á la obscura y miserable colonia del Río de la Plata la regla á que estaba sometido todo el Imperio, y que le negara hasta el derecho de navegar para vivir, que ella se negaba á sí misma para engrandecerse y perpetuarse en los tiempos. . . Los que de estos hechos han sacado argumentos para acriminar á España, atribuyéndola entrañas de madre despiadada para sus colonias, no han sido equitativos. Á un absurdo sistemático que refluía principalmente en daño propio, no se le puede negar una insconsciente buena fe».

Aquella Buenos Aires, dedicada al contrabando para poder subsistir, vió aumentarse su población en el siglo XVII con elementos extranjeros. De día, el inmenso río estaba solitario, sin una vela en el horizonte; de noche, las naves holandesas é inglesas echaban á tierra sus cargamentos, recogidos y escoltados por partidas de gauchos, prontos á entrar en pelea con los soldados del gobernador. Las necesidades del contrabando obligaron á algunos extranjeros

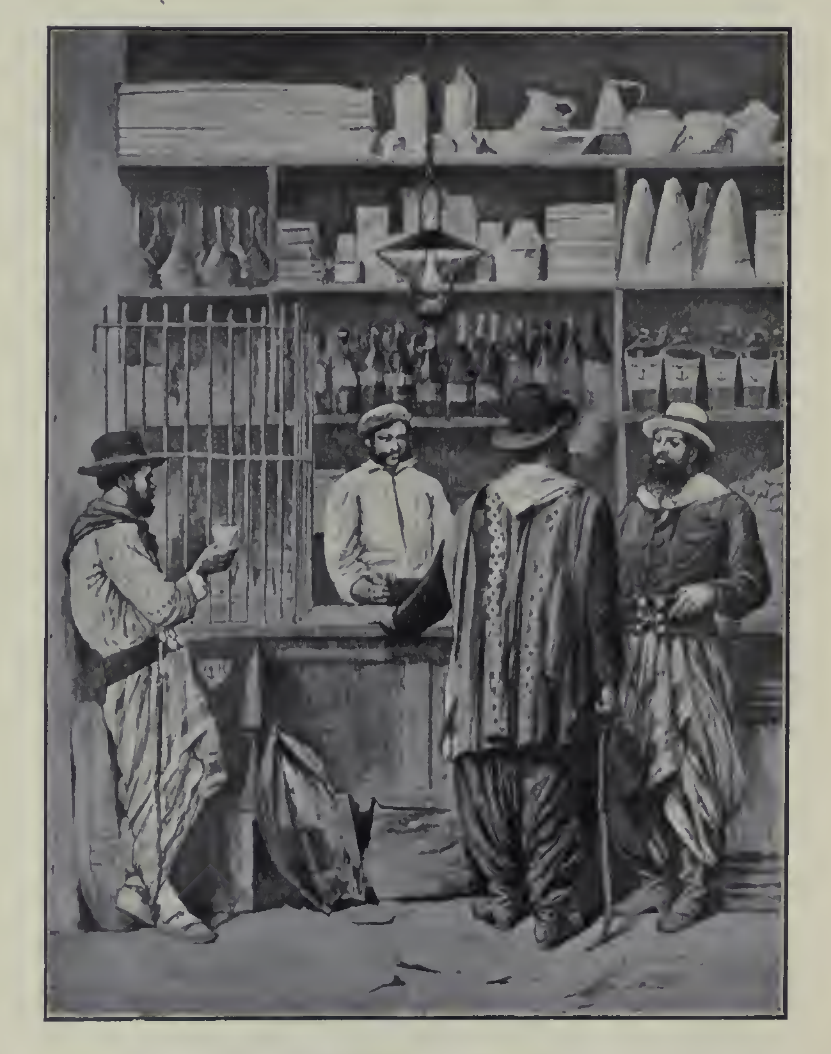
á residir en la ciudad; pero en este aumento de población, venido del exterior, el núcleo más importante fué el portugués, ó dicho con más claridad, el judío.

Buenos Aires recibió en el siglo XVII un gran contingente de población de origen hebraico. Un notable historiador del país (1) así lo afirma con precisos datos. Antes de haber cumplido la ciudad del Plata un siglo de existencia, los habitantes españoles y mestizos cruzaban su sangre con una numerosa inmigración judía.

* * *

La facilidad comercial que se disfrutaba en Buenos Aires al moverse el traficante fuera de la ley, la libre expansión que cada cual encontraba para sus iniciativas, siempre que no conociese el miedo, y más que todo la obscuridad é insignificancia de la colonia en aquellos tiempos, que ponía á los fugitivos á cubierto de persecuciones, atrajeron á muchos hebreos expulsados de Europa, que al trasladarse á América seguían percibiendo á sus espaldas el paso amenazante del enemigo religioso.

Casi todos los portugueses que en el siglo XVII se establecieron en Buenos Aires, confundiendo apellidos y sangre con los hijos de los conquistadores, eran judíos. Huídos de Portugal por miedo á la Inquisición, habíanse refugiado en el Brasil, atraídos por el idioma y costumbres de un pueblo que consideraban como suyo. Pero en el Brasil fué á buscarlos y á perseguirlos la Inquisición de Lisboa. Entonces, muchos de ellos, deseosos de paz é impulsados al mismo tiempo por sus instintos comerciales, pasaron á la próspera capital del Perú para traficar con el oro y la plata. Equivalía esto á arrojarse en la boca del lobo. El Tribunal de la Inquisición de Lima empezó á mirar con recelo á estos portugueses, aunque ocultaban sus creencias y fingían gran fervor católico. Algunos fueron perseguidos y castigados, y entonces los hebreos, buscando un rincón olvidado donde vivir con tranquilidad, ejercitando al mismo tiempo sus habilidades, se fijaron en Buenos Aires. «Son gentes — decía el inquisidor Don Francisco Verdugo — que andan de capa al hombro sin domicilio ni casa cierta». Los perseguidos en Lima escapaban al Río de la Plata. Al



UNA PULPERÍA EN EL CAMPO

(1) Ramos Mejía, en su ya citado libro.

mismo tiempo, la Inquisición de Lisboa había enviado al Brasil á uno de sus más terribles ministros, y éste «iba prendiendo muchos judíos y judaizantes escapados de Portugal», los cuales huían así que les era posible hacia el mismo destino, considerando las riberas del Plata como un lugar de salvación.

Las autoridades inquisitoriales de Buenos Aires estaban alarmadas al ver que «el diablo traía á esta mala gente, que va poblando y casándose en este puerto y dos gobernaciones». Don Francisco Trejo, en carta á la Inquisición de Lima, añadía después de las citadas palabras: «Tenemos por cierto la venida de mucha gente huída, judíos de España y del Brasil, quienes entran y salen de este puerto, y como son portugueses se encubren los unos á los otros». Sólo en Abril de 1619 entraron en el puerto de Buenos Aires ocho navíos cargados de judíos que huían del Brasil. Otros, según un autor, «pagaban fuertes sumas á los castellanos para ser traídos entre sus criados».

Por suerte de los fugitivos, la Inquisición de Buenos Aires no era de las más celosas ni se distinguió con tremendas hazañas. El ambiente de la ciudad fué de tolerancia desde los primeros tiempos. Sólo se pensaba en los negocios, y todo el que llegaba era bien recibido. Tanto es así, que «el párroco iba de noche á la cárcel, donde muchos (judíos) estaban presos, y á pesar de las protestas del comisario de la Inquisición, desposábalos con hijas de la ciudad». Los fugitivos, para evitarse persecuciones, buscaban el adquirir por dinero ó por el matrimonio la calidad de vecinos. Tal fué la invasión «de aquella peste», como decía el comisario del Santo Oficio, que este funcionario llegó á proponer á sus superiores de la Inquisición de Lima «escribir al Rey para que éste ordenara al gobernador que en lo referente á los portugueses dejase ejercer libremente su ministerio al Santo Oficio, relativamente á visitas de los navíos y entradas y salidas del puerto». Pero en la misma gente de la Iglesia encontraban protección los fugitivos, bien por habilidad personal, bien por dinero. Se escondían en los conventos, y según una carta al Tribunal de Lima, «se apoderaban del comercio, se insinuaban en la campaña y se hacían esposos de las mejores mozas».

Su influencia sobre el comercio se hacía sentir á los pocos años. «Poseían mucho dinero y lo untaban todo con él. Los corrillos de la plaza eran suyos, y de tal modo se habían señoreado del trato de la mercancía, que desde el brocate al sayal, y desde el diamante al cansino, todo corría por sus manos. . . Desde el más vil negro de Guinea hasta la perla más preciosa, todo era suyo. . . El castellano que no tenía por compañero de negocio al portugués (ó sea al judío), le hacían no tener negocio bueno.» Estas lamentaciones y otras eran escritas al Tribunal de Lima ante la creciente invasión de los judíos. En 1636 eran tantos, que el fiscal de la Audiencia de Charcas escribía al mismo Rey quejándose de que «hubiese aquí innumerables hebreos que han entrado y de nuevo entran por mayor crecimiento». . . «Todos ó casi todos son propietarios — dice un documento de la época —; tienen casas de su vivienda y chacra poblada. . . Todos ó casi todos están casados con criollas, hijas y nietas de conquistadores, castellanas de nación, y poseen estancias con mucho ganado. El caudal de cada uno no baja de dos mil cabezas de vacuno, quinientas ovejas y buenos campos, y son fecundos como ninguna otra raza, pues casi todos alcanzan á cuatro y hasta siete hijos, machos y hembras.» Eran en el campo ganaderos y agricultores, y en la ciudad plateros, herreros, carpinteros y calafates.

En aquella población cosmopolita, modesta, económica, tenaz para el trabajo y pronta á toda clase de negocios, el hebreo encontraba un ambiente propicio para sus múltiples actividades. Así se explica que se asimilara tan rápidamente al país, confundiéndose con el primitivo vecindario y deslizándose entre los dedos del inquisidor. Algunas de las condiciones características de la ciudad tal vez proceden de este origen.

No todo fueron dichas en la primera vida colonial de Buenos Aires. El contrabando resultaba en extremo difícil al encargarse del gobierno un funcionario de carácter rígido. Entonces la ciudad vivía en la pobreza. Época hubo — según un autor — en que escaseaban hasta los tenedores para llevarse la comida á la boca, y las sillas de baqueta crujían en sus mal asentados pies. La necesidad de sustentarse y las ideas de aquel tiempo, no dificultaban con escrúpulos humanitarios el comercio de Buenos Aires. El negocio era el negocio. Se embarcaban pieles, sebos y demás productos del país en buques contrabandistas, después de haber arrojado éstos en la playa un buen cargamento de negros, que se almacenaban encadenados en la ciudad. Luego de marcarlos, como hoy se hace con los rebaños de la pampa, se sacaban á pública licitación. Este comercio duró hasta 1750. Veinte años antes, todavía se veían miles de negros depositados en el Retiro.

El cambio de despojos animales y de personas vivas, fué el principal comercio de aquella pequeña ciudad, una de las más pobres y olvidadas de la América de entonces. Otras poblaciones de la actual Argentina, Córdoba, Tucumán y Salta, por ejemplo, sobrepujaban en mucho á la que es hoy la capital, y que hasta la creación del virreinato se mantuvo como un obscuro villorrio. Tenía, según un viejo autor, «más pantanos que calles; sus únicos edificios eran la Recoba, el Fuerte y el Cabildo, antiestéticos y pobres aun para la época en que fueron construídos, y toda ella estaba mal nivelada y peor empedrada, con aceras estrechas de ladrillo. A poco andar ya se encontraba uno con los cercos de pitas, y muy pronto con la pampa.»

* * *

El «estanciero» reemplazó al «encomendero» al expirar la concesión de las encomiendas. Equivalía á lo mismo. El estanciero fué durante siglos el señor omnipotente del campo, como lo había sido su antecesor en los primeros tiempos de la conquista. La ley no le daba derechos sobre las personas, pero él se los arrogó valido de la fuerza, siendo casi un barón feudal en sus dominios inmensos. La lucha y el peligro moldearon su alma, endureciéndola.

Vivir en el campo desde el siglo XVII hasta mediados del XIX, equivalió á vivir en continua actividad belicosa. Los estancieros eran soldados en perpetuo servicio activo, y su existencia una campaña interminable. De aquí la facilidad con que después de la Independencia abandonaron el pastoreo para convertirse en soldados, interviniendo al frente de sus peones en las contiendas civiles.

El mismo pastoreo, ocupación plácida y tranquila en otras naciones, tomaba en la pampa un carácter trágico. Había que luchar con el animal casi salvaje, con el gaucho ladrón, con el indio feroz de los «malones.» Al toro, embravecido por la soledad, había que cansarlo y voltearlo con tremendas *pechadas* del caballo, que muchas veces cubrían de sangre al jinete y su montura. A los cuatreros había que perseguirlos con la lanza, trabándose fieros combates entre ladrones y propietarios. Al indio había que salirle al paso, cortando el «malón» con una descomunal batalla, al resplandor de los incendios y entre alaridos de muerte.

La pampa tenía un aspecto salvaje. Hasta los animales domésticos, al vivir errantes en la soledad, convertíanse en fieras. Uno de los mayores peligros era el de los perros «cimarrones», multiplicados prodigiosamente y tan carniceros é implacables como el tigre. Tal era su número, que llegaron á atacar las poblaciones, avanzando hasta las afueras de Buenos Aires. El gobernador tuvo que hacer salir varias veces á las tropas en su persecución, y sólo terminó esta guerra de exterminio cuando los soldados se negaron á continuarla, cansados de las burlas de los chicuelos de la ciudad, que les llamaban á gritos «¡mata perros!»

Vivían en cuevas que abrían ellos mismos con sus zarpas, ó aprovechaban para guarecerse los subterráneos de las vizcachas. La caza al perro cimarrón y el boleo de los avestruces, tan abundantes en la pampa, eran las diversiones favoritas del estanciero. Cuando no quería ir lejos y deseaba solazarse en los alrededores de su estancia, montaba á caballo con otros amigos y juntos comenzaban á correr, arrojándose unos sobre otros con tremendas *pechadas* de los corceles, que hacían retemblar sus costillares, rodando ensangrentados por el suelo. Otras veces galopaban en la llanura, socavada por las profundas vizcacheras, y reían como de un suceso gracioso cuando, abriéndose un hoyo, caía el caballo en él, desarzonando al jinete. El tirano Rosas, en la época que comenzaba á ser todopoderoso en Buenos Aires, gustaba por las mañanas de salir con Facundo Quiroga y otros caudillos no menos duros y excelentes jinetes á dar un paseo por las afueras, haciendo chocar sus caballos y rodando por el suelo con brutales encontronazos.

El estanciero, que hacía de su existencia una continua pelea, amaba el contrabando. Su placer era pasar el alijo á viva fuerza, aterrando al empleado público. Cuando no había buque á la vista, entreteníase en su estancia con toda clase de diversiones ecuestres, «*cinchadas*, carreras, *corridas del pato* y grandes boleadas de avestruces». Era un hombre siempre á caballo. Bastaba la noticia de la aparición de algunos indios en su propiedad, para que, requiriendo la lanza, emprendiese un galope de muchas leguas, jadeante de placer y de entusiasmo. El cazador de perros feroces y de avestruces amaba aún más cazar el hombre.

Este señor de la pampa, alejado de la ciudad, donde tenía parientes, poseedor de un apellido del tiempo de la conquista y rudo y fiero como los gauchos que vivían cerca de él, gozaba de toda clase de prestigios políticos y aun religiosos. Era el jefe de banda en tiempo de guerra, el juez de paz en época ordinaria, y hasta administraba el *agua del socorro* en los bautizos *in extremis*. Todas las personas dependían de él: peones, esclavos, niños y mujeres. Todo era suyo: las tierras, las casas, las bestias. Imposible vivir y moverse en el campo sin tropezar con el poder infinito del estanciero.

La vida campestre resultaba de una sencillez primitiva. Todo era según el antiguo refrán español: «*Á la buena de Dios, que es grande*». La alimentación ruda, pero abundante y sana, hallábase al alcance de todos. La carne era algo de propiedad común, como el aire y el sol. Matábanse las reses para utilizar únicamente los cueros y el sebo, dejando el resto á los caranchos y otras aves de presa. El terreno ocupado en aquellos tiempos por la ganadería tenía una extensión de 42.000 leguas cuadradas. Azara, que lo visitó, habla con asombro de la enormidad de los rebaños casi salvajes que pastaban en él. La falta de exportación y el reducido número de los consumidores favorecían extraordinariamente este desarrollo. Hubo época en que fué tan grande el número de vacas, caballos y yeguas diseminados en la llanura, «que resultaba necesario espantar las manadas de los caminos para poder transitar por ellos». Cierto año, según cuentan, quedó abandonada en el campo la carne de 600.000 animales. Los ladrones degollaban miles de reses aprovechando lo enorme de los dominios, que hacía difícil la vigilancia, y vendían los cueros á los contrabandistas. Muchas veces la matanza de animales no tenía otro objeto que apoderarse de su grasa para las operaciones culinarias. En Buenos Aires los vecinos, cuando faltaba manteca en sus cocinas, enviaban los peones á los campos cercanos para matar reses sin dueño.

En la campiña, la alimentación era esencialmente carnívora. El enorme cuarto de vaca, y muchas veces la res entera, colgando sobre el rescoldo al extremo de un palo, dorábase chirriando su grasa. Cuando estaba en punto, los rudos jinetes, tirando de sus facones, cortaban lonjas, devorándolas en pie ó sin descender de los caballos. Apenas se conocía el pan. La



LA VIDA EN LA PAMPA. UNA MOZA OFRECIENDO EL «MATE» Á UN GAUCHO «GUITARRERO»

parte vegetal de la alimentación eran las *fuentadas* de *mazamorra* y de *locro*, platos de maíz que también gozaban de gran favor en la ciudad, siendo el principal adorno de las mesas criollas.

La tierra era de fácil adquisición. Por esta misma facilidad, muchos se olvidaban ó prescindían de solicitarla, estableciéndose con su lanza y su caballo allí donde se sentían atraídos por el capricho ó la conveniencia. Bastaba abonar á la Tesorería del Rey 30 ó 50 pesos (gastos simples de la denuncia), para ser declarado propietario de muchas leguas de terreno, con toda clase de títulos. La propiedad resultaba absurda en fuerza de ser enorme. Un estanciero podía galopar semanas enteras sin salir de sus dominios, y cuando juntaba los ganados, desfilaban ante él en un solo rodeo 25.000 vacas.

El gaucho, igual en condiciones y gustos al estanciero, pero sin fortuna, sin casa, llevando una vida de aventuras en la soledad de la pampa, encontraba toda clase de facilidades para su existencia. Jamás la naturaleza, en estado salvaje, ha mantenido con tanta generosidad al hombre parasitario. Los ganados *alzados* ó sin dueño, que todos consideraban de propiedad común y eran infinitos, proporcionábanle con exceso toda la carne que pudiera menester. Cuando necesitaba dinero, no tenía más que echar el lazo á las reses semisalvajes, ponerles su marca, domesticarlas á medias y venderlas en las ciudades ó los embarcaderos.

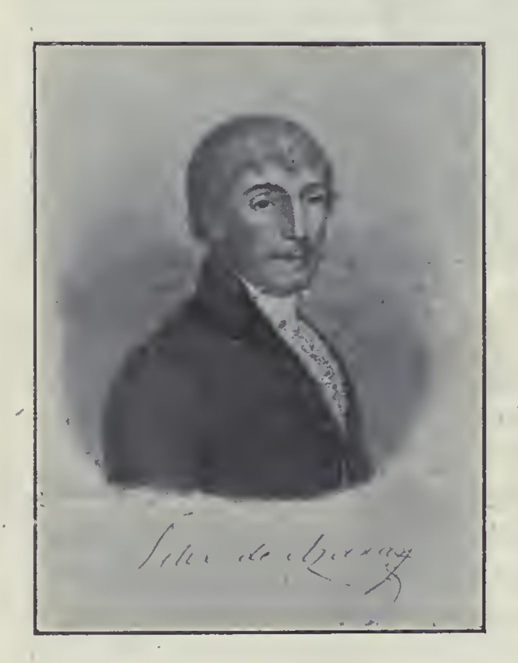
Si tenía una ofensa que vengar, contaba con su cuchillo ó con las bolas arrojadizas. Si necesitaba mujer, tomábala en cualquier rancho, pues las hembras de la pampa sabían que era su destino seguir al primer gaucho que las solicitase, siempre que fuera valiente. En el pajonal encontraba huevos en abundancia y pájaros que se dejaban aprisionar: á la entrada de las vizcacheras había leña amontonada: la paja y el junco de las lagunas servíanle para armar un rancho, á toda prisa, antes que llegase la noche.

La seducción de esta vida de salvaje libertad, sirvió para formar hombres prematuramente. Los muchachos emancipábanse de sus padres antes de tiempo, y huían de la choza familiar para ser independientes en la pampa y deberlo todo á su propio esfuerzo. La vida tranquila del hogar estable, la tierra escriturada y defendida por la ley, no eran para estos vagabundos, amantes del derecho sustentado con el facón, y partidarios de un comunismo gobernado por los más fuertes. «La noción de la tierra *en pedazos* no cupo jamás en su cabeza».

* * *

El ilustre marino D. Félix de Azara, que vivió en el siglo XVIII, durante veinte años, en el Río de la Plata y estudió de cerca sus costumbres, hizo una descripción muy pintoresca é interesante de los habitantes de las llanuras.

«Los españoles campesinos — dice, usando la palabra «español» como sinónima de «blanco» — se dividen en agricultores y pastores ó estancieros. Éstos dicen á aquéllos que son unos mentecatos, pues si se hicieran pastores vivirían sin trabajar y sin necesidad de comer pasto como los caballos, porque así llaman ellos á la ensalada, legumbres y hortalizas. En efecto, sólo cultivan la tierra los que no pueden proporcionarse ganados para ser estancieros ó no encuentran otro medio de vivir. Los agricultores se distinguen de los pastores en que sus casas están más aseadas, y más cerca unas de otras, con mejores muebles, y en que sus vestidos son mejores también. Saben hacer sus guisados de carne y de vegetales y comen pan, cosas que son poco conocidas entre los pastores. Calculo en 18 millones de cabezas el ganado vacuno y en 3 millones el caballar, con bastantes ovejas. No incluyo en esto dos millones de ganado vacuno silvestre ni las innumerables yeguadas alzadas ó sin dueño.



DON FÉLIX DE AZARA (1) (Retrato de la primera edición de sus obras).

»En las casas pastoriles es general no haber más muebles que un barril para llevar agua, un cuerno para beberla, asadores de palo para la carne y una chocolatera

(1) Don Félix de Azara fué el primer sabio europeo que visitó y describió los países del Río de la Plata. Enviado por el Gobierno español para poner en ejecución el Tratado de San Ildefonso, marcando los límites entre España y Portugal en sus posesiones sud-americanas, permaneció Azara, de 1781 á 1801, en los diversos territorios del Río de la Plata levantando mapas, explorando el país y escribiendo sus famosos libros, que le valieron la amistad entusiasta de Buffon y otros sabios, y el elogio de la Academia de Francia. Azara murió en 1811 en Barbuñales, pueblo de Aragón, donde había nacido. Su hermano Don José Nicolás de Azara fué el diplomático más notable que tuvo España en aquellos tiempos, y gran amigo de Napoleón durante el Directorio y el Consulado. Don Félix de Azara asistió como marino é ingeniero á la expedición de Argel (1775), donde recibió una herida grave.

para calentar el agua del mate. Para hacer caldo á un enfermo he visto poner pedacitos de carne en un cuerno y rodearle de rescoldo hasta que hervía. No es común tener alguna olla y plato grande, ni tampoco silla ó banquillo, porque se sientan sobre sus talones ó sobre una calavera de vaca. Comúnmente duermen en el suelo sobre una piel, aunque otros arman una cama, que se reduce á un bastidor hecho de cuatro palos, atado á cuatro estacas ó pies, con una piel encima, sin colchón ni sábanas ni almohada. No comen sino carne asada en un palo, y para esto no suelen esperar hora, ni unos á otros, ni beben hasta haber comido. Entonces, no teniendo mesa, mantel ni servilleta, se limpian la boca con el mango del cuchillo y en seguida éste y los dedos en las botas. No gustan de las aves y poco de la ternera; aun de la vaca apenas comen sino las costillas, la entrepierna y lo que llaman *matambre*, que es la carne que cubre el vientre. El resto lo arrojan, atrayendo á las cercanías de la casa muchos pájaros. Esta gran corrupción engendra infinitas moscas y mal olor.

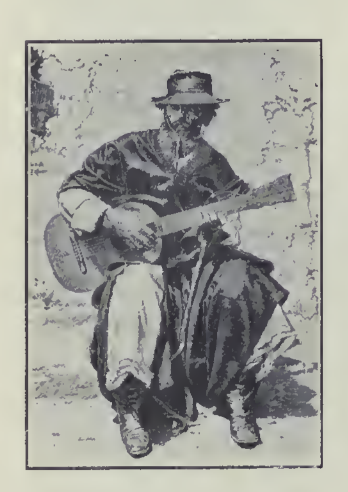


GAUCHO SACANDO EL «TIENTO» (Tiras delgadas de cuero que emplea para coser, como si fuesen hilo).

»Muchos suelen no tener camisas ni calzones; pero no les falta nunca el poncho, sombrero, calzoncillos blancos y el chiripá, que es un pedazo de jerga atada á los riñones, que les llega á las rodillas. Llevan también botas de medio pie, sacadas de una pieza de la piel de las piernas de potros ó terneras, sirviéndoles la corva para talón. Nunca tienen ropa de remuda, y cuando llueve suelen muchos poner la puesta bajo de la piel en que van montados, y acabada el agua se la ponen enjuta. Si llueve y quieren comer en el campo, entre dos extienden un poncho y otro hace fuego y asa la carne debajo. Llevan la barba bastante larga, porque ellos mismos se afeitan, muchas veces, con el cuchillo. Sus mujeres tampoco tienen ropa de remuda. Se la quitan, la lavan y tienden al sol, y una vez enjuta, vuelven con ella puesta del río á su casa. Sus ocupaciones son, por lo común, barrer, hacer fuego para asar la carne y calentar el agua para tomar el mate, sin hilar nunca ni coser.

»Apenas nace un niño entre los campestres, le toma su padre ó hermano y le lleva delante á caballo por el campo, hasta que llora y le vuelve para que le den de mamar. Esto dura hasta que pueden dejarle ir solo en un caballo viejo. Así se crían, y como no oyen reloj, ni ven medida ni regla en nada, sino largos ríos, desiertos y pocos hombres, casi desnudos, corriendo á caballo tras de fieras y toros, les imitan, sin apetecer la sociedad de las ciudades ni conocer

el pudor, ni la decencia, ni las comodidades. No tienen otra instrucción que la de montar á caballo, y como se ocupan desde la infancia en degollar reses, no ponen reparo en hacer lo mismo con los hombres, y esto con frialdad y sin enfadarse (1). Son, en general, muy robustos; se quejan poco ó nada en los mayores dolores; aprecian poco la vida y se embarazan menos por la muerte. Nadie se mezcla en disputas ajenas ó pendencias, ni arrestan á ningún delincuente. Miran estas cosas fríamente, y aun tienen por maldad descubrir á los reos y el no ocultarlos y favorecerlos. No ponen reparo (á pesar de su condición de blancos), en servir en el campo mezclados con indios, negros ó pardos, y aun á la orden de éstos; pero cuando les da la gana, se van sin el menor motivo, porque no se les nota afición á sitio ni á amo, ni hacen más que su antojo presente. Son hospitalarios, y al pasajero le dan comida y posada, aun sin preguntarle quién es y adónde va. Nunca le dicen que se vaya, aunque se detenga meses, y si pide caballo para continuar, se lo dan. Sin embargo, conocen poco la amistad particular.


UN GAUCHO VIEJO

»Para jugar á naipes, á que son muy aficionados, se sientan sobre los talones, pisando las riendas del caballo para que no se lo roben, y á veces con el cuchillo ó puñal clavado á su lado en tierra, prontos á matar al que se figuran que les hace trampas, sin que por esto dejen ellos de hacerlas siempre que pueden.

»Aprecian poco el dinero, y cuando lo han perdido todo, muchas veces poniéndolo á una sola carta, se juegan la ropa que llevan puesta, siendo frecuente quedarse en cueros. Entonces el que ganó le da algo de la suya, si es que es peor que la ropa del que perdió. Las pulperías ó tabernas que hay por los campos, son los parajes de reunión de esta gente. No beben vino, sino aguardiente, y es su costumbre llenar un vaso grande y convidar á los presentes, pasándolo de mano en mano y repitiendo hasta que finaliza el dinero del convidante, tomando á desatención el no beber siendo convidado. En cada pulpería hay una guitarra, y el que la toca bebe á costa ajena. Cantan *Yarabís* ó *Tristes*, que son cantares inventados en el Perú, los más monótonos y siempre tristes, tratando de ingratitudes de amor y de gentes que lloran desdichas por los desiertos.

»Son inclinados á robar caballos, y les repugna tanto caminar á pie, que casi no lo saben hacer. Aun para pasar una calle montan y casi todo lo hacen á caballo. En sus juntas y tertulias en el campo están horas hablando sin apearse. Si necesitan barro, por poco que sea, van y vienen haciéndolo amasar al caballo. Un ejercicio tan continuado no les cansa jamás, y les da una destreza increíble en el montar. Cuando cae el caballo, ellos se quedan sin lesión en pie, con las riendas en la mano para que no se les escape. Es increíble su conocimiento de los caballos. Basta que vean á 200 ó más por dos minutos paciendo en el campo, para que digan al día siguiente si falta uno y de qué color es. No es menos admirable el tino con que los prácticos *baqueanos* conducen al paraje que se les pide por terrenos horizontales, sin caminos, sin árboles, sin señales ni aguja marítima, aunque disten cincuenta y más leguas.

»Además de los dichos, hay por aquellos campos otra casta de gente, llamada más propiamente Gauchos ó Gauderios (2). Todos son, por lo común, escapados de las cárceles del

(1) Esta observación de Azara en el siglo XVIII, explica muchos crímenes y matanzas de las guerras civiles argentinas, en las que tanto figuraron los hombres del campo.

(2) El nombre de gaucho, que designaba al principio á estos aventureros de la llanura, comprendió después á todos los hombres de campo dedicados al pastoreo.

país y del Brasil, ó de los que por sus atrocidades huyen á los desiertos. Su desnudez, su barba larga, su cabello nunca peinado y la obscuridad y porquería del semblante, los hacen espantosos á la vista. Por ningún motivo ni interés quieren servir á nadie y, sobre ser ladrones, roban también mujeres. Las llevan á los bosques y viven con ellas en una choza, alimentándose de vacas silvestres. Cuando tiene el gaucho alguna necesidad ó capricho, roba algunos caballos y vacas y los lleva y vende en el Brasil, de donde trae lo que le hace falta. Yo recogí, entre otras, á una de tales mujeres, española (ó sea blanca). Me contó que hacía diez años que la había robado un tal Cuenca; que á éste lo había muerto otro; que á éste lo había muerto un tercero, y á éste el que la estaba poseyendo».

* * *

El habitante del campo dedicado al pastoreo, no sólo había de luchar con el tigre, al que enlazaba, arrastrándolo detrás de su caballo, con el perro cimarrón y los ladrones de reses. Otro de los peligros de la llanura eran las yeguas alzadas, los llamados *baguales*, caballos salvajes que vivían formando numerosas bandas. Azara llegó á ver algunas tropas tan enormes de *baguales*, que calcula iban en ellas más de 12.000 caballos. «Estos cimarrones — dice — incomodan y perjudican, porque sobre comer el pasto inútilmente, embisten al galope á las caballadas mansas siempre que las ven, y pasando entre ellas ó junto, las llaman y acarician con bajos relinchos de afecto, las alborotan y ellas se incorporan sin dificultad, yéndose todas juntas para siempre. Así, sucede á los viajeros que les embisten los *baguales* y los dejan sin poder continuar camino, llevándoseles los caballos mansos de respeto ó de remuda, que siempre llevan sueltos por delante.»

Los viajeros temían, casi tanto como á un encuentro con los indios, el tropezarse con los *baguales,* audaces vagabundos de las llanuras, dotados de una astucia casi humana para atraerse á sus congéneres haciéndolos partícipes de la salvaje libertad del desierto. Cuando una caravana veía en el horizonte la nube de polvo levantada por el trote de los *baguales,* los viajeros «formaban el cuadro», quedando á la defensiva, para guardar entre ellos su tropa de caballos de repuesto. El menor descuido podía dejarles sin monturas en medio de la soledad. Esos *baguales,* tan pronto como hallaban ocasión, metíanse entre los caballos mansos, seduciéndolos con sus relinchos y roces, hasta que escapaban, llevándose entre ellos á los nuevos amigos.

A veces llegaban los *baguales* en columna cerrada de muchos miles, ciegos por la embriaguez de la velocidad, derribando y aplastando cuanto encontraban al paso. Tan irrefrenables eran en su ímpetu, que morían á docenas al chocar con las pesadas carretas de los campamentos.

Los gauchos, que tuvieron la llanura como única escuela, amoldando su vida á los consejos é imágenes de esta enseñanza, imitaron para guerrear la táctica de los *baguales.* Cargaban en masa, como los caballos cimarrones, y pasando con la rapidez de un vendaval por en medio del núcleo de los enemigos, arrastraban en su ímpetu á muchos de éstos, que eran llevados prisioneros, sin darse cuenta de su desgracia hasta que se veían lejos de los suyos. Otras veces daban vueltas como un torbellino, desorientando al contrario antes de asestarle el golpe; como hacían los *baguales* al preparar la invasión de un campamento.

El malón del indio era otra de las tragedias frecuentes en la vida del campo. El cielo estaba sereno, la atmósfera en calma; no soplaba el viento ardoroso de los veranos secos, que eleva en el horizonte una nube de polvo, densa y rojiza; y, no obstante la placidez del

ambiente, en un espacio de muchas leguas de extensión alzábase una cortina tormentosa de espirales de tierra. La llanura sedienta desmenuzábase en nubes de polvo bajo las pezuñas de los rebaños, locos de terror, ó los cascos de los caballos en fuga. «¡Los indios! ¡Los indios!» Los estancieros, al frente de sus tropas de peones, iban recogiendo el ganado: las mujeres huían de los ranchos, llevando la prole por delante y sobre su cabeza los cuatro trapos de la casa. Familias enteras galopaban al frente de las tropillas, que eran toda su fortuna. La hacienda del señor, cincuenta ó sesenta mil vacas, quince ó veinte mil yeguas, corría entre mujidos y relinchos, guiada por los peones y hasta por mujeres á caballo, que se improvisaban pastores.

El suelo temblaba con inmensa vibración bajo este trote de cien mil animales, al través de un desierto inacabable, en el que perdían todo valor las nociones de tiempo y de distancia. Una jornada equivalía á un galope de treinta leguas: un viaje ordinario duraba meses. El miedo hacía continuar la cabalgada después de cerrar la noche. Una luz extraordinaria, un resplandor boreal, purpúreo y siniestro, alzábase á espaldas de los que huían. Era una cortina de llamas que rasgaba la oscura línea de unión del cielo y la tierra. Serpenteaba la lengua roja, siempre igual, siempre viva é intensa, por más que los fugitivos acelerasen su marcha, como si el incendio corriese tras sus pasos avanzando con la misma rapidez que ellos. Eran los indios, que quemaban casas y plantaciones.

Los pastos, duros y secos, ardían como si fuesen papel, y á la luz del incendio los invasores agrupaban las bestias robadas ó amarraban inertes sobre el lomo de sus caballos las mujeres cautivas, los niños llorosos, todos los que se habían extraviado ó rezagado en la loca carrera del miedo.

Cuando la horda invasora, ahita de robo y destrucción, volvía á las entrañas del remoto país, llamado misteriosamente «tierra adentro», recobraba la llanura otra vez su aspecto de paz y de abandono, que sólo turbaba de tarde en tarde la presencia del hombre.

Llovía, y bajo la caricia del agua la pampa tornábase verde, de un verde infinito; verde de desierto, semejante al azul interminable del Océano. No había alturas ni profundidades que ofreciesen descanso á la mirada. Todo igual; todo del mismo tono de color.

Las pequeñísimas alteraciones de este paisaje inmenso, la jiba pajiza de un rancho, la redondez verde de un ombú, la mancha luminosa y oblonga de un estanque, como un escudo de acero olvidado entre la hierba, todo se confundía en la monótona grandiosidad del desierto. La lechuza volando á ras de tierra, lanzaba su chillido: los flamencos, envueltos en plumones de púrpura y apoyados en una pata con filosófica inmovilidad, avanzaban la corva y doctoral nariz sobre la página luminosa del agua, como si estuvieran leyendo en ella: mil pájaros invisibles gorjeaban, graznaban y piaban en los matorrales. Á lo lejos ladraba el perro cimarrón, restableciéndose el silencio ante su aullido feroz, y la vizcacha asomaba la cabeza enorme y el pelaje sedoso á la puerta de su madriguera. También la vizcacha humana, la gaucha inactiva y hombruna, asomaba su perfil por la abertura del rancho perdido en el desierto, sin otra compañía que la vecindad del ombú. Al oir lejanos trotes imaginábase que era su hombre, que llegaba precedido de una nueva tropilla. No era él. Eran los *baguales* sueltos, los caballos cimarrones que pasaban veloces, corriendo sin saber adónde, huyendo sin saber de quién, aguijoneados por la propia velocidad; enardecidos por sus relinchos y su aliento de fuego; recelosos de su misma sombra; asustados por el ruido de sus cascos, duros como la piedra.

Á trechos destacábanse grandes manchas blancuzcas, de una claridad caliza. Eran capas de osamentas, restos de vacadas bravías, sacrificadas por los gauchos para hacer acopio de cueros y grasa. Los caranchos y los chimangos, después de un tardo aleteo, posábanse

sobre estas osamentas y permanecían largo rato inmóviles y pensativos, como si recordasen los pantagruélicos hartazgos que se habían dado allí mismo en el enorme montón de carne abandonada.

* * *

El gaucho fué siempre de tez blanca, y en su aspecto tuvo más de árabe que de indio. No era una raza: era una clase social. Por esto, al suprimir la nueva vida argentina el ambiente de barbarie heroica en que se desarrollaba el gaucho, y desaparecer éste falto de atmósfera propicia, es difícil encontrar y reconocer á sus descendientes entre los hijos de los inmigrantes italianos y españoles que han poblado y colonizado las pampas.



LA TERTULIA EN LA PAMPA

El gaucho sólo tenía del indio su astucia, su frugalidad, sus habilidades para el manejo de las armas primitivas y su conocimiento del terreno. Los más de ellos eran de pelo rubio ó castaño. Cuando necesitaba mujer, dirigía siempre su cabalgadura hacia algún rancho de amigos. Sólo la necesidad ó los azares de la guerra le empujaban á unirse con la india.

Este solitario de la pampa se formó aislado, en pleno campo, entre la ciudad y la tribu, á igual distancia de la civilización y de la barbarie, no queriendo reconocer la autoridad del Cabildo ni la del cacique de toldería. Enemigo de toda organización é individualista hasta el último extremo, sólo se juntaba con los otros gauchos en días de fiesta. Acostumbrado durante siglos al aislamiento y á una existencia fácil, contaba con el propio esfuerzo, y pocas veces buscó compañeros en sus empresas. Para vivir y para procurarse dinero, le bastaba su habilidad, apresando animales en los grandes pastos del desierto. «El gaucho — dice Daireaux — jamás ha conocido el valor ni el uso de la moneda, y si alguna cae en sus manos no se pondrá el sol sin que haya malgastado hasta el último céntimo, á impulso de su fantasía. Todo le parece bueno con tal que no le quede un cobre; á todo el mundo convida; atraca al primero que llega, y rehusar es ofenderle. Poco le importa después de un día de abundancia una semana de escasez; «día de mucho, víspera de nada.»

Yo he apreciado de cerca, en las llanuras argentinas, esta imprevisión económica, esta generosidad caballeresca y derrochadora de los hijos del país, que son dignos descendientes del gaucho. Al descansar tras larga galopada en una pulpería del campo, vimos cierta tarde una especie de mendigo, astroso, algo ebrio y con las piernas quebradas á consecuencia de una caída del caballo. Pasaba su vida junto al mostrador del establecimiento, participando de las convidadas generales y charlando con los parroquianos. Uno de mis acompañantes le hizo un

préstamo, porque él únicamente solicitaba préstamos; implorar una limosna, jamás. Poco después sonaban detonaciones en las afueras de la tienda. Era el perniquebrado, que se gastaba el dinero disparando cohetes en mi honor. Igual hubiera hecho con cualquier otro transeunte. Lo importante era acabar pronto con «la plata», como debe hacerlo un caballero que se respeta. Luego discutió en el mostrador con el dueño de la pulpería, queriendo que alcanzase su dinero para convidar á los señores con unas copas de «caña». Y al no poder obsequiarnos más, desapareció como avergonzado.



EL GAUCHO Y SU «PRENDA»

El gaucho tuvo en su traje tanto de árabe como en sus costumbres. El poncho es casi igual al albornoz de los berberiscos, así como el chiripá recuerda los amplios calzones de los levantinos. El ancho tirador, con escamas de monedas de plata, que sostiene el chiripá y sirve de almacén al dinero, los pañuelos y las armas, lo mismo que la faja de los orientales; el largo facón, instrumento á la vez de trabajo y de combate, que lleva cruzado sobre el vientre; los amplios calzoncillos bordados y las luengas barbas, dan al gaucho una semejanza de familia con los pueblos mahometanos de Oriente.

Algunos autores han querido ver en el moro español el padre del gaucho. Así como el judío peninsular fué á establecerse en Buenos Aires, siendo uno de los primitivos elementos de su vecindario, quieren que el beduíno partiese también de España para establecerse en las llanuras platenses. No hay fundamento alguno para esta afirmación ni documentos que sirvan de justificante. La Inquisición americana habla de judíos, pero nunca de moriscos, á los que hubiera vigilado igualmente.

Además, el judío, al trasladarse á América, siguió los impulsos de su carácter comercial y de su afición á los viajes. La historia de Israel es un interminable éxodo. El morisco era sedentario, temía al mar como todos los jinetes habituados á la vida del campo, y cuando tuvo que salir de la Península, no pasó más allá de las costas africanas, que están enfrente. Las particularidades del traje, el modo de montar, el tipo físico, y hasta ciertas palabras de evidente origen árabe usadas en las pampas, como *jaguel*, por ejemplo, han impulsado á muchos á dar por origen probable del gaucho una emigración á la Plata de los moriscos españoles. No: los moros no fueron á América, porque carecían del espíritu aventurero de los judíos y temían al mar. Pero en vez de ellos inmigraron los españoles amoriscados, los jinetes de las provincias andaluzas, hijos de moros que, al verse en las dilatadas llanuras platenses, sintieron renacer en su interior la dormida herencia de los abuelos venidos de los desiertos arábigos.

Muchos de los que han estudiado al gaucho argentino no conocen el jinete de las llanuras andaluzas, y toman al centauro del Plata por un ejemplar humano único. Ignoran que España tiene ó ha tenido sus gauchos, menos numerosos y en escenario más reducido que los de América, pero iguales en aspecto y en alma, siendo unos y otros como hermanos, de idéntica fisonomía, que se criaron separados por enormes distancias, sin conocerse. La herencia árabe que llevaba en su alma el pueblo español tomó en tiempos de la conquista americana una forma casi igual al desarrollarse en los dos hemisferios. En las silvestres dehesas de Andalucía produjo al

pastor caballista con sus «zajones» cubriéndole los muslos, semejantes al chiripá, y su silla, con guardamonte de cuero, igual á la que usaban en Salta los rudos jinetes de Güemes. En América produjo al gaucho, de puro origen cristiano y de raza española, pero que al vivir en un ambiente propicio, se asemejó al indio dando amplio desarrollo á lo que había en él de herencia berebere.

La palabra «gaucho» ha sido objeto de numerosas versiones para explicar su origen; pero de todas estas ninguna tan verosímil y lógica como la que ofrece el sabio erudito Pablo Groussac. Esta palabra nunca fué dicha ni conocida en la Península sino por traslado americano. Es, indudablemente, una de las pocas que no pasó por España antes de implantarse en el Nuevo Mundo. Groussac cree que deriva de la palabra incásica «guacho», que significa en un sentido algo denigrativo, «huérfano, abandonado, errante»; algo aproximado á la moderna palabra «bohemio». Es frecuente en el habla castellana la inversión silábica en fuerza del uso, y de ahí que *guacho* se transformase en *gaucho*, palabra que abarcó primeramente á los vagabundos que vivían fuera de la ley, huyendo de la justicia, y luego á todcs los jinetes de las llanuras, aislados, huraños y semisalvajes, que, ciertamente, eran unos «errantes», unos «huérfanos» de toda sociedad, unos «abandonados» de la civilización.

Cuando, después de la Independencia, comenzaron en el territorio argentino las guerras civiles, el gaucho intervino en la vida pública, y hasta dió á la historia héroes tremebundos, de una gloria salvaje.

Facundo Quiroga fué el peludo Aquiles de la Iliada gauchesca. Antes de tal período cruel y grandioso, los centauros de las llanuras tuvieron igualmente sus héroes, que turbaron la quietud de la vida colonial, no con hazañas históricas, sino con actos esforzados de la vida ordinaria, con los que hacían patentes su valor y sus habilidades.



EN LA PAMPA. PREPARANDO LA COMIDA

Sarmiento, en su famoso libro *Civilización y Barbarie*, describe los tipos más extraordinarios de la población de las llanuras; el *rastreador*, el *baqueano* y el llamado *gaucho malo*. El rastreador era el gran sacerdote del desierto, el augur de los misterios de la pampa. Desentrañaba sus secretos, sabía leer de corrido en el inmenso libro de tierra, cuyas hojas polvorientas arremolinaba á cada instante el huracán. Era el personaje observador é infalible en sus jucios, que tantas veces hemos visto en la literatura á partir de una novela filosófica de Voltaire; el hombre de retina sobrehumana, que al mirar las piedras y hierbas de un camino daba las señas y defectos de un caballo que había pasado por él dos días antes. Sherlock Holmes y otros personajes imagi-



BAILANDO «EL GATO»

nados actualmente por la novela novelesca, no son más que nietos con levita del tosco rastreador de la llanura argentina. Cuando busca á un fugitivo, es inútil que éste salte tapias, se meta en arroyos ó contramarche sobre las puntas de los pies. El rastreador todo lo ve: para sus ojos basta una gota de agua perdida en la hierba, un guijarro rodado fuera de su alvéolo, unas briznas aplastadas; y sigue adelante, leyendo en el suelo, hasta que al llegar á una casa, á una cueva ó á una espesura, dice con tranquilidad y firmeza: «¡Ahí está, cogedlo!» . . . Y, efectivamente, allí está.

Cuéntase que ha habido rastreadores que salieron en busca de un asesino ó de un ladrón desde un pueblo del centro de la Argentina. Seguían el rastro del fugitivo, rectamente, como si lo olfateasen, y así caminaban días y días. Algunas veces parecían vacilar, iban de un lado á otro: luego sonreían levemente, continuando su ruta. Era una treta del fugitivo para hacerles perder el rastro; una maraña que dejaba atrás para desorientar al perseguidor; pero éste adivinaba el intento, volviendo inmediatamente á la buena senda. Y así continuaba el viaje hasta dar con la inmensa mole de los Andes. El rastreador pasaba la Cordillera y entraba en Chile, siempre cabizbajo, con rápidas miradas á un lado y á otro. De pronto, en esta marcha por un país extraño, donde jamás había estado, deteníase ante una casa y lanzaba su afirmación, que equivalía á una frase sacramental: «Ahí está.» Y nunca se engañaba.

El «baqueano» era el piloto de la llanura, á cuya dirección fiábanse personas y mercancías; el almirante de las flotas de carretas que avanzaban pesadamente por entre las olas terrestres del desierto. En las guerras, su papel era de importancia suma. Las más de las veces, el general vencedor era el que tenía mejor baqueano.

Toda la llanura, con sus misterios, sus recursos, sus aguas, pastos y rutas, la llevaba dentro de la cabeza este guía extraordinario. De día, bastábale una simple mirada circular para describir todo lo existente en muchas leguas á la redonda. ¡Y á veces habían transcurrido diez años desde su último paso por aquellas tierras! De noche, desmontábase para examinar los matorrales cercanos, y esto era suficiente para que marcase la situación y qué rumbo debía seguirse. En caso de duda, cuando no se fiaba de su vista por la densa obscuridad de una noche tempestuosa, arrancaba hierba de pasto, olía su raíz y la tierra, mascábalas, y por el sabor podía adivinar la vecindad más ó menos próxima de arroyos y lagunas. Rosas, que fué el más inteligente y gaucho de todos los gauchos, conocía, según cuentan, el pasto de cada estancia de la provincia de Buenos Aires, y lo designaba por su nombre con sólo gustarlo.

Para el baqueano no eran necesarios los caminos en la llana monotomía de las pampas. Miraba el horizonte para orientarse y emprendía la marcha hacia un lugar situado á ochenta ó cien leguas, sin sufrir la más pequeña desviación. En el vuelo de las aves adivinaba si había gente escondida y cuánta era, ó si solamente aleteaban en torno de un campamento abandonado ó de una bestia muerta. Las enormes distancias que había que recorrer en esta inmensidad calculábalas con sólo un error de algunos minutos.

El «gaucho malo» era un campesino que por haber confiado su derecho y su honor á la punta del facón, matando uno ó varios hombres á la puerta de la pulpería, tenía que huir á despoblado, peleándose con los «milicos», ó sea con los representantes de la autoridad, siempre que los encontraba al paso. Otras veces había matado, en sin igual combate, por la posesión de alguna china de ojos negros, hocico pálido y larga trenza, un tanto cerdosa. Le llamaban «gaucho malo» porque vivía más allá de la sociedad de los buenos, teniendo que ocultarse y que matar otra vez para abrirse camino; pero todos le apreciaban y le protegían, y cuando se presentaba en la pulpería, el mejor asiento, la guitarra y el vaso lleno eran para él.

La gente rústica apiadábase de lo que llamaba «su desgracia», admirando su valor. Era algo ladrón, pero no robaba por lucro, sino para vivir. Muchas veces «desfacía entuertos» y distribuía justicia al modo popular, oprimiendo á los ricos en beneficio de los desgraciados. Era el mismo tipo del bandolero de Andalucía, caballero andante de las carreteras, paladín de las leyendas populares qne, como Diego Corrientes ó José María, «el rey de Sierra Morena»,



PREPARÁNDOSE PARA «EL PERICÓN»

robaba á los ricos para dar el dinero á los pobres, y amenazaba á los malos con su trabuco, arma invencible, protectora de los desgraciados (1).

El «gaucho malo» ha desaparecido de los campos argentinos, como el bandido «caballista» de los campos andaluces. Pero todavía en los tiempos actuales resurge en España alguno que otro, como tipo retardatario del vagabundaje heroico, que en ambos hemisferios fué enérgica y brutal concreción de las mejores y peores condiciones de la raza.

El azar era el que hacía del «gaucho malo» un héroe histórico ó un bandido. Si tenía la desgracia de vivir en tiempo de paz, le llamaban ladrón y acababa al borde de un camino, muerto á tiros, como un perro rabioso, por los soldados de la justicia. Si sus tiempos eran de guerra y revuelta, podía llegar á general y á héroe, preocupando hondamente á los futuros historiadores.

Facundo Quiroga, nacido para matar y tal vez para morir luego en un cadalso tras largas estancias en presidio, fué gobernante de pueblos y aclamado héroe por una gran parte de sus contemporáneos. Él solo ha hecho escribir más de su persona que muchos bienhechores de la humanidad. Una época de disturbios y guerras convirtió en personaje histórico á un simple «gaucho malo».

* * *

El campesino argentino, como observa Sarmiento, rara vez bebe si los versos y la música no le excitan. Por esto toda pulpería tiene su guitarra. Allí donde hay un grupo de caballos estacionados y gente sentada en troncos de árbol ó cráneos de vaca, junto á una hoguerita que calienta el agua del mate, es casi seguro encontrar un poeta, un «payador», un versista que improvisa sobre temas patrióticos y amorosos.

España dió la vihuela al gaucho. Le dió también su música popular, de un marcado carácter oriental, con sus notas prolongadas, casi iguales al grito con que el muhecín saluda desde el balcón del minarete el nacimiento y la puesta del sol. La música árabe, trasplantada á las risueñas ciudades de Andalucía, pasó luego el Océano y se esparció por las llanuras platenses, para conservarse tal vez más pura que en la Península, por la vida de aislamiento que llevaba el gaucho.

La poesía y la música marcharon siempre juntas para el hombre de la llanura, que siente ante ellas un respeto casi religioso. Cuando el payador, errante bardo de la pampa, que bebe gratuitamente por derecho propio en todas las pulperías, tomaba la guitarra, hacíase un profundo silencio. Si eran dos los cantores y emprendían una justa poética, llamada «payada de contrapunto», con preguntas y respuestas de versos improvisados, el auditorio estremecíase, avanzando la cabeza para no perder ni una palabra ni un arpegio.

Estos certámenes solían acabar mal algunas veces. La fuerza del consonante obligaba á ingerir en el verso palabras molestas para el adversario. Además, el orgullo se mezclaba en la lucha, y muchas veces el amor, pues las mujeres presenciaban las *payadas de contrapunto.* Luego de un bombardeo por ambas partes de improvisaciones irónicas y ocultas amenazas, estos poetas de facón acababan por hacerse trizas las guitarras en las cabezas y desenvainar el «compañero», guardado en el cinto. De este modo la «payada de contrapunto» terminaba con un vivo menos y un «gaucho malo» más.

El verso gauchesco es casi siempre octosílabo y asonantado, como en los viejos romances

(1) En mi novela *Sangre y arena* he presentado el tipo del *Plumitas*, «gaucho malo» de Andalucía, igual á los de la pampa.

españoles. Además, la décima goza de gran popularidad en la Argentina, como en los cantos populares de muchas otras naciones hispano-americanas. La música de las canciones llamadas *tristes* y *vidalitas,* de intensa dulzura, es en tonalidad menor, y la de las tituladas *cielitos* en tonalidad mayor.

Dos bailes populares, el *Pericón* y el *Gato*, son de gran belleza coreográfica y musical. Con la famosa *Zamacueca* de Chile, forman lo mejor que la raza hispana produjo musicalmente al establecerse en el suelo americano. Recuerdan lejanamente los bailes españoles, la jota, las seguidillas, el bolero; pero con algo propio y característico que pudiera llamarse «el sello del país». Como en todas las danzas primitivas, el gesto fundamental es el arrullo del macho á la hembra, el acose amoroso del varón y la gracia con que ella se desliza librándose de sus rodeos. La parte masculina de estos bailes tiene una noble y pesada arrogancia. Se adivina que el bailador acaba de descender del caballo. El retintín de las grandes espuelas acompaña con un ritmo belicoso el runrruneo de las guitarras. ¡Lástima que estos hermosos bailes no sean en la vida actual de la Argentina más que un recuerdo histórico que reaparece en determinadas fiestas ó en los escenarios de los teatros!



ESCUCHANDO AL «PAYADOR»

El estridente acordeón y el baile «agarrao y con corte» de los suburbios de Buenos Aires han invadido los campos, haciendo desaparecer la vihuela del payador, las elegancias del *Pericón* y los alegres bailoteos del *Gato* y sus *relaciones*, coplas improvisadas con que se saludaban las parejas.

* * *

La poesía de la pampa tuvo un Homero, que fué Santos Vega. Semejante en lo incierto de su historia al gran poeta helénico, unos dudan de que haya existido, teniéndolo por una creación de la fantasía popular; otros vacilan cuando desean asignarle sitio y fecha de nacimiento, dejándolo envuelto en las sombras de los primeros tiempos coloniales.

Un ilustre poeta moderno, Rafael Obligado, ha recogido la leyenda del gaucho payador, dándola forma imperecedera en hermosos versos.

Santos Vega es el alma de la llanura, la ruda é ingenua poesía de las inmensas pampas. Dos inspiraciones templan su canto: el amor y la libertad. Los gauchos le ven pasar con el respeto cariñoso que las razas primitivas tuvieron siempre para los poetas, mezcla de sacerdotes y de augures, buenos amigos de las potencias divinas y misteriosas, con las que conversan en rítmicas palabras.

A la caída de la tarde, cuando el sol formaba en la línea terminal de la pampa un amplio portalón de fuego, los pastores veían destacarse sobre este redondel de oro la silueta del viejo Santos, del trovador errante, montado en su incansable potro, erguida sobre la amplia frente el ala del sombrero, y terciada en la espalda la guitarra maravillosa. Por las noches, el caminante extraviado encontrábalo al borde de los arroyos, susurrando el agua entre las patas de su inmóvil corcel, jugueteando la brisa en las cuerdas del instrumento que pendía de su espalda, mientras el poeta, cabizbajo y con la boca rumorosa, parecía conversar con las estrellas que parpadeaban á sus pies, en el fondo de la corriente.

Corrían las mujeres, al circular de rancho en rancho la noticia de que Santos Vega habíase detenido á la puerta de alguna pulpería ó en una fiesta campestre para dejar oir sus versos. Sentado como un monarca en los raigones de un ombú, pulsaba la vihuela, entonando sus *tristes* y sus *ciclitos* con una voz que hacía enmudecer á los pájaros refugiados en el follaje y esparcía por la llanura un silencio de admiración, sumiendo á personas y cosas en éxtasis religioso. A su lado sentábase la mujer envidiada, la «prenda» del poeta, la moza de ojos negros, labios rojos y tez pálida, que se ruborizaba ó se erguía, con mal disimulado orgullo, al escuchar los versos compuestos en su honor.

Un atardecer, cuando los últimos rayos del sol enrojecían la llanura y las sombras de hombres y caballos prolongábanse desmesuradas sobre la tierra de color naranja, llega un jinete, desmonta y desafía al poeta. El también es payador y lleva bajo el poncho una guitarra. Hace tiempo que busca ocasión, según dice, para batirse á canciones con el famoso Santos Vega. La gente experimenta cierto malestar en presencia del recién llegado. Muchos sienten frío en las carnes. Las mujeres miran con temor sus ropas negras, su perfil aguileño y pálido, sus ojos de brasa. El mismo poeta contempla con inquietud á su contrincante. Su zozobra es igual á la del doctor Fausto cuando ve surgir de la penumbra del laboratorio al negro y misterioso estudiante. ¡Si será...! Algunos no dudan. El rival de Santos Vega no puede ser otro que el señor de las noches de la pampa, el temido «Juan sin Ropa»; el Diablo, en una palabra.

El poeta lúgubre, punteando su vihuela, se ha sentado en los raigones de un ombú é invita á Santos á cantar primero. Él contestará á sus versos.

Y empieza la más famosa «payadura de contrapunto» que pudieron presenciar los jinetes solitarios de la llanura y sus varoniles compañeras. Santos canta con él presentimiento de que su palabra suena por última vez; cree que el misterioso rival es un enviado de la muerte, y pone en su voz y en sus versos todas las melancolías y ternuras del alma. Es el cisne de las lagunas pamperas lanzando el último canto. La tarde parece recogerse en la sombra del crepúsculo para escucharle mejor: palidecen las bocas de los que le oyen, tomando una lacrimosa contracción: se humedecen los ojos: la «prenda» del poeta se inclina hacia él subyugada, vencida por el amor y el entusiasmo, como si quisiera descansar la cabeza en sus rodillas. Jamás cantó tan bien el viejo Santos; nunca sus *vidalitas* arañaron tan hondamente la sensibilidad de los oyentes.

Al terminar, el público está tan emocionado que no aplaude. Las trémulas manos de todos buscan las del poeta para estrecharlas con adoración.

— Ahora yo — dice el payador lúgubre, de sonrisa burlona.

Y el ambiente se estremece como si recibiera el latigazo de un vendaval; pero es un vendaval melódico, una música sobrehumana, irresistible, sobre la que flota la voz del cantor, sarcástica y armoniosa. El cántico, de infernal atracción, parece enloquecer á los que lo escuchan.

Santos Vega sonríe con tristeza. ¡Es él! No se había engañado. ¡Él, que viene para ven-



UNA PAYADURA DE CONTRAPUNTO

cerlo, sabiendo que una derrota equivale á la muerte!... Su entusiasmo de artista le hace admirar la belleza de unos cantos que ningún hombre sabrá repetir. El carácter sobrenatural del enemigo proporciona cierto consuelo á su orgullo. Sólo «Juan sin Ropa», sólo el Diablo, ha podido superarle.

Cuando termina el cantor misterioso, se hace el silencio. La gente, conmovida por la admiración y el miedo, baja la cabeza. ¡Santos Vega ha sido vencido! Imposible negarlo... El gaucho payador, siempre noble, es el primero en reconocerlo así. Dirige una última mirada de ternura á la «prenda», que no puede explicarse la derrota de su poeta. Se despide con los ojos del tropel de rudos jinetes y taciturnos pastores, que durante tantos años vieron en él á un héroe. ¡Adiós, amigos! Santos Vega no debe sobrevivir á su vergüenza. ¡Adiós, gloria! ¡Adiós, vida!

Santos Vega se va á hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
el momento de morir!

Y saltando sobre su caballo, huye veloz para perderse en la llanura infinita. Nadie le verá más. Algunas noches los pastores creen reconocerlo en un jinete sombrío que galopa bajo la fría luz sideral, la rienda suelta sobre las crines de la cabalgadura y una guitarra terciada en la espalda. ¡Error! ¡Ilusión! Tal vez sea el alma del canoro gaucho, que vaga por los lugares donde en otros tiempos conoció á su «prenda»; pero Santos Vega ha muerto: lo mató el payador infernal, «Juan sin Ropa» hecho poeta.

¿De dónde vino este enemigo irresistible para vencer al glorioso cantor? De donde viene todo lo que es impíamente poderoso, todo lo que acaba con lo antiguo: de la ciudad, de la lejana ciudad, que se extiende avasalladora hasta suprimir el gaucho y dominar la llanura.

«Juan sin Ropa» es el espíritu argentino de las urbes, el demonio sabio, con todos los poderes y refinamientos de la civilización, que vence al ingenuo hombre del campo apenas lo tiene frente á frente, en singular combate. Y el gaucho, noble, reconociendo su inferioridad, se da por derrotado y se aleja para morir oscuramente.

Tal es el símbolo de la leyenda de Santos Vega.

* * *

Las llamadas Misiones Jesuíticas fueron una de las manifestaciones más originales de la vida colonial en los territorios del Río de la Plata.

El gobernador Hernandarias, que deseaba fomentar pacíficamente la cultura entre los indios, y al mismo tiempo era gran devoto de los jesuítas, les confió el encargo de colonizar y gobernar una provincia.

En 1586 llegaron á esta parte de la América del Sud los primeros jesuítas. Como venían del Perú, se establecieron al principio en Salta, y luego pasaron á Córdoba, fundando allí un gran colegio, del que partieron los misioneros para recorrer el país argentino. En 1610 trasladáronse al Paraguay, y luego de siete años de infructuosas tentativas, fundaron sus primeras parroquias ó «reducciones» en la provincia llamada de Guayrá. Estas, después de muchas vicisitudes, llegaron á ser con el tiempo unas treinta, extendidas en los territorios del Norte argentino, á orillas de los ríos Paraná y Uruguay. Cada parroquia ó reducción tenía unos 3.500 habitantes. Yapeyú, que fué la capital de las reducciones, llegó á poseer 7.000. Se



LAS MISIONES JESUÍTICAS (Grabado antiguo).

calcula que á mediados del siglo XVIII, cuando los jesuítas fueron expulsados de los dominios españoles, la población en masa de las Misiones era de 150.000 individuos.

Estos pueblos presentaban todos ellos un tipo uniforme. Exteriormente estaban defendidos con fosos, empalizadas y tapias, por miedo á los indios salvajes y á las expediciones de los portugueses del Brasil, especialmente los llamados *mamelucos*, que causaban grandes estragos. Las puertas de la población quedaban cerradas con llave, que guardaban los jesuítas, y nadie podía entrar sin su permiso. Los Padres de la Compañía habían dado á las Misiones una organización militar. Tenían cañones, abundantes fusiles y oficiales instructores traídos de Europa, que todos los domingos enseñaban á los jóvenes el manejo de las armas en la plaza del pueblo. Esta plaza, igual en todas las reducciones, tenía á un lado la iglesia y el convento de los jesuítas, y en las otras tres caras, los depósitos y graneros. Los naranjos dábanla sombra, así como á las calles, que eran estrechas, con casitas bajas, de escaso mobiliario. Las mujeres hilaban y tejían el algodón; pero, generalmente, no sabían coser. Los encargados de este trabajo eran los músicos y sacristanes, indios más avispados que los otros, y que trabajaban menos por correr con los servicios del templo y de los religiosos.

La gente de las Misiones andaba vestida muy á la ligera, por efecto del clima y de la sobriedad de su existencia. Las mujeres llevaban un simple *tipoy* ó sábana atada á la cintura, y los hombres unos pantalones, chaqueta y gorro, todo de algodón, burdamente tejido en la casa. Las reducciones aparecían como pueblos civilizados, si se las comparaba con las tolderías de indios salvajes; pero, en realidad, presentaban un aspecto de sórdida miseria.

Todo el lujo y la riqueza concentrábanse en el templo y en las procesiones. Las imágenes estaban siempre entre grupos de luces y adornos de ricas telas. El incienso, el órgano y el centelleo de las piedras preciosas mantenían á los indios en una embriaguez mística cuando descansaban el domingo, luego de una semana de trabajo en el campo. Ninguno de ellos entendía gran cosa de las predicaciones de los sacerdotes y los misterios de la religión, pero admiraban como seres sobrenaturales á los jesuítas, que se les aparecían en las fiestas con dalmáticas y capas cubiertas de oro.

Varias veces tuvieron que cambiar las Misiones de sitio por miedo á los indios salvajes, y más aún por alejarse de la vecindad de los portugueses. Los *paulistas* (habitantes de la provincia de San Pablo) asaltaron y robaron las reducciones en distintas épocas, llevándose á sus habitantes cómo esclavos. En 1631 fué tan general la destrucción, que los jesuítas, huyendo de la proximidad de San Pablo, bajaron á las riberas del Paraná, esparciéndose por el actual territorio de Misiones.

Los treinta pueblos que fundaron tenía cada uno un Padre de la Compañía al frente, que desempeñaba funciones de gobernador, juez, administrador de los bienes de los súbditos y guía espiritual. Cada familia recibía en usufructo un pedazo de tierra para sacar de él su

alimentación. Además, tenía el deber de trabajar dos días á la semana en el cultivo del «Campo de Dios», título dado á las tierras de propiedad de la Orden. La familia que obtenía una gran cosecha, debía entregar el excedente al granero público. Éste mantenía á los imposibilitados, enfermos, viudas, etc.

Los jesuítas vendían, por intermedio de sus casas en Santa Fe y Buenos Aires, los productos de sus campos y de su fabricación: hierba mate, azúcar, tejidos, algodón, etc., y adquirían para los súbditos artículos útiles de procedencia europea. Moneda, jamás la veían los indios, pues era considerada por sus directores como una incitación al pecado.

La vida del indio manso de las reducciones era dulce, pero en extremo aburrida y falta de libertad. Todo estaba regulado, reglamentado y previsto. El individuo era un autómata, y la familia una ficción moral. El indio veíase tratado como un «niño grande» y el jesuíta procuraba mantenerlo en esta situación de plácida estupidez. Al nacer, tomábalo el sacerdote de la mano para no soltarlo hasta la muerte, interviniendo en todos los actos de su existencia. Hasta lo vigilaba en las intimidades de la vida conyugal. A los cinco años, el niño dejaba de pertenecer á sus padres: los jesuítas se encargaban de él; era de la comunidad, que se cuidaba de su educación. Esta consistía en aprender el catecismo y un oficio. La enseñanza era en guaraní.

En todo el territorio de Misiones sólo los jesuítas hablaban el castellano, cuidando escrupulosamente de que ningún indio aprendiese el idioma nacional. De este modo conservaban á los indígenas en forzoso aislamiento, sin contacto con los otros pueblos. Sólo á muy pocos les enseñaban á leer y escribir, para que llevasen la contabilidad; pero hasta esto lo hacían en guaraní, que era la lengua corriente. El castellano estaba proscripto, y los jesuítas no hablaban á sus súbditos de los reyes de España y de las autoridades coloniales. Los pocos libros que se imprimieron en las Misiones, todos ellos religiosos, estaban escritos en guaraní.

La vida de los pueblos era á toque de campana, como la de una comunidad. Un horario fijaba, minuto por minuto, lo que debía hacer cada individuo. Los hombres iban al trabajo y volvían de él en procesión, siguiendo á una imagen llevada en andas, al son de la música. La fertilidad del suelo no exigía grandes esfuerzos para recolectar buenas cosechas. La nutritiva mandíoca, de tan exuberante producción, mantenía con holgura á los pueblos.

El sacerdote arreglaba los matrimonios sin consultar á los novios, y se mezclaba en todos los actos de la familia. Los indios más habilidosos eran groseros escultores, pintores de imágenes y músicos sagrados. A esto se reducían las artes en las Misiones jesuíticas. Los imagineros, cantores, sacristanes y escribientes, todos ellos indios de lengua guaraní, formaban en torno de los Padres una especie de estado mayor de soplones y aduladores, que vigilaban á sus hermanos de menos categoría, dedicados á las rudas labores del campo.

La dominación jesuítica no se ejerció únicamente en las «reducciones». Llegó hasta Asunción, in-



LAS MISIONES JESUÍTICAS. RUINAS DE SAN IGNACIO

terviniendo en la vida del Paraguay, hasta el punto de que el pueblo se sublevó dos veces contra ella. Cuando el obispo Cárdenas púsose enfrente de los jesuítas, la gente lo siguió en este empeño. La lucha entre el prelado y la Compañía de Jesús tomó tales caracteres, que se extendió hasta Corrientes como una guerra civil y estuvo próxima á revolucionar toda la gobernación de Buenos Aires. Pero el gobernador, partidario de los jesuítas, apagó la protesta popular, entrando en la Asunción al frente de las hordas de catecúmenos de las reducciones, armados para el caso por los Padres de la Compañía.

A principios del siglo XVIII se reprodujo la protesta contra el jesuitismo, con el fogoso Antequera, fundador del partido de los «Comuneros del Paraguay», agrupación semejante á la de los Comuneros de Castilla. Todo el país se levantó contra los jesuítas, que bajo la apariencia de propagar «una semicivilización artificiosa», tiranizaban el país. Pero la autoridad real protegió á la Compañía, y apoyada en las bandas serviles de los indios de las reducciones, venció á los comuneros, pereciendo los jefes de éstos en el cadalso. Muertes, cárceles y destierros dieron fin á la protesta, sosteniendo los representantes de la metrópoli hasta el último instante á unos sacerdotes que proscribían de sus dominios el idioma español.

Las Misiones no fueron, en realidad, más que un obstáculo opuesto al desarrollo lógico de la conquista y de la civilización con todas sus consecuencias. La tendencia del jesuíta era aislar la influencia española para aumentar con esto la de su Orden, haciendo prevalecer sobre el elemento peninsular el elemento indígena, semibárbaro y subordinado á un gobierno eclesiástico.

Cuando Carlos III expulsó de sus dominios á la Compañía de Jesús, las Misiones se perdieron rápidamente. Los jesuítas no habían creado pueblos, sino escuelas de párvulos, á las que asistían los indios como «niños grandes». Por esto, al desaparecer el dómine que los guiaba con el cántico en los labios y la palmeta en la mano, los indios se dispersaron y los edificios derrumbáronse en ruinas. Los cuantiosos bienes de la Compañía fueron aplicados por la autoridad colonial á fines de educación y beneficencia públicas.

V

EL VIRREINATO Y LA INDEPENDENCIA

La gobernación de Buenos Aires estuvo sometida, hasta 1776, al enorme virreinato del Perú, que abarcaba todas las posesiones españolas de la América del Sud.

Durante siglo y medio, los encargados de este gobierno, el más alejado de la metrópoli, sólo tuvieron una preocupación: perseguir el contrabando (cuando no se dejaban sobornar por los contrabandistas) y batir á los portugueses, que se habían establecido en la margen oriental del río de la Plata, frente á Buenos Aires.

Primeramente ocuparon la pequeña isla de San Gabriel, junto á la Colonia del Sacramento, y luego se fijaron en la misma Colonia, estableciendo, bajo el amparo de sus cañones, un puerto franco, al que iban á proveerse ocultamente los mercaderes de Buenos Aires.

El gobernador español Don José de Garro, apodado «El Santo», por ser hombre muy justo, no podía sufrir esta vecindad, y en 1680, con trescientos porteños y gran número de indios, tomó por asalto la Colonia, quedando prisionera la guarnición. Esta fué la primera hazaña militar que se conoce de los argentinos; su más remota guerra internacional, de la que salieron vencedores.

La Colonia fué devuelta varias veces á los portugueses, en virtud de tratados diplomáticos. Felipe V, para atraerse al Gobierno de Portugal, se la cedió en 1701; pero al declararse éste contra él, ordenó al gobernador de Buenos Aires que recuperase la plaza, y el gobernador, al frente de las milicias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes y de 4.000 indios misioneros, la tomó por tierra, obligando á la guarnición á embarcarse. El tratado de Utrech (1719) devolvió la Colonia de Sacramento á los portugueses, que, durante algunos años, sostuvieron desde ella el contrabando en el río de la Plata.

El gobernador de Buenos Aires, Don Bruno Mauricio Zabala, hombre enérgico y activo, que unió á su gobierno el del Paraguay á consecuencia de la revolución de los Comuneros, hizo frente á los avances que intentaban los portugueses en las riberas del Plata. Contuvo á





SOLDADOS DE LA EXPEDICIÓN DE DON PEDRO DE ZEVALLOS (De un grabado de la época).

los de la Colonia en su contrabando, persiguiéndolo con medidas severísimas, y en 1726 fundó la ciudad de Montevideo, expulsando á los lusitanos, que pretendían fortificarse en este punto para crear un nuevo centro de defraudación. De este modo nació la ciudad que había de ser el segundo emporio del Río de la Plata.

Aunque España y Portugal se aliaban algunas veces en Europa por exigencias de la política, españoles y portugueses odiábanse y se combatían en las márgenes del gran río. A mediados del siglo XVIII, hizo su aparición en la historia de la América del Sud Don Pedro de Zevallos, último grande hombre de la colonización española. Su carácter brilló como una postrera llamarada del alma de los conquistadores. Experto militar, hizo que la Colonia se rindiese por capitulación, y tomando la ofensiva contra los portugueses, reconquistó el Río Grande, invocando para ello el antiguo tratado de Tordesillas. Pero la paz llamada de París devolvió otra vez la Colonia de Sacramento á los portugueses en 1763. Esta paz no fué duradera: volvieron á romperse las hostilidades entre España y Portugal en 1776, y entonces el Gobierno de Madrid decidió acabar de una vez para siempre con las enojosas cuestiones del Río de la Plata.

Para ello se creó el virreinato de este título, entrando en él las tres gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay y Córdoba del Tucumán, á más de las provincias del Alto Perú y Cuyo. El primer virrey fué el mismo Don Pedro de Zevallos, experto conocedor del país. Zevallos salió de la península al frente de 9.000 hombres y 119 buques, la más grande expedición que se había presentado hasta entonces en el río de la Plata. La primera noticia que tuvieron en


BUENOS AIRES EN 1802 (De una estampa de la época).

Buenos Aires de la llegada del virrey, fué acompañada del parte militar dando cuenta de la toma y destrucción de la Colonia del Sacramento. Sus murallas fueron arrasadas, así como la fortaleza, que con sus cañones había amparado el contrabando casi durante un siglo.

Zevallos, luego de resolver con la espada la cuestión de límites y del contrabando, se dedicó á favorecer el comercio. Era un hombre progresivo, que participaba de los anhelos de su monarca. Carlos III reanimaba en aquel entonces á la decaída Península con sabias leyes y obras públicas de gran utilidad; fomentaba la agricultura y la navegación; creaba Sociedades Económicas; favorecía el estudio de las ciencias é intentaba exterminar el fanatismo religioso. Zevallos secundó en el nuevo virreinato esta política. Por inspiración propia y por consejo del Cabildo de Buenos Aires, dictó un auto famoso, declarando libre el comercio del Río de la Plata con la Península y las demás colonias. Este auto, aprobado luego por la corte de Madrid, fué á modo de prólogo del famoso «Reglamento del comercio libre», que la metrópoli dictó un año después. ¡Lástima grande que la guerra entre España é Inglaterra (1779) con motivo de la revolución norteamericana, que favorecía la corte española, neutralizase los buenos efectos de estas leyes...! Cuando en 1783 se restableció la paz con el tratado de Versalles, y quedó reconocida la independencia de los Estados Unidos de América, bajo los auspicios de España, que tanto los había apoyado por molestar á Inglaterra su enemiga, la corte de Madrid estaba lejos de imaginarse que ella misma acababa de proclamar ante el mundo el derecho que asistía á sus colonias para separarse de la madre patria, transformándose en naciones libres é independientes.

Al reaparecer la paz, notáronse los efectos de la libertad de comercio. Buenos Aires se convirtió en el gran mercado de la América del Sud, siendo cabeza de línea de los buques que salían de todos los puertos de la Península. Al mismo tiempo Sevilla, la ciudad del monopolio de las Indias, cayó en mortal decadencia al extinguirse sus privilegios absurdos. El barro invadió su puerto y la Casa de Contratación no fué más que un recuerdo histórico.

Buenos Aires comerciaba también con Guinea y otros puntos de la costa de Africa, aunque en este tráfico los cargamentos de esclavos eran más que los de mercancías legales.


TIPO DE LOS PRIMEROS CARRUAJES DE BUENOS AIRES (SIGLO XVIII)

El virrey Zevallos fué llamado en 1778 á España, donde falleció á poco de llegar, y le reemplazó D. Juan José de Vertiz. El segundo virrey del Río de la Plata había sido antes gobernador de la provincia de Buenos Aires, cuando ésta dependía del Perú. Nacido en Méjico, y educado en España, participaba de los entu-



MILICIA DE BUENOS AIRES. REGIMIENTO DE PATRICIOS. (Grabado de 1807).

siasmos por el progreso que sentían todos los hombres cultos de aquella época.

Vertiz fué para el naciente virreinato lo que eran para la Península, en aquel tiempo, Floridablanca, Aranda y otros estadistas de espíritu progresivo y transformador. A su gobierno corresponden las primeras mejoras que se introdujeron en Buenos Aires. Los bienes procedentes de la expulsión de los jesuítas los empleó Vertiz en mejorar la enseñanza y la beneficencia. Fundó escuelas y hospitales, casas de expósitos y de corrección, y delineó los primeros paseos que tuvo la ciudad. Sus calles conocieron el alumbrado público. Las familias de cierta posición social comenzaron á usar carrozas como en Europa.

Hasta entonces los viajes se habían hecho á caballo. También se transitaba montado en mula por las calles de la ciudad, en días de lluvia. Sólo en 1726 circuló el primer carruaje por Buenos Aires. El gobernador Zabala, valeroso soldado, que había perdido un brazo en una de sus campañas y no podía, por tanto, manejar fácilmente el caballo, fué el introductor del primer vehículo de lujo; aunque este lujo sea muy relativo, visto desde los tiempos presentes.

Vertiz dividió la ciudad en barrios, y puso comisarios al frente de ellos para mantener el orden. Construyó edificios públicos de utilidad, entre ellos la llamada «Casa de Temporalidades». La exploración del país atrajo también sus energías. Fundó colonias de agricultores españoles en la Patagonia, que no había sido visitada desde los primeros tiempos de la conquista, y echó los cimientos de la ciudad de Carmen de Patagones, á orillas del río Negro. Quince años de gobierno, durante los cuales su actividad no tuvo descanso, acabaron por fatigar á Vertiz, que en 1784 solicitó el retiro, concediéndoselo el Rey con toda clase de expresiones honoríficas.

Le sucedió, como tercer virrey, el marqués de Loreto, Don Nicolás Cristóbal del Campo, hombre igualmente liberal y progresivo, que continuó la obra de su antecesor, aunque con menos brillantez. Ocho años duró su gobierno y, en 1792, le sucedió el teniente general Don Nicolás de Arredondo, cuarto virrey. El acto más notable de su época fué la creación del Tribunal del Consulado, del cual fué secretario el joven Don Manuel Belgrano, que años adelante había de figurar como el primer caudillo de la Independencia.

El período del quinto virrey, Don Pedro Melo y Portugal, fué de corta duración, pues no llegó á estar dos años al frente del gobierno, falleciendo en 1797. Dos años estuvo vacante el virreinato, desempeñando el puesto



MILICIA DE BUENOS AIRES. HÚSARES DE PUEYRREDÓN (Grabado de 1807).



MILICIAS DE BUENOS AIRES. CAZADOR CORRENTINO (Grabado de 1807).

interinamente el general Olaguer Feliú, gobernador de la plaza de Montevideo.

En 1799 llegó el sexto virrey, Don Gabriel Avilés del Fierro, marqués de Avilés. La época de su mando fué sumamente tranquila. Fundó algunos pueblos en el desierto; organizó la policía de Buenos Aires, pavimentó las calles, obligó á los propietarios á levantar aceras ó veredas y dió reglas para la delineación de edificios.

La metrópoli trasladó á Avilés al virreinato del Perú, y le sucedió el mariscal del Pino y Rosas. El séptimo virrey del Río de la Plata se preocupó de la enseñanza y de la cultura en general. Durante su gobierno se fundaron en Buenos Aires cátedras de Anatomía, Medicina, Química, Lenguas extranjeras y una Escuela de pintura. También en su tiempo (1.° de Enero de 1801), salió á luz en Buenos Aires el primer periódico argentino, titulado *El Telégrafo Mercantil.* Suprimido algunos meses después, apareció otro titulado *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio,* redactado por Hipólito Vieytes, el primer periodista argentino que se conoce. Este periódico, que obtuvo vida más larga, contribuyó bastante al desarrollo intelectual del país.

El virreinato del Río de la Plata era considerado por el Gobierno de Madrid como un puesto de preparación para desempeñar luego el del Perú. Iba del Pino á pasar del gobierno de Buenos Aires al de Lima, cuando murió en 1804.

El marqués de Sobremonte fué el octavo virrey, y su gobierno resultó tan agitado como tranquilos habían sido los de sus predecesores. Hacía algunos años que España estaba en abierta hostilidad con Inglaterra. Desde principios de la Revolución combatían los ingleses á Francia, y como la corte de Carlos IV se mostrase favorable á Napoleón Bonaparte, el Gobierno británico la consideró igualmente como enemiga. Sin previa declaración de guerra, la flota inglesa cometió el atropello de apoderarse de cuatro fragatas españolas que conducían caudales del Estado desde el Río de la Plata á la Península. Después de esto España se alió francamente con Napoleón é hizo la guerra á la Gran Bretaña. El poder marítimo español sufrió en esta lucha un golpe mortal con la gloriosa derrota de Trafalgar.

Los ingleses, viendo privada á España de buques para atender á la defensa de las colonias, pensaron que era llegado el momento de apoderarse de sus provincias de América y pusieron los ojos en la del Río de la Plata, tanto por su prosperidad como por ser la posesión que más aislada había vivido de la metrópoli hasta poco antes.

Una escuadra, al mando del general Berresford, fué despachada para conquistar territorios, aprovechando el desconcierto de los pueblos de Europa. Esta escuadra hizo rumbo primeramente al Cabo de Buena Esperanza, posesión holandesa. Fácilmente se apoderó del Cabo, y reanudando el viaje, llegó



MILICIA DE BUENOS AIRES. BATALLÓN DE ARRIBEÑOS (Grabado de 1807).

al río de la Plata el 6 de Julio de 1806, desembarcando 1.700 hombres en la costa de Quilmes.

No tropezó con una gran resistencia para apoderarse de Buenos Aires, pues la ciudad estaba casi sin guarnición. El Gobierno español tenía el núcleo de sus tropas en Montevideo, por ser plaza fuerte de mejor defensa y dominar desde sus alturas la entrada del río de la Plata. Un grupo de 700 vecinos de Buenos Aires fué todo lo que el virrey pudo oponer á los invasores ingleses, soldados aguerridos, mejor armados y muy superiores en número. Sobremonte, carácter irresoluto y débil, huyó á Córdoba con el propósito de organizar la resistencia y volver á la reconquista de la ciudad; pero es indudable que jamás hubiera realizado él sólo esta hazaña.



DON SANTIAGO LINIERS

Los ingleses tomaron posesión de Buenos Aires, y Berresford lanzó una proclama ofreciendo garantías al vecindario y hablando de los derechos que había adquirido el Rey de Inglaterra sobre el país argentino, después de su victoria. El primer acto de su Gobierno fué apoderarse de millón y medio de pesos oro que existían en las cajas públicas. Esta cantidad, que resultaba, en aquellos tiempos, de extraordinaria importancia, fué remitida á Londres y paseada casi en triunfo por las calles para enardecer la opinión. Los ingleses se entusiasmaron ante lo considerable del botín, formándose una idea fabulosa de las riquezas de su nueva conquista.

Al retirarse al interior el virrey y las principales autoridades, no se extinguieron por esto los propósitos de resistencia á los invasores. El pueblo se encargó de sustituir á los tímidos gobernantes. Ocurrió en Argentina, con dos años de anticipación, lo que en 1808 había de repetirse en la Península, cuando reyes y ministros se inclinaron acobardados ante Bonaparte, mientras el pueblo iniciaba la resistencia con la insurrección del 2 de Mayo y las Juntas de provincias.

Los habitantes del Río de la Plata, sin reparar en peligros, y á impulsos de su entusiasmo, intentaron reconquistar ellos solos á Buenos Aires expulsando á los invasores. Era alcalde de primer voto de la ciudad un rico español llamado Don Martín de Alzaga, hombre enérgico y emprendedor, de carácter duro y muy pagado de su fortuna y su nobleza (1). Alzaga procedió á

(1) Don Martín de Alzaga fué uno de los tipos más interesantes de los últimos años coloniales. En 1806 y 1807 se cubrió de gloria defendiendo á Buenos Aires. En 1812 le ahorcó el gobierno revolucionario al descubrir una conspiración que preparaba con los peninsulares para derrocar al gobierno criollo, restaurando el poderío de las autoridades españolas. Era un conjunto de cualidades contradictorias: generoso, pero de un orgullo sin límites; valiente, pero cruel. Cuando lo ahorcaron hubo vecinos de Buenos Aires que fueron á tirarle de las piernas y arrojaron dinero á la muchedumbre, locos de alegría al recordar las persecuciones que les había hecho sufrir en otros tiempos. El españolismo de Alzaga apareció algo dudoso en los últimos años de su vida. No se sabe ciertamente si trabajaba con desinterés por restablecer el gobierno de sus compatriotas, ó si, dudando de que España pudiera reconquistar sus colonias y libertarse de la invasión francesa, soñaba con ser el heredero de la metrópoli en el Río de la Plata. El «rico home» Alzaga, que realmente era por su carácter de la raza de los fundadores de dinastías, soñaba, según parece, con aprovecharse de la confusión anárquica en que estaba la Argentina en 1812, apoderándose del gobierno y convirtiéndose poco á poco en un rey. Ilusiones son éstas que ahora parecen extravagantes, pero estaban de acuerdo con el desorden y la desorientación de los espíritus en una época tan agitada.

Los contemporáneos de Alzaga, que conocían los secretos designios y las esperanzas del valeroso alcalde de 1806, llegaron á apodarlo irónicamente Martín I.

organizar por cuenta propia algunas fuerzas de voluntarios en los alrededores de Buenos Aires, para caer por sorpresa sobre los ingleses. Al mismo tiempo, un militar preparaba la reconquista con las fuerzas de Montevideo. Era éste el capitán de navío Don Santiago Liniers, francés de nacimiento, al servicio de España desde su primera juventud. Cuando ocurrió la invasión de Buenos Aires se hallaba mandando un buque, anclado en la Ensenada de Barragán. De allí se trasladó á Montevideo, donde, con otros marinos, organizó la reconquista.

Reunidos mil hombres entre soldados de la guarnición de Montevideo y voluntarios de dicha ciudad, salió la expedición de la Colonia el 23 de Julio, en una escuadrilla de pequeñas



LAS TROPAS DE LA RECONQUISTA MARCHANDO Á BUENOS AIRES EN 1806 (De una estampa de la época).

embarcaciones, aprovechando una espesa niebla que la permitió pasar sin ser vista por entre los navíos de la escuadra inglesa. Desembarcando en el puerto del Tigre, estableció Liniers su centro de operaciones en el pueblo de San Fernando y se puso en comunicación con los patriotas de Buenos Aires, que preparaban aisladamente la resistencia. Un grupo de tenderos catalanes, organizado en guerrilla, hostilizaba á los ingleses en las afueras de la ciudad. Martín de Alzaga con Juan Martín de Pueyrredón y otros patricios, recorría los pueblos cercanos, aconsejando la rebelión á los alcaldes y las milicias. El 31 de Julio los patriotas, mandados por Alzaga, atacaron á los ingleses en la Chacra de Pedriel, á cuatro leguas de Buenos Aires. Fácil les fué á los invasores batir á campo raso á estas partidas mal armadas, pero en su derrota supieron retirarse ordenadamente, yendo á engrosar las fuerzas de Liniers. Éste permaneció en San Fernando hasta el 10 de Agosto. En estos días de inacción, sus fuerzas aumentaron considerablemente, uniéndose á ellas muchos jóvenes de la ciudad y campesinos de las costas del río.

Dos mil hombres, relativamente bien armados y organizados, seguían á Liniers, cuando en el citado día 10 avanzó sobre la ciudad, ocupando los arrabales del Oeste, que se llamaban entonces Corrales de Miserere, donde hoy está la plaza del Once de Septiembre. Desde allí envió

un mensajero á Berresford intimándole la rendición en el plazo de quince minutos, y como el general inglés despreciase sus proposiciones, el pequeño ejército de la reconquista siguió adelante, dirigiéndose á la antigua Plaza de Toros, ahora plaza de San Martín, donde estaba la artillería, custodiada por una fuerza inglesa. La plaza fué tomada á la bayoneta, y Berresford tuvo que reconcentrar sus tropas en el corazón de la ciudad, fortificándose en la plaza Mayor, hoy plaza Victoria, y en las calles adyacentes.

El 12 de Agosto, Liniers, dividiendo su ejército en cuatro columnas, atacó la plaza por las calles del Norte y el Oeste. El vecindario de Buenos Aires ayudó esta operación hostilizando



COMBATE EN LAS CALLES DE BUENOS AIRES DURANTE LA SEGUNDA INVASIÓN INGLESA, 1807. (De una estampa de la época).

al enemigo desde ventanas y azoteas, con un entusiasmo espontáneo y heroico. Hasta las mujeres peleaban, arrojando toda clase de proyectiles sobre los ingleses. Los niños marchaban al frente de las columnas de ataque y tiraban de los cañones, ayudando á los artilleros. Fué tal el ímpetu de la ciudad cayendo sobre los invasores, que éstos viéronse obligados á replegarse en la plaza y encerrarse en el fuerte, hoy Casa de Gobierno, que se llamaba entonces Fuerte de San Juan de Austria.

A las dos horas de fuego incesante, Berresford, convencido de la imposibilidad de sostenerse, hizo señal de parlamento, y Liniers le exigió que se entregara á discreción. La bandera británica fué sustituída en el fuerte por la bandera española, y Berresford quedó prisionero con todos sus soldados.

El vecindario de Buenos Aires acogió con un entusiasmo delirante la victoria del 12 de Agosto de 1806. Unos pocos oficiales con alguna tropa de Montevideo, y la gran masa popular, habían derrotado á los soldados más aguerridos de Inglaterra en unas cuantas horas, sin otros medios que los propios, olvidados de unas autoridades pusilánimes y fugitivas. Aquel día se convenció el pueblo colonial de lo que era y lo que llegaría á ser. Al defenderse por cuenta propia, pensó que lo mismo podría vivir libre de toda tutela. Se aproximaba su mayoría de edad.

El espíritu municipal pareció resucitar con la victoria, tomando la forma de un verdadero gobierno. Citó el Cabildo á los principales vecinos de Buenos Aires á una asamblea el 14 de Agosto, y esta especie de Junta revolucionaria, interpretando los deseos de la indignación pública, declaró al virrey Sobremonte suspendido en el ejercicio de su cargo, nombrando para sustituirle, como jefe político y militar, á Liniers, al que llamaba la gente «el virrey de la victoria». Mientras la Junta de Buenos Aires deponía á Sobremonte, éste se había refugiado en Montevideo, para encargarse de la defensa de esta plaza.

La situación de Buenos Aires no era muy segura después del triunfo. Todos consideraban inevitable el retorno de las fuerzas británicas, pues Inglaterra no pasaría en silencio la afrenta que acababa de sufrir. Las tropas de Berresford estaban prisioneras, y sus estandartes adornaban como trofeos de victoria las bóvedas de la iglesia de Santo Domingo. La noticia de la derrota había llegado á Londres justamente en el mismo instante que se celebraba la toma de Buenos Aires, se paseaba en triunfo el tesoro enviado por el conquistador, y se preparaba una segunda expedición más numerosa para consolidar el poderío inglés en el Plata. La nueva del desastre sirvió para que el Gobierno británico acelerase la salida de la segunda expedición, y á los dos meses del fracaso de Berresford llegaba al río de la Plata el general Home Popham con más de 70 buques de guerra y 12.000 soldados de desembarco.

Mientras tanto, Liniers y el Cabildo de Buenos Aires se aprestaban á la resistencia. La victoria del 12 de Agosto y la proximidad de un nuevo peligro habían despertado el espíritu guerrero de los porteños. Todos eran soldados: hasta las mujeres trabajaban en la preparación del material de guerra. Los ciudadanos se alistaban en las milicias sin distinción de edades y de clases. Los hijos del país formaron el regimiento de Patricios, el de Arribeños ó provincianos y el de cazadores Correntinos. Los peninsulares organizáronse en numerosos batallones, llamados de Gallegos, Andaluces, Vizcaínos, etc., agrupándose según su provincia de origen. La gente del campo formó escuadrones de caballería, entre ellos el de Húsares, mandado por Pueyrredón.

En esta milicia improvisada, que fué el primer ejército argentino, figuraban como modestos oficiales los que habían de ser luego grandes figuras de la Independencia. Un oficial se llamaba Belgrano, otro Pueyrredón; un joven teniente del batallón de Gallegos, hijo de un abogado peninsular, llevaba el nombre de Bernardino Rivadavia; un húsar de luenga barba, venido de Salta para medir su sable con los ingleses, respondía al apellido de Güemes.

No tardó en presentarse el enemigo. Á los dos meses de la derrota de Buenos Aires, la nueva expedición, mandada por Popham, atacó á Montevideo, tomando la plaza con un asalto desesperado. Tras esta victoria toda la ribera oriental del río de la Plata quedó en poder de los ingleses. Á pesar del buen éxito, aguardaron aún prudentemente la llegada de nuevas fuerzas antes de intentar la conquista de la capital del virreinato.

Al año siguiente, en 1 de Julio de 1807, el teniente general Whitelocke, uno de los mejores militares ingleses, al mando de 12.000 veteranos y protegido por una escuadra de 60 buques, desembarcó cerca de Buenos Aires, en la Ensenada de Barragán. El primer choque en las afueras de la ciudad, fué desfavorable para las tropas mandadas por Liniers. El día 4, los sitiadores intimaron la rendición, y el virrey contestó enérgicamente, en nombre del vecindario, que estaba dispuesto á morir sobre las ruínas de la ciudad. Á los dos días emprendieron los ingleses el ataque en tres grandes columnas, que entraron por las calles de Defensa, de las Torres (hoy Mitre) y por la que ahora se llama de Charcas. Estas columnas se apoderaron de las iglesias de Santo Domingo, San Miguel, Santa Catalina y el Retiro. Los asaltantes mostraban especial empeño en hacerse dueños de Santo Domingo, para recobrar las banderas de Berresford, que se guardaban en ella como trofeos.

A pesar de estos triunfos de los ingleses, no cejó la resistencia. Por todas partes encontraban los invasores tenaces enemigos, y así como iban avanzando, rehacíanse los contrarios á sus espaldas, dificultando toda comunicación. Al anochecer, las tropas británicas tenían que retroceder deshechas. Reanudóse al día siguiente el asalto con las fuerzas de reserva, pero después de grandes peripecias y fluctuaciones del éxito, éste se decidió por los defensores de la ciudad, teniendo el invasor que retirarse de Buenos Aires dejando muchos muertos, heridos y prisioneros. Tan decisiva fué esta derrota, que á los tres meses habían evacuado las fuerzas británicas Montevideo y las demás poblaciones conquistadas en la Banda Oriental.



DON CORNELIO SAAVEDRA
(Estatua en Buenos Aires).

La milicia heroica, núcleo del futuro ejército argentino, quedaba constituída. Las invasiones inglesas habían convertido en militares al abogado porteño, al comerciante y al hacendado.

No se sabe cuál de las dos hazañas del vecindario de Buenos Aires admirar más: si el asalto del 12 de Agosto de 1806, casi sin armas, sin organización y sin otros jefes que el entusiasmo, ó la tenaz defensa de Julio de 1807, en la que derrotó al ejército más numeroso y mejor preparado de cuantos desembarcaron en el Río de la Plata.

España, apoyando la insurrección de los Estados Unidos de América por odio á Inglaterra, había enseñado á sus colonias el procedimiento para hacerse libres.

Las invasiones británicas demostraron á los habitantes del Río de la Plata que podían vivir, gobernarse y obtener victorias sin necesidad de virreyes.

* * *

La invasión de la Península española por las tropas de Napoleón fué, como dice Tomás Carlyle, á modo de un latigazo que despertó á España, sacándola de un sopor de dos siglos para devolverla á la vida y á los anhelos de libertad. La España que despertó no fué sola la peninsular: fué la España entera, y España existía entonces á ambos lados del Atlántico y á lo largo del Pacífico.



DON JUAN JOSÉ CASTELLI

Al hallarse cautivos en Bayona los reyes de este inmenso Estado, creyeron los pueblos españoles de Europa y América llegado el momento de gobernarse por sí mismos. Para ello hicieron uso de la tradición autonómica y municipalista, tan floreciente en la Edad Media, y que los monarcas absolutos habían cuidado de anular viendo en ella un peligro.

Las provincias de la Península eligieron sus Juntas soberanas, y las colonias de América las imitaron, eligiendo igualmente sus Juntas revolucionarias. Estos organismos gobernaron á nombre del Rey ausente, mas no por ello fué su gobierno menos soberano y decisivo. Tendían todos á realizar un anhelo del pueblo español: la libertad.

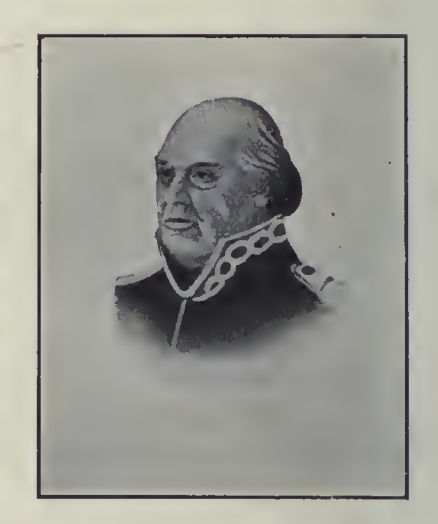


DON MANUEL ALBERTI

Las Juntas de la Península dieron como resultado inmediato el régimen constitucional, las Cortes de Cádiz de 1810 y la Constitución de 1812, que acabó con la España del pasado. No podían avanzar más allá. La metrópoli no iba á declararse independiente de sí misma.

Las Juntas americanas también legislaron en sus primeros tiempos á nombre de Fernando VII. Sólo querían la libertad política y el gobierno de la tierra americana por los criollos; pero luego, como un resultado natural y lógico de sus primeros triunfos, proclamaron la independencia.

Había llegado la hora de la emancipación, consecuencia inmediata de la libertad política. No era posible que continuase por un instante más el vasto imperio de las Indias. Lo extraño fué que esta enorme aglomeración de pueblos pudiera mantenerse algunos años luego de la revolución de los Estados Unidos de la América del Norte. Resultó un bien para el progreso humano y para la gloria eterna del alma española la independencia de las naciones de América de habla castellana y origen peninsular. ¿Qué habría ganado el espíritu de nuestra raza con el hecho de sostenerse más tiempo (cosa imposible) la absurda dependencia de los pueblos hispano-americanos? ¿Qué sería hoy Buenos Aires? ¿Dónde encontrar las grandezas actuales de la joven República Argentina, que son producto de energías é iniciativas libremente desarrolladas? . . .



DON MIGUEL AZCUÉNAGA

La independencia americana fué la más fructuosa evolución del alma española. Con ella nuestra raza se reencarnó en nuevas formas, asegurándose la inmortalidad en la Historia.

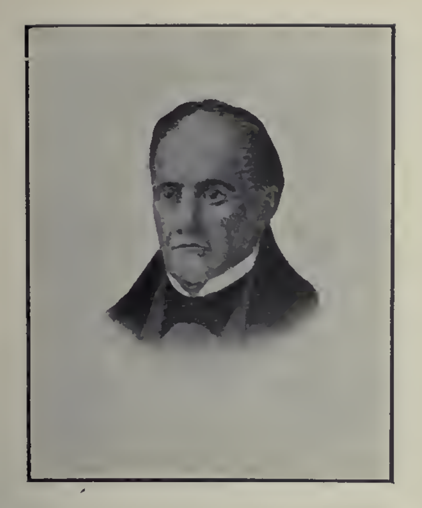
Este movimiento de emancipación pudo obedecer á causas económicas y sociales, como todos los actos importantes de los pueblos; pero su principal móvil fué la libertad política. Todas las naciones de entonces, incluso la española, moviéronse al mismo impulso.

Por esto, los liberales peninsulares simpatizaban con los revolucionarios americanos; por esto, la guerra con América resultó en España una empresa impopular. Fué la monarquía absoluta la que sostuvo la pelea con los nacientes Estados del Nuevo Mundo, no el pueblo español. Se dió el caso de sublevarse en el Océano las tropas que se enviaban de España para sofocar la revolución ultramarina, y los insurrectos, torciendo el rumbo de sus fragatas, desembarcaron en Buenos Aires, uniéndose á los liberales americanos.



DON JUAN LARREA

El gobierno de Madrid organizaba un gran ejército contra los «insurgentes» del Nuevo Mundo, pero al mismo tiempo mantenía aislados los batallones, cerca de los puertos de embarque. Temía que se sublevaran al ponerse en contacto, implantando con sus bayonetas la libertad en la Península, en vez de ir á destrozar la libertad de otros pueblos. No obstante


DON DOMINGO MATHEU

estas precauciones, el ejército destinado á América se sublevó el año 20 con Riego. Los liberales americanos estaban en relación con los de España por medio de las logias masónicas. Comerciantes argentinos establecidos en Cádiz participaban de los secretos de la conspiración contra el absolutismo. La revolución peninsular triunfante reconoció la independencia ultramarina al no enviar más tropas al Nuevo Mundo. El vencedor Riego abrió los calabozos de Ceuta y de Cádiz á marinos y militares americanos (entre ellos, el argentino Azopardo), que habían sido hechos prisioneros en la guerra y trasladados á la Península.

La lucha en toda América fué más bien entre realistas y revolucionarios que entre españoles y criollos. Muchos peninsulares abrazaron desde el primer instante la causa de la revolución americana, dándola vida y fortuna. En cambio, hubo familias criollas que tacharon de locos á los patriotas, miraron sus audacias con mal disimulada cólera, é hicieron alarde de fidelidad al Rey y al antiguo régimen, cambiando solamente de opinión á la hora del triunfo, cuando se convencieron de que el pasado había muerto para siempre. La situación de cada uno en esta lucha dependió, más que del nacimiento, del carácter y la amplitud de sus ideas.

Entre seguir viviendo como súbdito del cruel Fernando VII ó ser ciudadano de una República que guardaba la lengua y la tradición de la raza, la elección no era dudosa para un hombre de sentimientos liberales, aunque hubiese nacido en el riñón de la Península.

Hay que recordar lo que fué España en 1814, cuando Fernando VII suprimió el régimen constitucional y restableció el absolutismo. Los diputados de Cádiz, ilustres representantes de la intelectualidad del país, estaban emigrados ó barrían las calles de Ceuta vestidos de presidiarios: los obispos intentaban restablecer la Inquisición con hipócritas títulos: los regimientos veteranos habían de usar escapularios encima de sus condecoraciones de Bailén y Arapiles, y sustituir con rosarios y novenas las alegres canciones de campamento: generales que habían derramado su sangre en defensa de la Patria morían por la Libertad, fusilados en el foso de un castillo: la bestial Universidad de Cervera, mantenida por los frailes, acudía al Rey para que prohibiese «la fatal manía de pensar»: Elío, antiguo defensor de Montevideo y capitán general de Valencia, luego de haber iniciado con su sable esta reación absolutista y bárbara, dedicábase á la caza de liberales y los llevaba moribundos al pie de la horca para que no se librasen en su agonía del suplicio de la cuerda.

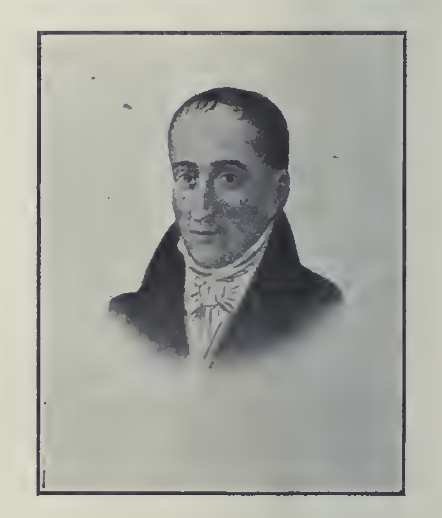

DON MARIANO MORENO


DON GREGORIO FUNES

¿Para qué seguir unidos, ni aun de nombre, á una monarquía que patrocinaba tales vergüenzas? Se comprende el arrojo de los legisladores, congregados en Tucumán en 1816, á la hora que la Península se hallaba sumida en esta barbarie. La Argentina atravesaba entonces uno de sus peores momentos. Los diputados apenas si contaban con fuerzas para defenderse de una invasión que todos creían próxima, y, sin embargo, no dudaron. Se acabó el fingimiento: no quisieron gobernar más, como las primeras Juntas patrióticas, á nombre de Fernando VII, y declararon la completa independencia del país, su definitiva separación de la metrópoli, en un noble manifiesto. No hay en él palabras de amargura ni de protesta para el pueblo español. Toda la execración es para los reyes.

¡Pobre pueblo español! Su situación en aquel entonces era más triste que la de los países americanos. Sentía la opresión de más cerca, y para librarse de ella tuvo que batirse con la Europa de la Santa Alianza, que representaba al absolutismo triunfante.

* * *


DON JUAN JOSÉ PASSO

En la vida de la Colonia se formó una nueva clase social, que fué adquiriendo con el tiempo gran importancia.

Entre las familias nobles, dueñas de las grandes propiedades, y el populacho de mestizos, indios y negros, existía una categoría intermedia, equivalente á lo que hoy se llama «burguesía», y que se designó en América con el título de «gente decente».

La «gente decente» criolla, producto en su mayor parte del cruce del español y la india, iba acaparando el ejercicio de las profesiones liberales. Era ilustrada, poseía bienes y llegó á considerarse con iguales derechos y privilegios que las familias aristocráticas. Esta clase daba el principal contingente á los cabildos y al cuerpo de abogados. También salían de ella los médicos, los profesores universitarios y los prebendados de las catedrales. Para dichos cargos exigía el Gobierno peninsular la indispensable prueba de *limpieza de sangre*. Los indios puros, los mulatos, los negros y los mestizos en general, eran excluídos de tales empleos y profesiones; pero el criollo nacido entre «la gente decente» podía aspirar á ellos, y aun los acaparaba con una actividad incansable. Aunque su tipo físico denunciase una ascendencia indígena, por haber sido indias sus abuelas, «se suponía — como dice Bunge — que estas indias fueron nobles por su raza, hijas de caciques y príncipes americanos».


DON MARTÍN RODRÍGUEZ

La «gente decente» fué en la revolución argentina lo que la clase media en la revolución francesa. Ella realizó lo que exigía más audacia y aceleró el movimiento emancipador cuando éste parecía retardarse. La gran revolución de París fué



DON MANUEL BELGRANO

obra de los abogados, que ansiaban ocupar los altos puestos directivos de la nobleza. En la revolución sudamericana, también los abogados, «los doctores», figuraron en primera línea. Años antes de la Independencia, á fines del siglo XVIII, decía un autor, al observar las costumbres de los pobladores del Río de la Plata: «Existe una especie de alejamiento ó, más bien dicho, aversión decidida de los criollos ó hijos de españoles nacidos en América hacia los europeos y el Gobierno español. Esta aversión es tal, que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, cuando unos eran europeos y los otros americanos. Los abogados, especialmente, se distinguen por este sentimiento».

Los «doctores», los hombres intelectuales de la «gente decente» dieron impulso, forma, organización y finalidad al movimiento revolucionario. Las últimas clases sociales les siguieron por odio al *godo*, que así era llamado el español peninsular, pero sin saber ciertamente en qué consistía la independencia, y prontas á entregarse á la anarquía y al fraccionamiento nacional apenas desaparecieron las autoridades.

Esta «gente decente» era, como dice un autor argentino, «piadosa é ingenua». Su existencia deslizábase tranquila y monótona en la época colonial. Los días, las semanas y los años transcurrían sin otros incidentes que las solemnidades religiosas, las fiestas organizadas en honor de la Casa real española, el cambio de gobernadores, las grandes comidas de familia y las tertulias caseras. La Iglesia y la Monarquía eran sus dos cultos. La revolución la hizo olvidarse del rey, pero siguió fiel á la religión. La familia estaba basada en el principio de un amplio poder del padre sobre la mujer, los hijos, los criados y los esclavos.



BUENOS AIRES. MONUMENTO DEL GENERAL BELGRANO EN LA PLAZA VICTORIA



BUENOS AIRES. ESTATUA DE MORENO

«Al caer la noche, antes ó después de cenar, todos rezaban en común el rosario, y al acostarse, pedían la bendición á los padres. Hijos y criados besaban al jefe de la familia la mano, generosa en la dádiva y severa en el castigo. Religiosamente educada en los claustros, ignorante y crédula, la sociedad vivía como dormitando la larga siesta colonial, sobre un suelo abundante, en un clima templado y bajo un cielo siempre límpido. Sólo las exacciones del régimen del monopolio y regalía la inquietaban, dejando con sus injusticias un fermento de incomodidad y desconfianza.»

Otra clase que intervino directamente en el movimiento emancipador fué el clero. La unidad de creencia religiosa era lo único que establecía cierta cohesión dentro de la sociedad colonial dispersa, y fraccionada en un territorio tan enorme. Pero el clero no fué en el Río de la Plata rico y aristocrático, como en otros pueblos de América. Durante la época colonial vivió sin prestigio jerárquico, sin influencia en las masas y sin esa soberbia que es producto del exceso de autoridad y de riqueza. Los curas argentinos sentíanse humillados y ansiaban ser algo en la vida de su país, casi tanto como los doctores de la «gente decente». Por esto, al insurreccionarse el pueblo contra los reyes de España, el clero del Río de la Plata se mostró revolucionario y entusiasta republicano, oponiendo su republicanismo á las tendencias monárquicas de los estadistas y los generales más célebres de la Independencia.

El cura argentino fué en sus ideas á la inversa del sacerdote de otros países americanos, que trabajó tenazmente por la contrarrevolución, deseando la vuelta de los antiguos tiempos, en los que había gozado de inmensa autoridad y enormes riquezas.

* * *

Al quedar cautivo en Bayona Fernando VII organizóse en Sevilla una Junta Soberana que asumió la representación real, dirigiendo la guerra contra el invasor. Esta Junta nombró virrey de Buenos Aires al general de Marina Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien tomó posesión del cargo en Julio de 1809.

El popular Liniers, que había sido recompensado por el rey con el grado de general por su comportamiento en la reconquista y defensa de Buenos Aires, desempeñó el Gobierno hasta la llegada de Cisneros. Al



BUENOS AIRES. ESTATUA DE CASTELLÍ

presentarse éste, Liniers se retiró despechado al interior, desistiendo de sus primeros intentos de rebeldía.

Era Cisneros un marino valeroso, pero de carácter irresoluto y débil en todo lo que no fuese el ejercicio de su profesión. Además, le aislaba del trato de las gentes una absoluta sordera, adquirida en el famoso combate de Trafalgar. La primera dificultad con que tropezó al encargarse del gobierno, fué la carencia de fondos para hacer frente á los gastos públicos. Entonces el doctor Mariano Moreno presentó al virrey, como abogado de los estancieros, su famosa petición llamada «de los hacendados», solicitando permiso para embarcar cueros y lanas en los buques ingleses. El virrey dejóse convencer, dando orden para que se comerciara libremente con Inglaterra, medida que cambió radicalmente la situación económica. Cesó la carestía de los artículos de procedencia europea, hubo dinero y se triplicaron las rentas de la Aduana.



DON ANTONIO BALCARCE

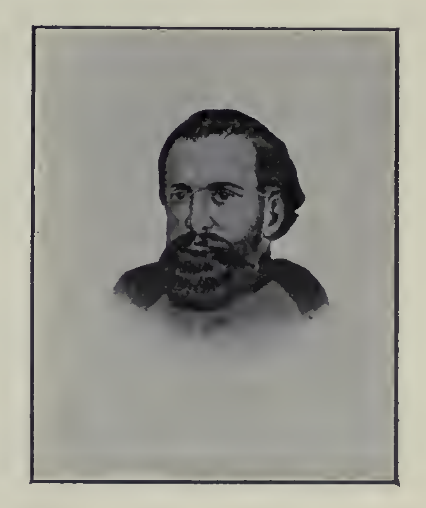
En esto, graves noticias llegaron de la metrópoli. Á mediados de Marzo de 1810 se supo que los ejércitos de Napoleón dominaban ya toda la Península, no quedando en ella otra autoridad que la de los restos de las Juntas refugiados en Cádiz y constituídos en Cortes. El virrey anunció al pueblo el 18 de Mayo todo lo ocurrido, en una proclama que revelaba tanta torpeza como buena fe. Esta confesión pública del estado deplorable en que se hallaba España produjo sus efectos. La clase media vió llegada la ocasión de gobernarse por sí misma, sin necesidad de obedecer á un virrey nombrado por un Gobierno que ya no existía.



DON ANTONIO VIEYTES (Primer periodista argentino).

Agitábase en Buenos Aires una juventud fogosa, de ideas reformistas, educada en los mismos libros que veinticinco años antes habían preparado el gran estallido revolucionario de Francia. Los colegios de estudios fundados en el siglo anterior por los virreyes Vertiz y del Pino, y dirigidos por profesores extranjeros que esparcieron las enseñanzas de los enciclopedistas, habían creado una generación ilustrada y audaz, de la que fué el verdadero tipo representativo Mariano Moreno, alma, consejo y sostén de la revolución en sus primeros avances. En las provincias la clase ilustrada había sufrido iguales influencias. En Córdoba el deán Funes, historiador de su época y ardiente revolucionario, trabajó en la preparación de los acontecimientos con sus lecciones á la juventud universitaria.

Hombres de carácter popular é incansable actividad agitaban al pueblo de Buenos Aires pidiendo la reunión de un Cabildo abierto, al que concurriesen las personas más notables para resolver lo que debía hacerse en tan críticas circunstancias. Entre estos agitadores distinguíanse dos jóvenes llamados French y Berutti, que fueron los principales instigadores de la revuelta.



DON MARTÍN GÜEMES



BUENOS AIRES. ESTATUA DE AZCUÉNAGA

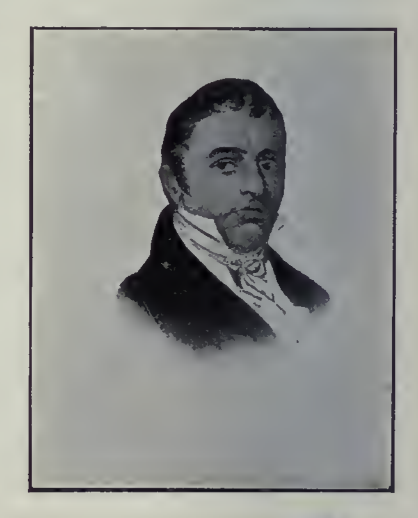
Ellos arengaron á las masas el 25 de Mayo y crearon, sin saberlo, la bandera nacional, dando á los grupos revolucionarios escarapelas de celeste y blanco, colores que había adoptado el pueblo en su lucha con los ingleses.

Cisneros hubo de acceder á la reunión del Cabildo, que solicitaba el pueblo, por hallarse falto de medios de persuasión y resistencia. El coronel Don Cornelio Saavedra, jefe de las milicias, no respondía de su fidelidad, pues parecían ganadas por los revolucionarios.

Estos batallones estaban compuestos de hijos del país, figurando en primer término el famoso regimiento de Patricios que mandaba Saavedra, natural del Alto Perú. Los batallones de peninsulares, organizados igualmente al ocurrir las invasiones británicas, habían sido disueltos durante el virreinato de Liniers, á causa de un motín á que los arrastró el inquieto Don Martín de Alzaga. Resultaba de esto que no había en Buenos Aires más fuerzas armadas que los batallones compuestos de criollos y de peninsulares que hacían causa común con ellos.

El 22 de Mayo se reunió una asamblea de los más importantes vecinos, en el piso superior del edificio del Cabildo, y habiéndose declarado incompatible la continuación del virreinato con la tranquilidad pública, los presentes asumieron esta autoridad hasta que se eligiese una Junta encargada de ejercerla. El partido de los europeos consiguió que se nombrase á Cisneros presidente de la Junta; pero al saberlo los agitadores convocaron al pueblo, y en la tarde del 24 agolpáronse frente al Cabildo, exigiendo la anulación del nuevo organismo. Querían una Junta de personas de su confianza. Los milicianos apoyaron la petición, y el virrey renunció el cargo. Al día siguiente, 25 de Mayo, el Cabildo publicó un acta, estableciendo como suprema autoridad la Junta siguiente: *Presidente*, Don Cornelio Saavedra. *Vocales*, Don Manuel Belgrano, Don Juan José Castelli, Don Miguel Azcuénaga, Don Manuel Alberti, Don Juan Larrea y Don Domingo Matheu. *Secretarios*, Don Mariano Moreno y Don Juan José Passo. En ella figuraban individuos nacidos en la Península.

La Junta prestó juramento acto seguido, y el presidente Saavedra habló al pueblo desde el balcón del Cabildo, recomendándole el orden. Empezaba á existir con vida propia la nación argentina y á gobernarse por sí misma, aunque sin desligarse ostensiblemente de la metrópoli, pues la Junta ejercía su autoridad en representación del Rey de España. La verdadera independencia, de hecho y de nombre, no fué hasta 1816.

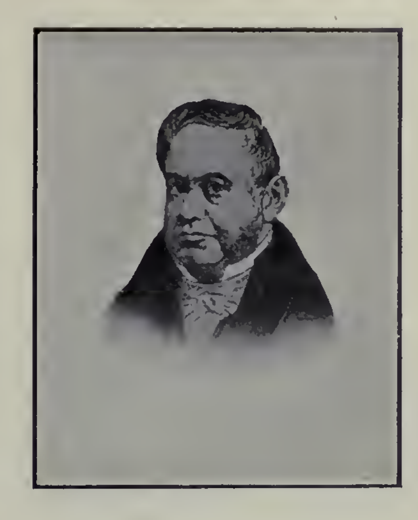


DON JOSÉ GARCÍA COSSÍO

Organizada como poder ejecutivo, su primera medida fué llevar la revolución al interior del antiguo virreinato de la Plata, ó sea á las Intendencias del Alto Perú (Bolivia), Banda Oriental y Paraguay.

En las primeras disposiciones dió el secretario Moreno una gran prueba de su actividad y su carácter enérgico. Este joven abogado, antiguo relator del Tribunal de Buenos Aires,

tenía mucho de los jacobinos franceses. Era como ellos organizador de ejércitos, y no retrocedía en la aplicación de la pena de muerte cuando se imaginaba que con esto salvaba á la patria. Sus lecturas y entusiasmos habían acabado por darle cierta semejanza con Danton, Saint-Just y otras almas férreas de la gran revolución. La Junta creó con las milicias y el pueblo armado pequeños ejércitos que iban á propagar la rebeldía por las antiguas provincias; pero antes necesitaba hacer frente á un peligro inmediato. Liniers estaba en Córdoba cuando ocurrió la deposición del virrey, y en unión de su compañero el marino Don Juan Gutiérrez de la Concha, gobernador de dicha provincia, organizaba un ejército para marchar sobre Buenos Aires. Este ejército se compondría de las milicias de Córdoba, las tropas españolas del Alto Perú mandadas por el general Nieto y las que enviara Elío de Montevideo. Al mismo tiempo, la escuadra realista dirigida por Romarate bloquearía la capital. A estos preparativos había que unir el prestigio de Liniers y de Concha, héroes populares de la defensa de Buenos Aires contra los ingleses.


DON VICENTE LÓPEZ (Autor de los versos del «Himno Argentino»).


DON BERNARDO MONTEAGUDO

La actividad de Moreno y su audacia decidió á la Junta á proceder con rapidez, sofocando la contrarrevolución antes que ultimase sus preparativos. Una división de 1.200 hombres mandada por Ortiz de Ocampo y Antonio Balcarce salió rápidamente hacia la provincia de Córdoba en el mes de Julio, para apresar á Liniers y á Concha, y los fusiló el 26 de Agosto en el lugar denominado Cabeza de Tigre. Moreno consideraba necesario este fusilamiento para salvar á la revolución del mayor de sus peligros, que era la popularidad de Liniers. El pequeño ejército siguió adelante hacia el Alto Perú, y el 7 de Noviembre, en Suipacha, cerca de Tupiza (Bolivia), las tropas mandadas por Balcarce derrotaron á las del coronel Córdoba. Esta victoria fué la primera que alcanzaron las armas de la revolución. A consecuencia de ella las Intendencias del Alto Perú se insurreccionaron contra las autoridades coloniales.

Menos afortunado fué otro ejército que marchó al Paraguay bajo el mando de Don Manuel Belgrano, individuo de la Junta, que ésta improvisó general por haberse batido valerosamente durante las invasiones inglesas. La provincia paraguaya se mantuvo fiel á su intendente Velasco, el cual, con fuerzas muy superiores á las de Belgrano, salió á su encuentro, y en las márgenes del Paraguari y el Tacuari lo derrotó en 1811, obligándolo á repasar el Paraná.

Otro ejército envió la Junta contra Elío, gobernador de Montevideo, que había hecho bloquear por la escuadra española el puerto de Buenos Aires. Esta división, al mando de Don Martín Rodríguez, se unió con la de Belgrano, que regresaba del Paraguay, marchando juntas á sublevar contra los realistas las campiñas de la ribera oriental. El levantamiento fué realizado


GENERAL RONDEAU



DON JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN

especialmente por los caudillos José Artigas y Venancio Benavides.

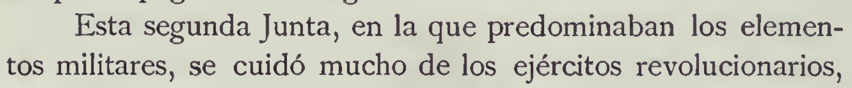
Mientras se verificaban estas operaciones militares estalló en Buenos Aires una insurrección contra la Junta, el 5 y el 6 de Abril de 1811. Saavedra y Moreno se trataban con visible hostilidad. El presidente quejábase de las intrusiones del fogoso secretario, que era el alma de todo, y éste á su vez protestaba del carácter del presidente y de la intervención de su esposa en los asuntos públicos.

En realidad, lo que ocurrió fué que estaba ya latente en el seno del primer Gobierno argentino la división de los dos partidos, *federal y unitario*, que luego habían de perturbar durante tantos años la vida de la nación.

Una segunda Junta surgió de la asonada de Abril de 1811, siendo excluídos de ella los amigos de Moreno. La formaron Saavedra, Azcuénaga, Matheu, Larrea, Alberti, el deán Gregorio Funes, Manuel F. Molina, José García Cossío, Manuel J. Molina, José A. Olmos, Juan Ignacio Gorriti, Francisco Cruchaga, Juan Francisco Tarragona y José Julián Pérez, actuando como secretarios Passo, el periodista Vieytes y Campana. El enérgico Moreno había renunciado su puesto de secretario, desatendiendo todos los ruegos para que retirase la dimisión. Su carácter era incompatible con el de Saavedra. Para aprovechar sus servicios y darle una especie de satisfacción pública, la Junta lo envió á Inglaterra como agente diplomático. Murió cuando navegaba hacia Europa y su cuerpo fué arrojado al mar. Al conocer la triste noticia Saavedra, exclamó derramando lágrimas: «¡Tanta agua era menester para apagar tanto fuego!»



DON TOMÁS GUIDO



Esta segunda Junta, en la que predominaban los elementos militares, se cuidó mucho de los ejércitos revolucionarios, que alcanzaron varios triunfos en la Banda Oriental, dominándola casi por completo. En Mayo de 1811, Don José Rondeau, al mando de 4.000 hombres, puso sitio á Montevideo, cortando sus comunicaciones con el campo. En el Alto Perú, por el contrario, las tropas argentinas del Norte, á causa de las enormes distancias, la dificultad de las comunicaciones y las divergencias entre los jefes, sufrieron grandes desastres.

En Buenos Aires también la discordia produjo sus efectos. Los individuos del Cabildo se mostraban en abierto antagonismo con los de la Junta, y este conflicto determinó una nueva forma de gobierno. La Junta fué disuelta. El poder ejecutivo se llamó, en adelante, triunvirato, y estuvo compuesto de tres gobernantes y tres secretarios.

Los primeros triunviros fueron el coronel Chiclana, Don Manuel de Sarratea y D. Juan José Passo, sirviéndoles de secretarios D. José Julián Pérez, D. Bernardino Rivadavia y Don Vicente López, el autor de los versos del «Himno Argentino».



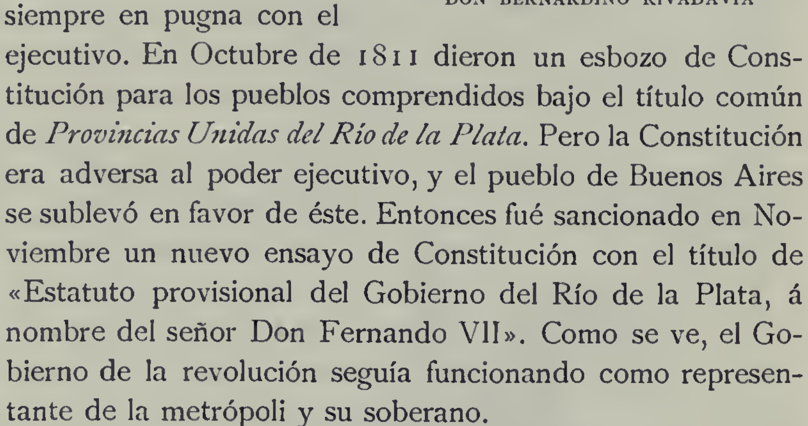
RODRÍGUEZ PEÑA

Por primera vez apareció en la vida pública, desempeñando un cargo importante, Rivadavia, el más grande de los gobernantes argentinos de aquella época. El triunvirato tuvo que luchar con numerosas dificultades. Se separó el Paraguay definitivamente de la Argentina á instigaciones del Dr. Francia, que fué luego su tirano. El sitio de Montevideo hubo que levantarlo: el ejército del Norte retrocedió derrotado: los portugueses intervinieron en los asuntos de la Banda Oriental, y Artigas intentó alzarse contra la autoridad de Buenos Aires.



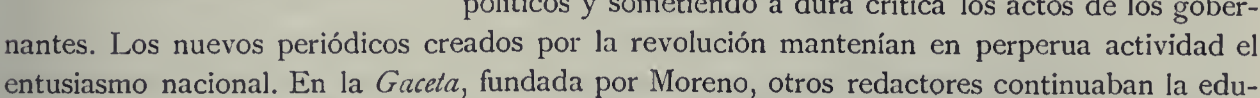
DON BERNARDINO RIVADAVIA

Además, el triunvirato estaba fiscalizado por los diputados de las provincias. Estos diputados, que tomaron el título de «Junta conservadora», eran á modo de un poder legislativo y se mostraban siempre en pugna con el ejecutivo. En Octubre de 1811 dieron un esbozo de Constitución para los pueblos comprendidos bajo el título común de *Provincias Unidas del Río de la Plata.* Pero la Constitución era adversa al poder ejecutivo, y el pueblo de Buenos Aires se sublevó en favor de éste. Entonces fué sancionado en Noviembre un nuevo ensayo de Constitución con el título de «Estatuto provisional del Gobierno del Río de la Plata, á nombre del señor Don Fernando VII». Como se ve, el Gobierno de la revolución seguía funcionando como representante de la metrópoli y su soberano.



DON CARLOS MARÍA ALVEAR

Una agitación febril había sucedido en Buenos Aires á la tranquila vida colonial. Las gentes se resarcían de los largos años de quietud y silencio, perorando, formando grupos políticos y sometiendo á dura crítica los actos de los gobernantes. Los nuevos periódicos creados por la revolución mantenían en perperua actividad el entusiasmo nacional. En la *Gaceta*, fundada por Moreno, otros redactores continuaban la educación política de que tan necesitada estaba la naciente democracia.



Castellí y Bernardo Monteagudo fueron los periodistas más influyentes de la época. También escribieron concienzudamente sobre los problemas de entonces Agrelo y Pazos.

La situación del triunvirato durante 1812 fué difícil y apurada. El activo Rivadavia dió pruebas de su carácter firme, su capacidad intelectual y su incansable laboriosidad en los momentos de mayor compromiso. La escuadra realista impedía



CABALLERÍA ARGENTINA (De una estampa de la época de la Independencia).

el comercio de Buenos Aires, y las tropas revolucionarias eran derrotadas en el Norte. Al mismo tiempo, por una casualidad, descubríase la conspiración del temible y ambicioso Don Martín de Alzaga, que de acuerdo con la guarnición de Montevideo, iba á sublevar la capital y prometía colgar las cabezas de los gobernantes en la plaza de Mayo. Rivadavia invitó al triunvirato á proceder con una rapidez y una dureza jacobinas. Alzaga y varios conspiradores aparecieron ahorcados á la mañana siguiente, y con esto se impidió la contrarrevolución.

La victoria alcanzada por Belgrano en Tucumán, y la del Cerrito, obtenida por Rondeau en las inmediaciones de Montevideo sobre el general Vigodet, que mandaba dicha plaza como sucesor de Elío, robustecieron un tanto el prestigio del triunvirato.

Además de esto, la causa revolucionaria recibió en Marzo de 1812 el más valioso de sus refuerzos. La fragata inglesa *Jorge Canning* trajo á Buenos Aires un teniente coronel de caballería del ejército español, llamado Don José de San Martín. Con él llegaba un joven alférez de carabineros reales, Don Carlos María de Alvear. Los dos eran hijos de militares españoles y nacidos en suelo argentino. Llevados á la Península para su educación, volvían á la tierra natal ansiosos de ayudarla con sus conocimientos en el arte de la guerra.

La llegada de San Martín cambió la organización de las fuerzas revolucionarias. Hasta entonces no habían sido más que milicias entusiastas, pero de floja disciplina; muchedumbres armadas, algo ingobernables, bajo la dirección de abogados y estancieros convertidos en generales. San Martín, con su pericia y su genio, iba á crear el primer ejército argentino.

BUENOS AIRES. MONUMENTO DEL GENERAL SAN MARTÍN

En Octubre se formó un segundo triunvirato, compuesto de Rodríguez Peña, Álvarez Fonte y Passo, teniendo como secretarios á Luca y Guido. Este triunvirato fué el iniciador en Argentina del sistema representativo, pues en su tiempo (Enero de 1813) comenzaron las sesiones de la «Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata». Esta Asamblea adoptó el escudo y la bandera nacionales que Belgrano había presentado á sus tropas en las barrancas de Rosario, así como el «Himno Argentino» escrito por Don Vicente López Planes, con música del maestro Parera. Declaró, además, la libertad de vientres, primer avance para la abolición de la esclavitud.

Dos triunfos de los revolucionarios señalaron el año 1813. San Martín, que había organizado su famoso

regimiento de «Granaderos de á caballo», lo llevó por primera vez á la victoria en San Lorenzo, inaugurando la serie de triunfos que había de obtener dicho cuerpo en diversos países de la América del Sud. Este primer combate en la orilla derecha del Paraná, á tres leguas de Rosario, fué un choque de caballería con marinería de río. Una flotilla realista, procedente de Montevideo, remontaba el Paraná, y San Martín la siguió por la ribera, aprovechando el desembarco de parte de sus fuerzas ante el convento de San Lorenzo para caer sobre ellas. El choque fué empeñado y produjo muchas bajas. El mismo San Martín, que aparte de sus condiciones de caudillo genial era un valeroso soldado, vióse en peligro de muerte. Caído debajo de su caballo, se salvó gracias á la abnegación del sargento Cabral, obscuro correntino que alcanzó gloriosa muerte cubriendo con su cuerpo al jefe. Una completa victoria de los granaderos dió fin á la célebre jornada de San Lorenzo.



DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

Pocos días después, el 20 de Febrero, el general Belgrano ganaba otra victoria en Salta, derrotando al general Tristán, que se había atrincherado en los alrededores de la mencionada ciudad. Quiso Belgrano seguir avanzando hacia el Alto Perú, pero fué contenido por las tropas que mandaba el general Don Joaquín de la Pezuela. Belgrano sufrió dos serios descalabros en Villcapugio y Ayouma, que le obligaron á retroceder á Jujuy á fines de 1813. El Gobierno, sin consideración á sus victorias anteriores, lo separó del mando, reemplazándolo con el coronel San Martín, en cuyos talentos militares tenía más confianza. En Enero de 1814 se avistaron los dos jefes en la posta de Yatasto, y Belgrano hizo entrega de las fuerzas á su sucesor.



INFATENRÍA ARGENTINA (De una estampa de la época de la Independencia).

Con esto terminó la actuación militar del general Belgrano. No fué un genio, como San Martín, ni un organizador de ejércitos; pero con los elementos deficientes que le dió la revolución en los primeros instantes, hizo cuanto pudo y alcanzó victorias. Belgrano, débil de cuerpo y blando y dulce de carácter, suplió, como dice uno de sus biógrafos, «por la constancia y la fuerza de voluntad, las cualidades militares que le faltaban». San Martín, que le vió por primera vez en la posta de Yatasto, túvole siempre en gran aprecio, rogando al Gobierno que lo conservase al


BUENOS AIRES. ESTATUA DE RODRÍGUEZ PEÑA

frente de las tropas, porque no obstante los contratiempos sufridos «era hombre útil y necesario en el ejército á causa de sus talentos y su conducta irreprochable».

Este patriota del primer momento, obligado á hacer frente á las mayores dificultades con escasos medios, quedó olvidado como general. Sólo fué ya diputado y representante diplomático, hasta que falleció en 1820, cuando la nación argentina sorteaba con riesgo de su existencia los peligros de una situación anárquica.

En Febrero de 1814 reformóse otra vez la composición del Gobierno. La suprema autoridad, confiada á un triunvirato, se hizo unipersonal, con el título de «Directorio Supremo de las Provincias Unidas», siendo elegido Director Don Gervasio Antonio Posadas. Le ayudaron como ministros, Don Nicolás Herrera, encargado del ministerio de Gobernación; el coronel Viana, del de la Guerra, y el español Don Juan Larrea, del de Hacienda.

En la Banda Oriental la situación del Gobierno argentino era muy penosa. Artigas se había sublevado contra los gobernantes de Buenos Aires, negándose á reconocer su autoridad é iniciando la guerra de *montonera* en el Río de la Plata, lo que obligaba al ejército sitiador de Montevideo á distraer numerosas fuerzas, teniendo que luchar á la vez con los realistas y las partidas insurrectas. La escuadra organizada por el Gobierno argentino (especialmente por el ministro Larrea), y al frente de la cual estaba un irlandés llamado Guillermo Brown, compensó con importantes triunfos los inconvenientes y amarguras de la guerra civil. El experto Brown, primer almirante argentino, batió la escuadra de Romarate en 1814, librando el puerto de Buenos Aires del bloqueo, y tomó las fortificaciones de la isla de Martín García. Luego volvió á derrotar dichos buques frente á Montevideo, lo que dió por resultado el dominio absoluto de las aguas del Plata. Poco después, en el mes de Junio, la guarnición de Montevideo, agotados sus recursos, y privada de toda comunicación marítima, se rindió al general Don Carlos M. Alvear, que mandaba el ejército sitiador. Con esto se vió libre el territorio argentino de tropas españolas.

San Martín, que había quedado al frente del ejército del Norte, fué sustituído por Rondeau, y pidió entonces pasar á Mendoza como gobernador de las provincias de Cuyo. Su talento militar le había hecho ver la imposibilidad de batir á las tropas del virreinato del Perú, atacándolas por el Norte. Lejos de Buenos Aires, teniendo que luchar con la dificultad de las comunicaciones y lo árido y despoblado del país, todos los avances que se intentasen por el Alto Perú conducirían inevitablemente al fracaso, como le había ocurrido á Belgrano. La acción por el Oeste era más fácil y segura. San Martín, al trasladarse á Mendoza, llevaba ya el plan de sus futuras y victoriosas expediciones. Pasando á Chile reanimaría la revolución en este país, y una vez dueño de él, podría ir por mar á la invasión del Perú, el más firme baluarte de la dominación realista en la América del Sud. Durante


DON GERVASIO ANTONIO POSADAS

tres años se dedicó en las provincias de Cuyo á la preparación de esta empresa, con la tenacidad y la prudencia propias de su carácter. Don Tomás Guido le ayudaba, desde Buenos Aires, influyendo con el Gobierno para que le proporcionase medios, que nunca fueron abundantes, por los apuros que atravesaba el país.

El Directorio, una vez conquistado Montevideo, tuvo que luchar con las montoneras de Artigas y las pretensiones de la diplomacia portuguesa, que intentaba apoderarse de la Banda Oriental. Las provincias argentinas comenzaron á organizarse en esta época. Mendoza se sepa-



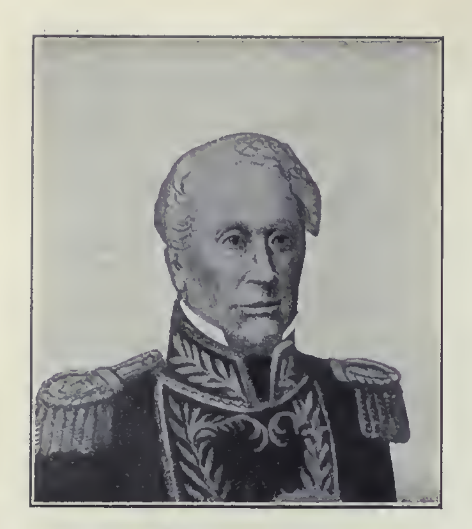
COMBATE DE SAN LORENZO. EL SARGENTO CABRAL SALVANDO AL GENERAL SAN MARTÍN (De una estampa popular).

ró de Córdoba, y con San Juan y San Luis formó la provincia de Cuyo. La provincia de Entre Ríos se constituyó, con la de este nombre, la de Corrientes y Misiones. La provincia de Tucumán comprendió á Santiago y Catamarca, y la de Salta á Jujuy, Orán, Tarija y Santa María, territorios estos dos últimos que actualmente pertenecen á Bolivia.

El Director Posadas envió á Europa á Rivadavia y á Belgrano con un encargo diplomático para que las principales naciones reconociesen la independencia del país; pero la misión fracasó completamente.

En el Alto Perú las tropas argentinas, si no avanzaban, mantenían en continua alarma al ejército de Pezuela. Por otra parte, el valeroso Güemes, con sus jinetes gauchos, sostenía una lucha de guerrillas en Salta y Jujuy, consiguiendo rechazar ocho invasiones, hasta que en una sorpresa fué muerto.

En Enero de 1815 renunció Posadas al cargo de Director, sucediéndole el general Alvear. La situación del Gobierno de Buenos Aires continuaba siendo difícil. Artigas sostenía en el lito-


ALMIRANTE BROWN

ral la guerra civil, titulándose «Protector de los pueblos libres». Las divisiones políticas esterilizaban la acción del Gobierno. Las *montoneras* ó partidas de insurrectos pululaban en todas las provincias. Tal era el desorden y tan extraño el patriotismo de las bandas armadas, que los convoyes enviados á las tropas del Alto Perú desaparecían en el camino robados por los gauchos. Un ejército organizado para limpiar de montoneras la provincia de Santa Fe, se sublevó en Fontezuelos contra el general Alvear, y éste, por hallarse disuelta la Asamblea Constituyente, que era su principal apoyo, abandonó el Directorio, quedando la nación sin gobierno.

El Cabildo de Buenos Aires asumió la autoridad nombrando Director provisional al general Don Ignacio Alvarez Thomas, peruano de nacimiento y uno de los promovedores del motín de Fontezuelos. Una Junta reemplazó á su lado á la disuelta Asamblea. Los partidarios de Alvear, que eran los que se designaron más adelante con el título de *unitarios,* viéronse perseguidos y desterrados.

Mientras tanto, el ejército del Norte, mandado por Rondeau, valiosa selección de las mejores tropas argentinas, sufrió una derrota enorme, como lo había previsto San Martín al estudiar el teatro de la guerra. En 1814 y 1815 había alcanzado Rondeau las victorias del Tejar, Puerto del Marqués y Venta y Media; pero en Noviembre del último año el general Pezuela lo venció y lo copó en las alturas de Sipe-Sipe, anulando este ejército, el mejor de todos los organizados por la revolución.

El desastre de Sipe-Sipe y la derrota de las tropas del Gobierno por las montoneras de Santa Fe, acabaron con la autoridad del Director Alvarez, que dimitió el poder ante el Cabildo, siendo nombrado para sustituirle, en Abril de 1816, el general Don Antonio González Balcarce.

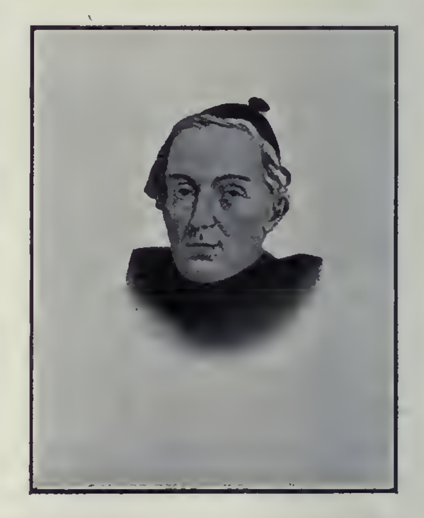
La anarquía empezaba á extenderse por el Río de la Plata, anulando todo intento de autoridad central. Los caudillos de las provincias desconocían el Gobierno de Buenos Aires y atacaban á sus enviados. Artigas en la Banda Oriental, Ramírez en Entre Ríos y Estanislao López en Santa Fe, embarazaban con sus alzamientos armados la acción del Gobierno y sus funciones administrativas.

Afortunadamente, la convocatoria del famoso Congreso de Tucumán vino á contener esta disgregación, restableciendo un poco el orden. Los diputados, reunidos en una pobre casa colonial de la mencionada población, fueron los verdaderos fundadores de la nacionalidad argentina, francamente independiente.

El 3 de Mayo designaron nuevo Director de las Provincias Unidas al general Don Juan Martín Pueyrredón, diputado por San Luis. Pueyrredón, hombre enérgico y de abnegados sentimientos, contuvo la anarquía y auxilió con todos los medios que pudo encontrar la expedición organizada por San Martín en Mendoza.

Los dos actos más memorables del Congreso de Tucumán fueron: la declaración de la Independencia y la proclamación de la República como forma política definitiva del nuevo Estado.

Hay que darse cuenta de la energía que significó en los


FRAY JUSTO SANTA MARÍA DEL ORO

legisladores de 1816 la declaración de la Independencia. El porvenir mostrábase ensombrecido por el peligro y la incertidumbre. Lo mejor de las tropas argentinas acababa de ser deshecho en Sipe-Sipe: no contaban con otra esperanza militar que la que ofrecía San Martín y su expedición, todavía embrionaria: se hablaba de un gran envío de tropas que estaba organizando el rey de España: las montoneras dominaban una parte del país, y los legisladores no estaban seguros de la obediencia de sus provincias. A pesar de esto, el Congreso, por unanimidad, sin vacilaciones ni miedos, acordó, en una hermosa declaración, separarse para siempre de la metrópoli y sus reyes. Afirmaban los diputados, á la faz del mundo, su alejamiento de Fernando VII, á la misma hora en que éste tiranizaba al pueblo español, perseguía á muerte todo intento de libertad y pretendía hacer retroceder sus Estados á la barbarie absolutista.



CASA DE TUCUMÁN DONDE SE REUNIÓ EL CONGRESO DE 1816

La proclamación de la República fué un milagro del espíritu democrático que el pueblo argentino mostró siempre, desde los primeros tiempos coloniales. Todos los hombres importantes de la Independencia eran fervorosos devotos de la monarquía, y deseaban un rey para las provincias platenses. Belgrano era monárquico; Rivadavia, monárquico; San Martín, hasta los últimos años de su ancianidad, se mostró partidario de los reyes (1). Todos los argentinos notables por su valor militar ó su talento político, soñaban con erigir un nuevo trono en las orillas del Plata. Unos querían una dinastía incásica; otros, una infanta portuguesa ó un príncipe de Francia. Hasta años después de proclamada la República, cuando la nación pasó por épocas de desorden, hubo políticos que gestionaron en Europa la conformidad de algún pretendiente de sangre real que se prestase á instaurar una monarquía argentina.

En el Congreso de Tucumán la mayoría de los diputados era monárquica. Belgrano defendió con gran calor la proclamación de un rey, y muchos diputados la secundaron. Sin embargo, venció la entereza de la minoría, y lo más original de este debate fué que enfrente de

(1) Yo he tenido en mis manos en Santiago de Chile una carta de San Martín dirigida al general Bulnes, Presidente de aquella República, que guarda el notable historiador chileno D. Gonzalo Bulnes, hijo del citado general. En ella, el héroe, olvidado en su retiro de Boulogne sur Mer por la nación argentina, da las gracias á Bulnes, acusándole recibo de un envío de dinero que le hace el gobierno chileno, en recuerdo de sus antiguos servicios al país. San Martín felicita á Bulnes por el orden y la prosperidad con que se desarrolla la República chilena, y añade: «Esto trastorna las ideas de toda mi vida. Yo he creído siempre que no era posible la República en pueblos que hablan el español, y que éstos necesitan un rey para vivir tranquilamente».

Nótase en la mentalidad política de San Martín la influencia de su educación en España á fines del siglo XVIII. El respeto á la monarquía estaba muy arraigado en él.



BUENOS AIRES EN 1820 (Grabado de la época).

los monárquicos, hombres de espada y de ley, la aspiración republicana tuvo en los sarcerdotes su mejor representación.

El diputado por San Juan, Fray Justo de Santa María del Oro, mostróse el defensor más entusiasta de la República. Fray Cayetano José Rodríguez y el Dr. Anchorena, diputados por Buenos Aires, le secundaron ardientemente. El Padre del Oro llegó á amenazar con retirarse del Congreso, consignando una ruidosa protesta, si no se adoptaba la forma republicana. Su entereza venció á los monárquicos, y la República quedó proclamada.

El Director Pueyrredón, gobernante activo y hábil, intentó sin éxito contener el avance de los portugueses, que se aprovecharon del desconcierto público para enseñorearse de la Banda Oriental. Los mismos habitantes de estos territorios, cansados de los atropellos de las bandas de Artigas, y deseosos de paz, auxiliaban á las tropas portuguesas de ocupación, mandadas por el general Lecor. Además, el Gobierno argentino, á causa de la anarquía de las provincias, no podía reunir fuerzas suficientes para repeler la invasión portuguesa. Esta, luego de derrotar á los montoneros en el arroyo del Catalán, en Enero de 1817, se apoderó de toda la Banda Oriental, y Artigas tuvo que refugiarse en el Paraguay, al lado del tirano Francia, que en vez de acogerlo como huésped lo trató como prisionero, hasta que murió, obscuramente.

Lo que más preocupaba á Pueyrredón era la expedición de San Martín, luchando con la escasez de recursos para ayudarla en sus preparativos. Las provincias de Cuyo prestaron al general un auxilio espontáneo y patriótico. Hubo que apronta 13.000 mulas para el paso de los Andes, guardar el secreto de los movimientos con objeto de sorprender al enemigo al otro lado de la Cordillera, y reunir enorme cantidad de víveres; todo ello sin dinero, confiando en la generosidad de los patriotas. Al fin, el general pudo emprender su arriesgada operación á principios de 1817. Combatir á los enemigos teníalo como lo menos importante; lo difícil era luchar con la Naturaleza, pasar los Andes rápidamente, en pocos días; pues de la celeridad dependía el éxito de la operación, con un ejército numeroso, escasos víveres y los cañones desmontados y á lomo de mulas.



BUENOS AIRES. PLAZA DEL MERCADO EN 1820 (Grabado de la época).

En la historia militar, el paso de los Andes por San Martín es una empresa igual al paso de los Alpes por Aníbal. Tal vez resulta superior al paso de Napoleón por el San Bernardo, á causa de la infe-

rioridad de los medios que tuvo á su disposición el general argentino. Las hazañas de San Martín al otro lado de los Andes son bien conocidas. Cimentó la independencia de Chile y del Perú, y sólo se detuvo en su avance victorioso al llegar al Ecuador, donde se abrazaron él y Bolívar, los dos libertadores de la América del Sud.

* * *

Aparece San Martín como una de las figuras más simpáticas y varoniles, no de la historia argentina, sino de la Historia Universal.

Fué un soldado de brazo férreo; un conductor de ejércitos, de vista certera y gran inteligencia; un incansable y hábil organizador y, por encima de todo esto, un hombre de sano corazón y bellos sentimientos, sin las rudezas del guerrero profesional.



UNA POSTA ARGENTINA (Grabado de 1820)

En el aislamiento de su vejez, abandonado de su patria, y sobrellevando con majestuosa serenidad la ingratitud nacional, este hombre fué más sublime que cuando salvaba los Andes y corría media América, como generoso Don Quijote de la libertad, emancipando á cuatro pueblos.

Su desinterés de vencedor sólo era comparable á su coraje de combatiente. «La victoria no da derechos». Peleaba por grandes ideales, por una Dulcinea que nunca había de ver. Cuando sus aspiraciones se convirtieron en realidad, otros las disfrutaron, mientras él, pobre y olvidado, vegetaba en su destierro de Europa.

En todas partes fué el primero durante su corta vida de triunfos y glorias. Luego pasó mucho tiempo como un muerto que se sobrevive, lejos de un país que había creado con su espada y en el que se movían cual histriones ebrios, sanguinarios déspotas, caudillos de provincia y toda clase de personajillos de revuelta. Durante treinta años, Europa, siempre que fijaba su vista en el Río de la Plata, era para hablar de Rosas, ¡y aún vivía San Martín, retirado en Francia, en una casita modesta de provincias! . . . A la ingratitud unióse un olvido semejante á la muerte en vida.

Este soldado glorioso, que pasó la última parte de su existencia en forzado descanso, apenas había conocido el dulce vagar de la infancia. Á la edad en que los niños se entregan á sus juegos, era ya cadete de un regimiento español y veía de cerca la muerte en los combates.

Nacido en Yapeyú, la antigua capital de las Misiones jesuíticas, de una familia de militares españoles; á los ocho años marchaba á la Península para su educación guerrera. Quería ser soldado como todos los suyos. Vistió en el regimiento de Murcia el uniforme azul y blanco, los dos colores favoritos de Carlos III, que habían de ser, años adelante, los del pabellón de la Argentina, y tomó parte en todas las operaciones militares de la época. Igual á los legionarios romanos, que hacían su aprendizaje combatiendo lo mismo sobre el mar que en tierra firme, el

oficial San Martín se embarcaba en el Mediterráneo mandando la infantería de un buque de guerra, para batirse con la escuadra mandada por Nelson. En su retiro de Boulogne guardaba el glorioso guerrero un pequeño cuadro pintado por él mismo, que representaba el combate naval ocurrido el 12 de Febrero de 1798. Este día del año le inspiraba hermosos recuerdos. En un 12 de Febrero había alcanzado años después su victoria de Chacabuco.

San Martín conquistó á punta de sable, como brioso jinete, todos sus ascensos en el ejército español, hasta las charreteras de teniente coronel. En Bailén distinguióse tanto por su arrojo, que fué condecorado. En la batalla de Albuera, donde marchaban juntos españoles é ingleses, contra el invasor napoleónico, San Martín tuvo por general á Berresford, el mismo que cuatro años antes había invadido Buenos Aires.



LA PLAZA DE MENDOZA EN TIEMPO DE LA EXPEDICIÓN DE SAN MARTÍN
(Grabado de la época).

En 1812, al regresar á América, comenzó su verdadera carrera de gloria. Doce años después, al terminar la conquista de medio continente, se hizo la obscuridad en torno de él.

Un día, cuando vagaba pobre y resignado por Francia, encontróse con un español, antiguo compañero de armas en las guerras de la Península. El camarada de la juventud, el capitán Aguado, se llamaba ahora el marqués de las Marismas y era uno de los primeros financieros de París. Vivía en suntuosos palacios, ajustaba empréstitos con los gobiernos y fundaba poblaciones en el Norte de Francia, que hoy son famosos lugares de veraneo elegante. Ya no se separaron los dos amigos. San Martín fué el compañero de Aguado en su riqueza, como lo había sido en las parquedades del campamento.

Parecía que fuese el destino de los grandes hombres de la Independencia sud-americana acabar sus días en cariñosa intimidad con algún español. Bolívar, amargado por la ingratitud de sus contemporáneos, murió en los brazos de un peninsular amigo. Rivadavia, expulsado de la Argentina, fué á acabar su existencia en Cádiz. San Martín no tuvo en su destierro otra alegría que la amistad de Aguado. Al morir éste, le dejó albacea de su cuantiosa fortuna.

San Martín, en las guerras de América, fué siempre generoso con sus enemigos. Eran antiguos hermanos de armas. Muchos de ellos habían combatido á su lado en la Península y, al verlos en desgracia, hacía justicia á sus méritos.

«Nos batimos con los leones de España — dice en uno de sus escritos —; pero venía con nosotros la Libertad, que es más fuerte que los leones.»

¡Alma noble, serena y bondadosa! En su retiro de Boulogne entreteníase por las mañanas limpiando su espada y sus pistolas de arzón, recuerdos de gloria que él llamaba con suave burla *mis chismes de guerra*, y servían muchas veces de juguetes á su nietecita.

Esta criatura tiranizaba con sus gracias infantiles al glorioso abuelo, que había tronado como un dios sobre las cumbres más altas de América. Un día que lloraba, no sabiendo el general cómo entretenerla, interrumpió su conversación con unos amigos para abrir un armario, y la entregó varias cintas descoloridas con medallas y cruces.

Independencia *San Martín* *Almirante Brown* *25 de Ma*

DIVERSOS TIPOS DE BUQU

VISTA GENERAL DE L

Sarmiento *Buenos Aires* *9 de Julio* *Amazonas*

Tipo de torpedero.

LA ARMADA ARGENTINA

DAD DE BUENOS AIRES

Su hija, fijándose en una de ellas, intentó arrebatársela á la niña. Había leído una fecha: «Bailén, 8 de Julio de 1808». Era la condecoración de la famosa jornada. — «¡Padre! . . . ¡Padre!» — exclamó con tono de reproche.

Y San Martín repuso simplemente á las protestas de su hija:

— ¿Qué valen estos cintajos de gloria si no sirven para enjugar las lágrimas de una pobre niña? . . .

* * *

Toda revolución necesita una bandera y un himno. Belgrano fué el creador del pabellón nacional; pero sus colores, azul y blanco, venían siendo favorecidos desde mucho antes por la predilección del pueblo. Los había consagrado la victoria al ocurrir las invasiones inglesas.

Los tribunos del 25 de Mayo de 1810 no hicieron más que exhumarlos como enseña popular, pues cuatro años antes habían servido al vecindario porteño en su heroica lucha con los soldados de Berresford. De azul y blanco vistieron las milicias de Buenos Aires, según se ve en láminas de la época. Estos dos colores dominaban igualmente en los uniformes del ejército español.

Desde mediados del siglo XVIII estaban de moda en la corte de España el azul celeste y el blanco. La Orden de Carlos III los adoptó para su distintivo. Existen en el Museo del Prado, de Madrid, varios cuadros que representan fiestas cortesanas en el Palacio de la plaza de Oriente y en los jardines de Aranjuez durante el reinado de Carlos IV, pocos años antes de la emancipación de América. El monarca, los cortesanos y hasta los guardias de Corps, todos visten casaca azul y calzón blanco, hasta el punto de que contemplados estos lienzos á alguna distancia dan la misma impresión visual que la bandera argentina.

El «Himno» fué obra, en su parte poética, de Don Vicente López Planes, compañero de Belgrano durante la expedición al Alto Perú y miembro del Gobierno en varias ocasiones. Sus estrofas son rotundas, de un tono elevado y de lírica marcialidad; pero en los himnos patrióticos, lo de menos es la poesía y lo más sustancioso la parte musical. Las bandas, al ejecutarlos, enardecen á las muchedumbres con los sonidos; y el pueblo inculto, que se siente arrebatado por la música, casi nunca conoce los versos. *La Marsellesa* entusiasmó á medio mundo y son muy pocos los que saben de memoria sus estrofas. El *Himno Argentino* gusta á los extranjeros, imposibilitados de comprender su texto, y ha llevado al combate á rudas gentes de las llanuras, que no conocían ni una palabra de las estrofas de López.

La música ejerce sobre las multitudes una impresión más directa y profunda que los versos, pues no exige para que la sientan una preparación intelectual.

Don José Blas Parera, compositor español, que vivía de dar lecciones de piano en Buenos Aires, fué el autor de la música del Himno Argentino. Su composición, aunque algo desigual, tiene partes felices, de una grandeza heroica. En 1813, año que, según parece, fué el de la creación del himno, no existía tal vez en Buenos Aires otro músico que el catalán Parera. Don Vicente López leyó sus versos en la tertulia de Doña María Sánchez de Thompson, á la que asistían todos los hombres notables de la época, y el poeta fué felicitado y aclamado. El modesto Don Blas recibió entonces de los patriotas el encargo de componer la música.

El *Himno Argentino* no es *La Marsellesa,* pero Parera se parece á Rouget de l'Isle por la situación especial en que ambos escribieron sus obras. Los dos eran ajenos á los movimientos revolucionarios que consagraron y sublimaron con sus himnos. El monárquico Rouget de l'Isle dió su canto de guerra á todos los republicanos del mundo; y el español Parera, hombre encogido y timorato, escribió el himno que había de llevar á la victoria á los revolucionarios suble-


CORONEL DORREGO

vados contra España. Rouget de l'Isle se vió perseguido por los soldados franceses, que entonaban su propia música. El pobre Don Blas, en su calidad de peninsular, tuvo un día que huir á la Colonia, por miedo á la muchedumbre.

Salió de Buenos Aires el autor del Himno Argentino, para no volver más, oculto en la caja de un piano. Le había guardado en su casa el catalán Don Juan Larrea, vocal de la Junta de 25 de Mayo de 1810, ministro de Hacienda del primer Directorio y creador en 1814 de la escuadra argentina. El español Larrea, que era de gran fortuna, entró como otros compatriotas suyos en la revolución, y murió pobre en 1847, luego de sufrir prisiones y destierros en las revueltas civiles del país.

Parera huyó á España, acabando sus días en Barcelona en la más absoluta oscuridad. Ninguna obra biográfica de músicos españoles menciona su nombre. En la Península fué totalmente desconocido. El tímido Don Blas murió sin enterarse tal vez de los prodigios heroicos realizados por su música. Ocurre con los himnos patrióticos lo que con las imágenes sagradas. Las modelan los artistas para ganarse el pan, entre bromas impías y conversaciones libres de taller; pero luego, al exhibirse en un altar, al través de luces y nubes de incienso, son confidentes de tales ruegos y esperanzas, sirven de consuelo á tantas miserias y debilidades, que una pátina de veneración las ennoblece y diviniza, y acaban realizando milagros. Del mismo modo, la música escrita por deber profesional ó por salir de un apuro puede, como *La Marsellesa*, enardecer á medio mundo.

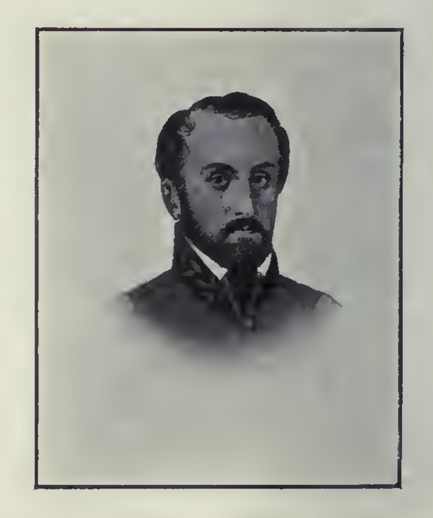
En la revolución de Buenos Aires de 1890, un regimiento fiel al Gobierno vacilaba y estaba próximo á desbandarse bajo el fuego de los insurrectos. Su coronel, enguantado de blanco y con vistoso penacho, como en una gran parada, hizo adelantar la banda de música.

— ¡Que toquen el Himno! — ordenó —. ¡Presenten armas!

Y el regimiento se contuvo en su desbande. ¿Cómo huir cuando sonaba el Himno Argentino, canto de victoria en tantos combates? . . . Los insurrectos arreciaron el fuego, pero los soldados permanecían impávidos, formados en medio de la calle bajo el diluvio de balas; presentando las armas á la República, que pasaba ante ellos desarrollando su manto blanco y azul al compás de las notas majestuosas; viendo al frente á su coronel, á quien habían matado el caballo y que seguía de pie, la mirada inmóvil y el puño del sable á la altura de los ojos. La música duró unos diez minutos. A cada compás abrían las descargas anchos claros en las filas; pero éstas ya no ondulaban. El Himno las había endurecido é inmovilizado como murallas. Cada hombre era un bloque. Cuando calló la banda, nadie pensaba en retroceder. La prueba había sido decisiva: todos adelante.

¡Y el pobre Don Blas se extinguió modestamente en Barcelona, sin sospechar la simiente de heroísmo que había esparcido al otro lado del Océano cubriendo de notas unas cuantas líneas del pentágrama!

* * *


GENERAL LAVALLE

En 12 de Mayo de 1817 el Congreso de Tucumán trasladó sus sesiones á Buenos Aires por el estado de anarquía en que se hallaba el país. Después de cinco meses de debates,

aprobó una especie de código político, titulado *Reglamento Provisorio*, que había de regir á la República mientras se redactaba una Constitución con carácter definitivo. Las provincias aceptaron sin dificultad este Reglamento; pero en la práctica apenas si se cumplió, como todas las disposiciones gubernamentales.



MAUSOLEO DEL GENERAL SAN MARTÍN EN LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

El Director Pueyrredón tenía que luchar con la guerra civil, falto de soldados y de medios de combate, pues lo había dado todo á San Martín para la campaña del Pacífico. Estanislao López, en Santa Fe, y Ramírez, en Entre Ríos, sostenían la insurrección, desobedeciendo al Gobierno. Además, fomentaba esta anarquía el audaz é impetuoso general chileno Don José Miguel Carrera, unido á los caudillos provinciales por odio á su rival O'Higgins y al general San Martín, que habían realizado la independencia de Chile.

La vida de las poblaciones del interior era más precaria que en los peores tiempos de las invasiones de indios. Las montoneras resultaban más destructoras que los malones. Además, las tribus rapaces aprovechaban la general revuelta para ponerse al lado de los caudillos, dando satisfacción á sus instintos de rapiña y de odio al blanco, al abrigo de una bandera política.

Mientras tanto, el Congreso seguía reunido en Buenos Aires, y los diputados legislaban con grave serenidad, insensibles á la anarquía que rugía en torno de ellos. Así redactaron la primera Constitución, que fué aprobada definitivamente el 22 de Abril de 1819. Daba ésta una forma unitaria á la República, y ello bastó para que la rechazasen indignados los caudillos de las provincias.

Aparte de esto, ciertos personajes de gran influencia, á pesar de la declaración republicana de Tucumán, seguían buscando un rey para el país argentino, desalentados por los fracasos del régimen democrático.

La nación estaba en plena anarquía. El Gobierno apenas se dejaba sentir en esta desorganización general. Las tropas parecían ganadas por el espíritu del desorden. Las gentes alejadas de la política, que no encontraban seguridad para sus personas y bienes, acordábanse con envidia de los tiempos tranquilos y monótonos del coloniaje. El ejército del Norte, mandado por el general Cruz, se sublevó contra el Gobierno en la posta de Arequito en Enero de 1820 á instigaciones de Don Juan Bustos. Otro alzamiento ocurrió en San Juan, capitaneado por

Mendizábal, y viéndose desobedecido y sin fuerzas, el Director Pueyrredón renunció á mantenerse por más tiempo en el poder.

La nación cayó en un caos, del que no había de surgir hasta muchos años después, puesta á prueba por toda clase de errores y opresiones, y adoptando en su solidificación una forma definitiva.

VI

EL CAOS, LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO

En la República Argentina existían, á la vez, dos civilizaciones: una naciente, ingenua y bárbara, que tenía por escenario los campos; otra adelantada, progresiva y con los ojos puestos en Europa, que era la de las ciudades.

Entre el argentino de las urbes y el de las llanuras había la misma diferencia que se nota hoy en ciertos países retardatarios entre el hombre civilizado que comercia en las factorías de la costa y el indígena que vive en el interior.

Como dice Sarmiento en su libro *Civilización y Barbarie*, el siglo XIX y el siglo XII vivían al mismo tiempo en la Argentina; el primero dentro de las ciudades y el segundo en los campos.

La lucha entre unitarios y federales no tuvo otro fundamento. Fué un choque de dos clases sociales, un conflicto de dos educaciones diversas, más que un combate de anhelos políticos. Rosas, supremo representante del federalismo, era un tirano que todo lo unificó bajo su despótica autoridad. Los llamados unitarios, cuando triunfaron á la caida de Rosas, establecieron el régimen federal, como algo insustituíble, impuesto por la historia y la configuración del país.

La civilización y la barbarie, la ciudad y el campo, mantuvieron este conflicto durante muchos años, retardando la constitución definitiva de la República. El unitarismo y el federalismo no fueron más que un pretexto político, que ocultaba una profunda división social.

A partir de 1820, estas dos fuerzas antagónicas chocaron y se revolvieron, esparciendo por toda la Argentina la confusión del caos, el desorden y el desaliento de una situación anárquica.

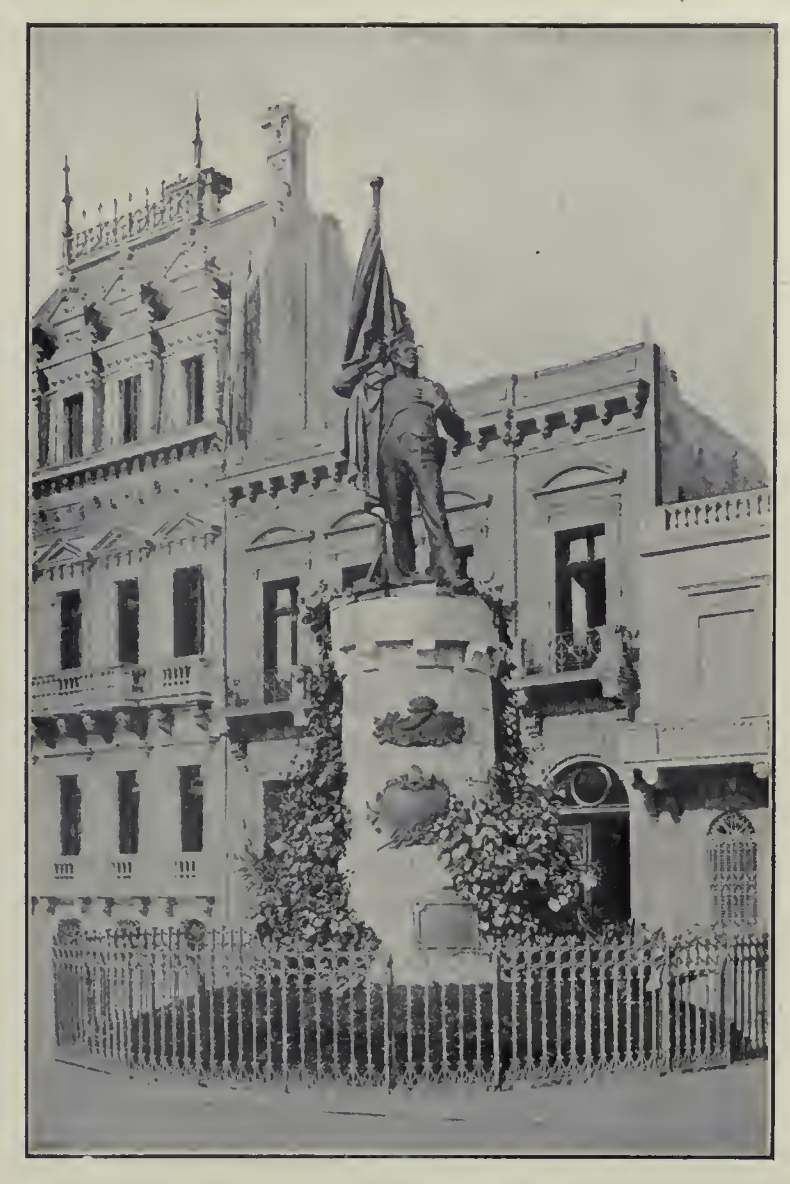


APARTADO DE RESES EN UNA ESTANCIA

El Gobierno establecido en Buenos Aires no ejercía su autoridad más allá de los territorios inmediatos. El puerto con su tráfico comercial, y las rentas de la Aduana, eran los únicos medios de influencia y sostén que tenían á su alcance los ministros. En las provincias del litoral vivían como barones feudales los caudillos ya mencionados. En el interior levantábanse otros príncipes de la bar-

barie, que se abrían paso y daban fama á su nombre alanceando á los compatriotas y saqueando los pueblos. En la provincia de Córdoba gobernaba Bustos; en Catamarca y la Rioja, el famoso Facundo Quiroga, al que llamaban el «Tigre de los llanos»; en Mendoza comenzaba á adquirir celebridad el fraile Aldao, valeroso jinete y ebrio consecuente.

Encargado del mando el general Don Martín Rodríguez, hizo de 1821 á 1824 todo cuanto pudo por reorganizar el país, remediando esta anarquía. En la noble empresa le ayudaron su ministro de Gobierno, Don Bernardino Rivadavia, y el de Hacienda Don Manuel José García. Mientras los caudillos provinciales realizaban sus atropellos en el campo, los gobernantes de la capital fundaban la Universidad, la Academia de Medicina y el Crédito Público; creaban archivos, bibliotecas y registros; iniciaban las faenas estadísticas y reglamentaban la enseñanza. Al mismo tiempo iban llegando noticias de las victorias alcanzadas por San Martín y el ejército libertador en el Perú, coronando su campaña con la toma de Lima, asiento del poderoso virreinato.

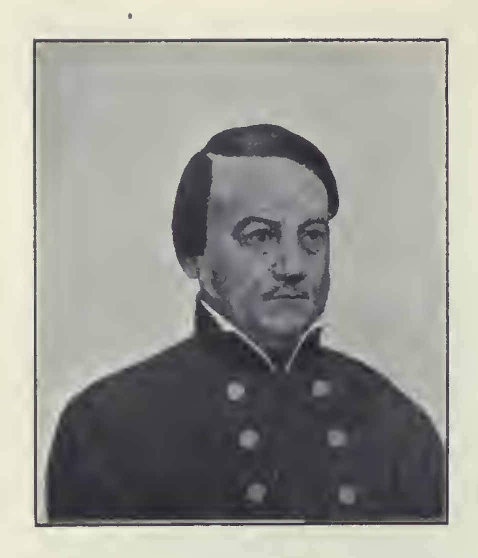


BUENOS AIRES. ESTATUA DEL NEGRO «FALUCHO»

En 1824 sucedía á Rodríguez el general Don Juan Gregorio de las Heras, que sólo permaneció un año escaso al frente del Gobierno. El 7 de Febrero de 1825 le reemplazó Don Bernardino Rivadavia, usando por primera vez el título de Presidente de la República, ó sea de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Rivadavia, que había sido el autor de todas las reformas é innovaciones en tiempo de Rodríguez, no descansó en su afán legislativo al ocupar la autoridad suprema. Asombra la magnitud de la obra política de Rivadavia. ¡Lástima que el resto del país no le siguiera, ni aceptase sus medidas progresivas! . . . Legislaba sin descanso acerca de todas las materias de gobierno: hubo día que publicó más de veinte decretos sobre enseñanza, beneficencia, comercio, etc. La Constitución unitaria, aprobada en el Congreso en 1824, fué el código político más adelantado de cuantos se dieron en aquellos tiempos; pero las provincias lo rechazaron, y los caudillos hicieron cruda guerra al Presidente, dificultando sus iniciativas.

En lo exterior, este Gobierno tan combatido alcanzaba ruidosos triunfos. El ejército de la nación marchó contra los brasileños para desalojarlos de la Banda Oriental, al mando del



GENERAL PAZ

general Alvear. Las tropas del Brasil las dirigía el mariscal Barbacena. La victoria acompañó constantemente á los argentinos. Los generales Rivera, Lavalle y Mansilla vencieron al enemigo en Sarandi, Rincón de las Gallinas, Bacacay, Yerbal y Ombú, y la campaña terminó definitivamente con la gran batalla de Ituzaingó, ganada por Alvear, no obstante ser sus fuerzas muy inferiores en número á las brasileñas. Al mismo tiempo, la escuadra argentina, bajo la dirección del experto Brown, derrotó á los buques imperiales en Los Pozos, El Juncal, Quilmes y Carmen de Patagones.

A pesar del triunfo, la Banda Oriental no pudo anexionarse á la República Argentina, como lo estaba en tiempos del virreinato. Rivadavia, cansado de la anarquía de las provincias y sus luchas intestinas, había dimitido la presidencia, retirándose á la vida privada. La falta de cohesión no permitió á los argentinos continuar esta guerra victoriosa contra el nuevo imperio del Brasil, gobernado por Don Pedro I. Intervino la Gran Bretaña como mediadora, y los diversos gobiernos de las Provincias Unidas del Río de la Plata ajustaron un tratado de paz con el Brasil en 27 de Agosto de 1828, á condición de que se reconociera para siempre la independencia y soberanía de la nueva República del Uruguay.

La anarquía platense fué causa de la segregación de importantes porciones del territorio nacional que vivían unidas á él cuando se inició la Independencia. En 1825 alejáronse las provincias del Alto Perú que hoy forman parte de la república de Bolivia. En 1828 se constituyó en Estado independiente la Banda Oriental. Años después, en 1838, la misma anarquía había de favorecer una nueva pérdida de territorio: la ocupación de las islas Malvinas por los ingleses, ocupación que no pudo fundarse en otro derecho que el de la fuerza, y contra la cual elevará siempre el pueblo argentino una justa protesta.

Al desaparecer Rivadavia, borrándose todo vestigio de autoridad central, quedó al frente del Gobierno de Buenos Aires el coronel Dorrego, que se había distinguido mucho en la guerra contra el Brasil. Otros héroes de esta guerra, los generales Lavalle y Paz, desconocieron la autoridad de Dorrego y se sublevaron contra él, desposeyéndolo del mando, en 1828. Dorrego se unió entonces en el campo con los caudillos federales, marchando contra los unitarios de Buenos Aires; pero hecho prisionero por Lavalle, murió fusilado. Esta ejecución dió pretexto á los caudillos de provincias para atacar á Lavalle. Entonces apareció en la escena política el famoso Don Juan Manuel Rosas, aprovechando la oportunidad para hacerse jefe de los federales.

En Diciembre de 1829 la Asamblea provincial de Buenos Aires nombra á Rosas gobernador. Al término de su período finge no desear la reelección y dimite, farsa política que repitió luego varias veces. Le suceden el general Balcarce y Viamonte por corto tiempo. Luego acepta Rosas la dictadura y empieza la persecución de *los salvajes unitarios*, en la cual persistió durante todo el período de su mando, ó sea de 1829 á 1852. ¡Una dictadura de veintitrés años! . . .

* * *

Hay que hablar rápidamente del período de Rosas, á pesar de su larga duración. Fué una noche de pesadilla en la Historia; un mal ensueño de lágrimas y sangre para los argentinos del siglo XIX, *salvajes unitarios* que pretendían reformar su país en el molde de la civilización

europea. Estos hombres, eternos perseguidos, jóvenes poetas, graves profesores, militares ilustrados, que representaban el pensamiento de la nación (pues sólo excepcionalmente figuraba la intelectualidad en el bando opuesto), tuvieron que huir de la patria para salvar la vida y seguir trabajando en pro de sus ideales.

Sin embargo, se comete una injusticia al llamar tirano á Rosas. El tirano se mantiene por la fuerza, se impone á la antipatía pública por el miedo; y Rosas fué amado de las muchedumbres, que veían en él á un semidios. Admirábanlo los gauchos, porque cuando quería era tan rudo como ellos, y vivía lo mismo que ellos, no encontrando potro salvaje que se le resistiera; las mujeres enardecíanse con histéricos arrebatos ante su hermosura apolónica; el populacho de las ciudades lo adoraba al ver que perseguía á los ricos, á los señores de levita, y dejaba que negros y mestizos los robasen y degollasen.

Rosas hizo algunas cosas buenas. En veintitrés años de gobierno es imposible no hacerlas. Por deliberado que sea el propósito de vivir en perpetuo maridaje con el mal, las circunstancias y la facilidad de los medios de acción impulsan, muchas veces, instintivamente hacia el bien. Además, Rosas fué un fervoroso patriota, sólo que su patriotismo manifestábase semejante al del doctor Francia y otros tiranos americanos. Consistía en aislar al país de la influencia europea, en exaltar cual virtudes nacionales las bárbaras costumbres del campo, apoyándose en los elementos más primitivos y rudos de la población.

La Argentina tuvo su Edad Media, que duró treinta años. Felizmente, pudo salir de ella á tiempo. Otros pueblos hispano-americanos, todavía en los momentos presentes, no han emergido de este período de formación, tan abundante en violencias.

Le ocurrió á la nación argentina lo que á ciertos individuos, que no conocen en su infancia las enfermedades propias de la edad, y luego, de adultos, las sufren más breves y fulminantes. La Argentina no vivió la Edad Media histórica, con sus choques de razas y sus guerras religiosas. Cuando el conquistador español echó en la tierra sudamericana los cimientos de



BUENOS AIRES. UNA CASA DEL TIEMPO DE ROSAS EN LA PLAZA DE MAYO



LA ARGENTINA DE AYER. UNA DILIGENCIA VADEANDO UN RÍO (Grabado de 1850).

varias naciones, la Península, que le servía de modelo, había arrostrado ya todas las crisis de la adolescencia, alcanzando una unidad política y religiosa y una jerarquía social inconmovibles.

Al quedar independiente la Argentina, en el pleno goce de su mayoría de edad, tuvo que pasar por las enfermedades que se había ahorrado en la niñez. Su Edad Media fué el tiempo de Don Juan Manuel, época que reproduce con fidelidad asombrosa la vida de la Europa medioeval. Este reflejo histórico podía dar tema á un libro extenso. Rosas, Dictador vitalicio de Buenos Aires y representante de las provincias en los asuntos exteriores, es á modo de un Emperador del Sacro Romano Imperio. Los gobernadores de tierra adentro, los caudillos y comandantes de campaña, son los Grandes Electores, los barones feudales, los bravos mesnaderos que sostienen al Soberano, para que éste, á su vez, los mantenga á todos ellos en paz, con un reparto equitativo de honores y bienes.

La espada de la Independencia y de la guerra con el Brasil, la de los militares de Chacabuco é Ituizango, está en el destierro. Ahora el arma nacional es la lanza, tan amada por los jinetes medioevales.

El caudillo de los llanos, envuelto en el poncho, melenudo, barbudo y de ojos fieros, entra en la ciudad de comerciantes y vecinos cultos, como entraba el señor feudal, que no sabía escribir, en las villas universarias y los barrios de laboriosos menestrales. El rancho pajizo, con el caballo amarrado á la puerta y la lanza apoyada en la silla, reina sobre la ciudad, lo mismo que el antiguo castillo roquero coronado de espirales de cuervos y buitres imperaba en la Europa de otros siglos sobre la población laboriosa, establecida á sus pies.

En esta sociedad primitiva va el gaucho cantor de rancho en pulpería, relatando al son de su guitarra, lo mismo que un trovero medioeval, las hazañas de los gobernantes lanceadores, la muerte del heroico Facundo, ó las bárbaras proezas del fraile Aldao. Cuando quiere loar las glorias de Don Juan Manuel Rosas, padre de la «Santa Federación y Restaurador de las Leyes», el bardo pampero compone en su honor una *milonga* ó una *vidalita*. Guerreros que pelearon en ciento cuarenta combates, como el bonachón y heroico general La Madrid, componen *vidalitas* ó *malambos*, lo mismo que un caudillo del siglo XIII componía villancicos ó entretenía con el laúd y los serventesios los ocios de la tienda. Cuando el tirano Rosas duda del federalismo de este niño grande y heroico, el veterano glorioso, según confiesa en sus *Memorias,* envía á Rosas por la posta una «canción de vidalita», escrita en honor suyo, con un estribillo que dice así:

Perros unitarios, nada han respetado;
A inmundos franceses ellos se han aliado.

Más adelante, Rosas agradece estos malos versos del bravo y tornadizo general fusilando á sus hijos y hermanos.



BUENOS AIRES EN 1830 (De una litografía de la época).

El aspecto de los ejércitos que levantaban en provincias los barones feudales de la Santa Federación, recordaba á las hordas de los tiempos bárbaros. Eran jinetes semidesnudos, cubiertas las carnes con sólo el poncho y el chiripá. Defendían sus piernas con el pellejo arrancado de una pieza á las patas de los caballos, y los dedos de sus pies asomaban por las aberturas de estas «botas de potro». Una lanza era su arma. Muchos jinetes se fabricaban yelmos con calaveras de burro, conservando las orejas tiesas para que sirviesen de cimera. Algunos eran dueños de un cuero de jaguar, y cubrían sus hombros con el atigrado pelaje.

Los indios bravos puestos al servicio del caudillo, marchaban como auxiliares á la cola del ejército, con sus hembras y rebaños. Estos jinetes bronceados, pintarrajeados y desnudos, entraban escoltando al gobernador en los mismos pueblos que poco antes habían atacado como bandoleros en sus temibles malones. Un rugido sordo de caracolas sustituía á los toques de corneta. Se comprende que se aterraran los pueblos, con un pavor milenario, al ver estas hordas de gesto feroz y salvaje presencia, que parecían anunciar el fin del mundo.

Los procedimientos judiciales y los suplicios pertenecían también á otra época. Se degollaba á los enemigos vencidos; pero la degollación parecía demasiado rápida y dulce á los entusiastas partidarios del «Restaurador de las leyes». Entonces se hizo uso del cuchillo viejo y con mellas para prolongar el tormento y la agonía. Los cuellos eran seccionados como si los partiesen con un serrucho mohoso. Se escogían verdugos torpes, para que con sus indecisiones hicieran más largo el suplicio de la víctima.

Don Marco Avellaneda, el joven tribuno de Tucumán, que organizó la *Liga del Norte* contra Rosas, al ser degollado en Metan irguióse con el cuello partido y expeliendo sangre á borbotones. — «Acabe usted de una vez», dijo colérico al ejecutor de torpe mano y arma mellada.

Algunos caudillos de provincia inventaron tormentos estupendos. Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, era el más bárbaro de los amigos de Rosas. A sus enemigos políticos los «salvajes unitarios», que vestían levita, mientras él, suprema autoridad, daba audiencia con chiripá, bota de potro y *huincha* roja en la cabeza, sometíalos al suplicio del *retobamiento*. Los doblaba vivos, cabeza con pies, los encerraba y cosía en el interior de un cuero fresco, exponiendo el paquete al sol, y el cuero, al secarse y contraerse, oprimía y aplastaba al infeliz sentenciado. El horrible envoltorio de pellejo y carne deshecha atábanlo luego á la cola de un potro salvaje, dejando á éste en libertad. Otras veces el suplicio se llamaba *enchalecamiento*. El reo, desnudo de tronco, era envuelto en un cuero de toro recién desollado y fuertemente cosido, y así permanecía varios días expuesto al sol. El pellejo iba disminuyendo de volumen y oprimiendo el cuerpo del infeliz como una coraza cada vez más estrecha, hasta que al fin crujían los costillares de la víctima y perecía en medio de dolores atroces.



UNA CALLE DE BUENOS AIRES EN 1856 (De un grabado de la época).



EL ANTIGUO MUELLE DE BUENOS AIRES. PASAJEROS Y MERCANCÍAS DESEMBARCANDO EN CARRETAS (Grabado de 1860).

Una alegría bestial celebraba las más de las veces estos suplicios, así como los alanceamientos en masa que se verificaban en las campiñas.

— ¡Quién compra buenos duraznos! — gritaban una mañana en las calles de Buenos Aires los esbirros de Rosas, de la temida asociación de la *Mazorca*, custodiando una carreta.

Y al asomarse las vecinas atraídas por el pregón, veían en el fondo del vehículo cabezas ensangrentadas, indudablemente de «salvajes unitarios».

Hubo suplicios de mujeres, azotainas públicas y hasta quemas; lo mismo que en las ciudades medioevales, cuando los solemnes inquisidores ponían desnudas á las hechiceras buscando en su cuerpo, con agudos alfileres, el redondel de insensibilidad que había dejado el beso del diablo, para enviarlas luego al brasero.

El uso del blanco y el azul apreciábase como un insulto á Don Juan Manuel. El rojo sangre era el color amado de la «Santa Federación» y su popular restaurador. Los «mazorqueros», apostados á las puertas de las iglesias, ultrajaban á las señoras que se permitían en sus tocados algún adorno celeste, llegando en su barbarie á los atentados más odiosos. Las que no llevaban el distintivo federal, que era un moño rojo, recibían en la frente otro azul, pero empapado en brea hirviente. A cierta dama, esposa de un compañero de Lavalle, la acometieron los «mazorqueros» en el atrio de la iglesia de la Piedad, colocándola en torno del pecho un rosario de cohetes, al que prendieron fuego. La pobre señora murió á las pocas horas á consecuencia del terror y las quemaduras.

¡Y el populacho se divertía con estos atentados, adorando cada vez con mayor fanatismo al gobernante que los aconsejaba y toleraba! Era el entusiasmo de las muchedumbres villanescas de la Edad Media por el buen déspota, amado y temido, que degollaba á los nobles

y se presentaba en público llevando, como el mejor de los séquitos, un verdugo vestido de rojo, arremangado de brazos, y con un montante enorme cuya empuñadura le llegaba á las cejas.

Especialmente los negros, todavía muy numerosos en aquella época, deliraban por Don Juan Manuel, venerando al mismo tiempo como una virgen milagrosa á su hija Doña Manuelita, criatura dulce, que parecía iluminar con su bondad la tétrica atmósfera del padre. Los negros habían alcanzado cierta estimación pública en las luchas por la Independencia. Algunos llegaron á hacerse célebres sacrificándose por su nueva patria. El negro Antonio Ruiz, apodado *Falucho*, que fué al Perú con el ejército libertador, y se dejó matar en 1824 en el castillo del Callao antes que seguir á los compañeros traidores, proporcionó á su raza un simpático prestigio. Los vecinos de la capital no podían olvidar que aquel negro había caído gritando «¡Viva Buenos Aires!». Pero durante la tiranía de Rosas la gente de color fué el azote del blanco civilizado. La pasión rosista servía á estos semisalvajes, de origen africano, para dar expansión á sus instintos destructores. En muchas estancias perecían degollados los corderos merinos, con el pretexto de que el unitario Rivadavia había importado los primeros de Europa. Los perfeccionamientos en la elaboración de carnes secas implantados por Larrea, el antiguo revolucionario de Mayo é iniciador de la marina argentina, eran destruídos igualmente por la significación política de su dueño.

Como los unitarios habían aclimatado en el país muchas mejoras agrícolas y ganaderas, el populacho creíase en la obligación de destrozar cuanto representaba progreso europeo, por ser obra de «los salvajes unitarios y sus aliados los inmundos franceses».

Rosas, que era hijo de una familia aristocrática de origen español, hacía gala de gauchesca rusticidad para agradar al populacho bárbaro. Su patriotismo consistía en vejar al extranjero, colocándolo siempre por debajo del rústico del país. Sus partidarios relataban como triunfos nacionales algunas de sus burlescas socarronerías con los representantes diplomáticos, y las humillaciones que les hacía arrostrar. Mantenía cerrados los ríos del interior al comercio universal, y desafiaba á Inglaterra y Francia, cuyas naves bloqueaban el puerto de Buenos Aires.



CATEDRAL DE BUENOS AIRES

—¿Qué pueden hacernos esos franceses que no saben montar á caballo?—decía en una reunión pública el general Mansilla, cuñado de Rosas. Y esta fanfarronada del orgullo nacional, se la había sugerido tal vez el Dictador.

Aquel hombre cruel en sus pasiones, neurótico y bufonesco en su tiranía, se hacía adorar hasta el delirio por los federales. Era ge-



BUENOS AIRES: PLAZA DE MAYO. EN EL FONDO, UNA PARTE DEL PALACIO DE GOBIERNO

neroso con ellos. Además, impresionaba á las muchedumbres con su belleza física y sus habilidades de gaucho.

El ejército que estaba á sus órdenes, una selección de 25.000 hombres, duros y curtidos en numerosos combates, valía más que la vieja Guardia de Napoleón. Jamás gruñeron, á pesar de que el déspota los trataba con dureza.

Estos veteranos eran perros feroces, prontos á besar la mano cruel de su amo. Rosas los mantenía alejados de las ciudades, viviendo en el desierto como frailes de la guerra, sometidos á privaciones y sin médicos que los curasen. En los combates perecían á centenares, más por la gangrena que acompañaba á sus heridas, faltas de cuidado, que por los golpes del enemigo. Sin embargo, no se quejaban, y durante veinte años adoraron á Don Juan Manuel, al que sólo veían de tarde en tarde. Cuando cayeron para siempre en Monte Caseros, los mismos unitarios no podían menos de admirar la abnegación silenciosa y grave de estos tercios casi monásticos, que habían dedicado su vida á la ingratitud de un tirano.

El período de Rosas ha sido y es objeto de minuciosos y apasionados estudios, así como de afirmaciones históricas contradictorias (1). Para algunos fué un gran patriota; para los más, un déspota. Cuando se alcanza una existencia larga y se rige absolutistamente á un país durante veintitrés años, la vida del gobernante abunda en detalles para todos los gustos, prestándose á las exageraciones del entusiasmo y á las frías rebuscas de la crítica.

Nerón vivió y gobernó menos tiempo que Rosas. La Historia le ha marcado para siempre con el peor de los estigmas, y, sin embargo, cinco lustros después de su muerte todavía aparecía su tumba por las mañanas cubierta de guirnaldas, ofrenda de incógnitos adoradores.

* * *

---

(1) Sobre Rosas se han escrito numerosos libros. No hay historiador argentino que no le haya dedicado algún estudio de elogio ó de censura. Muchas de estas obras son notabilísimas. Figura en primer término *Rosas y su tiempo*, de Don José M. Ramos Mejía, libro bellísimo y concienzudo, que en Europa hubiera bastado para hacer la reputación de un escritor. Entre los autores favorables á Rosas se destaca Don Adolfo Saldías, notable historiógrafo, con su interesante libro *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época.*

Una obra muy valiosa es también la de Don Lucas Ayarragaray, *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*, en la que estudia este autor, brillantemente, las causas que influyeron en la preparación de la época de Rosas Otros libros meritorios de la literatura histórica argentina son *La época de Rosas*, de Don Ernesto Quesada; *La dictadura de Rosas*, de Don M. Pelliza; *Historia de Rosas*, de Don Manuel Bilbao, etc.

Desde que Rosas quedó de dictador al frente de la provincia de Buenos Aires, tuvo como fieles colaboradores á Estanislao López, en Santa Fe; Ramírez, en Entre Ríos y Corrientes; Bustos, en Córdoba; Facundo Quiroga, en la Rioja, Catamarca y San Luis; Felipe Ibarra, en Santiago del Estero; Aldao, en Mendoza y San Juan, y Heredia, en Tucumán, Salta y Jujuy. Todos estos caudillos pertenecían al partido *montonero*, que se titulaba federal, no siendo en el fondo más que un egoísta personalismo erigido en sistema de gobierno.

Rosas, aunque fingía ser únicamente un gobernador de provincia igual á los otros, dominábalos á todos con su astucia. Algunos le tenían miedo y procuraban permanecer lejos de él. Recordaban á Facundo Quiroga, el «Tigre de los llanos», que se sintió atraído en su rudeza por el esplendor de Buenos Aires, y vivió cerca de Rosas, para no volver más á su provincia, pues murió asesinado. La riqueza de Buenos Aires y el residir en ella los representantes extranjeros, daban á Rosas una superioridad incontrastable sobre los otros gobernadores.

Los unitarios, vejados y perseguidos, habíanse refugiado en las Repúblicas cercanas, especialmente en Chile. Un joven de San Juan, dedicado á la enseñanza, empezaba á conquistar la atención del público con sus escritos en los diarios de Santiago y Valparaíso. Se llamaba Domingo Faustino Sarmiento. Un oficial de artillería de Buenos Aires, fugitivo de la tiranía rosista, llevaba el nombre de Bartolomé Mitre. Emigrados de igual clase y nacionalidad se encontraban en casi todas las Repúblicas de la América del Sud.

En 1839 los jóvenes más intelectuales de la Argentina, dirigidos por el ilustre poeta Echevarría, habían organizado la *Asociación de Mayo* para conspirar contra Rosas. La conspiración fué deshecha y ahogada en sangre. En el mismo año quedó vencida igualmente la titulada *Liga del Sur*, en la batalla de Chascomús, perdida por los unitarios, pereciendo sus jefes Castelli, Rico y Cramer. Además fueron asesinados, por orden de Rosas, Don Manuel Vicente Maza y su hijo el coronel Maza. Después del fracaso de la *Liga del Sur*, apenas quedaron unita-



BUENOS AIRES. PASEO DE COLÓN

rios dentro del país. Todos los enemigos de Rosas emigraron á las Repúblicas cercanas, conspirando desde ellas contra su despotismo.

Este destierro sirvió para formar el carácter de una generación, la más ilustre por su intelectualidad y su fe política que ha tenido la Argentina. Poco á poco los emigrados, esparcidos en Chile, Perú, Bolivia y Uruguay, se concentraron en la ciudad de Montevideo. La República Oriental protegía abiertamente la acción de los unitarios, colocándose frente á Rosas. Orive, por orden de éste, sitió á Montevideo, y los generales Paz y Pacheco defendieron la ciudad, que mereció el título de «Nueva Troya», al sostenerse nueve años.



GENERAL URQUIZA

Sarmiento, Alberdi, Mitre, Don Vicente Fidel López, Don Juan María Gutiérrez, Tejedor, Frías, del Carril, Vélez Sarsfield, Gorostiaga, Godoy, Rodríguez Peña, Rivera Indarte, Don Valentín Alsina, Don Miguel Cané y otros muchos aportaron su pluma y su palabra á esta cruzada contra la tiranía. Don Florencio Varela, periodista de gran talento, combatió á Rosas en su periódico *El Comercio del Plata*, que se publicaba en Montevideo, influyendo poderosamente en la opinión de la diplomacia europea. Rosas, que ansiaba librarse de este enemigo, le hizo asesinar una noche en Montevideo, en 1848.

Las víctimas del déspota eran numerosas. Siete años antes, en 1841, las provincias del Norte fueron teatro de bárbaras ejecuciones, como lo habían sido las del Sur con su *Liga* vencida en Chascomús.

Don Marco Avellaneda, joven de veintiséis años, de gran ilustración y hermosa presencia, hijo del gobernador de Catamarca, sublevó contra Rosas las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja y Córdoba, bajo el título de *Liga del Norte*. Orive, el caudillo favorito del Dictador, apresó á Avellaneda en Metan y lo hizo degollar en las horribles condiciones ya descritas. Poco antes de morir víctima del gauchaje feroz, este héroe de los tiempos románticos, interesante y culto como todos los unitarios, entretenía la espera de la última hora leyendo en inglés el *Don Juan*, de Lord Byron.

Los generales Lavalle y La Madrid se habían levantado al mismo tiempo contra Rosas en las citadas provincias; pero fueron derrotados y tuvieron que buscar un refugio en los Andes. Lavalle murió asesinado en Jujuy por un mulato, al que premió Rosas con el grado de capitán. El valeroso y sencillo La Madrid púsose en salvo, mientras se vengaba el tirano fusilando á sus hermanos y sus hijos.

La defensa de Montevideo daba lugar á grandes y heroicos hechos. En ella se distinguió José Garibaldi, partiendo luego á Europa en 1848 para ofrecer su espada á la República de Roma. Francia é Inglaterra, enemistadas con Rosas por sus atropellos á los europeos y la clausura de los ríos, bloqueaban el puerto de Buenos Aires. Sus escuadras realizaron una expe-



PASO DEL DIAMANTE POR EL GRAN EJÉRCITO, AL MANDO DEL GENERAL URQUIZA (Cuadro existente en el Palacio de Gobierno de Entre Ríos, Paraná).

dición Paraná arriba, pero sin resultados positivos. La situación prolongábase demasiado. ¡Un sitio de nueve años! .... Muchos emigrados, perdida ya la esperanza, dirigíanse á Europa ó tomaban servicio en Chile y Bolivia. Hasta los gobiernos inglés y francés, cansados de una lucha sin objeto, empezaban á transigir con Rosas, buscando un arreglo diplomático. Parecía que Don Juan Manuel iba á eternizarse en el poder. Ya no quedaban enemigos suyos en el interior, y los exteriores se consumían en una lucha puramente defensiva.

Pero un hombre enérgico y de gran prestigio se levantó entonces frente á Rosas, dentro de la Argentina. Era el general Don Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos. Hasta 1851 había figurado como uno de los más fuertes sostenes de la autoridad del Dictador. Los enemigos de Urquiza han censurado su levantamiento contra Rosas, pintándolo como una traición al amigo. El general entrerriano explicó claramente el móvil de su conducta. Había sostenido á Rosas con la esperanza de que al tranquilizarse el país volvería el Dictador á la vida ordinaria, trabajando por la organización nacional. Pero al ver que, falto de enemigos y en plena paz, insistía, sin embargo, en su régimen despótico, creyó un deber de patriotismo el sublevarse contra él. Además, el tirano acababa de repetir por entonces la farsa de presentar su dimisión á los gobernadores de provincias, diciendo que estaba fatigado y deseaba retirarse. Urquiza, tomando sus palabras al pie de la letra, aceptó la renuncia.

La tiranía de Rosas representaba el atraso y la barbarie. Urquiza merece eterna gratitud por haber dado fin á este capítulo vergonzoso de la Historia argentina. El período de su mando equivale á un Renacimiento, después de la sombría Edad Media de Rosas.

Con los contingentes armados de su provincia, se dirigió el gobernador entrerriano á la República Oriental, cayendo sobre Orive y obligándolo á levantar el sitio de Montevideo. Una gran parte de las tropas de Rosas se unieron á las de Urquiza, y éste volvió á su provincia para la organización del gran ejército con el que debía asestar al déspota un golpe decisivo. Acudieron de todas partes los emigrados unitarios para engrosar el ejército libertador. Sarmiento fué el cronista militar de la expedición; Mitre mandaba una batería uruguaya; muchos gene-



EJÉRCITO ARGENTINO - COLEGIO DE CADETES

rales de brillante historia figuraban en el Estado Mayor de Urquiza. Se agolpó en torno del caudillo entrerriano lo más selecto de la nación argentina. Los Gobiernos del Brasil y Uruguay uniéronse á él con hombres y buques para combatir al déspota de Buenos Aires.

El ejército pasó el Paraná por el sitio llamado el Diamante, derrotando el 3 de Febrero de 1852 á las aguerridas tropas de Rosas en la batalla de Monte Caseros. El Dictador se refugió en un buque inglés y sus partidarios se dispersaron.

Urquiza, al día siguiente de la batalla, nombró gobernador interino de Buenos Aires al venerable anciano Don Vicente López Planes, el poeta del «Himno Argentino», que había desempeñado durante la época de Rosas la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia. Antes de licenciar las tropas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, y de que volviesen á su país las del Brasil y Uruguay, el ejército aliado hizo una entrada solemne en Buenos Aires, el 15 de Febrero, bajo una lluvia de flores. El vecindario saludó con grandes extremos de júbilo la muerte de la tiranía. El general Urquiza avanzaba sobre su caballo de guerra en medio de las aclamaciones y las salvas. Vestía un brillante uniforme, recamado de oro, pero llevaba sobre él un poncho y se cubría con un sombrero de copa. Así había hecho toda la campaña. El sombrero de copa con el uniforme militar usábanlo entonces algunos personajes sudamericanos como una concesión ó un halago á la burguesía de las ciudades.

Don Vicente López fué nombrado gobernador de Buenos Aires en propiedad, y Urquiza se trasladó á San Nicolás, donde había citado á los gobernadores de todas las provincias, pactando en 31 de Mayo un convenio, según el cual se reuniría en breve un Congreso para dictar la Constitución de la República. El poder ejecutivo fué confiado á Urquiza como Director provisional, dándosele, además, la representación exterior. Todos los gobernadores firmaron el mencionado Pacto, incluso el gobernador de Buenos Aires; pero al conocerse en esta última ciudad lo ocurrido, hubo tales protestas y disturbios, que López Planes presentó la dimisión. La Cámara de Representantes se la aceptó, nombrando gobernador interino al general Pinto. El vecindario porteño temía que Urquiza pudiera restablecer el despotismo de Rosas. Por esto, le trató con inexplicable ingratitud. Además, tenía miedo de perder los ricos productos de su Aduana si se federalizaba el país argentino, pasando ésta á manos de un Gobierno cen-



BUENOS AIRES. PORTADA DEL PALACIO DE GOBIERNO, LLAMADO VULGARMENTE «LA CASA ROSADA»



UN REMATE DE TIERRAS AL AIRE LIBRE (Grabado de 1860).

tral. Los comerciantes abominaban igualmente del propósito de abrir los ríos á la navegación extranjera, por la concurrencia que pudieran hacerles los nuevos puertos.

En vista de la rebeldía de Buenos Aires, el general libertador hizo uso de las amplias facultades que le concedía el Pacto de San Nicolás, cerrando la legislatura y asumiendo el mando de la provincia. Sus enemigos abandonaron el país, y Urquiza, creyendo pacificada á Buenos Aires, delegó el mando en el general Galán. Pero no bien hubo salido de la provincia estalló una revolución el 11 de Septiembre, que depuso al gobernador delegado y restableció la Cámara de Representantes, enemiga del Acuerdo de San Nicolás. Después de esto, los revolucionarios de Buenos Aires tomaron la ofensiva enviando dos expediciones armadas á Entre Ríos para atacar á Urquiza en su propio país. Estas expediciones fueron derrotadas apenas desembarcaron, especialmente la que pretendió tomar á Concepción del Uruguay.

Estaba disuelto el ejército vencedor de Monte Caseros, y el general Urquiza, antes que pensar en la represión de los insurrectos porteños, debía ocuparse del Congreso Nacional próximo á abrir sus sesiones en Santa Fe. Once provincias enviaron su representación al Congreso. Buenos Aires no asistió por mantenerse sublevada, y Tucumán y Santiago del Estero por hallarse comprometidas en guerras intestinas.

Este Congreso, del que fué uno de los oradores más influyentes el ilustre jurisconsulto Don Juan Bautista Alberdi, discutió en 1853 la famosa Constitución que lleva la misma fecha. Las bases de este Código político fueron obra de Alberdi, así como su hermoso preámbulo, noble y generoso llamamiento á todos los pueblos de la tierra. Con arreglo á la Constitución, las provincias eligieron presidente de la República al general Urquiza, y vicepresidente á Don Salvador María del Carril. La ciudad de Paraná fué declarada provisoriamente capital federal, estableciéndose en ella el Gobierno en 1854.

Buenos Aires no aceptó la Constitución, y durante ocho años se mantuvo separada de las otras provincias. Fué un error del apasionamiento político, una supervivencia de las divisiones exacerbadas durante la época de Rosas, que retrasó por mucho tiempo la definitiva constitución de la República.

* * *

Con el Gobierno de Urquiza empieza el Renacimiento argentino.

La parcialidad de los enemigos había pintado al general como uno de tantos caudillos bárbaros que prestaban su ayuda á Rosas. Nada más lejos de la verdad. Urquiza fué un soldado que, por su vida accidentada, no pudo cursar en las Universidades, pero mostró siempre gran afición á la lectura y un inmenso respeto por la enseñanza y los maestros. Su padre, español de nacimiento, procedente de una distinguida familia de Castro Urdiales (Santander), fué el primero que se estableció en los alrededores de Concepción del Uruguay, adquiriendo una fortuna considerable. Urquiza, convertido en militar por la azarosa vida que llevaban en-

tonces todos los argentinos, llegó á gobernador de Entre Ríos en la época de Rosas. Acogía bien á los emigrados de todos los colores y á los extranjeros, lo que no era entonces muy común. Protegía con capitales á estos últimos en sus industrias é iniciativas, recomendaba una severa economía en los gastos públicos y castigaba duramente á los criminales. Con esto logró en el transcurso de cuatro años que la población de Entre Ríos, que era de 30.000 almas, subiera á 50.000, fundando varias ciudades, multiplicando las escuelas, inaugurando hospitales y teatros, y reuniendo un fondo de reserva de 1.000.000 de pesos, que sirvió para hacer préstamos á la industria y al comercio de la provincia. Transformó, además, el carácter de la población, haciéndola pacífica y laboriosa, cuando los entrerrianos, hasta entonces, habían gozado fama de duros y turbulentos. El prestigio que le dieron estas reformas fué causa de que Rosas lo mirase con recelo, enfriándose su amistad.


DON JUAN BAUTISTA ALBERDI

Al ser elevado Urquiza á la presidencia de la República, supo rodearse de hombres ilustres, aconsejándose de ellos en las cuestiones dudosas. Protegido por su autoridad, el Congreso Nacional dictó leyes que cambiaron el aspecto del país. Uno de los primeros actos del presidente Urquiza fué suscribir en San José de Flores, con los representantes de los Estados Unidos, Francia é Inglaterra, el tratado de 10 de Julio de 1853 para la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay, y la apertura de los puertos del interior á los buques de todas las banderas.

La inmigración y la colonización nacional preocuparon mucho á Urquiza. La República hallábase despoblada en gran parte. El presidente quiso dar ejemplo de lo que todos debían hacer, fundando en Entre Ríos la colonia de San José. Como la Argentina no había producido aún hombres de ciencia, el general los trajo del extranjero, generosamente contratados. Amadeo Jacques y Augusto Bouvard estudiaron, por orden suya, los territorios inexplorados del Chaco y las partes desconocidas de Tucumán, Salta y otras provincias. Se realizaron valiosos trabajos de clasificación y reglamentación de las tierras públicas. En Paraná fundó Urquiza por decreto un Museo de Historia Natural. El ilustre geógrafo francés Martín de Moussy fué contratado por el Gobierno, en 1855, para estudiar el país, escribiendo la primera Geografía argentina. De los Estados Unidos se trajeron ingenieros para levantar los planos de varios ferrocarriles. Urquiza, que era poseedor de una gran fortuna, arriesgó capitales en todas las empresas que significaban progreso para la nación. Al mismo tiempo que se inauguraban los trabajos de las vías férreas, contratábase la navegación de los ríos, subvencionando á las empresas de vapores. La representación externa de la República Argentina había estado descuidada hasta entonces, ó no había existido en largos períodos. Urquiza envió á Europa con el carácter de embajadores á hombres importantes, entre ellos á Don Juan Bautista Alberdi, que fué el más ilustre tal vez de cuantos le rodearon.

La instrucción pública ocupaba también su atención preferentemente. Cuando no era más que gobernador de Entre Ríos fundó el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, llamado «Colegio Histórico» por su glorioso desarrollo y los hombres ilustres educados en sus aulas. Al ser presidente nacionalizó la Universidad de Córdoba y su Colegio de Monserrat, dotándolos del material de enseñanza más perfecto entonces y de una buena imprenta. Urquiza, que



CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. COLEGIO HISTÓRICO FUNDADO POR URQUIZA

ansiaba extender la ilustración por todo el territorio argentino, acordó becas á cada provincia en estos centros de enseñanza, costeando los alimentos y demás gastos de los alumnos. Pródigo en la distribución de los fondos públicos para difundir la cultura, trajo de Europa muchos profesores, fundó nuevos colegios y estimuló la aplicación de la juventud con premios valiosos.

Al terminar Urquiza el período presidencial continuó al frente de la provincia de Entre Ríos, siendo al mismo tiempo gobernador y colonizador. Su célebre estancia de San José equivalía á un verdadero Estado, con más de cien leguas cuadradas de terreno. Sus ganados se calculaban en 350.000 vacas y 50.000 caballos. Era su existencia la de un patriarca bíblico, hasta en lo dilatado de la progenie. Aparte de su descendencia legítima, cuéntase que tuvo á docenas los hijos naturales, lo mismo que un guerrero de la conquista. En 1870, estando leyendo en una galería del palacio de San José, fué invadido éste por un grupo de hombres armados, partidarios de su hijo político López Jordán, los cuales asesinaron al gobernador.

Murió Urquiza á los setenta años de edad, siete antes que Rosas y sin que se cumpliera la profecía de éste, que esperaba verlo desterrado en Europa lo mismo que él. En su retiro de Swathling, el ex-dictador tenía en el salón un asiento siempre libre, que nadie podía ocupar.

— Es para el loco Urquiza — decía á sus convidados —. Algún día lo desterrarán y vendrá á verme. Aun hemos de pasar la vejez juntos, conversando y riñendo.

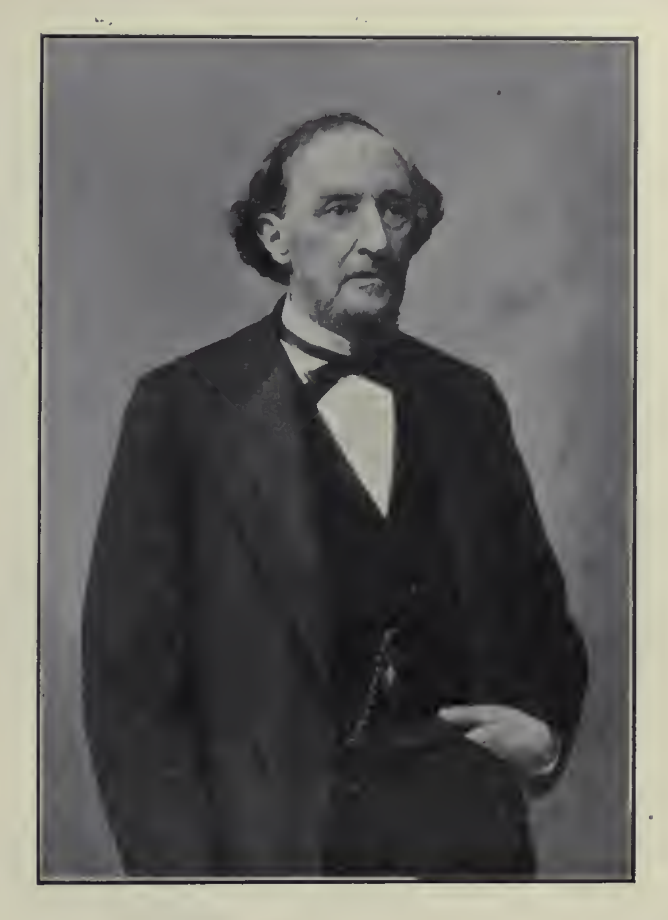
El general Urquiza mostró una noble generosidad con su enemigo. Siendo presidente de la República dió orden de que devolviesen á Rosas todos sus bienes.

* * *

Las divergencias entre Buenos Aires y el resto de la República motivaron una guerra en 1859, que se resolvió en la batalla de Cepeda. El ejército de la Confederación, mandado por Urquiza, derrotó al de Buenos Aires, que llevaba al frente al coronel Don Bartolomé Mitre. Después de esta victoria la ciudad fué sitiada, pero flojamente, pues el presidente temía arruinarla con las violencias de un asalto. La cuestión se resolvió con un pacto suscrito en San José de Flores el 11 de Noviembre. En él se disponía la retirada de las fuerzas de Urquiza, comprometiéndose Buenos Aires á unirse á las demás provincias, previa una reforma de la Constitución, que ella no había discutido ni aprobado en el Congreso de Santa Fe. Los diputados elegidos por su vecindario examinarían dicha Constitución.

Así quedaron las cosas hasta el año siguiente, en que terminó el período legal de la presidencia de Urquiza, entrando á sustituirle Don Santiago Derqui. Una sublevación ocurrida en

San Juan, y los medios de que se valió Derqui para sofocarla, impulsaron á Buenos Aires á levantarse de nuevo contra el poder central. En el fondo de todo esto no había más que un deseo de la poderosa y opulenta urbe de reconquistar su supremacía. Era la primera ciudad del país, y deseaba convertirse en asiento único del Gobierno, designando y consagrando á los directores de la República. Las tropas de la Confederación invadieron la provincia de Buenos Aires, y ésta se aprestó á la resistencia, formando un gran ejército mandado por su gobernador Don Bartolomé Mitre. El choque ocurrió en las orillas del arroyo Pavón, declarándose la victoria por las tropas de Buenos Aires. Urquiza, que mandaba las fuerzas confederadas, combatió sin entusiasmo. Estaba disgustado con el presidente Derqui y convencido del daño que causaban al país estas guerras, innecesarias después de la caída de Rosas.



GENERAL MITRE

Con la derrota quedó deshecho el Gobierno de Paraná. Derqui presentó la dimisión, retirándose á Montevideo, y el general Pedernera, vicepresidente de la República, abandonó igualmente su cargo en Diciembre de 1861. Los gobernadores de las provincias pusiéronse de acuerdo para la elección de Presidente, siendo nombrado por unanimidad, en Octubre de 1862, el general Mitre, que ya estaba designado por la voz pública desde la victoria de Pavón.

La presidencia de Mitre completa la obra regeneradora emprendida por Urquiza y da principio á la Argentina de hoy. ¡Lástima grande que la guerra del Paraguay, tan costosa como inútil, viniera á perturbar la labor de Mitre! En tiempo de éste se inauguraron los ferrocarriles proyectados por Urquiza y se emprendieron los trabajos de nuevas líneas férreas. Además, la enseñanza secundaria fué reorganizada y generosamente atendida, como era de esperar hallándose en la presidencia un ilustre cultivador de las letras.



BUENOS AIRES. EL MERCADO DE FRUTOS VISTO DESDE EL MUELLE

La guerra con el Paraguay fué un suceso

fatal que retrasó por algunos años el progreso de la nación. No la buscaron los gobernantes argentinos. Surgió como una consecuencia de la soberbia de Solano López, dictador del Paraguay, que se creía destinado á renovar en la tierra sudamericana los prodigios de Napoleón.

Solano López apresó buques argentinos en Corrientes, invadió dicha provincia, y el Gobierno no pudo dar otra respuesta á tales atentados que aliarse con el Brasil y la República Oriental para la invasión del Paraguay. La guerra duró más de cinco años, y hay que reconocer que muy contadas naciones se han defendido con la heroica tenacidad de los paraguayos. Aislados en el interior del continente, disputaron el terreno palmo á palmo á la Triple Alianza, que llegó á reunir contra ellos 70.000 hombres. Las tropas argentinas se cubrieron de gloria en varios combates, pero sufrieron pérdidas enormes. La guerra sólo acabó cuando Solano López fué muerto y no quedaron más que mujeres y niños para defender su patria.

Con Urquiza y Mitre empiezan las presidencias electivas y las grandes reformas. Es el Renacimiento de la República.

Todavía, sublevaciones y guerras civiles conmueven el país por algún tiempo, como un reflejo de la anarquía anterior; pero estas revueltas son menos duraderas que en el pasado, y poco á poco se extinguen, hasta que la Historia Argentina sólo admite tres hechos importantes, dignos de figurar en sus anales: la paz, el trabajo y el aumento de población.



NOVIAZGO EN LA PAMPA



BUENOS AIRES. PALACIO DE GOBIERNO (Lado del Norte).

LA ARGENTINA DE HOY

I

EL RIEL, EL TRANSATLANTICO, EL REMINGTON Y EL ALAMBRE

La historia política de la República Argentina la dividen los autores en tres épocas: el Descubrimiento, el Coloniaje y la Independencia.

La historia de su progreso, que es la verdadera historia, debe subdividirse del siguiente modo: antes y después de las primeras líneas férreas, época que puede llamarse del riel; antes y después de la llegada del transatlántico á vapor; antes y después de la adopción del fusil Remington; antes y después del alambrado de los campos.

Los enemigos más temibles con los que tuvo que luchar la República durante los dos primeros tercios del siglo XIX, fueron la enormidad de las distancias y la escasez de habitantes.

La distancia estorbó la consolidación definitiva de la República, favoreciendo el despotismo local. De nada servían los intentos para establecer un régimen de libertad, unificando el país bajo los ideales modernos. Un viaje desde Buenos Aires á las provincias del Norte ó del Oeste, era mucho más largo que un viaje á Europa. En vano el Gobierno se valía del *chasqui*, mensajero veloz, y de la galera, que resultaba entonces el medio más rápido de locomoción. Transcurrían meses y meses sin que la capital lograra ponerse en contacto con las provincias.

Este aislamiento servía para que los gobernadores viviesen como monarcas de derecho divino, sin miedo á la vigilancia y la censura de las grandes ciudades. Cada provincia era un Estado, independiente de hecho. Bajar del interior al litoral representaba una expedición de dos

ó tres meses, en pesadas carretas y con el rifle al alcance de la mano para defenderse del indio y el gaucho ladrón.

Las órdenes del Gobierno central las despreciaban los gobernadores de provincias, sabiendo que transcurriría mucho tiempo antes de que los ministros llegasen á enterarse del desacato. Fiados en lo difícil de las comunicaciones, sublevábanse con gran facilidad. Por pronto que organizaba el Gobierno una expedición para castigo de los rebeldes, y por rápido que fuese el movimiento de las tropas avanzando á marchas forzadas, transcurrían varias semanas antes de que el castigo se hiciese efectivo. En muchas ocasiones, el Gobierno, por evitarse una intervención costosa, fingía no ver las desobediencias, dejándolas impunes.

La tardanza en la represión ó la falta absoluta de ésta fomentaba las ambiciones de los régulos provinciales y sus instintos separatistas. Todo personajillo surgido en los territorios del interior á impulsos de las revueltas civiles, creíase predestinado á ser un nuevo Rosas. ¡Imposible la unificación del país, su cohesión política y su progreso, mientras las ciudades estuviesen separadas por distancias de semanas ó de meses!

Hasta que se tendieron los primeros rieles en el suelo argentino, la República fué una mentira geográfica. Vista desde fuera, presentaba el aspecto de una nación. Interiormente era un conglomerado de Estados, un hervidero de ambiciones y odios provinciales. Sólo el caudillo poseía una importancia efectiva. El Gobierno, imponente y vistoso en el exterior, desempeñaba en la vida interna un papel igual al del tonto de las comedias antiguas: inflado por una ilusoria autoridad y desobedecido y vejado por todos.

El día en que los rieles se extendieron por la Argentina, como dedos férreos y ágiles de una voluntad central, la nación empezó á ser algo positivo. Escasearon las guerras civiles y ya no fueron posibles las insurrecciones de provincias. Ciudades situadas á dos meses del litoral, quedaron á una distancia de veinticuatro horas. Dos días bastaban á un regimiento para movilizarse é imponer el orden en puntos adonde sólo se llegaba antes con treinta ó cuarenta jor-



BUENOS AIRES. PALACIO DEL GOBIERNO (Lado del Este).

nadas. Además, los habitantes de las provincias, por medio del ferrocarril, el telégrafo y el periódico podían esparcir con fulminante rapidez, por toda la República, sus protestas contra la arbitrariedad. Acabaron para siempre las guerras civiles, las insurrecciones, las revueltas, el caudillaje tiránico, auxiliado por la barbarie gauchesca y la rapacidad india. La República, tranquila y unificada, dejó de mirar hacia dentro y de preocuparse de sus crisis internas, volviendo los ojos al exterior, donde estaba la esperanza.



UNA MANIFESTACIÓN PATRIÓTICA EN LA AVENIDA DE MAYO

La vida comercial experimentó con el riel una transformación tan grande como la política. La República, á pesar de sus riquezas naturales, vivió pobre hasta que la locomotora, viniendo del interior, se detuvo en la barranca de los ríos, junto al trasatlántico que esperaba humeante.

Ya hablamos del destino de los inmensos rebaños, antes que la Argentina conociese el ferrocarril y el buque de vapor. Las llanuras aparecían como un pudridero de carne inservible. Los caranchos y demás aves de presa eran los únicos que prosperaban y se desarrollaban en este despilfarro. Sacrificábanse centenares de miles de toros, para aprovechar únicamente los cueros. Se mataba una vaca para guisar su lengua, dejando abandonado el resto. El comercio sólo podía traficar con las pieles y el sebo, artículos que, por su volumen, permitían ser transportados en carretas; y aun esto únicamente podía hacerse á corta distancia de los lugares de embarque, para obtener algún resultado.

La dificultad en las comunicaciones mantenía á las provincias sin otros brazos que los que se proporcionaban á sí mismas con el crecimiento vegetativo de su población. Los inmigrantes, escasos y desconfiados, quedábanse en los puertos, temiendo la inseguridad de las llanuras misteriosas, surcadas sólo de tarde en tarde por una flota de carretas, y afligidas de continuo por la piratería de los jinetes del desierto. Algunos europeos que osaban avanzar en busca de trabajo, marchando solos y á pie por la llanura, acababan siendo esclavos de los indios. Otros perecían de hambre y de sed, al extraviarse en una planicie sin límites, igual al Océano.

El ferrocarril cambió esta situación en el transcurso de pocos años. La pampa salvaje, con sus mondas osamentas y sus plantas espinosas, convirtióse en campo inmenso de trigo. Hubo agricultura desde el momento que fué posible la traslación y exportación de las cosechas. El arado removió el suelo dormido durante siglos. El estanciero empezó á ser un productor de carne en vez de un proveedor de pellejos. Los propietarios de leguas y leguas de desierto, que sólo podían contar para su manutención y lujo con un rústico asado, una fuentada de mazamorra y un viejo carruaje, pasaron de golpe á la opulencia del multimillonario. Las ciudades, olvidando



BUENOS AIRES. UNA SECCIÓN DE LA AVENIDA DE MAYO

los particularismos y orgullos de campanario, fueron sinceramente argentinas. Los hombres pudieron ir de un lado á otro de la República, trabajando y realizando sus negocios sin necesitar más del caballo. Dulcificáronse las costumbres al no ser precisos para la vida el facón mortal, las rudas botas, el poncho burdo y el alimento de carne sanguinolenta. La cultura de los puertos del litoral fué esparciéndose por todo el territorio.

Así quedó vencido y muerto el demonio de la distancia.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de tenderse los primeros rieles.

* * *

Otro sér infernal que mantuvo al país en mortecina anemia, abanicando su sueño con alas de vampiro, fué el demonio de la despoblación.

Los buques de vela, en sus tardos y pesados viajes, sólo aportaban algunas docenas de nuevos pobladores á las riberas del Plata. La mala fama del país y lo dificultoso de los medios de transporte, no permitían mayores remesas de actividad humana.

La Argentina vivía á razón de un motín diario y de una guerra por mes. La deplorable fama que hoy gozan algunas Repúblicas de la América Central, por sus revoluciones y fusilamientos, la disfrutó entera durante medio siglo el país argentino. La paz absoluta en las orillas del Plata era un milagro, sólo visto muy de tarde en tarde. Cuando no se peleaban unas provincias con otras, chocaban todas ellas con Buenos Aires. El inmigrante que emprendía el viaje en busca de trabajo, ansiando crearse una posición, convertíase en guerrillero las más de las veces al llegar

á las costas platenses. Pedía herramientas agrícolas, tierras que cultivar, y los gobernantes, faltos de hombres para sus luchas intestinas, ponían un fusil en sus manos. La transformación realizábase buenamente, sin violencia alguna. El espíritu aventurero del inmigrante le preparaba para este cambio de vida. Cada uno llevaba un soldado dentro de él. Muchos que embarcaron en Europa para ser agricultores, murieron en los campos de batalla ó acabaron sus días como militares y marinos de la República.

Aparte de estas guerras, el largo período de Rosas con su paz de sepulcro tampoco fué favorable á la emigración. Los extranjeros viéronse muchas veces atropellados en sus vidas y haciendas. Algunos acabaron por tomar las armas contra el tirano, engrosando las filas de los defensores de Montevideo. Franceses é italianos figuraron en gran número en las huestes de la «Moderna Troya». Los españoles formaban batallones enteros. El coronel Neira, gallego valeroso, compañero de Garibaldi, pereció como un héroe homérico en las afueras de la ciudad.

No era la Argentina un país de grandes atracciones para el extranjero. ¿Qué representaba, además, el chorreo exiguo de emigrantes aportado por la navegación á vela, si se le comparaba con la despoblación que fomentaban las guerras continuas? . . .

Cuando el riel pacificó y unificó la tierra argentina, el trasatlántico presentóse á continuación, como un colaborador que llega á última hora para dar al trabajo un toque magistral y definitivo.

La navegación á vapor puso las riberas del Plata á quince días de Europa. Los vientres de los trasatlánticos pudieron contener pueblos enteros, que marchaban á la caza de la fortuna, cambiando de sitio en el planeta. La economía y la comodidad de la navegación multiplicaron en enormes proporciones los escasos grupos inmigrantes de otros tiempos. El recién llegado, al pisar tierra platense, en vez de encontrar las antiguas carretas ó las tropillas de caballos que conducían á las aventuras y penalidades del desierto, vió el ferrocarril.

La población de la República avanzó desde entonces á saltos. La emigración y la poca



BUENOS AIRES. HOTEL DE INMIGRANTES


BUENOS AIRES. PALACIO DE GOBIERNO (Lado del Sud).

frecuencia de las guerras aumentáronla con un crecimiento á la vez exterior é interior. El trasatlántico colaboró poderosamente en este gran milagro poblador, pocas veces visto en la Historia, que ha hecho saltar á la Argentina, en medio siglo, de dos millones de habitantes, á los seis ó siete que actualmente posee.

También influyó el trasatlántico, como el riel, en el desarrollo de la riqueza nacional. Los más de los ricos de la Argentina deben su fortuna al buque de vapor. Desde el momento que el trasatlántico, con una travesía de medio mes, pudo llevar á Europa el ganado vivo, comenzó la verdadera prosperidad platense. La carne fué un artículo tan precioso como el oro: ya no se derrochó ni se perdió. Á continuación establecióse el frigorífico. Este y la nave, hábilmente preparada para la exportación de carnes muertas, consolidaron la riqueza nacional.

Los buques de vapor, al remontar los ríos con mayor facilidad que los veleros, han prolongado el Atlántico muchas leguas tierra adentro, hasta el corazón de la República. Ciudades del interior se convirtieron en puertos trasatlánticos. La vida europea llegó, sin necesidad de trasbordos, á las entrañas del país. Sus frutos comenzaron á exportarse directamente desde el campo productor á los mercados del viejo mundo.

Las muchedumbres europeas, movidas por la esperanza, corrieron en busca del mónstruo flotante, que puede llevar sobre sus lomos pueblos enteros. ¡Quince días de viaje no más y saltaban á un mundo nuevo, donde parecen verosímiles todos los prodigios! Hace cincuenta años equivalía á un suceso exraordinario la presencia de un velero de Europa en las riberas del Plata. Hoy llegan diariamente docenas de vapores de todos los puertos del mundo.

Así fué vencido y muerto el demonio de la despoblación.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de la llegada del trasatlántico á vapor.

* * *

El fusil Remington fué el arma victoriosa del progreso en las llanuras platenses. Gracias á él se amansó el indio y pudo avanzar el blanco tierra adentro, convirtiendo el desierto en campos de cereales y frescas praderas.

Hasta que no fué adoptado el Remington en 1873, la lucha con el enemigo cobrizo resultó insegura y las más de las veces, inútil. Rosas, con todo su poder y su ejército duro y aguerrido, no pudo nada contra el indígena. Avanzó victorioso; pero apenas se hubo retirado, el salvaje volvió á surgir entre sus huellas.

La República había caído en triste desaliento, reconociéndose impotente para vencer la

plaga bárbara de los indios á caballo. Pactaba con ellos de potencia á potencia; pretendía ablandarlos con regalos; llegaba á los mayores extremos de adulación para conservar una paz momentánea en sus fronteras, y los piratas del desierto abusaban de esta debilidad.

Tan arraigada se hallaba la convicción de que era imposible vencer al indio, que al emprender el general Roca la conquista del desierto, hubo argentinos ilustres que profetizaron una guerra sin término. «Vamos á necesitar trescientos años de lucha; tantos como necesitaron los españoles para dominar y colonizar el país.»

Los trescientos años sólo fueron seis meses. El infante, con la bolsa llena de cartuchos y un fusil nuevo en las manos, que podía hacer varios disparos por minuto, acabó en unas cuantas semanas con esta rémora de la civilización.

Hasta 1873, indios y cristianos combatían como si viviesen en plena Edad Media. Unos y otros eran jinetes y no usaban otras armas que las blancas. Los oficiales, venidos de las guarniciones urbanas á los fortines de la frontera, convertíanse al poco tiempo en unos guerrilleros casi salvajes. La lanza era su arma, y todo lo fiaban á la fuerza del brazo.

Cuando se encontraba una partida de indios con un destacamento de caballería argentina, había encuentros parciales antes del choque definitivo, desafiándose los más valientes de uno y otro lado á singular combate, que presenciaban inmóviles las dos tropas. Estos torneos medioevales y heroicos sólo servían para rebajar el blanco al nivel del indio, prolongando la guerra indefinidamente. Algunas veces, una tribu retaba á gritos á los soldados de un fuerte para que saliesen á combatir con ella en campo raso. Otras, era un paladín bronceado el que avanzaba para desafiar, con atroces insultos, á cualquier oficial que le había placido esco-



UNA REVISTA MILITAR ANTE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA



UNA ESTANCIA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ger, y éste debía aceptar el reto con arreglo á un heroico pundonor, heredado de los conquistadores.

Tales pasos de armas ocurrían en nuestra época: como quien dice, ayer. El general argentino Don Ignacio Fotheringham, en su reciente obra *La vida de un soldado*, libro interesante, escrito con el calor y la ingenuidad del que relata cosas vistas, cuenta una lucha de esta clase, ocurrida al Sud de la provincia de Mendoza el año 1868. El regimiento 1.° de caballería, considerablemente mermado, pasó el río Diamante para reñir, uno contra diez, con los indios que lo desafiaban desde la orilla opuesta. Antes de iniciar la carga contra los jinetes indígenas, que formaban una línea extensa, haciendo caracolear sus caballos y blandiendo sus largas lanzas con tremendos alaridos, avanzó un indio hacia la tropa, completamente solo.

«No era un indio — añade Fotheringhan —, era un cristiano: un trompa, llamado Barros, desertor del regimiento. Iba bien montado y armado de larga chuza... Al acercarse, gritó: «¡A ver ese capitán Montoya tan mentado! ¡Que salga ese guapo!» Todos lo oyeron y, mejor que nadie, el capitán Montoya. Sereno, y hasta sonriente, dejó su escuadrón, y haciendo el saludo militar á su coronel, le dijo: «¿Me permite, mi coronel?» «Vaya no más, capitán»... Regresó al trote á la cabeza de su escuadrón, tomó de manos del asistente su hermosa lanza de ébano, se fajó firme, y gritando al trompa desertor «Allá va el capitán Montoya», se lanzó al galope.

»Fué un momento de suprema expectativa para indios y cristianos. No duró ni un minuto. A la carga se fueron los dos campeones, castigando con furia los buenos *fletes* en que iban montados. Erró el trompa ó flaqueó á última hora, pues con brazo firme y tieso le traspasó Montoya de terrible lanzazo, entrando la punta por la boca y saliendo por la nuca... «Toma ahí», fué lo único que dijo el capitán, dejando al muerto tendido y regresando á galope á ponerse al frente de su escuadrón, después de un nuevo saludo á su jefe con un «Está despachado, mi coronel»... El regimiento, tocando á degüello, cargó sobre la horda de salvajes, que en vez de resistir el empuje de los doscientos Montoyas, huyeron despavoridos, siendo lanceados por la espalda».

Estas escenas de un heroísmo arcaico, que parecen arrancadas del poema del Ariosto ó la novelesca vida de Amadís de Gaula, ocurrían en nuestros días. Resulta muy digna de admiración la fortaleza de aquellos brazos; pero con sus hazañas prolongábase indefinidamente la barbarie.

No es que los soldados argentinos se negasen á usar las armas de fuego, antes de la adop-

ción del Remington, en sus combates con los indios. Pero el fusil á cargar por la boca colocaba al cristiano en una visible inferioridad. Hacía el primer disparo, y antes de cargar por segunda vez, ya tenía encima al jinete indio, entablándose una lucha al arma blanca, que terminaba las más de las veces en perjuicio del infante.



BUENOS AIRES. UNA FÁBRICA DE CERVEZA

Además, gozaba el indio la ventaja de la superioridad de sus caballos, ya que podía escogerlos entre los centenares de animales robados en los malones. El soldado iba montado en bestias que proporcionaban los contratistas; animales escuálidos, de corta resistencia y asustadizos. Las guerras civiles ó los intentos revolucionarios tenían ocupados á los mejores regimientos en las ciudades. Las tropas de las fronteras eran las más de las veces guerrillas de escasa organización ó milicias improvisadas por los pueblos. Estos «milicos», como les llamaba la gente, sentían aversión por el arma de fuego y preferían la lanza. Los tiros de sus carabinas y trabucos resultaban salvas inútiles. Tenían que hacer fuego al azar, con la culata del arma apoyada en un muslo. Si apuntaban valiéndose de los dos brazos y abandonando las riendas, la bestia, asustada por la detonación, recelosa y espantadiza, apeábalos de un bote por las orejas.

Transcurrieron dos tercios de siglo antes que la civilización adelantase un solo paso. El cacique Mariano Rosas reinaba como un emperador del desierto, ante el cual humillábase el Gobierno argentino. Sus feudatarios trataban de igual á igual á los comandantes de frontera. El llamado «Jefe blanco», nacido de un cacique indio y una prisionera cristiana, era una especie de Atila rubio, sembrador de horrores, que mantenía en perpetuo miedo á los pueblos fronterizos. Había que regalar centenares de yeguas y cargamentos de azúcar y hierba mate á estos bandoleros para que se mantuvieran en paz. Tomaban los regalos y, á continuación, emprendían sus malones, haciendo responsables de éstos á otros caciques, que, según ellos, no querían arreglos con los cristianos.



PUENTE SOBRE EL RÍO COSQUÍN (PROVINCIA DE CÓRDOBA)

La llegada de una embajada de



BUENOS AIRES. PARQUE DEL 3 DE FEBRERO, CON EL VIADUCTO DEL FERROCARRIL ROSARIO Y PACÍFICO

indios á un puesto de la frontera era un suceso que despertaba la cólera de los militares de profesión, ansiosos de acabar con esta vergüenza. Invadían los caciques, grandes y chicos, con aire de vencedores, el despacho del jefe, y allí fumaban con una majestad grotesca, mientras el «lenguaraz» ó intérprete explicaba pomposamente el objeto de la visita. Muchos de ellos hablaban el castellano, pero querían hacer sentir claramente su grandeza fingiendo ignorar el idioma de un Gobierno al que despreciaban. Todos parecían convencidos de que sus hordas, armadas de bolas y lanzas, arrollarían cuando quisieran á las tropas de la República.

Estas embajadas formulaban siempre las mismas reclamaciones con tono altivo. Querían más aguardiente, más hierba, más yeguas, y al entregarles los regalos admitíanlos con aire protector, cual si perdonasen la vida á los blancos.

El general Roca, cuando sólo era teniente coronel y mandaba una línea de la frontera india, tenía que hacer grandes esfuerzos para tratar diplomáticamente á estos bandidos. Ya que no podía fusilar á los zafios embajadores, que se presentaban montando caballos robados poco antes en el mismo pueblo, les daba la mano y les sonreía.

— ¡Ya verán! ¡Ya verán! — cuenta Fotheringham que murmuraba en estas entrevistas, con un gesto enigmático.

Y, efectivamente: un día vieron las indiadas avanzar á pie á los cristianos, armados de un fusil que disparaba y disparaba incesantemente. ¡No más combates á caballo; no más choques de lanzas y revoloteo de bolas! Una lluvia de proyectiles detuvo en su carrera veloz á la horda montada y pataleante, apagando sus aullidos.

Se acabaron los malones: las tolderías fueron pasto de las llamas, y las tribus, deshechas para siempre, repartidas y disgregadas en los territorios más lejanos. La mujer blanca pudo vivir tranquila en su casa del campo, sin miedo á verse convertida en manceba de un indio sucio y borracho. No se repitió más la vergüenza de que algunas damas de provincias, de excelente educación y honrosa cuna, fueran á acabar su triste vida en un campamento de salvajes, embrutecidas por el dolor y la afrenta, como bestias de carga y procreadoras de mestizos.

Los fortines transformáronse en poblaciones. Tras el soldado avanzó el colono, tomando posesión del desierto, que ahora lo era en realidad, sin un jinete salvaje, sin una toldería. El arado rasgó el suelo y los cereales extendieron su oleaje de oro sobre la antigua tierra maldita.

Así fué vencido y muerto el demonio del salvajismo, que robaba á la civilización un dominio de veinte mil leguas.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después del fusil Remington.

* * *

Hace algunos años todo era camino en la República. El baqueano tomaba su rumbo en la pampa lo mismo que el piloto en la mar. Las caravanas abrían en cada viaje nuevos senderos. El jinete hacía correr la cabalgadura á su capricho por esta inmensidad. Los rebaños salvajes galopaban con la cabeza baja y la ceguera del vértigo, seguros de que ningún obstáculo cortaría su paso en la llanura igual é infinita, sin una depresión, sin una cumbre.

Hoy no ha cambiado el aspecto de este mar de tierra. La misma llanura sin término; el mismo horizonte sin fondo. Sólo á corta distancia parecen seguir la marcha del viajero unos postes en fila, de los cuales pende algo sutil que brilla bajo el sol; algo semejante á los hilos de plata que babea la araña.

Al mirar al lado opuesto se encuentra igualmente otra fila de postes, con sus hilos, que apenas si son visibles á causa de la distancia. El viandante marcha por una pradera de verdor intenso, con cercas de alambres por dos lados, y un interminable horizonte por los otros dos. Esta extensión, de más de cien metros de anchura, es un camino.

En la Argentina la abundancia de terreno ha permitido hacer las cosas en grande. En el centro de la luenga pradera, profundos relejes abiertos en la hierba y ondulaciones de barro seco y removido, marcan el paso de carretas y caballerías. La rutina, anonadada por la amplitud, sigue marchando sobre las pisadas de los predecesores, dejando libre y sin hollar la vegetación que poco á poco se apodera del resto de la vía. Resulta de esto que en la Argentina hay caminos dentro de los caminos.

Parece fácil salirse de la faja de terreno destinada al tránsito; galopar á través de la inmensa planicie, como lo hacían los antiguos gauchos. No hay á la vista nada que se oponga: ni muros de propiedades, ni cercas espinosas, ni fosos y barrancos. Basta saltar uno de los dos alambrados que bordean el camino, para correr con toda libertad... ¡Error! ¡Ilusión! En todo lo que abarcan los ojos, y más allá del horizonte, durante semanas y meses de incesante marcha, está el obstáculo, apenas visible hasta que se le toca; el enemigo del vagabundaje, la barrera semiaérea, que no modifica el aspecto del país, conserva su amplitud de inmenso espacio libre, pero detiene el paso del viajero: el alambre, en una palabra.

No existe hoy en la Argentina un pedazo de tierra con amo que no esté acotado por el hilo de hierro. El alambre es signo de propiedad, y los dueños tienen interés en hacer presente su derecho.

¿Cómo explicar la profusión de este hilo férreo en todo el territorio de la República, al que parece envolver con sus mallas metálicas? . . . Yo he viajado por el Chaco, por las fronteras de Bolivia, por otros países argentinos, poco adelantados y de silvestre vegetación.. Correteaban medrosos los llamas, conmovíanse los matorrales con el aliento rumoroso de la soledad, y cuando creía yo encontrarme con una toldería de indios semisalvajes ó algún jaguar solitario, tropezaba con fuertes alambrados de siete hilos, construídos según los últimos modelos. ¡Hasta allí había llegado la barrera de acero! . . . El alambre acotaba la tierra salvaje, proclamando la existencia de un dueño que algún día podrá cultivarla, cuando escaseen mejores terrenos. . .

El acero hilado precede al trabajo del hombre. Es una toma de posesión para lo futuro.



FERROCARRILES ARGENTINOS. PUENTE SOBRE UNA LAGUNA

Algo semejante á la bandera que colocan las naciones civilizadas en países que sólo piensan colonizar más tarde.

¿Cuál podrá ser la longitud del alambre tendido sobre la superficie de la República? ¡Quién puede saberlo! . . . Sin duda, mucho más del que se necesita para dar varias vueltas á la redondez de la Tierra. Todos los días se desembarcan en la Argentina nuevos cargamentos. Este artículo es de incesante consumo. La propiedad se fracciona, y los dueños marcan las subdivisiones de la tierra con fuertes alambrados. Tal vez algún día sea tanta la cantidad de hilo de acero en el país argentino, que baste, según los calculistas, para formar una red en torno de nuestro planeta. Algo así como el tejido que sostiene las grandes pelotas de colores con que juegan los niños.

Defiende el alambre á las tierras de la invasión del ganado, y sirve, al mismo tiempo, para mantener á éste en seguridad. La agricultura parece desarrollarse más espléndida al otro lado de los hilos, casi invisibles, que dejan pasar el aire y la luz, pero detienen el paso del hombre.

Él ha contribuído, casi tanto como el riel, á suprimir las guerras civiles, modificando la vida de las campiñas y acabando con el gaucho malo. Al cerrar los campos, creó el camino, y donde hay camino y el jinete no puede marchar á su antojo, es imposible la vida de bandolerismo, con sus escapadas y sorpresas.

Las cercas y los caminos mataron igualmente las guerras del caudillaje. No serían posibles ahora en muchas provincias de la Argentina las antiguas cargas de los gauchos á campo raso. Sus caballos rodarían al encontrarse con la cuarta ó la quinta cerca. Esta necesidad de contar para la guerra con el camino y el alambre, imponiendo la necesidad de un plan de batalla, ha acabado con el guerrillero instintivo de otras épocas, que todo lo fiaba á las patas de su corcel y lo rígido de su lanza.

— ¡Pero el alambrado puede echarse abajo! — pensarán algunos.

Efectivamente: es fácil derribar un alambrado entero ó cortar sus hilos. Pero cabe decir acerca de esto lo que decía el granadero de Warteloó, al contar el número de sus enemigos: «¡Son tantos! ¡Son tantos. . . !»

Un día, en la provincia de Jujuy, cerca de la frontera de Bolivia, pude darme cuenta de lo que representa el alambrado como obstáculo. Un batallón de infantería estaba ejecutando maniobras; pero



UN CORRAL EN UNA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA



BUENOS AIRES. ESCUELA «PRESIDENTE MITRE»

maniobras de verdad, sin otros espectadores que nosotros. Los soldados, divididos en dos unidades, combatían aprovechando las alteraciones del terreno. Yo me incorporé á un grupo de tiradores, mozos taciturnos, hijos del país, que con su faz pálida, sus ojillos un tanto oblicuos y su gorra de plato, recordaban á los infantes del ejército japonés. El pelotón de mestizos batíase en retirada, haciendo fuego para contener el avance del enemigo. Estábamos en una meseta limpia de obstáculos. De pronto, un alambrado. Lo saltaron los soldados ágilmente, teniendo para ello que abandonar el fusil, y recobrarlo del otro lado de la cerca. ¡Pérdida de algunos segundos! Cien metros más allá, otro alambrado. Volvieron á salvarlo, pero esta vez con menos ligereza. Á corta distancia, otro obstáculo. Y así fueron repitiéndose las cercas, dificultando la retirada. Los soldados ya no saltaban; introducíanse entre los alambres, insensibles á los pinchazos de sus púas, y algunas veces quedaban aprisionados por la mochila, semejante á la concha de un galápago, hasta que acudíamos en su auxilio.

Entonces pude ver lo que significa esta barrera casi aérea, que se confunde con el paisaje, que permanece invisible á cierta distancia, pero opone un obstáculo fatigoso é interminable á todo el que se aventura fuera del camino.

Se dirá que el que huye puede cortar los alambres. Si es jinete tendrá para ello que apearse y volver á montar, repitiendo la operación cada cien ó doscientos metros. Si mar-

cha á pie, no por esto perderá menos tiempo. Mientras él corta el obstáculo, el enemigo avanza, y cuando llega á la cerca se aprovecha de su trabajo, pasando adelante sin pérdida de minutos. Por grande que sea la ventaja del fugitivo, su perseguidor le habrá alcanzado al poco rato.

No; el tránsito es imposible á la larga, fuera de los caminos. En la nueva Argentina todos han de marchar por los espacios que marcó la ley. Terminó el vagabundaje. El gaucho malo no encuentra espacio para correr. Martín Fierro tendría ahora que volverse á su rancho para ser hombre de bien, so pena de que la policía le prendiese en una encrucijada sin esfuerzo alguno.

Al desaparecer los errantes aventureros de la llanura, han muerto las guerras provinciales por falta de voluntarios.

La propiedad, que era en otros tiempos una noción vaga, indigna de respeto, crece hoy y se afirma victoriosa tras las murallas de alambre tendido. Las bestias pacen en libertad, seguras de los cuatreros. Los viandantes ya no marchan jornadas enteras sin ver un rostro humano; ya no se pierden en una llanura infinita, que toda ella era camino. Al avanzar entre alambres, por una ruta determinada, se encuentran, se acompañan y se auxilian, lo mismo que en los caminos de Europa.

Así fué vencido el salvaje abandono de la tierra y se fortaleció el principio de propiedad.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de alambrarse los campos.

Si en los tiempos presentes sintieran los hombres la necesidad de deificar todo lo que es útil para su existencia, como lo hicieron en los pueblos primitivos, la nación argentina levantaría altares á la gloria del riel, el vapor, el Remington y el alambre.

Ellos han transformado la vida y el aspecto del país mucho más que las revoluciones políticas y las frases retóricas y pomposas de los conductores de muchedumbres.

II

ORGANIZACIÓN DEFINITIVA DE LA NACION

Salió el general Mitre de la presidencia cuando la guerra del Paraguay no había terminado aún y estaba latente en muchas provincias la lucha con el caudillaje. A esto se debió, sin duda, que su período de gobierno no fuese tan abundante en reformas como lo hacía esperar la gran cultura de este hombre público.

Jefe de un partido numeroso y conservándose sano y activo hasta una edad muy avanzada, el general Mitre fué objeto de la adoración del vecindario de Buenos Aires. Aconsejó á los hombres de la República en momentos difíciles; influyó con su palabra en la elección de presidentes; gozó de todas las ventajas y honores de una popularidad inmensa; pero, á pesar de esto, no volvió á ocupar la primera magistratura del país.

En Octubre de 1868 fué elegido, para sustituirle, el ilustre escritor Don Domingo Faustino Sarmiento, que se hallaba de representante diplomático en Washington.

Desde los tiempos de Rivadavia hasta esta elección, no había sido presidente de la República ningún hombre civil. Hay que advertir que Sarmiento tuvo en sus últimos años la debilidad de hacerse general, sin duda «por serlo todo en su patria». Fundándose en ciertas



BUENOS AIRES. COLEGIO «SARMIENTO»

campañas de su juventud como guardia nacional, en su actuación de cronista en el Estado Mayor de Urquiza, cuando éste derribó á Rosas, y en sus luchas como gobernador de San Juan, creyóse un guerrero y se adornó con la faja. Pero la posteridad no puede imaginarse á este vigoroso pensador, de potente y ceñuda testa, vistiendo un uniforme militar. Su túnica de inmortalidad es la levita, la pobre levita del maestro de escuela. Su mérito consiste en haber llegado á la presidencia de una gran República sin otras armas que la pluma y un programa de gobierno condensado en dos afirmaciones: «No hay libertad donde el pueblo es ignorante». «Tened escuelas y no habrá revoluciones».

Una de las glorias más grandes de la República Argentina estriba en haber elevado á su primera magistratura á un maestro de escuela. Ninguna nación puede alabarse de lo mismo. El estado de cultura de la Argentina actual y el respeto con que atiende á la enseñanza, considerándola como una de las primeras necesidades públicas, dan á entender que un educador ilustre ha pasado por la más alta de sus posiciones oficiales.

Cuando Sarmiento ocupó el poder estaba convencido por la experiencia de que en un pueblo joven la más importante de las funciones es la educativa. Había que levantar un Estado nuevo en terreno virgen, y la educación equivalía al más firme de los cimientos.

Los problemas políticos, religiosos y sociales, todo cuanto puede alterar y preocupar la vida de un país, lo resolvía Sarmiento aplicando el mismo remedio infalible: «¡La escuela! ¡Siempre la escuela!»

Por sus bizarrías de escritor genial, por las originalidades de su carácter independiente,



DON DOMINGO F. SARMIENTO

por su fe en la instrucción para el engrandecimiento de las democracias, y sus méritos de escritor, es Sarmiento el argentino ilustre más conocido en Europa.

Sus contemporáneos, poco acostumbrados á las genialidades de su carácter, genialidades de artista que no hubiesen llamado la atención en el viejo mundo, le apodaban «el loco Sarmiento». En España su nombre goza de gran popularidad entre las gentes de letras. Menéndez Pelayo le llamó «gaucho intrépido de la literatura y la política». El originalísimo Grandmontagne, al estudiar su obra, lo presenta como «un incansable educador á caballo», que esparció la instrucción en un radio de miles de leguas.

Descendiente de una familia española noble y arruinada, educado por un clérigo en el ambiente sencillo y devoto de un hogar al estilo colonial, Sarmiento, no obstante el cosmopolitismo de sus ideas y de sus estudios, fué el más español de todos los escritores de su época, por lo mismo que pasó la vida entera escribiendo y hablando contra España. Sufrió igual manía que hemos sufrido muchos escritores peninsulares: la de querer que marche apresuradamente nuestro país hacia el progreso en fuerza de insultos y hasta de golpes. Sarmiento, que hizo un viaje á la Península en 1845 (¡la época de Narváez y los moderados!), escribió cosas horrorosas de la antigua madre patria. No los hemos dicho menos terribles, con la mejor intención del mundo, muchos escritores que nos tenemos por buenos españoles, llegando en nuestra exaltación hasta la falsedad y la injusticia.



INAUGURACIÓN EN EL PARQUE DE PALERMO DEL MONUMENTO DE SARMIENTO (Obra del escultor Rodín).

Se nota en los escritos de Sarmiento la obsesión de la madre patria. La insulta con sus juicios desde el otro lado del Océano, tal vez con la secreta esperanza de que llegue á ser de este modo tan grande como él la quisiera. Es la misma preocupación del que admira á una mujer por su belleza y la execra por sus defectos. La abruma

con sus insultos, pero habla de ella á todas horas.

Yo admiro en Sarmiento el hombre de voluntad, el testarudo de genio, el vagabundo de acción, hijo de sus obras, como los grandes artistas de otros siglos. Emigrado en Chile á los diez y ocho años por haber combatido en San Juan á los dos tiranos Facundo Quiroga y Rosas, es dependiente de comercio en Valparaíso con 16 pesos al mes, que emplea en la compra de libros. Luego pasa de capataz á una mina, y traduce á Walter Scott entre las cargas de mineral. Es soldado, comerciante, minero, prisionero, maestro de escuela, y en esta vida azarosa aprende varios idiomas y lee las obras maestras de la literatura contemporánea. Cuando llega á los cuarenta años de edad, ha pasado veinte fuera de su país, en Chile y en Europa. Comisionista viajero de la educación, antes de ocuparse de la enseñanza en su patria, echa las bases de la instrucción pública en Chile. Después de la victoria de Monte Caseros, puede regresar á la Argentina, interviene en su vida política, y entonces clama incesantemente en favor de la escuela. Exige que se cree un Consejo de Educación, y en 1857 queda al frente de este departamento, edificando la espléndida Escuela Modelo de Buenos Aires. En 1860, siendo senador y ministro, hace votar un crédito de cinco millones para nuevas escuelas, y las esparce por toda la pampa, allí donde encuentra un grupo de familias. En esta época funda talleres tipográficos confiados á europeos, para facilitar y abaratar la producción de libros; construye un dique en el Paraná, improvisa una Venecia americana en las islas del Tigre, y reparte las tierras de Chivilcoy entre miles de agricultores, demostrando prácticamente las ventajas de la subdivisión de la propiedad, como en muchas regiones de Europa.



BUENOS AIRES. ESTATUA DE ALSINA

Siendo presidente de la República se termina la guerra del Paraguay (1868) é inaugura en Córdoba la primera Exposición argentina. La enseñanza normal recibió de él un gran impulso. Sarmiento, que ofrecía la escuela como remedio único, necesitaba crear buenos maestros. Lo acertado de su gestión se nota actualmente en el idóneo personal dedicado á la enseñanza. Fundó una Escuela de ingenieros en San Juan, la Escuela Agronómica de Mendoza, la Facultad de Ciencias de Córdoba y el Observatorio de dicha ciudad, que ha prestado valiosos servicios á la ciencia. También costeó la publicación de una gran carta celeste de la América del Sud.

Aparte de esto, se cuidó de dar mayor seguridad á las defensas de la República. Su intervención en la guerra contra el caudillo López Jordán, que había sucedido al general Urquiza en el gobierno de Entre Ríos luego de su asesinato, hizo ver á Sarmiento la necesidad de ocuparse de las fuerzas de mar y tierra, dándolas un carácter permanente. Reorganizó la Escuela Militar de Cadetes; creó la Escuela Naval, pues hasta entonces los buques de guerra habían sido tripulados por individuos de la marina mercante, y adquirió barcos para la defensa de los ríos. Estas reformas, la creación de nuevas vías férreas y el establecimiento de líneas telegráficas en toda la Argentina, ilustraron la administración de Sarmiento.



BUENOS AIRES. ESCUELA «PRESIDENTE ROCA»

El antiguo maestro de escuela, el escritor artista de *Facundo* y *Recuerdos de provincias*, hizo más por la civilización que muchos generales y caudillos populares. Desde los tiempos de Rivadavia no se había visto legislar tanto y tan acertadamente. Las nuevas generaciones argentinas fueron moldeadas definitivamente en el plan de educación ideado por Sarmiento.

En 1874 entregó el poder á su antiguo ministro Don Nicolás Avellaneda, elegido con arreglo á la Constitución. Despechado por el éxito de las elecciones el partido nacionalista que dirigía Mitre, tomó las armas para derrocar al nuevo presidente. Fué éste un atentado digno de los pasados tiempos de desorden é ilegalidad, del que participó insólitamente el general Mitre, tal vez por uno de esos compromisos á que se ven arrastrados los jefes de partido. Mitre fué vencido y hecho prisionero por las tropas del Gobierno en el combate de La Verde, provincia de Buenos Aires. Otras fuerzas sublevadas en la provincia de Mendoza quedaron deshechas por el coronel Roca en la acción llamada de Santa Rosa.

Avellaneda, una vez acabada la insurrección, amnistió á Mitre y se dedicó á las tareas de gobernante. El antiguo ministro de Instrucción Pública de Sarmiento era uno de los hombres más eminentes de Sud-América. Poseedor de una gran cultura y con progresivas orientaciones, su anhelo principal fué instruir al pueblo argentino, popularizando la enseñanza. Muchas de las leyes favorables á la instrucción pública adoptadas en la época de Sarmiento, fueron obra de Avellaneda.

Hijo de Don Marco, bárbaramente sacrificado en Tucumán por los esbirros de Rosas, unía al prestigio patriótico de su nombre ilustre los méritos de un gran artista de la palabra. Su elocuencia no ha sido superada por nadie en la tribuna argentina. Era un improvisador asombroso, que revestía las inspiraciones de su pensamiento ágil con las más frescas galas de la retórica.

Como modelo de oratoria tribunicia, espontánea y brillante, ha quedado un discurso suyo en honor de España, que improvisó en una fiesta de los peninsulares. Esta pieza oratoria

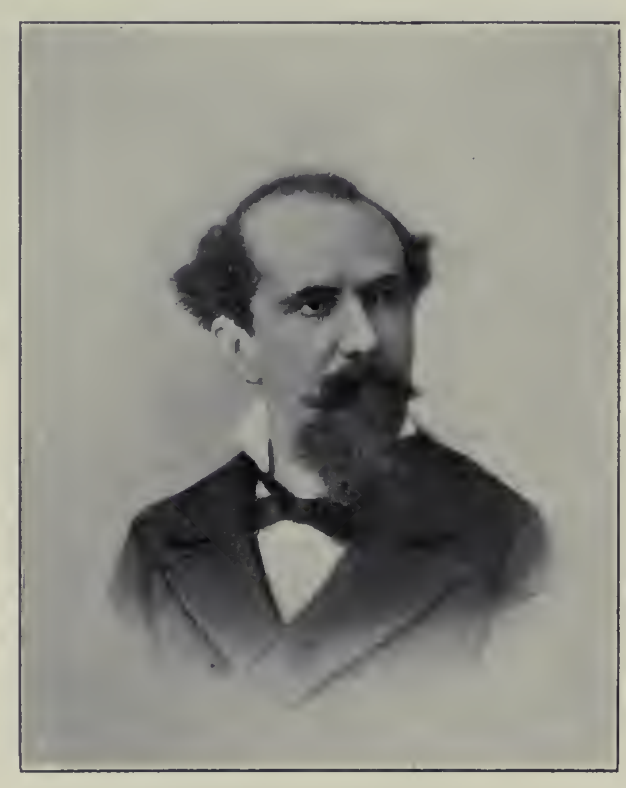
puede compararse con los mejores discursos de Castelar. Durante su gobierno abordó valientemente muchas cuestiones que habían dejado intactas sus antecesores. Legisló en materias de enseñanza y de religión, teniendo la habilidad de acelerar el progreso del país sin herir á las gentes de pensamiento estacionario. Resolvió una gran crisis financiera y comercial originada por el abuso del crédito; fundó nuevos centros de instrucción, y sostuvo intrincados debates diplomáticos con Chile á propósito de la batallona cuestión de límites.

Un verdadero problema nacional se resolvió bajo la presidencia de Avellaneda: el de la capitalidad de la República. El presidente tuvo que hacer cara á una insurrección de Buenos Aires, y acampó en las afueras de la ciudad con las escasas fuerzas de ejército que pudo reunir en los primeros momentos. Las tropas del Gobierno vencieron á los rebeldes y, al fin, el Congreso, reunido en la población Belgrano, federalizó la ciudad de Buenos Aires, separándola de la provincia, para que fuese en adelante capital de la República.

* * *

El hecho más transcendental de la presidencia de Avellaneda fué la conquista del desierto. Había llegado el momento de suprimir la influencia del salvaje. Era vergonzoso elevar escuelas modernas, traer del extranjero educadores, ofrecer en el litoral un aspecto de nación próspera y joven, mientras á pocas leguas subsistía siempre latente la amenaza del indio.

El ministro de la Guerra, Don Adolfo Alsina, confió la expedición al general Roca, que, aparte de sus servicios como militar, ofrecía la ventaja de haber estudiado de cerca la fuerza y organización de los indios. Encargado del mando de una parte de la frontera durante varios años, fué anotando el número de lanzas de que disponía cada tribu, y avanzando tierra adentro en expediciones parciales, hasta adquirir la certeza de que el poder del salvaje había sido exagerado enormemente, y que bastaría una expedición para expulsarlo de las llanuras del Sud y el Oeste de Buenos Aires, que era donde más estorbaba al movimiento civilizador.



DON NICOLÁS AVELLANEDA

El Gobierno había vendido terrenos á muchos colonizadores y éstos no osaban posesionarse de ellos por miedo al indio, acampado en un suelo que tenía por suyo. Un día en que se verificaba al aire libre, en la provincia de Buenos Aires, una subasta de tierras, el rematador y los compradores tuvieron que huir á uña de caballo al enterarse de la proximidad de los indios, ganosos de terminar el acto con sus lanzas y sus bolas.

Todos temían al jinete indígena, especialmente al patagón de las llanuras del Sud; pero Roca estaba convencido de que tras su aparato belicoso y terrorífico sólo existía la nada.

Muchos habían fracasado en estas expediciones contra los indios. Rosas y otros caudillos



TIPOS DE PATAGONAS AL VERIFICARSE LA CONQUISTA DEL DESIERTO

avanzaron victoriosos por la pampa; pero retrocedieron luego sin obtener un resultado positivo. Algunos gobernantes, para vivir á salvo del peligro cobrizo, idearon la apertura de un zanjón enorme que aislaba la parte civilizada de la Argentina del resto del país. Este obstáculo podía impedir el paso de las bestias robadas por los indios en sus malones, pero no dificultaba la invasión.

Un cacique llamado Catriel, último representante de la fiereza indígena, sostenía la organización de sus hermanos de raza al Sur de Buenos Aires. Muchos araucanos, expulsados de Chile por los avances militares de esta República, se habían refugiado en el territorio argentino. Había llegado el momento de tomar la ofensiva para suprimir el peligro indio. El Remington facilitó la operación.

Avanzaron las divisiones, compuestas de lo más selecto del ejército argentino, veteranos en su mayor parte de la guerra del Paraguay, y en poco tiempo se realizó la conquista, no sin tropezar en algunos sitios con una tenaz resistencia. Al principio creyeron los indios que se trataba de una expedición como muchas otras, reducidas á un paseo militar; pero al saber que se pretendía arrebatarles sus tierras, las defendieron palmo á palmo. En la pampa fué donde ocurrieron los combates más importantes. Hubo acciones, como la de San Carlos y otras, que equivalieron á verdaderas batallas. Las fuerzas de Levalle, Villegas, Olascoaga, etc., resistieron los choques más furiosos de las hordas dirigidas por los caciques Namuncurá y Baigorria.

Las principales tribus de la pampa las había ya estudiado de cerca, algunos años antes, el coronel y escritor Don Lucio V. Mansilla en una expedición que realizó con unos cuantos soldados, siendo jefe de la frontera Sud de Córdoba. El intrépido Mansilla vivió algún tiempo con Mariano Rosas y otros caciques, escribiendo después el libro titulado *Excursión á los Indios Ranqueles*, valioso en extremo por sus verídicas y pintorescas descripciones.

Batidos los indios en la pampa, avanzó Roca por el Sud, llegando en poco tiempo á las orillas del río Negro, y remontándolas hasta la confluencia del Neuquén y el Limay. Las tropas no tuvieron necesidad de disparar sus fusiles. Desde Río Negro hasta San Rafael, provincia de Mendoza, quedaron establecidas provisoriamente las nuevas fronteras de la República. Luego de este avance, poco se necesitaba para completar la dominación efectiva de todo el territorio.

En 1880 terminó la brillante presidencia del doctor Avellaneda. Como dice uno de sus biógrafos, este escritor y gran artista de la palabra «arrojó á montones desde Buenos Aires á los cuatro ángulos de la República la simiente fecunda,



EL CACIQUE CATRIEL CON UN VIEJO UNIFORME ARGENTINO (Grabado de un periódico de 1876).

bajo las especies de escuelas y colegios, bibliotecas é instituciones científicas». Sus triunfos de orador en las Cámaras fueron portentosos. Muchas veces un discurso suyo decidió la suerte de una ley. «La frase bella y útil — decía Avellaneda — será siempre un medio de gobierno, porque es un medio de acción y de influencia. Lo que subleva y es repulsivo, lo que merece todos nuestros anatemas, es la frase pomposa y sin sentido».



GENERAL ROCA

Su amor á las letras le hizo mostrarse fraternal y de simples costumbres en la vida íntima. Hasta en los tiempos más gloriosos de su presidencia, departía y paseaba amigablemente con todos los escritores y artistas de Buenos Aires, por modestos que fuesen.

Un día, cuando ocupaba el ministerio de Instrucción pública, leyó en una revista de la capital un notable estudio sobre literatura española. Lo firmaba cierto joven francés recién llegado á la Argentina. El ministro fué á visitarlo en su alojamiento, le estrechó la mano y le ayudó en su carrera. Aquel joven francés que escribía correctamente el castellano, conociendo á fondo todas las bellezas de las letras españolas, se llamaba Pablo Groussac. Era el literato brillante y erudito que hace años dirige la Biblioteca Nacional.

* * *

Para suceder á Avellaneda en la presidencia, fué elegido el general Roca. La batalla de Santa Rosa contra los enemigos del Gobierno, la expedición al desierto y los combates con los insurrectos de Buenos Aires, le habían dado gran prestigio ante sus partidarios. Hijo de un coronel de la Independencia, el joven Julio Argentino Roca estudió en el Colegio Histórico del Uruguay é hizo sus primeras armas en la batalla de Cepeda, al lado de Urquiza, que le dispensaba su protección. Luego se distinguió como valeroso combatiente en la guerra del Paraguay, y sirvió lealmente á los Gobiernos de Sarmiento y Avellaneda.

Durante un período de su presidencia, tuvo como Ministro de la Guerra á Don Benjamín Victorica, hombre á la vez de estudio y de espada, notable jurisconsulto, hijo político de Urqui-


GENERAL VICTORICA

za, y secretario de confianza en sus campañas. Había pasado de la magistratura á la profesión militar, y luego de ser ministro de la Guerra ocupó la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia.

El general Victorica púsose al frente de una expedición contra los indios del Norte, expedición que completó la conquista realizada por Roca, limpiando definitivamente de salvajes todo el territorio de la República. Tuvo que luchar Victorica en esta expedición con la naturaleza del país, más adversa que en el Sur, y que no permitía un resultado brillante. En vez de avanzar triunfadores y sin disparar un tiro, como en Río Negro, tuvieron los soldados de Victorica que precaverse de las emboscadas en las selvas y las enfermedades propias de un país inexplorado, sosteniendo, además, sangrientos choques. Tampoco era posible una pacificación completa, como en el Sur, donde una vez domeñados los indios, quedaba tranquilo el país. Aquí, la vecindad de las tribus de Bolivia mantenía en estado latente el salvajismo de los naturales. A pesar de esto, el general Victorica dominó los territorios del Chaco y Formosa, hasta entonces poco explorados, así como la parte Norte de las provincias limítrofes, completando la incorporación de este gran pedazo de tierra argentina á la vida civilizada.

El presidente Roca favoreció mucho la agricultura y la exportación. En su tiempo se abrieron al cultivo extensas tierras de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, y aumentó considerablemente la corriente inmigratoria. Las grandes obras del puerto de Buenos Aires se iniciaron también en su presidencia, que dejó excelentes recuerdos. Las Cámaras votaron, á propuesta del Gobierno, leyes importantes sobre la libertad de la escuela y el matrimonio civil.

Proclamó el partido autonomista nacional á Don Miguel Juárez Celman para suceder á Roca, y triunfante en la votación, se posesionó del cargo en Octubre de 1886. Su vida presidencial fué desgraciada. Acometió obras públicas importantes, pero el abuso del crédito bancario y la gran crisis monetaria de 1890, dificultaron su gobierno. Varias agrupaciones políticas, fusionadas bajo el título de Unión Cívica Nacional, se levantaron contra Juárez Celman, preparando la gran revolución de 1890, que ensangrentó varios días las calles de Buenos Aires. Vencieron las tropas del Gobierno, pero éste quedó herido de muerte, y Juárez Celman tuvo que presentar la dimisión.

Le sucedió el vicepresidente Don Carlos Pellegrini, quien estuvo dos años al frente de la República, hasta 1892. Lo exiguo del período de su mando y el estar reciente una revolución con sus apasionamientos y desorientaciones, no le permitieron dar la medida de su valer como hombre de gobierno. Pellegrini fué el político de carácter más firme é inteligencia potente que ha conocido la Argentina moderna. Su actuación pública tenía algo de brusquedad acomete-

dora y arrogante. Era un guerrero de la política. Cuando quería llegar á la realización de sus pensamientos, marchaba rectamente, sin maquiavelismos ni torcidas intenciones, cual un héroe que avanza á pecho descubierto. Como todos los impetuosos, luego de una explosión de energía irresistible, sumíase en plácida indiferencia. Lo mismo inspiraba simpatías hasta el sacrificio que odios mortales. Su talento era masculino: su oratoria tenía un sonido férreo de coraza bien templada: los enemigos le temían cuando, despertando de sus repentinos decaimientos, desperezábase como un león próximo á saltar. Forman hoy sus antiguos amigos el núcleo más poderoso de la política argentina. Su recuerdo y su nombre han servido muchas veces de ban-



PUERTO BELGRANO. LA ESCUADRA ARGENTINA FONDEADA

dera de unión. De no haberle sorprendido la muerte en pleno vigor, es seguro que Pellegrini, después de un pasajero eclipse de popularidad, habría vuelto á ocupar la primera magistratura de la República, con el beneplácito de casi toda la nación.

Figueroa Alcorta, el actual Presidente, al pronunciar un discurso, memorable por su trascendencia política, ante la tumba de Pellegrini, lo describía así: «Otros habrán sido más eficaces, más hábiles, más cautos y previsores; ninguno ha sido más sincero, más decisivo, más noblemente acentuado en sus inspiraciones de hombre político y en sus concepciones de estadista. Es que difícilmente podrá encontrarse un cerebro mejor organizado en armonía funcional con un corazón más grande... Piloto de tormenta, como le ha llamado con propiedad uno de sus admiradores, nunca se destacaba más acentuada y grande su gallarda figura física y moral que en los días tumultuosos del estallido anárquico, que nadie ha combatido con más denuedo ni prevenido con más eficacia».

* * *

En 1892, terminado el período de Pellegrini, procedióse á nuevas elecciones. Una gran parte de la opinión sostenía la candidatura de Don Roque Sáenz Peña, muy popular por sus condiciones de carácter, su juventud y su historia romántica durante la guerra chileno-peruana, en la que cayó prisionero, salvando su vida casi milagrosamente. Los enemigos de Sáenz Peña, al ver seguro su triunfo, lo combatieron valiéndose de un procedimiento poco leal. Le-



DON CARLOS PELLEGRINI (Retrato de J. Sorolla).

vantaron frente á él la candidatura de su padre Don Luis Sáenz Peña, y entonces Don Roque se retiró de la lucha.

Don Luis Sáenz Peña fué elegido presidente de 1892 á 1898, pero antes de dos años presentó la dimisión. Era un honrado ciudadano de estricta moralidad, muy escrupuloso en materias de administración, pero ignorante del arte de gobernar. Los políticos más influyentes se ofendieron con él; los radicales se sublevaron en Santa Fe, Rosario y Tucumán, y al fin tuvo que retirarse, sucediéndole el vicepresidente Don José Evaristo Uriburu. La presidencia de éste se desarrolló en paz, sin otros incidentes que la tirantez de relaciones, cada vez más grande, con la vecina República de Chile, á propósito de la cuestión de límites. Por esta causa se hicieron grandes compras de material de guerra, adquiriéndose además varios cruceros.

Influyó mucho en la elección presidencial de 1898 la posibilidad de una lucha con Chile. Los partidos políticos estaban desorganizados, y el país deseaba tener al frente un militar, en previsión de futuros conflictos. Con este motivo, el general Roca fué elegido presidente por segunda vez. En 1902 arregló definitivamente la cuestión de Chile, con el pacto llamado de «desarme y equivalencia», sometiendo la demarcación de límites al arbitraje del Rey de Inglaterra.

Representó un gran bien para ambas Repúblicas el terminar la cuestión pacíficamente, evitándose un choque que hubiera desangrado y arruinado á las dos, sin resultados positivos.

En la segunda presidencia de Roca dió éste gran incremento á las obras públicas, terminando el puerto militar de Bahía Blanca, llamado Puerto Belgrano, inaugurando los puertos de Rosario y Santa Fe y aumentando las vías férreas. Su ministro de Obras públicas, Don Emilio Civit, se reveló como uno de los gobernantes más progresivos y emprendedores que ha tenido la Argentina. Inició en el río de la Plata obras valiosas para la seguridad de la navegación; inauguró el ferrocarril á Bolivia, que hoy llega á los últimos límites de la provincia de Jujuy, y abrió á la explotación varias líneas férreas en San Juan, Catamarca y la Rioja. Fué el ministro que más trabajó en su época por las reformas materiales del país.

La red de ferrocarriles creció considerablemente en el período de su administración. Hombre de rápidas concepciones, la idea va en él seguida inmediatamente de la acción. Al salir del ministerio continuó esta política de reformas en Mendoza, su provincia, de la que ha sido gobernador hasta hace poco tiempo, convirtiendo la ciudad andina en una capital moderna. Civit fué el gran ministro que ilustró la segunda presidencia de Roca con las obras públicas, así como Joaquín González con sus medidas en pro de la enseñanza.

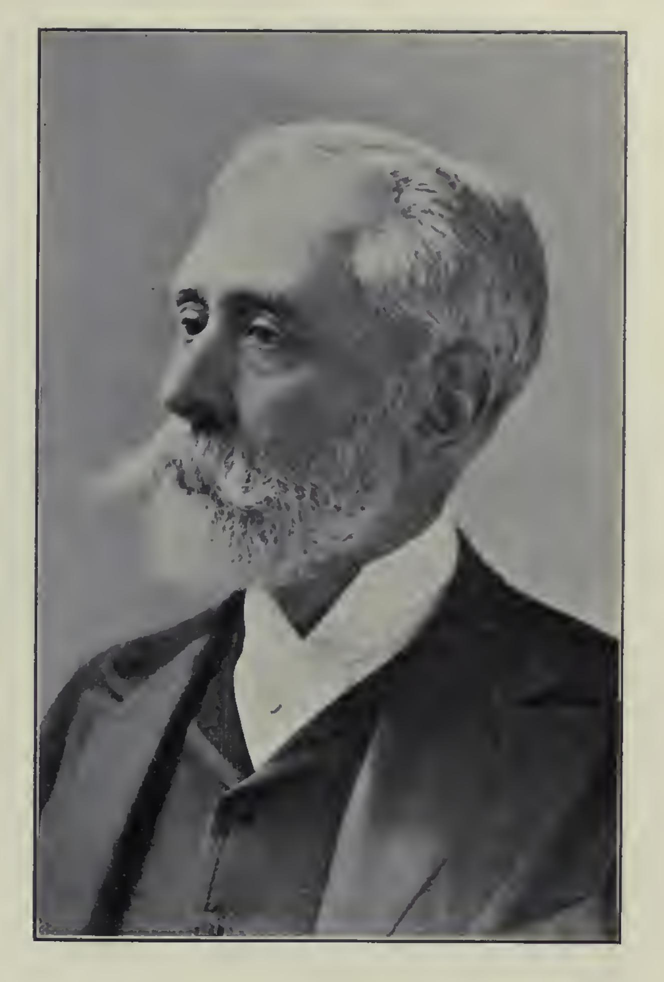


DON EMILIO CIVIT

En Octubre de 1904 terminó el general Roca su período presidencial. Para reemplazarle fué designado Don Manuel Quintana por una convención del partido autonomista, al frente del cual estaba el mismo Roca.

El presidente Quintana era un jurisconsulto ilustre y un hábil orador parlamentario. Su presidencia debía durar de 1904 á 1910; pero á los pocos meses de ocuparla, empezó á notarse el mal estado de su salud.

Murió en 1905, y entonces fué reemplazado por Don José Figueroa Alcorta, que durante cinco años ha dirigido la República.



DON MANUEL QUINTANA

* * *

Hay hombres que desde su primera juventud atraen sobre ellos la atención pública y viven envueltos en una aureola de gloria precoz. Todos les anuncian brillantes destinos, y rara vez se cumplen tales augurios, pues el que aparecía como un favorito de la fortuna acaba por malograrse.

Otros hombres viven en modesta obscuridad, mal conocidos, aun por aquellos que los rodean. Guardan ocultas las condiciones de inteligencia y de carácter; parecen replegados en sí mismos, hasta que una circunstancia oportuna, un momento decisivo, da libre expansión á sus ignoradas facultades.

Tal fué el caso de Don José Figueroa Alcorta, actual presidente de la República Argentina.

Nacido en la tradicional ciudad de Córdoba, revelan sus apellidos la descendencia de linajudas familias de la época colonial. Su padre era un señor chapado á la antigua, de una rectitud de carácter rayana en la exageración. Cuando Figueroa Alcorta fué elegido en Córdoba senador provincial, su padre, que también pertenecía al Senado, se opuso á su admisión, alegando que le faltaban unos meses para cumplir la edad reglamentaria. Celebraba mucho ver á su hijo en los honorables escaños; pero la ley era la ley y había que cumplirla á la letra. Fué preciso aprovechar una ausencia del rígido padre, para que el joven senador tomase posesión del cargo.

Figueroa Alcorta ha sido periodista durante una gran parte de su vida; pero periodista de ideales, periodista de combate, convencido en sus afirmaciones y contundente en sus réplicas. Tal vez por haberse dado en cuerpo y alma á esta profesión durante su juventud, la prensa le ha atacado con esa saña predilecta que sólo se guarda para las luchas de familia. Por algo dice el refrán castellano que «no hay peor cuña que la de la misma madera». Figueroa Alcorta ha sido combatido por una parte de la opinión política como pocos presidentes. Bien es verdad que la mayoría de ellos transigieron con sus enemigos y se doblaron, careciendo de la firmeza de carácter y la impasible bravura de este luchador. Yo le he visto en algunas ocasiones, brillándole los ojos tras el cristal de los lentes, comentar ciertos ataques:



BUENOS AIRES. ESCALERA DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

— ¡Ah, si yo pudiese responder! ¡Si me fuera posible manejar la pluma libremente como en otros tiempos!

Era el polemista político, el luchador de la juventud que despertaba, abriéndose paso á través de la gravedad solemne del jefe del Estado.

En Córdoba, un periodista viejo me habló del presidente, antiguo compañero suyo de redacción:

—¿Pepe Figueroa?—dijo con familiaridad profesional.—Un batallador que apenas entablaba una polémica enardecíase, devolviendo diez golpes por uno. Tiene buena pluma.

Cierto. Figueroa Alcorta, hasta en las cartas más insignificantes, revela la agilidad literaria de un periodista de raza, habituado á escribir con rapidez para que sus cuartillas vayan directamente de la mesa de la redacción á la imprenta. No hay en su estilo la pompa hueca, los adornos empolvados y marchitos que caracterizan las obras de algunos políticos cuando se dedican á escritores. Tiene la frescura, la amable simplicidad de todo lo que se redacta sin vacilaciones, fácilmente, «de un tirón», como suele decirse. Algunas de sus cartas respiran cierto humor ingenioso, una gracia señorial, sin chocarrería. También en las conversaciones particulares este Doctor Figueroa Alcorta, que recuerda con su porte aseñorado á los antiguos doctores de la Universidad de Córdoba, grave, con una gravedad castellana, distinguida y atrayente, deja caer de sus labios palabras ingeniosas, frases concisas que retratan á un personaje ó una situación con la exactitud de un buen observador de las debilidades humanas.

Sus decretos importantes, sus mensajes al Congreso, todos los documentos oficiales de alguna consideración que suscribe, son obra de su pluma. Como orador ha producido obras notables por la originalidad de las imágenes y la hermosa factura del estilo. Sus oraciones fúnebres de Mitre y Pellegrini, sus discursos en la Universidad de Córdoba y en la Exposición Agrícola de Buenos Aires, le acreditan como buen artista de la palabra.

Su condición sobresaliente es la energía: una energía siempre igual, segura de sí misma, sin arrebatos ni decaimientos, insensible á los golpes exteriores, activa é incansable en su labor interna. Sus enemigos han perdido el tiempo atacándolo por todos los procedimientos concebibles. Enfrascado en su tarea, no ha llegado á enterarse tal vez de la mayor parte de sus censuras. Tenía ante sus ojos una meta y ha caminado y caminado con la mirada puesta en ella, sin oir á los que le gritaban desde los lados del camino. Hombres que tienen esta fuerza de voluntad, este poder de abstracción, resultan invencibles. Los enemigos se cansan y acaban por tenderse en el suelo, desalentados y sin fuerzas.

Figueroa Alcorta fué en la política lo que esos soldados que hacen su carrera grado por grado, sin saltos de escalafón. Su juventud en Córdoba abundó en batallas de prensa y hasta en choques personales. Tiempos eran aquellos en los que había que escribir con el revólver al

lado, y entre las condiciones necesarias de un buen periodista figuraba la de saber repeler un asalto á la redacción. A más de esto, el ambiente tradicional de Córdoba y las ideas de gran parte de sus habitantes, oponían seculares obstáculos á la actividad de una juventud progresiva, en la que militaba Figueroa Alcorta. Este, sin dejar el periodismo, ejerció la abogacía con brillantez. Fué luego ministro de la provincia y á continuación gobernador, lo que significó un gran triunfo para las ideas liberales. Al dejar el mando, sus comprovincianos lo eligieron senador nacional, trasladándose entonces á Buenos Aires, donde pronto se hizo notar por la serenidad de su juicio y la firmeza de su carácter. Elegido vicepresidente de la República en 1904, la muerte de Quintana le elevó poco después á la presidencia.



DON JOSÉ FIGUEROA ALCORTA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Reveláronse en ésta de golpe sus condiciones de gobernante, ignoradas de muchos, por no haberse manifestado hasta entonces más que en el reducido escenario de una provincia. Lo inesperado de su encumbramiento hizo concebir esperanzas á algunos políticos. Este «provinciano», podía ser para ellos un hombre explotable, una especie de autómata fácil de manejar, que repetiría sus gestos y palabras desde la presidencia de la República.

Los que le habían ayudado en su elección creyéronse con derecho para aconsejarle á su capricho. Otros elementos políticos consideraron empresa fácil intimidarlo con sus amenazas. Figueroa Alcorta no tenía más que dejarse llevar, abdicando su personalidad, para verse elogiado por todos. Pero el asombro fué general cuando se dieron cuenta de la fortaleza de este

carácter independiente, que había pasado inadvertido hasta entonces. El ilustre Pellegrini, con su golpe de vista certero, fué el único que adivinó lo que llevaba dentro el senador cordobés, compañero suyo en la Alta Cámara. Poco antes de morir, anunciaba Pellegrini á sus amigos que Figueroa Alcorta era una personalidad, incapaz de dejarse influenciar por compadrazgos é intereses de grupo.

Cuando ascendió al poder admitíase como lícito que ciertos personajes que afectaban hallarse alejados de la política, dirigiesen sin responsabilidad, desde su casa, los destinos de la patria, fabricando los presidentes á su gusto y manejándolos á su antojo. Con Figueroa Alcorta terminó esta situación equívoca, indigna de un jefe de Estado. Su actitud fué semejante á la del Sixto V de la tradición, arrojando las muletas y haciendo frente á los cardenales que le habían nombrado con la esperanza de explotarlo. «*Papa sum*»... Ya que era presidente de la República quería serlo de veras, sirviendo á la nación con sus propias luces, sin necesidad de inspiraciones extrañas.

Los políticos, acostumbrados al disfrute del poder, le dejaron solo, creando en torno de su persona un vacío que esperaban fuese mortal. No hubo obstáculo que no amontonasen á su paso. Pero desconocían la entereza y la tenacidad de este hombre. Ya que los viejos partidos le abandonaban, crearía uno nuevo. Al morir Pellegrini pronunció Figueroa Alcorta, ante su tumba, un discurso muy hábil, recogiendo la bandera del eminente político. Y no sólo favoreció la unión en un organismo común de los hombres que habían seguido las ideas de Pellegrini y otros afines, sino que batió en brecha á los viejos partidos, que una vez alejados del poder



SALÓN DE FIESTAS DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA



DON EZEQUIEL RAMOS MEXÍA, MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS

comenzaron á disgregarse, faltos de fuerzas.

En la política argentina estaban acaparadas todas las posiciones. Una influencia poderosa y mal disimulada venía dirigiendo al país durante veinticinco años. Imposible ser algo sin contar antes con su protección. Figueroa Alcorta destruyó el obstáculo abriendo nuevos caminos á la juventud.

Hoy, el apasionamiento político y el despecho de los que se sintieron burlados en sus esperanzas, impulsan á una parte de la opinión á ser injusta con Figueroa Alcorta. Cuando transcurra el tiempo, se reconocerán los grandes servicios que ha prestado á la política nacional con su energía y su entereza de carácter, destrozando influencias ocultas, disolviendo agrupaciones personales, para dejar sitio á nuevos partidos de ideas.

* * *

La presidencia de Figueroa Alcorta ha sido de benéficos resultados para el adelanto económico de la Argentina. En esto puede compararse con todas las anteriores que más hayan podido influir en el progreso nacional.

Ha contado Figueroa Alcorta con un buen colaborador en este trabajo: el ministro de Obras públicas Don Ezequiel Ramos Mexía. Este ingeniero ilustre es autor de numerosas reformas, tanto en el ministerio que ahora ocupa, como en el de Agricultura, que desempeñó antes. Basta hablar con él unas cuantas veces para darse cuenta de sus fructuosas lecturas y del criterio propio y originalísimo con que examina los problemas económicos y sociales. Su libro *Veinte meses de administración* es un resumen de los trabajos que realizó en el ministerio de Agricultura, al par que un estudio de la vida y costumbres de las razas poco civilizadas, cuyos restos subsisten aún en los extremos de la República.

En veinte meses de ministerio, abordó todas las cuestiones agrícolas, ganaderas y mineras que deben preocupar á un gobernante de la República, apoyándole en tal empresa Figueroa Alcorta con una absoluta decisión. El ministro, al realizar esta labor útil y progresiva, interpretaba las aspiraciones del presidente. Juntos decretaron la construcción en las zonas desiertas de nuevos ferrocarriles que fomentarán su coloniaje; la apertura de canales irrigatorios; la creación de establecimientos de enseñanza agrícola; una línea de grandes vapores, para facilitar las comunicaciones y los cambios de los territorios del Sur; leyes reglamentando la adquisición de tierras públicas, en beneficio del verdadero colono é impidiendo el tráfico del explotador; disposiciones favorables al comercio de carnes y harinas y á la producción azucarera; precau-


DON PEDRO DE EZCURRA, MINISTRO DE AGRICULTURA

ciones sanitarias para los ganados; reglamentación y protección del trabajo, con objeto de impulsar la corriente inmigratoria, y una legislación minera, que reclamaban los yacimientos petrolíferos recién descubiertos.

Asombra la cantidad de trabajo realizada por el presidente y su ministro. Parece imposible que en este corto espacio de tiempo puedan estudiarse tantos asuntos, legislando acertadamente sobre ellos. Sólo un hombre de gran inteligencia, preparado desde mucho antes por la observación y el estudio, y un jefe de Gobierno incansable para los negocios públicos, han podido realizar con tanta rapidez tamaña empresa. El paso de Ramos Mexía al ministerio de Obras públicas completó las reformas iniciadas en el departamento de Agricultura.

El riel ha merecido especial atención de Ramos Mexía. Fomenta éste las líneas férreas, ansiando extenderlas por todos los territorios de la República. El Chaco y Formosa las han recibido en su suelo casi virgen. Las soledades patagónicas se van poblando á ambos lados de un ferrocarril que avanza desde las costas del Atlántico á la vertiente de los Andes.

Resultaría demasiado extenso transcribir una relación de las líneas férreas decretadas en el período de Figueroa Alcorta. Las provincias, ricas y fértiles, ven unidos con ramales de empalme sus antiguos ferrocarriles. Los territorios que ahora nacen á la vida de la civilización, tienen sus bosques cortados por el terraplén que sustenta los rieles: en sus frondosas arboledas se enganchan, como velos perdidos, las ondulantes vedijas del humo de la locomotora. Las líneas próximas á terminarse son numerosas, y otras muchas, cuyas obras se acaban de inaugurar, quedan confiadas á la presidencia de Sáenz Peña. La construcción de puentes y caminos, tanto en las provincias como en los territorios, ha recibido igualmente gran impulso en los tiempos actuales. Se han construído muchos nuevos y se han conservado y mejorado los que existían. De idéntica atención han sido objeto las obras hidráulicas. Los grandes ríos quedan dragados


DON MARCO AVELLANEDA, EN SU DESPACHO DEL MINISTERIO DEL INTERIOR

y balizados en muchas de sus partes, así como los riachos afluentes. Se han abierto puertos nuevos y mejorado los antiguos, decretándose valiosas obras.

El riego de los campos, problema vital para la agricultura, lo ha estudiado Ramos Mexía prolijamente, decretando la ejecución de importantes trabajos hidráulicos en varias provincias y territorios. El lago Pellegrini, enorme embalsamiento artificial de las aguas del Neuquén, cuya apertura ha empezado ya, va á ser una de las obras más colosales del mundo. Al mismo tiempo, el Gobierno actual lleva construídos varios diques y redes irrigatorias. También se ha preocupado de la higiene de las ciudades, dotando de aguas corrientes á muchas de ellas. Las obras arquitectónicas recibieron gran impulso en los últimos años. Palacios, bibliotecas, universidades, escuelas, colegios, hospicios, hospitales y hoteles de inmigrantes se levantan sobre el suelo de la República con la frescura de las construcciones recientes.


DON MANUEL DE IRIONDO, MINISTRO DE HACIENDA, RODEADO DE SU FAMILIA

Al pasar Ramos Mexía al ministerio de Obras públicas, quedó encargado del departamento de Agricultura Don Pedro de Ezcurra. Este ingeniero, joven y estudioso, antes de ocupar tan alto cargo había prestado á la República servicios importantes, explorando y midiendo algunos territorios nacionales. Su preparación práctica le da una competencia indiscutible para las funciones de su departamento. Además, Ezcurra, antes de ser ministro, había ayudado como entusiasta colaborador á Ramos Mexía, formándose en su escuela de incesante trabajo. El notable ingeniero posee la preparación técnica y la capacidad necesaria para ser ministro de Agricultura en una nación cuya riqueza procede toda ella de la tierra. ¡Qué de estudios de las producciones extranjeras para aplicarlas al privilegiado suelo de la Argentina! Hasta los fracasos representan nuevos productos en esta nación de maravillas. Se abren pozos en los territorios del Sur para el consumo de las poblaciones, y se tropieza con yacimientos de aceite mineral. Se busca agua y se encuentra petróleo.

En materia financiera, Figueroa Alcorta ha tenido otro colaborador notable. Es éste el actual ministro de Hacienda, Don Manuel de Iriondo, perteneciente á una familia antigua y prestigiosa de las que formaban la aristocracia de los tiempos coloniales. Su padre fué Don Simón de Iriondo, gobernador varias veces de la provincia de Santa Fe, hombre de gran cultura y hermosa presencia, que parecía destinado á ocupar el más alto sitio de la República. El joven ministro de Hacienda corresponde con sus actos al prestigio del nombre que lleva. Su

gestión en el Gobierno ha resultado limpia de censuras, honor algo difícil de obtener en un país democrático. Ante su juventud parece abrirse un porvenir brillante.

Del ministerio del Interior ha estado encargado hasta hace pocos meses Don Marco Avellaneda, hijo del ilustre mártir sacrificado en Metán por la tiranía de Rosas, y hermano de Don Nicolás, presidente de la República. Avellaneda, que ha desempeñado varios ministerios con una rectitud de carácter minuciosa y firme, ocupó el departamento del Interior durante algún tiempo, saliendo con éxito de las dificultades y pasiones de la política. Al dimitir la cartera por haber sido elegido para un asiento senatorial por la ciudad de Buenos Aires, le ha reemplazado Don José Gálvez, antiguo gobernador de la provincia de Santa Fe.

Don Victorino de la Plaza ha desempeñado con mucho acierto el ministerio de Relaciones Exteriores. Su larga permanencia en Europa, su conocimiento de varios idiomas y sus estudios le dan una competencia diplomática indiscutible. Recientemente ha tenido que dimitir su puesto por haberle designado la nación para ocupar la vicepresidencia de la República en el período de 1910 á 1916.

* * *

Un nuevo presidente va á encargarse de los destinos de la nación argentina: Don Roque Sáenz Peña. De todos los hombres ilustres que le han precedido, ninguno tan versado en política internacional y tan en contacto con las graves cuestiones que hoy preocupan al mundo.

Una parte de su existencia la ha pasado Sáenz Peña fuera de su país, representándolo como delegado en los grandes congresos internacionales, ó como ministro diplomático cerca de las cortes europeas. Es amigo de reyes y jefes de Estado; ha vivido en amistosa intimidad con pensadores ilustres de Europa; ha estudiado de cerca, sin engañosos intermediarios, los procedimientos de los gobiernos y las aspiraciones de los pueblos.

Casi todos los presidentes argentinos salieron de su patria por vez primera, á estudiar el viejo mundo, luego de haber terminado el período de su mandato. Sáenz Peña, por el contrario, va á la presidencia después de conocer los grandes Estados modernos, estudio preliminar que debiera exigirse á todos los gobernantes, cual imprescindible iniciación. Únicamente Sarmiento vivió y estudió, como Sáenz Peña, fuera de la patria antes de encargarse de sus destinos.

El nuevo presidente goza de celebridad en Europa. Crear una frase bella, rotunda y justa, que interprete en breves palabras el pensamiento de millones de hombres, vale tanto como la producción de muchos libros. Sáenz Peña ha escrito una obra notable, *Derecho Público Americano,* pero no es este volumen quien le da su fama internacional: ha pronunciado discursos de resonancia en los Congresos pan-americanos de Montevideo y Washington y en el pacifista de La Haya, pero no son estas piezas oratorias la base de su renombre: ha sido soldado voluntario, derramando sangre en uno de los combates más encarnizados y heroicos de los tiempos modernos, pero sus novelescas aventuras de paladín vencido, con aparecer revestidas del encanto de lo extraordinario, no le proporcionan el prestigio de que goza.

Basta una frase feliz para la inmortalidad de un hombre. Todos saben que Monroe es el autor de la afirmación «América para los americanos», y muy pocos, sin embargo, pueden explicar quién fué Monroe.

Sáenz Peña, en un Congreso celebrado en Washington — como quien dice en la caverna del ogro devorador de pueblos —, se alzó con una gallardía digna de sus apellidos castellanos y la inspiración de un artista á contestar la frase monroesca, cuyo verdadero significado

parece ser, en vista de los hechos, «América para los norteamericanos». El representante argentino hizo constar que en la América del Sud existen países que son algo más que las pequeñas Repúblicas de la América Central. Luego trazó una pintura imponente del adelanto de su patria, guiada por los amplios ideales de una fraternidad generosa para todas las naciones de la tierra. La voz de los pueblos latinos, venerables y gloriosos, que tantos servicios llevan prestados á la civilización, se dejó oir en labios de Sáenz Peña, protestando contra el egoismo de la doctrina de Monroe. No; América no debe ser únicamente para los americanos. Y con trazo firme, miguelangesco, cinceló de un golpe su famosa respuesta al egoísmo yankee: «América para el mundo... América para la humanidad».



DON ROQUE SÁENZ PEÑA, NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Esta frase circula hoy por Europa, asegurando al que la pronunció la inmortalidad histórica. Es, al mismo tiempo, una concreción elocuentísima del espíritu generoso y tradicional de la República Argentina, abriendo sus brazos á todos los hombres del planeta.

El Doctor Sáenz Peña, hombre de bufete, periodista á sus horas, estanciero en Entre Ríos, ministro de Relaciones Exteriores y brillante diplomático, tiene aire de militar, como los personajes de la Independencia, que abandonaron la abogacía ó el escritorio para improvisarse generales. Su cuerpo, alto y robusto, se mueve con cierta marcialidad. La cabeza, varonil, ofrece como rasgos salientes unos ojos de mirada leal y una mandíbula fuerte, signo de energía. Su aspecto recuerda el de ciertos militares que, al vestir traje civil, llévanse distraidamente una mano á la cintura, á impulsos de la costumbre, para acariciar el puño de la espada ausente.

A los veintisiete años, cuando ya había sido diputado nacional, una crisis de alma le hizo ausentarse de Buenos Aires. Quería olvidar; tal vez deseaba morir, con esa vehemencia que los pocos años ponen en sus dolores. Había estallado la guerra entre Chile y el Perú, y Sáenz Peña corrió á tomar parte en la lucha, como otros argentinos, auxiliando al país que consideraban más débil. Además, existía entonces una gran tirantez de relaciones entre Chile y Argentina por la cuestión de límites. Sáenz Peña fué á derramar su sangre en defensa de una nación que no era suya, igual en generosidad á la romántica juventud de Europa, que hace cuarenta años vestía la camisa purpúrea del garibaldino para combatir por la emancipación de todos los pueblos.

Al frente de un batallón peruano asistió á diversos combates de aquella guerra encarnizada y tenaz, en la que vencidos y vencedores mostraron por igual el valor de la raza y la firmeza de su patriotismo. En la loca y heroica defensa de Arica se encontró Sáenz Peña con su batallón, que no era más que un puñado de hombres. El relato de esta jornada, oído de labios del personaje argentino, hace correr por la espalda un estremecimiento de emoción. Sáenz Peña la cuenta con la sencillez conmovedora de un hombre que ha visto la muerte de cerca y no necesita de vanas palabras para realzar lo trágico del suceso. Unos 2.000 peruanos se habían refugiado en el Morro de Arica. A pesar de las defensas formidables de esta altura, su situación era deplorable. La escuadra chilena los tenía bajo sus fuegos y resultaba triple ó cuádruple el número de las fuerzas que iban á atacarlos á la madrugada siguiente. La resistencia parecía tan imposible, que el mismo Baquedano, general en jefe del ejército chileno, se apiadó de los sitiados enviándoles un parlamentario para que se rindiesen.

— Yo soy viejo y he vivido bastante — dijo el coronel Bolognesi, jefe de los peruanos —. Nada me importa morir. ¡Pero hay conmigo tantos oficiales jóvenes que aún pueden prestar grandes servicios á la patria! . . .

Entonces los aludidos, en presencia del enviado chileno, manifestaron su resolución de pelear hasta la muerte. Empezó la lucha: una carnicería inútil y horrible. Pocos combates tan sombríos y desesperados como el de la toma de Arica. Los asaltantes chilenos escalaban la áspera pendiente rugiendo de furor. Sabían que el terreno estaba minado y podía hacer saltar en el aire, de un momento á otro, compañías enteras. Los defensores peleaban sin esperanza, convencidos de que les aguardaba la muerte y sólo conseguían con esta resistencia demorar su llegada algunos minutos.

La artillería chilena desmontó las baterías del Morro. El desorden de una lucha sin objeto bajo la incesante lluvia de proyectiles, inutilizó las minas. Cayeron todos los jefes. En los últimos instantes sólo quedaron en pie Sáenz Peña y el peruano Latorre. El brillante joven de Buenos Aires era un oficial, pálido de hambre y de fatiga, con el uniforme roto y un brazo manando sangre. Había recibido un balazo al principio del combate. La bandera peruana fué arriada por los asaltantes al entrar en la plaza. Sáenz Peña, uno de los pocos supervivientes, cayó prisionero. La soldadesca, ebria de cólera, le hirió con dos bayonetazos, é iba á rematarlo cuando la oportuna intervención del comandante chileno Suffer le salvó la vida. Bien puede decirse que el presidente Sáenz Peña es un escapado de la muerte. Conducido á Chile, estuvo internado en la población de San Bernardo. Su cautiverio se prolongó algún tiempo por negarse á aceptar las propuestas del ministro de la Guerra de entonces, el cual, á cambio de la libertad, le exigía condiciones que lastimaban su patriotismo de argentino.

Vuelto á su país tras esta aventura dramática, desempeñó altos puestos oficiales y viajó por Europa y los Estados Unidos, representando á la Argentina en varios Congresos. Ya hemos dicho cómo en 1891 la opinión de los más le designó para la presidencia y cómo sus

enemigos le cortaron el paso de un modo desleal, proclamando la candidatura de Don Luis Sáenz Peña.

El hijo se inclinó resignado ante el suceso, sin permitir á sus amigos la más ligera protesta. Dimitiendo el cargo de senador, para no tener que atacar el Gobierno de su padre, dirigido por inspiraciones ocultas, quiso desaparecer por algún tiempo, y se trasladó á Entre Ríos, administrando allí una estancia. Su personalidad política pareció crecer durante este eclipse. La disgregación de los viejos partidos hizo que se volvieran á él los ojos de muchos, como hacia una esperanza. A la muerte de Pellegrini, cordial amigo suyo, vióse elevado, sin pretenderlo, á la cabeza de una agrupación política. La mayoría del país aclamó en él á su futuro presidente. Figueroa Alcorta reconoció un ilustre sucesor en este hombre de Estado.



DON VICTORINO DE LA PLAZA, NUEVO VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Poco ha influído Sáenz Peña en pro de su candidatura. Mientras los primeros trabajos electorales hacían sonar su nombre, vivía en Roma como embajador cerca del rey de Italia. Un movimiento unánime del país le ha llevado á la presidencia. El haberse retirado su contrincante, Don Guillermo Udaondo, ciudadano dignísimo y probo gobernante, que de tener enfrente otra candidatura tal vez hubiera conseguido el triunfo, demuestra la fuerza irresistible y unánime que rodeó desde los primeros momentos el nombre de Sáenz Peña.

¿Qué ocurrirá en el curso de la nueva presidencia? . . . Sáenz Peña es de amplia visión en sus concepciones de gobernante. La vida fuera del país, su trato con ilustres estadistas y la observación directa de los grandes pueblos, dan á sus esperanzas y propósitos una elevada generosidad.

Las menudencias de la política local, las mezquindades de la vida interna de los partidos no cuadran á su carácter, que siente predilección por las altas empresas. Su aventajada estatura física se halla en armonía con la medida de su pensamiento y sus deseos. Es casi un gigante, á la par enérgico y bondadoso, y sus propósitos resultan igualmente grandes. Ansía la constitución de un partido nacional, disciplinado y robusto, que se cuide de las minucias de la política, mientras el presidente trabaja con toda libertad en pro de los adelantos del país.

Él, que ha visto de cerca los milagros que realizan los pueblos europeos por la densidad de su población, desea atender, especialmente, al fomento de la corriente inmigratoria. En su discurso-programa, al aceptar la candidatura á la presidencia, se ocupó Sáenz Peña de la despoblación del país, considerándola como el mayor de sus males. «Esta despoblación — dijo elocuentemente — perjudica la armonía de nuestros progresos; porque hemos vencido al indio,



BUENOS AIRES. COLEGIO AVELLANEDA

pero no al desierto. Si á un escolar europeo se le obligara á definir el concepto de desierto, estaría en lo justo al contestar: «Desierto es un territorio con dos hombres en cada kilómetro cuadrado». Y siendo este el inventario de nuestra población, debemos esforzarnos en promover la corriente inmigratoria, que es capital, trabajo, ideas, luz y fraternidad. . . Hecha en nuestro país, como en el precepto bíblico, la reproducción de los panes, nos resta multiplicar á los hombres. Si con seis millones de habitantes y sembrando apenas un décimo de nuestra superficie cultivable, hemos llegado á los primeros rangos productores y alimentamos una porción del mundo, se concibe lo que seremos cuando tengamos la totalidad de nuestras tierras cruzadas por canales y ferrocarriles, en activa y copiosa germinación».

Á realizar este ideal de grandeza y prosperidad se encamina el nuevo presidente. La medula de su programa es el aumento de población y numerosas obras públicas que faciliten el cambio y las exportaciones. Como ha dicho Sáenz Peña, «desde los tiempos de la Revolución á los actuales se ha visto siempre en la mente de los Gobiernos argentinos la asociación espontánea del emigrante á la actividad de la nación. El territorio está abierto á todas las energías. Al Gobierno toca hacerlas útiles y prósperas por la legislación y las costumbres, por la fácil adquisición de la tierra, por las garantías del régimen, por la estabilidad de la moneda y la rápida justicia».

Las vías férreas y su influencia civilizadora en la Argentina han inspirado al nuevo presidente una de sus frases concisas y exactas: «Los ferrocarriles crearon nuestra agricultura, obra del riel antes que del arado». Con un gobernante que así piensa, hay que esperar que el país continúe aumentando considerablemente su comercio y sus obras públicas.

Sáenz Peña, hombre de acción, jamás se ha sublevado contra los Gobiernos, á pesar de que alcanzó tiempos fecundos en revoluciones. La única vez que ha desenvainado su espada en territorio argentino, fué para defender la autoridad y el orden, yendo al frente de las tropas gubernamentales á sofocar una sublevación en Rosario.

Fiel á las tradiciones de raza, Sáenz Peña es un amigo de la antigua madre patria, distinguiéndola cariñosamente dentro del ferviente amor que profesa á todos los pueblos latinos. Cuando España estaba en guerra con los norteamericanos y sus infortunios parecían desalentar á los más impresionables, este argentino ilustre rindió un homenaje espontáneo á la vieja nación maternal. Celebrábase en el teatro Victoria de Buenos Aires un mitin de españoles, y apareció en el escenario Sáenz Peña, pronunciando una arenga memorable. España no podía morir: había prestado demasiados servicios á la civilización universal para que desapareciese en una simple guerra. Tenía asegurada la inmortalidad al otro lado del Océano, en los países á los que dió su sangre. *¡Sursum corda!* Y la voz generosa del tribuno levantó los ánimos y caldeó el entusiasmo de los miles de españoles que le escuchaban. En la Península se recuerda con gratitud esta espontánea demostración de afecto.

La personalidad espiritual de Sáenz Peña es doble, ó más bien dicho, contradictoria, pues está formada de dos elementos antagónicos. Su mentalidad es positivista: piensa como un jurisconsulto, y sus aficiones le llevan preferentemente al estudio de las ciencias políticas y sociales. Al mismo tiempo es un idealista que todo lo ve en grande; un romántico enamorado de las empresas heroicas, como lo dieron á entender los actos de su juventud. No sienta mal un poco de romanticismo, una migaja idealista en la política de una nación que por su gran prosperidad y sus excelentes negocios tiene los ojos cerca del suelo, y pocas veces mira á lo alto. Pablo Groussac ha hecho un notable estudio de Sáenz Peña. «Es un talento práctico — dice — más que especulativo, en el cual decididamente la comprensión y la lógica predominan sobre las tendencias imaginativas. Aun en sus horas más felices, en sus arranques de mayor elevación y amplitud, la belleza de pensamiento es más arquitectónica que pictural. Debajo de los festones y follajes de adorno aparente se entrevé la eficacia del elemento geométrico; pero



UN FERROCARRIL ARGENTINO (PROVINCIA DE CÓRDOBA)

éste tiene la línea recta del cristal y del rayo de luz... Le oiréis, por otra parte, declinar toda competencia literaria; pero luego, llegada la hora oportuna, en una página brillante, en una carta eficaz, en una arenga levantada y sonora, dejará ver que también posee el don del estilo, el arte del orador, el secreto de la emoción reprimida, pero latente debajo del acento viril».

Sáenz Peña, con su rostro enérgico, en el que vaga á todas horas una sonrisa de bondad, su porte de hombre de mundo, habituado lo mismo á las privaciones militares que á las esplendideces de las cortes europeas y las fiestas aristocráticas, ofrece un aspecto de distinción, un aire de gran señor, que le hacen inconfundible por más que intente empequeñecerse. Donde él se presenta, es «alguien», aun antes de dar el nombre. Su arrogante apostura trae á la memoria una frase de Cervantes. Es de esos hombres que «allí donde se sientan está siempre la cabecera».

III

LA POLÍTICA

Hay que hablar brevemente de la actual política argentina. Un extranjero debe abstenerse de arriesgar juicios, so pena de incurrir en la indignación de los que no piensan como él. Lo que se tolera al hijo del país, aunque toque en los últimos límites del apasionamiento, indigna en labios del extraño, así apunte como una ligera insinuación.

Las antiguas agrupaciones están deshechas. Con los restos de la que acaudilló el general Roca y los antiguos amigos de Pellegrini, se ha formado el actual partido autonomista que ocupa el poder. Frente á éste empieza á levantarse un partido nacionalista, compuesto de los antiguos entusiastas del general Mitre y otros elementos políticos.



DON GUILLERMO UDAONDO

Será un bien para el país que las dos agrupaciones, que se hallan todavía en estado embrionario, se agranden y consoliden.

La República necesita de la constitución de dos entidades políticas que turnen en el poder, como en los Estados Unidos y otras naciones. Á semejanza de los republicanos y los demócratas de la República norteamericana, pueden actuar en la Argentina dos agrupaciones que representen las aspiraciones gubernamentales del país. Estos partidos, autonomista y nacionalista, vendrán á reemplazar, con la cultura y el respeto á la ley de los tiempos modernos, sin choques ni violencias, la antigua división de federales y unitarios.

El partido nacionalista presentó, como ya hemos dicho, en las últimas elecciones presidenciales la candidatura de Don Guillermo Udaondo, que es la personalidad más ilustre y sobresaliente de dicha agrupación. En otras circunstancias, y no teniendo enfrente un personaje tan popular como Sáenz Peña, la candidatura de Udaondo se hubiese abierto paso. Todas las gentes, sin distinción de colores políticos, respetan á este hombre público, probo en sus gestiones administrativas y de una historia leal y honrada. Su misma decisión de retirarse de la lucha

BUENOS AIRES. PALACIO DEL CONGRESO

para evitar esfuerzos inútiles á sus correligionarios, revela un noble carácter. ¡Dichoso país este en el que la más decisiva de las batallas electorales ofrece dos adversarios igualmente respetables y dignos! . . .

Don Guillermo Udaondo es un hombre de estudio, ilustre profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Descendiente de vascos, posee todas las buenas cualidades de su raza. Es de carácter recto, leal en sus tratos, laborioso y de una escrupulosa honradez. Su paso por el gobierno de la provincia de Buenos Aires dió excelentes resultados. Ocupando este cargo, que bien puede llamarse por su importancia el segundo de la República, moralizó la Administración, revisó y reguló los gastos, hizo importantes mejoras en los servicios públicos; fué, en una palabra, un gobernante probo. De no existir Sáenz Peña, tal vez hubiese sido Udaondo el favorito de la opinión pública.



DON BENITO VILLANUEVA

* * *

Las Cámaras argentinas no son tumultuosas é inclinadas al escándalo, como las de otros países. Los diputados y senadores discuten noblemente, razonan sin apelar al insulto, intentan convencerse, y no corresponden con una ironía mortificante á la resistencia del adversario. Es difícil formarse en este país una reputación parlamentaria con vociferaciones de plazuela y desplantes matonescos. El que habla puede equivocarse; pero su deseo al hacer uso de la palabra es decir algo honroso para la nación y para los ideales políticos que representa.

Las sesiones de ambas Cámaras discurren sin tumultos ni choques. No hay en ellas grandes alardes de elocuencia, pero un espíritu positivo anima á los oradores y hace prestar atención á todos los asuntos que interesan al adelanto material de la República. Puede darse á las Cámaras argentinas el título de Cuerpos legisladores «prácticos». La mayoría de sus representantes han sido, son ó desean ser hombres de campo, ricos ganaderos y cultivadores de grandes extensiones. Por esto las leyes que tocan de cerca á la agricultura, la ganadería y la exportación, son discutidas atentamente. El Congreso y el Senado legislan mucho, sintiendo mayor interés por los asuntos económicos que por las discusiones políticas. Todo lo contrario de lo que ocurre en la mayoría de los Parlamentos de Europa.

Al frente de las dos Cámaras figuran dos personalidades simpáticas é interesantes. Ignoro

si al escribir estas líneas continuarán en las citadas presidencias, luego de la renovación legislativa.

El presidente del Senado, Don Benito Villanueva, es popularísimo en Buenos Aires por su carácter y su posición social. Villanueva posee una fortuna enorme, que hace de él un Nabab argentino. De joven se dedicó á los negocios del país, en plena época de grandes transformaciones. Con mirada certera vió claramente el porvenir de la República y la considerable alza que iban á obtener las tierras con este progreso. Construyó ferrocarriles, roturó campos, levantó edificios, púsose en contacto con los capitalistas de Europa, atrayendo su numerario á la Argentina; formó en sus estancias rebaños enormes, fomentando la exportación de carnes. Hoy goza de gran prestigio, y no hay negocio industrial de argentinos ó extraños en el que no se busque su colaboración. Aficionado á las artes y muy versado en la vida europea por sus frecuentes viajes, es el amigo de todos los extranjeros de algún renombre que llegan á la tierra platense. Afable en el trato, y pronto á ayudar á cuantos le necesitan, Villanueva no ha contado nunca en política con el concurso obligado de los correligionarios, sino con el apoyo entusiasta de los amigos. Y amigos suyos se encuentran en todo Buenos Aires: desde los barrios populares y modestos, á los salones más aristocráticos é inaccesibles.



DON ELÍSEO CANTÓN

El presidente de la Cámara de Diputados, Don Elíseo Cantón, es un médico ilustre que, no obstante su juventud, ha alcanzado los más altos puestos de la política y goza justo renombre de escritor científico. La Facultad de Ciencias Médicas lo tiene como decano, desempeña varias cátedras en Buenos Aires y ha escrito obras notables sobre la Geografía médica de la Argentina, el paludismo, etc. En bien del país aprovechó su influencia parlamentaria, creando la Morgue de Buenos Aires, varias colonias de alienados y el «Policlínico José de San Martín», uno de los establecimientos científicos más grandes del mundo, para el cual se presupuestaron algunos millones.

El doctor Cantón es orador de fácil palabra y elocuencia amena. Sus viajes por Europa, su asistencia á los grandes Congresos médicos y, más aún, sus continuas lecturas, le tienen al corriente de los últimos adelantos intelectuales. A su mérito científico se une el atractivo de un carácter jovial y franco.

* * *

Además de los partidos autonomista y nacionalista, que batallan por el disfrute del poder dentro de la vida legal, existe otro, muy numeroso en ciertas provincias, que ha perturbado con sus insurrecciones la vida de los Gobiernos, y apela, como procedimiento favorito, á la rebeldía armada. Es el partido radical.

Después de la revolución contra la presidencia de Juárez Celman en 1890, lleva realizados varios intentos en Rosario, Córdoba, Bahía Blanca y otras ciudades. Las fuerzas del ejército se han unido algunas veces á los levantamientos de este partido. Como todas las agrupaciones conspiradoras que confían el éxito á la revolución armada, el radicalismo argentino dirige sus actividades á la conquista de la fuerza pública. Sus esperanzas se cifran en la sublevación de algunos batallones.

La época más importante de su vida política fué cuando tenía á su frente al senador

Don Leandro Alem, «hombre convencido, sincero, ingenuo», según declara un ilustre escritor que lo trató mucho, y fué su adversario en ideas. Alem se suicidó, y desde entonces el partido radical, aunque ha realizado varios intentos de revolución y sigue contando con el entusiasmo de la juventud, siempre pronta á mezclarse en las protestas políticas, lleva perdida una gran parte de la influencia nacional que le daba su antiguo jefe.

Ahora lo dirige Don Hipólito Irigoyen, hombre austero, que gusta de vivir retirado, como los conspiradores antiguos, sin prestarse á conferenciar con los periodistas ni á colocarse ante los fotógrafos.

El partido radical merece más su título por los procedimientos que le son favoritos que por su programa. Representa un simple movimiento de indignación contra lo existente, antes que un partido de doctrinas revolucionarias. Sus aspiraciones se basan en la reforma moral del país más que en la reforma política. Quiere la pureza del sufragio, la integridad administrativa, con otras nobles y vagas aspiraciones, que lo mismo podrían figurar en el programa de un partido conservador. Aparte de esto, no ha hecho ninguna afirmación claramente revolucionaria en las cuestiones religiosas y sociales que tanto preocupan hoy al radicalismo de otros países.

* * *

Tiene, además, la Argentina un partido socialista que ha triunfado una vez en las elecciones nacionales, y extiende la organización obrera por las más importantes poblaciones de la República. Causa asombro á muchos que surjan en la Argentina crisis de trabajo, y exista un partido socialista, cuando la nación sólo tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado, tres cuartas partes del suelo se hallan sin cultivar por falta de brazos, y les es fácil á los inmigrantes adquirir tierras públicas para explotarlas. El socialista italiano Ferri, al recorrer la República, cuéntase que abominó de la oportunidad de propagar sus ideas en un país de industrialismo en embrión, que «no ha salido aún del período agro-pecuario». Muchos que en la otra orilla del Océano simpatizan con las aspiraciones obreras revolucionarias, manifiestan la misma extrañeza ante el socialimo argentino, como si fuese algo anacrónico. La enorme desigualdad en el reparto de la población y el desequilibrio entre la capital con sus grandes puertos y las provincias del interior, justifican á un tiempo la existencia del socialismo y el asombro de los que no esperaban encontrarlo en las riberas del Plata.



DON ALFREDO PALACIOS

En gran parte de la República equivale á una fantasía quijotesca soñar con reivindicaciones sociales y organizaciones obreras. La tierra está poco poblada: el toro y la oveja ocupan el suelo, y el hombre no es más que un accidente sin importancia en medio de esta aglomeración de riqueza animal.

Pero en los barrios populares de Buenos Aires, con sus infectos «conventillos» y su aglomeración de gentes de todas las razas, influenciadas por las ideas que trajeron del viejo mundo, y en los grandes puertos de Rosario y Bahía Blanca, con sus muchedumbres de cargadores, el socialismo ya no parece tan extemporáneo.

Buenos Aires es hoy una de las grandes ciudades del mundo. Posee todos los adelantos morales y materiales del presente, lo mismo que Londres, lo mismo que París. ¿Por qué en su portentosa asimilación había de librarse de conocer de cerca el socialismo, una de las manifestaciones del adelanto moderno?

En pocos años ha aumentado considerablemente el partido socialista en las ciudades argentinas. No ha conseguido aun grandes éxitos políticos, pero dirige huelgas de importancia, algunas de las cuales tuvieron casi el carácter de revoluciones. Su tribuno es el doctor Alfredo Palacios, joven abogado, de espontánea elocuencia, fácil en la improvisación, y que reviste las cuestiones económicas y sociales con el ropaje artístico de la sentimentalidad. Su voz sonora, su romántica cabeza, sus ademanes tribunicios, aparecen en cuantos mitins y manifestaciones al aire libre celebran los obreros de Buenos Aires. Es el único socialista que ha llegado á sentarse en la Cámara de Diputados; y durante su mandato legislativo pronunció numerosos y elocuentes discursos acerca de los problemas obreros.


DOCTOR JUSTO

Otro representante del socialismo argentino es el doctor Juan Justo, médico notable y antiguo profesor de cirugía de la Facultad de Buenos Aires. Ha estado varias veces en Europa en viaje de estudios y es autor de un buen libro, *Teoría y práctica de la Historia.* Entró en el partido socialista en 1893, y desde entonces escribe folletos y opúsculos para difundir sus ideas. En el diario que publican los socialistas, *La Vanguardia*, el doctor Justo es uno de los más asiduos colaboradores. Como muchos hombres de ciencia, piensa más que habla y carece de la brillantez exterior que arrebata á las muchedumbres. Sin embargo, su prestigio entre los obreros es grande. Tiene fe en el porvenir del socialismo argentino, que ofrece su nombre en todas las elecciones como una bandera de combate. Lo derrotan y continúa impasible su tarea de propagandista. Él mismo se da el título de «candidato perpetuo», sin haber llegado jamás á ocupar un puesto electivo.

IV

EL EJÉRCITO Y LA MARINA

La política internacional de la República ha sido siempre de paz. De hallarse otras naciones en el próspero estado que la Argentina, pudiendo disponer de sus medios de acción, soñarían con empresas de imperialismo ó pretenderían, cuando menos, un patronato diplomático sobre los países cercanos.

La República dedica sus esfuerzos al desarrollo interior, sin malgastarlos en ilusiones belicosas. ¿Para qué nuevos territorios, cuando dentro de sus fronteras tiene espacio amplio para doscientos millones de individuos? . . .

El carácter del moderno pueblo argentino no se presta á las aventuras militares. Esta democracia quiere paz y trabajo, convencida por la dolorosa experiencia de sus guerras civiles, que retardaron la constitución nacional, de que únicamente con la paz progresan las Repúblicas.

Cuando se ha visto retada por las pretensiones absurdas ó las agresiones insolentes de los enemigos, ha peleado con heroica tenacidad, acompañada siempre por la victoria. «La bandera blanca y celeste — como dijo Sarmiento en un famoso discurso —, no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra». Nunca los ejércitos argentinos fueron derrotados ni sufrieron el más pequeño descalabro dentro de sus fronteras actuales.



BUENOS AIRES. ARSENAL DE GUERRA

Pero cuando la Argentina no ha sido impulsada á la guerra por ineludibles motivos de dignidad, ha preferido solucionar sus conflictos internacionales valiéndose del arbitraje y aceptando generosamente las soluciones que le eran adversas. Nunca, en su carácter de hermana mayor y más fuerte, ha pretendido la explotación de naciones más pequeñas. Ha buscado inspirar amor antes que infundir medroso respeto. Desde los primeros tiempos de la Independencia se sacrificó por la libertad de los convecinos. Sus soldados fueron á la Banda Oriental y al Paraguay con el propósito de ayudar á estos países en su movimiento de emancipación. San Martín, pasando los Andes, reanimó á Chile y acabó con la servidumbre colonial del Perú y Bolivia. A cambio de estos servicios, jamás pidieron los argentinos otra recompensa que la de un grato recuerdo.

Fundándose en la antigua organización del virreinato del Río de la Plata, podían haber deseado incorporar á su territorio, como en pasados tiempos, Uruguay, Paraguay y una gran parte del Alto Perú; pero sus gobernantes, aun en los momentos de mayor fortuna, jamás soñaron con esta anexión. Sus generales victoriosos tuvieron por norma la más generosa de las frases: «La victoria no da derechos».

En las batallas de la Independencia pelearon los argentinos desinteresadamente por la libertad de sus hermanos de raza. En las guerras que sobrevinieron después se han limitado á repeler los ataques y realzar el honor de sus armas, sin resarcirse de tales esfuerzos con apropiaciones de territorio. Luego de la campaña del Paraguay pudieron hacerse dueños del enorme Chaco paraguayo, con el derecho del más fuerte, tan usado por muchas naciones que se consideran civilizadas. Pero el vencedor prefirió someter el asunto al arbitraje de los Estados Unidos, y cuando el fallo le fué adverso, respetó el derecho del más débil, perdiendo para siempre la espléndida región subtropical.

Esta predilección por las soluciones pacíficas no puede interpretarse como falta de valor en un pueblo que jamás ha sido derrotado, y cuenta por victorias todas sus guerras. Es respeto al derecho de los demás, convicción profunda de que las democracias deben ser tran-



GENERAL AGUIRRE

quilas y tolerantes, apelando únicamente á las armas cuando la insolencia y la barbarie del enemigo obligan al triunfo ó á la muerte.

Cinco guerras internacionales é intervenciones extranjeras ha tenido la Argentina, y de todas ellas salió victoriosa: las invasiones inglesas de 1806 y 1807; la guerra de la Independencia; la guerra con el Brasil, acabada en la batalla de Ituizangó; la intervención armada de Francia contra la dictadura de Rosas, que resultó impotente, y la guerra del Paraguay, no buscada por los argentinos ni por los paraguayos, pues fué impuesta á unos y á otros por los atentados del soberbio López.

Á pesar de tales éxitos, siempre ha procurado la República resolver pacíficamente sus conflictos internacionales, fiando más en su razón que en la buena estrella que acompaña á sus armas. Por arbitrajes ha terminado todas las cuestiones de límites con el Brasil, Chile y Paraguay. Un deseo de confraternidad americana, hondamente sentido en todas ocasiones, ha hecho que la Argentina huya de las guerras. Quiere ser hermana amada y no madrastra de sus compañeras de continente. Un Gobierno que soñase con intervenciones y conquistas, caería arrollado acto continuo por la indignación pública. Algunos que pretendieron fabricar entusiasmos imperialistas y aficiones bélicas, exagerando los peligros de una gran nación vecina, han tenido que retirarse ante la oposición que despertaron sus propósitos.

Argentina vive en paz y quiere la paz. Pero de acuerdo con el proverbio latino, para sostener esta paz se halla preparada para la guerra. No intentará nunca una agresión, pero cada vez asegura mejor la defensa de su territorio.



BUENOS AIRES. HOSPITAL MILITAR

* * *

Un día, hablando con el general Aguirre, que era entonces ministro de la Guerra, alababa yo el aspecto de ciertas tropas que había visto maniobrar en las montañas inmediatas á la frontera de Bolivia. El ministro aceptó estos elogios con un gesto de aprobación. Sí: el ejército nacional iba alcanzando un grado de perfeccionamiento nunca conocido. Los oficiales

estudiaban y trabajaban; el soldado era bueno, el material de guerra excelente y los gobiernos no regateaban la adquisición de nuevos medios de defensa.

— Nosotros — continuó — no soñamos con guerras, pero debemos ponernos en condiciones de guardar nuestra riqueza.

Es verdad: los pueblos ricos, si no son fuertes, corren mayores peligros que los pobres y humildes. La vida moderna, á pesar de su cultura, no es más que una lucha por la adquisición del bienestar ajeno: rapiña y violencia. La vaca fecunda y el montón rutilante de trigo, grandes riquezas de la Argentina, necesitan junto á ellas el fusil y el cañón, que evitan malas tentaciones.

El ejército permanente en tiempo de paz consta de 20 batallones de infantería, 9 regimientos de caballería, 5 regimientos de artillería montada, 2 grupos de artillería de montaña (situados en Salta y en Mendoza), una batería de ametralladoras, 5 batallones de ingenieros, un batallón de ferrocarrileros y 5 compañías del tren. Además, existen cuerpos de reserva para caso de guerra. Algunas provincias tienen fuerzas armadas de bastante consideración, que dependen de los gobernadores y están compuestas de soldados aguerridos mandados por oficiales de experiencia.

Con el deseo de que el militar, aunque viva en tiempo de paz, sea un hombre de aire libre, bien acostumbrado á los ejercicios físicos y á dominar la fatiga, se ha hecho de cada cuerpo una escuela de aplicación, que trabaja incesantemente á campo raso, ó se ejercita en el tiro. Crear excelentes tiradores es el deseo de los que dirigen el ejército, y como el tiempo que el soldado permanece en filas no basta las más de las veces para adquirir esta destreza, el Gobierno favorece la creación de sociedades populares de tiro.

En Buenos Aires y muchas ciudades de provincias existen grandes polígonos donde la juventud, bajo la dirección de oficiales instructores, se ejercita en el manejo de las armas de fuego. Los que al ingresar en las filas pueden exhibir una nota oficial que acredite su asistencia al polígono y su habilidad de tirador, gozan de ciertas ventajas.



BUENOS AIRES. TIRO FEDERAL

La concurrencia á los Tiros Nacionales es grande. Se calcula en unos 150.000 los tiradores que asisten á ellos: reservistas, estudiantes, guardias nacionales. Se ha creado una «libreta de tiro escolar», y los jóvenes que consiguen notas aprobatorias del instructor pueden ser oficiales de la reserva. En muchas escuelas superiores de agricultura, ingeniería y otras, existe una Academia de tiro, bajo la dirección de un oficial. En los Colegios Nacionales hay siempre algunos fusiles Maüser, que sirven para que los pequeños alumnos empiecen á familiarizarse con el manejo de las diversas piezas de esta arma. Los concursos

de tiro organizados por el ministerio de la Guerra para los reservistas, son bastante frecuentes. Hay año en que se celebran más de cincuenta, asistiendo á ellos miles de tiradores. Al mismo tiempo se trabaja en dotar de polígonos á todos los distritos de reclutamiento y movilización en que se divide la República. El ideal es llegar á que en las provincias más pobladas sólo exista una distancia de 20 kilómetros entre los campos de tiro.

Si vis pacem para bellum: tal es la divisa del Gobierno argentino en sus esfuerzos por la organización militar. Esta, aunque muy adelantada, es relativamente moderna.

Luego que San Martín, instructor incansable, formó los primeros cuerpos del ejército argentino, transcurrieron largos años sin adelantar éste gran cosa. La campaña de Alvear contra el Brasil fué el último chispazo de gloria de aquellos batallones. Después, con el caudillaje y las guerras civiles, desapareció todo vestigio de arte militar y disciplina táctica. Los combatientes eran tan valerosos como bárbaros. Cuanto más ignorante y obtuso aparecía un caudillo, más alto sonaba su nombre. No se comprendía el militar sin ser jinete. Todas las tropas eran de caballería. Las batallas consistían en cargas incesantes, en choques sin orden, saliendo victorioso el que acometía con mayor empuje. Estos centauros de chiripá y bota de potro sentían poca inclinación hacia las armas de fuego. Gustaban de batirse cuerpo á cuerpo, con la lanza y el cuchillo. Cuando más, se valían del lazo ó las bolas para atacar á cierta distancia.



BUENOS AIRES. ESCUELA NAVAL

En medio de este salvajismo triunfante, los guerreros profesionales, los jefes que se atrevían á hablar de reglas del arte militar, hacían reir á los gauchos. Buen caballo, lanza dura, brazo fuerte y animoso corazón: esto era lo importante para los directores de aquellas guerras, muchos de los cuales no sabían leer y escribir.

El general Paz, sabio y experimentado táctico que tanto se había distinguido en Ituizangó, provocaba las burlas crueles del gauchaje. Para mofarse de su ciencia recordaban que en una acción lo habían hecho prisionero echándole un lazo y arrastrándolo lejos de los suyos. ¿De qué le habían servido sus libros y mapas? . . .

Rosas, siempre astuto, estaba lejos de participar de las groseras opiniones de sus amigos. Fingía entusiasmo por las hazañas del jinete bárbaro; pero deseoso de tener un ejército mo-

derno, iba haciendo desmontar á sus gauchos, cautelosamente, para formar con ellos batallones de infantería. Hubo en aquella época revistas de ejércitos de provincias en las que desfilaron 14.000 jinetes con sólo dos compañías de á pie y ni un solo cañón.

En sus últimos años de tiranía alcanzó Rosas á organizar buenas tropas modernas, que acabaron en Monte Caseros. Durante el Gobierno de la Confederación se creó en tiempo de Derqui el ministerio de Guerra y Marina, siendo su primer ministro el hoy general Don Benjamín Victoria. Luego, con motivo de la guerra del Paraguay, el presidente Mitre, excelente artillero, reorganizó el ejército, echando las bases del que existe actualmente.

Durante el Gobierno de Figueroa Alcorta, la institución armada ha sido modificada y aumentada por los ministros de la Guerra. Una nación como la Argentina contaba únicamente con un efectivo de 8 ó 9.000 hombres, á los que podía unirse la Guardia nacional en caso de guerra, sin más instrucción que la rudimentaria adquirida en los días de fiesta. No era posible que esta República importante siguiese confiada á elementos de defensa tan problemáticos. El Gobierno actual dobló el efectivo en tiempo de paz, que es hoy de 16 á 18.000 hombres. Además se ha organizado una reserva territorial que puede prestar servicio al estallar una guerra, sin pasar por aceleradas improvisaciones. La organización llamada de primera línea pone en actividad, en los primeros momentos de peligro, hasta 300.000 hombres. Este efectivo es capaz de llegar, en un caso extremo, á 600.000 hombres.

Actualmente ocupa el ministerio de la Guerra el teniente general Don Eduardo Racedo, militar experimentado, de brillante historia, extensa cultura y gran afición al estudio.

* * *

Cuando en 1812 la escuadrilla española mandada por Romarate bloqueaba á Buenos Aires, fué un español adicto á la revolución, Don Juan Larrea, vocal de la Junta de Mayo de 1810 y ministro de Hacienda del primer Directorio, el que discurrió crear una flota argentina para oponerla á los buques de la Real Armada.

El Gobierno revolucionario había contado en el primer momento con una escuadra fluvial: la que mandaba el infortunado y valeroso Don Juan Bautista Azopardo, vencido frente á San Nicolás en 1811 y deportado á Ceuta, de donde le sacó á los nueve años la sublevación liberal de Riego. Como después de este descalabro, los grandes ríos argentinos y la salida al mar habían quedado en poder de los realistas, Larrea se esforzó por decidir á sus compañeros de Gobierno á favor de la creación de una gran escuadra.

Tiempos de penuria eran aquellos. Carecía el Gobierno de lo más necesario para atender á la defensa de la tierra, y no podía lanzarse á improvisar una flota. Pero Larrea, con su habilidad comercial, buscó fondos, dedicó generosamente á esta empresa su actividad y su fortuna, y en 1814 el Gobierno revolucionario pudo ver ondear la bandera azul y blanca en los topes de varios buques, mandados por el inglés Guillermo Brown, que tan famoso había de hacer su nombre como primer almirante argentino. Tal fué la obra de Larrea. Y como dice Ramos Mejía, «¡no hay en la armada nacional una lancha siquiera que lleve su nombre!»

La nueva escuadra tomó inmediatamente la isla de Martín García, batió á los buques de Romarate frente á Montevideo y aseguró á los revolucionarios el dominio del río de la Plata. Luego Brown pasó al Pacífico, batiéndose en toda su extensión hasta Guayaquil, mientras el corsario Hipólito Bouchard, que se había estrenado como marino en la derrota de San Nicolás, daba la vuelta al mundo en la fragata *La Argentina*, luchando en todos los mares y realizando un sinnúmero de hazañas, que parecen novelescas por lo extraordinarias.



TALLERES DE LA MARINA EN EL RÍO DE LA PLATA


CRUCERO ACORAZADO «GENERAL SAN MARTÍN»

La flota argentina creada por la revolución todavía alcanzó nuevos triunfos. En tiempo de Rivadavia, al ocurrir en la Banda Oriental la guerra con el Brasil, el almirante Brown y sus bravos tenientes batieron á la escuadra imperial tantas veces como la encontraron á su alcance, obteniendo las victorias del Juncal, Los Pozos, Monte Santiago, Carmen de Patagones y otras.

Al sobrevenir la anarquía con el fraccionamiento nacional y el gobierno de los caudillos, esta escuadra gloriosa quedó en el olvido y se deshizo poco á poco. El país no tuvo marina. Dominaba el jinete de las llanuras: todos los gobernantes eran de á caballo y sentían una repugnancia invencible al mar. Facundo Quiroga, el «Tigre de los llanos», el alanceador sin misericordia, cuando vivía en Buenos Aires, bajó tres mañanas seguidas á la orilla del río, con el propósito de embarcarse y visitar al proscripto Rivadavia, que estaba en un buque á la vista de la ciudad, sin conseguir que las autoridades le permitiesen bajar á tierra. El gaucho feroz, hijo del peligro, que jamás había tropezado con el miedo en sus destructoras cabalgadas por la llanura, miraba el río, miraba el buque lejano, miraba la inquieta lancha balanceándose junto á sus pies, y tras larga reflexión, volvíase á su alojamiento.

Durante largos años sólo tuvo la nación argentina algunos barquitos fluviales, mandados por patrones al servicio del Gobierno. Cuando, después de Caseros, los gobernantes de Buenos Aires se apartaron de la Confederación, iniciando una serie de hostilidades, reunieron una escuadrilla de vapores, mandada por el que fué luego el almirante Murature, experto marino. La disciplina en estos buques de tripulación improvisada fué muy floja. Frente á Paraná se sublevó la marinería del vapor almirante, apresando é hiriendo á Murature y asesinando á un hijo suyo, que era el segundo jefe de la escuadra.

La reorganización verdadera de la armada argentina comenzó en la época de Sarmiento. Este presidente adquirió buques y fundó la Escuela Naval, evitando para siempre el peligro de improvisar escuadras con tripulaciones reunidas al azar.


ACORAZADO «LIBERTAD»

Desde los tiempos de la Confederación, en que el general Victorica organizó el primer ministerio de Guerra y Marina en forma estable y moderna, hasta hace pocos años, los servicios militares de tierra y de mar estuvieron reunidos bajo una dirección única. El ministerio de Marina, funcionando aparte y con absoluta independencia,



MARINA ARGENTINA - TELÉGRAFO DE BANDERAS



CRUCERO «BUENOS AIRES»

data de pocos años. La creación de una armada de importancia hizo precisa esta reforma.

La flota argentina cuenta actualmente con las siguientes unidades:

Cruceros acorazados: *General San Martín*, *General Belgrano*, *Pueyrredón* y *Garibaldi*.

Acorazados: *Almirante Brown*, *Libertad*, *Independencia*, *El Plata* y *Los Andes*.

Cruceros protegidos: *Buenos Aires*, *9 de Julio*, *25 de Mayo* y *Patria*.

Cañoneros: *Patagonia*, *Paraná* y *Rosario*. Fragata-Escuela *Presidente Sarmiento*. Corbeta *Uruguay*. Cazatorpedero *Espora*. Destructores: *Entre Ríos*, *Corrientes* y *Misiones*.

Cuenta, además, con 2 torpederos de alta mar; 6 de 1.ª clase; 14 de río; 9 transportes y 22 buques menores.

Este material va á ser aumentado en breve con dos acorazados enormes, de tipo modernísimo, los más poderosos, indudablemente, de cuantos se han construído hasta ahora en todo el mundo. El Gobierno ha firmado los contratos de adquisición, y los trabajos empezaron ya. Además, se han encargado 12 torpederos de 900 toneladas de desplazamiento y 32 millas de velocidad. Cuando todos estos buques queden terminados, la armada argentina será la más poderosa de la América del Sud.

No posee la nación una marina mercante que exija el auxilio de tan poderosa escuadra, pero su litoral marítimo tiene mil millas sobre el Atlántico, con puertos importantes, cada vez más numerosos, así como avanza la colonización hacia el Sur. Por esto hace bien el Gobierno argentino en fomentar el desarrollo de la marina de guerra. Es verdad que el comercio se hace por medio de buques extranjeros; pero el país debe tener al abrigo de una agresión su comercio propio y sus ricos puertos.

El personal de la armada asciende en la actualidad á 550 jefes y oficiales, con 4.000 hombres de tropa entre marineros voluntarios y conscriptos. El servicio obligatorio en la armada dura dos años, y al incorporarse los conscriptos se hace una selección de ellos, según sus aptitudes é inclinaciones, para destinarlos á las siguientes especialidades: marineros, artilleros apuntadores, torpedistas, timoneles, se-



FRAGATA-ESCUELA «PRESIDENTE SARMIENTO»



DESTRUCTOR «CORRIENTES»

ñaleros, radiotelegrafistas, fogoneros, electricistas, enfermeros, tambores y cornetas. En cada buque de combate funcionan escuelas de apuntadores, timoneles, señaleros y fogoneros. La enseñanza á bordo, directa y continua, da excelentes resultados, que se aprecian anualmente al movilizarse la armada.

Los ejercicios á que da lugar esta movilización duran cuatro ó cinco meses, observándose entonces en las tripulaciones el aprovechamiento obtenido durante el período de instrucción dentro de los puertos. Los conscriptos torpedistas, radiotelegrafistas y electricistas se preparan en los arsenales y talleres, y los enfermeros en los hospitales de la armada. El período de instrucción dura de Junio á Diciembre, y luego de los exámenes reglamentarios se moviliza la escuadra para efectuar maniobras generales, concursos de tiro al blanco, pruebas de velocidad, evoluciones y ejercicios tácticos y estratégicos. En esta movilización, la armada se agrupa casi siempre en tres divisiones, agregándose á cada una de ellas los transportes, avisos y buques auxiliares correspondientes. Además, hay la llamada «División de ríos» y la flotilla de torpederos.

La enseñanza naval está dividida en diferentes grupos, con arreglo á las clases que la reciben. Figura á la cabeza la «Escuela de aplicación para oficiales», que funciona en el arsenal del Río de la Plata. Acuden á ella los oficiales para asistir á cursos superiores de artillería, balística, torpedos y minas, electricidad, máquinas y táctica naval. Los tenientes de fragata no pueden ascender á tenientes de navío sin haber pasado antes por estos cursos. La «Escuela Naval Militar» se halla instalada en el mismo establecimiento, y en ella se preparan los futuros oficiales, así como los aspirantes á ingenieros, maquinistas y electricistas de la armada. Los cursos duran cinco años. Los cuatro primeros se siguen en el Arsenal, y el quinto, que es de aplicación, se pasa á bordo de la fragata *Presidente Sarmiento,* que realiza un viaje de ocho á diez meses. Luego de este viaje y de un último examen, los alumnos ingresan en la flota como oficiales.



BUENOS AIRES. PREFECTURA MARÍTIMA

Hay, además, una «Escuela de pilotos», dirigida por oficiales de la armada, en la que



EL «SAN MARTÍN» ENTRANDO EN EL PUERTO MILITAR

se preparan capitanes para la marina mercante; una «Escuela Electrotécnica», para el personal electricista subalterno; una «Escuela de aprendices mecánicos y foguistas», y otra de «aprendices torpedistas», que funcionan en el arsenal de la Plata. A bordo del acorazado *Almirante Brown* existe una escuela de aprendices artilleros, de la que salen los cabos de cañón y los condestables de artillería.

El arsenal del Río de la Plata está situado en Río Santiago, á la entrada del puerto de la Plata. En él se encuentran las Escuelas ya mencionadas y todo el material de torpedos y defensas submarinas, así como los acorazados y cruceros menores, y los torpederos, durante los períodos de instrucción en puerto. Tiene un varadero amplio, donde pueden estar en seco y bajo techado muchos torpederos, para su mejor conservación, y un dique flotante, que sirve para la carena de buques pequeños.

El primer arsenal marítimo de la República es el de Puerto Belgrano ó Puerto Militar, situado en las inmediaciones de Bahía Blanca, con aguas muy profundas. Sirve de apostadero á los acorazados grandes, que pueden amarrar en su vasta dársena, apta para recibir buques del mayor desplazamiento. En este arsenal, que cuenta con un dique de carena de 272 metros de largo por 23 de ancho, se limpian buques hasta de 10 metros de calado. Varias compuertas lo dividen en secciones, para limpiar tres buques á la vez.

Como las extraordinarias medidas de los nuevos acorazados que se construyen para la Argentina no les permitirá entrar en el citado dique, se ha resuelto abrir otro de capacidad suficiente para que contenga á estos colosos del mar, los más enormes que se habrán conocido en aguas sud-americanas.

La entrada del Puerto Militar se halla defendida con baterías de grueso calibre emplazadas en tierra. El cuerpo de artillería de costas, formado con personal de la escuadra, está encargado de ellas.

En la dársena Norte del puerto de Buenos Aires está situado el «Taller de Marina», que es el más importante de los talleres de la armada. Cuenta con dos diques de carena, suficientes para los buques de mayor calado que pueden navegar por el río de la Plata. Las vastas secciones de este gran taller están dotadas de todos los elementos necesarios para reparaciones de importancia y construcción de buques de poco tonelaje.

El armamento de repuesto de la flota, las municiones y explosivos, se conservan en el Parque de Artillería de Zárate, en un depósito situado en el Tigre, á orillas del río Luján, y en los polvorines de la isla de Martín García.

La enseñanza que se proporciona en las escuelas de la armada, los viajes de instrucción y las movilizaciones, han dado al personal de la marina argentina una gran superioridad, hasta el punto de poder resistir la comparación con el de las mejores escuadras. Son marinos de grandes entusiasmos, fieles cumplidores del deber profesional.

EL CONTRALMIRANTE BETBEDER EN SU DESPACHO DEL MINISTERIO DE MARINA

En estos tiempos, que afortunadamente son de paz, han arriesgado su vida por servir á la ciencia y la humanidad. Un marino argentino, el alférez de fragata J. Sobral, partió en 1902 con la expedición del Doctor Nordenskjold, de la Universidad de Upsala, para hacer descubrimientos en el Polo Antártico. Transcurrió mucho tiempo, y todos en Europa dieron por perdida á la expedición sueca. Entonces el Gobierno argentino dispuso que la corbeta *Uruguay* hiciese un viaje á los mares antárticos en busca de los expedicionarios. Al mando del teniente de navío Don Julián Irizar emprendió este buque el penoso viaje, logrando tras muchos peligros encontrar á Nordenskjold y los suyos, á los que salvó de una muerte cierta.

Esta expedición la organizó en 1903 el actual ministro de Marina, Don Onofre Betbeder, que entonces ocupaba por vez primera el citado departamento.

El contralmirante Betbeder es de los que más han trabajado por el engrandecimiento de la armada argentina. Desde los grados subalternos se distinguió por su inteligencia y su energía, ocupando puestos de gran compromiso y desempeñando las comisiones más arduas.

Mandando la fragata *Presidente Sarmiento*, hizo un viaje á vela alrededor del mundo; el primero realizado por un buque de la escuadra nacional. Ochenta años después de la famosa expedición del corsario Bouchard, el pabellón argentino volvió á reflejarse en todos los mares, siguiendo la redondez del planeta. Al regreso de este viaje pacífico, que sirvió para poner en relación á la Argentina con muchos pueblos, Betbeder tuvo en Buenos Aires una entrada triunfal. El presidente de la República le entregó sobre la cubierta del buque su despacho de capitán de navío, con palabras de elogio.

Al ocupar por dos veces el ministerio de Marina, ha fundado escuelas para el personal subalterno, ha redactado nuevos reglamentos y preparado la escuadra para entrar en combate á la

primera señal de peligro. También ha reorganizado el plan de estudios de la Escuela Naval, ha ampliado los arsenales y se ha preocupado especialmente de la instrucción de tiro.

Á sus gestiones dentro del Gobierno se debe, en parte, la «Ley de armamentos de 1908», por la cual va á adquirir la armada los elementos de combate más poderosos que se conocen.

V

LA EDUCACIÓN

En las provincias de la Argentina del Centro, donde es más densa la población, no se anuncian de lejos ciudades y villas con altas iglesias y esbeltos campanarios, como en las provincias del Norte, en las que perdura la influencia española de la época colonial.

Son poblaciones de fundación reciente, hechas á la ligera, con el aspecto frágil de las cosas momentáneas. Sus construcciones aparecen chatas, monótonas, con techumbre de zinc, todas iguales, sin que sobre ellas sobresalga una torre airosa, un edificio esbelto, aristocratizado por la venerable pátina de los siglos. En estos pueblos, nacidos de la noche á la mañana, á impulsos de la riqueza del suelo, y cuyo vecindario goza de la mayor prosperidad, los templos son edificios casi iguales á los otros, dedicados al culto provisionalmente. La gran iglesia gótica, imaginada por los fieles á imitación de alguna catedral de Europa, está á medio levantar, á la altura de las primeras ojivas, casi en ruinas antes de nacer, falta del calor fervoroso que movía montañas en otros tiempos y sacaba del suelo los grandes poemas de piedra labrada.

Sobre los tejados grises de estos pueblos nuevos, sólo emerge con aire triunfador un edificio blanco, enorme, que parece cubrir con su majestad el caserío agrupado en torno de él, como las aves cobijan á su cría. Es la escuela.

Muchas de estas poblaciones, más que entidades municipales con vida propia, parecen dependencias de la escuela que se yergue en su plaza central. La enseñanza es la función más importante de la vida de la República. En todas las naciones las escuelas se construyen para los pueblos: en la Argentina los pueblos se forman para las escuelas. No hay provincia ni territorio donde no se advierta el regio poder de la enseñanza. Una ley nacional, obra del senador Láinez, dispone que allí donde existan cincuenta niños se forme una escuela. En países que aun tienen tolderías de indios y viven dispersos los blancos en ranchos y pequeñas estancias, se alza solitaria una casa de ladrillo, con la bandera nacional sobre el tejado. Es la escuela, el núcleo creciente de la vida culta en un radio de muchos kilómetros. A su puerta está el maestro, como un centinela destacado de la vanguardia de la civilización, que avanza lentamente, viniendo de muy lejos, á través del desierto. En torno de esta casita se formará algún día un pueblo. Nacieron las ciudades en el viejo mundo, amontonándose hombres y viviendas junto á las fortalezas y los templos. En Argentina es la escuela la que cuaja y condensa las agrupaciones humanas.

Todos los organismos políticos de la nación se ocupan de la enseñanza y la ayudan con su dinero: el Gobierno central, los gobiernos de provincias, los municipios y el Consejo Nacional de Educación. Ningún país del mundo (si se tiene en cuenta el número de habitantes) gasta tanto como la Argentina en el fomento y difusión de la enseñanza. Hay provincias que dedican á este servicio una tercera parte de su presupuesto. La de Corrientes, antiguo dominio de los jesuítas del Paraguay, que gozaba en pasados tiempos de un deplorable renombre por la incul-



BUENOS AIRES. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

tura y la belicosidad de sus habitantes, dedica ahora á la educación el 30 por 100 de su presupuesto y edifica escuelas que son palacios.

Rivadavia y Sarmiento no han muerto. Su voz resuena todavía en el alma del pueblo argentino. «¡Escuelas! ¡Escuelas!» Y pasan las generaciones; y todas ellas repiten este grito, salido de labios de sus insignes educadores; y se considera la mayor gloria nacional aumentar el número y las perfecciones de los centros de enseñanza. Así como otros Estados enumeran con orgullo las batallas ganadas por sus armas y las banderas enemigas que cuelgan de sus templos de gloria, la Argentina lleva la cuenta de las nuevas escuelas que funda todos los años, reconociendo en cada una de ellas una victoria sobre la barbarie. Los creadores de poblaciones, lo primero que construyen es un palacete para la escuela. Los dueños de estancia dedican en sus dominios un edificio á la educación, y solicitan el envío de un maestro para los hijos de los peones que se hallan á su servicio.

Forman las escuelas á modo de una red, tendida sobre el territorio de la República, cuyo extremo se halla en Buenos Aires, entre las manos del Consejo Nacional de Educación. La enseñanza es *gratuita* y *obligatoria*, pero de verdad, sin mentidas declamaciones. Nadie se escapa de sus mallas. El hijo del país y el hijo del inmigrante van á la escuela, pues nada se opone á ello; ni la falta de medios, ni lo largo de las distancias. La instrucción se encuentra en todas partes.

Un maestro, un educador genial pasó por la presidencia de la República, y su influencia está latente aún, y estará por los siglos de los siglos, ya que las nuevas generaciones se modelan en el troquel fabricado por Sarmiento. ¡Y qué educación la de estas escuelas! . . . Los que

asistimos de niños á los centros de instrucción montados á la antigua, aun recordamos con escalofríos de terror las angustias que en ellos sufrimos; la entrada en el aula, pensando en la cara avinagrada del maestro, en los pesados castigos y las lecciones áridas, duras y angulosas, que arañaban nuestras inteligencias, sin adherirse á ellas.

El antiguo cubil de tormentos infantiles, que hacía de la enseñanza una función cruel, es en la Argentina moderna algo así como un palacio encantado, donde discurren los primeros años de la vida en bondadosa placidez: un paraíso de los niños.

Sarmiento, en sus visitas á las escuelas mixtas, daba á las maestras el secreto de su enseñanza, con la brusquedad de un carácter franco é impetuoso:

— ¡Mucho canto! ¡Mucha música! ¡Que se diviertan! . . . Sobre todo, no olviden ustedes el baile. Saber bailar es necesario para la vida. El baile significa alegría y salud, y hay que fabricar generaciones alegres y fuertes para que sean buenas.

¡Ah, genial artista, rudo y bondadoso! ¡Qué concepción tan hermosa y justa de la vida!... Sus enseñanzas no han sido olvidadas. Yo entré una tarde en una escuela de niñas de Rosario, enorme como un palacio. A lo lejos, un piano y un violín sonaban la graciosa melodía de una pavana del siglo XVIII. Penetramos en un salón, que parecía un teatro. Sobre el escenario, la profesora, sentada al piano, dirigía con movimientos de cabeza la danza de unas cuantas niñas predilectas. Abajo, más de doscientas parejas se movían acompasadamente al son de la música rococa. Eran niñas de cinco á ocho años; graciosas muñequillas, con el uniforme azul de las escuelas, y la cabellera rubia ó negra, adornada con lazos rojos. Danzaban con esa gracia instintiva que posee la mujer desde sus primeros años. Las que imitaban el baile de los caballeros, echaban la cabeza atrás gallardamente, y mientras con una mano sostenían la de su pareja, cogida de las puntas de los dedos, llevábanse la otra bajo los faldones de la casaquilla, lo mismo que un elegante de la corte de Versalles. Ellas, imitando á las grandes damas, tiraban de su corta falda, púdica y señorialmente, como si fuese una crinolina ampulosa, contestando con sonrisas á las reverencias de sus acompañantes. Era un gracioso espectáculo, conmovedor en su frivolidad.

— Así descansan entre clase y clase — dijo la directora.

Y poco después, terminada la música, el tropel de angelitos azules, la avalancha de mujeres futuras, se distribuía por las aulas, donde se enseña todo: rudimentos de ciencias y de artes, leyendas patrias, moral cívica y hasta comentarios á la Constitución de la República.

No hay escuela importante que no tenga su biblioteca, su gabinete de física y química y su pequeño museo de Historia Natural. Reproducciones de cuadros y estatuas célebres adornan las paredes. Los retratos de los músicos ilustres se encuentran en casi todas las escuelas de niñas.

En esta educación de placeres alternados con enseñanzas, el maestro es un amigo; la corrección, un simple llamamiento al deber, y una palabra severa se teme



BUENOS AIRES. ESCUELA SUPERIOR DE NIÑOS

más que el castigo embrutecedor y material usado en otros tiempos. La muchedumbre escolar ofrece una simpática soltura. Cuando se reúne para recibir al visitante, éste no ve cabezas inclinadas, manos juntas y ojos hipócritas y recelosos que buscan el suelo. Los alumnos y las alumnas miran francamente y sonríen, sin miedo y sin insolencia.

Una variedad infinita de tipos y razas se nota en todas las escuelas, como reflejo de la confusión étnica que existe en el país, renovada incesantemente por la inmigración. La niña peliroja, corta de narices y blanca de carnes, hija de rusos ó alemanes, se codea con la italiana pálida y la española morena, de grandes ojos negros. El muchacho sombrío y tristón, cuyos padres vinieron de Armenia huyendo de la tiranía turca, se sienta al lado del «gringo» alegre, que revela en sus juegos y bromas el «humor» inglés. Todo centro de enseñanza es un Arca de Noé, puramente humana. ¿Qué podrá salir de esta confusión? . . .

La República sonríe tranquila, segura de su porvenir. Cuenta con la escuela, y la escuela dará de sí lo necesario para la fusión nacional. Estos descendientes de todos los pueblos del planeta cantan á la gloria de San Martín, entonan los himnos patrios, y puesta una mano sobre el pecho, recitan con unción religiosa la *Oración á la bandera*, escrita por Joaquín González: «Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza, con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; . . . vínculo sagrado é indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras. . . Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, en todo tiempo y lugar de la tierra donde éstos la condujeran; que á su nombre la nación argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.»

Lo que se aprende de niño penetra tan hondamente en nuestra alma, que difícilmente podemos desecharlo en el resto de la vida. ¡Cuántos racionalistas no sienten emerger en su pensamiento y su carácter ideas y prejuicios de la educación religiosa recibida en los primeros años! En vano la razón protesta contra estos residuos del pasado. Los rechaza, pero ellos vuelven cuando está descuidada, la asaltan, la dominan, y son causa inicial muchas veces de sucesos importantes.

Cuando se aprende algo en los primeros años, no se olvida jamás. Podrá repelerlo la memoria, pero queda como un sedimento dormido en el fondo del alma y resurge fatalmente cada vez que nos conmueve una revolución moral.

El gran fundente de razas es la escuela. La educación alegre y fácil que se da en la Argentina hace que el niño la mire con más amor que al propio hogar. Lo que aprende en sus bancos resulta sagrado. Y el hijo del italiano, del español, del inglés, del turco, en fuerza de repetir «Bandera azul y blanca. . ., con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad», acaba por creer que fueron sus padres, efectivamente, los que realizaron esta grande obra.

Es inútil que en la casa hablen al alumno del país de sus abuelos. No: «Bandera azul y blanca, de independencia y libertad». . . Él es argentino.

Los que pintan á este país como un hervidero cosmopolita, falto de vínculo nacional, y expuesto á grandes peligros, son miopes, que sólo distinguen lo más próximo. No han visto hasta dónde alcanza la influencia de la escuela argentina.

* * *

Los maestros son dignos de esta función nacional. En mis viajes por el país he encontrado simples directores de escuelas primarias que poseían una excelente biblioteca y estaban al corriente del movimiento literario de Europa. Un maestro de un pueblecillo me enseñó

la mejor joya de su casa: un busto de Augusto Compte. Sus horas de aislamiento en medio de una sociedad de agricultores y ganaderos, las consolaba con la lectura del filósofo.

El personal docente de las escuelas procede, en su mayor parte, de las provincias andinas y de las dos que llamó el geógrafo Martín de Moussy la *Mesopotamia Argentina*, ó sea Entre Ríos y Corrientes.

El maestro argentino no está bien pagado. Su remuneración parece considerable si se la



BUENOS AIRES. MUSEO PEDAGÓGICO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

compara con la de algunos profesores europeos; pero resulta mísera al relacionarla con la esplendidez que muestra el Gobierno en otros servicios y lo cara que es la vida en la República.

No sólo lo exiguo del sueldo da un aspecto de noble sacrificio á la función de los maestros. Hay también que tener en cuenta las incesantes tentaciones que la prosperidad de este país ofrece á un hombre activo é inteligente. Abandonando la escuela para dedicarse á los rápidos negocios, tan abundantes en la vida argentina, el maestro podría enriquecerse lo mismo que los demás. Y, sin embargo, muy pocos desertan de su puesto de honor. Ven cómo en torno de ellos crecen los pueblos y las fortunas; cómo sube y sube por todas partes la marea de la riqueza, ahogando á muy pocos, llevándose á flote á los más; y no se mueven de la escuela, á la que viven adheridos para siempre, mirando con indiferencia aquello que es ajeno á la instrucción.

Estos maestros poseen el desinterés y los generosos altruismos del misionero. Han dedicado su vida á una causa noble y quieren morir fieles á ella. La educación de la República, para

que ésta sea próspera y grande; la escuela por todas partes, símbolo de libertad y preservativo de revoluciones; la bandera azul y blanca: tales son sus ideales.

Los profesores argentinos muestran en sus lecciones un patriotismo vehemente. El estudio no quebranta su entusiasmo nacionalista. Aunque comulguen en las doctrinas más avanzadas, éstas no alteran su fe en la patria. El 9 de Julio es la fecha de la gran fiesta de las escuelas. La niñez acude en masa á jurar fidelidad al pabellón nacional, lo mismo que los soldados. Miles de voces infantiles entonan el himno histórico en medio de un silencio emocionante. En el cielo, de intenso azul, las blancas nubes semejan los revoloteos del manto luminoso de la patria, cubriendo á sus futuros defensores.

El maestro, tan emocionado como los niños, sigue el himno mentalmente. «Al gran pueblo argentino, salud»... Los héroes cantados por las históricas estrofas hicieron la revolución para colocar la escuela por encima de todas las instituciones nacionales. Crearon una patria, y entregaron sus destinos al maestro.

Y el maestro tiembla de inquietud y de orgullo al pensar en la gran misión confiada á su modestia.

* * *

Lo que más interesa á los extranjeros en la enseñanza de la República, no es la escuela de niños. En todas las naciones, la educación del hombre resulta la mejor atendida.

Las maestras y las escuelas de niñas son lo extraordinario. Los iniciadores de la cultura nacional pensaron en la mujer con preferencia al hombre, por lo mismo que aquélla estaba más necesitada de estudios. La argentina de los tiempos coloniales y de los primeros lustros de la independencia era una mujer á la antigua española, tal como existe aún en ciertos pueblos de la Península. Excelente madre, fiel esposa, hábil dueña de casa, experta en bordados y otras labores de aguja, incansable confeccionadora de dulces, gran rezadora de rosarios y oraciones para casos de enfermedad, sus virtudes perfumaban el hogar. Era un ángel de sonriente abnegación y animoso sacrificio. Sólo tenía un defecto: las más de las veces no sabía leer ni escribir, y si poseía estos conocimientos, extraordinarios para su época, los empleaba en apuntar, con torpes caracteres, los gastos de la casa ó en leer á saltos algún libro prestado, luego de enterarse bien de «si estaba prohibido». Este tipo de mujer, buena, con modales de gran señora, amorosa madre de familia é ignorante como una criada, se encuentra todavía en algunos países de América, como recuerdo viviente de las virtudes y los defectos de la antigua colonización.

El vigoroso Sarmiento, leñador incansable en la selva del pasado, acometió con furiosos hachazos esta enseñanza tradicional. Mientras bregaba con el tronco centenario, que resistía á sus golpes, el atleta parecía gritar: «¡Que aprenda la mujer de todo! ¡Que cante, que dance, que estudie ciencias y letras, que adquiera al mismo tiempo las artes exteriores que realzan el encanto de la persona! Para ser buena no se necesita vivir ignorante de todo. Para ser virtuosa no es indispensable tener los ojos bajos y el aspecto encogido. ¡Fabriquemos madres instruídas y animosas para el porvenir!...»

Hoy la escuela ha creado en la Argentina una generación de mujeres, aficionadas al libro, versadas en los conocimientos que constituyen una ilustración general; y, aparte de esto, muy mujeres, sin la pedantería de las *bas-bleu*, ni el aspecto hombruno de las que creen que para elevarse la hembra intelectualmente necesita abdicar de todos los encantos del sexo.

Estas mujeres elegantes é instruídas, que siguen la frivolidad de la moda y leen los últimos libros, que charlan de las postreras creaciones en indumentaria y asisten á conferencias cien-

tíficas, que se enteran con fruición de las noticias de París (¡ah, París!), y pueden tomar las lecciones á sus hijos lo mismo que un maestro, son producto de la escuela moderna. Al lado de un hombre de cultura tal vez resulten frívolas; pero comparadas con sus abuelas pueden considerarse como portentos de sabiduría. En muchos hogares argentinos, la mujer que ha pasado por la escuela normal tiene una visible superioridad sobre el marido, dedicado en absoluto á los negocios y olvidado de lo que aprendió en las aulas.

La maestra argentina es mejor que la de otros países. Maestros buenos los hay en todas partes; maestras como las de esta República se encuentran en pocas naciones.



BUENOS AIRES. COLEGIO NORMAL DE SEÑORITAS

Ante todo, el magisterio femenil se considera en ciertas provincias como una función de honor, que no significa pobreza ni humildad de origen. En casi todos los pueblos de Europa la maestra es una joven infeliz, venida de abajo, que acepta esta carrera para subsistir, y la abandona y procura olvidarla, con mal disimulado rencor, apenas encuentra un hombre que la ofrece su mano. Esto último ocurre de tarde en tarde, pues la maestra europea suele ser poco agraciada y simpática por regla general. Tal vez la fealdad la empuja al magisterio, á falta de mejores caminos, y ensombrece su carácter con un humor severo y pedantesco, que gravita sobre las pobres niñas, haciéndolas antipática la escuela.

En Argentina la maestra es una mujer atractiva y joven, agraciada las más de las veces y elegante siempre, que no cree necesario poner un gesto hosco para demostrar su valía mental. Sonríe á las alumnas y las comunica sus enseñanzas, como una hermana mayor. Las hay que son de familias acomodadas, y no piensan envejecer en el aula. Estudian su carrera, la ejercen y luego se casan, satisfechas de haber prestado su actividad á la patria, cumpliendo un deber, lo mismo que lo cumplen los hombres en el servicio militar. Hay provincias, como la de Corrientes, donde las señoritas de la mejor sociedad son maestras, lo mismo que lo fueron sus madres, considerando esta función como una especie de timbre nobiliario de la familia. Por las mañanas se las ve correctamente vestidas de obscuro, con una cartera de papeles y libros en la

enguantada mano, ir á las escuelas superiores á dar sus cursos. Muchas señoras casadas han sido antes maestras y recuerdan con nostalgia sus tiempos juveniles.

— Yo tengo vocación para la enseñanza — dicen adorables muchachas —. Quisiera envejecer en la escuela: llegar á directora de Normal.

Y al hablar así, nótase en ellas la misma fe reconcentrada y grave con que exclaman las jóvenes, tristonas y cloróticas, de otros países:

— Yo tengo vocación de monja, yo quisiera morir esposa del Señor.

¡ Ah, maestra argentina, ilustrada y sonriente, estudiosa y elegante, amiga del libro y de los cuidados higiénicos, sembradora de educación mental y de buenas maneras! La alegría sana y honrada de la vida se une en ella á la gravedad del que cumple una misión importante. Sabe que está educando á las madres futuras: que esparce la simiente del porvenir.

En la vida de un pueblo, la mujer es semejante à la tierra de los campos, y el hombre el sembrador que abre los surcos para la cosecha futura. El trabajo resultará estéril si la tierra no está bien preparada: sólo dará de sus entrañas infecundas una vegetación espinosa y silvestre. Donde la mujer no ha sido elevada por la educación, la madre puede ser un dechado de virtud, pero resulta inferior á los hijos por su ignorancia, y no puede aconsejarlos fuera de las cuestiones elementales de moral. Sierva de su incultura, le es imposible completar dentro de la casa el trabajo del maestro. ¡País dichoso aquel donde la mujer aparece tan instruída como el hombre, y la madre sabe tanto como sus hijos! Cada hogar es una escuela más.

La instrucción de la mujer argentina no toma el carácter de rabioso feminismo que en otras naciones adelantadas. La maestra estudia mucho, ansía cada vez mayores conocimientos, pero no cree necesario para ello abdicar de la gracia y delicadeza de su sexo.



BUENOS AIRES. UNA ESCUELA DE NIÑOS

En los pueblecillos de vida rudimentaria, la maestra, al par que ejerce su ministerio, es una representante de la ciudad lejana, de la civilización con todas sus comodidades, sus modas y sus buenas maneras. Ella sirve de modelo á las damas de improvisada riqueza, esposas de almaceneros y agricultores que aun conservan bajo las joyas y los costosos vestidos, traídos de Buenos Aires, su rudeza originaria.

La pobre desterrada, en medio de una sociedad que únicamente sabe hablar del precio de los corderos y las vacas, de las esperanzas de lluvia, ó de la calidad del trébol y el «alfilerillo» que crece en los campos, se consuela con el pensamiento puesto en la Pedagogía, diosa severa y un tanto ingrata, á la que ha dedicado su juventud y sus gracias. Algunas veces, la tristeza se le escapa en forma de versos melancólicos. Todas ellas, á espaldas de la ceñuda ciencia del magisterio, sienten ternuras y entusiasmos de artista. Escriben, pero ocultan casi siempre los versos,



ESCUELA AGRÍCOLA DE SANTA CATALINA

no osando comprometer en los azares de la gloria literaria su respetabilidad docente. Este sentimentalismo se trasluce en el carácter poético que dan á la enseñanza. Las niñas repiten, por su consejo, los versos de todos los grandes poetas de lengua castellana. En la clase de música, dos bustos de escayola, Beethoven y Mozart, hablan de un mundo lejano y misterioso á las niñas del humilde pueblo de zinc y adobes, perdido en mitad de la llanura, entre el trotecillo de las vacas y el galopar de rudos centauros con el poncho flotante.

Cantan las niñas una música que no es la «vidalita» popular ni los himnos heroicos de las fiestas patrióticas. La maestra les ha enseñado coros y romanzas con letra italiana. Son dulces reminiscencias de óperas oidas en Buenos Aires ó en la capital de la provincia; felices recuerdos de la amada vida de ciudad; lo mismo que el «tapado» de suave color, que le sirve para las salidas nocturnas por calles de veredas sinuosas y mortecina luz, camino de alguna tertulia, donde las grandes señoras del pueblecillo admiran esta prenda, resumen de todas las elegancias metropolitanas.

* * *

La enseñanza secundaria es gratuita, y se da en los llamados Colegios Nacionales, que equivalen á los Liceos ó Institutos de Europa. Cuatro existen en Buenos Aires y uno en cada capital de provincia, además del famoso Colegio Histórico de Concepción del Uruguay. En estos centros de enseñanza se preparan los alumnos para el ingreso en las Universidades.

Funcionan, además, en la República más de treinta Escuelas Normales, centros de instrucción, que proporcionan todos los años un número grande de maestros y maestras. Aun así, son tantas las escuelas primarias que se fundan, que algunas veces llega á escasear el personal docente.

La enseñanza técnica tiene valiosas escuelas de comercio en la capital y en los principales puertos; escuelas industriales con talleres, en los que practican los alumnos; y escuelas de agricultura y ganadería, entre las que sobresalen la de Veterinaria, de Santa Catalina; la de Minas, de San Juan, y la de Vinicultura, de Mendoza.

La enseñanza superior está representada actualmente por cuatro Universidades: tres nacionales, que son las de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, y una provincial, la de Santa Fe, que hace poco ha sido habilitada para que sus estudios tengan validez en toda la República. En dichas Universidades pueden cursarse todas las carreras, así científicas como literarias. Las Facultades de Medicina son notables por la laboriosidad de sus profesores y el material de enseñanza. Lo mismo que en las naciones latinas de Europa, la juventud siente una predilección especial por la carrera de abogado. Todos quieren ser *doctores,* viendo en el diploma un título honorífico que realza el apellido y un medio de abrirse paso en la sociedad y en la política. Alguien ha llamado á la Argentina «el país de los doctores». Tal vez peca de exagerada esta apelación, pues aunque los doctores (entendiendo por doctores á los abogados) sean muchos, no influyen en la vida nacional con su carácter universitario, sino como dueños de la tierra, ganaderos é industriales.

* * *

La dirección de la enseñanza secundaria y superior está confiada al ministerio de Justicia é Instrucción Pública. Hace tiempo que ocupa este departamento un hombre de mérito, Don Rómulo Naón, el ministro más joven de la Argentina. Tan joven es que apenas si tiene historia política. Antes de llegar á este alto sitio sus triunfos sólo fueron universitarios, por haberse dedicado únicamente al estudio y la enseñanza.



DON RÓMULO NAÓN, MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Este ministro, que aun no ha cumplido treinta y cinco años, llamó la atención de estudiante, recibiendo una medalla de oro en el acto de doctorarse, por una tesis notable. El gobernador de Buenos Aires, Don Bernardo de Irigoyen, uno de los hombres públicos más ilustres de este país y su mejor diplomático, llamó á Naón al lado suyo en 1900 como secretario oficial, y dos años después fué elegido diputado. En 1906 se verificó en la Capital Federal una coalición de todos los partidos para batir al Gobierno en las elecciones. Formóse una candidatura selecta con los personajes más notables de Buenos Aires, y en ella tuvo el honor de figurar Naón, al lado de Pellegrini, Don Emilio Mitre, Don Roque Sáenz Peña y Don Luis M. Drago. Al sentarse en el Congreso por segunda vez y distinguirse en importantes debates, le designó Figueroa Alcorta para desempeñar la cartera de Justicia é Instrucción Pública.

Naón ha sido profesor de Filosofía y de Instrucción cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y catedrático de Derecho constitucional en la Universidad. Su actuación como ministro responde á este pasado de estudio. Aparte de sus trabajos en la sección de Justicia, ha procedido con incansable laboriosidad en todo lo concerniente á la enseñanza y su difusión. Lleva

fundados diez y nueve colegios secundarios, y ha creado la primera Escuela industrial de obreros. Los territorios nacionales carecían de centros de enseñanza para la educación de maestros. Tenían que establecerse en ellos instructores de lejanas provincias, pues los hijos del país no encontraban facilidades para dedicarse al magisterio. Naón fundó Escuelas Normales en dichos territorios, y en Buenos Aires la Escuela Normal Superior y el Instituto preparatorio universitario.

La difusión de la lectura recibió gran impulso de él con la creación de una Junta protectora de las Bibliotecas populares, que ha extendido éstas por casi toda la República. Fundó, además, en los colegios secundarios la cátedra de Moral cívica y política, para la formación del alma argentina, é hizo partícipes de la misma enseñanza á las escuelas primarias bajo la forma de un catecismo patriótico.



BUENOS AIRES. ESCUELA NORMAL DE MAESTROS

En dos años de ministerio lleva creados cuarenta y nueve establecimientos de enseñanza secundaria. Tarea es ésta que para algunos Gobiernos de Europa requeriría luengos años y la sucesión de varios ministros. El Doctor Naón puede alabarse de no haber perdido el tiempo en el servicio de su patria.

* * *

El entusiasmo por la educación pública ha creado en la Argentina una especie de Gobierno independiente que rige la enseñanza primaria, y funciona como un Estado dentro del Estado. Es el Consejo Nacional de Educación, organismo que inició Sarmiento, y en cuya presidencia han figurado muchos hombres notables. Este Consejo es el gobierno que dirige la gran república de maestros y alumnos; el Estado Mayor del ejército acampado en las escuelas argentinas. Consejos de distrito secundan en la capital federal y en las provincias la labor patriótica del Consejo Nacional. Todas las escuelas de la República dependen de su autoridad y su vigilancia. Los ciudadanos colaboran con este organismo poderoso, encargado de la función más importante del Estado. Dirígense á él como á un ministerio, no para formular peticiones egoístas, sino para extender los beneficios de la enseñanza en la que todos se hallan igualmente interesados. El corazón del argentino va instintivamente hacia la escuela, que representa á sus ojos la patria, tanto como la bandera blanca y celeste. Todos los sacrificios le parecen mezquinos para ayuda de esta función pública.

El amor á la enseñanza es tradicional en la República. Cuando el Gobierno revolucionario, para agradecer á Belgrano su victoria de Salta, quiso premiarle, en vista de su pobreza, con un donativo de dinero, el héroe, olvidando sus necesidades, dedicó esta cantidad á la creación de cuatro colegios, los primeros que se fundaron bajo el régimen de la Independencia. Muchos argentinos han hecho después donativos semejantes.

Los que viven en los territorios nacionales como soldados avanzados de la civilización,

apenas construyen un pequeño grupo de edificios, antes de pensar en los trabajos urbanos del futuro pueblo, se dirigen al Consejo Nacional, solicitando el envío de maestros y la fundación de una escuela doble. Siempre hay dinero para estas empresas. El donativo voluntario ayuda á la obra oficial. Los rudos peones desean que sus hijos sepan más que ellos. Adivinan en su confuso pensamiento que la instrucción es un medio de ascender socialmente. Los niños de las rancherías caminan largas distancias para llegar á la casa del maestro, que ondea su bandera en medio de la llanura.

La nación argentina tiene dos presidentes que se comparten el poder: el presidente de la República y el presidente del Consejo Nacional de Educación. El uno manda en los hombres; el otro manda en los niños. El primero lleva sobre el pecho una banda, signo de autoridad, con las armas bordadas de la República: tiene soldados, navíos, cañones, jueces que interpretan las leyes, legisladores que las votan, empleados que cobran los impuestos y sacerdotes que cantan en los templos. El segundo viste la levita vulgar y no cuenta con otro séquito que el de la juventud estudiosa; maestros y maestras de abnegada y obscura labor, que trabajan anónimamente con la fe del misionero, y no tienen siquiera la esperanza de una gloria futura.



BUENOS AIRES. FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS

No cabe comparar en la actualidad el poder del jefe de la nación y el del jefe de las escuelas. Sin embargo, mirando al porvenir, aparecen igualados, y ¡quién sabe si el presidente de los niños no es más poderoso que el presidente de los hombres! . . .

Los personajes que se suceden en la presidencia del Consejo Nacional, son los grandes artífices del futuro. La nación será como ellos la moldeen, pues en sus manos se halla, cual dócil materia, la generación directora del porvenir.

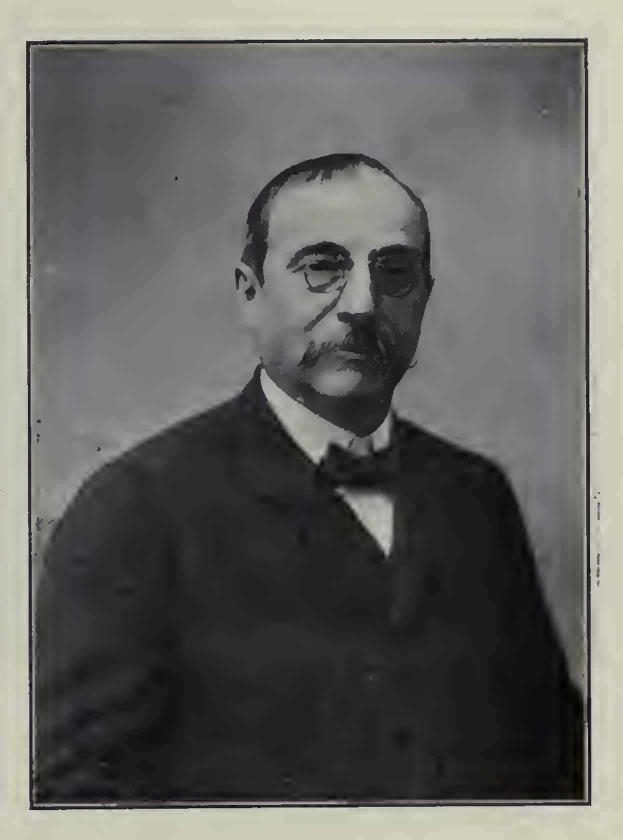
Ocupa este puesto actualmente un escritor ilustre, Don José María Ramos Mejía, el historiador de *Rosas y su tiempo,* el autor de *Las Multitudes Argentinas, La locura en la Historia*, *Los simuladores del talento* y otras obras de mérito. Este profesor de la Universidad de Buenos Aires, que ha llevado á los trabajos históricos sus grandes conocimientos en las ciencias médicas, actuó poco en la política militante, á pesar de haber hecho de ella el objeto de sus estudios. Fué diputado, y como muchos escritores, se retiró de la política por no poder



SALIENDO DE LA ESCUELA

adaptarse al ambiente raquítico y estrecho en que ésta se desarrolla, prefiriendo un alejamiento tranquilo.

En su soledad de pensador y su abnegación de educacionista, ha prestado á la Argentina mayores servicios que muchos prohombres que pasaron por el Gobierno. Ha hecho patria, reanimando el alma nacional, levantándola como un baluarte ante la invasión del cosmopolitismo, tan temible en un país de grandes inmigraciones.



DON JOSÉ M. RAMOS MEJÍA, PRESIDENTE DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Ramos Mejía es hijo de un ilustre unitario, que acompañó al general Lavalle en su campaña del Sud contra Rosas. Su familia, de las más linajudas de Buenos Aires, lo educó en un ambiente patriarcal, caballeresco, «á la antigua española», en el que se rendía culto á las virtudes de los antepasados. Al hacerse médico en 1879, ya sus campañas como periodista, en unión con otros jóvenes notables, habían hecho modificar los planes de estudios de la Facultad de Medicina, con arreglo á los últimos adelantos de la ciencia, seleccionando su personal docente. También en esta época de estudiante publicó el primer volumen de su obra *Neurosis célebres*, libro de gran originalidad, que inició los estudios médico-psicológicos aplicados á la Historia, mucho antes de que se pensara en esto en Europa ni en América. Sólo el libro de Moreau de Tours, *Psicología mórbida*, había apuntado esta aplicación de la Medicina á la filosofía histórica, pero débilmente, sin la amplitud con que lo hizo Ramos Mejía. Luego de sus *Neurosis célebres* se han publicado en todo el mundo centenares de estudios médico-históricos, á los que parece haber servido de modelo la obra del ilustre doctor argentino.

En las revoluciones armadas, que agitaban entonces al país, prestó Ramos Mejía generosos servicios como médico, dirigiendo los hospitales de sangre. Luego, al ser director general de la Asistencia pública, combatió tan acertadamente en 1883 la epidemia colérica, que el municipio de Buenos Aires hizo una demostración en su honor, presidida por Pellegrini y el general Roca. Nacionalizó la asistencia sanitaria, extendiéndola por toda la República, y creó los inspectores médicos viajeros, institución que han copiado los Gobiernos de Francia é Italia, como la más adecuada á las necesidades de la sanidad marítima. Muchas iniciativas y reformas llevó á cabo como médico; escribió otras obras, además de las ya citadas; pero el período más glorioso de su vida es el último; empieza en 1908, al ser nombrado presidente del Consejo Nacional de Educación.

Yo, que abomino de las exageraciones del entusiasmo patriótico cuando son inmotivadas y por el puro gusto de hacer sentir una superioridad molesta á los demás pueblos, admiro la obra de Ramos Mejía infiltrando en la escuela un amor á la Argentina que casi reviste los caracteres de un culto.

Ramos Mejía ha demostrado en esto su visión justa de observador y las previsiones de un

sincero patriota, ganoso de evitar á la República el mayor de los peligros. La heterogeneidad de la población, que va cubriendo el suelo argentino; la afluencia del elemento extranjero, que trae con él sus idiomas, costumbres é ideales, y el chorreo continuo de razas, quebrantaban la unidad nacional, amenazando seriamente el porvenir de la patria, borrando sus tradiciones y desfigurando el habla española.

BUENOS AIRES. LA MORGUE (FACULTAD DE MEDICINA)

Los inmigrantes han hecho crecer y prosperar á la República; pero de no tomarse ciertas precauciones hubieran acabado por matarla como nación. Además, los fáciles negocios y la abundante riqueza entronizaban un bajo materialismo, como única regla de vida. «Ganar dinero» era la enseñanza que se daba á los hijos. Había que elevar los ojos de la niñez; hacer un poco de idealismo; levantar las almas con el impulso de nobles y desinteresadas aspiraciones.

Ramos Mejía, pensador y artista, con un apasionamiento digno de la grandeza de su obra, ha reformado la escuela argentina implantando la educación patriótica con el culto á los héroes nacionales, y decretando fiestas que dejan profunda huella en la imaginación de los niños. Una oficina de Ilustraciones y Decorado Escolar, funcionando á las órdenes del Consejo Nacional, llena las escuelas de retratos de los grandes hombres de la República y de la humanidad, así como de reproducciones de las obras de arte más notables de todos los pueblos.

El amor á la patria no se impone por decretos; se infunde desde la escuela. Ramos Mejía ha sido á modo de un general victorioso en plena paz. El ejército está tranquilo en sus cuarteles; el orden mantiene á la nación en próspero desarrollo; nada amenaza la paz pública, y, sin embargo, cada día que transcurre la Argentina gana una batalla. La escuela derrota al extranjerismo; la bandera de la nacionalidad y del idioma pasa triunfante por entre las legiones que desembarcan en sus riberas; y los prisioneros de esta victoria diaria son los niños, que la nación se lleva en sus brazos amorosos para depositarlos en la escuela; niños que fueron engendrados por hombres de lejano nacimiento y extraña lengua, y que la educación convierte en ciudadanos de la República.

El presidente del Consejo Nacional no cuida únicamente de la instrucción infantil; se preocupa, como médico, del mejoramiento físico, creando escuelas especiales para alumnos débiles, en las que se atiende á la alimentación é higiene de los hijos de los pobres, que constituyen la mayoría de la masa escolar, y son el núcleo del pueblo futuro. Estas escuelas, las primeras en su género de la América del Sud, funcionan en la República con importantes resultados.

La suerte económica de los maestros ha mejorado también. Muchos de ellos sufrían la esclavitud de la usura, á causa de los préstamos que solicitaban en determinadas circunstancias. El presidente ha fundado la «Asociación Pro-maestros de Escuela», institución bancaria que funciona en el propio edificio del Consejo, bajo el patrocinio de éste, y proporciona á los modestos profesores facilidades para la vida, de que antes carecían. También Ramos Mejía ha querido glorificar al maestro por sus trabajos. La nación adorna sus más importantes ciudades con monumentos de caudillos ilustres, oradores y poetas. El pobre maestro, servidor desinteresado de la patria, no alcanza apoteosis alguna, á pesar de haber contribuído como nadie á la consolidación y progreso de la República. Por iniciativa del presidente del Consejo de Educación va á elevarse en Buenos Aires un monumento en honor del maestro de escuela (munumento tal vez único en el mundo), que será obra del escultor Benlliure.

Recientemente ha organizado Ramos Mejía la fiesta anual de la bandera el 9 de Julio, fiesta conmovedora que se repite desde Buenos Aires hasta los últimos confines de la tierra argentina. El mismo día que los conscriptos del ejército juran fidelidad al pabellón azul y blanco, la juventud de las escuelas presta un juramento igual en presencia de sus maestros, entre flores y gallardetes, al son de músicas que acompañan el Himno de la patria, entonado por miles de voces. Sólo en Buenos Aires tomaron parte en esta fiesta el pasado año 40.000 niños. Sea cual fuere la nacionalidad de sus padres, ningún pequeñuelo olvida un acto que le une para siempre con vínculos de cariño á la República Argentina.

Imponentes palacios de blanca é higiénica construcción sirven de domicilio á las escuelas de las ciudades. El Consejo ha querido agrandar más aún estas edificaciones, y merced á su iniciativa se terminan en la capital 12 grandes escuelas, levantadas de planta, con una capacidad cada una de ellas para 1.000 alumnos. Además, ha decretado la construcción de 85 edificios en Buenos Aires, 150 en las provincias y 55 en los territorios, que se terminarán en breve plazo. ¡Trescientos dos palacios de educación, de diversa importancia y magnitud, levantados en el transcurso de tres años! . . . ¿No merece el título de país de prodigios la nación donde esto ocurre? ¿Quién podrá negar que la Argentina es una tierra de grandezas? . . . En dos años, Ramos Mejía ha fundado *trescientas veinte escuelas*. Esto basta para atestiguar el mérito de su labor y la energía con que pelea contra el analfabetismo.



BUENOS AIRES. ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Médico ilustre, escritor de profunda observación, poderoso evocador del pasado histó-



UNIVERSIDAD DE LA PLATA

rico, todos sus méritos literarios y científicos palidecen junto á sus gestiones como presidente del Consejo Nacional. ¡Haber creado en poco tiempo 320 escuelas con todos los adelantos y comodidades higiénicas de la enseñanza moderna! ¡Haber levantado más de 300 edificios para albergue de la educación! . . . Después de este esfuerzo, bien puede un hombre entregarse al descanso, convencido de haber sido útil á su patria.

VI

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Los progresos intelectuales del país han marchado paralelamente á su gran desarrollo económico. Argentina es un pueblo demasiado joven para que alcance su pensamiento una influencia mundial; pero hombres surgen en ella actualmente que empiezan á llamar la atención de las otras naciones.

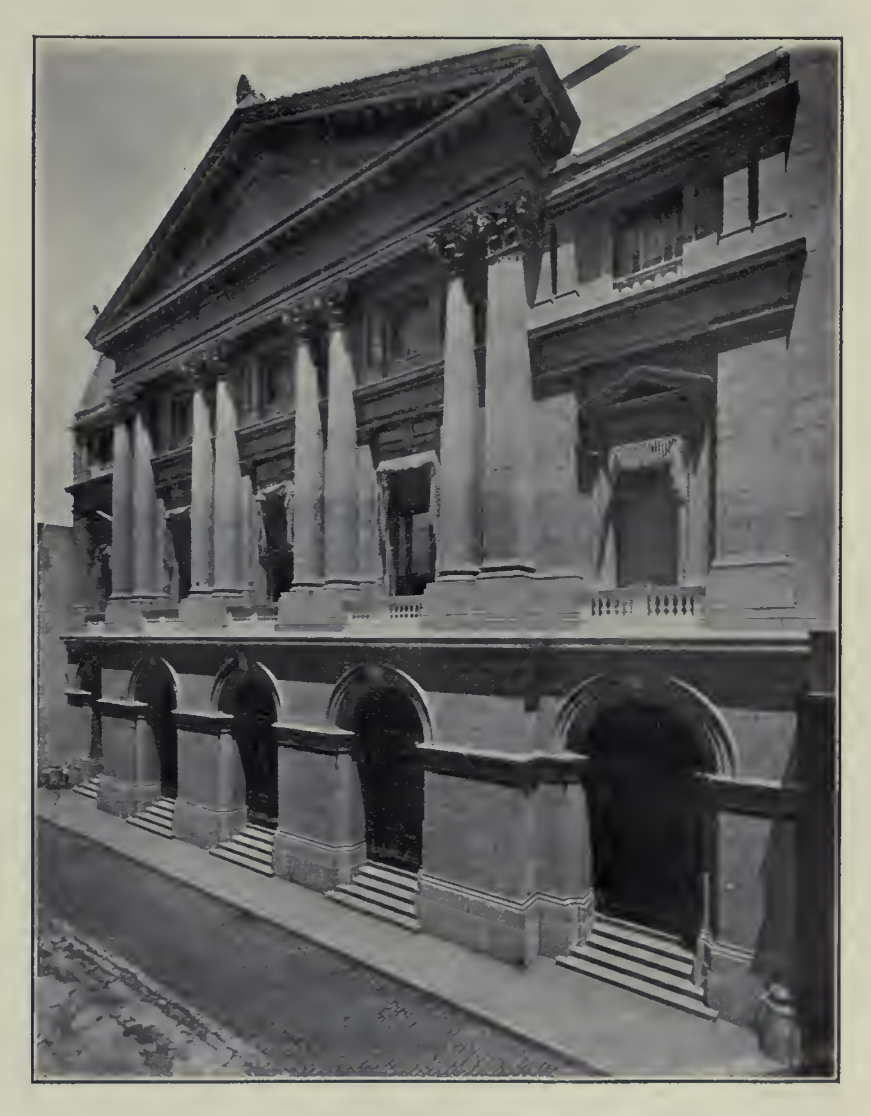
Dentro de su modestia y su aislamiento, la mentalidad argentina no fué inferior, durante la primera mitad del siglo XIX, á la de los pueblos más aventajados de la América del Sud. Hoy el frecuente contacto de la República con el resto del mundo, la gran cultura de sus hijos, la preparación excelente que se recibe en la escuela, el hábito de la lectura, cada vez más extendido, y la influencia de sus periódicos, que popularizan todas las novedades del pensamiento universal, preparan á este pueblo para grandes iniciativas.

El culto de las letras nació espontáneamente en la Argentina, sin necesidad de enseñanzas exteriores. Las ciencias fueron estudiadas desde mediados del siglo anterior, cuando la iniciativa de Urquiza llamó á sabios profesores de Europa para que educasen el país.

Tuvieron las ciencias naturales un gran maestro, el doctor Burmeinster, y fruto de sus enseñanzas fué un núcleo de hombres estudiosos, como Berg, Ameghizo, Moreno, Lorentz, Doering, Valentín, Brackhusch, Aguirre y Holemberg. Este último, sabio naturalista, ha hecho valiosos estudios en Argentina, comunicando á las Sociedades de Europa sus observaciones, que enriquecen la ciencia. El doctor Holemberg es, además, un artista de la pluma, que sabe dar amenidad y colorido á sus relatos.

Las ciencias médicas han adelantado mucho desde la época en que Don Cosme Argerich estableció en Buenos Aires la primera Escuela de Medicina, bajo la protección virreinal. Los cirujanos Lloret y Posadas y los médicos Rawson, Coni, Arata, Alvarez, Penna é Ingegnieros, han ilustrado con sus trabajos el prestigio de la Facultad argentina. El doctor Penna desempeña actualmente con gran competencia la dirección de Salubridad Pública. El doctor Ingegnieros es un escritor notable, del que nos ocuparemos más adelante.

La astronomía, la geografía y la estadística tuvieron igualmente notables cultivadores. Al ocupar Sarmiento la presidencia de la República hizo venir de los Estados Unidos al astrónomo Benjamín Gould, dándole la dirección del Observatorio de Córdoba. Gould escribió una obra monumental: *Historia del cielo de la República Argentina*, con un Atlas explicativo. Esta obra fué la primera de su clase publicada en la América del Sud. La geografía argentina tuvo su primer autor en el sabio francés Martín de Moussy, que, contratado por el general Urquiza, recorrió y estudió la República, escribiendo la *Descripción de la Confederación Argentina*. Después de esta obra de gran mérito, por ser la primera y haber obligado á su autor á emprender penosos viajes, se han publicado otros libros geográficos muy apreciables. Figura á la cabeza de ellos una *Geografía de la República Argentina*, de Don Francisco Latzina, quien dirigió por muchos años las oficinas de Estadística Nacional. Otra *Geografía Argentina*, escrita por los señores Don Car-



BUENOS AIRES. PALACIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

los M. Urien y Don Ezio Colombo, ofrece al extranjero gran facilidad para enterarse de las condiciones físicas del país y las particularidades morales de su carácter y su historia. Es una obra la de Urien y Colombo muy útil para la vulgarización geográfica de la Argentina y abundante en observaciones justas. Otra *Geografía* notable es la de Don Enrique de Vedia, ilustrado rector del Colegio Nacional de Buenos Aires y autor de meritorios estudios sobre la educación. El libro de Vedia, pequeño de volumen, tiene páginas de vibrante estilo, con pensamientos muy originales y atinados.

El geógrafo Latzina creó una generación de discípulos, que han seguido su ejemplo, dedicándose á la ciencia de la estadística. El más notable de todos es Don Alberto Martínez, director actual de las oficinas de este ramo, y de cuyos trabajos hemos hablado varias veces. Don Arturo Carranza ha producido también interesantes resúmenes estadísticos.

CÓRDOBA. MONUMENTO Á VÉLEZ SARSFIELD

* * *

Los estudios forenses han tenido siempre en la Argentina notables tratadistas, destacándose á la cabeza de ellos Don Dalmacio Vélez Sarsfield, autor de numerosos estudios de derecho civil, penal, comercial y canónico. Su obra más notable de jurisconsulto fué la redacción del Código Civil. En los debates parlamentarios se distinguió siempre por su gran erudición en materias legislativas. Don Carlos Tejedos escribió el primer Código Penal, vigente en la República.

Don José Bautista Alberdi, notable periodista y crítico de su época, fué también un autor ilustre de Derecho público americano. Su obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la Confederación Argentina*, sirvió de fundamento á los diputados reunidos en Santa Fe para aprobar la Constitución de la República, luego de la caída de Rosas. Alberdi, tan discutido por el apasionamiento político, figurará siempre en un puesto honorable como autor de la Constitución Argentina.

En los tiempos actuales, Don Luis M. Drago, notable tratadista de derecho internacional,



DON ENRIQUE DE VEDIA

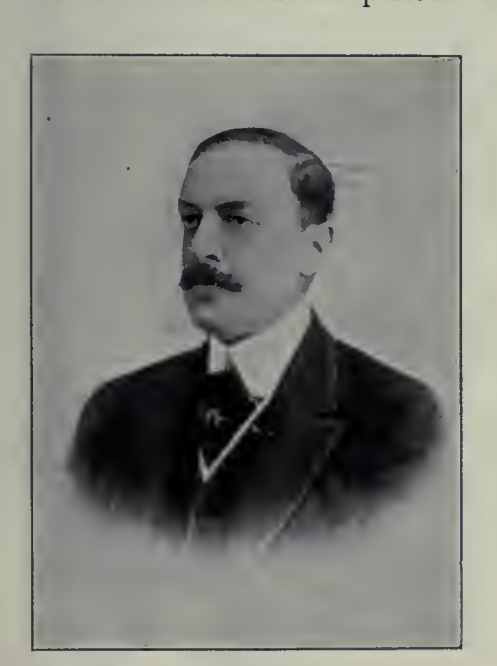
ha llamado sobre su país la atención del mundo entero con la famosa doctrina que lleva su nombre. Este ministro de la segunda presidencia de Roca, proclamó en 1902 que las potencias europeas carecían de facultad para reclamar por la fuerza el pago de la deuda pública contraída por los países americanos, ó sea lo que se llama «cobro compulsivo» de las deudas. Sosteniendo y propagando esta aspiración generosa, interpretó la «doctrina Drago» los sentimientos del país argentino, siempre dispuesto á amparar á los pueblos débiles de América, poniéndolos á cubierto de los ataques arbitrarios de las naciones fuertes.



EL GENERAL MITRE EN SUS ÚLTIMOS AÑOS

Los estudios históricos han producido obras de mérito indiscutible, algunas de ellas muy leídas en Europa. Don Vicente Fidel López, autor de una *Historia de la Revolución Argentina*, escrita con gran amenidad y brillante estilo es, en cierto modo, el maestro de todos los que han trabajado después en esta materia. El general Don José María Paz, primer escritor militar de la Argentina y su táctico más eminente, dejó al morir unas *Memorias* muy apreciadas por la descripción que hace de su época y de los personajes que figuraron en ella. Otro historiógrafo notable fué Don José Manuel Estrada, autor de numerosos trabajos.

Pero de todos los historiadores argentinos, el más conocido en Europa es el general Don Bartolomé Mitre. La personalidad de Mitre, escritor y soldado, poeta y diplomático, presidente de República y tranquilo cultivador de las letras, resume las ilusiones é ideas de todo un período de trabajo febril. En cuarenta años de historia es imposible caminar por las avenidas de la actividad nacional sin encontrarse con este hombre, ilustre y múltiple, que lo fué todo, y abarcó en su trabajo todas las modalidades de la acción y el pensamiento. No hubo un hueco en el encasillado de la gloria argentina que no lo ocupase con su nombre. Fué poeta, tratadista militar, contribuyó poderosamente al desarrollo de la prensa, acometió la difícil empresa de transcribir en verso castellano el poema de Dante; pero de sus múltiples actividades literarias, la de historiógrafo es la que más lustre ha dado á su nombre. En Europa, su *Historia de Belgrano* y su *Historia de San Martín* son populares, y se consultan con frecuencia. El defecto capital de estas dos obras reside en la mo-



DON LUIS M. DRAGO


VESTÍBULO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

destia de su título. Más que extensas biografías de héroes, son brillantes síntesis de una época agitada y gloriosa. En ellas se describe no sólo á la Argentina, sino á las naciones limítrofes y aun á la misma España. Mitre estudió en los documentos originales, desembrollando misterios del pasado, que resultaban incomprensibles. En justicia, las Historias de Belgrano y de San Martín debieran llevar un título más amplio, en armonía con lo mucho que contienen. Estas dos biografías equivalen á la historia general y completa de la revolución de la América del Sud

En los tiempos actuales cuenta la literatura argentina con valiosos historiadores, de un carácter moderno. La terrible época de Rosas y los monótonos tiempos coloniales sirvieron de tema á sus trabajos. Don José M. Ramos Mejía ha aplicado la Medicina á la Historia, explicando de este modo una época de revueltas en *Las multitudes argentinas* y en *Rosas y su tiempo*.

Don Adolfo Saldías es autor de una *Historia de la Confederación Argentina (Rosas y su época)*, en la que justifica, en parte, la actuación sombría del famoso dictador. Otros estudios históricos y de crítica literaria lleva producidos el Dr. Saldías, escritor ameno y original; entre ellos un libro sobre el *Quijote*, que examina la transcendencia de la obra de Cervantes desde un punto de vista completamente nuevo. Pelliza, Bilbao y Quesada, trataron igualmente de aquel período tormentoso de la historia patria.

Don Lucas Ayarragaray ha escrito *La anarquía argentina y el caudillismo*, obra de crítica, que escudriña á una nueva luz la citada época de desórdenes y opresiones. Es un interesante estudio social, de


ESCALERA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



MARINA ARGENTINA - EJERCICIOS DE CAÑÓN



SALÓN DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

la intervención política del negro, el mulato y el indio en el desarrollo del pueblo argentino, dando origen al caudillismo y la anarquía, y de la ética de las razas inferiores. Las ideas que expone Ayarragaray, aunque parezcan discutibles para algunos, ofrecen en conjunto el mérito inapreciable de la originalidad.

Otro historiador social que sabe infundir á sus obras el interés pintoresco y descriptivo de una novela moderna, es Don Juan Agustín García, joven catedrático de la Facultad de Derecho. *La ciudad indiana*, el mejor de sus libros, contiene un estudio de la vida de Buenos Aires, desde su fundación hasta mediados del siglo XVIII. En él pinta la existencia de los campesinos y los urbanos, la ciudad colonial y sus cercanías, los negocios, la familia, el comercio, la administración y la iglesia. Todas las afirmaciones están basadas en una documentación abundante y fiel: la habilidad del autor ameniza, con amable ligereza, las materias menos atractivas. Hay que tener en cuenta que Juan Agustín García, además de historiador y catedrático de Derecho es novelista, y merece figurar en su país entre los mejores cultivadores de este género literario. *Memorias de un sacristán* y *Chepa Leona*, descripciones de la vida colonial reposada y monótona, ofrecen el encanto delicadamente triste de ciertos cuadros, en los que se ven las madejas verdes de los sauces desmayándose sobre lagos dormidos, sin que un soplo de viento agite el follaje y haga ondular las aguas.

El estudio histórico aplicado á la propaganda política tuvo su más brillante representación



PÓRTICO DEL MUSEO DE LA PLATA

en el *Facundo* de Sarmiento. Durante las agitaciones de la época anárquica y la tiranía de Rosas, fueron muchos los libros de este género que se publicaron. Algunos de ellos, al perder la actualidad, quedaron desnudos de interés. Existe otro *Facundo*, contemporáneo, del que es autor Don David Peña, notable trabajo histórico sobre el llamado «Tigre de los Llanos», de menos brillantez artística que el de Sarmiento, pero más sereno y certero en sus juicios. Recientemente, Don Julio Victorica ha dado al público un libro de historia política, *Urquiza y Mitre*, en el que estudia los hechos que precedieron á la organización de la República.

* * *

El cultivo de las bellas letras fué la primera manifestación intelectual de la Argentina. Antes de que ésta viviese independiente, existió una literatura colonial, pobre y aislada como todas las actividades públicas de entonces, pero cuyas obras sirven hoy de consulta á los que sondean el pasado.

Con los conquistadores abordaron á la tierra del Plata clérigos é hidalgos, que traían de la Península ciertas aficiones literarias ó, influenciados por el nuevo ambiente, sintieron la necesidad de confiar sus impresiones al papel. Esta literatura colonial no produjo en la Argentina una obra maestra, ni siquiera apreciable. Alonso de Ercilla estaba al otro lado de los Andes.



MUSEO DE LA PLATA

Lo que escribieron los primeros autores de la época colonial tiene un valor más histórico que literario. Las crónicas de Ulrico Schmidel, los *Comentarios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y las relaciones de Ruy Díaz de Guzmán son los mejores trabajos de la época de la conquista. El clérigo extremeño Don Martín del Barco de Centenera, cronista de la expedición de Ortiz de Zárate, escribió *La Argentina*, poema defectuoso, sin otros méritos que el de proporcionar datos á los estudios modernos y haber dado por primera vez á los territorios del Plata el nombre que actualmente sirve de título á la República. El madrileño Bernardo de la Vega produjo, en el llamado «reino de Tucumán» (1591), una novela, *El pastor de Iberia*. También se dió á conocer en esta época un poeta andaluz, de nombre Luis Pardo.



PALACIO DE «LA PRENSA» EN LA AVENIDA DE MAYO Y MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES

Los religiosos ocuparon sus ocios escribiendo historia religiosa y civil del país, y así salieron á luz las obras de los Padres Techo, Jarque, Lozano y Guevara. El jesuíta Peramás compuso un poema, *La religión en el Nuevo Mundo*, y su compañero de Orden, el padre Gervasoni, varias crónicas sobre hechos y costumbres de la tierra. Los ilustres marinos españoles Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, publicaron una obra valiosa, reseñando sus estudios y descubrimientos en la América del Sud.

Durante el gobierno del virrey Vertiz (siglo XVIII), se inauguró en Buenos Aires el teatro ó «Casa de comedias» y funcionó la primera imprenta. Esta innovación, establecida para los documentos oficiales, sirvió pronto de ayuda á las nacientes aficiones literarias. Don Manuel Belgrano, futuro héroe de la Independencia, publicó en 1796 una traducción de una obra francesa de Economía Política. El presbítero Fernández Agüero dió también á la imprenta varias poesías. Se fundó en 1801 el primer periódico, *El Telégrafo*, y en sus columnas aparecieron escritos de Labardén, Azcuénaga, Casa Mayor, Portillo, Medrano y Prego de Oliver, autor este último de varias poesías patrióticas, ensalzando la gran victoria de Buenos Aires sobre los ingleses en 1806 y 1807. Don Vicente López Planes, futuro creador del Himno Nacional, alcanzó entonces gran popularidad con su canto *El triunfo argentino*, primera manifestación de la poesía patriótica y revolucionaria, pues en él se exaltaba el heroismo del pueblo porteño, sin citar á la metrópoli. El presbítero Rivarola compuso un *Romance histórico* y un



BUENOS AIRES. TEATRO DE LA ÓPERA

himno á las hazañas de Buenos Aires en la guerra con los ingleses, y Don Gabriel Ocampo escribió igualmente sobre este suceso.

De todos los literatos que á principios del siglo XIX iniciaron el desarrollo intelectual de la Argentina independiente, el más notable fué Don Manuel José de Labardén, autor de la tragedia *Siripo*, de la que ya hablamos, y de la oda *¡Al Paraná!* Esta última, de un énfasis clásico, conforme á los gustos de la época, produjo verdadero asombro al publicarse, por el color local de sus descripciones.

El período revolucionario con sus entusiasmos, inquietudes y victorias, forzosamente había de producir numerosos poetas que reflejasen los sentimientos de la multitud. Juan Crisóstomo Lafinur, el fraile José Cayetano Rodríguez, Juan Ramón Rojas y Esteban Luca, cantaron en versos entusiastas ó melancólicos los triunfos de San Martín pasando los Andes, la muerte de Belgrano y otros sucesos de esta época tan agitada.

Los hermanos Varela llenan con su fama literaria un período de la historia argentina. El mayor, Juan de la Cruz, figuró como el primero de su generación. Semejante á todos los escritores de aquel tiempo, cultivó á la vez distintos géneros literarios; fué periodista de combate y se mezcló en la política. Sus tragedias *Dido* y *Argia* entusiasmaron á los públicos de entonces. Era clásico en sus gustos, y seguía las huellas del poeta Quintana; pero esto no le impidió admirar los cantos de Echevarría, imitaciones del romanticismo francés. Su indignación de liberal estalló en líricas invectivas contra el despotismo de Rosas. Por esto tuvo que refugiarse en Montevideo, donde murió en 1839.

Su hermano, Florencio Varela, mucho más joven, colaboró con él en diversos trabajos, imitando su estilo literario y sus ideas políticas. Escribió varias odas sobre acontecimientos del país, y cantó *A la libertad de Grecia,* influenciado por el heroismo de lord Byron. Florencio Varela, como todos los escritores de su época, sólo se dedicó á la verdadera literatura en horas de descanso. Su pluma fué un arma de combate. Escribió opúsculos violentos contra Rosas, y éste lo mandó asesinar en 1848, dentro de la ciudad de Montevideo, donde se había refugiado. Su muerte tuvo más resonancia que sus obras.

La influencia universal de la escuela romántica modificó las orientaciones de la literatura platense. Surgió Esteban Echevarría, autor de más estudio que inspiración, poeta y socialista, que al mismo tiempo que compuso versos se dedicó á la historia, las ciencias exactas, la química y la economía política. Otros escritores contemporáneos suyos fueron más inspirados, pero tan fecundo como él, ninguno. De sus poemas, *La Cautiva* obtuvo mayor popularidad

por su tema puramente nacional: la lucha de los blancos y los indios en la pampa. *Avellaneda*, otra de sus obras, es un canto de tristeza á la memoria del heroico Don Marco, degollado por orden de Rosas, y una descripción de la hermosa naturaleza de Tucumán. Las más de sus obras poéticas ofrecen el defecto de una extraordinaria longitud. Además, aparecen muy desiguales, pues como dice uno de los críticos de Echevarría, «el oro de buena ley va revuelto en ellas con materias humildes». De sus obras en prosa, la más notable fué *El dogma socialista de la asociación de Mayo.*

José Mármol, contemporáneo de Echevarría, intervino como éste en las luchas políticas. El despotismo de Rosas no dejó en paz á los poetas de su tiempo. La inspiración de muchos de ellos tomaba el color y los espumarajos de la bilis. El proscripto Mármol recuerda al Víctor Hugo de los *Castigos*, lanzando á Napoleón III invectiva sobre invectiva. Este poeta argentino, que produjo hermosos y plácidos cantos inspirados en la naturaleza, tronó como un profeta contra el déspota de Buenos Aires, deseándole las mayores desgracias:

Ni el polvo de tus huesos la América tendrá.

El poema *El peregrino* figura como la mejor de sus obras poéticas. Mármol escribió también en prosa, y su novela *Amalia* fué muy leída en aquellos tiempos. Hace en ella una pintura literaria de la época de Rosas, y algunos de sus episodios están basados en hechos reales. Inte-



BUENOS AIRES. SALÓN DE DESCANSO DEL TEATRO DE LA ÓPERA



BUENOS AIRES. UNA SECCIÓN DE LA AVENIDA DE MAYO

resa por lo dramático y extraordinario de sus escenas, verosímiles en aquel período de crueldades, pero está escrita con mucha flojedad y descuido. La prosa de Mármol valía menos que sus poesías.

Carlos Bunge, en un estudio de la literatura argentina, ha dado un título á cada uno de los poetas celebres. Juan Cruz Valera es el poeta clásico, Echevarría el poeta romántico, Mármol el poeta proscripto. Después de éstos vienen Juan María Gutiérrez, el maestro poeta; Juan Chassaing, el poeta soldado; Ricardo Gutiérrez, el poeta cristiano y Andrade el poeta fantástico. Además, figura en esta subdivisión Florencio Balcarce, «el poeta adolescente», hijo del general Balcarce, el vencedor de Suipacha, que murió en edad temprana después de producir interesantes versos.

Gutiérrez, como todos los escritores argentinos de aquella época y muchos de la presente, ejerció al mismo tiempo varias profesiones y cultivó distintos géneros literarios. En esta República no existe todavía el escritor profesional. Los que carecen de otro medio de subsistencia que la pluma ó el estudio tienen que ser á la vez catedráticos y noveladores, poetas y periodistas, olvidándose de su arte para ensartar frases sin entusiasmo sobre la vulgaridad de cualquier suceso político. Fué José María Gutiérrez crítico concienzudo de las obras literarias antiguas y modernas, recopilador de bellezas americanas, tratadista de educación, y sobre todo notable poeta. Complicado con Echevarría en la famosa «Asociación de Mayo» contra el gobierno de Rosas, tuvo que huir á Montevideo como toda la juventud ilustrada de su tiempo. Viajó por Europa y vivió desterrado en Chile y Perú. Vencido el despotismo, pudo volver á la Argentina, trabajando por su cultura hasta una edad muy avanzada. Su inspiración no fué genial, pero el equilibrio de sus notables facultades le acreditó como el escritor tal vez más completo de la época. La educación pública, tan abandonada en tiempo de Rosas, mereció sus afanes, entregándose por completo á su fomento y difusión con el ardor de un apostolado patriótico.

Juan Chassaing, después de batirse en las revueltas civiles, escribió numerosas poesías,

entre ellas la titulada *Á mi bandera*, que le ha dado gran popularidad por recitarla los niños en los colegios.

Ricardo Gutiérrez, «el poeta cristiano», produjo dos poemas, *La fibra salvaje* y *Lázaro*, y un gran número de versos sueltos reunidos en los volúmenes *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*. Su tono místico, de triste dulzura, sólo se alteró al maldecir el despotismo de Rosas, «emplazándolo para el juicio de Dios».

Olegario Andrade es en la literatura argentina el poeta de vuelos más altos y voz más robusta. El interés de Urquiza por la educación del país lo sacó de la oscuridad. Al fundarse el Colegio Histórico, el citado general, que era todavía gobernador de Entre Ríos, ordenó que de cada uno de los departamentos de la provincia se enviasen á dicho centro de enseñanza cuatro alumnos, los más aventajados. En la escuela del pueblo de Gualeguaychú llamaba la atención por su gran precocidad un niño pálido y soñador. Era Andrade, el futuro gran poeta de la República. Vivió de 1841 á 1884 y, como todos los escritores argentinos, cantó la patria con preferencia á otros temas; pero se distinguió de sus precursores en la manera de verla y de sentirla. Andrade era grandioso en sus concepciones. Todo lo contemplaba agigantado. La naturaleza tenía para él resplandores de relámpago y tableteos de trueno. Su voz de poeta grandilocuente se unía á estos espasmos de la tierra.

El fervor patriótico le impulsó á cantar á San Martín, á Lavalle y á otros héroes de la emancipación y la libertad. En algunos momentos fué sencillo y dulce, como en *La vuelta al hogar* y *El consejo maternal*, pero las más de las veces sus inspiraciones necesitaron un ambiente terrorífico y grandioso. Por esto sus mejores obras son *El nido de condores*, *La creación* y *Prometeo*; el famoso *Prometeo* de Andrade, conocido en todos los países de lengua española.

* * *

A pesar del carácter exageradamente positivista de la vida argentina, y su ambiente prosaico de especulación, poco favorable al cultivo de las bellas letras, posee actualmente la República más poetas notables



BUENOS AIRES. UNA ESQUINA DE LA AVENIDA DE MAYO

que muchas naciones de la América del Sud. Existe un grupo de ellos que pudiera titularse tradicional, ó nacionalista, no porque sus ideas y doctrinas tengan un carácter inconmovible y rancio, sino porque en sus obras han procurado librarse de las imitaciones extranjeras, que tanto daño causan á la literatura del país. Estos poetas quieren ser americanos, siguen la tradición nacional, cuidan de la pureza del lenguaje, y si alguna influencia toleran es la de la literatura española, que no puede llamarse extraña, ya que está unida á la argentina por la comunidad del idioma y tantos parentescos de sangre y mentalidad.



UNA CALLE DE BUENOS AIRES

A la cabeza de este grupo figuran Rafael Obligado y Calixto Oyuela.

Obligado, después de Echevarría, es el poeta nacional. Supera á éste en la pureza del idioma y la exactitud de sus descripciones del paisaje sud-americano. Ha cantado la leyenda de Santos Vega, *el payador de larga fama,* leyenda de la que ya hablamos, y ha procurado recoger, como Zorrilla en la Península, las escasas tradiciones de su patria, inmortalizándolas en hermosos versos. La décima castellana, tan usada por Núñez de Arce, es su forma favorita. Esta predilección del creador de Santos Vega se ha difundido mucho, y hoy es la décima el metro amado por todos los cantores populares de la Argentina.

El poeta Calixto Oyuela, que es al mismo tiempo un avisado crítico, ha definido en uno de sus escritos las aspiraciones nacionales de la poesía de Obligado y de la suya. «Recibimos, es cierto (en la Argentina), muy diversos elementos é influencias, y necesitamos de la inmigración para engrandecernos; pero á condición de asimilárnosla y fundirla en nuestra propia nacionalidad. Las naciones, como los individuos, sólo valen y significan algo por su carácter, por su personalidad. Un país sin sello propio es como un escritor sin estilo: no es nadie. El cosmopolitismo no ha engendrado nunca, no engendrará jamás nada fecundo ni en política ni en literatura... Ahora bien; porque nosotros, como nación, desconozcamos estas verdades y borremos aturdidamente nuestro sello nacional, entregándonos á merced de extranjeros vientos, ¿es razonable exigir que procedamos de idéntico modo en literatura?»

Rafael Obligado se rebeló contra la fatal influencia del cosmopolitismo literario, procu-

rando que sus obras tuvieran un carácter netamente americano. La inquietud que sienten los educadores argentinos ante la oleada cosmopolita, útil al país económicamente, pero peligrosa y fatal para su espíritu, la han sentido igualmente Obligado y Oyuela. Así como Ramos Mejía y el Consejo Nacional de Educación procuran combatir este peligro en las escuelas, extremando la educación patriótica, los dos poetas y otros que les siguen han hecho frente al extranjerismo literario, siendo muy americanos en sus producciones artísticas. No es que sientan desprecio por lo que no procede de su patria. Equivaldría esto á una locura en todos los países, y más en la Argentina, que se halla casi en la infancia literaria. Conciben el arte con arreglo á los eternos modelos que han servido de norma á todos los pueblos, pero los interpretan con una modalidad nacional y cuidan de mantener íntegra la herencia del idioma, limpiándolo de inútiles extranjerismos. Especialmente Calixto Oyuela, es un maestro en el arte de bien decir.



CARICATURA ARGENTINA DE RAFAEL OBLIGADO (El caricaturista representa al poeta vestido de gaucho payador, como Santos Vega).

Rafael Obligado en sus leyendas *Santos Vega*, *La Salamanca* y *La mula ánima*, aparece como un hijo legítimo de la familia ilustre en la que figuraron Espronceda, Zorrilla y Núñez de Arce. Se aparta algo de éstos, porque sus aspiraciones y entusiasmos de ciudadano de una República progresiva resurgen en medio de los relatos tradicionales. Canta el pasado, pero de pronto siente la comezón de hablar de la patria y sus progresos. En mitad de la leyenda de Santos Vega, solemne como la pampa inmensa, vagorosa como los estremecimientos de una guitarra abandonada en la noche, aparece el payador, lanzando un discurso patriótico, una especie de proclama política, como las que debieron recitarse en los primeros tiempos de la revolución. French y Berutti son interesantes desde el punto de vista histórico, pero nada tienen de poéticos. En *La Salamanca*, este carácter moderno del poeta se revela en forma más original. Un muchacho de poncho y «calzoncillo cribado» penetra en el antro del diablo, «la Salamanca» de las brujerías, para venderle su alma; y cuando va á sellar el pacto con un sacrilegio, un estallido formidable disuelve esta escena de la Edad Media. La dinamita de los constructores de un ferrocarril ha echado abajo la montaña.



BUENOS AIRES. JARDÍN BOTÁNICO

Calixto Oyuela es el otro maestro de esta agrupación, que puede titularse «patriótica», en el sentido más ar-

tístico de la palabra. Su mérito de prosista iguala al de versificador. En España se le aprecia como uno de los americanos que mejor escribe en castellano. Su libro *Nuevos cantos* revela en todas sus páginas una serena y elevada inspiración. El impecable casticismo de su lenguaje le coloca tal vez á la cabeza de todos los hablistas argentinos.

* * *

Una habitación pequeña y clara. A través de los visillos del balcón se ven los árboles de la calle, y llega ensordecido el piar de los pájaros, que saltan entre las hojas. Una camita baja y limpia, cubierta de papeles y libros, y en ella un hombre, un anciano, apoyando sobre las almohadas su cabeza leonina de plata, y su busto con rojo jubón garibaldino. Las manos, resguardadas con mitones, huronean bajo la capa de papeles impresos; buscan, con una avidez infantil, el cigarro olvidado. La frente aparece orlada de cabellos blancos. La cara, de una palidez de hostia, fruncida por los años y perforada por dos ojos que guardan el brillo de las últimas ilusiones, recuerda la de los Santos Padres de la literatura llegados á beatífica longevidad: ofrece cierta semejanza con la cabeza de marino retirado del octogenario Víctor Hugo, ó la vejez felina de Tolstoi, Ibsen y Björnson.

De las paredes de la habitación penden varios cuadros, representando episodios de la Independencia y de la guerra del Paraguay; tarjetones y diplomas, con un mismo nombre, entre caligráfeos gloriosos, y algunos retratos del general Guido, héroe de la revolución patriótica.

El anciano, que está en la cama desde hace muchos años, vivo en la cima y muerto en la base, con la cabeza en continuo chisporreo de asonancias, como si fuese una colmena de rimas,



BUENOS AIRES. NIÑAS JUGANDO EN EL PASEO DE LA RECOLETA



EL POETA GUIDO SPANO

y las extremidades congeladas por el frío de la parálisis, es un poeta, el más popular de los poetas argentinos: Carlos Guido Spano. En él la persona resulta tan interesante como la obra. Mezcla de bondad patriarcal, sonriente malicia y altivo desprecio de los bienes terrenales, este viejo artista es el ciudadano más extraordinario de la Argentina. Después de los ochenta años, guarda las ilusiones y las credulidades de la primera juventud. ¡La poesía! ¡Siempre la poesía, señora del mundo! . . . Entre escribir un soneto magnífico ó ser presidente de la República, para él no hay lugar á dudas.

Sonriendo á la vida y mirando siempre á lo más alto entró en la vejez, sin enterarse de que era hijo de un país próspero, donde resulta fácil á muchos amasar cuantiosas fortunas. Sus compañeros de juventud fueron abandonándolo para ser políticos influyentes ó grandes capitalistas. Él siguió adelante, como un trovero medioeval, satisfecho de existir, siempre que encontrase en su camino quien le pidiera versos. ¡Ah, iluso sublime; noble ignorante de las realidades de la vida; bohemio pertinaz, por encima de la vejez y la parálisis! Guido Spano ha atravesado su existencia lo mismo que la cigarra vive en el campo, en medio de hormigas laboriosas y sin imaginación. Ha cantado mientras los demás llenaban sus graneros. Esto en Europa se ha visto algunas veces y no es extraordinario. . . ¡Pero en la Argentina! ¡Marchar de un modo tan insolente contra las opiniones y las costumbres de un país!. . .

Un día los gobernantes, deseosos de protegerle, lo colocaron al frente de una oficina encargada de fomentar la agricultura y la ganadería. El poeta tomó posesión del cargo, con su amplio fieltro y sus hermosas melenas, todavía negras. Aguardábale el personal trémulo de emoción, al pensar que iba á ser dirigido por un hombre célebre; pero éste lo tranquilizó con bondadosas palabras. Había que realizar grandes reformas. Un hombre como él no podía hacerse cargo de un servicio público sin imprimirle la garra de su personalidad. Y encarándose con los oficiales y escribientes, les expuso su programa directivo. Podían irse á sus casas ó á tomar el sol. Lo más importante en la vida es vivirla agradablemente. Con que dieran una



BUENOS AIRES. VESTÍBULO DE LA CASA DE GOBIERNO

vuelta por el despacho cada quince días, era bastante. El país seguiría prosperando y adelantando sin enterarse de su ausencia. Á los porteros les habló con más severidad. Orden de presentarse para hacer la limpieza del local... todas las semanas. Y el poeta, después de este arreglo administrativo, volvió algunas veces á la oficina desierta, atraído por el fresco silencio conventual, en el que componía sus versos. Cuando llegaban consultas de las provincias, encargábase el director de despacharlas, sin molestia de sus empleados. Me imagino las respuestas á los agricultores deseosos de una buena plantación para sus tierras:

— Cultive usted rosas. Es cosecha abundante y alegra la vista y el olfato.

Por su gusto, todas las ganaderías habrían sido de esbeltas gacelas, y antílopes tímidos, con el hocico húmedo y los ojos tiernos, y todos los campos se hubieran cubierto de frondosas arboledas, para que no quedasen sin abrigo los pájaros, los amados pájaros del poeta, que lloraban en versos melancólicos la muerte del Paraguay.

¡Niño grande y armonioso de cabellos blancos! . . . La bondad, la santa bondad de los artistas, convencidos de que el amor y la tolerancia son las más nobles virtudes, inspira todos sus actos. Al viajar por las provincias argentinas, he tropezado con docenas de señoritas anémicas y mancebos tristones, glorias esplendorosas de sus respectivas municipalidades. Eran poetas, que insertaban sus versos en el diario del distrito.

— No crea mi amigo que son cualquiera cosa — me decían sus admiradores —. Tienen amistad con Don Carlos Guido Spano, el que vive en Buenos Aires. . . Se cartean con él.

Y en fuerza de oir tiradas de versos malos y leer epístolas del gran poeta, me convencí de que éste era la personificación de la bondad; una bondad que no puede moverse por ser paralítica, pero que desde su lecho reparte generosamente alegrías y esperanzas á todos los que en la Argentina ponen en yunta dos consonantes. Cuando lo vi en su casa, tenía junto al lecho á un poeta de provincias, joven cabelludo y subido de color, semejante á un nazareno de



BUENOS AIRES. ESCALERA DE LA PRESIDENCIA EN LA CASA DE GOBIERNO

cobre. Sobre la cama había dos mamotretos, dos paquetes enormes de pliegos escritos: algo así como el original de dos novelas voluminosas.

— Son cartas de este joven — dijo Guido Spano—. Es tan bueno, que me distrae en mi enfermedad, enviándome sus versos y sus confidencias.

Y la cara aniñada del glorioso viejo contraíase con una sonrisa dulce, no exenta de malicia. ¡Cuesta tan poco dar satisfacción y alegría á la vanidad de los hombres . . . !

Algunas veces, cuando el poeta está solo y oye los gritos y correteos de los niños de la



BUENOS AIRES. EL JARDÍN BOTÁNICO

calle, ordena á su criada que abra la puerta, y la chiquillería se empuja en la escalera para llegar más pronto á la cama de Don Carlos. Les habla de cosas bellas, ríe de sus confidencias, les recita versos, los obsequia con dulces, é incorporándose en las almohadas, busca una flauta que procede de los tiempos de su juventud. Una sonata romántica puebla entonces de bellos recuerdos su dormitorio de paralítico. Siempre que oyen el instrumento, los chiquillos suben sin que los llamen. Don Carlos está de buen humor; y los pájaros infantiles del arroyo remontan el vuelo para hacerle compañía, escuchando la vocecita bondadosa, que repite historias y consejos.

Su inspiración se halla pronta para todos. Hay que sembrar poesía, incansablemente, en una nación materializada por la prosperidad. Le piden versos de las escuelas, de los cuarteles, hasta de los presidios, y él los derrama pródigamente, como un nabab abrumado de riquezas,



UNA QUINTA EN LOS ALREDEDORES DE BUENOS AIRES

que arroja á su paso diamantes y piezas de oro. Los granujillas recluídos en la cárcel conmoviéronse en cierta ocasión con la lectura de unos versos de Guido Spano á la infancia abandonada, á la niñez sin madre que cae en el delito, víctima del olvido social. Quisieron manifestar su agradecimiento al poeta. ¿Qué le regalarían. . . ? Y faltos de un presente mejor, le enviaron un pan de la cárcel, que era toda su fortuna.

Gentes de diversas clases se dirigen con sus peticiones al poeta, sabiendo que es incapaz de silencio ó de orgullo. Un gaucho, cantor de la pampa, le escribió en burdos caracteres y enrevesado estilo. Quería unos versos del cantor de la ciudad para grabarlos en su guitarra: como quien dice, un favor entre compañeros. Y Guido Spano añade al recordar esta petición:

— Como no me dijo si quería los versos dedicados á su guitarra, á su persona ó á su prenda querida (porque indudablemente tendrá una prenda), le he hecho tres diferentes, y que ponga en su instrumento los que más le gusten.

Con esta prodigalidad esparce sus obras el viejo artista, exquisito cincelador de la forma, gran músico de la rima, cuyos versos se repiten en toda América. Sus obras, coleccionadas en *Hojas al viento* y otros volúmenes, son de una bella sencillez, de una difícil facilidad, de una gracia serena y radiante. Vino al mundo para componer versos, y no ha querido hacer otra cosa. Para él la única ocupación digna del hombre es la santa poesía. Su vejez ofrece el nimbo de bondadosa gloria que rodeó los últimos instantes de los grandes poetas ancianos. Las muchedumbres argentinas le miran con la misma ternura que sintió el pueblo de Francia por Víctor Hugo, octogenario. Es un insigne poeta y un hombre bueno.

La ancianidad de este bohemio glorioso, que se mantiene relativamente fuerte y siente mejor que los jóvenes la alegría de vivir, resulta de una propaganda perniciosa y casi inmoral. Ha gozado con creces las dulzuras más arriesgadas de la existencia, ha vivido con el apasionamiento de un artista, y en su vejez no se priva de nada que le resulte agradable.



BUENOS AIRES. FUENTE DE LOLA MORA



BUENOS AIRES. LAGO DEL PARQUE 3 DE FEBRERO

Es cierto que sus piernas están muertas; pero el estómago funciona bien, el pecho se dilata como un fuelle nuevo, y el pensamiento sigue su curso normal sin el más leve asomo de desvarío senil.

Me ofrece un cigarro y enciende otro, chupándolo glotonamente con la boca desdentada. Su esposa, más joven que él, con un aire de gran señora que guarda vestigios de su pasada hermosura, está cerca del lecho, cuidando de arreglar las cubiertas siempre que las desordena el poeta con sus nerviosos movimientos.

— A ver, amiga mía, qué nos da usted — dice Don Carlos. — Hay que obsequiar á este caballero. . . Un coctel de ron me parece que no nos sentaría mal.

Y el poeta, sin abandonar su cigarro, bebe á pequeños tragos, con lento sibaritismo, el líquido espumoso, lo mismo que si estuviese en un café de los últimos años del gobierno de Rosas, buscando las rimas de *Las Horas* ó puliendo mentalmente su célebre traducción de la *Oda de Safo á Venus*.

Este anciano alegre, que puebla su inmovilidad con hermosos ensueños, ha hecho poesía real en algunas épocas de su existencia; poesía vivida, con la arrogancia caballeresca de un paladín de romance. Al terminar la guerra del Paraguay, *Madama* Linch, la amiga del dictador Solano López, se refugió en Buenos Aires con los hijos que había tenido de éste, permaneciendo oculta por miedo á la animadversión popular. Cuando pensaba embarcarse para Europa agolpóse la muchedumbre en el muelle. Estaban frescos los recuerdos de una guerra en la que habían perecido miles de argentinos. La voz popular atribuía la responsabilidad de todo á la ambición de la Linch. La cobardía y el egoísmo hicieron el vacío en torno de la indefensa mujer, que temblaba poco antes de dirigirse al puerto. Entonces se presentó un campeón inesperado, el poeta Guido, con su gran chambergo, su cabeza de romántica hermosura y un

buen garrote, por lo que pudiera tronar. No conocía á *Madama*, pero viéndola sola y en peligro, presentábase para acompañarla, galante y fiero, como un hidalgo del teatro de Calderón.

Al llegar al puerto se arremolinó la muchedumbre. El poeta hizo descender del carruaje á la señora y sus pequeñuelos, la dió el brazo y avanzó por entre los grupos.

— Paso, señores — gritaba con énfasis caballeresco. — Paso; que acompaño á una dama y unos niños.

Y la gente, intimidada por la voz del hombre ilustre, le abría paso. Dejó á la señora en una lancha; se quitó el gran fieltro, quedando al descubierto su merovingia cabellera; besó aquella mano femenil como si estuviese en un salón, y luego, mientras se alejaba el bote, arengó á las masas populares, que recobradas de su sorpresa, intentaban caer sobre él.

* * *

El nombre de Leopoldo Lugones es, de toda la juventud literaria argentina, el más conocido en los países que hablan español. Lo mismo en Madrid que en las capitales de muchas Repúblicas americanas, hay poetas noveles que sólo juran por él. Algunos de sus sonetos circulan como las monedas de oro de curso internacional, y vivirán seguramente más tiempo que estas piezas, de lento desgaste y luenga duración.



PATIO DE UN «CONVENTILLO» DE BUENOS AIRES

Este poeta tiene, según los críticos, el defecto de un *francesismo* exagerado; pero yo creo que no hay que curarse tanto de las procedencias literarias de los autores. Lo importante es que posean las condiciones de un verdadero artista; que produzcan belleza y tengan originalidad en sus pensamientos é imágenes.

Siguiendo el procedimiento en moda de comparar las cualidades literarias con las artes plásticas, puede decirse que Lugones es un poeta pictórico más que escultórico. Tiene sonetos que son verdaderos cuadros. En catorce versos condensa un paisaje, una escena, que quedan fijos en la retina para siempre lo mismo que una impresión visual directa. Transcurre el tiempo, y al recordar un solo verso de estas obras resucitan en la imaginación, como visiones reales, la laguna dormida entre cañas la beldad desnuda asombrando á las

fieras, todas las sublimidades plásticas que este poeta cristaliza en un soneto con la maestría de Heredia.

Es un artista del color y las imágenes; sobre todo de las imágenes, originales y muy suyas. Al producirlas en gran cantidad y prodigarlas generosamente, se equivoca algunas veces, como se equivocaba Víctor Hugo, y la imagen, en fuerza de ser original, resulta extravagante. Error es este preferible á la repetición servil de imágenes gastadas y manidas que cayeron en el dominio común. Pero cuando Lugones acierta, cuando la imagen resulta justa, no hay pincelada de maestro que llegue á superarla.



DON LEOPOLDO LUGONES

Este poeta, que puede llamarse masculino, si se le compara con ciertos talentos de la poesía moderna, débiles y afeminados, no vive aparte de las aspiraciones de su época, no adora el pasado y finge un pseudo-catolicismo como los imitadores de Verlaine. Lugones ha sido socialista, hace política, escribe sobre cuestiones pedagógicas y obreras, y tiene en sus versos magníficos atrevimientos contra lo existente. Un hálito de rebeldía infunde á todas sus obras un encanto varonil.

Como la mayoría de los escritores argentinos, Lugones es múltiple en sus manifestaciones literarias. Escribe poesías, estudios pedagógicos y artículos de política. Sueña una parte del día y traduce sus ilusiones en hermosos versos. Las demás horas las emplea escribiendo en *El Diario* sobre lo que piensan los ministros ó lo que han dicho los senadores. ¡Impurezas de la realidad á que se ven condenados los literatos en todo país que no da lo suficiente para vivir de la pluma y obliga á refugiarse en el periodismo!

Lugones cincela admirablemente la prosa. Sus versos le han dado una fama internacional; pero yo, en mi predilección, coloco sobre todas sus obras *El imperio jesuítico*, estudio histórico y geográfico escrito en un lenguaje impecable y abundante en descripciones exactas, sobrias y coloridas, dignas de su talento pictórico-literario. *Las montañas de oro* y *La guerra gaucha*, siendo dos libros bellos, no pueden compararse con sus pinturas de la selva misionera, que despiertan una sensación de verdad, como si el lector contemplase directamente estos espectáculos naturales.

Los que llegan á conocer después, en un viaje, los bosques vírgenes, sienten mayor admiración por la obra del poeta. La realidad les recuerda sus descripciones literarias, como las selvas europeas, rumorosas y venerables, evocan en la imaginación los susurros y estremecimientos de la floresta de Sigfrido cantada por Wagner. Y no se sabe qué preferir, si el modelo que ofrece la naturaleza, monótono y grave, ó la interpretación artística, ligera, alada, luminosa.

Al llegar á Buenos Aires, esperaba yo encontrar á Lugones ocupando una alta posición. Le sabía joven, pero me imaginaba que, á pesar de esto, sus estudios pedagógicos, ya que no su fama de poeta, le habrían proporcionado un buen puesto oficial en un país que tanto atiende á la enseñanza. Le encontré periodista, simple periodista; corrigiendo las pruebas de sus escritos anónimos, y discutiendo con el regente de la imprenta la confección de *El Diario*. Su pluma



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE DECORACIÓN

de oro se ocupa en los bajos menesteres de la política. «Hay que vivir.» El poeta es pobre en este país de ricos, y como buen argentino tiene, además, una familia numerosa á la que atender. Su carácter independiente, ardoroso, de «guerrero de las letras», influye en su labor política, manteniéndolo alejado de los gobernantes.

Es lástima que por apremios económicos de la vida no pueda salirse del periodismo, que tantas inteligencias lleva devoradas. Harto conocida es la frase de Girardin: «El periodismo lleva á todas partes, siempre que se abandone á tiempo». Y es posible que Lugones no encuentre oportunidad de abandonarlo, lo que habrá que deplorar por él y por la Argentina.

Otro poeta de gran mérito es José Palacios, que firma sus versos con el pseudónimo de *Alma Fuerte,* popular en toda la República. Este pseudónimo revela el carácter viril de su poesía. Vive alejado, según cuentan, del trato social, en reflexivo aislamiento, contemplando á distancia las flaquezas y miserias humanas. Algunos de sus cantos tienen una grandeza terrible, que recuerda las maldiciones de los profetas bíblicos.

Ricardo Rojas es el más joven de los poetas contemporáneos. Se dió á conocer con su poema *El triunfo del hombre*, de amplia y vigorosa concepción; pero luego sus glorias han sido de prosista, describiendo en *El país de la selva* los restos de la antigua vida argentina, que aún perduran en el presente. Notable colorista, alcanza á dar sensaciones muy intensas en la pintura literaria de personas y cosas. Su último libro, *La restauración nacionalista*, es la obra de un patriota que se siente alarmado por la influencia del cosmopolitismo, y ansía robustecer la individualidad de su nación.

Los poetas cuéntanse á centenares en la República Argentina. Aun descontando los de escaso mérito, queda en Buenos Aires un numeroso grupo de jóvenes, que poseen un talento real y han producido hermosos versos. Sus nombres llenarían páginas enteras. Esta abundancia de poetas revela las aficiones y facultades literarias del país. Todos en él gustan de los



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE PINTURA RELIGIOSA

versos, ó los respetan como una manifestación patriótica. Pero nadie se acuerda de que los poetas comen lo mismo que los otros mortales, ni cuida de su mantenimiento. Poco más ó menos, igual que ocurre en Europa. Se puede vivir en la República haciendo cualquier cosa; todo menos versos. Y los poetas jóvenes tienen que entregarse á la pedagogía, refugio de todos los hombres de letras que no se sienten armados para los negocios. El que en esta nación que ahora empieza á poblarse intenta vivir de la literatura, es un verdadero héroe.



DON RICARDO ROJAS

* * *

La poesía popular argentina no ha sido obra espontánea y anónima del pueblo, como en otras naciones, sino producto de escritores más ó menos cultos, que hicieron descender sus versos á las últimas clases sociales. Éstas los adoptaron al reconocerse en ellos con su lenguaje, sus costumbres y sus defectos.

Los primeros cantores populares fueron Bartolomé Hidalgo, autor de coloquios gauchescos y graciosos, é Hilario Ascabusi, que narró, en estilo poético, las aventuras dramáticas de los gauchos *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y Paulino Lucero. Luego apareció el *Fausto*, de Estanislao del Campo, obra en la que un campesino, llamado *Don Anastasio el Pollo*, cuenta á su aparcero *Don Laguna* cómo vió al diablo en Buenos Aires durante una representación de *Fausto,* que él toma por realidad. Esta caricatura gauchesca del poema de Goethe, resulta graciosa por el lenguaje y las imágenes que emplean los dos rústicos.

La producción más célebre de la poesía popular fué el *Martín Fierro,* de José Hernández. De las ciudades á los ranchos más lejanos sus versos corrieron de boca en boca y se guardaron en todas las memorias. Es el poema del gaucho pobre, perseguido, arrojado de su vivienda, con la familia en dispersión, que, al fin, se hace *matrero* y pelea y mata, llevando la existencia errante del bandido. Esta obra tiene cierta semejanza con los romances andaluces de ladrones heroicos, que durante tantos años hicieron las delicias de los campesinos de las provincias del Sur de España.

Gentes rudas, de un origen común, entusiasmábanse á un lado y á otro del Atlántico con las hazañas de estos caballeros andantes del trabuco, que parecían consolarlos de su pobreza y servidumbre. Pero *Martín Fierro* tiene sobre los romances españoles bandolerescos y la poesía popular de otros países la indiscutible superioridad de ser un estudio de sociología ingenua, que nos ilustra sobre la vida argentina de los tiempos en que se escribió. El desdichado Martín Fierro se hace bandido por huir de la leva. Quieren convertirlo en solda-



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE DESNUDO



BUENOS AIRES. ESTATUA DE SARMIENTO (Obra de Rodin).

do á la fuerza, para que vaya á luchar por un caudillo en aquellos tiempos de anarquía, y él escapa, siendo su fuga el suceso inicial de todas las desgracias que luego le afligen.

* * *

De las obras en prosa, las primeras que alcanzaron celebridad en Argentina fueron las de Sarmiento. Cuando éste dió al público sus *Viajes por Europa, África y América*, la edición se agotó en dos meses, caso nunca visto hasta entonces. Sarmiento publicó mucho. Hombre de combate y de gran facilidad productora, pasó más de la mitad de su existencia pluma en mano, escribiendo sobre toda clase de materias, en periódicos, folletos, revistas y libros.

Sus admiradores han cometido la ligereza de coleccionar y publicar cuanto escribió, absolutamente todo, hasta su correspondencia privada, sin perdonar cartas insignificantes. Esta minuciosidad en la recolección de las obras del gran artista, más bien le perjudica que le favorece. Cuando se ha producido mucho, forzosamente ha de encontrarse en una labor tan fecunda mucho también de nimio y circunstancial, que pierde todo interés al transcurrir el tiempo. Dejando aparte las obras de educación escritas por Sarmiento, de gran valía pedagógica, sus libros maestros, desde el punto de vista literario, son *Facundo* y *Recuerdos de provincia.*

Este autor, que nunca sintió la tentación de escribir novelas, á pesar de que gustaba ensayarse en diversos géneros literarios, poseía notables condiciones de novelista. Traductor de Walter Scott y lector entusiasta de Fenimore Cooper, se valió para sus estudios históricos y para el relato de la propia vida de procedimientos novelescos. Los paisajes del *Facundo;* la descripción del tenebroso lancero de los llanos, con su ferocidad y sus generosidades inesperadas; la dramática escena del tigre cazador con que empieza el libro, todo ello es trabajo de romance moderno.

El historiador argentino empleó los métodos de descripción y análisis de la novela naturalista, al mismo tiempo que Balzac producía sus mejores obras, y muchos años antes de que tomasen la pluma Flaubert y Zola. ¿Qué son los *Recuerdos de provincia* sino una hermosa novela de observación, que tiene al mismo autor por protagonista, y cuyos personajes, tomados de la

realidad, ofrecen una exactitud y una vida asombrosas? Muchas escenas célebres de la novela moderna no resultan superiores á la descripción de la pobre casa de San Juan, con el patiecillo y la higuera secular, á cuya sombra trabajaba la madre de Sarmiento, para ayuda de la prole; ni á las disputas de familia sobre un viejo cuadro de San Vicente, y las genialidades del cura belicoso que sirve de maestro al futuro grande hombre. Todos estos relatos son Balzac puro. ¡Lástima que Sarmiento, ocupado en la política y entregado á la pedagogía, no produjese una novela! El que tan á fondo conoció el alma del gaucho, por haberla estudiado directamente, ¡qué obra maestra pudo dar á la literatura universal! Le habrían bastado para ello las materias de observación contenidas en los capítulos de *Facundo*, sobre el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, etc. Tal vez Argentina hubiese sorprendido á Europa enviándola, á cambio de las obras de sus autores eminentes, una novela grandiosa, salvaje, genial, compendio de una raza y una historia. Para ser novelista faltábale á Sarmiento la cohesión del relato, la unidad, cuya ausencia se nota en sus mejores obras. ¡Pero quién sabe si tales condiciones las habría adquirido al proponerse escribir una novela! . . . Lo indiscutible en él es la originalidad de su observación, la riqueza y exactitud de sus cuadros descriptivos, el arte con que sabe retratar á un personaje. Los historiadores lo admiten á regañadientes entre ellos, creyéndolo un novelista. Los novelistas no pueden abrirle lugar en sus filas, porque no produjo obras de este género. Quédese el genial argentino buenamente entre sus hermanos Michelet, Quinet, etc., grandes artífices de la realidad, maestros en el arte de contar, que definieron su género predilecto con estas bellas palabras: «La Historia es una resurrección».



DON JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

En la literatura contemporánea de la República, el escritor que más se aproxima á Sarmiento es Joaquín V. González. Este parecido se basa en la identidad de gustos literarios, aunque no de lenguaje, pues el segundo escribe con más corrección que el primero. No hay la menor semejanza entre los dos en punto á facultades productoras. Sarmiento era una especie de cohete suelto, una bomba genial, que convencía por explosión. González es brillante, silencioso y tibio, como una espada puesta al sol, y en su trabajo literario avanza por penetración. Los dos, á pesar de la divergencia de sus caracteres, han sentido la necesidad de describir el mundo que rodeó sus primeros años. Sarmiento inmortalizó la vida monótona de San Juan en sus *Recuerdos de provincia*. González ha esculpido como un artista griego, en *Mis montañas*, la imagen de la pobre y pintoresca Rioja, donde transcurrió su niñez; la altiva cumbre del gigantesco Famatina; los condores que vuelan junto á los picos de los Andes, y que él contempla desde el fondo de un barranco, empequeñecidos por la distancia, insignificantes como los corpúsculos que pasan ante la lente de un telescopio. La prosa de González es lírica. Se encuentran

en algunos de sus libros párrafos que suenan como estrofas. Sus descripciones é imágenes revelan el espíritu de un gran pagano que bebe el alma de la naturaleza en fuerza de admirarla. A *Mis montañas*, su libro más leído, hay que añadir *La tradición nacional*, con sus vibrantes descripciones del alma americana en diversas épocas del pasado. Páginas hay en este volumen que parecen del Michelet de *La Bruja* y *La Biblia de la Humanidad.* En otras campea el espíritu sutil é impasible de Taine. González es silencioso. Cuando sus deberes de senador ó las exigencias de la cátedra no le impulsan á la oratoria, se sumerge en una vida interna de reflexión é ilusiones, y entorna los ojos para aislarse y paladear mejor las delicias de este paraíso intracerebral. Como ha sido ministro varias veces, la prensa de oposición y los caricaturistas tomaron pie de su hábito reflexivo para suponerlo perezoso y con tendencia al sueño. De su antigua vida de periodista, transcurrida en la redacción de *La Prensa*, le queda la costumbre de la labor nocturna. Mientras Buenos Aires duerme, este ilustre perezoso trabaja, y su lámpara sólo se extingue cuando el lívido resplandor del amanecer empaña su brillo y empiezan los primeros ruidos del despertar metropolitano.



BUENOS AIRES. UN PALACETE DE LA AVENIDA ALVEAR

El amor á la educación pública es otra de las circunstancias que le hacen asemejarse á Sarmiento. En el ministerio de Instrucción Pública trabajó González poderosamente en favor de la enseñanza. La Universidad de La Plata, el centro docente de la República más conocido en el mundo, es obra suya. El antiguo periodista, siendo ministro, hizo sus exámenes como un simple estudiante y se doctoró, dedicándose luego á la enseñanza. Es rector perpetuo de la citada Universidad, que sostiene y fomenta con sus iniciativas. Su pluma sólo con largos intervalos traza actualmente alguna descripción de paisaje ó relata una leyenda de las que le dieron renombre en su primera época literaria. Ahora se dedica por entero á la pedagogía, la respetable pedagogía, tan fatal para las bellas letras del país.

Todo escritor argentino figura como catedrático de algo en una Universidad ó Colegio nacional. Esto es, sin duda, porque el hombre de letras no encuentra otro medio lícito de ganarse la subsistencia. Debe alabarse que los escritores intervengan en la enseñanza pública; pero ocurre que al ocupar una cátedra los domina el fervor profesional, y se dejan arrastrar por ese amor intenso que todo argentino siente por la educación. A ello se debe que el que pudo ser un gran novelista, un poeta célebre ó un buen dramaturgo, aplicando sus facultades á un solo género, acabe indefectiblemente por escribir largos estudios sobre los métodos de enseñanza de otras naciones en parangón con los de la Argentina.


DON CARLOS O. BUNGE

Estos trabajos no son inútiles, todo lo contrario: han contribuído en gran parte al floreciente estado de la educación nacional. Pero bien pudieran dejar la tarea docente á otros catedráticos de mérito, que no poseen las facultades creadoras del artista. La enseñanza y la prensa arrebatan á las letras argentinas su mejor gente é impiden la existencia del literato profesional. Los escritores de raza sirven indudablemente á su nación al dedicarse á la tarea educadora; pero no piensan que al mismo tiempo la despojan de una de sus manifestaciones más brillantes, como es la literatura. Estudios pedagógicos se publican muchos en la Argentina. Es lo que se ha producido con más abundancia después de Sarmiento. Libros como *Mis montañas* no se encuentran tan fácilmente.


DON EDUARDO WILDE

Otro escritor, antiguo ministro del general Roca, es Don Eduardo Wilde, que hace años vive fuera del país, como representante diplomático. Médico notable, catedrático de la Facultad y político batallador, Wilde ha dispuesto de poco tiempo para sus aficiones literarias. Los más populares de sus escritos son los humorísticos. Hay en ellos la gracia desconcertante y excéntrica de los ingleses. Algunos le han comparado por esto con Mark Twain. Sin embargo, este autor, que parece reir con incurable escepticismo de las debilidades de la vida, es un sentimental. En sus libros se encuentran, entre capítulos de humorismo cruel, algunos relatos de intensa ternura: historias de niños enfermos que al leerse arrancan lágrimas; observaciones médicas de un naturalismo doloroso; sensaciones hondas y penosas, que hace sospechar si la sonrisa de este autor será una mueca forzada, y si detrás de su gesto escéptico no se oculta un alma dolorida.


DOCTOR INGEGNIEROS

Carlos Octavio Bunge es el más fecundo de los escritores jóvenes. Tiene un talento proteico que se ejercita con facilidad en todos los géneros. Ha escrito novelas, cuentos, estudios de psicología social, tratados pedagógicos y hasta libros para la niñez de las escuelas. Su pluma fácil y su cultura enciclopédica se adaptan á todos los géneros literarios, siempre con éxito. *La novela de la sangre* es un dramático estudio de la época de Rosas. Ha escrito un cuento, *La sirena*, de una originalidad sólo comparable á la de Poë, y que basta para la reputación de un autor. Algunas de sus obras de psicología social son populares en España, y se han traducido á diversos idiomas. Su último libro, *Nuestra patria*, escrito para la lectura en las escuelas nacionales, puede apreciarse como el más hábil resumen de cuanto se ha dicho sobre el país argentino.

José Ingegnieros aparece como el primer escritor científico de la Argentina contemporánea. *La simulación en la lucha por*

la vida dió una reputación internacional á este joven doctor, á la edad en que otros apenas empiezan á escribir. Por algún tiempo actuó en la política revolucionaria, perorando en favor de las doctrinas socialistas; pero luego se ha dedicado, en absoluto, á los estudios médicos, que sirven de base á sus numerosas obras de vulgarización, salpicadas de ideas originales. Algunas veces se ha salido de los dominios científicos publicando libros sobre arte y literatura. Como escritor es muy ameno y sabe comunicar ligereza y atractivo á los estudios más abstractos.



MANUEL UGARTE

Manuel Ugarte lleva á la literatura sus ideales de revolucionario. Defiende y practica el arte social, hermanando la emoción estética con la exposición de sus ideas radicales. Hace años que se trasladó á Europa, publicando en España y Francia obras de mérito. *El arte y la democracia* y *Las nuevas tendencias literarias*, son los más leídos de sus libros.

Ángel Estrada (hijo), otro escritor que vive igualmente en Europa, se hace notar por su estilo vibrante y colorista. Al relatar ciertos viajes, transmite al lector sus impresiones de artista con tal intensidad que las hace inolvidables. *El color y la piedra* es la más celebrada de sus obras.

La crítica literaria tiene á Ernesto Quesada, el autor de *El criollismo*, libro que revela la vasta erudición del autor y sus facultades de sutil psicólogo.

La Iglesia argentina ha dado á la literatura algunos escritores apreciables. A la cabeza de ellos figura Fray Pacífico Otero, joven franciscano que se dedica con éxito á los estudios históricos, y ha realizado importantes trabajos en los archivos de la Argentina y Paraguay, enriqueciendo con datos nuevos la historia del coloniaje y de la independencia.

Son tantos los que han figurado ó figuran actualmente en la vida literaria de este país, que es difícil recordar los nombres de todos, y menos aún examinar sus obras, aunque sea ligeramente. Martín Coronado, Joaquín Castellanos, Martín García Mérou, Lucio V. López, Daniel García Mansilla, Martín C. Aldao, Navarro Lamarca, Héctor Quesada, Pedro J. Naón, Méndez Caldeira, José Luis Cantilo, Fernández Espiro, Juan Pablo Echagüe, Mario Sáenz, Eusebio Gómez, Ezequiel Soria, Jiménez Pastor, Atilio Uciapori, Emilio Becher, Luis M. Jordán, César Iglesias Paz, Salvador Oria, Manuel Gálvez (hijo), Alberto Tena, Martí-



BUENOS AIRES. TEATRO DE VARIEDADES



EJÉRCITO ARGENTINO - LANCEROS

nez Zubiría, Juan Antonio Argerich, Edmundo Montagne, *Silverio de Lara*, Pío y Arturo de Capdevila, Domingo Robatto, Luis Reyna Almandos, Juan Aymerich y otros, han producido obras notables en prosa y en verso.

Miguel Cané fué en vida uno de los escritores de espíritu más moderno, gran conocedor de las letras europeas. Osvaldo Magnasco posee una notable cultura clásica, que se revela en sus escritos originales, sus traducciones y sus discursos de atildado orador. Estanislao S. Zevallos es un talento múltiple: historiógrafo, sociólogo, hombre de fácil palabra y ministro muy versado en asuntos internacionales. Sus libros más notables, que sirven para el estudio del desarrollo argentino, son *La conquista de quince mil leguas*, escrito á raíz de la expedición del general Roca al desierto, y *Descripción amena de la República Argentina*. Zevallos dirige una importante Revista de Buenos Aires, resumen de todos los trabajos literarios, históricos y sociológicos del país.



BUENOS AIRES. TEATRO ODEÓN

La literatura actual cuenta con varias escritoras, que han producido novelas de algún mérito y versos apreciables. En esta feminilidad literaria, figuran como las más sobresalientes Rosario P. de Godoy, autora de *La ciudad heróica* y Emma de la Barra.

Carlos Olivera ha publicado un libro interesante, *La cuestión del divorcio*, materia que trató varias veces como diputado en el Parlamento. Juan Antonio Mendoza es autor de un estudio filosófico sobre la Historia Argentina, titulado *Centenario de la Revolución*. El Dr. José Bianco lleva escritos varios libros notables sobre el analfabetismo y otros problemas de la educación nacional.

* * *

A pesar de que el teatro argentino no ha salido aún de su infancia, cuenta con algunas obras de mérito. Roberto J. Payró, aplaudido autor dramático, que es al mismo tiempo un excelente novelista, ha triunfado en la escena con sus producciones *Sobre las ruinas* y *Marco Severi*. Enrique García Velloso, joven de grandes alientos y el más inteligente de la nueva generación, fué aplaudido en *Jesús Nazareno*, drama de ambiente criollo y carácter simbolista. *Más allá de la vida*, de León Pagano, ha sido representado en diversos escenarios de Europa. David Peña ha obtenido éxitos en *Próspera* y algunas otras producciones. *El Arlequín*, de Miguel Cione, es una tragedia de gran intensidad dramática. Gregorio Laferrere escribe comedias ingeniosas, de un grato realismo, de las cuales la más conocida es *Las de Barranco*.

Otros autores tiene la escena argentina. Funcionan en Buenos Aires dos compañías de



BUENOS AIRES. UNA AVENIDA DEL PARQUE DE PALERMO

artistas del país, que representan comedias criollas, con el lenguaje y el acento especial de las poblaciones rurales. Muchos son los autores jóvenes que trabajan para la literatura teatral, produciendo obras dramáticas ó jocosas. Algunos de ellos no caben en esta relación, por no ser nacidos en el país.

* * *

La novela ha obtenido en Argentina menos éxitos que la poesía y los estudios históricos. Algunos de sus poetas, como Mármol y Gutiérrez, y de sus historiadores, como López, escribieron novelas, pero éstas no se hallan en relación con la fama que alcanzaron sus autores en los géneros mencionados.

Únicamente en la actualidad empiezan á encontrarse novelistas de algún mérito, dignos de llamar la atención. Tiene la Argentina un autor de novelas que ha alcanzado gran éxito en España recientemente, y va á ser traducido á otros idiomas: Enrique Rodríguez Larreta. Sólo ha escrito una obra, *La gloria de Don Ramiro*; pero esta novela, en extremo cuidada y que revela largos estudios retrospectivos, basta para la reputación de un autor. La obra de este argentino no debe, sin embargo, clasificarse como nacional. Es una novela española, cuya acción transcurre en Ávila y Toledo durante el reinado de Felipe II. Tiene páginas de vibrante descripción, magníficas evocaciones del pasado; pero en la República Argentina tal vez la aprecian como una obra extranjera, escrita magistralmente.

El primer novelista nacional es, hasta ahora, Francisco Sicardí, hombre de alguna edad, aunque no viejo, que sólo ha producido una novela, titulada *Un libro extraño*. Este libro ofrece un sano y vigoroso realismo. Su prosa es fuerte, y el relato novelesco está sembrado de pensamientos originales. El autor abarca en una visión concreta y límpida la Argentina del presente, con su confusión étnica y sus agudas ansias de riqueza. Los personajes tienen vida, son séres reales, moviéndose dentro de un ambiente natural. El único defecto de



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA PRIMERA



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA SEGUNDA

este libro es el mismo que presentan ciertas novelas inglesas: una extensión algo exagerada.

El diplomático Carlos M. Ocantos lleva escrita una serie de *Novelas argentinas*, algunas de las cuales fueron muy elogiadas por los críticos españoles. Como Ocantos, por su profesión, tiene que vivir fuera del país, no son conocidas sus obras tanto como lo merecen. *Misiá Geromita* contiene una pintura acertada y exacta de la vida de la clase media en los barrios extremos de Buenos Aires.

Roberto Payró, el autor dramático, ha producido también buenas novelas. Alberto Ghiraldo, joven de ideas avanzadas, que escribe para la escena con gran éxito, retrata en varios de sus cuentos el alma gaucha con su ruda y apasionada sencillez.

Martiniano Legizamón y José Alvarez *(Fray Mocho)*, son autores de relatos populares, descripciones de costumbres del país y diálogos de la vida de Buenos Aires, que equivalen á valiosos fragmentos novelescos. Eduardo Talero, poeta americano, residente en Buenos Aires, es autor de un hermoso libro seminovelesco, en el que pinta las apartadas regiones del Neuquén y las gentes cosmopolitas que las pueblan.

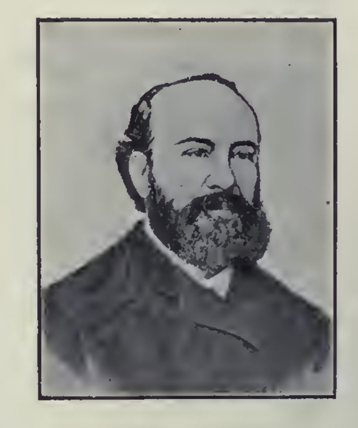
El Dr. Pastor S. Obligado ha escrito un volumen de *Tradiciones Argentinas*, extraídas con mano hábil de los archivos del país y las consejas populares. Son tan interesantes y amenas estas tradiciones como las peruanas que hicieron célebre el nombre de Ricardo Palma. *Un viaje á Oriente* y *Los Estados Unidos tal cual son*, completan el bagaje literario de este autor respetable, que ha merecido elogios de altas personalidades europeas.



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE ARTE DECORATIVO

Recientemente, la novela argentina y el cuento empiezan á adquirir gran desarrollo. Muchos autores jóvenes se dedican á este género, así en Buenos Aires como en provincias. Los más notables son: Rodolfo Benuzzi, Dermidio T. González, Ricardo Sáenz Hayes, Enrique Rivarola, Alejandro Pavlovsky, Luis V. Varela *(Raul Wileis)*, Fernando Márquez, Carlos Surígue z Acha, León

Fabricio, Arturo Reynal O'Connor (*Noches blancas* es su mejor obra), Manuel Núñez Regueiro, Pantaleón Fernández (*Carlos Reyes*), Juan José Vélez, Guillermo Correa (*Publio Latino*), Benito Lynch, Raul Villarroel y Guido Anatolio Cartey, que ha pintado las escenas de la mala vida en los suburbios de Buenos Aires.



DON PEDRO GOYENA

Godofredo Daireux lleva publicados hermosos relatos novelescos sobre la vida de la pampa, así como José Pío Sagastume, autor de *Bocetos criollos*. Ada M. Elflein, escritora amena, relata con arte los recuerdos del pasado en su libro *Leyendas argentinas*.

Alberto Gerchunoff, joven escritor nacido en Rusia y naturalizado argentino, ha escrito una colección interesante de escenas rurales, pintando la vida de sus correligionarios los israelitas establecidos en la provincia de Entre Ríos. Las descripciones de las huertas arruinadas por la langosta, de la primera trilla y de la evolución de los pequeños judíos venidos de Rusia para convertirse en gauchos, son de un naturalismo sano y vigoroso, y merecen figurar en un libro de mayores alientos. Gerchunoff ha vivido la vida con toda clase de alternativas, y su existencia tiene mucho de novela. Por esto lo que escribe ofrece el relieve de las cosas vistas y sentidas de cerca.

* * *

La tribuna argentina contó siempre con notables oradores. Exceptuando la época de Rosas, de mortal silencio, los demás períodos de su historia han sido animados por la voz de la elocuencia puesta al servicio de los ideales políticos. Interminable resulta la lista de oradores famosos que brillaron en el Parlamento y en la cátedra. Los más notables fueron: Félix Frías, Nicolás Avellaneda, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Vélez Sarsfield, Guillermo Rawson, al que llamaban *el sereno Rawson*, por la dulzura y tranquilidad de su frase; Manuel Quintana y Aristóbulo del Valle, orador fogoso de exquisita cultura artística. La oratoria religiosa tuvo á Fray Mamerto Esquiú, que gozó de gran celebridad en su época.



DON BELISARIO ROLDÁN

Actualmente posee la Argentina un orador-poeta que por su estro, su galanura en el decir y la abundancia de sus imágenes, recuerda algunas veces á Castelar. Es Belisario Roldán, que en un viaje reciente por Europa ha obtenido ruidosos éxitos oratorios en Francia y España. Sus períodos rotundos y armónicos seducen á los oyentes y los enardecen con entusiasmo irresistible. Gran artista de la tribuna, se apodera de los públicos por la emoción y el sentimentalismo.

Osvaldo Magnasco, los hermanos Carlés, Zevallos, Palacios y otros muchos sostienen actualmente el prestigio de la elocuencia argentina. El diputado Antonio F. Piñero es un orador de verbo fácil y pensamiento exuberante. En él las ideas fluyen tan numerosas como las palabras. Su oratoria, espontánea é incansable, puede compararse con el funcionamiento de un arma moderna de tiro rápido. Dispara y dispara conceptos é imágenes sin que llegue nunca á agotarse su gran repuesto intelectual.

* * *



BIBLIOTECA NACIONAL. DESPACHO DEL DIRECTOR

Buenos Aires posee una hermosa Biblioteca. Cuando en 1810 se constituyó la Junta Revolucionaria, uno de sus primeros acuerdos fué crear este centro de cultura, confiándolo á la dirección de Mariano Moreno.

Catorce años antes habíase decidido ya por el virreinato la creación de dicho establecimiento, á raíz de la muerte del obispo Azamor, en 1796, el cual dejó todos sus libros para una biblioteca. Las invasiones inglesas de 1806 y 1807 retardaron su fundación, cuando estaba próxima á realizarse. Fué acogida con entusiasmo la iniciativa de la Junta de 1810 por el vecindario de Buenos Aires, y todos, nacionales y extranjeros, enriquecieron la nueva biblioteca con regalos de libros. Esta quedó establecida en una casa de los jesuítas, y allí ha permanecido cerca de un siglo, hasta 1902, en que se trasladó al palacio que ahora ocupa.

El magnífico edificio había sido construído para Administración de la Lotería Nacional; pero el presidente Roca, con una iniciativa honrosa, le proporcionó más noble destino, entregándolo á la Biblioteca. Es un palacio con toda clase de comodidades. El vestíbulo y la escalera ofrecen un golpe de vista suntuoso, así còmo las numerosas dependencias y las habitaciones del director. Una amplia sala, en forma de anfiteatro, sirve para solemnidades literarias y conciertos de música clásica. Cuenta actualmente la Biblioteca con 200.000 volúmenes, aproximadamente, y unos 9.000 manuscritos.



DON PABLO GROUSSAC

La dirección de este noble centro fué confiada siempre á los hombres más eminentes de la literatura y la historia nacionales. Después de Moreno pasaron por ella Mármol el poeta, Trelles y Quesada.

El director actual es Don Pablo Groussac, brillante artista de la pluma y sabio investigador del pasado. Él guió los estudios de la historia nacional con una orientación moderna, y ha servido de maestro al gusto literario del país corrigiendo sus extravíos. Este francés ilustre lleva prestados largos y valiosos servicios á la Argentina, su segunda patria. Dirige una revista, *La Biblioteca*, en la que ha publicado trabajos de gran mérito sobre las letras y la historia del país. Sus vastos conocimientos de la literatura española le han servido de base para producir algunos estudios notables sobre los autores de la Península.

Su obra magistral, su libro más conocido y que mayor renombre le ha proporcionado, es

Del Plata al Niágara, pintoresca relación de un viaje por toda la América del Sud; síntesis de la vida presente y las costumbres de las diversas Repúblicas que formaron el imperio colonial de España.

Otras bibliotecas existen en Buenos Aires abiertas al público: la del general Mitre, verdadero tesoro bibliográfico formado por este hombre ilustre en cincuenta años de vida intelectual; la biblioteca Rivadavia; las de las Facultades de Medicina y Derecho; la biblioteca Escolar, para todos los que se dedican á la enseñanza, y la del diario *La Prensa*, establecida en el palacio de este gran órgano de publicidad.



VÍCTOR DE POL

* * *

Los museos de Buenos Aires no resultan menos notables. Argentina es un pueblo joven que, ocupado en su crecimiento y organización, no ha tenido tiempo de elaborar un ambiente favorable á las artes. Pero esta carestía la remedia con su fortuna. Tiene pocos artistas, pero cuenta con dinero abundante para procurarse obras maestras.

El Museo Nacional de Bellas Artes, establecido en Buenos Aires, consta actualmente de diez y nueve salas dedicadas á la pintura, la escultura, el grabado y la litografía. Fué creado en 1896, y desde entonces es su director y conservador el notable artista Eduardo Schiaffino, hijo del país. Este museo se formó al principio con donaciones de ricos coleccionistas. Luego se han adquirido para él muchas obras de maestros de diversas nacionalidades, casi todos modernos. Aparte de Schiaffino, la pintura argentina cuenta con otros artistas nacidos en el país, como De la Cárcova, Sibori y el Doctor Cupertino del Campo, aficionado que lleva obtenidos notables éxitos.

La escultura argentina tiene á Irurtia, un maestro que luchó sin desventaja, recientemente, con los grandes escultores de Europa en el concurso para el monumento de la Independencia. Rojo es un aficionado de mérito, y Lola Mora, la escultora de Tucumán, ha producido algunas obras apreciables. Otro artista escultórico trabaja mucho en Argentina, y es autor de monumentos importantes: el veneciano Víctor de Pol, que reside desde su primera juventud en la República, y puede considerarse como hijo del país. Recientemente ha esculpido una briosa cuadriga que adornará el remate del frontón del Congreso. En Paraná, Córdoba, San Juan y otras ciudades han sido erigidos hermosos monumentos de Víctor de Pol, que justifican su fama.



CUADRIGA DEL PALACIO DEL CONGRESO (Obra de Víctor de Pol).

Varias galerías particulares existen en Buenos Aires de pintura y escultura, formadas por aficionados ricos. De éstas, las mejores son: la de José Prudencio Guerrico, la de Parmenio T. Piñero, la de Laurent Pellerano, la del doctor Semprún, la de Canter y la de Pilades Soldaini.

Una galería mixta de cuadros y recuerdos históricos ha sido reunida por el veterano general Don Ignacio Garmendia. Este antiguo

combatiente del Paraguay y las guerras del desierto es un militar muy culto, de gustos aristocráticos y maneras caballerescas. Descendiente de una noble familia de España, el general Garmendia, por su carácter y su tipo físico, parece la más exacta personificación del hidalgo castellano del siglo de oro. Aficionado á las letras, ha escrito, como tratadista militar, varias obras sobre guerras antiguas y modernas. Amante de las Bellas Artes y de la Historia, tiene reunida una notable colección de miniaturas, cuadros históricos representando los pasajes más dramáticos de la historia patria, armas y demás útiles de guerra. Esta última especialidad constituye lo más valioso de su colección. El Museo de Armas de Garmendia resulta igualmente interesante para el militar, el historiador y el artista. Se encuentran en él desde las tizonas españolas de los caballeros que llegaron con Mendoza á la fundación de Buenos Aires, hasta la espada de San Martín y otros héroes de la Independencia: todo ello junto con piezas antiguas de artillería y gran variedad de arcabuces.



GENERAL GARMENDIA

Buenos Aires posee, además, el «Museo de Historia Natural», con sus notables colecciones prehistóricas; el «Museo de Productos Nacionales», en el que se exponen los numerosos y ricos productos de la Argentina, y el «Museo Histórico», dirigido por el escritor Don Adolfo Carranza, colección de glorias y recuerdos de la República, cuadros, uniformes, armas, muebles, etc., que ocupa seis grandes salas y una galería.

Un centro digno de ser visitado es la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, que presta muy buenos servicios á la República, propagando por medio de su arte la hermosura de las ciudades y los encantos de la naturaleza. Su museo equivale á una excursión mundial. El presidente, Don Horacio Anazagasti, joven ingeniero, muy culto é instruído, ha hecho dos viajes alrededor del mundo, trayendo de ellos un verdadero tesoro de informaciones fotográficas. Don Pedro San Quirico, gerente de la Sociedad desde su fundación, dirige los talleres, en los que funcionan todas las innovaciones de este arte.



BUENOS AIRES. UNA SECCIÓN DEL MUSEO GARMENDIA

VII

LA PRENSA

Ya dijimos que el primer periódico de Buenos Aires apareció en 1801. Su título no pecaba de breve: llamábase *Telégrafo mercantil, rural, político-económico é historiógrafo del Río de la Plata*, siendo su director el español Cabello y Mesa. El tamaño mezquino de esta publicación bisemanal contrastaba con lo enorme de su título. No tuvo otro mérito que el de la iniciación, pues murió al poco tiempo, suprimido por orden del virrey. El verdadero periodismo argentino nació un año después con el *Semanario de Agricultura y Comercio*, redactado por Vieytes. En 1810, poco antes de la revolución, Belgrano fundó el *Correo de Comercio de Buenos Aires*, y Mariano Moreno la *Gaceta de Buenos Aires*.



Núm. 1.

TELEGRAFO MERCANTIL

RURAL POLITICO ECONOMICO, E HISTORIOGRAFO
del Rio de la Plata.
Miercoles 1. de Abril de 1801.

Admiranda tibi levium spectacula rerum.
In tenui labor: at tenuis non gloria; si quem Virg. Lib. 4.
Numina læva sinunt, audique vocatus Apolo. Georg

Spes etiam valida solatur compede vinctum. Tibul. Lib. 2.
crura sonant ferro, sei canit inter opus. Elog 6.
Al inocente asido á la cadena,
la esperanza consuela, y acaricia.
Suena el hierro en los pies, y dale pena;
mas canta confiado en la Justicia.

EL patriotismo, principio el mas fecundo de grandiosos hechos y que, tal vez se convierte en pasion, recurre á todo género de medios para alcanzár sus fines. No siempre se requieren sacrificios, ni heroycidades para manifestarlo; y quizá está menos expuesto á la sospecha de ostentacion, ó vanidad, quando son mas humildes sus efectos. Esta relevante prenda que, con alguna propiedad, puede llamarse virtud, es la que exige actualmente, la atencion en todas las Naciones, para reglar sus maximas à la constitucion que cada una de ellas tiene: y es tambien la que (qual devoradora llama que tocando en la *Tea*, arde mas quanto á soplos intentan apagarla) inflamando el pecho del *Editor* de este *Periódico* no cedió, ni pudo ceder a sus muchos Opositores.

No pudieron rendirme, no; pero los choques de una continuada Lid, amortiguaron mis fuerzas, desfallecieron mis brios, y aun quebrantaron mi salud en tanto modo, que (como suele decirse) fue fuerza embainar el acero, y descansar hasta hoy, para que los perdidos alientos tomasen á

FACSÍMIL DEL PRIMER PERIÓDICO QUE SE PUBLICÓ EN BUENOS AIRES (Mitad del tamaño natural).

Después de aquellos semanarios pequeños, de escasa lectura y defectuosa impresión, ¡qué salto tan considerable el de la prensa argentina hasta llegar á los diarios actuales de 24 ó 34 páginas enormes, con tanta impresión como un libro abultado!... En los primeros diarios el noticierismo apenas si existía, limitándose al escaso movimiento del puerto de Buenos Aires. Sus menguadas columnas dedicábanlas por entero á la política, y sus redactores eran los mismos tribunos que, luego de escribir, arengaban en las calles á la muchedumbre. Durante el período de agitaciones que se desarrolló desde el grito de Independencia á los primeros tiempos de Rosas, nacieron, resonaron breves instantes y perecieron muchísimos periódicos, que respondían á exigencias de partido. Todo político era periodista. La sátira tomaba en estos diarios una crueldad implacable. Al entronizarse Rosas se eclipsó la prensa durante veinte años. No quedó en Buenos Aires otro periódico que la *Gaceta Mercantil*, órgano del tirano. Después de Caseros reapareció triunfante el periodismo, como si volviese de una proscripción gloriosa. Todos los hombres ilustres de la época fueron periodistas. Sarmiento y Vélez Sarsfield fundaron *El Nacional;* Mitre, *Los Debates;* Félix Frías, *El Orden;* el poeta Gutiérrez, *La Nación*

Argentina. Además, surgieron otros diarios no menos importantes, reflejando las peripecias de la lucha de Buenos Aires, divorciada de la Confederación.

Durante este período y en la presidencia de Mitre, se fué modificando la prensa hasta tomar la forma actual de los grandes diarios argentinos.

Inútil resulta describir los valiosos elementos materiales que se hallan á su servicio, pues bien conocidos son. Todos los diarios importantes de Buenos Aires poseen maquinaria de los últimos modelos, que imprime por hora muchos miles de ejemplares de numerosas páginas; extensos talleres de linotipias, en los que la composición del texto se hace con mecánica rapidez; instalaciones cómodas para todos los servicios, y una costosa comunicación cablegráfica con las demás naciones de América y de Europa. Pero dentro de la rica amplitud en que se desenvuelve el periodismo argentino, unos diarios sobrepasan á otros, en punto á magnificencias, para mejor servicio del público.

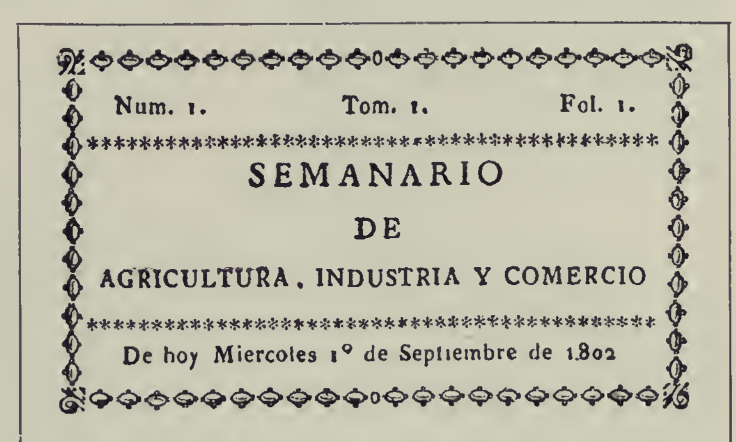
* * *

La Prensa es el más antiguo de los periódicos de Buenos Aires y el que ha llegado á mayores éxitos de tirada y popularidad.

Al cerrar la noche, brilla un faro eléctrico por encima de los tejados, semejante á una estrella que hubiese descendido sobre la gran urbe. Todos lo conocen: es el faro de *La Prensa*, sostenido por una figura que corona el remate del soberbio edificio. Algunos políticos, enemistados con este periódico, fundaron otras publicaciones con la esperanza de conseguir su muerte.

— ¡Yo apagaré esa luz! — decía un gobernante de grandes energías, mirando el faro de *La Prensa*.

Han pasado muchos años, y el faro sigue luciendo, como siempre. De día el sol hace brillar la figura dorada que lo sustenta. Este gran diario ha pasado por las alternativas dolorosas, los apuros y los conflictos de toda obra humana, antes de la hora del triunfo. Lo creó el Doctor José C. Paz, en Octubre de 1869, cuando Buenos Aires, la poderosa metrópoli que pronto contará con millón y medio de habitantes, sólo tenía 190.000 almas. Sus principios fueron modestos: cuatro páginas, no muy grandes, y escasos anuncios ó avisos. En el primer número sólo figuraban cinco anunciantes. Estaba lejos *La Prensa* todavía de los números de 24 y 34 páginas que publica actualmente, repletos de avisos, y que le proporcionan un ingreso mensual de cerca de un millón de francos.


Num. 1. Tom. 1. Fol. 1.

SEMANARIO

DE

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

De hoy Miercoles 1° de Septiembre de 1802

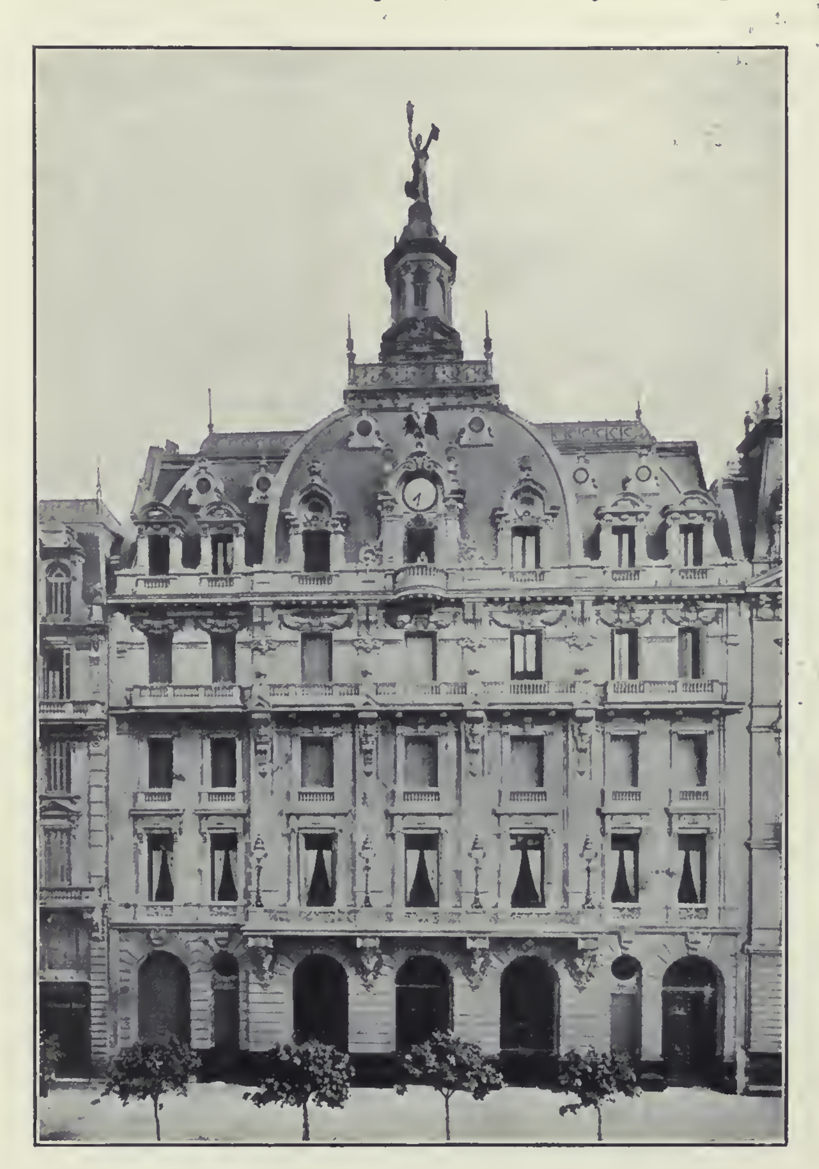
AGRICULTURA (*a*).

La agricultura bien exercitada, es capaz por si sola de aumentar la opulencia de los Pueblos hasta un grado casi imposible de calcularse porque la riqueza de un País se halla necesariamente vinculada á la abundancia de los frutos mas proporcionados á su situacion, pues que de ello resulta una comun utilidad á sus individuos. Es escusado exponer la preeminencia moral, politica y fisica de la agricultura, sobre las demas profesiones hijas del luxo, y de la deprabacion de las Sociedades, pues nadie hasta

(*a*) Habiéndome propuesto hablar en el discurso de este Semanario de todas las materias que indica su prospecto, pero con especialiadad de los tres ramos principales de Agricultura, Industria y Comercio; he creido conducente tratar cada una de ellas primero en general, para descender despues à su individualisacion particular, guardando en lo posible el órden de necesidad que tienen nuestras Provincias de tomar conocimientos en estos ramos.

FACSÍMIL DEL SEGUNDO PERIÓDICO QUE SE PUBLICÓ EN BUENOS AIRES (Mitad de su tamaño natural).

Fué poco á poco *La Prensa* conquistando popularidad y ensanchando su tamaño y sus secciones. El modesto periódico de 1869 tiene hoy una circulación diaria que oscila entre 125.000 y 145.000 ejemplares. De éstos, 79.000 son para Buenos Aires y 46.000 para las provincias y el extranjero. Todos los meses, por introducción de papel, tinta, maquinaria y otros artículos, paga al Estado 60.000 pesos de derechos de aduana. El servicio telegráfico le cuesta más de 40.000 pesos; el correo y el transporte ferroviario de sus ejemplares 16.000, y los corresponsales, 70.000 pesos por año. Mensualmente inserta 55.000 avisos pequeños, de una ó varias líneas, y á esto hay que añadir el producto diario de 16 á 20 páginas de subastas, anuncios de establecimientos, gremios, profesiones, etc.



PALACIO DE «LA PRENSA» EN LA AVENIDA DE MAYO

En sus primeros tiempos, *La Prensa* fué dirigida por su fundador el Doctor Paz, siendo sus compañeros de redacción Terry, Pellegrini y Don Delfín Gallo. Luego el Doctor Paz, en vista del enorme crecimiento del periódico, tuvo que dedicarse á su gerencia y le sucedieron en la dirección: Don Cosme Mariño, Don Estanislao S. Zevallos, Don Adolfo E. Dávila y Don Heliodoro Lobos. Actualmente lo dirige Don Ezequiel Paz, hijo del propietario, joven estudioso y de grandes iniciativas, que sostiene y agranda el prestigio de esta publicación, á la que llaman muchos «el coloso periodístico de la América del Sud».

La Prensa, que en sus tiempos pobres y heroicos estableció la redacción en una casita modesta, ocupa hoy en la Avenida de Mayo el más lujoso de los palacios. Don Adolfo Dávila, su redactor en jefe, alma del periódico, que ha seguido su evolución desde el principio, recuerda con dulce sonrisa, en su elegante despacho, las estrecheces y parquedades del lugar en que se confeccionaron los primeros números.

No se conoce en Europa una publicación tan soberbiamente instalada como este diario argentino. Tampoco en Nueva York existe periódico alguno que pueda comparar su casa con la de *La Prensa*. Algunas publicaciones norteamericanas lucen, por medio de la fotografía, palacios que parecen más grandes; pero en estos edificios sólo un piso ó dos se hallan dedicados á las instalaciones del periódico, y el resto está arrendado á particulares. *La Prensa* ocupa por entero su palacio, y todavía posee otro edificio, en el que funciona una fábrica de electricidad

para la producción de fuerza. Esta fábrica envía su corriente á *La Prensa* por medio de siete cables subterráneos.

El palacio, que da á la Avenida de Mayo y á la calle Rivadavia, con dos fachadas elegantes y suntuosas, consta de dos pisos subterráneos, cinco pisos sobre la calle y una alta bohardilla. El remate del edificio se halla á 56 metros sobre el nivel de la acera. En el doble sótano están las calderas de calefacción para toda la casa, los depósitos de papel, las enormes maquinarias y un pozo, con bombas, que elevan el agua á los depósitos del tejado, para caso de incendio. En el piso bajo están las oficinas administrativas, con un personal casi tan numeroso como el de un ministerio, que atiende á la continua afluencia de público.



DON JOSÉ PAZ



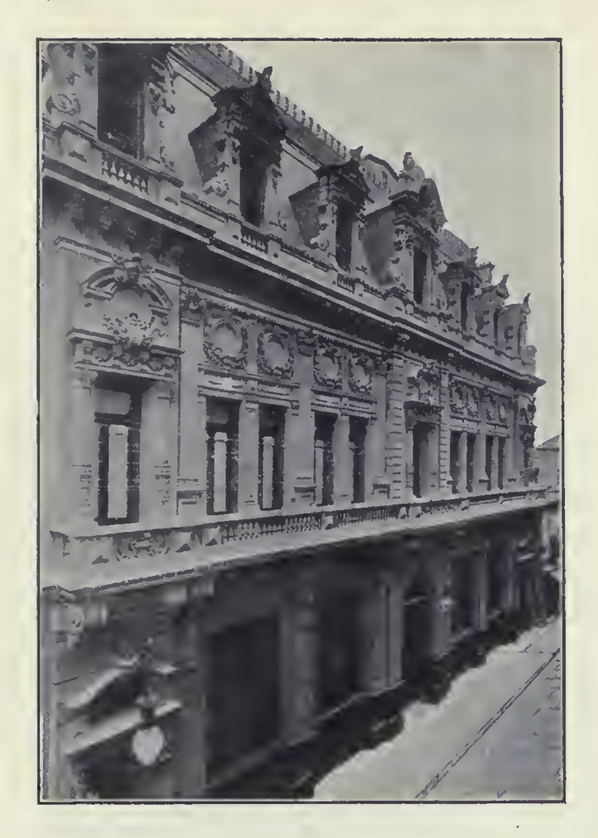
DON EZEQUIEL PAZ

El palacio de *La Prensa* es un edificio popular, en el que entran diariamente miles de personas. Todo el que discurre una reclamación pública, necesita un informe ó desea un consejo útil, se dirige á él, con la seguridad de encontrar lo que desea. Pocos son los habitantes de Buenos Aires que no han ido alguna vez á esta vivienda principesca, de zócalos de mármol y lujosa servidumbre, entrando en ella como si fuese la casa de todos. Vulgarmente la llaman «la casa de la Ciudad». Los ascensores funcionan con incesante rapidez: los tubos pneumáticos, los teléfonos, los timbres, las máquinas, infunden al inmenso edificio una vida de interminable vibración, cuyo centro se halla en las entrañas del suelo, en los sótanos, donde se recibe y transforma la energía eléctrica.



DON ADOLFO DÁVILA

Varios servicios de importancia tiene establecidos este diario, gratuitamente para el público. En el piso bajo se halla el «Consultorio Químico Industrial», con buenos directores y aparatos modernísimos. El agricultor y el comerciante encuentran en esta oficina acertadas indicaciones y un análisis científico de todos los productos que presentan. En el mismo piso funcionan el Consultorio Médico y el Consultorio Jurídico, con un personal idóneo, que cura al público de sus dolencias ó le aconseja en sus asuntos judiciales. Además, en los pisos superiores existe una biblioteca abierta hasta media noche, con diccionarios y revistas de todo el mundo; una sala



FACHADA DE «LA PRENSA» EN LA CALLE RIVADAVIA

de conferencias y una escuela de música, que suple la falta de un Conservatorio oficial.

La Prensa tiene establecidos varios premios anuales á la abnegación, y estimula la cultura popular regalando 1.000 pesos á la persona que justifica haber enseñado á leer en idioma del país á mayor número de analfabetos, en el curso del año. En la parte alta de su palacio ha instalado un observatorio meteorológico para dar á los lectores información diaria y exacta del tiempo.

En los primeros pisos están las lujosas piezas que ocupa el doctor Paz cuando llega á Buenos Aires, pues habitualmente reside en París; los despachos del director, del redactor en jefe y los principales redactores; las oficinas del servicio telegráfico; las salas de reporters, divididas según la índole de sus servicios, y las de la redacción femenina. Dentro del palacio existe un *restaurant* para los redactores, salas de billar y de esgrima, baños, etcétera. Posee, además, *La Prensa* un espléndido salón de fiestas, decorado con hermosos tapices. Tiene amplio antesalón, escenario para representaciones teatrales y conciertos, y numerosos camarines de artistas.

Dispone este diario de lujosas habitaciones, destinadas á albergar huéspedes distinguidos, escritores célebres, artistas y sabios que llegan á la Argentina en viaje de exploración ó de propaganda. Todo el piso tercero de *La Prensa* se halla dedicado á este hospedaje. Son habitaciones cómodas, de espléndida iluminación, calentadas con irradiadores á vapor, y en las que se ha procurado reunir todos los refinamientos modernos. Una numerosa servidumbre atiende á los huéspedes y cuida de la cocina. En estos departamentos han vivido artistas ilustres, y hace pocos años alojaron al explorador Nordenskjöld y sus siete compañeros de expedición al polo Antártico, salvados por la corbeta argentina *Uruguay*. Los valerosos soldados de la ciencia debieron extrañar las dulzuras de



SALÓN DE FIESTAS DE «LA PRENSA»

tal instalación, luego de su campaña de privaciones en medio de los hielos.

La Prensa mantiene en París, en pleno bulevar, una sucursal, á la que acuden los sudamericanos para pedir informes y noticias. Este diario, el más leído de la República, goza del favor de las distintas clases sociales, pues lo mismo penetra en las casas más inaccesibles que circula entre las masas obreras. Su lenguaje es mesurado; trata con ecuanimidad todos los asuntos; pero también ha tenido sus épocas de lucha, en las que hizo frente á empeñadas persecuciones del Gobierno. En más de una ocasión su personal se vió obligado á ponerse á la defensiva para repelar un asalto de los enemigos políticos ó de las turbas azuzadas por ellos. El director actual, Don Ezequiel Paz, muy entendido en materias de electricidad, preparaba cables y corrientes para defenderse de los asaltantes, como en una novela de Verne. Otra vez, á la misma hora que se celebraba un concierto en el salón de fiestas, con asistencia de las damas más distinguidas de Buenos Aires, una manifestación popular se detuvo ante *La Prensa* en actitud revolucionaria, ovacionando á sus redactores. Pedían fusiles: deseaban sublevarse contra el Gobierno; ya habían chocado con la policía. Y el juicioso doctor Dávila tuvo que arengarlos desde un balcón, apelando á sus sentimientos caballerescos para que no asustasen á las damas.



SALA DE REPORTERS DE «LA PRENSA»

El personal literario de *La Prensa* es muy numeroso. Jefes de sección dirigen y seleccionan el trabajo de los redactores y reporters á sus órdenes. El enorme desarrollo del periódico ha hecho necesaria una subdirección, que desempeña Don Manuel de Rezábal, distinguido periodista que sustituye á Don Ezequiel Paz en sus ausencias. Don Horacio Castro Videla es el secretario de la redacción, y de la crítica literaria se ocupa algunas veces el filólogo Calandrelli, autor de un importante Diccionario Etimológico.

Entre los colaboradores notables que mantiene este periódico en el extranjero, el más leído y apreciado es Francisco Grandmontagne, ilustre escritor que reside habitualmente en España y Francia, y desde hace algunos años envía sus artículos á *La Prensa* con laboriosa regularidad. El pú-



BIBLIOTECA DE «LA PRENSA»



CONSULTORIO JURÍDICO DE «LA PRENSA»

blico admira su estilo robusto, su clara inteligencia, y sobre todo la originalidad de sus juicios y su manera independiente de apreciar las cosas. Muchos de estos artículos, dignos de la longevidad del volumen impreso, quedan lastimosamente perdidos en las columnas de un diario, como toda labor periodística, por valiosa que sea, después de un triunfo que sólo dura veinticuatro horas.

El propietario de *La Prensa* reside habitualmente en París, gozando de las consideraciones de su alta posición social. Su hijo Don Ezequiel Paz, espíritu moderno, pronto á estudiar y adoptar todos los progresos, sabe sostener el nombre que lleva y la obra que le ha sido confiada. El alma del periódico es su redactor más antiguo y ex director Don Adolfo Dávila. Este periodista, de intensa claridad de juicio y acertada visión, hace comprensibles con su pluma los debates más embrollados. Su especialidad es la lógica, el buen sentido que resplandece en todos sus escritos. Combatiente incansable, lleva treinta y cinco años de escribir todos los días un artículo sobre la política y el desarrollo material del país. Es grave en sus juicios, prudente y reflexivo como un hombre de gobierno. Muy pocos han estudiado como él los recursos y el verdadero carácter de la República. Por esto sus escritos periodísticos, labor de treinta y cinco años, que representa muchos volúmenes, no contienen errores de orientación ni desaciertos sensibles.

Transcurre el tiempo, y con él cambian las fortunas. Antiguos redactores que trabajaron á las órdenes de Dávila han sido ministros é influyen en el país. Camaradas del «Club del Progreso», presidido por el ilustre periodista, y amigos íntimos de su juventud, llegaron á embajadores ó á presidentes de la República.

Y mientras tanto, Dávila sigue en su despacho, escribiendo el artículo de todos los días, con la fe inconmovible del héroe que trabaja desinteresadamente, sin acordarse de la gloria. Para él las semanas sólo tienen veinticuatro horas.

—Nos veremos el domingo —dice como un estudiante laborioso—. Es mi único día libre.

* * *

El general Mitre no sólo ganó batallas siendo militar. Consiguió victorias como hombre de letras, y una de ellas, tal vez la de más trascendencia, es el éxito de *La Nación*. El título del gran diario irá unido siempre al nombre de Mitre, como si fuesen inseparables la existencia de aquél y el recuerdo de



CONSULTORIO MÉDICO DE «LA PRENSA»

éste. En torno de *La Nación* agrupáronse los numerosos partidarios de Don Bartolo, que así llamaban familiarmente al general sus entusiastas. Hoy sirve todavía de bandera histórica á los supervivientes del antiguo mitrismo.

La Nación ha sido un periódico de los llamados «de ideas», entendiéndose por esto que ha sostenido determinadas doctrinas políticas, defendiéndolas siempre con honrada tenacidad.

En Mitre, periodista, no hubo el menor intento de empresa editorial. Fundó un periódico porque lo necesitaba para la propaganda y difusión de sus ideas, sin preocuparse de halagar al público. Cuando éste pensaba una cosa y Mitre opinaba de distinto modo, *La Nación* rompía abicrtamente con los prejuicios generales, arrostrando la impopularidad. Su periodismo fué semejante al apostolado de los precursores, que un día cosechan aplausos y al siguiente censuras, propagando siempre las mismas verdades.



REDACCIÓN DE «LA NACIÓN»

En cierta ocasión llovían en las oficinas del periódico las protestas y quejas del público. Á miles se borraban los abonados de las listas de suscripción por no estar conformes con las ideas sustentadas por el diario. Y el ilustre Don Bartolo, firme en sus convicciones, hacía frente á la tormenta con una serenidad imperturbable, y decía á uno de sus amigos:

— Al final, *La Nación* no va á tirar más que tres ejemplares: uno para la casa, otro para usted y otro para mí. Seremos los únicos abonados, mas no por esto volveremos la espalda á la verdad.

Este periodismo de los tiempos heroicos va desapareciendo en casi todas las naciones. Hoy el diario, las más de las veces, influenciado por un espíritu mercantil, en vez de orientar y dirigir el espíritu público, aparece como su humilde servidor en toda clase de engaños y prejuicios.

La Nación, en algunas de sus campañas históricas, iniciadas sin miedo á la antipatía popular, acabó por conseguir el triunfo, convenciendo al público de sus errores.

Otro mérito ofrece el periódico fundado por Mitre. Es el más literario de todos los órganos de publicidad de la Argentina. Se concede en él un amplio espacio á la colaboración internacional, é ilustres autores de Francia, Italia, España y otras naciones escriben quincenalmente en sus columnas. Las cuestiones literarias, científicas y sociales que preocupan al mundo, tienen para *La Nación* tanta ó más importancia que la política interna de la República. El



DON BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

periódico sigue fiel á las tradiciones de su nacimiento. Se adivina en su fisonomía ordinaria que un ilustre hombre de letras fué su creador. Los abonados á *La Nación*, sin necesidad de mayores lecturas, pueden formarse un concepto superficial, pero exacto, de los progresos del pensamiento moderno, con sólo el ojeo diario de sus columnas.

Durante muchos años ha cumplido el periódico de Mitre una misión educadora, y la cumple todavía en el presente. El gran público argentino, que ocupado en sus negocios materiales no puede dedicar mucho tiempo á la lectura, alcanza, gracias á este periódico, una educación literaria que tal vez parezca frívola, pero indudablemente es preferible á la absoluta ignorancia de otros países. Gran parte de lo que sabe una masa enorme de lectores argentinos lo debe á *La Nación* y á otros periódicos, incansables sembradores de cultura enciclopédica.



DON EMILIO MITRE

En las provincias platenses, el diario que leen con preferencia los doctores, los maestros y los estudiantes es *La Nación*. Buscan los escritos de los colaboradores extranjeros y de los literatos del país, y se avisan unos á otros, como una buena nueva, la aparición de la firma de sus autores predilectos. El periódico de Mitre goza la autoridad de un texto irrecusable. Yo he asistido en provincias á discusiones de club sobre temas literarios y sociológicos, y cuando se agotaban las citas de libros echábase mano de lo que había dicho acerca del asunto *La Nación* de la fecha tal ó cual. Hay lector de provincias que lleva ordenado en su cerebro todo cuanto ha publicado este periódico en diez años. *La Nación* equivale á una biblioteca. Después de estos datos puede apreciarse cuán grande ha sido la influencia moral que ejerció este diario en la educación del país, durante los cuarenta y un años que lleva de existencia, y lo que influye aun actualmente.



UNA SALA DE DE LA REDACCIÓN DE «LA NACIÓN»

Por las columnas de *La Nación* han desfilado todos los escritores notables de la Argentina. La juventud encontró en ellas el sonoro escenario que necesitaba para ser conocida. De remotos pueblos americanos de habla española vinieron poetas y prosistas á la redacción de *La Nación* en busca de público. Rubén Darío, nacido en Nicaragua, inició su fama de gran poeta é ilustre prosista en este periódico. En Europa, autores célebres



DON LUIS MITRE

que no carecen de grandes medios de publicidad escriben, sin embargo, con predilección para este órgano poderoso de cultura.

Ha tenido *La Nación* excelentes directores, sin verse obligada á buscarlos fuera de la familia del fundador. Don Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del general, era un periodista de raza, legítimo heredero del talento literario de su padre. Él agrupó en su redacción lo más selecto de la intelectualidad argentina y de los extranjeros residentes en el país. No llegaba de fuera un escritor notable que no lo atrajese con la irresistible simpatía de su carácter bondadoso y caballeresco. Un recuerdo de intensa gratitud, por parte de muchos autores que hoy son célebres, circunda la memoria de este periodista, al que sus íntimos llamaban Bartolito, para diferenciarlo del glorioso Don Bartolo, su padre; cariñoso diminutivo que acabó haciéndose popular. Mitre y Vedia no sólo dió gran desarrollo á *La Nación*, sino que intervino en otras publicaciones importantes, siendo uno de los fundadores de *Caras y Caretas*.

Otro hijo del general, el ingeniero Don Emilio Mitre, ocupó hasta su muerte, ocurrida hace poco tiempo, la dirección del periódico. Emilio Mitre había heredado la inteligencia política de su padre y le sucedió en la jefatura del partido, gozando de gran prestigio. De no haber minado su salud, en los últimos años, una cruel enfermedad, habría llegado al más alto puesto de la República. La muerte vino á sorprenderle cuando una parte de la nación repetía su nombre como candidato á la presidencia.

Hoy dirige *La Nación* Don Luis Mitre, nieto del general é hijo del ilustre periodista al que llamaban sus íntimos Bartolito. Luis Mitre es un abogado notable que, á pesar de su juventud, lleva desempeñados cargos importantes en la judicatura. Era juez de Buenos Aires cuando los deberes de su nombre le obligaron á dedicarse al periodismo, abandonando su honroso cargo, punto de partida para llegar á más altas posiciones. Otro individuo de la familia Mitre, Don Enrique Capriles, desempeña en la actualidad la gerencia administrativa.

La Nación vive interiormente, sin apartarse de sus tradiciones. Periódico de grandes tiradas y próspero desarrollo, no quiere, sin embargo, abandonar la casa en que nació, ni embellecerla con un exterior suntuoso que pregone su importancia. Ocupa hace muchos años el mismo edificio, junto á la antigua vivienda del general Mitre. Las exigencias de su prosperidad la han obligado á adquirir las casas inmediatas para instalar enormes máquinas y nuevas dependencias. Las piezas de la redacción ofrecen lujosas comodidades; pero el aspecto exterior del edificio ha cambiado poco.



BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

Se nota al entrar en *La Nación* ese ambiente venerable de los edificios his-



UNA MÁQUINA ROTATIVA DE «LA NACIÓN»

tóricos que presenciaron grandes cosas. Por sus salones ha pasado Mitre, y con él muchos años de historia argentina. Todavía quedan en esta redacción antiguos periodistas, fieles compañeros de Don Bartolo, que lamentan la desaparición del grande hombre y de los tiempos pasados. Veteranos de la pluma, recuerdan con su lealtad entusiasta á los granaderos de la Guardia vieja. En este país de improvisaciones vertiginosas y repentinos olvidos, la redacción de *La Nación* tiene algo de tradicional, que habla de un pasado de glorias. Don José Varas, redactor del primer día que, viviendo Mitre, celebró sus bodas de plata con *La Nación;* Don Julio Piquet y otros antiguos de la casa, son los últimos representantes del diario dirigido por Don Bartolo.

Un periodista de talento y extensa cultura, el doctor Murature, es el redactor en jefe. Escribe á diario artículos notables, que desde hace años vienen siendo de oposición á los Gobiernos; trabajos de hermoso estilo, lógicos é intencionados en sus deducciones.

En la redacción figuran jóvenes de grandes esperanzas literarias. El secretario de ella es Don Ignacio Orzali, autor de un libro interesante titulado *La Prensa Argentina;* antiguo periodista, culto, laborioso y de simpático carácter.

* * *

A *El Diario* le corresponde, por la fecha de su aparición, el tercer lugar entre las publicaciones argentinas de gran tiraje. Este periódico tiene mucho de personal, pues influye poderosamente en su desarrollo y sus iniciativas el carácter del director, Don Manuel Láinez, periodista incansable y de gran talento, que dedica á sus publicaciones una acción constante y directa. Cuando no está en el palacio del Congreso cumpliendo sus deberes de senador por la provincia de Buenos Aires, se le encuentra en la redacción, llenando cuartillas ó discurriendo nuevas empresas periodísticas. Para él dirigir un diario no representa honores y halagos, sino rudo trabajo, interminables luchas y riesgos personales. Láinez goza fama de ser el escritor más temible de la Argentina. Tiene el adjetivo demoledor, iconoclasta, y la conducta de sus adversarios, injustos y exagerados en las censuras, ha servido para exacerbar aun más su carácter belicoso. El honorable senador se convierte en un mosquetero arrogante cuando así lo exigen sus compromisos de periodista. Varios duelos han sido el coronamiento de sus campañas de pluma, tenaces y apasionadas.



DON MANUEL LÁINEZ

En torno de Láinez se agrupó siempre la juventud. La mayor parte de los que escriben

ahora en los diarios de la capital y muchos de provincias, se formaron bajo la dirección de este maestro incansable. Hoy figuran en la redacción de *El Diario* hombres tan notables como Leopoldo Lugones, que se olvida diariamente de su condición de poeta para escribir artículos políticos; Zavalia Guzmán y Osvaldo Magnasco. El secretario de la redacción es Manuel T. Prado y los cronistas J. R. Villanueva, Adrián Patroni, Ricardo Gramajo, Rodolfo de Puga y Atilio Palma, jóvenes todos ellos que gozan de justo renombre por su mérito literario. Sesenta y cinco redactores trabajan en las diversas publicaciones que se confeccionan en el edificio de *El Diario*, situado en la Avenida de Mayo, todos bajo la inmediata y continua dirección de Láinez.



REDACCIÓN DE «EL DIARIO» EN LA AVENIDA DE MAYO

Éste ha montado la parte tipográfica de su establecimiento con arreglo á los adelantos más recientes, hasta el punto de distinguirse en una ciudad como Buenos Aires, donde todas las publicaciones dedican especial cuidado á los progresos de la maquinaria, deseosas de imprimir mucho papel en el menor tiempo posible. Los talleres de *El Diario* son los únicos de la América del Sud que pueden confeccionar los grandes números en colores que da este periódico como suplemento. La tirada de *El Diario* es de 60.000 ejemplares en sus dos ediciones. Las diversas dependencias de la casa mantienen 421 obreros.

Independientes de esta publicación funcionan como organismos aparte las revistas *La Vida Moderna* y *Tit-Bits*, fundadas por Láinez. La primera es un semanario político y de actualidades, dirigido por Don Arturo y Don Aurelio Jiménez Pastor. Este último figura como uno de los caricaturistas más notables de América. Arturo Jiménez, que dirige la parte literaria del semanario, ha alcanzado notables éxitos como autor dramático y novelista. La circulación de *La Vida Moderna* se agranda rápidamente, llegando á tiradas considerables.

Tit-Bits (en inglés «Trocitos Escogidos») es un periódico de curiosidades y variedades, hecho á imitación de las revistas británicas de este género. Su director, Don Rodolfo de Puga, hábil escritor, infunde un vivo interés á esta publicación, llamada á grandes éxitos de popularidad.

El senador Láinez trabaja en *El Diario* como un verdadero director: no hay cuartilla ni prueba que no pase por sus manos. Á veces se le encuentra á hora avanzada de la tarde, inclinado sobre la mesa de trabajo, revolviendo y anotando papeles de fresca impresión. El almuerzo está intacto junto á él, frío y olvidado.

— Veintinueve años de trabajo — dice Láinez melancólicamente —, y aquí me tiene usted mirando originales lo mismo que el primer día . . . ¡Luego hablan de la gran carrera política de los periodistas!



REDACCIÓN DE «LA ARGENTINA»

Es verdad. En el periodismo todo el secreto del éxito consiste en saber retirarse á tiempo. Pero el que es periodista de raza nunca cree llegada la oportunidad de marcharse. Habla á todas horas de su próximo retiro, y hablando de él le sorprende la muerte.

* * *

La Argentina es el más moderno de los diarios de Buenos Aires. Sólo cuenta tres años como publicación diaria, y, sin embargo, figura, con un éxito cada vez más grande, entre las de mayor circulación.

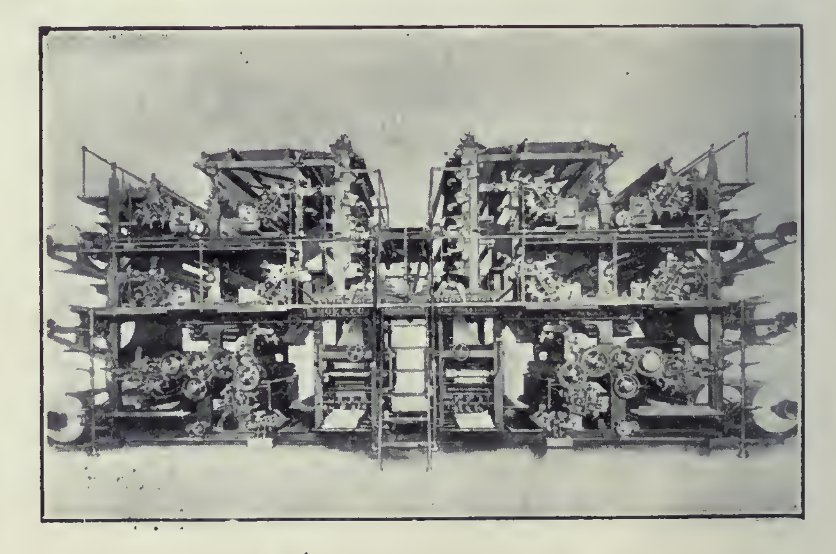


D. EDUARDO MULHALL

Su propietario, Don Eduardo Mulhall, es hijo del venerable fundador de *The Standard*, órgano de la colonia inglesa. Mulhall, carácter emprendedor, ha viajado mucho, y producto de sus estudios periodísticos en Inglaterra y los Estados Unidos, es el tipo de *La Argentina,* inspirado en los diarios populares de Londres y New York.

En la casa de este periódico figura como curiosidad notable una máquina monumental, que puede tirar por hora 96.000 ejemplares de 12 páginas, ó 48.000 de 24 páginas. Esta poderosa máquina se halla en relación con la popularidad del diario. Pocas veces se ha visto tal éxito en una publicación casi acabada de nacer.

El director, educado al lado de su padre en el *The Standard*, se ocupa de la importante y complicada marcha industrial de este grande establecimiento, lo que le impide intervenir directamente en los trabajos de redacción. Al frente de ella figura Don Emilio Hausen, ex ministro de Hacienda de la República, periodista muy competente en asuntos financieros y autor de varias obras sobre la materia. Escritores de reconocido prestigio como Don Federico Rodríguez Anido, Don Alejandro M. Usaín, Don León Lenaín y otros, trabajan en este diario desde que apareció. La con-



UNA MÁQUINA DE «LA ARGENTINA»

dición característica de *La Argentina* es la popularidad. En todas las cuestiones públicas se coloca invariablemente de lado de las masas obreras. También presta marcada atención á los asuntos literarios y científicos, popularizándolos por medio del grabado.


DON FEDERICO RODRÍGUEZ ANIDO

Sus corresponsales en el extranjero son nunumerosos, y muy amplia la información transmitida por el cable. Tiene en su edificio, que se halla instalado en un punto céntrico de la ciudad, diversos consultorios gratuitos para el público, los cuales prestan servicios médicos, jurídicos, agronómicos y comerciales. Además, proyecta construir para redacción y talleres un palacio de catorce pisos. Este diario popular es leído por todas las clases sociales. Ha hecho enérgicas campañas contra los poderes públicos, que le valieron ser llevado á los tribunales en diferentes ocasiones; pero de todos los procesos salió absuelto.

DON EMILIO HAUSEN

La Argentina tiene en sus columnas una sección destinada á la colaboración pública, en la que se pueden exponer nuevas ideas, protestas y reclamaciones, con entera libertad. Los domingos da un suplemento literario, con abundancia de grabados. La marcha de este diario es próspera, y su circulación aumenta considerablemente. Hace ocho años *La Argentina* era un modesto periódico quincenal; hace seis, una publicación bisemanal y hoy se la aprecia como uno de los grandes diarios de la República.


DON ALEJANDRO M. USAÍN

* * *

De los periódicos que se publican en Buenos Aires por la mañana, los tres más importantes, siguiendo el orden de antigüedad, son: *La Prensa*, *La Nación* y *La Argentina*. *El Diario* imprime dos ediciones, igualmente leídas, por la mañana y por la noche. De las publicaciones de la tarde, la más generalizada y popular es *La Razón*.

Este diario, que circula en todas las clases de la sociedad, lo dirige Don Emilio B. Morales, experto periodista, muy inteligente en materias políticas y económicas. El secretario de la redacción y encargado de la parte literaria es Don Tito L. Foppa, joven y culto escritor, de estilo brillante y vastos conocimientos.

La Razón goza fama de periódico bien informado y dispone de un excelente servicio telegráfico. Publica tres ediciones diarias, pero la de la tarde es la que buscan los lectores con predilección.

Tiene Buenos Aires numerosos diarios, todos ellos bien escritos, pero que ocupan diversas gradaciones en el aprecio público. Unos representan, en su actual decaden-


DON EMILIO B. MORALES

cia, un pasado glorioso: otros se hallan en las crisis del crecimiento, luchando por abrirse paso. Algunos son puramente locales, y no alcanzan á circular fuera de Buenos Aires.

La Tribuna es un periódico de larga y brillante historia. Ha figurado como órgano oficial de varios Gobiernos, y por su redacción pasaron muchos hombres notables. Por algún tiempo la dirigió el ilustre escritor Don Mariano de Vedia. Hoy está al frente de este diario el señor Niño, periodista de mérito.

Sarmiento es el título de una publicación de la tarde, muy simpática por la sinceridad con que defiende sus ideas políticas y la cultura de sus redactores. Parece también comunicarla un nuevo atractivo el nombre del gran escritor que le sirve de título. Este periódico ha defendido con desinteresada constancia el programa del partido autonomista. Pellegrini y Don Miguel Cané escribieron mucho en el *Sarmiento*. Lo ha dirigido durante algunos años su fundador Don Manuel María Oliver, periodista notable, distinguiéndose recientemente con una propaganda ardorosa y continua en favor de la candidatura de Sáenz Peña.

DON TITO L. FOPPA

El Tiempo pertenece á Don Carlos Vega Belgrano, descendiente directo del famoso general, héroe de la Independencia. Periodista de larga práctica, maneja el idioma con soltura y posee una extensa ilustración. *El Tiempo* no es un diario próspero industrialmente: sin embargo, muchos lo compran sólo por leer el artículo de Vega Belgrano. Es el mejor elogio que puede hacerse de los méritos de este periodista.

El País lo fundó Pellegrini, y tuvo en otros tiempos una gran influencia en la marcha política de la República. Hombres ilustres colaboraron en él, sosteniendo reñidas batallas en defensa de sus ideales. Actualmente dirige este periódico Don Francisco Uriburu (hijo), quien mantiene con éxito el prestigio histórico de la publicación.

Su principal redactor es Don Mariano de Vedia, al que muchos consideran hoy como el primer periodista argentino. Este escritor artista cincela las frases y engasta en ellas originales pensamientos, sin esfuerzo aparente y con amable naturalidad.

Última Hora es un diario de la noche, en el que colabora la juventud literaria, con gran ingenio y no menos regocijo. Aparte de ciertas exageraciones, que parecen inevitables en esta clase de periódicos, *Última Hora* inspira interés por el talento y la gracia de que hacen alarde en sus columnas redactores y colaboradores.



VEGA BELGRANO

El Nacional, teniendo en cuenta su título, aparece como el diario más antiguo de Buenos Aires. El primer periódico titulado *El Nacional*, se publicó hace sesenta años. En tan largo espacio de tiempo, han pasado por su redacción notables periodistas, y se ha reformado mucho este diario.

Los intereses de la Iglesia católica están representados en la prensa argentina por dos periódicos, *La Voz de la Iglesia* y *El Pueblo*. Algo injustos y apasionados con los liberales, como todos los de su género, hay que reconocer, sin embargo, en estos dos diarios una forma culta de que carecen algunos de sus colegas de Europa. Tal vez influye en ello el ambiente moral de la República Argentina; ambiente de tolerancia y respeto para las creencias ajenas.

* * *

La prensa extranjera tiene gran importancia en este país de continua inmigración, donde existen tantas razas diversas y se hablan tantos idiomas.

Á la cabeza de ella figura como decano *The Standard,* periódico inglés fundado por Don Miguel G. Mulhall, padre del director de *La Argentina.* El señor Mulhall fué uno de los animosos trabajadores de la época en que la República empezaba á constituirse definitivamente y á prosperar. Cultivó tierras, fundó empresas industriales y propagó en su diario las ventajas y riquezas del país, contribuyendo en parte con sus artículos á que los capitales ingleses buscasen colocación en las empresas ferroviarias y agrícolas de la Argentina. Fué el venerable Mulhall un escritor que prestó verdaderos servicios á esta nación, que consideraba su segunda patria. *The Standard* ofrece como diario la estabilidad y la solidez industrial de las publicaciones inglesas. Siempre cuenta con el mismo número de lectores: su público jamás fluctúa. Las observaciones que hace sobre el desarrollo del país, gozan de gran crédito en Europa. Actualmente dirige *The Standard* Don Juan Mulhall, primo del propietario-director de *La Argentina.*



DON MIGUEL MULHALL

Aparece en Buenos Aires otro diario inglés, *Buenos Aires Herald,* que también es muy leído por la colonia británica.

Los italianos, tan numerosos en la Argentina, cuentan con diversos periódicos, tanto en la capital como en las provincias. De todos ellos, el más leído y popular es el diario *La patria degli italiani*, de gran forma y excelente servicio telegráfico. La dirige Don Bruno Citadini, escritor italiano, de notables iniciativas, que ostenta honrosas distinciones por los servicios prestados á su país. Otro diario, también importante, es *L'Italia*, que se publica igualmente en Buenos Aires. Á más de éstos existen numerosos semanarios escritos en dicho idioma.

Los alemanes tienen un diario en la capital y varios semanarios en las provincias. Redactadas en francés aparecen algunas publicaciones. Periódicos rusos, daneses, hebreos y de otras nacionalidades y razas, existen allí donde el azar de la inmigración ha reunido un grupo importante de lectores. Un joven sirio, inteligente y activo, publica un diario turco, que defiende los intereses de los numerosos súbditos otomanos establecidos en la República Argentina.



DON JUAN L. MULHALL

* * *

Los diarios de la colonia española han sido siempre importantes, y eso que sus directores tienen que luchar con la concurrencia poderosa de la prensa nacional. El extranjero que ignora el castellano, busca los diarios de su colonia, que le ofrecen el aliciente de la lengua nativa; pero el español no siente la necesidad del periódico escrito por españoles. Su lengua es la misma del país, y en los diarios argentinos encuentra mayor cantidad de lectura y noticias interesantes que en el diario de la colonia, forzosamente más modesto.

Á pesar de tal inconveniente, la colectividad española viene teniendo su diario desde 1852. En esa época, y mucho después, hasta que aparecieron los grandes periódicos argentinos, *El Español*, fundado por Don Benito Hortelano, figuró como el diario más importan-



DON JUSTO S. LÓPEZ DE GOMARA

te de la República, y, en cierto modo como el órgano oficial de los gobiernos. El general Urquiza fué amigo y protector de Hortelano. En 1870 apareció *El Correo Español*, dirigido por Don Enrique Romero Jiménez, gran entusiasta del general Mitre, y propagador en la colonia española del culto idolátrico á Don Bartolo. Tuvo este diario cierta intervención en la vida pública argentina, pues los entusiasmos de su director le hacían mezclarse en la política. Los hombres más ilustres de la Península: Castelar, Campoamor, Valera y otros, colaboraron en él. Un triste suceso puso fin á la vida de Romero Jiménez. Por disensiones internas de la colonia española de Buenos Aires, que andaba por entonces muy revuelta, se batió en duelo en 1880 con el revolucionario Paúl y Angulo, y recibió un balazo mortal. Uno de sus padrinos fué un joven recién llegado de España, Don Justo S. López de Gomara. Éste se hizo cargo de *El Correo Español*, sosteniendo brillantes campañas, que muchas veces degeneraron en encuentros personales.

López de Gomara, escritor excelente, hombre de generosos sentimientos é incansable en la acción, recuerda por sus facultades y las peripecias de su vida á los antiguos y nobles aventureros de España. Siéntese apto para toda clase de empresas, y hace frente con igual serenidad á las alzas y bajas de la fortuna. Casado en el país, con hijos argentinos y treinta años de residencia en la República, ha participado de todas las alternativas de su segunda patria. Fué modesto periodista y director del importante Banco de la Provincia; ha manejado millones y conocido de cerca la pobreza. Sin dejar el periodismo, López Gomara ejerció en su vida argentina las más diversas profesiones: autor de dramas é interesantes libros en prosa y verso, pródigo protector de inventores y empresarios, bolsista, banquero, colonizador, agricultor, organizador de la industria de la pesca en Mar del Plata, tejedor, bodeguero, director de bancos y ferrocarriles, fundador de pueblos, presidente de municipio, jefe político, y lo que es más importante, millonario y pobre. La gran crisis de 1891 le dejó casi en la indigencia, cuando se veía poseedor de algunos millones. Pero este golpe del infortunio y otros sufridos en su vida de vertiginosa actividad no le hicieron perder un solo instante su fe en los destinos del país y en su propia energía. Para rehacer la fortuna y recobrar la salud, trasladóse á Mendoza, organizando y agrandando el pueblo de Guaymallen. *El Correo Español* pasó entonces á manos del abogado Don Rafael Calzada, el cual



REDACCIÓN DE «EL DIARIO ESPAÑOL»

tuvo que abandonarlo algún tiempo después para atender á sus numerosos trabajos profesionales.

Volvió á Buenos Aires pasados algunos años López de Gomara, atraído por su afición al periodismo, y en *El Diario*, de Láinez, comenzó á escribir una sección con el título de *Páginas de España*. Dejó de publicarse en esto el viejo *Correo*, y entonces Gomara, en 1905, fundó *El Diario Español,* periódico que en cinco años de existencia ha realizado grandes progresos.



SERRANO CLAVERO

Nadie más entusiasta de la Argentina que López de Gomara y que tenga mayor fe en su porvenir. Es argentino por impulsos de su corazón y por afectos que le vinculan para siempre á la República. Hombre vehemente en sus pasiones, resulta el más abnegado de los amigos. Los entusiasmos literarios de la juventud le acompañarán hasta los últimos momentos de su vida. Si le diesen á escoger entre producir una buena pieza de teatro ó realizar un gran negocio, preferiría indudablemente la gloria de la escena. Es un idealista que no supo cautivar á la Fortuna cuando ésta marchó á su encuentro. En el presente, la generosidad y el desinterés siguen tras él como simpáticos compañeros.

El Diario Español cuenta con una redacción importante. El subdirector es Don Rafael Manzanares, que desempeñó en España algunos cargos públicos, y lleva muchos años de ejercicio en la prensa argentina. El notable poeta V. Serrano Clavero actúa como secretario de la redacción. De la crítica artística está encargado el autor dramático Don Javier Santero, antiguo profesor de la Facultad de Medicina de Madrid.

* * *

La prensa ilustrada tiene á su cabeza una revista de gran popularidad, *Caras y Caretas*. Es la publicación argentina más conocida en Europa.

La fundaron Bartolomé Mitre (hijo), el notable escritor criollo José Álvarez, *Fray Mocho*, y los españoles Eustaquio Pellicer y Manuel Mayol, periodista el uno y dibujante el otro. Mitre, que era el director, se retiró al iniciarse la publicación, por no tener gran confianza en su éxito, reemplazándole *Fray Mocho*. Los dos murieron sin haber visto hasta dónde ha llegado el modesto semanario de 1898.

Caras y Caretas se creó sin capital. Sus iniciadores (á excepción de Mitre), eran pobres, y acometieron esta aventura periodística por salir de la indigencia. Ningún capitalista les prestó apoyo. Del primer número tiraron 5.000 ejemplares y temblaban de inquie-



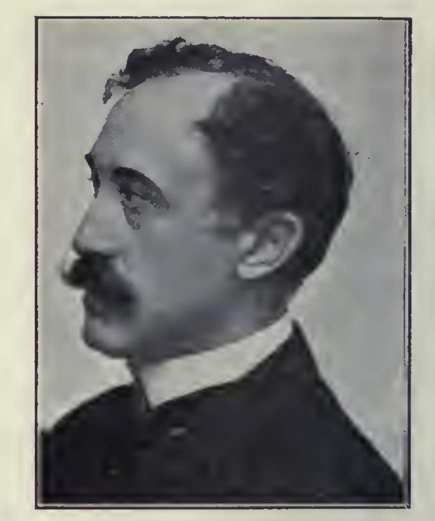
LA NUEVA CASA DE «CARAS Y CARETAS»



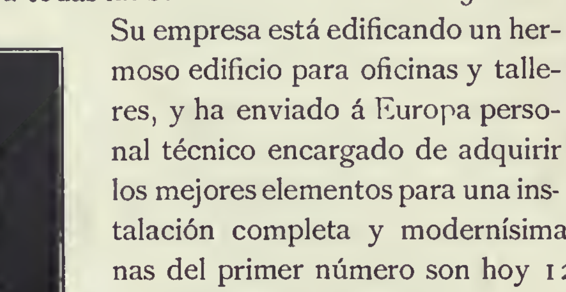
DON CARLOS CORREA LUNA

tud, convencidos de que sobrarían más de la mitad. — «¡5.000 ejemplares! Vamos á empapelar todo Buenos Aires» — decía uno de los fundadores. Del segundo número vendieron 20.000, y el aumento siguió tan rápido, que bien puede decirse que *Caras y Caretas* avanzó á saltos.

Pasados once años, el pobre semanario fundado á la ventura, sin dinero ni apoyo, representa un capital de millón y medio de pesos, y sus acciones son muy buscadas. *Caras y Caretas*, por su volumen y su información gráfica, es la primera revista de todos los países de habla española. Supera en importancia y en tiraje (teniendo en cuenta el precio de venta) á las mejores de Madrid. Los 5.000 ejemplares de su primer número se han multiplicado prodigiosamente, pues tira ahora todas las semanas de 120.000 á 130.000. Su empresa está edificando un hermoso edificio para oficinas y talleres, y ha enviado á Europa personal técnico encargado de adquirir los mejores elementos para una instalación completa y modernísima de artes gráficas. Las 32 páginas del primer número son hoy 120, y algunas ediciones extraordinarias llegan á más de 200.



DON JOSÉ MARÍA CAO



DON LUIS PARDO

Hay que tener en cuenta la índole de esta publicación para calcular el número de sus lectores. Una revista ilustrada no es un diario que se abandona después de leído. *Caras y Caretas* pasa de mano en mano; es el recreo de las familias argentinas. Por esto no resulta aventurado apreciar en más de medio millón el número de personas que la leen semanalmente. Hay un dato que revela el aprecio con que la miran los anunciantes como medio de propaganda. La contratapa de esta revista ha sido arrendada la última vez en 60.000 pesos por 52 publicaciones consecutivas.



DON RODOLFO ROMERO

Caras y Caretas circula mucho fuera de la República: puede decirse que es la revista latino-americana más conocida en el mundo. Su personal de redacción consta de 60 individuos. Tiene, además, en la Argentina 400 corresponsales y 600 agentes, los cuales, á su vez, disponen de muchos subagentes. El número de los colaboradores literarios y artísticos en América y Europa es considerable. Ochenta y siete máquinas tipográficas y litográficas de diversas clases, manejadas por 300 obreros, imprimen el periódico.



DON JUAN OSÉS

Don Carlos Correa Luna, joven y experto periodista, de brillantes iniciativas, que sucedió á *Fray Mocho* como director de *Caras y*


G. FRIEDRICH


JUAN PELÁEZ


ENRIQUE M. RUAS


JUAN HOHAMANN


JOSÉ FLORES

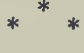
Caretas, ha tenido la satisfacción de ver aumentada su prosperidad con un rápido desarrollo. El jefe de redacción es Don Luis Pardo, ingenioso poeta que firma con el pseudónimo de *Luis García;* el secretario, Don Rodolfo Romero, y los principales redactores Don Juan Osés, Don José Flores, Don Enrique M. Ruas y Don Carlos Puig Coradino. Otro redactor, el Sr. Souza Reyles, ha hecho dos viajes por Europa celebrando entrevistas con las notabilidades literarias y políticas del viejo mundo.


PUIG CORADINO


MARIO ZAVATTARO

La dirección artística de la publicación está encomendada al dibujante Don José María Cao, muy popular en la Argentina por sus ingeniosas caricaturas. Á sus órdenes trabajan los artistas Hohamann, Friedrich, J. Peláez, Zavattaro y otros. El fotógrafo Don José de Arce ha realizado interesantes trabajos de información en Europa.

Caras y Caretas inauguró en la América del Sud el periodismo ilustrado á la moderna, dando á la Argentina un órgano propio en este género, y emancipándola de las revistas extranjeras. Tuvo el acierto de adoptar una forma original, pues no existen publicaciones en Europa que se le parezcan. En el género caricaturesco, *Caras y Caretas* ha realizado una reforma culta. Antes de que apareciese, la caricatura seguía en la Argentina rumbos de mal gusto, que atentaban á la buena educación. Esta revista fué la que impuso la caricatura ingeniosa, ejecutada por artistas de mérito, creando un género especial, muy superior á la sátira gráfica de otros países, pues ni en sus dibujos ni en sus leyendas llega jamás á la grosería. José Cao, el célebre caricaturista de *Caras y Caretas*, es digno de su fama por la gracia de sus obras y el ingenio de los títulos que coloca al pie. Este dibujante, que se ha formado en Argentina, obtendría grandes éxitos en Europa. Dirige artísticamente la publicación desde que se retiró su compañero Don Manuel Mayol, uno de los principales accionistas de la empresa.




JOSÉ DE ARCE

La revista *P. B. T.* fué obra de uno de los fundadores de *Caras y Caretas*, Don Eustaquio Pellicer, quien abandonó en 1904 la citada revista para crear otra. La Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco le


DON EDUARDO HOLMBERG

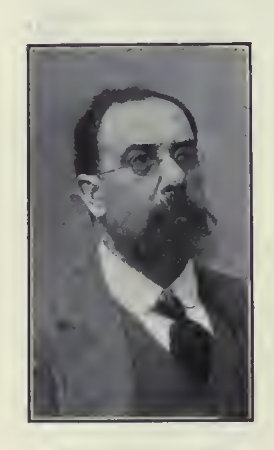
ofreció sus valiosos talleres, asociándose con él para esta empresa. *P. B. T.* obtuvo un éxito inmediato. Pellicer, experto en tal clase de publicaciones, supo darle desde los primeros números gran interés. Le acompañaron en su nueva fundación Don Juan Sanuy, como director artístico, y Don Eduardo Pueyo y Don Julián de Vargas, como redactores.


DON EDUARDO PUEYO

El carácter de la revista queda expuesto en su subtítulo, «Semanario infantil ilustrado (para niños de nueve á ochenta años).» Hay, efectivamente, en sus 192 páginas lectura adecuada para gentes de todas edades y gustos. Predomina la nota humorística y satírica en artículos y caricaturas, y abundan las informaciones mundiales, todo con gran profusión de grabados.

Recientemente abandonó el Sr. Pellicer la dirección de *P. B. T.* para descansar de su vida profesional, tan abundante en creaciones y éxitos, y le ha sustituído Don Eduardo A. Holmberg, hijo del célebre naturalista del mismo nombre. Holmberg es muy hábil en este género de publicaciones ilustradas, habiendo trabajado antes en *Caras y Caretas.*

Los puestos más importantes de *P. B. T.* los ocupan Don Eduardo Pueyo, Don Enrique Vera y González y Don Julián de Vargas, como redactores literarios. Don César Maureso dirige la marcha administrativa del periódico, que alcanza grandes éxitos de popularidad. La parte artística se halla encomendada á Don José Olivella y al joven dibujante Don Pedro Rojas. Este, antes de trasladarse á la Argentina, había conquistado en España un justo renombre por sus trabajos.


VERA Y GONZÁLEZ


DON CÉSAR MAURESO

P. B. T. es la revista que semanalmente da mayor cantidad de lectura, profusamente ilustrada. En algunos números pasan de 400 los grabados que acompañan al texto, además de numerosas láminas en colores.

La Ilustración Sud-Americana es otra revista, de gran forma, muy elegante en su presentación. Colaboran en ella notables escritores nacionales y extranjeros y su lectura amena ofrece especial atractivo á las familias.

VIII

EL CARÁCTER ARGENTINO - LA MUJER - LA BENEFICENCIA

«Los argentinos — dice Elíseo Reclús — tienen la inteligencia fácil y maravillosamente receptiva del español. Poseen la audacia y el valor en alto grado, y comparados con sus vecinos los brasileños, presentan un carácter más decidido, una voluntad más firme, una fuerza de ejecución más rápida y más enérgica. Bajo el impulso de nobles ideas se entregan fácilmente á grandes entusiasmos colectivos. Llenos de ambición, ansían «hacer cosas grandes», y realmente las hacen, desarrollando sus recursos materiales con un impulso tan rápido, que ha llegado á maravillar á los americanos del Norte».



PARQUE DE PALERMO. AVENIDA DE LAS PALMERAS

La audacia y el valor de que habla Reclús son, efectivamente, las condiciones más salientes del carácter argentino. En ningún país se rinde un culto tan sincero al coraje humano. Los argentinos, aunque posean una educación superior, admiran la valentía casi con preferencia á la virtud y el talento. Esta pasión por todo lo que resulta audaz y enérgico es herencia tal vez de los rudos abuelos, que para subsistir tenían que pasar el día á caballo, con la lanza pronta á toda clase de peligros.

Un malvado, si es valiente, encuentra cierta disculpa á los ojos del argentino. Execrará éste sus delitos; pero seguramente se apiadará de su persona, deseando para ella mejor suerte. En la vida social de las clases superiores, se encuentran á veces hombres de presa, temibles *arrivistas*, que, proponiendo ciertos negocios, saquean al amigo. Pero son valientes; en caso de conflicto saben defenderse con arrogancia, y esto basta para que mantengan su posición y las gentes no creen el vacío en torno de ellos.

En cambio, la cobardía, la falta de carácter, no se perdona. Notables políticos se han desacreditado para siempre porque en un momento decisivo no supieron repeler los insultos de sus adversarios. Personajes de talento quedan desconceptuados si en algún lance de su vida muestran flojedad. Hasta las gentes más cultas no pueden disimular su desprecio por los que carecen de valor personal. La mujer argentina tiene tal concepto del hombre de su país, que



PARQUE DE PALERMO. LOS LAGOS

no puede imaginárselo cobarde, y cuando nota en uno de ellos ausencia de coraje, su asombro es aún mayor que su desprecio ó su lástima. En Argentina se pueden tener vicios y realizar negocios de mala fe, lo mismo que en cualquier otro país de la tierra, sin que por ello sufra gran quebranto el crédito personal: se puede ser ignorante, presuntuoso, embustero, maligno, pero todos estos defectos se compensan con sólo una condición: no conocer la cobardía. El valiente, sólo con serlo, lleva ganada una parte de éxito en este país de lucha y concurrencia.

El culto tradicional al valor, tan generalizado en Argentina, no se advierte á primera vista. Las buenas maneras habituales en toda clase de gentes, el trato dulce y cortés, el habla melosa de algunas provincias, la atención con que escuchan al extranjero, ansiosos de aprender cosas nuevas, y la virtud de la hospitalidad, heredada de los tiempos coloniales, hacen creer á los ignorantes de las condiciones del país que el argentino es flojo de ánimo y tardo en indignarse. ¡Fatal equivocación, que conduce á muchos extranjeros á peligrosos choques! Que la injusticia ó la ofensa arañen este exterior afable, y reaparecerá el nieto del jinete de las llanuras, del peleador irreductible, que exponía su cabeza en las contiendas civiles con la mayor tranquilidad.

El argentino es temerario, pero guarda su coraje para los momentos de pelea. En la vida ordinaria evita la fanfarronería y la insolencia, á que tan inclinados se muestran otros pueblos. Sus maneras corteses disimulan un valor y una audacia que en las últimas clases sociales llega hasta la ferocidad. En la Argentina no existe el matón jactancioso y exagerador de sus hazañas. El antiguo gaucho malo, el cuatrero vagabundo evitaba hablar de las muertes que había hecho y las llamaba *desgracias*. En las clases elevadas, raramente se encuentran buscadores de querella ni duelistas por placer. Pero todos son diestros tiradores de armas, y cuando llegan á un lance tiene éste un carácter mucho más grave que en otros países.

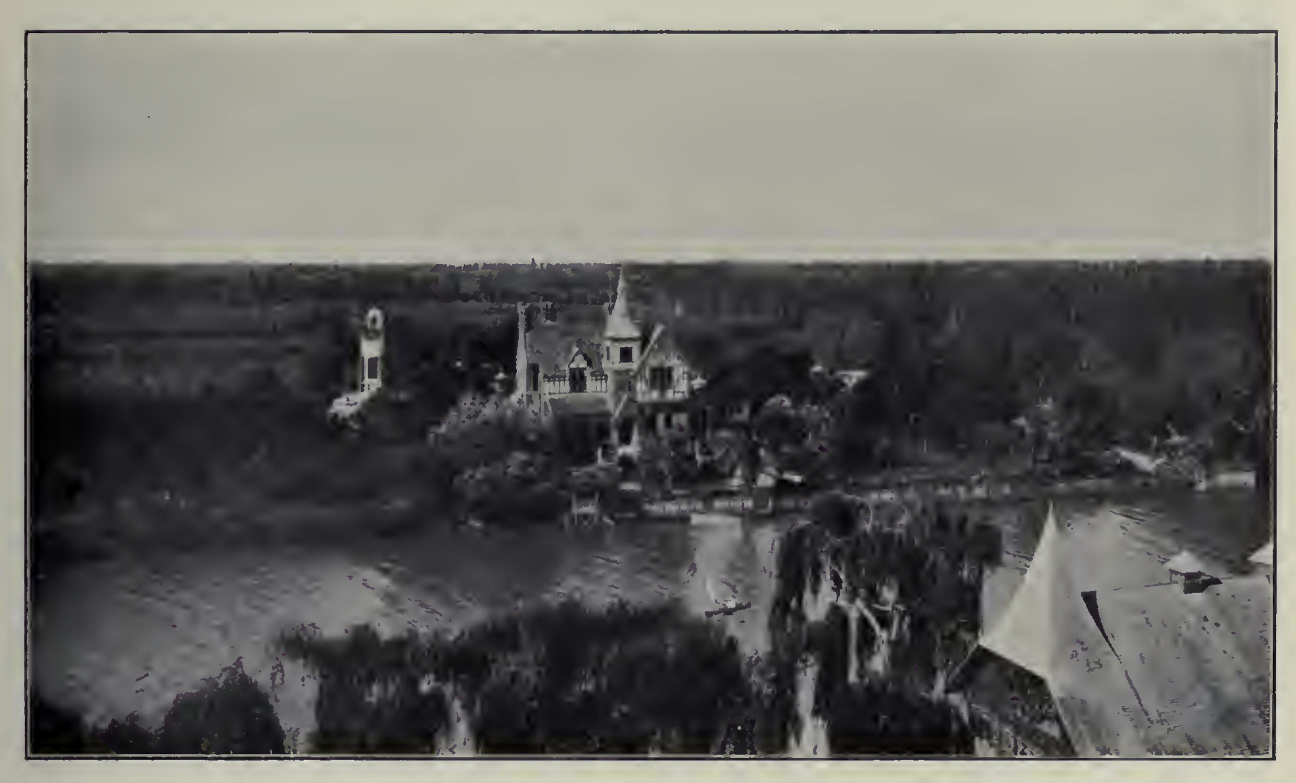


BUENOS AIRES. BARRANCA BELGRANO

Revélase también en la vida nacional esta condición característica del argentino: valeroso, audaz y poco inclinado á alabarse de sus cualidades. Otros pueblos,

de poseer los medios de defensa de la Argentina, estarían á todas horas exaltando la fuerza de su ejército y su armada. El argentino ama la paz, y ocupado en su trabajo sólo se acuerda de admirar, cuando llegan las fiestas patrias, á los hombres de armas encargados de la defensa del país. Este ejército, que todos respetan, pero en el que se piensa muy poco, es una genuína representación del carácter nacional. Jamás se le ocurrirá desear, como en otras naciones, una idolatría entusiástica por sus servicios. Es modesto y no atribuye á su valor un mérito extraordinario. Cumple su deber sin intervenir nunca en las funciones del gobierno.

Este núcleo de la Argentina armada, con todas sus condiciones de valor y de modes-



UN PANORAMA DEL TIGRE

tia, no ha sido derrotado jamás dentro de las fronteras nacionales. Ningún enemigo lo ha visto correr. La única vez que sufrió un descalabro, en la jornada de Sipe-Sipe, prefirió dejarse copar antes que volver las espaldas.

* * *

Una condición del carácter argentino, tan sobresaliente como el valor, es la curiosidad; el afán de nuevos conocimientos; un deseo de saber, inquieto é insaciable, como no lo posee pueblo alguno de la tierra. El antiguo refrán «nadie se acuesta sin haber aprendido algo nuevo», resulta insuficiente para este país. El argentino consideraría perdida su jornada si se acostase no poseyendo, al menos, una docena de conocimientos nuevos.

Esta curiosidad nacional se manifiesta en todas las edades y clases. Los periódicos, enormes y de nutrida lectura, verdaderas enciclopedias diarias, que hablan de todo y se ocupan de cuantos problemas existen, reflejan la general ansia de aprender. Todo interesa á los argentinos: su curiosidad de pueblo joven abarca el globo entero.

En Europa vivimos dedicados á especialidades. Cada uno, aparte de esa ilustración general



REGATAS EN EL TIGRE

que es como el barniz de la vida moderna, ahonda en una sección determinada del vasto campo de la mentalidad. Hasta las curiosidades se mueven en un radio limitado. A los latinos nos interesan las naciones de nuestro origen, y las noticias de los otros pueblos atraen flojamente nuestra atención. Igual les ocurre á las gentes del Norte de Europa con sus hermanos de raza. Y unos y otros apenas si tienen una vaga concepción de lo que ocurre en el resto del mundo.

El argentino, en cambio, desea enterarse de lo que ocurre en su continente, y en el otro, y en todos los lugares del globo terráqueo. Su facilidad de asimilación, su prodigiosa retentiva le permiten hablar de todos los asuntos: su curiosidad se estremece y se abre con el ansia de novedades.

Tiene el carácter de los argentinos cierta semejanza con el de los antiguos galos, venerables abuelos del parisién actual, que salían á los caminos para detener al viajero y lo llevaban á su choza, abrumándolo á preguntas y no soltándolo hasta que habían exprimido de su memoria la última noticia. Encontrar á un argentino de alguna lectura en un vagón de ferrocarril ó sobre la cubierta de un buque, es lo mismo que tropezarse con un reporter insaciable. Sus ojos y su gesto reflejan la ansiedad por conocer nuevas opiniones. Sonríe cortésmente mientras dispara sus preguntas con la presteza de un cañón de tiro rápido. «Y diga usted, señor, ¿qué opina usted de... tal cosa?» Las consultas no pueden ser más diversas y revelan una curiosidad sin límites. Os pregunta lo que pensáis sobre tal ó cual escritor; qué escuela literaria es la que se halla más de moda; de qué procedimientos os valéis para escribir los libros; si tenéis manías, como debe tenerlas todo autor que se respeta; qué opináis del *radium* y de la aviación; qué os parece el nuevo presidente del Consejo de ministros de Rusia y cuál es vuestro criterio acerca del Gabinete obrero que gobierna Australia.

Y desorientados por esta curiosa facundia, que abarca toda la tierra, os sentís empequeñecidos, humillados. Muchas de las cosas que os pregunta las ignoráis: apenas si habéis obte-

nido vagas noticias de ellas, ocupados en trabajos especiales que son de vuestra predilección. De los gobernantes de Australia ó los ministros de Rusia, conocéis vagamente los nombres y sentís deseos de contestar que deben hallarse buenos de salud: ¡gracias!



BUENOS AIRES. PASEO DE LA RECOLETA

Esta curiosidad se refleja igualmente con una innovación continua en las manifestaciones intelectuales del país.

Lucen las damas de Buenos Aires las modas nuevas de París y Londres á los veinte días de haber aparecido en estas capitales. Cuando aun no se han generalizado en las ciudades de Europa, ya están usadas y casi viejas en las calles de la metrópoli platense. Es más: algunas veces las modas europeas mueren al nacer: el resto del continente no las adopta, y desaparecen sin que nadie sospeche que han vivido al otro lado del Atlántico una temporada más ó menos breve.

Igual ocurre con las ideas. Surge en Europa una teoría científica, original; una nueva tendencia literaria, y á la semana de haber llegado á Buenos Aires envuelta en las cubiertas de una revista, ya hay profesor que la expone en la cátedra ó escritor que la propala en sus artículos. Si la novedad llega á arraigarse, por ser de un valor positivo, ocurre que mientras se propaga lentamente por Europa, ya están cansados en Buenos Aires de hablar de ella. Si fracasa — y es lo que ocurre las más de las veces — , el viejo mundo se queda sin enterarse de esta tentativa, que durante meses, y aun durante años, circula al otro lado del Océano como la última y más grandiosa conquista del pensamiento. De aquí que el europeo sienta cierta desorientación, como si cayese en un mundo extraño, al llegar á la Argentina y oir que le hablan de grandes obras que desconoce y genios del viejo mundo totalmente ignorados en el país de origen.



BUENOS AIRES. PASEO DE LA RECOLETA

Inútil es decir que la Argentina posee, como todas las naciones progresivas, una minoría de hombres selectos dedicados al estudio y que profundizan determinadas especialidades. Pero yo hablo del carácter general del país, de su curiosidad insaciable, que todo lo desea saber y todo lo quiere abarcar.

Esta curiosidad no es digna de censura: antes bien puede considerarse como una de las grandes condiciones del pueblo argentino: tal



REGATAS EN EL TIGRE

vez la mejor y la más útil. El deseo de saber ha sido el resorte impulsor de su progreso. Merced al afán de enterarse de todo lo nuevo, la Argentina ha ido desenvolviendo rápidamente sus fuerzas morales y explotado las ventajas que le ofrecía la naturaleza.

Por otra parte, esta curiosidad ofrece sus defectos. Muchos argentinos, afanosos de aprenderlo todo, tienen mentalmente la frívola ligereza del pájaro. Apenas desfloran una idea, pasan á otra. Discurren á pequeños saltos: su movilidad sólo les permite gravitar breves instantes sobre el mismo pensamiento.

Cuando oyen hablar de un autor que no conocen, preguntan inmediatamente por su obra maestra. No es delicadeza literaria; es deseo de poseer de un golpe todas sus ideas. Así no necesitan leer las demás obras, y su curiosidad puede volar en busca de otras novedades.

En los teatros se suceden los estrenos incesantemente. Triunfa una obra en una capital de Europa, y antes de que pase á las provincias de la nación de origen, ya canturrean los niños su música en las calles de Buenos Aires. La prontitud de la novedad teatral corre parejas con la escasa duración de las obras en los carteles anunciadores. Necesita la curiosidad un aliciente diario. Las novedades de hoy son viejas mañana, y deben morir para dejar sitio á la incesante renovación. Compañías que llegan de Europa para dar treinta representaciones, traen otras tantas obras preparadas. El mayor de los éxitos para una de ellas es mantenerse tres días en el cartel. En el teatro de Colón casi nunca se canta dos veces seguidas una misma ópera.

Un empresario de teatros me contó una anécdota que retrata la curiosidad argentina. Para representar en Buenos Aires un baile mímico de gran espectáculo, salió de Italia un vapor con decoraciones, numerosa orquesta y gran cantidad de bailarinas. Se arriesgaba mucho dinero

en la empresa, pero la obra era de éxito seguro. En las principales capitales de Europa se había representado años enteros. Al llegar á la ciudad del Plata hubo que contratar más figurantas y hacer numerosos ensayos. Un mes de espera y nuevos gastos. La noche del estreno el éxito fué delirante. El público salía del teatro haciendo grandes elogios. «¡Muy hermoso! ¡Muy lindo!» Algunos se aproximaban al despacho de los empresarios, y luego de felicitarles preguntaban con naturalidad: — ¿Y qué baile dan ustedes mañana? . . .



MAR DEL PLATA. LA RAMBLA

El ansia de novedades, con todos sus defectos, es preferible á la indiferencia embrutecedora de otros países. Tal vez parezcan muchos argentinos frívolos y poco seguros en su curiosidad; pero con su ávido deseo de nuevos conocimientos, trabajan por el desarrollo de su patria más que aquellos que permanecen apáticos é indiferentes á cuanto les rodea.

Desean «trabajar en grande» en su progreso intelectual; hacer cosas enormes, de un solo golpe, lo mismo que las han realizado en su progreso económico. Y como su cultura es joven y empezó á desarrollarse á última hora, cuando la civilización moderna llevaba muchos años de producción, de aquí que se agiten tanto, queriendo abarcarlo todo, poseerlo todo, sin pérdida de tiempo, temerosos de que su vida se extinga sin realizar esta conquista.

Argentina reproduce actualmente, más en grande — como puede reflejar todo un pueblo las condiciones de un grupo selecto de individuos —, aquella curiosidad de los hombres del Renacimiento, que enardecidos por el resurgir del tesoro intelectual helénico, se asomaron á todas las ciencias, gustaron de todas las artes, pasando de un conocimiento á otro con la prisa del que teme no llegar á aprenderlo todo antes de que le sorprenda la muerte. La noble ansiedad de los italianos, franceses y españoles de los siglos XV y XVI, múltiples en sus estudios y sus actividades, se ha reflejado en algunos personajes de la Argentina moderna, hombres de ciencia y de guerra, poetas, militares, artistas, médicos é historiadores, todo á la vez.


BUENOS AIRES. JARDÍN BOTÁNICO

La curiosidad es la que ha hecho que el rudo ganadero de años atrás se dedicase al estudio, importando de Europa las mejores especies para el mejoramiento de la raza: ella ha convertido al pastor en agricultor y ha transformado las ciudades, y modificado la educación tradicional. Muchos que critican á la Argentina — envidiosos tal vez de sus progresos—, no dan valor al habitante, y atribuyen su desarrollo únicamente á las riquezas naturales que encierra. Es falso. La natura-

leza ayuda generosamente al hombre en este país; pero el hombre, á su vez, entra igualmente por mucho en el aumento de la producción. Otro pueblo, en iguales circunstancias que el argentino, tal vez se hallaría á estas horas pobre y estacionario, sin explotar sus tesoros. Las personas ayudan mucho á la tierra. Uno de los mejores elementos de producción ha sido la curiosidad que impulsó al estudio y al perfeccionamiento. Esa misma curiosidad es la que ha aconsejado á la República una acogida maternal para el extranjero, que tanto contribuye al engrandecimiento del país. Todas las naciones americanas tienen abiertas sus fronteras, y algunas hasta fomentan la inmigración con una costosa propaganda. Sin embargo, la corriente humana marcha directamente á la Argentina; el país de las curiosidades infatigables; la tierra de los galos sudamericanos, que abren su casa al viajero porque con él llega un eco de lo que se piensa al otro lado del Atlántico.

* * *

Un rasgo del carácter nacional, derivado de la curiosidad, es la impaciencia. No le bastan al argentino sus progresos actuales: necesita más, mucho más.

Y esta impaciencia, en fuerza de ser noble y patriótica, tiene á veces algo de inocente. Muchos argentinos exigen que en su país todo sea perfecto, y se indignan, y claman contra los gobiernos y hasta contra la misma nación si atisban algo defectuoso. Desean solucionar en su patria todos los problemas sociales, y se sulfuran cuando los encuentran sin resolver, como ocurre en los demás pueblos del planeta.



BUENOS AIRES. ESCALERA DEL TEATRO DE COLÓN

Los políticos enemigos del Gobierno lo atacan porque no representa á la opinión, ya que el sufragio, según ellos, no se ejerce puramente. ¡Ah, cándidos y entusiastas amigos! ¿Y en qué país del mundo, Monarquía ó República, no ocurre lo mismo? La pureza del sufragio es una ilusión, como tantas otras que nos ayudan á sobrellevar la vida. En casi todos los pueblos interviene la influencia gubernamental, siempre que se aparenta consultar la opinión pública por medio de las elecciones; y allí donde aseguran muchos que no se ejerce esta influencia (en Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo), interviene el dinero, y el honrado ciudadano vende su voto ú obliga á los candidatos á gastos enormes, lo que despoja al sufragio de su necesaria espontaneidad. Lo importante para un país joven es vivir próspero, desarrollarse progresivamente, así lo dirija un dictador, siempre que éste lo sea en sentido avanzado.

La pobre humanidad marcha á tientas por los pasillos de la Historia, cho-

cando con puertas cerradas. Cuando echa abajo una, con el estallido de una revolución, y cree tropezar detrás de ella con la Verdad, encuentra un nuevo corredor, igualmente oscuro, y al final otra puerta aun más fuerte. No se ha llegado todavía á la perfección en ninguna de las cuestiones morales que agitan al viejo mundo desde hace siglos. La justicia absoluta es una esperanza, hasta en las naciones de mayor adelanto moral. ¿Por qué buscar y exigir toda clase de perfecciones en un pueblo que casi acaba de salir de la niñez? . . .



BUENOS AIRES. VESTÍBULO DEL TEATRO DE COLÓN

Esta impaciencia ofrece la excusa de un vehemente patriotismo. Los argentinos quisieran tener en su país el Gobierno más perfecto de la tierra, y ver resueltos en su vida nacional todos los problemas económicos y sociales que aun no ha solucionado Europa.

Lo mismo que el valor y la curiosidad, es la impaciencia (aun con todos sus defectos), una de las condiciones del carácter argentino que favorecen y aceleran el desarrollo nacional. Este carácter se muestra en la vida ordinaria esencialmente individualista y democrático. El argentino se lo debe todo á sí mismo, y puede aspirar á las más altas posiciones. La sociedad no le tiende la mano si cae, pero tampoco le opone obstáculos en su ascensión. Cada uno se abre camino según sus fuerzas. El nacimiento, que tanto influye en otros países, apenas si se tiene en cuenta en esta tierra de antiguos hidalgos coloniales. Se ve á muchos jóvenes ocupar posiciones ó adquirir fortunas en las que jamás soñaron sus padres. Éstos quedan en la misma situación que tenían antes del triunfo de sus hijos.

Las distinciones y vanidades de Europa no se comprenden ni se conciben en esta democracia. Familias antiguas, que descienden de la más rancia nobleza de España, han olvidado su origen en este ambiente igualitario y sonreirían si alguien las propusiese reclamar sus venerables títulos. Es muy raro que las ricas herederas de Buenos Aires pretendan casarse en Europa con príncipes ó duques arruinados, como las millonarias norteamericanas. Los blasones no las tientan. Saben, además, que los títulos históricos no dan en la Argentina republicana un nuevo prestigio; antes bien, son objeto de la fina burla criolla. Entre las águilas heráldicas y las vacas y las ovejas de las estancias, prefieren á estos animales, menos altivos y más útiles.

* * *

La mujer tiene una importancia enorme en la vida argentina. «La influencia de la mujer — ha dicho un escritor — se engrandece en las democracias. A medida que se borran las distinciones, que se suavizan los lazos sociales y las palabras de nobleza, burguesía y pueblo pier-



BUENOS AIRES. GALERÍA ALTA DEL TEATRO DE COLÓN

den su significación, la mujer propende á dominar este océano igualitario, donde todas las ambiciones se entrechocan y confunden.» En las democracias, la mujer protege á la sociedad de errores y excesos, con su prudencia instintiva. Los países democráticos, por obra de sus leyes emancipadoras, achican la autoridad del padre de familia, pero al mismo tiempo aumentan dentro del hogar la influencia cariñosa de la madre.

En ningún país de América tuvo tanta importancia la mujer como en Buenos Aires al iniciarse la revolución de 1810. Las damas porteñas recordaron, con su viril arrojo, á Doña Isabel de Guevara y demás señoras venidas al Río de la Plata con la expedición de Don Pedro de Mendoza; nobles y valerosas hembras (las primeras blancas del país) que aguantaban el hambre para dar su pan á los combatientes desfallecidos, cuidaban á los enfermos, cargaban los arcabuces, «ponían fuego en los versos», sargenteaban en los combates, hacían frente al tigre y no encontraban servicio, por duro que fuese, capaz de intimidarlas.

Se vió á las damas porteñas en la semana de Mayo de 1810, vestidas de azul y blanco, entrar en los cuartos de banderas de los cuarteles para exhortar á los oficiales de milicias en favor de la causa popular. Ellas decidieron al fluctuante coronel Saavedra á colocarse enfrente del virrey. La revolución fué obra suya. Hasta se privaron de ciertos gastos destinados al embellecimiento de sus personas para dedicar los ahorros á la compra de fusiles.

Su influencia en el hogar y en la vida política y sus servicios á la patria, que acababa de constituirse, fueron reconocidos públicamente. Bernardino Rivadavia, organizador civil de la República, quiso que la mujer desempeñase oficialmente un papel semejante al que tenía en el interior del hogar, y decretó la creación de un Consejo superior de damas, con el título de «Sociedad de Beneficencia». Esta organización vive aún rica y floreciente. Exceptuando la época de Rosas, en que fué disuelta, como todo lo que recordaba el gobierno progresivo de los unitarios, la «Sociedad de Beneficencia» viene funcionando tres cuartos de siglo, poderosa y respetada como un Estado dentro del Estado. Después del Presidente de la República, pueden reputarse como subjefes nacionales el presidente del Consejo Nacional de Educación y la presidenta de la Sociedad de Beneficencia.

Rivadavia confió á las señoras la dirección y administración de las escuelas de niñas, así como de los hospitales y asilos de huérfanos y ancianos: en una palabra, todas las fundaciones en beneficio de la mujer y de la infancia. El ilustre gobernante, al crear este organismo,

realizó, con sabia previsión, una gran economía para el Estado. Quinientos pesos anuales fué la cantidad señalada por todo presupuesto á la nueva institución; pero se contaba con la iniciativa hábil de la mujer y su poderosa influencia. Ella adquiriría, por cuenta propia, todo lo necesario para atender á los benéficos servicios.

Así ocurrió. La República ha ido entregando cada vez más dinero á la Sociedad de Beneficencia; pero los ingresos principales se los procuran las mismas damas por medio de



BUENOS AIRES. INTERIOR DEL TEATRO DE COLÓN

contribuciones indirectas, cobrando un tanto por ciento sobre las funciones de teatro, las carreras de caballos y toda clase de diversiones. Al reorganizarse la enseñanza, perdió el Consejo de señoras la dirección de las escuelas de niñas, pasando éstas á ser gobernadas por el Consejo Nacional de Educación. Ahora, sus ingresos los dedica en absoluto al sostenimiento de numerosos hospitales y asilos.

La Sociedad de Beneficencia es una de las instituciones argentinas más sólidas y mejor organizadas. La matrona porteña dedica á los servicios benéficos la misma atención que á su propia familia.

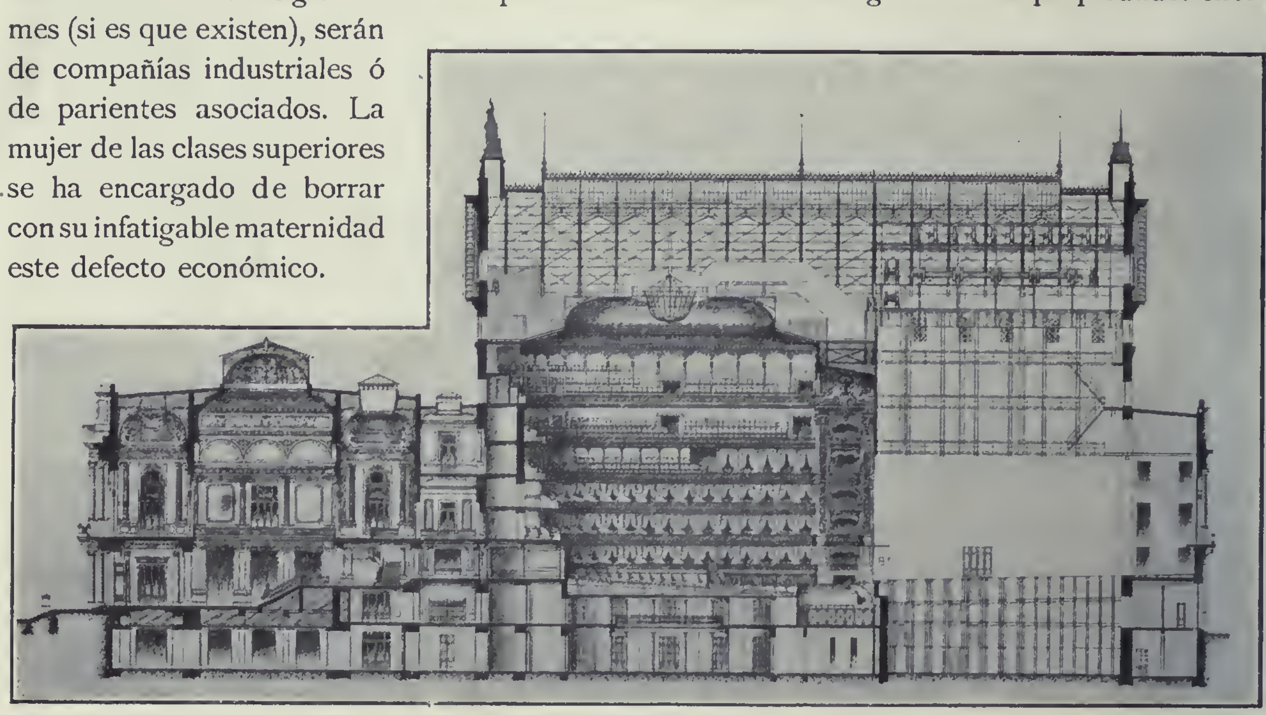
La autonomía de este Consejo femenino, que no depende de nadie, le ha hecho subsistir por encima de todos los dramas y choques de la Historia nacional. Algunas veces el grupo de respetables damas ha intervenido secretamente en bien del país para la conciliación de los partidos y el apaciguamiento de las pasiones, que amenazaban la tranquilidad pública.

* * *

El sentimiento de la maternidad domina en la mujer argentina.

Tiene esta República todas las condiciones para ser grande: sólo le falta población, y parece que la mujer, enterada de ello, se apresura á colaborar con sus entrañas en la grande obra nacional. El porvenir de la Argentina reside en los flancos de sus hembras, y éstas cumplen valerosamente el deber patriótico, secundadas por la naturaleza.

Pocas mujeres de la tierra tan fecundas y tan orgullosas de su abundante maternidad. Las familias son tan numerosas como las proles bíblicas. Con esto, al par que aumenta la población, se borra el absurdo de las grandes propiedades. La tierra se subdivide con rapidez, gracias á la mujer, y ganan con ello la prosperidad nacional y el trabajo. El propietario de una estancia de veinticuatro leguas tiene doce hijos, que ya no poseen más que dos leguas. Estos, á su vez, procrean una prole numerosa, obligada á fraccionar su herencia y á cuidar la tierra con más esmero. Antes de un siglo habrán desaparecido lós estancieros en grande. Las propiedades enormes (si es que existen), serán de compañías industriales ó de parientes asociados. La mujer de las clases superiores se ha encargado de borrar con su infatigable maternidad este defecto económico.



TEATRO DE COLÓN (CORTE LONGITUDINAL)

Adopta la argentina todas las modas y hasta las modifica con una gracia especial. Es elegante por instinto, con arte espontáneo. Ama el lujo y se asimila lo más delicado del viejo mundo. Pero esta asimilación se mantiene dentro de los límites de lo material, pues repele las ideas demoledoras del feminismo europeo y se ríe de ellas. Su alma de criolla, en la que reviven escrúpulos y virtudes de las honradas abuelas, se aleja con repugnancia de ciertas novedades inmorales.

El matrimonio y la maternidad están en crisis en muchas naciones de Europa. Las jóvenes huyen del casamiento como de una esclavitud degradante, y si se casan, evitan tener hijos, viendo en esto una amenaza de fealdad y de enfermedades.

En Argentina, por el contrario, el matrimonio y la maternidad son dos instituciones cada vez más prósperas y robustas. Las mujeres se casan jóvenes y cumplen animosamente su función reproductora, con un orgullo entusiástico, igual al del militar que relata sus campañas y sus heridas en defensa de la patria.

Representa casi una inconveniencia preguntar en un salón de Europa á una señora de



EJÉRCITO ARGENTINO - CORACEROS



BUENOS AIRES. TEATRO DE COLÓN



BUENOS AIRES. LA DIRECCIÓN DEL HOSPITAL DE ALIENADOS

buen talle y deslumbrante hermosura cuántos hijos tiene. En los salones de Buenos Aires, damas de esbeltez primaveral hablan de sus pequeñuelos con un fervor de buenas madres, incapaces de olvidar á su prole aun en medio de los esplendores de una fiesta. El número de sus descendientes enorgullece á estas señoras elegantes y graciosas.

— Yo tengo seis hijos — dice una sonriendo.

Otras tienen diez, tienen doce, ó tal vez más, y el extranjero queda maravillado por el aspecto de estas hembras de vigor extraordinario, á las que la maternidad no roba la frescura de la tez ni la gallardía de las formas.

El cruce de las razas, la energía laboriosa de los ascendientes y otros motivos, han creado un pueblo sano y fuerte que posee, como pocos, la santa alegría de vivir. Estas mujeres parecen surgir más frescas y hermosas de las crisis de la maternidad. En Europa, la madre sacrifica á sus hijos una parte de su belleza al darlos á la vida. Aquí puede afirmarse que la madre se renueva luego de las crisis de su alta función social. Diríase que la naturaleza quiere premiar á las argentinas con un prodigioso rejuvenecimiento, para que no se acobarden ni desmayen en la noble tarea de ayudar al país, cada vez más grande y poderoso, así como aumenta su población.

El vigor de la raza y la temprana edad en que se verifica el casamiento de las mujeres, hacen que éstas, al repetirse en sus hijas, se hallen lejos aún de perder su hermosura. Algunas veces dos beldades, que parecen hermanas, resultan ser madre é hija. Hay abuelas adorables de treinta y cinco años, que sonríen graciosamente al hablar de sus nietos. La belleza argentina ofrece un espléndido desarrollo. Toda mujer es una matrona joven, sana, fuerte y animosa, que se renueva en la gracia de sus hijas y la virilidad de sus hijos. La salud bien equilibrada, y la función maternal repetida casi todos los años, la proporcionan una cordura inquebrantable de juicio y cierta severidad de costumbres.

La argentina muéstrase, por regla general, de una virtud sólida. Su imaginación no es propensa á extravíos. El porvenir de los hijos la impide, con sus incesantes atenciones, el pensar en ella misma. No muestra la aspereza de una virtud ruda y antipática. Sonríe,



BUENOS AIRES. HOSPITAL DE ALIENADOS


BUENOS AIRES. HOSPITAL DE NIÑOS

bromea ingeniosamente en la conversación; hasta sabe burlarse finamente de los hombres, pero ni por un momento pierde la gravedad y el equilibrio de su carácter. La pasión extralegal, misteriosa y dramática que constituye el eterno argumento de las novelas, es poco frecuente en Buenos Aires. La alta sociedad jamás encuentra tema para sus murmuraciones en la virtud de la mujer. El adulterio no abunda, y los dramas pasionales apenas son conocidos.

El hombre es de conducta más ligera. La vida de club, los teatros y otros centros de placer que importan cargamentos de mercenarias de Europa, quebrantan su fidelidad. La mujer cumple con más firmeza los compromisos contraídos. Se mantiene algo aislada del trato social, y si busca reuniones y fiestas, es con las de su sexo.

Le basta pensar en sus hijos; y cuando la imaginación pide algo más, lee libros, y, sobre todo, habla de trajes. Los trapos son su preocupación y su placer. La moda absorbe su pensamiento, no dejando lugar á otros deseos.

*
* *

La Argentina sufre el poder de un déspota que no puede morir, pues se renueva todos los años. Este tirano gracioso é irresistible en sus mandatos es el niño, que goza en la familia de tanto poder como sus progenitores.

El padre se ha educado en un ambiente de libertad, y por nada impediría que su hijo se criase lo mismo que él. Apenas llega el niño á la adolescencia, ya es hombre, y mira á su padre como un igual. Este, por su parte, muéstrase convencido de que sus poderes caducaron ya. Las madres parecen orgullosas de su rápido paso á la edad viril. Quieren que sus hijos sean pronto hombres: celebran verlos de niños imitando los gestos y palabras de los mayores y despreciando los juegos de su edad.

No vive el niño argentino alejado de la familia en la clausura de un colegio,


BUENOS AIRES. HOSPITAL DE NIÑOS



BUENOS AIRES. HOSPITAL RIVADAVIA DE MUJERES

como la mayoría de los de Europa. Permanece en la casa, hace su educación en la escuela pública, y participa de todas las fiestas y diversiones de sus padres, desde que puede andar. Va al teatro con ellos y se le ve en los *restaurants* y cafés hasta hora muy avanzada de la noche. Esta libertad le anima á tomar parte en las conversaciones de familia, dando su opinión doctamente cuando apenas puede elevar los labios por encima del borde de la mesa. Luego, al ser mayores, los que pertenecen á familias ricas se ven sometidos en Europa á un período de severa educación; pero los más continúan viviendo en fraternal camaradería con sus padres, hasta que poco á poco se desligan de ellos constituyendo una familia nueva.

El argentino y su esposa no pueden concebir la vida lejos de los hijos, aunque sea por breve temporada.

— ¿Por qué no ha traído á su familia? — preguntan con cierto asombro al viajero que llega á Buenos Aires por unos meses.

Ellos, en los viajes á Europa, van seguidos de todos los suyos. El Océano no les arredra. Alquilan varios camarotes, y hasta, si la familia es numerosa, todo un costado del trasatlántico. Y allá van el señor y la señora, los hermanos pequeños de la señora, la madre, que por vigésima vez realiza el viaje y sube al vapor como pudiera subir al tranvía; un surtido de hijos de diferentes tamaños y gestos, y criados y criadas que les acompañan en este traslado de campamento.



BUENOS AIRES. PATRONATO DE LA INFANCIA

En los hoteles de Europa, cuando llega una familia, larga como una tribu, y ocupa todo un piso con su prole numerosa y desigual, desde el mocito que fuma y juega al *bridge* hasta el pequeñuelo que berrea de cólera tendido en la alfombra, presa de nerviosos capri-



BUENOS AIRES. TALLERES DEL PATRONATO DE LA INFANCIA

chos, nadie se molesta en inquirir su procedencia: seguramente son argentinos. Sólo en un país de enorme riqueza puede la paternidad permitirse el lujo de pasear medio globo terráqueo sin separarse de los suyos, saltando de nación en nación, como si estuviese siempre en la propia casa. Á la edad en que los niños de Europa no han visto ni piensan ver otras calles que las de la población en que nacieron, muchos niños argentinos sienten el cansancio de los viajes, y hablan, como ancianos, de la monotonía de la vida, siempre igual en las diversas tierras del planeta. Todos ellos son precoces, de inteligencia muy despierta, y esto les hace surgir, sin detrimento de sus facultades, del ambiente regalón que los rodea en su casa.

El tiranuelo gracioso acaba por encontrarse mal en este reino del hogar, donde tiene por vasallos á los padres; busca la libertad de la calle, y acaba conquistándose un puesto, con la audacia individualista que caracteriza á todos los hijos del país.

* * *

La vida de los argentinos ricos es fastuosa y cómoda. Los padres y abuelos — muchos de ellos pobres extranjeros llegados con la inmigración —, crearon la fortuna y no conocieron otros placeres y lujos que el aumento de sus ganados y la adquisición de animales de precio fabuloso para el mejoramiento de las razas. Los hijos, que lo heredaron todo hecho, son los que se dan cuenta del deleite personal que puede sacarse de una gran fortuna. Viajan periódicamente, durante su existencia, trasladándose á las principales capitales de Europa (París y Londres especialmente), y cifran sus méritos intelectua-



BUENOS AIRES. ASILO DE MENDIGOS



BUENOS AIRES. EDIFICIO DE LA ASISTENCIA PÚBLICA

les en hablar varios idiomas y ser entendidos en materia de deportes. Poseen una hermosa casa en Buenos Aires y una vasta estancia en el campo. Cuando llega el invierno se trasladan al viejo continente, que se halla entonces en pleno verano. En la época de los calores viven en su estancia, y si esta inactividad llega á fastidiarles se dedican á la cría de caballos de carrera ó intervienen en la política.

La mujer de alta sociedad encuentra su placer invernal en las representaciones de ópera del teatro de Colón, uno de los más grandes del mundo, decorado con suntuosa magnificencia. La sala de este teatro, enorme, pero de armónicas proporciones, vista en una noche de gran representación, deja un recuerdo inolvidable. Puede contener 3.570 espectadores, y los palcos están construídos de tal modo, que no ocultan, como en otros coliseos, las galas y hermosura de las señoras. Una soberbia iluminación y la tonalidad de los adornos de la sala, contribuyen á realzar los encantos de los centenares de damas elegantes que se reúnen en este coliseo durante la temporada de ópera.

Presenciar la salida del público, es uno de los espectáculos más atractivos que ofrece Buenos Aires. Decía Sarmiento que aun no se conoce ciertamente de qué color será el pelo del argentino futuro. La variedad y mezcla de razas, producto de la inmigración, se refleja en las mujeres hermosas que descienden por la gran escalera del teatro, envueltas en ricos mantos de todos los colores del iris, esparciendo luz con el centelleo de sus joyas y perfumes con el ritmo de sus pasos. Unas son rubias, con la grácil esbeltez y el pescuezo largo de las hembras del Norte: otras morenas, pelinegras, de ojos de tizón, mórbidas y graciosas como toda criolla de vieja estirpe. Desfilan las diversas gradaciones de la hermosura femenil, desde la fría y estirada de la beldad de ojos azules y glaciales, al encanto malicioso de unas pupilas andaluzas y una sonrisa de granada. No se ven dos mujeres que sean iguales, y, sin embargo, todas ofrecen cierta semejanza, como si hubiesen sido fundidas con diversas materias en el mismo molde. Hay ciertos rasgos, difíciles de determinar, que resultan comunes á todas las argentinas. Proceden de razas diversas, pero acaban por parecerse físicamente, así como se asemejan en sus caracteres y aficiones.

La dama argentina es de joven es-



BUENOS AIRES. UNA SALA DEL SANATORIO CARIDE

belta y ligera, con algo en sus movimientos que recuerda al cisne. En su madurez ofrece el porte majestuoso de una reina, y en todas las épocas de su vida, hasta en la ancianidad, conserva una gracia que puede llamarse nacional. Pocas señoras ofrecen el aire de gran dama y la simpática bondad de la argentina cuando llega á la vejez. Viéndola y escuchando sus palabras, se comprende la influencia que ejercieron las matronas ilustres en la historia de este país y la autoridad moral que posee la madre dentro de la familia; autoridad mayor que la del padre.

Las señoras de la alta sociedad gozan en Buenos Aires de grandes diversiones y no necesitan trasladarse á Europa. Las carreras de caballos son una de sus fiestas predilectas. Además, en verano disfrutan de la famosa temporada de baños en Mar del Plata. Las regatas en las islas del Tigre, Venecia americana con hoteles, clubs y *restaurants* lujosos, son otra de sus diversiones.



BUENÓS ÁIRES. HOSPITAL DE ALIENADOS

* * *

La mujer argentina se halla pronta á conceder su ayuda á toda clase de obras de beneficencia y enseñanza.

Un grupo de damas ha fundado una rica biblioteca para la educación femenil; organiza conferencias y celebra anualmente la «Fiesta del libro».

Los establecimientos benéficos son dirigidos y sostenidos por la mujer, ya que la Sociedad de Beneficencia se encarga de ellos y cuida de su manutención, por medio de contribuciones voluntarias.

En Buenos Aires existen numerosos asilos de sordo-mudos, ciegos, alienados, mendigos, inválidos, niños abandonados y expósitos, y varios centros de auxilio á la maternidad. También hay asilos de corrección para menores, establecimientos que sirven de cárcel á los niños y niñas condenados por los tribunales. En ellos se procura el saneamiento moral de los precoces delincuentes, con un éxito cada vez más satisfactorio.

De todos los centros de caridad que dirige la Sociedad de Beneficencia, el más interesante es el Hospital de Niños, generosamente atendido por la Comisión de damas é instalado con amplias comodidades. En pocas naciones existe un establecimiento de esta clase, destinado únicamente á la infancia. Ilustres médicos se dedican en él al estudio especial de las dolencias infantiles. Las familias pueden tener un contacto más frecuente con sus pequeños que si éstos hubiesen ingresado en el hospital general.

Una emoción de dolorosa ternura asalta al visitante cuando atraviesa sus salones claros, confortables, con todos los refinamientos de la higiene, y ve las filas de camas de nítida blancura, con sus pequeños enfermos, que ofrecen en sus rasgos fisonómicos una gran parte de las variedades étnicas de la humanidad. Junto á niños argentinos ó de procedencia europea los hay de otras razas y colores, todos igualados por el dolor y por el cuidado con que se les atiende.

Yo he visto en este hospital, digno de ser descrito por Dikens, el novelista de los dolores infantiles, lo que es la señora argentina y lo que representa la Sociedad de Beneficencia en sus funciones de altruismo. Grandes damas, como la de Quintana, viuda de un presidente de República; la de Ramos Mexía, esposa del ministro de Obras públicas, y varias señoritas, hijas de potentados de la riqueza, estaban allí en representación de la Sociedad á que pertenecen, vigilando el cuidado de los enfermos y la administración del hospital, lo mismo que si fueran religiosas olvidadas de la vida.



BUENOS AIRES. SANATORIO CARIDE

* * *

El más notable de los establecimientos benéficos por su novedad y su grandeza es la Colonia de Alienados, establecida cerca del pueblo de Luján, á 67 kilómetros de Buenos Aires. Contiene más de 1.000 pensionistas, y la dirige el profesor Cabred, ilustre y animoso médico que ha circunscrito su vida y sus estudios al remedio de las enfermedades mentales. El doctor Cabred, aparte de sus méritos como hombre de ciencia y de haber figurado con brillantez en varios Congresos médicos, es una voluntad firme, dedicada á la noble empresa de combatir los eclipses de la razón. Sólo contando con un caracter enérgico é incansable se puede sostener y llevar adelante un establecimiento como el que él dirige.

Cuenta Buenos Aires con el «Asilo Nacional de Alienados» y el «Hospicio de las Mercedes», establecimientos que nada dejan que desear en el tratamiento de la locura; pero el doctor Cabred es partidario del régimen libre para la curación de las enfermedades cerebrales. Los establecimientos emplazados en las grandes urbes, con murallas que les dan aspecto de cárceles, son, como dice Cabred en una de sus conferencias, «fábricas de dementes crónicos, cementerios de la razón alterada». Por esto se fundó la Colonia de Luján donde los alienados viven en completa libertad, dedicados al trabajo.



DOCTOR CABRED

La Colonia, próxima á la estación de Open-door, en el ferrocarril del Pacífico, es un verdadero pueblo, que dispone de 500 hectáreas para el cultivo y tiene más de 1.500 habitantes entre enfermos y personal encargado de su vigilancia y curación. El establecimiento se halla dividido en dos secciones: el Asilo para los que sufren demencia aguda y la Colonia con sus tierras, que cultivan los alienados tranquilos é inofensivos. Elegantes *chalets* les sirven de albergue con toda clase de comodidades: salas de reunión, comedores, teatro y baños. En las afueras de este pequeño pueblo se hallan instaladas la lechería, el criadero de aves y de cerdos, las caballerizas, etc. No hay



COLONIA DE LUJÁN. LOS ALIENADOS YENDO AL TRABAJO

cercas ni muros que impidan la huída de los enfermos. Es un asilo con las puertas abiertas, y sin embargo, las fugas no son frecuentes. Quinientas hectáreas de tierra cultivable rodean la Colonia, y los alienados las trabajan con una labor metódica, que sirve para distraerlos y restaurar su vigor. Dirigidos por hábiles agricultores, alcanzan buenas cosechas, que se consumen en el establecimiento. Las calles y los alrededores de los edificios son hermosos jardines. Nuevas construcciones agrandan incesantemente este pueblo original. Los dementes trabajan como albañiles, fabrican el yeso y los ladrillos, se ocupan, según sus facultades, en trabajos de embellecimiento, y muestran gran interés por el curso de las obras. Este régimen de libertad da cada vez mejores resultados.

La población de la Colonia procede, en su mayor parte, del Hospicio de las Mercedes de Buenos Aires, y abundan en ella los casos agudos. A pesar de esto, son frecuentes las curaciones y mejoramientos, y ha disminuído bastante la mortalidad de los alienados. Estos se hallan tan á su gusto en el régimen de aire libre y vida campestre, que no intentan huir.

VISTA DE LA COLONIA DE LUJÁN

El doctor Cabred concede á sus pensionistas la llamada «libertad bajo palabra». Permite á los tranquilos que salgan del establecimiento á visitar á sus parientes, con el compromiso de regresar dentro de un plazo marcado. Todos vuelven á tiempo, por no faltar á su palabra; lo que no se ve con frecuencia en las gentes de sana razón.

IX

LA LLUVIA - LA RIQUEZA DEL PAÍS - LOS BANCOS

Un argentino de los que viven gran parte de su existencia en Europa, me dijo en cierta ocasión:

— Si va usted á mi patria verá que allí no hay más que una cosa importante: la lluvia. Todo lo demás es artificial, postizo. Los problemas de gobierno, las cuestiones sociales, la tranquilidad pública, la alegría de las gentes, la confianza en la patria, todo se resume en dos palabras: «Que llueva».

En vano argüí que algo más que la lluvia debía preocupar á los argentinos: su intervención en la política del país, su desarrollo intelectual, la buena distribución de la riqueza.

— No, señor — contestó —. Lo único importante es la lluvia. Lloviendo se arregla todo lo que usted dice y mucho más... ¡Que llueva, que llueva!



BUENOS AIRES. UNA ESQUINA DE LA AVENIDA DE MAYO

Yo insistí. Si la gente sólo pensaba en la lluvia, olvidando sus deberes cívicos, el país acabaría por no tener gobierno.

— ¡Y qué! — repuso mi amigo —. Argentina puede vivir sin gobierno, siempre que llueva. El verdadero presidente de la República es la lluvia. Con esta presidencia se asegura la riqueza, y donde abunda el dinero hay alegría y tranquilidad.

— Pero, ¿y si los gobernantes, alentados por la indiferencia del país, cometen inmoralidades?

— No; no son capaces. Sus enemigos podrán tacharlos de ineptos, pero todos reconocen que son honrados.

— Lo sé... ; pero, ¿y si algunos hombres sin escrúpulos, validos de la general pasividad, se apoderasen del gobierno, malversando en provecho propio la fortuna nacional?

Pareció vacilar el paradójico amigo breves instantes; pero luego afirmó rotundamente:

— Bueno . . . que roben, pero que llueva. Lo que importa es la lluvia: lloviendo hay para todos. . . ¡Que llueva, que llueva!

Viajando por la Argentina me he acordado muchas veces de esta conversación. Inútil es decir que no participo de las absurdas afirmaciones de mi amigo: la lluvia no puede serlo todo, absolutamente todo en un país. Pero viendo de cerca los beneficios que reporta á la nación, también he dicho como él: «¡Que llueva, que llueva!»

Asusta pensar en una sequía de cuatro años que afligiese á esta República. Su prosperidad floreciente desaparecería con una rapidez aun más grande que la que presidió su creación: quedaría anulado el esfuerzo de varias generaciones; la Argentina parecería un cementerio; los capitales disgregándose, serían arrastrados por la catástrofe.

Por fortuna, una escasez de lluvias no ofrece hoy el peligro de otros tiempos. Hace cuarenta años la agricultura y la ganadería estaban concentradas en la provincia de Buenos Aires y las limítrofes. Bastaba una sequía fuerte en esta porción del territorio argentino para que sus consecuencias las sufriese la República entera con una ruina general de los negocios.

En el presente la industria ganadera se ha extendido por toda la nación. La empuja la agricultura, al instalarse en un radio considerable alrededor de las poblaciones importantes. Y como la Argentina, por ser muy extensa y ocupar tantos grados geográficos, disfruta de variadas condiciones climatológicas, es casi imposible una sequía que abarque de frontera á frontera toda el área nacional. Cuando hay escasez de agua en una parte llueve abundantemente en otra, y sus beneficios no quedan sin provecho. Sufren la calamidad por separado algunas provincias, pero la nación no corre el peligro de una ruina total, como en otros tiempos.

El espectáculo de los campos argentinos durante una sequía deja en la memoria un recuerdo penoso. Yo he atravesado las provincias de Buenos Aires y Santa Fe después de varios meses de sequedad. Los rebaños, flacos y macilentos, husmeaban la tierra buscando algunas briznas verdes entre las matojas amarillentas quemadas por el sol. Los costillares marcábanse con aguda sinuosidad bajo la piel de toros y caballos. Caían á centenares las reses, y las desollaban los pastores para aprovechar el cuero, abandonándolas después al borde de los caminos. La anatomía rojiza y azulada de sus músculos y tendones atraía de lejos á los caranchos y los cuervos. Llegaban éstos en aleteante espiral, prontos á limpiar el inmenso pudridero. La llanura rasa y monótona estaba sembrada de pequeñas tumefacciones negras. Estas verrugas del paisaje eran cadáveres. ¡Centenares, miles, decenas de millar de vacas y caballos; limpios de su piel, como piezas anatómicas; abandonados al pico nauseabundo de los piratas de la pampa; mostrando en su desollamiento la blanca y enorme dentadura con una risa macabra! Y el sol lucía con mayores esplendores que nunca: un sol de tiempo seco, ardoroso, sin veladuras de humedad.

El campo estaba triste bajo esta lluvia de oro. Era un sol igual al que debió alumbrar el campo de Waterlóo al día siguiente de la epopeya de los coraceros, ó al que presenció en Sedán las incesantes cargas, tan sangrientas como inútiles. ¡La muerte perdiéndose de vista en la llanura infinita! ¡Las pequeñas hinchazones negras extendiéndose como un oleaje fúnebre hasta el último límite del horizonte! Enormes capitales perdidos, muchas familias arruinadas; y yo murmuraba con generosa angustia:

«¡Que llueva! ¡Que llueva!»

Llovió. Un mes después pasé por los mismos lugares. Las reses desolladas eran blancos esqueletos cuyas osamentas recogían los vagabundos para venderlas á los exportadores. No quedaban otros recuerdos de la catástrofe. El campo ondulaba como un mar verde hasta perderse de vista. Un día de lluvia había bastado para que surgiese de sus prolíficas entrañas el alfilerillo, el trébol, las suculentas gramíneas. Los animales supervivientes del desastre rumiaban el pasto, gordos y satisfechos, con el aplomo de un buen burgués que se ha ganado las comodidades de su retiro á fuerza de penalidades. Brillaba el mismo sol, pero ahora parecía dulcificado por el reflejo verde de la jugosa pradera. Su oro era discreto y acariciante como una sonrisa graciosa. Había perdido el brillo fúnebre de joya de momia, con que alumbraba un mes antes las llanuras de seque-



BUENOS AIRES. SUPREMA CORTE DE JUSTICIA



BUENOS AIRES. «PALACE HOTEL»

dad y de muerte. Hasta los blancos cráneos de toro, depositados por el capricho pastoril sobre los postes de las cercas como un adorno helénico, parecían reir, estremeciendo la lira de sus astas en medio de esta alegría de la Naturaleza.

¡Ay! ¡Que llueva! ¡Que llueva! . . . Si la lluvia no es todo el programa de la vida de la República, como pretendía aquel sostenedor de paradojas, debe ser el primero y más importante de sus artículos. Los gobiernos no pueden fabricar las lluvias, pero sí almacenar su caudal sobrante en reservas hidráulicas que aseguren la vida de los campos y la prosperidad de ciertas provincias. Por esto es digno de aplauso que el Gobierno actual haya dado un nuevo impulso á las obras de esta clase. Los que sigan al frente de la nación deben pensar lo mismo. ¡Que llueva! ¡Que llueva. . . natural ó artificialmente! . . .

En pocos países del mundo se aprecia tanto el agua como en ciertas regiones de esta República, por lo mismo que se tocan inmediatamente los resultados de su existencia ó su carestía. Una noche de aguacero basta para convertir el triste páramo en pradera fecunda, y para hacer millonario á un hombre próximo á la desesperación. No hay tierra que responda más pronto con su sonrisa verde al beso húmedo de la lluvia. Las bestias se multiplican sobre el terruño herboso; crece la inundación de carne hasta llegar á los puertos; llénanse las cajas de los Bancos con enormes provechos.

Hace un año, en Bahía Blanca, las autoridades, los grandes propietarios, los mejores elementos de la sociedad, reuniéronse en solemne banquete. No iban á festejar á un hombre político ni á conmemorar un suceso histórico. Había llovido después de largos meses de sequía, y este banquete era en honor de Su Divinidad la lluvia. Los argentinos, puestos de frac y levantando la copa de *champagne,* hicieron sus libaciones en honor de la madre Naturaleza con la religiosa gratitud de unos honrados paganos. La lluvia es la fortuna de la nación. Con ella todo marcha bien y no hay presidente que resulte malo. Circula el dinero, prosperan los negocios y se vive en «el mejor de los mundos posibles».

¡Ay, el agua!... Cuatro años de sequía, y así estuviese al frente de la República el hombre más justo, más inteligente y más bondadoso que haya producido la humanidad, caería arrollado por la indignación general. Los hombres son iguales en todas partes. Necesitan hacer responsable á alguien de sus desgracias, y cuando sufren una calamidad se consuelan de ella echando la culpa al Gobierno.

* * *

En los primeros días de permanencia en Buenos Aires, raro es que el extranjero no se detenga ante un palacete de la calle San Martín, que nada tiene de extraordinario. Parece exteriormente una de las muchas escuelas que existen en la capital, con fachada de piedra, columnas y frontón clásico.

El amigo argentino que acompaña al recién llegado le da suavemente con el codo, se detiene y señala al edificio.

— ¡Ahí están! — dice con voz misteriosa.

El extranjero no le comprende. ¿Qué edificio es este, modesto, sin otra guardia que la de algunos bomberos que se ven á través de la verja y las puertas entornadas? . . .

— La Caja de Conversión, señor. Ahí están guardados, para hacer frente á los compromisos de la República; para garantizar su crédito. Dicen que han crecido mucho, que ya son ciento ochenta y cuatro. Hace algunos años eran menos. Pronto tendrán que cambiar de casa, por encontrar ésta angosta.

Hacéis un esfuerzo para entender á vuestro acompañante. ¿Quiénes son estos séres misteriosos de que habla el argentino con orgullo; los ciento ochenta y cuatro prisioneros, que se multiplican y algún día encontrarán su cárcel estrecha? . . . El compañero aclara el enigma. Son los 184 millones de pesos oro, que duermen en la Caja de Conversión, inactivos, pero solemnes; poderosos bajo sus capas de polvo, garantizando con una inmovilidad majestuosa el gran crédito de la patria. Nuevas remesas añaden todos los años un volante más á esta capa de oro que cubre como regio manto los ubérrimos pechos de la República.



BUENOS AIRES. LA CAJA DE CONVERSIÓN

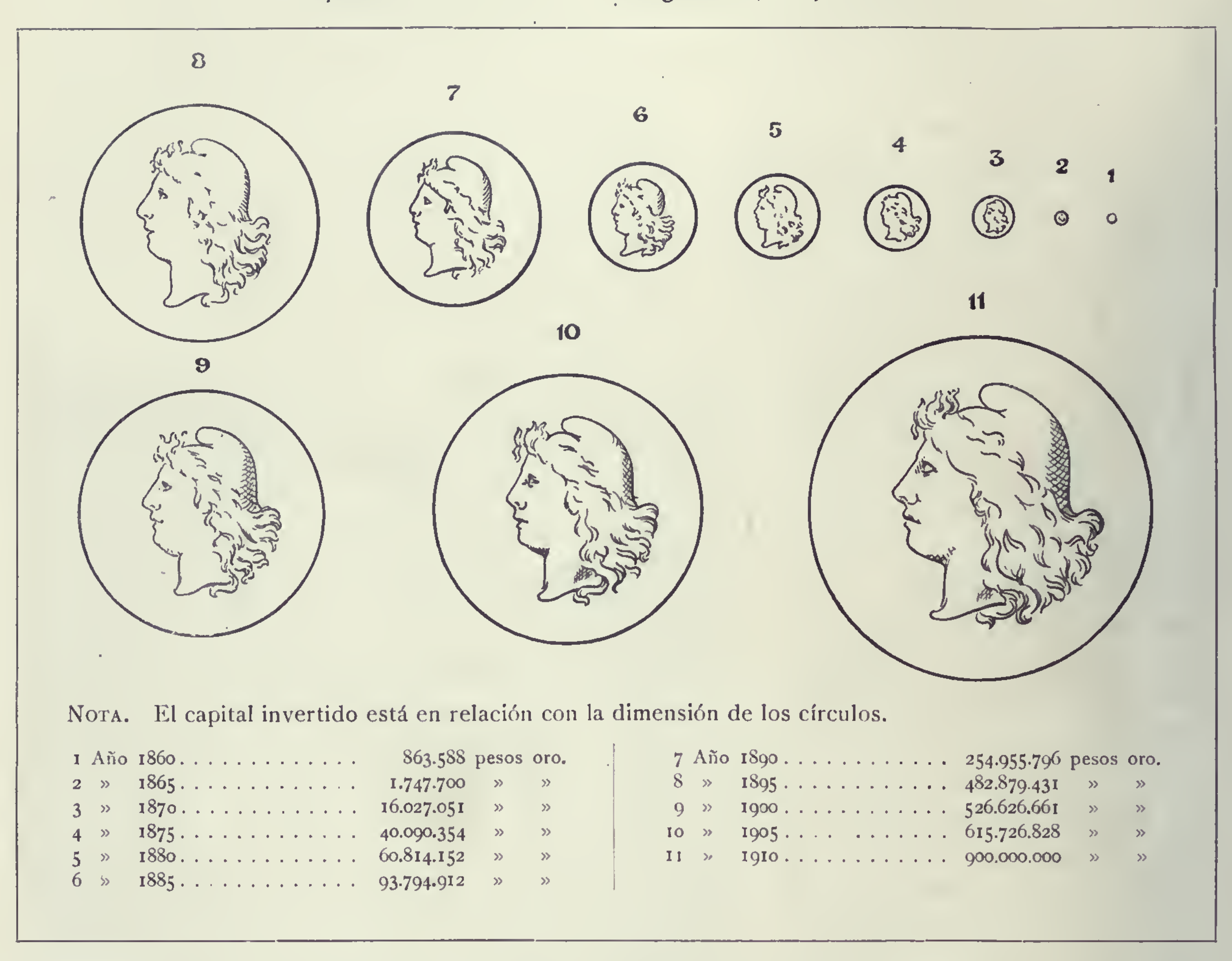
La riqueza amontonada en este palacete, situado en el corazón de la capital, es lo que da estabilidad á la moneda, y como lógica consecuencia, seguridad á los capitales extranjeros, desarrollo á las industrias, aumento á la exportación y solidez á la fortuna pública. ¡Poderosos millones, dignos de ser venerados! El buen argentino debía hacer un pequeño saludo, aunque fuese mentalmente, al pasar frente á este edificio. Dentro de él reside una parte de la grandeza patria. ¿Por qué no?... Esa reserva de metal precioso es tan digna de su entusiasmo como la bandera blanca y celeste ó la pirámide de Mayo.

Me alejo pensando en lo que representan ciento ochenta y cua-

tro millones de pesos oro. ¡Novecientos millones de francos! . . . Pero no basados en el crédito y nominales, no en pedazos de papel litografiado formando paquetes como los libros de una casa editorial, sino en oro deslumbrante, en moneda acuñada, con un valor positivo é inmediato, que encuentra curso en todos los pueblos de la tierra, hasta en medio de las tribus salvajes. . .

Yo he visto enormes amontonamientos de riqueza que gozan de una fama histórica. En Constantinopla visité el tesoro de los Sultanes, la herencia de *Las mil y una noches*; tronos de oro macizo, grandes como lechos, con arabescos de gruesas perlas; yataganes cuya empuñadura

Capitales invertidos en la Argentina, en pesos oro.



NOTA. El capital invertido está en relación con la dimensión de los círculos.

1	Año 1860	863.588	pesos	oro.
2	» 1865	1.747.700	»	»
3	» 1870	16.027.051	»	»
4	» 1875	40.090.354	»	»
5	» 1880	60.814.152	»	»
6	» 1885	93.794.912	»	»
7	Año 1890	254.955.796	pesos	oro.
8	» 1895	482.879.431	»	»
9	» 1900	526.626.661	»	»
10	» 1905	615.726.828	»	»
11	» 1910	900.000.000	»	»

estaba formada con sólo cinco diamantes; esmeraldas del tamaño de adoquines. . . Pero esta riqueza artística y esplendorosa, así como los tesoros de otros potentados de la tierra, es de relativa preciosidad. Para que represente un valor efectivo necesita que alguien desee adquirirla, que sienta el capricho de hacerla suya y posea los medios necesarios para ello. ¡Mientras que el colosal amontonamiento de piezas de oro acuñado que puede lanzar la Argentina á la circulación en breves instantes . . . qué riqueza representa!

No tuve interés en ver este tesoro. ¿Para qué? . . . Cajas y más cajas alineadas, y dentro de ellas paquetes cilíndricos envueltos en papel, como si fuesen pastillas de chocolate. Nada de atractivo en su visión: ningún encanto artístico. ¡Pero qué poder tan inmenso encierra esa cantidad de oro! Hasta permaneciendo inerte, empolvada é inactiva en el encierro de unas cajas, sostiene con su presencia el desahogo y el crédito de un gran país.

Por resabios de nuestra educación tradicional, que exalta como divinas virtudes la pobreza y la hediondez de los ascetas, perdura en muchos hombres inteligentes una tendencia á despreciar el dinero viendo en él algo vil, incompatible con los ideales nobles.

Es cierto que el dinero no lo puede todo en la vida. Un millonario tonto hace reir en todas partes, y un sabio pobre inspira respeto. Pero el dinero no sólo posee una influencia individual; no sirve únicamente para proporcionar comodidades á determinadas personas: representa una de las grandes fuerzas del progreso y ha ejercido, durante siglos, una influencia revolucionaria.

Las pequeñas repúblicas medievales, por medio del dinero de sus mercaderes, esbozaron la vida moderna de paz y de trabajo en medio de las querellas bárbaras de príncipes y barones vestidos de hierro. Los tenderos de Florencia, Génova y Venecia, al llenar sus arcas de oro, comenzaron á reirse de los privilegios de la sangre y la nobleza de espada, acabando por



FERROCARRILES ARGENTINOS. UN TREN EXPRESO

casar á sus hijas con los primeros reyes de Europa y sentar á sus hijos en la silla de San Pedro. Los descendientes del pueblo maldito por el cristianismo, los activos hebreos dedicados al comercio del oro, son hoy altos personajes en las cortes más aristocráticas é inaccesibles. Hacen préstamos á los monarcas y se ven acosados por la aduladora solicitud de los descendientes de los mismos personajes que en otro tiempo quemaron á sus abuelos.

El oro, al multiplicarse y esparcirse en las últimas clases de la sociedad, fué un instrumento de revolución. Él ha afirmado el poder de las democracias en la vida moderna. Los reyes hacen la corte á la República francesa porque es poseedora de una gran parte del oro existente en el mundo. El Czar de todas las Rusias figura como su modesto deudor.

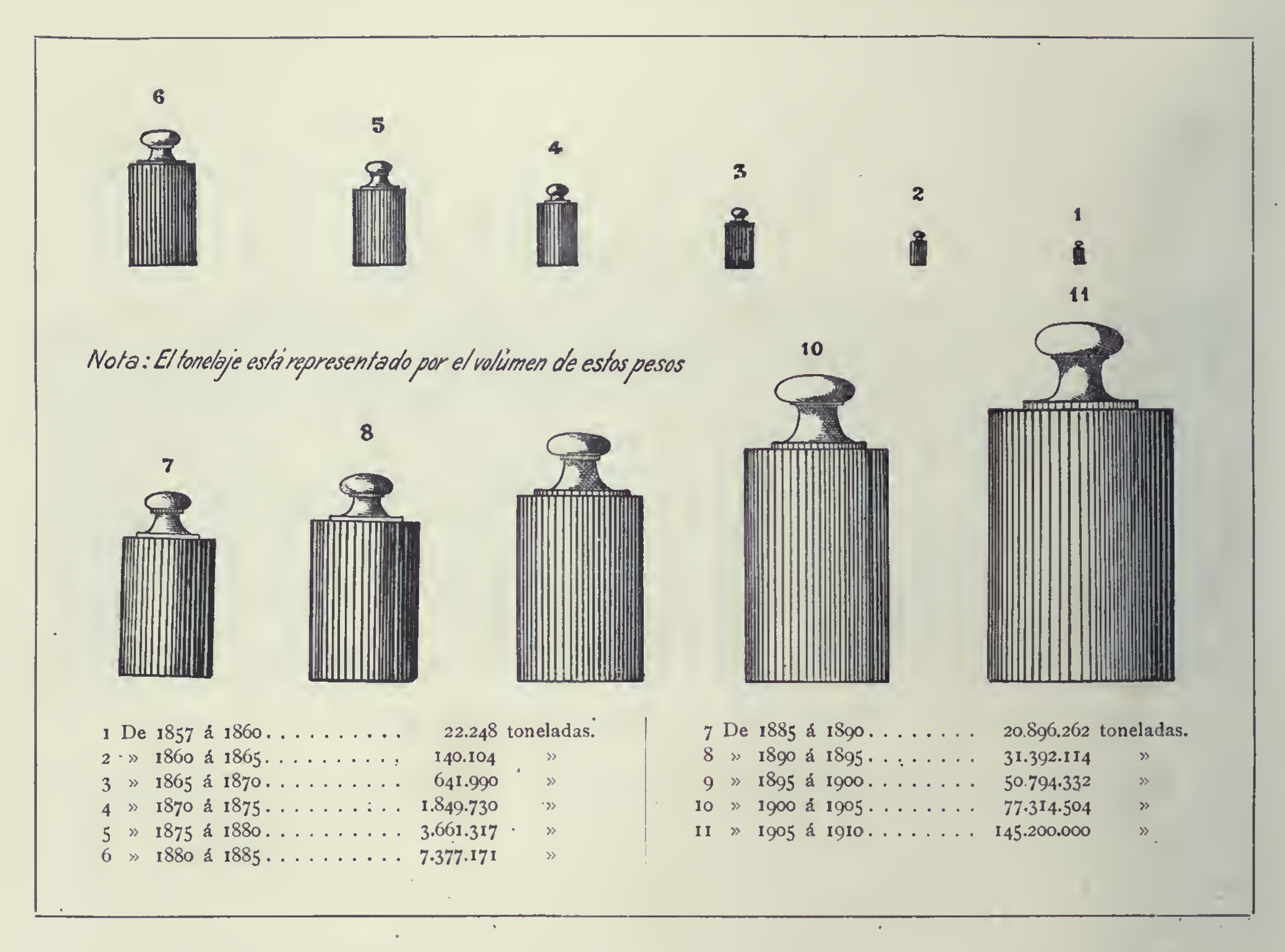
La Europa monárquica, tradicional y creyente, se inclina aduladora ante los impíos franceses, que ostentan en su diestra el *luis*, prodigioso talismán capaz de lograr las más estupendas transformaciones. La democracia norteamericana ríe de las delicadezas y escrúpulos del viejo mundo, sabiendo que éste encontrará interesantes todos sus atentados á las reglas establecidas y solicitará casarse con sus hijas, siempre que pueda ostentar su *águila* de oro.

El dinero es una fuerza histórica; lo mismo que la inteligencia, lo mismo que las armas. Causa graves daños á la humanidad; descansan en él todas las desigualdades y las injusticias

sociales; tal vez en un día remotísimo llegue la hora de su muerte y desaparezca, como han desaparecido tantas instituciones que parecían intangibles. La Historia no es más que un cementerio de cosas gigantescas que un día se consideraron inmortales. Pero mientras vive, ¡qué fuerza la suya y qué servicios lleva prestados á la humanidad!...

Es poderoso y maligno á un tiempo, como las divinidades infernales que presidieron las creencias antiguas. Siembra á la vez la desgracia y la dicha, con ciego fatalismo. Recuerda á las diosas del antiguo Egipto de cabeza de perro y cuerpo escultural, que lo mismo podían morder rabiosas que proporcionar un celeste espasmo con la regia limosna de sus gracias. La

Transportes efectuados en la Argentina en toneladas métricas.



1 De 1857 á 1860	22.248 toneladas.	7 De 1885 á 1890	20.896.262 toneladas.
2 » 1860 á 1865	140.104 »	8 » 1890 á 1895	31.392.114 »
3 » 1865 á 1870	641.990 »	9 » 1895 á 1900	50.794.332 »
4 » 1870 á 1875	1.849.730 »	10 » 1900 á 1905	77.314.504 »
5 » 1875 á 1880	3.661.317 »	11 » 1905 á 1910	145.200.000 »
6 » 1880 á 1885	7.377.171 »		

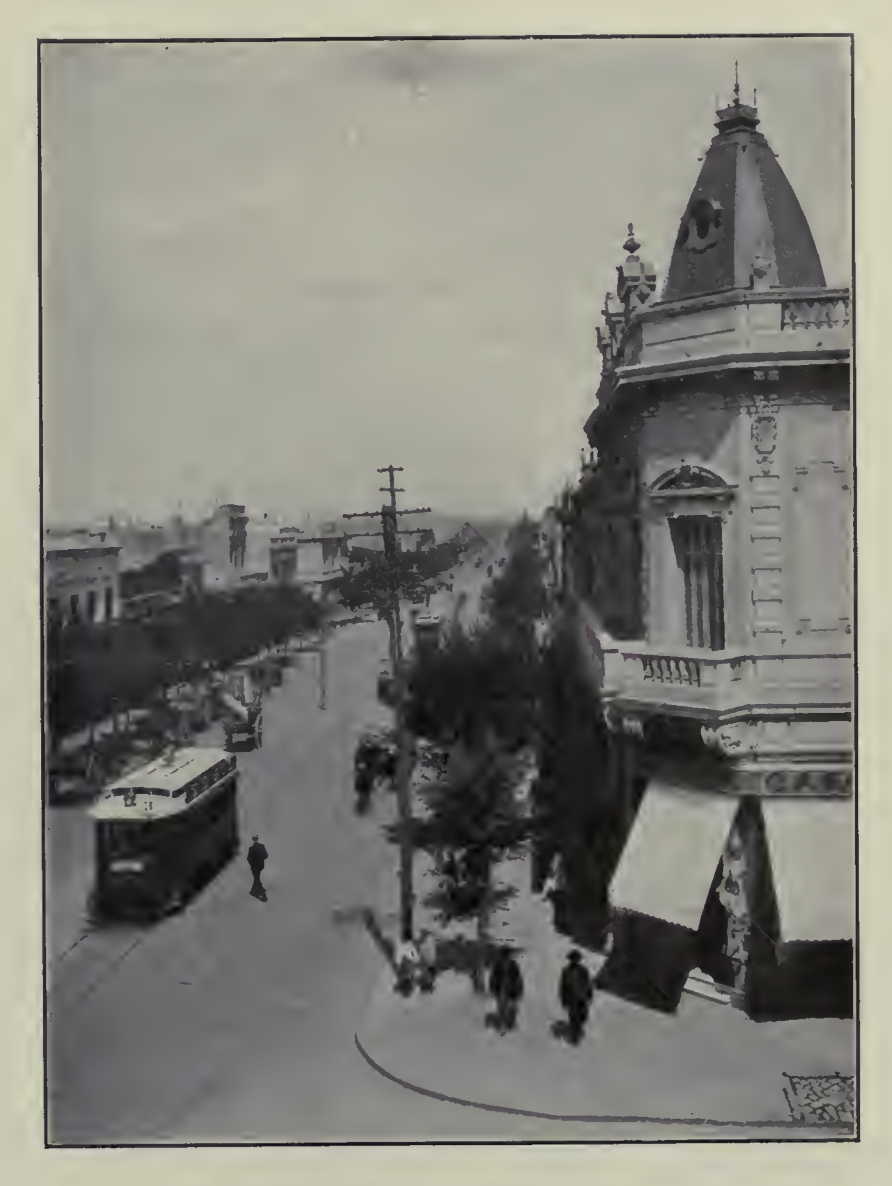
miseria, la desesperación, la injusticia, son obra de este demonio amarillo que preside la vida moderna; ¡pero qué de prodigios no lleva realizados para acrecentar el bienestar de los hombres! Obra suya son los caminos de hierro y los grandes buques que han achicado la tierra, aproximando á los hombres; obra suya las grandes urbes industriales, que abaratan los objetos necesarios, proporcionando al último mendigo de la actualidad comodidades que no conocieron César ni Carlomagno.

El ingenio humano ideó y planeó las conquistas modernas; pero el dinero las ha realizado, tremolando como bandera de combate el disco de oro, que enardece á los hombres hasta la locura y convierte en héroes á los cobardes. Sólo él podía enganchar obscuros soldados que muriesen sin gloria para abrir caminos y puertos en soledades y pantanos; sólo él puede reemplazar, con el incentivo del egoísmo y la voluntad de vivir, lo que llamamos pomposamente deber y sacrificio.



LA PLAZA DE MAYO EN UNA FIESTA PATRIÓTICA

El oro es la divinidad milagrosa de los tiempos modernos. Tiene sus falsos creyentes, sus devotos vulgares, como los tienen todas las religiones. Estos son los que lo adoran únicamente para que satisfaga su vanidad ó su concupiscencia; los que sólo ven en él un medio de organizar grandes fiestas, vivir rodeados de lujo, poseer elegantes trenes y dar satisfacción á los apetitos materiales. Pero el oro sirve para algo más. Puede llegar á transformarse en poesía real; santa y vigorosa poesía de la acción: puede servir para levantar pueblos donde antes era desierto, para añadir á la conquista civilizadora un nuevo territorio, para dar facilidad al pensamiento en sus avances, hasta para realizar ensayos sociales, constituyendo agrupaciones de séres escogidos que demuestren experimentalmente si es posible ó no la existencia humana sin las leyes y prejuicios que hoy nos rigen. Los espíritus superiores deben apreciar el dinero, no por las comodidades que proporciona, sino porque sirve para mantenerse libre y digno. El que no necesita de otros económicamente, puede decir la verdad y darse el gusto de herir con su insolencia á los soberbios. Mefistófeles silba y ríe sarcásticamente ante los defectos del mundo, porque el raído manteo de estudiante con que se cubre al entrar en el laboratorio de Fausto no es más que un disfraz. Se permite el lujo cruel de apreciar la consistencia de la virtud humana poniéndola á prueba de soborno, porque es dueño de los tesoros ocultos en las entrañas del globo.



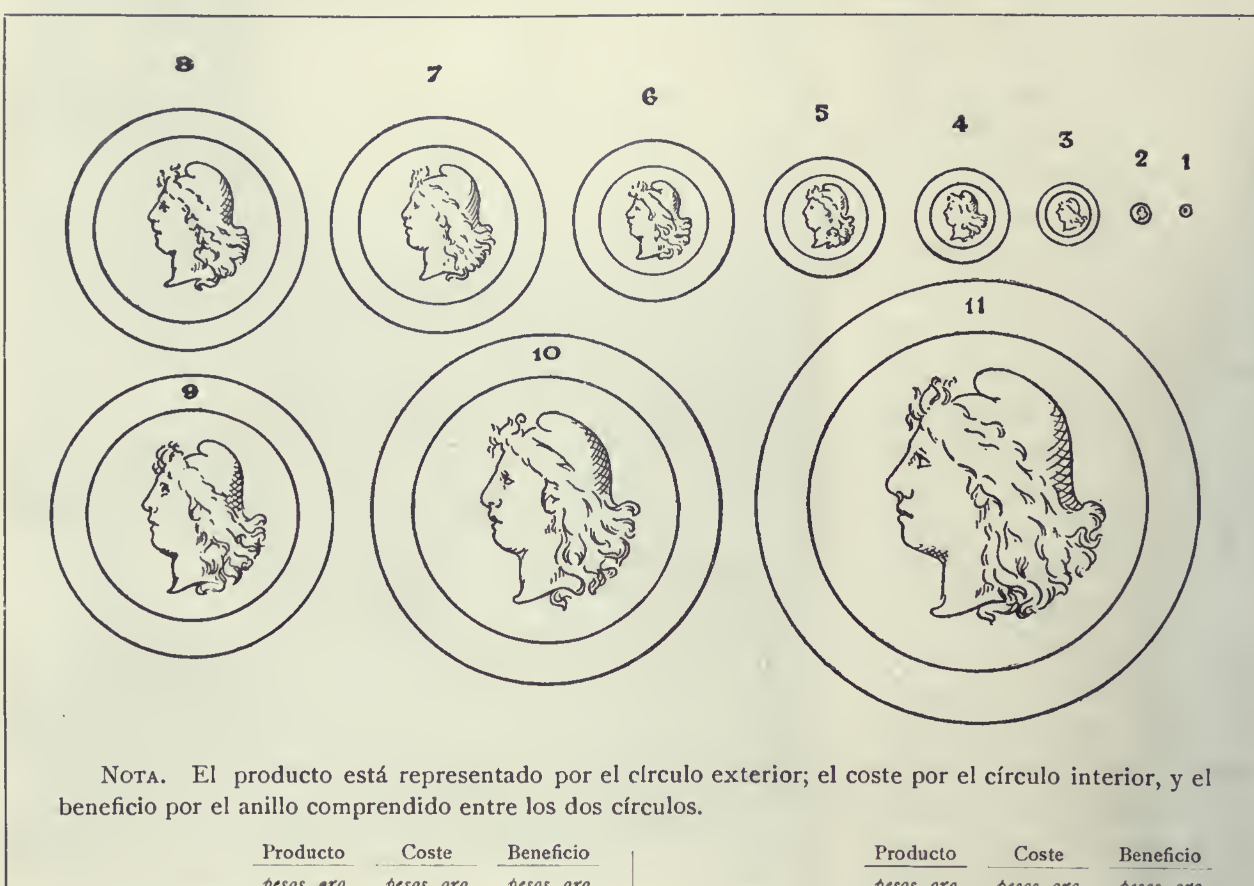
BUENOS AIRES. CALLE RIVADAVIA

* * *

Las naciones conservan mejor su dignidad y su libertad cuando son ricas, y yo pensaba en los millones encerrados en la Caja de Conversión. ¡900 millones de francos! No resulta ciertamente muy extraordinaria esta suma cuando figura en valores nominales, basados en el crédito y en la continua circulación. Pero los 900 millones son efectivos, en oro sellado, y representan un ahorro muerto que sólo puede permitirse una nación rica.

Hace poco tiempo, al encontrarme en Madrid con Don Augusto Coelho, fundador del Banco Español del Río de la Plata y uno de los primeros hombres de negocios de la Argentina, conversamos con entusiasmo de las grandezas materiales de la República. El depósito de oro de la Caja de Conversión fué objeto de nuestra plática.

Producción de la Argentina, coste del trabajo y beneficios en pesos oro.



Nota. El producto está representado por el circulo exterior; el coste por el círculo interior, y el beneficio por el anillo comprendido entre los dos círculos.

	Producto	Coste	Beneficio
	pesos oro	*pesos oro*	*pesos oro*
1 De 1859 á 1860. .	147.187	137.874	9.313
2 » 1860 á 1865. .	871.063	727.662	143.401
3 » 1865 á 1870. .	7.091.685	3.832.059	3.187.626
4 » 1870 á 1875. .	17.140.986	9.614.404	7.526.582
5 » 1875 á 1880. .	26.176.182	15.197.641	10.978.541
6 » 1880 á 1885. .	46.815.014	24.360.475	22.454.539
7 De 1885 á 1890. .	91.985.621	54.872.762	37.112.859
8 » 1890 á 1895. .	111.275.319	69.518.293	41.759.026
9 » 1895 á 1900. .	160.486.719	88.021.087	72 465.632
10 » 1900 á 1905. .	241.817.197	129.445.364	112.371.833
11 » 1905 á 1910. .	465.000.000	283.500.000	181.500.000

— Argentina es uno de los países más ricos del mundo — dijo el notable financista —. Pocas naciones la superan en existencia de oro. Teniendo en cuenta su población, la Argentina es más rica que Francia; más rica que los Estados Unidos. . .

Y en números redondos, este poeta de las cifras trazaba el cuadro de las reservas monetarias de cada país. La Caja de Conversión de Buenos Aires tiene actualmente una existencia de oro próximamente de 184 millones de pesos. A esto hay que agregar el oro del Fondo de Conversión, que custodia el Banco de la Nación Argentina, 23 millones; y la existencia que guardan los demás Bancos, 67 millones. Total, 280 millones de pesos oro, que equivalen á 1.400 millones de francos.

Como Argentina tiene seis millones de habitantes, la proporción del *stok* de oro resulta de 233 francos y 30 céntimos por cada argentino.

La República Francesa figura entre las naciones como la que más oro posee. La cantidad de este metal que guarda el Banco de Francia para garantía de su circulación asciende á 3.480 millones de francos. Siendo la población de Francia de 37 millones y medio de habitantes, la proporción de oro por habitante es de 92 francos y 80 céntimos. Resulta de esto que el argentino posee una cantidad de oro dos veces y media más grande que la del francés.

Escuchando á Coelho continuaba yo en mi imaginación estos cálculos, que bien pueden llamarse «matemáticas sublimes del dinero». Para que la riqueza de ambos países fuese igual, teniendo en cuenta las diferentes cifras de población, Francia debería poseer, en vez de los 3.480 millones en oro que guarda actualmente, 8.750 millones. Unicamente así llegaría á igualarse con la República Sudamericana, que es *dos veces y media* más rica que la República Francesa.

* * *

La prosperidad argentina procede del suelo. La tierra, madre de la agricultura y la ganadería, y el ferrocarril que exporta los productos, son las dos matrices de la riqueza nacional.

El presidente Figueroa Alcorta, en un discurso interesante pronunciado hace dos años en la Exposición Rural del Parque de Palermo, decía así, al ocuparse de los progresos de la República:

«Ninguna nación ha realizado en un tiempo menor un desenvolvimiento más intenso que la nuestra en el orden de las conquistas positivas del progreso y la riqueza. Las industrias fundamentales, que son agricultura y ganadería, han adquirido su pleno desarrollo actual con



BUENOS AIRES. CALLE DE SANTA FE



ESTABLO DE TOROS EN UNA ESTANCIA

una fuerza expansiva superior á todas las previsiones. Bástenos recordar que un cuarto de siglo atrás fabricábamos nuestro pan con harina importada, y hoy producimos 5 millones y medio de toneladas de trigo; que nuestras tierras de cultivo no interesaban mayormente á la investigación estadística y hoy suman 15 millones de hectáreas, con un rendimiento en cereales superior á 10 millones y medio de toneladas, lo que nos da un alto rango como potencia productora, y el SEGUNDO PUESTO EN EL MUNDO COMO PAÍS EXPORTADOR.

»La progresión anual de estos cultivos nos autoriza á afirmar que en un porvenir relativamente cercano cultivaremos 100 millones de hectáreas, y si bien entonces no estaremos todavía en condiciones de realizar el ideal yankée de que «el área de nuestros campos de maíz equivalga á la de seis grandes Estados europeos, dejando lugar para una docena de pequeños Estados en los bordes», habremos, al menos, consolidado sobre bases inconmovibles la prosperidad de una gran nación».

La ganadería adquiere cada vez mayor desarrollo. Muchos temieron verla decrecer por las enormes proporciones que en ciertos años ha tomado la exportación de carnes; pero contra tales anuncios, su prosperidad sigue aumentando. Una selección metódica y esmerada, con la base de las mejores razas y los procedimientos más progresivos, ha transformado completamente la ganadería nacional, colocando á la Argentina en la misma línea que los pueblos ganaderos más importantes del mundo.



DON EDUARDO OLIVERA

El desarrollo de esta industria es obra de sus propias fuerzas, sin la protección directa del Estado. La Sociedad Rural Argentina, vigoroso organismo compuesto de los productores más importantes, ha introducido por cuenta propia, fomentando el interés individual, todos los mejoramientos de las razas. En las Exposiciones de Palermo se demuestran patentemente los grandes adelantos de esta industria.

Don Eduardo Olivera, notable ingeniero, que hizo estudios en Europa para introducir en la ganadería de su país las especies más útiles, fué el fundador de la Sociedad Rural Argentina. Él organizó también, en 1871, la Exposición de Córdoba, primera que se celebró en la República. La Sociedad Rural ha hecho por la ganadería particularmente lo que no hubieran conseguido los gobiernos con leyes y decretos.

Hoy esta industria representa un valor enorme. A los antiguos rebaños mal cuidados,



UNA ESTANCIA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

que únicamente servían para la producción de cueros y sebo, ha sucedido una explotación pecuaria que representa gran parte de la riqueza del país. La ganadería de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, San Luis y Santiago del Estero, las más importantes en rebaños, representa un valor de 238 millones de pesos oro. Sólo el inventario de la industria ganadera de la provincia de Buenos Aires (entrando en él el valor de las tierras, los ganados, instalaciones, maquinarias y enseres), llega á la enorme suma de 2.000 millones de pesos oro.

«La deducción lógica de esta gran prosperidad de las industrias matrices — dijo Figueroa Alcorta en su citado discurso —, es su irradiación equivalente á todos los órdenes de la economía nacional. De ahí que la cifra de nuestro intercambio comercial, que en el año anterior pasó de 580 millones de pesos oro, vaya siempre en progresión creciente; que el crédito del país se afiance y vigorice cada día; que la importación de capitales se acreciente en todas las formas, especialmente en obras de progreso, como los ferrocarriles en explotación, que tienen empleado un capital de 700 millones de pesos oro; que afluya la inmigración; que el interés y el valor de la tierra sean cada vez mayores, y que, en fin, se sienta y se vea en todas partes la acción fecunda de la actividad creadora, que es riqueza, poder y civilización.»

* * *

Los 4.500 millones de francos que representa aproximadamente por año el intercambio comercial de la República, sostienen en un estado cada vez más próspero los grandes establecimientos bancarios de Buenos Aires.

El más floreciente de ellos, por su carácter oficial, es el Banco de la Nación Argentina. Hay otros de algu-



BUENOS AIRES. JARDÍN ZOOLÓGICO



BUENOS AIRES. BANCO DE LA NACIÓN ARGENTINA

na importancia formados con capitales del país. El movimiento internacional está representado por numerosos Bancos extranjeros: Banco Inglés, Banco Alemán, etc. A la cabeza de todos estos figura el Banco Español del Río de la Plata, el más desarrollado y poderoso de los establecimientos particulares fundados en la América del Sud.

Casi todas las instituciones bancarias se hallan situadas en Buenos Aires en la calle de la Reconquista y sus adyacentes, por lo que se designa á dicha vía con el título de «calle de los Bancos».

El Banco de la Nación es un establecimiento oficial fundado por el Estado. Nació en momentos muy difíciles para el crédito y los negocios argentinos, en 1890, luego de la doble crisis política y financiera que destruyó el Gobierno de Juárez Celmán y arruinó á la mayoría del país. Los abusos de los gobernantes y los errores de los financieros hirieron de muerte las principales instituciones bancarias de la República. El Banco Nacional, el de la Provincia y otros, sufrieron más ó menos los resultados de esta crisis. El Gobierno de Pellegrini tuvo que hacer frente al desastre general, solucionando lo referente al crédito con la fundación de un nuevo establecimiento titulado Banco de la Nación. Para asegurar la confianza del público y dar al Estado una intervención directa en la marcha de este Banco, el Gobierno se reservó el derecho de nombrar su presidente, como lo hacen los gobiernos francés y español, designando los gobernadores del Banco de Francia y el Banco de España.

Los 50 millones de pesos nacionales, capital que se asignó al nuevo establecimiento, al ser emitidos en acciones, apenas encontraron quien los adquiriese. Estaba muy reciente la catástrofe financiera, y el público temía que se repitieran los abusos realizados por otros Bancos

oficiales. Entonces el Gobierno reemplazó la suscripción con una emisión fiduciaria, y de este modo el Banco de la Nación, que había de ser, según Pellegrini, un Banco mixto, se convirtió en Banco oficial.

Cuando en 1891 inició sus operaciones, era tan desastroso el estado de los negocios y del crédito, que los establecimientos bancarios particulares habían elevado á 10 y 12 por 100 la tasa del interés en Buenos Aires, y á 18 en las provincias. En menos de seis meses, el nuevo Banco lanzó al mercado 30 millones de pesos moneda nacional, que, con lo emitido por otros, contribuyó á producir una saludable reacción en los negocios, bajando la tasa del interés al 6 y al 5 y medio por 100. En el interior de la República se normalizó el comercio y se encauzaron los negocios, favorecidos por las sucursales que el Banco de la Nación había creado en las provincias.

El primer reglamento, obra de Pellegrini, dificultaba el desarrollo del Banco, y por esto, en 1904, dictó el Gobierno una ley reformando su constitución orgánica. Esta ley le dió un carácter definitivo de establecimiento del Estado, por hacerse responsable la nación de sus depósitos y operaciones. Además, en la citada ley se anularon todos los obstáculos que hasta entonces habían entorpecido su marcha; se autorizaron los créditos en descubierto en cuenta corriente, se suprimió la exigencia de dos firmas para obtener crédito, y se concedieron al Directorio amplias facultades para efectuar cuantas operaciones juzgase convenientes al progreso general de las industrias agrícola y ganadera, fuentes de la riqueza del país.

Esta reforma inició una vida nueva para el Banco de la Nación, que hasta entonces sólo había actuado, á la par de los demás establecimientos de su clase, como un gran Banco de descuentos. Desde 1806 ejerció su misión en forma más elevada, transformándose en regulador del mercado monetario. Actualmente tiene el Banco de la Nación 118 sucursales, establecidas en las provincias y territorios de la República. No existe pueblo importante en el que no cuente con una filial ampliamente instalada. En muchas poblaciones el mejor edificio, que enseñan con orgullo los vecinos, es



BUENOS AIRES. LA CALLE DE LOS BANCOS

el del Banco de la Nación. La gran afluencia de gente en la casa central de Buenos Aires ha hecho necesario el establecimiento de varias sucursales de barrio, para evitar el entorpecimiento que sufrían los negocios. El último balance del Banco de la Nación Argentina, en 1910, ha dado como resultado una utilidad de 7.818.591 pesos nacionales. El capital es de 113 millones y medio de pesos en curso legal, y el fondo de reserva de 8.151.376 pesos oro.


DON RAMÓN SANTAMARINA

El éxito de estos establecimientos depende, en gran parte, de las personas encargadas de su dirección. Un hombre puede dar mayor crédito y prosperidad á un Banco que todas las leyes y reglamentos que le sirvan de garantía. Presidentes de gran mérito ha tenido el Banco de la Nación; pero de todos ellos, el más notable fué Don Ramón Santamarina, muerto inesperadamente hace poco más de un año.

Santamarina era un hombre emprendedor, inteligente y de amplios ideales; uno de esos caudillos del dinero que muestran en sus empresas la concepción brillante del artista, y á los que admiraba Walter Scott como poderosos representantes del espíritu moderno. Ocupando la presidencia del Banco él fué quien realizó las reformas ya mencionadas, que le infundieron nueva vida; quien abrió un amplio crédito á los productores argentinos para el fomento de la riqueza ganadera y agrícola. Al mismo tiempo, valiéndose del prestigio social que le proporcionaban su riqueza y su respetabilidad, Santamarina atrajo á la clientela del Banco las gentes más acomodadas de la República.

Este hombre de negocios, que estaba llamado por sus facultades y su posición á ocupar altos cargos en la política, dedicó gran parte de su tiempo y sus energías á levantar el citado establecimiento, preparando su grandeza actual. Pertenecía á una familia de las más ricas de la Argentina, cuyo fundador se elevó en fuerza de laboriosidad y arrojo. Su padre fué el célebre español Santamarina, nacido en Galicia de una familia de militares, venida á menos, y que al verse huérfano se embarcó como grumete en un velero para tentar fortuna en Buenos Aires.

La historia de Santamarina el viejo parece en sus primeros años una novela de Mayne Reid. Llevó la vida de aventuras y riesgos de un combatiente de la civilización. Gran parte de la tierra argentina se hallaba entonces en poder de los indios salvajes, y muy pocos se atrevían á comerciar, por la inseguridad de los caminos. El gallego Santamarina, primero con una carreta de bueyes, luego formando grandes convoyes, puso en relación á Buenos Aires con los territorios avanzados, donde el blanco peleaba contra el indio. Inició y sostuvo el comercio con los pueblos de la frontera, arriesgan-


BUENOS AIRES. BANCO MUNICIPAL DE PRÉSTAMO



LA PLATA. BANCO HIPOTECARIO

do muchas veces su vida. Explotó luego las tierras abandonadas, que no habían conocido otro dominio que el del jinete salvaje, y sirviendo á la civilización y á su segunda patria, labró al mismo tiempo una fortuna considerable. Su hijo, el Dr. Santamarina, heredó el carácter y la inteligencia para los negocios del antiguo *pionner,* afinando y perfeccionando estos dones con importantes estudios. Se educó de niño en un Colegio de Alcalá de Henares, establecido en el palacio de la antigua Universidad fundada por el Cardenal Cisneros, y que frecuentaron ingenios tan famosos como Cervantes y Quevedo. Volvió á su patria para estudiar el Derecho, y una vez hecho doctor viajó por toda Europa.

En el distrito de Tandil están las grandes propiedades de la familia, y el joven Santamarina se aplicó á su progreso y reforma con los valiosos conocimientos adquiridos en sus excursiones. Como agricultor y ganadero llevó á la práctica empresas dignas de la grandeza del país argentino y que parecen quiméricas contempladas desde Europa. Revolucionó la ganadería, dedicándose á la explotación de la industria de la leche, abandonada hasta entonces. Los establecimientos de Santamarina (padre é hijo) llegaron á producir 3.000 kilos de caseína diarios, que se enviaban á los mercados europeos. Plantó un millón de árboles y 15.000 hectáreas de alfalfa, ¡seis leguas cuadradas! La fama de estos trabajos le hizo ser buscado por la Sociedad Rural, desde cuya presidencia trabajó por el mejor desarrollo de la ganadería con iniciativas valiosas, como la aplicación del suero anticarbuncloso y el envío de ganado en pie á los puertos ingleses. Luego vino su gestión brillante como presidente del Banco de la Nación.

Este multimillonario recordaba con orgullo los modestos orígenes de su fortuna y los heroicos trabajos de su padre. En Tandil, donde los Santamarina han fundado varios establecimientos benéficos, tiene esta familia un lujoso parque en mitad de enormes propiedades, que equivalen á un condado. Al atravesar la verja, camino del palacio, se ve una casita de cristal, especie de invernadero, que sirve de campana protectora á una carreta: una



BUENOS AIRES. UN EDIFICIO COMERCIAL

modesta carreta de bueyes. Con este vehículo empezó el viejo Santamarina á ganar su primer dinero, arriesgando la existencia en los encuentros con los salvajes, acarreando la civilización desde el litoral á los puestos avanzados de la frontera. El Dr. Santamarina quiso glorificar este recuerdo del pasado, colocándolo para siempre en la entrada de su palacio. De la pobre y heroica carreta hizo el escudo nobiliario de la familia.

Este detalle retrata el carácter del más insigne de los directores del Banco de la Nación.

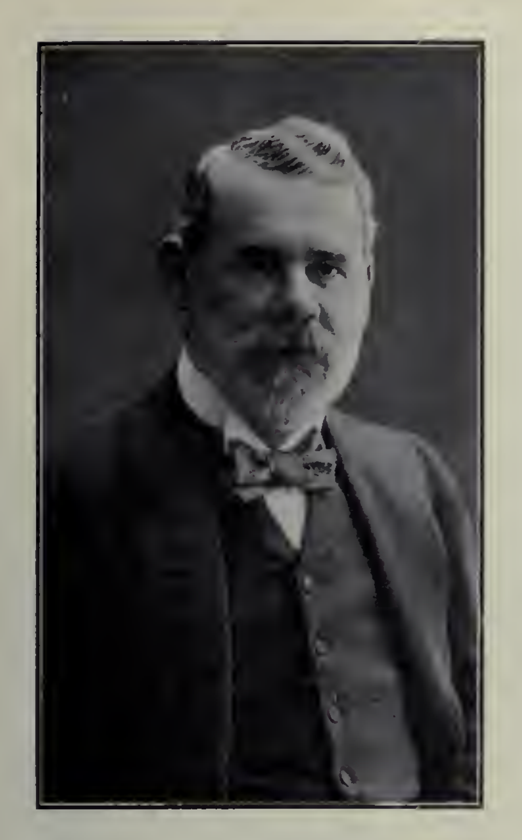
* * *

El segundo de los establecimientos de crédito de la República es el Banco Español del Río de la Plata. Las gentes de negocios empiezan á llamarle «el coloso», por su prosperidad y su influencia internacional. El Banco Español es hoy en el exterior el más conocido de los Bancos argentinos. Sus sucursales en Londres, París, Hamburgo, Génova y Madrid realizan la mayor parte de los negocios de la República. Se fundó sin apoyo oficial. Empezó su vida modestamente á principios de 1887, para alcanzar en veintitrés años el poderío de que goza actualmente. En toda la América del Sud no existe un Banco de creación particular que pueda compararse con él.

Fué un hombre de negocios, de vasta inteligencia, Don Augusto J. Coelho quien realizó esta empresa, que bien puede llamarse asombrosa. Su voluntad tenaz saltó por encima de los obstáculos que dificultan el desarrollo de toda institución nueva.



BUENOS AIRES. BANCO ESPAÑOL DEL RÍO DE LA PLATA



DON AUGUSTO J. COELHO

Es Coelho uno de esos grandes capitanes de la banca, que manejan los millones como el caudillo mueve los regimientos en el campo de batalla. Hablando de negocios, llega á los entusiasmos y las clarividencias de un poeta. Alínea las cifras como si fuesen versos: demuestra el porvenir de la Argentina con estadísticas y cálculos financieros, que suenan en su boca como las estrofas de un poema ó los períodos deslumbrantes de un orador. La República no tiene en Europa un propagandista que le supere. Por medio de los números, y valiéndose de originales comparaciones con la riqueza de otros pueblos, demuestra, allá donde va, que la Argentina ofrece más amplio porvenir que otros países á todos los que desean cambiar de suelo y de fortuna.

El fundador del Banco Español es de esos hombres que, apenas cambian dos palabras en una entrevista, revelan que «son alguien», que llevan dentro de ellos una fuerza extraordinaria. Á veces se distrae, con la distracción de los compositores, que parecen recogerse para escuchar mejor las melodías que surgen en su cerebro. Coelho acaricia mentalmente alguna idea nueva, pero cuando creéis que no oye, os sorprende con una observación oportuna sobre lo que estáis diciendo. Es una inteligencia de doble actividad. Su pensamiento funciona aparte incesantemente, y al mismo tiempo escucha y conversa sobre negocios. Sus ojos concentrados, brillantes, finamente observadores, parecen salir al encuentro de las palabras, apoderándose de ellas antes de que lleguen á su oído.

Este animoso estratega del dinero es incansable para el trabajo. Su imaginación concibe negocio sobre negocio, sin agotarse jamás. Cuanto es y cuanto ha hecho lo debe á su energía y al don de esparcir confianza en torno de su persona; inapreciable facultad que poseyeron todos los conquistadores. Nacido en Montevideo, se educó en Buenos Aires, desempeñando diversos puestos en casas de banca importantes. Luego ascendió y fué uno de los corredores de letras más prestigiosos de la ciudad. Pero el negocio tranquilo y monótono no cuadraba á su espíritu emprendedor.



BUENOS AIRES: BOLSA DE COMERCIO

La primera presidencia del general Ro-

ca había fomentado el desarrollo de las riquezas del país. Aumentaba la inmigración, crecían los negocios, abríanse al cultivo grandes extensiones de tierra, era cada vez más importante la exportación y Coelho vió claramente que el país necesitaba un Banco nuevo, un Banco popular que facilitase las operaciones. Abandonando su profesión, emprendió un viaje á Europa en busca de capitales para fundar el establecimiento soñado. Habló con la fe de un vidente á los banqueros de Europa, describiéndoles el porvenir de la Argentina; pero éstos apenas le prestaron atención. No creían en sus afirmaciones: consideraban la República sudamericana como un país de revueltas, donde corrían graves riesgos todos los negocios.

Regresó Coelho á Buenos Aires desilusionado y habiendo consumido en el viaje todos



BUENOS AIRES CALLE DEL CALLAO

sus ahorros. Forzoso era volver á la modesta profesión de corredor. Una idea repentina le puso en el buen camino. ¿Por qué no fundar el Banco democráticamente?..... Ya que los grandes capitalistas de Europa repudiaban el negocio, lo acertado era dirigirse al pequeño comercio, al ahorro, á lo que llaman los financieros franceses «la media de lana». Coelho estaba en contacto, desde muchos años antes, como negociador de letras, con el comercio de puerta abierta de Buenos Aires, el comercio de tiendas y almacenes, monopolizado por los españoles, gente honrada y trabajadora, un tanto rutinaria y tímida en sus negocios, pero que responde con entusiasmo cuando se le habla en nombre del patriotismo. Insertó unas cuantas líneas en *El Correo Español* dando como hecha la constitución del Banco, cuando aun no contaba con un solo accionista, y el mismo día fué de tienda en tienda visitando á sus antiguos clientes.



BUENOS AIRES. SALÓN CENTRAL DEL BANCO ESPAÑOL

Coelho tiene el don de convencer, y los honrados tenderos, de codos en el mostrador ó sentados ante su escritorio, le escuchaban impresionados, pero todavía irresolutos. ¡Crear un Banco! ¡Exponer el dinero en una empresa que les asustaba! Esto era para otros de mayor fortuna. Pero al enterarse de que el Banco iba á llamarse Español, ahogaron sus temores y escrúpulos y empezaron á suscribir acciones con heroico esfuerzo, como si se sacrificaran por la patria. Así conquistó Coelho los primeros accionistas, dándoles manuscritos los resguardos de las futuras acciones, pues en su improvisación, ni tiempo había tenido para imprimirlos. Cundió el entusiasmo, y el Banco Español fué un hecho, estableciéndose con un capital de 3 millones de pesos papel. Los accionistas, gentes económicas, no transigían con instalaciones lujosas y abundante personal. Con la parquedad y el ahorro habían hecho ellos su fortuna y así es como debe empezarse los buenos negocios. El Banco Español, que hoy posee varios palacios en América y Europa, se estableció en una pobre casita. Los 4.000 empleados que ahora tiene á su servicio empezaron por ser tres modestos escribientes á las órdenes de Coelho, que lo hacía todo, sin reconocer día ni noche en su trabajo. ¡Las angustias que debió sufrir este hombre de fe inquebrantable, como las sufren todos los iniciadores. . . !



BUENOS AIRES. OFICINAS DEL BANCO ESPAÑOL

A los seis meses el Banco daba utilidades y á los dos años había que aumentar el capital, en vista de sus crecientes negocios. Los 3 millones iniciales de pesos se elevaron á 5 en 1889; á 20 en 1904 y á 50 en 1907, suscribiéndose con exceso las acciones siempre que se anunció un aumento de capital. Hoy tiene en depósitos el Banco Español más de 500 millones de francos. Sus sucursales de América y Europa, que llevan una vida autónoma, han alcanzado una gran prosperidad.

Desde su fundación ha pagado este Banco á sus accionistas dividendos nunca menores del 10 por 100



BUENOS AIRES. CASA DE LA MONEDA

del capital, y en algunos años ha llegado hasta el 12.

Su casa de Buenos Aires es tal vez el Banco más frecuentado de la República. Hay días que entran 4.000 personas en este edificio, blanco y enorme como una catedral. El salón, inmenso, con techumbre de cristales y amplias galerías, se conmueve á ciertas horas con el zumbido de la multitud. Los documentos de crédito deslízanse por los tubos, de sección en sección, recorriendo las diversas dependencias; los empleados circulan por las encrucijadas que forman los centenares de mesas y pupitres, y al otro lado de los cierres de vidrio se ve pasar un río humano de cabezas y bustos, que entra por una puerta, se detiene ante los ventanillos y sale por otra, renovándose incesantemente.

Los argentinos acuden á este Banco por la confianza que inspira y las facilidades que ofrece para las negociaciones con Europa. Todo el ahorro español entra en sus cajas. En ciertos días del mes resultan inabordables las dependencias del Banco. Acuden las criadas y los trabajadores peninsulares, los lecheros vascos, los dependientes asturianos y gallegos, toda la «españolada» de Buenos Aires, para depositar sus ahorros ó girarlos á las familias. Más de 100 millones de pesetas se envían anualmente á diversas provincias de la Península por intermedio del Banco Español. La sucursal de Madrid es tan próspera, y rinde tales provechos, que á los pocos años de establecida ha adquirido con sus ganancias un hermoso edificio en el centro de la capital. La de París realiza aun mayores negocios.



PALACIOS DE LA PLAZA SAN MARTÍN

El Directorio del Banco Español del Río de la Plata está compuesto de españoles y argentinos, con arreglo á los estatutos de fundación, debiendo ser el presidente de la primera nacionalidad. Los hombres más importantes de la colonia por su fortuna y su inteligencia financiera, se han sucedido en este puesto. Don Augusto Coelho, Gerente general, vive en París, para reponer su salud



UN TREN EXPRESO Á MAR DEL PLATA

quebrantada y descansar de los esfuerzos y penalidades de sus primeros años de empresa. ¡Descansar!... Esta palabra carece de sentido para Coelho. Dirige la sucursal de París: se embarca en un trasatlántico, como quien toma un coche de punto, y aparece en Buenos Aires: vuelve á Europa, y un día está en Madrid, á la semana siguiente en Londres, poco después en Hamburgo, y visita plazas y estudia negocios, siempre con el pensamiento fijo de agrandar más y más su creación, de que el Banco Español, triunfante en Buenos Aires, Montevideo y Río Janeiro, se extienda por toda América y refleje su poderío en Europa. En esta aspiración hay mucho de entusiasmo patriótico. El uruguayo Coelho ama á Buenos Aires intensamente, y cuando habla ó cuando piensa algo nuevo es, indudablemente, para mayor gloria de la República Argentina. Como todos los hombres de poderosas iniciativas, Coelho ha formado discípulos que le admiran y siguen sus huellas. En Buenos Aires, al frente del Banco central, están como gerentes Don Jorge Mitchell, Don Elías Arambarri y Don Gustavo Lanús, tan finos y despiertos de inteligencia como el maestro.

* * *

Otros establecimientos de esta clase tiene Buenos Aires que reflejan en su desarrollo la prosperidad nacional. El Banco de la Provincia sigue funcionando, repuesto ya de la gran crisis de 1890, que le empujó á la ruina. Existen, además, el Banco de Crédito Argentino y el Banco Hipotecario Nacional. El comercio extranjero ha creado para sus necesidades numerosos establecimientos de giro y crédito. Funcionan diversos Bancos italianos, ingleses, franceses y alemanes. La colonia española, además del gran Banco Español, tiene el Banco de Galicia y Buenos Aires, establecimiento modesto, pero próspero, que realiza considerables giros con la Península.



BUENOS AIRES. BANCO DE LA PROVINCIA

X

LOS FERROCARRILES.—«EL REY DE LOS RÍOS».—LA COLONIZACIÓN LOS EXTRANJEROS

La hermosa frase de Sáenz Peña «Nuestra agricultura fué obra del riel antes que del arado», es absolutamente exacta.

Sólo se cultivaron los campos del interior cuando el riel llegó á ellos. Hubiese equivalido á una locura intentar antes su explotación. No había gente en ellos que consumiese los productos, y tampoco podían ser exportados por falta de medios de comunicación. El arado avanzó detrás del ferrocarril, trazando surcos á ambos lados de la vía.



ESTACIÓN DE LA PLATA

Los tres factores del desarrollo argentino son: gente, capitales y vías de comunicación. Sin los ferrocarriles, no hubiese aumentado la población rápidamente ni el capital habría encontrado colocación ventajosa.

En el viejo mundo se construyen las vías férreas para poner en comunicación á los pueblos y abrir salida á los productos. En la Argentina, los ferrocarriles son los que inventan pueblos y agricultura, improvisando con su mágica presencia aldeas y campos en pleno desierto. Los caminos de hierro de Europa se han hecho para las ciudades. Aquí son los pueblos los que se crean para los ferrocarriles, y cuando el primer agricultor llega á una colonia naciente, ya se encuentra con el empleado que se ha de encargar de la expedición de sus futuras cosechas.

Avanzan los rieles por las soledades patagónicas de rala y áspera vegetación, por las inmensidades de la pampa ó por las selvas del Chaco, abriendo caminos en la intrincada selva. Los avestruces de correteo asustadizo, el torpe guanaco ó algunos bueyes dispersos y casi salvajes, presencian el avance de los trabajadores, arañas humanas que dejan tras su marcha lenta dos hilos de acero.



VESTÍBULO DE LA ESTACIÓN DE LA PLATA

Un campamento de tiendas de lona se traslada desierto adentro, saltando de etapa en etapa. Algunas de estas carpas se retrasan en el avance, quedando fijas en su primer emplazamiento. La lona se convierte en techumbre de paja y muros de adobes. Es un boliche, una tiendecita de bebidas y comestibles, á la que acuden el pastor solitario y los peones del ferrocarril. ¡Quién sabe! Tal vez



BUENOS AIRES. ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DEL SUR

esta tienda perdida en la soledad sea más adelante el núcleo de un pueblo. En las frondosidades del Chaco, los trabajadores del ferrocarril duermen agrupados, casi á la defensiva. Durante la noche rasgan el silencio los medrosos gritos de alarma de los animales domésticos. Por las mañanas encuentran huellas sospechosas en las cercanías del campamento: pasos triangulares que se marcan con pesado y hondo relieve en el barro de los arroyos. Los ingenieros avanzan hasta la vanguardia del ejército civilizador con la carabina al hombro. A veces, en mitad de sus trabajos de exploración, ven brillar en la espesura dos esmeraldas luminosas, diabólicas, de reflejos de oro. Hacen fuego y salta sobre ellos, con mortal acrobatismo, un montón de carne ágil y potente, erizado de uñas, que esparce rugidos y va envuelto en un manto de oro con redondeles negros. Es el jaguar, el tigre de la selva, saliendo al encuentro del ferrocarril.

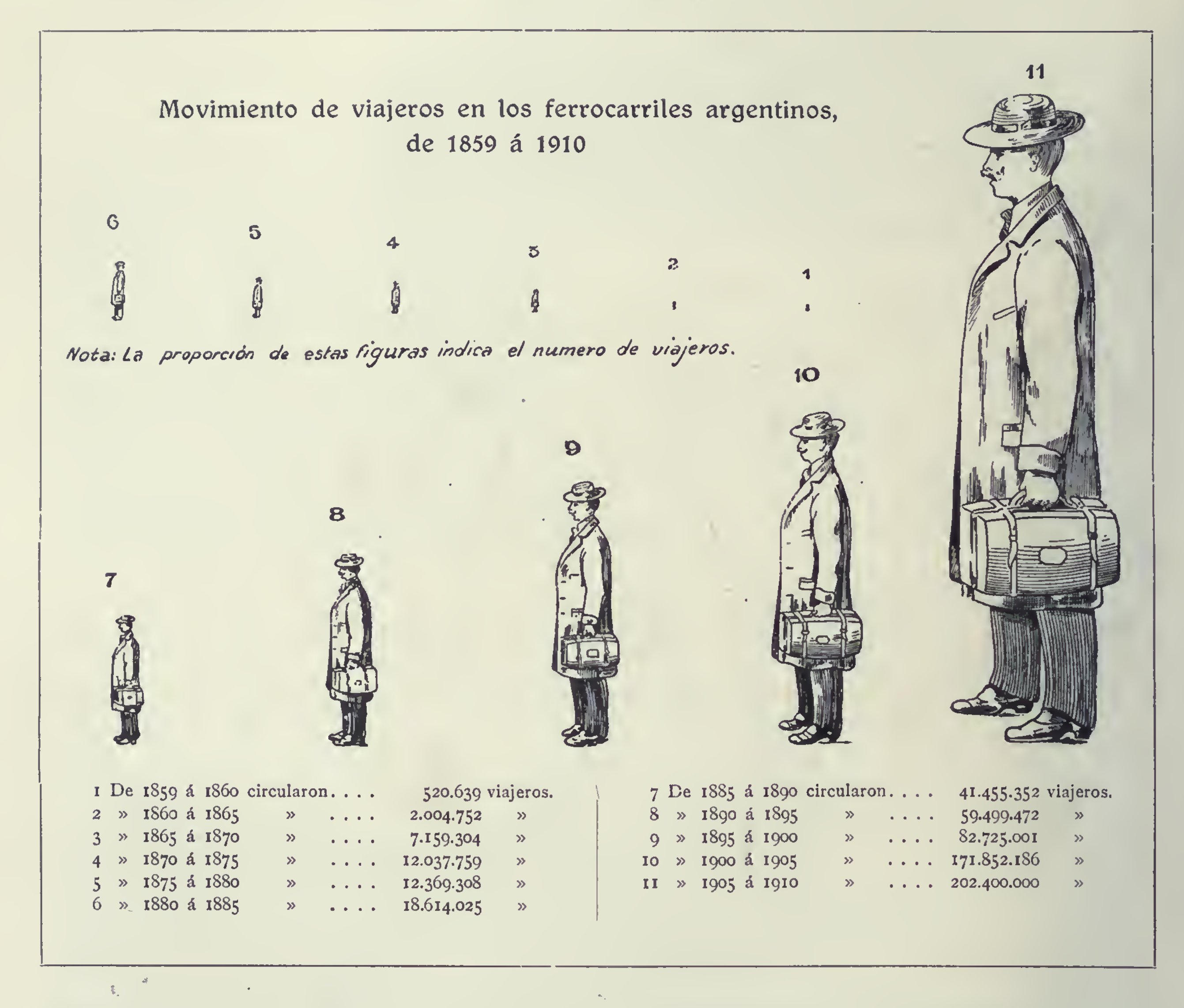
Se tienden en el desierto árido ó el bosque frondoso, centenares y centenares de kilómetros de riel, sin encontrar una vivienda, sin ver los trabajadores otros séres humanos que los que llegaron con ellos para la empresa civilizadora. La tierra es improductiva, nada vale: el hombre ha huído de ella. Pero así que se termina de construir una sección de cien kilómetros y la locomotora corre sobre los rieles, el Estado saca á la venta los campos existentes á ambos lados de la vía, con una profundidad de muchas leguas. El gran poblador argentino, el poderoso ferrocarril, realiza el milagro. Las tierras



BUENOS AIRES. ESTACIÓN ONCE DE SEPTIEMBRE

despreciadas poco antes encuentran colonos y compradores que se disputan su adquisición.

Las tradiciones, la sociabilidad, las necesidades geográficas no crean las poblaciones en este mundo nuevo. Son los ingenieros los que encasillan los pueblos futuros, marcándoles el sitio que deben ocupar. Con una regularidad matemática levantan las nuevas estaciones; pequeños edificios de mampostería perdidos en el desierto. No se cuidan de darles nombre: respetan el capricho de los pobladores que han de venir y los dejan á su iniciativa. La estación se llama simplemente «Kilómetro... tantos»: aquí el número del kilómetro de vía en que se

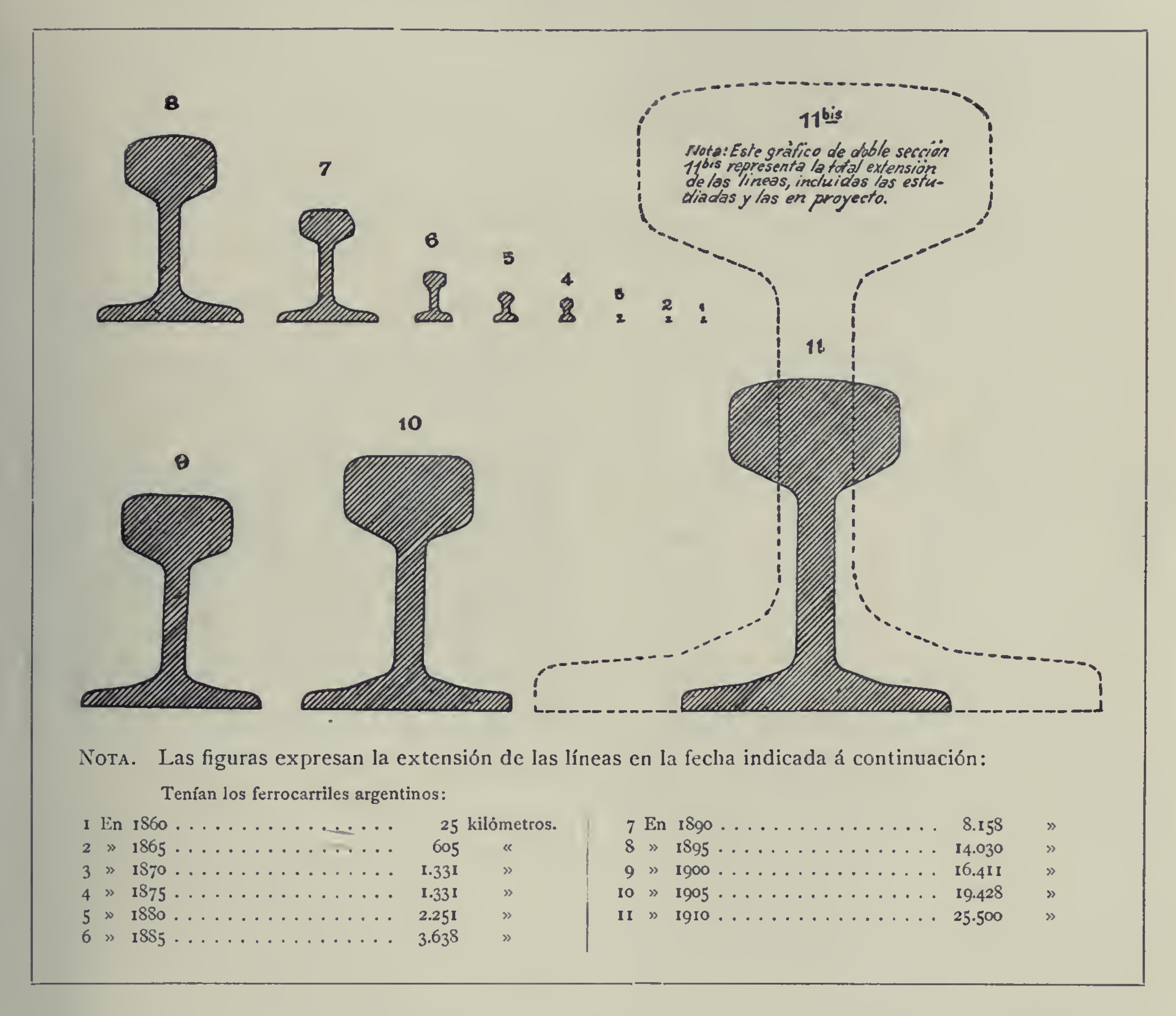


1	De 1859 á 1860	circularon....	520.639	viajeros.
2	» 1860 á 1865	»	2.004.752	»
3	» 1865 á 1870	»	7.159.304	»
4	» 1870 á 1875	»	12.037.759	»
5	» 1875 á 1880	»	12.369.308	»
6	» 1880 á 1885	»	18.614.025	»
7	De 1885 á 1890	circularon....	41.455.352	viajeros.
8	» 1890 á 1895	»	59.499.472	»
9	» 1895 á 1900	»	82.725.001	»
10	» 1900 á 1905	»	171.852.186	»
11	» 1905 á 1910	»	202.400.000	»

halla emplazada. En torno de la estación van surgiendo viviendas: al principio unos ranchos de pastores; luego, un español establece una tiendecita de comestibles, bebidas, pañuelos y ponchos; después, un italiano pone una casa de comidas; y cuando aún no llegan á cincuenta las madrigueras humanas, el Estado construye un pequeño edificio de ladrillo con una bandera sobre la puerta: la escuela. Ya está fundado el pueblo, y «Kilómetro número... tantos» se rebautiza á gusto y voluntad de los vecinos, tomando el apellido de un héroe nacional ó de la humanidad, una fecha célebre de la historia de la República, el dulce nombre de una mujer ó el de una villa de Europa. Así nacen los pueblos argentinos por obra del ferrocarril, de la noche á la mañana, como surgen de esta tierra feraz los suculentos pastos después de algunas horas de lluvia.

Los países nuevos cruzados por el ferrocarril ofrecen grandes sorpresas. Encontráis una estación solitaria, y meses después, al pasar por el mismo sitio, véis en torno de ella varios edificios. Al año es un pueblo; transcurridos diez años, ¡quién puede decir lo que será! En la provincia de Buenos Aires hay ciudades con establecimientos bancarios, gran teatro, y escuelas alojadas en palacios, que hace treinta años eran un mísero fortín levantado para conte-

Extensión total de las líneas de ferrocarril existentes en la República Argentina desde 1859 á 1910, sin incluir las auxiliares y las líneas dobles



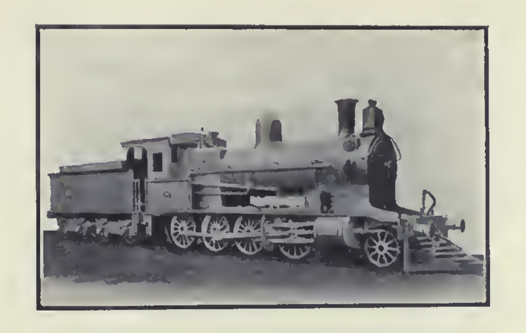
Nota. Las figuras expresan la extensión de las líneas en la fecha indicada á continuación:

Tenían los ferrocarriles argentinos:

1 En 1860	25	kilómetros.	7 En 1890	8.158	»
2 » 1865	605	«	8 » 1895	14.030	»
3 » 1870	1.331	»	9 » 1900	16.411	»
4 » 1875	1.331	»	10 » 1905	19.428	»
5 » 1880	2.251	»	11 » 1910	25.500	»
6 » 1885	3.638	»			

ner las invasiones de indios. El gobierno ordenaba la recogida nocturna de mujerzuelas de ínfima categoría, en las calles de la capital, y las enviaba á estos fortines para que alegrasen los ocios de los guerreros, más ó menos subidos de color.

El ferrocarril ha puesto á doce ó quince horas de la gran ciudad estos lugares, que parecían hallarse al fin del mundo. Los hijos y nietos del soldado mestizo y la *china*, barrida de las calles de Buenos Aires, recolectan ahora enormes cosechas de trigo en los antiguos eriales, regalados á sus ascendientes por un Estado que no sabía qué hacer de la tierra. Son millonarios y van á Europa para deslumbrar á los «gringos», dándose el gusto de ver cómo corren tras las dotes de sus hijas los descendientes de una sociedad vieja y arruinada. El ferrocarril que los



TIPO DE LOCOMOTORA CON ESPOLÓN

lleva hasta el puerto de embarque es el verdadero autor de su fortuna.

En 1857 empezó á funcionar el ferrocarril en la República. La primera línea tuvo 12 kilómetros, desde Buenos Aires al pueblo de la Floresta, que hoy se llama Vélez Sarsfield. En 1860 se inició el verdadero movimiento constructor, y de entonces acá, ¡qué progresos tan considerables los que lleva realizados la Argentina!...

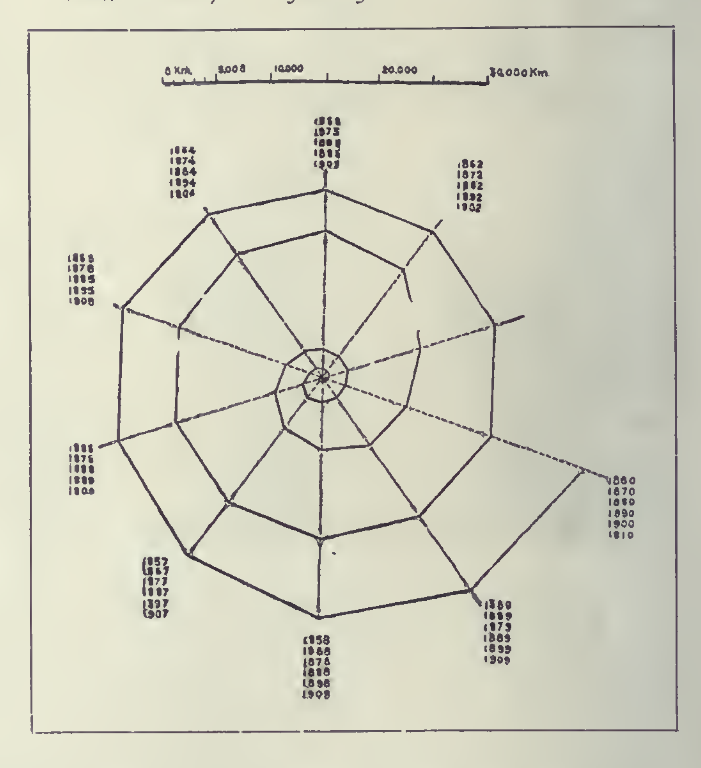
Actualmente tiene 25.532 kilómetros de líneas férreas en pleno funcionamiento. De éstas, 3.551 kilómetros pertenecen al Estado y 21.981 á empresas particulares; 15.254 kilómetros son de trocha ancha, 2.191 de trocha estrecha, 7.809 de trocha angosta y 278 de trochas menores.

Los ferrocarriles en construcción que van á ser entregados al servicio dentro de poco tiempo, representan 9.902 kilómetros. De modo, que en breve tendrá la República Argentina 35.434 kilómetros de vía férrea. Además se ha concedido á empresas particulares la construcción de varias líneas, que representan un total de 5.250 kilómetros.

Teniendo en cuenta la importancia que da la República á la creación de nuevos caminos de hierro y el apoyo que presta á estos trabajos, no es aventurado afirmar que dentro de ocho ó diez años contará con 40.700 kilómetros de ferrocarril.

Algunas líneas se han construído fácilmente, sin tropezar con obstáculos de importancia, por desarrollarse su trazado en llanuras inmensas. Otras han resultado costosas por accidentes del país, que exigen numerosos túneles y puentes.

EXTENSIÓN TOTAL DE LAS LÍNEAS FÉRREAS EXISTENTES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, SIN INCLUIR LAS AUXILIARES Y LÍNEAS DOBLES, DE 1856 Á 1910



El ferrocarril del Sur sale de Buenos Aires por un gran viaducto que atraviesa los suburbios de la capital, marchando la locomotora sobre el nivel de los tejados. Un puente levadizo en el Riachuelo permite el paso del tren sin estorbo para la navegación.



UN VAGÓN RESTAURANT

El ferrocarril del Pacífico también sale de la capital pasando junto al Parque de Palermo por un viaducto enorme. Los ferrocarriles de Córdoba, que perforan sus montañas; el de Mendoza, que pone en comunicación á Argentina y Chile, y el de Jujuy, que llega á la frontera de Bolivia, con alturas de 4.000 metros, ofrecen audaces trabajos de construcción, honrosos para los técnicos que los dirigieron y las empresas que los costearon.

Los ferrocarriles argentinos se diferencian de los de Europa por las dimensiones de su material circulante. Los vagones son mayores que los del viejo mundo, y las grandes distancias que hay que recorrer obligan á todos los trenes á llevar un coche *restaurant* de proporciones enormes, en el que toman asiento gentes de diversos aspectos. Un detalle interesante. En los ferrocarriles argentinos no rigen más que dos clases: primera y segunda. Los viajeros de tercera no existen en este país, como tampoco la dura separación por categorías, que tanto se hace notar en las vías férreas de Europa. En un mismo vagón de primera se encuentran damas elegantes y rudos estancieros con botas embarradas y poncho. Cuando llega la hora de comer, el rico y el pobre se codean en el *restaurant*. Largas familias de agricultores llegadas hace pocos años en las caravanas inmigratorias, ocupan varias mesas con sus tropas de niños. Comen, mientras á través de los vidrios contemplan el paisaje; beben aguas minerales y ricos vinos, ¡ellos que no sabían en Europa lo que era un mantel limpio y habían olvidado el sabor de la carne!...



LA PLATA. ESTACIÓN DE FERROCARRIL



BUENOS AIRES. VIADUCTO DEL FERROCARRIL DEL SUR

Las locomotoras necesitan ser de mucha potencia, para arrastrar unos trenes larguísimos. Todas ellas llevan un espolón de madera, una especie de miriñaque para limpiar la vía de obstáculos, echando á un lado los toros y caballos que torpemente vienen á plantarse entre los rieles, ó corren delante de la máquina hasta que ésta los alcanza.

En Argentina se viaja cómodamente cuando no hay polvo. El polvo es el tormento de la marcha por las llanuras. Resulta inútil subir los vidrios, cerrar herméticamente el vagón, calafatear todas las rendijas. El temible enemigo se introduce sutilmente, y á los pocos minutos el cuero negro de los asientos queda blanco y una capa obscura se extiende sobre trajes y rostros. Un viaje de dos ó tres horas obliga á un baño inmediato y al cambio de ropa. Los viajeros necesitan ir cubiertos con largas blusas de dril. Algunas veces,



PILAS DE SACOS DE TRIGO EN UNA ESTACIÓN



BUENOS AIRES. UN TREN SOBRE LOS TECHOS

el polvo entenebrece el interior de los vagones, en pleno día, como si fuese niebla, y exteriormente apenas deja entrever el paisaje detrás de una cortina roja y ondulante.

* * *

La navegación fluvial tiene casi tanta importancia como el ferrocarril en esta República de grandes ríos.

Las vías férreas pertenecen al Estado y á compañías extranjeras. El tráfico acuático se halla casi todo él concentrado en una empresa que representa un solo hombre. Este hombre es Don Nicolás Mihanovich, que bien puede ostentar el título de «Rey de los ríos», á semejanza de los capitanes de la industria norteamericana, que toman la investidura de reyes del petróleo, del acero, de los ferrocarriles, etc.

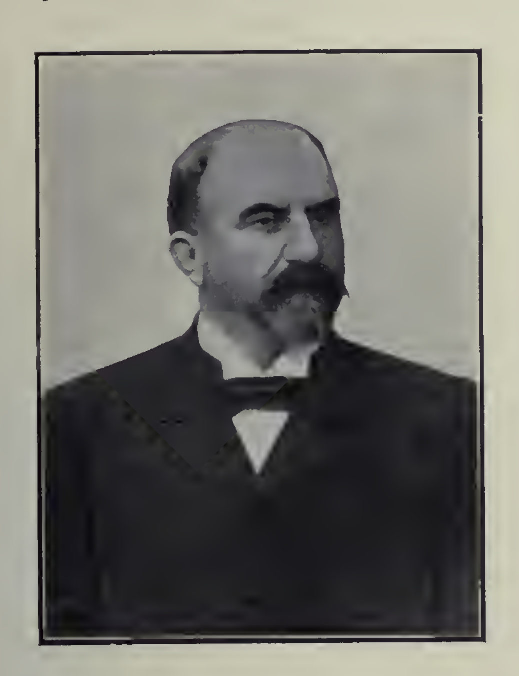
Todos los vapores que hacen diariamente el servicio de Buenos Aires á Montevideo, los que remontan el Uruguay hasta Concordia y los que suben el Paraná hasta Asunción, en un viaje que casi representa la mitad de la travesía á Europa, ostentan en sus chimeneas una enorme *M*. Son los más de ellos palacios flotantes, con amplios salones, cómodos dormitorios y lujosos comedores. Trescientas embarcaciones de diverso tonelaje pasean la inicial de Mihanovich por el río de la Plata, el Uruguay, el Paraná y los puertos oceánicos del Sud argentino. No creo que exista en el mundo una compañía de navegación con tantos buques como la casa Mihanovich. Este hombre es un exponente de la prosperidad argentina y de los milagros que pueden realizar la tenacidad y el trabajo.



PALACIO DE LA COMPAÑÍA DE VAPORES MIHANOVICH

Alto, fornido, de hercúleas espaldas, grave en el trato de los negocios y alegre y bondadoso en su vida ordinaria, se adivina al hablar con él la presencia de una fuerza poderosa y reconcentrada. Este antiguo marinero, dueño de una flota enorme,

tiene una vida de novela que hace recordar la del simpático protagonista de *El Nabab.* Ha subido desde abajo á los esplendores de la fortuna; es, como el héroe de Daudet, afable y fuerte; pero Mihanovich no se retira de los negocios como el otro, ni siente el deslumbramiento de las riquezas. Nació en Dalmacia, tierra de audaces marineros, que dió á la República de Venecia sus mejores navegantes, y á la moderna Austria las tripulaciones vencedoras en la batalla de Lisa. En un buque de vela, propiedad de un tío suyo, navegó por el Mediterráneo y el Mar Negro, llegando en sus viajes atlánticos hasta los puertos ingleses. Un día en Cardiff se embarcó en una fragata que hacía velas para el Pacífico. ¡América! ¡Eterna esperanza! . . . Desembarcó en Montevideo; pero como la Suerte no salió á su encuentro para darle la bienvenida, algo desesperanzado, tras una espera de veinte días, avanzó río adentro, no deteniéndose hasta el Paraguay. Esto era en 1866: estalló la guerra entre Solano López y los Gobiernos del Brasil, Uruguay y Argentina: la peor ocasión para un hombre ansioso de abrirse camino por medio del trabajo.



DON NICOLÁS MIHANOVICH

Al terminar la guerra, Mihanovich emprendió el viaje de regreso, casi tan pobre como á la llegada. Quería volver á su país: América no tenía para él lo que había dado á otros. Se detuvo algunos días en Buenos Aires, y entonces, con su mirada experta de hombre de negocios, adivinó la futura grandeza de la ciudad y lo que representaría en el porvenir el tráfico fluvial. El río, el enorme río de la Plata, iba á ser su asociado. Como modesto funcionario de una casa dedicada al transporte de viajeros, trabajó algún tiempo en esta labor en extremo penosa, pues Buenos Aires carecía entonces de puerto. Ahorró algún dinero, y con él y las simpatías que le proporcionaron su laboriosidad y su competencia, se atrevió en 1875 á realizar por cuenta propia el citado servicio, con dos vaporcitos arrendados. Esta fué la base de su fortuna.

Al poco tiempo adquiría un vapor en propiedad, el *Feliz Esperanza*, título profético; agrandó su pequeña flota con nuevos barcos, y en 1876 ya pudo abrir un escritorio en la calle Cangallo, sin más agente para servir al público que su amigo Don Luis Laverello. El pobre despacho de antaño es ahora un palacio que alberga á la gran empresa marítima de Mihanovich, con más de un centenar de



UN VAPOR FLUVIAL DE MIHANOVICH

funcionarios. El éxito ha sido continuo y creciente durante treinta y cinco años. El antiguo marinero dálmata, próximo á regresar desesperanzado á Europa, es hoy el «Rey de los ríos» de Sud-América.

Mucho le ha ayudado la prosperidad del país; pero también justifican este éxito asombroso sus condiciones personales y su trabajo. El rico armador ha sido antes modesto marinero: sabe mandar, porque comenzó haciéndolo todo con sus propias manos. En la actualidad abandona siempre que es necesario su palacio lujoso y baja al puerto especial, en el que está anclada su flota, examinando de cerca los servicios. Duerme poco, trabaja continuamente y su actividad abarca toda clase de explotaciones, además de la navegación. En el seno de su familia goza de una buena suerte, poco frecuente en los favoritos de la fortuna. Sus hijos han salido tan laboriosos como él y colaboran en sus empresas, continuándolas.



QUINTA MIHANOVICH EN BELGRANO

Mihanovich fué uno de los adivinos de la grandeza argentina. Cuando alquiló y dirigió sus primeros vaporcitos tuvo una visión clara de lo que iba á ser este país. Su compañía de buques pasea la bandera celeste y blanca por las costas del Atlántico, el Plata y sus afluentes. Él representa la mayor parte de la marina mercante de la República. El material de su empresa de navegación vale más de 25 millones de pesos.

No se funda una nueva empresa industrial que no busque el apoyo del «Rey de los ríos». Es presidente de compañías de seguros, de empresas de frigoríficos, molinos y quebrachales, y ha creado varias colonias agrícolas. Enormemente rico, con un prestigio firme en el mercado, objeto de admiración y de consulta entre los hombres de negocios, el honor que más aprecia es su título de cónsul de Austria-Hungría en Buenos Aires. Recientemente el Gobierno austriaco ha conferido un título nobiliario á este dálmata valeroso y emprendedor, que reproduce en el nuevo continente las glorias comerciales de los antiguos mareantes del Adriático.

* * *

En cada país sobresale una profesión, que es como el resumen de la energía nacional. En Inglaterra hay que ser marino, en Alemania guerrero, en los pueblos latinos artista y en la Argentina colonizador.



UN VAPOR FLUVIAL DE MIHANOVICH

Ya no hay guerras, afortunadamente, que turben la paz interna de la República; ya no se alcanza gloria y posición social cabalgando por los llanos con la lanza en ristre; los militares del día no intervienen para nada en la política del país. Y en este ambiente calmoso de trabajo, el único medio de ilustrar el propio nombre (aparte de la celebridad momentánea que proporciona la política), es la colonización del territorio, la conquista de un pedazo de desierto, anexionándolo á la producción nacional.

Los colonizadores equivalen á una aristocracia en el ambiente democrático argentino. El público siente una instintiva simpatía hacia estos nobles aventureros de la civilización, que dedican vida y fortuna á las empresas pobladoras. Un nimbo de indiscutible respeto circunda el nombre de los que abren un canal, construyen un ferrocarril, crean nuevos pueblos, ó arañan y desmenuzan agrícolamente una extensión de suelo. Son los grandes capitanes, los conquistadores gloriosos de la nueva Historia argentina. Muchos hombres públicos, al ver flaquear su prestigio y en peligro su nombre por los azares de la política, se retiran al campo, dedicándose á empresas colonizadoras. Al poco tiempo su popularidad está rehecha con una solidez mayor que antes. Crear pueblos y campos vale más en esta República que fabricar leyes y libros. Las leyes, al confundirse en el tesoro jurídico nacional, pierden el nombre de su autor, y la generación siguiente, que goza de sus beneficios, ignora cuándo se redactaron y por quién. Los libros se hunden en el olvido.

La popularidad del colonizador es menos brillante y difundida que la del político, pero queda para siempre en las tierras que sirvieron de escenario á sus esfuerzos. En mis correrías por la República he encontrado nombres de criollos, de españoles y de italianos, mencionados con veneración por todas las personas de una localidad. Escuchábalos yo por vez primera, pero aquellas buenas gentes los repetían como si evocasen el recuerdo de los hombres más grandes que han figurado en la Historia. Todo es relativo en la tierra. Un grupo humano puede vivir y producir considerables cosechas en medio de la pampa, sin conocer los nombres de Shakespeare ó Víctor Hugo, de Newton ó Pasteur. En cambio, recuerda con admiración al que hizo



TALLERES DEL FERROCARRIL DEL SUD



BUENOS AIRES. PUENTE LEVADIZO DEL FERROCARRIL DEL SUR, SOBRE EL RIACHUELO

el canal que riega sus huertas, abrió el ferrocarril que da salida á sus productos ó estableció el primer alambrado. Un ministro goza seguramente de mayor celebridad en Buenos Aires cuando ocupa este cargo; pero su nombre se extingue al poco tiempo, mientras que el del colonizador se agranda, con el curso de los años, en el país que recibió sus beneficios, y á veces llega á extenderse á toda la nación.

En el presente son muchos los hombres de importancia que abandonan la vida de la ciudad y las posiciones políticas para hacerse colonizadores. Al mismo tiempo que se labran con esto una honrada fortuna, sirven directamente á la grandeza de su país, mucho más que pronunciando discursos. Un amigo mío, escritor y abogado notable, el diputado nacional Don Juan Antonio Argerich, ha abandonado la política, para dedicar inteligencia y energía á una población creada por él en las inmediaciones de Bahía Blanca, y que lleva su nombre. Antiguos funcionarios de importancia renuncian sus empleos, para establecerse agrícolamente en las márgenes del río Negro y el Colorado. El colonizador es el verdadero héroe de esta democracia.



DON RAFAEL ESCRIÑA

Recuerdo la simpática impresión que me produjo, cuando estaba yo recién llegado á Buenos Aires, una tarjeta de visita. Había recibido muchas, de ilustres doctores y personajes políticos. Esta era muy simple: «Rafael Escriña, *Colonizador.*» El título de colonizador resume para mí todas las glorias del país.

Fundar colonias en Argentina da tanta nobleza como haber ganado hace siglos batallas en Europa de las que nadie se acuerda.

Don Rafael Escriña es un español de larga residencia en la República, emparentado con distinguidas familias por su casamiento con una dama argentina. Su energía creadora resulta admirable. Llegado á Buenos Aires en 1873 para establecer un negocio de banca por encargo de una casa española, torció el rumbo de su vida, dedicándose al campo. Este colonizador incansable lleva fundados unos treinta pueblos, algunos de ellos prósperos y muy importantes. Los que movemos un mundo imaginario en nuestros libros, sentimos cierta envidia al considerar la obra de estos artistas positivos, creadores de grupos humanos dentro de la realidad.



PUENTE SOBRE EL RIACHUELO, VISTO INTERIORMENTE

Luego de ser estanciero en la provincia de Buenos Aires, fundó cuatro colonias en la de Santa Fe y dos en la de Córdoba. Al tras-



LA DESCARGA EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

ladarse á Entre Ríos colonizó más de cuarenta leguas cuadradas de ricos campos, creando varios pueblos, entre ellos Valvanera, Santa Clara, Escriña, Domínguez y Santa Ana. Algunos de ellos son centros de intensa vida. Además de estas fundaciones de colonizador por cuenta propia, ha creado otros grupos urbanos. Encargado de adquirir terrenos para el ferrocarril de Córdoba á Rosario, compraba un área suficiente, en las cercanías de cada estación, para dedicarla á un nuevo pueblo. Delineaba y amojonaba las manzanas, marcaba bulevares y plazas, reservaba solares para los edificios públicos, regalándolos al Estado, y al anunciarse la venta pública de los terrenos, nunca faltaban compradores y pobladores. Así fué creando pueblos en el desierto.

Veintitrés poblaciones de alguna importancia lleva fundadas el colonizador Don Rafael Escriña. Después de este trabajo, bien puede un hombre alabarse de no haber perdido el tiempo.

* * *

Cada nación de Europa ha aportado su actividad á la República Argentina, en cuyo seno se vuelcan todas las razas del viejo continente. Pueblos europeos apenas conocidos, que hace siglos desaparecieron como entidades políticas, tienen sus colonias en este país, agrupadas por las afinidades de origen y el venerable idioma común.

Los otomanos del Asia Menor son cada vez más numerosos. Sirios y armenios llenan todo un barrio de Buenos Aires, dedicándose á varias industrias. Muchos de sus compatriotas ejercen el comercio ambulante, pasando de un territorio á otro en lentos viajes, que duran meses y meses. Los más ricos guardan sus mercancías en un vagón, tirado por caballos, que les sirve de tienda. Los pobres las llevan á la espalda en pesados paquetes, y así se lanzan por las llanuras para ofrecer sus géneros en los ranchos aislados. Estos vagabundos, que no temen la soledad, son víctimas de los bandoleros que aun existen en ciertos territorios pocos civilizados. De vez en cuando publican los periódicos la relación del asesinato de una familia de mercaderes *turcos*. Los tur-



BUENOS AIRES. AVENIDA ALVEAR



UNA ESTACIÓN ARGENTINA DE FERROCARRIL

cos (y en este nombre quedan comprendidos todos los asiáticos residentes en la República) parecen ser las víctimas escogidas del bandolerismo. Esto demuestra la audacia de sus viajes, lanzándose con sus géneros y sus ahorros en territorios escasamente poblados, á los que no puede alcanzar directamente la acción de la justicia.

Los hebreos son más numerosos. Hace mucho tiempo que se inició la inmigración judía, y en los últimos años ha crecido considerablemente, procediendo los más de Polonia y Rusia. En Buenos Aires ejercen diversos oficios, y hay calles habitadas en su mayor parte por ellos. Entre Ríos y otras provincias tienen muchos agricultores judíos. El pueblo de Israel, que en Europa se dedica actualmente á toda clase de oficios, menos al cultivo de la tierra, y únicamente en la España medioeval fué labrador, ha vuelto aquí á sus tradiciones agrícolas.

Armenios, judíos, sirios, turcos, etc., se dan á conocer únicamente por ciertos rasgos fisonómicos, pues su aspecto general es semejante al de los otros pobladores de la Argentina. No existe aquí, como en Europa, el apego á las costumbres viejas y al vestido tradicional. Los inmigrantes se transforman con rapidez en el nuevo medio. Algunos argentinos que no han visto las ciudades pintorescas de Europa, con sus cuarteles exóticos, en los que la vida conserva los prejuicios aisladores de otros tiempos, os hablan del barrio judío, del barrio turco y de las calles de la Boca, describiendo una muchedumbre extraña y original. Vais allá, seducidos por tales relatos, y encontráis calles iguales á todas; casas que no pueden ofrecerse, ciertamente, como modelos de comodidad, pero que al ser modernas resultan superiores á las de muchos barrios europeos. Las gentes no guardan en su aspecto y sus ropas nada original. El que ha visto el populacho de Constantinopla ó los judíos de Salónica y Tánger, apenas puede reconocer á estos turcos y hebreos que van vestidos á la europea, y lo que es más notable, vestidos perpetuamente de domingo.

En Buenos Aires, la muchedumbre llama la atención del recién llegado por lo limpia y



LA EXPLANADA DE MAR DEL PLATA



ESTACIÓN DE LA PLAZA CONSTITUCIÓN (LADO NOROESTE)

bien vestida. Agloméranse gentíos inmensos, sin que el olfato experimente el martirio de un mal olor, como sucede con las masas humanas de otros países. La primera influencia que ejerce la Argentina sobre ciertos inmigrantes es enseñarles á lavarse y á vestir de limpio.

* * *

El inglés no abunda mucho en la República, pero ejerce mayor influencia que los demás europeos: 700 millones de pesos oro tiene Inglaterra invertidos en ferrocarriles y otros negocios del país. Por esto, aunque el súbdito británico se deja ver poco, fatalmente se tropieza con su influencia en toda empresa de importancia. El domina las vías férreas, los establecimientos frigoríficos, la exportación de carnes. Y la afluencia del dinero inglés continúa, pues el desarrollo nacional proporciona magníficos dividendos á los capitalistas de la Gran Bretaña.

Los alemanes han extendido su radio de acción, creando establecimientos industriales, grandes fábricas y poderosas casas de tráfico. Su flota comercial pone en contacto á la Argentina con Europa, y al mismo tiempo difunde la influencia germánica. En Buenos Aires es tan numerosa la colonia, que se da el caso de funcionar á la vez en sus teatros dos compañías alemanas, sin que les falte público.

Ejercen los franceses industrias de lujo y son dueños de elegantes establecimientos en Buenos Aires; pero han intervenido poco en la colonización del país. La influencia de sus capitales empieza ahora á dejarse sentir. Por primera vez una empresa francesa ha construído un ferrocarril argentino: la línea de Rosario á Bahía Blanca. Hasta hace poco todos los caminos de hierro eran ingleses ó nacionales. Las dos colonias europeas más importantes por el número, son la italiana y la española. Los italianos han figurado por mucho tiempo á la cabeza de la inmigración. Su número era doble que el de los españoles. Ahora ha crecido la inmigración peninsular y decrecido la italiana, lo que hace suponer una nivelación próxima de ambas colonias.



BUENOS AIRES. SOCIEDADES ESPAÑOLAS INAUGURANDO LA PLAZA DE ESPAÑA

Las dos inmigraciones han prestado grandes servicios al desarrollo y prosperidad de la República. Difícil es deslindar las especiales apti-



RÍO RIACHUELO Y PUENTE DE BARRACAS

tudes de cada pueblo, y más en este país, donde las gentes cambian fácilmente de oficio. Por regla general, el italiano se dedica á los trabajos de campo y el español al comercio; pero no significa esto que dejen de existir muchos italianos comerciantes y muchos españoles agricultores.

Colonizó la inmigración italiana una parte importante de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe. Los españoles se han esparcido por todas las provincias y territorios de la República para laborar la tierra. Ocurre con los inmigrantes de la Península un fenómemo raro. En España son braceros, trabajan los campos y jamás se les ocurre pensar en el comercio, función superior que creen reservada para otras personas; pero el ambiente argentino ejerce sobre ellos un poder mágico, despertando su ambición y su inteligencia. Muchos que llegaron para cultivar el suelo, apenas ahorran unos cuantos pesos, compran un tonel de vino, unas latas de conservas, unas botellas de aguardiente de caña y abren una tiendecita, un boliche, en pleno campo. Algunos gauchos viejos, que han visto grandes transformaciones y están curados de asombro, dan por adelantado la enhorabuena al tendero, saludando en él á un futuro rico. Fortunas considerables empezaron así. El ahorro hace milagros, ayudado por el crédito. Las mercancías fiadas al parroquiano hasta la época de la cosecha permiten considerables recargos. Y el boliche se convierte en pulpería, y la pulpería en almacén, y el antiguo bracero puede ser con los años un personaje, sin que por ello muestre asombro el gaucho viejo, que lleva vistas cosas más portentosas.



BUENOS AIRES. PLAZA DE LA LIBERTAD

Los españoles representan una tercera parte del

comercio argentino, y su número se aproxima á un millón. La cantidad de italianos es mayor, pero hay que descontar los muchos miles de trashumantes, á los que llaman *golondrinas*. Estos vienen de Italia para la siega del trigo, y una vez terminada vuelven á embarcarse, llevándose los ahorros, en moneda acuñada, metidos en un pañuelo, por no tener confianza en el giro bancario.

Un italiano, el señor Devoto, ha realizado una fortuna enorme. Es el propietario que posee mayor cantidad de tierra cultivada en la República, pues se le supone dueño de más



BUENOS AIRES. AVENIDA DE MAYO

de 500 leguas cuadradas de trigo y pastos. La colonia española tiene numerosos millonarios, que se han enriquecido por medio del comercio y las industrias. Don Anselmo Villar, Don Manuel Durán, Don Casimiro Gómez, el cigarrero Canter, el ferretero Morea y otros muchos pueden ser citados como un exponente de los éxitos que alcanzan en Buenos Aires la laboriosidad, la pericia y el ahorro.

El comercio español de la Argentina peca, tal vez, de excesivamente prudente; pero, en cambio, goza de indiscutible prestigio por su solidez, su seriedad en el cumplimiento de los compromisos y el carácter recto y honrado de sus representantes, hasta los más humildes. No se lanza este comercio á empresas audaces, en las que se pueden alcanzar ganancias fabulosas, arrostrando peligros. Siente un escrúpulo religioso por la palabra empeñada y los compromisos aceptados, y sólo se atreve á realizar aquello que puede cumplir. Los comerciantes de origen español, ahorradores y de parcas costumbres, han dado, sin embargo, á impulsos

del patriotismo, ejemplos de desinterés extraordinario. No sufre España una calamidad que no acudan espontáneamente á remediarla con su dinero. Cuando la guerra hispano-yankée, en unas cuantas horas reunieron millones para regalar á su patria un crucero acorazado.

Entre los capitalistas españoles que ya no existen, los dos más interesantes por su carácter y sus empresas fueron Castells y Casado del Alisal. Don Luis Castells, hombre de gran inteligencia, fastuoso en su generosidad, regaló capitales á gloriosos artistas españoles, para asegurarles una vejez tranquila, é hizo donación al Gobierno de su país de un hermoso edificio en Buenos Aires, la «Casa de España», donde se halla instalada la Legación.

Don Carlos Casado del Alisal, hermano del ilustre pintor del mismo nombre, fué una interesante personalidad de conquistador á la moderna. Él vió antes que nadie el porvenir mercantil del puerto de Rosario y la gran producción de cereales de que eran capaces las tierras de la provincia de Santa Fe. Colonizó vastas extensiones; construyó un ferrocarril, para dar salida fluvial á las cosechas de la pampa; inició la explotación del quebracho en las selvas subtropicales, fabricando el extracto de tanino; prestó su poderosa ayuda á toda clase de empresas civilizadoras, y llegó á poseer territorios más grandes que algunas naciones de Europa. En la Bolsa de Londres recuerdan una anécdota de este hombre de negocios. Como no le conocían, quiso atraer la atención general sobre su persona con un simple anuncio. «Se venden 3.000 leguas cuadradas de terreno», escribió en la pizarra de ofertas. Los negociantes de Londres creyeron al principio que era una broma; ¡3.000 leguas de tierra!; ¿pero es que alguien en el mundo, ni aun los reyes, puede ser propietario absoluto de tan enorme extensión?... Casado lo era. Además de sus campos de la Argentina, había comprado una mitad del Paraguay.

Murió este intrépido colonizador todavía joven, cuando el desarrollo de la República presentaba á sus iniciativas los más vastos horizontes. Al ocurrir la guerra de España con los Estados Unidos, quiso hacer un donativo á la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires. Sus negocios no le permitían en aquel entonces ofrecer dinero, y simplemente regaló á la Asociación 200 leguas de tierra á orillas del río Paraguay.

* * *

La colonia italiana y la española tienen en Buenos Aires y las provincias centros de recreo, sociedades de socorros mutuos, hospitales y panteones. En muchos pueblos del interior, el edificio más suntuoso es el de la Sociedad de Socorros Mutuos española ó italiana. Algunos son verdaderos palacios, que reproducen en sus fachadas las exquisiteces del Renacimiento florentino ó la sutil labor morisca de los constructores de la Alhambra. Hay sociedades de recreo españolas que figuran en ciertas provincias como centros sociales de la mayor importancia, pues la igualdad de lengua y el común origen hacen que los hijos del país gusten de frecuentarlas.

Las colectividades españolas organizadas para fines benéficos, instructivos ó puramente recreativos, son numerosas en toda la República. Sólo en Buenos Aires existen las siguientes: Asociación Patriótica, Sociedad de Socorros Mutuos, Cámara de Comercio, Círculos Valenciano y Gallego, Centros Asturiano, Aragonés, Navarro, Gallego, Balcar, Andaluz y Mallorquín; el Centro Catalán, que es muy importante y ocupa la hermosa «Casa de España»; el Monte Pío de Monserrat; la Sociedad vascongada «Laurak Bat», el Orfeón Español y algunas más. El Club Español, instalado lujosamente, y que pronto tendrá un edificio de su propiedad en sitio céntrico de Buenos Aires, es el núcleo de la colonia, pues á él afluyen las otras sociedades en circunstancias extraordinarias.



EJÉRCITO ARGENTINO - GRANADEROS DEL GENERAL SAN MARTÍN

Una de las preocupaciones de las colectividades italianas y españolas es el panteón. Todos desean que sus restos descansen junto á los de los compatriotas, y muestran un interés sólo comparable al de los antiguos egipcios por estas obras fúnebres. Hay panteones de sociedades españolas en los cementerios argentinos, que asombran por su fastuosidad y magnificencia. Los hospitales también son muy atendidos por las dos colonias.

Tienen los italianos numerosos organismos de beneficencia que cuidan de sus enfermos. Los españoles cuentan con sociedades de socorros mutuos en casi todos los pueblos de la



BUENOS AIRES. HOSPITAL ESPAÑOL

República, administradas con meticuloso espíritu comercial, y que llegan á guardar en sus cajas verdaderas fortunas. La de Buenos Aires tiene 20.000 socios, y posee grandes ahorros como fondo de reserva.

De todos los centros benéficos que sostiene la colonia, el más notable es el Hospital Español de Buenos Aires, edificio que ocupa toda una manzana, con cuatro hermosas fachadas en las calles Belgrano, Moreno, Rioja y Deán Funes. Su fundación se debe á Don Pedro Manuel de la Bárcena, que legó en 1853 todos los bienes que poseía en Buenos Aires para el sostenimiento de un hospital destinado á sus compatriotas. El alza de los terrenos aumentó considerablemente el valor de este legado. Nuevas donaciones han venido á engrandecer la fortuna del establecimiento, que goza hoy de vida desahogada y tiene montados sus servicios de un modo admirable. El Hospital Español, reconstruído hace poco tiempo, honra á la colonia que lo creó y lo sostiene con sus donativos. El Hospital Francés y el Hospital Italiano de Buenos Aires son notables por sus instalaciones y su personal directivo; pero aun así, el Español resulta superior á ellos.



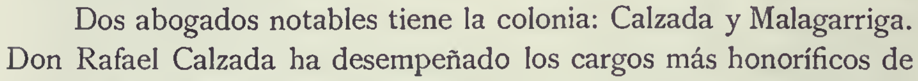
DON AVELINO GUTIÉRREZ

Un ilustre hombre de ciencia se halla al frente de este benéfico establecimiento, Don Avelino Gutiérrez, joven doctor nacido en Santander, y que estudió la carrera de médico en Argentina. El doctor Gutiérrez goza de justa popularidad como operador notable. Es catedrático de Clínica Quirúrgica en la Facultad de Buenos Aires; ha escrito varios tratados sobre problemas de Cirugía, y algunas de sus operaciones alcanzaron gran resonancia por lo audaces y afortunadas. El Hospital Español, dirigido por este hombre de estudio, ha llegado á la mayor altura en punto á precauciones higiénicas y á la adopción de descubrimientos científicos. Avelino Gutiérrez es, sin duda, el español que más sobresale, intelectualmente, entre sus compatriotas establecidos en la Argentina. Modesto en el porte, basta, sin embargo, que hable breves momentos para revelar su inteligencia y su cultura.



DON RAFAEL CALZADA

La colonia española tiene otros hombres de mérito que han conseguido abrirse paso en el ejercicio de su profesión ó en el cultivo de las letras. El novelista López Bago reside en Buenos Aires hace muchos años. El estado de su salud no le permite acometer de nuevo su trabajo novelesco, de un realismo audaz, que tanto ruido produjo en España. Ahora escribe en las publicaciones más importantes de la capital artículos de fino humorismo y críticas teatrales.



Dos abogados notables tiene la colonia: Calzada y Malagarriga. Don Rafael Calzada ha desempeñado los cargos más honoríficos de la colectividad peninsular, y hasta hace poco ocupó un asiento en las Cortes españolas como diputado por Madrid. Secundado por sus hermanos Don Fermín y Don César, también doctores en Derecho, ha trabajado mucho y con lucimiento en los tribunales. Llegado ahora á la posesión de una fortuna respetable, parece sentir Calzada esa influencia del país argentino que tuerce los destinos de los hombres y les hace cambiar de profesión. El antiguo abogado se ocupa ahora en fundar poblaciones. En las cercanías de Buenos Aires ha inaugurado una con el título de Villa-Calzada, y en Rosario construye sobre unos terrenos de su propiedad un gran barrio, que se llamará igualmente Barrio-Calzada.



DON CARLOS MALAGARRIGA

Don Carlos Malagarriga es un ingenioso periodista de Madrid. Batalló por las ideas republicanas en los tiempos más heroicos del republicanismo español; sufrió persecuciones y se vió obligado á expatriarse, buscando un refugio temporal en la Argentina. Llegó á ella por unos meses y lleva más de veinte años. El corazón le ha hecho vincularse en este país. Al poco tiempo de residir en Buenos Aires casó con una nieta del valeroso almirante Murature, y esta unión, así como el afecto de sus hijos, que son argentinos, ha decidido su porvenir. Malagarriga, abogado estudioso y grave en sus juicios, conserva para la vida ordinaria el ingenio y la ligereza de sus tiempos de periodista madrileño. La lectura es su pasión. Ha dado notables

conferencias jurídicas y escrito algunas obras de Derecho; pero muy pocos saben en Argentina que este abogado español es de una cultura filosófica extraordinaria. Por simple placer intelectual lee y comenta cuanto se ha escrito de Filosofía, desde los siglos gloriosos del pensamiento helénico hasta las actualidades más recientes.

El profesor Don Ignacio Ares de Parga trabaja en los establecimientos de enseñanza argentinos y ha escrito meritorios artículos acerca del problema educacional. En colegios, observatorios y bibliotecas existen numerosos intelectuales de la Península, arraigados para siempre en esta República, á la que aman y sirven con entusiasmo. La Cámara Española de Comercio de Buenos Aires tiene á su frente á Don José Artal, muy experto en artes, y que presta valiosos servicios al buen gusto del país organizando exposiciones de pintura y escultura.



BUENOS AIRES. UNA SECCIÓN DE LA AVENIDA DE MAYO

Las exploraciones geográficas de la Argentina moderna han tenido varios héroes españoles, deseosos de continuar las glorias de los hombres del Descubrimiento. Don Esteban Rams, antiguo presidente de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires, fué á mediados del siglo anterior uno de los primeros exploradores del Chaco. Su pensamiento consistía en hacer navegable el río Salado, abriendo un paso fácil á los productos del interior. Para esto realizó atrevidas expediciones, viviendo diez años entre los indios y proporcionando muchos datos á la ciencia. Los periódicos de Londres se ocuparon de sus trabajos, y la prensa de Buenos Aires pidió que se diese el nombre de Rams al gran río explorado por él.

Otros audaces viajeros del Chaco han sido en los últimos tiempos Don Juan de Cominges, Don Enrique Ibarreta y Don Juan Montenegro, antiguo oficial del ejército español. El recuerdo de Ibarreta, asesinado por los indios de Estero Patiño, aun está fresco en Buenos Aires. Se habla de él como de un héroe novelesco. La Sociedad Geográfica y el Gobierno argentino organizaron expediciones para salvarle del poder de los indios, si aun existía, ó asegurarse de su muerte. A pesar de los datos adquiridos, que prueban su triste fin, muchos dudan de que este sea cierto, y le creen viviendo entre los indígenas en las misteriosas profundidades del Chaco. Hasta después de muerto continúa Ibarreta, hombre extraordinario, preocupando la atención pública. Su destino fué el de ciertos héroes romancescos que parecen inmortales, pues luego de desaparecidos sigue creyendo la gente en su existencia. El explorador Ibarreta, valeroso joven nacido en Bilbao, aparece como el último vástago del tronco de los conquistadores. Fué

un nieto de Cortés, de Pizarro, de Garay, que puso su indomable coraje al servicio de la ciencia. El valor de Ibarreta resultaba tan extraordinario, que algunas de sus hazañas parecían absurdas y próximas á la locura. Habíase acostumbrado á vivir entre los indios salvajes; tenía confianza en su nobleza y esta confianza le perdió, pues le asesinaron, lo mismo que á Don Juan de Garay.

* * *

No es fácil determinar las aptitudes especiales de los extranjeros que se establecen en esta República. Unicamente ciertos oficios parecen monopolizados en Buenos Aires por los inmigrantes de una misma nacionalidad y provincia. Por ejemplo: desde hace muchos años, todos los lecheros de la capital son vascos. Es ya costumbre que la leche sea llevada á las casas por un hombretón con boina, los brazos arremangados y hercúleos, y una sonrisa bonachona. Antes llegaban por las mañanas de los pueblos cercanos, montados en briosas yeguas, entre las cántaras de zinc. Esta invasión matinal de jinetes es ahora menos pintoresca. Los vascos han enganchado su caballo á un ligero carruaje de dos ruedas y lo hacen correr á toda brida, apareciendo como un peligro arrollador en los cruces de estas calles, cortadas en ángulo recto.



BUENOS AIRES. MERCADO DEVOTO

Durante largos años los limpiabotas de la Avenida de Mayo han sido oriundos de Nápoles, y en sus tiendas hacían el aprendizaje muchos comprovincianos, que salían luego á dar betún por las provincias de la República. Pero la avalancha de inmigrantes, proporcionando gente á todos los oficios, ha imposibilitado la continuación de los monopolios en favor de determinadas nacionalidades. Los turcos, con el cajón de cepillos á la espalda, hacen hoy una ruda competencia á los napolitanos. Las criadas de Buenos Aires ven llegar por las mañanas nuevos lecheros con boina, pero no fornidos, rubios y bonachones, sino pequeños, morenuchos y nerviosos. Estos vascos ofrecen la leche más barata que los antiguos, y si alguien se queja de su calidad, se llevan una mano á la boina con dramático ademán y juran que es excelente. . . Pero lo juran por la *Madona*.

Sólo el genio descriptivo de un novelista de multitudes podría dar una sensación aproximada de las híbridas y complejas masas de inmigrantes que van esparciéndose sobre el suelo de la Argentina. Su rasgo más saliente consiste en que ningún individuo ejerce la misma profesión que tenía en Europa. ¡A tierra nueva, oficio nuevo! El zapatero se hace pastor, el oficinista labra la tierra, el militar abre una tienda. Esta transformación general da por resultado que en las ciudades no abunden los obreros expertos. Casi todos son aprendices del oficio que ejercitan, pero tienen buena voluntad; la falta de maestría la suplen con el ingenio, que parece adquirir un nuevo desarrollo en este ambiente, y aunque la labor no sea perfecta, el trabajo marcha.


BUENOS AIRES. PATIO DE UN «CONVENTILLO»

A lo mejor, el cochero que os conduce por las calles de Buenos Aires, ó el camarero que os sirve, resulta ser un antiguo cura. Abundan mucho en la Argentina los ex sacerdotes procedentes de los pueblos latinos de Europa. No han abandonado la sotana por conflictos entre la razón y la fe. La mayoría de ellos son de una modestia intelectual que hace imposibles tales lujos. Tuvieron un desliz en el viejo mundo, sufrieron una traición de la carne y aquí viven con su mujer y sus hijos, pues la ley argentina casa á todo el que lo solicita, y no reconoce otro obstáculo para el matrimonio que el de una unión anterior. Estos clérigos retirados crean familia, dejan crecer sus bigotes y ganan el pan como pueden. Uno que fué en España predicador famoso, mantiene á su señora y sus hijos matando hormigas; pero lo hace con un aparato de su invención, que limpia los campos de tal plaga. En la Argentina lo deshonroso es no trabajar. Todos los oficios se consideran igualmente respetables y dignos.

Pellegrini, el gran Pellegrini, el hombre de gobierno más eminente de la Argentina contemporánea, al salir de la presidencia de la República se dedicó á «rematador». Era pobre después de gobernar una nación tan rica y buscó en las subastas un medio de existencia.

Esto, á la vez que un testimonio de honestidad política, es un ejemplo del carácter económico de la Argentina, donde se cambia de profesión con la mayor facilidad, y no hay oficio indigno siempre que resulte útil.

* * *

Innecesario es decir que el éxito no acompaña á todos los inmigrantes. Muchos de ellos regresan á Europa hablando de la Argentina con amargo pesimismo.

Los que nacieron mal armados para la lucha por la existencia, los viciosos, los faltos de actividad, los dormidos de cerebro, encuentran el mismo fracaso allá donde se encaminan. La República no puede hacer milagros. Modifica á los hombres y los mejora, pero le es imposible rehacerlos por completo. Ofrece los medios al que llega para que se conquiste una vida de abundancia, pero no puede ayudar al que no pone de su parte la fuerza del trabajo.


BUENOS AIRES. MERCADO MODELO

A más de esto, muchos fracasan porque hacen el viaje sin enterarse con anticipación del modo de ser y el estado social del país. Médicos, abogados, periodistas, etc., han acudido á mí en consulta muchas veces, expresando sus deseos de trasladarse á la Argentina.

—¿Para qué, mis buenos amigos?... Allá hay tantos médicos, abogados y periodis-



BUENOS AIRES. UNA FAMILIA DE OBREROS

tas como en cualquiera nación de Europa; si es que no son algunos más. Lo que hace falta á la República es mucho agricultor; muchos obreros que sepan bien su oficio.

El que desembarca en Argentina poseyendo á la perfección un arte manual ó dispuesto á cultivar la tierra, puede tener la certeza del éxito. Los otros llegan á la ventura. Algunos, por obra de la suerte, consiguen abrirse camino, pero los más marchan al fracaso.

Buenos Aires ejerce una influencia fatal sobre los inmigrantes. Muchos de los que desembarcan en ella no quieren salir al campo. Nacidos en míseras aldeas, sin haber visto la capital de su nación, ni siquiera la de su provincia, experimentan un deslumbramiento perturbador al contemplar la Avenida de Mayo, las grandes plazas, los edificios enormes. ¡Que no les hablen ya de la soledad del campo, con su alimentación sana y su vida higiénica... ! Prefieren el amontonamiento humano; el infecto «conventillo» ó casa de vecindad; el comer mal y el mendigar, á cambio de que sus pies marchen sobre asfalto, sus oídos gocen de las músicas de los cafés, y sus ojos se recreen en los lujosos escaparates. Por este motivo, Argentina, que carece de brazos en la campiña, tiene en su capital un peso muerto de 50.000 personas sin trabajo y sin voluntad para buscarlo; gentes que rabian de desesperación, atribuyendo al país un infortunio debido á ellas mismas y que se hallan prontas á mezclarse en todas las protestas é insurrecciones. En lejanas provincias he encontrado españoles que habían conseguido crearse una posición modesta y estaban en camino de mayores progresos. Recordaban con amargura los primeros tiempos de su llegada á Buenos Aires; tiempos de hambre y de mísera promiscuidad en una casucha. Se arrepentían del tiempo perdido, del error de querer abrirse paso en una capital exuberante de gente, cuando tan fácil resulta vivir en las provincias.

Si el Gobierno argentino tuviera que reclutar población rural por medio de agentes, como lo hizo en otros tiempos, los primeros propagandistas debería enviarlos á los suburbios de Buenos Aires, donde se amontonan los inmigrantes rehacios á marchar al interior. En ningún país de Europa se tiene un concepto tan falso de la Argentina y se dicen tantos disparates á su costa, como en estos barrios de la capital. Mucha gente de los conventillos cree que más allá de Buenos Aires y unas cuantas poblaciones inmediatas, está el desierto. Cuando más, reconocen que se puede vivir descargando fardos en el puerto de Rosario. También han oído hablar vagamente de Bahía Blanca, pero la tal ciudad debe hallarse, según ellos, cerca del fin del mundo. El resto del país es «pampa»; y en esta palabra comprenden las visiones más misteriosas y terribles de su imaginación.

Los que acaban de desembarcar guardan aún su espíritu aventurero, y se hallan dispuestos á seguir tierra adentro, hasta donde los lleven. Pero el que rompe un par de zapatos sobre el asfalto de la capital, ese queda inservible para la nación y es un parásito más de la metrópoli sud-admericana. Si le hablan de colonizar en los territorios, así sean los del Sud, se revuelve indignado: «¿Y las flechas envenenadas de los indios? ¿Y los tigres y las serpientes? . . .» Para él, fuera de Buenos Aires, no hay más que indios, tigres y reptiles, y prefiere quedarse en las avenidas urbanas, pidiendo limosna, vendiendo periódicos, desafiando con otros oficios menos honestos la vigilancia de la policía, y sobre todo hablando mal de esta República, que engaña á las gentes buenas y las hace entrever la fortuna para no enriquecerlas nunca.

Otro desencanto de cierta parte de la inmigración tiene por base el hecho indiscutible de que todos los que desembarcan en Argentina no mueren ricos. El europeo es así: sólo concibe el viaje á América para ganar millones, y los que no llegan á poseerlos se consideran engañados, aunque gocen de un bienestar que nunca habrían conocido en su tierra.

No les cabe en la cabeza que una nación, por grande que sea su progreso, no pueda ofrecer á todos la fortuna; y se muestran desencantados, y hablan mal de un país en el cual, si no se consiguen millones, se conquista con facilidad lo necesario para la vida.

Recuerdo que en Buenos Aires he discutido muchas veces con «gringos» y con «gallegos», que se quejaban amargamente de la República. Llevaban muchos años de permanencia en ella . . . ¡y todavía no eran millonarios! Algunos habían llegado á reunir cierta fortuna, perdiéndola luego en negocios torpemente concebidos.

— ¿Pero tienen ustedes esperanza de recobrarla? . . .

Sí que la tenían. Casi estaban seguros. Había, pues, que elogiar á esta nación de fáciles encumbramientos, tan diferente á Europa, donde la fortuna sólo se ofrece una vez, y el que la pierde no topa más con ella.



BUENOS AIRES. PLAZA DE LA LIBERTAD

Hasta los pobres más pobres de Buenos Aires se hallan en una situación más desahogada que si hubiesen permanecido en el viejo mundo. La vivienda tal vez resulte peor, pero la comida y la ropa son mejores. Además, cuentan con la esperanza del mañana; el misterioso mañana argentino, que puede traer la sonrisa de la suerte, y en otros países siempre es igual, sombrío, monótono, sin una chispa de ilusión.

Cierta tarde, mientras daba yo una conferencia en un teatro de Buenos Aires, un viejo maquinista subrayaba entre bastidores, con frases de indignación, mis palabras de elogio á la Argentina. Pedía el fuego del cielo y toda especie de cataclismos sobre esta tierra, en la que llevaba veinte años. Al terminar hablé con él. Había ejercido diversos oficios, ganando algún dinero y perdiéndolo dos veces. Parecía desesperado, y echaba la culpa á la nación de todas sus desgracias.

— ¿Pero usted cree — le pregunté — que en Argentina todos han de sér millonarios?

Él hizo un gesto negativo. No: no lo creía. Además, muchos hijos del país eran más pobres que él.

— Y si tan mal le va, ¿por qué no vuelve á su tierra? . . . . .

— Porque allí estaría tal vez peor.

Estas palabras resumen la verdadera situación del extranjero en la República Argentina. Por infortunado que sea, por mal que se encuentre, siempre vive con mayor amplitud y tiene más dinero en el bolsillo que en su país natal.



UNA «PARTIDA» EN LA PAMPA



LA ARGENTINA DE MAÑANA

La República Argentina tiene defectos. ¿Qué pueblo vive libre de ellos? . . . Pero el escritor corre el peligro de la inoportunidad si se detiene á examinar y criticar las imperfecciones nacionales. ¡Camina tan aceleradamente esta República! . . . El defecto de hoy, consignado y descrito en un libro, ya no existe mañana, cuando el tal libro se mantiene relativamente joven.

Obras conozco de gran mérito en las que se describe la República Argentina, examinando con austero juicio las imperfecciones de su organización; y estos libros, que si tratasen de Europa guardarían aún cierta frescura, parecen viejos cual si llevasen un siglo de existencia. Hablan de defectos totalmente olvidados: censuran costumbres de las que sólo guarda el argentino un vago recuerdo.

Las críticas que yo pudiera hacer aquí, por justas que fuesen, provocarían dentro de ocho ó diez años una sonrisa compasiva; la sonrisa dedicada á las cosas vetustas que resucitan inesperadamente. En muchos países del viejo mundo el estudio de los defectos públicos resulta oportuno siempre, aunque transcurra largo tiempo. ¡Son tan lentas las modificaciones! . . . Aquí cada año trae una mutación, y treinta años equivalen á un siglo. Un extranjero que hubiese desembarcado por breves días en el Buenos Aires de 1873 y volviera ahora, creería que, durante su permanencia en Europa, un siglo entero había transcurrido para América.

La celeridad con que progresa el país argentino hace que sintamos mayor horror á la muerte. ¡No poder vivir más tiempo que el normal para ver hasta dónde llega el crecimiento de este gigante en mantillas! . . . Nuestra curiosidad envidia á las generaciones que aun están por nacer. Ellas verán grandes cosas. . . ¡Ay! ¿Cómo será la Argentina de mañana?

* * *

Magnífica visión la nuestra si pudiésemos abarcar con mirada sobrenatural lo que será este país dentro de un siglo. Argentina no necesita que transcurran muchos centenares de años para sobresalir entre los pueblos grandes de la tierra. Con seis millones de habitantes y la mayor parte de su suelo falto de cultivo, figura ya en el rango de las primeras naciones productoras y es la segunda del mundo en exportación de carnes y cereales. ¿Á qué alturas llegará esta República cuando su población se haya triplicado y el hombre, con la ayuda de la máquina, explote una mitad, nada más, de la tierra utilizable? . . .

Acaba la Argentina de celebrar con una sonoridad mundial el primer centenario de su existencia. Todas las naciones saludan con afecto la bandera celeste y blanca, símbolo de algo grande que llenará el porvenir. España, la vieja madre, ha sentido honda emoción al ver tan celebrada á esta hija suya, fuerte y hermosa, en la que se reproducen las grandezas y el poderío que tuvo la Península en el siglo XVI. Día llegará en que «no se ponga nunca el sol en los dominios argentinos», como ocurrió en los reinos de Carlos V. Pero estos dominios no serán políticos, ni pertenecerán á la República por la conquista guerrera, sino puramente morales y por la influencia comercial, por la atracción simpática del trabajo y el progreso.

El centenario que acaba de celebrarse es simplemente histórico, pues con él se ha festejado el nacimiento de la nación. Pero la grandeza argentina no tiene cien años de existencia. Data casi de ayer: no alcanza más allá de treinta años ó, en caso extremo, cuarenta. Treinta años de trabajo, de paz y lenta inmigración, después de un largo período de guerras civiles y trastornos caóticos, han bastado á la Argentina para llegar á su estado presente. ¿Cómo será este pueblo cuando celebre su segundo centenario, un centenario verdad, de cien años de vida intensiva, y no de treinta, como el que acaba de cumplirse? ¡Quién sabe si el siglo XXI será en la Historia el siglo de la Argentina, como el XVIII y el XIX lo fueron de Francia y Alemania y el XX parece serlo de los Estados Unidos!...

Además, la crónica de un pueblo que casi acaba de nacer no ofrece aún término visible. Luego del segundo centenario, que sorprenderá á la Argentina con 18 ó 20 millones de pobladores y una producción representativa del séxtuplo de sus habitantes, vendrán otros centenarios y otros, y en cada uno de ellos la riqueza y la densidad humana de la República se multiplicarán en progresión aritmética escapando á todos los cálculos que puedan hacerse desde el presente.

El porvenir de la Argentina tiene algo de la inmensidad del infinito, que desorienta y confunde á las imaginaciones más vigorosas. Podemos calcular lo que será dentro de cien años, como se calcula en astronomía la distancia y la composición de un astro visible. Podemos imaginar vagamente la grandeza de este país en su tercer centenario, como se entrevé una estrella perdida en lo remoto. Pero de ahí en adelante, la imaginación se detiene y desfallece abrumada por la inmensidad.

Sólo puede decirse: — Argentina será grande, tan grande como su territorio, que es de los mayores del globo, no sólo por su área, sino por su aprovechamiento y riqueza.

Una gran parte de Europa cabe desahogadamente dentro de las fronteras de esta República y aún resta espacio libre para otras naciones. Sobre su tierra podrán vivir algún día 300 millones de hombres, sin que tan enorme población alcance mayor densidad que la de algunos Estados de la Europa central.

El presente, con su grandeza embrionaria, parece levantar una punta del velo que oculta á la Argentina de mañana. Buenos Aires, la ciudad-esperanza, la metrópoli de fama mundial, es una agrupación humana de glorioso porvenir. Nacida con un vigor extraordinario, y aumentada por un crecimiento inverosímil, la Historia aguarda impaciente el momento de hacerla cumplir sus destinos.

Hay ciudades que atraen la atención del mundo desde que nacen; ciudades que son naciones, pues los territorios que las acompañan resultan simples anexos de su gloria municipal. Roma, dominadora del mundo, fué simplemente una ciudad en todos los momentos de su historia. La vida de uno de sus barrios tenía tanta importancia como la existencia de varias naciones. Esta ciudad-señora no produjo grandes cosas originales, pero adoptó, transformó y popularizó todo lo bueno que en sus tiempos existía en el mundo. La herencia del saber antiguo la hemos recibido transmitida por Roma. Le bastó para cumplir su misión tener abiertas las puertas á todos los hombres de la tierra, admitir los altares de todos los dioses, tolerar en sus suburbios la reunión de todas las cofradías y todas las razas. Llegaba el judío vagabundo ocultando bajo sus harapos el principio del monoteísmo, y en los fangosos barrios del Tíber tejía alfombras y propagaba la idea del Dios único: presentábase el andariego ateniense, llevando por todo equipaje libros venerables ó cinceles escultóricos, última fortuna de la decadencia helénica: enganchábase en las legiones palatinas el germano, de miembros blancos y cabellera rubia, que aportó nuevas ideas de independencia y libertad; y Roma, admitiendo á estos y á otros huéspedes mundiales, acababa por ser el centro del cristianismo nacido en Asia; salvaba del olvido y la muerte la filosofía y las artes helénicas, esparciéndolas por el mundo, y abría camino al robusto individualismo, nacido en las orillas de los ríos del Norte, para que se difundiese por toda Europa.



ALEMANIA, FRANCIA, SUIZA, GRAN BRETAÑA É ITALIA, COMPARADAS CON LA REPÚBLICA ARGENTINA

¡Quién sabe si Buenos Aires es la Roma futura de un mundo nuevo! . . . Como la capital antigua, abre sus puertas á todos los hombres y todos los dioses; su ambiente de libertad acepta sin resistencia todas las ideas y todas las actividades; en sus barrios pobres laten las esperanzas y las amarguras de un mundo lejano, lo mismo que en los suburbios de la ciudad-señora rebullían las predicaciones de los misteriosos desterrados de Asia. La metrópoli sud-americana, con su prodigioso espíritu de asimilación adopta, modifica y une en ingeniosas soldaduras las más diversas ideas. Á su recinto llegan el inglés, el francés, el alemán, el italiano y el español, como en la antigua Roma se presentaban el fenicio, el cartaginés, el egipcio, el judío, el griego y el celtíbero, aportando el espíritu comercial, la hermosura de las artes, ó la dureza y el valor de la raza.

El roce de pensamientos encontrados, antagónicos caracteres y creencias distintas, dió por resultado en la Ciudad Eterna una potente civilización, que seleccionó lo mejor de cada pueblo. Tal vez los óvulos de nuevas ideas, engendrados en Europa, vengan algún día á incu-

barse aquí, en el ambiente templado de una verdadera libertad. Tal vez el espíritu latino, que muchos creen agonizante, se reencarne más vigoroso en las orillas del Plata. Tal vez generosas aspiraciones humanas, cuya realización buscan en vano los pueblos viejos, dentro de viejos moldes, puedan un día adquirir cuerpo en esta tierra y servir de modelo al mundo.

Los antiguos helenos, en sus fiestas religiosas, rendían culto al fuego, símbolo del pensamiento, corriendo largas distancias con una antorcha, que se pasaban de mano á mano. Esta antorcha luce aún y lucirá eternamente. Su llama es la civilización de los pueblos europeos meridionales; la que un día crepitó en Roma iluminando al mundo. Varias naciones han sostenido esta antorcha en su diestra, brillando más alta la llama según la velocidad del portador. Encendida en los altares de Atenas, paseóla Roma por todo el mundo conocido; Bizanzio la agitó algunos instantes sobre la pesada diadema de Justiniano; reyes, emperadores y pontífices, la blandieron, macilenta como un tizón, en la noche medioeval; la Italia del Renacimiento supo reanimarla, alumbrando con ella las calles y plazas de Florencia, convertidas en museos; España y Portugal la arrancaron de sus manos para asomarse al abismo del Océano lóbrego y sin límites, sacando de la penumbra los esplendores de la India olvidada y la belleza virgen de un continente; luego Francia se apoderó de la antorcha, soplando su ígnea cabellera para que esparciese rosadas palideces de aurora sobre las páginas de sus filósofos y enciclopedistas, y sangrientos reflejos de revolución. . . . .

¿Y ahora . . . ? Ahora la antorcha se estremece insegura. Serpentea su lengua de fuego junto á cabezas venerables que se mantienen en todo su vigor; pero las manos que la sustentan tiemblan con un temblor de senectud. Los portadores han corrido durante siglos y sienten el cansancio de su velocidad. Necesitan trasmitirla á nuevas manos: la cadena no debe romperse . . . Y al otro lado del Océano extiende sus brazos un efebo latino, la frente iluminada por las más nobles ilusiones, los músculos vigorosos é hinchados por la savia acumulada de la juventud. Él tomará la antorcha. Su ágil mocedad reanudará la carrera, iluminando de nuevo al mundo con los fulgores del genio latino.

* * *

La República, en el rápido desenvolvimiento de su progreso material, cambiará de aspecto completamente en el transcurso de un siglo. Un argentino del presente, resucitando en el Buenos Aires del segundo centenario, experimentaría, quizá, mayor asombro que un patriota de la Independencia viviendo en el Buenos Aires de hoy. La Argentina, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos.

¿Cómo será Buenos Aires cuando tenga cuatro millones de habitantes y esté cubierta de edificios toda su área municipal? ¡Con qué ojos de simpática conmiseración mirarán los argentinos de entonces la Avenida de Mayo y el palacio del Congreso, respetables vejeces de un pasado que ha de parecerles pobre y mezquino!

La República poseerá, indudablemente, antes de un siglo 100.000 kilómetros de vías férreas, que pondrán en comunicación los miles de pueblos nuevos, creados en regiones hoy desiertas. Centenares y centenares de leguas de tierra, que ahora están dedicadas al pasto natural, recibirán la caricia del riego y el arañazo del arado. El espacio de campo que alimenta á un toro actualmente, proporcionará el sustento á una familia humana con la abundancia del cultivo intensivo. La misma ganadería irá condensando su riqueza pecuaria en terrenos más limitados. Donde hoy pastan unas cuantas reses, los campos regados y eternamente verdes mantendrán rebaños enteros. Las aguas irán á volcarse en el Océano, como siempre, por el camino de los grandes ríos; pero luego de haberse esparcido, merced á los canales, sobre tie-

rras ribereñas que ahora las ven pasar con la desesperación de Tántalo; resquebrajadas por la sequedad, y sin poder humedecer sus entrañas.

El primer siglo de vida argentina ha sido el siglo de la ganadería y la agricultura por extensión. El hombre vive confiado á la magnanimidad del suelo y la oportunidad de la lluvia. Este segundo siglo que ahora empieza, será el del cultivo intensivo, el del ahorro hidráulico, el del riego generosamente propagado. Muchos valles se verán convertidos en lagos por la mano del hombre. La industria humana inventará saltos hidráulicos para la creación de fuerza, y se contarán á miles los centros industriales.



BAHÍA BLANCA. ELEVADORES DE GRANO

La escasez de población ha permitido hasta el presente vivir á la buena de Dios, ya que con poco que se trabaje la riqueza natural da con creces para la abundancia y el progreso del país. Pero la dura ley de la necesidad hará milagros cuando la población se cuadruplique.

Los caminos acuáticos que la naturaleza ofrece á la Argentina serán limpiados y utilizados. Por los ríos donde hoy navegan goletas y vaporcillos pasarán trasatlánticos, encontrando la masa de agua necesaria para su flotación en los lechos profundamente dragados. La vida marítima, que ahora llega á Rosario, se prolongará á las Tres Bocas, y tal vez no se detenga hasta encontrar la barrera insuperable del gran salto del Iguazú. La actividad humana pulverizará los escollos ocultos que impiden la navegación, y vencerá al pantano traidor que borra los ríos, esparciendo sus aguas en una llanura fangosa y sin límites. El canal, revolviendo limos seculares y vegetaciones parásitas, abrirá paso á la quilla. El Bermejo y el Pilcomayo serán navegables, conduciendo los buques hasta el corazón del continente americano. El río Negro, libre de obstáculos, ofrecerá amplio camino á través de los que ahora son desiertos patagónicos, y dentro de un siglo parecerán hormigueros humanos. El buque, entrando en el Limay, llegará al pie de los Andes. Todos los ríos del Sur serán vías de comunicación con los mares interiores, que agitan su oleaje solitario á la sombra de la Cordillera. La

bandera celeste y blanca, pabellón de trabajo y comercio, ondeando en el mástil de la nave mercante, entrará en el corazón del Brasil, de Bolivia, del Paraguay y alcanzará á las fronteras de Chile sin tener que salir al Océano, navegando siempre entre tierras argentinas.

¿Quién puede calcular la cifra monstruosa que alcanzará la producción de esta República, cuando su suelo esté poblado y regado, y el hombre haya vencido á la naturaleza bravía, sobre la que acaba de poner su mano de dueño? . . .

Los hombres del viejo mundo sentirán entonces, aun más que en el presente, la irresistible atracción de la tierra de la esperanza. Verán en el horizonte de su imaginación una ciudad inmensa; y sobre esta ciudad unos brazos que se extienden maternales; y entre estos brazos el tronco esbelto de una mujer, majestuosa y juvenil, blanca y azul como las vírgenes de Murillo, tocada la cabeza con el gorro purpúreo, símbolo de libertad; y oirán las palabras que deja caer desde su altura de montaña, palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro:

— Venid á mí los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid á mí los que llegasteis tarde á un mundo demasiado repleto. Mucho he crecido, pero mi hogar aun es amplio y tiene sitios libres. Mi casa no la construyó el egoísmo. Su puerta está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.





UNA AVENIDA DEL PARQUE DE PALERMO

LA CAPITAL FEDERAL

Quinientos habitantes tenía Buenos Aires en 1602, pocos años después de ser fundada por Garay; 22.000 en el siglo XVIII, al crear el gobierno de Madrid el virreinato del Río de la Plata; 46.000 en 1810, al iniciarse la revolución de la Independencia; 65.000 durante la tiranía de Rosas; 186.000 en la presidencia de Sarmiento (1871), y actualmente 1.300.000, en números redondos.

Á mediados del siglo XVII, cuando Buenos Aires no llevaba aún tres cuartos de siglo de existencia, sus casas eran 400, pertenecientes á 211 propietarios, y los habitantes unos 4.000. De éstos sólo una sexta parte figuraban como ciudadanos, siendo el resto indios y negros. Las techumbres, cubríanlas de teja, como en las provincias del Norte de España, ó simplemente de paja. Las sostenían unas vigas ó tirantes extremadamente largos, de modo que los aleros avanzaban mucho sobre la calle, y como los edificios sólo tenían cuatro metros de altura, resultaba difícil la circulación, hasta el punto de que el Cabildo ordenó que las carretas transitasen por fuera de la ciudad, yendo á descargar á espaldas del convento de Santo Domingo, donde se verificaba la venta de comestibles.



CASA DE LA VIRREINA

Los porteños de raza blanca, descendientes de los compañeros de Mendoza, vivían servidos por negros é indios, sin otra industria que la ganadería y la exportación de cueros. Los únicos incidentes de su vida monótona eran algunos ataques de piratas ingleses y holandeses, repelidos valerosamente. La ciudad no tenía murallas. Un pequeño fuerte, rodeado de foso y con baluartes de adobes, servía de residencia al gobernador y á una guarnición de 150 hombres. Un viajero, llamado Azcárate, que visitó Buenos Aires en 1664, cuenta que esta guarnición estaba dividida en tres compañías, mandada cada una por un capitán, y añade:

«Pero estos capitanes designados por el goberna-

dor cambian con tanta frecuencia, que no hay apenas un ciudadano rico que no haya sido capitán. Las casas se componen de sólo un piso, y están cubiertas de paja y cañas, y construídas con barro. Las habitaciones son muy vastas, con grandes patios, y detrás hay jardines con huertas de frutales y verduras, pues la tierra es muy fértil. Los habitantes viven cómodamente y lo tienen todo en abundancia, menos el vino, que es muy caro. Una perdiz sólo vale un penique.

»La principal riqueza es el ganado, que se reproduce prodigiosamente, y da una buena renta con sus cueros. Cuando yo llegué había en el río 22 buques holandeses, con un cargamento cada uno de 13 á 14.000 cueros de toro, lo que representaba un valor de 33.000 libras por barco, pues cada cuero, que aquí se paga á 5 chelines, en Europa se revende á 25 ó más.



UNA CASA COLONIAL DE BUENOS AIRES

»Entre los estancieros los hay muchos que poseen una fortuna de 60.000 libras. Puede contarse el número de hombres á quienes es permitido llevar armas (los esclavos no figuran en este número) en unos 600, los cuales desfilan tres veces por año, á caballo, delante del pueblo en ciertos días de fiesta.

»En esta milicia figuran muchos hombres casados, que más que el ardor de los combates aman el placer. Es verdad que las mujeres de Buenos Aires muéstranse en su mayoría muy hermosas, bien formadas y de bella tez. Dicen que son muy celosas y que están prontas á castigar á los maridos culpables con el veneno y el puñal. Las mujeres son más numerosas en Buenos Aires que los hombres.»

A principios del siglo XVIII se modificó la edificación de la ciudad, comenzando á emplearse la cal de Córdoba y el ladrillo cocido. En 1730, según una carta del jesuíta Cattaneo, Buenos Aires tenía 16.000 habitantes (de ellos 5.000 de raza española), y funcionaban 70 hornos de cocer ladrillos; lo que demuestra la gran cantidad de sólidas construcciones que sustituyeron á las antiguas viviendas de barro.

El virrey Vertiz fué el primero en preocuparse de la higiene y ornato de Buenos Aires. No sólo inició el alumbrado público de la ciudad, estableció los primeros colegios y la imprenta, y obligó á los propietarios á construir aceras: sino que después de esto metióse en la empresa de empedrar algunas calles, lo que se tuvo en aquellos tiempos como la mayor de las audacias. Las principales vías de la ciudad eran sumideros de putrefacción, barrancos donde se depositaba el agua de las lluvias. Las pesadas carretas que iban de Buenos Aires al interior se atascaban á veces en mitad de una plaza, y allí permanecían días enteros, sin que pudieran arrancarlas de esta posición. Vertiz tuvo que luchar con el Cabildo, poco inclinado á las reformas, y, al fin, consiguió limpiar y afirmar las calles, evitando un obstáculo á la circulación y un peligro á la salud pública.

* * *

La arquitectura de Buenos Aires ha reflejado, en sus diversas formas, las vicisitudes históricas, las ideas imperantes y las expansiones de la inmigración europea.

Durante el período colonial, las casas estuvieron cubiertas primeramente con tejas, á usanza española, y luego con una terraza, á estilo árabe; novedad importada de Andalucía, así como los patios que aun existen en muchos edificios de Buenos Aires y las provincias.

La casa de estilo colonial hizo de



APERTURA DE LA AVENIDA DE MAYO (Fotografía de los derribos en 1894).

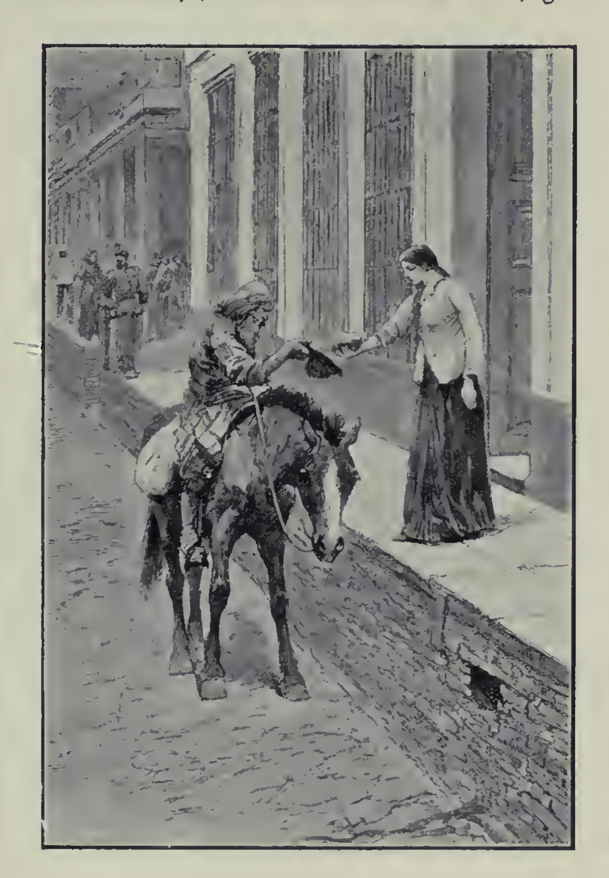
BUENOS AIRES - AVENIDA DE MAYO

la terraza uno de los lugares favoritos de reunión. En verano juntábanse en ellas las familias, conversando por encima de la calle. La casa llamada de la Virreina, que aún existe en Buenos Aires, recuerda este tipo de edificios. La revolución de la Independencia no cambió el aspecto de la ciudad. Las torres de las iglesias siguieron alzándose majestuosas y únicas sobre el chato caserío. El despotismo de Rosas, que intervenía en todos los actos de la vida pública, pesó igualmente sobre la edificación. En los largos años de su mando se construyó muy poco. La gente acomodada, sospechosa de unitarismo, no podía pensar en nuevas obras, cuando sentía insegura su libertad y hasta su existencia. Hubo año en que no se levantaron más de 30 casas. Estas habían de ser de un solo piso, con una baranda de hierro en la terraza. En 1848, un antiguo general se atrevió á construir un edificio de dos pisos, con aire de palacio, y esto se tomó como un acto de gran valor. La caída de Rosas estaba próxima. Debía husmearse ya en el ambiente para que alguien osara este desacato. El color favorito del déspota dominaba en todas las casas, que parecían embadurnados de sangre. Puertas, ventanas, hierros de baranda, todo estaba pintado de rojo. Después de la huída de Rosas desapareció este color: las casas fueron pintadas de blanco y las puertas de verde. La inmigración europea, cada vez más considerable, fué modificando el aspecto de la ciudad. El arquitecto sustituyó al albañil. Artistas italianos implantaron la costumbre, que aun subsiste, de decorar las fachadas con gran abundancia de columnas griegas, medallones, festones, etc.



AVENIDA DE MAYO (Entrada por la plaza de Mayo).

Buenos Aires, fuera de su barrio central, donde se hallan los edificios más importantes, tiene el caserío bajo. Pero no existen muchas ciudades en el mundo que ofrezcan en sus calles más rica decoración. Todas las casas tienen sus fachadas angostas (una puerta y dos ventanas, con antepecho, invariablemente) adornadas con columnas, cornisas y un frontón ó balaustrada, de remate. Muchas brillan como espejos con el estuco multicolor. La casa, estrecha y muy profunda, está aireada é iluminada por dos ó tres patios interiores. Esta edificación, baja y graciosa, que es todavía la más generalizada en Buenos Aires, tiene algo que recuerda las viviendas de la antigua Atenas. Coexisten además, confundidos en ella, recuerdos de la influencia árabe y la colonización andaluza. La arquitectura argentina es, según expresión de Sarmiento, «greco-romana, árabe italo-española».



BUENOS AIRES ANTIGUO. UN MENDIGO Á CABALLO

Nuevas influencias vinieron á transformar el aspecto de Buenos Aires y sus alrededores. En 1869 comenzó á funcionar el primer tranvía, y desde entonces este sistema de locomoción se ha desarrollado tanto, que muchos viajeros llaman á la capital federal «la ciudad de los tranvías». Se calcula en más de 800 kilómetros la longitud de sus líneas.

La abundancia de este sistema económico de traslación ha esparcido por el campo una gran parte del vecindario de Buenos Aires. Miles de familias pasan el día en la ciudad y van á descansar en los pueblos inmediatos, que son ahora simples barrios de la capital. Esta vida ha transformado el aspecto arquitectónico del campo. Las antiguas viviendas rústicas son hoy elegantes *chalets*, que dan á la campiña bonaerense un aspecto



BUENOS AIRES MODERNO. UN PALACETE NUEVO

semejante al de los alrededores de París y Londres.

Durante la época del presidente Avellaneda se operó en la capital una reforma, que ha influído mucho en su edificación. Rivadavia, para facilitar el tránsito de carruajes, había ordenado en su tiempo que se cortasen las esquinas de las calles. Como éstas se hallan trazadas en forma de tablero de ajedrez, el corte de los ángulos de cada encrucijada forma una minúscula plazoleta, que permite á los carruajes dar la vuelta fácilmente. Transcurrieron cincuenta y dos años sin que se cumpliera el acuerdo de Rivadavia, hasta que Avellaneda lo puso en ejecución. Las esquinas cortadas dieron origen á todas las ornamentaciones compañeras del chaflán y á los artísticos balconajes que tanto adornan el Buenos Aires moderno. Al mismo tiempo comenzaron á llegar á la Argentina arquitectos franceses y alemanes, y se construyeron las primeras casas de tres ó más pisos.

La apertura de la Avenida de Mayo, en 1894, marca el momento más decisivo en la transformación de la ciudad. Se abrió la primera calle moderna, amplia y con edificios de gran altura; algunos de ellos de ocho y nueve pisos. Al mismo tiempo los vecinos ricos, acostumbrados á viajar por Europa, copiaron los tipos de edificación más de su gusto, y el tejado de buhardilla sustituyó á la terraza en todos los palacetes.

Buenos Aires muéstrase cada año más monumental; pero lo que gana en aspecto suntuoso lo pierde en originalidad. Sus avenidas son bulevares como los de París y para ver la ciudad sud-americana hay que salir del barrio del centro. Entonces se encuentran amplias calles, de edificios bajos, rectas en su trazado hasta perderse de vista, jalonadas por los candelabros monumentales de la luz eléctrica y los postes telefónicos, más altos que las techumbres.

Todas las casas son de un solo piso, pero unos cuantos peldaños las elevan sobre el nivel de la acera. Las fachadas estrechas con columnas, festones y otros adornos, relucen de limpieza y brillo, así como las maderas y metales de sus puertas. Las ventanas tienen antepechos de hierro forjado, y tras ellos se esparcen, como un chisporroteo perfumado, las flores de las macetas. Por encima de estas flores pasan los sonidos de un piano, y se ven cabezas de muchachas; cabezas argentinas, pálidas, con ojos negros y rasgados que miran al transeunte y parecen esperar al novio, lo mismo que si estuvieran asomadas á una reja de Andalucía.

***

De Buenos Aires puede decirse lo que de la Argentina: «¡Es tan grande!... ¡Tan grande!»

Su extensión llega á 18 kilómetros de Norte á Sud y 25 de Este á Oeste. Ocupa una superficie de 18.854 hectáreas, lo que hace de ella una de las ciudades más dilatadas del mundo. Su perímetro municipal abarca 62 kilómetros y medio.

Buenos Aires es mayor que París, que sólo ocupa 7.802 hectáreas; que Berlín (6.326), que Burdeos (3.343), que Hamburgo (7.346) y que Viena (5.540). En cambio, hay dos ciudades mucho más grandes que Buenos Aires: Londres, que ocupa 30.476 hectáreas, y Nueva York 76.347.

Las calles de Buenos Aires son de una longitud enorme. Trazadas á cordel, se extienden en línea recta casi todas ellas, de un lado á otro de la antigua ciudad.



BUENOS AIRES MODERNO. CASA DE PEÑA

Algunas continúan á través de los nuevos ensanches, llegando al último límite del término municipal. La calle de Rivadavia, que figura en el plano de Buenos Aires como la arteria maestra, de la que parten las vías principales, no es, en realidad, una calle; más bien es un camino por su desmesurada longitud. A derecha é izquierda de ella las vías afluentes cambian de nombre, así como la numeración de los edificios.

Antes de la apertura de la Avenida de Mayo, era la calle de Rivadavia el centro más activo de la ciudad



CALLE MAIPÚ

Esta vía divisoria consta de tres secciones: una de 2.800 metros en el interior del Buenos Aires que puede llamarse antiguo, por datar de hace treinta años; otra de 7.920 metros, que llega al barrio de Flores, y una tercera de 5.000, hasta el límite de la ciudad. Resulta, pues, esta arteria bonaerense de 15 kilómetros de longitud. ¡Los vecinos pueden hacer un verdadero viaje sin salir de su calle!...

Hace años, en una revista militar del 9 de Julio, el general encargado del mando de la parada, veterano heroico y poco ducho en movimientos tácticos, no sabía cómo distribuir las fuerzas reunidas en la plaza de Mayo, para que desfilasen. Al fin optó por hacerlas marchar siguiendo cada cuerpo la calle más inmediata. Un ayudante comunicó la orden al coronel de un regimiento de infantería, jefe ordenancista é intransigente en materias de subordinación.

— El general, que siga usted por la calle Rivadavia.

— Está bien... Armas al hombro. ¡Marchen!

Empezó á sonar la banda de música y el regimiento se movió con rítmico paso al compás de los instrumentos, ¡anda que andarás!, siempre por la calle de Rivadavia. Cuando los músicos se cansaban de soplar reemplazábalos la *banda lisa*, que así se llama en los ejércitos sudamericanos á los tambores y cornetas. El coronel iba al frente, volviendo de vez en cuando la cabeza desde lo alto de su caballo para vigilar el buen orden de sus tropas. Ya llevaban cuatro kilómetros de marcha y no salía á su encuentro ningún edecán para indicarle por dónde debía torcer y regresar al cuartel. ¡La ordenanza es la ordenanza! Le habían dicho que siguiese la calle y él marchaba adelante. Unicamente se permitió disponer que la música y la banda lisa cesasen de tocar, y los soldados caminaran con el arma á discreción, como si estuviesen en el campo... ¡Y anda que andarás, siempre por la calle de Rivadavia!

Al anochecer, cuando el valeroso y rudo general estaba recibiendo felicitaciones de los amigos por lo bien que había mandado la parada, llegó un telegrama urgente al ministerio de la Guerra. Era del coronel del regimiento. Había llegado al final de la calle de Rivadavia. La fuerza estaba acampada en unos solares, con las armas en pabellones, y se preparaba á vivaquear en espera de la noche. «¿Qué hago?»... Se ruborizó el general: un olvido cualquiera lo tiene. Dieron orden al regimiento para que regresase, y bien cerrada la noche entró en su cuartel, después de una marcha de 30 kilómetros sin salir de la misma calle.

Hay en Buenos Aires otras vías de considerable longitud. La calle de Santa Fe, que sigue la misma dirección de la de Rivadavia, ó sea de Este á Oeste, tiene 12 kilómetros. Entre las que van de Norte á Sud las hay de ocho kilómetros, como las de Artes, Buen Orden y Avenida Montes de Oca. De nueve kilómetros son las de Callao, Entre Ríos, Corrientes y otras.

Cada «cuadra» (lado de manzana de una extensión próximamente de 130 metros), representa cien cifras en la numeración de las casas, y como las calles son tan largas, de aquí que el extranjero, al llegar á Buenos



DIRECCIÓN GENERAL DE PASEOS

Aires, se muestre sorprendido de los números tan altos que llegan á tener algunos edificios.

En el perímetro actual de Buenos Aires se hallan comprendidos los antiguos pueblos de la Boca, Barracas al Norte, Flores, Vélez Sarsfield (antes La Floresta), Belgrano, Villa Mazzini, Villa Devoto, Villa Urquiza, Saavedra y Núñez. La isla de Martín García, situada á cuatro kilómetros de la boca del Paraná, también pertenece á la capital federal, ya que en lo militar depende del ministerio de Marina, y sirve de lazareto á Buenos Aires, cumpliéndose en ella las cuarentenas.

Hemos dicho que el trazado de la ciudad es en forma de tablero de ajedrez. Manzanas cuadradas de edificación forman estas calles, de una amplitud de 10 metros ó más. Las vías que se abren ahora han de ser necesariamente de 17 metros de anchura. La Avenida de Mayo, la calle más hermosa de la capital, tiene 30 metros de amplitud y kilómetro y medio de larga. Su pavimento es de asfalto, cuidadosamente conservado, y la iluminan espléndidos focos eléctricos. Las amplias aceras están sombreadas por plátanos, bajo los cuales se colocan en verano las mesas de cafés y *restaurants*.

El detalle más simpático de las calles de Buenos Aires consiste en su limpieza. Pocas ciudades de Europa pueden compararse con la metrópoli sud-americana en punto á cuidados higiénicos y aseo. Á pesar de la profusión con que la industria bonaerense reparte toda clase de prospectos, el suelo de las vías principales siempre está limpio. El lavado nocturno se hace con gran rapidez, y la ciudad queda brillante, fresca y limpia, tras la enorme ablución.

En la Avenida de Mayo especialmente, la policía urbana llega á los mayores extremos de prontitud. El incesante tránsito de coches abre un agujero en el asfalto, y una hora después ya han llegado los encargados de su conservación con la caldera de betún, y los policías desvían á los transeuntes hasta que se solidifica la recompostura.

El municipio de Buenos Aires atiende con especial cuidado el piso de sus calles, que es el mejor de todas las ciudades de Sud-América. La igualdad de nivel del suelo facilita en gran parte su buena conservación. Las vías públicas, según su importancia, están pavimentadas con granito, madera ó asfalto.

* * *

La capital federal tiene grandes pulmones en sus numerosas plazas y parques. El municipio ha establecido para conservarlas una Dirección de Paseos, con numeroso personal, y un Jardín Botánico del que se sacan valiosas especies.



JARDÍN BOTÁNICO



BUENOS AIRES. PALACIO DE JUSTICIA



PLAZA DEL GENERAL LAVALLE

El Jardín Botánico está dirigido por un notable ingeniero horticultor, Don Carlos Thays. Este hombre, estudioso y de indiscutible competencia, ha conseguido reunir, en el espacio relativamente pequeño de un jardín, la flora de la tierra entera, representada por sus plantas más características. Es maravilloso que el esfuerzo y la habilidad de un horticultor consigan aclimatar bajo un mismo cielo vegetales de parajes y ambientes tan diversos. El Jardín Botánico de Buenos Aires es el primero de la América del Sud, y sorprende mucho á los extranjeros que visitan la Argentina.

Las plazas de la ciudad alegran con sus masas de verdura la monotonía de unas calles que parecen todas iguales. La Dirección general de Paseos las ha convertido en pequeños parques, cuidados con pulcra solicitud.

La plaza más antigua y conocida de Buenos Aires es la de Mayo, donde estaba el Fuerte, residencia de gobernadores y virreyes en la época colonial, y sobre cuyo emplazamiento se alza hoy la Casa de Gobierno. Ocupa la plaza una superficie de 17.446 metros cuadrados, con frondosa arboleda y una hermosa fuente. Ante el palacio gubernamental se alza la estatua ecuestre de Belgrano, que inauguró Sarmiento durante su presidencia, pronunciando en dicho acto el famoso *Discurso de la bandera.* En esta plaza se yergue también la pirámide histórica de la Revolución de Mayo, y pronto se elevará un monumento más soberbio, en conmemoración de dicho suceso.

Las plazas Lorea y Once de Septiembre tienen jardines bien cuidados. El nombre de la primera recuerda al generoso donador de sus terrenos, Don Isidro Lorea, mártir de la patria, asesinado con su esposa por los soldados ingleses al ocurrir la invasión de 1807.

La plaza del general San Martín (24.360 m. c.) es casi tan antigua como la de Mayo. Se llamó *El Retiro* en los tiempos coloniales, y en ella se vendieron esclavos negros, tráfico predilecto de los mercaderes bonaerenses de entonces. También se dieron en su recinto corridas de toros. Había en El Retiro un cuartel ó parque, que ocuparon los ingleses en 1806, y junto á sus muros ocurrió el primer choque entre los invasores y las tropas patrióticas, iniciándose la reconquista. El solar de este cuartel lo ocupa actualmente el Pabellón Argentino, que mandó construir el Gobierno para que figurase en la Exposición de París de 1890. La plaza que hoy se llama de San Martín tiene, además de la estatua ecuestre del ilustre general, preciosos macizos de árboles y una gruta.

La plaza del general Lavalle es muy extensa (25.874 m. c.), con hermosos jardines, de forma inglesa. Antes se llamaba plaza del Parque, por haber en ella una fábrica de armas. Sobre el terreno de esta fábrica se ha elevado el magnífico Palacio de Justicia.

En la plaza de la Libertad, los jardines, colocados á un nivel más bajo que el suelo, rodean la estatua de Alsina, el ministro que tanto se preocupó de la defensa de las fronteras, amenazadas por los indios. La plaza del general Belgrano (antes de Monserrat) vió la funda-



PLAZA BELGRANO (ANTES MONSERRAT)



PASEO DE LA RECOLETA

ción de la primera imprenta que poseyó Buenos Aires.

Otras muchas plazas tiene la capital convertidas en paseos. El número de parques, jardines y plazas llega á un centenar aproximadamente. Entre éstas últimas la de España, situada al Sudoeste, ocupa un terreno muy despejado.

En la ribera del río está el paseo de Julio, á la terminación del cual se extiende el llamado de Colón. El de la Recoleta, que es tal vez el más ameno de la capital, ofrece al visitante grutas, cascadas, lagos, altiplanicies y magníficas plantas ornamentales. El parque de Lezama ocupa una hermosa situación, pues desde su altura se abarca gran parte del río de la Plata y el Riachuelo y Barracas. Contiene árboles raros y una gran abundancia de flores.

El Parque del Tres de Febrero, el más grande de la capital, es conocido vulgarmente por su antiguo nombre de Palermo. En él estaba el palacio de San Benito de Palermo, retiro favorito de Rosas. El presidente Sarmiento lo convirtió en paseo, dándole su actual superficie de 367 hectáreas. Es este paseo para la vida de Buenos Aires lo que el Bosque de Bolonia en París, Hayde Park en Londres ó el Prater en Viena, lugar de recreo, de esparcimiento higiénico y lujosa ostentación. Por las tardes, en su paseo de coches, se ven toda clase de trenes de lujo con briosos caballos, y automóviles de diversas formas. Tiene este parque un hermoso lago y varias estatuas de mérito, como la de Sarmiento (obra de Rodin), la de Garibaldi, y la del sabio Burmeister, organizador del Museo Paleontológico de Buenos Aires, que, en opinión de los hombres de ciencia, es el primero del mundo.

En el Parque del Tres de Febrero están, el Jardín Botánico, del que ya hemos hablado, y el Jardín Zoológico, notable, no sólo por sus ejemplares raros, sino por sus instalaciones cómodas y hermosas. Es su director Don Clemente Onelli, joven naturalista de gran vocación profesional y autor de un libro interesante, en el que describe sus viajes por los lagos andinos. Onelli se interesa por los séres que pueblan el Jardín Zoológico; los ama como si fuesen suyos, y á veces entretiene con gran amenidad á los lectores relatando desde las columnas de *El Diario* las graciosas travesuras de un mono inteligente, las rivalidades de los osos ó los amores de los elefantes. El nacimiento de una pequeña elefanta, llamada «Puhda», fué un suceso que, descrito por la pluma de Onelli, puso en conmoción á toda la chiquillería de Buenos Aires y también á muchos grandes. Onelli ha instalado el Jardín con los mayores adelantos y perfecciones. Cada sección ostenta una carta geográfica, en la que se marcan los sitios habitados por la especie correspondiente. Algunos monos, que por su inteligencia parecen primos hermanos del hombre, los guarda Onelli con él, los pasea y los



PARQUE LEZAMA (En el fondo las cúpulas de la Iglesia Ortodoxa).

cuida en su propia casa, con un cariño paternal. En una palabra: el Jardín Zoológico es uno de los grandes atractivos de Buenos Aires; y Onelli su alma inquieta y vigilante, ansiosa siempre de nuevos desarrollos.

Las instalaciones que abrigan las diferentes especies son pintorescas é interesantes. Muchos séres humanos quisieran para ellos los palacetes en que viven las bestias de este Jardín. Los gorilas ó chimpancés ocupan un templo egipcio, y los zebus un palacio indostánico. Los osos tienen un soberbio domicilio y están representados en sus diversas especies, desde el blanco del Polo Norte al oso negro y grotesco de Malaya. Las alpacas y los asnos poseen igualmente su palacio, así como la sección de bestias feroces (tigres, jaguares y leones) y la de los elefantes. La jaula de los condores es monumental y encierra una pequeña montaña, en cuyas cuevas anidan los solitarios de los Andes.

La niñez encuentra grandes recreos en este Jardín: un tren Decauville, pequeños caballos y camellos para montar, un teatro *guignol* y una vaquería.

En Palermo se hallan los amplios locales cubiertos y las tierras que ocupa la Sociedad Rural Argentina para sus famosas Exposiciones, que ponen en conmoción á los productores del país y tanto contribuyen al progreso ganadero y agrícola.

* * *

Buenos Aires empieza á adquirir el aire de una ciudad monumental. Hace algunos años era su mejor edificio la Casa de Gobierno, llamada vulgarmente *Casa Rosada.* Ahora tiene el palacio del Congreso y el palacio de Justicia. Dentro de pocos años su aspecto habrá cambiado mucho, pues el municipio proyecta la construcción de nuevos palacios y una reforma completa de la ciudad.

La Casa de Gobierno va á ser transformada y embellecida con arreglo á un plan grandioso. Esta residencia del Poder Ejecutivo está emplazada sobre el terreno del antiguo Fuerte, cuyo contorno marcó Don Juan de Garay, pero que sólo tuvo murallas sólidas y representó una defensa apreciable en la segunda mitad del siglo XVIII, al establecerse el virreinato. En esta fortaleza vivió Rosas, cuando no residía en Palermo. En 1853, luego de la caída del déspota, la demolieron los nuevos gobernantes, reemplazándola con un caserón que fué conocido hasta hace diez y seis años con el nombre de Aduana Vieja. En 1894 fué derribado este edificio, construyéndose la actual Casa de Gobierno, paralelógramo enorme de cuatro pisos, con terrazas, galerías cubiertas y balcones, que presenta, visto de lejos, un aspecto monumental. Sin embargo, su parte artística deja algo que desear: sus dos alas han sido construídas en períodos diferentes y no ofrecen unidad arquitectónica. En el interior del edificio se hallan instalados con amplitud todos los ministerios y la Presidencia de la República.

El palacio del Congreso, en el que funcionan las Cámaras desde 1906, es una construcción monumental, que recuerda el Capitolio de Wáshington. Su coste resultará de 50 millones de francos. Tanto la Cámara de Diputados como el Senado gozan de amplias instalaciones. El Palacio de Justicia, la Bolsa de Comercio, los Bancos importantes, los clubs, los establecimientos de enseñanza y los grandes hoteles son los edificios más notables de Buenos Aires, después de los ya mencio-



LAGO DEL PARQUE DE PALERMO



CHALET DE LOS WAPITIS



CHALET DE LOS CIERVOS

nados. Recientemente se ha inaugurado el Plaza Hotel, construcción enorme, á estilo de las de Nueva York, que consta de muchos pisos, y ofrece iguales comodidades y refinamientos que los hoteles más famosos del mundo.

Buenos Aires tiene algunos templos dignos de mencionarse por sus recuerdos históricos ó su belleza arquitectónica. Las iglesias de la época colonial son ahora retocadas y embellecidas, gracias á los auxilios pecuniarios de los fieles ricos y á las mandas que dejan muchas señoras devotas en su testamento.



CASA DE LOS ELEFANTES

La iglesia más célebre es el antiguo convento de Santo Domingo, contemporáneo de la fundación de Buenos Aires (1580). El edificio actual se construyó en 1751, y fué teatro de empeñados combates durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Una de sus torres guarda aún incrustadas las balas de cañón que disparó la artillería de los patricios contra las tropas británicas, parapetadas en el convento. En el atrio de Santo Domingo se alza un mausoleo, costeado por suscripción popular, que guarda las cenizas del general Belgrano.



PALACIO DE LOS OSOS

La Catedral es la antigua Iglesia Mayor, fundada por Garay. En sus primeros años tuvo paredes de barro y techo de paja; hoy es una magnífica construcción, cuyo frontis recuerda el de la Magdalena, de París. En su interior está el monumento que contiene los restos del general San Martín. De las iglesias modernas, la más ostentosa y rica es la capilla de Santa Felicitas.

Al amparo de la libertad de cultos, garantizada por la Constitución, se han establecido en Buenos Aires numerosos templos de distintos dogmas. La inmigración, con la continua afluencia de gentes de todas las confesiones, ha creado esta gran variedad religiosa.

Aparte de las iglesias católicas, existen templos luteranos, ortodoxos griegos, israelitas, espiritistas y numerosas logias masónicas.

***



CASA DE LAS JIRAFAS

La vida social de Buenos Aires ofrece alguna diferencia con la de Europa. En las casas ricas se dan pocas fiestas, y apenas si se celebran por año en toda la ciudad una docena de bailes. Las damas prefieren el teatro, donde las familias amigas se visitan de palco á palco. De aquí la prosperidad que gozan las empresas teatrales y los precios enormes que ofrecen á los artistas de fama para que trabajen en Buenos Aires. Todos los cantantes y actores de un renombre mundial han pasado por sus escenarios.

El teatro de Colón es, durante las representaciones de ópera, el mejor de los salones de la alta sociedad bonaerense. Allí se lucen los vestidos costosos, las joyas de valor, las grandes bellezas, y el espectáculo resulta tan atractivo, que nadie siente la falta de otras fiestas sociales. Además, en Buenos Aires casi todos los ricos siguen trabajando en sus negocios y necesitan retirarse pronto. Las señoras, por su parte, se levantan más temprano que las de Europa.

La mujer argentina ama mucho la música, y de ello dan fe los conservatorios particulares establecidos en Buenos Aires. En ninguna ciudad del mundo, absolutamente en ninguna, existen tantas escuelas de música. El ilustre Saint-Säens, después de haber visitado la gran ciudad del Plata, la apodó festivamente *Conservatorópolis*. Algunos de estos conservatorios particulares están dirigidos por maestros de mérito; otros son creación de cantantes viejos ó concertistas fracasados. En todas las calles principales se encuentran rótulos anunciadores de establecimientos de este género.

Un músico argentino, Don Angel Menchaca, es autor de un método nuevo, ingenioso y práctico, para la enseñanza musical. El método Menchaca aplícase con éxito en muchas escuelas. Algunos músicos ilustres de Europa muéstranse partidarios entusiastas de esta revolución técnica ideada por el maestro argentino.



EL JARDÍN ZOOLÓGICO Á VISTA DE PÁJARO

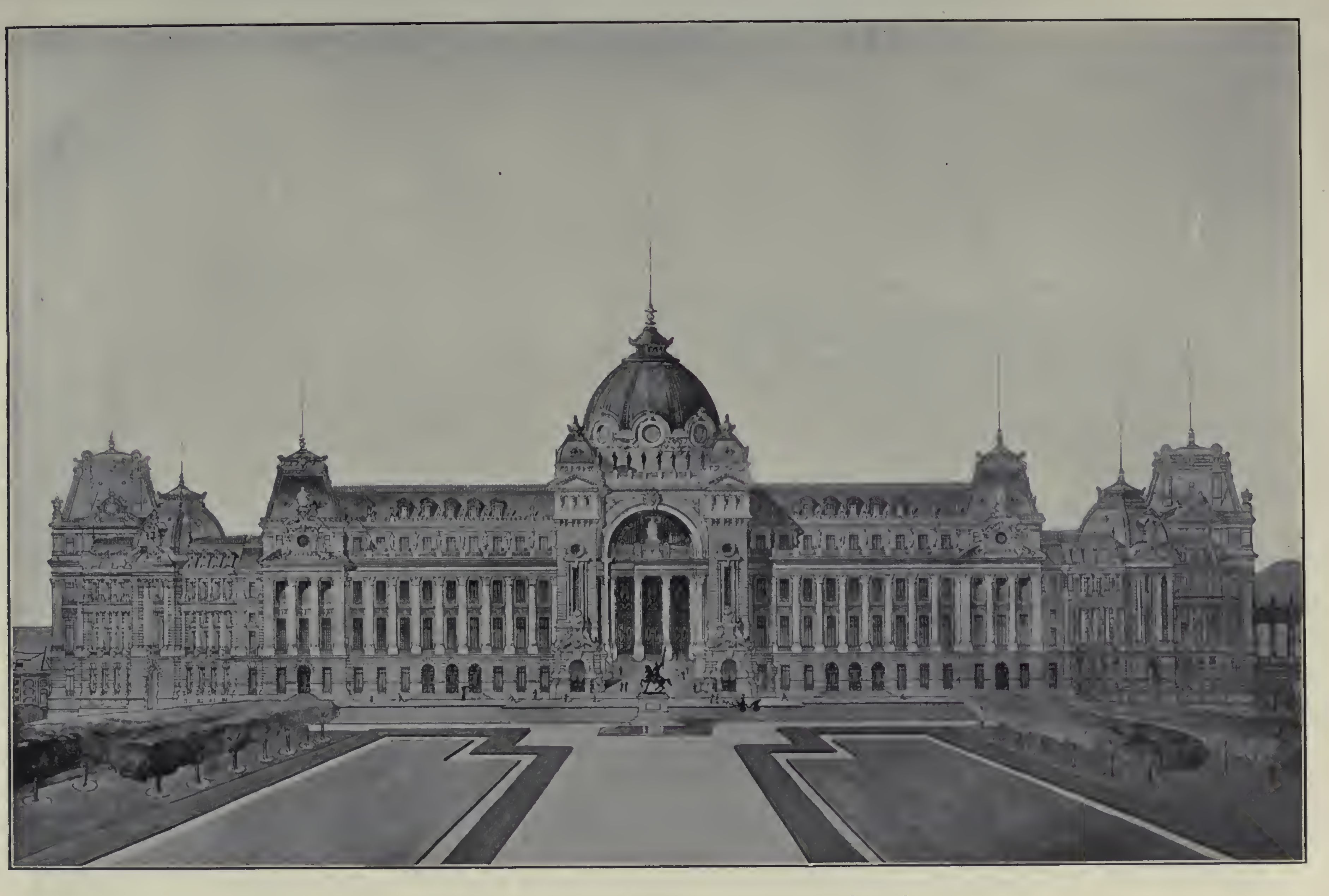
Las calles principales inmediatas á la Avenida de Mayo, ofrecen al cerrar la noche una animación sólo comparable con el alegre movimiento de París. Distínguese Buenos Aires de las demás grandes ciudades de la América del Sud, en que su vecindario gusta mucho de salir á la calle. La mujer argentina siente aversión á la vida de encierro aceptada por sus compañeras de sexo en las provincias y en otras naciones sud-americanas. El bonaerense parece atacado de claustrofobia. Abomina el permanecer entre cuatro paredes, y caso de tolerar un encierro, quiere que éste sea el del café ó el del club.

Buenos Aires luce su población á los ojos del extranjero. Durante el día y primeras horas de la noche, el vecindario circula en las calles, por pura diversión ú ocupado en sus negocios. No ocurre aquí lo que en algunas ciudades sud-americanas de 300.000 habitantes ó más, que tienen sus vías solitarias, como avenidas de cementerio. En esas poblaciones, cuando suena un grito de alarma ú ocurre un siniestro, se abren las puertas de las casas, verdaderas colmenas humanas, que empiezan á soltar enjambres bulliciosos, invadiendo instantáneamente todas las calles.



PLAZA-HOTEL

La afición ambulatoria del porteño hace que el centro de la capital presente por la tarde y al anochecer un magnífico golpe de vista. En la calle Florida se suspende el tránsito de carruajes al ponerse el sol, y queda convertida en un salón al aire libre. Pasean á pie señoras elegantes, seguidas por la mirada de los hombres, agrupados en las veredas; pero en esta admiración no se mezcla una palabra atrevida ó de gusto dudoso. Buenos Aires es un pueblo de buena educación. Dícese que en otros tiempos su juventud mostrábase algo



BUENOS AIRES. PROYECTO DE REFORMA DE LA CASA DE GOBIERNO

atrevida en palabras y acciones; pero ahora aparece en extremo cortés y respetuosa. Por la Avenida de Mayo transitan centenares de automóviles y coches de caballos, bajo los primeros resplandores de los focos eléctricos, mientras en último término, allá donde se alza la cúpula del Congreso, el cielo aparece coloreado todavía con la sangre violácea del crepúsculo.

Las calles céntricas de Buenos Aires no pierden importancia al ser comparadas con las principales de Londres y París . . . ¡Asombrosa transformación la que han sufrido en treinta años! Antes los carruajes marchaban cabeceando sobre los baches de un arroyo profundo, entre altas veredas de ladrillo. Tales molestias hacían preferir á muchos el caballo. Este animal, más barato que hoy, abundaba considerablemente y era empleado en toda clase de servicios. Los vendedores ambulantes iban á caballo de casa en casa pregonando su mercancía. Hasta los mendigos pedían limosna montados en alguna yegua vieja. Un hombre á pie no merecía respeto, ni aun para implorar la caridad. El caballo valía muy poco.



BUENOS AIRES. SANTO DOMINGO

Los carretoneros de Buenos Aires, que transportaban mercancías desde el río ó conducían pasajeros de las naves á tierra, metidos en sus toscos vehículos, no se cuidaban de dar de comer á los caballos, ya que la manutención resultaba más costosa que la compra de un animal nuevo. En los momentos de descanso les dejaban rumiar los hierbajos de la orilla, y por toda limpieza rascábanles con el cuchillo el barro de varias semanas, apelotonado en el pelaje. El animal tiraba del vehículo mientras podía, hasta que, al fin, dejábase caer en mitad de la calle, muerto de hambre. ¡Otro al puesto! Un caballo costaba entonces tres ó cuatro pesos.

* * *

La existencia habitual de los hombres de Buenos Aires, poco inclinados al trato con las señoras fuera de la vida del hogar, amigos de reunirse entre ellos para sus diversiones, y con la propensión irresistible que sienten todos los criollos hacia el juego, ha fomentado la existencia de grandes clubs, algunos de los cuales casi poseen el carácter de instituciones públicas.

Las tres sociedades más dintinguidas de Buenos Aires son el Jockey-Club, el Club del Progreso y el Círculo de Armas. Hay además un Club de Residentes Extranjeros, en el que predominan los ingleses.

El Jocky-Club es casi un pequeño Estado dentro del Estado. Ocupar su presidencia, equivale á tener una alta investidura semi-oficial. En los salones de esta sociedad se han forjado muchas combinaciones políticas y se han decidido los destinos del país. De ella salieron ministros y hasta presidentes de la República.

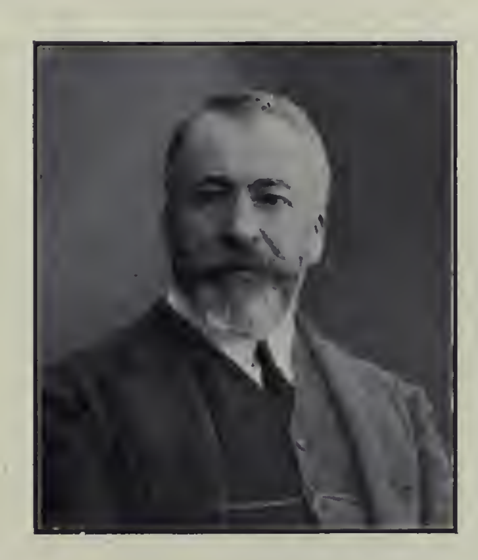
El Jockey-Club es dueño del Hipódromo establecido en el Parque de Palermo, lugar que rinde grandes ganancias. Á pesar de que una parte de ellas va á poder de las damas de la Sociedad de Beneficencia, que la destinan á obras filantrópicas, todavía le restan al Club considerables ingresos, que emplea en agrandar



BUENOS AIRES. HOSPITAL NACIONAL DE ALIENADOS

las comodidades de sus socios y en la adquisición de obras de arte.

El Jockey-Club ocupa un palacio en la calle Florida, instalado con tal esplendidez, que puede compararse, sin vacilación, con las sociedades de recreo más famosas de Europa. Sus salones han sido decorados y amueblados por artistas de renombre. Desde el vestíbulo y la gran escalinata se experimenta al entrar una sensación de magnificencia. Los salones de conversación y de lectura, la sala de armas, los billares, los comedores y los gabinetes de baño, ofrecen un lujo principesco. En este Club se han dado magníficos bailes. Una nota simpática de su vida social es la afición que muestra á las artes. Todos los años dedica en su presupuesto una cantidad considerable á la adquisición de cuadros y estatuas. En sus salones ocupan lugares de honor obras de los artistas modernos de más renombre. En el descanso de su gran escalinata avanza majestuosa una Diana desnuda del escultor Falguieres. Junto á los lienzos de los pintores contemporáneos figuran algunas obras de ilustres maestros antiguos, lo que hace del Jockey un pequeño museo de exquisita selección y considerable valor.



DON MANUEL J. GÜIRÁLDEZ

El Club del Progreso posee un palacio en la Avenida de Mayo, inmediato al de *La Prensa*. También este centro, en el que se reúne una parte selecta de la sociedad argentina, ha influído en ciertas ocasiones en la política del país. El edificio se eleva 34 metros sobre el nivel de la calle y tiene cuatro pisos, además de dos subterráneos, en los que funcionan algunas dependencias.

En los cuatro pisos están instalados los confortables salones de conversación y de fiestas, los comedores, la sala de esgrima, los baños y la biblioteca, que es la parte más interesante del club, con gran cantidad de libros en muchos idiomas, y diarios y revistas de las principales naciones del mundo. Los extranjeros residentes en la Argentina frecuentan mucho esta sociedad.



CAPILLA DE SANTA FELICITAS

El Círculo de Armas lo fundó Pellegrini, gran entusiasta de toda clase de deportes, y es como una derivación del Jockey-Club, pues está formado, en su mayoría, de gente joven, que pertenece al mismo tiempo á esta última sociedad. Como lo indica su título, la principal diversión de los socios consiste en adiestrarse en el manejo de las armas.

El Hipódromo Argentino, situado en Palermo, al Oeste del Parque Tres de Febrero, pertenece, como ya dijimos, al Jockey-Club, que saca de él valiosos productos. El entusiasmo hípico se halla tan generalizado en la Argentina, que sólo es comparable con la afición á las corridas de toros en España. Este entusiasmo llega á tomar en algunos individuos el carácter de manía fatal. Las apuestas representan uno de los mayores vicios nacionales. El argentino es inclinado, por naturaleza, al juego, y encuentra en las carreras un medio de satisfacer públicamente su pasión.

Existen en la literatura argentina algunas obras que tienen por argumento las terribles consecuencias del citado deporte. Muchas familias se han arruinado en las carreras. Aparte de esto, que es el triste revés de la diversión, el Hipódromo ofrece un aspecto muy alegre y movido en los días de gran fiesta. Las mujeres aman las emociones que conmueven sus nervios, y acuden á presenciar los incidentes de la lucha hípica. Con ser muy grande el Hipódromo, desborda de gente el día en que se disputan los jinetes un premio famoso. Estas fiestas son verdaderos acontecimientos de sociedad, y las damas las aprovechan para lucir las novedades de la moda.

La tribuna que forma



JOCKEY-CLUB

el cuerpo principal del Hipódromo es elegante y ofrece todas las comodidades apetecibles. El Jockey-Club ha instalado los servicios necesarios para las carreras (cuadras, depósitos, etc.), como en los primeros hipódromos de la Gran Bretaña.

* * *

Gobiernan la ciudad, un Intendente municipal, que es el poder ejecutivo, y el Cuerpo Deliberante, que desempeña funciones de poder legislativo.

El Intendente lo nombra el presidente de la República, y reside en un edificio aparte, á la entrada de la Avenida de Mayo, junto al palacio de *La Prensa*, donde se hallan instaladas las oficinas de la Administración Comunal. El Cuerpo Deliberante del municipio funciona en otro edificio, situado en la calle del Perú.

No es preciso describir la importancia del gobierno municipal en una ciudad tan grande. El Intendente es el Lord Mayor de Buenos Aires; un personaje de más consideración que la mayoría de los gobernadores de provincias. Sus funciones le ponen en contacto inmediato con el presidente de la República, pues la capital federal representa el núcleo más importante de la opinión argentina.

El presupuesto de gastos de este municipio es de mayor consideración que el de algunas Repúblicas sudamericanas. Y hay que tener en cuenta que los servicios más importantes los costea el Gobierno federal, como son la policía, los bomberos, la instrucción primaria, el consumo de aguas, el alcantarillado y muchos hospitales y hospicios.

Es Intendente en la actualidad Don Manuel J. Güiráldez, noble y simpática figura de patricio argentino. Antiguo estanciero en la provincia de Buenos Aires, Güiráldez antes de desempeñar altos cargos metropolitanos, ha hecho la vida de gran señor de campo, dirigiendo el trabajo de vastas extensiones y el cuidado de numerosos ganados. Rico y laborioso, se preparó en el manejo de su propia fortuna para administrar la de la colectividad. En él se ha cumplido el antiguo refrán: «El que administra bien lo propio sabe dirigir lo ajeno». Este aristócrata, de llanas costumbres y carácter simpático, fué presidente del Jockey-Club y de la Sociedad Rural Argentina, por su competencia de ganadero y sus triunfos como seleccionador de caballos de raza. En ambas pre-



UN SALÓN DEL JOCKEY-CLUB

sidencias demostró su carácter recto y caballeresco, su espíritu progresivo y, sobre todo, su laboriosidad, que le impulsa á entregarse en cuerpo y alma al cumplimiento de las misiones que acepta.

En la Intendencia de Buenos Aires ha hecho sentir el influjo de su genio activo, dando gran movimiento á la tramitación y ejecución de los asuntos.

Una ciudad que progresa con tanta velocidad, exige de su gobierno municipal gran prontitud en las decisiones. En el período de Güiráldez el ensanche de la metrópoli ha crecido rápidamente y se han urbanizado muchas vías de las afueras. Este Intendente, al mismo tiempo que un buen administrador, es un entusiasta de las artes. Durante la época de su mando se han encargado más estatuas y cuadros conmemorativos de la historia patria, y se han inaugurado más monumentos que en ninguno de los períodos anteriores. El ornato artístisco de la ciudad recibe gran impulso bajo la dirección de Güiráldez.



VESTÍBULO DEL JOCKEY-CLUB

El presidente del Consejo Deliberante es Don Carlos M. Coll, joven abogado de reconocido talento profesional, al que están confiados los intereses de numerosas casas extranjeras. Coll es muy entendido en asuntos municipales, y ha escrito sobre ellos en los diarios de Buenos Aires. Su competencia, más que su deseo, le llevó á presidir el Consejo Deliberante, donde ha explanado varias reformas administrativas. Gran aficionado á la lectura, se ocupó del fomento y organización de la notable biblioteca del Club del Progreso, que contiene unos 30.000 volúmenes, cantidad extraordinaria para una sociedad recreativa.

* * *

La capital federal procede en su urbanización y ensanche al revés de los municipios de Europa. En las

TRIBUNA DEL HIPÓDROMO ARGENTINO EN UNA TARDE DE CARRERAS

ciudades del viejo mundo se marca una calle en el plano, se amojona y se abre sobre el terreno, y los propietarios de los solares colindantes construyen las casas. Cuando ya está terminada la edificación, la calle aun no existe, pues no puede llamarse calle á una especie de camino falto de pavimento y de aceras, convertido en barrizal los días de lluvia, y sin otra luz que la provisoria de algunas linternas de gas, colocadas en rudos postes. Muchas veces los edificios llevan ya años de existencia cuando la municipalidad se decide á urbanizar la vía y hacerla transitable.

En Buenos Aires ocurre lo contrario. Las calles existen completas y terminadas antes que se edifiquen las casas. Yo he visto en las afueras vías pavimentadas de granito, con una línea de tranvía en el centro, flamantes candelabros de luz y servicio telefónico. ¡Y en todo lo que abarcaba la vista no se distinguía una sola casa! El alambrado de los campos se extiende á ambos lados de la calle. El paso del tranvía hace levantar la cabeza á las mujeres sentadas á la puerta de un rancho, ó á las vacas, que pacen al otro lado de los alambres. Los propietarios de los terrenos no han hecho en éstos el menor trabajo urbano cuando la calle ya está concluída con todos sus servicios de agua, alcantarillado y luz, en medio de la rústica soledad del campo. A la prontitud del municipio en la urbanización de las afueras, y á la seguridad de que no retardará, bajo ningún pretexto, los servicios públicos, se debe en gran parte el alza considerable de los terrenos. El servicio de limpieza pública, así como las obras de salubridad, merecen atención especial del Municipio. Las calles ofrecen, como ya dijimos, una limpieza escrupulosa. El barrido se hace á máquina, á altas horas de la noche, y las basuras son llevadas á establecimientos crematorios, donde se las reduce á cenizas ó se las convierte en abono para los campos.



DON CARLOS M. COLL

La provisión abundante y rica de agua se hace por medio de una torre de toma, construída dentro del río, á kilómetro y medio de la costa, frente al barrio de Belgrano. Desde esta torre va el agua, por un túnel de seis kilómetros, al establecimiento de la Recoleta, donde es elevada por las máquinas de vapor y vertida en depósitos de decantación, pasando luego á los filtros. De aquí sale por otro túnel, poderosas bombas la remontan al gran Depósito Central, y desde él se derrama por las cañerías mayores, subdividiéndose luego, hasta llegar á los últimos extremos de la ciudad.



CLUB DEL PROGRESO

En esta obra, costosa y gigantesca, lo más raro y que mayor impresión produce es el Depósito Central de las Aguas Corrientes. Ocupa un vasto cuadrilátero, formado por cuatro calles, y se ofrece á la vista como un palacio de enormes proporciones y vistosa arquitectura, con adornos policromos. Este palacio no es tal palacio. Tiene arcadas, grandes puertas y ventanales, pero todo fingido. En su interior no existen habitaciones. Sus cuatro fachadas imponentes enmascaran los muros de contención del depósito de aguas que ocupa su interior. Los constructores quisieron embellecerlo con esta enorme superfluidad, para que no afease las calles céntricas que ocupa.

Este vistoso palacio es, pues, un cascarón arquitectónico fabricado para cubrir el lago artificial que existe en la parte más alta de Buenos Aires.

* * *



MÁQUINAS DE LAS AGUAS CORRIENTES EN LA AVENIDA ALVEAR

Dos fuerzas públicas velan por la seguridad de las personas y los edificios: la Policía y los Bomberos. Estos dos Cuerpos son ejemplo de buena organización. El Gobierno central costea el mantenimiento de ambas fuerzas, lo que representa para su presupuesto de gastos unos diez y ocho millones de francos.

La policía de Buenos Aires es un Cuerpo de organización militar, mandado por un coronel del ejército y varios oficiales, además de los comisarios de distrito. En otras épocas lo han dirigido hombres civiles, distinguiéndose entre ellos el Dr. Beazley, que trabajó mucho en su organización. Está dividido este Cuerpo en diversas secciones. La parte armada, ó sea Guardia de Seguridad, se compone de un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una compañía de cadetes. Además, funcionan bajo las órdenes del jefe de la Policía los grupos especiales de investigaciones secretas, encargados de descubrir los delitos y vigilar á los extranjeros sospechosos establecidos en el país. Goza fama en Europa esta organización de hábil en sus pesquisas. Cuando los policías del viejo mundo se ponen en comunicación con la de Buenos Aires, interesándole la busca de algún criminal famoso, rara vez deja ésta de capturarlo. Gracias á ella, la capital

DEPÓSITO DE AGUAS CORRIENTES



CORONEL FALCÓN

federal es una de las ciudades del mundo donde mayor seguridad se goza, á pesar de que la inmigración, como todas las avalanchas humanas, aporta individuos de malos antecedentes, propensos á cometer atentados. El tener que intervenir la policía en motines obreros y en la represión de huelgas turbulentas, ha hecho que muchos olviden los servicios que lleva prestados al mantenimiento de la seguridad personal.

Durante algunos años ha estado al frente de la policía de Buenos Aires el coronel Don Ramón Falcón, soldado valeroso y ex diputado nacional. Falcón hizo varias reformas en su departamento, logrando dar á la policía de Buenos Aires una organización semejante á la de las primeras capitales de Europa. Fiel servidor del Gobierno, desbarató con su vigilancia muchas conspiraciones. Quiso mostrarse conciliador en las huelgas y conflictos populares; pero el 1.º de Mayo de 1909 tuvo la desgracia de que la policía se viese impulsada á repeler á tiros las agresiones de una manifestación. Los anarquistas juraron entonces su muerte, y meses después, el 14 de Noviembre, pereció víctima de un atentado. Iba en un coche, de vuelta de un entierro, con su secretario particular, el joven Don Juan Alberto Lartigau, cuando un ruso arrojó bajo las ruedas una bomba de dinamita. El coronel y su secretario, víctima inocente y casual, quedaron con las piernas destrozadas y perecieron á las pocas horas. «Son gajes del oficio», dijo tranquilamente Falcón, poco antes de morir.



DON JUAN A. LARTIGAU

Este atentado, el primero de su clase ocurrido en la Argentina, produjo una estupefacción dolorosa. El Gobierno decretó tres días de duelo en los edificios públicos; un gentío inmenso acompañó los féretros en el acto del entierro, y muchos particulares, á impulsos de la indignación, se dedicaron espontáneamente á perseguir á los terroristas, que por primera vez hacían uso en Buenos Aires de la bomba de dinamita.

El jefe actual de la policía, sucesor del infortunado Falcón, es el coronel Don Luis J. Dellepiane, que al mismo tiempo que militar ha figurado mucho como hombre de ciencia. Luego de pertenecer al cuerpo de Ingenieros Militares, estudió en la Universidad de Buenos Aires, obteniendo el título de ingeniero civil, con diploma de honor. Fué miembro de la comisión demarcadora de límites con Chile; hizo es-

GUARDIAS DE SEGURIDAD



Traje diario, en invierno



Caballería. Traje de media gala.



Traje de gala.

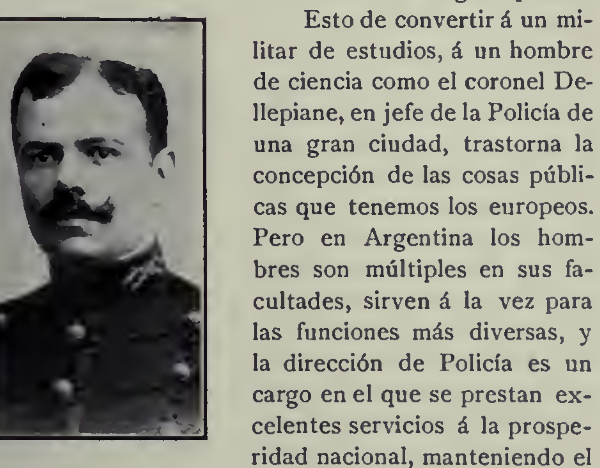


Traje diario, en verano.



Comisario en traje de gala.

tudios en Alemania, enviado por el Gobierno; lleva escritos varios trabajos notables sobre ingeniería militar; fundó el Instituto Geodésico, trazando el programa para la formación de una gran carta de la República, y explicaba en la Facultad de Ciencias Exactas la cátedra de Geodesia cuando, á raíz de la muerte de Falcón, le llamó el Gobierno á la jefatura de Policía en momentos de gran pánico.





COMD.TE DELLEPIANE

Esto de convertir á un militar de estudios, á un hombre de ciencia como el coronel Dellepiane, en jefe de la Policía de una gran ciudad, trastorna la concepción de las cosas públicas que tenemos los europeos. Pero en Argentina los hombres son múltiples en sus facultades, sirven á la vez para las funciones más diversas, y la dirección de Policía es un cargo en el que se prestan excelentes servicios á la prosperidad nacional, manteniendo el orden.

El coronel Dellepiane ha llevado á su nuevo puesto la energía del militar y el espiritu inteligente del profesor acostumbrado á las investigaciones científicas.

El jefe de la Guardia de Seguridad es el comandante Don Alberto Dellepiane, hermano del anterior. También éste obtuvo con sus estudios el título de ingeniero civil al mismo tiempo que era oficial en un regimiento.

A pesar de su juventud, el comandante Dellepiane ofrece reunidas en su persona todas las variedades del argentino de acción. Como militar ha figurado en el Cuerpo de Bomberos y en el de Seguridad, cuando fué creado este último por el general Campos en 1893. Sirviendo en un regimiento de caballería, se batió en las revoluciones de 1890 y 1893. Luego pidió su baja en el ejército é ingresó como ingeniero del ferrocarril Central Norte, dirigiendo la construcción de una línea férrea en el Chaco. Esta época de su vida civil no estuvo exenta de empresas belicosas. Pasó á la República Oriental del Uruguay para tomar parte en una de las muchas guerras entre *blancos* y *colorados*, y luego fué jefe en Corrientes de una revolución que derrocó al gobernador de dicha provincia en 1898. Al encargarse el coronel Dellepiane de la policía de la capital, ha vuelto al servicio su hermano el comandante, desempeñando las funciones de jefe de la Guardia de Seguridad. El ingeniero del Chaco, el antiguo revolucionario de Corrientes, es ahora un hombre de acción, pronto á sacrificarse por el mantenimiento del orden.



CORONEL DELLEPIANE

Los servicios de Seguridad pública se han completado en Buenos Aires con un gran establecimiento penitenciario, en el que se aplican todas las reformas aconsejadas por los penalistas célebres. Los hombres de estudios muestran en este país cierta predilección por la criminalogía. En pocas naciones se concede tanta



ESCUADRÓN DE SEGURIDAD



DEPARTAMENTO CENTRAL DE POLICÍA

importancia á la nueva ciencia. Abogados y médicos siguen con grave atención su desarrollo. Tal vez estas aficiones intelectuales son resultado de una necesidad impuesta por la avalancha humana que invade el país argentino á impulsos de la inmigración, y en la cual llegan revueltos con los elementos sanos muchos detritus del viejo mundo.

La Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, ha llamado la atención de muchos criminalistas europeos, elogiando el régimen que se sigue en ella de trabajo y reforma moral.

Don Antonio Ballvé, que ocupó la jefatura del establecimiento varios años, hasta su muerte, hizo de esta cárcel moderna un organismo de industria y una escuela de moralización, continuándose en la actualidad el mismo sistema.

Los talleres penitenciarios funcionan, no por lucro, sino por imponer el hábito del trabajo al delincuente. Conferencias diarias de moral, con un sentido práctico, mejoran el carácter de los penados. La música alegra de la mañana á la noche este encierro, en el que se busca la corrección y la reforma más que el castigo.

* * *

El Cuerpo de Bomberos es popular en Buenos Aires, y esta popularidad se concentra en la persona de su jefe y organizador, el coronel Don José M. Calaza. El batallón de Bomberos es Calaza, pues éste ha dedicado la vida entera á su perfeccionamiento y progreso. Nacido en La Coruña, llegó Calaza á Buenos Aires, á los diez y seis años, é inmediatamente se inscribió como simple individuo en el Cuerpo de Bomberos, que estaba formándose en 1870.



GUARDIA DEL ESCUADRÓN DE SEGURIDAD
(Traje de gala).

Ha alcanzado la mayor jerarquía dentro de este instituto en fuerza de trabajos y heroísmos. Ya no puede llegar á más, y sin embargo no quiere retirarse, á pesar de que tiene la edad reglamentaria para ello, por no abandonar su amado batallón. El Gobierno le ha tributado públicos elogios, ordenándole que continúe en su puesto con el sueldo de general de brigada. El vecindario de Buenos Aires le regaló por suscripción varias medallas conmemorativas de sus actos más heroicos. En las calles de la capital ha recibido ovaciones espontáneas y conmovedoras, al salir de las llamas de un incendio, chamuscado y herido, llevando en sus brazos una mujer ó un pequeñuelo, á los que salvaba de la muerte. Cuando en un siniestro ó en un día de conmoción aparece el coronel Calaza, la gente le saluda con respeto.

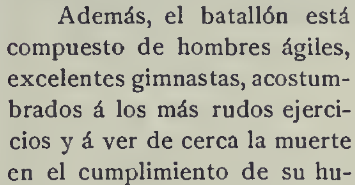


UN ALA DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

Este gallego heroico, en cuarenta años de servicios, ha asistido á más de 10.000 incendios, viendo en algunos de ellos la muerte muy de cerca. Siendo oficial fué citado varias veces en la «orden del día» por su valeroso comportamiento. Calaza puede mostrar en su cuerpo numerosos vestigios de heroísmo. Está acribillado de heridas, como un veterano glorioso. Ha recibido quemaduras horrorosas, se ha fracturado miembros y sufrido amputaciones en sus

batallas con el fuego. Cuando dirige las maniobras de salvamento en un siniestro, todos los bomberos muéstranse prontos á las mayores audacias, enardecidos por la serenidad atrevida de su coronel, inaccesible al miedo, duro para la fatiga, con un vigor asombroso en su cuerpo enjuto, que parece insensible al paso de los años.

El batallón de Bomberos es un organismo de salvamento y de guerra. En caso de incendio acude al lugar del peligro, con gran rapidez, usando su material, compuesto de las máquinas más completas que se conocen para esta clase de servicios. En época normal es un batallón organizado militarmente, con buen armamento. Casi puede decirse que, gracias á los trabajos de su coronel, los bomberos de Buenos Aires forman el Cuerpo más selecto de la infantería argentina. Llaman la atención estos soldados por el aseo de sus personas, la limpieza de sus uniformes y el buen estado de sus armas. El coronel Calaza es intransigente y duro en materia de disciplina.



Oficial de Bomberos en traje de gala.

Además, el batallón está compuesto de hombres ágiles, excelentes gimnastas, acostumbrados á los más rudos ejercicios y á ver de cerca la muerte en el cumplimiento de su humanitario deber. Se comprende que esta selección de soldados vigorosos, dirigidos por una mano inflexible, constituya un magnífico organismo militar.

El Gobierno no tiene tropa más segura y más pronta, para el sostenimiento del orden, que el Cuerpo de Bomberos. El coronel Calaza, soldado disciplinado y ordenancista, no quiere mezclarse en política, ni sabe nada de ella. Su honor consiste en obedecer las órdenes del Gobierno, que representa á la nación, y las ejecuta fielmente. Esta rigidez en el cumplimiento del deber es causa de que algunos partidos, en su apasionamiento político, censuren á este soldado leal, que ha dedicado su existencia á la seguridad de personas y bienes y á la defensa del orden.



CORONEL CALAZA

Al frente de su Cuerpo ha combatido varias intentonas revolucionarias, ejerciendo una acción decisiva, que le valió felicitaciones de los ministros de la Guerra. En 1905, al estallar la insurrección más importante de todas las organizadas por el partido radical, el coronel Calaza sofocó en Buenos Aires el movimiento y marchó luego á Córdoba, al frente de su Cuerpo, para unirse á las tropas que combatían aquélla en las provincias.

El afecto que todos los gobernantes muestran á Calaza, indica la rectitud con que cumple sus deberes de servidor de la seguridad pública. Viejo ya, ha querido retirarse, pero el Gobierno le considera insustituíble al frente de su batallón. En todas las fiestas solemnes de la colonia española aparece el coronel Calaza, con su rostro enérgico de soldado viejo y el pecho cubierto de medallas, que recuerdan acciones heroicas.



Bombero en traje de diario.



EJERCICIO DE LOS BOMBEROS EN SU CUARTEL



Bombero en traje de gala.

Los 900 hombres que forman el batallón de Bomberos tienen que multiplicarse para atender á las necesidades de una ciudad en la que son muy frecuentes los incendios. El ejemplo del coronel hace que los individuos se muestren incansables, prestando á un tiempo servicios militares y humanitarios y empleando las horas libres en ejercicios de agilidad.

* * *

El Mercado de Frutos, gigantesco depósito de la producción nacional, y los molinos y elevadores de grano, emplazados en el puerto, son otras de las curiosidades que ofrece Buenos Aires. Una poderosa maquinaria eléctrica hace entrar el trigo por los elevadores y lo pasa de sección en sección, hasta que sale convertido en harina. Nada tiene esto de extraordinario, pues maquinarias iguales se ven en muchas partes; pero lo que asombra es la enorme cantidad de grano que pasa por aquéllas.

El Mercado de Frutos, únicamente puede describirse diciendo que es un edificio monstruosamente enorme. Algunos autores lo reputan como el mercado mayor del mundo. Su edificación, de cuatro pisos, toda de hierro, cubre una superficie de 150.000 metros cuadrados, y costó 4 millones y medio de pesos oro á la sociedad constructora. Al mismo tiempo que un depósito, funciona como una gran Bolsa de Comercio, pues en él se efectúan las compras y las ventas de los productos del país.



MANIOBRAS EN EL CUARTEL DE BOMBEROS

En ningún otro monumento de Buenos Aires se ve con tanta claridad como en este edificio la grandeza económica de la República. 72 grúas y ascensores á vapor se mueven en los diversos pisos: numerosas vías férreas unen entre sí las vastas dependencias del mercado: prensas hidráulicas, motores de esencia y máquinas de vapor funcionan dentro de él.

Todo un mundo vive, se agita, discute, regatea, examina, enfarda, compra, vende, gana y pierde, bajo la misma techumbre. Se amontona la lana en cantidades gigantescas, formando blancas y muelles colinas de vedijas que equivalen á millones y millones de kilogramos. Junto á este producto de los inmensos rebaños argentinos, se apilan las pieles de cordero, los cueros de caballo y de vaca, los paquetes de plumas de avestruz. De este mercado, grande como un pueblo, sale una parte de la lana que nos abriga en Europa, y del cuero que defiende nuestros pies. En otras secciones se amontonan sacos de cereales y toneles de grasa. Más de mil vagones cargan ó descargan en las épocas de cosecha.



LOS BOMBEROS PREPARADOS PARA SALIR

Cerca del Riachuelo, donde está situado el Mercado Central de Frutos, existen otros centros importantes de la industria argentina, que son los frigoríficos. Uno de ellos, llamado *La Negrita*, emplea 700 obreros de diversas edades, que matan y preparan por día 2.500 corderos y 250 toros. Estas reses, después de congeladas, se exportan á largas distancias, y la industria frigorífica utiliza aparte los despojos. Los riñones y otros órganos se

venden inmediatamente en los mercados de Buenos Aires. Los intestinos se preparan de un modo especial para enviarlos á Alemania é Italia, donde los utilizan en la fabricación de cuerdas armónicas para instrumentos de música. Las sonatas más dulces de los concertistas célebres surgen de entrañas secas de animales que nacieron en los campos argentinos. La grasa se convierte en sebo, destinado á la fabricación de jabón y bujías. Algunos años el citado establecimiento exporta á Europa 100.000 toros y 600.000 corderos, preparados por la congelación.



BATALLÓN DE BOMBEROS FORMADO ANTE SU CUARTEL

Hay otros establecimientos aun más importantes, como el Gran Frigorífico Argentino, fundado por una Sociedad anónima que empleó en él seis millones y medio de francos. Este establecimiento, que ocupa una extensión, en el barrio Alsina, cerca del Riachuelo, de 125.000 metros cuadrados, produce corderos y animales bovinos congelados, pieles secas y curtidas, cueros, distintas clases de grasa, carnes conservadas, guanos animales, y, además, explota industrialmente los huesos y las astas. Sus lavaderos de lana y almacenes de conservas son departamentos enormes. Todo un pueblo trabaja en este frigorífico.

* * *

Los progresos realizados por Buenos Aires, lo vertiginoso de su desenvolvimiento, que bien puede afirmarse que avanza á saltos, comunican algo de maravilloso á la vida de esta ciudad.

Todo es enorme en ella; lo bueno como lo malo. Se gana dinero con mayor facilidad que en Europa, pero la vida es más costosa que en ninguna ciudad del viejo mundo. Unicamente Nueva York supera á Buenos Aires en la carestía de los artículos necesarios para la existencia.

MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

El progreso y la riqueza han elevado los precios de todo. Un detalle. Hay un comercio en Buenos Aires, un bazar famoso, que satisface anualmente por alquiler de su edificio más de un millón de francos. Hace poco, una tienda que deseaba ensancharse, pagó unos cuantos metros de terreno á un precio inaudito. Cada metro representaba un capital. En ninguna ciudad de Europa ha llegado el suelo á valer tanto.

Las fortunas más grandes se han formado en la especulación de terrenos. Los solares del centro de la ciudad valen tanto como si encerrasen minas de diamantes. Algunas veces el edificio es de menos coste que la tierra que lo sustenta.

¡Cómo abrirían sus ojos con asombro muchos atildados unitarios amigos de Rivadavia, de engomado tupé y triple corbatín, si resucitasen en el Buenos Aires del presente!...

Se acabó el tiempo en que las casas de familia podían desperdiciar terreno en amplios patios interiores. Hoy el suelo de la capital es de materia preciosa. Los alrededores, que hace treinta años sólo producían hierba macilenta para sustento de las vacas, han proporcionado centenares de millones á sus dueños, con una prodigalidad de cuento fantástico.

Hasta en los cementerios cuesta el suelo cantidades enormes, y se necesita gastar una fortuna para pudrirse en la tierra aparte de los demás. Así se comprende la gran ostentación de las tumbas, y que algunos cementerios, como los de la Recoleta y la Chacarita, sean verdaderos museos de escultura universal. Un terreno tan precioso por lo mucho que cuesta, bien merece sustentar ricos monumentos.

El suelo de Buenos Aires es de oro para los vivos... y para los muertos.



ENTRADA DEL CEMENTERIO DE LA CHACARITA



EJÉRCITO ARGENTINO - ARTILLERÍA



VISTA PANORÁMICA DE MAR DEL PLATA

LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

BUENOS AIRES

Esta provincia es, á la vez, la más poblada de la República y la mejor favorecida por la naturaleza. Sus puertos la aproximan á Europa más que ninguna otra de la Argentina. Aun en épocas de confusión, cuando la unidad nacional sólo era una palabra sin sentido, la provincia de Buenos Aires ejerció cierto dominio sobre las otras, por su mayor riqueza y su posición geográfica. El área de esta provincia resulta enorme. Ella sola aparece casi tan grande como Francia ó la Península Ibérica.

Al verse libre de la tiranía de Rosas entró plenamente en un período de grandezas. La bondad de su clima, la feracidad de su suelo y, más aún, el movimiento internacional de su puerto, atrajeron á casi toda la inmigración europea que se dirigía á Sud-América. Sus tierras son las más fértiles de la República, fertilidad que ya apreciaron los conquistadores hace tres siglos. Su suelo es llano, y ofrece grandes facilidades para el cultivo. Así se comprende la rapidez con que nacen, crecen y se multiplican los pueblos en la provincia de Buenos Aires. Dos sistemas montañosos, el del Tandil y el de la Ventana, alteran la monotonía de las llanuras y sus condiciones climatológicas.

En esta provincia rica y populosa, donde tantos adelantos se llevan realizados, todavía queda mucho por hacer y hay espacio y bienestar para algunos millones de hombres. Vastas extensiones de ricas tierras permanecen en estado pantanoso. Diques elevados en ciertas partes de las riberas de sus ríos, y desagües abiertos al Sud de la provincia, incorporarán á la agricultura miles de leguas de campo. También las obras hidráulicas han de remediar los perjuicios que causa en algunos años la irregularidad de las lluvias. Las grandes sequías y las destructoras inundaciones son aún muy frecuen-



LA PLATA. PALACIO MUNICIPAL

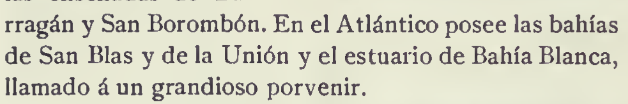
tes en este país, cuya naturaleza bravía no ha sido domada totalmente por el hombre.

* * *



LA PLATA. ASILO DE ANCIANOS

La provincia de Buenos Aires es la única que da al mar y al río de la Plata. Además, tiene hermosos embarcaderos en el Paraná. Sus mejores puertos fluviales son La Plata y San Nicolás, y las ensenadas de Barragán y San Borombón. En el Atlántico posee las bahías de San Blas y de la Unión y el estuario de Bahía Blanca, llamado á un grandioso porvenir.



Al ser declarada Buenos Aires capital federal de la República, necesitaba la provincia una ciudad que sirviera de residencia á su gobierno, evitando con esto los roces y conflictos que ya se habían producido al vivir en una misma población las autoridades nacionales y las provinciales. Para no dar primacía á una ciudad determinada sobre las otras, haciéndola residencia del gobierno provincial, y para mantenerse este último cerca de Buenos Aires, se fundó en 1882, por el gobernador Don Dardo Rocha, una población completamente nueva, La Plata, á 57 kilómetros de la capital federal y 5 del puerto de la Ensenada.

Fué esta fundación una de las locuras grandiosas de la República en aquella época de imprevisiones, desorientaciones y atrevidos derroches, originados por el exceso de fortuna. En pocos años y á fuerza de millones se creó una ciudad entera, amplia y monumental sobre terrenos solitarios, únicamente hollados hasta entonces por yeguas y vacas.

Aparece esta población como una de las improvisa-

LA PLATA. PALACIO DE GOBIERNO

ciones más brillantes de la actividad argentina; pero ¡ay!, el dinero no lo puede todo. Los hombres emprendedores que crearon La Plata, supieron hacer una gran ciudad: lo que no acertaron á conseguir fué rellenarla con los habitantes necesarios.



LA PLATA. PALACIO DE LA LEGISLATURA

La capital provincial está demasiado cerca de la capital federal. Poco más de una hora basta para trasladarse á Buenos Aires, y la gente prefiere el bullicio de la Avenida de Mayo á las tranquilas y majestuosas calles de La Plata.

Todo el vecindario lo forman unos centenares de estudiantes de su famosa Universidad, muchas familias que huyen de Buenos Aires por el exagerado precio de los alquileres, y otras que adquirieron edificios ó fundaron establecimientos durante el primer desarrollo de La Plata, creyendo en su grandeza futura, y ahora viven prisioneras de su propia obra. Es inútil que el Gobierno de la provincia obligue á sus empleados á vivir en la capital bonaerense. Alquilan una casa, la amueblan, hacen constar con ello su vecindad en La Plata, y al salir por las tardes de la oficina, se marchan á Buenos Aires, donde tienen sus familias. Los más de los catedráticos llegan tres veces por semana á la Universidad desde la capital federal, para dar sus lecciones. Se toma el tren, como si fuese un tranvía entre las dos ciudades. La mayor y más antigua absorbe toda la savia de la joven. Es lástima que esto ocurra, pues La Plata ofrece realmente el aspecto de una gran población. Hermosas y anchas avenidas dan acceso á plazas enormes, con jardines frondosos. Esta capital, completamente nueva, tiene cierto aire de noble tradición, como las poblaciones históricas del viejo mundo. Nada ha ocurrido en ella: sus edificios monumentales, sus calles como plazas y sus plazas como llanuras, no guardan ningún recuerdo famoso. Y, sin embargo, la soledad de sus avenidas, el silencio de sus palacios, la falta general de movimiento le comunican algo del carácter solemne y augusto de las antiguas ciudades españolas é italianas; bellos caparazones arquitectónicos, que abrigan glorias extintas; cementerios de arte donde la piedra parece vivir con un vigor más latente que el de las personas; calles que un tiempo hollaron séres heroicos y sobre las cuales crece ahora la hierba.



LA PLATA. PALACIO DE JUSTICIA

La Plata parece vieja, como las más viejas ciudades, sin haber conocido la juventud. Recuerda vagamente con su silencio majestuoso y la proporción de sus edificios, á Toledo y á Pisa; pero jamás ha sido semejante por un momento á la una ni á la otra. No hay en toda la América del Sud población monumental que se parezca como ella á las metrópolis, gloriosas y moribundas. Pero sólo tiene la cor-



MUSEO DE LA PLATA

Resuena con los mismos ecos grandiosos de los palacios abandonados: un carruaje despierta en sus calles mayor estrépito que en cualquiera otra población.

Los constructores de La Plata lo hicieron todo en grande. El palacio de Gobierno, los Ministerios, la Municipalidad, etc., son edificios magníficos, así como las sucursales de los Bancos y los centros de enseñanza.

La Universidad, cuidada y fomentada con tanto esmero por su Rector, Don Joaquín V. González, comunica algo de vida á La Plata. La notabilidad de su profesorado y la frecuencia con que invita á catedráticos extranjeros para que expliquen cursos en sus aulas, atrae á muchos estudiantes, hasta de lejanas provincias.

teza, la envoltura exterior, pues le falta el alma. Vuelvo á repetirlo: es vieja sin haber sido nunca joven. Se asemeja á ciertas mujeres que saltan de la infancia á las amplitudes majestuosas y flácidas de la madurez, sin haber conocido la esbelta y vigorosa firmeza de la adolescencia.

Gracias al doctor González y á sus nobles iniciativas, esta Universidad es la más conocida en Europa de todas las de Sud-América.

Pero el establecimiento que mayormente honra á La Plata es su Museo, fundado en 1884 por el sabio ar-



LA PLATA. DIRECCIÓN DE ESCUELAS DE LA PROVINCIA



LA PLATA. UNA SALA DEL MUSEO

gentino Don Francisco P. Moreno. Este Museo ha servido para el desarrollo del país, pues de él partieron muchos exploradores en arriesgados viajes al Sud de la República, cuando éste se hallaba todavía en poder de los indios.

El Museo está instalado en un bosque próximo á La Plata, y ocupa una vasta superficie. Su aspecto es grandioso, y guarda relación en sus proporciones con los tesoros científicos que encierra. Valiosos ejemplares representan en él todo el anillo biológico conocido, que empieza en el misterio original y, de evolución en evolución, llega hasta el hombre. Hay en sus salones cuerpos momificados de los pobladores de la Patagonia antes de la fecha del descubrimiento, armas, vasijas, vestiduras precolombianas y una gran riqueza en animales de épocas remotísimas. Existen, además, anexas al Museo una valiosa biblioteca y una sección de bellas artes. A ras del suelo están los laboratorios, los depósitos, los talleres de montaje, modelaje, etc.

Tiene La Plata un buen Observatorio Astronómico y una Facultad de Agronomía y Veterinaria. Algunos mercados y teatros, numerosos Bancos y magníficos edificios particulares, demuestran cuán grandes fueron las ilusiones de los fundadores de la ciudad: generosas ilusiones que no han llegado á realizarse.

El puerto, situado en Ensenada, á 5 kilómetros, sobre el estuario del río de la Plata, ofrece un buen fondeadero para buques de regular calado. Uno de los arsenales de la marina de guerra se halla establecido en este puerto, lo que parece comunicarle alguna vida. Sin embargo, su movimiento comercial va en decadencia, lo mismo que la ciudad. La cercanía del puerto de Buenos Aires le causa graves daños.

En una palabra: La Plata fué una equivocación de sus fundadores. No tiene comercio propio, ni vida propia. La proximidad de la capital federal le perjudica mucho; pero tal vez resultaría peor su situación si estuviera lejos, ya que una gran parte del movimiento actual lo debe á Buenos Aires. La baratura de los edificios hace que muchos se establezcan en La Plata, como si fuese un barrio extremo de Buenos Aires. Desde ella se trasladan con facilidad á la gran metrópoli cuando así lo exigen sus negocios.

* * *

La provincia de Buenos Aires posee una maravilla de la Naturaleza: las famosas islas del Tigre. El vecindario de la capital federal encuentra un lugar de grato esparcimiento en este archipiélago, intrincado dédalo de canales en los que se une á la limpidez luminosa de las dormidas extensiones acuáticas, el verde esplendoroso de una vegetación exuberante.

El Paraná, al deslizarse entre las provincias de Entre Ríos y Buenos Aires, es un vigoroso creador que hace surgir de sus entrañas todo un mundo de islas. La desembocadura de los arroyos afluentes, y las arcillas y arenas que sus propias aguas llevan en suspensión, han formado con el curso del tiempo numerosos bancos, que poco á poco se cubren de vegetaciones, trocándose en islas que al final son pobladas por el hombre.

El sabio argentino Don Eduardo L. Holmberg describe de un modo admirable cómo se han ido formando las islas del Paraná. Al llegar el gran río á las cercanías del Atlántico y encontrar la resistencia de las mareas, retiene su impetuosa corriente y va depositando en el fondo las materias que lleva en suspensión, hasta formar extensos bancos. El flujo y reflujo del mar altera la marcha del Paraná, que abre canales profundos en dichos bancos ó deja al descubierto, por intervalos, una parte de su fondo. Al ser éste bañado por el aire y la luz, los juncos lo invaden presurosamente, y desde este momento empieza el génesis de las islas del Paraná obra que no ha cesado aún en el curso de los siglos, pues



LA PLATA. DIRECCIÓN DE POLICÍA



LA PLATA. FACULTAD DE AGRONOMÍA Y VETERINARIA

nuevas islas se forman actualmente, casi á la vista del hombre. En el siglo XVIII, hace ciento veinte años, existían fondeaderos para buques de alta mar, donde hoy se desarrollan poblaciones como el Tigre y las Conchas.

En los bancos cuya convexidad se encuentra cerca de la superficie del agua, germinan y brotan juncos que asoman sobre ella, revelando la proximidad del fondo. «Estos endebles vástagos — dice Holmberg — crecen en apiñada muchedumbre, y aunque dóciles al impulso de la corriente, detienen en sus filas una parte considerable de las arenas que lleva suspendidas el agua. El banco sigue elevándose. Nuevas legiones de vástagos enriquecen el juncal, nuevas masas de arena y arcilla se detienen, y lentamente se marca más su nivel. A medida que la emersión del banco aumenta se elevan sus bordes, porque bastan los juncos que hay en ellos para detener una mayor cantidad de residuos aportados por la corriente. Forman de este modo una isla que está ya completamente descubierta, aunque deprimida en su centro, ó más bien elevada en sus márgenes. Siguen deteniéndose en ella los despojos de las crecientes, y su concurso, agregado al incesante trabajo de los



PAISAJE DEL TIGRE

juncos sobre las materias que trae el agua, contribuye á levantar más y más el depósito. La isla ha emergido ya del todo, y sólo las grandes corrientes alcanzarán á cubrirla por completo.»

A esta obra del junco, peinando al río y aprisionando entre sus dientes flexibles las tierras que arrastra, hay que agregar la presencia de los camalotes. Son éstos plantas acuáticas que germinan en los recodos y ensenadas, formando tupidas redes de tallos, retoños y raíces. La corriente arranca los camalotes del limo en que nacieron, y flotan río abajo como balsas vegetales, hasta que tropiezan con un nuevo obstáculo que los detiene, y las más de las veces es una isla en formación. La planta flotante se agarra ávida con las patas de sus innúmeras raíces á este nuevo suelo. Se desarrolla con largos vástagos flotantes y sirve, á la vez, para detener otros despojos, formándose sobre su esponjosa superficie la tierra negra que ha de dar vida á plantas de diversas especies. Las semillas que flotan en el agua ó lás que arrastra el viento, se depositan en este nuevo suelo, encontrando húmedo y rico sedimento para su desarrollo. Verdes trozos de ceibo y de sáuce, flotantes en la corriente, al verse detenidos por la tierra en formación, echan también raíces en ella, que les ofrece estabilidad y alimento... Consolídanse los bordes de la isla con el desarrollo de dichos árboles: perecen los juncos al verse privados de las aguas móviles y son reemplazados por la vistosa y exuberante vegetación de las aguas muertas. A la sombra de los sáuces llorones crecen begonias, pasionarias y mirtos.

Así, según la hermosa descripción de Holmberg, por obra del continuo acarreo de las aguas y las explosiones de la vida vegetal, se han ido



LA PLATA. BANCO DE LA PROVINCIA



PAISAJE DEL TIGRE



LA PLATA. TEATRO ARGENTINO

formando, «partícula por partícula, grano por grano, planta por planta, las espléndidas islas del Paraná y su delta».

* * *

Muchos paisajes célebres de Europa nos impresionan, más por los recuerdos que evocan en nosotros y por los sucesos que presenciaron que por su hermosura real.

En el viejo mundo es común hablar del «alma del paisaje». Y esta alma somos nosotros los que la llevamos en nuestro interior, prestándosela al panorama; es nuestro recuerdo que se exterioriza al contemplar países que hace tiempo vivían agazapados en nuestra imaginación, cual un sedimento de entusiásticas lecturas. Como en los más de los territorios de América no ha ocurrido nada digno de mención para la humanidad, hemos convenido en que los paisajes americanos «no tienen alma». Son tierras que pertenecen á la Geografía más que á la Historia. Pero si, por ejemplo, en estas islas, hace cuatro mil años, una indígena rubia y veleidosa se hubiese dejado robar por un mancebo de otra tribu, corriendo su esposo con los parientes y los aliados á poner sitio á la toldería refugio de los adúlteros, y uno de aquéllos, á la vuelta de la expedición, vagando por el delta platense, encontrase sirenas en sus canales y magas encantadoras en sus arboledas, y un poeta ciego hubiera cantado al final estos sucesos en versos armoniosos, de seguro que á estas horas nos faltaría poco para arrodillarnos en éxtasis ante la belleza del archipiélago del Paraná, proclamando que late en él un alma inconfundible. Muchos de los países de la antigua Grecia no llegan á la belleza de la islas paranaicas; pero tienen un alma que les colocamos nosotros: el alma de los grandes sucesos que presenciaron. En las islas del Tigre no ha pasado nada que valga la pena de recordarse, y de aquí que con toda su hermosura no impresionen nuestra imaginación y nos parezcan incoloras é inertes.

Hace cincuenta años este archipiélago se hallaba á las puertas de Buenos Aires en un estado casi salvaje. Sus frondosidades servían de refugio á los fugitivos de la justicia y á familias nómadas, cuya existencia era casi peor que la de los indios. Los cazadores iban á probar su bravura en tales parajes, pues abundaban en ellos los tigres. Esto nada tenía de extraordinario. En la misma ciudad de Buenos Aires se han cazado tigres, y no en tiempos de la conquista, cuando estas bestias carniceras fueron una de las peores calamidades con que hubieron de luchar los compañeros de Don Pedro de Mendoza, sino en pleno siglo XIX.

Don José A. Wilde, en su interesante libro *Buenos Aires desde setenta años atrás*, cuenta cómo en 1842, dos tigres que venían Paraná abajo, sobre una isla flotante de camalotes, saltaron á tierra de noche en la ciudad de Buenos Aires, donde hoy está el paseo de la Recoleta. De uno nada se supo. El otro se acomodó en un matorral, cerca de una pulpería, para echar un sueño. Entrada la mañana, al abrir su puerta el pulpero, dió un grito de alarma, aterrado por la inesperada vecindad. Acudió la gente con perros y éstos ladraron de lejos á la bestia, sin atreverse á morderla. Presentóse un borracho empeñado en desafiar al tigre, sin más armas que un poncho en el brazo izquierdo y un pequeño palo en la diestra, que pensaba introducir por la garganta de la fiera. A costa de grandes esfuerzos se consiguió alejar á este ebrio, que tenía la borrachera heroica. El alcalde del barrio, hombre duro y bravo, se adelantó con un trabuco naranjero hasta muy cerca del tigre para no perder tiro. Pero cuando estaba afinando la puntería se desperezó la bestia, dió un salto, y el alcalde y su trabuco rodaron por el suelo, con sólo una zarpada. Teniendo al



HOTEL DEL TIGRE



ISLAS DEL TIGRE. FIESTA ANTE EL CLUB DE REGATAS

hombre bajo sus garras la fiera hizo frente á los perros, y esta circunstancia la aprovechó el caído para recoger el trabuco, disparándolo á boca de jarro. Se desplomó el tigre de espaldas; pero todavía fué preciso que un carnicero lo rematase con su cuchillo, librando al alcalde de una nueva acometida.

Esto ocurrió en las calles de Buenos Aires hace poco más de medio siglo. Júzguese lo que serían entonces las arboledas del Tigre, lugar donde se detenían casi todos los objetos y cuerpos flotantes que arrastraba la corriente del Paraná. El mismo nombre de las islas revela qué animales habitaban con preferencia sus espesuras. Repelido el fiero jaguar de la tierra firme por agricultores y pastores, se refugiaba en este archipiélago, chapoteando en los tranquilos canales para trasladarse de una isla á otra. Su pelaje meloso, con negros redondeles, era un manto real, símbolo de soberanía sobre estas tierras. En vano cazadores y vagabundos le hacían una guerra de exterminio, unos por conquistar su piel, otros por vivir tranquilos en la soledad. El amplio río, con sus inundaciones anuales, aportaba nuevos tigres á estas islas, que parecían pertenecerles de derecho.

Las crecidas del Paraná arrastran hacia la vida civilizada del litoral sud-americano todas las ferocidades naturales de la selva interior. El río venerable procede de las entrañas del Brasil, de los bosques tórridos, tan favorables á la feroz explosión de la animalidad. Sus afluentes vienen también de países tropicales, del cálido Paraguay y de las partes más inexploradas de Bolivia. En las crecidas inmensas de este río, que casi parece un mar, pasan enormes troncos de árboles, y sobre sus cortezas rebullen enroscados los reptiles, como si fuesen lianas, escamosas y temblonas: navegan los camalotes, sirviendo de refugio á las fieras y á los animales tímidos. Por las costas de Corrientes se han visto pasar islas flotantes, en las que iban juntos, contra su voluntad, un tigre y un novillo. El terror á la avalancha acuática que los había arrancado de sus soledades, haciéndolos viajar juntos, teníales como atolondrados, sin pensar en hostilizarse, siguiendo inmóviles la excursión río abajo.

Los cocodrilos ó *yacarés* respetan las fronteras climatológicas. Déjanse arrastrar por la inundación hasta los límites de la zona subtropical; pero así que salen de ella, se arrancan del impulso del río, yendo á guarecerse en los pantanos y los arroyos.

Todavía, en inundaciones recientes, se han quejado los habitantes del Tigre de los malos vecinos que les trae el Paraná desde las entrañas del continente sud-americano. En cierta ocasión tuvo que ir la policía de Buenos Aires á las citadas islas, en vista del terror público, para acabar á tiros con unas cuantas boas atontadas que habían llegado, río abajo, en un viaje de centenares de leguas.



UNA CRECIDA DEL PARANÁ (Grabado de un periódico de 1872)

Pero este suceso, así como la vaga sospecha de que aún pueda existir algún jaguar en las islas más abandonadas del delta, constituye algo extraordinario. Hoy el Tigre, con su archipiélago formado por la desembocadura del río Luján y otros afluentes menos importantes, es uno de los sitios de recreo más hermosos y seguros que puedan imaginarse.

Sarmiento, con sus entusiasmos de artista, fué el primero que trabajó por la creación de una Venecia argentina en este lugar paradisíaco. Después la vida moderna, estableciendo hoteles y *restaurants*, y los vecinos de Buenos Aires trasladándose á las islas en la temporada veraniega, han civilizado y dado comodidad á esta comarca que hace cincuenta años vivía envuelta en la peligrosa magnificencia de los países fértiles y selváticos.

¿Cuántas son las islas del Tigre?... El visitante, aturdido y asombrado por las tortuosidades del dédalo fluvial, cree su número infinito. No se sabe cierta-

mente lo que es canal abierto por el río entre las islas, y lo que es arroyo que desde el interior de tierra firme viene á desembocar en el Paraná.

Deslízase la barca por estrechos callejones acuáticos, bajo una bóveda de sauces venerables. Una luz verde y misteriosa se filtra, con vaguedad de ensueño, por el ramaje tupido. Se ven todos los objetos de un color glauco y temblón, como deben distinguirse en el fondo del mar á la hora de medio día. Las gotas de sol que se cuelan entre las hojas forman palpitantes redondeles de luz en la tersa superficie; algo así como monedas de oro que respirasen. Otros canales, amplios como ríos, parecen láminas de espejo veneciano, con un marco de obscuros bullones.

La tranquilidad de las aguas reproduce invertidas, con una perfecta limpidez, las riberas, los árboles, las casas, las personas, el cielo. En ciertos lugares se distingue la viscosa y filamentada vegetación del fondo, en la que pululan energías animales, ciegas y embrionarias. Las arboledas que se reflejan copa abajo en los canales, la limpidez del agua y la pureza del aire, acaban por confundir la visión de las cosas. Hay momentos en que se cree navegar en el espacio, teniendo la tierra á centenares de metros de profundidad. Al dar la vuelta á los recodos fluviales, ábrense inmensos horizontes. El viajero se imagina que está en el gran río y que las dos líneas de tierras bajas, coronadas por el dentado contorno de su vegetación, sean las orillas del Paraná. ¡Error! La extensión acuática sólo es un canal poco mayor que los otros; y las riberas, cadenas de islas, tan juntas que parecen una misma orilla.

Al aproximarse á ellas se distinguen las entradas de los riachuelos tortuosos, con bóvedas de ramaje; túneles de misterio que parecen esperar á algún paladín de leyenda para que desencante la bella princesa dormida en la quietud del boscaje. Y se navega horas y horas; y van surgiendo nuevas islas; y tras un día de incesante vagar, os dicen que sólo conocéis una parte insignificante de las tierras paradisíacas del Paraná.



LOBOS. CASA MUNICIPAL

Una calma majestuosa, el solemne silencio de la Naturaleza en libertad, producto de la fusión de todos los murmullos de la vida, gravita sobre islas y bosques. El hombre es un intruso, indigno de mención, en medio de este laberinto de tierras, aguas y troncos floridos. La naturaleza se apresura á borrar la huella de nuestro paso. Ante la proa de la barca, se extiende un límpido cristal, terso, inmaculado, reflejando el cielo en su fondo y las orillas invertidas. En la popa de la embarcación las ondulaciones de nuestro paso trazan arrugas acuáticas, que desfiguran y violentan la belleza del paisaje, como si éste se reflejara en un espejo caricaturesco. A pocas paletadas de los remos, las aguas vuelven á unirse á nuestra espalda. Otra vez brilla, como un manto de gloria, la tersura luminosa del canal, enturbiada unos instantes por las patas del insecto humano.

En las espesuras salta de flor en flor el colibrí, joya con alas, que al estremecer sus plumas esparce reflejos multicolores de pedrería;



BRAGADO. CASA MUNICIPAL

entonan sus romanzas frívolas y seductoras el zorzal y el jilguero, modestos artistas de hábito pobre y voz armoniosa, acompañados de la calandria, que es la tiple de la tropa vagabunda. A ras del suelo corretean entre la maleza animalejos de obscuro y sedoso pelaje, que devoran á los insectos y persiguen á los reptiles. Bajo el verde pabellón del matorral, que apenas se levanta unos palmos de la tierra, entre cortinas de flores silvestres, se desarrollan dramas feroces, batallas heroicas, sorpresas sin piedad, crímenes trágicos, acechos de horas y horas junto á la boca de la madriguera, que acaban en coletazos que cortan, mordiscos que parten y arañazos que desgarran. Los dientes agudos seccionan el nudo apretado del reptil; la zarpa alcanza en la grupa al tímido roedor que corre á refugiarse en su cueva; el anillo viscoso y frío atrapa en una triple vuelta al pájaro descuidado. Nada importa que ya no existan en estos lugares paradisíacos los sanguinarios felinos de otras épocas y los reptiles enormes. La Naturaleza es siempre igual y reproduce las mismas luchas en proporciones más modestas. Repite á los pies del hombre lo que antes ocurría junto á sus ojos.



IGLESIA DE LINCOLN

Indiferente á estas batallas, que pertenecen á otro mundo, el sabroso pejerrey colea en las profundas aguas con otros pescados menos soberbios. El carpincho, cerdo anfibio de exuberancias suculentas, se zambulle en los canales al menor ruido, como si aun temiese la presencia del jaguar, que devoraba á sus abuelos. La nutria, acorazada en su colcha de seda, pasa veloz como un torpedo por el limpio cristal de los remansos. Entre las masas de mirtos y laureles, que dan á este paisaje un aspecto helénico, las flores acuáticas de escaso perfume abren sus pétalos de colores delicados, húmedos y tiernos, semejantes á los de las caracolas marinas y á los de adorables reconditeces de la carne femenil.

Muchas islas del delta están hoy plantadas de árboles frutales, que producen sabrosas cosechas. Una parte considerable de los duraznos que se consumen en Buenos Aires procede de las islas del Tigre. Además, funcionan varias fábricas de conservas. El hotel del Tigre, el Club de Regatas y otros establecimientos de importancia proporcionan una vida cómoda á los veraneantes de las islas. El Club de Regatas da fiestas náuticas, que recuerdan las del Gran Canal de Venecia.

* * *

En el Oeste de la provincia de Buenos Aires existen poblaciones interesantes. La más famosa de todas es Luján, por la imagen de una virgen que inspira entusiasta devoción á los católicos del país. La virgen de Luján es algo así como la de Lourdes en Francia, la del Pilar en España, ó la de Loreto en Italia. Está acreditada por numerosos milagros, operados invariablemente en las personas y bienes de los que tienen fe en ella



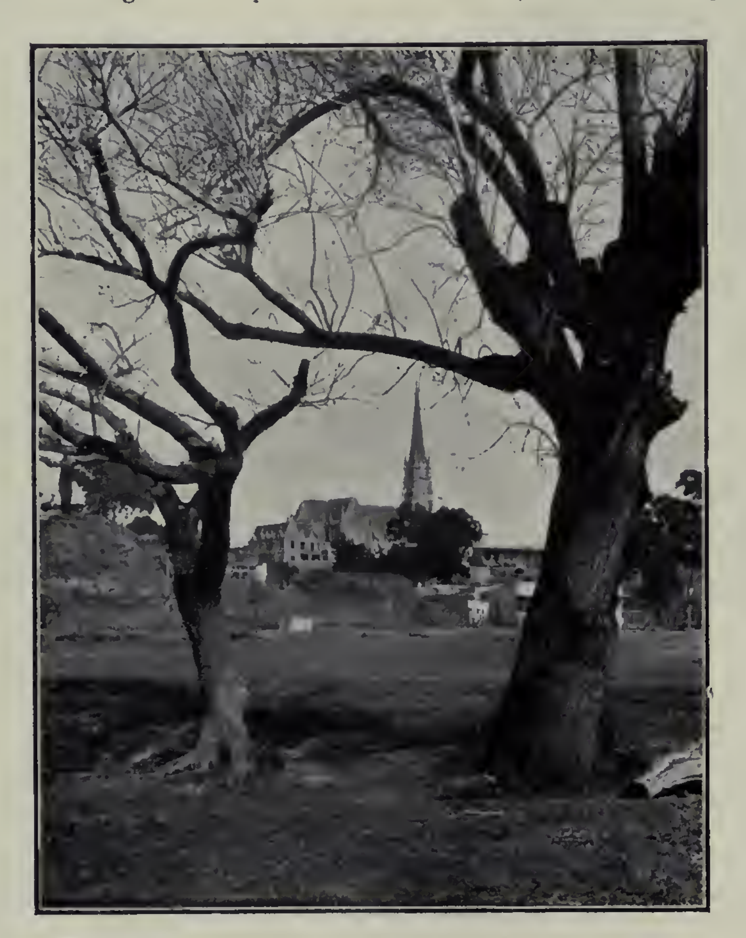
PAISAJE DE UNA ESTANCIA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Todos los días los trenes procedentes de Buenos Aires traen á Luján un gran número de devotos, que dirigen una petición á la poderosa imagen, y regresan inmediatamente á la capital, haciendo un viaje de 66 kilómetros, y otros tantos de vuelta, para que escuche de más cerca sus oraciones.

Luján es el nombre de un capitán español, compañero de Mendoza, que murió en 1535 peleando con los indios Querandíes. Inútil es decir que esta imagen extraordinaria data de los tiempos coloniales; pero no es española de origen, sino brasileña. En tiempos de Felipe II, un portugués que habitaba el campo de Córdoba hizo traer del Brasil,

para el oratorio de su estancia, una imagen de la Inmaculada Concepción. Metida en una caja, la desembarcaron en el puerto de Buenos Aires y una carreta de queyes la condujo al interior. Esta carreta pasó la noche en una granja de Luján, y cuando por la mañana engancharon los boyeros sus yuntas, el peso de la caja era tan considerable que les fué imposible mover el vehículo. Una fuerza maravillosa parecía haber clavado sus ruedas en el suelo. «El milagro estaba manifiesto — dice un cronista devoto —. La imagen divina quería ser adorada por los habitantes pacíficos de esta región feliz...» Y la virgen brasileña se quedó para siempre en Luján, recibiendo devoto culto y haciendo milagros incesantemente, desde 1630. El más importante de todos para la prosperidad del país, consiste en el hecho de que en torno de la primitiva capilla ha crecido el caserío hasta convertirse en una población de cierta importancia.

La Basílica de Luján (todavía sin acabar) es de enormes proporciones; una obra digna del catolicismo argentino, que ha querido hacer las cosas en grande, como el país realiza las suyas en el orden material. Estas proporciones colosales hacen de la Basílica de Luján el primer templo de América, pues tiene cabida para 30.000 personas. Unicamente le superan San Pedro, en Roma, y la catedral de Edimburgo. Una de sus torres llegará á 105 metros de altura. A pesar de esta instalación grandiosa y de los numerosos fieles que acuden á ella, hay que reconocer que la citada virgen ve lamentablemente disminuída su popularidad. En otros tiempos, según reza un antiguo himno, la adoraban en el Perú, en el reino de Tucumán y en el Paraguay. Ahora, al ser puramente argentina, su fama apenas alcanza á las fronteras de la República. Dentro de la nación hay ciertas regiones que, por tener sus vírgenes propias, no se acuerdan de la de Luján y la dejan circunscrita á su provincia de Buenos Aires.



PROVINCIA DE BUENOS AIRES. SAN ISIDRO

De todas las poblaciones del Oeste, la más próspera y adelantada es Chivilcoy, fundada por Sarmiento en 1854, y que tomó su nombre de un cacique indio establecido en la vecindad. Sus calles están pavimentadas y muy limpias, con hermosos edificios, teatro, Bancos, amplias escuelas, biblioteca pública, luz eléctrica y varias fábricas y destilerías. Ofrece Chivilcoy de notable el reparto de su propiedad rural, dividida en pequeños lotes. Esta subdivisión favorece el cultivo intensivo, esparce el bienestar, y sirve de ejemplo futuro á una nación que padece el fatalismo de los enormes latifundios.

Mercedes es cabeza de un distrito judicial, y funciona en ella un Tribunal de Apelación. Tiene una escuela mixta, instalada en amplio edificio y dirigida por excelentes profesores.

Al Norte y al Oeste de Buenos Aires existen numerosas poblaciones, de las cuales las más importantes son: Lobos, cuyo vecindario aumenta considerablemente; 25 de Mayo, rica en cereales; Bragado, Lincoln, Pehuajó, Trenque-Lauquen y Chacabuco. Los citados pueblos y otros de esta parte de la provincia son ricos por su gran abundancia de trigo y ganadería. Junin tiene un valioso movimiento comercial.

Pergamino merece el título de ciudad por la edificación y el número de habitantes. Su nombre procede, según parece, de unos libros abandonados por los conquistadores. Posee dos fábricas de luz eléctrica, varios hoteles cómodos y una Escuela Normal que honra á Pergamino por la valía de su profesorado y la amplia enseñanza que se da en ella. Recuerdo, como una de las escenas más interesantes de mi excursión por Argentina, una fiesta escolar en los jardines de la Escuela de Pergamino, con sus masas de niñas y niños que entonaban coros en el ambiente risueño de una tarde plácida. Cerca de Pergamino, un pueblo nuevo, llamado Colón, prospera con una rapidez digna de este país de súbitas transformaciones. En pocos años ha levantado numerosos edificios, con amplias avenidas, club social, sucursales bancarias, etc.

Al Norte de Buenos Aires está el pueblo de San Isidro, fundado en tiempos de la colonia por un capitán español retirado del servicio. Este pueblo es de hermoso aspecto. En él vivía Pueyrredón cuando ocurrieron las invasiones inglesas y al iniciarse el movimiento revolucionario de 1810.



DOLORES. CASA DE JUSTICIA

San Fernando, de numeroso vecindario, está á orillas del Paraná, con seguro fondeadero que utilizan los buques de navegación costera. Campana posee también un buen puerto para los barcos de cabotaje y los vapores fluviales. Zárate tiene una gran fábrica de papel, que casi monopoliza la producción de este artículo en toda la República. En Zárate toman tierra los viajeros que proceden de Ibicuy, en la provincia de Entre Ríos, pasando embarcados entre las islas del delta. Baradero, San Pedro y Ramallo figuran como pueblos de alguna importancia en el Norte. La ciudad de San Nicolás (25.000 habitantes) es la capital de esta parte de la provincia. Goza de renombre histórico por el famoso Acuerdo que suscribieron en ella los gobernadores de las provincias argentinas en favor de Urquiza, á raíz de la victoria de Caseros.

San Nicolás data de mediados del siglo XVIII, pues lo fundó en 1749 José de Amuilar. Su puerto sobre el Paraná es muy frecuentado por naves de cabotaje y oceánicas. Los depósitos de embarque están en lo alto de unas barrancas, cortadas á pico, junto á las cuales fondean los buques. Los fardos de mercancías resbalan por túneles diagonales que perforan la barranca desde los almacenes al río, y al llegar á la boca de aquéllos, caen por una pendiente de madera en las entrañas del barco. En ciertas épocas del año es muy importante el movimiento del puerto de San Nicolás. Varias líneas férreas convergen á esta población, situada á 239 kilómetros de Buenos Aires, en el límite Norte de la provincia. Los campos del interior exportan los productos por su puerto. La ciudad es de aspecto risueño, con hermosa vegetación y casas que por su blancura, sus rejas y sus patios recuerdan las de Andalucía. Es asiento de un Tribunal de Apelación, y abundan en ella los intelectuales de buen gusto literario, así como los aficionados á la música. El teatro de San Nicolás figura entre los mejores de la provincia, y pasan por su escena muchas de las notabilidades artísticas que van á Buenos Aires. El Paraná no desarrolla toda su amplitud frente á San Nicolás, pues bifurcan su corriente varias islas bajas. En sus aguas se desarrolló, en 1811, el empeñado combate entre los buques revolucionarios de Azopardo y la escuadrilla realista de Romarate, choque igualmente heroico por ambas partes.

Con ser más antigua la colonización del Norte que la del Sur, existen sin embargo actualmente en este último punto de la provincia de Buenos Aires los principales núcleos de habitantes.

Al salir de la capital federal por el puente movible de Barracas, se encuentra una gran población: Avelleneda ó Barracas al Sur, con un vecindario obrero muy numeroso, que trabaja en las fábricas, saladeros, frigoríficos y curtimbres, ó en las descargas del Riachuelo. Más allá está Quilmes, con su célebre fábrica de cerveza, que produce anualmente 20 millones de litros.



TANDIL. LA PIEDRA MOVEDIZA



SIERRA DEL TANDIL. PIEDRA LLAMADA «EL CENTINELA»

En esta parte de la provincia los núcleos urbanos se hallan muy próximos y ofrecen una densidad semejante á la de los alrededores de las capitales europeas. Algunos son lugares de recreo, como Lomas de Zamora y Adrogué; este último muy frecuentado por las familias bonaerenses. Las poblaciones parecen, desde lejos, bosques frondosos, islas de verdura en medio de la inmensidad monótona de la planicie. Los *chalets* asoman las manchas blancas y rosadas de su edificación entre las masas de follaje de sus jardines. En Adrogué van á pasar la luna de miel algunos matrimonios jóvenes de Buenos Aires.

Abundan en esta parte de la provincia establecimientos agrícolas importantes. El más famoso de todos es la Estancia de San Juan, propiedad de la familia Pereira, situada á 40 kilómetros de la capital federal y á una media hora de La Plata. Tiene grandes plantaciones de alfalfa, ricas variedades de las especies caballar y bovina, y es reputada como uno de los primeros establecimientos de la República, habiendo obtenido numerosos premios en concursos internacionales. También en las inmediaciones de La Plata se encuentra el bosque de Santa Catalina, en el que funciona una Escuela de Agronomía. Es un parque de árboles gigantescos, plantados muchos de ellos por los jesuítas en el siglo XVIII. Años después el Gobierno de Rivadavia estableció en Santa Catalina una colonia de holandeses, que no logró arraigarse.

En Temperley se han instalado varios sanatorios y casas de salud, por la suavidad del clima y la hermosura de sus jardines.

Antes de llegar á Lomas de Zamora y Adrogué, llaman la atención del viajero las grandes construcciones levantadas por la Compañía de los ferrocarriles del Sur, en la estación de Banfield. Son inmensos talleres de reparación y depósitos, que ocupan un espacio de dos millones de metros cuadrados, y costaron ocho millones de francos. Dos grandes edificios sirven de alojamiento á los empleados de la Compañía. Muchos de éstos, que son ingleses, han formado con los habitantes del país algunas sociedades atléticas. La inmediata estación de Lanús tiene igualmente varias sociedades de este género y un circo para las carreras.

La ciudad de Dolores ocupa una extensión mucho mayor que la que corresponde al número de sus habitantes, y sus calles tienen alegre aspecto. Lo que da más importancia á esta ciudad es que en ella funcionan los Tribunales de Apelación del departamento Sur de la provincia. En su plaza central, con hermoso jardín, ostenta una pirámide, copia exacta de la que se alza en la plaza de Mayo de Buenos Aires. La región de Dolores es muy fértil, y sus frutos sabrosos se exportan á toda la República, especialmente los duraznos, algunos de los cuales llegan á pesar cerca de medio kilo. Dolores se halla á seis leguas de la bahía de San Borombón, donde se está construyendo un puerto que dará salida á sus productos. Esta ciudad no es antigua. La fundó el general Pueyrredón en 1818, despoblándose varias veces por los ataques de los indios y las guerras civiles, hasta que en 1825 empezó á fijarse definitivamente su vecindario. En 1839 fué asesinado en las inmediaciones de Dolores el patriota Don Pedro de Castelli, uno de los jefes de la Liga del Sur contra el tirano Rosas. Por orden de éste la cabeza de Castelli fué colocada en la plaza de Dolores, clavada en una pica, y así permaneció expuesta mucho tiempo, hasta que una racha violenta de «pampero» la hizo caer, y mujeres piadosas le dieron sepultura.



TANDIL. CANTERA DE LOS LEONES



TANDIL. UN EQUILIBRIO SOBRE LA «PIEDRA MOVEDIZA»

De todas las poblaciones de la parte Sur de la provincia, la que goza mayor reputación es la pequeña ciudad de Tandil. En 1822 no era más que un fuerte en la línea de obras de defensa, opuesta á los avances de los indios. El nombre de la ciudad y toda su región procede del de un cacique indígena, que acampaba al borde del río, el cual también se titula Tandil. El jesuíta Falkaner, que exploró sus montañas á mediados del siglo XVIII, dice que Tandil significa «montaña elevada» en el lenguaje de los indios que ocupaban esta región en dicha época. Su celebridad se la proporciona la llamada «Piedra movediza» que existe en sus cercanías. Esta piedra es una roca de granito en forma de paraboloide, con siete metros de altura y seis de diámetro, la cual oscila á impulsos del viento en torno de una especie de espigón, de la misma montaña, que se introduce en su base.

La sierra de Tandil abunda en rocas de figura extraña. A seis leguas de la ciudad está la *Puerta del Diablo*, formada por dos monolitos de 20 metros de altura. Otras dos rocas curiosas son *El Centinela*, situada en lo alto de una montaña y *El Carancha*. *El Centinela* aparece visible desde una distancia de tres leguas, y está situado cerca de Tandil, en el camino que va á Juárez, al borde de un precipicio. Reposa sobre una base de un metro cuadrado, y parece imposible que pueda sustentarse su enorme mole con tan exiguo apoyo. *El Carancha* presenta la forma de un corazón que surge de la tierra, y la leyenda popular la ha rodeado por esto de un ambiente misterioso.

La «Piedra movediza», que es en el presente objeto de curiosidad para los civilizados, recibió en otros tiempos una adoración fetichista de parte de los indios. A mediados del siglo XIX, cuando el famoso español Don Ramón Santamarina hacía el comercio entre Buenos Aires y este lado de la provincia por medio de convoyes de carretas, y vivían todavía los primeros colonos en continua alarma para hacer frente á los malones de indios, ocurrió una sangrienta insurrección en Tandil. Entre los indígenas sometidos que permanecían en el distrito, figuraba una especie de hechicero, al que llamaban los indios *Tata-Dios*. Este falsario embaucaba al populacho cobrizo con fingidos milagros y curaciones, y preparó una insurrección general de los indios, asegurando que apenas hubiesen exterminado á los blancos rodaría la piedra movediza, cayendo de su altura, como signo del contento celeste, y los mayores bienes y felicidades se esparcirían por la región.



TANDIL. TEMPLO DANÉS

Alzáronse los indios una noche, asesinando á todos los blancos que encontraron en sus casas. Santamarina, que era el vecino más importante, debió su salvación á la fidelidad de un criado, que le retuvo fuera de su domicilio. Las tropas castigaron duramente á los insurrectos, pero transcurrió mucho tiempo antes de que se gozase de una seguridad completa en este país. Unicamente cuando quedó terminada la conquista del desierto y las tribus se dispersaron para siempre, comenzó la verdadera explotación, tranquila y ordenada, de los feraces territorios inmediatos á la sierra de Tandil.

Cerca de esta población se halla la renombrada estancia de «Bella Vista», propiedad de la familia Santamarina y una de las mejores de la República. En ella existe



PAISAJE DE TANDIL

una mantequería alimentada por la leche de 2.500 vacas, que expide mensualmente 90 toneladas de mantequilla. Su parque contiene más de un millón de árboles.

Tandil, además de su riqueza agrícola y pecuaria, explota ricas canteras de granito y mármol de colores. En las poblaciones de Azul y Olovarría existen también yacimientos de esta clase, que son objeto de una activa extracción. De dichas canteras proceden las columnas elegantes y las soberbias escalinatas que adornan muchos edificios públicos, teatros y casas particulares en Buenos Aires y La Plata. La cantera llamada de *Los Leones* es la más importante de todas las de Tandil.


TANDIL. IGLESIA FUNDADA POR SANTAMARINA

La gran afluencia de viajeros deseosos de contemplar la «Piedra movediza», ha vulgarizado y afeado la graciosa cadena de montañas graníticas inmediata á la población. Los industriales de Buenos Aires, ansiosos de publicidad para sus artículos, embadurnan las superficies planas de colinas y rocas con enormes y grotescos anuncios multicolores. Los excursionistas consideran de mucho interés dejar escrito su nombre en la famosa piedra ó en los peñascos cercanos. Algunos canteros se ofrecen á grabar inscripciones con escoplo y martillo en indestructible relieve. Muchos fatuos dejan abierto en la roca, para conocimiento de la posteridad, su nombre perfectamente desconocido, en letras de medio metro de altura.

El hermoso paisaje aparece torturado y deshonrado por los anuncios grotescos y las inscripciones hueras, que apenas encuentran espacio donde extenderse. La «Piedra movediza» está labrada por todas sus caras con inscripciones que se entrecruzan y confunden. Hasta un acróbata la empleó como anuncio de sus habilidades, haciendo en su cima una arriesgada suerte de equilibrio, ante numeroso público. La base de la «movediza» tiene siempre bajo ella una capa de fragmentos de vidrio. Los guías, para demostrar la movilidad de la piedra, que no siempre es visible, colocan una botella entre la base y el suelo, y empujan con gran esfuerzo la pesada mole, oyéndose inmediatamente el crujido y la rotura del receptáculo de cristal.

Esta peña, en maravilloso equilibrio, no podía menos de obsesionar á Rosas, el inquieto déspota, ansioso de hacer sentir su voluntad á las cosas inanimadas lo mismo que á las personas. Le era imposible admitir que en sus dominios se permitiese un peñasco llamar de tal modo la atención de las gentes: necesitaba modificar la naturaleza, como había cambiado la educación y las costumbres del país. Uno de sus tenientes unció varias docenas de yuntas de bueyes á una cadena fija en lo alto de la piedra famosa, para derribarla con un tirón colosal. La empresa estúpida quedó sin resultado, pues la «movediza» no pareció oscilar más que de costumbre.

La ciudad de Tandil es de gracioso aspecto, calles bien cuidadas y bonitos edificios. La rodean fértiles campos, tupidas arboledas, y en el fondo del paisaje las montañas se destacan sobre el azul del cielo con un suave tono de rosa. La población, compuesta de gentes de diversa procedencia, tiene dos iglesias católicas y dos templos cristianos disidentes; varias sucursales de Bancos, molinos á vapor y otras industrias. El vecindario es muy culto, como lo demuestra el hecho de que existan en Tandil dos bibliotecas públicas. Hace muchos años que reside en esta población un médico español notable, el doctor Ezquerdo, pariente del famoso alienista del mismo nombre, el cual ha fomentado, con sus iniciativas, varias organizaciones dedicadas á la difusión de la cultura. La rica familia de los Santamarina ha fundado un amplio y lujoso hospital, establecimiento en el que se usan los métodos de curación más recientes y costosos.


UNA CALLE DE TANDIL (A la izquierda, el Banco de la Nación).

En este lado de la provincia existen otras po-



TANDIL. CALLE 9 DE JULIO

blaciones de no menos riqueza, como Juárez y Tres Arroyos. Esta última goza de tal prosperidad agrícola, que algunos la llaman, con razón, «el granero del Sud de la provincia de Buenos Aires». Las casas de comercio, las sociedades de recreo y los hoteles son en ella muy numerosos. La plaza principal, llamada de San Martín, tiene un soberbio palacio, donde se halla instalada la municipalidad. Tres Arroyos posee un gran hospital, muy bien instalado; un asilo de huérfanos, una escuela profesional de mujeres, hermoso teatro, una biblioteca y varios periódicos. Funciona además una Sociedad Rural, formada por los productores más importantes del distrito. Las colonias española é italiana tienen amplios locales para sus reuniones. Cuenta también con un Tiro federal, costeado por los habitantes, y una gran fábrica de luz eléctrica.

En el distrito de Tres Arroyos son muy numerosos los establecimientos agrícolas y ganaderos, con vastas extensiones dedicadas al cultivo de cereales. Los toros, caballos y ovejas que viven en sus estancias ascienden á enormes cifras.

La ciudad de Azul, una de las poblaciones más ricas del Sur de Buenos Aires, se halla situada al borde de un pequeño río que lleva su mismo nombre. Los indios llamaban al lugar que ocupa *Callbú*, que en su lenguaje significa «azul». El coronel Don Pedro Burgos



TANDIL. HOSPITAL RAMÓN SANTAMARINA

avanzó en 1832, al frente de una expedición, hasta las orillas del Azul, y dos años después se fundó en el mismo emplazamiento de la ciudad actual una parroquia de Nuestra Señora del Rosario. El núcleo de esta pequeña aldea era el fortín levantado contra los indios, que se llamó «Fuerte Azul de San Serapio». En torno de él fué creciendo la futura ciudad. La guarnición dió origen á varias industrias; los ganaderos instalaron sus rebaños en las cercanías de este fuerte, que los ponía á cubierto de los malones, y poco á poco creció la población, hasta llegar á su estado actual. Azul tiene una plaza muy amplia, con un palacio, ocupado por las autoridades municipales. Su teatro, propiedad de la Sociedad Española, es espléndido. Tiene, además, un buen hospital, varios establecimientos públicos, casas particulares instaladas con lujo, y la Escuela Mixta, que es de las mejores de la provincia.

Los propietarios empiezan á dedicarse á la agricultura, pero todavía es Azul, como en otro tiempo, un



TANDIL. PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

centro de ganadería de los más importantes. En los campos de su región, que abarca unos 6.000 kilómetros cuadrados, existen medio millón de toros aproximadamente, 18.000 caballos y 2.000.000 de ovejas.

Uno de los actos más interesantes de la vida ordinaria de esta ciudad, donde tanta importancia tiene la ganadería, es la compra y venta de reses. Existe en las afueras del Azul un vasto mercado, propiedad del «rematador» Don Manuel Castellar. En sus corrales al aire libre, divididos por barreras de troncos, se agrupan ciertos días de la semana algunos miles de reses. Una gran concurrencia de hombres de campo rodea al rematador, que, desde su tribuna portátil, ensalza las condiciones de los lotes puestos á la venta y repite las ofertas del público.

La ciudad de Olovarría lleva el nombre de un coronel de la Independencia, que fué su fundador. La agricultura y los rebaños han alcanzado gran prosperidad en sus campos, y á esto hay que añadir la industria extractiva de la piedra calcárea y del granito, que se encuentran en cantidades extraordinarias. El ferrocarril del Sur

tiene vías especiales, que llegan hasta las canteras. La ciudad es semejante á las demás poblaciones ricas del Sur. Posee un gran hospital, 28 escuelas (11 urbanas y 17 rurales), dos oficinas de Telégrafos, una nacional y otra provincial, tres hermosas plazas, un amplio teatro y numerosas sociedades de Beneficencia, así como ricas casas particulares. Todavía en 1876 los indios, mandados por el cacique Catriel, invadieron la población, pero fueron derrotados por las fuerzas nacionales. La Sociedad Rural de Olovarría posee un buen edificio destinado á fiestas y exposiciones. La población tiene además un gran parque, que es el sitio donde se reúnen las familias de la localidad. El vecindario aumenta con rapidez, pues este pueblo ocupa, topográficamente, el lugar más importante del Sur de la provincia. Varias líneas férreas lo ponen en comunicación con Bahía Blanca y Buenos Aires, ofreciendo salida fácil á todos sus productos. Junto á él pasa el río llamado *el Perdido*. En sus alrededores existen numerosas estancias, que representan capitales considerables. La prosperidad financiera de esta población es tan grande, que tiene un Banco propio, el «Banco de Olovarría», con un capital de millón y medio de pesos. Una de sus casas de comercio hace un tráfico tan enorme de cereales, que su dueño es conocido con el título de «El rey del trigo».



AZUL. ESCUELA MIXTA

Coronel Suárez y Saavedra son pueblos muy im-

AZUL. UNA SUBASTA DE GANADOS EN EL «REMATE» DE CASTELLAR



AZUL. PALACIO MUNICIPAL

portantes por sus ricas cosechas de cereales. Coronel Suárez, que antes se llamó «Sauce Corto», tiene un núcleo de colonizadores rusos.

El pueblo de Laprida, á pesar de que aun se halla en formación, ofrece un hermoso aspecto y es de seguro porvenir. En Coronel Pringles la tierra ha tomado un valor inesperado. Pedazos que valían siete pesos antes de fundarse el pueblo, hoy se venden á mil quinientos.

La Sierra de la Ventana, que se alza en esta parte de la provincia, es uno de los lugares más pintorescos de la Argentina, y muy superior á algunas regiones famosas de Europa. No puede compararse con las montañas de Suiza, porque le faltan los lagos; pero sí puede ponerse en parangón con otras regiones helvéticas, que no ofrecen mayor encanto que el de sus altitudes. La Sierra de la Ventana tiene la ventaja sobre éstas de la total ausencia de brumas. En sus cumbres el horizonte se ofrece siempre claro y permite abarcar la llanura hasta una gran distancia. Numerosos arroyos descienden de sus picachos, saltando entre riberas de sauces. Se prepara la creación de varios establecimientos de recreo en esta sierra pintoresca. Una estancia, propiedad del periodista Láinez, va á ser convertida en lujoso centro veraniego. El pueblo de Tornquist, fundado por el rico industrial del mismo nombre, en las inmediaciones de la Sierra de la Ventana, goza de prosperidad y sus terrenos han subido mucho de valor. Esta sierra recibe su nombre de un agujero ó ventana abierto en una cumbre. A través del orificio se ve el cielo, lo que hace que la ventana se marque como un punto blanco en la obscuridad de la roca, aun á muchas leguas de distancia.

La población de 25 de Mayo figura entre los centros productores más importantes de la provincia de Buenos Aires, tanto por el número de sus vecinos, como por su riqueza agrícola. La fundó Rosas en 1846, á orillas del lago Mulitas, dándole como nombre la fecha de la revolución argentina. Sus primeros habitantes tuvieron que luchar mucho con los malones de indios.

***

Además de Bahía Blanca, cuenta la provincia de Buenos Aires con dos poblaciones importantes en la costa del Atlántico: Mar del Plata y Necochea. Mar del Plata es la primera de las estaciones balnearias de la República, y tal vez la más elegante y concurrida de la América del Sur.

Nada falta en ella de lo que constituye el progreso y la comodidad de las ciudades modernas. Creada hace poco tiempo, sus fundadores pudieron imitar lo mejor y más selecto de todos los países. Anchos bulevares, soberbias plazas, gran profusión de alumbrado eléctrico, numerosos tranvías, hoteles y casinos de vistosa suntuosidad, fábricas de hielo, etc., hacen de ella una población de lujo, de placer y descanso. La edificación particular es interesante, y va en aumento,



SIERRA DE LA VENTANA. ESTANCIA DE LÁINEZ


MAR DEL PLATA. LA RAMBLA

pues las familias ricas construyen todos los años para su veraneo nuevos *chalets* y palacetes.

Hay que decir, en honor á la verdad, que el clima de Mar del Plata no es muy dulce y constante, pues sufre bruscas variaciones; pero, á pesar de ello, la moda y la costumbre sostienen su reputación con un fervor entusiástico. Además, lo que buscan los veraneantes, por regla general, antes que la bondad del clima, es la distracción y las comodidades.

Mar del Plata tiene su caserío dividido en dos grupos: la ciudad, que pudiéramos llamar permanente, en donde se hallan emplazadas las casas de comercio, y la ciudad de la costa, sólo habitada durante los meses de verano. Inútil es decir que esta segunda ciudad


MAR DEL PLATA. HOTEL BRISTOL

ofrece mejor aspecto que la otra, por su edificación, en la que predomina el tipo del *chalet* suizo.

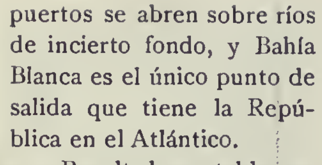
Se ha desarrollado Mar del Plata con una rapidez que pudiéramos llamar argentina. En 1879 componíase de unas pocas casuchas, una escuela y un pequeño molino. Los vecinos de Buenos Aires veraneaban entonces en las islas del Tigre, ó se trasladaban á Montevideo para tomar baños de mar. Un grupo de capitalistas argentinos, Don Patricio Peralta Ramos, Don Pedro y Don José Luro, Don Julio Celecia, y más tarde Don Ernesto Tornsquit, acometieron la empresa de fundar toda una ciudad en pocos años. En 1881, al inaugurarse Mar del Plata, tenía 1.000 habitantes: hoy cuenta con más de 12.000. Abundan los hoteles lujosos; pero sobre todos ellos sobresale el Bristol Hôtel, que llama la atención por sus instalaciones y sus comodidades.

Mar del Plata se llamaba en otro tiempo «La laguna de los padres», por una laguna situada á cuatro leguas de distancia, en la que residieron los jesuítas á principios del siglo XVIII, haciendo en sus riberas grandes plantaciones de árboles.

El Casino de la ciudad es un hermoso edificio, que se ve muy concurrido durante la temporada veraniega. Abundan en Mar del Plata toda clase de diversiones. En el Casino se dan dos conciertos diarios, representaciones teatrales y bailes. Además funciona una sala de juego, que es el mejor atractivo para muchos de los que acuden á los baños de mar y no se acuerdan ni un solo día de bajar á la playa. Hay también campos de tiro y varios locales para sociedades sportivas. El Parque del General Paz se prolonga hasta Punta Piedra, donde se ha construído un belvedere sobre las rocas, que ofrece un magnífico golpe de vista. Otro de los paseos es Punta Mogotes, donde existe un faro de acero, cuya luz abarca un radio de 30 millas.

El lugar predilecto de los veraneantes de Mar del Plata es la Rambla, calle y paseo á la vez, que se extiende á lo largo de la playa. Durante los meses de verano presenta la Rambla, á ciertas horas de la mañana y


MAR DEL PLATA. LA PLAYA DEL BRISTOL





PLAYA DE MAR DEL PLATA

la tarde, un hermoso aspecto. Desfilan los trajes blancos femeniles con gentil ligereza ante los grupos masculinos cubiertos con el indispensable sombrero de jipi. La sociedad bonaerense, fraccionada y alejada durante el invierno por la grandeza de la capital y la variedad de sus diversiones, parece reconcentrarse, con un trato más íntimo, en la temporada de Mar del Plata. Muchos matrimonios de la buena sociedad de Buenos Aires empiezan á iniciarse en los paseos de la Rambla ó en las veladas del Casino.

Necochea es otro balneario en la costa del Atlántico, al que van muchas familias que no gustan de la vida agitada y ostentosa de Mar del Plata.

La población de Necochea se halla á una legua del mar, y los veraneantes se alojan en el pueblo de Quequen, situado cerca del río Quequen Grande. Esta playa de Necochea se ve cada año más concurrida durante los meses veraniegos.

* * *

Bahía Blanca es la gran ciudad del Sur, y dentro de algunos años tal vez figure como la segunda capital de la República Argentina. El movimiento de su puerto rivaliza con el de Buenos Aires y Rosario, y algún día resultará mayor, pues los citados puertos se abren sobre ríos de incierto fondo, y Bahía Blanca es el único punto de salida que tiene la República en el Atlántico.

Resulta lamentable que los que fundaron la ciudad de La Plata como capital de la provincia no pudiesen adivinar lo que sería Bahía Blanca en un cercano porvenir. Bien es verdad que la vida nacional era entonces menos intensa que en el presente, y las necesidades políticas, así como la escasez de población, obligaban á vivir cerca de Buenos Aires. Pero hubiese sido en extremo ventajoso, para la República y para la provincia, que la capitalidad de Buenos



MAR DEL PLATA. EL HOSPITAL

Aires quedase establecida en Bahía Blanca. Hoy esta ciudad ha crecido enormemente y de todas las poblaciones argentinas es la que se halla destinada á un desenvolvimiento más rápido y maravilloso. Cuando llegue al apogeo de su grandeza se verá en una situación anormal, pues el primer puerto marítimo de la República y á la vez rico emporio de comercio, no va á poder subsistir como una ciudad de distrito, sometida á las lejanas autoridades establecidas en La Plata. En un futuro que tal vez se halla próximo, por la rapidez con que se desarrolla esta población, será necesario dividir en dos la actual provincia



MAR DEL PLATA. LA PLAYA

de Buenos Aires, tan enorme como un Estado europeo de primera clase, creándose una provincia nueva, á la que se dará Bahía Blanca por capital. Hoy cuenta con un vecindario de 30.000 habitantes y su tráfico hace que la llamen muchos el «Liverpool Argentino». En 1828 no era más que un fortín, levantado para cerrar el paso á los indios. En 1835 se constituyó en torno de este fortín un caserío llamado de Nuestra Señora de la Misericordia, y sólo en 1865 nació el verdadero pueblo de Bahía Blanca.



MAR DEL PLATA. EL CASINO

Visitando esta ciudad es como mejor se admira la grandeza del pueblo argentino y su poder de improvisación. La vida que lleva desde que se inició como modesto villorrio no es más larga que la de un anciano octogenario. Su existencia como pueblo constituído data de cincuenta años. Hay en Bahía Blanca antiguos vecinos que han seguido de cerca todo el desenvolvimiento de la población, desde su origen á su grandeza actual. En este espacio de tiempo, que equivale al de una vida humana, ¡qué de reformas y de iniciativas rápidas se han desarrollado ante sus ojos!...



MAR DEL PLATA. LANCHAS PESCADORAS

La estación White, situada á dos kilómetros, centro de las diversas vías férreas que se unen en Bahía Blanca, demuestra con su tráfico enorme é incesante la importancia comercial de esta ciudad. Hay días en que el movimiento de dicha estación es de 3.000 vagones: hay años en que se embarcan 80.000 y hasta 100.000 balas de lana.

El verdadero impulso progresivo empezó hace un cuarto de siglo. En 1880 la Aduana de Bahía Blanca había cobrado por derechos de importación, en todo el año, la suma irrisoria de 92 pesos papel. Diez años después, el valor de las mercancías importadas era de 4 millones y medio de pesos oro; en 1905 de 7 millones y medio de pesos oro, y en la actualidad tal vez pasa de 10 millones.

En lo que se refiere á la exportación, el movimiento ascensional ha sido todavía más asombroso. Antes de 1880 no había exportación de ninguna clase. Dos años después, la exportación sólo representaba el insignificante valor comercial de 2.653 pesos oro. Pasados cinco años, en 1887, ya ascendía á un millón; en 1899, á 13 millones; en 1905, á 43 millones, y hoy tal vez llega á 70 millones de pesos oro.

Comenzaron los primeros exportadores de Bahía Blanca por enviar pequeñas cantidades de cueros y de lanas á los mercados de Europa; luego se establecieron grandes almacenes, con gruesos capitales, y la exportación de los productos del país se hizo en grande. Las nuevas líneas férreas pusieron en contacto el territorio de la Pampa con el puerto de esta ciudad y se inició la exportación de cereales. En 1891 todavía no se embarcaban granos en Bahía Blanca. Al año siguiente

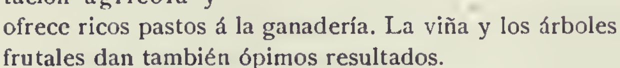


PLAYA DE NECOCHEA

se exportaron 15.000 toneladas de trigo; á los tres años fueron 60.000, hoy pasan de un millón, y esta cantidad enorme tiende á doblarse. Hay que tener en cuenta que el radio comercial que abarca Bahía Blanca es muy extenso, pues quedan comprendidos en él una parte del territorio de Río Negro, otra parte del Neuquén, toda la Pampa central y varios distritos riquísimos de la provincia de Buenos Aires. Además, el campo que rodea á Bahía Blanca en muchos centenares de kilómetros es muy fecundo para la explotación agrícola y ofrece ricos pastos á la ganadería. La viña y los árboles frutales dan también ópimos resultados.



NECOCHEA. LA PLAYA



Júntanse en Bahía Blanca tres líneas férreas de la Compañía de ferrocarriles del Sur; la línea del Neuquén, construída por la misma Empresa, y la de Bahía Blanca-Noroeste, que pertenece á la Compañía de Buenos Aires al Pacífico. Los ferrocarriles del Sur han establecido, además, vías accesorias para Puerto Belgrano, ó sea Puerto Militar, y el puerto llamado Ingeniero White. La Compañía del Pacífico ha tendido por su parte un ramal hasta Puerto Galván.

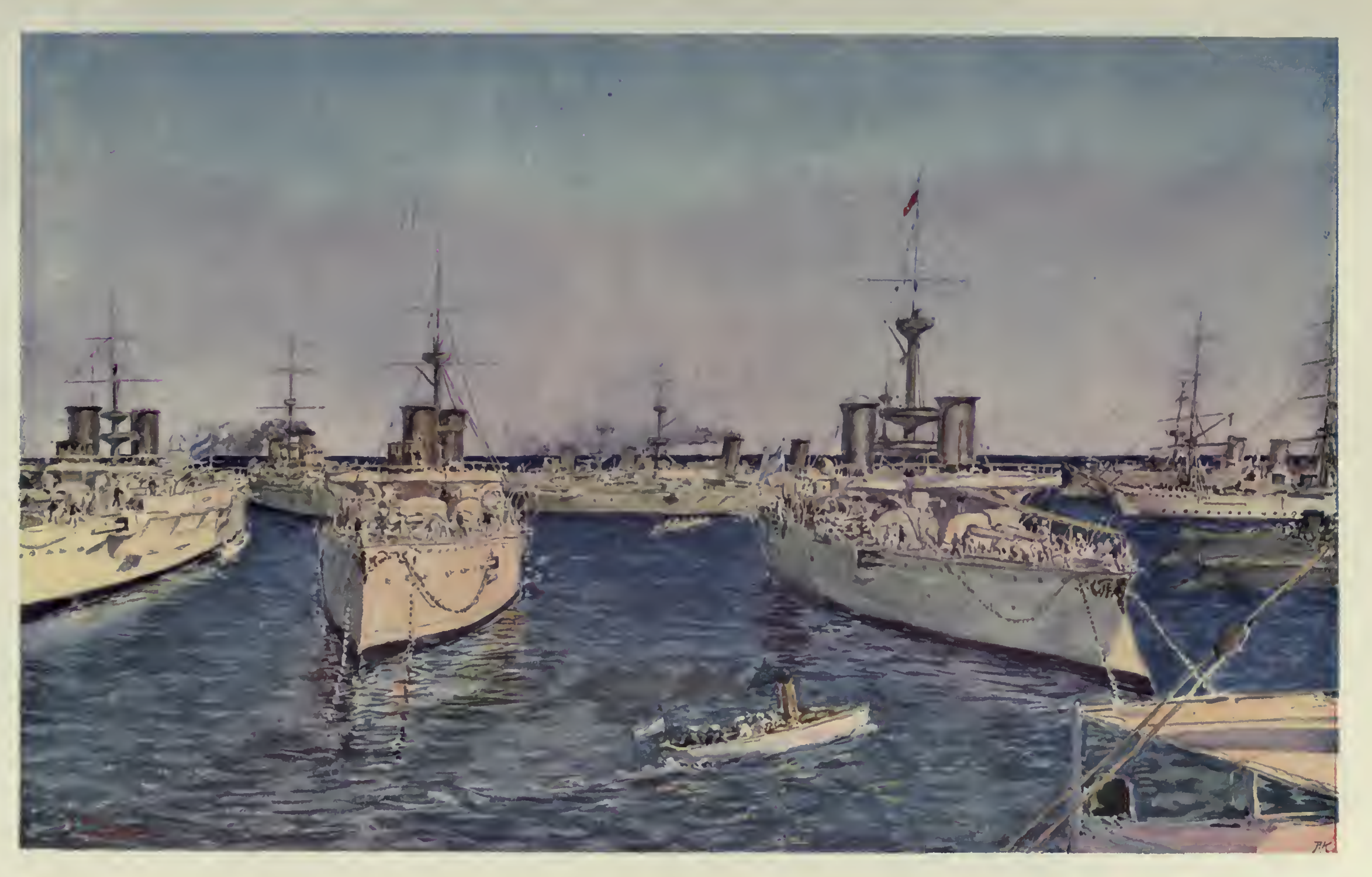
No hay en toda la Argentina una ciudad tan abundante en vías férreas y puertos amplios y cómodos. A más del antiguo puerto de cabotaje, tiene otros dos para los grandes trasatlánticos. El de Ingeniero White pertenece á la Compañía de ferrocarriles del Sur, que ha hecho grandes y costosas instalaciones en sus muelles, edificando elevadores, almacenes, etc. Once grandes vapores pueden anclar en su dársena, cargando á la vez. El Puerto Galván es propiedad de la Compañía del Pacífico, y recientemente ha sido agrandado con nuevas construcciones para facilitar la rápida carga de los buques.

Con una importación y una exportación tan considerables, y con tal abundancia de vías férreas y puertos, Bahía Blanca no ha llegado aún, ni con mucho, al límite de su prosperidad comercial. La línea férrea del Neuquén, que hoy lleva una vida lánguida y parece olvidada, ha de ser con el tiempo un nuevo medio de tráfico que acreciente el movimiento mercantil de Bahía Blanca. Cuando esta línea se prolongue de la ciudad de Neuquén á la frontera de Chile, ligándose con los ferrocarriles de esta nación, Bahía Blanca será el puerto comercial de la República andina en el Atlántico y el lugar de embarque y desembarque de todos los viajeros de la costa del Pacífico que quieran evitarse el largo rodeo por el Estrecho de Magallanes.

La comunicación de Bahía Blanca con Chile por el ferrocarril de Neuquén será la única que podrá asegurar á personas y mercancías la regularidad de su servicio. Los Andes, en esta parte de la frontera argentino-chilena, son muy bajos y permiten el tránsito durante todo el año, aun en lo más crudo del invierno. La comunicación actual entre Argentina y Chile por el paso de Uspallata representa una obra portentosa del esfuerzo humano, digna de toda admiración, pero es seguro que no alcanzará un éxito permanente y completo. El tesón de los constructores del ferrocarril del Pacífico ha logrado perforar la Cordillera; pero las grandes nevadas equivalen á un obstáculo insuperable, que más de una vez cegará el túnel, dificultando y suspendiendo la circulación. Por el Neuquén, el contacto con la costa del Pacífico puede ser continuo, y los tres puertos de Bahía Blanca situados al término de esta línea, darán salida á los productos y los viajeros de Chile. Hay, además, que contar con la gran población, que en un plazo relativamente corto se extenderá por las fértiles riberas de los ríos Colorado y Negro, y por el Neuquén y el Limay, hasta llegar á los parajes lacustres de la Cordillera.



BAHÍA BLANCA. PUERTO INGENIERO WHITE



LA FLOTA ARGENTINA EN EL PUERTO MILITAR



PUERTO INGENIERO WHITE. ELEVADORES FLOTANTES DE GRANOS, ATRACADOS Á LOS VAPORES PARA LA CARGA

Los depósitos de mercancías de Bahía Blanca son tan numerosos y tan amplios que ocupan en el área de la ciudad mayor espacio que las casas. El comercio, cada vez más próspero, necesita grandes locales para almacenar sus géneros, y esto ha dado motivo á una subida considerable en el valor de los terrenos. La posesión de unas cuantas hectáreas en los antiguos campos, incultos y salvajes, que rodeaban el fortín de 1828, representa hoy una fortuna enorme. Los almacenes de cueros y los depósitos de lanas trabajan casi todo el año, y están instalados de modo que las operaciones de exportación resulten fáciles. Ramales de vías férreas van desde las estaciones á los depósitos, efectuándose la carga y descarga de los vagones en el interior de los edificios.

Existen en la ciudad muchos establecimientos de comercio que manejan capitales enormes: la circulación de dinero es grande: todas las casas importadoras de Buenos Aires tienen sucursales en Bahía Blanca.

Las dos Compañías de ferrocarriles del Sur y del Noroeste se interesan por el desarrollo de esta ciudad, cuya suerte va unida estrechamente al éxito de sus propios negocios. Por esto facilitan, con toda clase de medios, su mejora y embellecimiento.



BAHÍA BLANCA. ELEVADOR DE GRANOS EN EL PUERTO INGENIERO WHITE, VISTO DE FRENTE

El mayor inconveniente para su desarrollo lo tiene Bahía Blanca en el clima, seco en extremo y algo desigual. Llueve muy poco, y el termómetro, que marca en verano temperaturas elevadas, desciende en invierno á 3 grados bajo cero. Pero la prosperidad de los negocios, la facilidad con que circula el dinero y el creciente movimiento de los puertos hacen llevaderas estas desventajas naturales.

Como las más de las poblacionees de la República, Bahía Blanca ha sido construída en forma de tablero de ajedrez, cortándose las calles en ángulo recto. Siendo rica la ciudad, los vecinos han podido gastar en el embellecimiento de sus casas, y éstas ofrecen un aspecto agradable. Las vías públicas están bien pavimentadas y llaman la atención por su limpieza. Circulan por ellas tantos vehículos, que á ciertas horas recuerdan la parte más animada de Buenos Aires. En las calles centrales, los comercios se hallan establecidos lujosamente, ostentando sus géneros en grandes escaparates. Como en toda población de negocios, las gentes marchan aprisa, impulsadas por la vertiginosa rapidez que requieren sus transacciones comerciales.

La vida es cómoda y hasta suntuosa, pues casi todos los vecinos ocupan una posición desahogada, gracias á la buena retribución que alcanza su trabajo. Las casas

están amuebladas con lujo. Las tiendas ostentan en sus vitrinas los objetos más caros de importación europea. Bahía Blanca tiene hoteles que son superiores á muchos de Buenos Aires. Las Compañías férreas antes citadas han favorecido la creación de algunos establecimientos de esta clase con todas las comodidades apetecibles. Las sucursales de los Bancos ocupan soberbios edificios. Existen dos compañías telefónicas con numerosos abonados, pues la rapidez de los negocios y la extensa área de la ciudad hacen imprescindible el uso de este aparato.



BAHÍA BLANCA. CALLE CHICLANA

Las plazas públicas son amplias y con hermosos jardines. La principal, que se llama de Bernardino Rivadavia, tiene en uno de sus lados el Palacio de la Municipalidad, soberbio edificio, cuya torre se ve desde mucho antes de llegar á Bahía Blanca. En las calles de San Martín, Chiclana, Alsina y O'Higgins se hallan establecidas las mejores tiendas.

Puerto Galván y Puerto White sirven de núcleo á dos poblaciones en formación que adquirirán gran importancia. Hoy las habita una muchedumbre de diversas procedencias que trabaja en las carga y descarga de los buques. Bahía Blanca, Buenos Aires y Rosario, por ser los tres puertos más activos de la República, tienen masas obreras que se asocian para la resistencia, y sostienen rudas batallas con los capitalistas. En Bahía Blanca han ocurrido varias huelgas.

El vecindario de esta ciudad ofrece un marcado carácter de cosmopolitismo. Los negocios han atraído á gentes de toda Europa y de varias naciones de América. Existen en ella sociedades italianas, españolas, francesas y alemanas. Los ingleses son muchos, pues todos los empleados de alguna importancia en los ferrocarriles pertenecen á esta nacionalidad.

El Puerto Militar está á 35 kilómetros de Bahía Blanca, y es, como ya dijimos, la obra más considerable de cuantas se han construído en los últimos tiempos en América del Sur.

Se extiende en torno de él la zona militar, donde sólo pueden construirse edificios nacionales. En la parte más alta de esta zona, á 50 metros sobre el nivel del Océano, hay un castillo de vigilancia que guarda en sus cisternas un depósito de agua para la Marina. Este depósito, en caso necesario, puede surtir de agua á toda la escuadra durante quince días. En el castillo se hallan establecidas una estación radiográfica y varias dependencias de la Marina. En torno de la zona militar se extiende el caserío de Punta Alta, con pequeños *chalets* de alegres colores, que animan este paisaje, un tanto severo y monótono.

* * *

La provincia de Buenos Aires tiene, en números redondos, 306.000 kilómetros cuadrados, siendo la más grande y poblada de toda la República. Actualmente asciende su población á más de millón y medio de habitantes, y sigue aumentando con rápido crecimiento.

Este desarrollo no es obra directa de la inmigración, ni se debe tampoco al aumento vegetativo. La capital federal es la que proporciona mayor número de habitantes á la provincia. Los vecinos de Buenos Aires encuentran cada vez más caro el alquiler de las casas y menos higiénica la vida en ellas. Les basta subirse á cualquiera de los tranvías que cruzan las calles principales para llegar, tras un viaje de cuarenta ó cincuenta minutos, á pueblos de aspecto simpático, con alegres casitas rodeadas de jardines. Estos pueblos son municipios que pertenecen políticamente á la provincia de Buenos Aires, y en realidad funcionan como arrabales de la capital federal. El deseo de hacer más cómoda y barata la vida, favorece é impulsa la inmigración interna desde la gran ciudad á los pueblos inmediatos. Además, los extranjeros residentes en Buenos Aires, especialmente los ingleses, dan el ejemplo de vivir en las cercanías, en bonitas casas rodeadas de arboleda, dirigiéndose sólo á la capital cuando lo exigen sus negocios. Muchas familias argentinas imitan esta vida sana y económica sin miedo á las murmuraciones y burlas compasivas de que hubiesen sido objeto por parte de sus amigos, antes de implantarse esta moda.



BAHÍA BLANCA. PALACIO MUNICIPAL

Inútil es decir que la provincia de Buenos Aires, además de figurar como la más poblada, es la más rica de la República. La Naturaleza se ha mostrado pródiga favoreciéndola con toda clase de do-

nes. Su suelo es opulento en humus, con una capa de tierra vegetal de 60 centímetros á un metro. Posee, además, numerosas lagunas y arroyos, y las lluvias generales son frecuentes. En la agricultura y en la ganadería ocupa el primer lugar. Cerca de 6 millones de hectáreas tiene entregadas al cultivo del trigo, lino, avena y cebada. El resto de sus tierras lo disfruta la ganadería, que representa una fortuna de miles de millones, en rebaños, edificios y ejemplares de raza pura destinados á la reproducción.

Las lanas de la provincia de Buenos Aires son hoy las más apreciadas en todo el mundo. Hasta hace pocos años se consideraban las de Australia como las mejores; pero los mercados europeos dan ahora la primacía á las de la provincia bonaerense. No puede calcularse con exactitud la riqueza ganadera de Buenos Aires, pero personas inteligentes la atribuyen, en números redondos, 3 millones de caballos, 10 millones de toros y 80 millones de ovejas. Resulta de esto que la provincia de Buenos Aires tiene ella sola más ovejas que todas las naciones de Europa y América del Sur.



BAHÍA BLANCA. PLAZA DE BERNARDINO RIVADAVIA

Esta enorme riqueza se exporta, como ya dijimos, en animales vivos ó en carnes conservadas, que se remiten á muchas naciones europeas, al Sur de Africa, á Chile y al Brasil. También se hacen envíos á la República Oriental; pero ésta se surte principalmente de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, que se hallan más cercanas.

En punto á progresos materiales y morales, la provincia bonaerense ha llegado á su pleno florecimiento. Basta contemplar en una carta geográfica la red de ferrocarriles de estrechas mallas tendida sobre su inmenso territorio, para darse cuenta de la expansividad de su vida productora y la densidad de su población. Todavía ha de multiplicarse asombrosamente este desarrollo; pero aunque no alcanzase más allá, sólo con que las demás provincias lograran nivelarse con ella en riqueza y movimiento, la República Argentina rivalizaría con los Estados Unidos.

El progreso moral de Buenos Aires se halla en relación con sus grandes adelantos materiales. El 20 por 100 del presupuesto de ingresos lo destina el gobierno provincial á la instrucción pública, sosteniendo 1.300 escuelas, con 3.200 maestros, que educan á 120.000 niños. Además mantiene otros establecimientos de enseñanza secundaria y especial, como son los colegios nacionales de La Plata, San Nicolás, Bahía Blanca, Dolores y Mercedes, y varias Escuelas Normales en poblaciones de importancia.

Está dividida, políticamente, la provincia de Buenos Aires en 101 partidos, que tienen como cabeza de distrito á muchas de las poblaciones ya mencionadas.

* * *

Ofrece el campo pocas variaciones en la provincia de Buenos Aires. El suelo muéstrase llano, sin ninguna alteración perceptible á simple vista. Las tierras cultivadas son tan enormes, que parecen lagos infinitos, con una superficie verde esmeralda, densa y movible, que riza el viento, perdiéndose sus cabrilleos en el último límite del horizonte. En la época de la siega del trigo estos mares vegetales toman el tono amarillento de la mies, y ondean con el cimbrear de sus pesadas espigas.

Los campos dedicados al pastoreo parecen casi yermos en los inviernos secos; pero con las primeras lluvias cúbrense de un verde tierno, jugoso, titilante, como el color de ciertas gemas preciosas.

La llanura apenas ofrece depresiones. En toda la provincia no hay otras alturas que las sierras ya mencionadas. Se camina horas enteras sin que la mancha negra de un bosque, ó la masa de una población, rompan en el horizonte el beso interminable, monótono y rígido que se dan la llanura y el cielo.

El ombú, árbol tradicional, es cada vez más escaso. Servía antes para marcar la vecindad de alguna vivienda humana, pues no era frecuente que este árbol cre-



BAHÍA BLANCA. CALLE ALSINA

ciese solitario, como afirman los poetas. Su ramaje daba benéfica sombra á la puerta de ranchos y cabañas. Hoy el habitante de la llanura prefiere el eucaliptus, que se desarrolla con mayor rapidez, y grandes plantaciones de dicho árbol rodean las casas de la campiña.

De lejos, los pueblos se anuncian como si fuesen bosques. Una masa compacta de eucaliptus revela, según su longitud, la presencia de un rancho, de una estancia ó de una población. Este árbol, importado de Australia, es el accidente visual que rompe la monotonía de la planicie en compañía de la rueda que da movimiento á la bomba del pozo semisurgente.

El molino para sacar agua se ha multiplicado de un modo asombroso en la provincia de Buenos Aires. Voltea la rueda multicolor sobre las techumbres de paja ó de acero, en ranchos y caseríos, ó agita sus aspas en la soledad, extrayendo el agua para los abrevaderos de los rebaños.

Estas ruedas, que giran y giran incesantemente en el horizonte argentino, traen á la memoria las llanuras tostadas de la Mancha, ó las verdes praderas de Holanda, con sus molinos de viento.

Al anochecer, cuando en Oriente toma el cielo un tono azul obscuro, matizado por las primeras estrellas, y en Occidente persiste la pincelada de bermellón del último reflejo del sol, pasa por el horizonte, como un centauro, algún jinete campesino, cuyas proporciones se agrandan en el misterio del crepúsculo. Sobre el espacio, débilmente iluminado de rojo por los postreros estertores del día, voltea sus aspas la rueda de un pozo lejano, y el jinete parece correr á su encuentro por la llanura inmensa.

La imaginación saluda en este jinete, que galopa como un fantasma á través del crepúsculo, la personificación de nuestra raza, aventurera, visionaria, propensa á todo lo extraordinario. Es Don Quijote, que resucita para repetir en la pampa la estupenda aventura de los molinos de viento.

* * *

La población de la campiña de Buenos Aires ha cambiado mucho de aspecto. Si hoy resucitasen los gauchos del tiempo de Rosas, no encontrarían á ninguno de sus descendientes, bajo el disfraz del traje moderno.

En otras provincias, de vida más aislada, se han guardado mejor las costumbres y el aspecto de la raza. En la de Buenos Aires la inmigración ha transformado primeramente, y hecho desaparecer después, el tipo del antiguo gaucho. Abundan en ella los hombres de un rubio germánico, y hasta la tez de los que son morenos se diferencia del pálido color que caracteriza á los criollos.

El campesino de ahora guarda algunas prendas de la vestidura tradicional; usa el poncho, el chambergo y las botas altas, como los antiguos jinetes, y algunas veces pretende imitar sobre el caballo la agilidad del gaucho; pero cuando habla se nota desde las primeras palabras que es un extranjero, un «gringo» venido en la corriente inmigratoria y amoldado á las costumbres de una tierra en la que piensa vivir por siempre.

Los verdaderos hijos del país ríen de la torpeza de estos jinetes, de su lenguaje embrollado, de su adaptación inhábil á las costumbres; pero los intrusos, insensibles á la burla, trabajan con más tesón que los naturales, son más activos y ahorradores, y acaban dominando la tierra.

Hay pueblos cuyo vecindario procede por completo de una determinada nación; colonias de rusos, italianos, alemanes y españoles, que visten como en Europa, sin tomar otra cosa de la indumentaria nacional que el poncho, por su comodidad y economía. El sombrero chambergo tiende á desaparecer en algunas regiones, siendo reemplazado por la boína vasca.

Los domingos, cuando se reúnen los jinetes en las inmediaciones de alguna pulpería ó almacén del campo, se oye junto con el castellano enérgico y rotundo de los «gallegos» y el dulce y cantante de los criollos, un idioma extravagante, compuesto de voces españolas, italianas y francesas, que es la algarabía de las llanuras bonaerenses, el idioma aluvional formado por las diversas avenidas inmigratorias.

El acordeón reemplaza á la guitarra del payador. Tangos de origen cubano, importados por los españoles,

valses y canciones napolitanas, suceden á la *vidalita* y á la *milonga*. El baile agarrado ha hecho desaparecer para siempre el *pericón* y el *gato*. En ciertas fiestas de la época de las cosechas, cuando rueda el dinero en abundancia, los hombres del campo beben *champagne*. No hay pulpería, por modesta que sea, que no ostente en lugar honorífico, como imágenes del lujo y la riqueza, filas de botellas ventrudas, con la caperuza de oro reforzada de alambres. El campesino, deseoso de asombrar á los camaradas con su opulencia, no encuentra nada mejor que hacer abrir estas botellas de sonoro taponazo. Tal vez en el fondo de su predilección se siente más atraído por el aguardiente de caña, bebida favorita de los antiguos gauchos; pero este vinillo espumoso le parece un noble certificado de distinción y riqueza.

De todos los productos de Europa, el *champagne*, de una autenticidad más ó menos problemática, es el que sale al encuentro del viajero allá donde se dirige en la tierra argentina, desde las fronteras de Jujuy á los fríos territorios del Sur. Parece algo fatal que os persigue hasta en los parajes más desiertos. Puede decirse que la hospitalidad argentina no tiene más que una forma: espumosa y con taponazo.

Encontráis en muchas viviendas campestres una sobriedad extrema que no se halla en consonancia con la fortuna de sus moradores. La casa es mezquina, con el suelo de tierra apisonada y el techo de lata; los muebles pocos é incómodos, aunque entre ellos figura alguno que otro adquirido en Buenos Aires, y que desentona con su elegancia insólita en medio de tanta parquedad; puertas y ventanas cierran mal; todo revela el descuído de una instalación provisoria; los dueños, ocupados en explotar la tierra y hacerse ricos, no disponen del tiempo necesario para pensar en el arreglo y comodidades de su domicilio; pero tened la certeza de que apenas ocupéis un asiento se abrirá un armario é irán alineándose sobre la mesa unas cuantas botellas de *champagne*.

Podrá no haber sillas, podrá notarse la misma ausencia de comodidades que hace medio siglo, cuando campesinos ricos y caudillos famosos tenían por asiento cráneos de vaca y de caballo; pero el vino de moda no falta nunca, y de marcas famosas ó pagadas como tales, cuyas etiquetas las más de las veces han sido impresas en Buenos Aires.

La vida de la pampa ha sufrido grandes transformaciones, lo mismo que sus habitantes y sus costumbres. Cuando se examina de cerca la población actual de las llanuras bonaerenses, surge en la memoria el recuerdo del antiguo gauchaje descrito por el historiador Don Lucas Ayarragaray, en su hermoso libro *La anarquía argentina y el caudillismo*. Hace tres cuartos de siglo las comodidades de la vida eran totalmente desconocidas, aun en las clases que enfáticamente se llamaban elevadas por ser dueñas de cierta riqueza. El hombre de campo vivía con una simplicidad árabe. Como dice Ayarragaray, «un caballo, un freno, un poncho y unas varas de bayeta, constituían todo el haber y el lujo del campesino». La nutrición era abundante, pero rutinaria y simple, pues la constituía exclusivamente la carne, y en muchos distritos se ignoraba lo que era el pan. La



BAHÍA BLANCA. CALLE ALSINA Y TORRE DE LA MUNICIPALIDAD

justicia permanecía invisible, y si daba señales de existencia era peor, pues se mostraba siempre tarda y parcial. Por esto cada uno dirimía sus asuntos con las propias manos, defendiéndose de las injusticias y atropellos. No había más leyes que las armas que se llevaban en el cinto.

Hoy se encuentra en el campo justicia y seguridad personal. El hombre puede trabajar sin miedo á que otro se apodere del fruto de su trabajo. Ha perdido la muchedumbre campesina su unidad de raza y su carácter pintoresco; pero ha ganado en bienestar, fuerza productora y riqueza.

* * *

En la provincia de Buenos Aires no hay población, por pequeña que sea, que no tenga su periódico.

Apenas un núcleo urbano en formación cuenta con cincuenta casas, constituye el llamado Club Social. Antes de poseer cien, ya tiene un semanario, «órgano defensor de los intereses de la localidad»... y de las ambiciones del vecino más rico y más atrevido. Cuando llega á trescientas casas se publica un segundo periódico, que ameniza los aburrimientos del vecindario, negando todo lo que afirma el primero, y emprendiendo agresivas campañas, que las más de las veces finalizan en insultos y choques personales. Si el pueblo llega á poseer varios miles de habitantes, entonces los periódicos son innumerables, pues cada grupo de vecinos tiene el suyo, usando de un lenguaje grandilocuente y apóstrofes tribunicios con motivo de cualquier asunto insignificante.

Estos periódicos se imprimen en Buenos Aires ó en la capital de la provincia, si el pueblo es pequeño. Al agrandarse, nunca faltan medios tipográficos dentro de la localidad, pues en todos los núcleos de población de la Argentina el primer establecimiento público es la escuela, y la imprenta hace invariablemente su aparición en segundo término. Hasta en poblaciones que acaban de formarse en el Chaco, he encontrado algún obrero tipógrafo, italiano ó español, que tenía su modesto almacén de libros, postales y tarjetas de visita, y en la trastienda una pequeña máquina, en la que imprimía el semanario «órgano de las fuerzas vivas de la localidad». En los territorios del Sur abundan igualmente las publicaciones periódicas. Todos estos infusorios de la prensa se permiten tremendas polémicas, con la esperanza de que algún día pasarán á figurar en los anales de la Historia.



DON LUCAS AYARRAGARAY

Muchos pueblos de formación reciente no tienen aun faroles de alumbrado, ni veredas de ladrillo para los días de lluvia, y si pertenecen á las provincias subtropicales, la mayor parte de sus vecinos no usan zapatos; mas no por esto carecen de un periódico, que ensalza los progresos de la localidad. En otros pueblos, apenas se encuentran personas. Unas cuantas docenas de familias forman el núcleo de la población: los demás vecinos están en el campo, cuidando de los ganados, y, no obstante, todas las semanas aparece el periódico glorioso. El secreto de su existencia consiste en saber cuántos ejemplares tira y quién los lee.

La abundancia de periódicos en los pueblos de la provincia de Buenos Aires, y sus polémicas apasionadas, reflejan el estado político del país.

En la República Argentina la vida nacional se desarrolla con cierta tranquilidad: hace años que no se ha intentado ningún movimiento revolucionario contra el Gobierno de la nación. Pero en las provincias la vida política es más agitada. Rebullen los partidos, atacándose con un odio que puede llamarse de campanario; odio de familias, semejante al que hacía devorarse á las gentes de apellidos distintos en las ciudades medioevales. La autonomía de las provincias argentinas, verdaderos Estados independientes dentro de la organización republicana federal, tiene como contrapeso de sus muchas ventajas el inconveniente de favorecer y fomentar el desarrollo



BAHÍA BLANCA.- PUERTO GALVÁN



BAHÍA BLANCA. CALLE DE O'HIGGINS

de estas luchas intestinas. A lo mejor estalla una revolución en una de las provincias. Los del partido del ex gobernador Tal, quieren derribar al gobernador Cual, que posee el mando; y hay batallas en la capital de la provincia, y gran abundancia de muertos, pues los argentinos acostumbran á usar la artillería en sus revoluciones y se baten á cañón Krupp de un extremo á otro de una calle. Si triunfan los insurrectos, el Gobierno nacional acepta unas veces el hecho consumado y reconoce al nuevo gobernador; otras no lo acepta, y envía á la provincia una intervención, nombrada por el presidente, con unos cuantos regimientos, para hacerse respetar, y el interventor, destituyendo á unos y otros, gobierna durante algunos meses, hasta que se apaciguan los ánimos y se restablece la tranquilidad.

Estas revueltas, que vistas desde lejos parecen de gran importancia, apenas conmueven la opinión nacional ni levantan eco fuera de los límites de la región. ¡Es tan grande la Argentina! ¡Se hallan tan lejos unas provincias de otras! . . . Los vecinos de Buenos Aires se enteran de que ha habido «bochinche» en una ciudad del Norte ó de los Andes, como el habitante de París lee la noticia de una sedición popular en cualquiera nación de Europa. Se restablece la tranquilidad, sin que hayan sufrido el menor quebranto las regiones fronterizas á aquella en que ha ocurrido la insurrección. Además, las revoluciones son rápidas y se desarrollan únicamente en la capital de la provincia. Cuéntase que existen hombres belicosos, aficionados al manejo de las armas por puro placer, que se prestan á toda clase de movimientos revolucionarios y se alquilan para ir á dar el grito de sedición en provincias donde no conocen á nadie. También aseguran malas lenguas que, en algunas ocasiones, los gobernantes nacionales han proporcionado armas á los descontentos de una provincia, librándose de este modo de un gobernador que no era de su agrado.

Por fortuna, las revoluciones armadas son cada vez menos frecuentes en las provincias, sobre todo en las más ricas y de mayor producción. En la de Buenos Aires hace muchos años que terminaron esta clase de luchas. Pero la agitación política continúa en todas, y á falta de grandes partidos nacionales hay partidos provinciales que se disputan el monopolio del poder.

Los municipios, con sus periódicos batalladores, reflejan esta efervescencia. Además, en muchos pueblos nuevos, el ensayo de la organización municipal da pésimos resultados. Un grupo de vecinos más atrevidos se apodera de la Corporación municipal, reparte las cargas públicas con visible parcialidad y derrocha los fondos comunales. Entonces los que protestan de esta situa-



BAHÍA BLANCA. CALLE DE COLÓN (A la izquierda el Banco Español del Río de la Plata, y á la derecha el Banco de la Nación).

ción se valen del mismo procedimiento usado en la política provincial: acuden un día con armas al palacio del municipio, y los gobernantes comunales tienen que salir despavoridos por las ventanas. El gobierno de la provincia despacha en vista de lo ocurrido una intervención al pueblo para que lo administre, así como el Gobierno nacional envía sus interventores á las provincias. El municipio queda entonces en una situación que llaman de «acefalía». Esta enfermedad de acefalía la han sufrido casi todos los pueblos de la provincia de Buenos Aires.

El sistema federalista de la República Argentina tiene á su disposición un remedio enérgico que evita los desórdenes y la falta de cohexión nacional. La provincia es autónoma, el municipio es autónomo, todo el mundo es autónomo; pero el presidente de la República despacha, cuando lo cree necesario, una intervención á cualquiera provincia, que destituye al gobernador; y los gobernadores, á su vez, intervienen en los municipios cuando les parece bien, destituyendo á los intendentes y disolviendo los Cuerpos deliberantes.

Y en tanto que los hombres se entretienen en estos amenos juegos de la política, paren las reses, aumentando el tesoro pecuario nacional; cúbrese el suelo de ópimas cosechas de cereales; ábrense nuevas líneas férreas; resultan estrechos los puertos para la gran afluencia de buques; avanza el arado conquistador; aumenta la corriente exportadora, y la nación marcha adelante, majestuosa y sonriente, sin querer saber nada de revueltas provinciales, de intervenciones ni acefalías.

SANTA FÉ

Después de la provincia de Buenos Aires, es la de Santa Fé la que produce más cereales y ha experimentado mayor aumento en su población. Lindante con aquélla, de la que sólo le separa el llamado Arroyo del Medio, y situada á orillas del Paraná, que le pone en contacto con la navegación trasatlántica, la provincia de Santa Fé ha recibido como ninguna otra los beneficios de la corriente inmigratoria.

Los 132.000 kilómetros de su área territorial están destinados en su mayor parte á la agricultura. Por esto su población ha crecido rápidamente, llegando á 700.000 almas. Este crecimiento se verificó en pocos años. En 1870 la provincia de Santa Fé sólo tenía 89.000 habitantes.

En la ciudad de Rosario se desarrolló también este crecimiento con igual rapidez. En cuarenta años se septuplicó su vecindario. En 1870 sólo tenía 20.000 habitantes, y hoy pasan de 180.000.

El rápido desenvolvimiento de la población argentina en los últimos treinta años demuestra lo necesarias que son para la República la paz y la libertad. Durante el período de Rosas la Argentina permaneció estacionaria, sin aumento alguno. Después de Caseros, las guerras y las revoluciones de provincia impidieron la afluencia de la inmigración, que sólo se presentaba tímidamente, en pequeñas cantidades. Al consolidarse definitivamente la República, llegó la avalancha de brazos é iniciativas, inaugurándose de verdad la época agricola en este país condenado hasta entonces al fatalismo de la ganadería extensiva, como único recurso económico. Sólo donde se encuentran brazos abundantes puede haber cultivo; y de los tiempos de la gran inmigración, ó sea de hace treinta ó cuarenta años, data el desarrollo agrícola de la provincia de Santa Fé.

Las condiciones del suelo y del clima han facilitado considerablemente el progreso de esta región. La tierra es rica en humus, y el clima templado permite toda clase de cultivos intensivos. Solamente en las cercanías del Chaco se eleva la temperatura considerablemente. El suelo de esta provincia aparece horizontal á simple vista, aunque tiene realmente una ligera inclinación hacia el Paraná, que es la que siguen las corrientes de sus ríos. De éstos, los más importantes son el Salado y el Carcarañá.

Posee también, aparte de varias lagunas de menor importancia, una muy grande, la de Guadalupe, inmediata á la ciudad de Santa Fé. Sus arroyos de Pavón y del Medio, aunque poco importantes geográficamente, han alcanzado renombre en la historia del país. En las orillas del Pavón vencieron las tropas de Buenos Aires, mandadas por Mitre, á las de la Confederación Argentina, en 1861, contribuyendo este suceso á la consolidación de la unidad nacional definitiva. El Arroyo del Medio fué durante muchos años una especie de Rubicón argentino, que marcaba la divergencia de castas entre *porteños* y *provincianos*. Esta división, afortunadamente, ha quedado borrada por el progreso del país y el hecho de ser Buenos Aires la capital de toda la nación.

La provincia de Santa Fé es llamada por muchos «el granero de la República». Posee más de 4 millones de hectáreas cultivadas, que producen trigo, lino, avena, cebada, maíz y maní, utilizándose este último para la elaboración de aceites. La ganadería es la segunda industria de la provincia, y está representada por 4 millones de cabezas de ganado vacuno y caballar, y 6 millones de lanares. La red de ferrocarriles de esta provincia tiene actualmente abiertos al servicio 2.000 kilómetros, y su costa fluvial ofrece en el Paraná los puertos de Colastiné, Santa Fé y Rosario. La aduana de Rosario es la segunda de la República, dato que basta para demostrar la importancia de su movimiento comercial.

La situación de esta provincia en la ribera del Pa-



ESCUDOS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE SANTA FÉ

raná, teniendo á sus espaldas provincias del interior, como Córdoba y Santiago del Estero, que son ricas, la convierte necesariamente en un lugar de tránsito para los productos. Además, cuenta con los suyos, y todo esto le proporciona un gran movimiento comercial. No solamente exporta las cosechas agrícolas y ganaderas, pues añade á éstas los frutos de su industria, que tiene importantes centros, como son los molinos, los saladeros de carnes y la refinería de azúcar de Rosario, una de las más grandes del mundo.

El progreso moral de esta provincia se ha desarrollado armónicamente con sus adelantos materiales. Á pesar de las grandes crisis que ha arrostrado por causa de sequías y malas cosechas, jamás descuidó la educación pública, aumentando todos los años sus centros de enseñanza. Hace veinte años sólo contaba con 190 escuelas y 11.000 alumnos. Hoy tiene 536 escuelas, con 1.350 maestros y 45.000 alumnos. Además mantiene los Colegios Nacionales y Escuelas Normales de Rosario y Santa Fé, y la Universidad santafecina, á cuyos estudios acaba de dar el Gobierno de la República validez nacional.

* * *

Santa Fé, que posee 700 kilómetros de costa sobre el Paraná y 5.000 leguas cuadradas de territorio, vivió, sin embargo, deshabitada durante siglos. Los indígenas no encontraban medios de vida en unas tierras tan prósperas y fértiles en la época presente. El Salado y el Carcarañá vivifican con su riego dos grandes fajas de tierra; los campos, con una capa vegetal de gran espesor, no presentan obstáculo al cultivo; el subsuelo ofrece por todas partes agua potable á pocos metros de profundidad. Y sin embargo, el territorio feraz y extenso no podía mantener al hombre en otros siglos.

Esta provincia, donde la naturaleza es pródiga y ubérrima siempre que se siente domada por el poder del civilizado, mostrábase hostil y de una crueldad sin entrañas en otros siglos para el hombre indefenso y salvaje, cuando éste la imploraba el sustento. Cubríanla inmensos bosques, faltos de frutos, y además abundaban en sus espesuras el tigre y otras bestias feroces. En toda la fauna de la región no se encontraba un solo animal susceptible de ser domesticado y de ayudar con su esfuerzo al hombre. Como dice el ilustre escritor santafecino Don Juan Alvarez, el indígena hambriento y solitario de este país, después de varios siglos de observación y de miseria, «no pudo sacar del monte más alimento que las harinas de las coriáceas vainas del algarrobo *(patay)*, el zumo de algunas otras plantas, el agua sucia conservada entre las hojas del *caraguatá* y la miel de las avispas silvestres».

Á los obstáculos naturales del suelo, uníanse dos plagas que esterilizaban todo intento agrícola: la abundancia de hormigas y las nubes de langostas que descendían de las selvas tropicales.

Al establecerse los españoles en Santa Fé, acometieron la empresa de colonizar este país con arreglo á los medios de que disponían entonces. Fué un milagro de abnegación el establecimiento de los heroicos aventureros en una tierra que tan menguados recursos ofrecía. Llegaban de su patria al Nuevo Mundo en busca de oro, de fácil y opulenta vida, y habían de luchar con un suelo hostil, donde todo estaba por hacer, y el río, la selva y la fauna voraz les oponían tremendos obstáculos. Generaciones y generaciones se agotaron en este combate desesperado con la tierra y el clima. Aportaron ellos los intrumentos aratorios y las semillas: los fuertes brazos, acostumbrados al manejo de la espada y el arcabuz, los emplearon en roturar tierras y derribar bosques. El hambre les atormentó muchas veces, á pesar de su trabajo, en este suelo hoy tan fecundo. La población española y su naciente cultivo sólo representaban una pequeñísima mancha en la inmensidad de la selva, entre pantanos formados por el desborde de los ríos.

Cuando, después de ímprobos trabajos, empezaban á verdear los campos, esparcíanse las hormigas como negra inundación, se oscurecía el cielo con las nubes de arrasadora langosta ó subía de nivel el venerable Paraná, tendiendo su sábana líquida por encima de los campos. El hombre estaba solo y no podía contar con otras fuerzas que las suyas para hacer frente á esta confabulación de elementos feroces é implacables.

Si, por raro azar de la suerte, trascurría un año sin calamidades, la cosecha era magnífica, superabundante; pero los colonos no sabían qué hacer de su trigo. La falta de medios de comunicación, el aislamiento de unos pueblos con otros cerraban toda salida á los productos. Fué necesaria la tenacidad característica del español, su empeño en aceptar toda empresa como una cuestión de honor, para que no abandonasen los colonos su ciudad de Santa Fé, declarándose vencidos.

El país, con su incesante hostilidad, fué modificando al hombre. Sintióse impotente el colono, por su es-

caso número, para domeñar á este enemigo inmenso cuyas diabólicas fuerzas estaban en perpetua renovación. Durante el siglo XVI los habitantes de Santa Fé, de origen español, no fueron más allá de 3.000 ó 4.000. Á mediados del siglo XIX, cuando se hizo el primer empadronamiento nacional, en 1858, todavía no habían llegado á 41.000. La tierra, en vez de ser vencida por el hombre, modificó á éste, haciéndolo su esclavo. Los descendientes de los colonizadores del siglo XVI olvidaron la agricultura para vivir parasitariamente la vida del gaucho, sobre un suelo abandonado á su natural expansión. Renunciaron á comer pan, perdiéndose la memoria de este alimento á las pocas generaciones. Nutriéronse con la carne de unas reses tan salvajes como ellos, que vagaban errantes por las tierras incultas. Fueron pastores, pero de rebaños que se cuidaban ellos solos. Sus chozas, cada vez más simples y faltas de comodidad, llegaron á ser inferiores á la toldería del indio. En el amargo líquido del mate encontraban su único placer y una ayuda para la digestión carnívora y sanguinolenta.

SANTA FÉ. LAGO DEL BOULEVARD

En la primera mitad del siglo XIX, antes de que llegase la época que puede titularse de «las colonias», la provincia de Santa Fé intervino ferozmente en las guerras civiles del caudillaje. Su tirano, Don Estanislao López, fué un digno camarada y colaborador de Don Juan Manuel Rosas. Los indios salvajes del Chaco y los gauchos de los ejércitos de López marchaban juntos, como el antiguo «Azote de Dios», con sus estandartes rojos y sus armas primitivas. Á su paso «no quedaba, en muchas leguas á la redonda, ni un hombre, ni un caballo, ni una vaca». Estas hordas, como dice Ayarragaray, recordaban con su indumentaria á los bárbaros, descritas por los cronistas de la decadencia romana.

Los ejércitos santafecinos de Estanislao López, según el relato que hace Mitre en uno de sus estudios históricos, «llevaban como casco la parte superior de la cabeza de un burro, con orejas enhiestas por crestón. Los escuadrones de gauchos, vestidos de chiripá colorado y bota de potro, iban armados de lanza, carabina, fusil ó sable, indistintamente, con boleadoras á la cintura. Los indios, con cuernos y bocinas por trompetas, llevaban chuzos emplumados é iban cubiertos en gran parte con pieles de tigre del Chaco, seguidos por la chusma de su tribu, cuya función militar consistía en el merodeo».

En aquella época de vida anárquica era tal la inseguridad de las personas, que los hombres, al ir á misa el domingo, entraban en la iglesia con el cuchillo en la mano y el caballo de la brida. Los ejércitos de Balcarce, al recorrer Santa Fé, destruyeron los rebaños para condenar á sus habitantes al tormento del hambre é hicieron lo mismo con las poblaciones. Estanislao López, al recibir la cabeza de su enemigo Ramírez, la contempló sonriente, husmeándola como si encontrara grato su hedor, y luego ordenó que se exhibiese, metida en una jaula de hierro, en la nave de un templo.

Sólo en 1856, tras de la caída de Rosas y del caudillaje, cuando los representantes de las provincias argentinas, reunidos en la ciudad de Santa Fé, dieron á la República una Constitución nacional y bajo la presidencia de Urquiza se inauguró el Renacimiento argentino, pudo iniciar esta provincia su desenvolvimiento agrícola é industrioso. En el citado año de 1856, Don Aaron Castellano celebró un contrato con el gobierno de Santa Fé, por el que se comprometía á traer de Europa mil familias de agricultores, á cambio de que se les diera terrenos gratis y los subsidios necesarios para mantenerse la gente hasta la próxima cosecha. Así se fundó la primera colonia de suizos alemanes, llamada *La Esperanza*, y en los años siguientes se crearon otras, por la misma inmigración suizo-alemana y por iniciativa de los hijos del país. Los primeros años fueron rudos y de incesante lucha: los colonos tuvieron que batallar con los inconvenientes que ofrece la tierra antes de ser domada y con la amenaza de la vecindad del indio. Hasta 1868 resultó insegura la vida de las colonias de Santa Fé por el miedo que infundían los piratas cobrizos de la pampa.

Cuando mejor era el año y más esperanzas se cifraban en el resultado de la cosecha, corrían de pronto los *chasquis* de un establecimiento á otro esparciendo la terrible noticia. ¡Los indios se aproximaban!... Iban á galope los peones por la llanura para recoger el ganado vacuno en las grandes cercas. Las tropillas de caballos y las manadas de ovejas llegaban apresuradamente á los corrales. Los ganados que por hallarse á larga distancia no podían reunirse y recogerse, eran espantados por jinetes, que los hacían huir á los campos más lejanos y solitarios. Muchas familias abandonaban sus ranchos de paja é iban á refugiarse en las estancias, llevando sobre sus cabezas gruesos ata-



SANTA FÉ. TEATRO MUNICIPAL

dos que contenían sus mejores ropas. Los arrieros, con sus tropillas de mulas y las caravanas de carretas que hacían el comercio entre el interior y el litoral, salíanse del camino trillado, buscando un refugio en los lugares desiertos. Los fuertes de la línea fronteriza disparaban el cañonazo de alarma; los correos militares pasaban á galope con el sable repiqueteando en sus estribos. Cada estancia convertíase en una plaza fuerte, donde gemían mujeres y niños, mientras los hombres, con fiero ceño, limpiaban y cargaban sus armas. ¡Los indios habían pasado la frontera! ¡Los indios iban á aparecer!... Y transcurrían noches de mortal angustia, en las que el relincho del caballo y el ladrido del perro tenían un sonido lúgubre; días interminables, en los que la llanura presentaba una soledad de muerte, y todos interrogaban con ansiedad el horizonte, creyendo ver en cada remolino de polvo la presencia de la cabalgada feroz. Muchas veces desvanecíase el peligro sin otras consecuencias que el miedo sufrido y la paralización del trabajo. La tromba cobriza se había encaminado hacia otras regiones. Después de un día de matanza y robo, retirábanse los indios con el botín y los cautivos á las llanuras misteriosas del desierto, donde sólo de tarde en tarde iban en su busca las tropas argentinas, ocupadas en las revueltas políticas de las ciudades ó en una guerra larga y costosa como la del Paraguay.

La desaparición del indio afirmó la vida y la riqueza de las colonias santafecinas. El hombre pudo establecerse con su familia en plena soledad, levantar su vivienda en el propio campo sin miedo á que le cautivasen los indígenas. Afluyó cada vez más numerosa la inmigración y se subdividió la tierra, haciéndose intensivo el cultivo. Colonias que constaban de diez familias, establecidas al amparo de un fortín, llegaron quince años después á 3.000 habitantes.

Más aún que la desaparición de los indios influyó en la prosperidad de estas colonias el establecimiento del ferrocarril. La primera línea férrea, construída por el español Casado del Alisal, en Rosario, desde la orilla del Paraná al interior, y las vías de las grandes empresas facilitaron el embarque de los productos del suelo, desparramándolos por todo el mundo. Esta seguridad de venta fué el estímulo para que los colonos aumentasen su trabajo y se esparciese la corriente inmigratoria por la provincia en busca de nuevas tierras. Se centuplicó la producción, creció el número de habitantes con una rapidez vertiginosa, empezó á circular el dinero como lluvia fecundante, y el antiguo país de la selva inhospitalaria, de los pantanos malsanos, de las cosechas fracasadas, del aislamiento mortal en que se debatían los antiguos colonizadores, mereció el título de «primer granero de la América del Sur».

* * *

La ciudad de Santa Fé la fundó, como ya es sabido, Don Juan de Garay, en 1573, en la ribera derecha del río Quiloasa, cerca del Paraná, con algunos españoles é hijos de éstos nacidos en el Paraguay. Varias tribus de indios mepenes, colastinés y timbués, fueron agregados por Garay á la nueva población.

Fué la primitiva Santa Fé la más antigua de las ciudades establecidas á orillas del Paraná, con un carácter permanente, y también de toda la República. Córdoba le disputa este último honor, pues, por rara coincidencia, la fundó en el mismo día el español Cabrera.

En 1660 Santa Fé tuvo que trasladarse más al Sur, en la embocadura del río Salado, ocupando su emplazamiento actual. La antigua ciudad, compuesta de unos centenares de familias, tiene hoy 89.000 habitantes y una red de vías férreas que se dirigen á Colastiné (el puerto de la ciudad), Reconquista (capital del Chaco), San Francisco (frontera de Córdoba), Soledad, San Cristóbal, Gálvez, Irigoyen y Rosario.

Santa Fé, aun después de trasladarse de sitio, ocupa un deplorable emplazamiento, y esto explica mejor que ninguna otra causa su estacionamiento como ciudad, y el hecho de que Rosario, que depende políticamente de ella, la haya superado en movimiento comercial. Los españoles, que únicamente podían prever las necesidades más inmediatas, siendo la más importante de ellas ocupar una buena posición defensiva, delinearon Santa Fé sobre un terreno de reciente formación aluvional, en una península en la que se encerraron para resistir mejor los ataques de los indios.

Cuenta la tradición que al delinear Garay la ciudad se encontró enterrado en el sitio que destinaba á plaza



SANTA FÉ. LA UNIVERSIDAD

pública un grueso tronco de ceibo. Uno de los indios que acompañaba como guía al conquistador dijo sentenciosamente al ver hundido en la tierra este madero, procedente de lejanas selvas:

—El mismo que lo trajo lo volverá á llevar.

Quería decir con esto que el agua invadiría otra vez un terreno formado con aluviones del Paraná y expuesto á la invasión de las grandes crecidas.



SANTA FÉ. MERCADO DE LA CALLE DE SAN JERÓNIMO

Efectivamente, la ciudad de Santa Fé tiene que defenderse del río, que en diferentes épocas ha intentado devorarla, y lucha con la blandura del subsuelo que sustenta sus edificios. El aumento de los aluviones la aleja cada vez más de las orillas del verdadero Paraná, imposibilitando la existencia de un buen puerto. En las épocas de creciente las aguas se filtran en el subsuelo y lo taladran, creando oquedades en las riberas. Cuando se retiran y bajan de nivel, los bordes de las barrancas se desploman, arrastrando muchas veces los edificios inmediatos. Se han hecho grandes y costosas obras de defensa, pero aun después de ellas sigue el río actuando como el peor enemigo de Santa Fé, pues la aleja con sus bancos y lagunas de la gran navegación del Paraná, y á la vez roe sus cimientos. En el siglo XIX enormes crecidas han puesto su existencia en peligro varias veces.

Esta ciudad es, tal vez, entre todas las de Argentina, la que mantiene mejor su carácter tradicional, su fisonomía propia y una edificación que evoca recuerdos de otros siglos. Se encuentra en ella á la América imaginada por los europeos, después de leer las epopeyas históricas de la conquista. No contiene grandes obras de arte, como las ciudades antiguas del viejo mundo; pero conserva un ambiente que pudiéramos llamar histórico, un aire señorial de matrona venida á menos, que en su decadencia ofrece algo extraordinario, de difícil imitación para las gentes improvisadas. Santa Fé se compone de dos ciudades: la de los tiempos de la colonia y la moderna. La una, como dice el ilustre escritor Don Estanislao Zeballos, es «la ciudad de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores, y la otra la de los tenderos, carboneros, revendedores, mercachifles, marineros y calafates, que festonean el puerto». En la una están los antiguos templos, los conventos medio derruídos, los edificios oficiales, las casas de la antigua aristocracia colonial, con sus familias que hablan «una lengua que tira al castellano de la conquista» y que son religiosas, tal vez con mayor fervor que los compañeros de Garay. En la otra se encuentran las calles modernas, con cafés, hoteles y grandes tiendas, propiedad de italianos ó de españoles de reciente inmigración; barrios flamantes y limpios, habitados por gente cosmopolita, liberal y sin grandes preocupaciones religiosas.



SANTA FÉ. CALLE SAN MARTÍN

Por un lado de la ciudad se encuentran bulevares acabados de abrir, jardines risueños, edificios con estucos todavía frescos; por el otro calles solitarias, en las que crece la hierba; muros de adobes roídos por las lluvias, sobre cuyo filo asoma el naranjo su esfera de barnizadas hojas; sombríos monasterios, que rasgan la calma nacarada de la tarde con el lamento de un bronce invisible. En las grietas de los edificios crecen plantas parasitarias. A través de las brechas de los tapiales se ven las palas verdes y espinosas de las chumberas y la boca entreabierta y carmesí de sus higos silvestres. Las diamelas y los jazmines disfrazan con una túnica virginal la vetusta fealdad de los muros ruinosos. El naranjo esparce en el ambiente, irisado por el sol, su respiración de azahar, y el limonero el perfume ambarino de su goma. Estas bellezas del atardecer van precedidas la mayor parte del año de los ardores de un medio día cálido. Santa Fé se aproxima á la zona subtropical, y las horas inmediatas al medio día resultan poco favorables á la actividad y el movimiento. Quedan desiertas las calles; el sol reverbera en los muros blancos con una luz que punza la retina; hasta la sombra de aleros y tapias asfixia con su azul densidad. Un silencio anonadador gravita sobre el caserío. El vecindario, encerrado en sus alcobas, duerme la siesta, que no representa en estos países cálidos un hábito de pereza, sino una necesidad impuesta por la conservación de la salud.

Ya hemos dicho que los edificios antiguos que conserva Santa Fé carecen de obras de arte. Los coloniza-



SANTA FÉ. PLAZA SAN MARTÍN

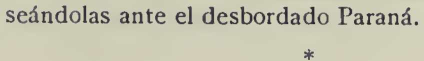
dores españoles de este lado de América eran pobres y no pudieron traer de su patria cuadros famosos, ricas custodias y otros objetos de valor, como los que explotaban las minas espléndidas de Méjico y el Perú. Pero debe reconocerse que, á pesar de la pobreza de sus medios y de su falta de artistas, lograron realizar algunas obras que revelan voluntad enérgica y perseverante, al mismo tiempo que ingenio nativo. Supieron trabajar las ricas maderas de los bosques de Tucumán y el Chaco, el palo-rosa y la caoba, el cedro y el jacarandá, torneando y tallando muebles ostentosos y pesados para adorno de las viviendas coloniales ó construyendo artesonados, como el que existe en el convento de San Francisco. Este convento, el más famoso de la antigua ciudad, fué construído en 1680 sobre una punta que entra en el río, y que ha ido achicándose poco á poco, tragada por las aguas. El Paraná roe sin cesar la barranca, llevándose en pedazos el edificio y su huerta. Los frailes actuales están refugiados en unas celdas alrededor del templo, que no es más que una cuarta parte del antiguo monasterio. El techo de esta iglesia, labrado con maderas de los bosques del país, y el adorno de sus capillas laterales, le dan cierta semejanza con la que existe en la antigua Universidad de Alcalá de Henares, fundada por Cisneros. Exteriormente es un edificio sombrío, con gruesos muros y techumbre de teja á dos aguas. Se halla en su altar mayor el sepulcro del caudillo Don Estanislao López, el colaborador de Rosas, con una lápida de pomposa inscripción, terminada en unos versos y encabezada con el grito que era en aquella época á modo de un lema patriótico: *¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios!*

Relata Zeballos un suceso ocurrido en este templo, en 1825, que demuestra lo que era la vida de las capitales argentinas hace poco más de tres cuartos de siglo. Creció el río considerablemente y las aguas invadieron una parte de la ciudad, sufriendo el convento de San Francisco grandes estragos por su posición avanzadísima. Una mañana de Abril estaba en la sacristía del convento el padre Magallanes revistiéndose para decir la misa, en compañía de un lego y un pintor, cuando los tres quedaron aterrados al ver que se entreabría la puerta, asomando por ella una cabezota de pelaje amarillento, bigotuda, con enormes colmillos y unos ojos de esmeralda y oro que brillaban lúgubremente. Avanzó más la cabeza, y vieron entrar un tigre flaco y enorme, que parecía enloquecido por el hambre. Se arrojó encima de ellos bramando, y de un zarpazo destrozó el cráneo al fraile, que luchaba valerosamente abrazado á la fiera. Quebró el espinazo al lego y mató á un andaluz, que había acudido precipitadamente al oir los gritos. Después de realizar tres muertes en la sacristía, el tigre arrancó el cráneo al lego, le comió los ojos y arrastró el cuerpo por el interior de la iglesia, instalándose al pie de un altar, donde se puso á devorarlo tranquilamente.

SANTA FÉ. ESCUELA NORMAL

Alarmóse la población, y el alcalde é historiador de Santa Fé, Don Urbano de Iriondo, acudió al frente de muchos cazadores y soldados de infantería y caballería, que libraron batalla contra el tigre. Todavía consiguió herir á otro hombre y puso en peligro la vida del alcalde Iriondo, hasta que al fin lograron matar entre todos á esta bestia de inaudita bravura.

Según los relatos de aquel tiempo, el vecindario, aterrado por el suceso y la crecida del río, sacó en procesión varias imágenes, paseándolas ante el desbordado Paraná.



La parte moderna de Santa Fé parece dominar á la antigua. En ella se han instalado todos los progresos de una gran capital. Hay barriadas enteras de edificios recientes y hermosos; las calles céntricas están pavi-



SANTA FÉ. BOULEVARD GÁLVEZ



ROSARIO. DEPÓSITOS DEL PUERTO

la provincia. La dirección, los principales servicios y los talleres se hallan establecidos en la misma ciudad.

Á pesar de la vida moderna, todavía perduran en Santa Fé muchas costumbres del pasado en el seno de ciertas familias. Por las mañanas, cuando suenan los esquilones de iglesias y conventos llamando á misa, se ven en las calles mujeres cubiertas con largo manto negro, como es uso en Chile y otras naciones del Pacífico. Las hembras del pueblo, de grandes ojos y tez algo subida de color, aman las telas de tonos llamativos y llevan bajo el manto faldas de color rosa, verdes ó azules, lo



SANTA FÉ. DEPARTAMENTO CENTRAL DE POLICÍA

que las da aspecto de máscaras con disfraces vistosos, medio ocultos por un dominó negro.

mentadas con madera ó piedra; la iluminación eléctrica es abundante, y varias líneas de tranvías la cruzan de un extremo á otro. En los alrededores se están improvisando hermosos parques, y algunas avenidas tienen jardines. El intendente municipal es un joven de notable cultura, Don Edmundo de Rosas, que ha realizado varias excursiones por el viejo mundo, y procura implantar en su ciudad toda clase de mejoramientos, cuidando especialmente del ornato de las calles y la multiplicación de los jardines.

De todos los edificios públicos, el más notable históricamente es el antiguo Cabildo, construcción colonial, en la que se reunió el famoso Congreso convocado por Urquiza para discutir y votar la Constitución de 1853, que actualmente rige á la República. El palacio de la Municipalidad, edificio moderno, ofrece hermoso aspecto. El teatro Municipal costó cerca de un millón de francos: tiene cinco pisos, que pueden contener 1.800 personas, y todas sus dependencias son amplias y cómodas. De Santa Fé parten todas las vías férreas pertenecientes á la Compañía francesa de ferrocarriles de



ROSARIO. PALACIO DE JUSTICIA

En las casas antiguas, el patio continúa siendo el lugar de reunión de la familia y la sala de confianza donde se recibe á los amigos íntimos. Muchos de estos patios se conservan como en tiempos de la colonia, sin pavimento artificial, «de tierra pura — como dice un autor —; pero tan compacta con los siglos que lleva de servicio, que forma láminas, como si fuese cemento, y no hay polvo en su superficie». Á la caída de la tarde se toma el mate en estos patios bajo el ramaje de un naranjo ó los perfumados festones de un jazminero.

Entre Santa Fé y el Paraná libre han formado las grandes crecidas varias islas cubiertas de una vegetación arborescente y poco elevada. Estas islas no ofrecen seguridad para un establecimiento fijo, pues en las grandes crecidas, que ocurren cada ocho ó diez años, quedan bajo el nivel del agua. Tienen, sin embargo, sus habitantes: mestizos sobrios, que plantan su rancho en



ROSARIO. VISTA DE UNA SECCIÓN DEL PUERTO

una de ellas y dejan pacer en libertad el escuálido rebaño.

Desde el vaporcito que navega por los tortuosos canales, se ven aparecer en ambas riberas perros de hirsuto pelo, que ladran furiosos; jóvenes *chinitas*, de faldas blancas ó rosadas, que contemplan con misteriosa fijeza el paso del buque, como un pedazo de civilización que viene á recordarlas en medio del desierto la existencia de las ciudades. Los canalizos, angostos, de agua amarillenta, ofrecen ante el vapor una tersura de espejo. Ábrense al impulso de la proa, y las ruedas de ambos costados levantan dos olas que, alejándose en ángulo, van á chocar con las orillas. Esta doble ola inunda la ribera, la barre y se aleja, dejando al descubierto por breves instantes una ancha faja de barro sumergido. Al alejarse el vapor, se extinguen poco á poco las violentas ondulaciones; bórranse las arrugas acuáticas; los perros cesan de ladrar, y desaparecen isla adentro; las *chinitas* se arrancan á su muda contemplación, al ser llamadas desde el rancho; vuelve á restablecerse la tersura del canal, y se retratan en él, con la copa invertida, los sauces y los ceibos. Sus ramas se estremecen con misteriosos aleteos, trinos, piidos y reclamos chillones. La gran república emplumada de las islas, que calló un momento ante el mugido de la máquina y el batir de ruedas, vuelve ahora á prorrumpir en incoherente



ROSARIO. LOS MUELLES Y LA CIUDAD EN EL FONDO



ROSARIO. PLAZA 25 DE MAYO

charla, como embriagada por el sol. Jilgueros y calandrias, cardenales, carpinteros, morajúes, zorzales, pechos colorados y boyeros, cantan y aletean por encima de las pobres ovejas, roídas por la garrapata; de los hombres taciturnos sentados en la barranca, con los codos en las rodillas y la barba en las manos, pensando en que no piensan nada; del toro solitario que, hundidas las patas en el barro, avanza el hocico sucio de légamo, sacude el astado testuz para espantar las moscas que zumban junto á sus ojos vidriosos, y mira inquieto el recodo más próximo del canal, esperando la reaparición del mónstruo que vomita humo, que barre las orillas con las ondulaciones de su paso, y á cuyas pitadas insolentes contesta él con bramidos de matón.



ROSARIO. UN COLEGIO

* * *

La ciudad de Rosario, que es hoy la segunda de la República, la fundó, en los últimos tiempos coloniales, Francisco Godoy, en 1725. Pasó muchos años sin dar señales de existencia, anonadada por su situación entre Buenos Aires y Santa Fé, que eran las dos grandes ciudades en el camino fluvial de la Argentina. Su importancia se inició en 1859, al declararla el general Urquiza puerto de las once provincias confederadas. El hallarse Buenos Aires fuera de esta confederación y en lucha abierta con Urquiza, favoreció á Rosario en su primer desarrollo.

Ofrece la ventaja natural de que ocupa un sitio en el que el Paraná traza su mayor curva, avanzando más que en ningún otro punto hacia el interior del país. No podía fundarse para las provincias de tierra adentro un puerto más próximo y en mejor situación. Rosario es hoy escala obligada de todos los vapores que navegan el Paraná, y sostiene una comunicación directa con Europa por medio de los transatlánticos que remontan el río, llegando hasta ella. Además, es el centro de varios ferrocarriles que la ponen en contacto con Buenos Aires, Santa Fé y todas las provincias centrales.

Aparte de estas líneas, va á tener otra de gran importancia, construída por la «Compañía Francesa de Ferrocarriles», que la pondrá en contacto directo con Bahía Blanca y sus puertos atlánticos.

Vista desde el río, Rosario ofrece un espléndido panorama. La ciudad bordea la orilla, con extensas líneas de edificios. Frente á ella extiéndese el bosque de mástiles de las embarcaciones ancladas en su puerto. El elevador de granos se alza como una catedral de acero sobre el bajo caserío de los muelles. Del puerto á la ciudad marchan y contramarchan, como hormigueros, los carros y carretas que arrastran las mercancías. Avanzan los trenes por los muelles, dejando montañas de sacos, que poco á poco desaparecen en las entrañas de los buques. La ciudad asoma su masa de edificios por las brechas abiertas en las barrancas, y encima de



ROSARIO. EL HOSPITAL

este mar de techumbres arrojan humo las chimeneas de numerosas industrias. Sobre los caparazones de las viviendas, bajas y casi iguales, emergen soberbiamente las torres de las iglesias, las moles de los grandes teatros y los palacios de los vecinos ricos.

En Rosario no hay construcciones con más de sesenta años de existencia. Todo aparece nuevo en ella. Su gloria es el comercio; su ambición parecerse á Buenos Aires y superarla en cuanto sea posible. Hiere su orgullo el hecho de no ser políticamente más que una ciudad secundaria de provincia, sometida al gobierno de Santa Fé. Su deseo es lograr que la capitalidad se traslade de la vieja metrópoli colonial, con su tradición gloriosa de pueblo el más antiguo del Paraná, á la moderna Rosario. Por esto los partidos políticos de la provincia se hallan agrupados en dos Ligas: la del Norte y la del Sur; la de la capital presente y la de la ciudad que pretende serlo.



ROSARIO. COLEGIO NORMAL

Los cinco ferrocarriles que convergen en Rosario aportan á ella millones de toneladas de trigo y otros cereales, maderas, cueros, azúcar; todos los productos de la provincia, que pasan á las bodegas de los transatlánticos para ser conducidos á los mercados del viejo mundo.

Rosario, con sus 180.000 habitantes, que hacen de ella la segunda metrópoli de la República, es tal vez la que contiene menos argentinos. Los extranjeros poseen las tiendas, las fábricas, los grandes almacenes de maquinaria, las casas de exportación, los hoteles. Los alemanes se han concentrado con una predilección especial en esta ciudad, así como los súbditos británicos; los franceses tienen en ella mayor representación, numérica y capitalista, que en el resto de la República; los italianos son muchos y la colonia española resulta igualmente considerable.

ROSARIO. LA ASISTENCIA PÚBLICA

Se encuentran en Rosario hombres de todas las procedencias é idiomas... y alguno que otro hijo del país. La mayoría de los que ostentan con orgullo su nacionalidad de argentinos lo son de primera ó segunda mano, es decir, hijos ó nietos de extranjeros establecidos en Rosario.

Puede describirse esta ciudad diciendo que es una copia de Buenos Aires, en proporciones más modestas. Su vecindario ha querido poseer todo lo bueno de la capital federal, y como es rico y laborioso cumple fácilmente sus deseos, aunque con la palidez que acompaña siempre á las imitaciones. Hay en Rosario un bonito parque con lago que recuerda al de Palermo; un Jokey-Club con Hipódromo; y en todos los establecimientos públicos, hoteles, *restaurants* y cafés, se nota la misma influencia de la capital federal. Los teatros son enormes, adivinándose en su construcción el deseo de reproducir el decorado de los más célebres de Buenos Aires, aunque superándolos en las proporciones. Estos teatros actúan con frecuencia, pues todas las compañías que van á Buenos Aires se trasladan luego á Rosario; pero casi siempre parecen vacíos, tal vez por no hallarse en armonía sus proporciones enormes con la cantidad de público.



ROSARIO. CALLE DE SAN LUIS, MERCADO CENTRAL

Rosario es una ciudad de negocios y de dinero, y en ciudades de esta clase no se conoce arte más seductor que el de la



pronta ganancia. Como hay que trabajar mucho, las gentes se levantan temprano y se acuestan pronto. Las calles principales, que son casi tan hermosas como las de Buenos Aires, con magníficos establecimientos, ofrecen un aspecto de soledad deplorable á las nueve de la noche. Los escaparates, que se mantienen iluminados, no atraen ningún curioso, por la sencilla razón de que apenas hay transeuntes. Sólo en algunas encrucijadas, próximas á cafés y clubs, se nota cierta concurrencia. En cambio, durante el día, las calles centrales y las que dan al puerto resultan estrechas para la gran circulación de peatones y vehículos. En torno de los Bancos es grande el movimiento de las gentes de negocios que van y vienen afanosas. Estos Bancos realizan cuantiosas operaciones. Los hay de varias nacionalidades, y todos los de Buenos Aires tienen aquí su sucursal.



ROSARIO. PALACIO DE LA MUNICIPALIDAD

Una población tan atareada no puede dedicarse á la lectura. Por esto las librerías de Rosario no ofrecen el aspecto múltiple en sus géneros que caracteriza á las de Buenos Aires. En cambio, los diarios, lectura necesaria, por los datos que ofrecen para los negocios, gozan de una gran prosperidad. Se publican periódicos en alemán, en inglés y en otros idiomas. Los diarios escritos en español son muchos, y algunos de ellos, por su fama, su número de páginas y sus servicios de información, casi igualan á los de Buenos Aires. El diario más antiguo de Rosario, titulado *La Capital*, es el decano de toda la Prensa argentina, pues comenzó á publicarse dos años antes que *La Prensa* y *La Nación*.

La gran riqueza de la ciudad se nota en los edificios y en las costumbres. Las construcciones son ostentosas, y la vida resulta tan cara como en Buenos Aires, sin duda por la abundancia con que circula el dinero. Hay en Rosario varios hospitales, ampliamente instalados, y sostenidos algunos de ellos por las colonias extranjeras. Los establecimientos de enseñanza ocupan hermosos edificios. La Escuela Normal de Maestras es un verdadero palacio.

En resumen: la ciudad de Rosario no ofrece otro interés para el viajero que el de la prosperidad de sus negocios, si es que los negocios ajenos pueden interesar á alguien más que al que los realiza y goza de sus resultados. La población es agradable, pero sin nada original. Sus habitantes ricos se hallan demasiado preocupados con sus negocios y encastillados en sus empresas para pensar algo nuevo. Un reducido grupo de aficionados á las letras y á la música que viven en esta ciudad, vegetan moralmente, como náufragos refugiados en un islote, en medio de un mar infinito, sin una vela que traiga una esperanza. No es esta una población para refinamientos intelectuales, pues en ella sólo encuentran ambiente favorable los positivos derroches de la actividad comercial. Pero hay que reconocer que aun así resulta notable la historia de Rosario; simple toldería, fundada por Godoy en 1725; pobre aldea en los tiempos de la Independencia; ciudad únicamente á partir de 1852, y ahora segunda capital de la República Argentina por su población y su comercio.

Al Norte de Rosario, á una distancia de 25 kilómetros, está la pequeña ciudad de San Lorenzo, lugar de romerías patrióticas, por un monasterio inmediato al río, que sirvió de cuartel al general San Martín en el famoso combate de 1813 con las fuerzas de desembarco de la flotilla realista.

PUERTO DE COLASTINÉ. SACOS DE TRIGO EN EL MUELLE.

* * *

El puerto de Colastiné, situado á 16 kilómetros de la ciudad de Santa Fé, pone á ésta en contacto con el Paraná libre y los buques de alto tonelaje. Este puerto es doble: en el de Colastiné Sur se embarcan los cereales y en el Colastiné Norte las maderas.

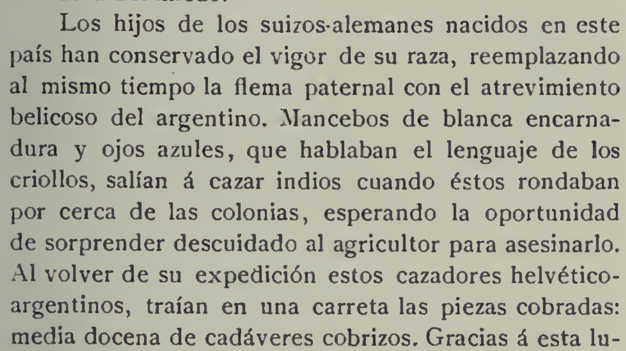
De los varios distritos en que se halla dividida la provincia, el más interesante es el llamado «Las Colonias», lugar donde preferentemente se ha establecido la inmigración. Ya dijimos que la primera colonia, fundada

en 1856, fué *La Esperanza*. Luego se crearon otras, como San Jerónimo, San Carlos, Helvecia, Cayastá y California, que hoy son pueblos ricos y de gran vecindario. Á los primitivos colonizadores, de origen suizo-alemán, se unieron otros europeos, y su cruzamiento con los naturales del país ha producido una hermosa raza, fuerte, animosa y trabajadora.

Contemplando hoy las colonias hábilmente cultivadas; las poblaciones, atractivas y limpias, con su vecindario, que después de las horas de trabajo goza de regalos que no conocen la mayoría de los habitantes de las ciudades, parece imposible que en estas mismas tierras, hace cuarenta años, el hombre cazase al hombre para poder vivir en seguridad, y los campos estuviesen casi abandonados por la influencia aisladora del miedo.



ROSARIO. BANCO MUNICIPAL



Los hijos de los suizos-alemanes nacidos en este país han conservado el vigor de su raza, reemplazando al mismo tiempo la flema paternal con el atrevimiento belicoso del argentino. Mancebos de blanca encarnadura y ojos azules, que hablaban el lenguaje de los criollos, salían á cazar indios cuando éstos rondaban por cerca de las colonias, esperando la oportunidad de sorprender descuidado al agricultor para asesinarlo. Al volver de su expedición estos cazadores helvético-argentinos, traían en una carreta las piezas cobradas: media docena de cadáveres cobrizos. Gracias á esta lucha sin piedad, repetida en todos los lugares fronterizos con el indio, pudo afirmarse la agricultura y ser dueña la República de todo su territorio.

La fertilidad uniforme del suelo de Santa Fé y la bondad de su clima han permitido la constitución de los nuevos pueblos que hoy florecen en esta provincia; pueblos sin historia y casi sin carácter propio, pero que disfrutan el bienestar de la abundancia. Las mejores poblaciones son las primitivas colonias de San Javier, Helvecia y Esperanza; Alberdi, situada en las inmediaciones de Rosario; Coronda, sobre un brazo del Paraná que lleva este mismo nombre; Cañada de Gómez, Carcarañá, Villa Constitución, Iriondo y Gálvez.

La provincia de Santa Fé se ha distinguido siempre en lo malo como en lo bueno, figurando á la vanguardia de todas las empresas nocivas ó beneficiosas. En el largo período de caos y despotismo, que equivale á la Edad Media en la historia de la República, ayudó á retardar la constitución definitiva del país, siendo el principal centro del caudillaje y el apoyo más firme de Rosas. Cuando se realizó la organización nacional, votándose en su Cabildo el código político de la República, púsose también en primera fila, pero fué para trabajar en sentido progresivo, alcanzando su opulencia presente sin apoyo ajeno, por el esfuerzo de sus inagotables energías, orientadas hacia el bien.

ENTRE RÍOS

El gran geógrafo Martín de Moussy llamó «Mesopotamia argentina» á la parte de la República que se halla entre los ríos Paraná y Uruguay.

El Norte de esta Mesopotamia es la provincia de Corrientes, y el Sur la de Entre Ríos, en cuyo vértice se juntan las dos vías caudalosas del Paraná y el Uruguay, formando el río de la Plata. Su costa del Este enfrenta con la República Oriental y la del Oeste con Santa Fé y Buenos Aires. Ninguna de las provincias argentinas se halla tan próxima á la capital federal como Entre Ríos.

Si Santa Fé es la segunda provincia en riqueza agrícola, Entre Ríos es la segunda en importancia ganadera y aventaja á la de Buenos Aires por las condiciones privilegiadas del clima y el suelo.

La capa de tierra vegetal alcanza en ella de 80 centímetros á 2 metros y medio de espesor. Su superficie total es de 75.331 kilómetros cuadrados; pero los 1.270 kilómetros de su costa le permiten tener más puertos que ninguna otra provincia argentina. Su población asciende á 400.000 almas, cantidad que no se halla en armonía con los preciosos recursos que ofrece el suelo. Teniendo en cuenta los dones naturales que posee esta provincia, y que permiten con desahogo una densidad de población de las más grandes, puede afirmarse que Entre Ríos sustentará algún día millones de seres.

La población se ha desarrollado con cierta lentitud, á causa de las guerras civiles, que fueron en ella más crueles y persistentes que en ningún otro país argentino. El carácter belicoso del antiguo entrerriano, su afi-



EL RÍO PARANÁ

ción á las armas y su continua intervención en la política general, retrasaron considerablemente la expansión pobladora. Después de 1870, cuando toda la República estaba en una paz definitiva, la sublevación del caudillo López Jordán, precedida del asesinato del ilustre Urquiza, sumió de nuevo á Entre Ríos en una confusión anárquica, sosteniendo cruda guerra con el resto del país. En 1876 volvió á repetirse esta lamentable situación. Afortunadamente, hace ya años que se restableció por siempre la tranquilidad pública, tan necesaria para la vida del trabajo, y Entre Ríos ve aumentar con ello su caudal de población, rápidamente.

La estadística de habitantes en diversos períodos de su historia demuestra cómo la guerra ha entorpecido su desarrollo y cómo la paz ha fomentado su población. En 1796, según el sabio Azara, la provincia de Entre Ríos sólo tenía 11.600 habitantes: en 1825 eran éstos 30.000, y cuando ocurrió la caída de Rosas y se constituyó la Confederación argentina, 48.000.

Viene después el largo y floreciente período del gobierno de Urquiza, durante el cual se crean centros agrícolas y grandes establecimientos de enseñanza, se importan sabios maestros y numerosas familias de agricultores, y la provincia de Entre Ríos llega á tener 135.000 habitantes. Las guerras originadas por el partido jordanista paralizan el desarrollo; pero cuando se restablece la tranquilidad y queda abierto el país á los inmigrantes europeos, la población da un rápido salto. En 1895 es de 292.000 habitantes, en 1902 de 367.000 y en la actualidad de 400.000.

Una de las causas que en la época presente contienen un tanto la expansión inmigratoria hacia Entre Ríos es la dificultad con que tropiezan los recién llegados para hacerse propietarios. Casi todas las tierras están tomadas por los hijos del país, y el colono no encuentra las facilidades que en otras regiones para poseer una porción de suelo. Este inconveniente ha sido apreciado por los gobernantes de la provincia, especialmente por el último gobernador, Don Faustino M. Parera, que ha dictado disposiciones facilitando la adquisición de terrenos por los inmigrantes.

Entre Ríos ha prestado dos grandes servicios á la República Argentina. Libertó á la patria cuando más sombrío contemplaban el porvenir los argentinos cultos que hacían frente al despotismo de Rosas. Éste parecía invencible: su ejército representaba una fuerza arrolladora. Los emigrados en Montevideo, vencidos por la fatiga de un sitio interminable é inútil, habíanse esparcido por el mundo. Las potencias europeas, derrotadas moralmente en el bloqueo naval del río de la Plata, buscaban reanudar su amistad con el tirano. La Argentina hubiera seguido dominada por Rosas hasta su



PARANÁ. PLAZA 1.° DE MAYO Y LA CATEDRAL



PARANÁ. PALACIO MUNICIPAL

muerte, ocurrida muchos años después, á no surgir Urquiza, que, acaudillando las fuerzas de su provincia, inició el término de esta absurda situación, cuando menos se esperaba en Europa y en América.

Además, la enseñanza pública, en su forma actual, puede decirse que nació en Entre Ríos. Los sabios preceptores y los hombres de ciencia, agrupados en torno de Urquiza, emprendieron la obra de la reconstitución moral del país. El Colegio Histórico de Concepción del Uruguay fué como la nebulosa originaria de un mundo nuevo. De sus entrañas surgieron gobernantes, generales, poetas, diplomáticos y maestros que habían de crear la Argentina presente con todas sus grandezas.

***

Llaman á Entre Ríos «el jardín del litoral», y esta apelación es justa, ya que posee todo cuanto necesita una tierra para ser hermosa: riqueza del suelo, benignidad del clima, gran abundancia de ríos y arroyos, frecuentes lluvias y ausencia de enfermedades endémicas.

La agricultura todavía se halla al principio de su desarrollo. La colonización de esta provincia no puede compararse con la de su vecina Santa Fé, que la contempla del otro lado del Paraná. Sin embargo, sus condiciones naturales para la expansión del colonizador no pueden ser más favorables. Según ilustres observadores que han estudiado económica y agrícolamente el suelo de la Argentina, «sería dificultoso hallar en todo el globo un país más apropiado para la colonización que la provincia de Entre Ríos».

En cambio, la ganadería goza de un desarrollo únicamente superado por la provincia de Buenos Aires. Entre Ríos posee 5 millones de cabezas de ganado vacuno, 7 millones de ganado lanar y un millón de caballos.

Su suelo aparece ligeramente ondulado en el centro de la provincia y casi plano en el Sur. Al Este y al Oeste se levanta un tanto en las costas de los dos grandes ríos Paraná y Uruguay; pero la altura de sus barrancas no pasa nunca de 90 metros. Las únicas alteraciones del centro son pequeñas lomas ó colinas, llamadas «cuchillas», que, arrancando de la provincia de Corrientes, se esparcen por Entre Ríos y forman dos ramales paralelos á sus costas. El del Oeste se llama *Cuchilla grande de Montiel*, y el del Este, *Cuchilla grande,* abriéndose entre las dos una depresión central, por cuyo fondo corre el río Gualeguay. Estas cuchillas pintorescas no tienen alturas mayores de 80 metros, pero se prolongan por casi todo el suelo de la provincia con ondulaciones más ó menos visibles.

Surcan el país numerosas corrientes acuáticas con riberas orladas de arbustos espesos ó árboles de gran talla. La cuarta parte de su superficie la ocupa la extensa selva de Montiel, que penetra en la vecina Corrientes. Esta selva ha sido disminuída por talas inmoderadas y torpes y no presenta el mismo aspecto imponente que en los tiempos de Azara; pero aun así resulta



PARANÁ. LA CATEDRAL EN UN DÍA DE FIESTA PATRIÓTICA



PARANÁ. PALACIO DE GOBIERNO

hermosa, abundando en ella los espinillos, palmeras, ñandubays y sauces. Los pastos de la provincia son reputados como los más alimenticios y sanos.

Geográficamente, no puede una tierra poseer mejores condiciones que Entre Ríos. Tiene por ambos lados las dos arterias fluviales más grandes de la República. Los afluentes que proporciona al Paraná y al Uruguay son navegables en largos trayectos de su curso por buques de regular calado, lo que ofrece facilidad y baratura para el transporte de los frutos. Además, está muy próxima á la capital federal. Teniendo en cuenta las enormes distancias que separan á las ciudades argentinas, puede decirse que el Sur de Entre Ríos se halla á un paso de la ciudad de Buenos Aires. Dos de sus ríos interiores, el Gualeguay y el Gualeguaychú, los utiliza actualmente la marina de cabotaje con un activo comercio. En el porvenir han de tener mayor extensión, y numerosos arroyos pasarán á ser canales navegables.

Como se ve, no carece Entre Ríos de ninguna condición natural para un desarrollo grandioso. Su agricultura produce toda clase de cereales, y su trigo, aunque no tan abundante como el de Santa Fé, se considera el mejor de toda la Argentina. La vid se extiende en algunos departamentos, principalmente en los de Colón, Concepción del Uruguay y Concordia, haciendo que Entre Ríos ocupe el tercer lugar en la producción vinícola argentina, después de Mendoza y San Juan. Especialmente, Concordia embarca en su puerto grandes cantidades de vino.

La ganadería ha originado el establecimiento de importantes saladeros y curtimbres, así como la producción del trigo ha dado vida á numerosos molinos. Estos establecimientos industriales fomentan el movimiento de exportación. También los arbolados ayudan con sus productos al comercio exterior. Numerosos aserradores embarcan leña, carbón, postes para líneas telegráficas y durmientes ó traviesas de vías férreas.

El comercio que hace Entre Ríos por los puertos del Paraná y el Uruguay fluctúa entre 5 y 6 millones de pesos oro. Tiene la provincia sus carreteras en buen estado de conservación, con gran número de puentes, obras que resultan indispensables por la abundancia de arroyos profundos que cruzan el país. Los ferrocarriles entrerrianos ponen en comunicación las poblaciones más importantes de la provincia. La línea que va á Ibicuy, en el extremo Sud de Entre Ríos, representa uno de los grandes adelantos de la Argentina moderna. Al arribar al citado punto el tren que se dirige á la capital federal, lo toma sobre su cubierta un pontón enorme movido á vapor, que navega gran parte de la noche por los canales del delta, hasta que, llegando á Zárate, en la provincia de Buenos Aires, lo deja en tierra para que siga su curso.

La educación pública ha sido, desde los tiempos de Urquiza, la gran preocupación, no sólo del gobierno de la provincia, sino de las autoridades locales y todo el pueblo entrerriano. El Consejo Nacional de Educación elogió muchas veces públicamente la prolijidad con que cuida esta provincia de sus centros de enseñanza. Hace veinte años tenía 146 escuelas, frecuentadas por 7.162 alumnos; hoy cuenta con 500 escuelas, 840 maestros y 44.000 alumnos. A esto hay que agregar una Escuela de Agricultura, dos Colegios Nacionales y dos Escuelas Normales, establecimientos dignos de mención por los resultados de su enseñanza y el mérito de su personal docente.

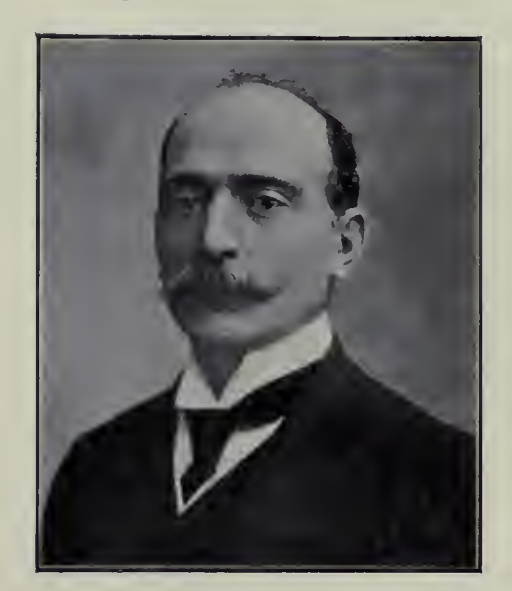
* * *

Hace algunos años que la provincia de Entre Ríos está gobernada por hombres de espíritu práctico y progresivo, que cuidan de fomentar el desarrollo moral del país, multiplicando los centros de enseñanza, y su pro-



PARANÁ. PLAZA DE 1.º DE MAYO

greso material, abriendo nuevos puertos, dragando y balizando las vías fluviales, favoreciendo el aumento de caminos y líneas férreas y atrayendo la inmigración por medio de concesiones. Don Enrique Carbó, antiguo gobernador de Entre Ríos, trabajó mucho en tal sentido. Su sucesor, el Doctor Parera, se ha esforzado durante cuatro años de gobierno en acelerar y agrandar el desarrollo de la provincia. Es seguro que los gobernadores que le sucedan imitarán tal conducta, con la que ganará este país el tiempo que perdió en estériles guerras.



DON FAUSTINO M. PARERA

Don Faustino M. Parera es un médico notable, retirado de su profesión por exigencias de la política. Hombre de criterio amplio y liberal en todas las cuestiones, ha adoptado en su provincia cuantas reformas y progresos le parecieron viables. Diputado de Entre Ríos, en el Congreso Nacional se preocupó especialmente de las obras públicas, interviniendo además, con su competencia de médico, en todas las leyes de salubridad. Fomentó la canalización y el balizamiento de los puertos del Paraná y el Uruguay é hizo desaparecer con una revisión de la ley de Aduanas las trabas que imponía ésta al comercio interprovincial. Apoyó la creación de nuevos institutos de enseñanza, bibliotecas y escuelas, y la construcción de puentes, caminos y edificios nacionales.

Sus trabajos legislativos en el Congreso Nacional llamaron la atención de sus comprovincianos, que lo eligieron gobernador de Entre Ríos. En este gobierno ha seguido ocupándose de mejoras prácticas en beneficio de la cultura y el progreso del país.



PARANÁ. PLAZA 1.º DE MAYO

La noble aspiración de Parera es la de un buen gobernante argentino. Desea que en su provincia no quede una pulgada de terreno que no esté cultivada ó aprovechada por la ganadería. Sueña con un Entre Ríos ocupado por millones de habitantes laboriosos que justificarán con los frutos de su trabajo el hermoso título de «jardín del litoral». Su visión del porvenir es exacta. Entre Ríos posee todo cuanto la Naturaleza puede dar á un pueblo para que sea grande. Sólo le falta un elemento... gente.

* * *

Paraná, la capital de Entre Ríos, es, de todas las ciudades argentinas, la que ofrece un golpe de vista más hermoso al ser contemplada de lejos.

Casi todas las poblaciones de la República aparecen instaladas en inmensas planicies, y algunas, como Córdoba, en hondas depresiones del terreno. Paraná se halla situada en la costa del río del mismo nombre, en lo alto de una colina de 70 metros.

Recordaré siempre mi impresión al llegar á ella, navegando por el Paraná en una mañana nebulosa.

El río parecía un mar. Sus aguas, de un verde impuro, rizábanse á impulsos del viento invernal con un corto oleaje, coronado de espumarajos amarillos. En el fondo del horizonte abriéronse las nubes, dejando al descubierto un pedazo de cielo libre, un lago de intenso azul, en el que flotaban como cisnes algunas vedijas de vapor. Por esta ventana del cielo se filtró un haz de rayos solares, un chorro de luz semejante al de una linterna, que enfocaba en su disco de oro pálido una parte del paisaje, mientras el resto quedaba en la penumbra. Á semejanza de los antiguos cuadros holandeses, pintados con rudos contrastes de color, cabrilleaba un pedazo de río con dorados reflejos en medio de las aguas oscuras, y se destacaba una colina, envuelta en glorioso esplendor, sobre las costas inciertas y borrosas por la bruma matinal.

En esta cumbre creí ver algo enorme que destacaba su blanco color sobre el tono rojizo de la barranca. Parecía una ciudad con altos edificios y esbeltas torres; pero tomé esta visión como un ilusorio capricho de los juegos de luz. Tenía los ojos acostumbrados á las po-



VISTA PANORÁMICA DE PARANÁ

blaciones monótonas y un tanto chatas de la tierra llana argentina, sin edificios salientes, con la monotonía del tejado de zinc, repetido hasta el infinito. Siguió avanzando el vapor. Cerráronse las nubes, y al apagarse el chorro luminoso que venía de lo alto, se perdió en la bruma la urbe fantástica, emergida unos instantes sobre el río, en lo alto de la costa... Otra vez se rasgó el encapotado cielo, dando paso á la manga solar, que saltaba de colina en colina, como el rayo movible de un reflector eléctrico, y de nuevo apareció la indecisa ciudad con su lejanía de ensueño, empezando á marcarse vagamente en su cima los contornos de torres y cúpulas. ¿Sería Paraná?... Sí. Paraná era.



PARANÁ. PARQUE URQUIZA (Puente para el paso del tranvía del puerto).

Estaba aún muy lejos; pero aquella masa de intensa blancura, festoneada de ramilletes verdinegros, en los que algunos reconocían jardines, era, indudablemente, la graciosa ciudad que durante algunos años sirvió de capital á la Confederación Argentina.

Media hora después la vi en todo su esplendor. Rasgáronse definitivamente las nubes, y el sol de la mañana reverberó en el enjalbegado de sus edificios. Era una ciudad semejante á las del viejo mundo, y evocaba con su aspecto el recuerdo de la colonización andaluza. Paraná la blanca, tiene la blancura de Cádiz y otras poblaciones del Mediterráneo, que parecen hechas con estearina petrificada. Las torres de su catedral y de otros edificios públicos, la altura de sus casas, hacen recordar á Toledo y á Segovia, á todas las viejas ciudades españolas situadas sobre una altura y con un río al pie. Pero ésta es más clara, más nítida que las monumentales poblaciones de Castilla; tiene un aspecto sonriente y gracioso, que pudiera llamarse meridional; la rodean frondosos jardines, y el río que corre á sus pies no es un río, es un mar encajonado, con revuelto oleaje en días de tormenta y horizontes infinitos entre las dos costas apartadas.

Desde el puerto se sube á la ciudad por un paseo de dulce pendiente, y al entrar en sus calles extrémase la semejanza de Paraná con las ciudades andaluzas. Es una Sevilla pequeña y señorial, con cierto aire de distinción y alegría que no se encuentra en otras poblaciones. Las ventanas, bañadas de sol, son jardines chicos, con floridas macetas en sus bordes.

Las casas están pintadas con tintas vivas y tiernas. En sus fachadas, esbeltas columnas sostienen la cornisa de festones graciosos. Cada plaza es un parque de frondosa arboleda. Los paseos de sus cercanías parecen más hermosos que los de Buenos Aires. Estos y otros de la República son mayores; pero no hay ninguno que pueda ofrecer un espectáculo comparable al que se goza desde sus plazoletas floridas, que se hallan á 60 ó 70 metros sobre el nivel del río. Desde estas terrazas se abarca, á tra-



PARANÁ. ENTRADA AL PARQUE URQUIZA

vés de la arboleda, el maravilloso espectáculo del Paraná con toda su esplendidez.

De cuantas ciudades existen en Argentina es la capital de Entre Ríos la que mejor puede servir de residencia á un poeta, á un artista, á un hombre de estudios. Se hallan en la República capitales más grandes, de vida más intensa y que se prestan mejor á la conquista del dinero; pero ninguna ofrece su ambiente gracioso y afable para una existencia de recogimiento intelectual, de vida dulce, de hermosos paseos y amoroso contacto con la Naturaleza.



PARANÁ. EL PARQUE URQUIZA. (Visto de lejos).

La capital entrerriana fué fundada en 1730 por españoles salidos de Santa Fé. Esta última población se halla en la opuesta orilla del río, y sus edificios alcanzan á verse, aunque vagamente, desde las torres de Paraná.

Durante siete años fué ésta la capital federal de la Confederación argentina, y á ello debe, sin duda, el aire de gran señora que aun conserva.



PARANÁ. IGLESIA DE SAN MIGUEL

Los representantes diplomáticos de las grandes potencias europeas residieron cerca de Urquiza, al que la victoria de Caseros y los trabajos de la reconstitución argentina habían dado un renombre mundial. Tuvo Paraná durante algunos años cierto semejante con aquellas ciudades del Renacimiento, en las que alrededor de un príncipe magnífico juntábanse las grandes intelectualidades de la época. Urquiza, director de la República, ciegamente obedecido por su ejército y dueño de extensiones que casi equivalían á un Estado, brillaba en Paraná, viendo en torno de su persona, confundidos con diplomáticos y generales, á escritores argentinos, como Alberdi; á sabios universales, como Martín de Moussy; á educadores, como Larroque, Jacques, Cosson, etc.

* * *

Cuenta Paraná actualmente con más de 30.000 habitantes. En 1825, cuando la visitó Darwin, sólo tenía 6.000. Es la ciudad más joven de la República, y, sin embargo, su breve período de gloria le ha dado un aire de distinción que falta á muchas de sus compañeras. Su plaza, llamada de 1.º de Mayo, es de aspecto monumental. La rodean numerosas construcciones de varios pisos, entre las que se destacan la Catedral, el palacio de la Municipalidad y algunos hoteles iguales á los de Buenos Aires. Su Escuela Normal goza de justo renombre, por haber estado siempre bajo la dirección de profesores competentes é ilustrados.



PARANÁ. PASEO RIVADAVIA

En Paraná hay varios teatros, numerosos Bancos, tranvías, teléfonos, molinos á vapor, fábricas de cerveza y otras bebidas. Su Club Social se halla instalado elegantemente. Existen, además, otras sociedades de recreo y beneficencia, argentinas, italianas y españolas. Los establecimientos de enseñanza ocupan bellos edificios, y en la Escuela Normal son notables la biblioteca y el gabinete zoológico. El palacio de Gobeirno presenta un exterior de noble suntuosidad. Las Cámaras se reúnen en amplios locales, y en los departamentos que ocupa el Poder ejecutivo existen algu-

nos cuadros de interés histórico que recuerdan los principales sucesos de la época de Urquiza.

Paraná es escala obligada de todos los buques que navegan por el río, y además se comunica diariamente con Santa Fé por medio de pequeños vapores. En las inmediaciones de La Bajada, ó sea junto á la ciudad, se explota un terreno calizo, formado de conchas fósiles, que proporciona una cal bastante apreciable. A esto se debe la blancura nítida y risueña que predomina en la mayor parte de los edificios.



PARANÁ. AFUERAS DE LA CIUDAD

El parque Urquiza es el más hermoso de sus paseos. La amplia avenida llamada de Rivadavia conduce á este jardín encantador. Desde sus mesetas se ve el Paraná extendido á los pies de la alta barranca y perdiéndose en el horizonte, como si fuese un mar. Entre la columnata de los árboles brilla la verdosa llanura, á las horas de sol, con un chisporroteo de oro. Por ella resbalan lentamente las goletas, con sus velas desplegadas, y el engaño de la distancia las hace semejantes á mariposas que volaran lentamente de árbol en árbol.

***

Tiene esta provincia los núcleos de población más importantes sobre las dos vías fluviales que le sirven de fronteras, ó al borde de sus ríos interiores.

La Paz, villa de algún movimiento comercial, á orillas del Paraná, posee Bancos, biblioteca, teatro, escuelas y buenos edificios. Diamante se halla también en el Paraná, en el lugar llamado Punta Grande, y goza de un continuo tráfico, funcionando en ella varias fábricas á vapor, destilerías, molinos, etc. Victoria, situada junto á un afluente llamado Paranacito, es importante por el número de su vecindario y su comercio en pieles.

Gualeguay puede llamarse una población de importancia á orillas del río de su mismo nombre. En su puerto hay fondeados siempre barcos de cabotaje que cargan los productos del país. La ciudad de Gualeguaychú, que toma también su nombre del río inmediato, ofrece un activo movimiento comercial, y en sus alrededores tiene establecidas numerosas colonias. El distrito de Gualeguaychú es el más agrícola de la provincia de Entre Ríos. Además existe Villaguay, población de grandes adelantos.

Las dos ciudades más importantes por su número de vecinos están en la orilla del río Uruguay, y son Concepción del Uruguay y Concordia. La primera, lla-

GUALEGUAYCHÚ. CASA DE LA MUNICIPALIDAD



GUALEGUAYCHÚ. EL PUERTO



VICTORIA. PALACIO MUNICIPAL



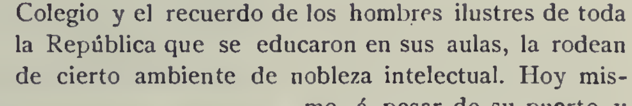
GUALEGUAYCHÚ. JEFATURA DE POLICÍA

mada simplemente Uruguay en el lenguaje corriente, fué residencia favorita del general Urquiza y capital de la provincia por algunos años. Tiene 15.000 habitantes y debe su importancia á un buen puerto y al ser estación terminal del ferrocarril entrerriano, que lleva á la costa los productos del interior. La presencia del general Urquiza dejó en esta ciudad grandes recuerdos. Obra suya son los principales edificios públicos, así como el famoso Colegio Nacional, llamado Colegio Histórico en toda la República. Posee amplias plazas, varias sociedades, buen alumbrado eléctrico, y todos los servicios públicos funcionan con regularidad.



PUERTO DIAMANTE

Ofrece Concepción el carácter especial de las poblaciones que se titulan universitarias, por deber su renombre á un centro de enseñanza. No es una Salamanca argentina ni puede compararse, por ejemplo, con la moderna ciudad de La Plata; pero la importancia histórica de su



Colegio y el recuerdo de los hombres ilustres de toda la República que se educaron en sus aulas, la rodean de cierto ambiente de nobleza intelectual. Hoy mismo, á pesar de su puerto y su comercio próspero, son los centros de enseñanza y su brillante personal docente los que la proporcionan el principal atractivo. En esta pequeña ciudad existen profesores de gran cultura, que explican sus cursos en el famoso Colegio, y por las tardes pasean á orillas del Uruguay, departiendo sobre temas literarios y filosóficos. Una juventud estudiosa llena las aulas. Por calles y plazas circulan, en horas de recreo, las alumnas de la Escuela Normal, con su uniforme de oscuro azul. Las profesoras pasan entre ellas con sus libros y cuadernos bajo el brazo. El espíritu entusiasta de Olegario Andrade, el gran poeta argentino, pare-



VILLAGUAY. ESCUELA GRADUADA



VICTORIA. PLAZA SAN MARTÍN

ce vibrar aún en esta ciudad, que cobijó los primeros años de su existencia, cuando era un pobre alumno del Colegio Histórico.

En Uruguay, lo mismo que en Concordia, mezclados con los argentinos, viven muchos orientales. La República Oriental está á unos cuantos kilómetros de distancia, en la orilla opuesta del gran río, y como las guerras son tan frecuentes en la tierra uruguaya, seguidas de persecuciones y proscripciones, abundan mucho en esta parte de Entre Ríos los emigrados de dicha nacionalidad. Viven al amparo de la bandera argentina, teniendo á la vista el suelo patrio, que gobiernan sus enemigos políticos. Uruguay y Concordia se hallan situadas casi enfrente, respectivamente, de Paysandú y Salto, las dos ciudades más importantes de la República Oriental, sobre el gran río. Los emigrados del partido *blanco* vegetan en los puertos entrerrianos, pensando á todas horas, con un apasionamiento tenaz, digno de la raza española, en los odiosos *colorados*, que se mantienen en el gobierno y hace varios lustros que los derrotan en todas las intentonas revolucionarias. Una corta navegación puede llevarlos rápidamente á las orillas de la patria: de aquí que á pesar de la vigilancia de las autoridades argentinas salgan de los puertos entrerrianos cargamentos de hombres y armas para las revoluciones orientales y persista latente en ellos una conspiración infatigable contra los gobernantes de la República Oriental.



VILLAGUAY. PALACIO MUNICIPAL

El río Uruguay, mucho más breve en su curso navegable que el Paraná, supera á éste en su parte inferior por el fondo y limpidez de las aguas. Frente á Concepción y la vecina ciudad oriental de Paysandú es un verdadero brazo de mar, surcado por buques de alto porte. Un poeta atribuyó á su curso el color del nácar, y la imagen es bastante exacta. El verde de las orillas, la densidad de las aguas, el reflejo del sol, el color del cielo, se descomponen en vagas y temblonas tintas, que dan á su superficie el iris de la madreperla. Frente á Uruguay y las valiosas obras de su puerto existen algunas islas cubiertas de frondosa vegetación. Los naranjos crecen en ellas casi selváticos, libres de todo cuidado, y asoman su perfumado ramaje por entre los cañaverales, que orlan como una cerca natural las riberas fangosas. Las goletas de cabotaje, ancladas junto á estas islas, al mover los mástiles con el lento cabeceo del río y tocar la arboleda cercana, hacen caer sobre sus cubiertas una lluvia de flores de azahar.

* * *

Concordia, cuya población es numéricamente igual á la de Concepción del Uruguay,



GUALEGUAYCHÚ. CASA DE JUSTICIA



CONCORDIA. ESCUELA MIXTA

tiene una importancia mercantil más grande. Su puerto es el más frecuentado del gran río, y en él termina la navegación de los buques de alto porte. Un poco más arriba el Uruguay resulta innavegable, por una caída de sus aguas que cierra el paso á las embarcaciones.



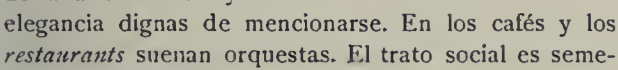
GUALEGUAYCHÚ. UNA CALLE

La Aduana de Concordia ocupa el cuarto lugar entre todas las de la República, dato que atestigua la importancia de su comercio. El aspecto de Concordia es el de una ciudad limpia, alegre y próspera en sus negocios. Tiene enfrente, en la otra ribera del río, la ciudad uruguaya de Salto Oriental; pero con ser ésta de gran importancia dentro de su país, no puede compararse con la progresiva Concordia.

Al desembarcar en ella causan excelente impresión sus grandes muelles, á los que están atracados los vapores que hacen una carrera fija por el río, y los numerosos veleros de cabotaje. La ciudad tiene amplias avenidas de edificios altos, plazas con arboleda, cultas sociedades y hoteles que pueden ser comparados con los de las capitales importantes. Todo da en ella una sensación de bienestar, de comodidad y confianza en los negocios. La Corporación municipal se halla instalada en un hermoso edificio; las escuelas tienen amplios é higiénicos locales. Se ven en los paseos carruajes lujosos, y las damas de la ciudad son de una distinción y una



CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. ESCUELA NORMAL



elegancia dignas de mencionarse. En los cafés y los *restaurants* suenan orquestas. El trato social es semejante al de las grandes ciudades. Diríase que Concordia, en vez de figurar simplemente como cabeza de distrito, es la capital de una provincia. Capitales de República hay en la América del Sur que no pueden compararse, por su aspecto exterior y su vida social, con esta pequeña y simpática ciudad de la provincia de Entre Ríos.

Sus habitantes, al mismo tiempo que se preocupan del desarrollo mercantil, prestan gran atención á los asuntos provinciales y nacionales. El vecindario de Concordia es muy culto y se afana en las horas de descanso por adquirir nuevos conocimientos. Se publican en la ciudad algunos diarios importantes y existen varias tiendas de



CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. EL MUELLE DEL TREN



CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. PUERTO INTERIOR


CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. UNA CALLE

provincia son Nogoyá, en el centro de ella; Rosario-Tala y Federación. Cerca de Concepción del Uruguay está San José, donde se conserva el palacio que ocupó Urquiza en medio de sus vastas posesiones, y donde fué asesinado.

Todos los pueblos y ciudades de Entre Ríos llaman la atención por la limpieza pública y las instalaciones de sus establecimientos de enseñanza. La vida en estos centros urbanos es amplia y muy culta: la gente tiene dinero y lo gasta en perfeccionar las comodidades de su existencia. Todos los pueblos están iluminados con luz eléctrica y muchos tienen tranvías. Sus sociedades de recreo se hallan instaladas con lujosa ostentación.

En el campo se han establecido numerosas colonias europeas, compuestas en gran parte de judíos po-

libros, así como nutridas bibliotecas en todos los centros sociales. La juventud recibe una educación patriótica. En las afueras de la ciudad se halla establecido el Tiro Federal, uno de los mejores polígonos de la República, al que acuden en los días festivos numerosos tiradores.

Concordia es el principal mercado de lanas de la provincia y el punto de salida de todos los productos de la zona entrerriana del Noroeste. Tal es la prosperidad de sus campos, que sólo con ellos podría sustentar el tráfico de su puerto. En torno de la ciudad existe una zona de colonias que abarca más de 8.000 hectáreas. A mayor distancia se halla la Colonia Yeruá, formada por el Gobierno Nacional, con una extensión de 45.000 hectáreas. Una de las principales industrias de Concordia es la vinicultura, que cada vez adquiere mayor incremento. Esta ciudad deja en el visitante un recuerdo simpático y un deseo vehemente de volver á ella.

Sobre el río Uruguay, entre Concepción y Concordia, está la ciudad de Colón, con excelente puerto natural, que sirve para exportar los abundantes trigos de su departamento y varios productos de ganadería. Otras poblaciones algo importantes de esta


CONCEPCIÓN DEL URUGUAY. CANAL DE ACCESO AL PUERTO


CONCORDIA. PLAZA DE 25 DE MAYO


SUCURSAL DEL BANCO DE LA NACIÓN


CONCORDIA. TIRO FEDERAL

lacos y rusos, protegidos por la Alianza Israelita. Esta población hebrea se modifica en Argentina con el cambio de ambiente. Los hijos de los judíos son al poco tiempo, en su aspecto y costumbres, campesinos entrerrianos iguales á los demás. Las hijas ofrecen un tipo muy atractivo y original: la gracia de las criollas se confunde en ellas con la blanca y carnosa languidez de su hermosura blonda.

La provincia de Entre Ríos goza de una vida intensa y puede subsistir por sus propias fuerzas sin necesidad de apoyos exteriores. Tanto es así, que en ciertos momentos de su historia


CONCORDIA. EL PUERTO INUNDADO

llegó á pensar en declararse independiente. Durante la época anárquica, su famoso caudillo, el general Ramírez, proyectó en 1820 la creación de la República libre de Entre Ríos. Muchos años después, tras la victoria de Caseros y la desaparición de Rosas, marchó Entre Ríos á la cabeza de la Confederación argentina, por ser la provincia más fuerte. Una rivalidad apasionada se entabló entre Buenos Aires y Paraná. La única envidia que pudo sentir Buenos Aires en el curso de su desarrollo se la inspiró Entre Ríos. Su apartamiento de la Confederación argentina obedeció, principalmente, al hecho de no poder transigir con los éxitos de esta provincia y los triunfos de Urquiza. Los partidarios de Buenos Aires fueron en una ocasión á sorprender, con las armas en la mano, las ciudades entrerrianas de la orilla del Uruguay, sin previa declaración de guerra. En los pueblos más atrasados de la provincia de Entre Ríos, la rústica juventud afilaba sus lanzas, ansiando el momento de que la llevasen «á matar porteños». Hoy apenas queda memoria de estos conflictos. Se extinguieron, afortunadamente, para siempre las rivalidades provinciales y los odios de tradición fomentados por el caudillaje. La República está unificada para siempre. Buenos Aires no pertenece á los porteños; es de todos los argentinos.

La provincia de Entre Ríos conquista nuevas glorias en el cultivo de las artes de la paz, y aun ha de llegar á mayores triunfos cuando proporcione á su territorio privilegiado lo único que le falta, y que es mayor población.


CONCORDIA. VISTA DE LA CIUDAD



CONCORDIA. CALLE ENTRE RÍOS

CORRIENTES

La provincia de Corrientes es una península fluvial. Por el Norte, el Oeste y el Este la rodean el Alto Paraná, el Paraná y el Uruguay: por el Sur, los riachos Guayquiraro, Mocoreta y otros la separan de Entre Ríos, que es su hermana gemela en el territorio que constituyen ambas con el nombre de «Mesopotamia Argentina». La faja de terreno que á modo de un itsmo une á Corrientes con el territorio de Misiones, es lo único que impide que esta provincia sea una isla enorme.

Al avanzar por los campos de Corrientes, el viajero va encontrando una América distinta á la que conoció en la Argentina del centro. Cambia el paisaje, se modifican las costumbres y hasta se transforma la raza. Sale al encuentro la América soñada por el europeo: la América subtropical, de clima cálido y vegetación exuberante.



LOS PALMARES CERCA DEL RÍO CORRIENTES

Corrientes tiene una extensión de 84.000 kilómetros, lo que la coloca en tercer lugar entre las provincias del litoral. De todas estas es la menos poblada, pues no pasa de 310.000 habitantes. El no ser mayor la cantidad de población se explica por la circunstancia de estar la provincia dedicada con preferencia á la ganadería, aplicando á su mantenimiento enormes áreas de terreno. La agricultura exige gran cantidad de población, y al pastoreo le basta con muy pocos brazos. Bien es verdad que por esto mismo mantiene á los pueblos en una situación estacionaria.

La riqueza ganadera de Corrientes es grande: Tiene 4 millones de ganado vacuno y 6 de caballar, lanar, etc. En total, 10 millones de cabezas de ganado, que se nutren con sus pastos naturales.

El suelo de Corrientes carece de alturas en su parte media. Más bien se asemeja á una superficie algo cóncava, cuyos bordes son las barrancas del Paraná y el Uruguay, las cuchillas entrerrianas y las sierras del territorio de Misiones. Como en su clima tropical son frecuentes las lluvias torrenciales, fórmanse grandes bañados y esteros al no encontrar salida las aguas. Así se explica la existencia de la misteriosa región llamada del Iberá, que no ha sido explorada todavía.

El clima de Corrientes es el de un país subtropical. El invierno parece una primavera fresca y agradable: en verano el termómetro indica temperaturas mayores de 40 grados; pero la atmósfera sufre rápidos descensos, y quedan atenuados un tanto sus ardores por la gran cantidad de vapor acuoso que hay en ella. Las lluvias son considerables. Puede decirse que la provincia de Corrientes recibe doble cantidad de agua que la mayor parte de las provincias argentinas.

El viajero que toma el tren en Concordia para dirigirse á Corrientes, da un salto, como si pasase de Europa á América. Lo que deja á su espalda parece casi igual al viejo mundo: lo que tiene enfrente es la verdadera América, la América tropical tantas veces admirada en los libros. Hasta el idioma va á cambiar. Las gentes populares, un tanto subidas de color y con rasgos fisonómicos que recuerdan los de los primitivos indígenas, hablan castellano con el forastero; pero entre ellas se entienden en un idioma de acento un tanto nasal, el idioma guaraní, que conservan los naturales de Corrientes, aunque algo degenerado por el uso.

Una gran mayoría de la población de esta provincia está formada de mestizos, producto del cruce de los guaraníes y los antiguos españoles. Estos guaraníes formaban, en tiempo de la conquista, un pueblo numeroso extendido por las riberas del Paraguay, el Paraná, el Alto Uruguay y todo el Brasil, llegando hasta los confines septentrionales de la América del Sur, pues también ocuparon las Guayanas. Con ligeras variantes, el idioma guaraní se hablaba desde Buenos Aires al Norte del Brasil, y desde la costa brasileña al Perú, comprendiendo el Paraguay.

Formaban los guaraníes pequeñas repúblicas sin

relación entre ellas. La estatura de estos indígenas resultaba menor que la de los españoles, siendo, además, anchos de cuerpo, carnudos y de una extraordinaria fealdad. Su carácter parecía sombrío y triste: hablaban poco y siempre en voz baja. Mostrábanse abatidos y de una melancólica dulzura; pero esto no impedía que devorasen á los españoles cuando hacían prisionero á alguno de ellos. Estos pueblos guaraníes, sometidos por la conquista y transformados superficialmente por la propaganda cristiana de los misioneros, formaron el principal núcleo de la República teocrática implantada por los jesuítas en sus colonias de Misiones.



CORRIENTES. COSTA DEL PARANÁ

Hoy el descendiente de los guaraníes, mezcla de indio y de español, parece que conserva algo de la tristeza silenciosa de sus abuelos indígenas. Como ellos, habla poco y en voz baja, y como ellos también, se bate en las revoluciones con un ardor salvaje, lo mismo que se batían los indios mansos de las Misiones cuando los azuzaban los jesuítas contra los criollos enemigos de la Orden.

Los indígenas de Corrientes, después de un siglo de independencia nacional y de vida republicana, guardan los mismos hábitos exteriores de sumisión que poseían sus ascendientes. Cuando trabajan en una estancia, viven en ella años y años, transmitiéndose el puesto de padres á hijos. Tratan al dueño con un respeto casi religioso; igual que sus abuelos, cuando hablaban con el padre jesuíta encargado del mando de una Reducción. Yo los he visto por las mañanas, antes de dirigirse al trabajo, ir en busca del dueño de la estancia é inclinarse ante él, con el sombrero en la mano, próximos á arrodillarse.

— ¡La bendición, patrón!

Y el patrón los bendecía, pidiendo á Dios que los hiciese unos santos.

Todo esto no impide que cuando el guaraní se considera ofendido, sienta propósitos de venganza silenciosa y espere años enteros para corresponder con una cuchillada á las bendiciones recibidas.

* * *

La parte Sur de la provincia de Corrientes, que linda con la de Entre Ríos, se diferencia poco en su aspecto de esta última. El departamento de Curuzú-Cuatiá, fronterizo á Entre Ríos, es uno de las más extensos de la provincia de Corrientes. Abunda en maderas, y sus habitantes se dedican á la ganadería. Tiene varios pueblos de alguna importancia, y la cabeza del distrito, Curuzú-Cuatiá, es una ciudad próspera, en la que empiezan á implantarse valiosas reformas urbanas, gracias á la iniciativa de sus autoridades.

Curuzú-Cuatiá lo fundó Belgrano al salir por primera vez á campaña en su infructuosa expedición al Paraguay. Era una toldería de indios, y su nombre significa en guaraní «cruz blanca» ó «cruz de papel», que en esto no andan acordes las opiniones. Tiene, como todos los pueblos ricos de la Argentina, amplias calles con alumbrado eléctrico, buenos edificios con columnas griegas en las fachadas, una soberbia casa para escuelas, una gran plaza con jardín, y en el centro el monumento patriótico, repetido en casi todos los centros urbanos: una esbelta columna, y sobre su capitel la imagen de la República. Aparte de todo esto, que se encuentra en las demás poblaciones, ofrece Curuzú-Cuatiá, para el que llega por primera vez á su región, la novedad de que la gente popular que pasa por las calles tiene en su aspecto algo extraordinario que la diferencia de los campesinos vistos en las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos. Los rostros son anchos de pómulos, con la tez pálida y cobriza. Abundan



CORRIENTES. UN CAMPAMENTO DE INDIOS VENDEDORES (Cercanías de la ciudad).

los pies descalzos; otros los llevan metidos en unos zapatos de punta ligeramente encorvada, semejantes á los que usan los pueblos orientales.

El peón correntino ofrece en su indumentaria un notable parecido con el turco del populacho. Viste, como él, amplios calzones sujetos al tobillo; faja y chaqueta casi idénticas á las usadas en Constantinopla. La tez, de color obscuro, los ojos de mirada fija y la boca silenciosa, parece que están reclamando el ser coronados por un gorro rojo, como el de los orientales. Una gran parte de los correntinos del pueblo usan amplios sombreros; otros se cubren con la boína vasca, pero de un rojo encendido, hecha de estambre, adornada con botones y rematada por una gruesa borla.



PEQUEÑA CASCADA EN LAS CERCANÍAS DE CORRIENTES.

Al anochecer, después del trabajo, se ven en las calles de Curuzú-Cuatiá, cerca de los despachos de bebidas, grupos de mestizos, que permanecen inmóviles, mirando al que pasa ó no mirando nada, y que de tarde en tarde cruzan entre ellos algunas palabras en idioma guaraní. La población de Curuzú-Cuatiá es, sin embargo, dentro de sus límites urbanos, de procedencia europea. Existen familias acomodadas que llevan varias generaciones de vida argentina y poseen ricos campos en el distrito. Por las noches, alguna compañía de actores trashumantes anuncia función en un teatro improvisado en el edificio de las escuelas, y se ven en las calles grupos de señoras vestidas con trajes lujosos adquiridos en la lejana Buenos Aires. Los tocados de plumas soberbias, las capas elegantes, las faldas con reflejos metálicos, pasan por las aceras de polvoriento ladrillo junto á los grupos de mestizos, que no llevan zapatos. El comercio de la población y una parte de la industria ganadera, están en manos de los italianos y los españoles. Entre los argentinos de Curuzú-Cuatiá hay hombres muy cultos que aprovechan la monótona calma en que vegeta este pueblo para dedicarse á la lectura.



CORRIENTES. PUNTA NORTE

Tiene la provincia de Corrientes, en las orillas del río Uruguay, los departamentos titulados Monte Caseros, Paso de los Libres, San Martín y Santo Tomé. En Paso de los Libres murió el célebre naturalista Bompland, compañero de excursiones científicas de Humboldt. En el departamento de San Martín está el antiguo pueblo de Yapeyú, donde nació el famoso general San Martín. También existe otro pueblo llamado Alvear, porque en él nació el general Alvear, compañero de armas del anterior. Las diferencias entre España y Portugal por cuestión de límites, habían obligado al Gobierno de Madrid, en el último tercio del siglo XVIII, á enviar á esta parte poco explorada del virreinato del Río de la Plata una comisión de militares y marinos ilustres, encargados del estudio y deslinde de la citada frontera. Así se explica que hombres tan ilustres y de distinguidas familias militares como San Martín y Alvear, naciesen en pueblos casi abandonados de las antiguas Misiones, que ha habido que reedificar luego.

Los campos que se encuentran en el camino de Curuzú-Cuatiá, al interior de la provincia de Corrientes, son muy fértiles y sirven para la manutención y engorde del ganado. El trébol y toda clase de gramíneas cubren la tierra con un manto de verdor. Cada lluvia da nuevas fuerzas al suelo, y las lluvias son frecuentes. Hasta llegar á Mercedes se encuentran en el camino las mismas cuchillas que en la provincia de Entre Ríos; largas lomas, cubiertas de pasto, que se extienden en ondulaciones más ó menos pronunciadas hasta perderse en el horizonte. Sobre estas alturas aparece, de vez en cuando, la mancha clara de un edificio, entre grupos de árboles. Es una estancia correntina, un campo de engorde lleno de pequeñas reses, que se destacan como

una erupción multicolor sobre la verde epidermis de las praderas.

No se encuentran todavía en esta región bañados ni esteros. Cuchillas y más cuchillas, todas cortadas en formas diversas é irregulares, desfilan en dirección opuesta á la del tren. Alambrados y setos divisorios separan las *tropas* de las estancias; rebaños vacunos con la cara blanca, característica de la nobleza de la raza de los Hexford; con la cabeza pequeña, casi sin cuernos y el lomo formando ángulo recto con la grupa carnuda, signo de los Durham; ó cornilargos, esbeltos, resistentes y ligeros, como lo es el toro criollo, mejor adaptado al medio. Entre las tropas vacunas avanzan cual copos de algodón los rebaños de ovejas y corren las tropillas de caballos, con la crín suelta y la cola horizontal, asustados por el estrépito del tren.

Nada de bañados, esteros, ni lagunas: los árboles son pocos y la agricultura no existe. El suelo en esta parte de Corrientes no se presta al cultivo, por ser la



MESTIZA EUROPEA-CRIOLLA ORDEÑANDO UNA VACA

capa de humus de pocos centímetros. El territorio de la provincia está partido diagonalmente por la laguna Iberá que es, casi por su extensión, un mar interior, y el río Corrientes, que le sirve de desagüe. Esta línea acuática divide la provincia en dos zonas, semejantes á dos grandes triángulos invertidos. Viniendo del Sur, la región que se encuentra antes de llegar al río Corrientes puede llamarse la región de la piedra, pues ésta se encuentra sólo con cavar unos cuantos centímetros. Al otro lado del valle de Corrientes es donde se halla la región de aluvión, la más rica de la provincia. Sin embargo, esta región de la piedra, abundante en canteras de granito, sirve para la ganadería, pues su capa de tierra vegetal produce excelentes pastos, lo que hace que los campos suban en ella de valor considerablemente.

La lluvia, pródiga en estos terrenos, sostiene su prosperidad. Solamente unos cuantos riachos se deslizan por los cauces pétreos; pero son corrientes que se secan apenas han cesado las lluvias. Algunos campos,



UNA ESTANCIA ANTIGUA

cubiertos de tortuosos espinillos, señalan la bondad del suelo para la cría de la oveja.

El aspecto del país no cambia hasta llegar á las proximidades de la laguna Iberá y el río Corrientes, donde están los famosos montes de Payubre, refugio en otros tiempos de bandidos y revolucionarios fracasados. En sus espesas arboledas abundan el espinillo, el ñandubay, el lapacho, el jacarandá, el laurel y otras maderas utilizables.

En este lugar, divisorio de las dos zonas, hay una población importante: Mercedes, ciudad rica, que por su aspecto y su vecindario se asemeja mucho á las de la Argentina central. Tiene hermosas plazas, jardines y grandes establecimientos de comercio. La colonia italiana ha construído un hermoso edificio, que se habilita como teatro, y la española es muy numerosa, figurando al frente de ella ricos comerciantes y estancieros.

Se han realizado en Mercedes valiosas reformas urbanas. Su edificación llega á ser suntuosa en algunas calles y todos los servicios públicos se hallan bien atendidos. Pero la nota característica de su actividad es el cariño con que atiende á los establecimientos de enseñanza.

El amor á la instrucción, tan generalizado en toda la República, aparece aún más vehemente en esta ciudad correntina. Su vecindario se halla dividido en dos partidos por las luchas provinciales, como en casi todos los pueblos; pero las dos agrupaciones adversas se



UNA ESTANCIA MODERNA



HIJAS DE EUROPEOS EN UNA ESTANCIA DE CORRIENTES

combaten extremando sus cuidados por la instrucción pública, para superarse la una á la otra. Las escuelas salen beneficiadas de esta lucha, viéndose perfectamente atendidas y en un estado floreciente. La población escolar de estos centros de cultura es objeto de una educación intensa. Muchos niños de origen mestizo, que viven en los suburbios, reciben mejor enseñanza que los de los barrios obreros de las ciudades de Europa. La colonia española de Mercedes se preocupa mucho de la instrucción, y sus principales individuos, los señores Cadenas, Agulló, Durán, Herrero y otros, protegen determinados establecimientos de educación.

La vida habitual de Mercedes refleja el bienestar económico de la ciudad. Hay en ella amplios hoteles, sociedades bien instaladas y bandas de música, que toman parte en todas las fiestas.

* * *

Al salir de Mercedes disminuye la altura de las cuchillas. El tren pasa entre campos de espinillos, que explotan los leñadores, formando á ambos lados de la vía enormes montones de troncos. También se ven los hoyos profundos de las *bizcacheras* y grandes hormigueros, que son cúpulas de barro de dos metros de altura. En la llamada «Cuesta paraguaya» desciende el tren con rapidez hasta encontrar al magnífico puente sobre el río Corrientes. Este puente, de tres tramos, es uno de los mayores que se conocen, pues con el viaducto unido á él, alcanza la enorme extensión de 52 kilómetros. Bien se necesita para cruzar los amplios bañados, que en época de inundaciones abarcan una extensión de varias leguas. Al pasar este puente gigantesco sobre el río Corrientes, desagüe de la misteriosa laguna Iberá, se entra en la región más pintoresca de la provincia, en la región aluvional, en la verdadera América soñada por los europeos, con sus árboles seculares, sus loros y sus palmeras. Cesa la monotonía de las cuchillas verdes, perdiéndose en el horizonte. En los grandes bañados se ven los primeros cocodrilos ó *yacarés*, inmóviles bajo el sol como troncos rugosos: el carpincho nada tímidamente en unas aguas, pobladas para él de voraces enemigos: las gentes del país que van en el tren sonríen con cierta conmiseración cuando el forastero les pregunta acerca de la abundancia de reptiles en estas tierras de esplendores tropicales.

Más allá de los bañados existen campos de pastoreo, con una vegetación de gran altura, interrumpida á trechos por arroyos y lagunas. Estos brillan bajo el sol como espadas de gigantes y enormes escudos perdidos en la hierba. El *yatai* forma extensos bosques, ondeando en lo alto de su esbeltez de palmera, á 7 ú 8 metros del suelo, un monojo de plumas verdes, que, luego de remontarse en el espacio, caen desmayadas. Ranchos con techumbres de palma negra y casitas de albañilería asoman entre grupos de naranjos. La exuberante vegetación arborescente refleja sus copas en pequeñas lagunas que parecen trazadas á compás, semejantes muchas de ellas á palanganas empotradas en el suelo. Sus aguas cristalinas permiten ver á gran profundidad la arena menuda del fondo.

Entre los campos de pastoraje hay otros incultos, en los que surge la «escoba», planta que revela la aptitud del suelo para la agricultura. En las tierras altas crecen bosques de madera blanca con abundantes laureles, lapachos, canelones y timbús. En los bañados impera el duro quebracho, de tan inalterable resistencia, que se han extraído trozos que llevaban bajo el



CORRIENTES. AFUERAS DE LA CIUDAD



UNA CALLE DE CORRIENTES

agua algunos siglos sin notarse en ellos el menor síntoma de putrefacción.

En estos bosques se cría la llamada «flor del aire», planta parásita que sólo necesita para vivir el contacto con un tronco y la humedad de la atmósfera, y que produce hermosas orquídeas blancas, azules ó rosadas. Algunas palmeras viven bajo los apretados anillos de esta serpiente vegetal, que tiene por escamas preciosas flores. En los riachos y lagunas crece entre el camalote la preciosa «victoria regia», cuyas hojas parecen sobre la superficie del agua enormes platos de carnoso verde. Una gran variedad de flores indígenas de suaves tintas se esparce en las orillas. Jazmines multicolores, lirios, resedas y otras plantas aromáticas borran en el ambiente el hedor de las aguas muertas y caldeadas por el sol.

Pero lo que mayor asombro causa al viajero es el naranjo; un naranjo enorme, monstruoso, como no lo puede concebir la imaginación antes de haber visitado estas tierras. Yo he nacido en el país de Europa que posee naranjos más hermosos y abundantes, en Valencia, donde este fruto es materia de una considerable exportación. Campos de leguas y leguas están cubiertos en ella de frondosos naranjales, y, sin embargo, al llegar al pueblo de Saladas, en la provincia de Corrientes, y contemplar sus naranjos famosos, confieso que experimenté la extrañeza que acompaña á toda visión absurda é incomprensible. Eran como catedrales de verdura, pirámides de follaje, torres vegetales de diez metros, que abarcaban en el diámetro de su copa una considerable porción de terreno.

Los naranjos correntinos no necesitan, como los de Europa, de un continuo y sabio cuidado para prosperar. No cuentan con otro riego que el de la lluvia; crecen abandonados, pues el hombre sólo se preocupa de ellos para arrancarles el fruto, y, sin embargo, los hay que dan 3.000 ó 4.000 naranjas por año.

Un artista, al llegar á esta región, cree entrar en su verdadera patria. Ha dejado atrás las grandes ciudades del Río de la Plata, hermosas, pero de escasa originalidad, pues recuerdan en todo á la civilización europea. Sus ojos, fatigados por la monotonía de las ricas llanuras cubiertas de mies, se rejuvenecen con la variedad de este paisaje tropical, en el que la vegetación parece que zumba repitiendo el hervor ardoroso que late en sus entrañas. Rájase la corteza á impulsos de la ebullición de la savia; las plantas parásitas se tienden de tronco á tronco como serpientes vegetales; las orquídeas se agarran á las ramas, dejando pender sus pabellones floridos; la palmera se remonta por el cielo como un cohete, estallando en lo alto el éter azul con un chorreo de penachos; el naranjo expone á la luz sus cápsulas de miel, envueltas en esferas de oro, entre hojas oscuras y barnizadas, árbol epitalámico, que esparce en el ambiente un perfume nupcial. Y en esta vegetación exuberante, una fauna alada picotea los frutos y estremece las hojas con el roce juguetón de sus plumas.

Las garzas de distintas variedades vuelan en torno de las copas de los lagos. Unas son de plumaje blanco, otras negras ó de matices chillones. El *tucá*, más que un ave, es un pico; un enorme pico amarillo pegado á un pájaro negro que casi no puede sostenerse en pie, como abrumado por el peso de este apéndice. El *terotero*, centinela insorprendible, vivo y nervioso, prorrumpe en gritos de alarma apenas presiente la vecindad de un peligro. El zorzal imita con sus gor-

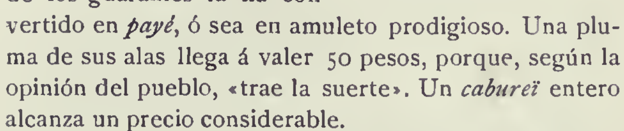


MERCEDES. AFUERAS DE LA CIUDAD

jeos el trino del ruiseñor; las perdices y martinetas, gordas algunas de ellas como gallinas, vuelan sobre los campos bajos. El loro multicolor descansa en las ramas, cerca de los cardenales, los colibrís y las *vinditas*, de blanco plumaje. El *bien te veo* imita la voz humana hasta el punto de que en el interior de la selva cree muchas veces el caminante que alguien le está llamando á sus espaldas. Los grandes pavos de monte unen su oscuro plumaje á esta variedad de pájaros de brillantes colores. Abundan las lechuzas, desde la llamada *ñacurutú*, grande y fea, hasta la lechuza común. Una lechuza pequeña, de ojos vivos, titulada *cabureï*, llama la atención por lo rara, y la superstición de los guaraníes la ha convertido en *payé*, ó sea en amuleto prodigioso. Una pluma de sus alas llega á valer 50 pesos, porque, según la opinión del pueblo, «trae la suerte». Un *cabureï* entero alcanza un precio considerable.



CORRIENTES. RIBERA DEL PARANÁ (Inmediaciones de la capital).



Una gran variedad de insectos pulula en esta vegetación. Aletean en los bosques mariposas blancas, amarillas, rojas, sangrientas, azules, é insectos de metálica armadura, con reflejos de oro y helictros de gasa. Las hormigas voraces invaden muchas veces el cuerpo del que se detiene á descansar confiadamente en algún rincón hermoso de la selva. Los mosquitos llamados «polvorines» acometen al admirador de la naturaleza con sus picaduras ponzoñosas y le hacen abandonar á toda prisa los bosques y pantanos, de frondosa vegetación, tan hermosos como molestos.

En la selva correntina existe un árbol de antipática y mortal exuberancia: el llamado higuerón, ó *higuapo-hú* en idioma guaraní. Es un árbol alevoso y cruel, que parece poseer un alma humana. Los loros, al detenerse en las copas de los *yatais* ó palmeras para comer sus frutos, llevan con ellos, sin saberlo, la simiente del higuerón, que dejan en sus hojas. La atmósfera ha depositado entre estas hojas una pequeña cantidad de tierra, que humedece la lluvia. Ésta y el calor solar se encargan de hacer florecer la siembra de los loros, y en la copa del *yatai* nace al poco tiempo una fina enredadera, que el viento hace oscilar. La enredadera, débil y frágil, va rodeando el tronco en amoroso abrazo, hasta que alcanza el suelo. Una vez lo toca, echa raíces y se transforma en árbol. Entonces la esbelta y tímida enredadera engruesa considerablemente y su contextura se hace leñosa. Las espirales, antes tiernas y quebradizas, se robustecen, apareciendo como un tronco de parra unido al de la palmera. Se extienden más sus raíces en el subsuelo y aumenta entonces el volumen de sus anillos, convirtiéndose en una verdadera boa constrictor, que con sus espirales leñosas oprime al pobre yatai, que le dió vida y apoyo cuando era débil. Sigue en su enroscamiento y constricción, hasta que la pobre palmera, oprimida y estrangulada, desfallece, se seca, y muere en el interior del nuevo árbol, salido de ella para ser su verdugo.



CORRIENTES. PUNTA DE SAN SEBASTIÁN

La primitiva enredadera ha confundido ya sus anillos leñosos en un solo tronco, cuyas ramas se extienden por todos lados. Sólo en su vértice unas hojas de palmera, secas y muertas, que esperan un huracán para esparcirse, revelan la tragedia vegetal que acaba de realizarse. El resto, ó sea el tronco, queda sepultado para siempre en leñosa mortaja, dentro de las entrañas del gigante asesino. Diríase que este higuerón alevoso y cruel, modelo de ingratitud, tiene una alma humana. Los correntinos de buen humor aseguran que este árbol traicionero y voraz es pariente cercano de muchos políticos, y que repite sus hazañas en el mundo vegetal.

El higuerón, que según algunos puede dar un producto de un 30 por 100 de caucho, alcanza proporciones excepcionales. Los hay de ellos que, más que árboles, parecen bosques. Generalmente adoptan la figura de un colosal paraguas abierto, y á su sombra puede cobijarse, con toda amplitud, medio escuadrón de caballería. El diámetro de su copa es de 40 ó 50 metros.

El ombú alcanza también en Corrientes grandes proporciones, sobre un alto pedestal formado por sus raíces. El lapacho ondea por encima de las selvas; su copa, de un rojo amoratado

cuando llega la primavera; el jacarandá se cubre de flores violáceas y azules; el algarrobo, de amplio ramaje, proporciona igual fruta que en España, utilizándose ésta como pasto. Además, la emplean los indios para fabricar una bebida espirituosa que les embriaga. El *samohú* ó palo-borracho, con el tronco semejante á una tinaja cubierta de espinas, ofrece entre su follaje grandes copos de algodón; pero éste es de fibra tan corta que no puede utilizarse. El guayabo y el agüey proporcionan sabrosas frutas para conservas dulces. Otros muchos árboles crecen en estos bosques, divididos en dos clases: los de «madera blanca», que sirven para la construcción y la ebanistería, y los de madera dura, verdaderas minas vegetales; especialmente el quebracho, objeto de rica explotación.

Cerca de Corrientes, en las riberas del Paraná, los pueblos son jardines paradisíacos. Apenas se distinguen los edificios. De lejos sólo se ve un gran bosque de naranjos, cortado por calles y avenidas. Tras un examen más atento se distinguen las blancas viviendas, bajo el ramaje de los árboles. No se componen estos pueblos de casas con jardín, sino de jardines con casas. La villa de Empedrado es uno de los lugares más hermosos de la América del Sur. Algunos capitalistas de Buenos Aires proyectan convertir este cálido paraíso en una estación invernal, equivalente á lo que es Mar del Plata en el verano.

Las violetas de Empedrado parecen inverosímiles por su tamaño y su perfume.

En toda esta parte de la provincia corre el tren entre altos maizales y alfalfares; campos de mandioca y de batata; cultivos de algodón, con sus copos, que parecen de nieve, y espléndidos tabacales de anchas hojas, caídas á ras del suelo.

* * *

La ganadería es la riqueza principal de Corrientes. Sus campos mantienen 10 millones de reses bovinas, ovinas y caballares. Se escribe y se repite fácilmente esta cifra de 10 millones, sin que la imaginación llegue á



SELVA DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES



EL HIGUERÓN (Iguapo-hú).

formarse un concepto aproximado de lo que representa. Unicamente cuando se pasan días y días corriendo campos de pastoreo, viendo tropas de vacas y de ovejas que se pierden en el horizonte, y se oye que este tesoro animal sólo representa un conjunto de 200.000 ó 300.000 cabezas, es cuando se columbra lo que significa en importancia la cifra de 10 millones de reses.

¡Y la República Argentina tiene 40 millones de toros, 10 de caballos y mulas y más de 100 millones de ovejas!...

Recuerdo que una tarde, paseando á orillas del Paraná, por el hermoso parque correntino, hablaba de esto con el doctor Antonio Pont, notable médico español, autor de varios estudios profesionales que han obtenido grandes éxitos en los Congresos científicos, y que hace más de veinte años reside en la provincia de Corrientes, siendo un entusiasta de la República Argentina y su maravilloso suelo.

— Parece una fábula — decía el ilustre doctor —, un cuento de *Las mil y una noches*, que los millones de cabezas vacunas existentes en las regiones del Plata desciendan de aquellas siete vacas y un toro que se trajeron de España al Paraguay. Hay que imaginarse el esfuerzo que representó esta hazaña civilizadora de los españoles; la traslación de los ocho animales en uno ó dos barcos de los de entonces, que no llegaban á tener 100 toneladas, y en los cuales los hombres vivían amontonados, mal comidos y sufriendo el tormento de la sed, pues el tamaño de las carabelas no permitía grandes aprovisionamientos. Hay que pensar en lo largo de la navegación, en la cantidad de pasto que había que almacenar en la cala para los animales viajeros, y en que cada uno de éstos consumía de 30 á 50 litros de agua diariamente. También parece una fábula que toda la caballada argentina, que llegó á tener tropas salvajes de 8.000 y 10.000 baguales corriendo en libertad por las pampas, descienda de las cinco yeguas y siete caballos que dejaron abandonados los primeros pobladores de Buenos Aires. Igualmente es inaudito que los 100 millones de raza ovina que existen en la actua-



CORRIENTES. ÁRBOLES DE PALO BORRACHO

muchos pueblos, aun en las naciones más adelantadas del viejo mundo, que sólo saben de oídas lo que es carne de vaca.

Los labriegos y los artesanos no pueden proporcionarse este alimento, y los médicos han de luchar en los hospitales con anemias, raquitismos y tuberculosis, que proceden, en los más de los casos, de la falta de nutrición. Leyes de torpe proteccionismo para las ganaderías insignificantes de Europa, encarecen y dificultan en las Aduanas la entrada de la carne que aquí sobra en proporciones enormes y no encuentra aplicación. Este absurdo económico, ¡qué de daños causa!... Abriendo las fronteras, las masas desheredadas de algunas naciones de Europa (por ejemplo, España) se alimentarían mejor. Hasta se reformarían las costumbres en un sentido moral, pues muchos individuos podrían librarse de los peligros de la embriaguez al buscar en la carne y no en el alcohol un aumento de sus fuerzas. Existen en España provincias enteras que se alimentan con bacalao y toda clase de salazones de procedencia marítima. ¿No sería mejor para su nutrición el tasajo (carne seca) ó la carne congelada de los frigoríficos, que es casi igual á la carne fresca? . . . Todo hombre de sentimientos generosos no puede ocultar su extrañeza y su indignación cuando aprecia los obstáculos que los hombres oponen á la vida de los hombres; cuando ve tanta abundancia de carne sin aprovechamiento y piensa en los millones de seres que existen al otro lado del Atlántico, mal nutridos y preparados desde que nacen para la tisis y el alcoholismo.

lidad desciendan de unas pocas ovejas y cabras importadas por Núñez de Chaves en 1550.

Yo asentía á las palabras de mi amigo. Sí; parecía un cuento maravilloso, un relato oriental de hadas y genios, este crecimiento enorme realizado en poco más de tres siglos. Las importaciones de reses de castas selectas verificadas en los últimos años han mejorado la ganadería criolla, pero no aumentaron visiblemente su número. Este ya era fabuloso á principios del siglo XIX, antes de que se iniciase dicha importación. El desarrollo inmenso de la ganadería argentina es la mejor prueba de la riqueza de este país de prodigios. Parece imposible que unas cuantas reses trasladadas de un lado á otro del Atlántico, con una inciativa civilizadora, que bien puede llamarse heroica, hayan podido llegar á tan maravillosa multiplicación.

La ganadería de Corrientes sufre algunos quebrantos por escasez de ventas. Yo he conocido á esta provincia en malos momentos para ella; cuando guardaba en sus estancias un excedente de un millón de novillos, no vendidos en la «zafra» anterior. Calculando á 30 pesos nacionales el valor de cada novillo, eran 30 millones de pesos los que estaban fuera de la circulación general por haberse quedado dichas reses sin compradores. Como es consiguiente, la falta de 30 millones en el ingreso de la provincia quebrantaba su vida económica, haciendo sentir las consecuencias á todos los correntinos, desde los más humildes hasta los que ocupaban el gobierno. La crisis ganadera ha producido el hecho anormal de que siendo la provincia de Corrientes una de las más privilegiadas por su suelo, su clima y sus productos, se dirijan á ella muy escasos inmigrantes. Antes al contrario, hay una emigración de Corrientes á las otras provincias, trasladándose los correntinos especialmente á Santa Fé, el Chaco, Misiones y algunos al Paraguay.

Produce cierta emoción ver tanta carne almacenada en los prados y sin aprovechamiento, por no encontrar compradores, cuando se llega de Europa, donde millones de seres viven privados de tal alimento. Existen

Varias causas han influído en las crisis que sufre la ganadería correntina. La poca estabilidad política y la tradición revolucionaria que caracterizaron á esta provincia hasta hace poco tiempo, han ejercido cierta influencia en tales crisis; pero la causa más importante es la extensión, cada vez mayor, de los ferrocarriles argentinos, que modifica la antigua ley comercial de la República. Hasta hace algunos años, el tráfico más importante seguía el curso de los ríos, especialmente del Paraná. La ganadería de Corrientes se hallaba entonces cerca de la arteria comercial de mayor movimiento y en contacto con la exportación. Ahora el riel ha esparcido por toda la República la fiebre exportadora.

Además, cuando no había más camino que el fluvial y los campos de tierra adentro vivían faltos de comunicaciones y bajo la amenaza del indio, la inmigración europea seguía Paraná arriba, hasta llegar á Corrientes, estableciéndose en sus campos. En la actualidad el ferrocarril toma el inmigrante en Buenos Aires y lo lleva á los puntos más extremos de la República. La vía férrea ha cambiado el centro de gravedad del país. En

otro tiempo la actividad se esparcía por las riberas de los grandes ríos, hasta llegar á las fronteras del Norte. Actualmente, por el contrario, la vida tiende hacia el Sur, y en treinta años ha creado un sinnúmero de ricas y populosas ciudades entre Buenos Aires y Bahía Blanca.

Al ver Corrientes sus reses buscadas por la exportación, se dedicó á la ganadería, olvidando casi la agricultura. Á esto se debe la vida patriarcal de esta provincia, semejante á las de las tribus de pastores de los relatos bíblicos. La vaca, origen de casi todas las riquezas del país, es reina y señora de Corrientes.

Necesita esta provincia ser menos ganadera y más agricultora, remediando de este modo las crisis que ahora le afligen cuando flojea la exportación de carnes. La vaca, triunfadora, ocupa tierras de pan llevar, que darían mejor producto dedicadas á la manutención del hombre. La ganadería se desarrolla á expensas de los hijos del país, que muchas veces tienen que emigrar. El hombre vale menos que la res y se ve desalojado por ella. Hora es ya de dar á la vaca lo que es de la vaca y al hombre lo que le pertenece de derecho.

Las tierras apropiadas para la ganadería se hallan antes de llegar al Iberá, viniendo del Sur, ó sea en la región de las cuchillas. Desde el río Corrientes á las costas del Paraná, en toda la región aluvional, debe imperar la agricultura. Este suelo fértil, que representa cientos de leguas y hoy sólo da pastos, puede sustentar centenares y centenares de colonias, que transformarían la provincia, proporcionándola nuevas riquezas. Los contados establecimientos que hoy existen de caña de azúcar, de tabaco, de algodón, demuestran los tesoros que podrían extraerse de esta tierra estableciendo colonias de inmigrantes que aportasen el capital de sus brazos y su actividad. No existiría en toda la Argentina un vergel tan abundante y precioso como esta tierra tropical, erróneamente entregada al toro y á la oveja.

La misma ganadería ha adelantado poco, y, salvo honrosas excepciones, se encuentra como en tiempos del coloniaje. En los departamentos del Sur, que son los únicos aptos para la ganadería, se han hecho hábiles trabajos en lo referente á mestización y mejoramiento de la raza, con un éxito completo. En Curuzú-Cuatiá, en Mercedes y otras poblaciones del Sur, los rebaños son cuidados casi tan hábilmente como en las mejores provincias ganaderas. En el Norte, cerca de Goya, hay estancias á la moderna iguales á las de Buenos Aires; pero á pesar de esto, las opiniones de los ganaderos correntinos muéstranse todavía divididas en punto á reformas.

El problema de la mestización lo resuelven instintivamente, ó por medio de empirismos, sin un estudio serio de las razas y los pastos. Unos tienen su candidato indiscutible en el toro «Durham», en extremo precoz, ya que á los dos años puede venderse y á los tres alcanzan los novillos un peso de 600 ó 700 kilos. Bien es verdad que este animal, que es á modo de una fábrica ambulante de carne, parece abonado fatalmente á la epizootia y otras enfermedades, por falta de resistencia para las luchas que trae consigo la vida al aire libre, en estado casi salvaje. Otros defienden el toro «Hexford», que es menos precoz y no alcanza tanto peso como el anterior, pero resulta más fuerte. Algunos se mantienen en el término medio, mostrándose partidarios de la raza «Angus», toro mocho, que aventaja al Durham en la resistencia y al Hexford en el peso. Cada admirador hace la apología de sus bestias favoritas á costa de la raza criolla, del toro colonial, parecido al español, de formas elegantes y una resistencia asombrosa, que vive en cualquier parte, se mantiene con lo que encuentra, resiste mejor que todos sus congéneres las enfermedades, el hambre y la sed, pero que por sus mismas condiciones de vigor y agilidad es enjuto, y á los cuatro años no alcanza más que 200 kilos de peso. Por esto el toro criollo, hermoso, elegante y bravo, desaparecerá fatalmente, vencido por los animales que reclama la exportación; bolas informes de sebo y carne, sostenidas por un débil esqueleto, que rumian su pasto mansamente, fabricando como á máquina nuevos amontonamientos de células musculares y grasosas.

La agricultura correntina tiene establecimientos notables; pero su producción, apreciada en conjunto, resulta insignificante si se la compara con la enor-



CORRIENTES. PLAZA DE MAYO EN UNA FIESTA PATRIÓTICA



CORRIENTES. UN BARRIO INMEDIATO AL RÍO

me área de terreno susceptible de aprovechamiento en esta provincia. Funcionan algunos ingenios de caña de azúcar que están llamados á un gran porvenir. Otro producto es el tabaco, que en tiempos futuros puede ser objeto de grandes explotaciones. Hoy el tabaco lo cultivan en pequeña escala algunas familias rutinarias é ignorantes, que no saben escoger semillas ni hojas, ni sienten la menor tentación de perfeccionar su trabajo. Á pesar de esto, hay tabacos correntinos que gozan de renombre por su aroma y su bondad, y en el puerto de Goya se embarcan algunos miles de arrobas. El maíz se cosecha en grandes cantidades, pero es inferior al de Santa Fé, porque se pica en los grandes calores. Además, se producen toda clase de frutas y legumbres, que alcanzan un desarrollo exuberante.

El cultivo que podría ser objeto de mayores explotaciones es el algodón. En la época colonial se producía y se exportaba en grandes cantidades. Después se perdió, hasta hace veinte años en que ha vuelto á implantarse con un éxito satisfactorio. Según dicen los conocedores, una hectárea produce de 2.500 á 3.000 kilos de algodón, los que dejan 200 pesos de beneficio limpio al cultivador. El algodón de Corrientes es apreciado en los mercados de Europa como uno de los primeros del mundo, y sin embargo no se generaliza con un cultivo inteligente que seleccione sus capullos. Existen además en Corrientes unas quince variedades de plantas textiles que son susceptibles de una explotación industrial remuneradora.

Los huertos de naranjos aumentan considerablemente en varios distritos de la provincia y en los alrededores de la ciudad, calculándose en más de 500 millones de naranjas las que se envían á Buenos Aires y otras ciudades argentinas.

Consiste la exportación general de Corrientes en carnes, cueros y lanas. También se exportan durmientes y postes de quebracho, y tanino que se extrae de esta madera en una gran fábrica situada á una hora de la capital.

Figuran igualmente en dicha exportación, aunque en menor cantidad, pieles de tigre, de anta, de carpincho, lobo, zorro, oso hormiguero, plumas de avestruz y de garza, cueros de ciervo y de gamo y otros productos de caza.

* * *

De todas las maravillas naturales de esta tierra subtropical, la más famosa es la laguna Iberá, título que, en lengua guaraní, significa «aguas brillantes». Más que laguna es un verdadero mar interior, pero no lo parece por tener grandes extensiones cubiertas de plantas acuáticas, que forman lo que se llama *embalsados* en el lenguaje del país. Debajo de estos embalsados, que parecen campos de intrincada vegetación y achican considerablemente la laguna, el agua tiene varios metros de profundidad. Por esto la Iberá parece más pequeña á los ojos de las contadas personas que se han atrevido á aventurarse en un extremo de su área. Mide la Iberá superficialmente 4.200 kilómetros cuadrados, con una longitud de 120 kilómetros y una anchura que varía entre 20 y 40. Está rodeada de inmensos bañados, que aun la hacen más extensa, y se comunica con dos esteros, situados más al interior. Esta laguna forma el centro hidrográfico de la provincia.

El ilustre Don Félix de Azara emitió en el siglo XVIII, al estudiar la provincia de Corrientes, una opinión que fué desmentida luego, y ahora vuelve á aceptarse como indiscutible, tras nuevos estudios y comprobaciones. Según Azara, esta laguna enorme es un cauce del Alto Paraná, que quedó cerrado por los últimos temblores volcánicos del continente. Algunos han creído que el Paraná y la laguna se hallan en contacto subterráneo, como si fuesen vasos comunicantes; pero esto re-



CORRIENTES. RIBERA DEL PARANÁ

sulta falso, pues no se nota ninguna relación entre las crecientes que experimenta el río y las de la Iberá, ya que ambas ocurren siempre aparte.

Pero todo cuanto se diga respecto á ésta laguna es incierto y producto de suposiciones, pues nadie ha penetrado en su interior para hacer un estudio verídico. Lo único positivo es la medida de su superficie, que ha podido hacerse por cálculo aproximado, sin penetrar en ella.

En este momento, en pleno siglo XX, la laguna Iberá continúa siendo una región misteriosa, como en la época que llegaron los primeros conquistadores desde España. La gran laguna conserva su virginidad secular, lo mismo que en los primeros tiempos del planeta.

Algunos cazadores de garzas y los cazadores de tigres, conocidos en el país con el nombre de «tigreros», han penetrado en una parte de este laberinto acuático, pero cada individuo cuenta las cosas á su modo; los informes resultan contradictorios las más de las veces, y la incultura de estos hombres audaces é ignorantes hace que de sus relatos no se pueda sacar gran sustancia. Por el momento, la Iberá es la región del tigre, como lo ha sido durante siglos y siglos. Arrinconada cada vez más esta fiera por los alambrados que limitan los campos y el impulso de la población, que al extenderse la acosa y la persigue, se ha refugiado definitivamente en los escondites que le ofrecen los embalsados y las islas de la laguna. Desde allí es el azote de las estancias que se hallan próximas. Sale audazmente á cazar terneros, y esta operación la repite todos los días. La abundancia de los rebaños han habituado á la fiera á refinamientos gastronómicos. No se contenta con matar una res é ir comiendo de ella hasta concluirla; prefiere cazar una nueva siempre que siente hambre, y los estancieros cercanos á la laguna tienen que vivir en continua vigilancia para defenderse de sus ataques.

Otros animales comparten con el tigre la soberanía de la laguna: las víboras y serpientes. La llamada *curiyu*, que es la boa constrictor, alcanza un tamaño enorme: las hay de 7 y 8 metros de largo, con un grueso proporcional. Poco temible para los hombres, huye de ellos las más de las veces; pero cuando el hambre la hace salir á los territorios inmediatos á la Iberá, acecha el paso de los rebaños, buscando especialmente las ovejas. Estas boas se tragan una oveja entera, y luego descansan enroscadas días y días, con la torpeza de una penosa digestión.

Pueblan las aguas y riberas de la laguna, así como los bañados inmediatos, un sinnúmero de *yacarés* ó cocodrilos, que alcanzan dimensiones enormes. Estos anfibios resultan terriblemente peligrosos cuando han sido «cebados», entendiéndose por ello el haber probado carne humana. Los cocodrilos que se alimentan una sola vez con esta clase de carne, la encuentran tan de su gusto, que se convierten en presencia del hombre en una de las fieras más temibles y voraces que se conocen. En tierra es fácil defenderse de ellos por su falta de agilidad, pero dentro del agua casi siempre vencen y devoran á su víctima. Las hembras con crías son las bestias más peligrosas de esta especie, pues temiendo por su prole, salen al encuentro del hombre apenas notan su proximidad y lo persiguen á muerte.



CORRIENTES. EL PUERTO

En las islas de la Iberá abunda, según parece, la caza mayor, ciervos, gamos, cerdos de monte, antas, tapiros (á los que llaman «gran bestia»), carpinchos, y en sus aguas nada un lobo parecido al de mar, de piel muy estimada. Todos estos animales conviven con las serpientes, las víboras y los tigres, defendiéndose unos de otros con la agilidad, la fuerza ó la astucia; devorándose á impulsos de un bestial fatalismo; llevando en esta región de misterio, sobre las islas flotantes y bajo las frondosidades inexploradas, una vida trágica que infunde pavor. En lo alto revolotean las garzas, refugiadas en la laguna para ponerse á salvo de la persecución de los cazadores, ávidos de su fina y elegante pluma, que alcanza precios fabulosos. Baste decir que el kilo de sus plumas más largas se paga á 5.000 francos.

Desde las márgenes de la laguna, que es hasta donde pueden llegar, atravesando bañados, los exploradores más audaces, se ven grandes superficies de agua cristalina entre las masas de embalsados; islas con árboles colosales que llevan siglos de existencia y acaban por caerse de viejos, sirviendo de abono á los más jóvenes ó convirtiendo sus ramas en troncos de nueva vegetación; quebrachos, lapachos y otras variedades del país, con unas dimensiones extraordinarias. A simple vista parece que estas islas sean pedazos de tierra firme como todas las que llevan tal nombre y, sin em-

bargo, bien podría suceder que debajo de ellas existiesen varios metros de agua. Las más de ellas tal vez tengan como base de sustentación la maraña vegetal de los embalsados, sobre los que se amontonan detritus y detritus, formando una gruesa capa de tierra que nutre á una exuberante vegetación, haciéndola surgir por todos lados.

La profundidad de la laguna es variable. En algunas tentativas de reconocimiento se han alcanzado 14 brazas de profundidad; por ejemplo, en el sitio que llaman «Rincón del socorro». Los raros exploradores que han penetrado en la laguna dicen que su vida en ésta fué un tormento, continuamente acechados por el tigre, y no pudiendo avanzar un pie sin arrostrar la amenaza de la víbora.

Los camalotes juntan sus hojas hasta formar un solo cuerpo, y de igual modo se juntan sus raíces, entrelazándose como una red subacuática cada vez más tupida. Llega á tener este tejido algunos metros de profundidad, y el entrecruzamiento de sus tentáculos es tan estrecho, que acaban por formar un solo cuerpo, sólido como una pared, que flota sin permitir que las aguas penetren en su masa. La caída incesante de hojas en la cara superior, que se descomponen y convierten en detritus, y la tierra que depositan las inundaciones y el viento, truecan con el curso de los años los antiguos camalotes en campos movibles de tierra vegetal; tierra de primer orden, humus puro. De ella va surgiendo una flora nueva y vigorosa, herbácea al principio, de arbustos más tarde, y que al aumentar la isla en solidez acaba por convertirse en árboles gigantescos.

Así se han formado algunas de las islas de la Iberá, que tienen como base el tejido de millones y millones de raíces, las cuales sirven de sostén á la tierra depositada y á su magnífica vegetación. Por debajo de ellas circulan las aguas con más ó menos dificultad y sobre ellas se camina y se caza. Si, por desgracia, el espesor de la costra no es grande y cede bajo el peso del hombre y el caballo, son tragados éstos como por escotillón y se ahogan, no encontrando medio de flotar envueltos en una maraña de raíces.

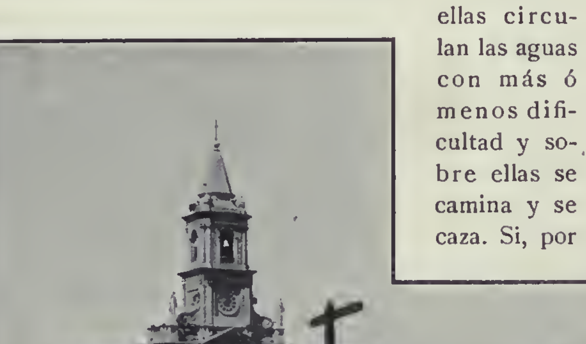


CORRIENTES. PALACIO DE JUSTICIA

Grandes masas de embalsados cierran superficies acuáticas, que forman como lagunas secundarias dentro de la gran laguna. Tortuosos canales se abren entre las islas de vegetación y las islas de tierra firme. Todo este mundo de tierras flotantes con espléndidos bosques es incierto y de problemática duración. Unas islas se unen á otras formando vastas penínsulas, ó se fraccionan en pequeños grupos de árboles que bogan impulsados por la corriente, yendo á soldarse con otra orilla. Una tempestad trastorna y desfigura el interior del lago... Y sobre estas costras, que tienen debajo varios metros de agua, vive todo un mundo animal, que ataca por instinto y se defiende como puede, desde los yacarés y los tigres, á las tortugas y los gamos.

La imaginación en el curso de los siglos ha fantaseado mucho sobre el misterio de la Iberá. Los habitantes de sus cercanías han relatado que en esta laguna aparecen y desaparecen de repente grandes islas con sus frondosos bosques, y la que estaba, por ejemplo, situada al Sur, surge á los pocos días al Norte. Esto es posible y se explica por la movilidad de los embalsados flotantes. También se habla de paisajes que aparecen en el cielo, y en los que se ven invertidos los panoramas de la misteriosa laguna. Igualmente puede admitirse esto como un fenómeno de espejismo.

Los indígenas hablan de ruidos espantosos que surgen del centro de la laguna durante la noche, y que á ellos les parecen venidos de ultratumba. Otras veces distinguen danzas de fuegos fatuos y misteriosas fogatas, creyendo firmemente que todas estas apariciones son obra de las almas de los antiguos pueblos de enanos, que, según





CORRIENTES. PLAZA 25 DE MAYO

las leyendas locales, habitaban la laguna en otras épocas.

Cuando Azara visitó las inmediaciones de la Iberá le hablaron los indios de los misteriosos pigmeos que vivían en sus islas. Esta tradición no tiene ningún fundamento. Es casi seguro que en otros siglos la laguna ha tenido habitantes, pero no se sabe con qué fundamento debían ser enanos, ni se ha encontrado ningún vestigio de ellos. Indudablemente el supuesto pigmeísmo de los antiguos pobladores de la Iberá se funda en los muchos hormigueros que existen en ella, cúpulas de barro, de una altura de dos metros, que parecen habitaciones para hombres de pequeña estatura. Estos hormigueros ó *tacurús* son de barro duro, y tan resistentes, que se puede marchar sobre ellos á caballo. Algunos cazadores ó bandoleros, perseguidos por la justicia, que se refugian en la Iberá, marchan sobre las tierras sumergidas, haciendo saltar su caballo de cúpula en cúpula por encima de los hormigueros. Un paso en falso y una caída equivalen á la muerte, pues no es fácil sobrenadar en el barro y las intrincadas raíces de estos callejones acuáticos. Lo único cierto, en lo que se refiere á los antiguos habitantes de la Iberá, es el hallazgo de un cementerio subacuático de indios, descubierto en una tentativa de exploración. Se encontraron junto á los esqueletos algunos restos de vasijas antiguas. Pero esto no ha dado gran luz sobre las tribus que poblaban la laguna.

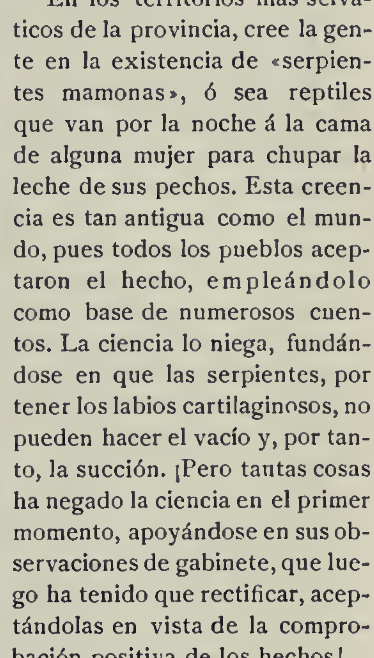


CORRIENTES. ESTATUA DE SAN MARTÍN

No durará mucho la lobreguez que envuelve á estas tierras pantanosas. El siglo XX es incompatible con el misterio de la Iberá. El gobierno de Corrientes destina un crédito considerable para su estudio, con el objeto de canalizar y desaguar sus terrenos, poniéndola en comunicación con el Alto Paraná y haciendo navegable el río Corrientes. Esta obra enorme ha de ser de gran provecho para la salida de los productos de Misiones. Los buques destinados al comercio de este territorio podrán ahorrarse dos ó tres días de navegación siguiendo la nueva vía, que cortará diagonalmente la provincia de Corrientes, en vez de continuar por el Alto Paraná, hasta las cercanías del lugar en que se une dicho río con el Paraguay y el Bermejo.

El día en que la Iberá, por medio de un corte gigantesco, quede en contacto con el Paraná, se acabarán los fenómenos de espejismo, las islas flotantes, las danzas de fuegos fatuos, la existencia fantástica de los enanos, en la que aun creen muchos, y serán más raros el tigre, el lobo y la gran variedad de serpientes y víboras que tanto abundan en los paises tropicales, y especialmente en el refugio procreador de esta laguna inmensa.

Los reptiles venenosos constituyen un serio peligro en las tierras pantanosas de la provincia. La víbora *ñacanind*, por otro nombre «de la cruz», á causa de la marca que lleva en la espalda, es de una picadura mortal, pues todas sus víctimas perecen á las pocas horas de haber recibido el mordisco. La llamada serpiente coral no es menos venenosa, y recibe su nombre de los anillos de aquel color que alternan en su cuerpo con otros negros. La *yarará* es también de ponzoña mortal, que sólo necesita una hora ó dos para surtir sus efectos. La serpiente más conocida de todas es la de cascabel, que, según dicen las gentes del país, aumenta un cascabel en su cola por cada año que vive. Hay además varias arañas venenosas y un pequeño sapo, llamado «escuerzo», que es temible por su baba.



En los territorios más selváticos de la provincia, cree la gente en la existencia de «serpientes mamonas», ó sea reptiles que van por la noche á la cama de alguna mujer para chupar la leche de sus pechos. Esta creencia es tan antigua como el mundo, pues todos los pueblos aceptaron el hecho, empleándolo como base de numerosos cuentos. La ciencia lo niega, fundándose en que las serpientes, por tener los labios cartilaginosos, no pueden hacer el vacío y, por tanto, la succión. ¡Pero tantas cosas ha negado la ciencia en el primer momento, apoyándose en sus observaciones de gabinete, que luego ha tenido que rectificar, aceptándolas en vista de la comprobación positiva de los hechos!... Por regla general, el primer movimiento de la ciencia ante las afirmaciones de la sabiduría popular que viene transmitiéndose de siglos en siglos, es la negación. Luego nuevas informaciones vienen á reconocer y á consagrar lo que con miles de años de anterioridad habían ya descubierto por medio de observaciones directas otros hombres menos cultos. Así ocurre en medicina y en otras ciencias.

Es realmente extraordinario que desde hace muchos siglos, y en pueblos de distintos lugares del planeta que no han tenido ninguna relación entre ellos, se crea firmemente en las serpientes que maman. Los sabios, desde sus casas, fundándose en la lógica, se han reído de esto como de una conseja. Pero las gentes del campo, que ven las cosas de más cerca, sostienen la exactitud del hecho. Además, un ilustre fisiólogo ruso ha comprobado prácticamente la verdad de la creencia popular, afirmando con su testimonio científico la existencia de serpientes que lactan de pechos humanos.

Yo he hablado en Corrientes con un estanciero de origen español, hombre de alguna cultura, que vive

en sus campos llevando la existencia del gaucho pastor. El me contó cómo la mujer de uno de sus capataces se quejaba de un decaimiento inexplicable. Apenas podía tenerse en pie. A pesar de que comía con abundancia, cada vez más, y dormía perfectamente, era víctima de una rápida extenuación. Una noche se despertó en el rancho que habitaba con el capataz, sintiendo en los pechos un roce extraño, y se dió cuenta de que un animal estaba mamando de uno de ellos. Quiso gritar para que despertase su marido, que dormía junto á ella, y no se atrevió. La víbora seguía hartándose sobre la infeliz, próxima á desmayarse de terror, hasta que al hacer el marido un movimiento durante el sueño se deslizó el reptil, escurriéndose fuera de la cama. Gritó entonces la mujer, contando lo ocurrido á su esposo, y éste, aunque con alguna duda, creyéndolo todo efecto de una pesadilla, encendió una luz y buscó en el suelo, que era de tierra apisonada, el rastro de la serpiente.

Su mirada de campesino no tardó en encontrarlo: iba desde la cama á un pequeño agujero abierto en la pared de barro. Por allí había huido la víbora. A la noche siguiente, mi amigo el estanciero, avisado por el capatáz, esperó con éste dentro del rancho, junto al pequeño boquete. A la misma hora de la noche anterior avanzó por el orificio el cuerpo de la serpiente, que venía en busca de su ración, y los dos hombres la partieron á machetazos. Fué una suerte para la pobre mujer, enloquecida de miedo, y que únicamente recobró la tranquilidad al ver hecha pedazos la víbora.

Hay que hacer constar que mi amigo es algo competente en materia de reptiles. Vive en unos campos feraces, de espléndida vegetación, que, por lo mismo, ocultan gran abundancia de animales dañinos. Ha matado muchas serpientes venenosas. Las más huyen y sólo hacen frente al hombre cuando éste las pisa. Hay una víbora que por ser ciega resulta la más peligrosa. Esta no escapa; permanece enroscada entre las hierbas, y semejante á un muelle en espiral que se dispara, lánzase rectamente, con prodigioso salto, hacia el lugar donde cree percibir al enemigo. El que encuentra por delante recibe su picadura mortal.

Un amanecer, al despertar mi amigo en un rancho donde había pasado la noche, tomó sus botas, que estaban junto á la cama; unas botas altas hasta las rodillas, fuertes y duras, como hay que llevarlas en los países subtropicales para caminar por el matorral, que oculta numerosos peligros. Se calzó una bota á tientas y antes de ponerse la otra, no sabe el por qué, quiso volverla hacia abajo. Tal vez notó, inconscientemente, un ligero aumento de peso; tal vez el instinto le avisó, con maravilloso presentimiento. Lo cierto fué que al volver la bota salió ondulando de su interior una víbora de regular tamaño, que se había refugiado en ella para pasar la noche. De meter el pie el estanciero, su muerte hubiese sido obra de minutos.

Con la desecación de las tierras de la Iberá va á acabar el oficio heroico de «tigrero». Este es un gaucho cazador, que persigue al tigre y vive de la venta de sus pieles. Emplea días y días en encontrar y seguir el rastro del felino, hasta que da con él, arrostrando el peligro de las ciénagas, los embalsados y los canales fangosos.

Tienen la habilidad de los perros de caza para descubrir al feroz animal. Su instinto asombra aun más que su valor sereno. Sus armas se reducen á un poncho de lana gruesa y una chuza, especie de lanzón corto. Al enfrentarse con el tigre se envuelven el brazo izquierdo con el poncho, colocando una rodilla en tierra y apoyándose en la otra, al mismo tiempo que provocan al felino. Este se abalanza sobre el brazo que le ofrecen como una carnada, y mientras intenta morder, el cazador, con la mano derecha, clava su lanza en el corazón del animal. La operación ha de ser rapidísima. Si marra el golpe, su muerte es casi inmediata. Aun acabando con el tigre del primer lanzazo, ocurre las más de las veces que, antes de morir, ya ha deshecho de una dentellada la envoltura del poncho, llevándose un jirón de carne, pues sus colmillos cortan como navajas de afeitar.

Muchos de estos tigreros llevan en su cuerpo cicatrices enormes. El doctor Pont me contaba que había asistido en la frontera del Paraguay, cerca de Corrientes, á un tigrero, herido en un encuentro con la fiera. Ésta, en vez de morder en el poncho, lo había desarmado de una manotada, arrancándole la chuza. Entonces el tigrero, viéndose indefenso, se levantó, intentando huir; pero al dar vuelta, recibió un zarpazo en el dorso, que le arrancó en bloque toda la piel y los tejidos, hasta dejar las costillas al descubierto. Era una ancha herida, un horrible desgarrón, que abarcaba desde la nuca al muslo derecho, incluyendo una nalga.

Los naturales del país creen que las heridas del tigre son ponzoñosas, por lo mucho que tardan en cicatrizarse. Según los médicos que han observado algunos de estos casos, se debe, más que á la ponzoña, al destrozo y desgarro que producen las zarpas en los tejidos. El doctor Pont, en los estudios notables que ha hecho sobre la lepra, cuenta que dos indios leprosos examinados por él, atribuían su enfermedad á zarpazos del felino.

En las tierras del Paraguay, vecinas á Corrientes, existe entre los campesinos la creencia de que, las heridas hechas por el tigre, sólo se pueden curar matándolo y comiendo su carne. Para ello preparan y ahuman sus piernas en forma de jamones. Yo conozco alguien que por curiosidad ha probado este jamón extraordinario. Tiene el sabor de la carne de ciervo, con un gusto amargo nada desagradable.

Los propietarios de las estancias inmediatas á la laguna Iberá pagan un continuo tributo al tigre, pues éste acostumbra á cazar en las tierras que ocupan sus rebaños. Para librarse de él protegen á los tigreros y les pagan 20 pesos por cada felino muerto que presentan. Aparte de esta retribución, el tigrero saca unos 50 pesos, más ó menos, de la piel del animal, según su tamaño y hermosura. ¡140 francos por exponerse á una muerte horrible!...

Los tigreros se quejan de su oficio, no por los pe-

ligros que ofrece, sino porque su deseo estriba en matar un tigre diariamente, y á veces transcurren semanas y semanas en acecho ó siguiendo un rastro, sin dar con el felino.

***

Después de lo dicho no hay que incurrir en el error de imaginarse que la provincia de Corrientes sólo tiene tigres y reptiles venenosos. El extranjero es muy dado á generalizar cuando le hablan de tierras que no conoce, y agranda los detalles de una región determinada, haciéndolos extensivos al país entero.

Una señora francesa que se trasladó á Río Janeiro con su familia, recomendaba á la doncella que al sacar los niños de paseo tuviese cuidado con las boas. Había leído que en los bosques vírgenes del Brasil abundan las serpientes y se imaginaba que los jardines de la ciudad debían estar repletos de ellas.

Igualmente ridículo sería imaginarse que en la ciudad de Corrientes y en las ricas villas de su provincia, así como en los campos que las rodean, existen animales feroces que ponen en peligro la existencia humana. En esas ciudades y en las tierras cultivadas, es la vida, poco más ó menos, como en las demás provincias de la República. La falta de población y los obstáculos de la naturaleza mantienen grandes pedazos del suelo correntino en estado casi inculto, y en ellos es donde el clima tropical desarrolla y mantiene tales peligros. En los alrededores de la laguna Iberá, y en las estancias patriarcales habitadas por una docena de hombres que cuidan miles de reses, es donde el tigre corre la llanura, la serpiente se enrosca en la selva y el cocodrilo chapotea en el bañado.

Fuera de estas regiones que aun no han sido modificadas por el trabajo de los hombres, la vida se desarrolla con todas las comodidades y seguridades de los pueblos más civilizados.

El clima de esta provincia, á pesar de hallarse cercana al trópico, es de gran salubridad. Llegan durante el verano grandes nubes de mosquitos del fronterizo territorio del Chaco, donde reina el paludismo, y, sin embargo, esta dolencia es desconocida en Corrientes, así como la fiebre tifoidea, que tampoco causa víctimas, no obstante las grandes extensiones acuáticas de escasa circulación. Los casos de longevidad resultan muy numerosos: los octogenarios son muchos, y hasta se encuentra alguno que otro centenario.



CORRIENTES. CALLE RIOJA



CORRIENTES. ESTACIÓN DEL FERROCARRIL Y COLUMNA CONMEMORATIVA DE LA FUNDACIÓN.

En las clases populares subsisten ciertas preocupaciones que son restos, indudablemente, de las antiguas creencias guaraníes. El populacho tiene gran fe en el amuleto protector llamado *payé*, y algunas personas de clase más elevada acaban participando de tales supersticiones. El *payé* es un amuleto que se lleva sobre el pecho y salva la vida en la lucha diaria y en los campos de batalla. También proporciona mucha suerte con las mujeres, y el que posee un *payé* de mérito está seguro de rendir los corazones más esquivos. El *payé* consiste, generalmente, en una pluma de *cabureí*, una astilla de santo viejo ó una bala extraída de una herida.

La casualidad favorece á veces á los portadores de tales amuletos con una suerte extraordinaria, y esto sirve para consolidar más aún la fe de los supersticiosos. En una de las numerosas revoluciones ocurridas en la ciudad de Corrientes, los rebeldes atacaron á media noche el cuartel de la policía. Uno de los oficiales de ésta se batió como un loco, á horcajadas sobre una pared, presentando el cuerpo á los enemigos, hasta que agotó sus municiones. Diez revolucionarios estuvieron disparando contra él mucho tiempo á 40 metros de distancia, y no consiguieron hacerle más qne un rasguño en un pie. El oficial, después de salir casi incólume de la peligrosa aventura, nó mostraba asombro ni contento por su buena suerte. Estaba convencido de que nadie podía herirlo de gravedad mientras conservase su *payé*. Y mostraba con veneración una bolsita colgando de su cuello.

En otros casos el *payé* ha sido menos poderoso, dando lugar á horribles decepciones. Cuéntase de dos gauchos que se vieron tras larga ausencia en el mercado de Corrientes, y luego de solemnizar la alegría del encuentro con varias copas, hablaron de los *payés* y sus milagros. Uno de ellos enseñaba un amuleto prodigioso, afirmando que aunque le tirasen á boca de jarro, las balas le respetarían. Su compadre, más incrédulo, contestaba sonriendo que esto había que verlo para creerlo, y

así continuó el copeo y la disputa, hasta que al fin decidieron intentar una demostración práctica.

El del *payé*, seguro de la virtud de su amuleto, permitió impávido que su camarada le colocase en el pecho un *recortado*, pistola-trabuco muy usada antes en Corrientes, y que estaba llena hasta la boca de pólvora y balines. Esta especie de ametralladora debía dispararse sobre el mismo amuleto.

—Verás vos cómo las balas rebotan — decía el hombre de la fe.

El incrédulo apretó el gatillo: ¡buum! . . . Y el camarada cayó hecho una criba, con el amuleto chamuscado y metido en la carne. Nadie agradeció esta concluyente experiencia científico-brutal. El muerto fué al cementerio y el matador á la cárcel por muchos años, satisfecho, tal vez, de haber probado á su compadre que lo del *payé* era mentira.

* * *

Tiene la provincia de Corrientes, además de su capital, varias poblaciones de importancia por el número de sus habitantes y la valía de sus productos. En el Sur figuran Curuzú-Cuatiá y Mercedes, de las que ya hemos hablado. Monte Caseros y Paso de los Libres deben gran parte de su prosperidad á su situación geográfica, pues estando próximas á la República Oriental y al Brasil, se operan por ellas todas las transacciones relativas á la venta de ganados que se exportan á dichos países limítrofes.

Otros lugares importantes son San Roque, Saladas, Empedrado, San Martín, La Cruz, Alvear, Santo Tomé Ituizangó, Caa-Cati, Itati (célebre por su virgen de la época colonial), San Cosme, Bella-Vista, Esquina. Mburucuyá, San Luis del Palmar, Lavalle y Concepción.

El centro más importante de la provincia, después de la capital, es Goya, situado sobre el río Santa Lucía, que es navegable y desemboca en el Paraná. Esta población gozó de gran fama en toda la República por sus quesos, que ahora han sido vencidos por los del Chubut y los de algunas fábricas establecidas en la provincia de Buenos Aires.

El distrito de Goya es el más importante por el número de su población, sus ganados y su riqueza agrícola. Bella-Vista, que merece este nombre á causa del hermoso panorama que se abarca desde sus costas sobre el Paraná, exporta maderas, tabacos y azúcares. La ciudad de Esquina, situada á orillas del río Corrientes, tiene una importancia comercial más modesta, pues su principal tráfico consiste en la exportación de carbones de leña.

La provincia de Corrientes fué la única que respondió al ilustre Urquiza cuando éste invitaba á todas las provincias argentinas á sublevarse contra el despotismo de Rosas. Sus fuerzas, con las de Entre Ríos, constituyeron el núcleo del ejército libertador.

En la guerra con el Paraguay, Corrientes fué la primera víctima. La invadieron las tropas de López Solano, después de apresar en sus aguas la escuadra paraguaya á dos buques argentinos, lo que dió origen á la guerra. En la misma ciudad de Corrientes ocurrió el primer cho que, desalojando y derrotando las tropas argentinas, mandadas por el general Paunero, al ejército paraguayo, que dirigía el general Robles.

La cultura popular es muy grande en esta provincia. Dan algunos á Corrientes el título de «ciudad de las escuelas», y en sus centros de enseñanza se destruye el analfabetismo y se crean y moldean caracteres enérgicos y rectos. Si se tienen en cuenta los recursos económicos de cada provincia, Corrientes, que no es tan rica como otras de la Argentina, descuella sobre todas, porque, no obstante sus limitados medios, atiende al desenvolvimiento de la educación pública con noble tenacidad. La tercera parte de sus ingresos los dedica á la instrucción y hoy tiene más de 300 escuelas, con 600 maestros y 35.000 alumnos.

Sus esfuerzos por la enseñanza no hay que buscarlos únicamente en el número de las escuelas, sino en la habilidad magistral con que sus gobernantes saben desenvolver la instrucción. Cifran su éxito más que en la cantidad de centros de enseñanza, en los resultados que den éstos. Los alumnos, al mismo tiempo que reciben una educación científica, ven aplicada su actividad á las artes industriales, al comercio y á todas las enseñanzas prácticas que pueden servirles luego en la vida.

Es la perseverancia la condición más saliente del carácter de los correntinos. La educación que reciben sus hijos los prepara para ser industriales ó buenos agricultores, que es lo que necesita el país. Debe decirse en honor de Corrientes que el número de «doctores», que en otras provincias llega á constituir una calamidad, por la influencia maléfica que ejercen en la política y la paz pública, no es aquí grande. Una enseñanza práctica del trabajo industrial y las faenas agrícolas se aplica en todas las escuelas, desde las elementales á las graduadas, con éxito satisfactorio. Las ciudades importantes de la provincia tienen hermosos edificios destinados á la enseñanza, lo mismo que el resto de la Argentina; pero el gobierno de Corrientes atiende con especialidad á las escuelas rurales, siendo superior la educación de los campos correntinos á la que reciben las agrupaciones rústicas de otras provincias. La gran evolución de la cultura popular se inició en Corrientes bajo el mando del ingeniero Virasoro, y desde entonces los gobernantes han seguido el mismo camino, animados y secundados por el pueblo.

En ningún país de la Argentina es la enseñanza pública una aspiración y una función popular como en esta provincia. Todos se preocupan del desarrollo y la suerte de los establecimientos educativos, considerándolos como obra propia y viendo en ellos una institución venerable, á la que va unido el prestigio de la provincia. Ya dije en otro lugar cómo las hijas de las familias más acomodadas consideran un alto honor ejercer de simples maestras en las escuelas de la capital; cómo se sigue dentro del hogar la tradición de servir á la enseñanza, y cómo las damas y matronas recuerdan los tiempos de su juventud, en que se dedicaron al profesorado. Los correntinos de mayor intelectualidad desempeñan

cátedras en los colegios nacionales y escuelas de la provincia, más por patriotismo que por el estipendio que recibe el profesorado.

Las bibliotecas públicas de la ciudad de Corrientes son importantes, y en todas las poblaciones de algún vecindario circulan los libros con cierta profusión. En las escuelas nótase la influencia de un profesorado culto que no se limita á las arideces de la enseñanza, vivificando ésta con artísticas amenidades. Obras maestras de la escultura clásica figuran en las galerías y salas de las escuelas. En las clases de música ornan las paredes los retratos de los grandes compositores. Las maestras y maestros explican á sus alumnos la historia de las bellas artes y de la literatura universal. Los más de estos alumnos irán á cultivar la tierra, á cuidar los ganados, ó se dedicarán á industrias mecánicas; pero esto no quita oportunidad á la citada enseñanza. El hombre es un compuesto de espíritu y materia, y ambos elementos tienen sus necesidades. Bueno es armar al niño para las luchas de la vida y la conquista del pan; pero no hay que olvidar el desarrollo de sus funciones imaginativas, que proporcionan casi siempre las alegrías más puras de la existencia.

* * *

La capital, que tiene hoy más de 20.000 habitantes, la fundó en 1588 Alonso de Vera, enviado por Don Juan Torres de Vera y Aragón, sucesor de Garay en el mando de los territorios del Río de la Plata, y Adelantado de esta parte de América por su casamiento con la hija de Ortiz de Zárate.

Esta fundación obedeció al deseo de establecer una escala entre Asunción del Paraguay y la ciudad de Santa Fé. El fundador de Corrientes la tituló con el nombre un poco largo de «San Juan de Vera de las Siete Corrientes», en honor del adelantado Don Juan Torres de Vera y de las siete rápidas corrientes que forma el río en sus cercanías. La dificultad de emplear con frecuencia tan largo nombre, fué acortando el título de la ciudad, hasta quedar simplemente en Corrientes.



CORRIENTES. VISTA DE LA CIUDAD (En primer término, el Palacio de Gobierno).

Alonso de Vera y sus soldados construyeron un fuerte y levantaron una cruz como signo de posesión. Los indígenas atacaron el primero é intentaron quemar la segunda, dando esto origen á una leyenda milagrosa y al culto tradicional de que es objeto el santo madero de los tiempos de la conquista, guardado ahora en una de las iglesias de la ciudad. Cuando los indios quisieron quemar la cruz, aplicándola varias materias inflamables, ésta se resistió á la profanación, y el cielo indignado envió un rayo sobre los salvajes, matando á muchos de ellos. El milagroso suceso, de que hablan las antiguas crónicas, tiene una explicación racional. La cruz era indudablemente de quebracho ó de algún otro árbol de madera dura, difícil siempre de quemar, y más en la precipitación de un asalto. En cuanto al rayo, debió ser algún arcabuzazo enviado con mano certera por un español de



CORRIENTES. ESCUELA GRADUADA NÚM. I

los que defendían el fuerte. Una columna rematada por una cruz recuerda este suceso en las inmediaciones de la estación del ferrocarril.

La moderna Corrientes ofrece hermoso aspecto y algunas de sus construcciones son de gran suntuosidad. El Colegio Nacional, la Escuela Normal y otras escuelas secundarias ocupan valiosos edificios. La Casa de Gobierno, de graciosa arquitectura, tiene amplios salones, donde se hallan instaladas las Cámaras de la provincia y el despacho del gobernador, con los diversos ministerios. La Catedral y el Museo son hermosas construcciones, así como algunos Bancos.

Abundan las sociedades de recreo y los cafés elegantes. Los hoteles son de una edificación que pudiéramos llamar tropical; de un solo piso, con amplios patios cubiertos por naranjos y palmeras, y frescos claustros á los que dan las puertas de las habitaciones. La servidumbre prefiere dormir en estos patios á causa del calor, que es considerable en una gran parte del año.

El clima cálido hace también que mucha gente del pueblo vaya descalza por las calles. No es desidia ni pobreza; es una exigencia de la temperatura, y más de una vez los que sufren el tormento del calzado en días de gran bochorno miran con cierta envidia á los que por su insignificancia social pueden permitirse la comodidad del pie libre.

La pobreza y sobriedad de las clases populares contrasta con la elegancia y la distinción de las familias elevadas, dando nuevo relieve á su lujo. Las damas correntinas son de talla arrogante, imponente belleza y gran distinción en maneras y trajes. Su adorno predilecto es el de las joyas, lo que da á sus reuniones y fiestas un aspecto deslumbrador. Las modas más recientes de Europa se aclimatan en Corrientes con gran rapidez. Hasta las jóvenes distinguidas que van por las mañanas á enseñar en las escuelas, aunque vistan con modestia, llaman la atención por la elegancia de sus trajes oscuros y su porte aristocrático. La música es la afición dominante en la mujer correntina, hasta en aquellas que pertenecen á las clases sociales más humildes. Puede afirmarse que son muy pocas las casas que no tienen un piano. Á la caída de la tarde, algunas calles parecen cajas de música. Puertas y ventanas, abiertas de par en par á la caricia de la brisa, esparcen raudales de sonidos armónicos.

La mestiza correntina es digna de mención. En ningún país argentino aparece tan graciosa y seductora. Su belleza es frágil y precoz como la de las rosas primaverales: su frescura no va más allá de los quince años, y apenas pasa de los veinte, surgen en ella señales de decadencia. La piel, de un color de canela, tersa y jugosa, se arruga y seca, ó brilla con un exceso de grasa. Si enflaquecen, son de una delgadez esquelética: si engruesan, su obesidad toma formas grotescas, extremándose especialmente en el desarrollo del abdomen. Pero en la primavera de su vida, las mestizas ofrecen una armonía de líneas, ondulante y voluptuosa, tal vez superior á la de la mujer blanca.

Marchan por las calles de Corrientes las lindas mestizas con una graciosa esbeltez y un paso armónico, que hacen recordar las bellas figurillas de Tanagra. Cubren su cuerpo con flotantes batones blancos, ajustados cual paños estatuarios á su arrogancia juvenil. Las partes salientes y firmes del cuerpo márcanse con esférico relieve bajo la fina envoltura: los pechos, elásticos, empinados y agudos, parecen próximos á perforar con su amable bulto la blanca tela que los cubre. La dentadura, nítida y fuerte, engastada en la encía de un rosa oscuro, brilla luminosa sobre la faz de acanelada palidez. Los ojos, negros, de húmeda córnea, tienen una expresión de amorosa humildad, semejante á la de los animalillos de la selva que, olvidados de su esquivez, bajan la cabeza tímidamente, implorando caricias.

En las calles se encuentran en abundancia estos capullos de belleza tropical y gracia un tanto primitiva. Sólo gozan de un breve esplendor al abrirse; pero tal vez por esto tienen más intensidad que las flores de larga vida.

Corrientes, como todas las poblaciones cálidas, tiene los días dobles, pues separa con un largo sueño la mañana de la tarde. Cerca del medio día cesa la circulación. El pavimento de las calles parece arder bajo la caricia solar: las casas reverberan una luz deslumbrante:



CORRIENTES. PLAZA 25 DE MAYO

al pasar junto á las rejas bajas, las maderas entornadas despiden una respiración fresca y lóbrega, semejante á la de una cueva. El vecindario duerme la siesta hasta bien entrada la tarde.

Luego, en las últimas horas, son los paseos en coche por las avenidas orladas de naranjos, ó la gran plaza de la ciudad: las excursiones á pie por las orillas del Paraná, contemplando desde las altas barrancas el gran río, que parece más enorme y majestuoso bajo la luz de la tarde. El sol va resbalando como una bola ígnea por la sábana azul y sedosa del cielo, sin quemarla, sin levantar resplandores de incendio. La ancha extensión acuática parece un lago de sangre, sobre el que se destacan como negras siluetas embarcaciones y personas. Enfrente se recorta sobre el cielo luminoso el espeluznamiento vegetal de las orillas del Chaco, tierra de misterio, en la que avanzan los combatientes de la civilización, derribando bosques, abriendo caminos, y de donde traen las barcas hombres horriblemente desgarrados por las uñas del tigre.



CORRIENTES.—PALACIO DE LA LEGISLATURA

Desaparece el sol con la instantánea rapidez de los atardeceres tropicales. En la línea del horizonte ya no es más que una esfera partida en su base; luego una cúpula; después un arco, y al final una simple ceja de fuego que parpadea y parece arquearse unos momentos para extinguirse después, dejando como lágrimas de su agonía algunos vapores sonrosados.

El anochecer da al gran río una majestuosa sonoridad. El ambiente parece más tenue, transmitiendo leves ruidos á enormes distancias. Se oyen gritos de personas invisibles, la caída de un remo, el chirrido de una garrucha, sin que los ojos alcancen á ver la embarcación, oculta tras un recodo. De vez en cuando, un relampagueo de plata semejante al brillo de un puñal y un chapoteo en el agua: es un pez que acaba de saltar.

El Paraná, caldeado por el ardor solar, exhala á estas horas un perfume indefinible, mezcla de barro, de oxígeno y de vegetación viscosa, que puede llamarse «el perfume del agua». Este es el momento en que el *yacaré*, inmóvil durante las horas de sol en el fango de la ribera fronteriza, se chapuza para pasar la noche; el instante en que el tigre baja á beber, dejando en el fango la huella triangular de sus patas.

La ciudad empieza á adornarse con los esplendores artificiales de la civilización, inflamando sus focos eléctricos. En las calles de las afueras los huertos de naranjos parecen espesar la atmósfera con el perfume nupcial del azahar. Son calles que recuerdan los tiempos coloniales. Las casas, de un solo piso, con anchos aleros, sostenidos por filas de postes, fueron construídas muchas de ellas por súbditos de los reyes de Madrid. Macetas de flores en apretadas filas rejuvenecen la vetustez de estos edificios. Por encima de las bardas de las huertas muévense como incensarios los árboles frondosos y perfumados. Apoyadas en un poste junto á la puerta, ó con los codos sobre los muros bajos, hay un sinnúmero de figuras inmóviles y blancas, jóvenes mestizas que permanecen en silencio, la barbilla en una mano y los ojos desmesuradamente abiertos, mirando sin ver.

Las aceras, de rojo ladrillo, son desiguales, con subidas y descensos, que se repiten en todas las fachadas. El arroyo, profundo y surcado por los hondos relejes de las carretas, está en algunos lugares á más de un metro bajo el nivel de la vereda. La olorosa vegetación tropical penetra en estas calles extremas. Un antiguo cajón de botellas, una lata de petróleo, una regadera rota, un cacharro de cocina, llenos de humus, sirven de diminuto campo á las plantas floridas de intenso perfume.

Estas casas antiguas suenan como si vibrase en sus entrañas el alma melódica de numerosas generaciones que amaron, soñaron y ya no existen. La educación popular ha hecho que en todas ellas exista un piano. El transeunte recibe, ante cada puerta, un chorro armónico que viene de las piezas más hondas del edificio. Son valses lánguidos, romanzas italianas, tangos criollos ó simples lecciones, que en el ambiente misterioso del atardecer adquieren la melancolía de esos suspiros musicales que estremecen los nervios, remueven dulces memorias y agolpan en los ojos lágrimas inexplicables.

El ambiente se hace cada vez más denso con la nupcial respiración del naranjo. Parece que el aire va á poder mascarse. El fuelle del pecho ábrese con nuevas dimensiones para absorber este perfume de voluptuosidad próximo á la solidificación.

Se cree andar con más ligereza: se espera que los pies se despeguen del suelo de un momento á otro, moviéndose como aletas en el vacío.

Y las vírgenes de tez oscura, vestidas de blanco, siguen inmóviles en su actitud de ensueño; asomadas á las pobres terrazas, como doncellas egipcias que contem-

plasen el misterioso rodar del venerable Nilo; palpitante el firme y abultado seno; mirando sin ver, con los ojos muy abiertos y un punto de luz en la córnea de húmedo nácar; estrella temblorosa en la que parecen concentrarse los últimos resplandores del crepúsculo.

* * *

La provincia de Corrientes ha estado gobernada hasta hace poco tiempo por un hombre de mérito, Don Juan Resoagli, que al abandonar dicho cargo ha sido elegido senador nacional. Resoagli representa, con su actividad y su inteligencia, el espíritu del correntino, dotado de aptitudes naturales para toda clase de oficios y artes y con gran facilidad de asimilación. Dedicado á la industria más que á la política, su carácter, afable, y una sólida honradez probada en los negocios, fueron causa de que sus conciudadanos le llevasen al gobierno, deslizándose el período de su mando como un paréntesis de tranquilidad en la empeñada lucha de los partidos. Resoagli dirige una de las fábricas de hierba mate más importante del territorio argentino. Esta hierba, que se recolecta en el Paraguay y en Misiones, es molida y preparada en el gran establecimiento de Resoagli, que también dirige otras empresas industriales.



DON JUAN RESOAGLI

Durante la época de su gobierno se ha preocupado especialmente de la buena administración de la provincia y de reformas favorables á su desarrollo agrícola. Gran aficionado á los libros, y poseedor de una extensa cultura, Resoagli trabajó también en el fomento de las escuelas, dando nuevos impulsos á la función de la enseñanza, tan popular en Corrientes.

En las afueras de la capital, y ocupando una altura inmediata al Paraná, atrae la atención de los que llegan por el río un edificio de proporciones colosales, ó más bien dicho, una aglomeración de varios cuerpos de albañilería, que muestran al descubierto el rojo de sus ladrillos. Es el Colegio Nacional, que se está construyendo actualmente, y será tal vez el más grande de la República. Aun hoy, antes de terminarse, produce en el visitante, con sus enormes proporciones, una impresión casi igual á la que se experimenta en presencia de algunos edificios de la antigüedad. Todo un pueblo puede acampar cómodamente en su interior. Un vasto terreno lo rodea, destinado á campos de experimentación agrícola, paseos, jardines y recreos gimnásticos para los alumnos. El majestuoso Paraná sirve de fondo á este futuro paraíso escolar.

Gobierna en la actualidad la provincia Don Juan R. Vidal, el político correntino de mayor renombre y popularidad. Ha desempeñado en Buenos Aires altos cargos nacionales, abandonándolos para aceptar la designación de sus comprovincianos, que lo eligieron gobernador. Habituado al mando, y con larga experiencia gubernativa, va á continuar una política de adelantos positivos basada principalmente en el mayor desarrollo de la educación pública y el aumento de la explotación agrícola. Corrientes necesita dar al hombre todas las tierras aptas para la agricultura, confinando la ganadería en aquellos campos que únicamente sirven para esta industria.

La agricultura aumentará la población de Corrientes más que todas las leyes que dicten sus gobiernos. La colonización de tierras hoy incultas y las grandes obras para la transformación y saneamiento de la misteriosa laguna Iberá, cambiarán el aspecto de la provincia.

La cultura de los gobernantes de Corrientes está demostrada desde hace algún tiempo por el número de libros que se han publicado bajo sus auspicios, referentes á la historia de la provincia y á sus condiciones económicas. El movimiento estadístico se consigna en trabajos de notable minuciosidad. Existe en el Palacio de Gobierno un valioso archivo que contiene todos los documentos importantes, desde la fundación de Corrientes á los tiempos actuales.

Ninguna provincia argentina cuida tanto como ella de estudiar el pasado y el presente, adquiriendo enseñanzas que le sirvan de norma para sus progresos futuros.

El porvenir de Corrientes reside en el aumento de los medios de comunicación, sustituyendo la carreta con la vía férrea, y en establecer un rápido contacto de la capital con todos sus departamentos, y de la provincia con el vecino territorio de Misiones.

Afortunadamente, los dos partidos políticos en que se divide la opinión correntina se hallan actualmente en paz, y los gobernantes dedican sus esfuerzos á las obras públicas y á la educación. Apertura de canales y nuevas colonias es lo que necesita con más urgencia la provincia de Corrientes.

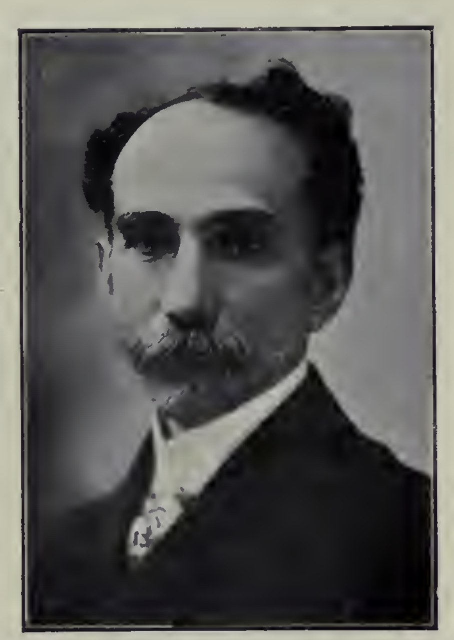
* * *

Una de las grandes curiosidades de esta tierra son los hormigueros, cúpulas de tres ó cuatro metros de diámetro y uno y medio ó dos de altura. Están agujereadas estas colinas de barro como el famoso peñón de

Gibraltar, y sus orificios tienen una especie de pantalla ó alero que deja entrar el aire, pero no el agua.

La costra del hormiguero es de arcilla impermeable, y cada una de estas repúblicas contiene como unos 10 millones de hormigas, que entran y salen á la vez por cien puertas, amontonando sus provisiones de reserva en vastos depósitos. Estas cuevas, formadas artificialmente, son tan grandes, que en ciertos casos, al caer dentro de ellas un jinete con su caballo, ha tenido que vencer dificultades tan enormes como para salir de un pozo. El techo se halla sostenido por columnas hábilmente situadas, lo que da á su interior un aspecto de maravilla arquitectónica.

En realidad, estas hormigas son muy superiores al hombre como artífices. Hay que imaginarse lo que representa la construcción de un edificio de dos metros de altura, con sus columnatas interiores, llevada á cabo por seres que apenas levantan sobre el suelo una centésima de milímetro. Ni el Partenón, ni la basílica de San Pedro, ni monumento alguno entre los más famosos del ingenio humano, pueden compararse con uno de estos palacios-ciudades que construyen las hormigas. Para hacer el hombre algo semejante, en proporción á su estatura, tendría que levantar un edificio mucho más alto que los Andes ó el Himalaya.



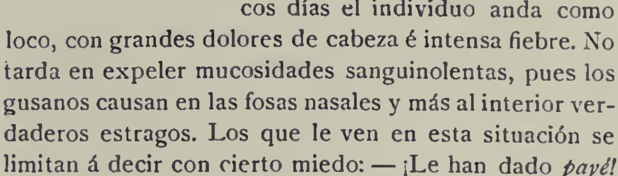
DON JUAN R. VIDAL

Estas repúblicas negras y laboriosas, que tan arraigado tienen el instinto de conservación, causan graves daños en los campos, robando una parte de las cosechas. El agricultor blanco las persigue con la máquina hormiguicida. Los guaraníes se contentan con impetrar el auxilio de San Simón, San Judas y San Bonifacio, que según parece son enemigos declarados de ellas. También tienen fe en el oso hormiguero, que les ayuda al exterminio de dicha plaga con resultados más positivos. Este animal es para las hormigas lo que el gato al ratón y el hurón al conejo. Cae sobre los hormigueros como un demonio exterminador, y acaba por dejarlos sin habitantes.

El oso hormiguero tiene una figura grotesca. Su pelo es duro, casi espinoso, negro en el lomo y claro en las extremidades. Animal muy perezoso, se mueve con lentitud. Posee un hocico largo, en forma de trompeta, que guarda una lengua estrecha y fina como una espada de Toledo. Carece de dientes, pero cuenta con el auxilio de sus uñas, que son terribles por lo largas y cortantes, al extremo de unas patas musculosas y de gran potencia. Una zarpada suya desgarra cuanto pilla. Al verse atacado, se tiende de espaldas, con los cuatro remos en alto, distribuyendo á un lado y á otro arañazos mortales. El mismo tigre ha de hacer grandes esfuerzos para matarlo; pero esto ocurre pocas veces, pues en los más de los casos acaba por alejarse rendido de fatiga. Este oso se alimenta introduciendo el hocico en los orificios de los hormigueros. Los insectos se pegan á su lengua viscosa, y cuando ésta queda cubierta, los traga, repitiendo innumerables veces la operación, hasta saciarse.

En las clases populares que habitan los distritos más apartados de la provincia de Corrientes perduran muchas supersticiones de origen indígena. La palabra *payé* no significa únicamente amuleto, sino también mal de ojo. Existen viejas harapientas y feas, semejantes á las antiguas brujas de Europa, confeccionadoras de filtros y maleficios, á las que acuden los enamorados ó los que desean vengarse.

Uno de los medios de dar *payé* á una persona odiada consiste en reunir los huevecillos que cierta mosca deposita en las heridas del ganado caballar. Estos huevecillos, con el calor animal se vivifican y convierten en gusanos, que causan graves males. La confeccionadora del *payé* recoge los huevecillos como se recoge la simiente del gusano de seda, los deja secar y espolvorea con ellos una rosa. Esta flor la hacen oler al galán desdeñoso ó á la persona odiada, y con la inspiración los huevecillos van á parar á las fosas nasales, donde la humedad y el vello impiden que caigan. Allí, con el calor animal, se inicia la evolución de los gérmenes, y á los pocos días el individuo anda como loco, con grandes dolores de cabeza é intensa fiebre. No tarda en expeler mucosidades sanguinolentas, pues los gusanos causan en las fosas nasales y más al interior verdaderos estragos. Los que le ven en esta situación se limitan á decir con cierto miedo: — ¡Le han dado *payé!*



Las brujas y los hechiceros indígenas usan para la curación de ciertas dolencias los vomitivos más conocidos; pero acompañan tales remedios con suertes de prestidigitación. Cuando el enfermo está vomitando, el curandero lleva la mano á su boca al mismo tiempo que extrae de su manga un ratón ó un pequeño reptil, enseñándolo triunfante á la absorta familia, como si lo sacase del estómago del paciente.

Innecesario es decir que en las ciudades donde la educación es general y abundan los médicos, no ocurren estos casos, ni se conoce la existencia de curanderos; pero en las regiones apartadas, de vida primitiva, aun se da el *payé* y funcionan brujas y brujos, acogidos con un respeto supersticioso por la muchedumbre ignorante.

El *yacaré*, que en las inmediaciones de la ciudad de Corrientes y de los principales puertos del Paraná es inofensivo casi siempre, constituye un tremendo peligro



CORRIENTES. IGLESIA DE LAS MERCEDES

en los distritos poco habitados, especialmente en las inmediaciones de las lagunas. A un campesino habitante del distrito de San Luis, se le comió un cocodrilo á un hijo de cuatro años, que andaba jugueteando por los alrededores del rancho. La familia oyó los lloros del pequeño, y cuando todos salieron corriendo en su auxilio, encontraron que un *yacaré*, de la primera dentellada, había devorado la mitad del cráneo del niño.

La natación en ríos y lagunas es de un peligro casi seguro, pues el *yacaré* resulta invencible dentro del agua. En las inmediaciones de la ciudad de Corrientes se ha visto desaparecer á soldados que nadaban en el Paraná, aventurándose en parajes frecuentados por el aligator. El nadador daba de pronto un grito estridente, agitaba los brazos y desaparecía. Á las pocas horas flotaba el cadáver horriblemente amputado y desfigurado. Todos estos ataques son obra siempre, como ya dijimos, del cocodrilo *cebado*, ó sea del que conoce el sabor de la carne humana.



CORRIENTES. SOCIEDAD ITALIANA DE SOCORROS MUTUOS

Existe un animal en la selva correntina, famoso por su agilidad y el procedimiento indecoroso que emplea para defenderse. Es un pariente nuestro en grado inferior, un hermano en Darwin: el mono llamado *carayá*. Huye del hombre, especialmente si le ve con armas; pero cuando lo sorprenden en un árbol aislado y no puede escapar, entonces pide misericordia con mil gestos y muecas de humildad. Diríase que es una criatura humana que junta sus manos implorando perdón. Cuando el cazador sigue adelante, nada ocurre; pero si se acerca á él poniéndose á tiro, entonces el *carayá*, con fulminante rapidez, se lleva una mano bajo de la cola, hace una operación especial, y con una destreza y seguridad que no yerra nunca, echa á los ojos del hombre sus excrementos. Éstos son de tal fetidez, que provocan el vómito y dejan al individuo con pocas ganas de cazar otros monos de dicha especie.

La agilidad del *carayá* es asombrosa. Pendiente del extremo de la cola se columpia en el bosque y salta como un pájaro, á 20 ó 30 metros de distancia, prendiéndose á otra rama para repetir el salto. Así camina enormes distancias, siendo imposible darle alcance en los sitios donde abunda el arbolado.

***

Cuando se vive en la ciudad de Corrientes con todas sus comodidades de población culta y progresiva, mírase con inquietud la orilla de enfrente, el famoso Chaco, de oscura vegetación, donde aún existen en abundancia tigres é indios salvajes. Estos se hallan muchas leguas al interior, mas no por esto la ribera misteriosa deja de interesar con la emoción que infunden los lugares peligrosos.

Muchas tardes, á la hora en que se pone el sol inflamando la superficie del río, he contemplado desde el parque de Corrientes la línea oscura de la ribera chaqueña, sondeando con la imaginación sus bosques, que yo creía tenebrosos. Algún tiempo después, al visitar el Chaco, vi con cierta decepción que lo que yo creía orilla no era más que una isla que enmascara el verdadero límite del territorio, y que tras estos bosques que consideraba preñados de peligros existe un puerto, el de Barranqueras, y una línea de ferrocarril, y tranvías, y una ciudad, la llamada Resistencia, capital de rápidos progresos.

En el Paraná y otros ríos grandes de la Argentina son frecuentes estos engaños. Contempláis una línea de vegetación y no sabéis ciertamente lo que existe detrás de ella. Tal vez es la orilla, y á continuación se extienden campos infinitos; tal vez es una isla, y al doblarla con recodo violento, encontráis que detrás de ella se extiende el verdadero río, pues el agua por donde navegabais era la de un simple canal.

La vegetación oscura de la costa chaqueña, ó mejor dicho la de sus islas, atraía todas las tardes mi curiosidad, con ese interés que, según Víctor Hugo, ins-



CORRIENTES. UNA ESCUELA MIXTA

pira un muro liso tras el que se presiente que está ocurriendo algo.

En el Parque de la ciudad de Corrientes existe un pequeño Jardín Zoológico, en cuyas jaulas hay siempre alguna tigresa con sus crías.

Me han contado que en noches de primavera estas hembras feroces abren en la sombra los faros de sus ojos fosforescentes y se estiran, con voluptuoso desperezo, al escuchar un lejano rugido, que viene de la otra orilla del Paraná.

Es el tigre, el tigre amoroso y errante, que husmea el perfume de la hembra á través de la atmósfera nocturna, saturada de la respiración de las flores y el vaho del río. Viene del interior del Chaco; ha caminado leguas, guiado por el instinto, hasta llegar á la costa. Después salta entre las cañas y chapotea en los canales, yendo de una isla á otra, para aproximarse más á la hembra, cuyo perfume aspira con apasionada excitación. Sería capaz de pasar á nado este Helesponto, como el héroe griego; pero le intimidan el halo rojizo de la ciudad, su movimiento vital y los focos eléctricos de helada luz.



CORRIENTES. ESCUELA «SARMIENTO»

Suenan músicas en los paseos, circulan grupos de hermosas jóvenes seguidas por la mirada ansiosa de los hombres, humean los incensarios de los jardines su esencia virginal, vibra en el ambiente un éter de voluptuosidad, el suelo parece estremecerse con espasmos de amor, y á lo lejos rasga el silencio el bramido de la fiera que araña el barro, avanza el hocico y espeluzna el oro de su vestidura regia, enviando un lamento interminable por encima de la lóbrega lámina del río, bajo la inmensa cúpula de la noche, en cuyo oscuro azul parpadean los astros como si se llamasen unos á otros con guiños de pasión.

CÓRDOBA

Llaman á esta provincia la «Suiza argentina», por las pintorescas sierras y hermosos valles que ocupan una parte de su territorio. Su aspecto general es el de una llanura que se inclina ligeramente de Oeste á Este, como todo el país argentino. En su parte occidental tiene un macizo montañoso cuyas mesetas, utilizables para el pastoreo, llegan á 2.000 metros. Sus valles gozan de abundante regadío, por los numerosos arroyuelos que descienden de las alturas, y esto le proporciona una vegetación hermosa, prestándose el suelo y el clima á todos los cultivos de la zona templada.

Córdoba, por su riqueza, población y extensión, ocupa el tercer lugar entre las provincias argentinas. Su territorio ofrece numerosas variedades, habiendo sido distribuído por los geógrafos en cuatro zonas: la de las llanuras, que tiene abundantes pastos; la de los bosques frondosos, con ricas especies arbóreas, que sirven para la construcción y la ebanistería; la de las llanuras salitrosas, y la de las altas sierras. Los terrenos llanos del Sur han contribuído poderosamente á la riqueza de la provincia, cosechándose en ellos toda clase de cereales. Además, el rico cultivo de la alfalfa ha formado prados enormes, en los que se mantiene la ganadería. Los bosques son explotados en gran escala para la producción de combustible. En las montañas están las famosas caleras de Córdoba, cuya cal se aprecia en toda la República como la mejor para las construcciones, aplicándo-

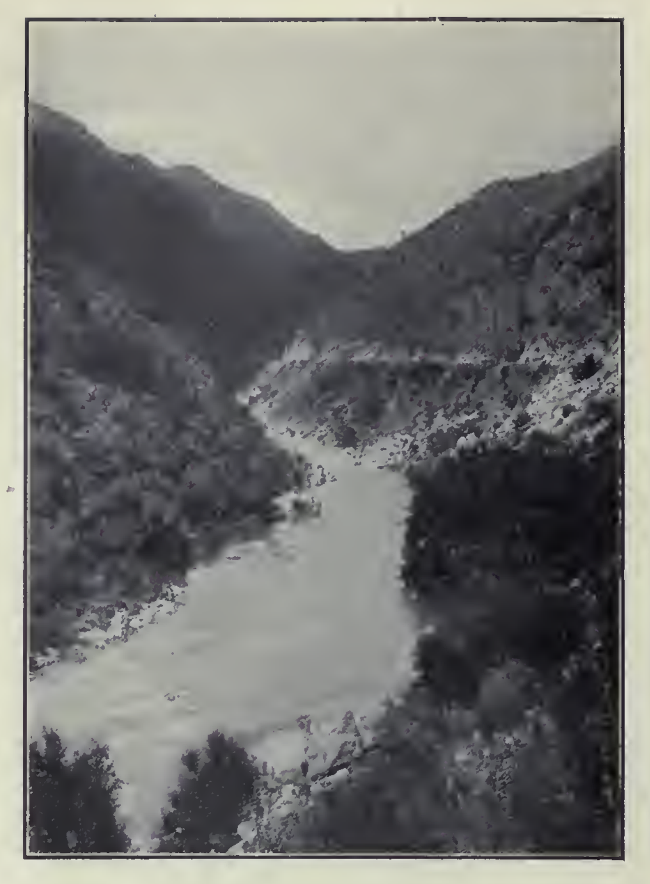


LAGUNA EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

se también á la producción de carburo de calcio, del que tanto consumo se hace en los pueblos pequeños para elaborar el gas acetileno. Las canteras de mármol constituyen otra de las industrias de la serranía de Córdoba.

La desolada región de las salinas es una inmensa llanura que parece un mar, con la superficie blanquinegra, salpicada de matojas de una vegetación raquítica. Forma en ella la refracción solar durante el estío curiosos espejismos. Las capas superpuestas del ardiente vaho que exhala el suelo fingen en el horizonte el oleaje de un mar, y las sombras de las matas parecen siluetas de grandes buques.

El clima de Córdoba es seco y goza fama por su dulce suavidad.



RÍO PRIMERO (La línea férrea se extiende por una de sus orillas).

La temperatura varía algo de un lado á otro de la provincia, por la larga extensión de ésta y los montes, situados en uno de sus extremos. Las grandes lluvias caen en el verano con acompañamiento de pedriscos y truenos. Estas lluvias suelen derramarse casi siempre en la región montañosa, y sólo de tarde en tarde se extienden á las llanuras, que ocupan tres cuartas partes del territorio.

Los ríos, de rápida corriente, que descienden de la sierra, son aprovechados como fuerza motriz, dando gran desarrollo á las industrias. La fuerza hidráulica mueve fábricas y molinos, ó es transformada en energía eléctrica, que se transmite á los centros de trabajo establecidos en la ciudad de Córdoba.

Ya hablamos de los cinco ríos principales que surcan esta provincia, y que son conocidos con los títulos de Río Primero, Río Segundo, etc., hasta Río Quinto. Estos ríos prestan importantísimos servicios á los habitantes de las zonas que atraviesan. Gracias á ellos prosperan la ganadería y la agricultura. Lo rápido de su curso hace que los explote también la industria como productores de fuerza mecánica. Abundan las lagunas en las depresiones del suelo alimentadas por las filtraciones de los ríos; pero de todas ellas las más dignas de mención son dos: la laguna de los Porongos y el gran lago llamado «Mar Chiquita». Este último, que llega á tener en algunos sitios 25 metros de profundidad, contiene quince islas cubiertas de bosques de quebracho colorado, que pueden ser objeto de una rica explotación, así como los bosques de igual madera y de algarrobo que cubren sus orillas. La laguna de los Porongos, rica también en arbolado y con aguas salitrosas, como las de Mar Chiquita, se comunica con ésta por varios canales. En las orillas de ambas extensiones acuáticas hay criaderos de excelente sal y gran cantidad de aves diversas.

Tiene la provincia de Córdoba una de las obras hidráulicas más grandes que se conocen en el mundo: el famoso dique de San Roque, segundo lago artificial entre todos los de la tierra. Su embalse es de 260.000.000 de metros cúbicos de agua y ocupa todo un valle. Cierra esta enorme masa acuática un murallón situado en mitad de una garganta montañosa; barrera que tiene 51 metros de altura y otros tantos de espesor en su base, representando un total de 50.000 metros cúbicos de mampostería. La obra se completa con otro dique distribuidor, situado en el lugar que llaman Mal Paso, y dos canales maestros que conducen la irrigación á los campos de Córdoba, distribuyéndola. Ambos canales tienen muchos kilómetros de extensión, con numerosos acueductos, que salvan las desigualdades del suelo.



DIQUE DE SAN ROQUE. PARTE ALTA DEL MURO DE CONTENCIÓN

Este trabajo colosal de la actividad argentina recuerda y supera, en algunas de sus partes, á los más famosos de la antigua Roma. El dique de San Roque, con su conjunto de obras auxiliares, costó 1.320.000 pesos oro,

y puede regar 50.000 hectáreas de tierra. La obra fué llevada á cabo bajo la presidencia de Juárez Celmán, gobernante que provocó grandes protestas y una revolución por sus despilfarros é impericias, pero en el que se debe reconocer cierta influencia beneficiosa sobre el desarrollo material del país, por los numerosos trabajos públicos que decretó.

* * *

La serranía de Córdoba tiene algo que recuerda los tranquilos paisajes de Suiza. Las montañas son de menos altura, pero están cubiertas de un verdor abundante, en el que sobresalen espinosos arbustos y árboles de regular altura.

El panorama no ofrece nada de grandioso: no hay en él cimas que escalen audazmente el horizonte, pero resulta ameno y de exquisita variedad. Los bosques son de algarrobos, talas, chañares y otros árboles y arbustos. El agua corre por todas partes, saltando entre las piedras, pulidas por el roce. Son arroyos puros y cristalinos, que en épocas de lluvia se transforman en torrentes vertiginosos y sonoras cascadas.

Los naturales de la sierra contienen en algunos sitios estas corrientes colocando represas, llamadas «tajamares», que sirven para el riego. Estos pequeños lagos son numerosos y parecen como suspendidos entre las laderas, cuando se les contempla desde una altura mayor.

La benignidad del clima ha convertido los lugares más pintorescos de la sierra en estaciones sanitarias, que frecuentan especialmente los enfermos del pecho. En el verano son muchos los que llegan de Buenos Aires, Rosario y Tucumán para vivir en los hoteles de la montaña. Cosquín, Capilla del Monte y La Falda son las poblaciones más altas de la sierra de Córdoba, por lo que algunas veces sienten sus vecinos los efectos de una temperatura fría. Calera, Totoral y Alta Gracia se hallan en lugares más bajos. Esta afluencia de veraneantes ha poblado los lugares más sanos y pintorescos con casas de recreo, quintas hermosas y hoteles modernos de gran lujo.



MALECÓN DEL DIQUE DE SAN ROQUE (Visto de frente).



DIQUE DE «MAL PASO»



LAGUNA DE SAN ROQUE Y FERROCARRIL

La provincia de Córdoba ocupa una extensión de 175.000 kilómetros cuadrados, lo que la da el segundo lugar entre las provincias argentinas, viniendo después de la de Buenos Aires, que es la más extensa. Su población también la hace figurar á continuación de la de Buenos Aires, pues asciende á unas 550.000 almas y crece rápidamente por año á causa del considerable desarrollo de su agricultura, que atrae muchos brazos. En quince años ha aumentado de un modo enorme su área de cultivo. En 1895 sólo tenía 250.000 hectáreas dedicadas á la agricultura. Actualmente, ó sea quince años después, su zona agrícola abarca aproximadamente 4 millones de hectáreas.

La industria ganadera es inferior á la agrícola; pero aun así, asciende á 5 millones el número de cabezas de sus ganados caballar, bovino y ovino.

* * *

La ciudad de Córdoba es la más poblada de las capitales del interior. Únicamente la supera en número de vecinos la ciudad de Rosario. Córdoba tiene 80.000 habitantes, aproximadamente, y su posición geográfica en mitad del camino entre las provincias del litoral y las del Norte, da gran movimiento á su comercio y la convierte en lugar de paso obligado para todos los que re-





PAISAJE DE LA SIERRA DE CÓRDOBA



PAISAJE DE COSQUÍN

corren la República. En esta provincia apenas se nota la atracción ejercida por Buenos Aires sobre muchas otras, y que impide su crecimiento, ya que todos los habitantes de carácter emprendedor, ansiosos de hacer fortuna, emigran á la capital federal. Los cordobeses pueden encontrar empleo á su actividad sin salir de su pequeña patria.

Otro de los motivos que hace afluir la juventud de ciertas provincias á la gran metrópoli bonaerense, es el deseo de adquirir el título de doctor, considerado por muchas familias como un diploma de nobleza intelectual que abre paso en todos los caminos de la vida.



CÓRDOBA. PASEO SOBREMONTE

Los cordobeses pueden hacerse doctores sin abandonar su tierra. La antigua Universidad de Córdoba figuró como la segunda de América, superándola únicamente, en los tiempos coloniales, la establecida en Lima. Por esto Córdoba es tal vez la ciudad de la República donde más abundan los doctores. El genial Sarmiento, en una pintura apasionada y caricaturesca que hizo de esta población en uno de sus libros, daba á entender que en la Córdoba de otros tiempos todos eran doctores.

La juventud de las provincias del Norte, en vez de ir á estudiar á la lejana Buenos Aires, se establece en Córdoba, cuya Universidad educó en otros siglos á los abogados de todo el país. Esta Universidad es uno de los elementos de vida de Córdoba «la docta», pues atrae á centenares de estudiantes que prefieren cursar en ella, por ser la vida más barata que en la capital federal.

Córdoba merece diversos sobrenombres, según el punto de vista desde el que es apreciada, ó el carácter de los escritores que la describen. Unos la llaman «la Sevilla americana», por su edificación y sus alrededores, que efectivamente le dan cierta semejanza con la capital



PIEDRAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA



UN HOTEL DE LA SIERRA

andaluza. Otros la titulan «la Roma argentina», por su gran número de templos y el carácter religioso de sus habitantes. Algunos la llaman simplemente la «ciudad de los doctores».



CAPILLA DEL MONTE. CARRERAS DE CABALLOS

Fundó á Córdoba, en la margen derecha del río Primero, Don Jerónimo Luis de Cabrera, valeroso capitán español, de ilustre prosapia y carácter bondadoso y caballeresco. Por ser su esposa, que le acompañó en la conquista, oriunda de Andalucía, dió á la nueva ciudad el nombre de Córdoba; pero la llamó «Córdoba la Llana», sin duda porque la Córdoba andaluza se halla en las estribaciones de una sierra.

Dependía este territorio de la ciudad de Santiago del Estero, fundada por el conquistador Aguirre, capital del llamado «Gobierno del Tucumán, Juries y Diaguitas». El virrey del Perú, enterado de los grandes desafueros cometidos por Aguirre, lo depuso y encarceló, enviando para que lo sustituyese al noble caballero Don Jerónimo Luis de Cabrera, que ya había prestado grandes servicios en otros lugares de América, batallando á las órdenes del valeroso Ponce de León en la conquista de Nazca y de Pisco.



CÓRDOBA. UNA DEPENDENCIA DEL OBSERVATORIO

Al tomar posesión Cabrera del gobierno del Tucumán, envió á la descubierta al capitán Lorenzo Suárez de Figueroa con cuarenta jinetes, y éste regresó, algún tiempo después, haciéndose lenguas de la fertilidad del país. Entonces emprendió Cabrera una expedición, y en Junio de 1573 llegó á orillas de un río que los indios llamaban Suquia, y al que dió el título de San Juan. Este río era el que actualmente se llama río Primero. Después de reconocer sus orillas fundó en un lugar que los naturales titulaban Quisquizacate, la ciudad llamada Córdoba la Llana, tomando posesión del país «en nombre de los reyes de España, cortando árboles, metiéndose en el río, trasladando ramas de un punto á otro y reclamando contradicción», pues todo esto constituía el ritual de los conquistadores para establecerse como dueños de las tierras nuevas. Cabrera fundó á Córdoba «en nombre de la Santísima Trinidad, de la gloriosa Virgen y del Apóstol Santiago, por cuanto las cosas — son sus palabras — que tienen principio en Dios nuestro Señor permanecen y se aumentan, y las que no son principiadas en su santo nombre se acaban y deshacen».

Patronos tan poderosos dieron á la nueva ciudad sus fundadores, hombres sencillos, rudos y valientes, de gran entereza para soportar peligros y toda clase de pruebas, y que cuando se congregaban en cabildo era con la fórmula «en nombre de Dios y á tratar cosas de pública utilidad».

Uno de los capitanes de Cabrera fué Tristán de Tejada, personaje heroico que parece escapado del *Romancero del Cid*, jinete sin miedo, terror de los indios, que llevó á cabo las hazañas más estupendas y murió anciano en la ciudad cordobesa, con toda tranquilidad, luego de haber arrostrado los mayores peligros.

La fundación de Córdoba ocurrió el mismo día



PAISAJE DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



PAISAJE DE COSQUÍN

que echaba Garay los cimientos de Santa Fé, lo que hace que ambas ciudades se disputen la preminencia en antigüedad.

Córdoba está en una hondonada, abierta, sin duda, por el río, y sobre un suelo de arena, lo que explica los grandes calores que sufre en verano. El fundador español sólo vió las ventajas de este emplazamiento para ponerse en comunicación con otros territorios y defenderse de los indios, que atacaron en varias ocasiones á la naciente ciudad.

Como se halla Córdoba en una hondonada, el viajero sólo la ve al llegar cerca de ella. Cuenta Sarmiento, con su exageración de escritor apasionado, que cuando al aproximarse á sus cercanías preguntaba el viajero por ella, contestábale el guía que mirase al suelo, y si columbraba entre el pasto algo reluciente, aquello era la ciudad.

Tarda en verse, pero hay que decir que el aspecto que ofrece surgiendo de pronto, es hermoso é interesante.

Córdoba se diferencia de muchas ciudades de la República que son de edificios bajos con techumbres de zinc. La que algunos llaman «Roma argentina» está erizada de esbeltas torres, unas vetustas y grises, otras blancas y flamantes. Abundan los edificios altos, y muchas construcciones tienen cierto aire de venerable nobleza. La banalidad de una rápida formación que se nota en otras poblaciones, está aquí templada por los recuerdos de pasadas épocas.

Córdoba era ya importantísima en los tiempos coloniales, y aunque después se ha desarrollado mucho, persiste en su nueva grandeza un fundamento antiguo que parece librarla de la fragilidad que acompaña á las improvisaciones.

A pesar de sus modernos bulevares y sus palacios de reciente construcción, en los que se hallan instalados los Bancos y las oficinas públicas, conserva un ambiente tradicional de vieja ciudad española, como ya no lo tienen la mayor parte de las poblaciones de la Península. Muchos de sus habitantes, pertenecientes á familias patricias, son españoles de raza, de carácter y de mentalidad, como sólo se ven muy de tarde en tarde al otro lado del mar. Yo he tratado á algunos doctores de Córdoba, encontrando en ellos desde las primeras palabras algo que recordaba el pasado español.

Son caballeros de grave continente, mesurados y sonoros en la palabra, discretos en la alegría y el chiste, con gran compostura en los ademanes. Tienen en su saber de jurisconsultos algo de teólogos; gustan de matizar la conversación con frases latinas, y aunque sonríen con cierta tolerancia ante las ideas del siglo, muestran graves escrúpulos en todo lo que toca á materias de religión. Algunos de ellos, cuando pasean por su estudio abogacil, en el piso bajo de una casa antigua con grandes rejas á la calle, rodeados de viejos armarios, que contienen libros no menos vetustos, colecciones legislativas, sumas teológicas, etc., parece como que reclaman

CÓRDOBA. EL ANTIGUO CABILDO

mudamente para su noble figura la toga usada por los antiguos jurisconsultos.

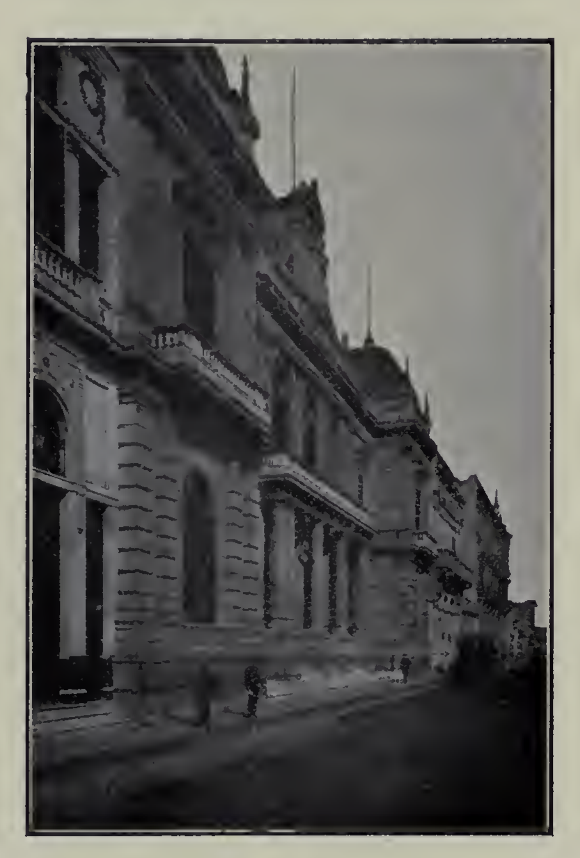
Son cabezas de la España tradicional, interior y exteriormente, dignas de exhibirse rodeadas por la blancura rígida de una gorguera de las llamadas de plato, como las que se ven en los retratos de Velázquez. ¡Simpáticos y solemnes doctores cordobeses, entonados en el decir, pulcros en la gesticulación y mesurados en el pensamiento! Un novelista que quiera estudiar á un Consejero de Indias, á un oidor de Real Chancillería ó á un Presidente de territorio, debe venir aquí para restablecer el pasado con datos inductivos, estudiando de cerca á estos doctores.

La Universidad, que es el establecimiento que mayor fama ha dado á Córdoba, fué creada como colegio en 1613 por el obispo del Tucumán Don Fernando de Trejo y Sanabria. Seis años después, el Papa Gregorio XV erigió el colegio en Universidad, con el título de «Universidad Mayor de San Carlos». Inútil es decir que en este centro de enseñanza, como en casi todas las Universidades de la época, sólo se daba una educación teológica.

Su fama se esparció por la América española, llegando á ser la más importante después de la de Lima. Por sus claustros pasaron muchas generaciones de estudiantes, venidos de lejanas provincias, que aprendieron la Escolástica y el Derecho, con gran uso del idioma latino, sin el cual no se concebía ciencia alguna. Sin embargo, el hábito del estudio modificó con el curso del tiempo el carácter de esta Universidad colonial. Profesores y estudiantes leían los pocos libros de Europa que penetraban en el país, y esta lectura llegó á transformar las almas, propagando las ideas liberales del siglo XVIII, que fueron como el prólogo del movimiento de la Independencia.

La Universidad de Córdoba es un conjunto de edificios que, según dicen, fueron construídos por esclavos negros, dependientes del establecimiento.

Nótase en ella una lejana semejanza con la Univerdad de Salamanca; semejanza que tal vez no es real, ni está basada en hechos positivos, pero que se adivina al visitar esta escuela cordobesa, docta hija de las escuelas peninsulares. Los profesores de Córboba y los estudiantes procuraban imitar las costumbres y el régimen disciplinario de la Universidad más antigua de España.



CÓRDOBA. BANCO PROVINCIAL

La fiesta llamada «Colación de grados», tan famosa en la antigua Córdoba, no era más que un recuerdo de las ceremonias usadas en Salamanca para imponer el título de doctor. La Universidad cordobesa tuvo tres Facultades: primeramente la de Artes y la de Teología y luego la de Derecho, celebrando con pomposas fiestas los títulos de doctor que se concedían en cualquiera de ellas. El pueblo cordobés asociábase á estas ceremonias, como lo hacía el de Salamanca, viendo en cada doctor una nueva gloria que propalaría la fama de la Universidad, tan estrechamente ligada con la suerte de la población.

El grado de doctor en Teología daba lugar á las fiestas más ostentosas y populares. La víspera de conferirse el grado verificábase el «paseo», á imitación de lo que se hacía en Salamanca y otras Universidades españolas. Los doctores y maestros, con su muceta del color de la Facultad y el birrete con la borla doctoral, iban á caballo en animada procesión hasta la casa del graduando, en cuya puerta estaban, bajo dosel, el escudo de la Universidad y el escudo de armas del futuro doctor, pues era condición precisa que éste perteneciese á una familia de nobleza colonial.

Montaba el graduando en una mula ricamente enjaezada, y escoltado por los maestros y doctores, comenzaba el paseo por las calles de la ciudad. Iban delante los bedeles, con togas negras y mazas de plata, y los músicos, que tañían chirimías y atabales; venían luego los portadores de los estandartes de las diversas Facultades, los maestros y los doctores, por orden de antigüedad, y el cabildo de Córdoba. Al final marchaba el graduando, con capirote blanco, pero sin birrete, pues éste se le había de entregar en el acto de la colación, y á ambos lados de él figuraban el doctor de mayor antigüedad y el personaje que le había de servir de padrino. Al pasar la cabalgata ante la casa de la Compañía de Jesús, repicaban las campanas y la comunidad salía á cumplimentar al futuro doctor. Terminado el «paseo» luego de recorrer las calles principales, se dejaba al graduando en su domicilio hasta el día siguiente, que era el de la gran fiesta.

Marchaba el candidato con el mismo acompañamiento de la tarde anterior hasta la iglesia de la Compañía, donde se verificaba la ceremonia. Las autoridades y doctores ocupaban un tablado ó «teatro», y frente á él había una gran mesa con tapete y varias salvillas

de plata. En estas fuentes de metal estaban el libro de los Evangelios, las «propinas», ó sea el dinero que el graduando debía entregar á los doctores, según su categoría, por la asistencia al acto, y las insignias doctorales, consistentes en un birrete con borla del color de la Facultad, un anillo y un ejemplar del *Manual de las sentencias,* de Pedro Lombardo. La muchedumbre escolar agolpábase en el resto de la iglesia, frente al tablado, en el que figuraban los graves personajes, con sus imponentes vestiduras, sentados bajo el dosel presidencial, que lucía las armas de la Universidad. El graduando pronunciaba un discurso en latín sobre un tema teológico, y le contestaba uno de los doctores. El carácter grave y un tanto fastidioso de esta ceremonia se fué modificando con el curso del tiempo en algunas Universidades, hasta convertir el discurso de respuesta en una especie de crítica irónica de los méritos del nuevo doctor, crítica que se encargaba á los individuos más mordaces de la Universidad, con gran contentamiento del público.

CÓRDOBA. ESTATUA DEL OBISPO TREJO SANABRIA EN LA UNIVERSIDAD

Después de los discursos el graduando se arrodillaba para prestar juramento ante los Evangelios, y le ponían en la cabeza el birrete con borla, entregándole después el anillo y el libro, todo con acompañamiento de fórmulas latinas. Al final eran los abrazos y las felicitaciones de parientes y amigos. Los doctores, terminada la ceremonia, sólo se preocupaban del reparto de las propinas, tomando cada individuo del claustro la cantidad correspondiente, según su grado é importancia.

Una ceremonia de «colación de grados» era un gran suceso en la antigua Córdoba, que animaba su monótona existencia y daba lugar á comentarios durante varias semanas, apreciándose la mayor ó menor generosidad del nuevo doctor y el número de los banquetes que habían seguido á la fiesta.

* * *

La antigua Universidad «Mayor de San Carlos» fué declarada Universidad nacional por una ley del Congreso de Paraná, promulgada bajo la presidencia del general Urquiza.

Ocupa un vasto edificio construído con la solidez característica de los tiempos coloniales, y contiguo á la iglesia de los jesuítas, con la que se comunica interiormente. En el patio de la Universidad se ha erigido un monumento á su fundador, el obispo Trejo y Sanabria, obra del escultor Víctor de Pol. La dependencia más notable de la Universidad es la biblioteca, que contiene algunos miles de volúmenes antiguos y modernos. Anexas á aquella están las Facultades de Derecho, Medicina y Ciencias exactas, físicas y naturales. Después de la nacionalización de la Universidad se construyó el edificio de la Academia de Ciencias, que contiene los Museos de Historia Natural y Mineralogía.

Entre los 30.000 volúmenes que forman la biblioteca, muchos de ellos obras antiguas de gran valor bibliográfico, hay numerosos manuscritos, figurando en lugar preferente el original del Código civil, obra del legislador Vélez Sarfield, hijo ilustre de esta ciudad.



CÓRDOBA. LA UNIVERSIDAD



CÓRDOBA. IGLESIA DE LOS JESUITAS

Existe en Córdoba un establecimiento científico de tanta importancia como la Universidad y de una reputación mundial. Es el Observatorio Astronómico, creado en 1869, bajo la presidencia de Sarmiento. Este Observatorio se halla establecido con arreglo á los últimos adelantos, y tiene dos grandes ecuatoriales para los estudios celestes. El Observatorio de Córdoba lleva prestados á la ciencia grandes servicios. Su primer director, el sabio norteamericano Gould, estudió el hemisferio austral, completando los trabajos de los astrónomos que habían explorado el hemisferio septentrional. Gould, y Thome, sucesor suyo en la dirección del Observatorio, publicaron la *Uranometría argentina* y el *Catálogo de las zonas siderales*.

Un numeroso personal, en el que figuran astrónomos argentinos, franceses y españoles, trabaja en este Observatorio. El gobierno de la nación ha decretado una suma considerable para realizar en él grandes reformas, y en breve será uno de los primeros del mundo.

CÓRDOBA. MONUMENTO Á VÉLEZ SARFIELD

El Observatorio Meteorológico nacional funciona cerca de aquél, y es un establecimiento del que dependen 150 estaciones, instaladas en todo el país para las observaciones meteorológicas. También lo fundó Sarmiento, en 1872. Este Observatorio publica unos *Anales* de gran interés científico, muy apreciados en Europa.

La Escuela de Agronomía, situada en las inmediaciones de la ciudad, es digna de esta provincia, en la que tanto desarrollo adquiere la industria agrícola. Ocupa una meseta llamada Alta Córdoba, ó Pueblo Crisol, desde la que se domina la hondonada en que se halla edificada Córdoba. En esta terraza natural se abarca el panorama de la ciudad, sus altos campanarios, sus techumbres rojizas y sus cúpulas, en las que brillan como placas de oro los vidrios heridos por el sol.

Casi todas las torres de Córdoba ofrecen una particularidad característica que parece demostrar lo fértil de este país y lo favorable de su clima para la vegetación. En los intersticios de las tejas crecen numerosas plantas cuyos gérmenes fueron aportados por el viento. Las caperuzas de los campanarios son jardines aéreos de arbustos. Hasta la argamasa florece en Córdoba.

* * *

Entre las numerosas iglesias cordobesas hay algunas que ofrecen cierto interés artístico, como modelos arquitectónicos de los tiempos coloniales. La Catedral es de gran originalidad, por su estilo, que pudiera llamarse hispano-americano. Hay en su masa, de suave blancura, en sus torres y en su cúpula, algo que recuerda á la vez las líneas del arte gótico, los alegres adornos del Renacimiento y la nitidez graciosa de las construcciones arábigas. Su exterior le da cieto aire de mezquita. La cúpula es notable por sus audaces proporciones.

La Compañía de Jesús, edificio muy pobre por fuera, está decorado interiormente con el lujo excesivo y pesado que los jesuítas dan á sus templos. Tiene gran abundancia de mármoles policromos y adornos de oro. Las bóvedas son de cedro de Tucumán, sostenidas por maderos de una sola pieza, que describen un arco de 20 metros.

En estas dos iglesias y en algunas otras de las muchas que existen en Córdoba se guardan cuadros, joyas sagradas, muebles, etc., de los tiempos de la dominación española.

Tiene la ciudad hermosas avenidas adornadas con monumentos escultóricos. De éstos, los más notables son, la estatua de Vélez Sarfield, que se encuentra á un



ESTACIÓN EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



CÓRDOBA. MERCADO CABRERA

extremo de la avenida principal, llamada vulgarmente calle Ancha, y la del general Paz, obra del escultor Falgieres, situada en el extremo opuesto de la misma vía. El general Paz, que fué el estratega más eminente del ejército argentino, nació en Córdoba, lo mismo que el gran legislador Vélez Sarfield.



UNA CALLE DE CÓRDOBA

Una de las curiosidades que ofrece la ciudad antigua es el paseo Sobremonte, llamado así porque lo creó á fines del siglo XVIII el marqués de Sobremonte, virrey del Río de la Plata. Es un paseo rodeado de edificios con un carácter interesante de decoración romántica. Sus filas de sauces se reflejan en un lago, en cuyo centro hay un pequeño kiosco.

En toda Europa no puede encontrarse un paseo tan interesante como el de Sobremonte. El afán de innovaciones ha destruído la jardinería de este género, lo que hace de aquél un ejemplar único. Parece que van á encontrarse á orillas del lago, bajo los sauces llorosos, los poéticos héroes de lord Byron ó los novelescos de Madama de Staël. Sería lamentable que el municipio cordobés modificase y desfigurase esta plaza, que representa uno de los atractivos más originales de la ciudad. Paseos modernos y valiosos tiene Córdoba en abundancia, y no necesita atentar á la venerable belleza de los antiguos.



CÓRDOBA. PALACIO DE JUSTICIA

El parque de Nueva Córdoba abraza una superficie de 24 hectáreas, y está admirablemente situado en una altura que permite abarcar desde sus terrazas magníficos espectáculos panorámicos. Hay en él un hermoso lago de 24.000 metros cuadrados. El parque del general Las Heras está en el otro extremo de la población, en la ribera derecha del río Primero, que lo rodea parcialmente con sus aguas. Es relativamente pequeño, pero se ve muy frecuentado en verano. Sobre el río hay hermosos puentes, llamados de Juárez Celmán, Nicolás Avellaneda y general Alvear.

Las plazas, amplias y con arbolado, son muchas, y las calles muy limpias y bien pavimentadas. Las casas particulares muestran una maciza solidez, por la gran abundancia de materiales excelentes que proporciona la sierra. Las oficinas públicas y los Bancos ocupan vistosos edificios. El gobierno de la provincia se halla instalado en el antiguo Cabildo. Hay varios hospitales y establecimientos de beneficencia, muchas fábricas, molinos, Bancos, buen alumbrado eléctrico y varios teatros. El de Rivera Indarte, que es el principal de la ciudad, figura como uno de los primeros de la República, pudiendo dar cabida su amplia sala á 2.000 espectadores.

La enseñanza pública es digna del renombre de «docta» que gozó Córdoba en otros tiempos. El número de sus escuelas, maestros y alumnos la hace ocupar el segundo puesto entre las provincias argentinas. Tiene aproximadamente 550 escuelas, con 1.200 maestros y 50.000 alumnos. Además de la Universidad, con sus diversas Facultades, funcionan un Colegio Nacional, varias Escuelas Normales y algunos Institutos de enseñanza secundaria.

* * *

En la provincia de Córdoba, la ciudad que sigue en importancia á la capital es Río Cuarto, con unos 14.000 habitantes. En esta población se halla establecido el Arsenal de Guerra de la zona militar del Centro. También funciona en ella un Tribunal, por ser cabeza de uno de los dos departamentos judiciales en que se divide la provincia. Su Escuela Normal, sostenida por la nación, goza de alguna fama por los éxitos de su enseñanza. Hay además en Río Cuarto varias sucursales de los Bancos de Buenos Aires y la Provincia, numerosas casas de comercio, hoteles y algunas publicaciones diarias.

Entre las demás poblaciones importantes por su vecindario y su movimiento comercial figura en primer término Villa María, punto de intersección de los ferrocarriles Central Argentino y Andino, y de otros ramales de menos importancia. Villa María es una población que disfruta de

una creciente prosperidad y está llamada á mayores éxitos por su posición geográfica.

Funcionan en ella numerosos aserraderos, que exportan tarugos de algarrobo para el pavimento de las calles, y maderas de construcción. También hay grandes almacenes de grano, que recogen el trigo de esta fértil comarca para remitirlo al puerto de Rosario. La colonia española es numerosa y muy activa, dominando gran parte de los negocios de la ciudad. La estrella de líneas férreas, que tiene su centro en Villa María, fomenta considerablemente su desarrollo, reuniendo los productos de toda la región para exportarlos luego.

Ríoseco, Ischilín, Santa Rosa, Chañar, Cruz del Eje y Bell-Ville, son los otros pueblos importantes de la provincia.

CÓRDOBA. TEATRO RIVERA INDARTE

En Bell-Ville, que antes se llamaba Fraile Muerto, fueron fusilados en 1810 los generales Liniers y Concha, el coronel Allende y los funcionarios Rodríguez y Moreno, que intentaban marchar sobre Buenos Aires para combatir la revolución iniciada por la Junta de Mayo. El obispo Orellana, que iba con ellos, fué perdonado por su carácter sacerdotal.

* * *

La colonización extranjera se ha extendido en la provincia de Córdoba como una prolongación de la que ocupa los territorios de Santa Fé. Se calcula en unas 500 colonias las que existen en los campos cordobeses; pero muchas de ellas no lo son más que de nombre, habiendo procurado sus fundadores acogerse á los beneficios de la Ley de coloniaje, sin hacer esfuerzo alguno para la atracción de nuevos pobladores. En las verdaderas colonias, los antiguos ranchos de barro han sido sustituídos con pequeños edificios de ladrillo, cómodos é higiénicos, y los campos, hábilmente cuidados, revelan un cultivo inteligente.



CATEDRAL DE CÓRDOBA

Córdoba es de las provincias que mejor pueden confiar en el porvenir. Las entrañas de la sierra la ofrecen grandes riquezas, que algún día serán explotadas. Su territorio ve aumentar considerablemente la red de ferrocarriles que le pone en comunicación directa con todos los puntos cardinales de la República. Geográficamente es la ciudad de Córdoba el centro de la nación y el lugar obligado de tránsito para los viajeros y las mercancías del interior.

La «docta» ciudad, á pesar de la tendencia estacionaria de muchos de sus habitantes, ha sido modificada en sentido liberal á partir de 1870, ó sea desde la presidencia de Sarmiento.

Los estudios que se daban en su Universidad no parecían suficientes para una nación deseosa de engrandecerse con audaces progresos. La filosofía de los Santos Padres, la *Suma* de Santo Tomás, el latín y la legislación medioeval era cuanto se enseñaba en sus aulas. Sarmiento y los presidentes que vinieron tras él modificaron el carácter didáctico de la Universidad, creando el Observatorio Astronómico y la Facultad de Ciencias, en la que ocuparon cátedras sabios ilustres de varios países, contratados por el gobierno. Muchos de estos sabios han dejado como recuerdo de su paso obras valiosas sobre la fauna y la flora argentinas, mapas y estadísticas. Algunos, uniendo la acción al estudio, abandonaron el gabinete de trabajo para realizar arriesgadas excursiones á través de los desiertos y las cordilleras todavía inexplorados.

La educación escolástica de la antigua Universidad de Córdoba dió, sin embargo, frutos revolucionarios. A fines del siglo XVIII muchos estudiantes, después de escuchar las graves explicaciones en latín sobre filosofía escolástica, leían ocultamente los libros de los enciclopedistas, las obras políticas de Rousseau y las novelas y estudios históricos de Voltaire.

De sus aulas salieron el deán Funes, Agrelo, el general Paz, Juan de la Cruz Varela y otros. Bien es cierto que casi al mismo tiempo se educaba en la Universidad de Córdoba Don Gaspar Rodríguez de Francia, el sombrío tirano del Paraguay, engendro bizarro, en el que se unieron los caracteres de un terrorista francés y de un inquisidor español.

SANTIAGO DEL ESTERO

El que recorre los campos de esta provincia en los meses de sequía recibe una penosa impresión. Gran parte del suelo tiene una capa de tierra suelta, que se levanta formando torbellinos á la menor ondulación del viento.

Hay días en que el viaje en tren de Tucumán á Santiago del Estero constituye un verdadero suplicio. Por más que se cierren puertas y ventanillas, el polvo se cuela por las rendijas, formando una densa bruma, que dificulta la respiración del viajero y le ensucia de pies á cabeza. El campo presenta una tonalidad gris: la vegetación parece marchita bajo la capa de tierra, con las hojas arrolladas. Pero cuando llega la época de las lluvias, cambia por completo el aspecto de la provincia, y el panorama es de un verde jugoso que se esparce por todos lados con el oleaje de una vegetación exuberante.



AFUERAS DE UN PUEBLO EN LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

La tierra de Santiago del Estero resulta de asombrosa fecundidad cuando está regada. Por esto sus industriosos habitantes han ayudado á la Naturaleza, realizando obras importantes de irrigación.

Santiago del Estero, á pesar de su título, que hace pensar en grandes extensiones acuáticas, es relativamente pobre en ríos y arroyos, teniendo vastas regiones que carecen de agua por completo. Á esto se debe que sus pobladores se hayan establecido principalmente á orillas de los dos ríos, el Juramento ó Salado, y el Dulce, entre los cuales se halla la zona más fértil.

Esta provincia es una de las de mayor área territorial. Su extensión, poco poblada, hace aparecer aun más exigua la cantidad de habitantes. Tiene una superficie de 151.000 kilómetros cuadrados, y sus pobladores no llegan á 200.000.

El clima es seco y ardoroso por la escasez de lluvias y su proximidad á la zona subtropical. Esta sequedad le hace muy saludable y adecuado para los enfermos del pecho.

Los campesinos santiagueños, fuertes y sobrios, son muy apreciados en los establecimientos de la provincia y en los ingenios de Tucumán, adonde se dirigen en busca de trabajo. Como jinetes muéstranse incansables y muy veloces, habiendo vivido largos años en continua guerra con los indios del Chaco. Una parte de este territorio fué agregada á la provincia de Santiago del Estero en 1903. De los indios, antiguos pobladores de la región chaqueña de Santiago, quedan algunos grupos establecidos en las riberas de los ríos Salado y Dulce, hasta los límites de Santa Fé.

Á Santiago del Estero le dividen los geógrafos en dos zonas: la entrerriana y la pampeana. La primera es, como ya dijimos, la comprendida entre los ríos Salado y Dulce, de una longitud igual á la de la provincia y una anchura de 100 kilómetros. La zona pampeana se extiende lejos de los dos ríos y es semejante á la pampa central, ofreciendo valiosos recursos á la ganadería.

Esta provincia sólo tiene algunas pequeñas sierras en los límites con las provincias de Córdoba y Catamarca. En sus dos únicos ríos se han abierto canales ó «tomas», destinados á fertilizar regiones que sin el riego serían totalmente improductivas.

Frondosos bosques recuerdan la época en que Santiago del Estero, con todas las provincias inmediatas, se llamaba «El país de la selva», por su gran abundancia de árboles. Una tala inmoderada y torpe ha achicado muchísimo la riqueza forestal. Como la hulla resulta más cara que la leña, las empresas de ferrocarriles emplean con preferencia este último combustible, creándose una



VISTA PARCIAL DE SANTIAGO DEL ESTERO

industria extractiva de maderas para el consumo de las locomotoras, que causa verdaderos estragos.

Todavía está atrasada la agricultura en Santiago del Estero. La hacen falta brazos para las faenas y necesita además que acuda la inmigración á sus campos para establecer nuevas colonias.

El cultivo moderno de la alfalfa ha valorizado extraordinariamente algunos terrenos. Campos que hace veinte años apenas servían para la ganadería, representan ahora riquezas enormes. En las tierras santiagueñas que cuentan con la seguridad de la irrigación, crece la alfalfa de un modo prodigioso. El agua y el clima la dan tal desarrollo que en algunos establecimientos llega á recibir esta planta siete cortes por año.

Las condiciones climatológicas de la provincia permiten cultivar con éxito el algodón, el café, el tabaco y la caña de azúcar. Además exporta tejidos, cueros, lanas y ganados, y en menores proporciones, vinos, cera y miel.

La agricultura tiene cultivadas unas 50.000 hectáreas, permaneciendo el resto del país entregado á la ganadería. Santiago del Estero ocupa el quinto lugar entre las provincias ganaderas, con 600.000 cabezas de ganado vacuno, medio millón de ganado lanar y 200.000 de caballar.



CANAL DE LA CUARTEADA

Su territorio es salitroso á trechos y está cubierto de matorrales en los distritos no cultivados. Los ríos originan, con sus frecuentes desbordamientos, algunos bañados ó esteros, que han dado su nombre á la provincia. El más importante de aquéllos es el Salado ó Juramento, que nace en el corazón de los Andes, en la provincia de Salta. Este río perjudica muchas veces á las cosechas con sus aguas salitrosas, habiendo arruinado algunos establecimientos agrícolas.

El río Dulce, que también procede de Salta, es la principal fuente de riqueza de la provincia. De este río benéfico, que va á perderse en la laguna de Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba, saca la agricultura santiagueña los tres canales que la vivifican: el canal de Tarapayá, que riega las quintas y chacras inmediatas á la capital; el de La Cuarteada, que hace prosperar al departamento más productivo de la provincia, y el de Tauma. Estos tres canales podrían regar una zona de 190.000 hectáreas: además existen otros canales particulares que irrigan en junto unas 30.000. Se calcula que las tierras aprovechables en la provincia, con las obras de riego existentes y otras que se proyectan, pueden llegar á 3.750.000 hectáreas.



COMPUERTAS DEL CANAL DE LA CUARTEADA

*
* *

Santiago del Estero es la ciudad de más antigua fundación en todo el territorio de la República. Varias expediciones de españoles entraron por el Norte y el Noroeste á fines de la primera mitad del siglo XVI. Venían del virreinato del Perú ó de la gobernación de Chile, avanzando en pequeños grupos, con una audacia extraordinaria, por la quebrada de Humahuaca ó los ásperos pasos de los Andes, en busca del reino legendario de Trapalanda, en el que abundaba el oro, ó de la fantástica ciudad de los Césares. La primera expedición, mandada por Diego de Rojas, entrando en 1542 por el Norte de la Argentina, exploró toda la tierra hasta el Paraná. Murió Rojas en el camino y fué reemplazado por Francisco de Mendoza, quien también pereció, según se dice, asesinado por sus compañeros. Tras esta expedición vino la del capitán Juan Núñez del Prado, que fundó en las regiones que hoy ocupan las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, una ciudad llamada del Barco, capital de la gobernación á la que dió el título de «Nuevo Maestrazgo de Santiago». Dependían de esta ciudad las tribus



BOCA-TOMA DE UN CANAL EN SANTIAGO DEL ESTERO



SANTIAGO DEL ESTERO. LAS AGUAS CORRIENTES

calchaquíes, juríes y tonocotes, que habitaban las costas del río Salado, en lo que es hoy provincia de Santiago del Estero, y los diaguitas y comechingones, establecidos en una parte de la actual provincia de la Rioja.

El título que tomaron los jefes de esta amplia y naciente gobernación fué el de «Gobernador y Capitán General del Tucumán, Juríes y Diaguitas».

Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, envió una expedición al otro lado de los Andes al mando del valeroso capitán Francisco de Aguirre, quien, penetrando en el territorio argentino, se apoderó sin resistencia de la naciente ciudad del Barco, apenas guarnecida por algunos españoles. Cincuenta y seis soldados acompañaban á Aguirre, y éste los convirtió en ricos encomenderos, repartiéndoles inmensos territorios con 47.000 indios. Desapareció la fugaz ciudad del Barco, y Aguirre, con los restos de su vecindario, los soldados de su expedición y las numerosas tribus indígenas sometidas á él, fundó, á orillas del río Dulce, la ciudad de Santiago del Estero en 1553.

Esta ciudad es veinte años más antigua que Santa Fé y Córdoba, y precede en veintisiete años á la fundación de la actual Buenos Aires.

Aguirre, hombre emprendedor y valeroso, quiso seguir sus conquistas hacia el Sur, entusiasmado por los relatos de algunos de los soldados que habían figurado en la expedición de Rojas.



SANTIAGO DEL ESTERO. ESTACIÓN DEL FERROCARRIL CENTRAL ARCENTINO

Éstos le hablaron del gran río, en cuyas riberas había tribus que mantenían relaciones con otras muy abundantes en oro y en plata. Las vagas noticias impulsaron al conquistador hacia las orillas del Paraná, y es indudable que habría llegado á ellas mucho antes que Garay á no haberle cortado el camino, cuando estaba preparando la expedición, la llegada de un sucesor, que le depuso y le encarceló por los abusos que llevaba cometidos.

Este sucesor fué Don Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba, nombrado en representación del virrey del Perú, Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor del Tucumán, Juríes y Diaguitas.

Cabrera, noble caballero de antigua estirpe y valeroso militar ejercitado en otras guerras del Nuevo Mundo, fué el primero que dió un carácter de verdadera organización política y administrativa al gobierno naciente. Siguiendo las huellas de Diego de Rojas, realizó expediciones dirigidas por él mismo, ó envió sus capitanes á la descubierta, fundando Córdoba y otras ciudades, y llegando á las orillas del Paraná, donde se encontró con Juan de Garay. Así quedó constituída la «gobernación del Tucumán», teniendo por capital política y religiosa á Santiago del Estero. Esta gobernación era muy extensa, pues alcanzaban sus límites al valle de Humahuaca por el Norte, al desierto por el Sur, al Paraná por el Este y á las sierras de San Luis por el Oeste.



SANTIAGO DEL ESTERO. COMPUERTA DE UN CANAL

El nombre de Tucumán lo tomó, según algunos historiadores, del de un cacique llamado Tucma. Á este nombre iba unida la voz *ahao*, que significa pueblo. Así, Tucma-ahao, ó «pueblo de Tucma», se convirtió en la palabra Tucumán.

La ciudad de Santiago del Estero fué durante algunos años residencia del gobernador del llamado «reino del Tucumán» y de su obispo; pero á pesar de esto, comenzó á sufrir los efectos de una rápida decadencia. Su fundador, Aguirre, era un capitán experto en los combates, pero poco hábil en la fundación de poblaciones. La capital ocupaba terrenos áridos, con un clima calu-

roso y seco, lo que hizo que el vecindario fuera alejándose para crear poblaciones en sitios más aptos para la vida. Córdoba y San Miguel de Tucumán, fundadas por habitantes de Santiago del Estero, sobrepasaron muy pronto á ésta, y ejercieron, como era consiguiente, sobre la provincia del Tucumán la hegemonía que les daban su población y su riqueza.

Antes de un siglo de vida, Santiago del Estero se hallaba en decadencia. Su única actividad se concentró en los conventos de dominicos, franciscanos y mercedarios, que mantenían algunas escuelas, y en un seminario dirigido por los jesuítas.

Á los treinta años de ser fundada la ciudad vivió en ella San Francisco Solano, al que llaman el «Apóstol de las Indias Occidentales», y que comparte con Santa Rosa de Lima la gloria del santoral católico americano. En el solar que ocupa actualmente en Santiago del Estero el convento é iglesia de San Francisco fundó este santo el primer templo de la ciudad y tal vez de la actual República Argentina. La tradición santiagueña muestra una casucha de adobes, inmediata al convento,



SANTIAGO DEL ESTERO. LA ANTIGUA CATEDRAL

que afirma sirvió de residencia á San Francisco Solano mientras levantaba la iglesia.

Esta construcción fué acompañada de milagros, como todo lo que se hacía en aquellos tiempos. Los albañiles mostrábanse perplejos ante una viga ó tirante de madera de palma, á la que faltaba un metro para poder ser empleada en la techumbre de la iglesia. San Francisco Solano los sacó del apuro, pues con sus ruegos y lágrimas llegó á ablandar y estirar el madero, dándole la longitud deseada. Un ambiente de prodigios ingenuos y simples rodea el nombre de aquel bienaventurado americano, cuyo recuerdo aun parece latir en las edificaciones coloniales de Santiago del Estero.

En tiempos de la dominación española, esta ciudad, aislándose, perdió su preeminencia de capital de provincia y de sede episcopal, quedando reducida á una modesta población interior, de vida primitiva, en la que los hijos de las familias de noble origen se hacían sacerdotes para poder dedicarse al estudio y llevar una existencia más culta que la de los estancieros, rudos jinetes en contacto con los indígenas.



SANTIAGO DEL ESTERO (Plaza de la Libertad, con el Centro Español, el Palacio de Justicia y la Casa de Gobierno).

Esta vida de aislamiento y las costumbres rústicas y bárbaras dieron sus resultados cuando, después de la independencia, sobrevino el período medioeval de confusión y caudillaje. Entre los amigos de Rosas, ninguno tan bárbaro y sanguinario como Ibarra, el gobernador federal de Santiago del Estero. Este caudillo, que gustaba de presentarse con chiripá y *huincha* en la cabeza, remedando el porte de gauchos é indios, tenía declarada una guerra á muerte á todos los vecinos de alguna cultura, que imitaban las costumbres superiores de Tucumán y Córdoba. Mandaba alancear á sus enemigos políticos, y había que agradecerle este rápido suplicio, pues otras veces apelaba al *enchalecamiento,* que consistía, como ya dijimos, en meter á la víctima dentro de un cuero fresco de toro, exponiéndola al sol para que la piel, al comprimirse y achicarse, martirizase y aplastase al prisionero.

Cuando quería fingir clemencia, enviaba á sus enemigos á las selvas del Chaco, privándoles de medios para escapar ó para subsistir, impidiendo que las familias les remitiesen auxilio alguno; y allí vivían algunos meses, martirizados por el hambre y los insectos, sin otra alimentación que los frutos del bosque, amenazados por el reptil, el tigre y el indio salvaje, hasta que éstos y las dolencias acababan con ellos. La prensa de Europa comentó con indignación en aquella época los padecimientos de la señora de Libarona, heroica criolla, esposa de un español, que al ser condenado éste por Ibarra al



SANTIAGO DEL ESTERO. PLAZA DE LA LIBERTAD



SANTIAGO DEL ESTERO. COLEGIO NACIONAL

destierro en el Chaco, no quiso abandonarle y le acompañó al desierto, sufriendo horribles penalidades, hasta que murió el infeliz, enloquecido por la fiebre.

Santiago del Estero ha experimentado después la evolución progresiva que hace cuarenta años transformó la faz de la República. Aun quedan en esta ciudad templos y antiguos edificios que recuerdan su pasado y su decadencia del período colonial; pero las nuevas generaciones han abierto grandes bulevares, construído palacios para las oficinas públicas y delineado hermosos jardines. Las obras irrigatorias cambian radicalmente el aspecto de la antigua llanura, seca y abundante en matorrales espinosos, convirtiéndola en campos de fresca vegetación.



DR. OLAECHEA ALCORTA

La capital tiene más de 15.000 habitantes y su aspecto es de pulcra limpieza, con calles pavimentadas de piedra y perfectamente iluminadas con luz eléctrica. Su catedral y otros edificios públicos aparecen como interesantes modelos de la arquitectura de los siglos coloniales. El Palacio de Gobierno, hermosa construcción, con amplias logias en su fachada, recuerda algunos edificios del Renacimiento. El bulevar llamado de Belgrano tiene en sus bordes hermosas quintas y amplias acequias, que refrescan los jardines. El Municipio ocupa un edificio moderno en dicha avenida, y todos sus servicios funcionan regularmente.

La enseñanza pública se halla en buen estado, aunque progresa poco comparada con la de otras provincias. En 1897 sólo tenía 98 escuelas, con 6.000 alumnos. Hoy posee más de 200, con una asistencia media de 13.000 niños.

Cuenta Santiago del Estero con una Escuela Normal y un Colegio Nacional; este último muy notable, por el amplio edificio que ocupa y el mérito de su personal docente. Hace años que figura como director de este Colegio Don Baltasar Olaechea Alcorta, distinguido escritor santiagueño, que ha publicado notables estudios sobre la historia politica, religiosa y literaria de la provincia. La ciudad de Santiago del Estero ha dado á la literatura nacional contemporánea algunos autores de gran mérito. De ella proceden Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y algunos otros.

Tiene la capital una hermosa plaza pública con jardines, en torno de la que se alzan los principales edificios. Las dos sociedades más importantes son el Club llamado del Progreso y el Club Español, inmediato al Palacio de Gobierno, que es frecuentado por los hijos del país más distinguidos. Las principales casas del comercio santiagueño pertenecen á españoles, así como muchos establecimientos agrícolas de la provincia.

La colonia española de Santiago del Estero está compuesta de hombres activos y laboriosos, que contribuyen con su trabajo á la prosperidad de la provincia.

***

En el centro de la gran plaza álzase una esbelta columna que ostenta sobre su capitel la estatua de la Libertad. En una cara del pedestal hay una inscripción dedicada al general Belgrano, que fundó en Santiago la primera escuela en 1813.

Esta dedicatoria de la gratitud pública parece recordar á todas horas la importancia que tiene la instrucción para la vida de esta provincia. Por desgracia, la cultura no se ha desarrollado tanto en ella como lo reclama su especial situación. Existe aún en Santiago del Estero un considerable número de gentes que no conocen el idioma español. Son restos étnicos de la raza quichúa, que sólo hablan esta lengua, lo que les hace vivir aislados en el campo y con una mentalidad igual á la de hace cuatro siglos.

Tal es la causa de que en la provincia de Santiago del Estero se note una diferencia considerable entre el número de alumnos que debía asistir á las escuelas y los que asisten realmente. En 1906 los inscriptos para la educación escolar eran 151.000, y, sin embargo, en las escuelas no había más que 11.000 alumnos. Los qui-



SANTIAGO DEL ESTERO. HOSPITAL MIXTO

chúas que habitan el campo tienen cierto horror á la escuela, en la que han de empezar por aprender un idioma que desconocen.

Son estos descendientes de los antiguos quichúas los que imponen su escasa cultura á los blancos, pues muchos vecinos de la ciudad se ven obligados á aprender la lengua indígena para entenderse con los peones que trabajan en las estancias ó los domésticos del campo que se hallan á su servicio.

Como Santiago del Estero tiene en su parte Norte grandes extensiones de terrenos incultos y bosques frondosos que geográficamente pertenecen al Chaco, abundan en ella los animales feroces, como el jaguar, el puma y el lobo. También se encuentran en esta provincia el zorro, el gato montés, el guanaco, el carpincho y el oso hormiguero. Las aves son muy abundantes, sobresaliendo la garza real, por el valor de sus plumas. Unos españoles han llegado á reunir una fortuna considerable dedicándose á la caza de la garza en los esteros de la provincia y exportando sus valiosas plumas á los almacenes de modas de París.



SANTIAGO DEL ESTERO. PALACIO DE JUSTICIA Y CASA DE GOBIERNO

Los ofidios son, por desgracia, abundantes en los terrenos incultos del Norte, figurando entre los más temibles la víbora coral y la serpiente de cascabel. También se encuentra en sus bosques la boa constrictor, llamada *ampolagua* por los naturales.

En la flora de Santiago del Estero, además de los árboles ya mencionados, se encuentran todas las especies de cactus. Hay también mucha abundancia de plantas medicinales, tintóreas y textiles. Las mujeres santiagueñas saben emplear hábilmente las tintóreas en los tejidos que confeccionan, y que en otros tiempos gozaban de cierta reputación en toda la Argentina.

Cultívase la caña de azúcar, el café, algodón, tabaco y añil. El algarrobo proporciona con sus frutos coriáceos un elemento de vida á la gente pobre.

* * *

Después de la capital, las poblaciones más importantes de Santiago del Estero son La Banda, Salavina, Robles, Loreto, Frías y Matará.



SANTIAGO DEL ESTERO. CONSEJO DE EDUCACIÓN

La edificación en la parte vieja de la capital ofrece el mismo aspecto característico de las casas antiguas de Córdoba. Los techos no son de zinc, sino de teja curva, verdinegra por las lluvias, con plantas parásitas en sus intersticios, y formando amplios aleros sobre las fachadas.

Esta provincia cuenta para el porvenir con dos recursos que le proporcionarán considerables riquezas: una mayor extensión del área agrícola, al aumentar con nuevos canales la potencia irrigatoria de sus ríos, y la explotación de los ricos bosques que posee inmediatos al Chaco. Cuando la madera de quebracho empiece á escasear en las selvas chaqueñas y en otros territorios, la reserva existente en los bosques santiaguinos adquirirá un valor enorme. Hay en ellos gigantes vegetales que llevan una existencia de siglos; quebrachos colorados y blancos, que resisten al hacha del leñador; místoles, chañales, talas, breas y algarrobos de proporciones enormes.

La superficie del suelo se oculta bajo una vegetación espinosa y enmarañada que va de tronco á tronco. No hay más claros en ella que el estrecho y tortuoso sendero abierto por el leñador ó el que traza el gaucho, precedido del cortante machete para recobrar un animal extraviado. En las depresiones del terreno, donde las lluvias y las inundaciones forman charcas, la vegetación baja es más vigorosa, maciza y de oscuro verdor. En los puntos altos presentan los árboles grandes claros, arenosos y secos, en los que los cactus arrastran sus ramas tortuosas, redondas y verdinegras, como serpientes erizadas de púas. Solamente en estas plazoletas áridas puede penetrar el sol, pues en el resto de los bosques lo espeso del ramaje mantiene el suelo en verdosa penumbra.

Así como la selva santiagueña va extendiéndose hacia el Sur, nótanse en su frondosidad mayores claros, se empequeñece la vegetación y el suelo ofrece grandes manchas blanquecinas. Son tachas salitrosas que anuncian desde lejos la proximidad de las Salinas Grandes, existentes entre Santiago del Estero y Córdoba. Las selvas que parten del Chaco, gigantescas y exuberantes, vienen á morir en este desierto, sin más vida que la del espejismo, y en el que la tierra permanece oculta bajo una capa de sal.

* * *

En Santiago del Estero se han repetido con frecuencia las revoluciones. La policía mantenida por el gobierno de la provincia forma un batallón, igual á los de línea, compuesto de soldados viejos y aguerridos. Esta policía monta la guardia en el Palacio del Gobierno y en los principales edificios públicos. La experiencia hace que las autoridades sean desconfiadas

y vivan perpetuamente en guardia, temiendo la posibilidad de una revuelta. Los tiempos actuales son de paz; pero algunos de los gobernantes, antes de ocupar sus puestos, fueron revolucionarios, y por esto mismo no quieren entregarse á la confianza.

Las revoluciones de Santiago del Estero tienen la buena condición de la rapidez. Se juntan los revoltosos en armas y asaltan inesperadamente el Palacio ó el domicilio del gobernador: sorprenden á éste, lo retienen secuestrado unos cuantos días, mientras se constituye el nuevo gobierno, y al final lo dejan en libertad. Si la fuerza pública resiste, se entabla un combate en las calles que causa muchas bajas, pues el criollo dedica á las luchas de la provincia, por un simple cambio de personas, el mismo encono y tenacidad de una guerra nacional por la defensa del territorio.

Muchos políticos de acción de Santiago del Estero llevan en el cuerpo marcas indelebles de sus hazañas revolucionarias. El intendente de la ciudad, Don Andrés Figueroa, es un joven fornido, vigoroso, arrogante, con algo en su figura que recuerda á Dantón y los convencionales. Un balazo recibido en una intentona revolucionaria ha desfigurado su nariz. Esta autoridad municipal me relataba cómo había intervenido en unas cuantas revoluciones, antes de que triunfaran los suyos y ocupase él la intendencia.

El clima ardoroso de la capital santiagueña modifica totalmente los procedimientos revolucionarios, que son como de ritual en todos los países del globo. Desde siglos remotos, la hora de las conspiraciones y de las sorpresas ha sido la media noche, momento oportuno de pillar descuidado al enemigo.

En Santiago del Estero, durante el verano, la noche no es propicia á una revolución. La gente se halla desvelada por el calor; los clubs están abiertos hasta muy tarde; en las casas quedan las ventanas de par en par.

La hora de «dar el golpe» es el medio día, cuando el sol parece que saca chispas del adoquinado y ni los gatos se atreven á circular por las calles. Los insurgentes armados se reúnen con toda tranquilidad, llegan á la plaza y asaltan el Palacio de Gobierno, sin otros defensores que algunos guardianes, que dormitan refugiados en los rincones más frescos.

La revolución triunfa, y el gobernador es destituído con todos sus ministros y amigos, mientras Santiago del Estero duerme la siesta.

TUCUMÁN

Todo el que conoce el territorio argentino, al pronunciar la palabra Tucumán ve instantáneamente en su imaginación un panorama de árboles gigantescos, con los troncos ocultos bajo el velo de frondosas orquídeas; risueños jardines, arroyuelos que serpentean en las pendientes de las colinas, naranjos de un verde denso y charolado, inmensos cañaverales de azúcar; y percibe en el olfato al mismo tiempo el voluptuoso incienso del azahar y el agudo perfume de la melaza. Sarmiento llamó á Tucumán «el jardín de la República»; otros autores más modernos, impulsados por su afán de encontrar en Europa los términos de comparación, la titulan «Niza argentina»; el poeta Echevarría exclamó: «Tucumán, tierra bendecida por la fecunda mano del Creador».



TUCUMÁN. AFUERAS DE LA CIUDAD

Tiene altas montañas, dilatadas llanuras, numerosas corrientes de agua; una estupenda variedad que pasa desde la cálida planicie, donde crece la caña de azúcar, á los picos del Aconquija, cubiertos de nieve gran parte del año; verdes campiñas y extensas pampas; bosques de pródiga frondosidad y peñascales áridos y pintorescos; ¡todo en un reducido

espacio, pues la provincia de Tucumán es la más pequeña de la República. Su superficie no abarca más de 24.000 kilómetros, espacio casi insignificante comparado con las enormes extensiones de otras provincias y de los territorios nacionales.

En cambio, es la de mayor densidad de población, pues sobre estos 24.000 kilómetros viven 300.000 habitantes, lo que da por resultado un número de personas por kilómetro que no alcanza, ni remotamente, ningún país argentino.

Si toda la República estuviese tan poblada como la provincia de Tucumán, Argentina sería una nación enorme.

Esta población sigue desarrollándose hasta el punto de aumentar en un 25 por 100 todos los años. La industria realiza el prodigioso aumento, atrayendo gentes de otros países americanos, de las provincias argentinas y de Europa, que buscan trabajo en sus fábricas é ingenios.

La provincia de Tucumán es la gran productora de azúcar. Además, el algodón y todos los frutos de la zona tropical dan en ella magníficos resultados. Su clima, que es el más húmedo del país argentino, hace surgir del suelo una vegetación propia de las tierras tropicales. La temperatura media es de las más elevadas de la República; pero ofrece alguna desigualdad, pues en ciertas noches de invierno llega á congelarse el rocío, brillando al amanecer como una lluvia de diamantes sobre las hojas de las plantas. Durante el verano templan el excesivo calor las frescas brisas procedentes de la montaña. Las tempestades, con sus lluvias, lavan el paisaje, dándole nueva juventud. Los bosques espesos exhalan después de una tormenta el fresco olor de la vegetación mojada, y los arroyos, engrosados por la lluvia, se despeñan con el murmullo alborozado del agua batida.



UN MANANTIAL EN LA SELVA TUCUMANA



TUCUMÁN. ESTATUA DE BELGRANO

La espléndida hermosura de la tierra tucumana ofrece ciertos defectos. Las lluvias del verano, al mismo tiempo que despiertan en este país una fertilidad asombrosa, desarrollan la fiebre intermitente llamada *chucho*, que no pone en peligro la vida, pero molesta dolorosamente. El *chucho* ataca con especialidad á los forasteros; pero muchos hijos del país también lo sufren como una enfermedad endémica.

El suelo de Tucumán tiene una parte llana y otra montañosa, que es la del sistema del Aconquija. Hay en esta última valles muy fértiles, como los de Tafi, Famayá, San Javier y otros más pequeños. La llanura no es menos fecunda que los valles, pues la refrescan numerosas corrientes de agua procedentes de la sierra. Estas corrientes forman veinticuatro ríos, que afluyen al río Sali.

Las montañas de Tucumán abundan en minas de ricos metales; pero las gentes del país creen más en la mina de la agricultura que en las explotaciones metalúrgicas. El cultivo de la caña y la industria azucarera forman la principal fuente de riqueza: 70.000 hectáreas están dedicadas al cultivo de la caña, que producen alrededor de 180 millones de kilos de azúcar, de los cuales se exportan grandes cantidades.

Se cultivan igualmente en la provincia el tabaco, el algodón, el arroz, la banana, que en algunos valles compite con las mejores del Brasil; el maíz, que ocupa una gran extensión, y el trigo, en proporciones más modestas. Los árboles frutales producen ópimas cosechas en algunos puntos de la sierra. Después de la agricultura, la segunda industria del país es la ganadería, con más



LA SELVA TUCUMANA



UNA COLONIA AZUCARERA

de 600.000 cabezas, pertenecientes en su mayor parte al ganado vacuno, mejorado y mestizado por el cruce con valiosas castas. La tercera industria tucumana es la manufacturera, que fabrica tejidos de lana, ponchos de vicuña y bordados primorosos.

Los gobernantes de Tucumán se han preocupado mucho de la educación pública, dedicando á la enseñanza una parte considerable del presupuesto. Hoy tiene la provincia cerca de 300 escuelas, con 600 maestros y más de 38.000 alumnos. Además, mantiene varios establecimientos, en los que se enseñan las reglas del comercio y de la agricultura, ó se practican las artes manuales.

Hijo de Tucumán fué el ilustre escritor y político Don Juan Bautista Alberdi, que lanzó á la circulación la célebre fórmula «Gobernar es poblar». La población de la República ha aumentado mucho desde los tiempos en que Alberdi dijo estas palabras. Á partir de Sarmiento y otros argentinos ilustres que se han preocupado del desarrollo de la escuela, la fórmula «Gobernar es educar» ha venido á unirse á la anterior.

* * *

La actual provincia de Tucumán hace remontar sus orígenes coloniales á la llegada de un exiguo grupo de españoles; el famoso y casi legendario capitán César,



CASA DE UN DUEÑO DE INGENIO

que con cuatro soldados abandonó la expedición de Gaboto en 1528, metiéndose tierra adentro, para fundar la portentosa y nunca vista «ciudad de los Césares», objeto de tantas leyendas y controversias. Estos cinco aventureros de loco valor, tal vez perecieron ignoradamente de hambre en algún desierto, adonde les arrastró su audacia, ó á manos de los indios; pero la misma oscuridad de su fin dió motivo á las más estupendas invenciones.

Cuando el virreinato del Perú reconoció la formación del gobierno del Tucumán, independiente del gobierno de Chile, no existía aún ninguna ciudad en lo que es hoy provincia de Tucumán. Comprendíase en su nombre (que fué el de un cacique, como ya dijimos), á las actuales provincias de Córdoba, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Rioja, Salta y Jujui; pero en aquel entonces, ó sea bajo el gobierno del capitán Francisco de Aguirre, no existía más ciudad que la de Santiago.

Fué en 1565 cuando Don Diego de Villarroel, sobrino del gobernador Aguirre, fundó la ciudad de San



PATIO DE UN INGENIO

Miguel de Tucumán á alguna distancia del lugar que ocupa actualmente, conservándose todavía sus ruinas con el nombre de Pueblo Viejo. Los gobernadores de San Miguel de Tucumán, dependientes de Santiago del Estero, pasaron un siglo combatiendo á los indios quilmes y tolombones, que ocupaban los valles calchaquíes de la actual provincia de Salta, gentes belicosas que únicamente dejaron en paz á los colonizadores españoles cuando fueron expulsadas del territorio.

El primitivo San Miguel de Tucumán estaba mal emplazado, pues sus fundadores sólo se cuidaron de buscar una posición favorable para la defensa. Sus aguas eran malsanas y daban origen á la enfermedad del bocio. Al pacificarse el país, pudieron fundar nuevas ciudades sin curarse ya de las condiciones defensivas de su emplazamiento, y por esta razón, en 1685, San Miguel de Tucumán fué trasladado á un lugar que se llamaba La Toma, y que es el que ocupa actualmente. La Compañía de Jesús establecióse en la nueva ciudad, adquiriendo gran influencia, hasta que fué expulsada en 1767. De todos los gobernadores españoles de Tucumán, el más célebre fué el alférez Matorras, que realizó

importantes expediciones al Chaco, fijando los límites entre Tucumán y Salta.

San Miguel de Tucumán figuró durante el virreinato del Río de la Plata como una de las ocho intendencias en que se hallaba dividido éste. La libertad de comercio decretada por Carlos III en tiempos del virrey Zevallos, desarrolló considerablemente su riqueza agrícola.

Durante la guerra de la Independencia, la victoria alcanzada en sus alrededores por el general Belgrano, con el auxilio de las milicias del país, proporcionó gran fama á esta ciudad, facilitando su constitución en provincia, aparte de Salta y de Santiago del Estero. La reunión del famoso Congreso que en 9 de Julio de 1816 proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, dió un renombre imperecedero á la ciudad de Tucumán.

En 1840 esta provincia fué el núcleo de la Liga del Norte, movimiento regenerador intentado contra la tiranía de Rosas. El ilustre mártir Don Marco Avellaneda figuraba al frente de la revolución con todo el prestigio de su elocuencia tribunicia, su ilustración y su ardor juvenil. La Liga fué vencida y Avellaneda degollado en Metán, por orden del general Orive, teniente de Rosas.



UN DESCARGADOR DE CAÑA

Al terminar el despotismo y constituirse definitivamente la nación, Tucumán dedicó todas sus fuerzas al ejercicio de las artes de la paz, desarrollando su agricultura, hasta alcanzar el próspero estado que goza actualmente.

* * *

La campiña inmediata á la ciudad ha cambiado mucho en el transcurso de medio siglo.

Sarmiento la describe en un pasaje de su libro más famoso como un lugar paridisíaco, con frondosos bosquecillos, jardines naturales y grandes extensiones de naranjos, que llegaban hasta las entradas de Tucumán.

La industria ha transformado completamente sus alrededores. Hoy no existen en ellos más arboledas que las de los jardines públicos y particulares. La caña de azúcar ocupa inmensos terrenos, que antes servían de asiento á floridos bosques. Los ingenios, con sus barriadas semejantes á pueblos, álzanse en la llanura, cubierta en otros tiempos por la selva.



TRABAJOS AGRÍCOLAS EN EL CAMPO TUCUMANO

Tucumán es indudablemente menos pintoresca que hace medio siglo; pero su riqueza ha aumentado enormemente. Aun así, es uno de los países más hermosos de la Argentina. La selva tucumana, de asombrosa frondosidad, sigue existiendo como en otras épocas; pero se ha alejado de la capital, como si huyese del hombre, que necesita tierra libre para sus industrias.

En los días claros, el humo de los ingenios y el rojizo polvo de los caminos forma ligeras nubes sobre la llanura, en la que se retuerce el río Salí, recibiendo sus afluentes y llevando la vida á toda la región. Los campos de caña alternan con pequeños bosques aislados. Los ingenios alzan sus chimeneas sobre este mar de verdura, y en torno de ellos agrúpanse las barriadas de pequeñas casitas que sirven de viviendas á los peones.

La vegetación arborescente, repelida por el cultivo del azúcar, retrocede y se expansiona en torno de las quintas ó al borde de los arroyos. Sauces gigantescos mueven su cabellera á ras del agua; los pacarás yérguense soberbios como torres; los bananeros agitan los abanicos de sus hojas por encima de las cercas; las naranjas asoman su risa de oro en un barnizado estuche de hojas; muchas tapias quedan ocultas bajo la



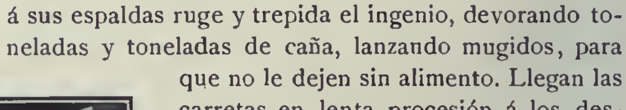
UN INGENIO EN DÍA DE PAGO



UNA FAMILIA DE ESTANCIEROS TUCUMANOS



LA ZAFRA DE LA CAÑA EN UN INGENIO



olorosa cascada de la madreselva y el jazmín. En el fondo del horizonte álzase el nevado Aconquija, que tiene á sus pies, como niños juguetones y sonrosados, un semicírculo de pequeñas colinas. Sus agudos picos peinan las nubes, que bogan hacia él cual flotantes copos de algodón.

La campiña de Tucumán parece vibrar con febril movimiento cuando llega la época de la zafra. Los cañaverales tienen las hojas de color de oro. Avanzan por ellos los segadores machete en mano, moviéndolo cadenciosamente y tendiendo á cada golpe un grupo de cañas, que les salpican al morir con el zumo de su sangre blanca y dulce. Las carretas se llenan de haces, y emprenden la vuelta con chirriante rodar hacia los ingenios, que ondean en el horizonte blancos penachos de humo al extremo de la línea vertical de sus chimeneas.



UN PEÓN INDIO TOMANDO MATE CON SU NIETA

Brillan las hojas de acero con el incesante vaivén de la corta; avanzan los segadores, convirtiendo el frondoso campo en escueta llanura, y á sus espaldas ruge y trepida el ingenio, devorando toneladas y toneladas de caña, lanzando mugidos, para que no le dejen sin alimento. Llegan las carretas en lenta procesión á los descargaderos de las fábricas. Las cañas, amoratadas, caen sobre la plataforma movible, que las conduce y arrastra en una cinta rodante hasta la máquina trituradora. Allí se convierten en zumo azucarado, no quedando de ellas más que leñosos residuos. Durante ocho meses los campos están cubiertos por el cañaveral, que ondea su esbeltez de verde esmeralda. En los cuatro restantes del año funciona el ingenio, recibiendo, por un lado, montañas de haces, y expeliendo, por el otro, un chorreo incesante de melaza.

En torno de cada ingenio existe un pueblo de casitas bajas con pequeños jardines. Viven en ellas los peones, mestizos en su mayoría, gente procreadora, que cada año suma una unidad al tropel de chicuelos cobrizos que juguetean ante las puertas, entre los perros y las gallinas. Esta gente procede de di-



UN INGENIO DE TUCUMÁN



PEREGRINACIÓN DE PATRIOTAS Á LA CASA HISTÓRICA

versos orígenes étnicos. Unos son antiguos mestizos de la provincia; otros descienden de las tribus indígenas del Chaco, y en fuerza de acudir á los ingenios en busca de labor, han acabado por adaptarse á los usos de la civilización. Los hay también que proceden de la lejana Patagonia. Sus padres y abuelos fueron los indios domados por la conquista del desierto y esparcidos luego en el territorio de la República para que no repitiesen sus temibles hazañas.

Estos nietos de los piratas de la pampa muestran gran viveza de ingenio y no menos facilidad de asimilación, plegándose á las costumbres modernas y á las necesidades de la industria. En los ingenios llaman la atención por la habilidad con que saben llevar las máquinas y su ligereza manual. Visten como los otros obreros, y únicamente los rasgos fisonómicos recuerdan su origen.

El populacho cobrizo vive con sus *chinas* y sus pequeñuelos una existencia ordenada y laboriosa. Los peones están disciplinados, como si formasen un ejército. En algunos ingenios se asocian bajo la protección del dueño para fines de beneficencia y de ahorro, gozando



TUCUMÁN. CALLE DE 24 DE SEPTIEMBRE

pensiones de retiro en caso de invalidez para el trabajo.

Unicamente los domingos, cuando hay bebida, guitarreo y baile, surgen entre ellos disputas y reyertas, lo que nada tiene de extraordinario, pues lo mismo ocurre en las ciudades industriales de Europa. Lo típico y original es la insensibilidad de estas gentes, parcas en palabras é inaccesibles al dolor, como si careciesen de nervios. Las heridas no tienen para ellos gran importancia: su encarnadura parece sorda á los golpes.

Recuerdo una tarde de domingo, en la barriada obrera de un ingenio. Runrruneaban las guitarras, y las chinas cobrizas, de ojos oblicuos, movían las faldas blancas ó de color rosa al compás del baile. Un mozalbete, con la cabeza abierta, contemplaba impávido el curso de la danza. Su cabellera crespa, con lanudas sortijas, estaba roja de cuajarones sangrientos. Una cuchillada había partido su cuero cabelludo de la frente al occipucio. Por entre los labios de la herida escapaba la sangre á borbotones. Las moscas verdosas movíanse zumbantes en torno de la herida, y él las espantaba con distraídos rascuñones, sin apartar los ojos del baile.

— ¿Qué es eso? — preguntábamos á los venerables



TUCUMÁN. LA CATEDRAL

mestizos, que chupando su mate presidían la alborozada fiesta.

Una mirada fija y glacial y un largo espacio de silencio. Luego, como si hiciesen un esfuerzo, contestaban lacónicamente:

— No sé, señor — y volvían sus ojos al baile.

El herido aun fué menos explícito. A todas las preguntas opuso un silencio desdeñoso, sin querer apartar la vista de las bailarinas.

Una china vieja tuvo á bien decirnos lo ocurrido con la verbosidad de sus años y su sexo. No era nada: dos muchachos que habían peleado, dando una cuchillada el uno al otro. El agresor había huído, sin que nadie se cuidase de cerrarle el paso, y el herido estaba allí, no queriendo privarse de la diversión del domingo. ¡Siga la fiesta! ¡Aquí no ha pasado nada!...

Fué preciso llamar á un capataz y que éste se llevase á empujones al herido, para que lo curasen en el ingenio. Nadie hablaba del agresor; ¿para qué? Su víctima lo conocía y nadie más interesado en castigarle, devolviéndole el golpe cuando se presentase ocasión.

* * *

Tucumán ha progresado rápidamente en los últimos años, pasando de la monotonía y la parquedad de



ANTIGUO CABILDO DE TUCUMÁN (Demolido recientemente).



TUCUMÁN. FIESTA PATRIÓTICA EN LA CATEDRAL

una población colonial al esplendor y la abundancia de una ciudad moderna. En esta metamorfosis la ha ayudado mucho el progreso económico de sus industrias y su comercio. Sus calles, bien trazadas y limpias, están pavimentadas con madera y ofrecen un interesante movimiento, pues á la labor diaria del trabajo comercial hay que añadir la gran abundancia de carruajes de recreo. Por la noche presenta San Miguel de Tucumán un aspecto espléndido, iluminada eléctricamente, con gran profusión. Las plazas tienen jardines lozanos, dignos de este suelo fecundo.

La plaza de la Independencia, que es la principal, ostenta en el centro una alta columna con la estatua de la Libertad, obra de la escultora Lola Mora, hija de Tucumán. Dos grandes fuentes refrescan con su chorreo de cascada el ambiente de esta plaza, saturado de perfume de naranjos. La banda de música de Tucumán, que es famosa en toda la República, toca por las noches en un amplio kiosco, mientras por las avenidas cercanas discurren los paseantes. Uno de los mayores encantos de Tucumán es la belleza de sus mujeres, flores escondidas que aun llevan la existencia de los tiempos coloniales, saliendo únicamente de sus casas para visitas ceremoniosas ó para circular por la plaza en noches que hay retreta.

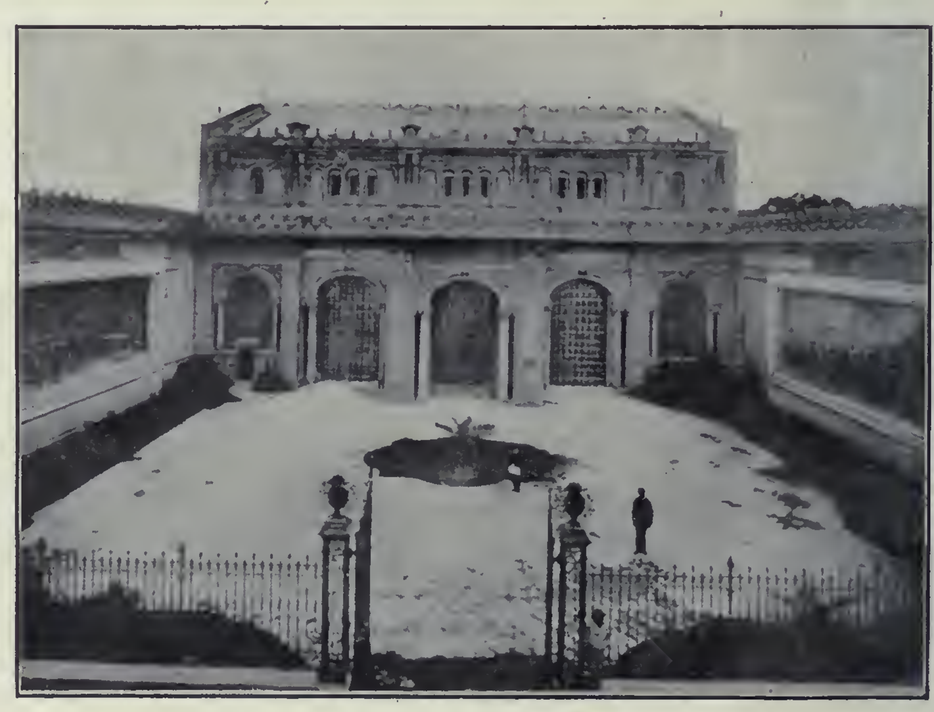
Otro paseo notable es la plaza Alberdi, con la estatua de este eminente tucumano, obra también de Lola Mora. Las plazas de Urquiza, Belgrano, Lamadrid y San Martín recuerdan con sus monumentos y sus nombres á estos héroes de la historia nacional.

En los edificios inmediatos á ellas se hallan establecidos los clubs sociales, los Bancos, los hoteles y algunas oficinas públicas.

El monumento más famoso de Tucumán es la llamada «Casa histórica», donde se reunieron los legisladores de 1816 para declarar la independencia argentina. Esta pequeña casa, de estilo colonial, se conserva resguardada de la intemperie bajo la techumbre de cristales de un palacio moderno, elegante y artístico. Un amplio atrio, con dos altos relieves en bronce, que recuerdan escenas de la Independencia, da entrada al palacio, que guarda como bajo un fanal la histórica casita. Todos los años llegan peregrinaciones estudiantiles de muchas provincias argentinas para saludar el histórico edificio en el que nació la República.

Tiene la ciudad hermosos parques, cinco estaciones de ferrocarril, abundantes tranvías y un servicio de teléfonos, cuya red alcanza más de 1.000 kilómetros. Su policía y su cuerpo de bomberos viven en amplios cuarteles y están montados á imitación de los de Buenos Aires. Las avenidas Roca, Avellaneda, Mate de Luna, Araoz y Sarmiento son amplias y con hermosa vegetación. En la catedral se guarda como reliquia histórica una gran cruz de quebracho que hicieron los españoles para el acto de la fundación de la ciudad. Abundan también los establecimientos sanitarios, hospitales y asilos.

La plaza de la Independencia ofrece en las noches



TUCUMÁN. PALACIO QUE GUARDA LA CASA HISTÓRICA

de primavera, á la hora en que se ha retirado la gente, y los clubs y hoteles cierran sus puertas, un aspecto maravilloso, que hace recordar las decoraciones de los cuentos de hadas. El ambiente impregnado de perfume ensancha los pulmones, obligándoles á una aspiración más frecuente. Los focos eléctricos reflejan su luz en un suelo blanco. La atmósfera es cálida y bochornosa, atravesada de vez en cuando por ráfagas de fresca brisa. Parece que por un capricho de la Naturaleza acaba de nevar. Amplios espacios están cubiertos con un manto blanco. Y cuando la extrañeza del espectáculo hace inclinarse al observador para tocar la nieve, encuentra sus copos tibios, carnosos y de un contacto igual al de la seda. Son pétalos de azahar, que la brisa ha hecho caer de los árboles.

* * *

El vecindario culto de Tucumán siente marcada afición por las letras y las artes. Sus periódicos son de los más importantes que se publican en las provincias argentinas. Uno de ellos, *El Orden*, goza de gran popularidad y puede compararse con muchos de Buenos Aires. Existen dos bibliotecas públicas sostenidas por particulares. Una de ellas, la más concurrida, se titula «Biblioteca Sarmiento», y la otra, «Biblioteca Alberdi». Poseen ambas muchos miles de volúmenes, que los socios pueden llevarse á domicilio, y en sus salones se celebran veladas literarias, conferencias y otras fiestas de cultura.



TUCUMÁN. ESTATUA DE ALBERDI

Como dice un geógrafo argentino, la ciudad de Tucumán es «la más ciudad de todas las del Norte». Su población ha crecido de un modo pasmoso. Hace veinte años no tenía más que 25.000 habitantes; hoy cuenta con más de 62.000, y su vecindario sigue creciendo. Este desarrollo se refleja en la edificación, sustituyendo las construcciones modernas, de agradable aspecto, á las monótonas casas coloniales.

El antiguo cabildo, situado en la plaza de la Independencia, acaba de ser demolido, instalándose el gobierno de la provincia en un amplio palacio de construcción reciente.

* * *

La provincia de Tucumán se divide en tres zonas vegetales: la del monte, que comprende la parte llana de la provincia hasta las faldas de la sierra; la subtropical, que empieza en estas faldas y continúa en los valles, y la de la puna, que abarca las laderas del Aconquijar y sus valles más elevados.

En la zona subtropical están las selvas de que ya hablamos, notables por el tamaño de su arbolado, el espesor de su follaje y la multitud de plantas trepadoras, que se agarran á los troncos, tendiéndose de unos á otros. El cedro, el nogal y el algarrobo abundan mucho en estas selvas.

La agricultura se extiende por la llanura y los valles, pasando sus cultivos desde la vid, las hortalizas y los frutales de origen europeo, al café, el tabaco y el algodón. En algunos distritos se aprovechan las tierras sumergidas para el cultivo del arroz.

Grandes obras de irrigación han aumentado el área agrícola de la provincia. Existen numerosos y extensos canales, que riegan muchos miles de hectáreas.



DON MARCO AVELLANEDA (Retrato existente en la Sala de Representantes de Tucumán).

La industria de la caña de azúcar fué implantada por los españoles procedentes del Perú en 1767. Se cultiva en otras provincias argentinas, en Corrientes, Salta, Jujuy y Santiago del Estero, y en los territorios de Formosa, Chaco y Misiones; pero es en Tucumán especialmente donde ha llegado á alcanzar mayor desarrollo. Existen en esta provincia unos 40 ingenios, que trabajan todos los años. En sus campos se cultivan cuatro especies de caña: la de Batavia, llamada «morada rayada», que es la más abundante, por resistir mejor el frío y adaptarse á las condiciones del clima; la «violeta de Batavia», menos cultivada por su rápida degeneración, pero que en los primeros años ofrece mayor riqueza sacarina; la caña española ó criolla, que se va extinguiendo rápidamente, por ser muy delicada y apta únicamente



VISTA DE TUCUMÁN

para tierras muy cálidas, y la llamada «caña de la India», jugosa y tierna, pero que exige grandes cuidados.

El gobierno nacional defiende la producción azucarera con leyes proteccionistas y con una prima de exportación. Esto último da lugar á que en naciones cercanas, como la República Oriental, se venda el azúcar argentino más barato que en la misma Argentina. La industria azucarera proporciona gran movimiento á las cinco compañías de ferrocarril: Noroeste Argentino, Central Norte, Central Córdoba, San Cristóbal y Buenos Aires y Rosario, que tienen sus estaciones en Tucumán. Esta industria del azúcar ha dado origen á fortunas fabulosas, y todavía los dueños de ingenio se quejan de que el gobierno no los protege bastante.



TUCUMÁN. ESTATUA DE LA LIBERTAD

El cultivo de la caña, implantado, como ya dijimos, á mediados del siglo XVIII, decayó á principios del XIX, por efecto, sin duda, de las convulsiones morales que sufría el país. El presbítero Colombres volvió, en 1821, á cultivar la caña y renació la industria azucarera, pero en una forma rudimentaria y primitiva. Los ingenios eran pequeñas casas con un trapiche de madera, que extraía el azúcar imperfectamente. A partir de 1845 empezó el verdadero movimiento productor. No había ferrocarriles, y los primeros ingenios tuvieron que traer su maquinaria desde el puerto de Rosario, en carretas tiradas por bueyes. La construcción de vías férreas desarrolló y aceleró la industria azucarera. Cuando el ferrocarril hubo facilitado la importación de maquinaria y la exportación de productos, se multiplicaron los ingenios, progresando la industria azucarera hasta llegar á la prosperidad que disfruta actualmente.

* * *

Los principales centros de población de la provincia de Tucumán son: Monteros, que figura como la segunda ciudad; Lules, Chigligasta, Tafí, Famallá, Bella-Vista, Colalao y otras, que reflejan en su crecimiento el desarrollo de la capital. Tafí goza fama por sus quesos, muy exquisitos y buscados á causa de su sabor y sus condiciones nutritivas. Esta excelencia se atribuye á la bondad de sus pastos y á la condición de sus tierras.

La ciudad de Tucumán ha sido llamada por los poetas «Sepulcro de la tiranía», con motivo de la victoria que alcanzó Bel-



TUCUMÁN. UN RINCÓN DE LA PLAZA DE LA INDEPENDENCIA



TUCUMÁN. UNA COMISARÍA DE POLICÍA

grano, en 1812, sobre las tropas realistas, y «Cuna de la libertad», por la Asamblea de 1816. En 1831 el famoso Quiroga, con sus hordas de gauchos, venció en ella á las tropas mandadas por Lamadrid, siendo esta victoria un golpe de muerte para los unitarios y una consolidación de la era mal llamada federal, que sirvió para entronizar el despotismo de Rosas. En todo el territorio argentino sólo hay una provincia que se iguale con la de Tucumán en movimiento industrial: la de Mendoza.

Tucumán es rica por la caña de azúcar y Mendoza por la viña.

SALTA

Es provincia fronteriza, pues un ángulo de su territorio toca con la República de Bolivia. Su forma irregular le da una gran extensión de límites. Por el Norte confina con Bolivia y la provincia de Jujuy; por el Este, con los territorios del Chaco y Formosa; al Sur, con Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca, y al Oeste, con el árido y casi desierto territorio de los Andes. Tomando la forma de una herradura, rodea á su hermana la provincia de Jujuy por tres lados, no dejándola otro contacto que con la inmediata República de Bolivia. Su territorio, de 120.000 kilómetros, no tiene más allá de 140.000 habitantes.

Vive esta provincia tan alejada del litoral, que muchos hablan en ella de Buenos Aires como de una ciudad remota, que no fuese la metrópoli de la República. En las costumbres de la masa popular se nota mayor influencia chilena ó boliviana que de la Argentina del centro. Muchas de sus danzas y sus cantos recuerdan á los pueblos de las Repúblicas del Pacífico. En las fiestas populares se baila la *Chilenita*, que no es más que la *cueca* de Chile.

Salta, que tiene una distinguida sociedad de abolengo colonial, permanece algo apartada de la vida que se desarrolla en las provincias centrales. No es extraño encontrar en esta ciudad damas de aspecto elegante y exquisita educación, que jamás han estado en Buenos Aires, que no piensan ir á ella, y hablan de la capital federal como una burguesa bonaerense puede hablar de París, con el que sueña á todas horas, sin esperanza de visitarlo.

El campesino de Salta es sobrio y parco en sus gustos, pues siente escasas necesidades al vivir en esta sociedad de carácter patriarcal. Se dedica á la agricultura ó al comercio de ganados y resiste con facilidad los rigores de la naturaleza, el frío de las altas sierras y el calor de horno de los valles inmediatos al Chaco.

Su alimentación consiste casi siempre en vegetales. En las marchas encuentra el mejor remedio á su fatiga en el uso de la *coca*, planta que masca con fruición y parece esparcir por su organismo un vigor nuevo.

La *coca* es para los habitantes de este país lo que el *mate* para los de otras provincias. Sus hojas, de las que se extrae la cocaína, tienen un poder anestésico. Dan á la boca la frialdad de la parálisis, evitando con esto la sed, y suspenden el tormento del hambre, infundiendo al organismo un alegre vigor. Esto ha hecho creer, desde los tiempos más antiguos, que la coca cons-

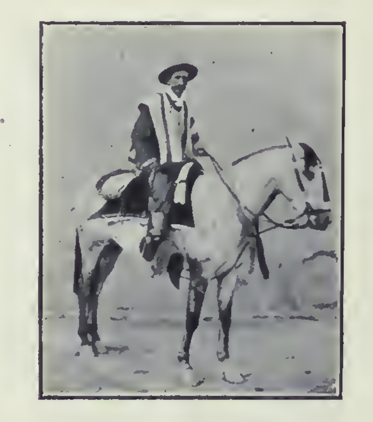


SALTA. ORILLAS DEL RÍO JURAMENTO



SALTA. PAISAJE DEL RÍO JURAMENTO

tituía un alimento maravilloso, y de ahí el gran aprecio en que la tuvieron siempre los indígenas y en que la tienen aún hoy los indios y gauchos de Salta, Jujuy, el territorio de los Andes y otras regiones, considerándola como un manjar de origen divino. La coca, con su influencia anestésica, acaba por entorpecer las funciones cerebrales, y de ahí el aspecto decadente y silencioso de muchas gentes del campo, y la gran abundancia de dementes tranquilos, á los que en el país llaman *opas*. Los montañeses de hoy, bondadosos, silenciosos y disciplinados, son descendientes de los guerreros calchaquíes, que durante un siglo hicieron frente á los españoles de la conquista.



UN JINETE SALTEÑO

En la llanura salteña el habitante es más vivo de genio y más inteligente que el de la montaña. Este gaucho pastor muéstrase un jinete admirable, capaz de arrostrar sin quebranto las mayores fatigas y sufrir en silencio toda clase de escaseces. Aficionado á vagabundear, ama la independencia más que la comodidad. Muchas veces se halla bien colocado en una estancia, y sin embargo la abandona con el más fútil pretexto para ir en busca de un nuevo amo. Le tientan las aventuras, los cambios de vida: le placen como al árabe, las cabalgadas sin objeto, y las mejores horas de su existencia las pasa sobre el caballo, vagando al azar. Este caballo lleva á ambos lados del delantero de la silla los llamados «guardamontes», amplias aletas de cuero, que de lejos le dan el aspecto de un Pegaso rústico. Los jinetes salteños, errantes, duros y aventureros, formaron las movibles guerrillas mandadas por Güemes, que durante la guerra de la Independencia hostilizaban á las fuerzas realistas procedentes del alto Perú.

* * *

Ninguna provincia argentina (á excepción de la inmediata Jujuy) puede ofrecer la variedad de temperatura, productos y paisajes que tiene la de Salta.

Empieza por el Oeste en una serie de montañas y valles, que se desprenden de la cordillera de los Andes, y acaba en las llanuras cálidas del Chaco. Su suelo va desde las mesetas andinas habitables, pero con un frío extremado, hasta las tierras bajas de flora exuberante. Dentro de la misma provincia existen las nieves perpetuas y los calores del trópico, que fomentan una vegetación análoga á la del Chaco y Formosa. En sus contrafuertes del Oeste, ó sea en las altas mesetas de la Puna, las montañas estériles están desiertas, y sólo una flora raquítica y espinosa crece á trechos, al abrigo de las piedras.

En los terrenos más bajos de dichas sierras, en los antiguos valles habitados por los calchaquíes, los arroyos que bajan por las pendientes hacen surgir una regular vegetación. En la parte oriental, ó sea en los departamentos de Orán, Anta y Rivadavia, el bosque tropical extiende su maravillosa frondosidad y el naranjo adquiere proporciones enormes. Desde el pueblo de Campo Santo hasta Orán la temperatura se hace sofocante en verano, siendo, por fortuna, modificada con alguno que otro aguacero.

La diversidad de clima y lo accidentado del terreno son causa de espectáculos muy originales, y dan vida á los productos más diversos. Desde unos campos en los que se cultiva el café y el bananero extiende sus ramas en forma de abanico, se contemplan sierras que reflejan la luz del sol en sus cimas blancas.

De las cumbres, con nieves perpetuas, bajan las aguas, que fertilizan la llanura. Parten de ella, entre otros ríos de menos importancia, el Bermejo, que es navegable en algunas secciones de su curso; el Juramento ó Salado y el San Francisco.

Existen en esta provincia unas aguas famosas, las de Rosario de la Frontera, que son termales, y las apreciaron desde hace siglos los hijos del país. Rosario de la Frontera, por lo apacible y benigno de su clima, es una estación invernal á la que acuden fami-



LOS NARANJOS DE CAMPO SANTO



VISTA GENERAL DE SALTA (Desde el cerro de San Bernardo).

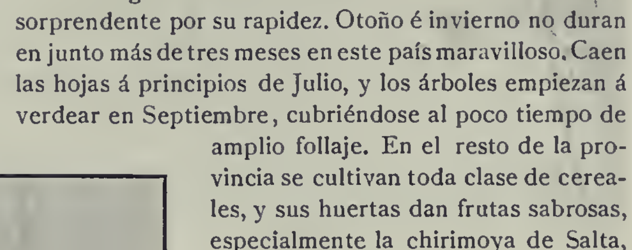
lias de varias provincias de la República y de las naciones vecinas. Unas aguas de Rosario, las llamadas de Palau, por el nombre de un doctor que las popularizó, se consumen mucho en todo el país argentino.

Las sierras de Salta son ricas en minas, así como en canteras de mármol. Los conquistadores españoles, que marchaban en busca de metales preciosos, tuvieron noticia, apenas entrados en el país, de las vetas auríferas existentes en los valles calchaquíes, las vetas de plata de Acay y las de plata y cobre de San Antonio de los Cobres, que ya no pertenece á la provincia de Salta, pues es capital de la gobernación limítrofe, llamada de los Andes. Estos filones de metal precioso, conocidos por los indios desde algunos siglos antes, fueron explotados por los conquistadores; pero transcurridos cien años, una sublevación general de los calchaquíes destruyó los establecimientos, cegando las minas y aterrando á los mineros que pudieron huir. En terrenos hoy desiertos de la provincia de Salta ó del vecino territorio de los Andes, se encuentran montones de escorias metálicas y restos de pueblecitos y capillas que demuestran la importancia que tuvo la industria minera en estos lugares.



SALTA. MONUMENTO DE LA BATALLA EN EL CAMPO DE CASTAÑARES.

Salta es agrícola y ganadera. Tiene más de 80.000 hectáreas cultivadas, en las que se cosechan café, tabaco, caña de azúcar y algodón; todo de excelente calidad. Además, produce cereales en abundancia y frutas exquisitas. La ganadería, á pesar de las condiciones climatológicas de la provincia, se ha desarrollado mucho, pues tiene medio millón de vacas, casi otro tanto de ovejas y más de 120.000 caballos y mulas. En los valles cálidos de Orán y Rivadavia, á orillas del Bermejo, donde los pastos son abundantes y salados, las vacas adquieren un desarrollo considerable, que las hace sobresalir entre el ganado de las otras provincias. En los valles de la sierra abundan las cabras, que son, como dice un geógrafo argentino, «el ganado del pobre». Todos los ranchos de la sierra tienen su rebaño de 20 ó 30 cabras, las que proporcionan á la familia la leche de sus ubres y la carne tierna de sus crías. Además, el cuero es un objeto de venta en la ciudad, ó sirve para cubrir la cabaña, haciéndola más impermeable.



La vegetación salteña en las cercanías del Chaco es sorprendente por su rapidez. Otoño é invierno no duran en junto más de tres meses en este país maravilloso. Caen las hojas á principios de Julio, y los árboles empiezan á verdear en Septiembre, cubriéndose al poco tiempo de amplio follaje. En el resto de la provincia se cultivan toda clase de cereales, y sus huertas dan frutas sabrosas, especialmente la chirimoya de Salta, que goza fama en toda la República.

En los valles calchaquíes y en el valle de Lerma, donde está asentada la capital, los campos se riegan artificialmente con aguas de la sierra, tan cargadas de detritus fertilizantes, que el mismo cultivo puede repetirse muchos años sin necesidad de abono. En la provincia de Salta se cosechan los vinos de Cafayate, considerados como superiores á los de Mendoza, aunque menos abundantes.

El naranjo adquiere proporciones inauditas en Campo Santo y en el departamento de Orán. Son árboles gigantescos, algunos de los cuales llegan á producir hasta 6.000 naranjas. La planta de la goma, que, según opinión corriente, sólo puede producirse en el corazón de la América del Sur, ó sea en ciertos territorios de Bolivia y el Brasil, crece también en el departamento de Orán, é indudablemente en lo futuro será objeto de una activa explotación.



SALTA. COLEGIO NACIONAL



VISTA PARCIAL DE SALTA

quebrada del Diablo y llegan á Loroguasi, siguiendo después un sendero que conduce por el Cajón de las Breas al puerto chileno del Pacífico llamado el Paposo.

Otro camino de la cordillera, más duro y abundante en peligros, es el del Despoblado, que atravesaron muchas veces las tropas durante la guerra de la Independencia. Por esta vía, abrupta y difícil, se comunica Salta con el puerto de Cobija, que antes fué de Bolivia y ahora pertenece á los chilenos. Luego de atravesar los Andes por el llamado Despoblado, las recuas comerciales tienen que hacer una marcha de veinte días á través del desierto ó Puna de Atacama, lugar de desolación, verdadero infierno, falto de agua, de plantas y animales, donde han perecido muchos hombres y donde arrostró grandes privaciones el conquistador Almagro cuando avanzaba á la conquista de Chile.

Salta se comunica también con el Sur de Bolivia por la Puna de Jujuy, pasando los valles calchaquíes, la cuesta de Acay, San Antonio de los Cobres, Casabindo y el abra de Queta.

Sólo los arrieros salteños, dignos sucesores de la gente dura y sufrida de los tiempos de la conquista, pueden realizar estos viajes á través de tierras áridas y solitarias, que parece pertenecen á un planeta muerto, y de las que huyen hasta las bestias más frugales.

La provincia de Salta ha desarrollado mejor sus fuentes de riqueza, gracias al ferrocarril Central Norte, que la pone en comunicación con la lejana Buenos Aires y el litoral argentino. Además, en breve plazo la línea férrea que extendiéndose por la provincia de Jujuy llega á la frontera de Bolivia, va á unirla con esta República. Otro ferrocarril, en proyecto, á las provincias del Norte de Chile, la abrirá salida por el Pacífico.

Á pesar del aislamiento en que vivió Salta hasta hace poco, sus gobernantes cuidaron de la educación pública, pensando más en el mejoramiento de las escuelas y el bienestar de los maestros que en el aumento de su número. Sostiene 120 escuelas, con 350 maestros y unos 13.000 alumnos. Tiene además en la ciudad un Colegio Nacional y una Escuela Normal, como todas las provincias.

Aparte de la línea férrea que la pone en contacto con el resto de la República, posee otras vías de comunicación muy importantes y que datan de los tiempos de la conquista. Estos caminos, usados por los primeros españoles, y que atraviesan los Andes, guardan todavía cierta importancia comercial para la provincia de Salta, pues por ellos realiza la mayor parte de su exportación y su importación, vendiendo en el Norte de Chile ganados y tejidos, y comprando artículos de procedencia europea. Los arrieros salteños. con sus recuas de mulas de carga y los pastores con sus ganados, llegan á Antofagasta de la Sierra, que antes pertenecía á la provincia de Salta y hoy es del territorio nacional de los Andes, y desde allí dirigen sus rumbos á la intendencia de Copiapó, en la República de Chile. Para esto atraviesan la



SUCURSAL DEL BANCO DE LA NACIÓN

* * *

La ciudad de Salta fué, como la de Tucumán, fundada dos veces. En 1582 ordenó su construcción en el valle de Siancas el gobernador del Tucumán Don Fernando de Lerma, y poco después se trasladó su asiento al lugar que hoy ocupa.

Lerma fué el vengador del buen caballero Don Jerónimo Luis Cabrera, fundador de Córdoba. Al abandonar Cabrera la «Capitanía general del Tucumán, Juríes y Diaguitas», para ser reemplazado por Don Gonzalo de Abreu y Figueroa, éste, que á lo que parece era hombre duro de alma y envidioso, metió á Cabrera en la cárcel, donde acabó por morir víctima de privaciones, y algunos dicen que asesinado. Abreu, á su vez, al ser reemplazado por Don Fernando de Lerma, fué reducido á prisión y so-

metido al tormento, muriendo oportunamente, pues le habían condenado á perecer en un cadalso. De tal manera se trataron en esta parte de América los primeros gobernadores de la conquista.

Lerma fundó á Salta como un lugar de descanso en el camino del Perú, y un centro de operaciones militares contra los indios calchaquíes y humahuacas, habitantes irreductibles de estas regiones. La ciudad está en un hermoso valle llamado de Lerma, á 1.300 metros sobre el nivel del mar, y tiene un vecindario de más de 25.000 almas.

Por su situación en el camino de Bolivia, Salta ha figurado siempre como el centro comercial más importante de las provincias del Norte. Durante la época colonial descansaban en ella las grandes recuas de mulas que conducían al puerto de Buenos Aires para su embarque las remesas de plata de Potosí: 4 ó 5 millones de pesos.

Este tránsito de continuas expediciones fomentó su comercio é hizo que se celebrasen en Salta importantes ferias. Como recuerdo de tal prosperidad quedan aun hermosos edificios de la época colonial, templos y conventos, algunos de ellos con torres muy elevadas, que resultan peligrosas en este país de frecuentes temblores.

Durante la guerra de la Independencia el camino comercial quedó cortado por los azares de la lucha, siendo tan pronto de los realistas como de los revolucionarios. Al restablecerse la paz, las vías de exportación fueron otras, y la plata de las minas se abrió salida por el Pacífico, teniendo que buscar Salta en sus propias iniciativas el restablecimiento de la antigua prosperidad comercial. Esta ciudad es de las de edificación más sólida entre todas las de la República. Las casas antiguas tienen gruesos muros, con arcadas en el piso bajo y los superiores. Los edificios modernos también se construyen con gran solidez. Salta posee varias fábricas y molinos, Bancos, hoteles, bibliotecas y colegios.

SALTA. PALACIO DEL GOBIERNO



SALTA. CALLE DEL CABILDO



SALTA. PLAZA DE 9 DE JULIO

Sus edificios más importantes se hallan en la plaza central, ó de 9 de Julio, frondoso jardín rodeado de soportales. En esta plaza está el teatro Victoria, muy amplio y cómodo; la catedral, de construcción moderna, y el antiguo Cabildo, que es uno de los edificios más interesantes que se mantienen de la época española.

Las calles están pavimentadas con madera ó piedra; hay buen alumbrado eléctrico y una notable banda de música, la del batallón de Policía. El gobierno ocupa un palacio de construcción reciente en las afueras de la ciudad.

Además de la plaza del 9 de Julio existe otra importante, la de Belgrano, con una estatua de este general. Cerca de Salta se halla el campo de Castañares, donde Belgrano venció por segunda vez al general Tristán. Sobre el sitio de la batalla hizo elevar el héroe una sencilla cruz de madera, en la que grabó esta inscripción generosa: «Á los vencedores y los vencidos», ya que la tierra, madre común, guardaba igualmente á los muertos de una y otra parte. La cruz ha sido trasladada al atrio de la catedral de Salta, y la reemplaza en el campo de Castañares un monumento, de grandiosas proporciones, como recuerdo de la victoria.

* * *

Tiene Salta la misma fauna que los bosques inmediatos de Tucumán y los del vecino Chaco. El tigre ha sido alejado de la provincia por la expansión pobladora, pero los reptiles son muy numerosos en las selvas de Orán. En dichas selvas existen unos monos, llamados *sapajú*, *saqui* y *uistitis*, cuya carne la comen los hijos del país, y afirman que es muy sabrosa. También en este distrito, como en todas las regiones subtropicales de la Argentina, son comestibles los loros jóvenes.

El ferrocarril ha cambiado radicalmente la vida de Salta. Antes de que se inaugurase, se hallaba esta


SALTA. EDIFICIOS DE LA ÉPOCA COLONIAL

provincia aislada del resto de la República y sostenía más relaciones con los puertos chilenos del Pacífico que con Buenos Aires. Copiapó, al otro lado de la Cordillera, satisfacía las necesidades de su comercio, comprándola asnos y mulas, así como tejidos de lana, algodón, hilo, vicuña y guanaco. Los pasos andinos estaban cruzados incesantemente por viajeros y recuas. El peón salteño, cuando no encontraba trabajo en su tierra, pasaba los Andes, yendo á ofrecer sus brazos á las minas de cobre de Chile. El incesante cambio comercial hacía que la moneda y los billetes de Bancos chilenos circulasen en Salta y otras provincias andinas más aún que la moneda del país.


SALTA. UN CONVENTO

La República Argentina sólo desde hace algunos años ha unificado en su territorio la circulación de la moneda. La falta de comunicaciones, la enorme extensión del suelo nacional, y el comercio que sus provincias extremas sostenían con los Estados limítrofes, fueron causa de una anarquía monetaria. En las provincias del Norte circulaban onzas y cóndores de oro acuñados en Chile, así como bolivianos y *cuatros*, de Bolivia. En Corrientes y Entre Ríos tenían curso ordinario los *pedros* y los *reis* del Brasil y las monedas de Montevideo. El peso boliviano era la unidad monetaria hasta en las provincias del centro.

El ferrocarril y el telégrafo pusieron en relación á los más lejanos territorios con el litoral platense, y desde entonces, la moneda nacional, partiendo de Buenos Aires, ha desalojado á las monedas extranjeras.

Hay que imaginarse lo que representaba hace treinta años un viaje desde Buenos Aires á Salta, Jujuy, La Rioja ó Catamarca. Con más facilidad llegaba á hacerse una excursión al viejo mundo. Un viajero podía trasladarse á Europa, vivir en ella algunas semanas y regresar á Buenos Aires en el mismo espacio de tiempo que empleaba una familia argentina para ir de la capital federal á cualquiera de las provincias mencionadas.

Los viajes por el interior eran largos y monótonos. Las familias se instalaban en una ó varias carretas de toldo semicircular, viviendo en ellas semanas y semanas, meses y meses. Ocho ó diez yuntas de bueyes tiraban de la casa ambulante, escoltada por los hombres, que iban á caballo. De vez en cuando el vehículo se hundía en lodazales y arroyos y había que hacer grandes esfuerzos para sacarlo del atascamiento. La parte más sólida del rústico vehículo era de madera de quebracho, que rechinaba como si fuese hierro. Al final de cada jornada, ó en las horas de gran calor, acampaban los viajeros á la sombra de la carreta, encendían fuego para hacer hervir el mate y cantaban al son de la guitarra *tristes*, *décimas* y *endechas*, ó bailaban el *triunfo*, la *zamacueca* chilena, la *refalosa*, la *media caña* y el *gato*, con *relaciones* improvisadas.

Se comprende que después de una marcha tan larga quedasen las familias en el lugar de término sin ganas de emprender el regreso. Se comprende también que en muchas provincias del Norte las gentes tradicionalistas sientan todavía un horror á los viajes, heredado de sus padres, y no aprovechen el ferrocarril, hablando de Buenos Aires como de una capital remota, á la que no esperan ir nunca.

* * *

Quedan en la ciudad de Salta recuerdos venerables de la vida colonial, que aun se manifiestan todos los años en forma de procesiones y otras fiestas religiosas.

Salta posee un Cristo célebre, el llamado «Señor del Milagro», imagen de los primeros tiempos de la conquista, que, como muchas de la misma época, tiene un origen maravilloso. Según la tradición, llegó flotando dentro de una caja á un puerto del Perú, respetada por las olas y las tempestades.

La fiesta del Señor del Milagro, que se celebra en Septiembre, atrae á la capital gentes de toda la provincia.


SALTA. IGLESIA DE SAN FRANCISCO

Hasta del árido territorio de los Andes se ven llegar mestizos é indios con el viejo poncho deshilachado, las melenas lacias y las altas botas resquebrajadas, con clavos en las suelas.

Por las pendientes de las montañas vecinas á Salta descienden, como rosarios de hormigas multicolores, las cabalgatas de campesinos. Hacen viajes de muchas leguas sólo por ver la procesión, que dura una tarde, y regresan luego á sus ranchos. Cada individuo de la familia ocupa un caballo. Al frente van los hombres sobre su montura con aletas de cuero y el lazo á un costado de la silla, lo mismo que los gauchos de los tiempos de Güemes. Detrás cabalgan los chicuelos, con ponchos rayados de rojo y negro, y las mestizas, gordas y lustrosas, que parecen máscaras, por sus faldas de colores chillones, verdes, rosa ó escarlata.



SALTA. LA CATEDRAL

La procesión pone en movimiento á toda la ciudad. Un batallón de artillería de montaña acuartelado en Salta forma ante la iglesia, con la música al frente. El aspecto de sus calles recuerda el de las poblaciones andaluzas ó de Levante en una fiesta tradicional. Balcones y ventanas están repletos de señoras, que ostentan sus trajes más lujosos. Abajo, en el arroyo, se aglomera la muchedumbre campesina. Son gentes de tez cobriza, voz cantante y dulzona y ademanes humildes: ellas, con largo manto negro, cual las mujeres de Chile; ellos, con poncho amarillento y amplio sombrero, duro y rígido como un casco. En las torres de las iglesias voltean las campanas, estremeciendo de religiosa emoción á la vieja Salta. Diríase que no han transcurrido los siglos, que aun no se ha realizado la independencia, que allá, en la catedral, se está ordenando la procesión bajo la mirada autoritaria del señor alcalde corregidor, que gobierna á la ciudad en nombre del Señor Rey Don Carlos IV. Causa asombro la huella persistente que la dominación peninsular dejó en el carácter y el aspecto de estas ciudades del Norte argentino.



SALTA. UNA CALLE CON EDIFICIOS ANTIGUOS

La procesión no es triste y de terrorífica solemnidad, como algunas de la vieja España. La hermosura del cielo, el perfume de los jardines que vibra en el espacio y el carácter dulce de las gentes de esta tierra parecen comunicarse á la procesión, brillante desfile de mujeres hermosas y risueños colores.

Rompen la marcha algunos negros y mestizos, pidiendo limosna á las gentes de las ventanas, y tras estos figurones lúgubres avanzan las cofradías de señoritas de la ciudad, que estrenan en esta fiesta sus trajes primaverales. Las banderas y estandartes, de suaves colores, son llevados por frailes que parecen escapados de un cuadro de Zurbarán. Luego avanzan en dos filas, semejantes á un jardín movible, las jóvenes salteñas, erguidas y cimbreantes, cual si fuesen á entrar en un salón. Visten de blanco, de rosa, de suave azul, de color de fresa; cubren sus peinados con sombreros enormes de altivas plumas; en una mano llevan una bujía rizada y sin encender, envuelta en un pañuelo de encaje, y con la otra se recogen y ciñen el vestido, marcando al andar secretas amenidades. Nada de tristes colores, de velos fúnebres y gestos compungidos. Esta primavera devota alza la cabeza para recibir los saludos de los balcones y acoge con ligera sonrisa las ojeadas de pasión de los galanes, agrupados en las esquinas.



SALTA. UNA CALLE

Luego, entre invitados y autoridades, nubes de incienso, bayonetas de soldados y musicales rugidos del cobre, llega el Señor del Milagro, el Cristo prodigioso, clavado en la cruz y con huecas faldillas de terciopelo; imagen arcaica que parece resucitar con su triunfo la época remota de los virreyes del Perú.

El final de la procesión es lo más interesante. Muéstrase en ella la fe simple del indio, la devoción del

populacho cobrizo, que guarda en sus creencias algo de la pasada idolatría. Son *chinitas* de esbeltez juvenil y jugosa frescura, descalzas, con una vela en la diestra, y el manto negro sobre rizadas enaguas, y falda hueca de vivo color con amplios volantes: ancianas apergaminadas y nudosas, que lanzan suspiros contemplando el dorso del Señor del Milagro, mientras tiemblan las lágrimas en sus párpados; viejos gauchos de cabeza trágica, barbudos, melenudos, curtidos por el sol, con el poncho remendado y las botas rotas, fieros y corteses á la vez, como debieron ser los soldados de la conquista. Todos atienden á las pequeñas llamas que palpitan sobre sus puños cerrados, cuidando de que no se apaguen. Algunos hombres llevan hasta cuatro velas encendidas en cada una de sus manos.



SALTA. LA CATEDRAL

Hay en toda la provincia la tradicional costumbre de implorar al Señor del Milagro en casos de enfermedad y en otros peligros, prometiéndole llevar una vela el día de su fiesta. Pero esta promesa puede cumplirse por delegación, y muchos solitarios de las serranías de Salta ó del territorio casi desierto de los Andes, que no pueden abandonar su rebaño ó han de ir de viaje con sus arrias, se dirigen á un camarada que piensa asistir á la procesión, encargándole que en su nombre compre un cirio y lo encienda.

De aquí que algunos lleven las dos manos por delante, como si fuesen dos candelabros, y entre dedo y dedo sostengan ocho velas encendidas. Infunde respeto el simple y sincero fervor de la masa popular que marcha detrás del Cristo. Los que no llevan cirios quieren hacer algo en honor de la sagrada imagen y meten un hombro bajo las andas, ayudando con fieros empujones á los que las conducen. La policía tiene muchas veces que defender con el látigo á los portadores de la imagen para que los creyentes, que acuden en tropel, no pongan en peligro su estabilidad.



SALTA. EL ANTIGUO CABILDO

Este rebaño de pobreza resignada y dolores solitarios, deja al pasar una estela hedionda de lana sudorosa. Viven en los valles de la Cordillera, aislados ó en pequeñas agrupaciones, lejos de toda vida civilizada, en estrecha sociedad con el llama y el guanaco, sufriendo las escaseces de un suelo estéril y rocoso que parece de bronce; y en esta existencia rudimentaria y penosa, el Señor del Milagro representa el consuelo, la esperanza, la única poesía de su existencia triste. La pobre mujer, que rechina los dientes y sufre en silencio el cruel arañazo de los desarreglos interiores, piensa en el Cristo de Salta y le promete un cirio en su procesión; el arriero andino, que se ve envuelto en las tormentas de nieve, que resiste la sed, la opresión pulmonar de las alturas de la Puna, y tiembla por la suerte de sus arrias y el pan de su familia, se aclama igualmente al poderoso Señor, que vive en la capital desde hace siglos, que llegó con los primeros hombres blancos, y pendiente de una cruz, sin más vestido que unas faldillas, puede realizar los más estupendos milagros.

Él hace que las frescas mestizas, entristecidas por la esterilidad, acaben por ver juguetear en la puerta del rancho pedazos de sus entrañas, con la tez cobriza y los ojos oblicuos y tirantes de sus padres: aclamándose á él, las recuas de mulas cargadas salvan en invierno los malos pasos de los Andes, y los emplastos de hierbas misteriosas surten efecto en la curación de las enfermedades.

Estas gentes sencillas no creen únicamente en el Señor del Milagro. Su imaginación coloca en torno del Dios todopoderoso, venido del otro lado del Océano, algunas divinidades secundarias que existían ya en el país antes de la llegada de los blancos, y junto con ellas ciertas figuras terroríficas creadas por la superstición popular. Temen y respetan mucho al Cristo de Salta; pero les inspira más pavor la «Viuda del farolito», una especie de bruja maléfica que se aparece de noche á los arrieros perdidos, con un farol en la mano; encuentro de terribles consecuencias, pues todo el que la ve muere en el mismo año.

Las divinidades indígenas siguen inspirando un respeto religioso á las gentes de la sierra. Muchos de los que adoran el poder del Señor del Milagro veneran á la *Pacha-Mama*, ó sea á la madre tierra, diosa benéfica que está en todas partes y á la que no es posible ocultar palabras ni pensamientos. Cada vez que beben, riegan el suelo con algunas gotas de líquido. Son para

que beba la *Pacha-Mama*. Cuando se entregan al placer de mascar *coca*, empiezan por abrir con el pie un agujero en el suelo y enterrar algunas hojas. La *Pacha-Mama* debe comer, para que no se irrite y se muestre vengativa con sus hijos.

Esta diosa no vive sola: tiene un compañero, un marido, *Tata-Coquena*, espíritu omnipotente, poseedor de todas las riquezas ocultas en las entrañas del globo. Ambos muéstranse bondadosos con el hombre, siempre que éste no les irrite. Muchos indígenas les han visto en días de tempestad atravesando las abruptas soledades de la cordillera. Los dos son arrieros, como todas las gentes de bien que viven en las vertientes de los Andes. La *Pacha-Mama* y el *Tata-Coquena* llevan tras ellos largas recuas de llamas gigantescos cargados de tesoros, que consisten principalmente en «petacas» ó maletas llenas de *coca*; pues para los indígenas no hay riqueza que iguale á la de estas hojas secas y refrescantes, tan preciosas como el oro, que suprimen el hambre y la sed.

* * *

Otras fiestas religiosas de Salta atraen á los vecinos de los pueblos de la montaña.

En todos ellos existe un santo patrón, y los devotos lo bajan en andas á la ciudad para que figure en las procesiones. Casi todo el vecindario marcha en masa tras él, ansioso de que luzca en la fiesta.

Hacen el viaje con lentitud, deteniéndose á la sombra de un grupo de árboles ó de una cañada, para que el santo descanse. En la ciudad muestran los devotos un grave continente durante la procesión. Hombres, mujeres y chiquillos escoltan la amada imagen, deseando que ésta triunfe, por su hermosura y sus adornos, sobre las de los otros pueblos.

Cuando termina la fiesta, la banda emprende el regreso, pero éste es aun más lento que el viaje de



SALTA. LA PLAZA

ida y con menos orden. Los devotos y devotas han bebido mucho en Salta y ya no tienen por qué guardar miramientos al santo. La función de la imagen ha terminado por el momento, y no volverá á renovarse hasta el año siguiente, cuando la bajen de la montaña para que figure en otra fiesta.

La muchedumbre no siente gran prisa por volver al poblado, donde la esperan el trabajo y los apuros diarios. Quiere prolongar esta expedición, que es un remedo de la antigua vida de tribu errante. En las horas de calor acampan los revueltos devotos en lugares sombríos, dejan el santo á un lado, vuelto de espaldas, para que no se entere de sus diversiones, y hombres y mujeres empiezan el bailoteo, que toma pronto el carácter de una bacanal indígena. Suenan los instrumentos, vibran los cantos y márcanse los pasos cadenciosos de la voluptuosa *chilenita*.

La mestiza salteña es incansable para el baile. Recuerdo yo haber pasado, en las primeras horas de la noche, frente á las rejas de una casa de «alegría» de la ciudad, en la que al son de un arpa bailaban varias mujeres con jinetes del Chaco. El romántico instrumento de sonidos cristalinos, semejantes á los de una caja de música, acompañaba los saltos de los gauchos y el retintín de sus grandes espuelas. Danzaban en torno de las mestizas, y éstas, con el batón flotante, movían cadenciosamente las ancas, agitando en la diestra el pañolito indispensable para el baile de la *cueca*. Una mujer de visible prominencia abdominal balanceaba el pañuelo y erguía la cabeza con gravedad hierática. Renovábanse las danzarinas, sin que ella abandonase su puesto. Apenas punteaba el arpa los primeros preludios, ya estaba en el



VECINOS DE LA SIERRA LLEVANDO EL SANTO PATRÓN Á LA PROCESIÓN DE SALTA

centro de la sala moviendo el pañuelo y la cavidad maternal. Cuatro horas después, al volver del teatro y pasar frente á las mismas rejas, vi á la mestiza en igual postura, como si no hubiese transcurrido el tiempo, bailando al son del arpa, que parecía más fatigada que ella, pues sus sonidos eran un tanto roncos. Y así debió seguir, lustrosa de sudor, ventruda, moviéndose durante toda la noche, con una gravedad sacerdotal.

Los acompañantes de los santos bailan también en la soledad mientras hay luz. Zumban los instrumentos; circulan los jarros llenos de bebida alcohólica; danzan las parejas en rueda interminable; la imagen se aburre ó se escandaliza, vuelta de espaldas en la sombra, y la muchedumbre devota pasa un día feliz, entregada á la comida, á la bebida y á lo otro, en honor de la festividad.

JUJUY

Es la provincia de Jujuy la más septentrional de todas las de la República, hasta el punto de que algunos geógrafos argentinos la consideran por sus caracteres generales como una prolongación boliviana. Por su extensión territorial resulta la provincia más pequeña, después de Tucumán, y la menos habitada de todas. Su población no va más allá de 56.000 habitantes, sobre 50.000 kilómetros cuadrados de superficie.

El suelo de Jujuy es muy variado, predominando las montañas, como en el Oeste de la provincia de Salta. Puede decirse que el suelo de Jujuy resulta una prolongación de la meseta boliviana, que alcanza dentro de la provincia argentina una altura de 4.000 metros. Esta meseta es conocida con el nombre de *Puna de Jujuy*. La palabra «puna», de origen quichúa, significa altiplanicie desierta ó tierra fría. Igualmente se designa con ella la angustia respiratoria que se sufre en las grandes alturas por la rarefacción del aire, angustia que se manifiesta, las más de las veces, con una fatiga extrema, fuertes dolores de cabeza y dificultad en la respiración. Las gentes de las provincias andinas llaman también *sorocho* al mal de la puna.



VISTA PARCIAL DE JUJUY

Se halla Jujuy bajo el trópico, y su vegetación es más ó menos lozana, según las altitudes. En la llanura presenta una frondosidad tropical; en los valles occidentales, cerca de las corrientes de agua que descienden de las sierras, es muy próspera. En gran parte de la meseta ó Puna de Jujuy la tierra es de extrema aridez, presentando los paisajes un aspecto de desolación. Por sus violentos desniveles en altura y clima, es Jujuy la provincia que ofrece mayores variedades. Tiene llanuras dentro de la zona tropical que son paraísos y alturas en las que resulta imposible la vida.

Su parte oriental puede apreciarse como la más pintoresca de toda la República, y hasta supera en hermosura á Tucumán. Parece imposible que en la misma provincia que tales maravillas posee existan los desiertos de la Puna. En la zona del Jujuy tropical se hallan los grandes ingenios de azúcar de Ledesma, San Pedro y Santa Bárbara, donde se sufren calores irresistibles. En el extremo opuesto de la provincia, Santa Catalina, La Rinconada, Cochinoca y otros pueblos de la sierra, viven bajo crudos inviernos. Los de la quebrada de Humahuaca soportan fríos iguales á los que se experimentan en la gobernación de los Andes.

En el corto espacio de treinta horas, sin salir de la provincia, he saltado yo de una temperatura casi glacial á otra ardorosa. En menos de dos días se pasa del grueso poncho, el vestido de lana y las ropas interiores de franela, al traje de hilo y el sombrero de paja.

Jujuy sólo tiene un río, el Grande ó San Francisco, pues sus afluentes son de escaso caudal y únicamente se aprovechan en la irrigación de algunos campos. Sus dos grandes lagunas, la de Casabindo, al Norte de la Puna de Jujuy, y la del Toro, al Sur, no son utilizables por la gran cantidad de cloruro de sodio que contienen sus aguas.

La verdadera riqueza de la provincia está en las regiones bajas de su parte oriental, donde reinan los calores del Trópico. Allí es donde se cultiva la caña de azúcar y existen los grandes bosques de lapachos y palmeras, con tupidas marañas de orquídeas y «flores del aire». Las lianas forman redes impenetrables, en las que únicamente el machete puede abrirse camino. Abundan en ellos los monos y los loros, saltando de rama en rama. En las espesuras vive el enorme tapir, y salta el puma, al que los primeros conquistadores bautizaron con el nombre de león. El condor de las cimas andinas llega en su vuelo á estas selvas tropicales, donde una fauna exuberante le ofrece presas en abundancia.


VENUS TOBA DE UN INGENIO DE JUJUY

Casi toda la población rural de Jujuy procede de los indios quichúas, con muy poco de sangre española en su mestizamiento. El indio jujeño es fuerte y está templado por los grandes padecimientos que ha de sufrir desde su infancia en las mesetas desoladas de la Puna. Aguanta el frío y el hambre, los vendavales helados que barren la altiplanicie y la dolencia del *sorocho*, caminando infatigable días y días por el desierto. Los misioneros de la conquista evangelizaron á estos indígenas, sin que su mansedumbre intelectual opusiera obstáculos al nuevo dogma; pero todos ellos fusionan más ó menos con el cristianismo las antiguas divinidades del país. El indio jujeño, conocido en toda la República con el nombre de «coya», reza á los santos, á los que tienen gran veneración; asiste á las antiguas capillas que se conservan en ciertos valles de la Puna; toma parte en las procesiones de los pueblos, pero al mismo tiempo cree en la *Pacha-Mama* y otros dioses que representan las fuerzas de la naturaleza.

Ciertamente este hombre, condenado á existir en una tierra poco generosa y á soportar el rigor del clima de las grandes alturas, necesita tener mucha fe en los poderes sobrenaturales para mantenerse y reproducirse dentro de un medio tan adverso.

En los terrenos bajos, que ofrecen mejores condiciones, vive el campesino criollo, el gaucho jujeño, que se conserva en toda su pureza, por no haber sufrido, como el del litoral, el contacto transformador de la inmigración. En su parte física, el gaucho jujeño se diferencia poco del indio de la Puna. Sus rasgos fisonómicos ofrecen la semejanza de un origen común. La única diferencia consiste en que el gaucho tiene en su mestizaje mayor cantidad de sangre española que el indio y es más inteligente para adaptarse á la civilización.

Este gaucho, que con el de la provincia de Salta peleó á las órdenes de Güemes, sirviendo de escudo defensivo al resto de la Argentina, y aguantando el choque de todas las invasiones realistas procedentes del alto Perú, es disciplinado y entusiasta en la guerra, y laborioso y modesto en épocas de paz. Nunca ha sido pendenciero, como el del litoral, ni ha pretendido vivir libre de trabajo. Lo accidentado de sus montañas y sus bosques hace de él un jinete insuperable, capaz de los actos más arriesgados, de galopar sin recibir un arañazo por tortuosidades selváticas, donde otros se estrellarían á los pocos segundos.

Jujuy no posee gran riqueza pecuaria en comparación con otras provincias. Su ganadería consiste en 130.000 cabezas vacunas y 80.000 mulares, y los dueños de ella encuentran su principal mercado en las poblaciones del Sur de Bolivia.

La agricultura es más importante. Los ingenios de Ledesma y San Pedro producen grandes cantidades de azúcar, y además de la caña empieza á cultivarse en sus campos el café, el tabaco y el algodón. La parte oriental de la provincia está llamada á un gran porvenir cuando nuevas vías férreas pongan á Jujuy más cerca del litoral. La potencia productora de sus campos tropicales es indiscutible. Lo único que la hace falta para que su agricultura se desarrolle considerablemente es nuevas vías de comunicación que aseguren una pronta y económica salida á los productos. Hoy su comercio de exportación es reducido, pues Jujuy se halla á 1.556 kilómetros de ferrocarril del puerto de Buenos Aires.

Sus gobernantes, por falta de medios financieros,


VISTA GENERAL DE JUJUY


PARTIDA DE INDIOS CON SUS LENGUARACES

no han podido fomentar la enseñanza pública como otras provincias argentinas. Jujuy es rico por sus condiciones naturales, y pobre por la escasez de sus medios de comunicación. El gobierno nacional ha tenido que ayudar varias veces á esta provincia para el sostenimiento de sus centros educativos. Jujuy sólo puede mantener unas 80 escuelas, con 6.000 alumnos, agregándose á esto el Colegio Nacional y la Escuela Normal, que funcionan en la ciudad.

* * *

Los bosques del Chaco se internan en la provincia de Jujuy por los departamentos de Ledesma, San Antonio y San Pedro, dilatándose hacia el Oeste, donde se detienen al llegar á una altura de 2.500 metros. Son árboles de llanura subtropical que no pueden resistir grandes elevaciones, y aun los que por su extraordinaria resistencia alcanzan á este límite se empequeñecen y rarifican.

Más allá de esta línea del bosque moribundo, las montañas apenas si ofrecen el marchito verdor de un pasto escaso y macilento, con arbustos raquíticos. Avanzando más en la región montañosa, acaban por encontrarse las tierras áridas, sin más plantas que el cactus ó cardón, y sobre esta zona desolada las cumbres cubiertas de nieve. Pero en las tierras bajas, donde se expande en un ambiente propicio la vegetación tropical, el panorama es sorprendente. El árbol gigantesco, con sus cortinajes de lianas y orquídeas, mantiene el suelo en una penumbra verdosa y húmeda. En los claros de la selva libres de arbolado, el trabajo del hombre improvisa plantaciones de caña de azúcar, café, bananas y frondosos naranjales.

En estas selvas existen los mismos cuadrúpedos y aves que en el Chaco y en Salta. En la fría altiplanicie abundan el guanaco y la vicuña, y empieza á escasear la chinchilla á causa de la persecución de que es objeto su preciosa piel, encarecida por las modas femeniles.

Todos los extranjeros que se establecen como agricultores en la zona tropical de Jujuy hacen fortuna, pues esta tierra, pródiga en cosechas, sólo necesita brazos. El poco desarrollo que hasta el presente ha alcanzado la agricultura débese á la escasez de población.

Los hijos del país, por una tendencia tradicional, muéstranse más aficionados á la ganadería que al cultivo de la tierra. En la altiplanicie los coyas cultivan algunos bancales de alfalfa en las orillas del río Grande. También siembran trigo y cebada, pero estos cereales crecen con cierto raquitismo en unas tierras poco fecundas y batidas por el viento.

La mayoría de los jujeños prefiere dedicarse al tráfico de ganado para exportarlo á Bolivia. Los ingenios de San Pedro y de Ledesma necesitan contratar tribus casi salvajes, traídas del Chaco, de Formosa y hasta de los territorios menos civilizados de Bolivia, para que realicen la zafra y las principales operaciones de la fabricación del azúcar.

* * *

La presencia de los indios que bajan á trabajar en los ingenios de la provincia de Jujuy da un carácter muy pintoresco á dichos establecimientos industriales.

Tienen á su servicio los dueños de ingenio unos corredores ó agentes, que á la vez son intérpretes, llamados «lenguaraces», indios chaqueños habituados á la existencia civilizada y que hablan el idioma español, los más de ellos por haber servido como soldados en el ejército nacional. Estos individuos, á los que da gran importancia su condición de forzosos intermediarios entre las tribus y los blancos, parecen muy poseídos del poder de sus funciones: hablan lentamente, cerrando los ojos para dar mayor solemnidad á sus palabras, y son trapaceros, enredadores y pedigüeños, robando siempre que pueden á sus hermanos de raza y á los dueños de los establecimientos.

Al aproximarse la época de la zafra emprenden el viaje por las selvas del Chaco, llegando á las orillas del Pilcomayo. Si es necesario, pasan á la ribera opuesta, para contratar á las tribus, que plantan sus movibles tolderías en el dilatado territorio chaqueño, último refugio del salvajismo sudamericano, que pertenece políticamente á la Argentina, Paraguay y Bolivia.

Muchas tribus que poseen una civilización rudimentaria, hace años que bajan voluntariamente á trabajar en los ingenios y esperan la llegada del lenguaraz para seguirle inmediatamente. Otras tribus más ariscas se dejan convencer por el emisario luego de interminables «parlamentos», en los que el lenguaraz agota su facundia cantante y su tesoro de mentiras, emprendiendo al fin el camino con visible desconfianza, armadas de arcos, flechas y chuzas emplumadas, siempre en espera de una agresión. Algunas de ellas, después de realizar una zafra, ya no vuelven al trabajo en los años sucesivos, prefiriendo la vida errante del Chaco, sin otro re-

curso que la caza; pero las más se presentan regularmente cuando llega la época de la cosecha, encontrando gran placer en estos viajes, que las ponen en contacto con la moneda nacional, y cubren su desnudez con las más grotescas ropas de desecho.

Son indios tobas, chiriguanos, chunapis, chorotes y matacos, por otro nombre «pelados». No se diferencian gran cosa en los rasgos fisonómicos. Las tribus se distinguen unas de otras por las tierras de color con que se embadurnan la cara, la forma de sus cabelleras ó los enormes pendientes, que dan á sus orejas una monstruosa prolongación. Saludan mansamente cuando viven en los cañaverales de los ingenios; pero sus dientes agudos y su sonrisa algo diabólica son inquietantes, y hacen pensar en un encuentro con ellos en las márgenes más remotas del Pilcomayo.


INDIECITAS DE UN INGENIO DE JUJUY

Los jefes y personajes importantes de cada tribu se cubren con sombreros viejos y levitas de desecho, ostentando majestuosamente tales andrajos. Los jóvenes aspiran á poseer, como supremo lujo, una chaquetilla militar, contemplando extasiados la brillantez de los botones de metal. Llevan el rostro embadurnado con rayas amarillas, rojas y verdes, que muchas veces se reblandecen y chorrean con el sudor. Los discos sólidos de plomo que les sirven de pendientes, prolongan el lóbulo de las orejas hasta los hombros y algunas veces hasta el pecho.

Cuando han de trabajar en los cañaverales se quitan los pendientes y se recogen los cartílagos de las orejas, envolviéndolos en dos nudos, formados con mechones de su lacia cabellera. Las mujeres se adornan con faldas de cretona pintarrajeada y pañuelos de vivos colores, adquiridos en las tiendas de los ingenios. Las más pobres siguen envueltas en un *tipoy*, especie de sábana que cubre su desnudez.

Pero ricas ó humildes, todas ellas concentran su pudor únicamente en el ocultamiento del sexo, bastando una ligera gratificación para que se dejen ver y retratar con el pecho y las piernas al descubierto, lo mismo que andan por la selva chaqueña en los días cálidos.

Nótanse en las hembras mayores diferencias que entre los hombres. Las chiriguanas son de relativa belleza y gran curiosidad, pues apenas ven un arroyo ó una laguna se meten inmediatamente en el agua hasta el cuello, y cuando no, dedícanse en sus campamentos, dos ó tres veces al día, á la limpieza del cuerpo. Las otras indias son de una fealdad diabólica y una hediondez intolerable. El más antipático de los parásitos va con ellas á todos lados, y hasta parecen esparcirlo con el revoloteo de sus faldas.

Las tribus han tomado de la civilización algunos de sus gestos corteses, exagerándolos con una amplitud ridícula. Ser presentado á una tribu equivale á sufrir una hora larga de tormento. Recuerdo con cierta inquietud la serie de repulsivos contactos que representa esta ceremonia.

Avanza el lenguaraz ante la tribu, formada en compacto grupo. Figuran en él todos los hombres, desde los ancianos, que únicamente demuestran su senectud en las arrugas, pues conservan el pelo negro y fuertes los dientes, hasta los mozalbetes, que empiezan á disfrutar el honor de poseer un arco, lo que equivale á un testimonio de virilidad.

Las mujeres no cuentan para nada en esta ceremonia. Se mantienen aparte, sosteniendo sus niños en las caderas, sin que los hombres les presten más atención que á los perros flacos é hirsutos que corretean entre las chozas de la toldería. Otras mujeres se asoman á los agujeros de las viviendas de cañas, arrastrándose como bizcachas ó liebres que saliesen del fondo de sus madrigueras.

El lenguaraz hace la presentación, murmurando palabras y palabras, en voz baja y monótona, y entornando los ojos cual si fuera á dormirse. Al terminar os dice en español, con sonrisa aduladora, que acaba de afirmar que en vuestra tierra sois un alto y poderoso jefe; pues para que los indios presten atención al blanco tiene que ser jefe de cualquiera cosa. Responde el cabeza de la tribu unas cuantas palabras semejantes á ladridos: es la salu-


INDIOS CORTANDO CAÑA DE AZÚCAR



JUJUY. UNA CALLE

tación de bienvenida. Luego avanza y os da la mano; una mano pintada con extraños tatuajes, sudorosa y de frío contacto. Los notables le siguen y os dan la mano igualmente. Desfilan luego los guerreros de la tribu, musculosos, cobrizos, semidesnudos y os estrechan la diestra con sus zarpas, que tienen el dorso pintado con arabescos negros y las uñas teñidas de azul ó de rojo. Tras ellos vienen los ancianos, los mozalbetes y hasta los niños, y todos pasan dando la mano, como en una despedida de entierro.

No prestarse á esta ceremonia es ofender gravemente á la tribu. El indio ha copiado del blanco el estrechar la diestra, y una negativa la interpreta como signo de desprecio y enemistad. El encuentro con una tribu representa ponerse en contacto, por medio de apretones amistosos, con doscientas manos que no son deformes, pues el indio tiene una gran finura de extremidades (especialmente en los pies, que son muy pequeños), pero que molestan por el contacto viscoso de la piel.

Cuando termina la ceremonia de la presentación viene la de las peticiones, imitada también de las costumbres de los blancos. El lenguaraz va repitiendo con lentitud no exenta de malicia todo lo que dicen los principales de la tribu.

— El jefe — canta lentamente como si hablase entre sueños — dice que le gusta mucho fumar.

Y tanto el jefe como su estado mayor se abalanzan sobre vuestros cigarrillos, dejándoos limpios de tabaco con pasmosa rapidez.

— El jefe dice que le gustaría tener unas botas altas como las que usted lleva — continúa el infatigable lenguaraz —. El jefe afirma que el pañuelo que tiene usted en el cuello es muy bonito... El jefe avisa que otros jefes blancos, amigos suyos, le regalaron cosas muy lindas, que guarda en su choza.

Y al fin, cansados de este rosario de peticiones, volvéis la espalda al intérprete, al jefe y á toda la tribu de mocetones cobrizos, así como al rebaño de hembras, que os mira con ojos diabólicos, enseñando la dentadura marfileña, fuerte como las fichas de un dominó.

Muchas de estas tribus que acampan en los ingenios son enemigas á muerte, y los capataces del establecimiento procuran instalar sus tolderías á gran distancia unas de otras, vigilándolas en ciertas noches con grupos de peones armados de carabinas. Han pasado siglos en el Chaco peleándose de padres á hijos, de abuelos á nietos, á impulsos de odios ancestrales, y al verse próximas, renace la antigua animadversión. Trabajan en campos separados; no se ven, pero se husmean, se adivinan, y esto hace que se despierte en ellos y permanezca latente el furor guerrero de la raza.

Si no pueden pelearse en los campos del ingenio, una tribu espera á otra, al terminar la zafra, apostada en las inmediaciones del camino que han de seguir los adversarios para volver á sus tierras del Chaco. Cuando logran sorprenderlos, roban y matan á cuantos individuos encuentran á su alcance.

Está prohibida severamente en los ingenios la venta de licores alcohólicos, pero siempre se instala fuera de los límites del establecimiento algún bolichero ambulante de amplia conciencia que sirve á los indios, con el nombre de aguardiente, alcohol puro del que se destina á usos industriales. Los indios, después de tragarse unos cuantos vasos de esta bebida, que encuentran suave, van como bestias de presa á rondar las inmediaciones de la toldería de sus enemigos, con la esperanza de matar á alguno que encuentren extraviado en las tierras cercanas. Estos crímenes dan motivo á la venganza de la tribu atacada, y los dueños del ingenio, auxiliados por los peones blancos, tienen que vigilar mucho para que la zafra no termine en una batalla general.

Recuerdo mi llegada, en las primeras horas de la tarde, al gran ingenio de San Pedro de Jujuy, propiedad de los hermanos Leach, unos ingleses que han hecho



UNA TERTULIA DE DAMAS MATACAS



DON GUALTERIO LEACH CON UN GRUPO DE SUS PROTEGIDOS

de este establecimiento un verdadero pueblo. Más de 4.000 indios estaban acampados en los cañaverales realizando la zafra.

Al echar pie á tierra frente al edificio en que se halla establecida la tienda del ingenio sonó un tiro y vi correr con la velocidad del pánico á mujeres y niños de raza blanca y mestiza, buscando refugio en las casitas donde viven las familias de los peones. Pasaban los pequeños gauchitos con sus amplios sombreros y sus ponchos rojos y negros gritando la alarma y corriendo hacia sus madres, que los llamaban asustadas.

— ¡Los indios, *mama!*... ¡Los indios, que arman bochinche!...

Avancé hasta el final de la avenida formada por las viviendas de los peones, y en un campo extenso de caña cortada vi á un centenar de hombres, en dos grupos, que se peleaban á pedradas y palos. ¡Una batalla de indios á los pocos minutos de llegar al ingenio!... Me imaginé que el espectáculo era organizado en mi honor, para que me enterase del modo de pelear de los indígenas; pero inmediatamente comprendí que la batalla no era cosa de fingimiento.

Comenzaban á caer indios con la cabeza ensangrentada. Piedras enormes, latas con asas, tanques y otros objetos volaban como proyectiles. La alarma difundíase por los campamentos indígenas, y de un lado y otro llegaban refuerzos á los combatientes.

Estos traían armas. Unos ajustaban las flechas en los arcos, otros blandían lanzas, y á cada salto se despojaban de una prenda de ropa para reñir en cueros, que es su verdadera facha de guerra. Acudían las hembras con animosa tranquilidad al campo del combate y ayudaban á sus hombres á ajustarse sobre el desnudo pecho una coraza de fibras de palma. La lucha iba á hacerse general entre las dos tribus enemigas. Los indios que no pertenecían á los bandos rivales, contemplaban impávidos el choque, al otro lado de las cercas de alambre, los brazos cruzados sobre el pecho, ó sentados en el suelo y con las mandíbulas entre las manos.

En el centro del campo de batalla surgió un mediador inesperado. Era un hombre en mangas de camisa, grueso, de escasa estatura, con las mejillas sonrosadas, pequeño bigote y el pelo echado atrás, duro y recortado como un cepillo. Las mangas de la camisa las llevaba recogidas con elásticos, y tras el pabellón de una de sus orejas guardaba un lápiz. Parecía un dependiente de ultramarinos de una tienda de Madrid.

— ¡No tiréis, carape! ¡Á ver si hay un poquito de formalidad!... ¡Paz, que todos sois hermanos!

Y las piedras caían en torno de él; comenzaban á silbar las flechas y un gran diablo indígena blandía al extremo de la diestra un revólver, del que sólo había hecho partir el primer tiro, no sabiendo disparar los cartuchos restantes.

El hombre del lápiz iba de un lado á otro predicando la tranquilidad. Con ágiles saltos se libraba de los pedruscos y los objetos volantes, que venían rectos hacia él. Las mangas de su camisa se agitaban como las alas de una mariposa grotesca en medio de la confusión del combate.

Al rozarle una piedra soltó un chorro de interjecciones, tan castizas como intranscribibles. Aun así continuó interponiéndose entre los combatientes, que desnudos se atacaban con sus lanzas.

— ¡Que haya orden y decencia, muchachos!... Esto no ha sido nada... ¡Todos quietos!

Pero las pedradas y lanzazos contestaban á sus prudentes excitaciones.

Llegó uno de los dueños del ingenio, el famoso Don Gualterio, venerado por los indígenas, y fueron acudiendo peones armados, lo que restableció instantáneamente el orden. Ahora los enemigos, formando dos grupos, gesticulaban y ladraban coléricos, explicando sus quejas á los lenguaraces para que éstos las repitiesen al dueño.

El héroe en mangas de camisa, que se había lanzado solo en plena batalla para restablecer la paz, se aproximó á mí limpiándose el rostro sudoroso, y sonriendo con aire triunfador.

— Bien venido, Don Vicente... ¿Qué le ha parecido esto?...

Era el encargado de la tienda del ingenio, y, según



JUJUY. LA IGLESIA MATRIZ



JUJUY. CASA DE GOBIERNO (En construcción).

dijo después, me había reconocido por los retratos en los periódicos.

— ¡Pero usted es español! — exclamé.

— Sí, señor; de la Rioja, para servirle; pero llevo cerca de diez años entre esta gente.

Me fijé, sonriendo, en el lápiz, que se mantenía inconmovible detrás de la oreja.

— ¿Y no tiene usted otra arma?... ¿Así se mete entre los indios?

— ¡Bah! — exclamó con sencillez. — Son buenos chicos, y al final acaba uno por entenderse con ellos. ¡Si los conoceré!... Todos me deben dinero.

Y me condujo hacia su tienda, amplio almacén sostenido por los dueños del ingenio, en el que otros dependientes españoles le ayudaban á entenderse con los indios, sus habituales parroquianos. Había de todo en ella: conservas inglesas, comestibles franceses y españoles, telas, botas y muebles de importación; pero los géneros de mayor salida eran percales de colores chillones y manojos de pañuelos de tintas rabiosas, que hacían temblar de emoción á las beldades del Chaco.

Vi después en una plazoleta inmediata á las oficinas administrativas, cómo una diputación de los dos bandos exponía sus quejas á Don Gualterio Leach. El choque había sido entre tobas y chiriguanos, que se odian á muerte. Las dos tribus vivían en apartados campos, aisladas una de otra; pero una tarde por semana reparten en el ingenio á los indígenas la llamada *cachaza*, residuo impuro de la fabricación del azúcar, y hombres y mujeres vienen de las tolderías con tanques y latas para recoger la negruzca melaza, que constituye para ellos una golosina sin par. Al encontrarse en el sitio de la distribución las gentes de las dos tribus, habían cruzado palabras de reto y tremendos insultos, sobreviniendo inmediatamente el combate.

Y Don Gualterio Leach, al que los indios llaman con cariñoso respeto «papá Gualterio», por la bondad paternal con que los trata, escuchaba á pie firme, sin perder su flema de inglés, los interminables relatos de los lenguaraces, y contemplaba impasible la mímica exagerada de los jefes. Al final, cada grupo se retiró á su toldería, y un caballero criollo de distinguida familia, llamado Araoz, que vive en el ingenio como representante de la autoridad, armó varias rondas de peones para la vigilancia de chiriguanos y tobas, evitando que se buscasen de nuevo para reanudar la pelea.

Por la noche, en la espléndida casa de los Leach hubo velada coreográfica y musical. Encontré allí varios jóvenes ingleses empleados en el ingenio y algunos criollos y españoles venidos del inmediato pueblo de San Pedro.

Los muchachos ingleses hacían sonar en el piano los gimnásticos bailes de su país y danzaban la *jiga* con ruidoso taconeo. El buen Don Gualterio contemplaba la fiesta silencioso y sonriente. Araoz, con fácil palabra, pronunciaba discursos recordando las glorias históricas del país. Cuando callaba el piano, sonaba la guitarra criolla acompañando el canto de la *milonga*.

Circulaban bebidas inglesas; la habitacion ofrecía el lujo confortable, higiénico y simple de la vivienda británica. Las potentes lámparas de luz eléctrica, alimentadas por las dínamos de la fábrica, quebraban sus rayos en la plata de los objetos de mesa y en los dorados marcos de las estampas, que representaban escenas de caza en los condados de Inglaterra. A no ser por la cálida brisa, cargada de la respiración de los naranjos, que se introducía por ventanas y puertas, hubiéramos podido creernos en una gran instalación industrial de Europa. La luz, por todas partes; la mesa, espléndida, con alimentos y vinos de Europa; los jóvenes ingleses, vestidos de *smoking*, después de un día de trabajo; los muebles, lujosos, de amplia comodidad... ¡Y hace treinta años que en estos campos saltaba el tigre y ondulaba la boa! ¡Y estábamos rodeados, un poco más allá del círculo de luz trazado por los potentes focos de la fábrica, de 4.000 indios sometidos momentáneamente á la disciplina del trabajo, pero de una falsa mansedumbre, pues basta el más leve roce para que reaparezca su primitivo salvajismo!

* * *

La ciudad de Jujuy, situada al extremo Sur de la quebrada de Humahuaca, se halla á más de 1.200 metros sobre el nivel del mar. Créese que antes de la conquista



JUJUY. PLAZA DEL GENERAL URQUIZA

existía en este lugar una población indígena, establecida al borde del camino que desde Tucumán llevaba al Cuzco.

En 1593, el capitán Francisco Argañaraz fundó á Jujuy, por orden de Juan Ramírez de Velasco, gobernador de Tucumán. La vida de la nueva ciudad fué azarosa, teniendo que luchar con las tribus indígenas, que habían huído á las montañas al aproximarse los conquistadores. Pero la población ocupa un excelente emplazamiento para la defensa, dentro de un triángulo, formado por las barrancas cortadas á pico sobre el río Grande.



EL SENADOR PÉREZ

Jujuy no es monumental, pero es antigua. Á excepción de los edificios públicos y las casas particulares de los vecinos ricos, las demás construcciones datan de la época española. La exuberancia de esta tierra, que se halla bajo el trópico, se encarga de adornar con perfumes y espléndidos follajes la monotonía y la antigüedad de sus edificios. Los patios tienen enormes rosales, madreselvas y jazmines. Los árboles ofrecen amplia sombra bajo sus copas tupidas. Fuera de la ciudad, en la margen opuesta del río Grande, el paisaje es verde, ameno y muy intrincado, pues las mesetas, cubiertas de bosquecillos, están cortadas por barrancos profundos y cuchillas abruptas.

La antigua ciudad de San Salvador de Jujuy, á pesar de que sólo tiene hoy unos 6.000 habitantes, cuenta con todos los establecimientos públicos y particulares de una población argentina: hoteles, Bancos, hospital, molinos, fábrica de luz, etc.

Esta provincia tuvo la fortuna de ser regida por la influencia de un ilustre político, el senador nacional Don Domingo T. Pérez, muerto hace pocos meses, cuando acababa de ser elegido en Buenos Aires presidente del Senado. Durante treinta años trabajó Pérez en la capital federal por el desarrollo y mejora de la pequeña y lejana provincia, en la que había nacido, y de la que apenas se acuerdan en el resto de la Argentina, considerándola como una prolongación de Bolivia. Obras suyas han sido el gran puente Pérez, que une la ciudad con la orilla izquierda del río Grande, y el ferrocarril de Salta á Jujuy y de Jujuy á la frontera de Bolivia, línea costosa y difícil, que escala mayores alturas que el ferrocarril trasandino. Obra suya también las escuelas, las oficinas públicas y todos los grandes edificios de la ciudad.



EL GOBERNADOR OVEJERO

El gobernador de la provincia, Don Daniel Ovejero, ha secundado las poderosas iniciativas del senador Pérez, manteniendo á la pequeña capital en una situación de adelanto y cultura superior á sus recursos. Para honra de Jujuy baste decir que una de sus mejores construcciones es la Biblioteca; una biblioteca pública, que ocupa un edificio moderno con honores de palacio, y á la que acude por las noches gran parte del vecindario para entregarse á la lectura ó escuchar instructivas conferencias.

La Biblioteca es de un solo piso, pero con amplios y elevados salones, por cuyos ventanales entran los pájaros del trópico, á impulsos de la atracción que ejercen sobre ellos los focos eléctricos.

Junto á la ciudad, limitado por las barrancas que dan al río, hay un jardín y un extenso campo, que llaman La Tablada, donde se verifican en ciertas épocas las ferias de ganado. Un batallón de cazadores, que guarnece á Jujuy, como ciudad fronteriza, hace ejercicios de fuego en La Tablada y sus inmediaciones. Los coyas, venidos de Bolivia con sus rebaños de asnos y llamas, acampan en esta planicie.

Yo he visto una tarde cómo los soldados, tendidos en el suelo, disparaban contra los grupos de sus camaradas, que fingían ser el enemigo. Los coyas, vueltos de espaldas, sentados en los montones de arneses de sus bestias, hablaban entre ellos, sin que les inspirasen la menor curiosidad los tiros y las evoluciones de los soldados. De vez en cuando una detonación más inmediata espantaba y dispersaba á los animales de una recua. Entonces levantábase una mujer coya, de hueca faldamenta y sombrero hombruno adornado con flores, y en fuerza de golpes de vara volvía á agrupar á las bestias.

Los soldados, de tez cobriza y ojillos oblicuos, semejantes á japoneses, parecían enardecidos y cegados por el olor de la pólvora. En su afán de ocultarse del enemigo para hacer fuego, tendíanse detrás de los fardos de las arrias y de los cuerpos de los coyas, como si éstos fuesen rocas ó matorrales, y disparaban su fusil, no logrando que la detonación alterase las tranquilas pláticas de los indígenas.

Recuerdo el último atardecer contemplado en Jujuy desde lo alto de una colina inmediata á la ciudad. En esta colina, un amigo mío, joven doctor de notable cultura literaria, tiene una casa y un jardín, que parecen hechos para que los habite un poeta. Los rosales son grandes como árboles; las plan-



JUJUY. EL PUENTE PÉREZ

tas trepadoras, floridas y perfumadas, escalan los muros ó se descuelgan por los precipicios, tapizando los cortes verticales de la roca.

No hay en Jujuy dilatados horizontes, como en la Argentina central: la montaña por todas partes. Al otro lado del río enmascaran el horizonte altivas cumbres, verdes en su base y rojas en la cima. La ciudad extendíase á nuestros pies encerrada entre montañas, sin otra salida que la amplia brecha del río; una ciudad blanca, con bullones de verdura entre los grupos de edificación; una amalgama de casas extensas, de un solo piso y frondosos jardines, que traía á mi memoria el recuerdo de ciertas poblaciones de la Turquía asiática.

El crepúsculo era de un suave color de violeta. Empezaban á palpitar algunas estrellas, descoloridas por los últimos fulgores del día. Abajo, en la ciudad blanca y verde, envuelta en la penumbra del atardecer, brillaban como astros de superior magnitud las luces eléctricas de sus calles. Era la hora en que al recogerse la vida diurna parece agrandar los ecos y aumentar misteriosamente la sonoridad de los ruidos.

Llegaban hasta nosotros gritos de personas invisibles en los patios de las casas, el ladrido de un perro en la otra ribera del río, el chirriar de una carreta oculta; todo agrandado con extrañas sonoridades por el misterio del anochecer. De pronto, estalló un coro de voces varoniles en las calles de la ciudad, ocultas bajo los aleros; una especie de himno triunfal, entonado por rudas bocas, faltas tal vez de maestría en el canto, pero vibrantes de entusiasmo.

Eran los soldados, que, con el arma á discreción, volvían de las maniobras, sudorosos y llenos de polvo, camino del cuartel, y al entrar en la ciudad entonaban el «Himno á la bandera». Porque el ejército argentino canta; como cantaban los griegos mandados por Tirteo y las medias brigadas organizadas por la Convención.

* * *

Los pueblos de la provincia de Jujuy aparecen tan pequeños, que en otras provincias no pasarían de simples aldeas. La población jujeña es muy escasa, y cuando la capital no tiene más que 6.000 habitantes júzguese lo que serán los lugares dependientes de ella. Miraflores, en el departamento de San Pedro; Casabindo, San Lorenzo, Pozo Verde, Purmamarca, Ledesma, Perico y otros pueblos, son los principales centros de vida de la provincia.

Lo más interesante en Jujuy es el viaje desde la ciudad á la frontera de Bolivia, por la quebrada de Humahuaca. Este ferrocarril debe mencionarse como uno de los trabajos más extraordinarios realizados en la América del Sur. La vía férrea va escalando mesetas hasta llegar á la planicie andina, situada á 4.000 metros de altura. Sigue la línea una ribera del río Grande, y cuando no fué posible á sus constructores remontar las alturas con audaces pendientes, apelaron á la cremallera, haciendo emprender á los trenes, por este medio, ascensiones arriesgadísimas.

De estación en estación se encuentran apartaderos que escalan con sus rieles empinadas alturas. Estos apartaderos son para detener, por medio de una rápida curva ascensional, los trenes que «se escapan», pues por ser la vía en extremo pendiente basta un ligero descuido de los empleados, un olvido de freno, para que todo el tren emprenda el viaje cuesta abajo con la velocidad de un proyectil.

El paisaje de Humahuaca es grandioso y desolado. Sólo en las orillas del río Grande verdean algunos campos de alfalfa entre la amarillenta extensión de los pastizales. Las montañas son de piedra oscura, y á trechos parece que las han herido y el desgarrón deja escapar un torrente de sangre. Es el óxido de hierro que se derrumba en roja cascada por los costados pétreos. No hay más vegetación que la de los cactus ó cardones, aislados y erguidos como si fuesen hombres. Vistos de lejos estos cardones parecen soldados que bajan á la desbandada por las rápidas pendientes.

El cactus es el único recurso de los pobres cam-



UN PASO DEL FERROCARRIL Á BOLIVIA



JUJUY. MERCADO MUNICIPAL

pesinos que habitan esta región desolada. Aserrando un cardón en toda su longitud sacan dos tejas curvas de 3 ó 4 metros, dos canalones que sirven para cubrir el techo de su vivienda. También emplean esta madera, de grandes poros, para puertas y ventanas, á falta de otra mejor. Las puertas resultan celosías, pues la madera de cactus parece calada, con numerosos agujeros, que la hacen semejante á una roncha de queso de Gruyère.

La quebrada de Humahuaca trae á la memoria la América trágica de la época de la conquista; la América de las expediciones infortunadas, del hambre y la sed, de los desiertos de bronce, donde caían los hombres para no levantarse más, viendo en su último delirio semejante á la visión postrera de los que mueren helados, las mágicas riquezas que les habían atraído á esta tierra de muerte.

Es la Puna, la terrible Puna, en cuya parte occidental perdió Almagro lo mejor de su gente. Aun hoy, á pesar del ferrocarril y la relativa civilización que se nota en los pueblecillos, causa horror el pensar lo que será en invierno esta meseta de 3.000 metros.

Rueda el tren horas y horas, con penoso resuello, escalando alturas y más alturas, sin que se distinga una vivienda ó un sér humano. Abajo, en el fondo de gigantescos cortes, salta el río de Jujuy, levantando espumarajos entre los grandes cantos rodados. En estas islas de piedra yérguese algún cuervo sobre las puntas de sus patas, agitando las alas cual si sirviese de remate á un casco heráldico. De tarde en tarde pasan por las orillas del río, empequeñecidos por la profundidad y la distancia, lo mismo que figurillas escapadas de una caja de juguetes, las recuas de mulas ó de llamas, guiadas por los arrieros del país, que tienen más de bolivianos que de argentinos, cubiertos con el poncho rojo, que es el color favorito de las gentes de Bolivia.

El comercio de esta tierra se hace todavía á lomo de animal. La exportación á Bolivia no emplea el ferrocarril. Este sólo llega á la Quiaca, último pueblo argentino, emplazado en la misma frontera, y los exportadores á Tupiza y otras poblaciones bolivianas prefieren el envío de sus géneros directamente en las arrias del país, por resultar el transporte más barato.

El llama es el animal dominador de las altiplanicies. Vicuñas, alpacas, llamas y guanacos son los únicos animales que acompañan en estas alturas al hombre. De los cuatro, la vicuña, pequeña de cuerpo y de formas más finas, resulta el más arisco, siéndole imposible al hombre someterle para que le ayude en su trabajo. La timidez hace á la vicuña indomesticable, pues el más leve ruido la azora y la impulsa á huir. La preciosidad de las pieles de vicuñas y alpacas es causa de que estos animales escaseen mucho, quedando únicamente llamas y guanacos, á los que llamaron los primeros conquistadores «carneros de la tierra».

El llama ha sido siempre el compañero fiel del indio, su ayuda en los trabajos más pesados. En otros tiempos el indígena festejaba al llama con honores casi religiosos.

El ilustre marino Don Antonio de Ulloa, que en el siglo XVIII visitó y estudió todos los países de la América del Sur, dice así en su libro *Noticias americanas:*

«Antes de empezar los indios á servirse de los llamas para la carga, hacen un festejo que, á lo que indica su exterioridad, es como celebrando el tenerlos por compañeros. Este se reduce á traerlos al cercado de su choza y engalanarlos, poniéndoles muchas cintas y colgajos de seda ó lana en la cabeza. Preparan porción de chicha, de aguardiente y de maíz tostado, y convidando á los indios, sus amigos, concurren todos con sus mujeres é hijos en el cercado ó corralillo donde están los llamas. Tocan sus tamborilillos y flautas y empieza la danza, que dura un par de días, continuándose en la noche como en el día por intervalos. Cuando están fatigados la suspenden y vuelven á seguir luego que toman nuevos bríos ó que los vapores de la bebida se disipan. De tiempo en tiempo van á ver los animales, que por lo ordinario se hallan recogidos en uno de los rincones del corral, y los abrazan, haciéndoles mil agasajos. Les presentan las *totumas* ó calabazas de chicha y de aguardiente, y aunque no las beben, se las aplican al hocico, quedando satisfechos de esta demostración. También les hablan en su lengua, diciéndoles mil cosas de amis-



JUJUY. ESCUELA BELGRANO



JUJUY. UN CLAUSTRO DE LA IGLESIA MATRIZ

tad y cariño, así como pudiera hacerse con una persona con quien se tratase de algún género de alianza. Concluído este festejo, que es como anuncio de la amistad, empiezan á servirse de ellos, pero sin quitarles los adornos y galanerías que les pusieron.

»Antes de haberlos puesto á la carga los tratan con tanta moderación que no es regular ni apurarlos en las marchas ni castigarlos, acomodándose al paso de ellos, y se sirven del silbido para gobernarles. Con facilidad se hacen á la carga, aunque no deja de haber algunos que la resisten; pero casi siempre su resistencia es por no sujetarse á llevar el peso que les intentan poner. No come este animal más hierba que la que coge del campo, y se puede pasar sin alimento dos días, y aun más tiempo, cuando no trabaja. Si llega á cansarse y se tira en el suelo, sea por haberle dado más camino del que puede sobrellevar, por estar necesitado de alimento ó por haberle puesto más carga de la que sus fuerzas permiten, no vuelve á levantarse más y allí se queda hasta que muere, siendo inútil cuantas diligencias hace el indio para ponerle en pie... Los llamas caminan tanto de noche como de día y van cogiendo la hierba que encuentran en las inmediaciones del camino. Pero, sin embargo de ello, les dan descanso en distintas horas, y después de haber pastado se echan en el suelo para rumiar y recuperar fuerzas, manteniendo siempre la cabeza alta y el cuello derecho hacia arriba. Su modo de echarse también es particular, diferenciándose de los otros animales. Para ello se hincan lo primero de rodillas, y encorvando las piernas las acomodan debajo de vientre, una por cada lado. En esta forma queda e cuerpo derecho, lo mismo que los que están en pie, y no se les ve pierna ni brazo, porque los cubren enteramente con el cuerpo. Cuando empiezan á cansarse ó se encolerizan, hacen un chillido agudo á modo de quejido; pero diferente cuando es por cansancio de cuando están embravecidos. Yendo cargados sin tener cansancio, llevan en continuo movimiento la cabeza, mirando con señorío á uno y otro lado, como para registrar la campiña.»

Hoy los llamas ya no son objeto de fiestas, como entre los indios antiguos; pero los naturales del país los aman como buenos compañeros de su vida. Este animal, sufrido y dócil para las marchas y privaciones, es intransigente y colérico en la apreciación del trabajo que debe cumplir. Sabe cuál es el peso que puede llevar, y si su amo le añade una libra más se arroja inmediatamente al suelo y no se levanta por más palos y gritos que le den. Solamente cuando percibe que le han librado del exceso de carga, se incorpora con lentitud para seguir tranquilamente el camino.

Los pequeños llamas criados en libertad corren formando manadas por los áridos campos de la altiplanicie. La hembra, blanca y amarilla, de una brillantez de pelaje que recuerda los colores de la nieve y el oro, ofrece una esbeltez graciosa en los primeros años, antes de procrear. Hay en su grupa, en sus piernas y en la gallardía de sus movimientos, algo que recuerda vagamente las gracias de la mujer.

Desde los tiempos de la conquista circulan en las regiones de la Puna, así como en el Perú, el Ecuador y todos los países ocupados por el llama, relatos repetidos en voz baja sobre las intimidades de los indígenas con estas bestias esbeltas y graciosas. Según parece, más de un sacerdote español predicó en la época colonial contra tan horrendos pecados, amenazando en su furia á los culpables con hacer intervenir al Santo Oficio. Los blancos residentes en el país tampoco se han librado, á juzgar por ciertos relatos, de la extraña tentación.

Según dicen, todavía venden los indios á buen precio llamas jóvenes de blanco y fino pelaje á los europeos condenados á vivir en este país por negocios industriales ó por sus trabajos en la apertura de vías férreas. El esbelto animal sigue á su dueño, limpio, bien peinado, moviendo la cabeza con la majestad de una gran dama, y ostentando en el largo pescuezo el adorno de algún collar de vidrio. Hay llamas «civilizadas», que pasan y repasan ante el hombre, con una insistencia diabólica, trotando ligeramente, mirándole con sus ojos vidriosos y húmedos, como una de las apariciones monstruosas que turbaban la ascética soledad de San Antonio.

Cuando se han visto de cerca las indias coyas, úni-



JUJUY. JARDINES DEL HOSPITAL

cas mujeres de la altiplanicie, se comprende la posibilidad de unos relatos que parecían antes inverosímiles.

Los pueblos de la quebrada de Humahuaca y de la Puna, serían en otro lugar aldeas horribles; pero en estas soledades aparecen como villas sonrientes y atractivas. Tumbaya la Bella es un pueblo del tiempo de los españoles: una iglesita blanca y unas pocas casas en forma de cubo, enjalbegadas de cal. Los caminantes que llegaban á ella con sus arrias luego de atravesar los desiertos de la Puna, la llamaron «La Bella», admirando como si fuesen paraísos las pequeñas huertas de sus alrededores. El que viaja en el tren también reconoce su belleza. Sabe que en realidad no es más que un triste villorrio de montaña, pero agradece el consuelo que proporcionan á los ojos sus pedacitos de verdura en medio de tanta aridez.

En Tumbaya, en León y otros lugares de la Puna, quedan aún antiguos cultivos de los colonizadores españoles, pero abandonados y silvestres. El durazno, el espárrago, el higo y la manzana existen en estas soledades, desfigurados por el abandono, retrogradados á su primitivo origen.



JUJUY. HOSPITAL DE SAN ROQUE

Cerca de Tumbaya se encuentra la laguna de *El Volcán*, una de las más hermosas de la provincia, rica en finos pescados. En todo el territorio de Jujuy hay varias lagunas de gran belleza, enormes copas de agua clarísima encerradas entre montañas, y que reflejan la fresca vegetación de sus bordes.

El llamado Volcán no tiene ni ha tenido jamás ningún cráter ígneo. En la provincia de Jujuy se da el nombre de «volcán» á ciertos aluviones de tierra y piedras que después de las grandes lluvias descienden de las montañas. Estas avalanchas de pedruscos, arenas y arcillas forman una mezcla fangosa que al inundar un terreno borra los sembrados y destruye las viviendas, dejándolo improductivo por algunos años. El volcán que atraviesa el ferrocarril ha obligado á la empresa constructora, por lo movedizo de sus tierras, á realizar grandes trabajos de defensa.

Desde Jujuy á la Quiaca apenas si se reconoce en campos y personas que este pedazo de tierra pertenece á la República Argentina. Sólo alguna banderita blanca y celeste, izada en el mejor edificio de las aldeas, que es siempre la escuela, trae á la memoria la existencia de Buenos Aires, que parece hallarse en el extremo más remoto del mundo.

La gente es subida de color y pequeña de estatura, cubriéndose con el sombrerón y el poncho rojo de los bolivianos. La policía que pasea por los andenes de las estaciones viste uniformes andrajosos, cada uno de distinto color y forma, y arrastra sables enmohecidos. Cree uno hallarse en alguna pequeña República de la América del Centro, con sus soldados uniformados con prendas de desecho.

El país guarda su originario carácter colonial, como si aun lo rigiesen los virreyes enviados por España. Los propietarios de grandes territorios son «encomenderos» como los de otros siglos. Algunos poseen títulos de marqués, dados por los reyes de Madrid, pero las costumbres sinceramente democráticas de la República les han hecho olvidar estas distinciones honoríficas. Todavía hay en la antiplanicie grandes latifundios pertenecientes á las familias de los antiguos encomenderos del rey, que llevan el título de «tierras del marqués» ó «tierras del conde». En los lugares regados y cultivados se notan vestigios de la agricultura peninsular, con bancales divididos por muros de barro. Los coyas, á pesar de todas las revoluciones argentinas, siguen viviendo poco más ó menos como en los tiempos de la dominación colonial, adscritos al suelo y respetando al amo con un temor casi religioso, lo mismo que los indios de las «encomiendas».

El biznieto de un marqués, cuyo título data de hace tres siglos, me prometió en Jujuy hacer salir á la estación más próxima de la antigua encomienda á todos los hombres establecidos en sus tierras, para que pudiese conocer sus trajes y aspectos. Había olvidado yo la promesa, y al llegar á cierta estación experimenté gran inquietud.

Todas las estaciones de esta línea aparecen solitarias, pues son muy contadas las que tienen un pueblo en sus inmediaciones. En ésta vi unos centenares de hombres con ponchos rojos, sombreros deformes, pantalones deshilachados y el pie, descalzo, sobre una suela de madera atada con correas. Estaban formados en orden militar, con sus capataces al frente. Creí en el primer momento que había estallado una revolución, suceso cada vez menos frecuente, pero no extraordinario en las provincias argentinas. El saludo del jefe de la fuerza me hizo saber que estaba en presencia de los peones de la antigua encomienda, venidos con sus familias desde algunas leguas de distancia por orden del amo para que yo los viese.

Eran todos de pequeña estatura, enjutos, rugosos, de color cobrizo, débiles en apariencia, pero seleccionados y endurecidos por las privaciones del clima. Sus mujeres les habían seguido, llevando algunas un niño á la espalda, envuelto en un mantón, como si fuese una mochila. Por encima de los hombros asomaba el pe-

queño coya, su cabeza redonda, cubierta con un sombrero igual al de la madre.

¡Ah, las indias coyas!... Puede apreciarse su edad por el volumen de sus zagalejos. Las más jóvenes muestran una faldamenta que todavía no es extraordinaria; pero las viejas parecen bailarinas por el redondel macizo que parte de su talle y se expande en curva como un paraguas abierto.

La coya lleva encima todo su guardarropa. Cuando una falda empieza á caérsele en pedazos, adquiere otra nueva y la coloca encima de la vieja. Tela que toca su cuerpo, queda adherida á él para siempre. Cada dos ó tres años una nueva hojarasca viene á añadirse á esta planta humana.

Ocurre con las coyas lo que con las lechugas: las hojas interiores son las más blandas y jugosas. Una fauna voraz crece y se desarrolla en el intrincado misterio de la superpuesta faldamenta, impregnada de sudor y de polvo. Los pies, desnudos, reposan sobre una madera con correas, igual al calzado de los hombres. La cara es lustrosa, con ese barniz igual y charolado que acaba por cubrir la piel cuando no conoce en años el contacto del agua. Cubre sus cabezas un sombrero masculino, y las más jóvenes lo adornan con flores silvestres, mostrando en esto que la mujer siempre es mujer, aun cuando viva cercana á la bestia. Largas trenzas, de un negro azabache, escapan por debajo del ala del sombrero.

Las coyas se peinan con frecuencia y someten su cabeza á una rigurosa policía, ayudándose unas á otras. Es más, el acto del peinado constituye uno de sus mejores entretenimientos. Yo he evitado el presenciarlo, á pesar de que muchas veces divisé en los alrededores de las estaciones, mujeres que, puestas al sol, se alisaban los cabellos con peines de madera.

Hay que tener respeto al estómago de los indios de la frontera boliviana y colocarse á una honesta distancia de ellos. Son grandes aficionados, desde mucho antes de la conquista, á comer tierra cocida, dándola forma de pequeñas vasijas, idolillos ú otros objetos, como los dulces de caramelo y de guirlache que se fabrican en Europa para los niños. Pero su apetito no se contenta con la tierra, y en el acto de peinarse las mujeres persiguen y mascan como golosinas otras cosas más animadas.



INDIOS COYAS

El recuerdo de la llama graciosa surge en la memoria con la fuerza de una demostración justificadora cuando se ve á estas hembras de la Puna, algunas de las cuales tienen, sin embargo, en sus rasgos fisonómicos mayor belleza que las indias del Chaco.

Avanza el tren por las soledades de la altiplanicie. Los tropeles de llamas huyen, á ambos lados de la vía, dando saltos como ágiles caballitos de color blanco y acaramelado. Míseros rebaños de ovejas son guardados por mujeres, con poncho rojo y amplio sombrero, iguales en su aspecto á los hombres. Algunos campos están cubiertos de salitre. Los ríos pedregosos afluentes del río Grande, son blancos en invierno. El lecho seco muestra su fondo de piedras calizas; pero en verano se hincha repentinamente, con enormes y bramadoras inundaciones, que rebasan las orillas de su profundo cauce. Por todos lados cierran las montañas

el horizonte; unas montañas trágicas, sombrías, que recuerdan los volcanes extintos de un planeta deshabitado, próximo al enfriamiento total. Sus laderas parecen cascadas de lava petrificada, verdes, amarillas ó rojas, con el venenoso reflejo de los óxidos.

En una laguna llamada de «Los Huevos», próxima á la vía, aletean espesas nubes de patos y becacinas. Su nombre le viene de la gran cantidad de huevos que se recogen en sus riberas.

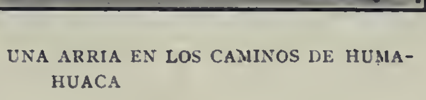
En la estación de Tilcará se pasa el trópico de Capricornio. Estamos en tierra cálida, y, sin embargo, hay que subirse el cuello del gabán, por el viento frío que sopla. La gran altura de estas tierras, fluctuando entre 3.700 y 4.000 metros, modifica la temperatura. Nieva raramente en ellas, pero abunda el granizo y el frío es cruel. En la estación de Tres Cruces se conocen todos los inviernos temperaturas de 24 grados bajo cero.


INDIA COYA CON SU HIJO Á CUESTAS

Al pasear por el andén de estas estaciones solitarias, mientras la locomotora toma agua ó combustible, se nota cierta opresión en el pecho que impide caminar de prisa. Hay que marchar paso tras paso, respirando doblemente, ó sea haciendo dos aspiraciones en el tiempo que se emplea en otros países para una sola. El aire parece más sutil, más ligero y se cuela en los pulmones á mayores profundidades que de ordinario. En las tierras bajas sólo funciona una pequeña parte de los pulmones. Aquí hay que abrir el fuelle entero, en toda su amplitud, con una aspiración que dilata la caja torácica; y apenas terminada aquélla hay que empezar otra inmediatamente, sin dar reposo al aparato respiratorio.

Noté que muy pocos de los viajeros bajaban á pasear en las estaciones. No asomaban á las ventanillas los rostros de los curiosos. Al atravesar el tren de un extremo á otro vi á los más de ellos tendidos en los asientos, como si durmiesen con profundo sopor.

—Es el mal de la Puna—me dijo un amigo—, el maldito sorocho..... Parece que duermen, pero están apunados.


UNA ARRIA EN LOS CAMINOS DE HUMAHUACA

Yo me libraba del mal de la Puna con el procedimiento usado por los indios: bebiendo todas las horas una infusión de coca, que evita con su poder anestésico la asfixia agónica de las alturas.

Por estas mesetas desiertas, donde el hombre civilizado considera imposible la vida, veíamos pasar á lo lejos varias arrias camino de Bolivia, con sus conductores marchando á pie tranquilamente, insensibles por el hábito á la angustiosa atmósfera de la Puna. El coya siente desprecio por el ferrocarril, ó tal vez miedo supersticioso. Ellos lo han construído, trabajando como peones en las obras de la línea, pero al verle funcionar ninguno ha querido subir á él. Prefieren el viaje á pie, salvando enormes distancias con gran agilidad, pues el coya es un andarín infatigable.

A pesar del uso que hace de sus pies, llama la atención la brevedad de éstos, que son de una forma elegante. Las zafias coyas ostentan por debajo de su andrajosa faldamenta unos pies desnudos, pequeños como los de una niña y que serían el orgullo de muchas damas de Europa.

El final de la línea férrea está por ahora en la aldea de la Quiaca, situada en la misma frontera de Bolivia. Los rieles terminan junto á los mojones divisorios de la tierra boliviana y la argentina. Cuando este ferrocarril siga adelante y llegue á La Paz, la República de Bolivia, aislada en el centro del continente, se encontrará más cerca de Europa y en mayor contacto con la civilización argentina. Pocas líneas férreas darán un resultado más trascendental. Este ferrocarril ha de ser para Bolivia como una ventana abierta sobre un mundo nuevo.

La Quiaca, pobre aldea, ó menos que aldea, es simplemente una estación terminal de ferrocarril, con dos hoteles y media docena de casas ocupadas por comerciantes. En esta meseta, de cerca de 4.000 metros de altura, barrida por los vientos fríos, y que sólo puede ofrecer á los viajeros la molestia del «sorocho», la tierra vale muy poco, y de aquí que las construcciones, de techo bajo, ostenten una amplitud que las compensa de su falta de elevación, ocupando grandes extensiones, con patios interiores tan enormes como una plaza de pueblo.

Los llamados hoteles ostentan títulos pomposos y patrióticos, pues en las poblaciones fronterizas siempre se exalta y enardece el entusiasmo nacional. Tienen por rótulos la fecha del 25 de Mayo, los nombres de San Martín, Belgrano y otros héroes nacionales; pero no pasan de ser incómodos posadones, inferiores tal vez á las ventas en que se aposentaba Don Quijote. Aun vistos de noche, á la hora avanzada en que llegamos á la frontera, ofrecían un aspecto poco halagüeño. Lo único extraordinario y que justificaba el penoso viaje á este rincón del mundo, era el cielo, un cielo como pocas veces se ve en las ciudades de las tierras bajas.

Había que pasear con lentitud por la obscura meseta, en la que esparce el pueblo sus contadas viviendas. El aire era glacial. A pesar de la proximidad del verano, sentíase un frío agudo y seco. El cuerpo es

menos pesado, pero hay que moverse con cierta lentitud para no sentir la angustia del sorocho.

Mirando á lo alto, el espectáculo resultaba sorprendente. Nunca he visto tantas estrellas ni de tan extraordinaria magnitud. Parecían astros nuevos. Los que ordinariamente centellean en el cielo como agudos puntos de luz, brillaban ahora con el tamaño de una moneda. La pureza del espacio, limpio de nubes, y la rarefacción atmosférica de las alturas parecía aumentar las dimensiones de los escudos de plata y oro sembrados á puñados en el campo del cielo.

Dentro del hotel sonaba el bordoneo de una guitarra, y algunos hombres entonaban canciones andaluzas. Eran unos muchachos de Granada que regresaban á la capital de Bolivia, donde tenían sus establecimientos de comercio, llevando con ellos á algunos compañeros de la tierra para que conquistasen fortuna en dicho país. Habían hecho una parte del viaje sumidos en el adormecimiento angustioso del mal de la Puna, pero al encontrarse en el hotel con una guitarra y una cena, restablecióse su buen humor. A la madrugada siguiente iban á continuar el viaje en una diligencia, atravesando una parte de Bolivia, poco más ó menos como se viajaba hace cerca de un siglo.



UNA SECCIÓN DE CREMALLERA EN EL FERROCARRIL Á BOLIVIA

El dueño del hotel también era español; un aragonés originario de la tierra más brava de dicha región: de las famosas Cinco Villas, cuyos habitantes aceptan con orgullo el apodo de «brutos» con que les distinguen los demás pueblos aragoneses.

El «bruto» de las Cinco Villas me contó que hacía como unos veinte años que rodaba por América, habiendo vivido en Chile, Bolivia y la Argentina. Sus numerosos hijos eran nacidos en diversas ciudades de las tres naciones. Conservaba aún el acento baturro, notándose en sus palabras cierta emoción al recordar la tierra natal. El no podía volver allá: le llevarían á presidio. Y no era que hubiese cometido ningún crimen, sino simplemente que en una elección de diputados se había llevado veintitrés actas en blanco de otros tantos colegios electorales.

— Metí en un saco las veintitrés actas, señor, y me las eché á la espalda para llevárselas á mi diputado. Ya sabe usted que allá se acostumbran estas bromicas. Era un juego para servir al partido. Pero tuve mala suerte y en el camino me prendió la Guardia civil.

— ¿Y al saco también lo prendieron?...

— Al saco también; y ése fué lo que llaman allá «el cuerpo del delito», y por el maldito saco me sentenciaron á doce años de presidio, y los habría tenido que sufrir á no venirme á América... Esta es la gran tierra. He pasado malos ratos, como se pasan en todas partes; pero ahora tengo esta casa y me dedico al comercio. Vea qué le parece esto.

Y sacaba de sus bolsillos algo así como pellas de barro amarillo, petrificadas. Eran pedazos de oro comprados á los indios de las minas de Bolivia. También comerciaba en pieles de chinchilla, en cobertores fabricados con cueros de guanaco y vicuña, y enviaba sombreros de jipi, tejidos en Guayaquil, á las grandes tiendas de Buenos Aires.

— Aquí se trabaja mucho, señor. Los principales comerciantes de la Quiaca también son de allá, de la tierra... Luego vendrán á verle los paisanicos.

Era extraordinario encontrar en el corazón de América, en la solitaria Puna, que aun se conserva como en los tiempos de la conquista, á 4.000 metros sobre el nivel del mar, aquel chusco baturro, que hablaba con naturalidad de «la bromica de las veintitrés actas», recordando costumbres que me parecían de otro planeta al ser evocadas en este sitio.

A las diez de la noche, hora que es para la Quiaca lo que las dos de la madrugada en una gran ciudad, el hombre de las actas en el saco me presentó á los paisanicos.

Eran cinco jóvenes catalanes, dueños de las tiendas que forman todo el caserío de la población.

— Ustedes serán la Cámara de Comercio de la Quiaca — dije yo en tono de broma.

Y ellos, jóvenes laboriosos y serios, incapaces de perder el tiempo en vanas palabras, contestaron decididamente:

— Sí, señor.

Luego hablamos de su tráfico, un tráfico novelesco, como el de los comerciantes de factoría en tierras salvajes que figuran en ciertas novelas de aventuras. Vendían á los indios bolivianos harina, ropas, armas, conservas y otros objetos de importación europea, y los indígenas les pagaban con pieles de cabra montés, de vicuña y de guanaco, pellejos de condor con sus plumas, «tambores de coca», llamados así por la forma redonda del receptáculo que contiene las hojas prensadas, y sombreros de jipi de la más fina labor, que se ostentan luego en los escaparates de Europa á precios fabulosos.

En este tráfico con las tribus que llegan á la frontera procedentes del corazón de Bolivia, apenas se hace uso del dinero. El cambio de productos, como en los tiempos primitivos, rige todas las transacciones comerciales. El principal objeto de compra es el oro, y la Cámara de Comercio de la Quiaca, registrándose

los bolsillos, me enseñó varios pedruscos de un amarillo tierno y suave, que inspiraban la tentación de hincarles el diente; fetiches de misterioso poder, que impulsan á los hombres á las más atroces diabluras.

Algunas de las tribus que vagan por el Sur de Bolivia y llegan á la Quiaca para efectuar cambios comerciales, guardan vivos recuerdos de la antigua grandeza del Perú y sus Incas poderosos, en forma de leyendas patrióticas, semejantes á las de la Europa de otros siglos.

Hasta hace poco tiempo, ciertas tribus vestían de negro, transmitiéndose de padres á hijos este luto general, que era, según decían, por la muerte de Atahualpa y la desaparición de los Incas.

Otras tribus más crédulas y entusiastas acarician una vaga esperanza de restauración y grandeza. Según las leyendas que circulan entre ellos, Atahualpa no ha muerto. El jefe de los hombres blancos dió orden de que lo degollasen; pero el Inca, gracias á sus tesoros, logró vencer la dureza de los soldados encargados de la ejecución, y pudo huir. Estos soldados, para engañar á su jefe, le presentaron una cabeza de llama desollado, afirmando que era la cabeza de Atahualpa.

En esta leyenda, lo que más llama la atención es el concepto que los indígenas tienen de la belleza de su raza, concepto que hace verosímil que una cabeza de llama pueda confundirse con la de un hombre.

Los crédulos indígenas, próximos á desaparecer, se imaginan que Atahualpa vive todavía, después de transcurridos tres siglos; que está oculto en las montañas, y algún día volverá á mostrarse, restableciendo el imperio de su raza.

Esta esperanza absurda no es nueva ni merece burlas. En la vieja Europa, el populacho alemán esperó durante siglos la vuelta de Federico Barbarroja; los ingleses creyeron en la reaparición del rey Arthus, y algunas viejas portuguesas del campo sueñan aún con el regreso milagroso del aventurero rey Don Sebastián.

CATAMARCA

Los 90.000 kilómetros cuadrados que ocupa esta provincia sólo tienen una población de 100.000 habitantes, y de éstos una gran parte son mestizos, producto de la mezcla de los españoles con los indios calchaquíes, andalgalás y quichúas, tribus que llegaron á tener, antes de la conquista, una civilización rudimentaria, pero con un carácter propio.

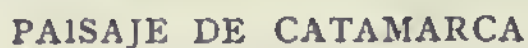
Estaba la actual provincia de Catamarca y parte de las inmediatas en la frontera de los grandes territorios dominados por los Incas del Perú, y los jefes de sus tribus, aunque vasallos y feudatarios del emperador del Cuzco, vivían con cierta autonomía y seguían los usos de una civilización propia, que, según Ameghino y otros autores, databa de una gran antigüedad y era muy diferente á la peruana.

CATAMARCA. UN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS

Siendo Catamarca un país de grandes montañas, como todas las provincias de la República llamadas andinas, su antigua población indígena dividíase en dos clases: los montañeses, que vivían de la caza de la vicuña y el guanaco y criaban llamas para que les ayudasen en sus trabajos, y las tribus agrícolas, que ocupaban los valles, y por esto mismo se llamaron calchaquíes; pues la palabra calchaquí significa, en lengua quichúa, «rincón donde se cosecha ó donde se amontona». Estas tribus llegaron á poseer un arte rudimentario, siendo su principal manifestación la alfarería, como en todos los pueblos primitivos. Aun hoy se encuentran en algunas quebradas y cuevas de Catamarca depósitos de jarros y platos pintados con vivos colores, así como armas, placas y varios instrumentos hechos de bronce.

Una pequeña parte de la población de Catamarca se ha mantenido aislada después de la conquista, guardando, durante las generaciones sucesivas, la pureza de su sangre española. Estas familias constituyen á





PAISAJE DE CATAMARCA



PAISAJE ANDINO DE CATAMARCA

modo de una aristocracia en medio de la masa mestiza.

El campesino de Catamarca es sobrio, como hay que serlo forzosamente en un país donde la agricultura vive en estado rudimentario, y, como consecuencia, abundan los pobres. El *locro* de maíz ó de trigo, la *mazamorra* y la hierba mate constituyen toda su alimentación. En días extraordinarios comen *charqui*, ó sea carne seca en estado de cecina.

Esta provincia pertenece casi por entero á la región andina, y algunos ramales de los Andes vienen á acabar en su territorio. El aspecto físico es variadísimo. Hay en Catamarca cumbres con nieves perpetuas, mesetas áridas y peñascosas, y junto con estos paisajes de desolación, valles de frondosidad primaveral, árboles gigantescos y verdes llanuras refrescadas por arroyuelos.

El valle donde se halla asentada la ciudad de Catamarca es lo mejor de la provincia. Reina en él un clima benigno y sano, que únicamente se hace molesto en los meses veraniegos, por su extremado calor. El invierno resulta más tolerable. A pesar de la vecindad de los Andes resulta tan suave este clima en dicha estación, que el agua muy rara vez llega á congelarse durante la noche. Las lluvias son escasas.

Este valle de Catamarca mide unas cincuenta leguas de largo y está regado por el río del Valle Viejo, ó por otro nombre, de Catamarca. En la parte occidental de la provincia hay altiplanicies de 3.000 metros, en las que se sufre el mal de la Puna. Los valles catamarqueños están regados por varios ríos, procedentes de la cordillera. Éstos son en el invierno insignificantes cursos de agua; pero al llegar el verano y ocurrir el deshielo de las cumbres, se hinchan y saltan como impetuosos torrentes. Puede decirse que Catamarca, con todos sus desniveles interiores, no es más que un enorme valle, encerrado entre la cordillera de Aconquija y la precordillera de los Andes.

* * *

La fauna de Catamarca se diferencia poco de la de las otras provincias. El guanaco y la vicuña corren en tropillas por los parajes más desiertos. El llama, sometido á la domesticidad y buen compañero del hombre, le sigue en su trabajo. En las espesuras de la provincia menos habitadas vive el jaguar ó tigre y el coguar, al que llaman león americano. También existen el gato montés y el zorro de montaña, que se diferencia bastante del zorro común. En los valles altos de la cordillera son muy abundantes los gamos y venados. En los peñascales de las cumbres cuelgan sus nidos las aves de rapiña, que son enormes y muy numerosas, figurando como las principales el condor, el cuervo *urubu* y el *urubu de cabeza roja*. En las tierras más bajas hay pájaros de vistoso plumaje ó alegre canto, abundando el loro, la catita, el picaflores, el bienteveo, el zorzal, la calandria y el chingolito. También existe la golondrina azulada, que hace sus nidos en las casas. El *ñandu* ó avestruz americano corre á grandes zan-



UN VIEJO DE CATAMARCA

cadas, moviendo su cuello de serpiente, por las llanuras incultas. Abundan los reptiles en ciertos lugares de la provincia, siendo los más temibles la víbora de la cruz, la víbora coral, la serpiente de cascabel y otra llamada *punard*, que es bastante común en los parajes secos.

UNA VICUÑA

Sufre Catamarca la fatalidad de ser una gran parte de su suelo arenoso y sumamente permeable, lo que hace que se pierdan los cursos de agua á poco de avanzar en el territorio. Esto ha obligado á los pobladores á acumular sus centros de vida y sus explotaciones agrícolas al pie de las serranías, para aprovechar las corrientes que bajan de ellas, antes de que se pierdan en los arenales. El riego es algo capital en esta provincia, de clima ardiente, por estar situada cerca del trópico, y donde la lluvia cae muy de tarde en tarde.

En los terrenos que cuentan con la seguridad del riego, la vegetación es muy variada. Catamarca, á causa del clima y de la sucesión de alturas, puede escalonar todos los productos de las diversas zonas del planeta. Crecen en ella desde el tabaco, que sólo se cultiva en proporciones insignificantes, y los naranjos y limoneros, á toda clase de cereales y frutales de los países fríos. El cultivo de la viña es el más adelantado, produciendo especialmente uvas de mesa, que son objeto de exportación.



TIPO DE CATAMARCA

En los valles más abrigados la arboleda se mantiene florida casi todo el año. Los bosques son muy tupidos en algunas partes: en otras carecen de espesor, y sus árboles ralos se distancian, dejando anchos espacios abiertos, en los que pasta el ganado. Algunas serrerías cortan árboles para utilizarlos como maderas de construcción; pero la principal industria de las selvas consiste en la extracción de leñas, que sirven de combustible á las locomotoras y máquinas de talleres.

VENDEDORA DE EMPANADAS

Los bosques de Catamarca tienen, sin embargo, buenas especies de quebracho colorado, viscostes negro y blanco, cebil, piquillín, brea, coco, palo borracho y otras muchas.

La agricultura, que sólo posee unas 24.000 hectáreas cultivadas de vid, caña de azúcar, algodón y otros productos, todo en pequeña escala, tiene menos importancia que la ganadería, que cuenta con 900.000 cabezas entre ganado bovino, caballar, mular, cabrío, ovino y porcino. Esta riqueza ganadera representa algo si se la pone en parangón con la agricultura catamarqueña, pero resulta insignificante comparada con la ganadería de otras provincias.

La minería es más importante. En la sierra de



UNA CALLE DE CATAMARCA. (En el fondo la sierra de Ambato).



CATAMARCA. HOSPITAL MIXTO



CAMINO DE LA CORDILLERA

Aconquija hay filones de oro, plata, cobre, hierro azufre y platino. De estas minas las más importantes son las llamadas de Capillitas, muy abundantes en cobre y plata.

En las lagunas Blanca, Colorada, Helada y Verde, así como en las salinas de Pomán y Tinogasca, hay abundancia de cloruro de sodio, boratos y nitratos de soda.

En la sierra de Ambato abunda el caolín, que se emplea para fabricar porcelanas y ladrillos refractarios.



CATAMARCA. VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD

Catamarca tiene en su territorio dos líneas férreas que la ponen en comunicación con el resto de la República; pero la gran distancia á que se halla del litoral hace que resulte muy caro el transporte de sus productos.

Los caminos interiores de la provincia apenas sirven para el tránsito de carros. Casi todos son de herradura, transitando por ellos largas recuas de mulas que llevan á lomo las mercancías.

La provincia de Catamarca, á semejanza de Salta y las demás regiones andinas, sostiene gran parte de su comercio con la vecina República de Chile á través de los Andes. Las arrias de ganado y las recuas de los arrieros mercaderes emplean los pasos de las Pircas Negras ó de Piedra Blanca para ir desde la población catamarqueña de Tinogasca á la de Copiapó, en el territorio de Chile. En este viaje pasan por la laguna de Mulas Muertas y la sombría quebrada del mismo nombre con dirección á la gran laguna llamada Brava, que es de aguas saladas, y tiene 15 kilómetros de largo por 10 de anchura. De allí se continúa el viaje por unas quebradas cubiertas de carbonato de soda, hasta el paso de las Pircas Negras y el Peñasco de Don Diego, de donde se baja al valle de Copiapó. Durante el verano es frecuente el paso por estos lugares de los ganados que se exportan á Chile.

* * *

La ciudad de Catamarca ha tenido varios nombres y ocupado diversos emplazamientos. La primera capital del territorio la fundó Don Juan Pérez de Zurita en 1558, en el valle de Quimivil, dándola el extraño nombre de «San Juan de la Ribera de Londres».

Los indios calchaquíes la destruyeron á los pocos años, y en 1607 fué reedificada por el gobernador Don Alonso de Rivera. Pero los indios volvieron á sublevarse veinte años después, destruyéndola totalmente en 1627. Su vecindario tuvo que vagar por el territorio catamarqueño, acampando en diversos sitios, hasta que, transcurridos cincuenta y seis años, un gobernador llamado Don Fernando de Mendoza Mata de Luna fundó, en 1683, la ciudad de San Fernando de Catamarca en un valle limitado por las sierras de Ancasti y Ambato.

Ocupa Catamarca una meseta de 530 metros de altura á orillas del río del Valle y está surtida de aguas por el arroyo Tala. Bien necesita de este arroyo, pues el río del Valle está seco gran parte del año, y sólo en la estación de las lluvias cubre su cauce una fuerte corriente.

Su temperatura habitual es la de todas las provincias andinas: extremadamente calurosa en verano y templada en invierno. Allí donde la tierra no recibe la caricia de la irrigación, es árida y monótona; pero donde hay riego se cubre de una vegetación abundante.

La ciudad es modesta, pues no abundan en ella grandes construcciones. Su vecindario consta de 18.000 individuos. Las calles guardan la antigua forma, siendo rectas y perpendiculares unas á otras.

El aspecto exterior de Catamarca es muy gracioso



CORTANDO CAÑA DE AZÚCAR

y atrayente, por aparecer rodeado su blanco caserío de un sinnúmero de chacras de frondosa vegetación. El edificio más vistoso es la iglesia principal ó matriz, con altas torres, que se destacan sobre la masa de las techumbres. La Casa de Gobierno, la Municipalidad, el Colegio Nacional, la Escuela Normal y las sucursales de los Bancos figuran como los principales edificios. Tiene además la ciudad hospitales, fábricas, colegios, una biblioteca, varios clubs y servicio de tranvías.

En instrucción pública, Catamarca ha adelantado mucho á impulsos de la acción gubernativa nacional. Hace quince años sólo tenía 60 escuelas, con unos 4.000 alumnos. Hoy cuenta con unas 150, á las que asisten 14.000 niños.



CATAMARCA. IGLESIA MATRIZ Y CASA DE GOBIERNO

En la iglesia matriz es objeto de gran adoración la «Virgen del Valle», famosa en toda la provincia por sus milagros que atestiguan numerosos ex votos, ofrendas de creyentes de fe inquebrantable, que son los que con preferencia reciben sus beneficios. Esta escultura, venerada por los cristianos, parece que es un antiguo ídolo de los indios. Ocultáronla éstos en una de las primeras alturas de la sierra de Ambato, como todos los objetos que creían de algún valor, para sustraerlos á la codicia de los conquistadores españoles. Dos siglos después un anciano encontró el ídolo en su escondrijo, y bastó este descubrimiento para que las gentes sencillas creyesen que era una imagen de la Virgen, bajada del cielo sin más propósito que el de proteger á la tierra de Catamarca... Y el antiguo ídolo sigue haciendo milagros para los cristianos, como en otros siglos los hizo indudablemente para los indios calchaquíes.

Las poblaciones más importantes de la provincia después de Catamarca son Belén, Chumbicha, Ancasti, Pomán, Santa María, Andalgalá y la ciudad de Londres... que así se llama un pueblecito, poco más que una aldea.

* * *

Catamarca sufre un grave mal interior, que es común á otras provincias é impide su desarrollo.

Buenos Aires, situada á más de 1.000 kilómetros de Catamarca, ejerce en ella un deslumbramiento fascinador. El ilustre escritor Don Enrique de Vedia habla en uno de sus libros de esta atracción que la capital federal hace sentir á las provincias más lejanas y pobres, absorbiendo sus mejores fuerzas é impidiendo con ello su desarrollo. Todos los catamarqueños de alguna intelectualidad, ó que se sienten con energías para la lucha por la existencia, abandonan su país en busca del amplio escenario de Buenos Aires. Por esto la citada provincia, como otras muchas, se resiente de falta de elementos sociales, pues los que posee van á perderse en la capital federal, que no necesita de ellos, ya que empieza á sufrir los efectos de una abundancia pletórica.

La provincia de Catamarca es de las más pobres y podía ser muy rica. El elemento más necesario para su prosperidad es el riego. Cuando nuevas obras hidráulicas conserven y distribuyan el agua de ríos y manantiales que ahora se pierde tragada por las arenas, Catamarca será un país opulento, pues su tierra da ópimos frutos siempre que se halla libre del peligro de la sequía.

Los ferrocarriles suprimieron ya el obstáculo de la distancia, que mantenía en triste aislamiento á esta provincia, así como á La Rioja. Los nuevos medios de comunicación han reanimado la vida de Catamarca. Ahora sólo la falta el desarrollo de las obras irrigatorias que han de cambiar su situación económica.



UN PUEBLO DE CATAMARCA

LA RIOJA

Esta provincia, inmediata á la de Catamarca, ha pasado en el siglo XIX por un largo período de miseria y aislamiento. En vez de progresar como provincia de una República independiente, descendió por diversas causas, sufriendo una decadencia que no había conocido en los tiempos de la dominación española.

El motivo capital de esta decadencia fué la guerra civil que la asoló en el período medioeval de la historia argentina, cuando todo el país era víctima del caudillaje y sufría incesantes convulsiones. Aquí tuvieron su principal escenario Facundo Quiroga, «El tigre de Los Llanos», y otros caudillos, que al frente de sus montoneras de gauchos pasaban sobre el riojano país como las hordas de Atila, empobreciéndole. Por lo mismo que La Rioja era rica en aquel tiempo y guardaba ahorrado el producto de su trabajo de varios siglos, el caudillaje se ensañó en ella, exigiéndola incesantemente contribuciones para sus guerras, arruinando sus obras agrícolas, y lo que es peor, despoblándola, pues convirtió en montoneros á los hombres dedicados al cultivo. Actualmente sólo queda un recuerdo de la antigua prosperidad riojana, destruída por las guerras civiles.



UN VALLE DE LA RIOJA

La Rioja cifra su porvenir en la agricultura y la minería. Su clima no ofrece más que dos variantes, pero éstas son extremas y radicales. La parte occidental de la provincia es montañosa y fría y la oriental árida, llana y calurosa. Su población se divide igualmente en dos fracciones, con arreglo á las condiciones del suelo: la de los agricultores de los valles andinos, gente pacífica que sólo piensa en su trabajo, y la de los pastores de la sierra de Los Llanos, llamados *llanistas* ó *llaneros*, que se dedican á la ganadería, jinetes montaraces y belicosos que constituían el núcleo de las tropas de Facundo Quiroga. Además de estos dos grupos existe el de los mineros que laboran en las minas del Famatina, hombres disciplinados y de gran resistencia para el trabajo.

La Rioja estaba poblada en otros siglos por los diaguitas y juríes, que ocupaban la llanura, dependiendo de los capitanes generales españoles del Tucumán. En los valles andinos vivían los malligastas, aquinanos, tilimuquís, nandácoles, famatinas y otros. Los conquistadores españoles, con su facilidad de adaptación, se mezclaron con ellos, y producto de este cruzamiento es la mayor parte de la población actual, de tez muy clara, y en la que predominan los rasgos fisonómicos del europeo sobre los del indígena.

La Rioja ocupa una extensión de 90.000 kilómetros cuadrados, con una población de 83.000 habitantes. Su alejamiento del litoral la mantuvo, después de la pérdida de su antigua prosperidad, en una vida mísera y triste. Muchas veces se vió obligada á solicitar los socorros del gobierno de la República para atender á sus necesidades.

Hoy que el ferrocarril la pone en relación con el resto de la Argentina, la agricultura empieza á desarrollarse, siendo su principal cultivo el de la viña. Según parece, la vid produce en sus tierras mejores caldos que en las otras provincias vinícolas. Todavía es muy reducida el área que ocupan las viñas; pero el día en que crezca su cultivo, es posible que La Rioja argentina llegue á ser una rica productora de vinos, como su homónima La Rioja española.

El clima de esta provincia varía mucho, según la altura del suelo y el alejamiento ó proximidad de las sierras. Llueve bastante en los valles andinos, lo que les proporciona una hermosa vegetación: en cambio, las tierras de Los Llanos son yermas, porque jamás llueve en ellas, carecen de capa vegetal y están expuestas á



LA RIOJA. VISTA DE LA CIUDAD

los vientos cálidos, que marchitan las plantas. En los valles frondosos, la temperatura invernal es muy suave y permite toda clase de cultivos.

En este país accidentado que cruzan las sierras de Jagüel, Famatina y Velasco, la más célebre es la de Famatina, por los tesoros minerales que encierra, llegando su «Pico Nevado» á más de 6.000 metros. En la parte llana de La Rioja surge como una isla la sierra de Los Llanos, con sus bosques y manantiales, que se utilizan para la cría de ganados.



UNA ABRA DE PASTO EN LOS BOSQUES DE LA RIOJA

De los animales de esta provincia, la vicuña y el llama son los que prestan al hombre mayor utilidad. La vicuña sufre una hábil explotación. Con su pelo se tejen los célebres ponchos de vicuña, ligeros, elegantes y abrigadores, de gran consumo en toda la República, y que se exportan fuera de ella. Además, los naturales comen la carne de la vicuña, que resulta agradable cuando el animal es joven. El llama, menos abundante que en las fronteras de Bolivia, sirve de animal de carga, y marcha por los pasos abruptos de la cordillera con gran seguridad de pie. Su lana se utiliza para tejidos y la carne de sus crías sirve de alimento. La alpaca, más pequeña que el llama, es muy apreciada por sus finos vellones, que sirve para el tejido de las telas que llevan el mismo nombre. El ciervo y el venado, el quirquincho y la liebre abundan en ciertos distritos de la provincia. El tigre, que constituía en otro tiempo un peligro frecuente, sólo se encuentra ahora muy de tarde en tarde. En las alturas de las sierras andinas, el condor y el águila reinan como indiscutibles soberanos, y abajo en las llanuras corretea el *ñandú* ó avestruz, cuyos huevos son muy buscados, así como las plumas, de las que se hace un comercio importante.

La ganadería riojana tiene unas 500.000 cabezas entre vacunas, equinas, ovinas y caprinas, cifra poco importante si se la compara con la de otras provincias, pero que resulta extraordinaria teniendo en cuenta la escasez de agua y de pasto en la región de Los Llanos, que es donde principalmente viven los rebaños. Esta riqueza pecuaria, muy superior á las necesidades de la población, es exportada en gran parte al vecino Chile.

El asno y la mula prestan sus servicios en los trabajos de las minas, conduciendo cuesta abajo cargas de mineral.

La agricultura riojana cultiva unas 50.000 hectáreas aproximadamente, aprovechando el suelo de los valles que cuentan con la seguridad del riego. Sus productos más importantes son: la viña, principal industria del país; el algodón, que ha empezado á cultivarse recientemente; la caña de azúcar, el tabaco y los naranjos, que alcanzan en algunos valles tan enormes proporciones como los de Corrientes y Salta. Además, sus campos producen maíz, alfalfa y trigo, pero en limitadas proporciones y para las necesidades provinciales.

El comercio de exportación, que consiste en mine-



EN LOS VALLES RIOJANOS



RUINAS DE UN ANTIGUO FUERTE DE LOS CALCHAQUÍES

rales y ganados, se hace por ferrocarril ó por los caminos de la cordillera. Los productos minerales y agrícolas salen por la vía férrea de la capital ó la de Chilecito. Los ganados van á Chile por los pasos de los Andes bajo la dirección de pastores riojanos, que por su habilidad en el conocimiento del terreno y el estudio de las huellas son famosos «rastreadores», como los que describe Sarmiento en su libro.

La habilidad de estos riojanos es la mejor garantía para la seguridad del ganado, pues los cuatreros no caen en tentación sabiendo que por más precauciones que adopten el rastreador acabará por reconocer sus huellas y descubrir el robo allí donde lo oculten.



FAMILIA DE CAMPESINOS RIOJANOS

* * *

La minería ha sido y es la industria más famosa del país riojano. Ninguna provincia argentina posee tesoros minerales tan grandes. Se encuentran en La Rioja minas de oro, plata, cobre, hierro, estaño, cobalto, níkel, cristal de roca, topacio, mármoles, galena argentífera, malaquita, rosicler, sulfuros, cloruros, carbonatos, nitratos y carbón de piedra. La cordillera de los Andes parece haber concentrado lo mejor de los tesoros de sus entrañas en las vertientes y prolongaciones que corresponden á La Rioja: en la célebre sierra de Famatina, en la de Malazan, Cerro Negro, Chepe, Tanvillas, Cerro Morado, Ullape y otras.

En la época colonial muchos españoles explotaron las minas de La Rioja, especialmente las de Famatina, enriqueciéndose. Actualmente, los centros mineros más importantes son Chilecito y Famatina, que forman pueblos de alguna consideración en el valle de Famatina. La ciudad de Chilecito, que ha bautizado el gobierno con el nombre de Villa Argentina, pero que á pesar de esto conserva por la fuerza del uso su antigua denominación, ha adquirido gran desarrollo á causa de las minas que tiene inmediatas, y de las cuales las dos más célebres son «La Argentina» y «La Mexicana». Una sociedad anónima formada en Londres explota estas minas y otras de la región de Famatina. Un alambre-carril baja el mineral de las alturas, y la línea férrea de Chilecito lo exporta después de haber sufrido las operaciones necesarias. Estas minas de Famatina van realizando, cada vez con mayor generosidad, el ideal de los que soñaban con una enorme mina de oro. El cable aéreo une á Chilecito con las minas de Ampaya, Ophir, Desamparados y Los Bajos. El mineral es de calidad variable, pues aunque generalmente contiene oro, plata y cobre, la proporción de estos metales cambia según el distrito de origen. Unos encierran los tres metales á la vez, otros carecen de oro y sólo dan plata y cobre, y algunos consisten en plata pura. El cerro de La Mexicana contiene las minas más ricas y de mayor celebridad. Su título lo debe á que sus primeros cateadores fueron unos mejicanos, que le bautizaron con este nombre.

El cable-carril alcanza 35 kilómetros, y va desde La Mexicana, situada á 4.600 metros sobre el nivel mar, á Chilecito, que está á 1.000 metros de altitud. Las vagonetas de esta vía aérea tienen una capacidad de media tonelada. Las dificultades del transporte hace que sólo se aprovechen los minerales muy ricos, despreciándose por el momento los de baja ley, que se hallan en cantidades enormes y serán explotados algún día, cuando se hayan perfeccionado los procedimientos de extracción y fundición.

* * *

La ciudad de La Rioja, capital de la provincia, la fundó en 1591 Juan Ramírez de Velasco, gobernador del Tucumán, con el título de «Ciudad de Rioja la Nueva de Todos los Santos». Junto á la ciudad corre el pequeño río Sanagasta, que sirve para la irrigación de algunas huertas y el consumo de la ciudad.

Su población es de 8.000 habitantes, y hay que reconocer que ha sabido mantenerse en un relati-



PAISAJE ANDINO DE LA RIOJA

vo estado de prosperidad, no obstante su aislamiento.

La Rioja guardaba hasta hace algunos años su aspecto de los tiempos coloniales; pero un fuerte terremoto ocurrido en 1894 convirtió en ruinas gran parte de ella, y al ser reedificada, gracias á los auxilios de la República, tomó una forma igual á la de las ciudades platenses. Hoy La Rioja contiene buenos edificios modernos, tanto oficiales como particulares, figurando entre los mejores la Casa de Gobierno, la iglesia matriz, el Colegio Nacional, los baños públicos, las sucursales de Bancos y los clubs sociales. Como recuerdo de la prosperidad que gozó La Rioja en el siglo XVIII, quedan, aunque en estado ruinoso, algunos templos de maciza construcción.



CABLE AÉREO DE LAS MINAS DE FAMATINA

Á pesar de sus reformas conserva la ciudad un marcado carácter tradicional. Por ella pasó el misionero San Francisco Solano; y la piedad católica le atribuye grandes milagros, como en Santiago del Estero y otras poblaciones.

El eminente escritor argentino Don Joaquín V. González, hijo de La Rioja, ha dedicado á la provincia de su nacimiento uno de sus más hermosos libros, el que lleva por título *Mis montañas*. En este libro describe con gran fuerza de colorido las cumbres de Famatina, las vertientes de la cordillera, donde anidan los condores, los restos de las antiguas fortalezas indígenas, la sencilla devoción de los indios, que adoran al niño Jesús y lo vistieron en los tiempos coloniales con traje de alcalde del rey y larga vara en la mano, creyendo que este era el uniforme que mejor podía simbolizar la más alta jerarquía de la autoridad.

PATIO DE UNA ESTANCIA EN LA RIOJA

En *Mis montañas* pinta también el ilustre González el aspecto vetusto de la ciudad de La Rioja.

«Presenta todavía — dice este autor — signos elocuentes de antigüedad. Sus templos de piedra descubierta y de murallas ennegrecidas le dan el aspecto de la tristeza y la meditación. Sus huertos de naranjos seculares despiden en primavera el incienso invisible, que sube á lo alto en las ráfagas tibias de sus noches clarísimas; sus casas, de gruesas paredes de adobe, de techos de teja y puertas que rechinan, con todo el peso de sus dos siglos, encierran los majestuosos salones, donde el *estrado*, tapizado de chuse, invita todavía á la conversación y á la sencilla etiqueta de las antiguas y patriarcales costumbres... Los conventos se mantienen en pie, con la ayuda de puntales y remiendos: impávidos, con las fachadas terrosas y carcomidas, desafían aún otro siglo. En el interior se extienden sus largos y estrechos corredores, adonde dan las puertas de las celdas, pavimentadas de ladrillos, habitadas por unos pocos frailes veteranos, como una guardia vieja dejada en el cuartel de un ejército en marcha.»



EN LOS LLANOS DE LA RIOJA

El ferrocarril y el desarrollo de la minería comunicaron nuevas actividades á esta ciudad secular. La instrucción pública ha avanzado algo, si se tiene en cuenta el precario estado económico de la provincia. Hoy posee unas 100 escuelas, con 9.000 alumnos, y en la ciudad funcionan un Colegio Nacional y una Escuela Normal.

La población riojana que sigue en importancia á la capital es Chilecito ó Villa Argentina, con 5.000 habitantes. Esta pequeña ciudad, compuesta de mineros é industriales, se desarrolla rápidamente y tiene bibliotecas y otros centros de cultura. Después de Chilecito vienen, por orden de importancia, Nonogasta, Vinchina, Belgrano, Costa Alta y otras.

Hay que reconocer que así La Rioja como Catamarca marchan á la zaga en el progreso de las provincias argentinas. Esto tiene una explicación. Las dos

provincias son mineras, y en la Argentina pueden adquirirse grandes riquezas explotando la superficie del suelo, sin necesidad de profundizar en sus entrañas con un éxito problemático.

La agricultura y la ganadería ofrecen en este país mayores facilidades que en ningún otro de la tierra. Las reses se crían libremente en el campo sin exigir grandes cuidados. Basta arañar el suelo y sembrar la semilla para que surjan espléndidas cosechas. Hay tierra en abundancia, y tanto la cría de animales como el cultivo pueden hacerse extensivamente, sin cuantiosos gastos y con seguros rendimientos.



CHILECITO. UN ESTABLECIMIENTO MINERO

Por esto el capital argentino se ha dedicado á la ganadería y la agricultura, prestando poca atención á las empresas mineras, que algunas veces son de fabulosos resultados, pero en los más de los casos ofrecen las dolorosas sorpresas de lo incierto.

De aquí que La Rioja y Catamarca, con sus yacimientos de oro, plata, cobre, estaño, níkel, carbón de piedra, etc., no hayan prosperado tanto como las provincias que cifran su riqueza en el trigo, la alfalfa y la vaca.

SAN LUIS

Esta provincia, con las de Mendoza y San Juan, formó en tiempos de la dominación española el territorio llamado de Cuyo, voz araucana que significa «tierra del arenal». Las tres provincias de Cuyo dependieron más de un siglo de la capitanía general de Chile. Eran á modo de una prolongación del suelo chileno, al otro lado de los Andes. Todavía los paisanos chilenos llaman por extensión «cuyanos» á todos los habitantes de la República Argentina, pues los del antiguo Cuyo son los que se hallan más en contacto con ellos. Al crear Carlos III el virreinato del Río de la Plata, en 1776, las tres provincias constituyeron una dependencia administrativa de dicho virreinato, con el título de Intendencia de Cuyo.

La provincia de San Luis figura, en lo que se refiere á riqueza y progreso, entre las últimas de la República. Después de las guerras de la Independencia, al sobrevenir el período anárquico, sufrió largos y terribles años de caudillaje y guerra civil. Sirvió de teatro á las hazañas de Quiroga y luego prestó su adhesión al general Angel Peñalosa, llamado el *Chacho*, que fué como un continuador de aquél, viviendo en los horrores de una lucha interminable. El personaje más simpático y de elevado carácter que produjo San Luis en aquellos tiempos fué el coronel Don Juan Pringles, esforzado compañero de San Martín en las campañas del Pacífico.



SAN LUIS. POLÍGONO DEL TIRO FEDERAL

La provincia de San Luis es llana casi toda ella, á excepción del Norte, donde se alza la sierra de San Luis. No es completamente horizontal la planicie, pues tiene frecuentes ondulaciones, llegando algunas de ellas á 800 metros sobre el nivel del mar. Esta llanura carece de agua y abunda en grandes médanos, que cambian de sitio con la fuerza del huracán é impiden el cultivo. Por estas causas, los habitantes de la provincia se han aglomerado en el Norte, ó sea en la región montañosa, donde hay valles espléndidos y existen riquezas minerales, que hasta ahora no han sido explotadas.

La parte occidental de la provincia, que es á modo de una continuación de la pampa, resulta excesivamente seca, sin nn río ni un pequeño arroyo. Hay llanuras areniscas que carecen hasta de motorrales. En los bosques de este terreno desolado, las plantas son duras y espinosas, y únicamente en años de gran lluvia crecen las hierbas en abundancia para el alimento de los rebaños. En las sierras, la vegetación muéstrase frondosa, y los habitantes, establecidos al pie de ellas, utilizan las corrientes de agua para el riego de sus campos.

En general, las tierras de San Luis son defectuosas por su condición arenisca, y á ello se une el rigor del clima, más seco que el de Córdoba y poco abundante en lluvias. Solamente con obras hidráulicas que asegurasen el riego podría cambiarse el aspecto de esta provincia.

La única ventaja para la agricultura la proporciona la irregularidad del suelo, pues en las cañadas ó campos bajos la tierra es menos arenisca y permeable, lo que hace que conserve por más tiempo el agua de lluvia que se escurre de las alturas inmediatas, manteniéndola en capas subterráneas de escasa profundidad. A esto se debe el vigor permanente que alcanzan en ella los alfalfares.

La sierra de San Luis guarda entre sus cerros elevados numerosos valles pintorescos y fértiles. Su principal río es el llamado Desaguadero, que también recibe el nombre de San Luis, y da origen con sus desbordes á varias lagunas y bañados.

El río Quinto, que sigue en importancia al anterior y nace en la sierra de San Luis, es sangrado por varias obras irrigatorias. El río Bebedero da origen al lago del mismo nombre. Un departamento de la provincia, el de Pedernera, es llamado por algunos «la región de las lagunas», pues tiene más de 200, aunque generalmente son de aguas salobres, por contener gran cantidad de sodio y potasio.

El riego de los campos inmediatos á estas corrientes se hace de un modo algo primitivo, levantando las aguas con aparatos de rústica construcción. Dos diques construídos en el río San Luis riegan las tierras situadas en los alrededores de la capital. En el río Quinto se han realizado también algunas obras de importancia para la irrigación de los terrenos inmediatos á la ciudad del mismo nombre y á los de Villa de Quines. El dique del río Quinto proporciona riego á más de 10.000 hectáreas.

Estas obras hidráulicas, repetidas en diversos sitios de la provincia, pueden cambiar radicalmente su aspecto y su prosperidad, pues lo que necesita San Luis es la construcción de grandes embalses para retener las aguas llovedizas y las de la sierra, que se pierden infructuosamente en la llanura. En la estación del Balde se ha abierto el pozo surgente más hondo de toda América. Tiene 300 metros de profundidad y arroja el agua con una temperatura de 26 grados.

La instrucción pública ha progresado mucho en esta provincia si se tiene en cuenta la modestia de sus recursos: hoy cuenta con 140 escuelas, 398 maestros y unos 14.000 alumnos.

* * *

La sierra de San Luis es llamada vulgarmente «sierra puntana», y á sus habitantes se les designa igualmente con el nombre de «puntanos». La hermosura de esta sierra contrasta con la escueta aridez de las llanuras inmediatas, donde el viento arrastra la capa de tierra suelta, formando nubes densas y asfixiantes.

Abunda en cristalinos arroyos, hierbas olorosas y floridas, altiplanicies desde las que se abarcan hermosos panoramas, y bosques frondosos. El águila y el condor, venidos de los Andes, aletean sobre esta sierra; el puma ó pequeño león ronda por las cercanías de las majadas esperando un descuido para apoderarse de una oveja; el ganado vacuno pace tranquilamente en los prados; el arisco guanaco corre asustadizo por las quebradas á la menor alarma; pájaros cantores pueblan el ramaje de trinos y aleteos, y los enjambres de abejas zumban sobre las flores silvestres, retirándose luego á sus colmenas, improvisadas en las oquedades de las rocas.



SAN LUIS. CASA DE CORREOS

Esta sierra guarda en sus entrañas de granito enormes riquezas, como La Rioja y Catamarca. En la época colonial se explotaron sus yacimientos de oro y plata. Tiene además veneros de cobre, hierro y plomo, canteras de mármol de un hermoso verde esmeralda y depósitos de alumbre, caolín y otras materias valiosas. Según dicen los naturales del país, luego de las grandes lluvias, cuando las aguas descienden de los cerros, se encuentran por todas partes granos de oro que las corrientes han arrastrado de las cumbres.



SAN LUIS. PLAZA DE PRINGLES

Se llama «puntana» á esta sierra porque termina en forma de una punta granítica en el valle del Chorillo, donde se halla situada la ciudad de San Luis. Desde sus cumbres se domina un vasto horizonte, limitado al Oeste por los Andes. En el vasto panorama brillan las aguas del lago Bebedero, y la gran cañada del Balde parece el lecho blancuzco de un mar interior desecado hace siglos. También se ve, transmontando la sierra, el valle de Las Chacras, donde el general San Martín organizó los batallones puntanos que habían de seguirle en su expedición al Pacífico, mandados por Pringles, Pedernera y otros



SAN LUIS. UN PAISAJE DE LAS LLANURAS

héroes del país. La capital de la provincia fué fundada en 1596 por Don Martín de Loyola, procedente de Chile, á orillas del arroyo Chorillo y en la punta Sur de la sierra, que muchos siguen llamando «Punta de los Venados». San Luis se halla á 718 metros sobre el nivel del mar. Por uno de sus lados se extiende la pampa, que llega hasta el Atlántico ó se pierde en las soledades de la Patagonia. Por el lado del Oeste cierran el horizonte las nevadas cumbres de los Andes, entre las cuales se alza el pico Tupungato, una de las mayores alturas andinas, pues tiene cerca de 7.000 metros.



SAN LUIS. LA ANTIGUA GALERA

Desde las calles de San Luis se ven grandes montañas, blancas en invierno y de un color verde oscuro cuando se disuelven las nieves; color que es producto de los pastos que cubren sus laderas.

Tiene San Luis 12.000 habitantes, y la obra pública más notable de la ciudad es el acueducto del arroyo Chorillo, que la provee de agua. Posee Colegio Nacional, Escuela Normal y otros establecimientos de enseñanza, dos bibliotecas, Bancos, hospitales, sociedades y varias fábricas. Cuenta, además, con varios jardines, y la plaza del Coronel Pringles es muy hermosa por sus arboledas.

Durante la guerra de la Independencia fué teatro esta ciudad de un suceso sangriento. Después de la batalla de Chacabuco, ganada por San Martín en Chile, se estableció un depósito de prisioneros en San Luis, siendo conducidos á él, entre otros jefes y oficiales del ejército realista de España, el general Marcó del Pónt, ex gobernador de Chile, y los coroneles Primo de Rivera, Morgado y Don Rafael Maroto, el mismo que años después había de mandar en la Península el ejército carlista, dando término á la guerra civil con el Convenio de Vergara. Una parte de estos jefes y oficiales, que permanecían inactivos en San Luis, soñaron, á impulsos de su carácter aventurero, con la empresa descabellada de apoderarse de la ciudad, iniciando la reconquista de la nación argentina. Como era de esperar, fracasó este plan disparatado, siendo pasados por las armas el coronel Primo de Rivera, promotor del movimiento, y otros jefes y oficiales.

En la provincia existe una población de mayor número de habitantes que la capital y comercio más activo. Es la ciudad de Mercedes, que tiene 15.000 vecinos y un valioso tráfico, por ser estación convergente de las cuatro líneas férreas de la provincia, que se juntan en ella. Esta circunstancia hace que Mercedes sobrepuje en movimiento á la capital. Los demás centros urbanos de la provincia dignos de mencionarse por su importancia son Ayacucho, Renca, Dolores, Pederneras y Pringles.

* * *

El tigre, que fué muy abundante en esta provincia, casi ha desaparecido á causa de la guerra que le hacen los campesinos. También ha disminuído mucho el puma, que vive en los bosques de la sierra. Como aflige con graves daños á la ganadería, los pastores amaestran perros feroces para la persecución de esta bestia carnicera. En las llanuras abundan el ciervo, el venado y el gamo, de exquisita carne; el guanaco vive en la montaña con preferencia á la pampa. Los reptiles no son tan abundantes como en las provincias cercanas, y apenas si se encuentran algunas serpientes poco venenosas. El avestruz corre en bandadas por los llanos, y abundan en los bosques loros, calandrias, cardenales y palomas silvestres. El condor ataca á los ganados cuando tiene hambre, especialmente á las majadas de ovejas. Se ha visto también alguna vez á esta ave poderosa persiguiendo terneros de un año, y matándolos.

Como ya dijimos, la vegetación silvestre de San Luis consiste en plantas de madera dura, con grandes espinas. El árbol más generalizado es el algarrobo negro, cuyas vainas coriáceas constituyen un alimento para la gente pobre. Con el fruto



UN RÍO DE SAN LUIS

del algarrobo blanco se fabrica la bebida llamada «aloja», refresco tradicional muy apreciado.

El cultivo de la alfalfa aumenta con rapidez en la provincia de San Luis. Todos los años se extiende de un modo considerable el área dedicada á este forraje. La ganadería intensiva se desarrolla mucho en los campos de alfalfa, donde se engordan novillos para la exportación.



ACUEDUCTO DE SAN LUIS

De sus productos mineros, el más famoso es el mármol verde, llamado «onix de San Luis». Este hermoso mármol, con el que se hacen graciosas obras de arte, obtiene gran éxito en Europa y es muy buscado; pero como su producción resulta escasa, se fabrican imitaciones artificiales, vendiéndolas con el nombre de mármol del Brasil.

San Luis ha pasado largos años de aislamiento y pobreza. La sequía y la falta de comunicaciones mantuvieron á esta provincia en mísera situación. Hoy las obras irrigatorias y los ferrocarriles empiezan á cambiar su aspecto, fecundando sus campos, dando salida á sus productos y comunicando un apreciable movimiento comercial á Villa Mercedes y otras de sus poblaciones.

SAN JUAN

Situada esta provincia en la vertiente oriental de los Andes, y cruzada además por los cordones de la precordillera, su territorio montañoso en gran parte, ofrece llanuras y valles entre las diversas cadenas de sierras.

El suelo es igual al de las otras provincias de Cuyo. Donde se encuentra agua crecen lozanas las plantas, produciendo abundantes frutos: donde no hay riego, la tierra ofrece un aspecto desolado, sin otro adorno que una vegetación rala y espinosa. Por fortuna, las montañas proporcionan á los 25 ó 30 valles encajonados en ellas gran cantidad de arroyos que refrescan el suelo, dando origen á una espléndida flora. Por esto la vida de San Juan se ha concentrado en las cercanías de las montañas, buscando la vecindad del agua.

En sus límites con la provincia de San Luis, se encuentra la región de los médanos, árida y movediza, que de nada sirve á la agricultura. Otra gran extensión de la provincia la ocupan los desiertos, á los que llaman «travesías», para indicar sin duda con esta palabra que el hombre sólo puede visitarlos de paso, sin intento alguno de establecerse en ellos. Son extensiones de muchos centenares de kilómetros, sin agua, sin hierbas, ardientes en verano y barridas en invierno por fríos huracánes. Los principales desiertos llevan el nombre de travesía de Tocota, travesía de Matagusanos, travesía del Zanjón y travesía del Bermejo ó Ampamaca.



SAN JUAN. CASA DONDE NACIÓ SARMIENTO

En realidad, la provincia de San Juan puede considerarse como un desierto de tierra dura, hostil y sin la más leve capa de vegetación. Pero este desierto tiene montañas, y entre las montañas hay valles, que son oasis, en los que disfrutan los pobladores del país de una vida próspera y abundante. Estos valles ricos, bien cultivados y regados, son los de Calingasta, Jachal, Zonda, Tulín, Castaño, Pismanta y otros.

La sequedad del clima completa la aridez del desierto. Son muy raras las lluvias y la temperatura ardiente, hasta el punto de que el invierno resulta una estación deliciosa. Por esto, donde las corrientes de agua de la cordillera pueden refrescar los campos, se producen magníficas cosechas en un ambiente dulce y favorable.

El viento huracanado, llamado «zonda», azota de vez en cuando á este país. Es un viento semejante al *simoún* del desierto de Sahara. Tal es su fuerza, que derriba los árboles y quebranta las casas, perjudicando igualmente á las cosechas, por ser caliente, sofocante y de excesiva sequedad. Cuando sopla el zonda dos días seguidos, nadie sale al campo y las gentes se refugian en las casas, cerrando las puertas y mojando interiormente las paredes para gozar de alguna frescura.

El área territorial de San Juan es de 98.000 kilómetros cuadrados, con unos 100.000 habitantes. De las numerosas montañas de la provincia bajan ríos como el San Juan, formado por el Castaño y el de los Patos, el Bermejo y el Jachal é innumerables arroyos, el Zonda, el Iglesias,

Chaparro, Jagüel y otros. El río San Juan va á desparramarse en una hoya situada en el límite Sudeste de la provincia, formando las lagunas y bañados de Huanacache.

Tiene San Juan el lago más sorprendente de todo el país argentino, el llamado de los Patos, situado en una meseta de los Andes que lleva el mismo nombre, á 4.000 metros sobre el nivel del mar. Este lago de tan considerable altura es de aguas cristalinas procedentes de la licuefacción de las nieves. Encajonado entre muros graníticos y verticales, ofrece en la época del deshielo un aspecto maravilloso. Los témpanos caen en su clara copa estruendosamente y flotan después como cisnes enormes de cristal.



PATIO DE LA CASA DE SARMIENTO

Los Andes sanjuaninos tienen una regular vegetación en el verano, con innumerables cascadas, producto del derretimiento de las nieves. Pero esto sólo ocurre en determinados parajes de la cordillera, pues el resto ofrece su aspecto habitual de grandeza desolada y trágica.

En esta parte de los Andes se alza el Aconcagua, que es el pico más elevado de la cordillera, con 7.300 metros. Los pasos andinos que ponen en comunicación á San Juan con Chile, llegan á más de 4.600 metros de altura.

La parte montañosa de la provincia encierra grandes tesoros minerales, como todos los países andinos. Hay en San Juan, además de yacimientos de carbón y mármoles, toda clase de metales, siendo nombradas las minas de oro de Gualilán y Huachi, Morado y Marayes, y las de plata del Tontal y Castaño, la Huerta y Guayaguás.

Los ríos sanjuaninos, de que ya hemos hablado, son de forma variable. Algunos valles actuales, de gran feracidad, parece que fueron antiguos lechos de ríos que hace siglos han cambiado de curso. El mismo lugar en que se halla asentada la ciudad de San Juan es indudablemente un antiguo cauce. Al cambiar de curso los ríos, dejan á sus espaldas valles profundos de rico terreno de aluvión, preparado para la agricultura; y el hombre se aprovecha luego de ellos, convirtiéndolos en huertas feraces.

Estos ríos de San Juan, así como los de Mendoza, La Rioja y Catamarca, son de rapidísima corriente y lecho angosto y profundo, despeñándose con muy pocas revueltas desde las alturas andinas. Durante el invierno no resultan temibles los ríos de la cordillera; pero cuando el sol estival funde la nieve de las cumbres, engrosan enormemente, y se precipita en la llanura no pudiendo contener entre las orillas todo su caudal de agua, desbordándose con rápidos saltos y cataratas, que ponen en peligro la vida de los viajeros y perjudican á los campos y las viviendas.



SAN JUAN, DIQUE DE ZONDA

En el valle de Zonda, á 20 kilómetros de la ciudad de San Juan, se ha construído el dique de Zonda, para evitar los perjuicios causados por las crecientes de dicha quebrada y regularizar la irrigación. Esta obra hidráulica, de gran valor, embalsa una cantidad enorme de metros cúbicos de agua, distribuyéndolos luego en épocas de sequía.

* * *

La gran riqueza de San Juan es la agricultura. Existe la industria ganadera, que hace su principal comercio por los pasos andinos para surtir de ganado las provincias mineras del Norte de Chile; pero esta industria decae ante la importancia, cada vez mayor, de la vinicultura sanjuanina.

La vid alcanza un desarrollo notable en las tierras de San Juan, dando frutos muy abundantes y de excelente calidad. Se calcula que en esta provincia mil cepas, á los seis años de plantadas, dan anualmente de 10.000 á 16.000 kilogramos de uva. Hay en San Juan bodegas de construcción moderna, con maquinarias de las más recientes, que exportan por año miles y miles de bordalesas y dan trabajo á muchos centenares de personas.

Se cultivan en los valles de la provincia toda clase de cereales y frutas. Viven establecidos en ellos muchos agricultores extranjeros, especialmente españoles, que cultivan con gran éxito las frutas de Europa. Estos agricultores españoles han establecido la industria de las pasas, que se exportan en cajitas á toda la República y al exterior. Los melones de San Juan son, por su tamaño y sabor, los mejores del Sud-América.

El cultivo más importante en el valle de Jachal es la alfalfa, vendiéndose como semilla en el resto de la República. En los mercados del litoral la semilla de alfalfa de este valle sanjuanino se paga á precios extraordinarios. La prosperidad de Jachal es tan grande, que su territorio figura como el más poblado de la provincia. Hay, además, en varios distritos numerosos molinos de harina, que exportan grandes cantidades de este artículo.

Generalmente todos los



SAN JUAN. LA PLAZA (En el centro los monumentos de Sarmiento y fray Santa María del Oro).

valles de San Juan causan asombro por su fecundidad, que contrasta con el aspecto desolado de las llanuras inmediatas. Estos valles están surcados por numerosas acequias, en cuyos bordes álzase una fila doble de álamos. En las cercanías de San Juan hay caminos que son espesas alamedas, como no pueden verse en ninguna otra provincia. Tienen á ambos lados hileras de sauces que hunden las raíces en el agua; y su frondosidad es tal, que juntan á gran altura las desmayadas cabelleras, formando un túnel, en el que no penetra el más leve rayo de sol. En estos paseos la sombra, de un tono verde intenso, da á personas y objetos el mismo color que si estuviesen en el fondo del mar.

No se diferencia la fauna de San Juan de la de las provincias cercanas. En ciertos distritos existe el puma ó león, pero se ve muy perseguido y próximo á extinguirse. El guanaco, el zorro, el jabalí, el aguará, la liebre, la vizcacha y la comadreja son más abundantes. De los reptiles, los únicos temibles son la boa ó *ampalaua* y la serpiente de cascabel; pero estos ofidios sólo se encuentran en los terrenos poco habitados.

La explotación de las minas que antes mencionamos es limitada é intermitente. La minería de San Juan, como la de todas las provincias argentinas, está aún en sus comienzos y tardará en desarrollarse, pues la ganadería y la agricultura atraen, con un resultado más inmediato, el capital y los brazos. Casi puede decirse que en toda la Argentina fueron más trabajadas las minas durante la dominación española que en los tiempos actuales, teniendo en cuenta la diferencia entre los medios de que se disponía en aquella época y los del presente. Las minas de oro de Huachi, en el departamento sanjuanino de Jachal, parece que fueron explotadas primitivamente por los indios huarpes y luego por los conquistadores. Tal era su abundancia que, según cuenta la tradición, los españoles pesaban el oro en fuertes romanas, despreciando las pequeñas fracciones. Existen también en la provincia las minas de oro de Chita, las de plata de Salado y Fierro y otras.

El comercio directo de ganado que sostienen los sanjuaninos con Chile, utiliza los pasos ó boquetes de la Cordillera, situados todos á más de 4.000 metros de altura. Estos pasos son el de Agua Negra, en el departamento de Jachal; el de la Deidad, que pone en comunicación con la intendencia chilena de Coquimbo; el de Doña Ana, por donde avanzó, en 1817, la vanguardia del ejército de San Martín; los de Conconta, Calangui y Calingasta, Tocota y las Llaretas y el famoso de los Patos, inmediato á la laguna del mismo nombre, por el que pasó también una parte de las tropas de la Independencia para libertar á los pueblos del Pacífico.

* * *

La ciudad de San Juan fué fundada en 1561 por Don Juan Jofré, teniente gobernador de la provincia de Cuyo, que dependía entonces de Chile. Jofré salió de Mendoza al frente de una expedición para explorar algunos valles y fundó esta ciudad, llamándola San Juan de la Frontera, por estar en ella la línea divisoria entre los españoles y los indios. Los indígenas de Jachal y otros valles parece que resistieron mucho á los conquistadores, y aun después de sometidos llevaron una vida casi independiente. Cuenta Sarmiento que el último cacique de los jachales vivió hasta 1830, habiendo llegado en su senectud á una edad de ciento veinte años.

Hay que imaginarse la vida de los primeros pobladores de San Juan y las otras ciudades andinas. Eran pocos en número; tenían que sufrir los rigores de un cielo abrasador y de un suelo avaro, que sólo daba frutos sometido al cultivo; les faltaba lo más necesario para la vida, y casi todos ellos procedían del Perú, abundante en oro. Habían dejado á sus espaldas las riquezas de los Incas, avanzando con su característica audacia por la tierra americana en busca de mayores tesoros, que esperaban encontrar en la vertiente oriental de Los Andes. Y los tesoros desvanecíanse; y los conquistadores, para poder vivir en esta tierra rebelde, tenían que dedicarse á cultivarla.

Habían salido de España por no ser labradores. Tierras abundantes tenían en Andalucía, en Castilla y en las provincias del Norte; pero ellos deseaban, como sol-



SAN JUAN. CANAL DE LA TOMA



PLAZA DE SAN JUAN

dados sin miedo, conquistar reinos, adquirir riquezas, y navegaban para esto en frágiles naves por el Atlántico y el Pacífico, salvando después los Andes con un viaje largo y penoso, que infunde asombro. Y cuando al fin llegaban á la tierra de promisión, tenían que dedicarse á la agricultura, que habían despreciado en su país; labrar la tierra, con menos comodidades que en la Península, empleando en estos menesteres sus brazos de héroes, avezados únicamente al manejo del arcabuz y la espada.

Como dice Sarmiento, la situación de las ciudades andinas revela la idea fija que guiaba á sus fundadores. Todas ellas fueron creadas bajo la obsesión de las minas de oro, buscando acceso á las montañas donde podían encontrar mineral, y olvidando absolutamente el contacto con las costas, que es ahora la mayor preocupación de los que piensan dedicarse al comercio. El desengaño y la necesidad impulsaron á los soldados españoles á convertirse en labradores, y la agricultura se fué desarrollando; pero sus frutos no encontraron salida, por hallarse las ciudades en aislados rincones de la montaña, lejos de las costas, defecto capital que sólo desde hace algunos años ha remediado el ferrocarril.

El fantasma del oro siguió perturbando durante dos siglos la tranquilidad de españoles y mestizos, que vivían una existencia plácida y monótona en la época colonial. La preocupación del vecindario sanjuanino, como el de otras poblaciones andinas, fué el descubrimiento de tesoros ocultos en la montaña, cuya existencia afirmaban numerosos cuentos y tradiciones. Estas esperanzas se perpetuaron hasta el siglo XIX, verificándose casi en nuestros días secretas expediciones á la cordillera para el descubrimiento de minas y tesoros, con arreglo á las instrucciones de algún baqueano, que decía haber heredado de los antiguos indios un buen «derrotero».

Consistía el «derrotero» en un itinerario misterioso transmitido de padres á hijos, mediante el cual podía descubrirse en lo más intrincado de los Andes los tesoros que ocultaron los antiguos jefes indígenas. Esta ocultación de riquezas era cierta en el Perú, en México y otros países, donde se habían descubierto grandes enterramientos de oro. Como muchos de los conquistadores establecidos en San Juan y otras poblaciones andinas procedían del Perú, estaban dispuestos á aceptar crédulamente toda clase de itinerarios. Los indios del país halagábanles con sus relatos misteriosos y los «derroteros» que decían haber heredado de sus antecesores.

En los primeros años coloniales salieron de Mendoza y San Juan muchas expediciones de hombres á caballo, siguiendo á algún indio que les hablaba de un lejano país de riquezas, al que bautizaron los españoles con el nombre de Nuevo Cuzco. Marchaban días y días siguiendo al indio trapacero; daban vueltas por cañadas y mesetas, y ascendían lentamente las abruptas cimas, hasta que escaseaban los víveres y los expedicionarios comenzaban á perder la esperanza. Entonces el indio desaparecía durante la noche, y los expedicionarios, tras muchas penalidades, teniendo que matar sus caballos para mantenerse, y guiados por el instinto en tierras completamente desconocidas, volvían enfermos, andrajosos y mohinos al lugar de partida.

De aquella época en que los hombres vivieron agitados por el fantasma del oro, quedan en San Juan y otras provincias andinas algunos relatos maravillosos, semejantes á los antiguos cuentos árabes. Aun hay gentes que creen en «derroteros», por desgracia perdidos, viejos itinerarios que conducían rectamente al lugar de la cordillera donde se ocultan los tesoros.

Uno de estos lugares es el llamado «Casas blancas», que nadie sabe dónde está. Según la tradición, las «Casas blancas» se hallan en la cumbre de una nevada y escarpadísima montaña, á la que ningún hombre puede subir si le faltan las indicaciones del suspirado «derrotero», pues en él se marcan los puntos accesibles. Sólo los condores y las águilas llegan volando al lugar de los tesoros. De las techumbres de «Casas blancas» cuelgan pescuezos de guanaco, y amarrados á ellos hay muchas bolsas de pepitas de oro, que dejaron los primitivos indios, huyendo de otras tribus enemigas, mucho antes de que llegasen los conquistadores. Según el «de-



SAN JUAN. UNA CALLE

rrotero», gran parte del oro se ha derramado ya por el suelo á causa de haberse podrido con el curso del tiempo muchos de los pescuezos de guanaco.

Se comprende que con tales relaciones anduviesen los primitivos vecinos de San Juan desasosegados é inquietos, deseando correr la tierra con nuevas aventuras en las que arrostraban el hambre, la sed y la muerte. Muchos de los cuentos de los indios huarpes tenían cierto fundamento, pues los indígenas se referían indudablemente á las minas de oro que existen en la provincia de San Juan.

La vida de la ciudad durante los siglos coloniales fué monótona y frugal; mas no por esto faltaron familias patricias, poseedoras de grandes territorios, que en esta provincia de Cuyo llevaban la existencia fastuosa de los príncipes. No se ofrecían ocasiones de gastar el dinero en aquella sociedad de costumbres patriarcales, y los potentados empleaban la riqueza en el boato y adorno de sus personas.



SAN JUAN. MONUMENTO Á SARMIENTO

En tiempos de la dominación española, el Perú y Chile eran más ricos y estaban en mayor contacto con la metrópoli que las costas del río de la Plata. La provincia de Cuyo, como dependiente de Chile, participaba de las ventajas de esta situación. Por ello, mientras en el litoral atlántico los vecinos de Buenos Aires y otras poblaciones eran rudos estancieros, que apenas si conocían las comodidades más elementales, los ricos de las provincias andinas gozaban de todos los refinamientos del lujo de la época.

Las familias más poderosas de Cuyo procedían de Chile y mantenían estrecha alianza con los próceres de este país por medio de frecuentes matrimonios. Los ricos cuyanos pasaban la cordillera para vivir con frecuencia en la aristocrática ciudad de Santiago ó enviaban á ella sus hijos.

Sarmiento, que alcanzó á ver de cerca los últimos restos de la vida colonial después de la Independencia, y escuchó, además, los relatos de su madre, que tenía una gran memoria y recordaba las costumbres cuyanas del siglo xviii, habla en su libro *Recuerdos de provincia* de una gran señora que residía en San Juan, Doña Antonia Irarrázabal, originaria de Chile. «Bandadas de negros esclavos de ambos sexos — dice — la servían en su caserón, enorme como un palacio, con amplios salones amueblados según el gusto de la época, con ricos tapices, suntuosos estrados y pesados cortinajes. Dos esclavas jóvenes dormían en la dorada alcoba de Doña Antonia para velarla el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violines y arpas, compuesta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festín de sus amos, y en la noche, dos esclavas, después de haber entibiado la cama con calentadores de plata y perfumado las habitaciones, procedían á desnudar al ama de los ricos faldellines de brocado, damasco ó melanía que usaba dentro de casa, calzando su cuco pie medias de seda acuchilladas de colores, que por canastadas enviaba á *repasar* á casa de sus parientas menos afortunadas. En los grandes días, las telas preciosas recamadas de oro, que hoy se conservan en forma de casullas en la iglesia de Santa Lucía, daban realce á su persona, que entre nubes de encajes de Holanda abrillantaban, aún más, zarcillos enormes de topacios, gargantillas de coral y un rosario de veturinas, piedras preciosas de color café entremezcladas de oro, y que divididas de diez en diez por limones de oro, torneados en espiral y grandes como huevos de gallina, iban á rematar cerca de las rodillas en una gran cruz de palo tocada en los Santos Lugares de Jerusalén y engastada en oro é incrustaciones de diamantes. Aún quedan en las antiguas testamentarías ricos vestidos y adornos de aquella época, que asombran á los pobres habitantes de hoy y dejan sospechar á los entendidos que ha habido una degeneración. Montaba Doña Antonia á caballo con frecuencia, precedida y seguida de sus esclavos, para dar una vista por sus viñas... Una ó dos veces al año tenía lugar en la casa una rara faena. Cerrábanse las gruesas puertas de la calle, claveteadas de enormes clavos de bronce, y poníanse en incomunicación ambos patios para apartar á la familia menuda. Entonces, cuenta mi madre que la negra Rosa, ladina y curiosa como un mico, le decía en novedoso cuchicheo: —



SAN JUAN. MONUMENTO Á FRAY LUIS SANTA MARÍA DEL ORO

«Hoy hay *asoleo*». Aplicando con tiento una escalera de mano á una ventanilla que daba al patio, la astuta esclava alzaba á mi madre, aun chicuela, cuidando que no asomase mucho la cabeza, para atisbar lo que en el gran patio pasaba. Todo él, según cuenta mi madre, que es la veracidad encarnada, estaba cubierto de cueros, sobre los cuales se tendían al sol en gruesa capa los pesos fuertes ennegrecidos, para despojarles del moho. Dos negros viejos, que eran depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo con tiento el sonoro grano. ¡Costumbres patriarcales de aquella época, en que la esclavitud no envilecía las buenas condiciones del negro fiel!... Fué la manía de los antiguos colonos á atesorar peso sobre peso y envanecerse de ello».

Los indios huarpes, que vivían en las tierras de San Juan cuando llegaron los conquistadores españoles, gozaban de una relativa civilización. Tenían ciudades de las cuales aun quedaban vestigios en la primera mitad del siglo XIX, compuestas de casas circulares y diseminadas, con el atrio hacia el oriente. También se han encontrado obras suyas de alfarería y objetos de oro macizo. Vivían de la pesca en las lagunas de Huanacache, de la siembra del maíz y, sobre todo, de la caza de los guanacos. Esta caza la han repetido durante siglos los sanjuaninos, todos los años en determinada época, hasta que comenzó á escasear el guanaco por efecto de tal persecución.

El jesuíta Alonso de Ovalle dice así, al escribir en el siglo XVII su libro sobre el reino de Chile: «Un corregidor y capitán general que fué de la provincia de Cuyo, me contó que luego que los indios huarpes reconocen las bandas de los guanacos, se les acercan y van en su seguimiento á pie y á un medio trote, llevándoles siempre á la vista, sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno ó dos días se vienen á cansar y rendir de manera que, con facilidad, llegan y los cogen y vuelven cargados con la presa á su casa, donde hacen fiesta con su familia, fabricando blandos y suaves pellones de los cueros, los cuales son muy calientes y regalados en el invierno».

Los españoles siguieron el sistema de caza de los huarpes, sin más modificación que la de realizarla á caballo, echando las voleadoras á los guanacos cuando los tenían á su alcance. Esta cacería se verificaba siempre á principios de primavera, cuando los guanacos se juntan en bandadas para internarse en los Andes, limpios ya en gran parte de nieves y con las laderas fertilizadas por el agua de los deshielos.

Ovalle habló dos siglos antes que Sarmiento de la gran habilidad de los huarpes para rastrear, ó sea para adivinar el paso de animales y personas por las huellas dejadas en el suelo.

Esta habilidad fué, sin duda, un resultado de la antigua caza á pie. «No dejaré de decir — escribe Ovalle — una singularísima gracia que Dios dió á estos indios huarpes, y es un particularísimo instinto para rastrear lo perdido ó hurtado. Contaré un caso que pasó en la ciudad de Santiago de Chile á vista de muchos. Habiendo faltado á cierta persona unos naranjos de su huerta, llamó á un huarpe, el cual le llevó de una parte á otra, por esta y la otra calle, torciendo esta esquina y volviendo á pasar por aquélla, hasta que últimamente dió con él en una casa, y hallando la puerta cerrada, le dijo: — «Toca y entra, que ahí están tus naranjos». Hízolo así, y halló sus naranjos. De estas cosas hacen todos los días muchas de grande admiración, siguiendo con gran seguridad el rastro, ora sea por piedras lisas, ora por hierbas ó por agua».

El mismo Ovalle fué el primero en ver y proclamar el porvenir de la tierra de Cuyo y el gran resultado que la inmigración europea podía sacar de los campos de San Juan y Mendoza. Dos siglos antes de que llegasen las primeras inmigraciones, decía Ovalle: «No hay duda que si comienza á acudir *gente de afuera*, aquella tierra será una de las más ricas de las Indias, porque su gran fertilidad y grosedad no necesita de otra cosa que de gente que la labre y gaste la gran abundancia de sus frutos y cosechas».

Persisten todavía entre los mestizos de San Juan ciertas costumbres en las que se nota una mezcla de cristianismo y antiguas creencias indígenas. Ocurre que las gentes del país, que parecen haber heredado de los huarpes, perseguidores incansables de guanacos, la facilidad para caminar, emprenden larguísimos viajes á pie y solos por desiertos, faltos de agua y de vegetación; marchas audaces cruzando las tierras desoladas, que llaman «travesías.» Unas veces perecen de hambre, por no conocer bien el camino; otras les sorprende un huracán del invierno y mueren helados en estas llanuras inconmensurables, donde no existe vivienda alguna ni quien oiga sus gritos implorando socorro. Son extensiones sin límites; tierras de maldición, que hacen pensar en un mundo muerto.

Muchos días después, cuando pasa otro viandante y encuentra el cadáver, coloca unas piedras sobre él para que no lo devoren los caranchos y otras aves de rapiña, fabrica con dos ramas espinosas una cruz y da aviso á la población más cercana.

Los parientes acuden desde enormes distancias para enterrar á la víctima, abriendo una fosa en el mismo lugar, y colocando sobre ella una cruz con el nombre del muerto. Junto á la tumba queda una cajita, un cacharro de cocina, una vieja lata de conservas, cualquier receptáculo, sujeto por dos piedras para que no lo arrastre el viento, y todos los caminantes se detienen para rezar una oración y depositar algunas monedas en el rústico cepillo. Por pobre que sea un viandante, no emprenderá una «travesía» donde sabe que hay una ó varias tumbas, sin que se provea de dinero para dejar una limosna en ellas.

Estas tumbas gozan de mayor ó menor popularidad, según el suceso trágico que recuerdan. Muchos difuntos han sido olvidados, y no queda de ellos otra memoria que la cruz de su sepultura. Algunos son recordados y compadecidos como si su desgracia datase de la semana anterior. La «difunta Correa» goza de una celebridad póstuma. Fué una pobre mujer llamada Correa de apellido, que con un hijo suyo en brazos y ago-

biada por la miseria, se lanzó en pleno invierno por una larga «travesía» para llegar á casa de unos parientes. El frío y el hambre acabaron con ella y su pequeñuelo, y este drama de la soledad conmueve á las mestizas sanjuaninas, que ven en la tumba de la «difunta Correa» casi un lugar de peregrinación. En sus viajes hacen largos rodeos para aproximarse á ella y depositar una limosna en el cepillo.

No hay cuidado de que alguien toque una sola moneda de las depositadas en las tumbas. Cualquiera podría apoderarse impunemente de estas cantidades, que ascienden á algunos pesos. En la soledad este acto quedaría ignorado, y, sin embargo, no se da el caso de que la «difunta Correa» ú otro de los muertos del desierto hayan sufrido el más leve despojo. Las limosnas permanecen intactas sobre la tumba semanas y meses durante la estación invernal, hasta que llegan los parientes del muerto á incautarse de ellas. Nadie averigua con qué derecho disponen éstos de las limosnas, ni qué grado de parentesco los unía con la víctima. El que desea encargarse de la fortuna de un difunto, lo hace alegando parentescos más ó menos lejanos, y todos reconocen su derecho. Unas veces el dinero se gasta en misas; otras contribuye al sostenimiento de los vivos, que de este modo heredan algo todos los meses del infeliz pariente fenecido en el desierto.

Los difuntos prestan también en la soledad el oficio de banqueros. Á lo mejor pasa junto á una tumba célebre algún caminante fatigado y andrajoso que se dirige á otro distrito en busca de ocupación. No tiene dinero; le falta lo más preciso para subsistir cuando llegue al inmediato pueblo, y tranquilamente mete una mano en el cepillo apoderándose de todas las limosnas y rebañándolo hasta el último centavo. Luego, en un pedazo de papel mugriento ó en el borde de un periódico, traza con lápiz ó carbón unas cuantas líneas confesando su deuda y prometiendo al difunto devolver el préstamo cuanto antes. Deja el papel en el cepillo bajo una piedra para que no se lo lleve el viento, y rara vez ocurre que olvide su promesa.

Apenas gana algún dinero vuelve en busca del



SAN JUAN. LA CATEDRAL



SAN JUAN. PLAZA DE 25 DE MAYO

muerto, retira el recibo y le devuelve la cantidad, depositando además, como interés del préstamo, algún cirio para que la familia lo recoja y lo haga arder en la iglesia más cercana.

El crédulo mestizo no se atreve á engañar á los muertos. Antes se privará de lo más indispensable que olvidar la devolución del préstamo. Los hombres no le inspiran miedo. Es capaz de andar á cuchilladas, sin contar el número de enemigos, en bailes y velorios; pero siente un pavor irresistible por las ánimas del purgatorio, y sabe ciertamente que el difunto vendría á tirarle de los pies durante el sueño, como un acreedor rabioso, exigiéndole el pago de su deuda.

***

La ciudad de San Juan ocupa una situación semejante á la de Mendoza, junto á las montañas altivas de la precordillera, que se extienden paralelamente al cordón central de los Andes. La ciudad aparece como una isla floreciente y verde en medio del cercano y árido desierto. Su clima es seco, pero muy saludable, desconociéndose en ella, según dicen, las enfermedades de la tisis y el asma.

Tiene más de 15.000 habitantes y abundan los buenos edificios, siendo los principales la Casa de Gobierno, la Biblioteca, la Escuela Sarmiento, el Colegio Nacional, la Escuela Normal, varias escuelas secundarias, clubs sociales y sucursales de Banco. El número de extranjeros residentes en San Juan es importante, figurando, en primer término, la colonia española, compuesta de ricos vinicultores, exportadores de pasas, cultivadores de chacras y dueños de establecimientos de molienda.

Esta colonia española se halla dividida en dos agrupaciones mantenedoras de diversos organismos benéficos, y todos sus individuos son gente activa y laboriosa, que contribuye al desarrollo de la riqueza del país.

Se halla gobernada actualmente la provincia de San Juan por el bizarro coronel Sarmiento, uno de los mejores artilleros del ejército argentino. Cerca de él desempeña las funciones de ministro el doctor Confortti, joven de vasta ilustración y grandes condiciones orato-

rias, que es el tribuno de todos los movimientos políticos y económicos de este país.

La plaza de 25 de Mayo, la principal de la ciudad, ofrece un risueño aspecto con su hermosa arboleda, que sirve como de marco á dos monumentos escultóricos: el de Fray Justo de Santa María del Oro y el del ilustre Sarmiento.

En otras plazas de la ciudad están las estatuas de Salvador María del Carril, gran político argentino, hijo de San Juan, y la de Narcio la Prida, presidente del Congreso de Tucumán en 1816, que proclamó la independencia de las provincias del Plata.

San Juan ha dado muchos hombres notables á la historia nacional. El fraile del Oro merece eterno recuerdo por su entereza republicana. Cuando Belgrano, Pueyrredón y casi todos los hombres de la Independencia eran monárquicos, incluso el general San Martín, soñando muchos de ellos con levantar un trono en la Argentina á la infanta Doña Carlota, que ofrecía los mismos defectos de Fernando VII, este valeroso fraile obligó, con su tenacidad y su energía, al Congreso de Tucumán á que proclamase la República. Don Salvador del Carril fué también otra inteligencia poderosa, servida por una voluntad enérgica... Pero sobre todos los grandes hombres sanjuaninos, descuella la figura del eminente Sarmiento, artista genial, múltiple y tumultuoso, que supo infundir un alma nueva al país argentino.


SAN JUAN. CASA DE GOBIERNO

Uno de los atractivos de esta ciudad es la visita de la pequeña casa colonial, en la que nació y pasó los primeros años de su vida el célebre escritor. Consiste en una modesta construcción de un solo piso, con angosto patio de paredes blancas, una higuera en el centro y algunos arbustos; patio que recuerda á los de la ciudad de Toledo. En este patio, y á la sombra de la higuera, tejía sus telas la señora Paula Albarracín, tipo de matrona á la antigua española, que fué madre del genial artista.

La familia de Sarmiento, venida á menos en los primeros años del siglo XIX, procedía, sin embargo, de la más noble estirpe de los conquistadores. La arrogante acometividad del escritor, su testarudez heroica y su apasionamiento arrollador y ruidoso, recuerdan á los antiguos hidalgos guerreadores que se embarcaron para las Indias Occidentales.

Su padre, que por la decadencia económica de la familia, fué simple empleado de una estancia, llegó á capitán en las tropas de la Independencia, y sus amigos le apodaban *Patria vieja*, por sus entusiasmos patrióticos. La madre representaba en el hogar la previsión, la prudencia y la sabiduría, así como las ideas del pasado, contra las que chocó muchas veces el carácter innovador y revoltoso del joven Sarmiento. Causa cierta emoción la visita á esta pequeña casa, sobria de adornos y de austera limpieza, primer escenario de un carácter inquieto, que al desarrollarse ensanchó con su expansión al país, dándole las primeras modalidades de pueblo moderno y preparando su situación presente.

Abundan en San Juan los edificios de lujoso aspecto, como en las grandes ciudades argentinas. Las paredes de los huertos y las casas de los pobres son de barro, formando en algunos sitios gruesos murallones; pero las viviendas de los ricos tienen en sus fachadas columnas, cornisas y frontones, lo mismo que los edificios de Buenos Aires. Ha sufrido San Juan varios terremotos, y como recuerdo de tales cataclismos se ven todavía columnas partidas, cornisas rotas y muros resquebrajados.

Esta ciudad goza de gran prosperidad comercial gracias á su producción agrícola, y hay en ella ricos bodegueros que manejan capitales enormes. En medio del campo se encuentran bellos edificios de reciente construcción, que imitan la arquitectura de las villas italianas ó de los castillos franceses. Son las residencias de los vinicultores. Junto á ellas se extienden, casi formando un pueblo, los talleres de tonelería y las bodegas con sus naves de catedral, en las que se alinean los conos gigantescos llenos de líquido.

La ganadería sanjuanina consta aproximadamente de 100.000 vacas, 80.000 ovejas, 70.000 caballos y mulas y otro tanto en las demás especies. Además, en la parte andina del territorio se explotan rebaños de alpacas y vicuñas.

Los educacionistas argentinos se quejan del poco desarrollo que alcanza la instrucción pública en esta provincia. De llevar otro nombre, tal vez no inspirase tales quejas; pero como San Juan es la patria de Sarmiento, gran defensor de la escuela, llama la atención que no aparezca mayor el número de sus centros de enseñanza. Estos son 110, con unos 14.000 alumnos.

La Escuela de Ingenieros de Minas, fundada en San Juan por Sarmiento, lleva una vida lánguida, pues hay años que no llega á tener 30 alumnos. Bien es verdad que esta carrera no ofrece grandes atractivos, pues

la minería argentina se halla en estado embrionario, y casi todas las explotaciones mineras son dirigidas por extranjeros. Sin embargo, los centros instructivos de la capital resultan tan notables como los de las mejores provincias, no por su instalación, sino por la enseñanza que se da en ellos. Especialmente la Escuela Normal y el Colegio Nacional merecen elogios. Las maestras sanjuaninas son de gran cultura, y muchas de ellas van á dirigir escuelas fuera de la provincia ó en los territorios nacionales.

Después de la ciudad de San Juan, el centro de población más importante es Jachal, que sostiene con Chile un activo comercio de ganados; San Agustín, Caucete, Alto de la Sierra y otros. Los viajeros visitan como obras notables el dique de irrigación y el valle de Zonda, donde las plantas, al abrigo de las montañas, toman considerables proporciones, y las parras se esparcen formando tupidos sombrajes.

La viña es la reina y señora de San Juan. Á ella se debe la prosperidad de la provincia y hace que ésta rivalice dignamente con la vecina Mendoza.

Ambas provincias proporcionan á la Argentina casi todo el vino nacional. Así como en España, cuando pasa un hombre ebrio se afirma que está «entre Pinto y Valdemoro», en la Argentina se dice que se halla «entre San Juan y Mendoza».

MENDOZA

La más importante de las provincias andinas es Mendoza, y una de las primeras de toda la República. Santa Fé, Tucumán y Córdoba le disputan la preeminencia en punto á riqueza y producción; pero Mendoza las supera en carácter propio, pues por hallarse lejos de Buenos Aires tiene que desarrollar mejor sus iniciativas y bastarse á sí misma.

Tal es su independencia al pie de los Andes, separada del litoral por provincias más pobres é insignificantes, que en ciertos aspectos de su vida parece Mendoza una República aparte, y sólo cuando se ve la bandera blanca y celeste en los edificios del gobierno, se recuerda que no es más que una provincia argentina. Su gobernador goza casi de tanta importancia como un presidente de República, y las fuerzas de policía que se hallan á sus órdenes forman un verdadero ejército. La riqueza del país, basada en la producción vinícola, permite cuantiosos gastos y el man-



EL FERROCARRIL ANDINO EN EL PASO DE USPALLATA (Plena cordillera).



ESTACIÓN DE USPALLATA

tenimiento de los servicios públicos con una amplitud generosa.

Tiene el territorio mendozino 146.000 kilómetros cuadrados con 170.000 habitantes, y á pesar de esta desproporción entre el suelo y el poblador, que da como resultado un habitante por kilómetro, Mendoza es de las provincias más pobladas de la República. Se explica esto teniendo en cuenta que una mitad de su área territorial la ocupan las montañas de la precordillera y de los Andes, cumbres y mesetas peñascosas y áridas, en las que resultan imposibles las expansiones agrícola y ganadera.

La población de Mendoza es de las que se desarrollan con más rapidez. En veinticinco años ha aumentado 100.000 habitantes, pasando de 70.000, que tenía en 1885, á 170.000. Todos los inmigrantes que no se quedan en el litoral y avanzan hacia el Este, acaban por establecerse en Mendoza, atraídos por la fuerza irresistible de su prosperidad.

En ella el clima resulta saludable, por ser en extremo seco. Llueve muy poco, especialmente en la parte vecina á la cordillera. Esto obedece á una causa física. Las cumbres de los montes atraen todo el vapor de agua suspendido en la atmósfera, para acumularlo



MENDOZA. ALAMEDA DEL GENERAL SAN MARTÍN

como nieve, no dejando que se derrame en lluvias sobre la llanura inmediata. Luego estas nieves se derriten al llegar el verano y forman los ríos, de los que extrae Mendoza sus canales de irrigación, desempeñando la precordillera las funciones de un gran depósito de reserva. En Mendoza jamás llueve en invierno, pero nieva alguna que otra vez.

El clima de Mendoza ofrece los mismos caracteres divisorios que el suelo. En la región montañosa es frío; templado en las llanuras orientales del Sur, y cálido en las del Norte, donde recibe algunas veces el mismo viento zonda que aflige á San Juan.

A pesar del frío, las regiones andinas tienen valles templados y sitios deliciosos con fuentes termales, famosas en toda la República. Los más importantes de estos valles son los de Uspallata, Punta de Vacas, Uco, Aconcagua y Tupungato, que toman sus nombres de las sierras inmediatas.

La parte montañosa de Mendoza es en todo el globo la que ofrece un aspecto más imponente y majestuoso. Las principales cumbres se elevan á inmensas alturas, con las cimas cubiertas de nieve aun en lo más riguroso del verano. Hay gran número de volcanes apagados, estrechos pasos, derrumbaderos profundos, pavorosos abismos y valles angostos ó amplios, por donde corren, formando rápidos saltos, muchos ríos y arroyos.



MENDOZA. UNA VIÑA

El número de sierras en que se divide el sistema orográfico de Mendoza es grande. Las cumbres van ascendiendo desde las primeras ondulaciones de la precordillera á la sierra del Paramillo, que alcanza 3.000 metros, y de ésta á las pirámides del Tupungato y el Aconcagua, que llegan á 7.000. Almacena la cordillera durante el invierno una cantidad enorme de nieves, cuyo derretimiento llena en verano los cauces de los ríos Mendoza, Tunuyán, Diamante, Atuel, Malargüe, el Grande y unas veinte corrientes de menor importancia. Cuando la licuefacción de las nieves aumenta con la llegada del estío los ríos de Mendoza, van á desaguar, así como los de San Juan, en las lagunas de Huanaca-



MENDOZA ANTIGUA. PLAZA ANTERIOR AL TERREMOTO DE 1861

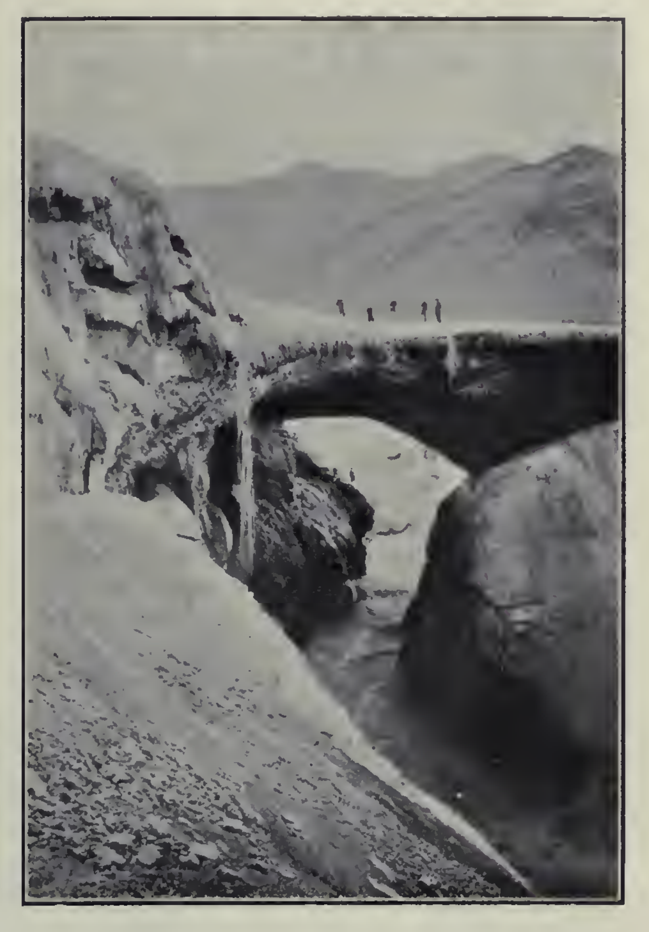
che, que recogen el sobrante fluvial de las dos provincias, y por esto se las designa con el título de Desaguadero.

* * *

El territorio de Mendoza fué descubierto y colonizado siendo gobernador de Chile Don García de Mendoza. Algunos indios huarpes le dieron noticias de los pueblos que existían al otro lado de los Andes, y queriendo aumentar sus conquistas, envió una expedición hacia Oriente. Uno de sus capitanes, Don Pedro del Castillo, con 100 jinetes españoles y 500 indios auxiliares, trepó las montañas, y siguiendo las sendas conocidas y frecuentadas desde un siglo antes por los súbditos de los emperadores del Perú, llegó, en el lado opuesto de los Andes, á unas tierras donde los indígenas practicaban la agricultura valiéndose de la irrigación, que se distribuía por medio de canales artificiales. Cada uno de éstos pertenecía á una agrupación de familias que sembraban el maíz y la patata. Los españoles añadieron á este cultivo el del trigo.

En 1561, Don Pedro del Castillo echó los cimientos de la ciudad de Mendoza, en el sitio que hoy se conoce con el nombre de Guaymallén, á un kilómetro de la ciudad actual. Castillo hubo de volver á Chile á la muerte de Don García de Mendoza, y el nuevo capitán general de Chile, Don Francisco de Villagra, envió entonces á la recién fundada Mendoza otro teniente gobernador, Don Juan Jofré, que fundó luego á San Juan.

Jofré, encontrando mal situada la primitiva ciudad, la trasladó al lugar que hoy ocupa, llamándola Resurrección. Tuvieron que pelear mucho los españoles



EL PUENTE DEL INCA (Debajo de él están las termas).

con algunas tribus indígenas. Las que ocupaban los terrenos del Norte y del Este se sometieron fácilmente; pero los pehuenches y cogunches, razas indómitas, iguales á los araucanos, resistieron con tenacidad, manteniendo su independencia salvaje hasta el último tercio del siglo XIX, ó sea al realizarse la campaña del desierto.

Mendoza vivió la tranquila existencia colonial, sin otros incidentes que algunas sublevaciones de los huarpes, irritados por el abusivo sistema de las encomiendas.

También los fieros pehuenches obligaban á los mendozinos á vivir en incesante vigilancia, por sus frecuentes malones. Á mediados del siglo XVII, un nuevo elemento vino á unirse á la población mestiza, producto del cruzamiento de españoles é indios. Los corsarios in-



MENDOZA. ESCUADRÓN DE CORACEROS (Escolta del Gobernador).


UNA VIÑA DE MENDOZA

gleses empezaron á introducir negros en la América del Sur, y Mendoza recibió gran cantidad de gente africana.

Era Mendoza en aquellos tiempos una dependencia de Chile, como las demás poblaciones del llamado Cuyo. Ella, San Juan y San Luis, estaban aisladas de las demás provincias que forman hoy la República Argentina. El desierto, con sus hordas salvajes, separaba á Mendoza del litoral platense, y todo lo exterior lo recibía de Chile, á través de la cordillera. Las mercancías de Europa adquiríalas en los mercados del Perú y las hacía venir á lomo de mula por los pasos de los Andes. Esta dificultad en la comunicación traía consigo grandes penurias y escaseces, habituándose Mendoza, desde el principio de su existencia, á satisfacer sus necesidades con una industria ruda, pero propia, que imitaba los objetos de Europa.


MENDOZA. RUINAS DEL TERREMOTO

Al quedar constituído el virreinato de La Plata, anexionándose la provincia de Cuyo, con el título de Intendencia, se creó en Mendoza un movimiento comercial, que buscó salida por los puertos del Plata, estableciendo para siempre relaciones directas con Buenos Aires. Los prisioneros portugueses que hizo el virrey Zeballos en sus guerras con el Brasil, fueron internados en Mendoza, y acabaron muchos de ellos por radicarse en el país cuando recobraron la libertad. La presencia de estos extranjeros y de otros, habituados á correr el mundo, y un creciente movimiento comercial, transformaron la aislada ciudad andina, introduciendo nuevos usos sociales y haciendo más cómoda y regalada la existencia de sus habitantes.

A pesar de la distancia enorme entre Mendoza y Buenos Aires, que requería para ser salvada á lomo de mula tanto tiempo como para hacer un viaje á Europa, fueron muchos los mendozinos que marcharon á las riberas del Plata al ocurrir las invasiones inglesas, para defender á Buenos Aires.

El movimiento revolucionario, iniciado en Mayo de 1810, fué contestado inmediatamente por el pueblo de Cuyo, que ayudó á la vez con hombres y dineros á los patriotas de la Argentina y á los de Chile.

San Martín recordaba siempre con emoción el apoyo que le prestó esta ciudad cuando preparaba su campaña libertadora del Pacífico. En 1814 llegó San Martín á Mendoza, nombrado intendente de Cuyo por el gobierno nacional. Proyectaba ya su expedición al otro lado de la cordillera; pero los gobernantes de Buenos Aires, que se hallaban en la mayor penuria, no podían darle otra cosa que palabras sonoras de entusiasmo, pues carecían de medios para auxiliarle. Los patriotas mendozinos prepararon á sus expensas casi toda la expedición. Reunió Mendoza un ejército de 4.000 hombres, lo mantuvo durante el largo período de su organización hasta que marchó á Chile, lo uniformó con telas tejidas en el mismo país, fabricó una gran parte de su arma-


MENDOZA. PLAZA DE BUENOS AIRES


MENDOZA. CALLE LAS HERAS



MENDOZA. PLAZA DE LIMA



UNA AVENIDA DE LA PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

mento y reunió las mulas necesarias para la expedición, que fueron algunos miles. Escaseaba el dinero después de gastos tan cuantiosos, y las damas mendozinas se despojaron de sus alhajas, ofreciéndolas al general para que con ellas atendiese á las necesidades de la expedición.

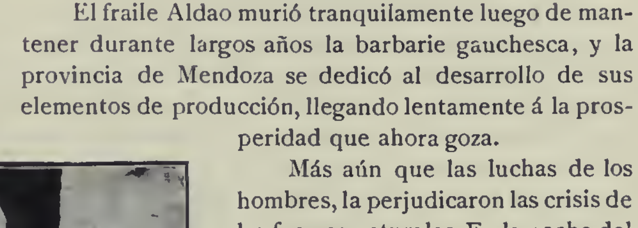
Mientras San Martín, con el ejército de Cuyo y otras fuerzas argentinas, batallaba en las costas del Pacífico, Mendoza fué teatro de varias sublevaciones, que parecían anunciar el cercano período de anarquía. En su plaza Central fueron fusilados los hermanos Carrera, caudillos chilenos de gran valor é inquieto carácter.



PUENTE DEL INCA. ENTREGA DE LA CORRESPONDENCIA

En 1829, al mismo tiempo que empezaba á delinearse en Buenos Aires la figura de Rosas, surgió en Mendoza otro tirano, el general Don José Félix Aldao, conocido vulgarmente con el nombre del «fraile Aldao.» Era éste un antiguo dominico, hombre de gran valor, genio arrogante y costumbres un tanto licenciosas, que acompañó al ejército de San Martín como capellán de un regimiento. Sus aficiones bélicas le hicieron abandonar los hábitos para ceñirse el sable, portándose como soldado valeroso. Terminada la guerra, se erigió en dictador de su provincia, sometiendo Mendoza á una tiranía insufrible, desde 1829 á 1845.

Aldao, que aparte de sus buenas condiciones militares era un ebrio, de genio violento, cometió un sinnúmero de crímenes para mantener su despotismo. Le obedecían con lúgubre entusiasmo unas chusmas de montoneros que gravitaban sobre la provincia como la más intolerable de las calamidades, y cuando el dictador se creía amenazado por los unitarios, reclamaba el apoyo de las tribus salvajes del Sur. Los indios estaban en buenas relaciones con Aldao, lo mismo que con los otros gobernadores federales amigos de Rosas. Gracias á estas alianzas, los guerreros cobrizos del desierto podían entrar como dominadores en las ciudades civilizadas.



El fraile Aldao murió tranquilamente luego de mantener durante largos años la barbarie gauchesca, y la provincia de Mendoza se dedicó al desarrollo de sus elementos de producción, llegando lentamente á la prosperidad que ahora goza.

Más aún que las luchas de los hombres, la perjudicaron las crisis de las fuerzas naturales. En la noche del 20 de Marzo de 1861, un terremoto la destruyó hasta sus cimientos, quedando sólo en pie las ruinas de algunas iglesias, que han adquirido con los años un aspecto pintoresco é interesante.

Este cataclismo fué tan enorme, que Mendoza necesitó de todas sus fuerzas para reponerse. Otra provincia más pobre y de habitantes menos enérgicos, no se habría librado aun á estas horas de las consecuencias de tal catástrofe. Por fortuna, Mendoza es un país de recursos inagotables, y el fruto de su trabajo hizo desaparecer hasta los últimos rastros del cruel atentado de la Naturaleza.



PUENTE DEL INCA. EL BALNEARIO



MENDOZA. PLAZA DE LA INDEPENDENCIA



MENDOZA. CALLE NECOCHEA

Su flora es tan rica y variada, como la de las mejores provincias argentinas, y únicamente faltan en ella las especies peculiares de la zona subtropical. Esta flora la estudió Darwin en el viaje que hizo en su juventud á Sud-América. En la parte oriental, ó sea en la llanura, tiene chañares, retamos y algarrobos. En la parte central se extiende la viña, que es la riqueza del país.



PUENTE DEL INCA. LA CASA DE LOS CORREOS

Parecen los viñedos de Mendoza jardines de lujo, por la pulcritud con que son cuidadas las plantas y el estado de la tierra, arada con gran esmero. Las cepas, de largos vástagos, se apoyan en fuertes alambrados, formando muros de verdura, de geométrica rectitud, altos de dos ó tres metros. Las bodegas son verdaderos pueblos, en los que resuenan, de sol á sol, los mil ruidos del trabajo y humean las chimenas de las máquinas de vapor. En los valles de la precordillera la alfalfa brilla, con un verde esmeralda, húmeda y tierna por la continua irrigación, y en sus prados se amontona la ganadería vacuna, opíparamente alimentada con un pasto intensivo.

La fauna mendozina no es tan brillante como la de los países subtropicales; pero, en cambio, ofrece menos peligros. No se conocen en la provincia los reptiles venenosos, y el jaguar hace tiempo que no da señales de existencia. Los llamas abundan en la región montañosa y descienden de ella cuando la cubren las nieves. También se encuentra en los parajes más intrincados de la cordillera el pecari ó jabalí. Son frecuentes en los terrenos no cultivados el aguará, el zorro, el chiñé, el hurón, la comadreja y el quirquincho. En las alturas se ve muy perseguida por la preciosidad de su piel la chinchilla llamada «vizcacha de la sierra».



EL PUENTE DEL INCA VISTO DEL LADO DE LOS BAÑOS

Las aves parecen dominar esta región montañosa. El rey del país andino es el condor, que ataca muchas veces solo, ó en grupo, á las reses vacunas. También abundan en los aires las águilas y los halcones, y en los campos se encuentra el llamado loro barranquero. En los terrenos incultos corretea el avestruz, cuya pluma es objeto de un comercio importante.

La riqueza de Mendoza consiste en el riego. Para apreciar su importancia hay que ver ciertos terrenos mendozinos, á los que no llega todavía la caricia del agua. Son superficies yermas, moteadas á trechos de plantas silvestres sin ninguna utilidad. Estos campos, apenas reciben el contacto de la irrigación, se prestan á todos los cultivos, dando enormes cosechas.

El riego se conocía en este país antes de la llegada de los españoles, cuando Cuyo era una dependencia del imperio de los Incas. Varios canales importantes poseía ya el suelo de Mendoza cuando se hallaba en poder de los indios huarpes. Dichos canales habían sido construídos un siglo antes de la conquista, bajo la dirección de unos artífices enviados del Perú por Yupanqui, Inca octavo de su dinastía. Los canales eran tres y llevaba cada uno el nombre del cacique de la tribu que lo explotaba. Uno pertenecía al cacique Allaime, otro al cacique Tobar, y el de en medio, ó sea el que llaman actualmente del Zanjón, era del cacique Guaymallén, que ha dado igualmente su nombre á una po-

blación inmediata á Mendoza y á uno de los departamentos más ricos de la provincia.

Estos canales, cuyas primeras trazas fueron marcadas por ingenieros indígenas, hace cerca de cinco siglos, sirven hoy, juntos con otros modernos, para la irrigación de 250.000 hectáreas aproximadamente. El gran canal de San Martín y otras obras hidráulicas contribuyen al riego de tan enorme extensión de tierra cultivada, sangrando y distribuyendo las aguas de los ríos Mendoza, Tunuyán, Diamante, Atuel y varios arroyos. De los cultivos, el principal es el de la viña, que abarca 30.000 hectáreas y produce enormes ganancias.

La industria vinícola, tanto en Mendoza como en las otras poblaciones del antiguo Cuyo, se inició en la época colonial, y tuvo por origen las primeras cepas importadas por los españoles. Estas plantas se adaptaron fácilmente á una tierra fértil, con abundante irrigación. Hace más de tres siglos, el vino de Mendoza era conocido en todos los territorios que forman la actual República Argentina; y tal era el aprecio en que se le tenía, que llegaba hasta los puertos del litoral, con un viaje costoso y abundante en peligros. La dificultad de los medios de transporte mantuvo las viñas de Mendoza en una situación estacionaria. Apenas había consumo. Los pueblos del litoral platense que carecían de vino se hallaban á una distancia de Cuyo que representaba un viaje de meses. Chile, que era el país de más estrecha relación con la tierra cuyana, poseía grandes viñedos. Unicamente cuando el ferrocarril fué extendiéndose por el país argentino hasta llegar á Mendoza, empezó á ensancharse el área de las viñas y nació verdaderamente la industria vinícola. Pagan los vinos extranjeros considerables derechos de introducción, lo que protege mucho á esta industria nacional. Mendoza, con la llegada del ferrocarril, se convirtió rápidamente en uno de los primeros centros de explotación. Subió enormemente el precio de la tierra, se mejoraron y aumentaron las obras de irrigación y se suprimió la viña criolla, siendo sustituída con cepas de importación europea y del vecino Chile. Hoy la industria vinícola de Mendoza representa uno de los mejores negocios de la Argentina y es origen de enormes fortunas.

Como en esta República todas las cosas nuevas se hacen en grande, las bodegas de Mendoza, de reciente creación, figuran como las más enormes del mundo. Son



MENDOZA. AVENIDA SAN MARTÍN



PUENTE DEL INCA. EL HOTEL



MENDOZA. PLAZA SAN MARTÍN



MENDOZA. UNA SECCIÓN DEL CUERPO DE BOMBEROS

semejantes á pueblos habitados por centenares y centenares de trabajadores, que traen la uva de las viñas, manipulan los caldos ó construyen los toneles. Hay algunas bodegas con ramales de ferrocarril que descargan dentro de sus depósitos. La producción de vino es enorme. La cepa mendozina, sometida á la irrigación en un terreno fértil, da considerables cantidades de uva, y cada bodega posee extensos viñedos. La famosa de Tomba exporta anualmente 100.000 bordalesas, cantidad á que no ha llegado ninguna bodega del mundo.



PUENTE DEL INCA. LLEGADA DEL CORREO

Estos centros de industria vinícola son más poderosos por la cantidad que por la calidad. Muy pocos de ellos se dedican al cuidado y embotellamiento de los vinos. La demanda de género es siempre grande y apremiante, y los caldos, apenas fermentados, se exportan en barricas á Buenos Aires y demás ciudades importantes de la República. La exportación de uva para Europa, exportación que ofrece grandes esperanzas de éxito por la inversión de estaciones en ambos continentes, se halla aún en sus principios, pero es seguro que en el porvenir alcanzará buenos resultados.

El trigo y el maíz que se cultivan en la provincia, bastan apenas para el consumo local. Los árboles frutales dan magníficos resultados, y en el distrito de Guaymallén se trabaja actualmente en la preparación de frutas en conserva, así como empieza á cultivarse el olivo con lisonjero éxito. Hay en el citado distrito algunos huertos de frutales que son hermosos verjeles de asombrosa producción.

La industria ganadera no está muy desarrollada en Mendoza. Cuenta con 300.000 cabezas de ganado vacuno, 150.000 de ovino y 100.000 de caballar y mular. Muchas de sus praderas se destinan al descanso y engorde de los ganados que de Córdoba y San Luis se dirigen á Chile. Las estancias se instalan allí donde encuentran un manantial, una laguna ó un arroyo, pero los pastos naturales son inferiores á los de la Pampa. Aparte de esto, los mendozinos se preocupan cada vez menos de la ganadería, viendo la principal riqueza del país en la agricultura, y especialmente en la viña, que representa para ellos un río de oro.

* * *

Una anchura de 100 kilómetros ocupa la enorme barrera de los Andes, y en las entrañas de esta hinchazón terrestre duermen ocultos grandes tesoros minerales, que sólo se revelan superficialmente, de tarde en tarde, con vetas y filones. Hay en las montañas de Mendoza oro, plata, cobre, mármoles, cristal de roca, carbón de piedra y petróleo. Especialmente el carbón de las montañas mendozinas será objeto en el porvenir de grandes explotaciones, pues reúne, según dicen los entendidos, las mismas ventajas de la hulla de Cardiff.



MENDOZA ANTIGUA. LA ALAMEDA
Alamos plantados por San Martín en 1814)

Otra de las riquezas andinas consiste en la gran abundancia de aguas termales y minerales. Las más famosas son las del llamado Puente del Inca, roca calcárea socavada por las aguas del río Mendoza, que pasan por debajo de ella, formando un puente en arco de una sola pieza. Este puente, obra de las fuerzas naturales, tiene 40 metros de alto, 20 de largo y 15 de anchura. Unos dicen que debe su nombre á que los indios del Sur pasaban por él en otros siglos para llevar su tributo á los Incas. Otros afirman que tiene su origen en cierto Inca que vino desde el Cuzco, atraído por la fama de sus aguas,

para curarse una dolencia. Los manantiales termales están debajo del mismo puente, y los bañistas sufren el efecto de una ducha helada al pasar de sus aguas cálidas á la temperatura fresca que reina siempre en estos lugares.

Hay otras fuentes en las inmediaciones que contienen azufre, ácido carbónico y gran cantidad de materias calcáreas en disolución. En algunos de estos manantiales basta sumergir un objeto cualquiera, una lámpara, un cuchillo, un libro, para que á los pocos días esté cubierto de una costra calcárea que le da el mismo aspecto que si estuviese petrificado. La llamada fuente Champaña, por su gran cantidad de ácido carbónico, surge con tanta fuerza, que hace estremecer el suelo.

Entre Mendoza y Puente del Inca, en una profunda quebrada de los Andes, se halla la estación de Cacheuta, célebre por sus baños, que recomiendan los médicos para el reumatismo. Acuden á Cacheuta familias de toda la República, hasta del lejano Buenos Aires, y es un lugar de recreo al mismo tiempo que un establecimiento de salud.

Los baños sulfurosos de Borbollón, también muy conocidos, atraen gran concurrencia.

* * *

Llaman algunos escritores á la capital de la provincia de Mendoza «la ciudad de los álamos», por su gran abundancia de árboles de esta especie, que alcanzan proporciones gigantescas. Los hay en las amplias avenidas, en las plazas, en las calles, en los caminos y en las cercas de los campos.



MENDOZA. ESCUELA «PRESIDENTE QUINTANA»

En 1814 plantó San Martín los venerables álamos de la Alameda, muchos de los cuales subsisten aún, y desde entonces este árbol marca los contornos de la ciudad, orla las avenidas y los caminos, y cubre la extensión urbana con sus penachos cimbreantes de verdura.



MENDOZA. BIBLIOTECA SAN MARTÍN



MENDOZA. ESCUELA «ARÍSTIDES VILLANUEVA»

Vista de lejos la ciudad de Mendoza, parece un bosque esbelto y frondoso más que una ciudad. Las casas, según la pintoresca frase de un mendozino, están casi ocultas por la vegetación, como las violetas y otras flores se esconden en la penumbra misteriosa del follaje á ras del suelo. Sólo cuando se llega á las afueras de Mendoza empieza el viajero á darse cuenta de la existencia de la ciudad.



INTERIOR DE LA ESCUELA

Mendoza es tal vez la población de aspecto más original en toda la República. Las calles no ofrecen la regularidad desnuda y antipática de otras poblaciones. Junto á las aceras hay pequeñas acequias, de rápida corriente, con puentecillos que dan acceso á las casas. El rumoroso canto del agua puebla el silencio de la noche y de las horas de intenso calor, lo mismo que en las ciudades orientales. Estas acequias refrescan incesantemente á los álamos, que llegan á alcanzar triple altura que los edificios. Es tan grande su desarrollo, que algunas veces hay que derribarlos, sopena de que ellos derriben á las casas.

Los vecinos que los conocen desde que ellos vinie-



SALÓN DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA SAN MARTÍN

ron á la vida, sienten la misma emoción que si contemplasen un parricidio, al ver que el hacha de los dependientes de la municipalidad hiere el robusto tronco de los venerables colosos. Pero fuerza es abatirlos. Sus raíces poderosas y serpenteantes se extienden en el subsuelo, perforando y rajando los cimientos de las casas, agrietando sus paredes y levantando muchas veces con subterráneo esfuerzo, grandes secciones del pavimento y las aceras. El álamo fué introducido en Mendoza por un español, llamado Cobos, y la pública gratitud ha dado su nombre á una plaza de la ciudad.



UNA ENTRADA AL PARQUE DEL OESTE

Mendoza, aunque no ofrece grandes diferencias en el aspecto de sus distintos barrios, está dividida, para los vecinos, en dos partes: la ciudad nueva y la ciudad vieja. Esta última sólo merece su título por el abandono de las calles, la modestia de las casas y contener las ruinas de las iglesias que destruyó el terremoto de 1861. En ella se refugian los vecinos humildes y alguna gente de mal vivir, que fluctúa entre un lado y otro de la cordillera, pasando tan pronto á Chile como volviendo á la Argentina, según sus relaciones con la justicia ó el estado de sus tortuosos negocios.



MENDOZA. VISTA GENERAL DEL HOSPITAL

En la ciudad llamada nueva es donde se encuentran las calles amplias, los edificios hermosos y las plazas, que son verdaderos parques. Ninguna ciudad de la República puede compararse con Mendoza en lo que se refiera á amplitud de vías urbanas y hermosura de jardines. Las avenidas son frondosas alamedas de árboles gigantescos. La plaza de la Independencia, con su jardín central y sus ocho grandes caminos, que convergen á ella, figura como la más extensa de toda la República y causa admiración al ser vista por primera vez.

El riego de las calles se hace de un modo original. Como en todas las vías importantes hay pequeñas acequias que corren junto á las aceras, el municipio mantiene varias cuadrillas de chicuelos que van por la ciudad, descalzos de pie y pierna, con un palo al hombro, y al extremo del palo un cazo de hierro. Cuando llegan á una calle polvorienta ó á un camino de las afueras que necesita de riego, todos los individuos de la banda se meten en la acequia, y con sus cucharones empiezan á arrojar agua. Este riego es rápido, y en breves instantes convierte en lodazal lo que era antes polvorienta vía.

La edificación de Mendoza se compone de adobes en su mayor parte. Por hermosa que aparezca la fachada de un edificio, con gran abundancia de columnas, cornisas y estucos, detrás de tales adornos la pared es casi siempre de ladrillos de barro y paja, secados al sol. Esta moda de construir no representa pobreza ni economía, sino previsión, así como la poca altura que se da á los edificios.

En Mendoza son muy frecuentes los temblores de tierra. Yo, que sólo permanecí en ella algunos días, pude conocer dos y me di cuenta de la inquietud en que vive su vecindario. Estaba tranquilamente sentado en la terraza del hotel cuando la silla hizo varios movimientos



MENDOZA. AVENIDA DE LOS PLÁTANOS (Parque del Oeste).



MENDOZA. PRIMER BATALLÓN DE GUARDIA DE CÁRCELES



MENDOZA. UNA SECCIÓN DE LA BRIGADA DE VIGILANTES

de balance. Creí que me había sentado en una mecedora; pero al fijarme en el asiento vi que era una silla ordinaria. Al mismo tiempo tembló el suelo como si transitase por la calle una enorme y pesada carreta que nadie pudo ver. Tras breve instante de fúnebre silencio salió corriendo la gente de todas las casas, con aire despavorido, quedando en medio del arroyo como para librarse de los edificios que podían caer. Así transcurrió media hora antes de que el vecindario recobrase su tranquilidad.



MENDOZA. TIRO NACIONAL

Cuando ocurren estos accidentes, los extranjeros son los que parecen menos impresionados. Los hijos del país, en vez de familiarizarse con el peligro, le temen mucho más que el que viene de fuera, pues conocen de cerca sus terribles consecuencias. La observación experimental ha demostrado que el ladrillo de barro crudo, llamado adobe, por ser más elástico que el ladrillo cocido y la piedra, resiste mejor los sacudimientos del suelo. Además, las casas de poca altura ofrecen menos peligro de derrumbarse.

A esto se debe que la ciudad de Mendoza, á pesar de su riqueza, no ofrezca un aspecto monumental. De no ser tan frecuentes los terremotos, indudablemente figuraría como una de las capitales más suntuosas, pues abundan en ella personas de gusto exquisito y gran fortuna. Además, el gobierno provincial invierte considerables sumas en la creación de paseos y otras obras públicas que no están expuestas á derrumbarse y hermosean á Mendoza.

No obstante los peligros que ofrece la inseguridad del suelo, muchos ricos empiezan á afrontar los temblores de tierra, levantando esbeltas construcciones de piedra, acero y cemento; casas lujosas que compiten con las de Buenos Aires.

Mendoza duerme sus noches arrullada por el susurro de las acequias y el frote de las hojas de las álamos, que mecidos por el viento producen una armonía majestuosa.

Sirven de fondo á la ciudad las altivas montañas de la precordillera. En los días nublados ocultan sus cimas bajo turbantes de vapor oscuro ó se ciñen fajas de plateados vellones. En los días claros ofrecen un suave color de rosa y parecen acariciar con el oleaje granítico de sus picos la azul cúpula del cielo. Al amanecer se reflejan los primeros rayos solares en esta muralla gigantesca, haciéndola brillar con los tonos ardorosos del metal en ebullición. Luego, conforme asciende el sol, este color ígneo se dulcifica, y sobre las masas rosadas van destacándose los veteados oscuros de las gargantas y las manchas verdinegras de los pastos que visten sus pendientes.

* * *

Tiene hoy Mendoza más de 30.000 habitantes, y en sus calles, así como en los alrededores de la estación ferroviaria, nótase la animación de un gran movimiento comercial. Su aspecto de gran ciudad, con lujosos hoteles, buenos carruajes de alquiler, espléndidas plazas y numerosos Bancos, la da una fisonomía, como ya dijimos, de capital de nación.

Muchas Repúblicas existen en América cuya capi-



SEGUNDO BATALLÓN DE GUARDIA DE CÁRCELES



ENTRADA PRINCIPAL DEL PARQUE OESTE DE MENDOZA

tal es inferior á la ciudad andina. El gobernador de Mendoza tiene á sus órdenes una fuerza pública superior en organización y aún en número á los ejércitos de muchos Estados pequeños. Su ministro de Hacienda maneja presupuestos más cuantiosos que los de algunas Repúblicas. La riqueza de la ciudad y el estado próspero de sus negocios dan á la provincia un desahogo económico que la permite toda clase de lujos.



MENDOZA. KIOSCO DE MÚSICA EN EL PARQUE DEL OESTE

Mendoza ha sufrido en pocos años algunas intentonas revolucionarias de carácter provincial. La vecindad de Chile, lugar de refugio en los fracasos y de preparación para las expediciones revolucionarias, así como el gran número de vagabundos, aficionados á empresas aventureras, que viven junto á Los Andes, pasando con facilidad de una nación á otra, han favorecido las insurrecciones y revueltas. Para hacer frente á éstas, el gobierno mendozino tiene á sus órdenes un verdadero ejército, que en algunas ocasiones ha llegado á constar de 4.000 hombres. Además del Cuerpo de Policía, que es muy numeroso, se han organizado batallones con el título de «Guardia de cárceles». También existe un escuadrón de arrogantes coraceros, que dan escolta al gobernador.

La dirección política de la provincia de Mendoza ha estado confiada, en diversas épocas, á ilustres personalidades del país, que antes ó después de ser gobernadores de ella desempeñaron en Buenos Aires altos cargos nacionales.

Don Emilio Civit, célebre ministro de Obras públicas, que durante la segunda presidencia del general Roca tanto contribuyó al engrandecimiento económico de la República canalizando ríos é inaugurando miles de kilómetros de líneas férreas, llevó toda su actividad y su genio emprendedor á Mendoza, su patria, al retirarse del ministerio. Civit ha realizado en menor escala, en la provincia de Mendoza, las mismas iniciativas que ilustraron su gestión en el gobierno nacional. El escenario era estrecho para una personalidad acostumbrada al gobierno de toda una República, y tal vez ha existido desproporción entre su energía inteligente



MENDOZA. EL LAGO (Parque del Oeste).



MENDOZA. AVENIDA DE LOS ÁLAMOS (Parque del Oeste).



DON EMILIO CIVIT

y las empresas provinciales á que dedicó sus esfuerzos.

Este gobernador afirmó el orden en Mendoza, reglamentó su hacienda, levantó su crédito y mejoró las vías de comunicación y las tarifas de transporte, pues hallándose Mendoza á 1.000 kilómetros de Buenos Aires, todo lo que favorece la transmisión de productos tiene una importancia capital. La asistencia pública, la enseñanza, los servicios penitenciarios y el fomento agrícola, recibieron gran impulso bajo el gobierno de Civit. Pero su grande obra ha sido el Parque del Oeste, jardín el más grande y hermoso de toda la República.

Terminado el período de Civit, ha sido elegido hace poco para sucederle en el mando de la provincia Don Rufino Ortega, gran amigo del gobernador anterior, á cuyo lado desempeñó las funciones de jefe de la policía, que casi equivalen al mando de un ejército.



DON RUFINO ORTEGA

El gobernador Ortega es hijo del general del mismo nombre, uno de los veteranos más bizarros del ejército argentino. Ortega, llamado al poder por el voto unánime de los productores de Mendoza va á continuar una política de reformas y progresos y á completar las grandes obras iniciadas en el gobierno anterior.

El adelanto agrícola, circunscrito á los distritos inmediatos á la capital, especialmente al de Guaymallén, se va extendiendo por toda la provincia. Al Sur de ésta, el distrito de San Rafael, que hasta hace poco era á modo de un erial, se transforma y enriquece con la expansión agrícola. Una línea de ferrocarril une á Mendoza con San Rafael, y allí donde se encuentra una corriente de agua se canaliza para el riego de los campos.



MENDOZA. AVENIDA DE LAS TIPAS (Parque del Oeste).

El viñedo conquista rápidamente nuevas extensiones, y las incultas tierras del Sur, en las que hace treinta años acampaban los indios pehuenches, son cultivadas, y empiezan á ver cómo surgen de las entrañas del desierto nuevas poblaciones exuberantes de vida.

* * *

El edificio que caracteriza la tierra de Mendoza es la bodega.

Existen en esta provincia más de 50 establecimientos vitivinícolas de gran importancia, agricultores é industriales á la vez, pues tienen numerosos viñedos y amplias bodegas, en las que se elaboran y modifican los productos de sus vendimias.

Estas bodegas son á modo de catedrales, construídas en sitios de quietud, sobre terrenos apropiados, con techos paredes y puertas dobles, para aislar el in-



ENTRADA DEL PARQUE ZOOLÓGICO (Parque del Oeste).



EL GOBERNADOR ORTEGA Y SUS MINISTROS PUCIELA, CUERVO Y LEMOS



MENDOZA. AVENIDA DE LOS PLÁTANOS (Parque del Oeste).



UN JARDÍN DE LA BODEGA TOMBA (En el fondo el monumento del fundador).

terior del edificio de las influencias atmosféricas exteriores. Se evita en su construcción la acción directa de la luz del sol y la del aire cargado de electricidad. Cuídase igualmente de procurar una acertada ventilación, y los pisos y paredes están revocados de cal hidráulica. Toda bodega tiene grandes dependencias de tonelería y maquinaria, y sus depósitos de caldos están divididos en dos secciones: de elaboración y fermentación. En los centros de elaboración, máquinas movidas á vapor mezclan y refrigeran el mosto en un estanque metálico antes de llevarlo, por medio de una bomba centrífuga, á la bodega de fermentación. Esta última se compone de grandes piletas de cemento, cada una de las cuales está dotada de caños refrigerantes, que se unen á una gran máquina frigorífica central. La máquina, con su soplo helado, domina y hace descender las altas temperaturas á que tiende el mosto en fermentación en un clima como el de Mendoza. Las instalaciones frigoríficas son de las mejores que se conocen y facilitan una rápida y satisfactoria fermentación. Bombas á vapor realizan el trasiego de los vinos nuevos á la bodega depósito.



PABELLÓN DE LOS LEONES (Parque del Oeste).

Casi todo lo hace la máquina en estos centros industriales, necesitándose de pocos brazos para la elaboración del vino. La masa obrera de las bodegas trabaja únicamente en el acarreo de la uva y en el taller de tonelería. Las bodegas de depósito ocupan el subsuelo del establecimiento, debajo de las de elaboración y fermentación. Techos y paredes dobles, y poderosos ventiladores, mantienen en pleno verano una temperatura muy baja, que conserva los vinos en su estado normal.

Cada establecimiento parece un pueblo, con talleres para todas sus necesidades. Además del departamento de máquinas, que es á modo del corazón de la bodega, pues crea y regula todos sus movimientos productores, hay vastos talleres de herrería y carpintería para la reparación de herramientas y maquinarias, y grandes naves, donde se almacena la madera de haya cortada en duelas. Los toneleros martillean de la mañana á la noche, produciendo las manejables bordalesas, en las que se envasa el vino de Mendoza.

Los dueños de estos grandes establecimientos son hijos del país, italianos, españoles y de otras nacionalidades. Las bodegas más importantes pertenecen á los productores de origen extranjero, que se han radicado para siempre en esta tierra, origen de su fortuna.

Existen en Mendoza bodegas que representan cada



UNA SECCIÓN DE LA BODEGA ARIZU



VISTA GENERAL DE LA BODEGA TOMBA

una de ellas, por el valor de sus tierras anexas y la cuantía de su exportación, docenas de millones. Sus dueños llegaron hace años como necesitados emigrantes, sin tener de qué vivir. Algunos de ellos, antes de que pudiesen soñar en producir vino empezaron por venderlo á vasos en un humilde boliche al borde de un camino. El trabajo tenaz de los vinicultores y la prosperidad de esta tierra han realizado milagros.

Don Domingo Tomba, Dcn Balbino Arizu, Don Elías Villanueva, Don Honorio Barraquero, Don Carlos Alurralde y otros han sido ó son los grandes productores de la industria mendozina, hombres que de vivir en los Estados Unidos podrían tomar el título de «Reyes del vino».



UNA BODEGA DE MENDOZA

La prosperidad comercial de los vinicultores de Mendoza ofrece la nota simpática de haber empezado los más de ellos modestamente, con escasos recursos, conquistando la riqueza en fuerza de luchas. Con su iniciativa de agrandar el cultivo de la viña crearon la gran riqueza del país.

El establecimiento más importante es el de Don Domingo Tomba, situado en Belgrano, pueblo inmediato á la capital. Posee cerca de 1.500 hectáreas plantadas de viña y lanza á la circulación, con uva propia y comprada, más de 100.000 bordalesas por año. El primer Tomba fué un modesto italiano, que antes de morir pudo ver en todo su apogeo la prosperidad de su obra.

Otro bodeguero importante es el español Arizu, cuyas bodegas ocupan una extensión de seis hectáreas, y tienen pavimentadas las cuevas de granito de Los Andes. Tanto Arizu como casi todos los grandes vinicultores iniciaron su negocio en modestos edificios y con pequeñas viñas, para llegar á eonvertirse en poderosos capitanes de industria.



Mendoza vive confiadamente sobre el mismo emplazamiento de la antigua población derruída por el temblor de tierra de 1861.

Esta catástrofe produjo, por su intensidad, una emoción mundial. Un temblor ondulatorio agitó el suelo superficialmente, seguido de otro de abajo arriba. Eran las ocho y media de la noche del día 20 de Marzo. El cielo estaba sereno, la atmósfera tranquila y la mayor



PATIO DE UNA BODEGA

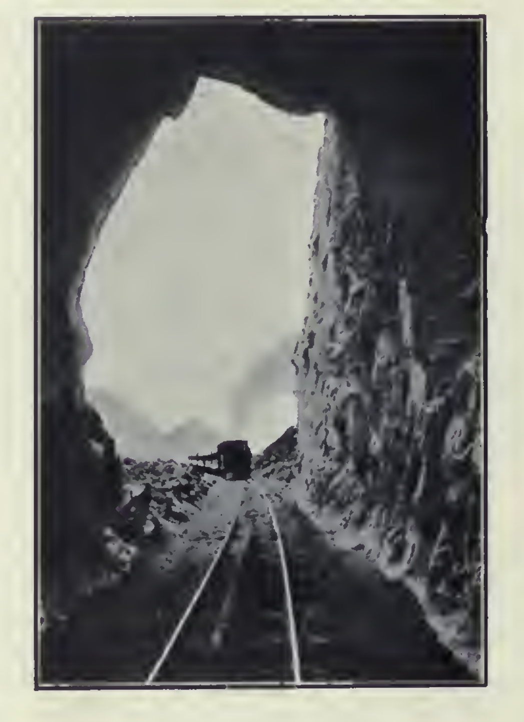


UNA BODEGA CON LÍNEA FÉRREA


COMPUERTA DEL CANAL SAN MARTÍN Y CURVA DEL DIQUE

parte de los vecinos se hallaban en sus viviendas. Sólo algunos paseaban por la Alameda y la Plaza. Antes de que sus habitantes tuvieran tiempo de escapar, la ciudad entera cayó en ruinas. Esta catástrofe general fué obra de unos cuantos segundos. No sólo los que se hallaban dentro de las casas, sino los que pudieron salir á la calle, quedaron enterrados bajo los escombros. El incendio sobrevino inmediatamente á causa de las cañerías de gas, que se cortaron, y los fuegos de las cocinas.

Los escombros amontonados obstruyeron los canales, y esto produjo en determinados sitios verdaderas inundaciones. Según cuenta un testigo presencial, hubo que combatir á la vez los estragos del fuego y del agua, así como la falta de víveres y el hedor de los cadáveres que no podían ser extraídos de las ruinas.


UN TÚNEL DE CACHEUTA

Después de la catástrofe aun siguió temblando el suelo, contándose diez y nueve sacudidas, siete de ellas muy violentas; pero como nada quedaba en pie, no pudieron causar nuevos daños. El fuego duró ocho días y el número de víctimas fué incalculable, pues nadie pudo conocer la cifra exacta. Los más moderados en sus cálculos afirman que murieron 10.000 personas; pero el número fué indudablemente mayor, pues muchos que se salvaron del terremoto perecieron de hambre.

Hasta el año 1861 la provincia de Mendoza, según el sabio Martín de Moussy, no había sufrido ningún temblor de tierra importante. Las violentas sacudidas que con frecuencia hacen vacilar al suelo de Chile parecían perder su intensidad á través de la barrera de los Andes. Sólo se habían conocido ligeras trepidaciones del suelo, hasta que inesperadamente, y contra todos los cálculos de la experiencia, sufrió Mendoza la gran catástrofe.

Fué tan grande el terror, que se pensó en trasladar la ciudad al lugar llamado «Las Tortugas», situado cerca de unas colinas graníticas, que ofrecen terreno más sólido; pero la población no quiso aceptar el traslado y comenzó á reconstruir sus casas en el mismo lugar que ocupaban las antiguas, empleando en esta edificación el sistema de los chilenos, ó sea valiéndose de materiales ligeros y elásticos, que resistiesen á nuevos temblores.

Decidió el vecindario no moverse, con el deseo de aprovechar los materiales de las ruinas y no perder las ventajas que le ofrecían los antiguos canales de irrigación. Cada uno volvió á levantar la casa donde estuvo la de sus padres y abuelos, con esa confianza humana que nos hace olvidar el peligro una vez pasado, y permite que vivamos con tranquila inconsciencia rodeados de amenazas. El mendozino, cuando un temblor del suelo le hace recordar la catástrofe de 1861, se consuela prontamente, afirmando que estas desgracias sólo ocurren una vez, y no volverán á repetirse.

La ciudad actual muéstrase orgullosa, y con razón, de su gran avenida San Martín, de 30 metros de anchura y 7 kilómetros de longitud. En ella están los grandes establecimientos de comercio, las sucursales de los Bancos, los cafés, las sociedades de recreo, y más que una calle parece un largo jardín con sus filas de álamos y sus acequias susurrantes.

Las demás vías principales son igualmente anchas y con frondoso arbolado. Las aceras consérvanse algo irregulares y con distinta pavimentación; pero ofrecen la ventaja de su anchura, siendo cada una de ellas á modo de una calle dentro de la gran calle.

La enseñanza pública se ha desarrollado mucho en los últimos años, contando actualmente con unas 200


TOMA DE UN CANAL EN EL RÍO TUNUYÁN

escuelas, más de 400 maestros y 18.000 alumnos. Hay, además, escuelas especiales de adultos con clases nocturnas, en las que se enseña agricultura, minería, artes manuales y música. Todos los establecimientos de esta clase se hallan instalados en hermosos edificios de momoderna é higiénica construcción.

El centro instructivo más notable de la provincia es la Escuela de Viticultura, que dispone de extensos terrenos para sus ensayos. Como es natural, esta enseñanza inspira gran interés en Mendoza, á la que llaman, con razón, «la provincia de la vid».

Tiene la ciudad otro centro de cultura muy importante: la Biblioteca San Martín. Esta Biblioteca la fundó el glorioso general con un donativo de libros en 1814, y fué desarrollándose con lentitud á través del agitado período del caudillismo, nada favorable á esta clase de instituciones. El terremoto de 1861 la hizo desaparecer; pero la cultura de los mendozinos la ha restaurado, siendo hoy digna de mención por el número de volúmenes que contiene y la cantidad de lectores que acuden á ella.

Pero la obra más colosal de Mendoza es su famoso Parque del Oeste, primer jardín de la República Argentina y el más grande, indudablemente, de toda la América del Sur.

UN CANAL DE REGADÍO EN MENDOZA

Este parque ha sido la empresa predilecta de Civit, una obra enorme de embellecimiento, ornato y comodidad urbana, que ha querido dejar como recuerdo de su paso por el gobierno. Es tan grande y tan hermoso este parque, que Mendoza tendrá que crecer mucho para que la importancia de la ciudad se halle en relación con las dimensiones de su paseo.

Entre la masa urbana y las primeras estribaciones de la cordillera, se extiende el Parque del Oeste, ocupando centenares y centenares de hectáreas. Una fábrica de luz eléctrica anexa al paseo, lo ilumina en las noches de primavera y verano con potentes focos. Las amplias y numerosas avenidas están orladas con distintas agrupaciones de árboles, que dan su nombre á cada una de ellas. Plantas de diversas latitudes crecen al aire libre ó en extensos invernaderos. Centenares de variedades de rosas y otras flores saturan el ambiente con sus perfumes. Existe en el parque un jardín zoológico á semejanza del de Buenos Aires, con bonitos *chalets* y pequeños palacios que sirven de vivienda á los animales. El pabellón de los leones es un edificio elegante, detrás de cuyas rejas las bestias africanas agitan sus melenas de oro sombrío, contemplando los gigantescos Andes, que se alzan frente á ellos.



UNA LOCOMOTORA «BARRE-NIEVES» (Ferrocarril andino).



VISTA DEL CANAL SAN MARTÍN

Lo más extraordinario en este parque, cruzado de avenidas con altos miradores, bellos kioscos, cafés y *restaurants,* es un lago de más de un kilómetro de longitud, excavado á brazo, con gran profundidad y adornado de varias islas. En este lago, que representa un trabajo enorme, se verifican regatas y fiestas de naumaquia.

Un pequeño ferrocarril circula de un extremo á otro del paseo para comodidad de los visitantes y facilidad de los trabajos que todavía se están realizando en el parque. Cuando la vegetación de éste haya alcanzado las dimensiones de los viejos álamos de Mendoza, lo que no tardará mucho en realizarse, pues el árbol crece aquí con gran rapidez, será uno de los jardines más hermosos del mundo, si es que no llega á ser apreciado como el primero entre todos.

El dinero y el ingenio humano pueden crear fácilmente parques como el de Mendoza y otros mucho más grandes. Lo que ya no resulta tan factible es dar á dichos paseos un horizonte, un fondo como el que ofrecen las avenidas del de Mendoza: la gigantesca cordillera, los Andes, sombríos, cenicientos, con fajas de vapores en los días invernales, y de alegre color de rosa en las claras mañanas de verano, guardando siempre sobre sus testas venerables el luminoso turbante de las nieves eternas.



FERROCARRIL ANDINO. UN PUENTE

El viaje á la cordillera hasta la línea fronteriza de Chile, se hace por el ferrocarril andino, una de las grandes obras que acreditan y glorifican el trabajo humano de nuestros tiempos.

Al salir de Mendoza pasa el tren, en los primeros kilómetros, por una campiña sonriente, que pudiéramos llamar «civilizada», entre ricas viñas y frondosos jardines de árboles frutales. Poco á poco las tierras cultivadas van alternando con extensiones de aspecto silvestre, hasta que al fin desaparecen aquéllas por completo y el suelo ofrece únicamente arbustos leñosos, sin otra utilidad que la de la combustión. Avanza la locomotora por el valle del río Mendoza y este valle se estrecha con mayores tortuosidades á medida que se marcha hacia lo alto.



UN «LINGHERA» PASANDO Á CHILE EN INVIERNO POR LA LÍNEA FÉRREA DE LA CORDILLERA

El paisaje cambia rápidamente. En largos trechos desaparece la vegetación, aun la más rudimentaria y espinosa. Tierra desnuda, árida y agresiva por todos lados, como si el mundo hubiese muerto: rocas peladas, de colores variados, según su constitución geológica.

Las montañas semejan las páginas sombrías de un libro viejo y colosal, unidas por valles pedregosos; y en estas páginas se lee la historia grandiosa de la formación de un mundo. Las rocas sueltas, de formas caprichosas y bizarras, son como palabras que repiten á través de innumerables siglos el ígneo hervor de los volcanes; los sacudimientos de la tierra, que se espeluznó en remotas épocas con los espasmos de la maternidad para sacar de sus entrañas nuevas formas; la condensación de un mundo de vapores cayendo en diluviales cataratas sobre el globo; los ríos prehistóricos abriéndose paso como dragones de luminosas escamas á través del oleaje petrificado; y en medio de los últimos estertores de esta gestación, que duró millones de años, un pobre animalillo sin plumas y sin lanas, sin defensas naturales, vagando como insignificante hormiga por los repliegues de la colosal ondulación, vencido eterno de todas las tragedias de la naturaleza, pero tenaz en sus avances, hasta que logró triunfar, gracias á la chispa semidivina que brilla en sus ojos, reflejo ardiente de la misteriosa ebullición oculta en la cápsula ósea de su cráneo.



EL GRAN TÚNEL TRASANDINO

De tarde en tarde aparecen en este paisaje algunos picos nevados, brillando como masas de cristal bajo la luz del sol.

Muge el ferrocarril siguiendo estrechas cortaduras, que surcan en su parte media las faldas de las montañas. Pequeño y frágil, como un juguete de niño, el tren va avanzando entre el abismo y las cumbres que parecen arañar el azul del cielo.

El clima de estas regiones cambia á la vista con una violencia radical. Abajo, en el profundo cauce del río, luce el sol y se experimenta un calor relativo. Arriba, mangas de nubes, de color de plata, envuelven las cimas. Está nevando en las cumbres: el brillante color de los vapores es de nieve.

El río, que baja y baja, despeñándose mugidor entre las peñas, tiene un tono rojizo del ladrillo cocido. Este color es producto del deshielo, pues las aguas van mezcladas con la tierra y el detritus de las montañas. Á trechos caen en él, como duchas enormes, desde una altura de centenares de metros, chorros blanquísimos, por los que se escapa la nieve derretida de los glaciares. La humedad cubre con una pelusa verde las rocas aisladas y los flancos de las montañas.

En ciertos lugares el declive del río es tan rápido, que más bien se desploma que rueda, hirviendo con espumarajos de cólera entre los cantos rodados. El rumor de sus aguas es lo único que interrumpe el gran silencio de los Andes. Cuando se detiene el tren y cesa el jadear de la locomotora, el río parece hablar más alto, con un feroz runrruneo que llena la soledad de sordas amenazas.

Las peñas de su cauce, refrescadas por la humedad, son islas verdes, azules, rojas ó blancas. Parecen jirones de banderas rasgadas. El rodeno presenta agudas aristas, que se suceden como las gradas de una escalera cortada á pico

Unas montañas son rojas, de color de sangre. Otras blancuzcas, con bullones y oquedades, parecen montones de barro, endurecido y secado por la mano de Micromegas. La luz, al deslizarse por las desigualdades y revueltas de este oleaje petrificado, ofrece caprichosas perspectivas. Entre dos montañas verdinegras y sombrías, como si empezase á envolverlas la noche, álzase, lejana, otra cumbre, roja y luminosa, como el segundo término de una decoración de apoteosis teatral.

Se cae de pronto en la penumbra, se oscurece el paisaje, como si hubiese anochecido, mientras en el fondo de la garganta por donde avanza el tren ábrese una ventana luminosa, y se ve á través de ella un paisaje de oro cual una tierra de ensueños. Es que un grupo de nubes pasa sobre la estrecha garganta. Otras veces, por el contrario, se viaja por un valle lleno de luz, donde se refleja el sol con irritante resplandor en las rocas peladas, y al mismo tiempo se ven enfrente de la locomotora, montañas sombrías, envueltas en vapores, tierras de maldición, en las que parece esperarnos impaciente una noche eterna.


UN TÚNEL DEL FERROCARRIL ANDINO

En estos grandiosos y desolados paisajes, algunos caballos en libertad salen al encuentro del tren y corren entre los dos rieles, delante de la locomotora, obligando al mecánico á refrenar la marcha.


ANTE LA TUMBA DE UN CORREO

En lo más hondo de los valles, entre los pedruscos que orlan el río, se ven avanzar lentamente unos puntos negros, semejantes á pulgas. Son gentes de la cordillera, que viajan á pie, ó en fuertes mulas; arrieros que pasan los Andes por caminos ásperos, que á ellos les parecen cómodas alamedas cuando llega el verano.

La cordillera, árida y hostil, tiene sus habitantes. Son montañeses de vaga nacionalidad, mezcla de argentinos y chilenos, que viven del contrabando y otras industrias peores. Durante los meses que están abiertos los pasos de la cordillera, la vida afluye á los Andes y la continua circulación da seguridad á los viandantes. Los montañeses andinos son entonces arrieros ó vagan de un lado á otro ofreciendo sus servicios. Pero cuando se aproxima el invierno y la nieve empieza á cerrar los pasos, la cordillera queda desierta, se suspende el tráfico, y sólo los más audaces se atreven á transitar por ella. Este es el momento en que muchos de los «rotos» que viven en las soledades, lejos de la ley y de los hombres, se esparcen por las dos vertientes de la cordillera como bandoleros audaces, asaltando las casas cerradas que sirven de hospedería en la buena época, y desvalijando á los últimos arrieros y aminantes que se atreven á arrostrar los pasos de la montaña. El buen montañés andino no teme á la cordillera, y en pleno invierno se lanza á pasarla, si no ve próxima una tempestad. Caminos y precipicios están igualados por las masas de nieve, y el pasajero se mueve como un mísero insecto en este desierto de blancura deslumbrante, resbalando por las pendientes sobre su dorso, forrado de cuero. ¡Qué de tragedias invernales guarda el secreto de la montaña!...


UNA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL ANDINO

Muchos hombres del país, con la esperanza de hacer un negocio, ó por pura audacia, intentan pasar los Andes en pleno invierno, y lo consiguen, si es que no les sorprende una tempestad. Cuando ocurre esto último, los caminantes se ven envueltos en torbellinos de nieve, no les es posible avanzar ni retroceder, pierden el rumbo, sienten el irresistible sueño de los países helados y acaban por sentarse, apoyando la mandíbula en ambas manos, para no levantarse más. La nieve los cubre y los conserva intactos meses y meses. Cuando llega el verano y ocurre el deshielo, los primeros viajeros encuentran sus cadáveres en la misma posición, rígidos por el frío y con una sonrisa macabra, que es el gesto de los que perecen helados.

Muchos inmigrantes, desconocedores de lo que es la cordillera, se lanzan á pasarla en invierno y son sus víctimas. Van de la Argentina á Chile, ó en dirección contraria. Les han dicho que en el inmediato país encontrarán trabajo abundante y emprenden la marcha, llevando á la espalda el saco de sus ropas. Estos atrevidos extranjeros son



UNA CASCADA EN LA PRECORDILLERA

conocidos por las gentes de Los Andes con el apodo de *lingheras*, voz de procedencia italiana, que hace alusión á su envoltorio de ropas. Los *lingheras*, así como los «turcos» que corren toda la Argentina vendiendo su mercancías, son las víctimas predilectas de los bandoleros andinos, que les roban sus equipajes y menguados ahorros, asesinándolos las más de las veces. Y si es que consiguen librarse de este peligro, han de arrostrar el de la nieve.



CORDILLERA. CAMBIO DE MULAS EN PUNTA DE VACAS

En los caminos de Los Andes se encuentran, á largos trechos, unas casas de piedra en forma de cúpula, semejantes á los hormigueros de los países tropicales. Estas casas sirven de refugio á los que pasan la cordillera con mal tiempo, y sobre todo á los encargados del correo, valerosos y honrados montañeses que durante la estación invernal mantienen siempre que es posible el cambio de correspondencia entre Chile y la Argentina, para evitar el largo rodeo por el Estrecho de Magallanes.

Estos correos son chilenos ó mendozinos, gente dura, nacida en los Andes y habituada á los fríos y peligros de la cordillera. En todos los pasos de Los Andes se encuentran rústicas cruces y una fila de piedras, que marca el contorno de una tumba. Allí está el cuerpo de un pobre «correo», muerto de frío en arriesgada expedición invernal. Sus compañeros, al pasar ante la tumba, se apoyan un instante en la pala que llevan con ellos para abrirse camino en la nieve, y rezan una oración. Ninguna plegaria tan sincera como la del correo vivo ante el correo muerto, en la grandiosa soledad de Los Andes. El que reza piensa que algún día rezarán tal vez por él otros compañeros, cuando duerma para siempre el eterno sueño del frío en una tumba semejante.

PUENTE EN LA CORDILLERA SOBRE EL RÍO MENDOZA

Encontrar alguna casita de piedra cuando el cielo se cubre de nubes blancas y empieza á caer en el suelo helado una nueva capa de nieve, equivale á una gran fortuna. No hay palacio que pueda igualar á estos refugios para los que llegan á ellos acosados por la tempestad. Muchas veces permanecen enterradas bajo la nieve y hay que empezar por descubrirlas con las palas. Los conocedores de la montaña saben leer en ella, aunque sus desigualdades estén ocultas bajo una capa blanca de algunos metros. Apenas logran orientarse mirando las cumbres, marchan rectamente, con el instinto del perro, por la llanura blanca, igual y monótona, adivinando lo que se halla bajo sus pies.

En las casas de refugio hay provisión de leña para los caminantes; pero muchas veces se ha agotado antes de la llegada de éstos ó se consume durante su permanencia. Entonces, á impulsos de la necesidad, astillan y queman puertas y ventanas para calentarse algunas horas más.

Un gran auxiliar de los correos y demás transeuntes de la cordillera es la mula andina, de seguro pie é instinto maravilloso. Hay que dejarla marchar á su voluntad, pues conoce mejor que el hombre los pasos que deben evitarse. Camina por senderos que son aristas, sobre horribles precipicios. Resiste las más bajas temperaturas y el tormento del hambre: es, á la vez, auxiliar y víctima del hombre. Ha ocurrido muchas veces que las caravanas han quedado aisladas días y días en una de estas casas ó en una cueva cerrada por la nieve, sufriendo las mismas privaciones que martirizan á los náufragos refugiados en un islote desierto. Agotados los víveres, los hombres han tenido que matar las mulas para alimentarse con sus carnes, chamuscadas apenas en la hoguera agonizante, ó enteramente crudas.

Cuando se prolongan las tormentas y una nevada extraordinaria borra todos los caminos, los atrevidos viajeros mueren insensiblemente víctimas del frío. En el verano siguiente, los primeros que entran en la casa ó visitan la cueva encuentran varios hombres sentados en círculo, inmóviles, embozados en sus ponchos y el sombrero sobre la frente, mirándose con ojos vidriosos y mostrando al sonreir la blanca dentadura. El frío de Los Andes conserva los cadáveres años enteros. Dícese que tal es la condición de su atmósfera, que aun

en verano tardan los cuerpos mucho tiempo en sufrir la putrefacción.

Durante siglos, la provincia de Mendoza, aislada del resto de la Argentina, tuvo que comunicarse con Chile y la costa del Pacífico por estos senderos, arrostrando los peligros de la cordillera. Como la nieve cortaba el paso con frecuencia y Mendoza había de vivir, su industria, á impulsos de la necesidad, tuvo que inventar medios y urdir recursos para bastarse á sí misma.

UNA EXPEDICIÓN ATRAVESANDO LOS ANDES EN INVIERNO

Varios pasos permiten durante ocho meses del año el tránsito de Mendoza á Chile. Estos son el de la Cumbre, ó de Uspallata, paso que utiliza el ferrocarril trasandino; el de la Dehesa ó Potrero Alto, que se separa del de la Cumbre en Punta de Vacas y es más corto que éste, pero más peligroso, y por lo mismo, menos frecuentado; el de los Horcones, lugar favorito de los contrabandistas; el de la Cruz de Piedra, en la falda del volcán Maipú; el de las Damas, que comunica á San Rafáel, en la provincia de Mendoza, con Talca (Chile) y recibe tal nombre por la suavidad de sus pendientes, y los de La Laguna, Petorca, Pinguenes y Planchón, estos dos últimos más cortos que el de la Cumbre para llegar á Santiago de Chile, pero más difíciles y penosos.



DESCUBRIENDO UNA CASA-REFUGIO CUBIERTA POR LA NIEVE

Por algunos de estos pasos avanzaron diferentes cuerpos destacados del ejército de San Martín, mientras el general, con el grueso de las fuerzas, entraba en Chile por la Cumbre.

***

Los ingenieros constructores del ferrocarril trasandino han tenido que valerse de todos los recursos de su ciencia para resolver las dificultades que ofrecía la pendiente abrupta y violenta de las montañas.

Para salvar estas dificultades hubieron de seguir el borde del río, que corre en algunos sitios á gran profundidad, cortando un estrecho camino en las rocas de la falda y perforando los peñascos salientes que obstruían el paso.



ARRASTRANDO EL TRINEO

Estas montañas son de trágico aspecto y algunas de ellas parecen cadáveres enormes, destrozados por la disección. Negras y lúgubres, tienen en sus flancos enormes desgarrones rojos y verdes, á través de los cuales parecen descubrirse sus entrañas. El valle del río se estrecha hasta no ser más que un profundo callejón. La locomotora, para seguir ascendiendo, necesita un tercer riel en el centro de los otros dos, con agudos dientes, á los que se agarra la rueda de la cremallera. De este modo el tren se evita el peligro de salir disparado hacia atrás como un proyectil á la menor detención. La máquina avanza jadeante, á todo vapor, sin poder marchar más que á una velocidad de 15 kilómetros por hora. Á ambos lados del tren las pendientes de las montañas son tan rectas, que parecen cortadas á pico. Hay que echar la cabeza atrás, hasta juntar el occipucio con la espalda, para que la mirada alcance las cumbres, en cuya caperuza de nieve sobresalen rocas pulidas, duras y azuladas como bloques de acero.

Dos horas de viaje son necesarias para salvar los 40 kilómetros que separan á Mendoza de Cacheuta, en la cumbre del Paramillo. Todo el país de Cacheuta, en 3 kilómetros de su superficie, oculta una capa de agua termal. Allí donde se hace una perforación de un metro, surge el agua en abundancia, con una temperatura que se eleva hasta 46 centigrados.

Una leyenda de los tiempos de la conquista, leyenda de tesoros, como todas las de aquel tiempo, va unida á este país de termas. El nombre de Cacheuta fué, según dicen, el de un cacique de esta tierra, que poseía grandes riquezas y era feudatario del Inca del Perú. Cacheuta se dirigía con su tribu hacia el Cuzco, para apoyar á los que intentaban rebelarse contra los mandatos de Pizarro, llevando con él muchas pieles llenas de oro, cuando topó con una partida de españoles, que pasaban por primera vez la cordillera. Los indios consiguieron ocultar su tesoro en la montaña, y el secreto del escondrijo se lo transmitieron de generación en generación los herederos de Cacheuta. Uno de éstos, al intentar, un si-



«SPORTS» EN LA CORDILLERA



EL CRISTO DE LOS ANDES Y EL PASO DE USPALLATA EN PLENO VERANO

glo después, completamente solo, la busca de tales riquezas, cayó enfermo á causa de las privaciones sufridas en la soledad de la cordillera, y fué recogido por un misionero, que lo transportó á Mendoza, y al que reveló su secreto antes de morir. Fué esta revelación uno de los muchos «derroteros» que trastornaron y apasionaron á las gentes del país. En Mendoza se han organizado muchas expediciones para encontrar el tesoro de Cacheuta, pero todas resultaron infructuosas.

Cacheuta no tiene más tesoro positivo que el de sus aguas termales, y los únicos que tocan el resultado de estas riquezas son los dueños del balneario y de los hoteles establecidos en el citado paraje.

La estación de Uspallata está en una amplia garganta, á 1.800 metros de altura, dominada por las crestas más abruptas de los Andes. Desde Cacheuta á Punta de Vacas el tren emplea cinco horas largas, siempre en fatigosa ascensión por la vía de cremallera, atravesando precipicios sobre numerosos puentes de hierro, de construcción sólida y elegante.

Punta de Vacas, que está á unos 2.500 metros de altura, fué durante mucho tiempo la estación terminal del ferrocarril. En ella se tomaban las mulas ó el carruaje, según la época del año ó el estado del camino, yendo á Puente del Inca y á Las Cuevas, donde pasaban los viajeros la noche antes de emprender la ascensión al paso de la Cumbre. Hoy el trasandino llega hasta Las Cuevas, y terminado el gran túnel, que es una obra de gigantescas proporciones, en breve pasarán los trenes directamente á Chile, sin que los viajeros tengan que hacer ya, en mulas ó en carruajes, el trayecto más penoso de la cordillera.

Más allá de Punta de Vacas, las montañas toman caprichosos contornos de figuras y edificios. Hay una, llamada de «Los Penitentes», porque sus picos afectan la forma de unos monjes arrodillados ante una iglesia gótica. Otra montaña se asemeja, en sus partes salientes, á una mujer inclinada, de la que se distinguen perfectamente el pecho y los senos. Antes llamaban á esta montaña de Santa María; pero ahora la han bautizado los viajeros con el nombre de Cleopatra, por la semejanza de su perfil con el de la célebre reina egipcia.



UN CORREO PASANDO LOS ANDES

El Puente del Inca, á 2.727 metros sobre el nivel del mar, es, como ya dijimos, una maravilla natural; un arco, formado por el agua del río Mendoza al perforar una masa de tierra calcárea. Esta obra sobrehumana no corre peligro de desplomarse, á pesar de los frecuentes temblores de tierra que sacuden la cordillera. Una fuente de agua calcárea, que petrifica los objetos, surge junto á su arco y lo fortalece con las capas que va depositando en su base.

En la estación de Las Cuevas se hacen los preparativos para salvar la cordillera. El frío es intenso en este lugar, aun en los meses de verano. El aire sutil obliga á una respiración acelerada, como en la Puna de Jujuy. Algunos viajeros sienten el mal del *sorocho*, y si esta angustia no se generaliza se debe á que el paso de la cumbre lo efectúan las caravanas con bastante rapidez.

Centenares de mulas están reunidas en grandes corrales con cercas de troncos. Unas sirven para los viajeros y otras llevan á lomo los equipajes. Los peones y los guías van de un lado á otro con sus ponchos de colores y sus sonoras espuelas «nazarenas», preparando la expedición. Los viajeros, envueltos en mantas y gabanes, con la gorra encasquetada hasta los ojos, montan en las mulas, que saben ya de memoria el camino, y á las que conviene dejar que marchen á su antojo, siguiendo una ruta tantas veces hollada por sus patas. Rompe la marcha el guía, y la caravana trota detrás de él, pugnando unos jinetes por adelantar á los otros.

Se ven en estas expediciones las figuras más grotescas y extrañas: apuestos jinetes con elegante traje de montar y látigo de plata, que marchan en tan bizarra apostura sobre mulas cachazudas y coceadoras; obesas damas, que confían su pequeñuelo á un peón para atender mejor á la estabilidad de su volumen sobre la cabalgadura; viajeros que proceden de países cálidos y llevan en una mano las riendas, mientras sostienen con la otra una jaula de latón con un loro comprado en los trópicos. El

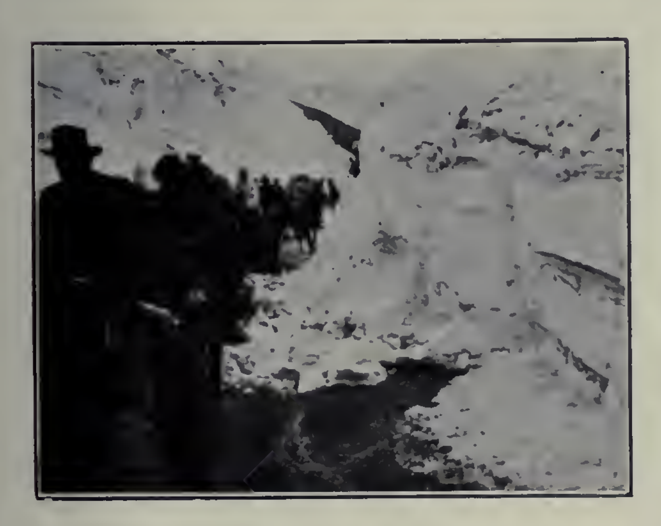
parlero animal eriza sus plumas y oculta el pico, hecho una bola verde y amarilla en el fondo de la jaula. Tiene frío y parece sentir el mareo de la cumbre. Su dueño continúa subiendo y subiendo llevado por la montura. Ya estamos cerca de los 4.000 metros. De pronto el loro abre su pico para soltar un chorro de sangre, que se esparce por la jaula, y cae muerto. Los restos del pájaro de la selva tropical quedan abandonados en un sendero de la cordillera. Aquí sólo puede vivir el condor de altivo vuelo. Se le ve agitar sus alas en el infinito, empequeñecido por la distancia, como si fuese una mosca.

Junto á los caminos de la montaña se encuentran esqueletos mulares, blancos y pelados. Otras bestias, caídas recientemente, están con el pellejo destrozado por el pico de las aves de rapiña, y muestran á través de las brechas los colores de sus entrañas. No se nota el más leve hedor al pasar junto á ellas. El frío de la cordillera impide la putrefacción.

La caravana marcha ahora lentamente. La penosa ascensión por las abruptas laderas parece fatigar á los viajeros, que ya no sienten deseos de correr. La tierra rojiza y los pedruscos ruedan bajo las patas de las mulas, haciéndolas cojear con repentinos sacudimientos.

En las mesetas se encuentran campos de hielo, en los que ha sido necesario cortar un camino para el paso de las cabalgaduras. La caravana avanza en fila por estas calles de nieve congelada, entre dos muros, que parecen de cristal de roca. Los guías, que marchan á la descubierta, á alguna distancia, semejan míseras hormigas trepando por unas laderas sin fin. Un silencio solemne gravita sobre las personas, haciéndolas enmudecer. Se llega á pensar que el mundo ha muerto y no quedan en su superficie otros seres que este puñado de insectos humanos, marchando á través de una grandeza anonadadora.

De pronto, en una especie de valle pedregoso, rodeado de cumbres, aparece un hombre verdinegro, del color del bronce, subido sobre una base de piedra y con una cruz en la mano. En la plaza de una ciudad parecería gigantesco, pero en lo alto de Los Andes es tan pequeño como un sér ordinario. Únicamente cuando al-



PASANDO POR ENTRE NIEVES (En pleno verano).



EL CRISTO DE LOS ANDES

gunos jinetes se detienen junto al pedestal, como minúsculos animalillos, surge el término de comparación y se aprecia su tamaño. Es el famoso Cristo de Los Andes, elevado por argentinos y chilenos, como símbolo de paz que impida eternamente luchas fratricidas é inútiles.

El monumento está en la misma línea divisoria de las dos naciones. Junto á su pedestal, un argentino y un chileno pueden darse la mano sin que sus pies abandonen el respectivo suelo patrio.

Estamos á 4.000 metros de altura. Un viento huracanado hace volver la cara á las mulas y agita como banderas los ponchos y las mantas. En ciertas horas del día es tal la violencia del huracán en el paso de la Cumbre, que los viajeros tienen que refugiarse en una casa inmediata al Cristo, no pudiendo seguir adelante. Algunos de la caravana se apoyan en el delantero de la silla, sintiendo el angustioso mareo de la Puna.

La vista experimenta el deslumbramiento de la inmensidad ante los numerosos picos, blancos en la cima y negruzcos en la falda, que se amontonan unos tras otros como olas petrificadas en el instante de su mayor hinchazón. Son las montañas chilenas, más imponentes y grandes en apariencia que las argentinas. El terreno asciende dulcemente del lado de la Argentina, y por esto se aprecia menos la altura de sus cumbres. En el lado chileno, profundas cortaduras de líneas verticales separan las montañas, dejándolas ver en toda su magnitud.

Al otro lado de ellas está Chile, tendiendo á lo largo del Pacífico sus campos hábilmente cultivados y regados, en los que la primavera viste árboles y muros con túnicas de rosas.

El viajero contempla en silencio este paisaje, ceñudo, hostil y glacial, en el que únicamente sonríen los campos de nieve, que el sol no logra fundir. Pronto dejará el hombre de transitar por el paso de la Cumbre. El túnel de Las Cuevas, que ya está abierto, llevará la vida y el movimiento de ambas naciones á través de las perforadas entrañas de estos colosos sombríos y duros.

El pensamiento retrocede á pasados tiempos para admirar el valor de los que, impulsados por la necesidad ó el entusiasmo patriótico, se atrevieron á marchar por estos lugares, cuando no había caminos y el misterio más absoluto los envolvía.

Por aquí pasaron hace siglos unos cuantos aventureros con el arcabuz al hombro, sin saber adónde marchaban, ansiosos de correr tierra y más tierra, sometiéndola á los reyes de España y al cristianismo.

Hace poco menos de un siglo la energía indomable y el atrevimiento de la raza española repitió la hazaña bajo otra bandera y con una finalidad moderna. Por aquí pasó San Martín con su ejército, llevando los cañones á lomo de mulas por donde no existían caminos, descolgándolos á brazos desde rocas cortadas verticalmente, teniendo que resistir al frío y al hambre antes de emprender la lucha heroica con los hombres.



AL PIE DEL CRISTO DE LOS ANDES



EL CABO DE HORNOS

LOS TERRITORIOS NACIONALES

MISIONES

Recibe su nombre este territorio de las misiones que la Compañía de Jesús estableció en él antes de ser expulsada de España y las colonias. Los indios guaraníes eran sus únicos pobladores, y los jesuítas los sometieron á su autoridad espiritual y temporal, aprovechando su fuerza de resistencia para el trabajo y la docilidad de su carácter. Cultiváronse entonces en este territorio el tabaco, la hierba mate, el algodón, el azúcar y toda clase de granos.

Los miembros de la Compañía de Jesús explotaron el territorio actual, constituído en una república teocrática casi independiente, enviando cargamentos de productos á sus casas de Santa Fé y Buenos Aires, que hacían el servicio de venta en comisión. Un padre procurador marchaba al frente de cada envío comercial, y los guaraníes dirigían, río abajo, las *itapas*, especie de jangadas, las piraguas y otras embarcaciones con cargamento de algodón, azúcar, hierba mate y maderas preciosas.

A fines del siglo XVII los jesuítas, con 12.000 indios, llegaron á la actual gobernación de Misiones, procedentes del Norte, ó sea de las tierras que pertenecen hoy al Brasil. Habían establecido sus primeras misiones en el Guayrá, pero los portugueses de San Pablo, llamados *mamelucos* ó paulistas, gente aventurera y dura de corazón, que hacía la piratería de tierra firme, les obligaron á retirarse, saqueando sus pueblos y cazando los indios de las Reducciones para venderlos como esclavos.

Los guaraníes en estado salvaje se refugiaban en los pueblos de los jesuítas para librarse de la persecución de los paulistas. Además encontraban en ellos la abundancia de alimentos que proporciona la agricultura, abundancia que contrastaba con las escaseces y el hambre que sufre el salvaje en la vida de los bosques. Por esto la catequización llevada á cabo por los jesuítas no fué difícil, y tribus enteras se presentaron en las Re-



GRUTA DE LA VIRGEN DE LAS MISIONES


SALTO DEL GUAYRÁ (BRASIL)

ducciones pidiendo el bautismo, que era un medio de asegurar el pan y la tranquilidad.

Vivían los indígenas de las Reducciones una existencia monótona de trabajo, rezos y fiestas religiosas, que tenía un carácter infantil. Esta vida no era adecuada para hombres civilizados, pero representaba grandes ventajas para los guaraníes, apenas salidos del salvajismo. Al implantar los jesuítas en sus posesiones todos los adelantos de la época, fomentaron la civilización del país, trabajando para ellos mismos. Su ambición hizo que solicitasen de los reyes de España el gobierno temporal de estos territorios, así como disfrutaban el espiritual. Fueron jueces y alcaldes en sus pueblos, viviendo independientes de las autoridades civiles y militares que enviaba España á las posesiones de América. Su carácter de gobernantes les hizo intervenir en asuntos políticos del Paraguay y de Corrientes, creándose en torno de ellos una general malquerencia, que se tradujo cerca de los reyes de España en viva desconfianza, y tuvo su término en la famosa orden de expulsión decretada por Carlos III.


MISIONES. UNA ESTANCIA DE CABRAS

Al desaparecer los jesuítas, el territorio de Misiones, que tenía cerca de 100.000 habitantes, quedó casi despoblado. Las hordas portuguesas arrasaron sus pueblos, no quedando de ellos más que algunas ruinas de templos, como las de Santa Ana y las de San Ignacio Mini, que ha cubierto la esplendorosa vegetación tropical, dándolas un aspecto muy interesante.

Misiones se ha repoblado espontáneamente en nuestros días. Este territorio argentino es á modo de una cuña, que se introduce entre el Paraguay y el Brasil. Las dos naciones que lo rodean por Occidente y Oriente, han ido ocupando con su expansión los vacíos que dejó la disuelta influencia de los jesuítas.

Muchos paraguayos sintiéronse seducidos por la feracidad y dulzura de clima de las tierras abandonadas y trasladaron su vivienda á ellas con el deseo de pasar una existencia tranquila. Los brasileños aportaron mayor contingente de población, siendo Misiones el refugio de todos los derrotados en las frecuentes revoluciones de la provincia de Río Grande.

Aun quedan en Misiones algunos indios, agrupados en familias vagabundas, que son los últimos descendientes de los antiguos guaraníes, antes de que éstos se sometiesen á la civilización. Pero su número resulta escaso, pues en junto no llegan á 1.000. Son de carácter manso y viven de la caza, de fabricar rústicos tejidos, ó del trabajo en los campamentos que recolectan la hierba mate.

La inmigración europea ha aumentado considerablemente en treinta años la población de Misiones, formando núcleos de alguna importancia, como Apóstoles, Corpus y Azara. La última población lleva su nombre en recuerdo del famoso marino y sabio naturalista Don Félix de Azara, el primero que escribió sobre el aspecto y condiciones de este país.

Hoy Misiones tiene más de 40.000 habitantes, que sólo ocupan una pequeña parte del territorio, cuya superficie abarca cerca de 30.000 kilómetros cuadrados. Resulta de esto, que el territorio de Misiones, que muchos consideran un país salvaje, está más poblado que algunas provincias argentinas, que sólo tienen un habitante por kilómetro.

Los europeos que han dado más contingente á la


RÍO IGUAZÚ (Punto en que se juntan tres Repúblicas. A la derecha Argentina (Misiones), á la izquierda Brasil, y la orilla del primer plano, desde la que se ha tomado la vista, es Paraguay).

inmigración colonizadora de Misiones son los polacos de la Galitzia, súbditos del imperio austro-húngaro. Algunas familias polacas se establecieron en la colonia de Apóstoles, y desde entonces han servido espontáneamente de reclutadores de inmigración, escribiendo á sus compatriotas, con grandes alabanzas de las condiciones del país.



MUJERES POLACAS ARANDO

Todos los polacos galitzianos que llegan á la Argentina van directamente á Misiones, llamados por sus amigos, y se dedican á los trabajos del campo. Habituados á las escaseces de su país y á las fuertes imposiciones gubernativas, son en esta tierra de promisión muy laboriosos y frugales y acogen con gran respeto las órdenes de la autoridad. Ahorran mucho, se dedican á las prácticas religiosas y muestran gran perseverancia en el trabajo, siendo muy apegados á la vida del hogar. Cultivan la tierra, supliendo con la tenacidad lo que les falta de inteligencia, y merecen mayor aprecio que los demás pobladores, hijos del país ó de las naciones vecinas, los cuales adolecen casi siempre de imprevisión y pereza.

* * *

Por encargo del Gobierno nacional, el ilustre poeta Leopoldo Lugones hizo un viaje á este territorio y escribió un libro titulado *El imperio jesuítico*, completa y brillante descripción de las bellezas y recursos de Misiones.



GRUPO DE COLONOS POLACOS EN APÓSTOLES

Este libro es un valioso complemento del que escribió Azara un siglo antes. El gran naturalista español era un sabio más atento al dato preciso que á la descripción pintoresca. Su estilo, fuera de algunos pasajes, se resiente de un exceso de aridez. Por esto la obra de Lugones, vibrante, colorida y armoniosa, supera considerablemente á la antigua como descripción evocadora de todo un país.



POLACOS OYENDO AL ADMINISTRADOR DE LA COLONIA DE APÓSTOLES

El clima de Misiones no es tan elevado como lo hace suponer la posición geográfica de esta tierra, situada en la zona subtropical. Los calores son algo fuertes en verano; pero rara vez marca el termómetro más de 35 grados, y por la noche refresca mucho la atmósfera. En cambio los fríos no se conocen en Misiones. Las lluvias son frecuentes y copiosas, especialmente en primavera é invierno.

El suelo de este territorio aparece muy accidentado. En su parte central se alza la sierra del Imán y sus ondulaciones obligan á los ríos á dar grandes saltos, creando de este modo la catarata del Guayrá, en territorio del Brasil y las del Iguazú y Moconá. Después de estos saltos gigantescos, que constituyen grandes maravillas naturales, los ríos siguen su curso tranquilos, mansos y serenos, hasta tropezar con nuevos obstáculos.

Cuatro quintas partes del territorio de Misiones están cubiertas de espesos bosques, y únicamente el resto del suelo tiene campos cultivados, que representan unas 50.000 hectáreas. Estos campos producen caña de azúcar, maíz, tabaco, mandíoca, algodón y arroz. El comercio consiste en el producto de los hierbales, ó sea el famoso mate, y en la exportación de maderas preciosas, existiendo en los bosques numerosos *obrajes* que se dedican á su corta.

En los departamentos de Posadas, Apóstoles y Azara hay alguna ganadería, pero su total no excede de 100.000 cabezas.

La parte de bosque es poco transitable, y únicamente ofrece algunos claros, llamados *campiñas*. La vegetación que crece debajo de los árboles resulta im-





CASA POLACA EN APÓSTOLES



UNA SECCIÓN DEL SALTO DEL IGUAZÚ

penetrable, y sólo con el auxilio del machete puede abrirse paso el viajero. Las cañas *tacuards*, la acacia espinosa, llamada *ñapindae*, y las lianas forman intrincados matorrales. A través del bosque existen caminos ó «picadas», largos espacios de suelo desigual, en los cuales el hacha y el machete han derribado la vegetación. Estas picadas las abren los explotadores de maderas y los buscadores de hierba mate para llevar sus productos á las orillas de los ríos.

El subsuelo de Misiones es de rocas, que se muestran al descubierto cerca de los arroyos y los ríos; pero tiene en la superficie una gruesa capa de *tierra colorada* que es característica del país. Esta tierra resulta de inagotable fecundidad. Da veinte cosechas sin exigir abono ni descanso, y cuando tras el enorme esfuerzo la someten á análisis, se ve que no ha perdido casi nada de sus fuerzas germinativas y puede continuar la incansable gestación.



LA PRIMERA CAÍDA DEL IGUAZÚ

Los cerros de Misiones, formados en su mayor parte de rocas eruptivas, contienen cobre, plata y azogue, encontrándose vestigios en algunas montañuelas de la sierra del Imán de antiguas minas de cobre que indudablemente fueron explotadas por los jesuítas. Como éstos enviaban á Europa desde su gobierno de Misiones grandes cantidades de oro, se supone que también existen en el territorio filones del rico metal, cuyo secreto se perdió con la expulsión.

Ningún país de la Argentina posee tantas corrientes de agua como Misiones. Cercado este territorio por ríos de importancia, existe en su interior una red de arroyos afluentes. La sierra Central, que es á modo del dorso del territorio, tiene dos vertientes, que distribuyen las aguas entre el alto Paraná y el alto Uruguay. Al Paraná acude el Iguazú con más de treinta afluentes. Al Alto Uruguay corresponde el Piquiry-Guazú, con siete ríos tributarios. Todas las aguas de Misiones son claras y potables, con un ligero gusto ferruginoso.

La abundancia de arroyos con frecuentes desniveles se presta fácilmente al establecimiento de motores hidráulicos, que pueden reunir una gran fuerza motriz aprovechada por numerosas fábricas. Hasta los establecimientos más primitivos y modestos de Misiones se valen de esta fuerza para sus industrias.

* * *

La tierra de Misiones es «colorada», por la gran cantidad de óxido de hierro que contiene. En los bosques existe una gruesa capa de humus formada con los detritus vegetales de siglos y siglos.



UNA BALSA EN UN RÍO DE MISIONES

Los agricultores de Misiones, que cultivan el tabaco, la caña de azúcar, el algodón y otros productos, tienen su principal elemento de vida en la mandíoca, raíz que se produce en gran abundancia y ofrece excelentes condiciones nutritivas.

La mandíoca mantiene la población de la República del Paraguay, toda la de Misiones y la de las provincias brasileñas in-



SALTO DEL IGUAZÚ CUANDO EL RÍO ESTÁ BAJO



IGUAZÚ. CASCADA LANUSSE (35 metros).

mediatas. Es de excelente sabor y basta ella sola para satisfacer las necesidades nutritivas. Además, no exige recolección ni almacenaje, pues crece dentro de tierra, como la patata y otros tubérculos. El campesino siembra un campo de mandíoca en las inmediaciones de la casa y va arrancando tubérculos así como los necesita para el consumo. Mientras tanto, el resto de la cosecha sigue enterrado y continúa aumentando en volumen. La mandíoca no sólo se emplea en la alimentación, pues se extrae de ella una fécula que sirve para los mismos usos que el almidón de arroz.

El tabaco de Misiones es muy apreciado en el mercado de Buenos Aires, y la caña de azúcar da excelentes rendimientos, especialmente en la parte del territorio ocupada por los bosques. En algunos distritos se cultiva el arroz, pero escasean las máquinas descascarilladoras y los productos no encuentran fácil salida.

El algodón, que se produce facilmente, ofrece mejor porvenir á los cultivadores. En las cercanías de las antiguas Reducciones jesuíticas crece el naranjo con frondosidad, así como el bananero, las guayabas y otros frutales del trópico.

Abundan en los bosques las plantas textiles de gran resistencia. Los indios aprovechan la ortiga brava para confeccionar hamacas y otros objetos de uso doméstico. La llamada *escoba negra* la emplean los colonos de Apóstoles para tejer sogas muy resistentes, y una gran variedad de juncos sirve para fabricar canastos de fina labor destinados al transporte de frutas.

Siendo Misiones un territorio de bosques tropicales, es inútil decir que en ellos se encuentran maderas preciosas de todas clases. En tiempo de los jesuítas ya se explotaban estos bosques, llevando á Santa Fé y Buenos Aires las maderas que por su porosidad eran capaces de flotar. Formaban los indios de las Reducciones grandes jangadas ó balsas, y bajo la dirección de un padre procurador iban río abajo siguiendo el curso del alto Paraná, Paraná medio y bajo Paraná, hasta llegar al estuario del Plata. En las costas de los ríos las maderas más abundantes de Misiones son el cedro, el *timbó* y el *peterevi* ó loro negro.



IGUAZÚ. UNA CATARATA DE 30 METROS

Es enorme la riqueza forestal de los bosques misioneros. El naturalista Niederlein, uno de los que mejor conocen la flora misionera, demuestra que en este bosque enorme, que tiene 1.000 leguas, existen 159 clases de árboles, 5 de palmeras, 162 especies de arbustos y 244 de lianas gruesas y bambúes, plantas herbáceas y helechos. Se calcula que cada hectárea de selva contiene 209 árboles perfectamente maderables, lo que representa 522.500 árboles por legua. Apreciando en 1.000 leguas la extensión



PLANTACIONES DE TABACO

como si fuese un nuevo miembro de su organismo, y con la habilidad que presta la costumbre derriba fácilmente los árboles centenarios.

Los *obrajes* ó campamentos de extractores de maderas se hallan cerca de las orillas del Paraná, para llevar fácilmente los troncos á la costa, formando jangadas en el río. Los maderos preciosos, desprovistos de ramas, salen del obraje en forma de vigas ó «rollizos», siendo arrastrados por las picadas hasta las riberas del río. Allí se unen los troncos por medio de gruesos alambres, formando la balsa. Los maderos de esta balsa son los que pueden flotar, y encima de ellos se colocan, como cargamento, los troncos duros, que se sumergen fácilmente por su peso. Estas jangadas, que algunas veces adquieren un tamaño considerable, son remolcadas por uno ó varios vaporcitos.

La industria de los obrajes ha despoblado de maderas preciosas las riberas del Paraná. Especialmente el cedro ha desaparecido de sus orillas; y para encontrarlo ahora es necesario marchar algunos kilómetros bosque adentro.

Hay en Misiones colonos solitarios que se establecen en plena selva para dedicarse á la agricultura. Su existencia recuerda la de Robinsón y otros héroes novelescos. Son, generalmente, oriundos de los países cercanos, paraguayos ó brasileños; pero también algunos europeos hacen el mismo género de vida.

El colono solitario adquiere del gobernador de Misiones, residente en Posadas, la propiedad por ínfimo precio de unas cuantas hectáreas de selva, y á ellas va á establecerse con pocos víveres y sin otra herramienta que el machete.

de la selva misionera, júzguese cuán enorme resulta su riqueza forestal. En la explotación de estos bosques se cortan toda clase de árboles preciosos, como si fuesen madera vil, destinada á la combustión en máquinas terrestres y vapores.



PALMA Y CAÑA DE AZÚCAR EN LA CANDELARIA

Existen en la selva misionera 40 especies de maderas valiosas. Hay cedros que alcanzan una altura de 20 á 40 metros; laureles negros que proporcionan un hermoso material para muebles; el llamado «laurel crespo», morado en su interior con manchas amarillas, de bellísimo efecto para decorados de salones; el incienso de aroma suave, los urundais duros como el hierro; los lapachos gigantescos; el peterevi y el tarumá, que equivalen al nogal y á la llamada madera de tek; el precioso palo de rosa; la «canela batalla» veteada de amarillo y rojo; el anchico, que es blanco y colorado; el sota-caballo de ancha copa, y otras y otras maderas de gran consistencia que sirven para durmientes de las vías férreas, para casas y fábricas y para construcciones navales. Además, en medio de esta vegetación arborescente, se alzan pinos dominadores, que tienen uno ó dos siglos de existencia y llegan á alcanzar 40 ó 50 metros de altura.

Hay plantas tintóreas, como la *cauna*, el *caoyuyo* y el *curupai*, cuyas cortezas dan respectivamente un tinte negro, campeche ó rojo. La cuasia y la zarzaparrilla abundan mucho en los bosques.

La gran profusión de árboles hace que los escasos habitantes de estas selvas las maltraten sin piedad. Cuando desean apoderarse del cogollo de una palmera que ha necesitado un siglo para crecer, la echan abajo. El hombre va á todas partes acompañado del hacha,



PAISAJE DEL ALTO URUGUAY



UN PUERTO EN EL ALTO PARANÁ

Uno que no conociese el país se aterraría ante el aspecto de la selva, donde es necesario caminar á machetazos para abrirse paso en la maraña vegetal, y evolucionar con incesantes revueltas entre la columnata de los troncos. La fecundidad inagotable de este suelo cargado de humus añade cada día nuevos obstáculos á la selva.

En este dédalo silvestre no es posible emplear el arado ni otros instrumentos agrícolas, aptos únicamente para las llanuras despejadas. Imposible la rectitud de los surcos, pues la reja no podría avanzar medio metro sin enredarse en las madejas de raíces.



PUERTO DE EMBARQUE EN EL ALTO PARANÁ

El observador se imagina el bosque doble. En la atmósfera se esparcen las ramas negras, y las cabelleras verdes de hojas. Más abajo de la superficie, en las misteriosas entrañas del suelo, se extiende una selva subterránea de millones y millones de raíces tortuosas, que empiezan como gruesos troncos y acaban en racimos de tentáculos, finos como cabellos, chupando con una voracidad insaciable las terrestres substancias.

Se adapta el colono al medio é inventa una agricultura que puede llamarse «misionera». La selva, con su tortuosidad y enmarañamiento, hace que el hombre cree un nuevo sistema de cultivo, mediante el cual el bosque puede convertirse, en sólo cuatro años, en un campo feraz, limpio de obstáculos. Empieza por derribar á machetazos todas las plantas bajas, que una vez cortadas se secan rápidamente por el calor del sol. Entonces el hombre las prende fuego y las llamas se encargan de limpiar la tierra, consumiendo igualmente la maleza podrida. Queda el suelo despejado, sin otro obstáculo que los troncos de los árboles, y el colono procede á plantar maíz en la tierra abonada por la ceniza, operación para la cual le basta su machete.

En Misiones se ha generalizado el modo de sembrar á estilo del Paraguay, procedimiento fácil y sencillo imitado de los antiguos guaraníes. Con la punta del machete ó de un palo se van abriendo pequeños agujeros con cierta regularidad, y en cada agujero se echa un grano. Luego, el mismo sembrador tapa el agujero con la punta del pie y la siembra queda hecha. Planta también mandíoca para asegurar su subsistencia, y mientras crece el maíz puede dedicarse al desmonte de otras partes del bosque. Las lluvias abundantes y oportunas del territorio misionero aseguran el éxito de la cosecha, que es casi siempre de 1.000 kilos de maíz por hectárea, igual á la que se consigue en las despejadas tierras de la Argentina central, trabajadas con buenos instrumentos agrícolas.

En el segundo año vuelve á prender fuego á la tierra, consumiendo los rastrojos de la cosecha y los retoños de las plantas destruídas. El producto de la recolección le ha permitido adquirir algunos instrumentos. El tercer año vuelve á quemar, y en este espacio de tiempo han acabado de pudrirse, en el interior de la tierra, las raíces leñosas de la selva desaparecida. En el cuarto año ya puede penetrar el arado, sin tropiezo alguno, en este suelo riquísimo, cuya fecundidad ha sido aumentada por la descomposición de las raíces, las plantas parásitas y las cenizas de las quemas.

Como se ve, el suelo generoso mantiene al colono, prestándose á un cultivo fácil mientras aquél pone la tierra en buenas condiciones de agricultura regular. Hasta le proporciona en el último momento lo necesario para que pueda adquirir instrumentos aratorios y bueyes. Quedan aislados en el campo los árboles, cuyo tronco sólo ha sido tostado exte-



UNA SELVA DE MISIONES



POSADAS. CASA DEL GOBERNADOR

riormente por el incendio de la hojarasca, árboles que son adquiridos por los obrajeros, para sacar de su interior vigas y tablones.

He aquí cómo algunos Robinsones de la selva misionera han empezado á hacerse dueños de hermosos campos.

* * *

La principal industria de exportación del territorio es la hierba mate, á la que llaman «té de los americanos». Esta industria se hace podando los árboles que producen el mate para aprovechar sus hojas. Después de la poda hay que dejarlos crecer durante tres años para que vuelvan á cubrirse de follaje. Mientras se efectúa este crecimiento los hierbateros van en busca de otros manchones de árboles que no hayan sido podados, á los que designan con el nombre de «hierbales vírgenes».



EMBARQUE DE HIERBA MATE EN EL ALTO PARANÁ

Explotaron esta industria los jesuitas, formando en torno de sus pueblos extensos hierbales, de los que aun quedan vestigios. Después de su expulsión quedó abandonado el cultivo, alimentándose el consumo de mate con las exportaciones de Paraguay y Brasil. En 1870 se restableció en Misiones la industria de la hierba, dedicándose al descubrimiento y explotación de los bosques naturales ó «hierbales» muchos hombres habituados á la existencia errante y dura de los bosques.

Los llamados *hierbateros* son los mejores exploradores de la selva misionera, pudiendo asegurar que la han recorrido por entero en busca de arboledas vírgenes. Se reúnen en cuadrilla y marchan á pie, abriéndose camino con el machete á través de las espesuras más intrincadas, siempre con la esperanza de encontrar un hierbal de poda abundante. Como llevan todo su equipaje á la espalda, no hacen gran repuesto de víveres para la expedición, consistiendo éstos en algunos kilos de maíz, alguna carne seca ó *charquí*, y hierba mate preparada, pues el criollo necesita de la bebida refrigerante tanto como del alimento. Cuando se agotan las provisiones se alimentan con frutas silvestres, raíces del monte y alguna caza, si es que la encuentran.



PLAZA DE POSADAS (Los árboles son cedros).

Caminan semanas y meses por lo más intrincado de la selva, y acaban por asemejarse en su aspecto á los indios más salvajes, con las ropas desgarradas y arañado el cuerpo por la vegetación espinosa. Tienen que sufrir las lluvias torrenciales y acampar sobre el humus mojado, cuya fermentación esparce gérmenes nocivos. Muchos caen enfermos y regresan á sus ranchos. Algunos perecen en la selva y sus compañeros los entierran al pie de un árbol gigantesco, con una rústica cruz formada de ramas.

Cuando descubren un hierbal virgen de gran extensión, su alegría es semejante á la de los nautas del tiempo de la conquista cuando distinguían nuevas tierras. Los que se llaman *tariferos* ó peones de corta, suben á los árboles y con el machete van podando el follaje hasta dejar únicamente las principales ramas y la yema central, llamada *banderola*. Luego reúnen las ramas cortadas, encienden una fogata con leña común y van pasando los gajos por las llamas, pero cuidando de que no se quemen. A esta operación la titulan *sapecar*, y luego que los manojos de hierba mate están bien sapecados los meten en un canasto de cañas llamado *rairo* y se lo echan á la espalda, marchando adonde se halla establecido el campamento de los hierbateros, en busca del administrador de la expedición, que pesa y anota la cantidad traída por cada uno.

Cuando se ha reunido suficiente hierba sapecada, se procede á su torrefacción en un horno rústico titulado *barbacuá*, consistente en un agujero practicado en tierra y una cúpula de ramas, sobre la que se colocan las hojas de hierba. Un hierbatero apodado burlescamente el *Urú* por su función vigilante, sigue esta operación durante catorce ó diez y seis horas, removiendo con un palo la hierba que se va secando. Después la colocan en un espacio de tierra limpia, al que llaman cancha, y con grandes machetes de madera la van triturando los peones,

recibiendo tras esta operación el título de «hierba canchada». Desde el campamento hasta las orillas del río la hierba va á lomos de mula en bolsas de cuero, y se cuida mucho de que el viaje sea en buen tiempo, pues la humedad perjudica mucho al mate.

Al terminar la guerra con el dictador López, del Paraguay, fué cuando la industria hierbatera se esparció en Misiones; pero luego de algunos años de prosperidad, parece que está en decadencia por falta de cuidado y excesos de la recolección, que han suprimido muchos árboles. El consumo de hierba mate en la República Argentina representa unos 25 millones de francos al año, siendo, como ya dijimos, la producción paraguaya y la brasileña las que satisfacen con su importación la mayor parte del consumo.



BARRA CONCEPCIÓN (Costas de Argentina y Brasil).

En las selvas misioneras es digno de ser admirado una especie de bambú que llega á tres metros de altura, llamado *tacuará mansa*. Esta caña es muy útil para los que viajan por el bosque. Sus canutos guardan un líquido exquisito y, además, sirven para calentar agua en su interior, sin que el fuego los consuma hasta haber servido tres ó cuatro veces.

La fauna de Misiones no es tan temible para el hombre como lo hace sospechar el carácter tropical del territorio. Existe el tigre como en otras épocas, y hay víboras y boas enormes, pero estos animales sólo se encuentran cuando se va en busca de ellos, internándose en lo más intrincado de los bosques. Los que no desean cazarlos ni emprenden expediciones por la selva virgen, pueden vivir en el territorio tranquilamente, años y años, sin ver fieras ni tropezar con reptiles venenosos. La presencia del hombre, la apertura de picadas y el cultivo de los campos inmediatos á los ríos han alejado de los parajes más importantes á los animales peligrosos de toda especie.



UNA CALLE DE POSADAS

En los bosques poco frecuentados la fauna es semejante á la de todos los países tropicales. Hay tigres, gatos monteses, tapires, venados, cerdos salvajes y gran abundancia de monos. El loro, la cacatúa, el colibrí, el pájaro mosca y otras aves de los trópicos lucen su brillantez de joyas aladas en estas frondosidades.



PUERTO DE POSADAS

Los ríos de Misiones están muy poblados de peces, que alcanzaron un desarrollo extraordinario.

En Posadas, la capital de Misiones, se venden con frecuencia ejemplares del pescado llamado dorada, que alcanzan á tener la altura de un hombre.

Este territorio, con enormes bosques que oponen una maraña verde al paso del viajero, abundantes ríos de curso rápido y estruendosas cascadas, poblado en otros tiempos de indios caníbales y feroces animales, fué atravesado por Alvar Núñez Cabeza de Vaca en una audaz expedición desde las costas del Brasil á la capital del Paraguay, que duró mes y medio. Avanzó, sin pérdida de gente, teniendo que abrir una picada para el paso de su impedimenta, y salvó en canoa los saltos del Iguazú, que entonces surgieron del misterio para desarrollar por vez primera su majestuosa belleza ante los ojos de los hombres blancos.

* * *

Posadas, la capital de Misiones, fué fundada en 1865, año en que empezó la guerra de Argentina y Paraguay. El ejército paraguayo, al invadir la provincia de Corrientes, se parapetó en el lugar que hoy ocupa Posadas, en la margen izquierda del Paraná, dando á este lugar, hasta entonces desierto, el nombre de

Trinchera de San José. Los argentinos convirtieron el campamento en una población, acabando por hacerla capital del territorio de Misiones. Frente á ella tiene el Paraná dos kilómetros de anchura, y en la margen opuesta se halla la ciudad paraguaya de Villa Encarnación.

ROCAS DE LA VIRGEN DE ITACUÁ

El puerto de Posadas es el más importante del territorio, y su movimiento comercial aumenta rápidamente. La población de la ciudad asciende á 10.000 habitantes, y hay en ésta agradables paseos de árboles del país, escuelas públicas, Bancos, un centro social, bibliotecas y oficinas de correo y telégrafo. Existen en sus alrededores fábricas á vapor para moler hierba, fábricas de miel de caña y curtimbres.

Posadas, que es la ciudad argentina del Norte más alejada de Buenos Aires, está unida á la capital federal por dos líneas de navegación, combinadas con los vapores que, bisemanalmente, van de Buenos Aires á Asunción del Paraguay. Un servicio de diligencias sale todas las semanas de la ciudad misionera á Santo Tomé, en la costa del río Uruguay, donde existe una línea de ferrocarril que conduce hasta Concordia, en la provincia de Entre Ríos. Se halla Posadas á 450 kilómetros de Corrientes y 150 de Santo Tomé, siendo éste la estación ferroviaria más cercana.



RUINAS DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO

Salen de Posadas pequeños vapores hacia el alto Paraná, llegando á sitios donde se juntan las costas de Argentina, Paraguay y Brasil.

La navegación por este río es lenta, y obliga á grandes precauciones cuando las aguas están bajas. Un marinero, situado en la proa del vapor, arroja la sonda de vez en cuando, y anuncia, con voz cantante, las brazas de agua que marca la cuerda. En ciertos momentos la quilla del barco pasa rozando el lecho fangoso del río. Extiéndese ante la proa el terso y luminoso cristal de las aguas tranquilas: á popa se arrugan éstas y se entenebrecen, formando un oleaje que barre la ribera, donde algunos yacarés toman inmóviles el sol.



PAISAJE DEL IGUAZÚ

Á ambos lados del río hay filas de árboles tumbados y muertos, que revelan la acción lenta y homicida de las aguas. Han ido éstas socavando el terreno hasta derribar á los gigantes avanzados de la selva, y los árboles, secos y negruzcos, quedan con las raíces al aire, en lo alto de la barranca, y el ramaje hundido en el agua.

En las tierras bajas se desborda el río, formando tranquilas charcas cubiertas de vegetación, con hojas que tienen la forma de gruesos platos de altos bordes. Vienen flotando desde las orillas grandes telarañas de la selva, como jirones de velos nupciales, que se enredan en las cuerdas y soportes del toldo del vapor.

Las riberas escarpadas son de tierra carmesí, y entre ellas toma el río un color azul claro, que reproduce con su agitación superficial las sinuosidades del fondo. En unos sitios tiene nitideces de espejo; en otros tiembla con el hervor de ocultas corrientes. De vez en cuando márcase el embudo de un remolino. En las revueltas saltan enormes pescados, con reflejos de oro y plata, huyendo del batir de la hélice. Los bosques están medio ocultos tras una muralla de árboles caídos, lianas y toda clase de plantas trepadoras. Por encima de este tapiz de espesa trama, que pende de los troncos, asoma la palmera sus arrogantes penachos y mueve el sauce tristemente su cabeza melenuda.



VISTA GENERAL DE LA GRAN CATARATA IGUAZÚ

De día se encuentran en el amplio camino fluvial largas jangadas de maderas, que recuerdan el informe amontonamiento de las inundaciones: balsas con cargamento de productos del país que hacen el viaje corriente abajo: canoas iguales á las de los primitivos indígenas.

Pasa junto al vapor una lancha ocupada por una familia de colonos, que cambia de domicilio. La mujer, de tez blanca, rema animosamente. El hombre empuña una canaleta que le sirve de timón, guiando la barca por las aguas más tranquilas. En la proa hay un amasijo de ropas y muebles, y sobre su cumbre varios niños agitan las manecitas, saludando al vapor que pasa.

El crepúsculo es rapidísimo. Cae el sol casi de golpe, inflamando las aguas con un rojo de sangre. Se deslizan sobre las selvas bandas de loros y pájaros de intensa negrura, con la cola y las alas blancas.

Al ocultarse el sol, un temblor irisado de nácar agita la tranquila superficie. Vuelan los pájaros á ras de las aguas, arañando con los estremecimientos de sus largas plumas el espejo sonrosado. El día se envuelve al huir en colores violentos y fuertes. Es de púrpura el cielo, y el río parece, en ciertos momentos, una bandera ondulante de rabiosas tintas. Las canoas marcan en negro sus siluetas y las de sus tripulantes sobre este fondo multicolor.

El Paraná, antes de sumirse en la sombra, refleja el paisaje con la nitidez de un cristal veneciano. Copian las aguas en posición inversa las orillas amarillentas ó rojas, sobre la que ondula sus melenas la selvática vegetación. Los árboles aparecen invertidos, como si taladrasen con su punta verde este suelo de cristal. En la masa oscura del bosque empiezan á brillar los ojos inflamados y parpadeantes de algunas pequeñas fogatas. Son tal vez hogueras de hierbateros que «sapecan» el mate.

Al avanzar el vapor, va recogiendo y repartiendo correspondencia á lo largo del río, sin detener su marcha. El silbido de la sirena hace aparecer á las gentes de los ranchos y las estancias pequeñas. Corren todos ellos por la orilla, siguiendo al buque, que navega casi pegado á las barrancas. Los solitarios de Misiones hablan con los tripulantes, que aparecen ante sus ojos como seres venidos de un mundo lejano, y les preguntan con ansiedad si traen alguna carta. Si la hay un marinero la introduce en la hendidura de una larga caña y avanza ésta hacia la orilla, para que la tome el destinatario, que sigue al trote la marcha del vapor. Cuando los colonos de Misiones tienen que enviar correspondencia, la introducen en el agujero de un pedazo de leña, y arrojan éste con certero golpe á la cubierta del buque.

De este modo, el vapor, sin perder tiempo ni moderar su velocidad, va haciendo el oficio de cartero por el alto Paraná, como si el río fuese



UNA SECCIÓN DEL IGUAZÚ

una calle y sus habitantes los colonos que cultivan la tierra ó explotan el bosque, alejados de un mundo que de tarde en tarde les envía sus noticias dentro de un sobre ó bajo la envoltura de un periódico.

* * *

El mejor puerto de Misiones es Posadas, y el más importante. Sobre el río Uruguay, el primero es Barra Concepción, inmediato al Brasil, en la desembocadura del arroyo Concepción. También existe cerca de éste el puerto de Azara, que sirve á la colonia nacional del mismo nombre.

En el Paraná, después del de Posadas, existen los de Santa Ana, Corpus, Candelaria y San Ignacio y otros de propiedad particular para servicio de algunos establecimientos.

Remontando el río desde Posadas se halla en la costa paraguaya la famosa cueva de la Virgen de Itacuá, situada en un grupo de rocas basálticas que avanzan en el río. Las gentes de esta parte del Paraguay y de Misiones tienen gran fe en la Virgen de Itacuá, por lo mismo que no existe. Adorar á una imagen que se ve, es cosa corriente en el mundo de la devoción. Lo extraordinario es rendir culto á una virgen invisible, que únicamente toma cuerpo en la imaginación de los devotos, creándola cada uno con arreglo á su gusto.

En este amontonamiento de rocas de Itacuá se abre una larga y angosta hendidura, y los centenares de devotos que acuden en peregrinación, miran por ella. Algunos no ven nada extraordinario, pues al otro lado de la hendidura sólo existe una piedra informe. Otros más exaltados ó ganosos de notoriedad, contemplan inmediatamente á la virgen, una pequeña virgen que les sonríe. Y esta imagen, que sólo se deja ver de unos pocos, es adorada en todos los distritos inmediatos y realiza grandes milagros... Según dicen algunos que han visitado la cueva de Itacuá en varias ocasiones, hay ciertas horas del día en las que á una luz determinada se marca en el peñasco del fondo una vaga figura de mujer. En varios lugares de la selva de Misiones y de la orilla paraguaya existen otras pequeñas vírgenes, á las que rodea la piedad indígena de un ambiente milagroso. En estas costas del Paraná, donde establecieron los jesuítas los pueblos de su república teocrática, quedan ruinas materiales de sus Reducciones, como las de San Ignacio y otras, y una influencia moral que persiste, después de siglo y medio, en el ánimo de los naturales.

SALTO DEL IGUAZÚ (Visto de lado. En el centro se alza el árbol llamado *El misántropo*).

Las cataratas del Iguazú son el punto final del viaje por el alto Paraná.

El Iguazú no forma una catarata única, sino cientos de cataratas, en las que brinca el agua, despeñándose rugidora entre negros basaltos y frondosas vegetaciones. En unos sitios se adelgaza como una cinta, pasando entre dos peñas; en otros, se derrumba como una sábana de espumas. Mucho antes de llegar á la verdadera cascada del Iguazú se descuelgan las aguas desde alturas de 10 á 30 metros, adoptando distintas formas: unas veces al aire libre, otras casi ocultas por cortinas de tupida vegetación.

El agua batida produce al caer desde alturas tan considerables nubes de polvo acuoso, que transparentan la luz con los colores del iris. En esta región de innúmeras cascadas, las garzas y los flamencos reflejan en los remansos cristalinos sus plumas blancas y rosadas.

El notable periodista argentino, de origen español, Don Manuel Bernárdez, autor que revela en sus descripciones una gran energía pictórica, ha escrito un hermoso libro sobre las cascadas del Iguazú.

Esta maravilla de América es, según sus datos, muy superior á la famosa catarata del Niágara. La diferencia de renombre estriba simplemente en que el Niágara puede ser visitado por todos con gran comodidad, ya que los medios de comunicación que llevan á él son fáciles y abundantes, mientras que para ir al Iguazú hay que sufrir algunas molestias y consumir muchos días en un viaje lento. Especialmente en la época que las aguas están bajas, la excursión resulta interminable, pues el vaporcillo tiene que avanzar en algunos parajes remolcado por hombres, que le llevan á la sirga desde la orilla.

Tiene la gran catarata del Niágara 48 metros con 80 centímetros en el punto más alto, y su anchura máxima, incluyendo el islote que surge entre las dos secciones de la gran sábana de agua, es de 1.600 metros.

El Iguazú tiene 60 metros de altura en los dos saltos seguidos que dan sus aguas, cada uno de 30 metros, y el desarrollo total de la ancha catarata es de 4.000 metros.

Resulta de esto que el Iguazú aventaja al Niágara en 11 metros de altura y 2.400 de desarrollo, ó lo que es lo mismo, que la gran cascada argentina tiene media legua más de ancha que la de los Estados Unidos. Y hay que hacer constar que en este cálculo adopta Bernárdez las medidas más bajas, pues oficiales del ejército argen-



CAÍDAS DEL IGUAZÚ

tino y brasileño y muchos exploradores atribuyen al Iguazú una altura de 65 ó 70 metros.

Ofrece, además, la gran catarata argentina, el atractivo de mantenerse en su estado natural, rodeada de bosques, sin ver deshonrada su virginidad con instalaciones industriales.

En los abismos adonde van á estrellarse las ruidosas masas de agua, crecen, sudando cálida humedad, palmeras, helechos y bambúes de proporciones gigantescas. En medio de la gran cascada hay un islote, y sobre él un árbol aislado, al que llaman *el Misántropo*, el cual contempla años y años la caída de esta avalancha de espumas, envuelto en nubes de polvo de oro, formadas de agua y sol. Este árbol sirve de descanso á los pájaros audaces, que necesitan detenerse un momento en sus ramas al volar de un lado á otro de la amplia catarata.

CHACO

El nombre de Chaco que lleva ahora este territorio comprendía hasta hace algunos años su actual superficie, la de Formosa y el extenso Chaco paraguayo. Geográficamente abarca la denominación de Chaco varios territorios de distinta nacionalidad, y la gente participa en general de la misma opinión, atribuyendo al Chaco sucesos que ocurren en Formosa ó el Paraguay y Bolivia.

El presidente Sarmiento estableció el primer gobierno que tuvo el territorio del Chaco, el cual comprendía entonces el Chaco actual, la gobernación de Formosa y el Chaco paraguayo. Al perderse este último, por una resolución arbitral que lo devolvió á la República paraguaya, llevóse á cabo la división administrativa que rige actualmente, quedando dividida la región chaqueña argentina en dos gobernaciones: la del Chaco y la de Formosa.

Tiene el territorio del Chaco una extensión de 125.000 kilómetros cuadrados, con sólo 22.000 habitantes. Como se ve, esta desproporción entre la tierra y el poblador hace de él casi un desierto, con enormes y ricas extensiones que esperan el esfuerzo del colono inmigrante.

No posee el territorio del Chaco ni una sola colina. La vasta llanura, inclinada ligeramente hacia el río Paraná, está cubierta de bosques con sólo algunos claros, ocupados por aguas pantanosas, ó en los que se extienden prados naturales. Hay selvas de quebracho y otros árboles duros, y extensos palmares de esbelta vegetación.

Las colonias del Chaco han ido avanzando en el suelo boscoso, y hoy representan unas 20.000 hectáreas cultivadas, extensión insignificante en tan enorme territorio. Producen caña de azúcar, algodón, hierba mate, café, tabaco, maíz y demás vegetales propios de un clima que es á la vez ardiente y lluvioso. El suelo ofrece una gran capa arable con las mejores condiciones de fertilidad. A pesar de la escasez de habitantes, su precio ha aumentado considerablemente.

El Paraná le sirve de vía de comunicación, teniendo sobre él su único puerto importante, que es el de Barranqueras. Las orillas del Paraná son anegadizas y están encharcadas hasta varios kilómetros tierra adentro. Algunos arroyos sin importancia atraviesan el territorio del Chaco; pero su corriente principal en el interior es el río Bermejo, que le sirve de límite con la vecina gobernación de Formosa.

Existen aún en el suelo chaqueño tribus de indios



UNA SELVA DEL CHACO



UNA VISTA DEL RÍO BERMEJO

tobas y mocovíes, que se dedican á la caza y á la pesca. En el territorio ocupado por los indígenas existen fortines guarnecidos por tropas nacionales, las que alguna vez tienen que castigar demasías de aquéllos. En los bosques se encuentran diferentes especies de quebracho, palo santo, palo amarillo y blanco, guayacán, pacará, algarrobo, chañar, mistol, vinal, etc. El Bermejo, con sus inundaciones periódicas, semejantes á las del Nilo, fecundiza el territorio, y allí donde llegan sus aguas se cultiva con abundantes resultados trigo, maíz, arroz, mandíoca, caña de azúcar, algodón, tabaco y diversos frutales.

Los indios de la gobernación del Chaco bajan algunas veces á la ciudad de Resistencia, donde hay comerciantes que están en relaciones con ellos y conocen su idioma. Uno de los traficantes del Chaco más popular entre los indígenas y apreciado por ellos, es un joven catalán, al que tobas y mocovíes llaman familiarmente «Patrón Pepe». Cuando los indios no quieren bajar á Resistencia, los comerciantes van en su busca al interior, comprándoles pieles de tigre, gato montés, lobo, nutria y león, plumas de avestruz, que se recogen en cantidades considerables, por abundar mucho en las tierras habitadas por los indios, y miel y cera de abejas negras.

Al tigre se le encuentra con más frecuencia en este país que en ningún otro de la Argentina del Norte. Los constructores de ferrocarriles que han trabajado en los bosques chaqueños, guardan memoria de sus entrevistas con el señor de las selvas.

En Resistencia, ciudad improvisada y reciente, no se encuentran buenos medios de curación, y por esto algunos hombres á los que hiere el tigre son conducidos á la vecina Corrientes, que se halla en la margen opuesta del Paraná.

El doctor Pont ha curado en el hospital de Corrientes algunos peones que trabajaban en la selva chaqueña, abriendo la línea férrea que desde Resistencia conducirá á Metán, en la provincia de Salta.

Uno de estos peones trabajaba con otro compañero en el kilómetro 13 de la línea, ó sea en terreno que bien puede llamarse civilizado, por su cercanía á la capital del Chaco y la orilla del Paraná. En medio de su trabajo viéronse sorprendidos por la presencia de un tigre, que bramando saltó sobre ellos.

El compañero pudo subirse á un árbol; pero la fiera cortó la retirada al pobre peón, y derecha sobre las patas traseras, con la boca abierta enormemente, clavó en él sus zarpas. Instintivamente, ó por consejo de una serenidad asombrosa, el hombre hundió en las fauces del animal todo el brazo derecho, llegando con el puño muy adentro de la garganta. La fiera intentaba morder, pero al mismo tiempo el obstáculo que comprimía su laringe la impedía respirar, ahogándola. Así lucharon un rato el hombre y el animal, forcejeando confundidos en un solo grupo, hasta que el camarada subido en el árbol recobró la serenidad y descendió de él, clavando varias veces su facón en los costados del tigre, hasta que cayó muerto. El herido llegó á Corrientes con los pectorales y los biceps deshechos á zarpazos. Tardó mucho en curarse, pero se salvó, persistiendo en él cierto decaimiento de ánimo, producto de esta aventura emocionante, capaz de quebrantar la energía del hombre más valeroso.

Otro chaqueño, un cazador de afición, llamado Cabral, pasó hace poco tiempo á Corrientes para que el doctor Pont restaurase uno de sus labios, arrancado por un tigre. Afortunadamente, podía contar el tremendo peligro por que había pasado.

Un día de fiesta el chaqueño salió á cazar palomas en un bosque, lejos de su casa, acompañado de un perrillo faldero. Una de las palomas muertas por él cayó en una espesura inmediata. El perrillo se introdujo en los matorrales para buscarla, pero de pronto dió un aullido y salió escapado. El cazador no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Un tigre estaba ante él, derecho sobre las patas traseras, rugiendo y avanzando las zarpas. Como tenía descargada la escopeta, discurrió el cazador ponerla por delante como un obstáculo, empuñándola á dos manos; pero el tigre, con sólo una zarpada, se la arrancó, enviándola lejos. El hombre sintióse herido en la cara y volteado, cayendo en el suelo con el felino encima. Los agudos dientes de la fiera estaban junto á sus ojos: sentía en el rostro la respiración ardorosa de la bestia carnicera: sus zarpas iban á despedazarle.

Fué uno de esos momentos de suprema angustia, que hacen encanecer de terror. Pero con gran sorpresa suya, el tigre le soltó de pronto, emprendiendo una carrera furiosa entre los matorrales y los arbustos, rugiendo colérico, con la vista baja como si buscase algo. El hombre aprovechó este inexplicable abandono para salir escapado, no parando hasta su casa. Mucho después, al ver llegar corriendo al falderillo, se explicó el

suceso. Iba el tigre á devorarle, cuando el faldero, arrepentido de la primera huída y viendo á su amo entre las patas del felino, se acercó á éste por detrás y le mordió donde pudo.

El inesperado mordisco irritó al tigre, que abandonó su presa para perseguir al diminuto animal entre los arbustos, dando tiempo al hombre para que huyese.

Llegó á la casa el faldero sin ninguna herida, pero murió cuatro días después, á consecuencia del susto sufrido. El hombre tenía el labio cortado de un uñazo, lo mismo que con un bisturí, y ofrecía otras heridas sin importancia. Afirmaba en el hospital de Corrientes que aquel día había nacido por segunda vez, perdiendo para siempre las ganas de cazar palomas en el Chaco. Durante algunas semanas la impresión le hizo tartamudear, pero más tarde volvió á su estado normal, porque el hombre posee, como remedio á las más terribles emociones, la buena condición del olvido.

* * *

Se habla del Chaco como de un país salvaje, donde el hombre civilizado sólo puede vivir con el revólver en la mano. Aun en la misma Buenos Aires hay gentes que al oir hablar de este territorio sólo se imaginan tremendas luchas con las fieras y norturnas alertas para defenderse de los salvajes. Contribuye á tan falsa opinión un error geográfico general que, como ya dijimos, atribuye á la gobernación del Chaco lo que ocurre dentro del Chaco geográfico, á centenares de leguas de aquélla, en las orillas del Pilcomayo ó sobre tierras que pertenecen al Paraguay y Bolivia.

En la República Argentina hay que adoptar un justo medio en todo lo que se refiere á tribus salvajes y animales feroces, existentes todavía en sus territorios. Es ridícula y falsa la presunción del que, pasándose de listo, ríe incrédulo cuando le dicen que aun quedan salvajes y fieras en el suelo nacional. Como tales cosas no se ven jamás en la Avenida de Mayo, el escéptico parece convencido de que no pueden existir en la República. Y, sin embargo, las hay, pues la civilización argentina, en el espacio de unos cuarenta años, no puede haber alcanzado hasta los últimos límites del extenso suelo. Demasiado ha hecho en tan corto espacio de tiempo, realizando en pro de la civilización



BARRANQUERAS. TRANVÍA Á RESISTENCIA



VISTA DE RESISTENCIA

uno de los esfuerzos más extraordinarios que registra la historia de la humanidad.

Igualmente ridícula es la exageración de los que caen en el extremo contrario, afirmando que en el Chaco y otros territorios nacionales resulta imposible la vida del hombre moderno, viendo en todas partes tigres, boas enormes é indios traidores que esperan al blanco para asesinarle. Ciertamente que hay tigres en el Chaco; pero éstos son cada vez menos numerosos, y acabarán por extinguirse, así como los grandes reptiles. La soledad es la que mantiene á estos animales peligrosos.

Se trabaja activamente en estos momentos en la construcción de una línea férrea que atravesará todo el Chaco, de Este á Oeste, hasta la provincia de Salta. Cuando se termine dicho ferrocarril, que será en breve, numerosos pueblos crecerán junto á la vía, pues nada puebla un territorio como una línea férrea, y la presencia del hombre en poderosas agrupaciones alejará y borrará los restos del antiguo estado salvaje.

Lo mismo puede decirse del indio. Sus tribus son cada vez menos numerosas. Los que han logrado adaptarse á la vida de la civilización, sobreviven por medio del cruzamiento, y los que se mantienen uraños y aislados, decaen rápidamente. Los antiguos fortines de las riberas del Bermejo, que sirvieron hasta hace veinte años para contener las correrías de los indios, son hoy pequeños pueblos, en torno de los cuales va ensanchándose por medio del trabajo el círculo de la expansión civilizadora.

Yo era uno de los que consideraban al Chaco con un sentimiento de curiosidad, mezcla de inquietud é interés novelesco. Desde las costas de Corrientes contemplaba la orilla opuesta del río, intentando adivinar lo que ocultaba su línea oscura de bosque. ¿Qué habría detrás de ella?... Veía tolderías de salvajes en la misma ribera del Paraná; hombres blancos con altas botas, amplio sombrero y revólver al cinto, haciéndose obedecer de los indígenas á fuerza de tiros; pelotones de caballería argentina llevando casi la misma existencia que los conquistadores españoles entre naciones primitivas; cacerías de fieras, de las que salían los hombres destrozados, y un mundo de reptiles escapando con viscosa ondulación á cada golpe del hacha civilizadora que



UNA CALLE DE RESISTENCIA

abate los bosques para abrir paso al riel. Ni una casa moderna, ni una calle trazada: todo chozas de paja, donde los blancos vivían como en un campamento.

Con estas ideas pasé el río para desembarcar en Barranqueras, que es el puerto de Resistencia, capital del Chaco. ¡Oh, desilusión!... Empecé por enterarme de que lo que yo imaginaba tenebrosos bosques chaqueños eran algunas islas que ocultan la verdadera orilla del río, y que tras ellas está Barranqueras y su puerto, ni peores ni mejores que muchas poblaciones porteñas del Paraná y el Uruguay.

Desembarqué en un muelle junto al que estaban atracados algunos vapores, y vi casas amplias y bien construídas, y en una de ellas la bandera y el eterno escudo que revelan en todos los pueblos la presencia de la más argentina de las instituciones: la escuela.

Un poco más adelante encontré un tranvía de vapor. ¡Tranvías en el Chaco!... ¡Quién lo hubiese creído!... Y sentado en uno de sus vagones pasé entre hermosas chacras, de espléndida vegetación; y vi familias de colonos, iguales á las de las provincias, cultivando huertas; y Resistencia apareció en el término del camino con un aspecto de ciudad que se ensancha rápidamente y — lo que es raro en una población argentina — con varias torres sobre el caserío de techos bajos.

Las calles de Resistencia son amplias y con frondosa arboleda. Las plazas tienen jardines, y en los pisos bajos de los edificios hay tiendas que exhiben sus géneros en buenos escaparates.

Empezaba á caer la tarde y salían las familias á dar un paseo por las avenidas y jardines de la ciudad; otras iban en coche. Las señoras vestían con arreglo á las últimas modas, como si acabasen de llegar de Buenos Aires. Guiando ligeros carruajillos, de los que tiraba un caballo brioso, pasaban muchachas rubias con ojos azules, de arrogancia un tanto masculina, hijas de europeos, nacidas en el Chaco.

Un edificio grande de dos pisos era la Casa de Gobierno, donde saludé al gobernador, Don Gregorio López, bizarro coronel de las primeras horas de la ocupación chaqueña, que cabalgó mucho en la frontera, manejando el sable contra los indígenas rebeldes. Otros edificios eran cafés, *restaurants*, tiendas de comercio, y hasta vi el escaparate de un fotógrafo. ¿Dónde estaban los indios?...

Encontré una librería, y al entrar en ella para adquirir algunas tarjetas postales de Resistencia, vi libros míos y un retrato, que era á modo de un documento de actualidad. Me reconoció inmediatamente el librero con rápida ojeada de la fotografía al original. Era un tipógrafo italiano, y mostró empeño en hacerme pasar á la trastienda para enseñarme dos pequeñas máquinas de imprimir, las primeras que habían entrado en el Chaco. Luego el librero-impresor me hizo ver sus obras con infantil satisfacción; tarjetas de todas clases, *menus* de banquetes, anuncios para los comercios de Resistencia. Hasta había impreso libros: pequeños volúmenes de la Sociedad de Beneficencia y reglamentos para los comandantes de los fortines del Chaco. Estos pueblos de reciente formación, con sus industrias acabadas de nacer, ofrecen grandes sorpresas. El impresor del Chaco usaba de adelantos mecánicos y novedades de impresión que todavía no se han generalizado en los establecimientos tipográficos de muchas ciudades grandes.

Al cerrar la noche comí en el *restaurant* de una gran confitería. Los dueños eran franceses. Detrás del mostrador erguíase majestuosa la directora del establecimiento, teniendo á su lado una máquina distribuidora de moneda, como en las grandes tiendas de las capitales. Las criadas, francesas también, servían las mesas con vestido negro y albos mandiles, lo mismo que las camareras de los *Duval*, de París. Un piano eléctrico dejaba oir alegres sonatas cada vez que algún parroquiano arrojaba una moneda en su interior.

La comida era exquisita: una comida de *restaurant* francés de provincias que hacía olvidar que más allá de la puerta estaban las calles de la capital del Chaco, alumbradas por la luz macilenta de los primeros faroles.

Iban llegando los parroquianos; jóvenes ingenieros y contramaestres de diversas nacionalidades europeas, que trabajan en las obras del ferrocarril ó las explotaciones del quebracho, viviendo solos en este país, al que han venido en busca de fortuna, y haciendo sus comidas todos los días en el *restaurant*. En la parte de la confitería iban sentándose á las mesas hombres de



RESISTENCIA, CASA DEL GOBERNADOR



MÁQUINAS AGRÍCOLAS EN EL CHACO

aspecto más rudo, con amplios fieltros, botas altas y poncho. Algunos se apeaban de sus caballos y cochecillos ante la puerta. Las suelas dejaban, al entrar en el café, pellas de barro blancuzco de los campos.

El aspecto de estos hombres era lo único que recordaba al Chaco, país que no ha salido aun de los primeros albores de la civilización.

Me fijé de pronto en un friso de letras doradas que adornaba el comedor. Eran nombres famosos; nombres de genios que la admiración artística del dueño del establecimiento había colocado en un sitio de honor: Lúculo, Grimod de la Reinière, Brillant-Savarin, Bechamel, Vatel, Carême y otros... ¡Los grandes artistas de la cocina europea brillando con letras de oro en el *restaurant* de un territorio que muchos tienen por salvaje! . . .



UN COMISARIO DE POLICÍA DEL CHACO

¡Los genios de la civilización por el estómago expuestos á la pública adoración en un país donde todavía existen fieras que devoran á los hombres, sin preocuparse de su condimento! . . . Sólo en la Argentina pueden encontrarse estas sorpresas.

* * *

Aparte de Resistencia y su puerto de Barranqueras, no existe en el Chaco ninguna otra población que merezca este título. Son colonias más ó menos importantes que llevan el nombre de sus fundadores ó de personajes políticos.

Además, en torno de los antiguos fortines de Madero, Irigoyen, General Roca, Wilde y otros, se han constituído centros de población.

Todos estos grupos pobladores trabajan la tierra, produciendo maní, tártago, tabaco, caña de azúcar y maíz para la exportación, así como mandíoca y patatas que consumen ellos mismos. Los principales artículos de exportación que dan vida á la ciudad de Resistencia y su puerto, son el azúcar y el quebracho.

Existen en el Chaco algunos ingenios importantes, de los cuales dos son notables por su capacidad productora. La industria del azúcar resulta muy remunerativa en el Chaco. El suelo fértil produce la caña en abundancia y la mano de obra es barata, pues los indios y mestizos trabajan en su corta y elaboración por jornales exiguos. Además, el Paraná ofrece un medio de comunicación económico, ya que los transportes fluviales son siempre de menos coste que los ferroviarios. Por esto en los ingenios del Chaco puede fabricarse y exportarse el azúcar á menos precio que en los de Tucumán y Jujuy, que dependen del ferrocarril. Hay también fábricas de aceite, que extraen este artículo de la semilla de tártago y del maní.

Pero la gran explotación del Chaco ha sido y es la industria de la corta de árboles, que al principio se realizaba únicamente en las zonas inmediatas á los ríos para dar salida á las maderas, y ahora se extiende por todo el interior, abriendo las empresas pequeñas líneas férreas para su servicio.

Alguno de estos ferrocarriles particulares ofrece un aspecto original é interesante, pues está construído con la misma madera de los bosques chaqueños. El quebracho es casi tan duro y resistente como el hierro, y los constructores de tales líneas, que no pueden llamarse férreas, han suprimido el metal, siempre costoso, por ser de importación europea, tendiendo rieles de quebracho, sobre los cuales se deslizan las ruedas de las vagonetas, fuertes discos de la misma materia. Puede decirse que el Chaco es un país minero; pero sus minas no son de metal ni de piedra, sino de madera. Cada bosque es un filón, en el que se encuentran numerosas variedades de riqueza forestal.

El quebracho, que es en relación á las otras maderas lo que el oro entre los minerales, se presta á diversas explotaciones y ha sido origen de grandes fortunas. Continuamente se están construyendo ferrocarriles en la República Argentina y el Gobierno



UN BAÑADO DEL CHACO

exige que los durmientes ó traviesas sobre los que descansan los rieles sean de quebracho y no de acero.

Esta madera vigorosa de la selva argentina resulta superior en duración al metal. El tanino que guarda entre sus fibras es á modo de sangre vigorosa que le presta una existencia de siglos. Con el curso del tiempo se quebranta el acero, se oxida y muere, fraccionándose en frágiles láminas. El quebracho se hace con los años más duro y fuerte, sin perder su vigorosa elasticidad. Se han extraído del fondo de lagunas y ríos troncos de quebracho que llevaban en el agua dos ó tres siglos, sin que se notase en ellos la más leve señal de putrefacción. La humedad no ejerce ninguna influencia en sus fibras, saturadas de líquido astringente.



FIESTA EN UNA ISLA DEL CHACO (Río Paraná).

Se explota también, como ya dijimos, esta valiosa madera para la fabricación del extracto de tanino, y en todas las estancias ricas y campos bien cuidados de la República prefieren los dueños emplear en sus alambrados los postes de quebracho, por ser de incalculable duración.

Cuando se le usa como combustible iguala el quebracho, según dicen, á muchos carbones de piedra. El número de calorías que desarrolla sólo es inferior al de la hulla de Cardiff.

La costa del Chaco es abordable, lo mismo para vapores que para buques de vela. Embarcaciones de regular calado pueden atracar á sus riberas. Por esto abundan en el litoral chaqueño los puertos especiales. Todas las colonias ribereñas, así como los *obrajes* de quebracho y los ingenios de azúcar, tienen su puerto. Les basta construir un corto muelle de maderos, que desde lo alto de la barranca avanza algunos metros en el río, y el buque atraca á él, aun en las aguas bajas.

La principal vía del comercio chaqueño es el Paraná; pero cuenta también con un camino terrestre de importancia: el ferrocarril de Resistencia á Rosario. Este ferrocarril lo utilizan los exportadores de quebracho enviando maderas á las provincias del interior. Pasan largos trenes de mercancías, compuestos de plataformas rodantes, en las que se apilan, con la regularidad de un edificio, los troncos de quebracho pelado, todos del mismo tamaño y sostenidos por otras maderas iguales, que forman á modo de una baranda.

El quebracho es un palo que sangra. Mondo de corteza, muestra su duro tejido con estrías rojas y amarillas, lo que da á los montones de troncos cierta semejanza con un cargamento de carnes desolladas.

* * *

En los confines del Chaco con la provincia de Santa Fé, se oscurece el sol algunas veces en días claros y de cielo límpido. Asoma en el horizonte una humareda rojiza, que al avanzar va ensanchándose, hasta que de pronto oscurece el suelo bajo su sombra. Miles de millones de insectos pasan y repasan, como chispas volantes de reflejos metálicos.

Es una manga de langosta, que aterra al pobre campesino como la más horrible de las calamidades. Las mujeres gritan de desesperación, hundiendo trágicamente sus manos en la suelta cabellera; los hombres callan y bajan la cabeza con resignado fatalismo, reconociendo su impotencia; los chicuelos dan aullidos, golpean latas é intentan espantar con un estrépito ensordecedor á estos abejorros de la muerte.

Todo inútil. Si la manga pasa, respira el agricultor, como el que considera que acaba de nacer luego de un peligro capital. Si se posa en los campos esta inundación rechinante, por el continuo frotamiento de sus alas, la tierra queda limpia de verdor, las ramas desnudas de hojas, y hasta los árboles pierden á jirones la túnica de su corteza.

FORMOSA

ESTE territorio es el más salvaje de la Argentina; el único donde un caminante audaz, al avanzar por su suelo, todavía mal conocido, y con amplios espacios de tierra inexplorada, puede ver en peligro su existencia. Un gran número de viajeros han muerto en Formosa á manos de los indios, como heroicos soldados de la ciencia.

La única parte bien estudiada de esta gobernación es la que linda con el río Paraguay y tiene enfrente las costas de la República paraguaya. La línea del Bermejo, que le aisla de la gobernación del Chaco, también ha sido objeto de exploraciones afortunadas; pero la del Norte, ó sea la del río Pilcomayo, que separa á Formosa del Chaco paraguayo y boliviano, es el lugar donde han fracasado más expediciones, con resultados trágicos.

Muchos viajeros se han sentido atraídos por el

misterio del río Pilcomayo, queriendo navegarle en toda su extensión, pero ninguno lo consiguió hasta el presente, ni se ha podido fijar de un modo exacto la hidrografía de esta línea fluvial.

Es Formosa, como la gobernación del Chaco, una gran llanura, ligeramente inclinada y cubierta de bosques. Los desbordes del río Pilcomayo forman grandes extensiones acuáticas, que han impedido el avance de los exploradores. Este territorio continúa siendo, en pleno siglo xx, el menos conocido de la Argentina. En el mapa nacional aparece como una mancha de terrenos inexplorados. Se conoce únicamente la costa que da sobre el río Paraguay con algunos kilómetros de tierra interior y una parte del curso del Pilcomayo. Más adentro todo es incierto, y sólo las relaciones de algún que otro explorador afortunado que logra volver, permiten formarse una idea aproximada del aspecto físico del país.



UN NIÑO ARISTÓCRATA DEL NOROESTE DE FORMOSA

Hace dos siglos que se vienen realizando infructuosas y arriesgadas expediciones para recorrer todo el Pilcomayo, desde sus fuentes á la embocadura, ó en sentido inverso. En el siglo XVIII los jesuítas intentaron esta expedición, ansiosos de ligar sus misiones de Bolivia con las de Paraguay, descendiendo río abajo.

El Padre Patiño inició la empresa en 1721, navegando el Pilcomayo desde sus orígenes; pero tuvo que detenerse en el gran estero, que hoy lleva su nombre, donde la hostilidad de la naturaleza y el salvajismo de los habitantes oponen el principal obstáculo á los viajeros. Después de Patiño exploraron el Pilcomayo, Casales, en 1735, y el Padre Castañares, natural de Salta, en 1741. La exploración de Castañares fué la más detenida y útil, pues levantó planos de todos los parajes recorridos.

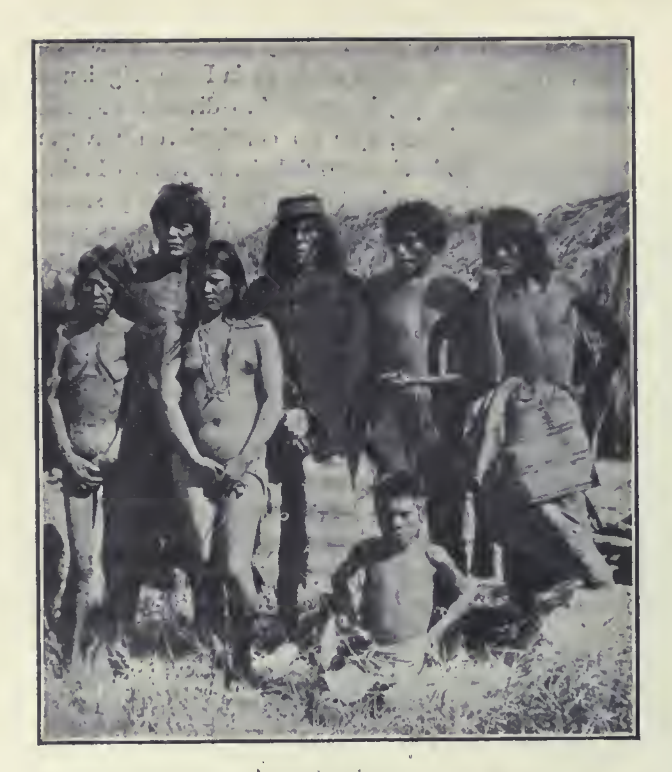
El Gobierno de Bolivia, muy interesado, naturalmente, en tener una salida al río de la Plata, siguiendo el curso del Pilcomayo, ha protegido diversas expediciones, que no consiguieron navegar todo el curso del río. El Estero Patiño y un sinnúmero de rápidos y saltos, impiden el tránsito. Tampoco es posible avanzar por tierra á causa de los numerosos bañados, mezcla de tierra y agua, que ocupan grandes extensiones y hacen imposible la marcha y la navegación. Sin embargo, todos los viajeros están acordes en afirmar que con el dragado de los canales que hoy existen y algunas obras complementarias, sería fácil hacer navegable el río. Día llegará en que la República Argentina emprenda dicha obra. Por ahora exigen urgentemente su atención trabajos más inmediatos, que beneficien el centro del país. La navegación del Pilcomayo proporcionará seguramente nuevas riquezas á la Argentina, pero servirá mucho más á Bolivia y Paraguay.

Forma este río, en su parte media, un verdadero laberinto de canales y corrientes, en el que se pierden los exploradores. Por esto mismo, los tobas y mataguayos que habitan el país se han establecido en el centro del dédalo, comprendiendo que allí se hallan con mayor seguridad que en otro lugar del territorio. Esta parte del Pilcomayo es á modo de una trampa, y los exploradores que entran en ella difícilmente salen.

Viven los indios del Pilcomayo formando hordas errantes, que con facilidad trasladan sus tolderías de una orilla á otra en los esteros y riachos. Van casi desnudos, sin previsión ni aspiración alguna, y se alimentan con los productos naturales del bosque. Apenas conocen la agricultura y la ganadería, siendo la caza y la pesca sus únicas industrias vitales.



PAISAJE DEL NOROESTE DE FORMOSA (Fotografía del explorador Montenegro).



INDIOS TOBAS

Estos indios son el obstáculo con que chocan todos los que intentan el conocimiento geográfico del país y la colonización de sus tierras. Han propuesto muchos el exterminio de las tribus enemigas, como lo hicieron los Estados Unidos en sus territorios. Pero el pueblo argentino es humanitario y no acepta el sistema de esparcir la civilización por el hierro y por el fuego. Prefiere reducir á los indios por la conquista pacífica, atraérselos con medidas de protección; pero hay que reconocer que hasta el presente el sistema no ha dado grandes resultados con los indios de Formosa.

En vez de hacer avanzar por el Pilcomayo expediciones militares, el gobierno argentino y las corporaciones científicas envían exploradores, hombres de saber y de acción, y los indios, después de recibirlos con hipócrita amabilidad y tenerlos algún tiempo entre ellos, acaban por matarlos. En los últimos años han sido frecuentes los asesinatos de exploradores célebres. Los tobas asesinaron al sabio francés Creveaux cuando descendía el Pilcomayo en 1882. En el Museo de La Plata se ha erigido una columna en memoria de este ilustre soldado de la ciencia.



UNA COMPAÑERA DE BOGGIANI (Fotografía del mismo).

En 1900 fué asesinado por los mismos tobas de Estero Patiño el explorador español Ibarreta, caballero andante de la geografía, paladín sin miedo y sin tacha de la ciencia, varón de heroicas acciones, cuyas hazañas hacen recordar á los hombres de los primeros años del Descubrimiento.

Un ambiente novelesco envuelve el recuerdo de este explorador y hace que algunos crean que no ha muerto. Ibarreta gustaba más de vivir entre los salvajes que con los civilizados, y había llevado á cabo muchas expediciones á través de países desconocidos. Joven y apuesto, tenía amores con las indias más agraciadas, lo mismo que los guerreros de la conquista. En los territorios argentinos del Norte y en la capital del Paraguay algunos fotógrafos enseñan retratos de beldades indígenas que mantuvieron estrecha amistad con Ibarreta y con el pintor italiano Boggiani, que también fué asesinado en otra expedición.

Estos entusiasmos amorosos del explorador Ibarreta han dado motivo á diferentes versiones. Según unos, fué asesinado á causa de una mujer, por un indio celoso. Tal suposición no puede ser cierta, pues los sentimientos afectivos de los indios son distintos á los nuestros. Además, los exploradores toman mujer con el asentimiento del jefe de la tribu, y todos los individuos de ésta ansían dicha unión para emparentar con el hombre blanco y recibir sus regalos.

Otros comentaristas más novelescos afirman que Ibarreta vive y lo tiene secuestrado una india enamorada de él. Esta mujer fingió el asesinato, rompiendo de tal modo los últimos lazos que unían á Ibarreta con la vida civilizada, y lo guarda prisionero de sus gracias, como Venus al caballero Tanhauser, en el dédalo de canales, charcas y bosques del Estero Patiño.

Los indios relativamente mansos que bajan á trabajar en los ingenios de Jujuy propalan esta versión. Algunos de ellos afirman haber visto al valeroso español mucho después del anuncio de su muerte, y dicen conocer á la *princesa* india que lo guarda. Bien es verdad que los indios que hacen estos relatos son unos pícaros redomados, muy semejantes á los gitanos de España, que halagan á los blancos con un sinnúmero de cuentos de su invención y estupendas mentiras para pedirles luego un regalo.

Recuerdo las palabras, masculladas trabajosamente en español, con que me recibió en una toldería un indio viejo:

— Dame un cigarro y te contaré cosas de *Borreta*... Yo le he visto.

Borreta es Ibarreta, el novelesco explorador cuyo recuerdo ha tomado un carácter legendario, y vivirá muchos años entre las tribus del Norte argentino y el Chaco paraguayo.

Se han encontrado los restos de Ibarreta; pero algunos han disputado su autenticidad, y esto basta para que tome cuerpo la idea de que el explorador no ha

muerto. Un dentista de Buenos Aires examinó el cráneo entregado por los indígenas, reconociendo varios empastes de oro que había hecho en la dentadura del explorador poco antes de emprender éste su último viaje. Pero otros que examinaron el esqueleto afirman que había en él piezas de diversas procedencias, recogidas al azar, deduciendo de ello que los huesos entregados por los indios no eran los de Ibarreta.

Reside en Asunción del Paraguay un español de vida muy interesante, llamado Cancio, joven asturiano, enjuto, forzudo, de luenga barba y cabeza rapada, como los guerreros del tiempo de Carlos V.

Cancio, que está casado con una señora italiana y es hombre de cierta cultura literaria, vive lo mismo que vivían los vecinos de Asunción en los tiempos de Ortiz de Zárate. Trafica con los indios de Formosa, Paraguay y Bolivia; y viaja con sólo dos peones y algunas mulas por toda la extensión del antiguo Chaco, que atravesaron García, Ayolas, Irala y tantos otros en los primeros tiempos de la conquista; pero que luego ha quedado entregada durante siglos al exclusivo dominio de los indígenas.

Es el único blanco que puede marchar por estas tierras, durmiendo todas las noches en una toldería de amigos, desde el Paraguay y Formosa hasta Bolivia. Conoce las lenguas de los chaqueños, sirve de mediador en sus diferencias, comercia con ellos y no les engaña, lo que le da gran prestigio entre los indígenas, que le apellidan «hombre bueno». Cancio les compra pieles de tigre, plumas de garza y otros productos del país, dándoles en cambio ropas, adornos vistosos y hierba mate. Su prestigio en el Chaco hace que el valeroso y prudente español sea á modo de un embajador de los indios, cuya intercesión hay que buscar siempre que se desea algo de las tribus.

Cuando los indígenas de Estero Patiño matan á un explorador, la familia ó las sociedades científicas se dirigen á Cancio, y éste monta á caballo, y con sólo un par de peones y unas mulas que llevan el equipaje y los regalos, se lanza en pleno desierto. Va de tribu en tribu fingiendo indiferencia por el suceso, pero engañando con la habilidad de un *detective* la astucia reservona de los indios, hasta que averigua qué gentes son las que cometieron el asesinato y dónde está el cadáver. Luego parlamenta con la tribu homicida, y al fin, después de algunos meses de viaje, consigue volver á Asunción con lo que resta de la víctima. Cancio fué el que encontró los huesos de Ibarreta y el que rescató el cuerpo del pintor



UNA DONCELLA TOBA (Fotografía de Boggiani).



UNA PEQUEÑA ESTANCIA EN FORMOSA

Boggiani, hazaña por la que le tributaron grandes elogios los periódicos de Italia.

Guido Boggiani era un ilustre artista, y al mismo tiempo un hombre intrépido, amigo y compañero de las más notables personalidades intelectuales de su país. Gabriel D'Annunzio dedicó unos versos á su muerte. Se estableció Boggiani en el Paraguay pintando hermosos paisajes é interesantes tipos indígenas; pero al internarse en el país en busca de nuevos modelos, su juventud y su carácter aventurero le impulsaron poco á poco á convertirse en explorador. De tribu en tribu avanzó por las orillas del Pilcomayo, pintando numerosas obras y sirviendo á la ciencia con datos y observaciones. Realizó varios viajes, hasta que en 1902 lo asesinaron traidoramente, como á Ibarreta, en las inmediaciones de Estero Patiño.

También el comentario público cree ver una intervención femenina en la muerte de Boggiani, pues el italiano, lo mismo que el español, mantuvo relaciones con algunas indias, que aun guardan su recuerdo. Esto nada tiene de extraño. Yo he tratado á varios exploradores que recorrieron y recorren actualmente tierras salvajes, y todos ellos dicen que la mejor precaución que puede adoptarse en estas excursiones peligrosas, es tomar por esposa ó compañera á una indígena, que acaba por sentir un afecto mezclado de admiración hacia el hombre blanco, más rico y más fuerte por sus armas que los guerreros de la tribu. La india, mejor conocedora del idioma y más al tanto de las costumbres indígenas, puede avisarle en caso de peligro y servirle en las marchas como guía experto. Tal hicieron los prime-



UN INDIO CIVILIZADO

ros conquistadores y tal hizo el pintor Boggiani; pero, según parece, su intrépida juventud le impulsó á abusar en demasía del sistema de las alianzas, y ello fué causa de su muerte.

Otra opinión más extraordinaria y novelesca he oído en Formosa y Paraguay de labios de algunos conocedores de los misterios del Chaco. Según éstos, Ibarreta y Boggiani fueron asesinados en el momento que pretendían dirigirse al país de «los Barbudos». Estos barbudos misteriosos inspiran tal miedo á los otros indios, que los aliados de Ibarreta y Boggiani prefirieron asesinarlos mientras dormían, antes de que con su imperiosa voluntad les obligasen á seguirles hasta el país de los feroces enemigos.

Para oir hablar de «los Barbudos» hay que vivir en los países inmediatos al Pilcomayo, donde hace siglos que circulan vagas noticias sobre esta tribu misteriosa, acampada en lo más hondo del Chaco. Algunos indígenas mansos, cuando alguien les habla de los barbudos, guardan silencio con visible miedo.

Esta tribu, á lo que parece, conserva vestigios de una pasada civilización, y abusa de su superioridad sobre las otras haciéndolas sus víctimas. Los barbudos se diferencian de los demás indios en que tienen la tez blanca, llevan luengas barbas y no van descalzos, pues defienden sus pies con suelas guarnecidas de correas. Tales detalles hacen sospechar á muchos si los barbudos serán descendientes de algunas de las partidas de españoles que se extraviaron y perdieron en el Chaco en los primeros tiempos de la conquista, habiendo caído rápidamente en la barbarie, y aprovechado su superioridad étnica para ser más astutos, inteligentes y crueles que los otros indios. Nadie ha visto á los barbudos, pero los indígenas del interior hablan mucho de ellos y muestran un miedo irresistible cuando alguien les propone aproximarse al país que habitan. Otra víctima de los indígenas de Formosa fué el joven naturalista argentino Don Ramón Lista, asesinado en la frontera de este territorio con la provincia de Salta. Lista era un viajero estudioso destinado á alcanzar la gloria de los exploradores ilustres, y antes de su desgraciada expedición á Formosa había hecho otras por el territorio de Misiones y los del extremo Sur.

No todos los indios de Formosa son salvajes y crueles como los que plantan sus tolderías junto á las revueltas fluviales de Estero Patiño. Hay en esta gobernación tribus de indios pacíficos, que viven en buenas relaciones con la población blanca y la ayudan en sus trabajos. Estos indios civilizados son vigorosos, de buena estatura y genio alegre y comunicativo. Se habitúan fácilmente á la vida civilizada, como si con ello siguiesen una tradición familiar. Creese que muchos de estos matacos, chorotis, chiriguanos y tobas proceden de las Misiones jesuíticas, y que se refugiaron en Formosa cuando éstas fueron arrasadas por los brasileños. No vagan errantes, como las otras tribus; viven en pequeños pueblos á orillas de las corrientes de agua, y son limpios y de higiénicas costumbres. Los más inteligentes adoptan el traje europeo y trabajan en las industrias del país.



UN INDIO DE ESTERO PATIÑO EN TRAJE DE GUERRA

Nunca hacen causa común con los indígenas del interior, ni son inclinados al asesinato y el pillaje. De tarde en tarde alguno de estos indios comete un crimen, lo mismo que un civilizado puede cometerlo en una gran población. Y hay que reconocer que los más de estos crímenes son motivados por la avaricia y la violencia de los blancos, que impulsan al indígena, con sus malos tratos, á mostrarse inhumano y vengativo.

UNA INDIA DE PILCOMAYO

* * *

La fauna de Formosa, país subtropical, idéntico en todo á la República paraguaya, que se halla enfrente, ocupando la otra ribera del río, es riquísima y variada, abundando en animales útiles y peligrosos. En sus ríos pulula el *yacaré*, ó cocodrilo, en número considerable, haciendo algo expuesto el tránsito por sus orillas. En los campos hay serpientes y víboras en gran cantidad, obligando estos reptiles á no poder caminar fuera de las poblaciones sin unas botas altas y de cuero fuerte. También abundan el tigre, el gato montés y el león. Existe el anta, cuadrúpedo rumiante, corpulento como un caballo, y parecido en su forma al ciervo; el oso hormiguero, un zorro grande llamado mayrato, el zorro común, el jabalí, el quirquincho, el lobo acuático, el carpincho, la nutria, la tortuga y la iguana.

Sus aves no son menos abundantes, y en los bañados y lagunas se encuentran garzas, de riquísimo plumaje; cisnes, blancos ó rosados, y pelícanos. En



INDIO CHAMACOCO

las tierras bajas corren bandadas de avestruces blancos y negros, y los pájaros moscas aletean entre el ramaje. De noche es terrible el murciélago vampiro, que muerde á los animales y á los hombres dormidos, causándoles graves pérdidas de sangre.

En Formosa la producción agrícola se concentra en dos cultivos: el tabaco y la caña de azúcar. Produce el territorio otras cosechas, pero en cantidades insignificantes, que se consumen en el mismo país.

Cuando la expansión colonizadora, que parte del centro de la Argentina en todas direcciones, no encuentre ya terrenos libres y busque en este país tropical un campo para su actividad, Formosa será un país próspero y de grandes riquezas. Se ha ensayado en su suelo el cultivo del algodón, con gran éxito; pero, á pesar de ello, la producción algodonera ha quedado paralizada por las especiales condiciones del país.



INDIAS DE LA FRONTERA ARGENTINO-BOLIVIANA

Faltan brazos en esta gobernación poco poblada, y además sus tierras se hallan en poder de unos cuantos propietarios, que esperan el alza de sus precios, sin el menor intento de cultivarlas. Hay también en Formosa grandes territorios anegadizos, que podrían dar excelentes resultados con el cultivo del arroz. La principal exportación del territorio consiste en las maderas de sus bosques, iguales á las de los países inmediatos.

La ganadería se desarrolla fácilmente. Los pastos son abundantes, y podrían mantener un ganado diez veces mayor que el que ahora existe.

* * *

El territorio de Formosa, que ocupa una extensión de 116.000 kilómetros, no tiene en junto más que unos 15.000 pobladores, lo que hace de ella casi un desierto. La capital es la villa de Formosa, con unos 2.000 habitantes entre el núcleo de la población y el egido. En este momento su vecindario ha aumentado considerablemente con los empleados y peones que trabajan en la apertura de una línea férrea desde Formosa á la provincia de Jujuy. Este ferrocarril á través de países salvajes, cambiará en breve el aspecto de la gobernación, sirviendo de salida fluvial á las industrias de las provincias del Norte.

La capital de Formosa, fundada hace treinta y un años, está á orillas del río Paraguay, frente á la población paraguaya de Villafranca, que ocupa la orilla opuesta. Formosa es una pequeña ciudad, todavía en formación, pero tiene bonitos edificios, servicio de correo y telégrafo, un hospital, instalación de aguas corrientes, una junta que cuida de los establecimientos benéficos y varias escuelas. La sociedad protectora de la educación, compuesta de los principales vecinos, vigila y aumenta los establecimientos de enseñanza. Hay unas 80 escuelas con 100 maestros, cantidad que resulta apreciable si se tiene en cuenta que Formosa es una tierra en la que los centros de civilización sólo están instalados á orillas del Paraguay, á modo de factorías, permaneciendo el resto del país en estado salvaje.



UN INDIO DEL INTERIOR DE FORMOSA

El gobernador de Formosa mantiene algunos destacamentos de policía en las tierras interiores, y en torno de estos núcleos de seguridad se han formado pequeños pueblos. Hay, además, algunas colonias importantes, creadas por empresas particulares, en las orillas del río Paraguay y en las inmediaciones de la desembocadura del Pilcomayo.

Este río tal vez siga por mucho tiempo siendo un misterio. Se sabe que nace en los confines de Bolivia y la Argentina, y que desemboca en el Paraguay; se conocen algunas de sus secciones, pero su hidrografía completa es todavía un problema, y solamente valerosos exploradores se atreven á recorrer las orillas del interior. Un antiguo oficial del ejército español, Don Juan G. Montenegro, explo-



UNA TRIBU DEL PILCOMAYO (Fotografía de Boggiani).

rador de varios países, ha realizado algunas expediciones en la parte Norte del Pilcomayo, escribiendo relatos interesantes acerca de sus viajes.

Una comunidad religiosa ha establecido, con fondos del Gobierno, una colonia titulada de San Francisco, en el paraje de Formosa llamado Laishi, á 90 kilómetros de la capital del territorio. Esta colonia prospera bastante. Los frailes catequizan á los indígenas y los acostumbran á trabajar en el establecimiento, que tiene frondosos plantíos y un aserradero á vapor. Los pueblos de Pilcomayo y Montelindo se han formado espontáneamente, y llevan una vida desahogada. Muchas poblaciones existirían ya en las costas formosinas, sobre el río Paraguay, si los terrenos estuviesen á disposición de los inmigrantes; pero éstos son propiedad particular de unos cuantos dueños de latifundios, que dificultan el desarrollo del país.



PAISAJE DE FORMOSA

En Formosa salió á mi encuentro un grupo de españoles, establecidos desde hace años en la capital del territorio. Su presidente es un joven emprendedor, que forma parte del Consejo Municipal de la población.

Me presentó á su padre, el decano de la colonia, viejecillo simpático y fuerte, que salió de España huyendo de las persecuciones y molestias que siguieron á la caída de la República en 1874. Después de vivir algunos años en Buenos Aires vino á Formosa, cuando Formosa apenas existía, siendo uno de sus primeros pobladores.

—Treinta años que estoy aquí... Todo esto lo he visto nacer.

Y mostraba con satisfacción el blanco y diseminado caserío en lo alto de la barranca, el *chalet* del gobernador y la gran mole del ingenio de azúcar, inmediato á la villa.

La capital no es gran cosa. Hay en la provincia de Buenos Aires aldeas mejores. Pero se comprende la satisfacción de este veterano, que al vivir ahora en una pequeña capital en la que acaban de desembarcarse máquinas de ferrocarril, recuerda el antiguo suelo inculto, sólo poblado de reptiles, felinos y salvajes, en el que un grupo de colonos, hace seis lustros, se propuso fundar una nueva población argentina, á miles de kilómetros de la lejana y poderosa Buenos Aires.

LOS ANDES

El territorio argentino más pobre y menos habitado es el de la gobernación de Los Andes. Su nacionalidad data de ayer. Hace once años este territorio no pertenecía aun á la República. Formaba parte de la llamada Puna de Atacama, gobernándolo Chile como único dueño, al mismo tiempo que Bolivia lo reclamaba para ella, exhibiendo los derechos de una antigua posesión. Por un fallo arbitral de los Estados Unidos, este fragmento del desierto de Atacama pasó á ser de la Argentina en 1900.

Como riqueza y como país de colonización representa muy poco el territorio de Los Andes.

Este pedazo de Puna es todo él una altiplanicie que se eleva á 4.000 metros sobre el nivel del mar. En esta altiplanicie se alzan varias sierras, de picos muy elevados, algunos de los cuales llegan hasta 6.600 metros.

El agua escasea en todo el territorio. Nunca llueve, y los manantiales y arroyos se alimentan del derretimiento de las nieves, llevando únicamente agua al principio del verano, cuando ocurre la licuefacción en las cumbres.

Puede decirse que Los Andes es un territorio de bronce, en el que resulta difícil y penosa la vida humana. Sus paisajes recuerdan, por su sequedad, falta de vegetación y montañas pedregosas, la naturaleza muerta de los campos lunares.

El país aparece muy accidentado. Donde no existe una sierra se alzan montañas sueltas, confusos amontonamientos de peñascos y lavas volcánicas. Las escasas llanuras no son planicies de tierra, sino lagos prehistóricos, en los que se ha evaporado el agua, dejando profundas capas de sales y boratos. Abundan los cráteres de volcanes muertos. El suelo parece dislocado, rasgado y revuelto, amasándose llanuras y montañas en un revoltijo de rocas ígneas, arenas, granitos y arcillas.

Están patentes en su suelo las grandes convulsiones de remotas épocas, sin que la vegetación haya venido después á cubrir y disimular las huellas de los cataclismos prehistóricos. La tierra es gris ó verdinegra, pero en ciertos lugares ofrece el mismo aspecto que si hubiese sido totalmente quemada por combustiones subterráneas. Sobre este paisaje negruzco se alzan numerosos picos cubiertos de deslumbrantes nieves

perpetuas. En los valles más abrigados crece una vegetación macilenta y raquítica.

Un silencio de muerte gravita sobre las tierras desoladas. Ni una vivienda humana, ni un animal, ni el ruido de una corriente acuática. Sólo cuando soplan los huracanes invernales rásgase este silencio abrumador con los silbidos monstruosos del viento en las gargantas de rocas. Hasta los volcanes — como dice un explorador de los Andes — han enmudecido en este país, contemplando silenciosos el gran trastorno que yace inerte á sus plantas.

La población de Los Andes es de una exigüidad ridícula. Sobre los 60.000 kilómetros cuadrados que componen su territorio, viven 2.000 personas. Es verdad que el país, en su estado actual, no da para más, y que esta reducida población tiene que vivir habituada á terribles escaseces. No cuenta con otros medios de existencia que el cultivo de algunos oasis, llamados *ciénegas*, donde existe agua, y en torno de los cuales se juntan las gentes buscando el abrigo de las rocas para defenderse de los vientos de la meseta. En estas pequeñas vegas hay algunas plantaciones de trigo, maíz, cebada, alfalfa, patatas y cebollas, y campos de pasto y leña, todo en tan exigua cantidad, que apenas basta para las necesidades de los escasos pobladores.

UN CATEO DE BORATO EN DIABLILLOS

La fauna es igualmente pobre. La ganadería está reducida á unos cuantos rebaños de cabras y ovejas, y algunas mulas y asnos. No se ven otros animales vacunos en las tierras de esta gobernación que los que pasan de tránsito, conducidos por los pastores de Salta á los mercados de Chile. El animal que más abunda es el llama, por ser el que mejor resiste el clima de esta altiplanicie de 4.000 metros. Las vicuñas y guanacos se esparcen en estado de libertad por el territorio. Además, se encuentran en sus soledades chinchillas y vizcachas. El único animal feroz que puede subsistir en unas tierras tan altas es el puna, que ronda famélico por cerca de los rebaños de ovejas y cabras.

El montañés andino, agobiado por la pobreza del territorio, encuentra su principal industria en la peletería. Persigue con encarnizamiento á la chinchilla, hasta el punto de que, en breve plazo, desaparecerá este animal de rico pelaje. Las modas femeninas han puesto en gran aprecio su piel, y los andinos obtienen cada vez mejores precios por las chinchillas que cazan. Además, fabrican tejidos con lanas de vicuña, alpaca y gama.

* * *

La gobernación de Los Andes es poco conocida. ¿Qué interés puede tener un explorador en visitar un país muerto, casi sin habitantes?... El mejor estudio científico de esta gobernación lo ha hecho el naturalista argentino Don Eduardo A. Holmberg, sabio viajero á quien tanto debe la ciencia, por sus estudios y observaciones de los países más interesantes de la República.

El general Cerri, primer gobernador del nuevo territorio de Los Andes, que permaneció en él durante algunos años, interesándose por su desenvolvimiento, también ha publicado notables estudios.

Son los indios de la gobernación de Los Andes de figura arrogante, musculosos y bronceados, llevando el cabello largo para que le sirva de abrigo en las frías alturas.

Distínguense los hombres de las mujeres, en que ellos tienen la nariz gruesa y aplastada y ellas aguileña, siendo generalmente de gracioso perfil.

Sus costumbres no se diferencian gran cosa de las descritas al hablar de los mestizos salteños. La gobernación de Los Andes es una prolongación triste y pobre de la fértil provincia de Salta, y los montañeses andinos, cuando abandonan sus soledades, es para dirigirse á la capital salteña, que consideran la más grande y hermosa de todas las ciudades del mundo.

Los andinos son muy aficionados á la coca y mascan á puñados las hojas anestésicas y estimulantes. Muchas veces añaden á este vegetal cierta pasta, hecha con ceniza, agregándola patata hervida para endurecerla.

El indio andino muéstrase fuerte y de una resistencia asombrosa. Forzoso le es amoldarse al ingrato medio que le ofrece este país hostil. Muchos mueren por falta de adaptación, y por esto el número de habitantes apenas aumenta; pero los que resisten y llegan á vivir perfectamente en la Puna, son capaces de aguantar todas las temperaturas y fatigas, y no hay enfermedad ni cansancio que acabe con ellos.

Los terrenos más bajos que habitan están á 4.000 metros de elevación, donde los demás hombres sufren el angustioso mal del sorocho. Casi todos sus pueblos se hallan establecidos á mayo-



CAMPAMENTO DE INDIOS EN UN VALLE DE LOS ANDES

res alturas. Vientos glaciales barren las áridas mesetas, con tal violencia, que obligan á hombres y bestias á refugiarse en las oquedades de los peñascos para no ser derribados. La subsistencia hay que buscarla en la caza, que obliga á larguísimas marchas, y por esto no hay trepadores que superen á estos hombres de Los Andes. Marchan con la velocidad incansable del indio, días y días por llanuras salitrosas y sin agua, escalando abruptas pendientes, saltando de roca en roca, siempre en línea recta, como viajaban los *chasquis* que los Incas tenían á sus órdenes en el inmenso imperio peruano para el servicio de correos.



PUNA DE ATACAMA. HITO DIVISORIO DE ARGENTINA Y CHILE

La enorme altura de esta tierra parece acartonar el organismo de los indígenas, dándoles una vejez prematura, pero vejez interminable y vigorosa, que desafía el curso de los años. Los que consiguen adaptarse á este clima y á las penalidades que en él se sufren, alcanzan edades inverosímiles. Hasta hace poco vivió en Los Andes un indio de ciento veinte años, que se acordaba del general Isasmendi, gobernador del territorio en nombre del rey de España, antes de que se proclamase la Independencia.

El andino es de carácter melancólico y muy silencioso. Parece que la aridez del suelo cubierto de nieve, y el silencio fúnebre de las llanuras desiertas, se reflejen en su carácter. Muéstrase á la par místico é idólatra. Como los indios de Salta, adora al «Señor del Milagro» y á los santitos patrones de sus aldeas; pero al mismo tiempo cree en la *Pacha-Mama* y el *Tata-Coquena*, á los que ve de lejos cruzando las montañas con sus arrias de llamas gigantescas, en días de tempestad.

En algunos caminos (si es que caminos puede llamarse á tortuosas sendas entre pedruscos) existen capillitas con santos milagrosos que datan tal vez de los tiempos de la dominación española. Nadie cuida de cerca estos santuarios del desierto; las imágenes viven solitarias, consagradas por siglos de existencia en el mismo lugar ó por algún milagro que sólo conocen las viejas del país. El viento invernal forma torbellinos de nieve junto al refugio del santo. Durante el verano, cuando no nieva, sopla igualmente el viento, chocando con irritado silbido contra las piedras, como si pretendiese arrancarlas del suelo. Algún puma viene á rondar cerca del santuario, atraído por la luz de la lamparilla que ilumina á la imagen. Hay india que emprende caminatas de leguas y leguas para renovar el aceite de la lámpara y limpiar el santo.



CASA DE INDIOS DE LOS ANDES

Los viajeros que pasan ante estas capillas, echan pie á tierra, desmontando de sus mulas, ó se sientan á descansar breves momentos, si son caminantes. Junto á la imagen hay una cajita, en la que se depositan limosnas para el culto del santo, confiadas á la honradez de los viandantes. Alguno de éstos, cuando se halla en la indigencia, imita lo que hacen los caminantes de San Juan con las tumbas del desierto y se vale del santo como si fuese un prestamista. Se apodera del dinero que hay en la cajita y deja un recibo confesando su deuda, documento que viene luego á recoger aunque transcurran meses, pues teme el castigo de la imagen en caso de olvido ó mala fe.

Estos andinos que creen á la vez en los santos y la *Pacha-Mama* son de una religiosidad inocente. Uno de los pocos blancos de raza que habitan el territorio es el cura de Los Andes. Don Juan Isella, compañero de miseria de sus feligreses, vestido como un gaucho, con la barba hirsuta y que de vez en cuando monta en su mula blanca para ir de aldea en aldea repartiendo bendiciones y buenos consejos.

Los hombres realizan los trabajos más pesados. Se alquilan como guías y conductores de ganado, realizan cacerías penosísimas en los terrenos más altos ó llevan á Salta y otras poblaciones la sal y los boratos que recogen en las lagunas secas. Las mujeres tienen en sus cabañas telares primitivos, en los que fabrican telas de lana de vicuña, guanaco y oveja, que llaman la atención por su fina trama y el carácter arcaico de sus colores y dibujos. Los muchachos se dedican á pastores desde la más tierna niñez, cuidando de la seguridad de los rebaños.

El lobo de este país no amenaza en el suelo, pues llega por el aire. Es el condor, de fuerza colosal y ardiente acometividad. Los muchachos defienden á pedradas las ovejas y cabritos; pero cuando el condor está enfurecido por el hambre, los pequeños pastores tienen que refugiarse entre las peñas, pues el ave de presa los ataca.

El montañés andino, obligado por la pobreza y el aislamiento á ser egoista, ofrece á los viajeros blancos una extraña hospitalidad. Llegan los expedicionarios á su cabaña solitaria y se meten en ella sin pedir permiso. El andino apenas habla, y aun las palabras más indispensables sólo las emite después de largas y silenciosas vacilaciones. Piden los viajeros de comer, ofreciendo dinero, y el andino contesta con rostro impasible y melancólico:

— No hay, señor.

En las inmediaciones de la cabaña saltan ovejas y

cabritillos, mientras el indio afirma impasible que no posee nada que pueda servir de alimento. Es inútil enseñarle billetes de Banco y ofrecerle precios fabulosos por uno de sus animales. — «No hay, señor», sigue repitiendo tenazmente.... ¿Qué le importa el dinero en su soledad? Un animal del menguado rebaño representa la vida en los crudos días de invierno, y no hay fortuna que pueda tentarle.

El peón salteño que sirve de guía á la expedición y conoce á la gente del país, no se entretiene en vanas palabras. Mientras los viajeros parlamentan, él apela á la acción, con el cuchillo desenvainado bajo el poncho. Se aproxima á un carnero y lo degüella de golpe, solucionando el asunto con la autoridad irrebatible de los hechos consumados. Laméntase el indio con voz apagada de este atropello, y al fin, viendo desollada la res y encendida la fogata para asarla, se ablanda y consiente en que se la paguen.

Con una honradez conmovedora, pide por ella un par de pesos, cuando minutos antes rehusaba 15 ó 20. Lo único que exige es que le dejen la piel, y acaba por sentarse entre los viajeros, cortando su pedazo de carne asada y afirmando interiormente que esta será la última vez que venda comida á los hombres blancos.

* * *

Los pueblos de la gobernación de Los Andes son simples caseríos, situados á más de 4.000 metros de altura y constando de veinte ó treinta chozas. Sus habitantes fluctúan entre 25 y 200, cuando más.



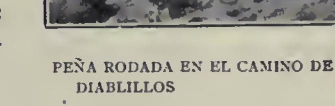
CAMINO DE LA «CUEVA PINTADA»

Como en todo el territorio no había un pueblo ni un paraje que permitiese el establecimiento de la capital de la gobernación, cedió con este objeto la provincia de Salta el lugar de San Antonio de los Cobres, que de este modo pasó á formar parte de la demarcación de Los Andes.



EL CAMPANARIO DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (En un día de fiesta).

Después de la capital, el centro urbano más importante es el caserío de Antofagasta de la Sierra, situado en el único punto del territorio donde hay agua en abundancia, por afluir á él varios arroyos. La *segunda ciudad* de la gobernación de Los Andes se compone de una treintena de ranchos con trescientos individuos, alrededor de una capilla. Esta tiene un campanario, cuya construcción no ha exigido grandes gastos. Encima de una roca aislada se han levantado los arquillos que sostienen las campanas, enjalbegando luego de cal la torre maciza.



PEÑA RODADA EN EL CAMINO DE DIABLILLOS

Todos los caseríos son amontonamientos desordenados de ranchos, que únicamente están habitados en invierno. En primavera y verano las familias se trasladan á las *vegas* de pastoreo, lugares donde se encuentran leña y agua, y allí permanecen con sus rebaños de ovejas, llamas y asnos hasta que caen las nieves, y regresan al pueblo dejando la ganadería bajo el cuidado de los pastores.

No hay ningún extranjero establecido en el territorio. Sus habitantes han nacido en el lugar que ocupan, y no guardan memoria de cuándo llegaron sus ascendientes al país. No están enterados de las variaciones políticas de su patria, y sólo los más ancianos recuerdan que sus padres les hablaron del rey de España, temido y poderoso señor, que vivía en una tierra lejanísima. Han sido bolivianos, luego chilenos y ahora argentinos, sin llegar á enterarse de tales cambios de nacionalidad. De todos modos, nunca les ha faltado un gobernador al que obedecer, y han acatado sumisos las órdenes de éste, sin ocurrírseles averiguar con qué derecho los gobernaba.

Al quedar definitivamente como argentinos, su única petición al gobierno que reside en Buenos Aires fué que se les respetase en la propiedad de las tierras que ocupan desde hace siglos, sin documento alguno, con el derecho del primero que llega.



Esta altiplanicie, que no sirve para la agricultura ni para los ganados, sólo tiene un porvenir: la minería. El suelo es ingrato para el hombre, por lo mismo que contiene grandes riquezas minerales.

Hay en la gobernación de Los Andes oro, plata, cobre, hierro, zinc, azufre y alumbre. El general Cerri, durante el período de su mando, visitó varias minas de oro, explotadas antiguamente por los españoles. Como

ya dijimos al hablar de Salta, los primeros españoles realizaron algunas explotaciones mineras en este territorio, con gran resultado, cesando únicamente cuando una sublevación de los calchaquíes arruinó á los establecimientos y pasó á cuchillo á los mineros. En el interior del territorio hay dos minas de oro, cerca del caserío de Catua y en Archibarca.


INTERIOR DE LA «CUEVA PINTADA»

En las inmediaciones de la provincia de Salta existen otras tres minas del precioso metal, que son las de Susquis, Claros y San Antonio de los Cobres. Estas minas han sido trabajadas siempre por los indios, pero con largos intervalos de abandono y sin intensidad en el esfuerzo. En otros lugares del territorio se explotan, de un modo primitivo y débil, minas de plata y de alumbre.


EL CURA DE LOS ANDES, DON JUAN ISELLA

Pero la principal riqueza del país es el borato, que se encuentra en importantes yacimientos, llamados borateras, los cuales ocupan centenares de hectáreas.

Las principales borateras, compuestas de borato de sosa y borato de cal, son las de Siberia, Hombre Muerto, Ratones, Arcazoque, Diablillos ó Campo Pelado, Antuco y Pastos Grandes. Estos yacimientos, de gran espesor, que representan millones y millones de toneladas y significan enormes riquezas, duermen inútiles por falta de vías de comunicación. Ni siquiera hay en este país caminos de herradura, delineados por el hombre y que acorten las distancias. Los senderos que hoy sirven para el tráfico son pistas abiertas por el paso de las arrias, siguiendo todas las sinuosidades del terreno, lo que triplica y cuadruplica las jornadas. El día en que el tren llegue nada más que á los límites del territorio, será posible la explotación de estos valiosos yacimientos.


PREPARÁNDOSE PARA LA EXPEDICIÓN Á PAÍSES DESCONOCIDOS

***

He conocido en Salta á un joven animoso, que con medios escasos se atrevió á recorrer gran parte del territorio de Los Andes. Es un boticario español, que al llegar á la Argentina se encontró sin medios para subsistir y revalidar su título. Vivía en Salta y se enteró de que una familia que se consideraba con derecho á poseer enormes extensiones en la gobernación de Los Andes necesitaba quien las midiese y amojonase, para fijar su dominio con esta operación. Estas tierras, lejanas y á enormes alturas, que nadie había visto, procedían de una donación hecha por el rey de España á un ascendiente de la familia, allá en los últimos tiempos de la dominación colonial.

El joven boticario, que estaba en Salta, poco más ó menos como Pizarro, Almagro y otros españoles vivían en Panamá antes de navegar hacia el Perú, aceptó el encargo de medir las tierras del frío desierto. En su situación económica, lo mismo habría aceptado ir al polo Sur. Fijó una cantidad por su trabajo, enganchó á cuatro hombres más, adquirió algunos instrumentos, unas caballerías, contados víveres, regular acopio de ponchos, mantas y frazadas, y avanzó tranquilamente por la Puna de Atacama, país de desolación y muerte, donde hace tres siglos estuvo próxima á desaparecer la expedición de Almagro. Llevaba el joven español como única guía una carta topográfica del país, defectuosa é incompleta. Marcábase en ella el lugar de las tierras por medir, con arreglo á los límites de cañadones y cumbres fijados en la donación real. Pero el mapa indicaba estos mismos lugares, con el título poco tranquilizador de «tierras inexploradas».

El boticario las exploró. Durante tres meses estuvo con sus compañeros en el desierto, pero un desierto absoluto, á 5.000 metros de altura, no encontrando más que, muy de tarde en tarde, rebaños libres de llamas y vicuñas en algunos valles. No había otra agua que la de la nieve derretida. Los víveres escaseaban, y era una felicidad poder cazar una vicuña ó un guanaco. Los expedicionarios iban forrados de mantas y ponchos, presentando la grotesca obesidad de los esquimales.

El mal de la puna los martirizaba con angustiosos vahidos y derramamientos de sangre por la nariz y las orejas. Encontraron en las quebradas grandes yacimientos de borato; visitaron cuevas en las que los primitivos indígenas han dejado grabadas en la roca figuras de hombres y leones, primeros balbuceos de un arte infantil. Á través de obstáculos y penurias se realizó la medición, volviendo á Salta los expedicionarios sin ganas de regresar á la Puna y con interesantes fotografías de estas soledades.

Lo que no se comprende en el primer momento es

la utilidad de medir un desierto y el resultado que los propietarios puedan sacar de su posesión. Pero hay que conocer la vida argentina y sus negocios. La propiedad de la tierra representa siempre una fortuna, sea cual sea su situación geográfica, y aunque carezca por completo de medios de comunicación. La falta de riqueza del suelo se compensa con la enormidad de su área.



COMIENDO Á 25 GRADOS BAJO CERO

¿Quién no se deja tentar por la oferta de unas tierras que se venden, por ejemplo, á medio peso la hectárea? ¿Quién no se da el gusto de ser propietario de leguas y leguas por unos cuantos miles de pesos?... Y los campos se venden sin que el que los adquiere los haya visto más que ligeramente en el mapa; y éste á su vez los cede á otro con notable ganancia; y la propiedad va pasando de mano en mano y subiendo de precio hasta que se inmoviliza, clavada en las manos del último adquirente infortunado.

Mientras tanto, las tierras continúan en la soledad, cubiertas de nieve, á enormes alturas, en las que es totalmente imposible la existencia del hombre blanco, por la rarefacción de la atmósfera, y de las que huyen hasta los guanacos y las vicuñas.

LA PAMPA

Es la más poblada de todas las gobernaciones nacionales y sigue en importancia por su riqueza á la de Misiones; pero en ella resultan más numerosos los extranjeros que los argentinos. Aun los mismos habitantes de la Pampa de nacionalidad argentina no han nacido en el territorio, pues son originarios de distintas provincias.

La Pampa es un país de emigración, lo mismo para los nacionales que para los extranjeros.

Sobre una superficie de 145.902 kilómetros cuadrados, existen 60.000 habitantes, y su número crece considerablemente todos los años. Tiene este territorio suficiente población para constituirse en provincia autónoma, con arreglo á las leyes políticas de la República; pero dicha población está muy desparramada por las exigencias de la vida pastoril y agrícola, y no constituye centros urbanos de importancia.

Además, la mayoría del vecindario se opone y protesta cuando algunos convecinos aficionados á la política intentan pedir la constitución de la Pampa en provincia autónoma. Hombres de trabajo todos ellos, temen las luchas y apasionamientos que traería la política de provincia, y les es más grato seguir viviendo en un territorio gobernado por funcionarios del Gobierno nacional.

Es hoy la población de la Pampa un conjunto de todas las modalidades criollas y todas las razas inmigrantes. Cada pueblecillo de la gobernación equivale casi á un curso «vivido» de Geografía. En una pequeña localidad se encuentran franceses, italianos, españoles, alemanes, turcos, rusos, polacos, persas; y revueltos con ellos, argentinos de las provincias del Norte, uruguayos y chilenos. El gaucho, que va desapareciendo de la Argentina, tiene en la Pampa sus últimos representantes.

* * *

La Pampa, que en lenguaje quichúa significa «llanura», es realmente llana, sin más montañas que algunas pequeñas sierras en los límites con Mendoza, últimas derivaciones del sistema de dicha provincia. Sin embargo, esta llanura tiene bruscas ondulaciones, médanos y sierras aisladas que desmienten la absoluta planicie anunciada por su nombre.

No abunda mucho el agua en el territorio, y se creyó por esto hace años que no era apto para la agricultura. Pero el hombre se lanzó á la empresa de cultivarle, y un completo éxito ha coronado su iniciativa. La inmigración acudió entonces en busca de tierras fértiles y baratas, y hoy es la Pampa el territorio nacional más poblado, y rivaliza en producción con muchas provincias. La ganadería se desarrolla ampliamente en sus llanuras y el trigo da abundantes cosechas. No es monótono el suelo, como parece anunciarlo su título de «llanura». Tiene lomas y cañadas y selvas frondosas que abarcan centenares de kilómetros.

Su clima es seco y templado; pero como se halla en el corazón de la Argentina, lejos del mar, la temperatura sube mucho en verano. Sopla el viento *pampero* en el invierno con terrible violencia. Llueve poco en la Pampa, pero existen algunas corrientes de agua y abundantes lagos. Sus dos ríos más importantes son el Chadi-Leuvú ó río Salado y el río Colorado, que le sirve de límite con los territorios del Neuquén y Río Negro, y al cual va á

parar, como afluente, uno de sus pequeños ríos: el Curicó. Las lagunas más importantes son de grandes dimensiones; la Colorada, la Mahuida, la Urre-Lauquen, la Blanca Grande y otras.

La misma «flora pampeana» de la provincia de Buenos Aires se extiende por los campos de la Pampa, predominando las gramíneas, tan importantes para la manutención del ganado. Sus pastos se dividen en *pasto duro* y *pasto tierno*; siendo el primero para los caballos y vacas y el segundo para las ovejas.

Los agricultores de la Pampa cultivan trigo, maíz, alfalfa, lino y avena en grandes cantidades, para la exportación. El puerto de Bahía Blanca ha aumentado considerablemente su movimiento desde que las líneas férreas le pusieron en comunicación con la Pampa, á cuyos productos da salida.

Hoy el único peligro de la agricultura pampeana es la sequedad. Pero cuando la población crezca, y las necesidades de la vida obliguen á mayores iniciativas, esta agricultura buscará el auxilio de la irrigación artificial, y le será fácil conseguirla aprovechando las aguas de las lagunas dulces y de los grandes bañados del Salado.

Aun en la situación presente, con falta de irrigación, la población de la Pampa crece con rapidez, lo que demuestra que en este país es fácil la vida.

Las líneas férreas han contribuído poderosamente al desarrollo del territorio. Cuatro ferrocarriles lo cruzan, y lo que eran hace pocos años simples grupos de ranchos, son hoy pueblos de vida próspera, y serán mañana grandes ciudades.

La ganadería de la Pampa tiene más de 600.000 cabezas de ganado vacuno, 7 millones de ovejas y considerables cantidades de caballar.

Abundaban los animales feroces en este territorio; pero desde que el hombre extendió en él su influencia han huído, refugiándose en los terrenos incultos. Ya no se encuentran tigres en la Pampa, y los reptiles son poco numerosos. El animal que se ve con más frecuencia es el avestruz y en algunos puntos lo crían en corrales, para utilizar sus ricas plumas. La garza y el flamenco viven en las lagunas, formando grandes bandas. En los campos la liebre es tan abundante, que constituye una calamidad, así como la vizcacha. Los cazadores encuentran muchas perdices, venados y gamas.

* * *

La Pampa fué la última parte de la Argentina Central que entró en la vida de la civilización. Este territorio feraz, con inmensos trigales, semejantes á un mar de oro, y frescas praderas que mantienen enormes rebaños, estaba hace treinta años en poder de los indios.

Las tribus salvajes del Sur dominaban el territorio hasta Córdoba, así como las inmediatas gobernaciones del Neuquén y Río Negro, siendo una barrera para el desenvolvimiento económico del país y un continuo peligro para la Argentina civilizada.

Desde el primer tercio del siglo XIX preocupó á los gobernantes argentinos la necesidad de batir á los indios y apoderarse del llamado «desierto». El fraile Aldao, saliendo de Mendoza, y el coronel Pacheco, los batieron en 1828 y 1830. Luego Don Juan Manuel Rosas, como gobernador de Buenos Aires, preparó, de acuerdo con otros gobernadores, una gran expedición en 1833. Llegó Rosas con grandes penalidades hasta las orillas del río Colorado y allí acampó, despachando algunas columnas en distintas direcciones, que batieron á los indígenas, rescatando cautivos y ganados. El general Pacheco y el coronel Ramos llegaron hasta el río Negro, ocupando la isla de Choele-Choel. Ramos siguió adelante, no deteniéndose hasta el río Valcheta, que por primera vez fué visto por los «cristianos».

El único resultado de la expedición de Rosas consistió en el rescate de algunos miles de cautivos que guardaban las tribus del Sud. Se sometieron á Rosas muchos «indios de lanza» prestándole homenaje; pero no tardaron en insolentarse al volver las espaldas el dictador, y éste hubo de tenerlos propicios con regalos y concesiones hasta que terminó su tiranía, diez y nueve años después.

Transcurrió mucho tiempo sin que Argentina pudiera ocuparse en reprimir y castigar á los indios. Las revoluciones políticas, las luchas entre provincias, la guerra con el Paraguay y otros sucesos, distrajeron las fuerzas nacionales. En este largo período no hubo más expedición á la Pampa, ocupada por los indígenas, que el arriesgado viaje del entonces coronel Don Lucio V. Mansilla, viaje que produjo un libro interesantísimo de dicho escritor, relatando su permanencia entre los indios ranqueles. Esta obra, que ofrece el legítimo interés de todo lo que ha sido vivido directamente y es relatado con sinceridad, contiene páginas de intensa emoción, especialmente las descripciones de las pobres mujeres blancas que vivían esclavas de los indios.

Después de la guerra del Paraguay y de la completa organización del país, se pensó, bajo la presidencia de Avellaneda, en acabar con el poderío del salvaje. Este fué quebrantado por numerosas expediciones al mando de varios jefes argentinos, que derrotaron las hordas de Epumer, Mariano Rosas (el emperador de los indios), Baigorria, Namuncará y otros. Cuando, en 1879, avanzó el general Roca hasta río Negro, las tribus no se atrevieron á hacerle frente, comprendiendo que había llegado el momento de su definitiva extinción.

Al quedar limpio de salvajes el territorio de la Pampa empezó á repoblarse, ocupándolo al principio la ganadería y luego la agricultura.

La tierra se vendió á precios irrisorios. Una legua costaba 1.500 francos, y aun así encontraba con dificultad quien la adquiriese. Muchos compraban tierras en la Pampa «por patriotismo», entregando exiguas cantidades de dinero para ayudar al Gobierno en su expansión civilizadora, sin la menor esperanza de que tales adquisiciones pudiesen servir de algo.

Hoy los campos comprados á 1.500 francos la legua

valen 800.000 ó un millón. Y este valor es puramente teórico, pues ningún propietario quiere vender, en espera de una valoración todavía mayor.

* * *

La imagen de la Pampa va acompañada siempre de la del gaucho, que es su complemento.

En la Argentina central, el gaucho ha sido desalojado de las provincias litorales por el inmigrante de Europa, refugiándose en la Pampa, donde todavía puede llevar su antigua existencia de pastoreo, entre rebaños en libertad.

Un notable escritor argentino, Don Joaquín Castellanos, que en la Cámara de Diputados hizo una campaña brillante contra la existencia de los latifundios y sus perniciosos efectos, ha producido un notable estudio sobre el gaucho y su vida, que es tal vez lo más claro y conciso que se conoce acerca de esta materia. No es el gaucho, como se cree generalmente, el elemento antitético del inmigrante *gringo.* Es más bien su antecesor en el progreso argentino, pues antes de que el inmigrante llegase, ya había realizado el gaucho una parte de la obra civilizadora.

Llama Castellanos al gaucho «*pionner* de la Pampa». Él despejó la tierra para entregarla al trabajo, libre de peligros; fué el soldado de la Independencia y de la organización nacional. Sobre el camino abierto por el gaucho avanzó el colono.

Belicoso é indomable, sirvió con estas cualidades, buenas ó malas, á la civilización; pues antes de que el inmigrante pudiese fecundar el suelo, era necesario que el gaucho lo hiciera libre. «La gran misión del gaucho — afirma Castellanos — fué redimir nuestra tierra de la triple sujeción de las fuerzas bravías de la naturaleza, del indio y del poder extranjero».

El gaucho ha sido bueno, caballeresco y de nobles sentimientos. En la época del caudillaje ayudó á la barbarie, no por maldad, sino por ignorancia y desorientado patriotismo, creyendo de buena fe que, al seguir á sus héroes, combatía por la grandeza y la felicidad de su nación. Fué rudo y bárbaro; pero de ser más culto y civilizado, ¿hubiese preferido la vida de la pampa á la de la ciudad, y pasado su existencia en continua batalla con los indios? Sus rasgos morales, que le aproximaban al hombre primitivo, fueron un factor necesario para el avance de la civilización.


«HORMIGA NEGRA» (El último *gaucho malo*, en su retiro).


CAZADOR DE LA PAMPA

Es verdad que las violencias y arbitrariedades, que llenan períodos enteros de la historia argentina en el siglo XIX, malearon muchas veces al gaucho, exacerbando sus fieros instintos y haciéndole huir á la selva para conquistarse la subsistencia y el respeto con las armas en la mano. Entonces se convirtió en aventurero, fuera de la ley, en el temido «gaucho malo», terror y admiración á un tiempo de las gentes del campo.

Pero todo esto pasó ya. La policía, el alambrado y el aumento de población han suprimido en todo el suelo nacional la existencia del «gaucho malo». Este no era un ladrón ni un foragido, sino un «valiente desgraciado» que purgaba sus faltas en una vida errante y trabajosa.

El último «gaucho malo» vive hoy en honrada ancianidad, llevando la existencia de un viejo colono. Se apodaba «Hormiga negra», y está retirado en el distrito de San Nicolás, sin querer recordar su pasada existencia.

La vida del país se ha transformado radicalmente, saltando del período pastoril en plena libertad á la agricultura primaria y la ganadería en lugar cerrado. Actualmente se está verificando otra gran revolución, lenta y sin transiciones visibles, que hace pasar á la agricultura argentina de sus procedimientos primitivos á la explotación del suelo con arreglo á prescripciones científicas.

El gaucho sigue esta evolución perdiendo rápidamente su antiguo carácter. Vive en la Pampa rodeado de gentes de todas las naciones de Europa, desgastando las aristas de su rudo y noble carácter con el continuo frote del cosmopolitismo. Es aún el jinete inimitable que admiraron Darwin y otros viajeros; mantiene la superioridad ecuestre del argentino sobre todos los pueblos de la tierra, pero pierde su lenguaje, sus costumbres y hasta sus canciones. El acordeón, los valses y los *couplets* de café cantante van matando á la *vidalita*, que, como dice Castellanos, «es el *yaraví* del Perú españolizado».

* * *

La capital de la gobernación de la Pampa, Santa Rosa de Toay, es una población moderna, como las demás del territorio, que nada ofrece de extraordinario. Tiene 6.000 habitantes, y sus mejores edificios los ocu-



UN ENTIERRO EN LA PAMPA

pan las dos instituciones importantes de toda población argentina: las escuelas y las sucursales de Banco. Los otros centros habitados de la Pampa son, por orden de vecindario, General Victorica, General Acha, Trazú-Lauquen y Bernasconi.

Las escuelas de este territorio sólo llegan á 30, con 2.000 alumnos; pero no es posible difundir más la instrucción pública á causa de lo diseminada que se halla la población.

En la Pampa hay pocos pueblos, y los colonos no forman siquiera pequeños grupos de viviendas. Cada uno permanece en sus campos, y solamente en días de feria acuden los campesinos á caballo al lugar donde aquélla se verifica.

La lluvia es su gran preocupación, el tema obligado de todas sus conversaciones. Durante meses enteros el cielo muéstrase de un rabioso azul, sin la más leve vedija de vapor. No sopla el viento. La atmósfera duerme pesadamente, y los insectos zumban pegajosos sobre las matojas silvestres, que se alzan duras y verticales sin el más leve estremecimiento. Toros y caballos bajan la cabeza abrumados por el calor, como si quisieran ocultarla entre las patas delanteras, y mueven desesperadamente el rabo para defenderse de los tábanos.

Cuando una nube asoma en el horizonte y avanza agrandándose, negra en su centro y de contornos plateados, cual si estuviese orlada de plumón de cisne, los habitantes de la Pampa muéstranse alegres. «Va á caer un chaparrón». Y hacen votos por que la nube no siga bogando como un buque fantástico de la inmensidad hasta perderse en el otro extremo del horizonte; por que se detenga sobre sus campos y reviente, soltando en cataratas el tesoro acuático de sus entrañas.

La soledad y el aislamiento en que viven los agricultores de la Pampa da lugar en los caminos á un extraño espectáculo. Pasa un hombre montado en un rocín de labor, sosteniendo con ambas manos una caja larga que lleva cruzada sobre el delantero de la silla. Salen á su encuentro de los campos inmediatos algunos agricultores, que abandonan el trabajo para hablarle con simpático interés. Se detienen los viandantes rodeando al jinete. Todos preguntan por su desgracia. Apiádanse de ella con silencioso gesto de tristeza, é insensiblemente se va modificando la conversación, hasta que los hombres del campo, que no se han visto en mucho tiempo, acaban por hablar de las cosechas y de la posibilidad de la lluvia.

De pronto el jinete mira con ojos lacrimosos la caja que sostiene en sus manos, y taloneando el caballo se despide de sus camaradas. Viene de su casa, que está á algunas leguas, y se dirige al pueblo inmediato para enterrar á un hijo suyo.

La caja que lleva sobre la silla es un ataúd.

NEUQUÉN

Dividen los geógrafos este territorio en dos partes: la del Norte, ó sea la que existe entre los ríos Neuquén y Colorado, extensión plana é igual en su aspecto físico á la inmediata gobernación de Río Negro, y la que se encuentra entre el citado Neuquén, el río Limay y la cordillera de Los Andes, en extremo accidentada por las ramificaciones de la cordillera.

En la primera sección las tierras son algo áridas y de vegetación escasa: en la segunda los valles muestran gran fertilidad por la abundancia de corrientes de agua que la cruzan en todas direcciones, procedentes de la cordillera. Arroyos y lagunas mantienen el suelo en constante irrigación, haciendo surgir vigorosas arboledas y pastos suculentos.

El clima, por lo general seco, frío y muy sano, varía igualmente en una y otra parte del territorio.



UN CAMPO PASTORIL EN EL SUR DEL TERRITORIO DEL NEUQUÉN

Al Norte es tolerable el invierno; pero al Sur, en las inmediaciones de Los Andes, las montañas aparecen cubiertas de nieve casi todo el año; y tal es el frío, que los oficiales que viven en las colonias militares establecidas en el país, lo designan con el nombre de «Siberia argentina». En el Centro, Norte y Este del territorio, el clima es más templado. Los vientos fuertes soplan casi todos los días del año, como en los territorios inmediatos de Río Negro, y la lluvia es poco frecuente.



PUERTO BLEST. ORILLAS DEL NAHUEL-HUAPI

La gobernación del Neuquén ha adquirido mayor importancia desde que el ferrocarril del Sur la ha puesto en comunicación con el puerto de Bahía Blanca y Buenos Aires. La empresa de este ferrocarril tiene gran interés en poblar los territorios del Sur y merece elogios por la solicitud con que ayuda á todos los colonos que se establecen en ellos.

La fauna del Neuquén es pobre. Sólo en las inmediaciones de la cordillera existen el guanaco y el puma, pero cada vez más escasos. El condor anida en las alturas, siendo muchas sus especies, y el avestruz corre en bandadas por los campos incultos. El loro, de oscuro pelaje, vive en los bosques de la precordillera y avanza por las llanuras.

Se cultivan en el Neuquén el trigo y la cebada; y de los árboles frutales, el más generalizado es el manzano, que produce magníficos frutos, lo mismo que en el vecino territorio de Río Negro. En los bosques predominan las araucarias y otros árboles de la vegetación andina.

El principal recurso de la gobernación es la ganadería, que consta de más de un millón de cabezas, pertenecientes en gran parte al género ovino.

Casi toda esta ganadería encuentra su mercado al otro lado de la cordillera, en las poblaciones del Sur de Chile.

Ocupa el Neuquén una extensión territorial de 110.000 kilómetros cuadrados, sobre los cuales viven solamente 25.000 individuos. Esta falta de densidad de población hace casi un desierto de dicho territorio. Se puede caminar por él semanas enteras sin encontrar pobla-



LAGO NAHUEL-HUAPI. ENTRADA Á PUERTO BLEST



EL NAHUEL-HUAPI EN UN DÍA DE VIENTO

ción alguna, ni otra vivienda que algún mísero rancho. De estos 25.000 habitantes, lo menos 18.000 son chilenos de las provincias del Sur, hombres trabajadores é inteligentes en las labores del campo, entre los que se mezclan, por desgracia, algunos bandoleros huídos de la justicia de su país. La presencia de estos desalmados, y la gran soledad de los campos del Neuquén, hacen que resulte insegura la existencia de los colonos aislados, y que no se pueda viajar solo por el territorio. La policía del Neuquén tiene que vivir en perpetua campaña contra los bandidos, que ocupan los pasos de la cordillera y avanzan por las llanuras. En la cárcel de la capital de la gobernación hay siempre algún bandido célebre, en espera de castigo. Estos bandoleros cometen crímenes horripilantes, que superan todo cuanto la imaginación de un hombre culto puede discurrir en punto á ferocidad.



EL NAHUEL-HUAPI EN CALMA

La vigilancia de las autoridades, la creciente población del territorio y el avance colonizador del ferrocarril por el Sur de Río Negro, hacia el lago de Nahuel-Huapi, acabarán en breve plazo con el bandidaje que infesta estas regiones.

Los tesoros minerales son muy importantes en la zona andina del Neuquén, como en todas las provincias y territorios vecinos á la cordillera; pero la industria de la minería no puede practicarse aún, porque faltan caminos y los enormes gastos de transporte absorberían por entero las utilidades de la explotación.

Existen minas de oro, plata, cobre, carbón, plomo y petróleo. Se calcula que la capa aurífera de este territorio abarca unas 30 leguas. Hace años que una empresa chilena, con peones de su país y medios industriales rudos y primitivos, explota un yacimiento aurífero, sacando de él anualmente unos 200 kilos de oro. Ahora, merced al ferrocarril, que llega hasta la capital del Neuquén, se han podido importar algunas máquinas trituradoras, que aumentarán la producción de rico metal.

Hay también yacimientos de carbón de piedra á flor de tierra, que únicamente se explotan para las necesidades de los pueblos inmediatos. Estos yacimientos



NAVEGANDO POR EL NAHUEL-HUAPI

carboníferos se hallan en las inmediaciones del pueblo de Chos-Malal, y representarán una gran riqueza cuando el ferrocarril llegue hasta ellos.

El territorio del Neuquén puede explotar como vías de comunicación los ríos Negro, Limay y Neuquén, perfectamente navegables, y que aun lo serían más con unas cuantas obras de dragado. La capital de la gobernación, ó sea la ciudad de Neuquén, está en el lugar donde se juntan el Limay y el Neuquén, formando el río Negro. Siguiendo este último, se llega casi en línea recta á las costas del Atlántico: siguiendo el Limay hacia el Sur, se llega al lago Nahuel-Huapi y la cordillera de Los Andes. El río Picun-Leufú, que procede de la cordillera, engrosa la aguas del Limay. Remontando el río Neuquén hacia el Oeste, se llega á Chos-Malal, antigua capitalidad del territorio.



UNA CALLE DE CHOS-MALAL

Varios pasos ó boquetes de Los Andes ponen en comunicación al territorio del Neuquén con la República de Chile, siendo de todos ellos el más conocido el paso de Antuco, por el valle de las Lajas y las faldas del volcán de Antuco. El paso de Parquilanquen, que se halla á corta distancia del de Antuco, es frecuentado únicamente por los indios. Los pasos de Pedro Rosales, Bariloche y Villa-Rica, que comunican con Valdivia y Puerto Montt, en Chile, son de poca altura y puede transitarse durante todo el año.

* * *

El territorio del Neuquén fué conquistado definitivamente á los indios hace veintisiete años, algo después de la expedición del general Roca al desierto. Una división del ejército argentino, acampada en Río Negro, á las órdenes del general Conrado Villegas, hizo dos expediciones por el Neuquén en 1881 y 1883. En la primera llegaron las tropas hasta el lago Nahuel-Huapi, y en la segunda se posesionaron del lago Lacar y San Martín de los Andes, ocupando todos los valles de la región andina. Desde entonces la colonización fué extendiéndose por estos territorios, que en siglos anteriores sólo habían visto pasar algún misionero blanco.

La región occidental del Neuquén recibe el nombre de «Suiza argentina» de todos los exploradores que la han estudiado, y está cubierta de bosques seculares, que se reflejan en las copas brillantes de más de cincuenta lagos.

Hay en la zona andina del Neuquén unas aguas termales famosas, las de Copahuaes, que forman la llamada Laguna Verde. El agua de esta laguna es de una temperatura que varía entre 35 y 41 grados, conteniendo sulfatos alcalinos y carbonatos. Cerca de la laguna hay un manantial de agua ferruginosa, que llega hasta 95 grados. Estas aguas, que dan excelentes resultados en el tratamiento de las enfermedades del estómago y de la piel, han de alcanzar en lo futuro gran resonancia, cuando los medios de comunicación permitan el trasladarse á ellas. Aun así, muchas familias acuden á estos baños naturales en primavera y verano; especialmente familias chilenas, que pasan la cordillera con el único



REBAÑO EN LAS ORILLAS DEL LIMAY



UNA ESTANCIA EN EL LIMAY



CAMPO PASTORIL Á ORILLAS DEL LIMAY

objeto de experimentar sus aguas. Copahues es un volcán apagado que tiene 4.000 metros de altura.

La ciudad de Neuquén, capital del territorio, sólo lleva seis años de existencia y cuenta con unos 3.000 habitantes. La actividad argentina ha improvisado esta población con pasmosa rapidez, en un arenal inmediato á la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. Casi todo el suelo en que se halla asentada la ciudad, así como los campos inmediatos, pertenecen al rico comerciante Don Casimiro Gómez. Tiene Neuquén un buen edificio, donde se halla instalada la gobernación, un hospital, sucursales de Bancos y casas importantes de comercio. La iniciativa privada va á dar una nueva fortuna á esta ciudad, transformando los terrenos inmediatos en ricas tierras de irrigación, para lo que se hacen obras en el río Limay.

El Neuquén está gobernado hace algunos años por Don Eduardo Elordi, ilustrado funcionario que se muestra incansable en el cumplimiento de su deber. Con frecuencia recorre el territorio en largos y penosos viajes para descubrir y utilizar sus riquezas naturales y atraer la colonización, que es lo que más falta hace á este país, casi desierto.

Después de la ciudad de Neuquén, la población más importante es Chos-Malal, antigua capitalidad del territorio, en la confluencia de los ríos Curru-Leubú y Neuquén. Hay en Chos-Malal algunas colonias agrícolas importantes, figurando al frente de ellas la fundada por los salesianos.

Existen otros pueblos en las márgenes del Neuquén, el Limay y sus afluentes; de los cuales los más conocidos son: Junín de los Andes, San Martín de los Andes, Paso de los Indios, Las Lajas, Campana-Mahuida, Villa Mallin y Mendaña.



UNA ESTANCIA EN EL LIMAY

* * *

Lo más notable del territorio del Neuquén es el lago Nahuel-Huapi, lago que no le pertenece por entero, pues una de sus orillas corresponde á la vecina gobernación de Río Negro. En su parte Oeste está la línea divisoria de Argentina y Chile. Una montaña, el altivo cono del volcán llamado Tronador, separa únicamente al Nahuel-Huapi del lago chileno de Todos los Santos.

El lago argentino está á una altura de 740 metros sobre el nivel del mar, y su extensión se calcula en más de 80 kilómetros. Como su configuración es muy irregular, el perímetro de las costas abarca 250 kilómetros, abundando en bahías que avanzan entre los estribos de la



CHOS-MALAL. COLONIA DE LOS SALESIANOS

cordillera. Estas costas abruptas están cortadas muchas de ellas verticalmente, y las playas no son de gran extensión.

Puede navegarse por el lago con entera confianza en cuanto á profundidad, pues á corta distancia de las costas tiene 300 metros de fondo, y éste aumenta todavía en algunos lugares. La accidentada configuración de sus riberas forma varias penínsulas y golfos, existiendo, además, en el centro del lago algunas islas.

La gran masa acuática del Nahuel-Huapi es renovada, aparte del tributo que le rinden las vertientes de Los Andes, por un sinúmero de arroyos y manantiales que surgen en las regiones vecinas y riegan los terrenos llanos inmediatos al lago, haciéndolos muy preciosos para la ganadería.

El río Limay parte, como ya dijimos, del lago Nahuel-Huapi, para juntarse con el Neuquén y formar el río Negro. En su camino, antes de llegar á la confluencia, recibe afluentes importantes, como el Traful, el



CRUZANDO EL RÍO LIMAY

Collon-Curá y el Colefú, que proceden de la cordillera ó de otros lagos menos importantes.

Existen en los alrededores del Nahuel-Huapi grandes masas graníticas, que surgen sobre la vegetación de los bosques, ó forman promontorios, avanzando en las aguas como oscuros lomos de ballena. Desde la cumbre de estos peñascos se abarca toda la extensión del lago, con sus cuatro islas, y las hermosas bahías de la orilla Oeste formadas por las aguas al insinuarse en los estribos de la cordillera. Un bosque frondoso y oscuro, de abundantes cipreses, rodea al lago en todo lo que abarca la vista.



BALSA ATRAVESANDO EL COLLÓN-CURÁ FRENTE AL PUEBLO DE MENDAÑA

Alza en el fondo la cordillera de Los Andes sus cumbres, dentadas ó redondas, cubiertas de campos de nieve, sobre cuya blancura se destacan los trozos de granito. En ciertas épocas del año, el grave silencio de estos lugares se rasga con el estrépito de los desplomes del hielo, gigantescas masas cristalinas que saltan por las pendientes con estrépito atronador.

Los bosques que rodean al Nahuel-Huapi tienen cubierto el suelo de fresales silvestres ó «frutillas». Peñascos sueltos, procedentes de antiguos cataclismos, se amontonan y avanzan en las riberas ó permanecen como bloques aislados, hundidos en las playas. Contra estas rocas chocan estruendosamente las olas en días de huracán, pues el Nahuel-Huapi se agita con tempestades semejantes á las del mar.

Sus aguas, que proceden de la licuefacción de las nieves, son transparentes, hasta el punto de que permiten ver el lecho del lago á una profundidad de muchos metros. En el centro ofrecen el color azul oscuro del mar; luego van tomando un tinte celeste, cada vez más claro, conforme se aproximan á la orilla; y cerca de ésta dejan ver los guijarros blancos y los pedazos de cuarzo, que brillan bajo la lámina acuática como si fuesen de cristal.

La navegación por el Nahuel-Huapi ofrece hermosos contrastes de luz. En los días serenos, las aguas del centro del lago parecen hervir bajo el fuego del sol, y más allá el buquecillo, al introducirse en una estrecha bahía



VAPOR «CONDOR», QUE HACE EL SERVICIO PÚBLICO EN EL LAGO NAHUEL-HUAPI



NAHUEL-HUAPI. PUERTO DE BARILOCHE

ó furdo, entre altísimas montañas, cae repentinamente en denso crepúsculo. El agua, inmóvil y lóbrega, refleja invertidas las verdinegras paredes de rocas y las nubes que pasan de cumbre en cumbre por lo alto de la cortadura.

Las noches del Nahuel-Huapi son de un silencio majestuoso, rasgado de tarde en tarde por la detonación del Tronador, al hacer saltar, en ruidosa avalancha, un fragmento de su coraza de hielo.

Gran parte de las orillas del Nahuel-Huapi está explotada por la Compañía Chileno-Argentina, que se dedica á la crianza de ganados. Esta Compañía sostiene algunos vaporcitos, y ha establecido muelles en los pueblos del Nahuel-Huapi para el embarque de sus productos, siendo el llamado Puerto Blest el más importante de todos.

La isla Victoria, situada en medio del lago, pertenece al millonario argentino Anchorena, que ha hecho de ella un lugar de recreo como hay pocos en el mundo: Una vegetación añosa crece en la isla con gran exuberancia. En sus bosques hay árboles de más de 30 metros de altura, y los cedros, nogales y hayas elevan sus copas sobre espesos cañaverales.

El capricho del dueño ha poblado estas espesuras de osos, traídos de Alemania, vacas salvajes, ciervos, huemules procedentes de Chile y jabalíes de España, así como en el ramaje aletean faisanes, perdices y otras aves escogidas. De este modo se pueden realizar en la isla Victoria grandes cacerías, sin necesidad de correr mucho. Puerto Anchorena, que es la única población de la isla, tiene hermosos *chalets* y una fábrica de quesos y manteca. La «Isla Encantada», como la llaman algunos, consta de 1.500 hectáreas, y su propietario hace construir artísticas viviendas, puentes y belvederes en los promontorios, penínsulas y depresiones interiores de su hermoso y extraordinario dominio.

Clemente Onelli, el notable director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, realizó una interesante expedición por lo que llaman «Suiza argentina», escribiendo luego un libro interesante, en uno de cuyos capítulos describe el hermoso panorama de este pequeño mar andino.

* * *

El lago Nahuel-Huapi fué descubierto en 1690, por hombres blancos procedentes de Chile, que con palabras de paz se aproximaron á las tribus indígenas establecidas en torno de aquél.

Fueron los misioneros de la Compañía de Jesús los que acometieron esta empresa. El padre Mascardí, luego de haber realizado algunos trabajos evangélicos en el Sur de Chile, se sintió tentado por el deseo de llevar su predicación al misterioso país del Nahuel-Huapi, del que se hablaba mucho en Chile, pero que nadie había visto. La tradición colocaba en este sitio la inabordable «Ciudad de los Césares», lugar de riquezas con el que soñaron durante dos siglos todos los aventureros de la América del Sur.

El animoso jesuíta fué el primer europeo que pisó las nieves vírgenes de esta parte de la cordillera, pasando desde el Arauco á las regiones del Nahuel-Huapi con el deseo de convertir á los indios llamados puelches, voz araucana que significa «gentes del otro lado de Los Andes». Vivió el padre Mascardi en el Nahuel-Huapi cierto tiempo, pero los salvajes puelches acabaron por asesinarlo.

Algunos años después, en 1702, otro jesuíta, el padre Laguna, viviendo en el Sur de Chile, encontró á varios indios «pampas» que habían pasado la cordillera y le dieron noticias de su compañero Mascardi. Le dijeron que los puelches se lamentaban de la muerte del misionero, recordando que les había enseñado á no embriagarse y á rezar, y esto bastó para que el padre Laguna, engañado por la perfidia de los pampas, sintiese un ardiente deseo de continuar en el lago la obra de evangelización. En 1703 salió acompañado de otro jesuíta, estableciéndose en las orillas del Nahuel-Huapi y derramando en sus campos las semillas que formaron luego frondosos bosques de manzanos. Estos árboles proporcionaron muchos años después un nuevo nombre al Nahuel-Huapi, llamado vulgarmente «Las Manzanas».



PUENTE SOBRE EL NACIMIENTO DEL RÍO NEGRO (Entre las gobernaciones del Neuquén y del Río Negro).

Los dos jesuítas habían traído con ellos una virgen adquirida en el Perú y la instalaron en una capillita, junto al lugar donde el Limay sale del lago. Muchos indios miraban con desdén á la imagen, llamándola «señora española». Los adivinos de las tribus profetizaron que esta virgen había sido traída para vengar la muerte del padre Mascardi, y había que adelantarse á su misterioso poder, destruyéndola y matando á sus sacerdotes. Los dos jesuítas fueron envenenados con *chicha*, bebida en la que habían mezclado los indios hierbas ponzoñosas. Luego destruyeron la capilla é hicieron pedazos la imagen. Otros misioneros intentaron seguir las huellas de sus infortunados antecesores, llegando al Nahuel-Huapi; pero fueron muertos á flechazos y á bola perdida.

La sublevación de los indios del Sur se generalizó en 1723 á un lado y á otro de la cordillera de los Andes. Rebeláronse los indomables arcaucanos, destruyendo las misiones del Sur de Chile, y los puelches les imitaron, reduciendo á escombros todas las obras de los misioneros en el Nahuel-Huapi y cerrando el acceso á esta región por más de siglo y medio. Sólo contados exploradores visitaron después las orillas del lago, hasta que las tropas de la República Argentina las abrieron en nuestro tiempo á la civilización y al trabajo.

La región de los lagos patagónicos es llamada, como ya dijimos, la «Suiza argentina». La comparación



COLONIA AGRÍCOLA EN EL LIMAY

no es exacta, pues la Suiza americana resulta muy superior á la europea. Claro es que no pueden parangonarse en punto á cultura, civilización y riqueza, la vieja Suiza con sus ciudades históricas, y los desiertos patagónicos. Pero los lagos argentinos superan en grandiosidad y belleza á los europeos, hasta el punto de que, como dice el sabio geógrafo Moreno, «Suiza no es más que una reducción habitada de la Patagonia andina».

RÍO NEGRO

El último descubrimiento importante realizado por los españoles en la América del Sur, fué la navegación del río Negro. Realizóse esta en 1782, y fué llevada á cabo con heroica tenacidad por el alférez de la Real Armada D. Basilio Villarino, el cual navegó por el interior del continente desde Carmen de Patagones, en la desembocadura de río Negro, hasta la vertiente oriental de los Andes.

En los primeros tiempos de la conquista se preocuparon los españoles del lejano río Negro, que estaba bajo la dominación de los indígenas más salvajes. Se creía firmemente que este río llegaba hasta Chile, y siguiendo su curso podrían los navegantes evitarse el largo rodeo por el Estrecho de Magallanes.



ORILLA DEL RÍO NEGRO

Pedro Valdivia, el conquistador de Chile, al saber por Villagra, teniente gobernador de los territorios de Cuyo, que varios ríos de esta región se dirigían hacia el Atlántico, dió orden á aquél para que los explorase, con la esperanza de abrir un camino navegable de un mar á otro. Villagra siguió el curso del río Diamante, creyendo de buena fe que éste iba á desembocar en el río Negro; pero él y su expedición, después de sufrir grandes padecimientos en la Pampa, tuvieron que retroceder.

Durante siglo y medio, las autoridades de Mendoza, en todas sus expediciones contra los indios, buscaron al mismo tiempo el río que comunicaba con el Negro, y era un camino interior para llegar del Atlántico á Chile. Estas expediciones, quince de las cuales fueron mandadas por el Maestre de Campo D. José Amigorena, no consiguieron otro resultado positivo que batir á los indios, rescatando muchos cautivos blancos y los ganados y joyas que habían robado en la provincia de Buenos Aires.

En la segunda mitad del siglo XVIII, estas exploraciones en busca de la ansiada comunicación, ya no partieron de las provincias andinas, sino de la costa del Atlántico. Los nuevos virreyes del Río de la Plata



UNA ISLA DE RÍO NEGRO

se preocuparon de estudiar las costas de la Patagonia. Hubo un motivo político que hizo urgente la exploración y posesión de tan vastos territorios. El misionero jesuíta Fakner, de nacionalidad inglesa, que se hallaba al servicio de España, publicó una obra relatando los viajes que había realizado durante cuarenta años de predicación á los indios, desde la Patagonia al Tucumán y el Chaco, abarcando en sus correrías todo lo que es hoy República Argentina. El libro fué editado en Inglaterra, proponiendo el autor al Gobierno británico que aprovechase sus indicaciones para arrebatar grandes territorios á España, con la que estaba en guerra.

El libro de Fakner, junto con observaciones muy justas acerca de las cosas vistas directamente, contenía grandes errores. El más capital era creer que el río argentino llamado Negro y el río chileno Tolten formaban una misma corriente de agua que podía llevar del Pacífico al Atlántico, á través de Los Andes. Fakner avanzaba el juicio, con la esperanza de verlo aprovechado por Inglaterra, de que si un pueblo enemigo de España ocupaba la Patagonia, el Gobierno español viviría en continuo sobresalto, por sus posesiones del Río de la Plata, y perdería Chile, pues esta conquista era fácil realizarla con sólo enviar una expedición armada por el río Negro, expedición que llegaría sin tropiezos á Valdivia.



VIEDMA. UNA ESCUELA

El rey de España, alarmado por tales informes, dió orden de que se explorasen las costas de la Patagonia y el interior del territorio, confiándose la empresa á Don Francisco de Viedma, antiguo gobernador é intendente de las provincias de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba, en el alto Perú, que administraba la Patagonia con el título de «Comisario Superintendente de los Establecimientos de la costa Sur». Intentó primeramente la exploración de la ribera patagónica el experto piloto Don Juan Pascual Callejas, quien avanzó unas leguas por el río Negro y volvió á Buenos Aires para solicitar mayores recursos. Callejas no regresó, y fué reemplazado por el piloto Don Basilio Villarino, alférez de la Real Armada, que ya se había hecho notar por sus hábiles reconocimientos de la costa patagónica, desde la peligrosa barra del río Colorado hasta la bahía de San José.

El gobernador Viedma, que había establecido provisionalmente la capitalidad de las tierras patagónicas en el pueblo de Carmen de Patagones, nueve millas al interior de Río Negro, encontró en Villarino el «varón fuerte y heroico» que le recomendaba buscar el monarca de España para que realizase la empresa. Las instrucciones del Gobierno incurrían en los mismos errores que Fakner y otros, pues ordenaban al jefe de la expedición que remontase todo el río Negro, hasta llegar á Chile.

En Septiembre de 1782 se dió á la vela Villarino, de Carmen de Patagones, con cuatro naves de uno ó dos palos, pesadas é inadecuadas para este viaje. Hay que conocer la violencia de la corriente del río Negro, para darse cuenta de lo que representaba la expedición, curso arriba y con buques de vela. Éstos eran de un calado de dos ó tres pies, artillados con pedreros, y llevando por toda tripulación 62 hombres.

El puñado de marineros iba á internarse en un país totalmente inexplorado, en el que vivían los indios más sanguinarios y feroces. De las márgenes del río Negro partían todas las invasiones á las tierras civilizadas. Sesenta y dos hombres, al mando de un alférez, iban á navegar centenares de leguas, con pesadas embarcaciones, entre altas orillas, cubiertas de matorrales, donde les esperaba en acecho el enemigo cobrizo. Con Villarino brilló, por última vez, la gloria heroica de los conquistadores americanos.

Tuvo que luchar en algunos parajes con la corriente y los vientos, que rompieron cuatro veces seguidas las vergas de sus buques. En otros sitios hubo de valerse de los 15 caballos que llevaba la expedición para sirgar los barcos por la orilla. Al mes y medio de viaje llegó á la isla de Choele-Choel, que era utilizada como paso por los indios de la orilla derecha del río Negro, cuando se dirigían á hacer sus malones en la provincia de Buenos Aires. Para cortar este paso y mantener expedita la co-

municación con Carmen de Patagones, construyó un fuerte de postes en el brazo Sur del río, artillándolo con seis pedreros y dejando en él 18 hombres. Cuarenta y cinco días esperó Villarino en Choele-Choel los víveres que le debían enviar de Carmen de Patagones, y cuando los hubo recibido, á fines de Diciembre, continuó la peligrosa exploración, valiéndose de la vela, del remo y de la sirga.



UNA CASA DE VIEDMA

El 23 de Enero del año siguiente llegó á la confluencia del río Negro y el Neuquén, á los que Villarino llamó el Grande Desaguadero y el Sauquel ó Diamante, pues seguía creyendo, como lo creían todos desde los primeros tiempos de la conquista, que el Diamante desembocaba en el Negro, y tomaba por tal al Neuquén, palabra indígena, que significa «correntoso.» Inútil es decir cuán grande sería la satisfacción de Villarino al encontrar la anunciada confluencia, después de los meses de penosa navegación para remontar el río Negro.

Luego de una ligera exploración por el Neuquén, retrocedió á la confluencia, siguiendo el Limay, siempre hacia el Sur, con la esperanza de llegar á Valdivia, en la gobernación de Chile.

En esta parte del viaje hubo de sufrir mucho por el fondo desigual del río, menos navegable que el Negro, y con numerosas piedras, que Villarino compara con botijas, en su diario de navegación.

Al avanzar por el Limay veía muy cerca las cimas de los Andes, y esto aumentó sus esperanzas de tocar en tierra chilena siguiendo la vía fluvial.

Desgraciadamente, se equivocó al llegar á la confluencia del Limay con el Collón-Curá, tomando á éste por la corriente principal y perdiendo mucho tiempo en remontarlo, hasta que encontró cerrado su curso. En estos territorios salvajes ajustó alianzas con algunas tribus, defendiéndolas de sus enemigos los feroces aucas. Por informes de los indígenas amigos, supo entonces el error que había cometido al torcer al Norte, pues el río que había dejado (Limay) era muy caudaloso y desembocaba en un *mar*, el lago Nahuel-Huapi. Los indios le dijeron también que años antes habían viajado por este río unos hombres blancos procedentes del lago y de Los Andes, que intentaron seguir el curso del Limay en unas canoas, pero que éstas se habían roto en las piedras, y aun quedaban sus despojos.



VIEDMA. ORILLAS DEL RÍO NEGRO

Se referían los indios á la expedición que en 1766 había realizado al Nahuel-Huapi el padre Güell con objeto de visitar las antiguas misiones jesuíticas del lago. Navegó algunas leguas Limay abajo, hasta que sus frágiles embarcaciones se rompieron en los saltos de agua, obligándole á regresar á Chile.

Acosado Villarino por la escasez de víveres y las averías de sus embarcaciones, dióse á la vela corriente abajo el 4 de Mayo de 1783, y el 25 llegaba á la embocadura del río Negro, realizando el viaje con toda felicidad y rapidez, por haber subido considerablemente el nivel de las aguas. Ninguno de los exploradores del río Negro y de toda esta parte de la Patagonia ha podido hacer lo que Villarino, último representante del heroico carácter español, que tantas conquistas y exploraciones llevó á cabo en la tierra americana.

* * *

El nombre de Río Negro que ostenta este territorio ha sido objeto de distintas versiones para explicar su origen. Unos afirman que tal nombre se lo dieron los indígenas, por las penalidades que sufrían cuando lo remontaban á remo, luchando con la corriente. Otros dicen que procede del de un cacique apodado «Negro», que ejercía su dominio en las tierras de la desembocadura cuando las exploraron en 1779 el piloto de la Real Armada Don Manuel Brunel y el teniente de Infantería Don Pedro García. Los españoles le dieron el nombre de «Río de los sauces» por el gran número de árboles de esta especie que había en sus riberas, y que aun se conservan en bastante cantidad.

En Río Negro empieza la antigua Patagonia. Las cuatro gobernaciones actuales de Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego son lo que antiguamente se comprendían con el título de Tierras patagónicas. La tradición afirma que la palabra Patagonia procede de haber llamado Magallanes á los habitantes de esta tierra *patones* ó *patagones*, por las gigantescas huellas que vió estampadas en las playas. Algunos sabios modernos aseguran que dicha palabra procede de la voz indígena *patacuna*, que significa «grada», armonizando tal explicación con el aspecto geológico de la Patagonia, cuyos levantamientos de terreno son á modo de gradas superpuestas.

En el territorio de Río Negro no quedan tribus indígenas, y todos sus habitantes proceden de la inmigración. Para encontrar los últimos descendientes de los

antiguos patagones, hay que trasladarse á los territorios de Chubut y Santa Cruz.

La gobernación del Río Negro se diferencia poco en su aspecto físico de la de la Pampa. Generalmente es una planicie ligeramente ondulada de colinas, pobre y salitrosa en las inmediaciones del Océano, y de tierras más fértiles, cubiertas de vegetación así como se avanza hacia el Oeste.

Los campos altos del territorio, que no son aptos para el riego, resultan buenos para la ganadería. Los valles de los ríos Colorado y Negro serán, en un próximo porvenir, ricos territorios agrícolas. El suelo de aluvión del río Negro es muy fértil, y cuando lo refresquen algunas obras irrigatorias figurará como uno de los mejores de la República Argentina.

UNA CALLE DE VIEDMA

Algunos sabios de Europa han comparado el valle del río Negro con el valle del Nilo, demostrando la superioridad del primero, por su mayor extensión. El valle del río Negro sólo necesita habitantes y obras irrigatorias. El Gobierno argentino ha atendido á esta última necesidad, decretando unas obras colosales que se están realizando actualmente en las orillas del Neuquén, cerca de la confluencia, obras que convertirán la llamada cuenca del Vidal en un lago que por su altura podrá regar gran parte de la orilla izquierda del río Negro.

La orilla derecha de este río es árida, aparte de ciertos valles angostos, por donde corren pequeños arroyos procedentes de serranías aisladas que se levantan en varios lugares del territorio. Estos valles, fajas de tierra fértil y húmeda, alcanzan algunos kilómetros de extensión.

Llueve poco en el territorio de Río Negro, y ocurre en él lo que en muchas regiones de la Argentina: su fertilidad es asombrosa cuando son humedecidas por el riego ó la lluvia, y su aridez extrema si no reciben la caricia del agua.

Tiene Río Negro una extensión territorial de 210.000 kilómetros cuadrados, con sólo 22.000 habitantes. También aquí la densidad de población equivale á la de un desierto. Los pueblos están situados en las orillas de los ríos Negro y Colorado y en la zona comprendida entre ambos ríos, que enfrenta á la isla de Choele-Choel. Los habitantes han buscado la vecindad del agua y las tierras aluvionales, que son las más ricas.

VIEDMA. EL JUZGADO

La prosperidad de este territorio será sin disputa muy grande cuando el Gobierno aumente las obras públicas irrigatorias, y los particulares le secunden con sus iniciativas. Una gran parte de esta gobernación es árida, porque escasea en lluvias y el agua de los ríos va á perderse en el Atlántico, siguiendo los cauces del Negro y el Colorado. Cuando aquélla se aproveche, siendo distribuída por una red de canales, el suelo de Río Negro asombrará con sus enormes cosechas. Tiene, además, el curso del río Negro y sus afluentes 317 islas, que son muy productivas, especialmente las que se encuentran desde Viedma hasta Pringles.

Este río Negro, tercero en importancia de la República Argentina, quedará algún día completamente expedito para la navegación desde el Atlántico al lago Nahuel-Huapi, ó sea hasta la cordillera, realizándose casi con ello la ilusión de los primeros conquistadores y misioneros, que esperaban poder ir del Atlántico al Pacífico siguiendo su curso.

Basta para hacerle navegable en todo tiempo canalizar algunos malos pasos, obra que no resulta muy costosa y, sobre todo, limpiar periódicamente su curso, extrayendo los troncos y raigones de árboles que arrastra la corriente, luego de arrancarlos de las orillas. Con esto y el dragado de algunos bancos de arena, su lecho podría quedar expedito, y toda la región patagónica, hasta el lago Nahuel-Huapi, contaría con una magnífica ruta comercial.

En la actualidad, sólo algunos pequeños vapores de la escuadrilla que mantiene el Gobierno en río Negro, llegan de la desembocadura, donde está Viedma, la capital del territorio, á la isla de Choele-Choel.

Se han formado en las orillas del río pueblos de alguna importancia y existen ricas explotaciones ganaderas, que hacen indispensables el establecimiento de una línea regular de navegación y el dragado del río, para que sea accesible en todo tiempo.

* * *

La flora de Río Negro es igual á la de los territorios inmediatos. Se encuentran en sus campos ricos pastos, y en sus bosques, situados junto á las corrientes de agua, predomina el sauce.

La vid, el olivo, el nogal y gran número de árboles frutales dan abundantes cosechas en este territorio, que admite todos los cultivos, á excepción de los de la zona subtropical.

El tamaño que alcanzan los frutos en Río Negro es maravilloso; pero hay que abstenerse de hablar de su peso y volumen sin poder exhibirlos como una demos-

tración práctica, pues muchos lectores los creerían falsos é inverosímiles. Todos ellos parecen como vistos á través de un vidrio de aumento, pues alcanzan dimensiones extraordinarias que no son conocidas en ningún país del mundo.

La alfalfa y los cereales también obtienen gran desarrollo. El peral y el manzano se cargan de frutos tan abundantes, que las ramas casi se rasgan por el peso. La vid, plantada en las inmediaciones de los ríos, da un vino poco fuerte, pero muy agradable, al que llaman *chacolí*. No existe en el territorio de Río Negro ningún establecimiento vinícola, y los agricultores elaboran ellos mismos el vino, vendiéndolo por cuenta propia en la misma región.

La fauna es pobre y no posee animales temibles. El puma apenas se encuentra en toda la gobernación, y se desconocen los reptiles venenosos.

La ganadería consta de un millón de ovejas y 100.000 animales de las otras especies. Esta ganadería aumenta considerablemente, y sus dueños exportan animales en pie, así como cueros, astas y sebos, por los puertos atlánticos. También envían rebaños á través de los boquetes andinos para los mercados de Chile.

* * *

La capital de Río Negro es Viedma, que tiene cerca de 3.000 habitantes y posee todas las ventajas de las poblaciones argentinas. Hasta se publican varios periódicos en esta villa de la antigua Patagonia.

Viedma se halla situada en la desembocadura del río Negro, frente á la ciudad de Carmen de Patagones, que ocupa la orilla derecha y pertenece á la provincia de Buenos Aires.

Carmen de Patagones ha decaído al extenderse la civilización por estos parajes. En el primer tercio del siglo XIX gozó de gran prosperidad, cuando sus habitantes peleaban y comerciaban con los indios ó salían al mar para ser corsarios. Tal era su riqueza, que al ocurrir la guerra de la Argentina con el Brasil se presentó frente á Carmen de Patagones una escuadra brasileña con tropas de desembarco, intentando apoderarse de la ciudad. Los milicianos de Carmen, hombres duros, habituados á pelear con los indios, derrotaron á los brasileños y mataron al general de la expedición, mientras los buques argentinos vencían también en el mar á los contrarios. Hoy Carmen de Patagones arrastra una existencia decadente de ciudad aislada y lejanísima de la capital de la provincia á que pertenece, mientras su vecina Viedma goza de la importancia que la proporciona el ser cabeza de una gobernación.



VIEDMA. SUCURSAL DEL BANCO DE LA NACIÓN

Se halla al frente del territorio de Río Negro uno de los funcionarios más ilustrados y entusiastas que



PUENTE SOBRE LA CONFLUENCIA ENTRE LAS GOBERNACIONES DE RÍO NEGRO Y NEUQUÉN

tiene la República, el ingeniero Don Carlos Gallardo, explorador de las tierras del Sur y de Misiones. Gallardo mira á Río Negro con tanto interés, y es tan acertada su gestión gubernativa, que al terminar el último período de su mando, los habitantes del territorio pidieron al Gobierno que lo reeligiese. Hombre de estudio, ha viajado por casi todo el globo, y sus valiosas observaciones las aplica al desarrollo agrícola de esta tierra. Al mismo tiempo que un representante del Gobierno nacional, es un profesor bondadoso é incansable, que va de pueblo en pueblo aconsejando á los propietarios los cultivos que deben adoptar, y dándoles consejos científicos. En Buenos Aires solicita incesantemente auxilios y reformas para su gobernación, escribe artículos con el propósito de atraer los inmigrantes á Río Negro y organiza exposiciones para que en toda la Argentina se conozcan los productos de extraordinario tamaño que dan las tierras del valle. Gallardo, al mismo tiempo que un funcionario entusiasta, es un escritor que ha producido libros muy interesantes, uno de ellos relatando las costumbres de los onas, indígenas que viven en la Tierra de Fuego.

La población de Río Negro se extiende, como ya dijimos, en los valles de los ríos Colorado y Negro. Á orillas del río Colorado, el centro urbano principal es el que lleva el mismo nombre. Existen además otros pueblos, fundados en los mismos lugares que ocupaban los antiguos fortines, contruídos para hacer frente á los indios.

En los bordes del río Negro los núcleos de población son más numerosos. Viedma está en la embocadura, con un puerto en el que pueden anclar buques de 1.000 toneladas. El puerto de San Blas se halla á 90 kilóme-

tros y es una hermosa bahía, de las más abrigadas y seguras del Atlántico. Dan acceso á ella cortos canales, en los que se mantiene un buen fondo, sin necesidad de dragado, y que permiten el paso de los grandes buques.

Además, tiene esta gobernación el excelente puerto de San Antonio. De él parte una línea férrea, construída por el Gobierno, que en breve llegará á las orillas del lago Nahuel-Huapi. Esta línea ya alcanza á Valcheta, población situada en el Sur de Río Negro. Todos los puertos mencionados son muy ricos en pesquería. Siguiendo el valle del río Negro, desde la desembocadura, se encuentran poblaciones que en el porvenir han de tener gran importancia, siendo las principales Pringles, Conesa, Choele-Choel, Chinchinales, Chelforó, San Javier y General Roca. La isla de Choele-Choel está dividida en chacras, que cultivan agricultores de diversas nacionalidades, españoles, italianos, chilenos, y especialmente galenses. Un canal construído por el Gobierno riega los campos de la isla.


DON CARLOS GALLARDO

El pueblo General Roca se halla cerca de la confluencia del Neuquén y el Limay, ó sea donde existe el gran puente de ferrocarril que une á la gobernación de Río Negro con la gobernación del Neuquén. La línea férrea, construída por la Compañía de Ferrocarriles del Sur, ha dado gran incremento á la agricultura de la villa General Roca y de las colonias Lucinda, Casterás y otras, que existen cerca de la confluencia. Un canal, construído por el Gobierno y mantenido por los propietarios, riega una parte del valle. La tierra de General Roca está dividida en chacras, en las que se produce la alfalfa en considerable cantidad, destinándose casi toda ella á la exportación.

Estos campos son los que ofrecen mejor aspecto en el valle del Río Negro. Viven en General Roca hombres laboriosos de distintas nacionalidades, que se dedican al cultivo de la tierra. Los hay argentinos, españoles, italianos, ingleses y alemanes, y muchos de ellos, antes de venir al Nuevo Mundo ejercieron en su país carreras literarias y científicas. Ahora se dedican á chacareros, llevando una vida sana y laboriosa, creándose una fortuna con su trabajo, al mismo tiempo que contribuyen á la grandeza del país argentino.

Recuerdo una comida en una fonda de General Roca, á la que asistieron los chacareros de las inmediaciones, para saludar al gobernador del territorio. Eran jóvenes los más de ellos, de exquisitos modales y notable ilustración que se revelaba á las pocas palabras. Algunos habían sido doctores en su país, y en este rincón de la Argentina llevan la vida del agricultor. A media noche tomaron sus caballos, y cada uno se dirigió á la chacra, esparciéndose por la oscura campiña en un radio de muchos kilómetros, para recomenzar al día siguiente la existencia de activo trabajo.

* * *

El río Negro ha sido, durante muchos años, de una fama lúgubre por sus inundaciones, célebres en el mundo. El novelista Julio Verne describió una de ellas, poblando sus aguas de cocodrilos, que nadie ha visto jamás, pues estos animales de la fauna tropical no podrían vivir en el río patagónico. Tiene por año el río Negro dos crecientes periódicas, de Mayo á Julio y de Octubre á Enero. Las grandes inundaciones han venido ocurriendo, casi regularmente, de diez en diez años. La de 1899 fué la mayor de todas las conocidas, destruyendo en parte los pueblos ribereños y causando grandes destrozos en Viedma. La hermosa isla de Choele-Choel, que consta de 35.000 hectáreas y es considerada como la tierra más rica de la gobernación, también sufrió grandes estragos en este desbordamiento fluvial. Los dos brazos del río que la rodean invadieron sus tierras, y sólo las partes más altas quedaron libres de anegamiento. Esta catástrofe, que no fué más que una repetición de otras ocurridas muchos años antes, hizo que se estudiase detenidamente la hidrografía del correntoso río para encontrar remedio á sus desbordes, y el remedio parece haberse acertado y va á ponerse en práctica.

Es el Neuquén el que aporta mayor caudal de agua al río Negro en época de inundación. Al formarse ahora un extenso lago en la cuenca llamada del Vidal, lago que lleva oficialmente el nombre de Pellegrini, se proporciona riego seguro á una parte del valle, y al mismo tiempo se abre junto al Neuquén un depósito enorme, que arrebatándole grandes volúmenes de agua, normalizará indudablemente su curso, evitando las temibles avalanchas de la inundación.

Río Negro está destinado á grandes transformaciones. Aun hoy, que se halla casi desierto y su agricultura no cuenta más allá de unas 25.000 hectáreas cultivadas, llama la atención por lo fecundo de su suelo y el aspecto de sus pequeños pueblos, que se anuncian como futuras ciudades.


VIEDMA. UNA CALLE.

En el curso alto del río Negro no se encuentra un indio ni un mestizo. La población indígena desapareció totalmente luego de la conquista del desierto. Donde hace veinticinco años estaban las tolderías de los guerreros cobrizos, se alzan hoy viviendas de ladrillo, y se ven

jóvenes fornidas y rubias, hijas de inmigrantes, que cubren sus cabezas con el blanco y gracioso gorrito de las campesinas del centro de Europa.

En los límites de Río Negro y la gobernación del Chubut hay colonias pastoriles en las que los jinetes, incansables centauros, tienen un color distinto del de los gauchos y no hablan su idioma. Muchachas de recogidas y vigorosas formas cabalgan como hombres, con la trenza rubia ondeante sobre la espalda. Son boers, que después de la catástrofe final de su patria sudafricana, han venido en busca de una nueva á las soledades de la América del Sur.

CHUBUT

La antigua Patagonia es hoy casi un desierto, á pesar de que la inmigración argentina y la europea van ocupando los territorios del Sur.

Las tribus nómadas, que aun existen en ella como recuerdo de los primitivos pobladores, se extinguen rápidamente, sin que el Gobierno argentino haga nada por acelerar su extinción, pues antes al contrario, protege á los indígenas y les da medios de vida. Pero estas razas inferiores parece que no pueden resistir el contacto de la civilización y van disminuyendo, siendo fatal é irremisible su anulamiento en una fecha inmediata. Las regiones patagónicas, que no tienen historia, guardan, sin embargo, el recuerdo de una gran personalidad científica de fama mundial. En estas tierras y en las pampeanas hizo sus estudios, de 1831 á 1836, un joven inglés, agregado científico de una expedición marítima. El joven se llamaba Carlos Darwin.



UNA ESTANCIA EN EL INTERIOR DE LA PATAGONIA

Necesitaba estudiar en el libro de la tierra, antes de exponer con maravillosa clarividencia su sistema científico, y las hojas de este libro aparecen en el viejo continente mutiladas por las huellas del progreso humano. Quería leer en páginas limpias y completas, donde aún perdurasen, como palabras de fresca impresión, los primeros vestigios de la vida, y esto lo encontró en la Patagonia, que todavía guarda visibles las evoluciones de los séres, desde los tiempos geológicos más remotos, pues las escasas tribus que vagaban antes por su inmensidad no llegaron á borrar nada del pasado.



ESTANCIA EN LA COSTA PATAGÓNICA



PINGUINOS NADANDO EN LA COSTA PATAGÓNICA

Darwin llamó «tierra maldita» al actual territorio del Chubut y parte de los inmediatos. Efectivamente, la costa atlántica del país ofrece un aspecto desolado por la escasez de agua. Pero allí donde un arroyo ó una laguna refrescan la tierra, hay valles que pueden sustentar importantes establecimientos ganaderos.

Existen en esta gobernación algunas colonias agrícolas, en especial una poblada por labriegos galenses, que produce excelentes trigos. El trigo del Chubut tiene fama en toda la República.

El clima es crudo en invierno, pero muy seco y saludable, recomendándose para las enfermedades pulmonares. En la parte de la costa y en el centro del territorio escasea la lluvia; pero en las inmediaciones de los Andes el agua es abundantísima. Al derretirse las nieves bajan de la cordillera grandes caudales líquidos, que engruesan el curso del río Chubut, llegando algunos años á ser peligrosas sus crecientes.

El río Chubut, que da su nombre al territorio, nace en la cordillera, al Sur del lago Nahuel-Huapi, y corre de Este á Sudeste, recibiendo numerosos afluentes, entre los cuales el más importante es el Senguer ó río Chico. Los valles por donde discurre el río Chubut ofrecen una anchura de 4 kilómetros y su suelo es de aluvión, con una capa de tierra vegetal, que llega á tener más de dos metros en algunos lugares. Estas tierras, por su gran feracidad, dan mayor producto que las de otros países así que reciben la influencia del riego.

Tiene el territorio de Chubut lagos muy importantes al pie de Los Andes, como el Paz, el Fontana, el Colhué, Muster y otros.

Los animales de su fauna son el guanaco, el zorro, el león, el peludo y el gato montés. El condor, el águila y el carancho vuelan en sus alturas, y en los bosques anidan el pecho colorado, el terotero y varias especies de perdices.

En sus lagunas vive el cisne, y el avestruz corretea en sus campos. En el río Chubut existe, en abundancia, una especie de trucha, que llega á pesar á veces más de 6 kilos, y en las bahías de su costa atlántica se pescan sabrosos pejerreyes.

La ganadería es de importancia en el Chubut y los demás territorios patagones, constando de 300.000 ca-



UNA ESTANCIA DEL CHUBUT



PAISAJE DEL CHUBUT ANDINO



VISTA DE PUERTO MADRYN

bezas de ganado vacuno, 100.000 caballos y más de 2 millones de ovejas. La industria de la lana ha llegado en este territorio á una notable perfección. Hay en él empresas que explotan la ganadería ovina y tienen establecidas esquiladoras á vapor, exportando enormes cantidades de lana. Es muy lucrativa la cría de ovejas en el Chubut, por la facilidad con que se reproduce este animal y la ausencia de enfermedades epidémicas.

La agricultura va progresando en la Patagonia. Hoy existen en toda ella más de 35.000 hectáreas cultivadas, dedicándose su mayor parte á la producción del trigo y la cebada. La colonia galense ha construído algunos canales de irrigación, dando mayor valor productivo á sus tierras. No tiene el Chubut ninguna importancia como país minero; pero, sin embargo, cerca del pueblo llamado 16 de Octubre se encuentra mineral de oro. En la parte andina del territorio existen algunos filones argentíferos de importancia.

Se exportan anualmente por los puertos del Chubut cargamentos valiosos de lana, trigos, ganados y cueros. También se hace un activo comercio de plumas de avestruz y otros artículos del país.



COMODORO RIVADAVIA. LOS YACIMIENTOS DE PETRÓLEO

En el territorio existen dos pequeñas líneas férreas: una, destinada al tráfico público, con el título de Ferrocarril Central del Chubut, que va de Puerto Madryn, el más importante de todo el territorio, á los pueblos de Trelew y Gaiman, siguiendo un recorrido de 85 kilómetros. Esta línea tiene un movimiento de cierta importancia, pues llegan por ella al mar los productos de todas las colonias del territorio. La segunda línea, que es de propiedad privada, empieza en Puerto Pirámides, situado en el Golfo Nuevo, y llega á Salinas Grandes, en el centro de la península de Valdés, con una extensión de 33 kilómetros. Esta línea sirve para la extracción de sal y otros minerales.

Todos los productos del Chubut afluyen á Puerto Madryn, donde son embarcados para Buenos Aires ó directamente para Europa. Los buques de poco calado pueden remontar el río Chubut algunos kilómetros.

Como este territorio se halla tan lejos de Buenos Aires, ha permanecido mucho tiempo aislado



UN MUELLE DE PUERTO MADRYN

de la vida general de la República. Luego que Darwin lo estudió en 1833, transcurrieron algunos años sin que fuese objeto de nuevas observaciones. Los exploradores argentinos completaron su estudio, realizando penosos viajes de la costa á la cordillera, en los que examinaron ríos y lagos. Los principales autores de estos trabajos fueron Lista, Moyano y Fontana, descollando sobre todos ellos Moreno, sabio director del Museo Nacional de la Plata, que sirvió de perito al Gobierno en la cuestión de límites con Chile, prestando grandes servicios á la ciencia al hacer personalmente un estudio general de la frontera argentino-chilena. Moreno, ayudado por Don Clemente Onelli, el actual director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, describió y fijó para siempre el carácter de la parte andina del Chubut, que apenas era conocida hasta entonces.

* * *

La capital de la gobernación es Rawson, situada en la orilla izquierda del río Chubut, á 5 kilómetros de su desembocadura en el Océano. Se compone únicamente de casas de comercio y de oficinas públicas, por ser asiento de las autoridades del territorio. Sus habitantes apenas llegan á 1.000; pero hay que tener en cuenta que todo el país del Chubut no contiene más allá de 10.000 personas.

Las colonias más importantes son: la Galense, llamada así porque sus primeros habitantes fueron ingleses del condado de Gales; la del 16 de Octubre, situada en las faldas de la cordillera; la de San Martín, en las orillas del río Yergua; la Sarmiento, sobre el lago Muster, y otras.

PUERTO DE COMODORO RIVADAVIA

En la bahía de Las Pirámides, de donde parte el tren de las Salinas Grandes, los primeros pobladores vivieron en cuevas, por resultar más baratas y seguras estas habitaciones, aprovechando una barranca cortada á pico. Todavía se hallan habitadas muchas de estas viviendas, que ofrecen en su interior cierta comodidad, divididas en piezas y con pilastras que sostienen el techo.

Las Salinas Grandes de Chubut abarcan una extensión de legua y media cuadrada, y son capaces de producir 25 millones de kilos por año. Pero sólo se laboran 5 millones, única cantidad que es posible enviar á Buenos Aires, por la escasez de medios de transporte.

El pueblo de Comodoro Rivadavia hace catorce años era una mísera toldería de exploradores, y sus habitantes, en más de una ocasión, arrostraron terribles hambres. Hoy tiene más de 900 habitantes, con una escuela á la que concurren 50 niños, un hotel, servicio de telégrafos é importantes casas de comercio. Hasta ahora es el mejor puerto de la costa Sur. Se halla situado en el centro del golfo de San Jorge, con abrigos naturales que le ponen á cubierto de los terribles *pamperos*, tan abundantes en estas latitudes.

Una colonia de 600 familias boers, llamada «Escalante», que existe cerca de Comodoro Rivadavia, embarca en este puerto sus cueros y lanas. Pero la verdadera importan-

cia de la nueva población proviene de los pozos de petróleo descubiertos en ella hace cuatro años.

La Argentina es un país de grandes sorpresas. Por orden del ministro de Agricultura se empezaron á hacer algunas perforaciones en busca de agua... y se encontró petróleo. A los 334 metros surgieron los primeros vestigios de este líquido mineral, y á los 534 empezó á manar espontáneamente. Una bomba extrae en la actualidad 35 toneladas por día.

Es indudable que los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavia atraerán mucha gente á estos lugares, aumentando la importancia de la población.

En Rawson existe un establecimiento, dirigido por los Salesianos, con talleres y escuelas; pero por más esfuerzos que hacen dichos religiosos no consiguen ejercer una influencia preponderante en el país. Esto tiene una explicación: en el Chubut apenas hay católicos. La mayoría de los pobladores es de origen inglés y profesa el cristianismo reformado, siguiendo á los pastores evangélicos que han venido de Europa para dirigir las catorce capillas existentes en el Chubut.



VAPOR DE CABOTAJE EN LAS COSTAS DEL SUR

A pesar de lo esparcida que aparece la población del territorio, existen en él 75 escuelas mixtas, atendidas por 78 maestros, á las que concurren unos 690 alumnos. No toda la inmigración sirve para establecerse en el Chubut. Su clima, no obstante la situación austral del territorio, se presta á la adaptación de europeos de todas las latitudes, pero hay que reconocer que los meridionales del viejo mundo (franceses, españoles, italianos, etc.), tiene indicado su sitio de río Negro hacia el Norte, ó sea en los países donde existen sus principales núcleos de inmigración. Del Chubut hacia el Sur deben establecerse rusos, suecos y noruegos, por ser el clima y el suelo semejantes en todo á los de sus países de origen.

Una de las manifestaciones de grandeza de la República Argentina consiste en que puede ofrecer asilo á todos los hombres de la tierra, sin que éstos sientan la falta del ambiente natal, pudiendo imaginarse al desembarcar que un pedazo de la patria sale á su encuentro. Los campos de Tucumán, los terrenos bajos de Jujuy, los bosques de Corrientes y Misiones acogen á los hombres de las regiones cálidas, sin que éstos experimenten la menor extrañeza en su nuevo país. La Argentina central y las colinas de Entre Ríos ofrecen su regazo materno á los europeos mediterráneos, y los territorios del Sur parecen como preparados de antemano para los inmigrantes del septentrión, que encuentran en ellos los árboles del suelo originario y hasta casas de madera iguales á las *isbas* y *chalets* de los nevados países del viejo mundo.

En las costas del Chubut empieza la fauna de las tierras glaciales. Al llegar el invierno, los lobos marinos se dirigen hacia el Norte y llegan á la península de Valdés y otras puntas salientes del Chubut. Los pinguinos emigran también y los navegantes les ven nadar formando bandas en las tranquilas bahías ó aletear como negras espirales en torno de los promontorios.

SANTA CRUZ

Esta gobernación es la última que tiene la Argentina en el continente. Más allá sólo existe la Tierra del Fuego. Su extensión, relacionada con el número de habitantes, hace de Santa Cruz el territorio argentino más grande y menos poblado. Siéntese cierto escrúpulo en llamarle desierto. Es menos que desierto: es la nada. Tiene la enorme extensión de 280.000 kilómetros cuadrados: dentro de sus fronteras cabrían perfectamente algunas naciones de Europa, y, sin embargo, sólo posee 4.000 habitantes.

Este territorio, en algunas de sus regiones, es aun más pobre que el de Chubut. Los vientos azotan con violencia sus numerosas altiplanicies, arrastrando las tierras é impidiendo la formación de una capa vegetal. Pero las llanuras de Santa Cruz están surcadas de profundos cañadones, y en su fondo se deposita la tierra y crece alguna vegetación al abrigo de los vientos. Estos cañadones los utilizan los pastores para mantener en ellos á sus rebaños.

Santa Cruz, como todos los territorios del Sur, cambia rápidamente de Este á Oeste. Las «tierras malditas», las mesetas desoladas y yermas, con sólo algunas cañadas de raquítica vegetación, donde pacen las ovejas, están en las cercanías de la costa atlántica. Mar-



CRÁTER APAGADO EN SANTA CRUZ

chando hacia el interior, se modifica notablemente el aspecto del país: la llanura va ondulándose en graciosas colinas cubiertas de pasto, y en las profundas hondonadas hay arcillas de varios colores. Aumenta la vegetación así como se acerca el viajero á los Andes, hasta que llega á los grandes bosques que cubren con su frondosidad los contrafuertes de la cordillera en vastas extensiones. Estos contrafuertes rodean valles fértiles, con pastos vigorosos y abundantes.

Hay en esta región numerosos ríos, arroyos y torrentes, que alimentan á los lagos Viedma, Argentino, Sarmiento y otros. Ya hablamos de estos lagos: son mares interiores, inmensas superficies navegables, en cuya copa van á depositarse las nieves derretidas de la cordillera. Estos lagos tienen á su alrededor campos fertilísimos, en los que vivirán algún día centenares de poblaciones. Las praderas están cubiertas de tiernas y jugosas gramíneas; los bosques esparcen su ramaje secular sobre enormes extensiones; la humedad del suelo hace surgir por todas partes una vegetación exuberante.

La riqueza que representan los bosques del Sur es enorme. Los árboles tienen una altura extraordinaria y alcanzan un diámetro que tal vez no puede encontrarse ya en ningún otro país de la tierra. El sabio Latzina calculaba que sólo en el territorio de Santa Cruz la riqueza forestal representa unos 4.000 millones de pesos, ó sea 9.000 millones de francos. Siguiendo en su apreciación, demostraba este ilustre geógrafo que, del lago de Nahuel-Huapi á la Tierra del Fuego, podía calcularse en unos 10.000 millones de pesos, ó sea 25.000 millones de francos, la madera utilizable que contienen los bosques existentes á lo largo de la cordillera.

Las «tierras malditas» de la costa atlántica no son en realidad tan malas como se creyó durante mucho tiempo, á causa de las descripciones de Darwin. Demuestra su relativa bondad la existencia de numerosos establecimientos ganaderos que se han instalado en ellas, especialmente al Sur del río Santa Cruz. Los ganados vacuno y caballar, y más aún el lanar, se crían con un vigor extraordinario en esta sección del territorio. Los pastos son de gran fuerza nutritiva y los animales adquieren vigorosa corpulencia.

Las ovejas procrean rápidamente, y además de producir mucha carne, representan una gran riqueza por su lana. Esta lana, por efecto del frío, se cría tupida y fina, siendo muy apreciada por los negociantes.

Allí donde hay agua, en ríos, manantiales ó lagunas, el ganado prospera y da abundantes resultados. El ilustre naturalista Onelli, que estudió detenidamente estas tierras, afirma que, de las 15.000 leguas cuadradas que tiene el país patagónico, 8.000 son susceptibles de explotación ganadera y en ellas pueden criarse perfectamente 12 millones de ovejas. Algún día llegarán á realizarse los cálculos de Onelli, pues será forzoso que los grandes rebaños del litoral argentino emigren al Sur, cediendo á la agricultura el lugar que hoy ocupan. La Argentina del litoral va dedicando sus tierras á la agricultura, y dentro de algunos



COSTA DE RÍO GALLEGOS



UN LAGO EN LA REGIÓN ANDINA

años sólo tendrá ganadería en prados artificiales, de pastoreo intensivo, enviando el ganado lanar á los campos de la Patagonia.

***

Cuando se contemplan en el mapa las enormes tierras patagónicas, se cree sentir una impresión glacial. Y, sin embargo, el clima no es tan frío como parece anunciarlo la situación geográfica de estos países. En Santa Cruz, por ejemplo, la temperatura media es de 17 grados en verano y 6 bajo cero en invierno. Tratándose de una tierra austral, esta temperatura resulta soportable. El clima, frío y seco, es muy saludable para los enfermos del pecho. Las lluvias no pasan de cortos chubascos de verano, con algún granizo. La temperatura más alta que ha llegado á conocerse en verano es de 26 grados, y en algún invierno ha marcado el termómetro 15 bajo cero; pero la media reinante en la costa atlántica es la que ya se mencionó.



CARGANDO LANA EN RÍO CALLEGOS

En la zona andina de Santa Cruz la temperatura resulta mucho más templada. A orillas del lago Argentino y en otros lugares del Sur, no se conocen en invierno temperaturas que lleguen á cero. Se deduce de esto que la mayoría de las poblaciones del centro de Europa son más frías que las tierras y los lagos de Santa Cruz inmediatos á Los Andes.

Esta gobernación, como todos los territorios del Sur, recibe su nombre del río de mayor importancia que atraviesa su superficie. El río Santa Cruz nace en el lago Argentino y conserva en todo su curso una anchura considerable, que no baja de 280 metros. Desagua en el estuario llamado de Santa Cruz, formando uno de los mejores puertos de la costa patagónica. El otro río importante es el Gallegos, que nace en el límite de Chile y desemboca en el Océano por un estuarlo muy abundante en bancos é islotes, que dificultan su navegación.

Santa Cruz es el territorio que tiene más lagos y de mayor importancia. El Viedma y el Argentino son verdaderos mares, mucho más grandes que el Nahuel-Huapi. Además, posee los lagos Buenos Aires, Pueyrredón y San Martín, de los cuales la mitad oriental pertenece á Chile. Otras superficies acuáticas de importancia existen en Santa Cruz: los lagos Strobel, Cardiel, Misterioso, Gió y Quiroga.

Las costas atlánticas de esta gobernación, como todas las de los territorios patagónicos, son altas é irregulares, sólo abordables en sus bahías y estuarios.

Es la fauna terrestre de Santa Cruz, igual á la del resto de la Patagonia, abundando en guanacos, zorros, ciervos, nutrias y avestruces. En la desembocadura de los ríos y en las costas, la fauna marítima es muy variada. Peces, moluscos y crustáceos se hallan en tales cantidades que parece extraño que en esta gobernación, lo mismo que en la Tierra del Fuego, no se hayan establecido fábricas de conservas.

Agrúpanse las focas en los islotes y arrecifes del golfo de San Jorge, entre el Chubut y Santa Cruz, y los pinguinos se alinean, en largas filas, sobre las cornisas de la costa. Se encuentran en este mar ballenas y lobos marinos, y aquí es donde empiezan sus campañas los balleneros ingleses, escandinavos, norteamericanos y chilenos, siguiendo su cacería por las costas de la Tierra del Fuego y las islas Malvinas.

La ganadería toma cada año más incremento en el territorio de Santa Cruz, especialmente el rebaño ovino, que proporciona á la vez carne y lana.

A pesar de su desnudez arenisca y de los vientos que los barren, han producido los territorios de la costa santacruceña en ciertos ensayos buenas plantas forra-



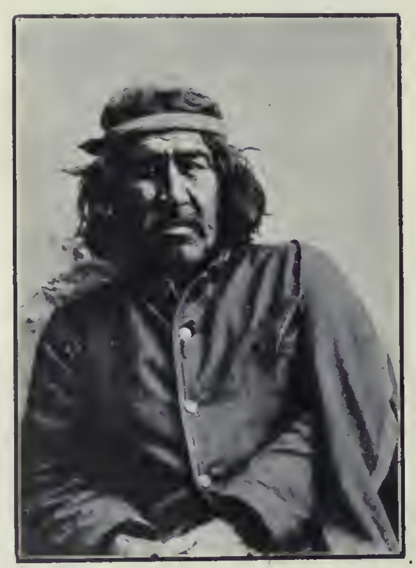
CASA DEL GOBERNADOR DE SANTA CRUZ



TRIGO DE SANTA CRUZ (El más austral que se produce en el globo).

jeras. No se presta realmente la parte atlántica á la explotación agrícola; pero, en cambio, la región andina es de una fecundidad asombrosa, y bien se demuestra en los espléndidos bosques que la cubren. Al abrigo de estas selvas pueden realizarse buenos cultivos de cereales y hortalizas, y los de algunos frutales, como el manzano y el cerezo, que proporcionan en abundancia hermosos frutos.

Existen en el territorio santacruceño yacimientos auríferos de origen aluvial. Cerca del Cabo Vírgenes y del río Gallegos hay arenas que han dado considerables cantidades de oro. Estos yacimientos tuvieron su hora de celebridad, acudiendo á ellos muchos hombres, ansiosos de fortuna. Hoy su fama ha disminuído, pero todavía quedan algunos buscadores de oro, que trabajan con éxito depurando las arenas.



UN INDIO DE SANTA CRUZ (Antiguo patagón).

En las vertientes andinas se encuentran filones de cobre, hierro, plata, platino, plomo, magnesio y carbón. Continuamente recorren la parte andina de Santa Cruz audaces descubridores de minas, que escalan las cumbres y arrostran toda clase de peligros. Les sirven de guías vagas noticias y leyendas, que circulan entre los habitantes del país, acerca de tesoros fabulosos ocultos en las montañas.

Todos los Andes, de un extremo á otro de la América del Sur, pero especialmente las vertientes de Argentina y Chile, conocen á estos vagabundos de la ilusión, peregrinos buscadores de riquezas fantásticas, que escalan lugares abruptos adonde sólo puede llegar un hombre impulsado por la locura del oro.

Su credulidad es tan grande como su energía. Les basta el relato de algún indio viejo que repite lo que decían sus abuelos acerca de tesoros ocultos «en tiempo de los españoles», ó una vaga indicación de minerales brillantes, que se encuentran en sitios casi inaccesibles, para que al momento, sin más abrigo ni techo que el poncho que llevan sobre los hombros, ni otros víveres que los que puede contener la bolsa echada á la espalda, se lancen Andes arriba, desafiando á la soledad, al frío y, sobre todo, á la muerte, que es la que sale á su encuentro casi siempre, en vez del oro.

* * *

Los habitantes de Santa Cruz están agrupados casi todos ellos en las contadas poblaciones de la costa, especie de factorías, que comercian con los productos del interior.

Estos pueblos nacieron casi ayer, pues datan de hace seis ó siete años. Sin embargo, casi todos ellos figuran como cabeza de algún ferrocarril, que no representa quiméricos proyectos, sino una inmediata realidad. En algunos de ellos se están almacenando ya los materiales para las líneas que se tenderán en breve hacia el interior. Cuando estas vías férreas lleguen á la región de los lagos, cambiará repentinamente el aspecto del país, aumentando su población en breve tiempo con la afluencia inmigratoria.

Mientras tanto, los puertos de la costa de Santa Cruz son exiguas aldeas de 50 ó 60 habitantes. Sin embargo, el Gobierno nacional provee á estos pueblecillos de servicio telegráfico, escuelas mixtas y otras instituciones de carácter público.

El ingeniero Don Eleazar Garzón, director general de Tierras y Colonias, giró hace poco una visita á todos los territorios del Sur, publicando una Memoria interesante, en la que describe el estado actual de Santa Cruz y las otras gobernaciones patagónicas.

Puerto Deseado es la población santacruceña situada más al Norte, en el lugar donde desemboca el río Deseado. Este puerto natural lo descubrió Magallanes en 1520, cuando navegaba en busca del paso del Sur. Hoy sólo tiene unos 50 habitantes, que viven en un terreno estrecho, entre las colinas y el mar, aislados del resto del mundo y sin otra diversión que la vista de algún buque que pasa de tarde en tarde por el horizonte. Cultivan pequeñas huertas en las cercanías del pueblo, y su riqueza principal consiste en el ganado, poseyendo algunos rebaños de vacas y muchos miles de ovejas.

Algunos centenares de kilómetros más al Sur está Puerto San Julián, en la desembocadura del río San Julián, lugar descubierto también por Maglalanes, y todavía más pobre en la actualidad y de escaso ve-

cindario que Puerto Deseado. Todas las poblaciones santacruceñas están junto á un puerto natural, y su función más importante consiste en vender los productos de la ganadería que se apacienta en la región de los lagos é importar al interior los artículos procedentes de Buenos Aires ó de Europa para el consumo de la reducida población.

En estos puertos abundan mucho los peces y mariscos, pero los habitantes pescan únicamente para sus necesidades, ó no pescan nada, pues los más de ellos desprecian la carne oceánica, prefiriendo la terrestre. Más bien que pueblos, son pequeñas agrupaciones de casas, en torno de dos ó tres establecimientos comerciales que monopolizan el tráfico y someten á su poder á todos los habitantes por medio del préstamo. El principal obstáculo con el que han de luchar las poblaciones santacruceñas, así como las del Chubut, consiste en la escasez de agua potable, pues hay que abrir en el suelo pozos de enorme profundidad, cuyas bombas sólo extraen pequeñas cantidades de líquido.



INDIAS DE SANTA CRUZ (Mujeres de la raza Teulche, próxima á extinguirse).

Hay en esta gobernación algunos habitantes que imitan la vagabundez de los antiguos patagones, trasladándose con sus viviendas de un lugar á otro, según las necesidades del pastoreo ó de sus negocios comerciales. Estos santacruceños sin domicilio fijo viven en casas montadas sobre ruedas; vagones-viviendas que, tirados por caballos, se trasladan muchas veces desde la costa atlántica á los lagos.

El pueblo de Santa Cruz, en la desembocadura del río de este nombre, es el centro urbano que ha crecido con mayor rapidez. Hace diez años sólo existía en su actual emplazamiento la casa de un ganadero británico, y hoy sus construcciones se han extendido hasta el muelle, con edificios importantes que ocupan los centros de comercio. Los salesianos se han establecido en esta población, levantando un templo de ladrillo y dedicándose, á la vez, á varias industrias.

La capital del territorio de Santa Cruz, llamada Puerto Gallegos, es la población santacruceña más austral. Está en la desembocadura del río Gallegos, próxima á la entrada del Estrecho de Magallanes, ó sea en la parte más extrema del Sur de la gobernación.

Gallegos tiene unos 700 habitantes y 120 casas, lo que hace de ella una gran población, comparada con los otros puertos de la Patagonia. Más de la mitad de sus edificios son establecimientos comerciales y los demás los ocupan las autoridades del territorio, el correo, el telégrafo y las sucursales de Banco. Tiene Gallegos una gran red telefónica que alcanza á varios establecimientos ganaderos del distrito, y llega á la ciudad chilena de Punta Arenas, situada en el Estrecho de Magallanes. Puerto Gallegos fué descubierto por Juan Rodríguez Serrano, uno de los jefes de nave de la expedición de Magallanes. Este puerto es el de mayor importancia comercial en la costa patagónica. Recibe al año centenares de buques de diverso tonelaje, que cargan lana, pieles y carnes conservadas, principales exportaciones del país.

En Gallegos, como en Santa Cruz y otros puertos



CANOA PATAGÓNICA HECHA DE CORTEZAS DE ÁRBOL



CASA DE TELÉGRAFO EN LAS SOLEDADES PATAGÓNICAS



CASAS RODANTES

patagónicos, los buques no gozan de completa seguridad, á causa de las grandes mareas. Se retira el mar, bajan las aguas del río y los barcos quedan en seco, así como muchos pescados, que colean angustiosamente sobre el arenal hasta que llega la gente á apoderarse de ellos. Luego, cuando sube la marea, avanza el mar con violencia, y si sopla el viento Noroeste, lo que ocurre muchas veces, es tan grande el oleaje, que los buques se ven obligados á zarpar, por temor á que se rompan sus amarras, yendo á destrozarse en la costa.

Especialmente en el puerto de Santa Cruz se producen las mareas más extremas que se conocen en el mundo. Hay veces que las aguas bajan de nivel hasta 42 pies.

Los vapores, cuando no son muy grandes, aprovechan este fenómeno para hacer más fáciles sus operaciones de carga y descarga. Anclan á cierta distancia de la playa, aguardan á que la marea los deje completamente en seco, y entonces efectúan la carga y la descarga sin necesidad de lanchas ni trasbordos, pues los peones llegan al barco á pie enjuto y toman ó depositan los fardos en la misma borda. El rosario de hombres va y viene por el lecho marítimo, en el que sólo quedan algunos pequeños charcos donde rebullen los peces antes de morir de asfixia.

***

Necesita con gran urgencia el territorio de Santa Cruz más cantidad de pobladores, y para que el número de éstos aumente es preciso un desarrollo mayor de las vías de comunicación. Los puertos santacruceños sólo cuentan con un servicio mensual de vapores procedentes de Buenos Aires, y con las llegadas eventuales de los buques de comercio.

Su actual población está compuesta de inmigrantes. De las antiguas tribus patagonas sólo quedan algunos indios decadentes, próximos á desaparecer.

Los medios de comunicación marítima van en aumento. Llegan vapores con más frecuencia á los puertos de Santa Cruz; pero el gran desarrollo del territorio sólo puede ocurrir cuando las líneas férreas proyectadas liguen la región andina con la costa atlántica.

Santa Cruz no puede ser un gran país agrícola; mas algún día figurará, por su riqueza pecuaria, entre los primeros de la República. El inmigrante que ansía cultivar la tierra, no tiene nada que hacer en Santa Cruz; pero los leñadores y los ganaderos encuentran en este territorio un país inapreciable. El pescador apenas existe en él, y, sin embargo, las aguas de sus costas puede decirse que hierven con la agitación de enormes bancos de peces.

Una inmigración de pescadores que estableciese en el litoral de Santa Cruz la industria de la conserva, obtendría un resultado del que no hay idea en Europa.

TIERRA DEL FUEGO

Es opinión general que el nombre de Tierra del Fuego dado á este país remoto por los primeros navegantes que se aproximaron á sus costas, proviene de las muchas fogatas que vieron, tanto en tierra como en el Océano.

Los indígenas llevaban antorchas en sus canoas para cazar por la noche las aves marítimas; hacíanse señales con llamaradas unas tribus á otras, circulando las noticias por medio de este telégrafo ígneo, y, además, incendiaban con frecuencia las malezas para limpiar el terreno y que éste produjera mayor abundancia de bayas, frutos carnosos llenos de semillas, que les servían de alimento. Se creyó al principio, en vista de la formación volcánica del país, que dichos fuegos eran cráteres en actividad; pero un examen más detenido demuestra que desde los tiempos más remotos no ha ocurrido ninguna erupción en él, y que los cráteres están muertos hace muchísimos siglos.

La gobernación argentina de Tierra del Fuego comprende la mitad oriental de esta isla enorme: la mitad occidental pertenece á Chile. La isla de los Estados, situada al Oriente de la Tierra del Fuego, sin más separación que el Estrecho de Lemaire, también pertenece á la Argentina.

Ocupa la gobernación de Tierra del Fuego un área de 21.000 kilómetros cuadrados, con una pobla·



UN ASERRADERO EN TIERRA DEL FUEGO

descubrió esta tierra, la más avanzada de la región austral. Muchos navegantes de distintas nacionalidades siguieron sus huellas, pero esto no impidió que durante algunos siglos fuese considerada la Tierra del Fuego como un país tenebroso, donde se perdían los buques con gran facilidad y tribus caníbales llegaban á rematar con escenas horribles la obra destructora del Océano. Sin embargo, esta tierra, á la que llamó el famoso Cook en el siglo xviii «Tierra de la Amargura», es un hermoso país, que casi merece el título de «Paraíso frío», con abundante vegetación y una temperatura tolerable, á pesar de la vecindad del polo.

ción de raza blanca que apenas llega á 1.500 habitantes. El resto se compone de indios fueguinos, cuyo número decrece rápidamente. Estos indios forman tres agrupaciones completamente distintas y que hablan lenguas diferentes. Los yaganes y alcalufes son tribus marítimas, que poseen canoas y viven de la pesca. La otra tribu es la de los onas, completamente terrestre y que reside en las regiones montañosas. Los yaganes están en la costa austral y todas las islas del extremo Sur hasta el Cabo de Hornos, y los alcalufes ocupan la parte occidental de la Tierra del Fuego, que pertenece á Chile, así como las islas inmediatas. En realidad, son los onas los indígenas más numerosos en la parte argentina de la Tierra del Fuego.

La fauna de este país continúa la de Patagonia. Abundan en ella los guanacos, y en lagos y lagunas hay grandes bandas de cisnes y flamencos, gansos y patos. Los arbustos, de distintas clases, producen gran variedad de bayas comestibles, que aprovechan los indígenas. También devoran hongos y otras vegetaciones parásitas de los árboles.

Sabido es que fué Hernando de Magallanes el que

Después de Magallanes, otros marinos, ingleses y portugueses, navegaron por el Estrecho, hasta que Lemaire descubrió el paso que lleva su nombre, entre la Tierra del Fuego y la isla de los Estados, nueva vía de mayor comodidad, que hizo abandonar por algún tiempo el Estrecho de Magallanes. En la segunda mitad del siglo xviii, Wallis y Carteret y el marino español Don Antonio de Córdoba, á bordo de la fragata *Santa María de la Cabeza*, volvieron á recorrer el Estrecho de Magallanes, estudiándolo detenidamente. Pero el gran trabajo de exploración, que abrió realmente el Estrecho á los navegantes modernos, formando una carta exacta de las costas y sondajes, fué el realizado de 1826 á 1836 por los navíos de la marina inglesa *Beagle* y *Adventure*, mandados por los capitanes King y Fitz-Roy. En esta expedición iba como agregado el joven naturalista Carlos Darwin.

En el Estrecho de Magallanes, la parte montañosa



CABAÑA DE ONAS



UNA TRIBU DE ONAS



INDIOS ONAS

lados, bosques frondosos y picachos áridos. Esta isla es montañosa en el centro y en la parte occidental que corresponde á Chile. La parte oriental, perteneciente á la Argentina, ofrece extensas mesetas, cubiertas de frondosos bosques y llanuras ricas en pastos, que mantienen grandes rebaños de ovejas. Los días, casi siempre nublados y el exceso de humedad, hacen que la temperatura no sufra sensibles variaciones. En la parte septentrional se cultiva la cebada y la avena, y también se cosechan en abundancia las patatas, siendo preciso, por falta de calor, abonar las tierras con frecuencia. En invierno las noches llegan á ser de diez y siete horas.

* * *

Los gobiernos de Argentina y Chile cedieron los prados de la Tierra del Fuego á empresas ganaderas, y éstas expulsan á los indígenas fueguinos de los campos que venían disfrutando desde hace siglos, obligándoles á refugiarse en montañas y selvas. Los onas especialmente, que son terrestres y no cuentan con el recurso de la pesca, como los yaganes y alcalufes, sufren mucho por este despojo. Las ovejas de los invasores blancos ocupan hoy las praderas en que se alimentaban los rebaños de guanacos de los onas. Esto hace que el guanaco escasee y los indígenas, para poder vivir, no tengan otro recurso que el robo.

Tal situación ha motivado tremendos conflictos entre los colonizadores blancos y los indígenas. Los ganaderos argentinos y chilenos llegaron algunas veces á poner á precio las cabezas de los indígenas, y éstos, por su parte, asesinan siempre que pueden á los odia-

de aspecto imponente se halla de Punta Arenas al Pacífico, en territorio chileno. De Punta Arenas al Atlántico, las costas son bajas y avanzan en suave declive sobre el canal.

La Tierra del Fuego es un país de extraordinaria variedad, y de aquí la divergencia en las opiniones de los antiguos exploradores. Cada cual habló de ella según la sección del país que pudo conocer. Para unos era la «Tierra de la Amargura», pues habían visto los territorios del Sur cubiertos eternamente de nieve. Otros, después de recorrer la parte Norte, se hacían lenguas de su riqueza agrícola. Todos incurrían igualmente en exageración; pues lo cierto es que en la Tierra del Fuego se encuentran al mismo tiempo risueñas praderas y terrenos deso-



VISTA DE USHUAIA

dos colonos. Pero el blanco tiene de su parte á la autoridad, y los onas, perseguidos como fieras, van desapareciendo. Cuando no pueden vivir en sus guaridas de la montaña se refugian en la misión de los Salesianos, llamada «La Candelaria», establecida por estos frailes en Río Grande, ó en Puerto Harbertón, donde existe una colonia dirigida por misioneros protestantes. El ona ladrón es una consecuencia del progreso, que impulsa al hombre civilizado á quitar al indígena la tierra de sus antepasados para entregarla al pasto de las ovejas. El colonizador ha desterrado el ganado del ona para dar alimento al suyo, sin preocuparse de que el indígena es un hombre como los demás y necesita comer.



INDIOS YAGANES

Don Carlos Gallardo, el gobernador actual de Río Negro, ha realizado interesantes viajes por Tierra del Fuego, viviendo entre los onas y estudiando de cerca sus costumbres. Producto de estos viajes es un libro interesante, en el que se encuentran nuevos datos acerca de la vida de los indígenas fueguinos.



UN ONA DE LA MISIÓN DE PUERTO HARBERTÓN

Los onas llevan una vida de vagabundaje por toda la Tierra del Fuego, llegando en sus correrías á 25 kilómetros de Ushuaia, capital del territorio. El núcleo más numeroso de dichos indios se aparta poco de los alrededores del lago Faguano, región de bosques y montañas, inmediata al canal de Beagle, donde encuentra todo lo que necesita para vivir. Este lugar le ofrece además la preciosa ventaja de no ser frecuentado por el hombre blanco, eterno enemigo al que odia y teme.

Son muy pocos los onas que alcanzan una edad avanzada, y esto se debe, en primer término, á la falta de cuidado en sus enfermedades. Sin embargo, es difícil conocer la edad de los onas, pues no llevan cuenta del tiempo transcurrido y hay que adivinar por cálculo sus años, basándose en acontecimientos que recuerdan ellos, como puntos determinantes del curso de su vida.

Los onas son altos y robustos, de porte altivo, piel amarilla clara, nariz que algunas veces llega á ser aguileña, ojos pequeños, brillantes y de mirada franca. Muéstranse los senos grandes en la mujer y bien desarrollados en el hombre; las piernas delgadas en la pantorrilla, pero gruesas en el muslo. Se arrancan las cejas y el vello de todo el cuerpo y su pelo es grueso, negro y duro, sin lustre natural y de perpetua duración. No hay un ona que esté desprovisto de cabellera. Cuando los visitó Gallardo, lo que más admiraron en él no fueron sus armas ni su equipaje, sino que al quitarse el sombrero dejó al descubierto su calvicie. Los onas consideraban, con un asombro casi religioso, el cráneo despoblado y brillante del viajero blanco.

Por efecto de su vida, tienen los onas admirablemente desarrollados los órganos de la vista y el oído, sin duda porque son éstos los que más se ejercitan en la conservación de la existencia. Cuenta Gallardo que hizo un disparo de carabina Winchester, cuya bala fué á clavarse á 200 metros, en el flanco de una colina pedregosa y cubierta en parte de vegetación. Los onas señalaron inmediatamente el punto donde había penetrado la bala y marcharon hacia él sin vacilar, regresando acto seguido con el proyectil, lo que demuestra su vista prodigiosa y su memoria de los lugares. El oído de estos indígenas no es inferior á sus ojos. Tal es la educación de dicho órgano, que el ona interpreta inmediatamente



INDIAS ALCALUFES EN PLENA SELVA



UN PRESIDIARIO DE USHUAIA

cualquiera de los sonidos que se producen en bosques, sierras y campos, y explica inmediatamente su origen. Son ágiles de manos, acomodando con destreza objetos pequeños, como son las plumas y puntas de flechas y el trenzado de nervios de las cuerdas.

Este indígena posee malos y buenos sentimientos. No conoce el tabaco, el alcohol ni las bebidas fermentadas; pero entre sus vicios se destaca la lujuria, una lujuria insaciable, que alcanza más allá de las facultades humanas y da lugar á un sinnúmero de aberraciones, que más parecen de un pueblo civilizado en decadencia que de gentes en estado primitivo. Gallardo, al describir las costumbres íntimas de los onas, ha tenido que traducir al latín algunos de sus pasajes por respeto al público. El sentimiento del pudor en sus formas exteriores se encuentra en toda mujer ona. Jamás se desnuda, ni aun dentro de su vivienda, siendo en esto muy distinta de la mujer alcaluf, que se despoja de sus harapos con facilidad. En los días de verano, luego de una marcha penosa, cuando la agobia el calor, la ona se quita la falda de pieles de guanaco, pero conserva la capa de la misma piel. El hombre muéstrase menos cuidadoso, y con facilidad se desnuda para la caza, la guerra y los juegos de carreras.



INDÍGENA ALCALUF PREPARANDO SUS APARATOS DE PESCA

Es el ona muy valeroso y sufrido para el dolor. Cuando desea probar su coraje, toma del fogón una brasa pequeña y la coloca sobre un brazo, soplándola para que siga ardiendo. Después acompaña la combustión con un ruido de su boca que imita al chirrido de la carne al quemarse. Mientras se forma la llaga, no tiembla un solo músculo de su rostro ni deja escapar un grito que revele sufrimiento. Jamás duda ni vacila ante los obstáculos naturales, y se desliza junto á los abismos con la misma seguridad de un reptil. Sufre impasible el frío, los vientos, la nieve, la lluvia, el hambre, la sed, y ve aproximarse la muerte con inmutable serenidad.

Con los enemigos es cruel é implacable, conservando el odio años y años. Su venganza sabe aguardar, y su cólera, fría y silenciosa, no se disipa hasta que se ha satisfecho con ensañamiento de las ofensas recibidas. Tripulaciones enteras de buques náufragos han sido asesinadas por los onas; pero generalmente no hacen daño á los blancos que encuentran en despoblado, si no tienen motivos de antiguo odio, y les acompañan sirviéndoles de guías hasta el pueblo más próximo.

El uso del pescado les da una gran propensión á los abusos genésicos, propensión que caracteriza á todas las gentes de alimentación ictiófaga. Muestran gran deseo de agradar por su aspecto físico y se someten á un severo régimen alimenticio para hacer más esbelta su figura. Además,



PESCADORES DE LAPATAIA



VISTA DE LAPATAIA



UN BOSQUE DE TIERRA DEL FUEGO



CAMPAMENTO DE LOBEROS EN LA ISLA DE LOS ESTADOS

cubren su cuerpo de polvos de colores y lo embadurnan con grasosos cosméticos para darle brillo. Procuran ser altos, delgados y fuertes, con la tez clara, el pecho saliente, fino el talle, recogido el abdomen y muslos gruesos con pantorrillas delgadas. La mujer, según los cánones estéticos de la belleza ona, debe ser gorda, blanca, y si es posible, sonrosada, con ojos muy pequeños, entreabiertos y expresivos, pues los ojos grandes y rasgados se consideran feos; la boca reducida y sin labios salientes, grandes y duros senos, poco abdomen, amplias caderas y piernas gruesas. Si la hembra añade á estas condiciones una sonrisa fácil, queda realizado el tipo ideal de la Venus ona.

Lo que más preocupa á los indígenas de ambos sexos es el grueso del talle. Temen el desarrrollo del vientre, porque esto borra la esbeltez que tanto admiran, y representa al mismo tiempo una pérdida de agilidad, tan necesaria en su existencia nómada.

Las buenas condiciones de estos indios casi se olvidan por la impresión de horror que despierta su conducta durante las marchas. Cada individuo de la tribu sólo piensa en él y sigue caminando sin preocuparse de los demás. ¡Ay del que quede rezagado! El viejo que se sienta rendido por el cansancio, el enfermo sin fuerzas ó el herido, quedan abandonados al borde del sendero, sin que intenten pedir auxilio, pues saben que nadie ha de oirles, y allí se quedan hasta que perecen de hambre y de frío.



PUERTO ALMANSA. CORTA DE ÁRBOLES

Su color favorito es el blanco y se pintan con él la cara y el cuerpo en los juegos y las grandes demostraciones de alegría. El color rojo se reserva para la guerra, y con él se embadurnan cuando toman el arco, deseosos de combatir.

El número de estos indígenas va en descenso, y está próximo el día en que desaparecerán enteramente.

Los yaganes y alcalufes son navegantes atrevidos y hábiles pescadores, que viven tanto en el mar como en tierra. Ambas tribus permanecen separadas, y mientras los yaganes están en las orillas del canal de Beagle, al Sur de la Tierra del Fuego, los alcalufes se extienden por el laberinto de canales del Sudoeste, que pertenece á Chile.

Los onas se parecen más á los alcalufes que á los yaganes, pero no poseen canoas como aquéllos ni se arriesgan en el mar. Recogen desde las orillas el pescado que les facilitan en gran abundancia los canales, y unen á esta alimentación los productos de la caza. Su carácter belicoso y la gran facilidad con que manejan el arco les hace ser cazadores inimitables.

A pesar de su buena constitución física, los onas se van extinguiendo. No decrece su paternidad, pues las mujeres llegan á tener seis y siete hijos. Además, los onas no imitan á los yaganes, muy dados al infanticidio. Estos yaganes son de tal miseria fisiológica, que casi todos sus hijos nacen deformes y los matan para librar á la familia de una carga inútil. Los hijos de los onas se crían vigorosos y robustos, pero á pesar de ello decrece la población y se extinguirá dentro de algunos años. Las verdaderas causas de esta decadencia fatal son la civilización, que les quita los

campos en que antes vivían con holgura, la fiereza de sus combates y ciertas enfermedades contagiosas que se ceban en ellos.

***

El sabio Holmberg, que ha recorrido y estudiado toda la Argentina como naturalista viajero del Departamento de Agronomía, examinó detenidamente este país, demostrando que las tierras fueguinas son iguales por sus propiedades y composición á las demás de la República, abundando el humus, producto de los detritus de la vegetación forestal. Existen en la Tierra del Fuego bosques de árboles enormes, y en las partes donde éstos escasean hay prados de gramíneas, que suministran forraje abundante y nutritivo. En los campos bajos puede intentarse la agricultura, pero la cría de ganado y la explotación de los bosques maderables constituyen las mejores industrias del país.



LAPATAIA. UN SECADERO DE PESCADOS

Posee, además, este territorio una gran riqueza nacional en sus lavaderos de oro. En toda la playa atlántica de la Tierra del Fuego existen sobre la arena inmensos depósitos de cascajo, que son restos de montañas demolidas y trituradas por las fuerzas naturales. Este pedregal ribereño guarda, diseminados, rubíes y otras piedras preciosas, así como gran cantidad de pepitas de oro. Dichas costas son de una grandeza terrorífica y salvaje. Los vientos antárticos agitan el Océano, formando olas colosales que vienen libremente desde el polo, y al encontrar el primer obstáculo en la Tierra del Fuego, rompen en montones de espuma, asaltando las playas. Un estrépito atronador ruge continuamente en estos lugares, y las montañas de agua y espuma se suceden unas á otras con vertiginosa rapidez. En medio del hervor colosal surgen y desaparecen las negras rocas coronadas de algas, como cabezas que se chapuzasen en el mar tempestuoso.

Las arenas, que son negras por contener gran cantidad de hierro magnético, guardan el oro en una proporción de 3.000 gramos por tonelada. Estos lavaderos de la Tierra del Fuego son del primero que llega, y no dan ningún beneficio al Estado.

El Gobierno los ha concedido á gentes que no los conocen ni los explotan, faltos de medios y de energías para emprender una industria penosísima en un lugar que bien puede llamarse el fin del mundo.

Mientras tanto, grupos de aventureros de la peor especie se establecen en las playas tempestuosas, emprendiendo por su cuenta, y en proporciones exiguas, el lavado de las arenas, para extraer el oro. Estos aventu-



«LA CANDELARIA». MISIÓN DE LOS SALESIANOS EN RÍO GRANDE



VISTA DE PUERTO HARBERTÓN

reros son hombres de todas las razas: presidiarios fugados, marineros desertores, criminales de duras entrañas más prontos á esgrimir el cuchillo que á someterse á las penalidades del trabajo.

Algunos consiguen reunir ciertas cantidades de oro, pero los más se desalientan ante la dura labor y pretenden aprovecharse de lo ajeno, robando á los camaradas. Todo esto da lugar á una serie de persecuciones feroces y luchas sangrientas en la remota y sombría playa, sin que intervenga la autoridad. Esta tiene que cuidar de los presidios establecidos en el país y de los pequeños centros de población, no pudiendo ocuparse de vigilar los apartados lavaderos de oro.

*
* *

La capital de la gobernación es Ushuaia, situada en el fondo de una bahía grande y profunda en el canal de Beagle. La población está al pie de las montañas Martiales, que se extienden paralelas á la costa, con las cimas eternamente cubiertas de nieve. Consiste la capital en una calle tendida á lo largo de la costa, compuesta de casas de madera con techo de zinc, y algunos pequeños almacenes y aserraderos.

En Ushuaia hay un presidio militar y otro civil, adonde van los condenados á penas graves ó á perpetuidad.

Esta población tiene unos 500 habitantes, con escuela, correo, telégrafo, una fábrica de conservas de mariscos y una misión de pastores evangélicos, que se dedica á catequizar á los indios.

Ushuaia es la última población del mundo en el hemisferio Sur. En ella terminan y se borran las postreras ondulaciones de la civilización humana. En invierno los días son noches de veinte horas, y la vida tiene algo de ensueño. A pesar del frío y de la situación geográfica de la capital, la vida resulta en ella tolerable y la mortalidad es reducida. Los penados trabajan en las obras públicas y en la corta de madera, y á pesar de que muchas veces realizan estas faenas en medio de la nieve, se mantienen en buena salud. Las autoridades de Ushuaia han abierto caminos en la extensa selva, que empieza junto á la población. Existen en aquélla hayas enormes ó *fagus*, que son cortados y bajados á los aserraderos.



FARO DE LA ISLA DE AÑO NUEVO (El último faro del mundo, según Julio Verne).

El resto de la Tierra del Fuego tiene algunos núcleos de población en la costa atlántica y la parte del Norte. Después de Ushuaia el lugar más importante y próximo á ella es Lapataia, situado junto al Estrecho de Murrai, que pone en comunicación el Estrecho de Beagle con la bahía de Ponsomby. Esta bahía se halla entre altas montañas, cubiertas de bosques y con pendientes abruptas, que descienden casi verticalmente sobre el mar. En Lapataia hay un aserradero de madera, lo mismo que en Puerto Almansa. Existe también un depósito de carbón para la flota argentina y algunas pequeñas industrias, que exportan pescado seco. El paisaje de Lapataia, con sus bosques y sus cumbres nevadas, recuerda algunos de Suiza. Punta Remolinos, Puerto Brown, Río Cullen y Río San Martín, son pequeñas aldeas dedicadas á la extracción de maderas y á la ganadería. Puerto Harbertón, situado en el lugar más pintoresco y fértil de la Tierra del Fuego, forma un pequeño pueblo al borde de una gran bahía del canal de Beagle. Esta colonia la fundó el misionero protestante Bridges, dedicándola á



PUERTO ALMANSA. BAJANDO MADERA



ISLA DE AÑO NUEVO: UN BUQUE LOBERO CHILENO

la industria pastoril. Puerto Harbertón es el lugar más atractivo y limpio de toda la gobernación, con bonitos *chalets* rodeados de jardines y un muelle de piedra. Existen en él un aserradero á vapor y almacenes comerciales. Su vecindario blanco se compone de unos 30 habitantes; pero junto á ellos hay una población indígena formada de onas, que vienen á buscar refugio y subsistencia en la colonia.

Como los fundadores y sostenedores del pueblo son ingleses, los indígenas refugiados en él han aprendido el inglés y no saben una palabra de español; necesitando de intérpretes para entenderse con las autoridades.

Los frailes salesianos, que sostienen una empeñada competencia con los misioneros evangélicos de Puerto Harbertón, han fundado la colonia «La Candelaria», cerca de la desembocadura de río Grande, en el mejor sitio de la Tierra del Fuego, disponiendo de ocho leguas de campo pastoril, en el que mantienen unas 50.000 ovejas. A la colonia de los salesianos acuden también los onas, que se dejan convertir al catolicismo á cambio de la seguridad y el sustento.

Los lugares llamados Punta Arenas y el Páramo están en la costa atlántica de la bahía de San Sebastián, y en ellos existen los lavaderos de oro que ya mencionamos.

* * *

La isla de los Estados tiene unos 556 kilómetros cuadrados de superficie, y se halla separada de la Tierra del Fuego por el Estrecho de Lemaire, siendo la anchura de éste de 25 kilómetros.

Como la isla es montañosa, sus cerros están cubiertos de nieve perpetuamente. Posee tres buenos puertos: los de Cook, Vancouver y San Juan del Salvamento. Junto á ella, en la pequeña isla de Año Nuevo, hay un faro, del que habla Julio Verne en una de sus novelas, diciendo que es «el último faro del mundo». El clima de la isla de los Estados no puede ser peor; llueve trescientos días al año, y la humedad rezuma por todas partes. Es imposible todo intento de agricultura, pues la nieve, el viento y el frío arrasan el suelo, y únicamente los árboles de la vegetación austral pueden crecer en estos lugares. Se ha intentado aclimatar ovejas en la isla, pero enflaquecieron inmediatamente por falta de pastos. Este lugar de desolación sirvió de presidio hasta 1903; pero los presos se sublevaron en dicha época, y para mayor seguridad se les trasladó á Ushuaia. Llaman muchos á la isla de los Estados «el cementerio de los buques». En sus costas hay casi siempre encallados cascos de navíos, que las olas van demoliendo, arrastrando luego sus despojos á las playas. Esta tierra sólo es habitada por los lobos marinos, muy abundantes y que constituyen su única riqueza.

Los buques balleneros y loberos navegan por sus costas peligrosísimas, dando caza á estos ani-



PAISAJE DE LA BAHÍA VANCOUVER (Isla de los Estados).



OBSERVATORIO DE AÑO NUEVO (Termómetro de profundidad, con el que se aprecia la temperatura interior de la tierra).



LOBEROS CHILENOS EN EL PUENTE DE SU BUQUE



ABORDANDO Á LA ISLA DE LOS ESTADOS

males, para aprovechar la grasa de unos y las pieles de otros. Casi todos los loberos son chilenos, marinos intrépidos, que cazan en el mar y en las rocas y llevan luego sus presas á un campamento establecido en la isla, para desollarlas y extraer la grasa. En la parte Norte de la isla de los Estados tiene la pequeña isla de Año Nuevo un Observatorio Meteorológico, mantenido por el Gobierno, que es el establecimiento científico más avanzado en las regiones polares que se conoce. Los marineros que están al servicio del Observatorio de Año Nuevo entretienen sus ocios cazando lobos y elefantes marinos.

***

Después que los penados fueron trasladados á Ushuaia, la isla de los Estados quedó sin habitantes. Hoy sólo tiene uno que, por sufragio universal y sin oposición alguna, goza el título de gobernador, conferido por él mismo.

El famoso gobernador de la isla de los Estados merece ser conocido. Es un italiano de la Calabria, antiguo cocinero de vapor, que se ha instalado voluntariamente en la isla, como un Robinsón de la zona glacial, orgulloso de ser el último habitante de la tierra, el que vive más próximo al polo, con carácter permanente.

Este personaje, llamado Felipe Zucarelli, posee una cabaña de madera en Puerto Cook y allí inverna con unos cuantos perros y algunas gallinas que ha conseguido aclimatar. La marea le proporciona pescado y marisco en abundancia para alimentarse, y además cuenta con los despojos de los buques náufragos que arrojan las olas á la playa.

Junto á su vivienda almacena toda clase de objetos regalados por el mar, y este depósito presta algunas veces preciosos servicios á los buques loberos y aun á los de la marina del Estado, pues sus tripulantes encuentran en su revoltijo objetos que les hacen falta para continuar la navegación, y que es imposible adquirir en las soledades semipolares.

Por esto Zucarelli goza de gran popularidad entre los marinos que frecuentan el Estrecho de Beagle, y hasta el buque que lleva los víveres al Observatorio de Año Nuevo hace escala en la bahía de Cook, por pura galantería con el solitario.

—Vamos á ver al gobernador—dicen burlonamente los marinos de la Armada ó los balleneros y loberos.

Y el gobernador, que toma las cosas en serio y se



MARINEROS DEL OBSERVATORIO DE AÑO NUEVO, MATANDO UN ELEFANTE MARINO



REVUELO DE PINGUINOS EN LA ISLA DE LOS ESTADOS

dia. El almacén queda abierto generosamente á los navegantes, y éstos se surten de cuerdas, piezas de madera y bronce y hasta de carbón algunas veces, todo procedente de buques encallados en la costa, en los que penetra el gobernador cuando los días son bonancibles y el mar está en calma. Muchos náufragos que consiguen llegar á tierra viven bajo su autoridad paternal, hasta que llega un buque que puede trasladarlos á Ushuaia.

El famoso Zucarelli no permite que quede impune la menor falta de respeto á su autoridad. Un comandante de buque de guerra, hombre malhumorado é incapaz de bromas, le recibió á bordo con cierta altivez, sin ofrecerle asiento. Cuando el marino bajó á tierra y fué á la cabaña de Zucarelli, éste había ocultado todas las sillas y no las sacó hasta que el comandante, comprendiendo su enojo, tomó á risa el suceso y le dió el título de gobernador.

muestra muy celoso de sus prerrogativas, observa ciertas reglas protocolarias así que se anuncia una visita.

Cuando fondea un buque en el puerto, sale á su encuentro armado de un fusil y rodeado de todos los perros, sus fieles súbditos. El buque le saluda con tres mujidos de la sirena, y él contesta con tres disparos. Luego de esta ceremonia, el personaje da libre entrada en sus dominios á los extranjeros, y les ofrece la hospitalidad de su casa.

Lo positivo de estas visitas, algo burlescas, es que los navegantes, hastiados de los víveres rancios de á bordo, saborean placenteramente las aves tiernas del señor gobernador, los huevos de su corral y las ricas conservas ó vinos procedentes de algún naufragio.

El regalo con que le agradecen los marinos su hospitalidad suele consistir generalmente en un fusil, y de aquí que el gobernador de la isla de los Estados tenga en su casa de madera un armero igual al de un cuerpo de guar-



EL GOBERNADOR Y ÚNICO HABITANTE DE LA ISLA DE LOS ESTADOS

La llegada de un buque portador de noticias del mundo es un hecho extraordinario en la vida de este Robinsón antártico. Luego, al alejarse la nave, el gobernador queda solo, completamente solo, en el último rincón de la tierra, hablando con sus perros, que le miran inteligentemente y tal vez le comprenden, pero no pueden contestarle. De vez en cuando sale de excursión por sus dominios, bajo un cielo gris que chorrea agua incesantemente; por entre rocas, que tienen en sus cornisas filas inmóviles de pinguinos, negros y blancos; á lo largo de playas, en las que se amontonan lobos y elefantes marinos, arrastrando su corpachón aceitoso; bestias torpes, que parecen aclamar, con sus estridentes ladridos, la presencia del señor gobernador.

La República Argentina necesita gente. «No será el humo de las batallas — dijo Alberdi —, sino el humo de las locomotoras el que liberte á Sud-América de su principal enemigo, que es el desierto.»

Otro pensador argentino, Sáenz Peña, ha clamado elocuentemente contra el estado actual de la población de la República. ¡Seis millones y medio de seres sobre una extensión de tres millones de kilómetros cuadrados! . . .

Una décima parte de tan enorme extensión de suelo está únicamente cultivada. El resto se ofrece á la actividad y las iniciativas de todos los hombres de la tierra.

La población excedente y ansiosa de fortuna de las naciones de Europa emprende la marcha hacia la joven República, «país de esperanza», en el que todos radican sus ilusiones y ensueños.

El ansia de mejorar de posición, la fiebre de aventuras, arrastran por igual á lo bueno y lo malo, lo útil y lo inservible, y de aquí que no toda la corriente inmigratoria quede allá, y que un sobrante vuelva á Europa. Arraigan en el país las gentes sobrias, trabajadoras y fuertes; son repelidos como elementos inasimilables los viciosos, los indolentes y los débiles.

En Argentina hay que trabajar mucho más que en Europa. Los que se imaginan que en la gran República de la América del Sud van á llevar una vida de regalada holganza, están destinados á sufrir las más crueles desilusiones. En cambio, á los animosos y fuertes les aguardan gratas sorpresas en aquel país, pues en ninguna parte del mundo consigue el trabajo mayores ganancias y se ofrecen ocasiones más favorables para ejercer la actividad.

Los tres factores de la riqueza argentina son actualmente la agricultura, la ganadería y el comercio; y á ellos hay que añadir la industria, que en estos momentos empieza á desarrollarse.

El agricultor, el hombre de pastoreo, el dependiente de comercio, el obrero hábil en las artes manuales, pueden embarcarse sin temor con rumbo á la Argentina. Hay en ella espacio, trabajo abundante y bienestar para todos. Ellos son los hombres que necesita la República.

Los ineptos, que jamás tuvieron una profesión determinada y carecen de energía para improvisarla en el Nuevo Mundo, esos, fatalmente, están destinados á engrosar la muchedumbre inútil amontonada en Buenos Aires, sin pan y sin tranquilidad; sedimento indigerible, peso muerto de la corriente inmigratoria.

Vayan á la Argentina labradores, comerciantes y obreros manuales. Quédense en Europa abogados, médicos y empleados, si es que no se sienten con valor para cambiar de profesión.

Las comarcas casi desiertas de la Argentina necesitan brazos é iniciativas. En sus ciudades hay de sobra doctores y aspirantes á empleos.

Los pequeños capitalistas de Europa que viven estrechamente del producto de una renta módica, conocerían la abundancia y la verdadera fortuna trasladándose á este país, donde tantas cosas hay todavía por hacer.

Un pequeño capital (por exiguo que sea) en manos de un hombre activo, es en la Argentina algo semejante á la vara legendaria de Moisés, que hacía surgir agua de las peñas. Allí donde toque le contestará la riqueza natural de esta tierra privilegiada, surgiendo á borbotones.

Madrid, 15 Enero - 28 Junio de 1910.

ÍNDICE

Este libro ha sido impreso y encuadernado en Madrid, en los talleres tipográficos y litográficos de J. Blass y Cía, San Mateo, 1. Empezó á imprimirse el 20 de Enero de 1910, y quedó terminado el 4 de Julio del mismo año. Los grabados y tricomías son de los talleres de A. Durá, San Roque, 7, y el mapa y la lámina de escudos, de la litografía de E. Fernández, Gonzalo de Córdoba, 17.

ERRATAS

Página 94, línea primera. Donde dice *Francisco de Lima* léase *Fernando de Luna.*

Página 96, línea 17. Donde dice *Juan de Ayolas* léase *Martínez Irala.*

Página 287. En el rótulo del grabado donde dice *Plaza de Mayo* léase *Paseo de Julio.*

Hay otras erratas que corregirá, seguramente, el buen sentido del lector.

OBRAS DEL AUTOR

Cuentos valencianos.
La condenada (cuentos).
En el país del arte (viajes).
Arroz y tartana (novela).
Flor de Mayo (novela).
La barraca (novela).
Entre naranjos (novela).
Sónnica la Cortesana (novela).
Cañas y barro (novela).
La Catedral (novela).
El Intruso (novela).
La Bodega (novela).
La Horda (novela).
La maja desnuda (novela).
Oriente (viajes).
Sangre y arena (novela).
Los muertos mandan (novela).
Luna Benamor (novela).

OBRAS TRADUCIDAS DEL AUTOR

Terres maudites
Traducción de G. Hérelle. París.

Fleur de Mai
Traducción de G. Hérelle. París.

Boue et Roseaux
Traducción de Maurice Bixio. París.

Contes Espagnols
Traducción de G. Menetrier. París.

Dans l'ombre de la Cathédrale
Traducción de G. Hérelle. París.

Terras malditas
Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.

A Cathedral
Traducción de Ribeiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

Die Kathedrale
Traducción de Josy Priems. Zurich.

Flor de Mayo
Traducción de Josy Priems. Zurich.

Erdfluch
Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

Schilfund Schlamm
Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

Der Eindringling
Traducción de J. Brouta. Berlín.

De Vloek
Traducción del Dr. A. A. Fokker. Haarlem.

Waar Oranjeboomen Bloeien
Traducción del Dr. A. A. Fokker. Amsterdam.

Chalupa
Traducción de A. Pikhart. Praga.

Marná Chlouba
Traducción de A. Pikhart. Praga.

Ah, il pane!...
Traducción de F. Gelormini. Milán.

Hvad en Mand har at gove
Traducción de Johanne Aleen. Copenhague.

Vinnyi Sklad
Traducción de M. Walson. San Petersburgo.

Bodega
Traducción de K. G. San Petersburgo.

Prokliatac Pole
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Sobor
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Duoyñoy vystrel
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Geleznodorolgnoy Zaiaz
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Naloguiza obnagennaia
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Arénes sanglantes
Traducción de G. Hérelle. París.

La Horde
Traducción de G. Hérelle. París.

A cortezan de Sagunto
Traducción de Ribeiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

Os Jesuitas
Traducción de Ribeiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

Os mortos mandam
Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.

Flor de Maio
Traducción de Joaquím dos Aujos y Mario Salgueiro. Lisboa.

Touros de morte
Traducción de Ribeiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

A Adega
Traducción del Dr. Sousa Costa. Lisboa.

No Paiz da Arte
Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.

Den Ubudne
Traducción de Johanne Aleen. Kristiania.

Krow y Pesok
Traducción de M. Watson. San Petersburgo.

Chinowoick
Traducción de M. Herzenstein. San Petersburgo.

Brochennaia Lodka
Traducción de M. Herzenstein. San Petersburgo.

Osugdennaia
Traducción de M. Herzenstein. San Petersburgo.

Dovinoi vistrel
Traducción de M. Herzenstein. San Petersburgo.

The Shadow of the Cathedral
Traducción de Mrs. W. A. Guillespie. Londres.

Die Arena
Traducción de J. Brouta. Berlín.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE
NEW YORK

